B.D.I.C

ÍNDICE DE MATERIAS DE "CUADERNOS"

(Enero-Febrero 1957 — Noviembre-Diciembre 1957)

	N°	Pág.
ARTICULOS-ENSAYOS		
De grata recordación (*Américo Castro*)	XXII	5
Vigencia de lo español en América (*Jorge Mañach*)	XXII	15
Viaje por la U.R.S.S. (*Alberto Moravia*)	XXII	22
Aspectos de la civilización (*Aldous Huxley*)	XXII	28
Encuentro con don Miguel (*S. Serrano Poncela*)	XXII	33
Unamuno y la idea de la realidad (*José Ferrater Mora*)	XXII	38
La Casa del amor (*Alejandro Casona*)	XXII	49
Juan Ramón Jiménez, poeta máximo (*Eugenio Florit*)	XXII	65
Charla con Juan Ramón (*Mario Maurin*)	XXII	67
Pío Baroja y su obra (*Ramón Sender*)	XXII	70
La variación hispanoamericana (*Jorge Mañach*)	XXIII	6
El poema inédito de Gabriela (*Germán Arciniegas*)	XXIII	17
Un ser y una voz inconfundibles (*Luis Alberto Sánchez*)	XXIII	20
Un ejemplo de dignidad intelectual (*Rómulo Gallegos*)	XXIII	24
Muerte y gloria de Gabriela Mistral (*Jorge Carrera Andrade*)	XXIII	26
Sobre la poesía brasileña (*Federico de Onís*)	XXIII	39
Las grandes potencias y la guerra de España (*Luis Araquistáin*)	XXIII	65
Ser y valer : dos dimensiones del pasado historiable (*Américo Castro*)	XXIV	3
¿Cuál era la religión del Greco? (*Luis Araquistáin*)	XXIV	13
La revolución científica y la libertad del hombre (*Pedro Vicente Aja*)	XXIV	26
En recuerdo de Rubén Darío (*Luis Ibarra*)	XXIV	34
La joven literatura española (*Maurice Edgar Coindreau*)	XXIV	39
¿Qué es una novela? (*Armand Pierhal*)	XXIV	48
« La República » de Platón (*Alfonso Reyes*)	XXV	8
Las tres filosofías (*José Ferrater Mora*)	XXV	21
La Esfinge : La existencia histórica de España (*María Zambrano*)	XXVI	3
La actual crisis española y las nuevas generaciones (*Miguel Sánchez Mazas*)	XXVI	9
La televisión: Teatro grande y vacío (*Waldo Frank*)	XXVI	31
Carl Sandburg y el mito de América (*Mario Maurín*)	XXVI	35
Barba Jacob, el alucinado (*Galo René Pérez*)	XXVI	41
La era termonuclear (*Raymond Aron*)	XXVI	59
Ortega y Gasset, joven (*Federico de Onís*)	XXVII	4
Ortega y el catolicismo español (*Jerónimo Mallo*)	XXVII	13
Los antiguos manuscritos (*Alfonso Reyes*)	XXVII	49
Huaynac Capac, gran constructor de Quito (*Jorge Carrera Andrade*)	XXVII	53
Los jóvenes novelistas españoles: Rafael Sánchez Ferlosio (*Maurice Edgar Coindreau*)	XXVII	67
PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO		
La revolución húngara de octubre (*François Bondy*)	XXII	51
El Occidente no tiene derecho a llorar (*Manés Sperber*)	XXII	61
La conciencia nacional húngara (*Paul Ignotus*)	XXIII	45
La crisis del sistema comunista (*Milovan Djilas*)	XXIII	54

H'P5926

La doble ilusión del progresista (*Pierre Emmanuel*) ..... XXIII 59
Janos Kadar: retrato de un jefe comunista (*Gyorgy Paloczi-Horvath*) .... XXIV 52
La O.N.U. en crisis (*Eduardo Santos*) XXV 3
Este-Oeste: Un diálogo difícil (*Ivan Anissimov - Ignazio Silone*) ..... XXV 37
Rusia en el banquillo de los acusados (*Luis Araquistáin*) ..... XXVI 47
Experiencias y realidades soviéticas *Vladimir Dedijer*) ..... XXVI 53
El « Octubre » soviético: ficciones y realidades (*Boris Souvarine*) ..... XXVII 18
La tiranía sobre el espíritu (*Milovan Djilas*) ..... XXVII 33

NARRACIONES

La Represa (*Luisa Mercedes Levinson*) XXII 46
Leyendas bolivianas: « Imantata » (*Fernando Díez de Medina*) ..... XXIII 13
Una historia de tiempos futuros (*Arturo Barea*) ..... XXIII 30
Majada (*Juan García Atienza*) ..... XXIV 44
El huésped (*Albert Camus*) ..... XXV 11
Dominicus autocratos (*S. Serrano Poncela*) ..... XXVI 45

POESIA

Interrogaciones (*Gabriela Mistral*) .... XXIII 29
En un mundo de fugitivos (*Carmen Conde*) ..... XXV 35
Siglo XX (*Jorge Guillén*) ..... XXVI 24
De tu primavera, mayo (*Juan Ramón Jiménez*) ..... XXVII 3

NOTAS

Dignidad de la inteligencia (*Ignazio Silone*) ..... XXII 3
Don Miguel de Unamuno (*I. Iglesias*) XXII 32
Notas y comentarios (*Germán Arciniegas*) ..... XXII 43
De Juan Ramón Jiménez a Pío Baroja (*I. Iglesias*) ..... XXII 64
Divagación de otoño en Cuernavaca (*Alfonso Reyes*) ..... XXIII 3
Homenaje a Gabriela Mistral (*Jaime Torres Bodet*) ..... XXIII 16
Cosas y Gentes (*Salvador de Madariaga*) ..... XXIII 35
Cosas y Gentes (*Salvador de Madariaga*) ..... XXIV 31
Carta a Rubén Darío (*Miguel de Unamuno*) ..... XXIV 38
Cosas y Gentes (*Salvador de Madariaga*) ..... XXV 18
La melancólica rapsodia húngara (*Germán Arciniegas*) ..... XXV 52
Itinerario de la emoción colombiana (*Germán Arciniegas*) ..... XXVI 27
Colombia, ejemplo para América (*Rómulo Gallegos*) ..... XXVI 29
Milovan Djilas: el rebelde y el preso (*Morgan Phillips*) ..... XXVII 29
Cosas y Gentes (*Salvador de Madariaga*) ..... XXVII 61
Ricardo Rojas, adalid de América (*Fernando Díez de Medina*) ..... XXVII 65

CRONICAS-REPORTAJES

Nación y nacionalismo árabes (*Giorgio Levi della Vida*) ..... XXII 74
Irán, tierra de corrupción (*Gordan Troeller*) ..... XXII 79
Por qué Israel debe sobrevivir (*Joseph Alsop*) ..... XXII 83
América Latina en el espejo soviético (*Marc Alexander*) ..... XXII 89
El Congreso por la Libertad de la Cultura en México (*M. Torres Campaña*) ..... XXII 92
Pablo Casals en la Sorbona (*José María Corredor*) ..... XXII 95
Diez días en El Cairo (*Dwight Macdonald*) ..... XXIII 74
Dictadores e intelectuales (*Rosa Arciniega*) ..... XXIII 84
En México se estrena un maestro (*Antoniorrobles*) ..... XXIII 88
La hora del panamericanismo (*Arturo Torres - Rioseco*) ..... XXIII 91
Conversaciones en Polonia (*Ernst Halperin*) ..... XXIV 61
Hong-Kong, secreto de la coexistencia (*Pierre y Renée Gosset*) ..... XXIV 69
Francia: Dos opiniones opuestas (*François Bondy*) ..... XXIV 76
España : La pervivencia de un régimen exhausto (*I. Iglesias*) ..... XXIV 79
Italia: Las posibilidades de una reunificación socialista (*E. Gironella*) .. XXIV 83
Estados Unidos: ¿Una juventud demasiado sensata? (*Norman Podhoretz*) XXIV 87
El Japón: Una nación de lectores (*Herbert Passin*) ..... XXIV 91
Francia: Encuesta sobre la juventud (*Henri Perruchot*) ..... XXV 55
España: El caso Ridruejo (*B. F.*) .... XXV 61
Hungría: Tibor Déry encarcelado (*Tibor Meray*) ..... XXV 65
Rusia: Carta de un estudiante (*XX...*) XXV 67
Cuba y Costa Rica en la actualidad americana (*J. M. Machín*) ..... XXV 71
Venezuela: Caracas 1957 (*Mariano Picón Salas*) ..... XXV 75
Líbano: Viaje por el país (*Francisco Ayala*) ..... XXV 83
Egipto: Retrato de la intelectualidad (*Georges Ketman*) ..... XXV 86
Realidades y perspectivas chilenas (*Carlos de Baráibar*) ..... XXVI 64
Siles Zuazo se impone en Bolivia (*J. M. Machín*) ..... XXVI 68
Poder y belleza del dinero (*Pierre Schneider*) ..... XXVI 75
El despertar de Africa (*Basil Davidson*) ..... XXVI 79

Una victoria comunista en la India (*A. D. Gorwala*) ..... XXVI 83
Diálogo entre economistas (*Bertrand de Jouvenel*) ..... XXVI 87
La Conferencia de Oxford sobre los problemas de la U.R.S.S. (*Leo Valiani*) ..... XXVII 72
Deambulando por Creta (*M. G.*) .... XXVII 77
Impresiones de Centroamérica (*Víctor Alba*) ..... XXVII 81
¿Elecciones libres en Venezuela? (*J. M. Machín*) ..... XXVII 85
Recuperación democrática en Argentina (*Carlos P. Carranza*) ..... XXVII 89

BELLAS ARTES

Coloquio con Rufino Tamayo (*Víctor Alba*) ..... XXII 98
El conceptismo en la pintura española (*Ramón Xuriguera*) ..... XXII 104
Encuesta sobre la joven pintura (*R.R.*) XXII 113
El arte alemán de la postguerra (*C. Krishna Gairola*) ..... XXIII 95
Luis Quintanilla (*R.R.*) ..... XXIII 99
Pintores españoles en Francia (*R.R.*).. XXIV 95
Picasso: Medio Siglo de cubismo (*Ramón Xuriguera*) ..... XXV 91
Siete mañanas pintando a Casals (*Luis Quintanilla*) ..... XXVI 71
La danza moderna mexicana (*Julio Antonio Coss*) ..... XXVI 92
Conversación con Stravinsky (*Robert Craft*) ..... XXVII 42
Elemento y unidad en la pintura de Luis Fernández (*Ramón Xuriguera*) XXVII 94
Bartolí y Michelle Stuart (*R.R.*) .... XXVII 97

LECTURAS

Cuatro siglos de poesía hispanoamericana (*J. Carrera Andrade*) ..... XXII 114
«El Arco y la Lira», de Octavio Paz (*Luis López Alvarez*) ..... XXII 118
«Cabral, poeta de América», de Manuel Ugarte (*César Alvajar*) ..... XXII 119
«El desterrado ensueño», de Concha Zardoya (*Jerónimo Mallo*) ..... XXII 119
«Panorama de la literatura española», de G. Torrente Ballester (*A. D.*) .. XXII 120
« El hombre imitado », de Rosanna Cavazzana (*Carlos de Juan*) ..... XXII 121
« La caída », de Beatriz Guido (*I. Iglesias*) ..... XXII 121
« Marx y la Rusia de ayer y de hoy », de Gorkin (*Carlos P. Carranza*) .... XXII 122
« Los P. C. de Europa », de Brauko Lazitch (*J. A.*) ..... XXII 123
« El fanático y el sensato », de G. F. Hudson (*J. Rovira Armengol*) ..... XXII 124
« Doce años de oprobio », de Juan Antonio Solari (*Antonio Salgado*) .. XXII 124
« Constitución y revolución », de Bernardo Canal Feijóo (*Romualdo Brughetti*) ..... XXII 125
« La muerte en las manos », novela realista de Julián Gorkin (*I. I.*) .. XXIII 100
Breve análisis de la realidad española (*Rodolfo Llopis*) ..... XXIII 102
« España en la encrucijada », de José María Semprún Gurrea (*Carlos de Juan*) ..... XXIII 103
« Nuestros vecinos argentinos », de Alejandro Magnet (*J.*) ..... XXIII 105
« Cuestiones disputadas », de José Ferrater Mora (*C. A.*) ..... XXIII 106
« Cuatro visiones de la historia universal », de José Ferrater Mora (*I. I.*) ..... XXIII 106
De los poetas a la poesía (*L. L. A.*) XXIII 107
« Las metamorfosis de Proteo », de Guillermo de Torre (*I. I.*) ..... XXIII 107
« Historia de Macacos », de Francisco Ayala (*C. A.*) ..... XXIII 108
« Tierra de fuego », de Francisco Coloane (*J.*) ..... XXIII 108
« Suerte a las 7 y otros relatos », de Nestor Madrid-Malo (*C. de J.*) .... XXIII 109
Dos libros políticos de dos hombres políticos (*S.*) ..... XXIV 97
« Hungría, 1956 », de Víctor Alba (*R. G. T.*) ..... XXIV 98
« Los mundos enemigos ». de A. Fernández Suárez (*C. de J.*) ..... XXIV 99
« Democracia liberal », de Massimo Salvadori (*José Rovira Armengol*) .. XXIV 99
« Mi paso por la política », de Nicolás Repetto (*Carlos P. Carranza* XXIV 100
« Conversaciones con Nehru », de Tibor Mende (*I. I.*) ..... XXIV 101
« La Baja Edad Media », de E. Bagué y Juan Petit (*I. I.*) ..... XXIV 101
« El Estanque », de Estela Canto (*C. A.*) ..... XXIV 102
« El Vengador », de José Luis Castillo Puche (*A. D.*) ..... XXIV 103
« Del tiempo en que vivimos », de Juan Oropesa (*C. A.*) ..... XXIV 103
De los poetas a la poesía (*L. L. A.*).. XXIV 104
« Poemas para cuerdas », de H. Icaza Sánchez (*Stefan Baciu*) ..... XXIV 105
« Mis poemas mejores », de Vicente Aleixandre (*A. D.*) ..... XXIV 105
« La Venda », de S. Serrano Poncela (*L. L. A.*) ..... XXIV 106
« Santiago Arcos... », de Gabriel Sanhueza (*J.*) ..... XXIV 107
« Dos ensayos », de Américo Castro (*E. Salazar Chapela*) ..... XXV 96
« Tres que hicieron una revolución », de Bertram D. Wolfe (*Julián Gorkin*) ..... XXV 98
Nuevos libros brasileños (*Stefan Baciu*) ..... XXV 99
« Aretino, azote de príncipes », de F. Cossío del Pomar (*Rafael Marquina*) ..... XXV 100
«Historia de una obra pía», de María Elena Sodi (*L.A.C.*) ..... XXV 101
« La causa del pueblo vasco », de F. J. Landaburu (*C. A.*) ..... XXV 102
« Desarrollo económico de Chile » (*J.*) XXV 103

« Revisión de Bolívar », de J. L. Salcedo-Bastardo (*J. M. Machín*) .... XXV 103
« Coloquios con Tamayo », de Víctor Alba (*I. I.*) ..... XXV 104
« Prometeo », de Romualdo Brughetti (*I. I.*) ..... XXV 104
« Alfonso Reyes, ensayista », de Manuel Olguín (*C. de J.*) ..... XXV 105
« El tiempo y el hay », de A. Fernández Suárez (*L. L. A.*) ..... XXV 105
De los poetas a la poesía (*L.L.A.*) .... XXV 106
« Testamento en la montaña », de Manuel Arce (*I.I.*) XXV 107
« Breve historia del ensayo hispanoamericano », de Robert G. Mead (*I. I.*) ..... XXV 107
Dos representantes de la nueva literatura española (*I. I.*) ..... XXVI 97
« Valera o la ficción libre », de José F. Montesinos (*A. D.*) ..... XXVI 99
« Otros hombres », de Manuel Lamana (*I. I.*) ..... XXVI 100
« Algo muere cada día », de Susana March (*I. I.*) ..... XXVI 100
« La narración en el Perú », de Alberto Escolar (*S.*) ..... XXVI 101
« Vagancia », de Miguel de la Mata (*S.*) ..... XXVI 101
« Antonio Machado », de Pierre Darmangeat (*L. L. A.*) ..... XXVI 102
De los poetas a la poesía (*L. L. A.*) XXVI 103
« Historia de América », de Luis Alberto Sánchez (*J. M. M.*) ..... XXVI 104
« Nosotros, los de las Américas », de Carlos Dávila (*J.*) ..... XXVI 104
« El ciclo de la revolución », de José L. Romero (*C. A.*) ..... XXVI 105
Un nuevo libro de Denis de Rougemont (*F. Dumont*) ..... XXVI 106
« Del sentir y pensar », de Carmen Aldecoa (*J. A.*) ..... XXVI 106
« El bien común de los españoles », de Adolfo Muñoz Alonso (*C. de J.*) XXVI 107
« Rómulo Gallegos, vida y obra », de Lowell Dunham (*J. M. M.*) .... XXVII 98
« San Miguel de Unamuno » y « Santa Gabriela Mistral », de Benjamín Carrión (*Guillermo de Torre*) .... XXVII 99
« Viaje de mi vida », de Di Cavalcanti (*Stefan Baciu*) ..... XXVII 100
« Diario de otoño », de Eugen Relgis (*C. de J.*) ..... XXVII 101
De los poetas a la poesía (*L. L. A.*) XXVII 101
« Río natural », de Emilio Prados (*L. L. A.*) ..... XXVII 102
« El costado del fuego », de Ricardo Paseyro (*J. Carrera Andrade*) .... XXVII 103
« Tiempo », de Isidro Conde (*C. A.*) XXVII 103
« Un real de sueño sobre un andamio », de Martín de Ugalde (*C. A.*) XXVII 104
« Barro », de Paca Navas Miranda (*C. de J.*) ..... XXVII 105
« Bienaventurados los que aman », de Fernández de la Reguera (*I. I.*) XXVII 105
« España primitiva y romana », de Julio Caro Baroja (*I. I.*) ..... XXVII 106
« Escritores representativos de América », de Luis Alberto Sánchez (*I.I.*) ..... XXVII 106
« La literatura política de González Prada, Mariátegui y Haya de la Torre (*I. I.*) ..... XXVII 107

INDICE ALFABÉTICO DE AUTORES

ABAD CARRETERO Luis : « *Historia de una obra, pía* », *de María Elena Sodi* ..... XXV 101
A. D. : « *Panorama de la literatura española* », *de G. Torrente Ballester.* XXII 120
« *El Vengador* », *de José Luis Puche* ..... XXIV 103
« *Mis poemas mejores* », *de Vicente Aleixandre* ..... XXIV 105
« *Valera o la ficción libre* », *de José F. Montesinos* ..... XXVI 99
AJA Pedro Vicente : *La revolución científica y la libertad del hombre.* XXIV 26
ALBA Víctor : *Coloquio con Rufino Tamayo* ..... XXII 98
Impresiones de Centroamérica ..... XXVII 81

ALEXANDER Marc : *América Latina en el espejo soviético* ..... XXII 89

ALSOP Joseph : *Por qué Israel debe sobrevivir* ..... XXII 83

ALVAJAR César : « *Cabral, poeta de América* », de *Manuel Ugarte* .... XXII 119
« *Cuestiones disputadas* », de *José Ferrater Mora* ..... XXIII 106
« *Historias de Macacos* », de *Francisco Ayala* ..... XXIII 108
« *El Estanque* », de *Estela Canto* .. XXIV 102
« *Del tiempo en que vivimos* », de *Juan Oropesa* ..... XXIV 103
« *La causa del pueblo vasco* », de *F. J. Landaburu* ..... XXV 102
« *El ciclo de la revolución* », de *José L. Romero* ..... XXVI 105
« *Tiempo* », de *Isidro Conde* ..... XXVII 103
« *Un real de sueño sobre un andamio* », de *Martín de Ugalde* .. XXVII 104

ANISSIMOV Ivan : *Este-Oeste : un diálogo difícil* ..... XXV 37

ANTONIORROBLES : *En México se estrena un maestro* ..... XXIII 88

ARAQUISTAIN Luis : *Las grandes potencias y la guerra de España* .. XXIII 65
¿ Cuál era la religión del Greco ? XXIV 13
Rusia en el banquillo de los acusados ..... XXVI 47

ARCINIEGA Rosa : *Dictadores e intelectuales* ..... XXIII 84

ARCINIEGAS Germán : *Notas y comentarios* ..... XXII 43
El poema inédito de Gabriela .... XXIII 17
La melancólica rapsodia húngara .. XXV 52
Itinerario de la emoción colombiana ..... XXVI 27

ARON Raymond : *La era termonuclear* ..... XXVI 59

ARQUER Jordi : « *Los P. C. de Europa* », de *Brauko Lazitch* ..... XXII 123
« *Del sentir y pensar* », de *Carmen Aldecoa* ..... XXVI 106

AYALA Francisco : *Líbano : Viaje por el país* ..... XXV 83

BACIU Stefan : « *Poemas para cuerdas* », de *H. Icaza Sánchez* ..... XXIV 105
Nuevos libros brasileños ..... XXV 99
« *Viaje de mi vida* », de *Di Cavalcanti* ..... XXVII 100

BARAIBAR Carlos de : *Realidades y perspectivas chilenas* ..... XXVI 64

BAREA Arturo : *Una historia de tiempos futuros* ..... XXIII 30

BONDY François : *La revolución húngara de octubre* ..... XXII 51
Francia : Dos opiniones opuestas .. XXIV 76

BRUGHETTI Romualdo : « *Constitución y revolución* », de *Bernardo Canal Feijóo* ..... XXII 125

CAMUS Albert : *El huésped* ..... XXV 11

CARRANZA Carlos P. : « *Marx y la Rusia de ayer y de hoy* » de *Julián Gorkin* ..... XXII 122
« *Mi paso por la política* » de *Nicolás Repetto* ..... XXIV 100
Recuperación democrática en Argentina ..... XXVII 89

CARRERA ANDRADE Jorge : *Cuatro siglos de poesía hispanoamericana* XXII 114
Muerte y gloria de Gabriela Mistral ..... XXIII 26
Huaynac Capac, gran constructor de Quito ..... XXVII 53
« *El costado del fuego* », de *Ricardo Paseyro* ..... XXVII 103

CASONA Alejandro : *La Casa del Amor* ..... XXII 49

CASTRO Américo : *De grata recordación* ..... XXII 5
Ser y valer : dos dimensiones del pasado historiable ..... XXIV 3

COINDREAU Maurice Edgar : *La joven literatura española* ..... XXIV 39
Los jóvenes novelistas españoles : Rafael Sánchez Ferlosio ..... XXVII 67

CONDE Carmen : *En un mundo de fugitivos* ..... XXV 35

CORREDOR J. M. : *Pablo Casals en la Sorbona* ..... XXII 95

COSS Julio Antonio : *La danza moderna mexicana* ..... XXVI 92

CRAFT Robert : *Conversación con Stravinsky* ..... XXVII 42

DAVIDSON Basil : *El despertar de Africa* ..... XXVI 79

DEDIJER Vladimir : *Experiencias y realidades soviéticas* ..... XXVI 53

DIEZ DE MEDINA Fernando : *Leyendas bolivianas : « Imantata »* .... XXIII 13
Ricardo Rojas, adalid de América .. XXVII 65

DJILAS Milovan : *La crisis del sistema comunista* ..... XXIII 54
La tiranía sobre el espíritu .... XXVII 33

DUMONT F. : *Un nuevo libro de Denis de Rougemont* ..... XXVI 106

EMMANUEL Pierre : *La doble ilusión del progresista* ..... XXIII 59

F. B. : *España : El caso Ridruejo.* XXV 61

FERRATER MORA José : *Unamuno y la idea de la realidad* ..... XXII 38
Las tres filosofías ..... XXV 21

FLORIT Eugenio : *Juan Ramón Jiménez, poeta máximo* ..... XXII 65

FRANK Waldo : *La televisión : Teatro grande y vacío* ..... XXVI 31

GAIROLA C. Krishna : *El arte alemán de la postguerra* ..... XXIII 95

GALLEGOS Rómulo : *Un ejemplo de dignidad intelectual* ..... XXIII 24
Colombia, ejemplo para América .. XXVI 29

GARCIA ATIENZA Juan : *Majada* .. XXIV 44

GIRONELLA Enrique : *Italia : Las posibilidades de una reunificación socialista* ..... XXIV 83

GORKIN Julián : « *Tres que hicieron una revolución* », *de Bertram D. Wolfe* ..... XXV 98

GORWALA A. D. : *Una victoria comunista en la India* ..... XXVI 83

GOSSET Pierre y Renée : *Hong-Kong, secreto de la coexistencia.* XXIV 69

GUILLEN Jorge : *Siglo XX* ..... XXVI 24

HALPERIN Ernst : *Conversaciones en Polonia* ..... XXIV 61

HUXLEY Aldous : *Aspectos de la civilización* ..... XXII 28

IBARRA Luis : *En recuerdo de Rubén Darío* ..... XXIV 34

IGLESIAS Ignacio : *Don Miguel de Unamuno* ..... XXII 32

De Juan Ramón Jiménez a Pío Baroja ..... XXII 64

« *La Caída* », *de Beatriz Guido* .. XXII 121

« *La muerte en las manos* », *novela realista de Julián Gorkin* .. XXIII 100

« *Cuatro visiones de la historia universal* », *de José Ferrater Mora* ..... XXIII 106

« *Las metamorfosis de Proteo* », *de Guillermo de Torre* ..... XXIII 107

España : La pervivencia de un régimen exhausto ..... XXIV 79

« *Conversaciones con Nehru* », *de Tibor Mende* ..... XXIV 101

« *La Baja Edad Media* », *de E. Bagué y Juan Petit* ..... XXIV 101

« *Prometeo* », *de Romualdo Brughetti* ..... XXV 104

« *Coloquios con Tamayo* », *de Víctor Alba* ..... XXV 104

« *Breve historia del ensayo hispanoamericano* », *de Robert G. Mead* ..... XXV 107

« *Testamento en la montaña* », *de Manuel Arce* ..... XXV 107

Dos representantes de la nueva literatura española ..... XXVI 97

« *Otros hombres* », *de Manuel Lamana* ..... XXVI 100

« *Algo muere cada día* », *de Susana March* ..... XXVI 100

« *Bienaventurados los que aman* », *de Fernández de la Reguera* .... XXVII 105

« *Escritores representativos de América* », *de Luis Alberto Sánchez* .. XXVII 106

« *España primitiva y romana* », *de Julio Caro Baroja* ..... XXVII 106

« *La literatura política de González Prada, Mariátegui y Haya de la Torre* », *de E. Chang Rodríguez* ..... XXVII 107

IGNOTUS Paul : *La conciencia nacional húngara* ..... XXIII 45

J. : « *Nuestros vecinos argentinos* », *de Alejandro Magnet* ..... XXIII 105

« *Tierra de fuego* », *de Francisco Coloane* ..... XXIII 108

« *Nosotros los de las Américas* », *de Carlos Dávila* ..... XXVI 104

« *Santiago Arcos...* », *de Gabriel Sanhueza* ..... XXIV 107

« *Desarrollo económico de Chile* » XXV 103

JIMENEZ Juan Ramón : « *De tu primavera, mayo* » ..... XXVII 3

JOUVENEL Bertrand de : *Diálogo entre economistas* ..... XXVI 87

JUAN Carlos de : « *El hombre imitado* », *de Rosanna Cavazzana* .. XXII 121

« *España en la encrucijada* », *de J. M. Semprún Gurrea* XXIII 103

« *Suerte a las 7 y otros relatos* », *Nestor Madrid-Malo* ..... XXIII 109

« *Los mundos enemigos* », *de A. Fernández Suárez* ..... XXIV 99

« *Alfonso Reyes, ensayista* », *de Manuel Olguín* ..... XXV 105

« *El bien común de los españoles* », *de Adolfo Muñoz Alonso* ..... XXVI 107

« *Diario de otoño* », *de Eugen Relgis* ..... XXVII 101

« *Barro* », *de Paca Navas Miranda* XXVII 105

KETMAN Georges : *Egipto : Retrato de la intelectualidad* ..... XXV 86

LEVI della VIDA G. : *Nación y nacionalismo árabes* ..... XXII 74

LEVINSON Luisa Mercedes : *La Represa* ..... XXII 46

LOPEZ ALVAREZ Luis : « *El arco y la lira* », *de Octavio Paz* .... XXII 118

De los poetas a la poesía ..... XXIII 107

De los poetas a la poesía ..... XXIV 104

« *La Venda* », *de S. Serrano Poncela* ..... XXIV 106

« *El tiempo y el hay* », *de A. Fernández Suárez* ..... XXV 105

De los poetas a la poesía ..... XXV 106

« *Antonio Machado* », *de Pierre Darmangeat* ..... XXVI 102

De los poetas a la poesía ..... XXVI 103

De los poetas a la poesía ..... XXVII 101

« *Río natural* », *de Emilio Prados* .. XXVII 102

LLOPIS Rodolfo : *Breve análisis de la realidad española* ..... XXIII 102

MACDONALD Dwight : *Diez días en El Cairo* ..... XXIII 74

MACHIN J. M. : *Cuba y Costa Rica en la actualidad americana* .... XXV 71

« *Revisión de Bolívar* », *de J. L. Salcedo Bastardo* ..... XXV 103

Siles Suazo se impone en Bolivia. XXVI 68

« *Historia de América* », *de Luis Alberto Sánchez* ..... XXVI 104

¿ Elecciones libres en Venezuela ? XXVII 85

« *Rómulo Gallegos, vida y obra* », *de Lowell Dunham* ..... XXVII 98

MADARIAGA Salvador de : *Cosas y Gentes* ..... XXIII 35
Cosas y Gentes ..... XXIV 31
Cosas y Gentes ..... XXV 18
Cosas y Gentes ..... XXVII 61

MALLO Jerónimo : « *El desterrado ensueño* », de *Concha Zardoya* .. XXII 119
Ortega y el catolicismo español .... XXVII 13

MAÑACH Jorge : *Vigencia de lo español en América* ..... XXII 15
La variación hispanoamericana .... XXIII 6

MARQUINA Rafael : « *Aretino, azote de príncipes* », de *F. Cossío del Pomar* ..... XXV 100

MAURIN Mario : *Charla con Juan Ramón* ..... XXII 67
Carl Sandburg y el mito de América ..... XXVI 35

MERAY Tibor : *Hungría : Tibor Déry encarcelado* ..... XXV 65

M. G. : *Deambulando por Creta* .. XXVII 77

MISTRAL Gabriela : *Interrogaciones.* XXIII 29

MORAVIA Alberto : *Viaje por la U.R.S.S.* ..... XXII 22

ONIS Federico de : *Sobre la poesía brasileña* ..... XXIII 39
Ortega y Gasset, joven ..... XXVII 4

PALOCZI-HORVATH Gyorgy : *Janos Kadar : retrato de un jefe comunista* ..... XXIV 52

PASSIN Herbert : *El Japón : Una nación de lectores* ..... XXIV 91

PEREZ Galo René : *Barba Jacob, el alucinado* ..... XXVI 41

PERRUCHOT Henri : *Francia : encuesta sobre la juventud* ..... XXV 55

PHILLIPS Morgan : *Milovan Djilas : el rebelde y el preso* ..... XXVII 29

PICON SALAS Mariano : *Venezuela : Caracas 1957* ..... XXV 75

PIERHAL Armand : *¿ Qué es una novela ?* ..... XXIV 48

PODHORETZ Norman : *Estados Unidos : ¿ Una juventud demasiado sensata ?* ..... XXIV 87

QUINTANILLA Luis : *Siete mañanas pintando a Casals* ..... XXVI 71

R. G. T. : « *Hungría, 1956* », de *Víctor Alba* ..... XXIV 98

R. R. : *Encuesta sobre la joven pintura* ..... XXII 113
Luis Quintanilla ..... XXIII 99
Pintores españoles en Francia .... XXIV 95
Bartolí y Michelle Stuart ..... XXVII 97

REYES Alfonso : *Divagación de otoño en Cuernavaca* ..... XXIII 3
La « República » de Platón ..... XXV 8
Los antiguos manuscritos ..... XXVII 49

ROVIRA ARMENGOL J. : « *El fanático y el sensato* », de *G. F. Hudson* ..... XXII 124
« *Democracia liberal* », de *Massimo Salvadori* ..... XXIV 99

SALAZAR CHAPELA E. : *Dos ensayos* », de *Américo Castro* .... XXV 96

SALGADO Antonio : « *Doce años de oprobio* », de *Juan Antonio Solari* ..... XXII 124

SANCHEZ Luis Alberto : *Un ser y una voz inconfundibles* ..... XXIII 20
Dos libros políticos de dos hombres políticos ..... XXIV 97
« *La narración en el Perú* », de *Alberto Escobar* ..... XXVI 101
« *Vagancia* », de *Miguel de la Mata* ..... XXVI 101

SANCHEZ-MAZAS Miguel : *La actual crisis española y las nuevas generaciones* ..... XXVI 9

SCHNEIDER Pierre : *Poder y belleza del dinero* ..... XXVI 75

SENDER Ramón : *Pío Baroja y su obra* ..... XXII 70

SERRANO PONCELA S. : *Encuentro con don Miguel* ..... XXII 33
Dominicus autocratos ..... XXVI 45

SILONE Ignazio : *Dignidad de la inteligencia* ..... XXII 3
Este : Oeste : Un diálogo difícil. .. XXV 37

SOUVARINE Boris : *El « octubre » soviético : ficciones y realidades.* XXVII 18

SPERBER Manès : *El Occidente no tiene derecho a llorar* ..... XXII 61

TORRE Guillermo de : « *San Miguel de Unamuno* » y « *Santa Gabriela Mistral* », de *Benjamín Carrión* ..... XXVII 99

TORRES BODET Jaime : *Homenaje a Gabriela Mistral* ..... XXIII 16

TORRES CAMPAÑA M. : *El Congreso por la Libertad de la Cultura* ..... XXII 92

TORRES-RIOSECO Arturo : *La hora del panamericanismo* ..... XXIII 91

TROELLER Gordan : *Irán, tierra de corrupción* ..... XXII 79

UNAMUNO Miguel de : *Carta a Rubén Darío* ..... XXIV 38

VALIANI Leo : *La Conferencia de Oxford sobre los problemas de la U.R.S.S.* ..... XXVII 72

X. X... : *Rusia : Carta de un estudiante* ..... XXV 67

XURIGUERA Ramón : *El conceptismo en la pintura española* ..... XXII 104
Picasso, medio siglo de cubismo .. XXV 91
Elemento y unidad en la pintura de Luis Fernández ..... XXVII 94

ZAMBRANO María : *La Esfinge : La existencia histórica de España* .... XXVI 3

TEMPO PRESENTE

Rivista mensile

Direttori NICOLA CHIAROMONTE e IGNAZIO SILONE
Redattore responsabile VITTORIO LIBERA
Redazione : Roma, Via Gregoriana 7 - Telefono 63602
Amministrazione : Roma, Via Gaeta 14 - C/c postale 1/20569

TEMPO PRESENTE *è una rivista internazionale di informazione e discussione fondata sul principio della libertà di critica. Essa intende promuovere il riesame dei modi di pensare correnti mettendoli a confronto con la realtà del mondo attuale.*

PREUVES

REVUE MENSUELLE

publiée sous la direction de FRANÇOIS BONDY
Secrétaire général : JACQUES CARAT

23, rue de la Pépinière, Paris (8e)

ABONNEMENTS :

France et Un. Fr. un an : 1.600 fr. ; six mois : 900 fr.
Etranger ..... un an : 1.900 fr. ; six mois : 1.000 fr.

ENCOUNTER

edited by STEPHEN and IRVING KRISTOL

Published monthly at Panton House 25 Haymarket London SWI. 3s. per number. Yearly subscription 36s. : U S and Canada $ 7.00 : India 12 rupees.

U S and Canadian subscriptions may be entered at Bristish Publications Inc.

30 East 60th Street New York 22.

Année S F i C

Enero - Febrero 1957

B.D.I.C

CUADERNOS

REVISTA BIMESTRAL

22

I. SILONE • F. BONDY • M. SPERBER
La revolución húngara

ALBERTO MORAVIA
Viaje por la U.R.S.S.

RAMON SENDER
Pío Baroja a través de su obra

EUGENIO FLORIT • MARIO MAURIN
Juan Ramón Jiménez, Premio Nóbel

Rufino Tamayo y el arte moderno

Crónicas de Roma, Teherán, México, etc.

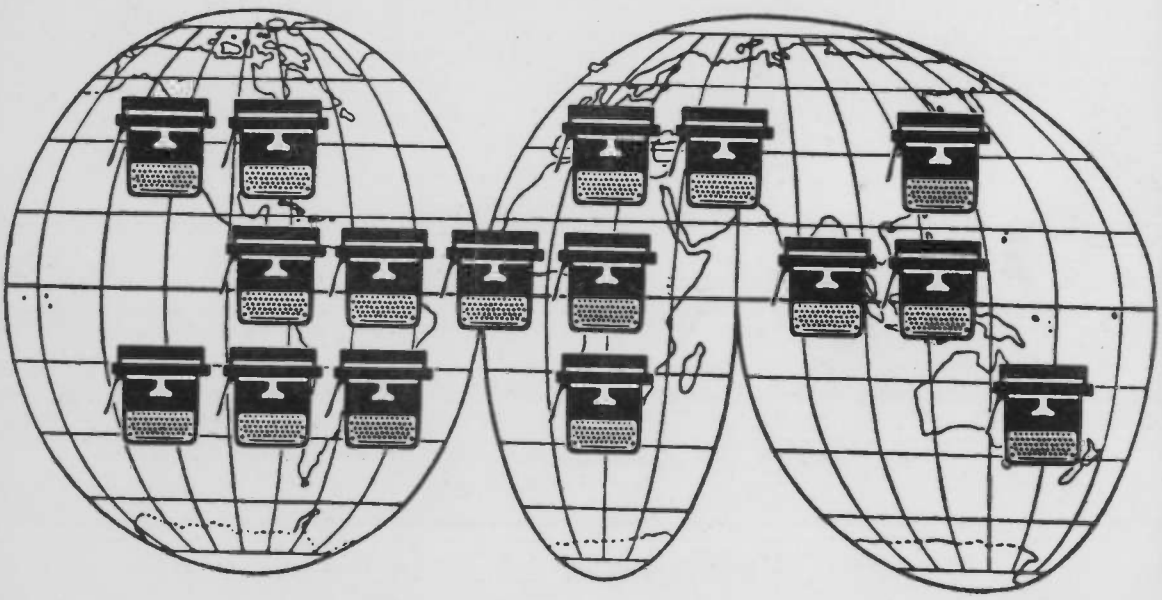
Otros textos de :

Américo Castro, Aldous Huxley, Jorge Mañach,
J. Ferrater Mora, S. Serrano Poncela, Germán Arciniegas, etc.

4° P 5926

olivetti

Los talleres fundados en Ivrea (Italia) hace cincuenta años, se han convertido en un conjunto productivo internacional; en el mismo Olivetti tiene arraigada su propia existencia y continúa preparando nuevos productos, pero su actividad es ahora integrada por las fábricas italianas de Turín, Aglié, Apuania, Pozzuoli, así como por las que surgieron en Barcelona (España), Glasgow (Escocia), Buenos Aires (Argentina), Rio de Janeiro, (Brasil), y Johannesburg (Sur Africa).
Una organización de Sociedades Aliadas y de Agentes, extendida en todo el mundo, garantiza una perfecta asistencia a los poseedores de máquinas Olivetti para oficina, en cualquier parte éstos arraiguen.



SOCIEDADES ALIADAS

Ing. C. Olivetti & C., S.p.A. - Ivrea (Italia)
Austro-Olivetti A. G. - Wien
British Olivetti Ltd. - London-Glasgow
Deutsche Olivetti A. G. - Fankfurt a/M
Hispano Olivetti S. A. - Barcelona
Olivetti Africa Pty. Ltd. - Johannesburg
Olivetti Argentina S. A. - Buenos Aires
Olivetti Australia Pty. Ltd. - Sydney
Olivetti (Canada) Ltd. - Toronto
Olivetti Colombiana S. A. - Bogotá
Olivetti Corp. of America - New York
Olivetti Industrial S. A. - Rio de Janeiro
Olivetti Mexicana S.A. - Ciudad de México
Olivetti S. A. Belge - Bruxelles
S.A.M.P.O. Olivetti - Paris

B.D.I.C

SUMARIO

Dignidad de la inteligencia	IGNAZIO SILONE	3
De grata recordación	AMERICO CASTRO	5
Vigencia de lo español en América	JORGE MAÑACH	15
Viaje por la U. R. S. S.	ALBERTO MORAVIA	22
Aspectos de la civilización	ALDOUS HUXLEY	28
Don Miguel de Unamuno	I. I.	32
Encuentro con don Miguel	S. SERRANO PONCELA	33
Unamuno y la idea de la realidad	J. FERRATER MORA	38
Notas y comentarios	GERMAN ARCINIEGAS	43
La represa (Cuento)	LUISA MERCEDES LEVINSON	46
La Casa del Amor	ALEJANDRO CASONA	49

Los acontecimientos de Hungría

La revolución húngara de octubre	FRANÇOIS BONDY	51
El Occidente no tiene derecho a llorar	MANES SPERBER	61

Las letras españolas

De Juan Ramón Jiménez a Pío Baroja	I. I.	64
Juan Ramón Jiménez, poeta máximo	EUGENIO FLORIT	65
Charla con Juan Ramón	MARIO MAURIN	67
Pío Baroja y su obra	RAMON SENDER	70

Crónicas

Nación y nacionalismo árabes	G. LEVI DELLA VIDA	74
Irán, tierra de corrupción	GORDIAN TROELLER	79
Por qué Israel debe sobrevivir	JOSEPH ALSOP	83
América Latina en el espejo soviético	MARC ALEXANDER	89
El Congreso Interamericano por la Libertad de la Cultura	M. TORRES CAMPAÑA	92
Pablo Casals en la Sorbona	J. MA. CORREDOR	95

Bellas Artes

Coloquio con Rufino Tamayo	VICTOR ALBA	98
El conceptismo en la pintura española	RAMON XURIGUERA	104
Encuesta sobre la joven pintura	R. R.	113

Lecturas. Vida del Congreso.

Fundada bajo los auspicios del *Congreso por la Libertad de la Cultura*, la revista bimestral CUADERNOS se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Esta libertad, consubstancial con nuestra razón de ser y de existir, será defendida por CUADERNOS mediante una lucha tenaz contra todos los obstáculos y todas la trabas que traten de oponerse a la libre manifestación del espíritu crítico y del pensamiento, que constituyen la más preciada conquista del hombre y de los pueblos.

Nuestra revista abre sus páginas a la colaboración de los intelectuales de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre personal y bajo su exclusiva responsabilidad ; la revista sólo se hace responsable de sus editoriales y de sus artículos, documentos y notas sin firma.

El Congreso por la Libertad de la Cultura, *constituido en el mes de junio de* 1950, *reúne a intelectuales, artistas y científicos de todos los países y de diversas tendencias. Su único denominador común consiste en la voluntad de defender el derecho de crítica y el pensamiento libre.*

Presidentes de honor :

† Benedetto Croce, † John Dewey, Karl Jaspers, Salvador de Madariaga,
Jacques Maritain, Bertrand Russell, Reinhold Niebuhr, S. J. Narayan.

Presidente del Ejecutivo : Denis de Rougemont. Secretario general : Nicolás Nabokov.

IGNAZIO SILONE

Dignidad de la inteligencia

EN estos días de alarmas súbitas y de envilecedora impotencia, se multiplican a nuestro alrededor proposiciones, juicios y comentarios, inspirados por la indignación más que por el buen sentido. Es, pues, necesario que recordemos el conciliador consejo de Spinoza : No llores, no rías ; trata de comprender.

La insurrección húngara tiene una significación esencial, que nos interesa de manera particular, como hombres de cultura, y cuya validez no disminuye como consecuencia de la súbita perturbación, ya que, por el contrario, lleva en sí la antigua y trágica sanción de la sangre. La significación es ésta : el papel de vanguardia que ha incumbido a los escritores en la preparación y el desarrollo de la lucha magiar, así como su presencia en primera línea de las recientes agitaciones políticas de los países de Europa oriental, constituyen una rehabilitación clamorosa de la dignidad y de la responsabilidad de la inteligencia que, en medio del desbordamiento de escepticismo y de conformismo, nadie se atrevía ya a esperar. Puede decirse que, desde 1848, Europa no había asistido a ningún acontecimiento semejante.

Gracias a los sucesos de Budapest, la inteligencia se ha visto inmediatamente rehabilitada en lo que tiene de más noble y positivo : su capacidad para examinar siempre de nuevo la verdadera condición humana y para legitimar la rebelión. Este nuevo descubrimiento exaltante de la función de la inteligencia es ahora un bien precioso, que permanece confiado a todos nosotros, y no puede decirse que el Occidente no lo necesita también.

Me he enterado, con una sensación particular de alivio, de las declaraciones de Sartre, así como también de las noticias referentes a manifestaciones de disgusto por el prolongado engaño sufrido y al resurgimiento del sentido de responsabilidad en otros ilustres « compañeros de ruta » y « partidarios de la paz », tanto de Italia como de otros países. Tomemos nota de ello. ¿ De qué serviría ahora recriminar ? El porvenir debe interesarnos más que el pasado. Pero no me agradaría que este estado de ánimo mío se interpretase equivocadamente, dándole un fácil sentido político, tanto más cuanto que no veo, ni en Francia ni en Italia, qué partido pudiera tener la conciencia tan acomodaticia para no sentirla turbada ante la idea de una adopción tan comprometedora.

Pero es inútil hablar de ello, ya que nadie tiene tal propósito, ni se trata de nada semejante. Es probable que se produzcan, especialmente en Italia, altera-

ciones importantes en la proporción entre las fuerzas políticas ; pero el verdadero alcance de la acción revolucionaria de los intelectuales de Europa oriental es sin duda bastante más vasto ; y casi me atrevería a decir que es francamente antipolítico, puesto que para dichos intelectuales representa una comprobación directa de la mentira dominante y un contacto sin intermediarios con los obreros y los campesinos.

En la nueva situación que se ha creado, este último punto nos permitirá tal vez reanudar la vieja disputa relativa al engagement, *para aclarar su aspecto más ambiguo, pues de lo contrario algunos dispondrían aún de una cómoda coartada para pasar de un conformismo a otro y de una servidumbre a otra en nombre del Progreso.*

La mayor dignidad de la inteligencia se funda en esta experiencia : en todas las épocas y bajo todos los regímenes, la renovación es siempre el resultado de la unión de una idea nueva y verdadera con la parte más sufrida de la sociedad. En el lenguaje religioso esto se llama una Encarnación. Sólo el espíritu hecho carne realiza milagros. Por el contrario, una idea que se queda en el cenáculo sufre la misma suerte mísera que la sal que se queda en el salero y que, como dice la Biblia y confirman las amas de casa, se vuelve insípida. Pero, ¡ cuidado ! No existe error más fatal para un artista que el de identificar a los humillados y oprimidos con un partido cualquiera (aun cuando, en la esfera de las relaciones políticas, solamente la acción del partido puede garantizar eficacia a la expresión de la voluntad de los ciudadanos).

Este es precisamente el penoso error de que ha sido víctima Sartre, después de su desengaño del R. D. R. Entonces creyó (y no se pone en litigio su buena fe) descubrir una identificación de la clase obrera con el partido comunista. Su error fué enorme, más aún desde el punto de vista ideológico que del político. Para evitar equívocos, quiero añadir que, en este caso, no discuto la fuerza efectiva del comunismo francés, ni la composición social de sus seguidores, ni sus vínculos con las asociaciones obreras de las grandes fábricas, puesto que, a mi entender, todo el que con el mismo procedimiento lógico quisiera identificar a la clase obrera inglesa con el partido laborista, a Tito con Yugoeslavia o a la India con Nehru, caería en la misma confusión mental.

Me extraña, y no poco, que esta objeción no haya brotado en el espíritu del filósofo existencialista. ¿ Cómo identificar, en efecto, dos realidades que, si bien están íntimamente ligadas entre sí, tienen un modo distinto de existir, y cuyas relaciones son vivas y mudables ? Aparte la desastrosa impropiedad del lenguaje, la identificación de Sartre ya era errónea en su premisa, que es una apreciación muy particular de las cuestiones obreras. En mi calidad de escritor y de socialista, no puedo dejar de añadir, sobre este punto, que no hay ninguna razón para convertir en un fetiche a la clase obrera, considerada como tal. Este es, pues, el mejor servicio que como intelectuales y socialistas podemos hacer a los obreros, a fin de estar en condiciones de criticarlos siempre que se pasan, en su mayor parte, al hitlerismo, al peronismo o a cualquiera otra aberración totalitaria.

IGNAZIO SILONE

DE GRATA RECORDACION

(Juan Valera y Alberto Jiménez)

POR AMÉRICO CASTRO

Sin habérselo propuesto como finalidad primaria, las páginas de esta revista se están volviendo lugar de grata convergencia para algunos escritores hoy dispersos y sin conexión como resultado de los informes cataclismos hispanos. La diáspora de los últimos veinte años aparecerá en el futuro como un tenue y brumoso episodio, conocido acaso de algunos eruditos si aún sigue habiéndolos. No se ha creado una conciencia colectiva y pública, y no han ido por tanto registrándose con sentido las acciones merecedoras de atención y recuerdo. Millares de españoles han perecido en la última guerra mundial —en Africa, Francia, Noruega y otras partes— sin que su presencia ni siquiera haya sido mencionada por quienes se beneficiaron con su ignoto sacrificio.

Dejando ahora en paz a los anónimos muertos, es notable la indiferencia respecto de quienes todavía siguen ahí contribuyendo a la vida de cultura en Europa y América. Tongadas de olvido se aprestan a ir cayendo sobre ellos. La Biblioteca del Congreso, en Wáshington, publicó hace años una benemérita bibliografía de lo producido por los emigrados, muy somera y sin gradaciones y relieves. No tocaba hacerlo a los americanos sino a los españoles ; pero como dicen a cada momento en el Brasil, falta « organização ». Para que exista habría que crearla, por encima de las reyertas, indiferencias y egoísmos. No se ha dicho bien todavía cuál ha sido la huella española en ambas Américas y en Europa durante los últimos veinte años —en la ciencia, la industria, la enseñanza, las letras, el arte, el comercio. Para citar un ejemplo inmediato —escribo en Londres—, hay incluso españoles que hoy viven en Inglaterra para quienes no es familiar el nombre del capitán Carlos Lago, agregado naval permanente en la Embajada de Francia en Londres, aunque conserva la ciudadanía española. De haberse hecho inglés — está « en casa » tanto en francés como en inglés — sería algo así como contralmirante en la marina británica. Francia votó una ley para que este español pueda ser coronel del ejército francés. Mi ignorancia de la ingeniería naval me impide valorar aquí los importantes trabajos del Sr. Lago en ese campo de la técnica ; sé que ha sacado del fondo del mar barcos juzgados perdidos, y que sus publicaciones merecen respeto entre los enterados. En la obra que nunca se escribirá acerca de la emigración española, el señor Lago debiera ocupar un lugar muy destacado. Yo he de limitarme a men-

cionar su nombre. Junto al suyo habrían de figurar los de unos cuantos químicos, biólogos, médicos, ingenieros, filósofos, escritores, que honran las universidades en que hoy profesan, en Inglaterra, Estados Unidos, Méjico, Venezuela, etc. Sus obras están contribuyendo, con gran distinción, a la cultura de esos países.

Todo esto viene a cuento de haber leído yo no hace mucho un libro de don Alberto Jiménez (*Juan Valera y la Generación de 1868*, Oxford, The Dolphin, Book Co., 1956), y de juzgar urgente no dejarlo pasar inadvertido. Sus páginas remueven recuerdos muy gratos de evocar y suscitan presencias que les son remotas. Por otra parte, la vida preclara del autor es tan obra como su libro, y ambos llevan a pensar en ciertas conexiones entre la España del siglo XIX y la del XX. Acontece a veces que la lejanía nos acerque a cosas dejadas en penumbra cuando estábamos próximos a ellas. Ciudades y aldeas sin saborear, paisajes ahora sin forma y matiz precisos ; y sobre todo, gentes y obras a las cuales no concedimos páginas reflexivas. La ingrata inconsciencia suele tomar formas de vago y oral recuerdo en la vida española.

El siglo XIX español fué rehuído por muchos de mis coetáneos. Nos sabía a ceniza. El hundimiento del vasto imperio español en 1824 no produjo entonces ni reacción ni meditación perceptibles. El siglo iniciado con la persecución de Jovellanos y la entrega del reino a los franceses, se cerraba con la pérdida de las últimas colonias, en 1898, entre podredumbres y cretinismos. Un reinado prostituído, guerras civiles insensatas, ausencia de tono vital cuando Europa florecía en valores de inmensa calidad. Leía uno a Balmes, a Valera, a Galdós, pero ellos y otros iban asociados al Madrid de los pronunciamientos, a las casas de cascote, a aquellos profesores de universidad. Yo todavía alcancé uno que decía : « Sigan Uds. estudiando, y permítaseme el gerundio ». A muchos que tomaban conciencia de sí mismos a comienzos de siglo, España aparecía como un revoltijo de corral de vecindad y manicomio, especialmente en las provincias.

No obstante eso y más, tal impresión no era ni correcta ni justa. Pero los jóvenes suelen ser severos incluso contra quienes les dieron armas para alzarse contra ellos. Experiencias propias y lo escrito acerca del siglo XIX (escasean los análisis excelentes), fueron corrigiendo las confusas perspectivas. Sin ciertos heroicos precursores, lo llevado a cabo en el primer tercio del siglo actual no hubiera sido posible. La misma obra educativa de Alberto Jiménez estuvo precedida por la de Francisco Giner, contemporáneo de Menéndez y Pelayo, el primero en decir en español palabras vitalizadas sobre ocho siglos de producción literaria ; junto a ellos Galdós creaba figuras humanas, firmes y destellantes, salidas de medios informes y avulgarados. Galdós no se dejó hundir entre el cascajo de la vida madrileña ; como Cervantes, supo él también reaccionar contra la fascinación de todas las oquedades, ver luz esperanzada más allá del inerte presente : « Por algunos huecos del caserío se ven horizontes esteparios y *luminosos* ». Tan breve sentencia resumiría para mí el mensaje de vida y belleza de aquel supremo escritor, una « dádiva santa » poco agradecida por las gentes de su tiempo.

No son muchos quienes ahora tienen presentes el nombre y la obra frágil y exquisita de Alberto Jiménez, venida a tierra con la catástrofe de 1936, —una obra que hundía sus raíces en la mejor humanidad de nuestro siglo XIX. Rara vez han sido suficientemente notadas las actividades educativas, a menos que sus apóstoles fueran a la vez inventores de algún sistema pedagógico objetivable y provisto de validez general (Rousseau, Pestalozzi, Froebel, etc.). Pero el tema humano al cual Jiménez entregó treinta cabales años de su vida, no enlazaba con doctrinas formuladas y difundidas en libros y revistas ; los datos de este su problema vital eran imprecisos e inasibles, pues dependían de la situación, del ambiente y de las maneras en y desde donde un joven español del siglo XX debiera enfrentarse con sus quehaceres de hombre. Se trataba de escapar a ciertas toscas vulgaridades, y de perseguir metas muy claras : hombría de bien,

esfuerzo intelectual, corrección en la vida civil y eficacias provechosas para España. Tal vez haga sonreír la mención de tan ingenuas finalidades. Téngase en cuenta, sin embargo, que Alberto Jiménez nunca habló así de estas cosas, ni las flameaba como un programa para prédicas ; las realizaba en forma discreta, callada y elegante, — lo cual es asunto muy distinto.

La obra de Jiménez fué (y confío en que siga siéndolo algún día) la *Residencia de Estudiantes*, denominación sencilla y modesta bajo la cual se ocultaban múltiples y complejas actividades. El aspecto exterior —pabellones de rojo ladrillo sobre unas suaves colinas al final del entonces llamado Paseo de la Castellana— poco revelaba de lo allí hecho. Los estudiantes, seleccionados con gran esmero, asistían a las clases de la Universidad o de las Escuelas Especiales de Ingeniería ; no recibían en la Residencia ninguna enseñanza regular, pero estaban sometidos, expuestos diríamos, a incitaciones ejemplares de muy varia índole. La Residencia era centro de atracción para hombres distinguidos en la ciencia, en el arte, en las letras, en la conducta. Imagínese lo que significaba para un joven —hacia 1910— vivir allá, sin plebeyeces y conversaciones chocarreras, sin la sensación de tener que salir del pozo, como el Barón de Münchausen, tirándose de las propias orejas. Moraban en la Residencia algunos científicos, escritores o eruditos, (recuerdo a Ricardo de Orueta, el primer historiador sistemático de la escultura española), sometidos al mismo régimen de vida que los estudiantes. Había una buena biblioteca, clases de idiomas para quienes gustasen tomarlas y algunos laboratorios de ciencia experimental, en los cuales trabajaban hombres como del Río Hortega, Cabrera, Lafora, Negrín, Severo Ochoa, Francisco Grande, Antonio Madinaveitia, Calandre, Sacristán, Suárez y otros.

Por el salón de conferencia pasaron las más altas personalidades de la cultura española y extranjera. Entre el público que asistía a aquellas memorables sesiones hemos visto, desde humildes gentes, hasta intelectuales de gran calidad ; grandes aristócratas, e incluso algunas veces al Rey y la Reina de España. Durante la primera guerra mundial Bergson apenas hallaba en donde hacerse oír, pues en la sociedad madrileña de entonces predominaban los germanófilos, amantes del militarismo y del dominio de los eclesiásticos ; no era elegante ni « sensato » simpatizar con los aliados. La Residencia abrió a Bergson sus salones. En ellos oímos a Einstein exponer su aún poco divulgada teoría de la relatividad, aclarada luego, allí mismo, por filósofos y científicos que pusieron tamaña novedad al alcance de los poco enterados. Howard Carter habló de su hallazgo de la tumba de Tutan-Kamen a raíz de haberlo realizado. Wells, Chesterton, Belloc, Paul Valéry, Marie Curie, Paul Claudel, De Broglie, Conde Sforza, Max Jacob, Le Corbusier, Eddington, el economista Keynes, Conde de Keyserling, Manuel de Falla, Ortega y Gasset, Unamuno, Ors, Zulueta y tantos y tantos otros, comunicaron a un amplio grupo de estudiantes cosas nuevas y a la vez perdurables en su valor (1).

Ha de recordarse asimismo la labor editorial de la Residencia, pues allá aparecieron las *Meditaciones del Quijote*, de Ortega y Gasset, en 1914 ; poco después los *Ensayos*, de Miguel de Unamuno, así como un libro sobre la filosofía de Bergson, de M. García Morente, el primero publicado en español sobre aquel tema. Salieron otras notables obras que ahora no recuerdo y que hace veinte años estaban en la biblioteca de mi casa, muy próxima a la Residencia, —todo ello una lejana y desvanecida imagen, que el vendaval de barbarie hizo remota. Perdura en la fantasía la línea grácil y esbelta de los chopos a lo largo del « Canalillo », en la suave colina que fué llamada « de los poetas », pues en la Residencia vivieron, o a su sombra poetizaron a veces, Juan Ramón Jiménez, Fede-

(1) En la edición inglesa de *Misión de la Universidad*, publicada en 1944, se refiere Ortega y Gasset a la Residencia de Estudiantes : « For supporting new institutions like the *Residencia de Estudiantes*, which was created precisely to promote the welfare of the University by stimulating the ferment of thought, we were dubbed the University's official enemies. » (Edición de la Princeton University Press, p. 37).

rico García Lorca, Rafael Alberti, José Moreno Villa, Miguel Prados y otros tal vez menos notorios. Las ciencias mayores, el pensar filosófico, las bellas artes, la poesía, todo fué solicitado o fomentado en aquellos modestos edificios, destacados, en un aire sutil, que sentíamos vibrante, sobre el fondo velazqueño del Guadarrama— la esforzada obra humana y la maravilla natural amándose mutua y lealmente.

Sobre un plano de firmeza moral y de tolerante convivir iba formándose una atmósfera de respirable hispanidad. Mas no es menos cierto que aquella abnegada y exquisita empresa —tan españolamente personal, tan ardua de precisar y definir— apenas ha dado ocasión a recuerdos y comentarios de alguna estabilidad, lo cual no deja tampoco de ser español. La Residencia no era centro de educación religiosa ni antirreligiosa ; sus fines eran culturales, como los de cualquier institución educativa dependiente del Estado en el resto de Europa. La Residencia era incompatible con regímenes totalitarios, rojos, verdes o azules. Su salón de conferencias es hoy un templo católico, pues se ha querido, por decir así, exorcisar aquellos edificios, foco un día de un espíritu claramente humano, en donde convivían en paz católicos y no católicos, según es costumbre —¿ o era?— en pueblos humanamente civilizados. La Residencia sigue más presente en el ánimo de sus adversarios que en la conciencia liberal de quienes le son deudores de considerables beneficios. No le fué perdonado no tener una capilla y un capellán, a fin de que los estudiantes asistieran a aquélla como un rebaño bien regimentado. La Residencia sobrevive hoy a través del rencor de quienes siempre se dieron cuenta de su trascendencia ; y un día vendrá en que influya en la mente y en la acción de quienes perseveren en el intento de querer construírse una España ni ciegamente violenta, ni neciamente amordazada.

HAN sido frecuentes en España las obras de tipo personal —esculturas inmateriales, tonos vivísimos de arco iris desvanecidos en cuanto el instante no les es propicio. La novedad iniciada por la Residencia no provocó ecos y apoyos suficientes, ni tampoco esfuerzos paralelos. Fué aquella una creación personal y artística, arriesgada por el mismo hecho de no ser fácilmente imitable. Para entender su sentido hay que adentrarse en el siglo XIX, y en las concepciones educativas (que también llamaría artísticas) de Francisco Giner y Manuel Cossío. Es muy significativo que Jiménez —como resultado de la reflexión de estos años— haya escrito dos estudios sobre la trayectoria de la educación española, y que ahora se vuelva a Juan Valera, aquel elegante antidogmático de mediados del siglo último.

Cuando se habla (o hablaba) de Institución Libre de Enseñanza, las ideas sobre el particular eran bastantes imprecisas ; en realidad se piensa en una escuela de niños y niñas, y además, en toda la obra educativa, científica, literaria, artística y, en general, humana que el genio apostólico de Giner hizo posible. Aunque parezca extraño, no hay un libro en el cual se hable de todo ello en forma cabal y penetrante. Un francés (el Abbé Jobit) tuvo en este caso más curiosidad que los españoles, aunque su libro sobre el krausismo, valioso sin duda, no responda a las preguntas que más nos interesan, —un vacío que pienso colmará la recién publicada obra del Sr. López Morillas, que aún no he visto.

Estímulo primario para Giner fué el desengaño, la convicción de ser inseguro, pobre e ineficaz casi todo de lo que se decía y hacía en la sociedad española de hacia 1870. De la conciencia de aquel mal —según siempre aconteció— habrían de brotar fecundidades, en este caso el resurgir de la inteligencia y la sensibilidad hispánicas en el primer tercio del siglo XX. En esa época los españoles se alzaron a un nivel, modesto y limitado sin duda, pero del cual no había ni mínima sospecha cincuenta años antes. Giner, Galdós, Menéndez y Pelayo y Juan Valera iniciaron sus tareas reconstructivas cada uno a su modo y en distintas direcciones. Los tres primeros llenos de fe y ardor empeñoso, aunque sin entenderse entre ellos, antes oponiéndose unos a otros en formas más o menos agudas. Valera, o por menos abnegado o por carecer de ímpetu constructivo, resolvió en ele-

gante ademán su repulsa del mundo en torno a él. Se aisló de tanta insuficiencia creándose un estilo exquisito tanto en su vida como en su prosa, y acorazándose escépticamente frente a cualquier dogmatismo. Su alma no era, en verdad, de reformador heroico, y el culto de su persona y de su expresión le atrajo más que la entrega a una obra de largo esfuerzo. En la correspondencia con sus familiares son frecuentes frases como éstas : « Mi ambición de gloria y poder... Mi desidia... Me creo llamado a más altos destinos ». A pesar de lo cual sus cartas son deliciosas, abundan en atisbos inteligentes, en críticas angustiadas y justas de la sociedad contemporánea, en deseos de dirigir su saber hacia la gran empresa intelectual. A los 26 años escribe a su madre : « El único modo de hacer valer lo que sé, dado que yo sepa algo, sería escribir, y para esto hay dos grandes dificultades : la primera mi desidia, desaliento, falta de habilidad y de costumbre ; y la segunda, suponiendo aquélla vencida, la indiferencia, y hasta mala voluntad del público español, poco amigo de leer cosas serias. La única ventaja que saco yo de los estudios, está en ellos mismos ».

Se escribía esto en 1851. Valera se movía en el conocido círculo vicioso de que en España no existían obras de cultura « serias » porque no gustaban a la gente, y no gustaban porque no las había. «Este país es un presidio rebelado. Hay poca instrucción y menos moralidad ; no falta ingenio natural, y sobra desvergüenza y audacia» (1850) (2). «Lo que me fastidia aquí [en Madrid], y más que todo cuando me veo sin dinero, es la aridez y tristísimo aspecto de estos campos que no dan sino desconsuelo al corazón ». (El arte de Galdós salvaría más tarde la triste aridez de Madrid y sus aledaños ; en otra forma también la salvaría Giner, abriendo y poniendo al alcance deportivo, moral y estético de los madrileños las bellezas de su cercana montaña). « La estrechez del pupilaje [en Madrid] y el trato de los pedantes del café del Príncipe, y las cosas primitivas de mi patria y la presunción estúpida de sus raquíticos hombres de Estado, filósofos y sabios » (Por aquellos años, don Julián Sanz del Río rechazaba una cátedra de filosofía en la universidad de Madrid, y se encerraba ascéticamente en la villa de Illescas, durante varios años, a fin de prepararse a su desempeño, entre libros y en recogida meditación, con el decoro que a sí mismo se exigía. Cuando se creyó apto, lo hizo saber al Sr. Ministro. Y porque Valera sentía de aquella manera, y porque Sanz del Río llevó a cabo ciertas delicadas tareas intelectuales y morales, ha sido posible que en el siglo XX surja en España algo merecedor del nombre de filosofía. Cultivemos el digno y conveniente menester de rememorar con ánimo grato).

Pero Juan Valera no fué un frívolo exquisito ni un ocioso diplomático. Sentía allá en el fondo la auténtica espina de una angustia desolada : « En España se estudia poquísimo y se sabe menos de lo que se estudia, porque se estudia mal ; a fuerza de ingenio, algunos han logrado hacerse perdonar su ignorancia. No sé yo si tendré bastante para que me perdonen la mía ; aunque siempre debo contar, como cuentan todos, con la del público, que es grandísima, colosal. Pero, ¡ cuán triste recurso es escribir tonterías, confiado en la necedad y poca doctrina de los lectores ! Y sin embargo ¡ cuántos escriben así ! Fuera de Toreno, Quintana, Navarrete y otros varios que han escrito de cosas especiales a nuestro país, no creo que haya en éste un prosista distinguido desde principios del siglo acá, y menos ahora que nunca. El único economista que tenemos es Flórez Estrada ; el único filósofo, Balmes, y ambos no pasan de medianos » (1850). En estas expansiones íntimas, escritas sin pensar en el público, yace el auténtico sentir de Valera ; más tarde, sabe que la prensa da a luz cuanto envía del extranjero, y su tono no es ya el mismo. Aunque

(2) Según he hecho ver en otros escritos míos, frases así no son exabruptos ocasionales, sino manifestaciones de un estado de vida permanente y de reacción constante frente a él, sea esta reacción baldía o fecunda. Sesenta y seis años después escribía Ortega y Gasset : « En España es tradicional, inveterado, multisecular el odio al ejercicio intelectual » (*El Espectador*, II). Cosas semejantes se habían escrito en el siglo XVIII, en el XVII, en el XVI, en el XV e, indirectamente, en el XI.

su correspondencia valdrá siempre como una buena muestra de literatura viajera, muy rara entre quienes descubrieron y señorearon más mundo que ningún otro pueblo. El fenómeno nos es ya conocido, y por lo mismo llama la atención cualquier excepción a esa regla (las *Cartas Finlandesas*, de Angel Ganivet). Las de Valera, escritas desde Nápoles a los 23 y 24 años, son deliciosas, sobre todo por inesperadas en aquel ambiente de la España isabelina. El autor se mueve con soltura y elegancia en un mundo nuevo para él, y sabe distinguir lo superior y lo desquiciado en la grotesca corte napolitana. Lee y estudia para comunicar a sus familiares lo visto en los museos y ciudades. Contrastan estas páginas con las tan poco animadas de Moratín cincuenta años antes.

Alberto Jiménez ha presentado en páginas brillantes el proceso intelectual y emotivo del diplomático novelista, sus enlaces con la tradición que culmina en Cervantes, y con la atinadamente llamada generación de 1868. « Al hablar del Valera ensayista podrá apreciarse el parentesco que existe entre los temas y actitud de los ensayistas del 98, y la postura que adopta este ilustre representante de la generación de 1868 » (p. 96). En un ensayo, escrito justamente en 1868, se leen cosas nada envejecidas. Habla Valera del « firme empeño en apartarnos de la corriente de las ideas del siglo, y un espíritu de socialismo democrático frailuno que pone grima ». Pretenden « hacer de toda España una Arcadia a lo místico o a lo devoto, que la civilización extraña no podrá sino corromper y viciar ». Algunos conocen las fallas de los españoles, pero no se atreven a señalarlas en público, en donde todo se vuelve recordar a Lepanto, Pavía, Numancia, etc., aunque en cafés, casinos y tertulias reniegan a salvo de su país. « Esta hipocresía, esta doblez es repugnante... En público estamos hartos de oír decir, sobre todo a los absolutistas, que esta es la nación más hidalga, más católica y más engendradora de héroes y de santos ; y la más inocente y gobernable que imaginarse puede ; pero confidencialmente dicen esos mismos señores y otros muchos, que *esta nación no se gobierna sino a palos.* »

Valera no se contentó con criticar ásperamente ; le interesó hallar una causa a la deficiencia cultural del pueblo español. Como tantos otros, sin clara delimitación del problema que se le venía a uno encima, atribuyó la raíz del mal a « una fiebre de orgullo, un delirio de soberbia que la prosperidad hizo brotar en los ánimos después de ocho siglos en la lucha contra los infieles. Nos llenamos de desdén y de fanatismo a la judaica. De aquí nuestro divorcio y aislamiento del resto de Europa. Y añade Jiménez : « Más que el fanatismo religioso, la unanimidad de ese fanatismo es lo que, en opinión de Valera, *corrompió el espíritu español*... Esta constante meditación sobre ese unánime y malsano ideal de una sociedad sacra incita a Valera a ahondar y ampliar su concepto de la civilización española, incorporando a él, no sólo el áureo resplandor de los siglos XVI y XVII, sino otros siglos en que España no estuvo aislada, ni fuera de la comunidad espiritual de las otras naciones europeas, y en que si no marcó, siguió las nuevas direcciones del pensamiento humano. » Valera afirma tajantemente : « Toda nueva corriente de opinión no se detuvo en los Pirineos, sino que los salvó, y se difundió por la Península, lo mismo en los siglos XI y XII, que en los siglos XV y XVI, que desde mediados del siglo XVIII hasta el día. »

Hoy sabemos con perfecta claridad que las ideas de Valera y de otros, en este importante punto, son confusas y carecen de sustancia. Es excusable que el prurito de bucear en sí misma, constitutivo de la vida hispana, se haya buscado salidas y paliativos. Mas por mucho que se sutilice, no es verdad que exista un substrato de *espíritu*, y por encima de él la *realidad* de lo hecho por los españoles. Ni es cierto tampoco que exista una diferencia de « funcionamiento » entre la España posterior y la anterior a los Reyes Católicos (el mal de España, según Valera, es « una epidemia que data de 1492 »). Ni sabemos qué entiende Valera por esas « corrientes de opinión » que siempre han « salvado los Pirineos ». Como vida, como hacerse vida, como expresión

de su vivir, los españoles son tan extraordinarios y valiosos en el siglo XII como en el XIX. Pero ni en el siglo XII, ni tampoco en tiempo de Valera, contribuyeron los españoles con ninguna idea, o acción de la mente, con sello original, al esfuerzo constructivo de otros hombres occidentales. Partiendo de ahí, absorbiendo y digiriendo esa *realidad*, es el único modo de hacer frente a los angustiosos problemas que ella plantea, antes y ahora. Ni entregarse con desánimo a lo que se es, ni cerrar los ojos a lo que es, con elusión de las consecuencias contra las cuales hay que batallar denodadamente.

Valera lo intentó a su modo, a su hora, con inteligente entusiasmo, y por eso es justo que hoy se hable de él en la forma que Jiménez lo hace. Sus páginas, tan gratas, me hacen recordar, de rechazo, otra figura de enorme dimensión vital que salía del marco de este libro, específicamente literario. Por caminos otros que los de Valera, también Francisco Giner se mostró adverso a toda solución dogmática, y optó por vivir aislado, lejos de cualquier aglomeración vulgar y atropellada. Si Valera se refugió en el nomadismo de la vida diplomática, Giner prefirió construírse un recinto muy peculiar, un conventículo de fieles, a fin de proteger su delicada y frágil sensibilidad contra roces insufribles, que habrían anulado su enérgica capacidad de acción. Se replegó a ese reducto protector, con miras a crear un nuevo estilo de hombre que, a la larga, pudiese modificar las circunstancias del medio español. El problema, afrontado en España *por primera vez*, carecía por tanto de tradición ; su planteamiento no dependía de inyectar más o menos saberes en los jóvenes educandos. Jovellanos pensó en algo semejante, y hace años observé que el nombre « Institución Libre de Enseñanza » procedía, consciente o inconscientemente, de la « Institución de Enseñanza Libre » imaginada por el estupendo gijonés, aunque concebida más bien como un plan de estudios distinto de los rutinarios y entontecedores, vigentes a fines del siglo XVIII. La cuestión para Giner consistía menos en hacer absorber cultura que en vivirla, en crear hábitos de conciencia, sentimientos de tolerancia, maneras refinadas en la conducta, en el habla y en la mesa. Impedía vociferar a los niños en las horas de recreo, encauzaba sus ímpetus desordenados mediante la disciplina del deporte, no practicado entonces en ninguna escuela. Inició las excursiones colectivas a las cimas del Guadarrama, ante la sorpresa aldeana de los madrileños de hacia 1880, para ejercitar las fuerzas físicas y abrir la sensibilidad a los goces del paisaje. Cuando nadie en Europa incluía la enseñanza de la historia del arte en los programas de la enseñanza primaria y secundaria, Giner llevaba a niños de diez años a los museos y a visitar los tesoros artísticos de España, en forma discreta y gradual, teniendo siempre en cuenta el punto de vista y las posibilidades intelectivas del niño. A través de los monumentos artísticos, iba revelándose la historia de España, como un conocimiento vivo en el que se armonizaba la experiencia de lo bello con la anécdota o narración oportunas, adaptadas a la edad y saber de los escuchantes.

Se trataba, en suma, de ofrecer a los niños y a los adolescentes horizontes humanos que los elevaran sobre el marasmo, el pesimismo, la escéptica indiferencia, y la ordinariez. En contraste con las pobres enseñanzas de las escuelas públicas y privadas, la ideada por Giner con tan noble audacia situaba al niño frente al cuadro total de la cultura, un cuadro diminuto en sus comienzos que iba ensanchándose progresivamente, de acuerdo con las posibilidades de aquel iluminado innovador. La Institución había sido concebida al principio como un centro de cultura universitaria ; en ella profesaron ciertos catedráticos expulsados de la Universidad por la reacción fanática que siguió al breve período de libertad (1868-1873), y algunas personas de gran cultura que simpatizaban con los perseguidos profesores. Juan Valera, por ejemplo, explicó un curso de obras maestras de la literatura europea, en 1877.

Pronto comprendió Giner, sin embargo, que había empezado su construcción por la techumbre. Por interesantes que fuesen aquellos cursos, sus oyentes se reclutaban al azar y carecían de la necesaria pre-

paración intelectual, y vital, diríamos hoy. Con gran atrevimiento, el inspirado reformador conservó el cuadro docente de un establecimiento universitario, pero fué rebajando cada vez más la edad de los discentes y educandos. La escuela primaria necesitaba maestros de nivel universitario. Sostenía Giner, con la palabra y con la pluma, que los mejores y más sabios profesores debían iniciar a los niños en los elementos de cada disciplina (quienes creían «estar de vuelta» sonreían con sorna). La verdad es, a pesar de las sonrisas, que algunos catedráticos que se enfrentaban con un grupo de chicos y chicas de doce y catorce años, y lograban hablar en tal forma que el interés de sus difíciles oyentes se aunara con la disciplina (no había castigos), han podido luego conferenciar sobre temas doctos ante centenares de estudiantes universitarios, manteniéndolos en orden con una simple mirada.

Nadie discute la necesidad de que el cuerpo del niño tenga desde los primeros años excelente alimento y cuido esmerado ; se acepta en cambio que la escuela primaria sea regida por maestros de bajo nivel, remunerados con escasez. Se olvida que en el momento de formarse los hábitos interiores son deseables guías e instructores de alta calidad, no menos que en los años del doctorado. Giner proponía que incluso un gran especialista debiera ser capaz de reducir a lineamentos comprensibles y gradualmente ensanchables la materia de su ciencia. No importa discutir hasta qué punto fuera ello posible y hacedero en cada caso concreto. La competencia tenía que ir acompañada de tanta flexibilidad como espíritu abnegado, dado que las remuneraciones en la Institución eran nulas o muy modestas. La atracción fascinante ejercida por Giner colmaba las mayores dificultades. Su obra, por limitada que fuese, transformó y enriqueció el panorama cultural madrileño de fines del siglo XIX. En muchos de los discípulos y amigos de Giner se notaba bien pronto cierto gusto por la moralidad y decencia publicas, — la idea de que hay ciertas cosas que « no se pueden hacer ». Años después de morir Giner (1915) vino un día a la Institución una persona que deseaba ver a Manuel B. Cossío, y que éste no conocía. Se presentó como el Director General de Seguridad —que acababa de presentar la dimisión de su cargo, por no haber accedido a realizar algo escandaloso, exigido por la política (hacia 1920) e incompatible con el decoro. Aquel señor sintió la urgencia de ir a referir su cuita a Cossío ; señalando al retrato de Giner, obra de Sorolla, que figuraba en aquel salón, dijo el ex-Director General : « Me acordé de aquel hombre, y sentí que no cabía hacer otra cosa ». Casos como éste son muy numerosos, si bien ni en vida de Giner, ni más tarde haya habido cronista que los anote. No olvido que a mi paso por el Camagüey en 1928 entablé conversación con alguien ; el tono extraño de su expresión me movió a preguntarle por sus « antecedentes humanos », y de muy buen grado me declaró que había estudiado en la Institución de Giner, hoy aniquilada. No ha mucho una revista del Madrid dictadurado concedía generosamente que los catedráticos de formación « institucionista » (próxima o remota) tenían la buena costumbre de no faltar a clase, según es ahora (y antes) tan frecuente.

Teniendo en cuenta los escasos elementos económicos, y de toda clase, al alcance de Giner, su esfuerzo durante cuarenta años se alarga en lejanías de heroica perspectiva, en aquel Madrid de la Restauración, indiferente y angostamente dogmático. Sobre él trazó Valera páginas amargas. Giner y su grupo fueron objeto de persecución, primero. Más tarde las críticas malévolas, las ironías e, incluso, bajas calumnias intentaron minar las bases de su acción renovadora de la cultura española, desde su mismo arranque y paso a paso. Pero mucho de lo que hoy se realiza en España en el campo de la ciencia, se alza sobre solares ginerianos que muchos han pretendido sembrar de sal. Como en la Residencia de Estudiantes — técnica y espiritualmente una hijuela de Giner—, en la Institución tampoco había capilla.

¿ Mas sobre qué dogmatismo religioso, filosófico o político hubiera podido alzarse en la España de 1875 un respetable proyecto de renovación humana ? Giner sería « krausista » en el fondo de su conciencia, pero incluso ahí su doctrina filosófica se

¡Ayudemos a los intelectuales húngaros!

La revista austríaca *Forum* ha dirigido a *Cuadernos* la carta siguiente :

Como ustedes saben, Viena, lugar donde Forum *se publica desde hace tres años bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, se halla a 40 kilómetros de la frontera húngara. En el momento en que escribo estas líneas, el número de refugiados que han atravesado dicha frontera pasa de los cien mil.*

En tales circunstancias, una revista como la nuestra no puede proseguir su publicación sin justificar su razón de ser. Después del aplastamiento de la insurrección húngara, hemos organizado un servicio de ayuda y de orientación en favor de aquellos refugiados cuya participación en la heroica sublevación fué dictada por su voluntad de defender la libertad del espíritu, de los escritores cuyos angustiosos llamamientos animaron a un pueblo entero levantado contra la opresión y de los estudiantes que ocuparon un lugar prominente en los comités revolucionarios.

Tenemos una gran deuda con los intelectuales húngaros. Y debemos ahorrarles actualmente las grandes dificultades del exilio, ayudándoles en sus primeros pasos —los más difíciles— en tierra extranjera, en nuestro mundo libre.

Nuestra revista, dada sus posibilidades, no puede subvenir todas sus necesidades materiales. Innumerables comités, ayudados por los socorros espontáneos del pueblo y del gobierno austríacos, así como por todos los pueblos y gobiernos que se han asociado a esta manifestación de solidaridad, han hecho suya esta tarea imperiosa. Forum, *por lo menos, debería aportar a los intelectuales húngaros refugiados una ayuda cultural que los otros organismos no pueden realizar : distribución de libros, de diccionarios, periódicos ; organización de cursos elementales y de perfeccionamiento en diversas lenguas extranjeras (la mayoría de los estudiantes húngaros, además de su propio idioma, apenas conocen otro que el ruso), concesión de becas universitarias, servicio de orientación para la continuación de estudios o de readaptación profesional, etc., evitando todo procedimiento burocrático y concediendo a cada caso una atención particular.*

No sé si ustedes pueden imaginarse la situación actual, lo que ésta significa para nosotros y para los refugiados que nos han otorgado su confianza, así como la diversidad de problemas a los que tenemos que hacer frente. No tengo necesidad de decirles que los primeros fondos de que disponíamos se han visto agotados muy pronto.

Por este motivo me dirijo a Cuadernos *y a todas las revistas amigas que persiguen los mismos objetivos. A todas ellas les ruego pongan esta carta en conocimiento de sus lectores. Asimismo les ruego nos ayuden y ayuden a los intelectuales refugiados. En nombre de estos últimos les expreso mi agradecimiento.*

FRIEDRICH TORBERG
Redactor-Jefe de Forum

Cuadernos se asocia a este apremiante llamamiento y abre una suscripción entre sus lectores y amigos. Envíennos sus donativos mediante cheque bancario o giro internacional, dirigido a la administración de *Cuadernos*, 23, rue de la Pépinière, Paris 8e, con la mención « para los intelectuales húngaros », o bien a uno cualquiera de nuestros Comités en América Latina :

Comité del Congreso por la Libertad de la Cultura
Agustinas 1022, 3º piso
SANTIAGO DE CHILE (Chile)

Asociación del Congreso por la Libertad de la Cultura
International House
Prado 251
LA HABANA (Cuba)

Asociación del Congreso por la Libertad de la Cultura
Calle Libertad 1258
BUENOS AIRES (Argentina)

Asociación del Congreso por la Libertad de la Cultura
Donceles 91, Dep. 106
MEXICO 1, D. F. (México)

Comité del Congreso por la Libertad de la Cultura
Rambla Wilson 229, Ap. 22
MONTEVIDEO (Uruguay)

Comité del Congreso por la Libertad de la Cultura
Stefan Baciu
Caixa Postal 89
Agencia Copacabana
RIO DE JANEIRO (Brasil)

Todos los envíos, centralizados en *Cuadernos*, serán luego retransmitidos a la revista *Forum*.

había mudado y enriquecido notablemente a fines del siglo XIX. En su actuación pedagógica y filosófica, el pensamiento de Giner era tan ágil y vario como lo exigía el problema que tenía entre manos. El nombre de Krause no se pronunciaba en la Institución, ni nada se hacía en nombre de aquel peculiar y hoy tan mal conocido filósofo.

Si Giner eludía el dogmatismo filosófico, era impensable que admitiera el absorbente predominio de una religión dada, no obstante (o precisamente por) poseer un auténtico sentido religioso de la vida. La religión por sí sola —y sola había estado en España durante siglos— no habría llenado el inerte vacío de las almas españolas, de no decidirse a encaminar la gente hacia la muerte, y no a capacitarla para hacer fecundos los gérmenes de abierta humanidad latentes en el hombre. El ideal de « todo para la otra vida », difundido en libros y en prédicas tan arrogantes como triviales en los anteriores trescientos años, había provocado asfixia y cerrada tontería. Aquel ideal no les *sobrevino* a los españoles, pues fueron ellos mismos quienes se lo propusieron como meta de su existir. Pero fué tal el exceso que, sin las leves rectificaciones de esos « grandes » del siglo XIX, los españoles se habrían vuelto un rebaño de labriegos sin conciencia de pasado y sin anhelo de futuro. Las creencias religiosas de los otros europeos habían ido amalgamándose o entrelazándose con el pensamiento surgido al margen o frente a aquéllas. En la ciencia físico-matemática del siglo XIX no se refleja si sus autores rendían o no culto a una religión. Filósofos tan religiosos como el P. Gratry o Kirkegaard, historiadores como Baudrillart o Harnack son patrimonio de todos los sabios, justamente por haber meditado sobre sus problemas desde puntos de vista humanos y por haberse servido de cuanto útil había en el pensamiento ortodoxo o heteredoxo. Si los índices prohibitivos de las inquisiciones española y romana hubieran tenido eficacia absoluta, el pensamiento europeo se habría estupidizado. Galileo no fué permitido sino hasta muy entrado el siglo XVIII, y fué Léon XIII quien lo rehabilitó abiertamente.

No era, por tanto, imaginable que Giner intentara reaccionar contra la ñoñez cultural de su siglo XIX afirmándose sobre seculares enquistamientos, o encerrando a los adolescentes en cualquier sistema de cerrados principios. Partió de una fe sin límites en las posibilidades de bondad e inteligencia del ser humano ; puso su esperanza en el juego bien dirigido de la libre espontaneidad. No le interesaba conseguir nada mediante la imposición mecánica y artificiosa de leyes y reglamentos, o a través de saberes mal entendidos y pegadizos. Sentía horror por exámenes y oposiciones. Su principal propósito era crear buenos hábitos mentales y sociales ; comenzaba en lo más nimio en apariencia (no dejar escupir a los niños, no embarrarse en las entonces poco limpias calles, no emporcar el campo y su natural belleza con detritus de comida), y culminaba en no dejar hablar de lo que no se entiende, en reprimir la atroz costumbre, grata a ciertos autores, de servirse, sin confesarlo, de lo pensado y hallado por otros. Tal disciplina, fundada en motivos interiores más que en presiones convencionales, casaba con remotas inclinaciones hispánicas (su exagerada deformación sería el anarquismo). Si Giner hubiera desarrollado en libros su teoría de la vida y del saber, tendríamos hoy en lengua española un enfoque integral de las ideas acerca de lo humano. Nunca intentó nada semejante por su repugnancia a pontificar, a sugerir doctrinas sin conexión con la tarea minuciosa y abrumante de cada día, o con la exigencia de sus enseñanzas de filosofía del derecho. Pero en conversaciones, en atisbos esplendentes, apuntaban sus ideas sobre la necesidad de integrar el particularismo de las técnicas en conexiones con amplio sentido (la literatura con la lengua, con el arte, con la historia, con el pensamiento). Las concepciones enciclopédicas de la cultura, características del romanticismo alemán, derivaban en él hacia modos de ver cuya raigambre y sentido hispánicos hemos descubierto mucho más tarde. Recuerdo haber asistido a una conversación suya con un profesor extranjero, gran especialista de literatura romántica, al final de la cual se hacía patente el absurdo del especialismo erudito, cegado incluso para dotar de

sentido la particularidad estudiada. No recuerdo el detalle preciso, porque no tengo muy presente lo oído hace ya casi medio siglo ; pero la significación de aquella improvisada conferencia —en la cual literatura y filosofía románticas se acordaban— no se me ha borrado. sí se entiende que Giner fuera el primer español que se diera cuenta del valor de Dilthey, muerto en 1911 y apenas conocido en vida por quienes le rodeaban en Europa.

Fué lástima dejar marcharse a la nada las conversaciones de aquel hombre, no plenamente consciente de cuánto sugería en un comentario, en una observación casual. Cuando el entusiasmo lo arrastraba y su palabra adquiría tonos exaltados, cortaba bruscamente sus frases y cambiaba de tema. El sentimiento de ser pedante, de mostrarse superior, inhibía su ánimo —el más complejo y exquisito que tuve la dicha de frecuentar en mi vida. Me veo sentado junto a él, bajo la luz y aire divinos del Guadarrama, oyendo sus bondadosas respuestas a toda clase de preguntas, sin asombrarse de la ignorancia o inexperiencia de su interlocutor. Tocando las florecillas de la Sierra, don Francisco hablaba de la armonía y discreción de sus tonalidades ; « la Naturaleza no produce coloraciones toscas », me decía. Nos falta un florilegio de los dichos de aquel hombre que tanto amó las flores y todo lo natural, y no es probable que ya sea posible formarlo. Y, sin embargo, cuán presente debiera quedar para las generaciones futuras este español excelso que prefería la espontaneidad justa a la legalidad artificialmente impuesta. ¿ Hay más alto ideal de democracia ? Una vez le oí decir : « El día que los españoles se sitúen a la altura de su paisaje... »

Pero las urgencias prácticas del momento (su tiempo pertenecía al primer importuno que llegaba) le impidieron teorizar sobre el porvenir. En el fondo fué un santo de corte hispánico. Con tiempo y medios ahora imposibles, sería gratísimo parangonarlo con Abén Abad de Ronda, en torno a quien en el siglo XIV se agrupaban los niños amorosamente ; o con Juan de Avila, otro gran experto en trazar y dirigir el rumbo de las consciencias. Mas hay que detenerse en la senda de este divagar, en el que me ha hecho incurrir el libro de Alberto Jiménez. Que Dios y Alá se lo premien.

AMÉRICO CASTRO

Vigencia de lo español en América

POR JORGE MAÑACH

Cundido, por una parte, de tópicos más o menos sublimes, por otra de disimulos y de mixtificaciones más o menos calculadas, el tema de la « vigencia » de lo español en América está reclamando desde hace tiempo una ventilación franca, libre por igual de untuosidades y de prevenciones. Una verdadera inteligencia entre las dos grandes zonas del mundo hispánico sólo podrá prosperar mediante eso precisamente : la *inteligencia*, la comprensión de los hechos con que tiene que habérselas. Por bien intencionados que sean, los disimulos, los pruritos indiferenciadores, más que vincular separan. En alguna medida, pues, quisiera intentarse el oreo de ese tema en estas cuartillas.

Se trata de determinar qué « vigencia », es decir, qué efectividad ha tenido y puede tener aún « lo español » —empleo muy adrede esta expresión neutra— en América. Huelga decir que la América a que me refiero es la que habla el castellano, o algo que mucho se le parece, como lengua dominante (a veces se olvida que hay todavía regiones del Continente, el Paraguay, por ejemplo, en que alguna otra habla tiene carta de naturaleza), y que « lo español » que nos interesa es lo que solemos entender por « esencial » (a veces decimos « eterno ») y no, por tanto, lo somero : señaladamente, no lo político,en el sentido más inmediato de la palabra.

Lo español : esencia y valor

Pero ¿ qué es, concretamente, esto que llamamos lo español esencial ?

A la respuesta acuden en tropel todos los tópicos del psicologismo étnico y, ya en relación con América, los ripios oratorios del Día de la Raza. Hay que precaverse contra ellos, mas no demasiado. Por algo los lugares comunes son comunes. Es obligado transitarlos, aunque ocioso estacionarse en ellos. Las invocaciones consabidas del patrimonio español en América nos hablan de la sangre, del idioma, de la religión, de las costumbres, del caudal de cultura intelectual y estética que España trasmitió a los pueblos por ella descubiertos, a las sociedades que fundó en el Nuevo Mundo. Y nadie podría negar que esos elementos son cardinalísimos de lo español en la tradición americana. Lo que sí cabe preguntarse es si no constituyen más bien como vehículos o expresiones de algo aún más hondo, más « esencial » y, de hecho, más permanente. Porque la sangre se mezcla, el idioma se modifica, al igual que las costumbres ; la religión, la cultura en general, sufre disidencias e indiferencias...

Por otra parte, el concepto mismo de « esencia » de un pueblo ¿ no es algo mítico o retórico ? Madariaga, en su agudísimo ensayo *Ingleses, franceses, españoles*, hace

residir la inmanencia gentilicia en el carácter, y con su brillantez habitual arguye que así como a los franceses los peculiariza la razón y a los ingleses la acción, es decir, la voluntad, es en la pasión donde ha de verse lo propio del español. Américo Castro, en cambio, rehuye toda caracterización psicológica y prefiere hallar el estilo de España no en su « alma », sino en su « realidad histórica ». Cabe, en efecto, suponer que el « modo de ser » de la raza hubiera cambiado mucho a través de una experiencia histórica distinta, pues si bien es admisible que lo que acontece a los pueblos dependé mucho de su temperamento, no lo es menos el que hay un ancho margen de experiencia adventicia, por así decir, que les va modulando también el carácter. En todo caso, la cuestión es demasiado compleja para el caso presente. Basta acaso señalar lo que « lo español » parece haber sido a lo largo de la historia, sin intentar la decisión de si eso es « esencial » e inmanente o no.

Eso que lo español ha sido y parece seguir siendo consiste, básicamente, en un modo peculiar de conducta que lleva implícitos determinados valores más o menos constantes. Por debajo de sus considerables variantes regionales e individuales, muestra, el *homo hispanicus*, débase o no al predominio de la pasión en él, cierta actitud vital y hasta social que parece serle característica : el consabido « individualismo », y un estilo mental y moral en el que curiosamente se combinan un inexorable sentido de la realidad y una tendencia, radicalmente contraria, a regirse por los « principios » más que por la experiencia. Por un lado, acepta impasible y estoicamente lo que es, sin sublimarlo ni forjarse ilusiones al respecto (¿ hace falta recordar la novela picaresca, Velázquez ?) ; por otro, trata de imponerse siempre a las cosas, de sobreponerles el juicio apriorístico que de ellas se ha hecho. Al cabo, ésa es la honda dualidad simbólica del *Quijote*, cuyo flanco realista tanto se sacrifica en aras de su « idealismo » poético.

Tal vez habría que distinguir entre las actitudes vitales y populares de España —la de los pícaros y conquistadores, por ejemplo—, en que la pasión tiene un acento realista, y las actitudes cultas, rectoras, « oficiales », tan frecuentemente inspiradas en un « idealismo » más o menos quijotesco. Ambas contribuyeron, desde luego, al estilo histórico de España, pues resulta demasiado tajante el dictamen de Ortega y Gasset según el cual en esta nación todo se debe al pueblo, « y lo que el pueblo no ha hecho se ha quedado sin hacer ». A modular la empresa de América, por ejemplo, no contribuyó menos el designio religioso de los Reyes Católicos o el moral de las Leyes de Indias que la violencia sin contemplaciones de los conquistadores y el prurito señoril de los burócratas. Pero lo que quiero subrayar ahora es que, en una forma o en otra, la conducta española más característica parece dimanar siempre de cierto absolutismo psicológico, ya sea el de la pasión primaria o el de « los principios ». Los valores que conlleva se fijan y sustentan con anterioridad y aun a despecho de toda experiencia ; así también los modos de conducta : la entereza a menudo temeraria, el amor a la proeza, el escaso aprecio del dolor propio, cuanto menos del ajeno, el culto de la dignidad y del honor, el celo de la libertad personal más que de la social... Y una pasión de trascendencia también personal, al modo de Unamuno, que por absoluta tiende a buscar más la vertical o de salvación, la religiosa, que la trascendencia horizontal o histórica, sujeta a las condiciones objetivas de toda praxis.

¿ Qué aprecio puede hacerse de esta alma española ? Por su integridad misma acaso le cuadre mejor que a ninguna otra aquello de que los defectos corresponden a las virtudes. Preferible es, sin embargo, atenerse al criterio bíblico que, con sorprendente pragmatismo, exhorta a juzgar el árbol por sus frutos. Nos encontramos entonces con un doble rendimiento histórico. De una parte, gestas magníficas, como la Reconquista y la Conquista de América, una insigne obra literaria y artística y una constante y tensa voluntad religiosa que tuvo sus excesos, sus intemperancias y violencias, pero en la cual sin duda pensaba Vossler al atribuirle a España el magisterio moral de Europa, y los Chesterton, los Belloc, los Waldo Frank y tantos otros al poner el espiritualismo español por las nubes de la apología. En suma, la gran-

deza en la ejecutoria de España parece resultar de su alma absoluta, apriorística, desdeñosa del costo del esfuerzo con tal de imponer sus principios en un heroico afán de salvación.

¿ Y su servidumbre ? Sin caer en el extremo opuesto de aquella apologética, en las superficialidades insidiosas de la leyenda negra, ¿ cómo desconocer lo que tantos españoles eminentes han sido los primeros en señalar con enérgica deploración : que la historia de España acusa también, en los vacíos, retrasos y torsiones de los últimos tres siglos, un déficit de organicidad, de espontaneidad, de eficacia y consonancia europea ? El hecho mismo de que escritores insignes hayan tenido que impugnar patrióticamente esos juicios tiende más bien a acreditarlos. Cualesquiera sean las causas coeficientes de esa « decadencia », ello es que sus manifestaciones principales traducen la falta, en el espíritu español, de aquello que ha constituído, en cambio, lo dominante en el francés : su racionalismo tranquilo y objetivo, y lo pragmático del anglosajón : la consulta paciente de la experiencia, el sentido técnico y posibilista de la vida.

Ahora bien : no hay que olvidar que eso fué justamente lo que el sano instinto de Sancho quiso oponer al idealismo excesivo del loco genial. Y Sancho era el pueblo... A su manera, admirativa de los nobles ideales, pero sin perder el sentido de las concretas realidades, ése era también un justo cuidado y, una vocación entrañable, aunque frustrada, del alma española. Si, en efecto, el pueblo « lo hubiese hecho todo » en España, acaso no habría para qué hablar de « decadencia ». El ejercicio de esa vocación primaria no fué, por cierto, ajeno a la proeza de América ; pero una satisfacción más cabal, más propiciada por los « idealismos » oficiales, hubiera tal vez equilibrado la conducta histórica de la nación para la síntesis humana que el espíritu renacentista de Cervantes acarició. El idealismo tiende a ennoblecer la actitud y la acción del hombre *ante* la vida ; pero la vida misma no se supera, no se hace más humanamente fecunda, si los ideales se desentienden de la experiencia. A España la faltó su buena dosis de pragmatismo.

Lo español en el medio americano

Me era necesario decir lo anterior para que se adviertan las implicaciones de lo que ahora he de añadir sobre la repercusión de lo español en América y sobre el destino más apetecible de lo hispánico.

La palabra « vigencia », de que por concisión me he servido, resulta para el caso equívoca. Parece aludir a una efectividad constante, perdurable, de larga actualidad. Nada más engañoso que eso, ni más peligroso para todo género de buenos entendimientos. Mejor que de la « vigencia » de lo español sería hablar de la varia fortuna de lo español en América. Pues el proceso de su trascendencia al Nuevo Mundo ofrece aspectos variables, que las presurosas miradas, diplomáticas o académicas, suelen fundir en una imagen de uniformador optimismo.

La verdad es que ese proceso cubre —como en rigor era de esperar— etapas sucesivas de menguante prosperidad para « lo español » en las sociedades americanas. La primera fué, naturalmente, de transfusión, o de « transculturación » como más ceñidamente prefiere decir Fernando Ortiz. América recibió, con la sangre, el modo de ser español ; con la cultura, modos de vivir, de pensar y hasta de sentir. Tan profunda fué esa impronta española, que, como veremos, mucho de ella queda aún hoy día, si bien con inevitables modulaciones. Desde la Conquista, en efecto, diversas influencias poderosísimas comenzaron a modular el legado de los descubridores y a hacer de lo americano algo peculiar.

En primer lugar, el escenario físico. Toynbee ha explicado las modificaciones históricas en términos de lo que llama *challenges* o « retos ». El español halla en América una naturaleza, por lo general, imponente y un casi absoluto vacío social ; ambos provocan sus energías, ya ejercitadas por los siglos de la Reconquista, orientándolas hacia la voluntad de poder y la acción originadora. Los conquistadores mismos, como lo atestiguan las relaciones de Indias, comienzan a dar de sí,

bajo la influencia del medio, un talante imperioso y audaz, no regulado por principios o normas previas, sino por el método vital empírico de « prueba y error ». Tipo robinsoniano el conquistador se inventa sus recursos y se abre camino entre los obstáculos sin ninguna impedimenta de tradición. Este español « tropicalizado », muy distinto ya del que quedó atrás en la península y muy insumiso, como tantos documentos lo demuestran, a las rémoras del formalismo metropolitano, es la raíz del criollo, del hispanoamericano de hoy. El pragmatismo vital que a éste caracteriza en muchos aspectos esenciales, la tendencia a originar su vida, prescindiendo de cánones que en exceso la limiten, la voluntad imaginativa confiada sólo en sí misma, engendradora de afanes de superación y tambien de ambiciones desorbitadas de poder, tienen sus antecedentes en el conquistador. Lo español « puro », por regla general nunca fué tan desasido.

Modulación por el mestizaje

Añádase enseguida las consecuencias de la mezcla de razas, con todas sus reverberaciones psicológicas y sociales. En las vastas zonas que fueron escenario de culturas aborígenes, el indio dejó en la criolledad un poso de resentimiento melancólico o huraño (recuérdese el temprano testimonio de Garcilaso el Inca) que, con el tiempo, se fué remansando en una actitud mental y social de resistencia oblicua en las masas y de larvado orgullo en las individualidades egregias. Esto ha modulado profundamente el alma y no poco de la historia, la vida social y la cultura de países hispanoamericanos como México, el Perú, Bolivia, el Ecuador... La resistencia que hoy encuentran las expansiones de la « hispanidad » en las masas de esos países y en parte al menos de su « inteligencia », reconocen en buena medida ese origen. Por otro lado, la « apatía » indígena ha contribuído mucho a moderar aquel impulso originador y pragmático a que antes me he referido (sobre todo cuando no procedía de un congénere como Juárez), explicando por el lado psicológico ciertos hondos conflictos sociales en los nuevos pueblos. En cuanto a la influencia del negro, tan intensa en los países del Caribe, no ha sido menos diferenciadora —aunque sí más sutilmente— respecto de la transfusión española. Si el indio dramatizó el alma americana en que intervino, el negro la frivolizó un poco con su extraversión, su voluptuosidad, su inclinación religiosa de tipo « mágico », más que cruento o sacrificial. De estas influencias de sangre, sumadas a las del medio, surgió muy temprano aquel tipo de español « de maíz », que Martí contraponía al español « de uva » o peninsular, sin duda más capitoso.

La modulación colonial

Producto ya en parte de esas influencias, el ambiente social de las colonias americanas acentuó esa diversificación a lo largo de tres siglos. El estilo español de sociabilidad se mantuvo en América con relativa pureza en los estratos superiores del ordenamiento colonial : en la sociedad mimética, nobiliaria o burocrática de virreinos y capitanías, con sus formalismos y liturgias, sus castas y pergaminos, sus pujos de señorío e hidalguía. Aunque de un modo algo reflejo y externo ello implicaba un sentido vertical de los valores, un sentir que la vida valía por la mera jerarquía de las formas. Pero frente a esa zona « hispanizante » de las ciudades —de la cual es todavía hasta cierto punto residuo la « buena sociedad » hispanoamericana de hoy—, estuvieron siempre la masa urbana heterogénea y el campesinado, en cuya formación psicológica prevaleció la natural holgura del espacio vital americano, al margen de le cerrazón formalista. Propicia a la expansividad, esa holgura favoreció el debilitamiento y laxitud de las normas, engendrando un sentido horizontal de los valores y de la vida en general : un espíritu antijerárquico, escéptico, proclive a la expansión de los instintos, a la relativación de los criterios, a la trascendencia puramente mundana.

La religión no pudo calar muy hondo en una psicología así orientada. El criollo blanco, menos favorecido por la fortuna o el privilegio, tendió a un formalismo acomodaticio, cuando no al escepticismo más

o menos consciente. En ciertos pueblos, como el Ecuador o México, la religiosidad de la masa india —religiosidad, por cierto, sincretista en sus creencias y símbolos, híbrida, como la decoración barroca que llevaba a los templos— era, sin duda, muy férvida, en parte acaso por lo que tenía de trasmutación del resentimiento, o de simple refugio a la desesperación social ; mas, por lo mismo, escasamente afín a la religiosidad española, de acento mucho más « místico » o espiritual. En las zonas americanas sin herencia indígena, la religiosidad no solió rebasar mucho el mero nivel de la costumbre. En todo caso, no se hizo jamás *problema* de conciencia, sino de ordenamiento civil o político frente a la Iglesia. Luego insistiré sobre esto.

Independencia y caudillismo

La separación política de España contribuyó mucho, desde luego, a matizar el alma americana. Se ha dicho muchas veces que ese movimiento de liberación fué, esencialmente, una guerra civil. Pero ¿ qué movimiento de ese género no lo es siempre ? Lo que importa es señalar los motivos más profundos de la división de los criollos en realistas de una parte y liberales de la otra. Y esos motivos no fueron, como en las colonias inglesas del Norte, fundamentalmente de orden económico, fiscal y, por ende, utilitario. Aunque las demandas de este género operasen también como coeficientes en las colonias españolas, lo radical fué la maduración de ese conflicto psicosocial a que ya me he referido : el antagonismo entre los criollos conservadores, imitadores de lo español, beneficiarios y sustentadores de la rígida estructura jerárquica colonial, tan ajustada al espíritu de la Contrarreforma, y, de otra parte, la vitalidad expansiva que el medio natural americano engendraba y que halló en las ideas dieciochescas, matrices del liberalismo, incentivo e impulso para una imagen abierta y dinámica de lo social.

Este que con cierto simplismo pudiéramos formular como un choque entre la tradición española y las infiltraciones de pensamiento extranjero (inglés y francés), de momento se resuelve políticamente a favor del segundo, en parte por la coyuntura de acefalía española con que coincidió. Pero el conflicto quedó soterrado, emergiendo de nuevo en las sociedades ya liberadas y manifestándose entonces en las convulsiones de la llamada era caudillística. Enfrentaron ellas las ciudades con los campos, a los incultos jefes espontáneos y sus masas —por lo general rurales y tradicionalistas, aunque a la bronca manera de vitalidad americana— con los militares ilustrados, a los « godos » civiles con los ideólogos románticos. Desde entonces, el autoritarismo se asocia en Hispanoamérica al tradicionalismo y actitudes afines. No deja de ser significativo, sin embargo, que en aquellos trances los caudillos invocasen a menudo, frente al unitarismo de los liberales, el principio político de distribucción « federal » de la autoridad. Era sólo un verbalismo; pero daba ya indicio de cómo, en nuestra América, hasta el mando absoluto más cerril gusta de rendirle parias a la democracia, siquiera sea de palabra.

Liberalismo y positivismo

Aquel largo conflicto dejó tras sí estados recurrentes de despotismo y de anarquía que tardaron medio siglo en ceder a transacciones más o menos estables. Las ideas liberales fueron ganando terreno poco a poco. A medida que las nuevas repúblicas se unificaban y organizaban, el pensamiento que las regía se iba haciendo, como tal (es decir, aparte de sus logros efectivos) más democrático. A la transacción entre este designio, grato al pueblo, y el « principio de autoridad », instado por los viejos « godos » y por la burguesía criolla naciente, contribuyó no poco la formación positivista en las minorías intelectuales influyentes. Ese repertorio de ideas tuvo en América un valimiento que aún no se ha estudiado suficientemente. Salvo casos excepcionales como el de Bello, los organizadores y educadores de las nuevas repúblicas fueron liberales más o menos autodisciplinados en las ideas de Comte. Ellos iniciaron la impugnación

de lo español tradicional en el orden histórico y de la cultura, atribuyéndole la responsabilidad de la anarquía y la morosidad americanas ; se enfrentaron con el conservatismo romántico hispanizante, como antes los románticos liberales con los conservadores clásicos ; introdujeron la estimación de las ideas inglesas y norteamericanas en punto a organización social y a educación ; prepararon, en fin, la orientación pragmática del espíritu hispanoamericano. Se registró un grado menos en la « vigencia » de lo español por las tierras que su idioma hablaban.

El « peninsular » y los inmigrantes

Esa influencia sobre los planos superiores, como otras de más calado popular de que enseguida hablaré, se vió, desde luego, contrarrestada en muy apreciable medida por la migración de españoles a América. El inmigrante peninsular ha sido, huelga decirlo, el gran agente preservador de la influencia española en nuestras repúblicas, y ello, sin proponérselo deliberadamente, antes quizás lo contrario. En los Estados Unidos, la independencia virtualmente estancó la migración inglesa al área de las antiguas colonias, dejándola enteramente franca a las oleadas de inmigrantes irlandeses y del resto de Europa que el desarrollo del país reclamaba. De esta suerte, la tradición inglesa, apenas refugiada en algunas zonas como la de la Nueva Inglaterra, dejó de ser levadura demográfica y cultural de aquella nación, lo que muy principalmente explica el mayor desasimiento de los Estados Unidos respecto de su matriz histórica. Hoy día, a nadie se le ocurre hablar de una proyección de influencia inglesa sobre ese país, cosa que la misma diversidad de elementos étnicos fundidos en el crisol norteamericano hace hasta sentimentalmente inviable.

Muy distinta ha sido la situación en la que aún prefiere llamarse *Hispano* o *Ibero*-América. Por lo común, el español siguió viniendo en números considerables a esa otra mitad del hemisferio después de la independencia, proveyendo así un factor de continuidad histórica. Repito, sin embargo, que su influencia no respondió a ningún propósito deliberado. Difícil sería hallar, en ninguna otra parte del mundo, elementos que, decaídos de su autoridad colonial, asumieran ante la nueva situación política una actitud más reservada y respetuosa. Sin duda colaboraron en ello la característica dignidad española y un vago sentimiento del derecho americano a su madurez de destino. Frecuentemente, los criollos conservadores fueron más hispanizantes que los propios inmigrantes españoles. En Cuba solía decirse que todo lo habían podido hacer los españoles en la Isla... menos españoles. El caso de Martí, hijo de padre valenciano y madre canaria, pero luchador por la libertad de su patria, no es nada insólito. Aun hoy, las colonias españolas en América son sólo eso, « colonias » —grupos muy cohesionados, atentos sólo a sus intereses grupales de beneficencia y educación, y no elementos flúidos incorporados a la vida cívica. Pero si el « peninsular » inmigrante no ha influído en la política o en la cultura de las nuevas repúblicas, sí ha sido, en buena medida, el iniciador de ellas en la vida económica, particularmente la comercial, y, sobre todo, el mantenedor, a través de la familia criolla por él fundada, del tipo temperamental hispánico y del patrón español de las costumbres privadas. La merma de la inmigración española, que en algunas repúblicas ha llegado a una virtual supresión, está produciendo, entre otros efectos, el creciente debilitamiento de esos coeficientes hispánicos.

Las repúblicas densamente pobladas, con una gran masa india o mestiza, no necesitaron inmigrantes, desde luego ; pero sí, con el tiempo, movimientos sociales que extendieran a esas masas « feudalizadas » el ordenamiento democrático. A esos movimientos, muy tardíos y aún no logrados del todo, contribuyeron poco las ideas españolas o los elementos que por ellas se regían, ya fuesen criollos conservadores o inmigrantes peninsulares, únicos que a tales países sobrepoblados afluían. En la actitud popular hacia lo español se acumuló así cierto resentimiento, que se asociaba a las imágenes menos gratas de la Conquista, viendo en el « gachupín » como una supervivencia de ella. Oponíase a la escasa hispa-

nofilia —y aún se opone en los países aludidos— un nacionalismo más o menos primario, de visos irónicos o violentos, cuyo reflejo en la cultura, ha sido considerable.

En los países de menos densidad geográfica a fines del siglo pasado, como fueron los del Plata, la evolución, distinta en su mecanismo, no lo ha sido tanto en sus consecuencias. Una política muy enérgica de inmigración (« gobernar es poblar », fué la consigna del argentino Alberdi), si bien no excluyó expresamente a los españoles, se tradujo de hecho en la preferencia de contingentes inmigratorios procedentes de otros países europeos, señaladamente de Italia. Esto no podía menos que producir un debilitamiento considerable del sentimiento específico de solidaridad con España en la masa ciudadana, no obstante la afinidad del « latinismo ». Ello abrió la brecha para una cosmopolitización de las costumbres y de ciertas formas de la cultura, o por lo menos una desviación apreciable respecto de lo español.

La influencia norteamericana

Ha contribuído mucho, finalmente, a la peculiarización hispanoamericana, particularmente en lo que va del siglo, la influencia de los Estados Unidos. Importa mucho distinguirla de la *actitud* de nuestros pueblos hacia ellos. Esta ha sido y es, por lo general, recelosa cuando no hostil en la masa popular, debido unas veces a episodios imperiales no olvidados, otras a la política equívoca de ciertos gobiernos de Washington, o a la conducta de empresas poderosas de Norteamérica radicadas en nuestros países. Ya a fines del siglo pasado, reaccionando contra la actitud positivista, en general favorable a los Estados Unidos, Martí inició la tendencia crítica que habían de continuar Rodó y los antimperialistas del Modernismo. Por lo común, estas admoniciones se desdoblaron en simpatía hacia los valores « idealistas » españoles.

Pero los hechos concretos, « materiales », a menudo se imponen a las ideas y sentimientos. La vecindad continental de los Estados Unidos, la consiguiente gravitación económica y política sobre Hispanoamérica de esa masa enorme, el ejemplo deslumbrador de su éxito material, la afluencia de visitantes y estudiantes hispanoamericanos al Norte, las incitaciones del cine americano y de las agencias noticieras en relación con las costumbres y los valores, etc., han concentrado sobre Hispanoamérica, a lo largo por lo menos de medio siglo, lo que ya va siendo una influencia norteamericana casi mundial. A despecho de ciertas prevenciones, a veces muy injustas, esa influencia ha permeado de «pragmatismo» las sociedades de origen español, calando desde el plano económico —que le es muy propicio— y el político, en que los criterios utilitarios y de *expediency* suelen descollar sobre « los principios », hasta el de las costumbres, cada vez más matizadas por la flexibilidad con que en el mundo anglosajón se ajustan a las solicitaciones de la vida moderna. No puede negarse que, en general, esta influencia ha operado contra los modos y valores apriorísticos o formalistas de la tradición española.

JORGE MAÑACH

VIAJE POR LA U.R.S.S.

POR ALBERTO MORAVIA

EL MAUSOLEO

HACIA las cuatro de la tarde me incorporé a la cola, con un tiempo frío y lluvioso. Soplaba un viento caprichoso que parecía venir de todas partes, de modo que tan pronto sentía yo los pinchazos de la lluvia sutil en la cara como en la nuca. Delante de mí se hallaban dos robustas muchachas rubias, vestidas de cretona estival, estampada de flores. Aceptaban la lluvia con indiferencia ; la carne rosada de los hombros transparentaba bajo el algodón mojado. Detrás de mí había una típica familia soviética : él, sin duda un obrero, vestido de azul oscuro, pero sin corbata, alto, pálido, el ancho rostro expresando gravedad y tristeza. Ella, una matrona de pecho y espalda amplios, de rostro estulto. Entre ellos, una niña, que quizá tendría diez años, y que el padre trataba de proteger de la lluvia con el faldón de su chaqueta. Por lo demás, toda la fila soportaba la lluvia con la característica insensibilidad moscovita. No había un solo paraguas en todo lo largo de la procesión.

La fila se enroscaba como una serpiente a través de una buena mitad de la Plaza Roja, que forma una ligera pendiente, y parecía apuntar directamente hacia las cúpulas multicolores, en forma de cebolla, de piña, de peonza y de nabo, de la Iglesia de San Basilio, que se destacaban en el fondo de la plaza. En realidad, en el centro de ésta, la cola se doblaba en ángulo recto en dirección de la pirámide truncada del mausoleo, Una raya blanca en el suelo indicaba la trayectoria que debía seguir la fila. Los hombres de la policía, distribuídos a lo largo de la cola, amonestaban, no sin rudeza, a todos los que se salían de la raya.

Me había colocado a propósito entre los rusos, y por esta razón tenía que hacer la cola. Pero las delegaciones extranjeras no la hacían y penetraban directamente en el mausoleo, sin necesidad de esperar. Vi una de chinos o indochinos, hombres pequeños y amarillos, con túnica y pantalones azules, que se precipitaban a paso de carga hacia el mausoleo. Pero yo quería hacer exactamente lo mismo que hubiera hecho un ruso de provincias, de paso en Moscú. Quizá haciendo las mismas cosas que hacían estos rusos tan pacientes, que esperaban detrás y delante de mí, bajo la lluvia, llegara yo a experimentar sus mismos sentimientos. ¿ Cuáles ? Seguramente había un poco de todo, desde la simple curiosidad hasta la admiración, la devoción, la veneración, el fanatismo. Acudió a mi mente la idea de que en la fila pudiera haber muy bien dos o tres de aquellos inocentes, hoy liberados y rehabilitados, que, según el informe de Kruschef, habían pasado, por culpa de los *errores* de Stalin, algunos años cortando árboles en los remotos campos de concentración del nordeste de Siberia. ¿ Cuáles podían ser los sentimientos de esos hombres, mientras bajo la lluvia, y pacientes como

siempre, esperaban para entrar en el mausoleo ? A esta pregunta tal vez Dostoyevski hubiera podido dar una respuesta ; pero yo no me siento capaz de contestarla. El corazón humano es profundo y complicado ; el de los rusos, por añadidura, es insondable.

Mientras tanto, la muchedumbre avanzaba por saltos, a medida que los numerosos grupos entraban en el mausoleo. Ya llegó al centro de la Plaza Roja, teniendo a un lado los edificios anchos, largos y bajos, de estilo neoeslavo, de los grandes almacenes GUM, y al otro lado, los bellos muros rojos y almenados del Kremlin y, finalmente, me encuentro junto a la entrada del mausoleo, guardada por dos centinelas armados. Otros guardias examinan en la puerta, uno a uno, a los que entran. Miradas rápidas, expertas, de profundos conocedores de la fauna social y política. Una campesina ha tenido que desatar su fardillo y enseñar el pollo que contenía. A un tipo desmadejado, que parecía un estudiante, le preguntaron qué llevaba en la cartera de cuero.

Y al fin me encuentro en el interior del mausoleo. La entrada es una estancia vacía, en la que el pavimento, las paredes y el techo reflejan el brillo de los mármoles de que están revestidos. Sin abandonar la fila, atravesamos esta antecámara, bajamos algunos peldaños y, por último, penetramos por una puerta en la cripta. Aquí, en una gran urna de cristal, a modo de relicario, fuertemente iluminada, veo a los dos dictadores tendidos en sus féretros, en posición supina, como dos faraones egipcios, en sus sarcófagos descubiertos. Esta urna está situada en un rellano que divide la cripta en dos partes desiguales, una más baja que la otra. Los visitantes subían unos escalones al lado de los restos de Lenin, avanzaban en procesión durante un breve recorrido, despacio, a lo largo de la urna, y volvían a bajar otros tantos escalones al lado del cadáver de Stalin.

En primer lugar contemplé a los dos dictadores juntos, Ambos estaban acostados sobre la espalda, ligeramente inclinados, con la cabeza más alta que los pies, las manos unidas sobre el vientre, los ojos cerrados. Hasta el pecho, los cadáveres conservaban el relieve del cuerpo humano ; pero del pecho para abajo, se tenía la impresión desconcertante de que terminaban en dos formas aplastadas y delgadas, semejantes a dos sacos vacíos. Lenin me pareció palidísimo, exangüe, y al mismo tiempo, terso y consistente, como si hubiese sido de cera o de marfil. Me sorprendieron los rasgos, si no precisamente mongólicos, algo asiáticos : el rostro redondo y ancho, los pómulos prominentes ; los ojos un poco oblícuos, las arcadas superciliares elevadas, casi en ángulo agudo, bajo la frente calva, daban al conjunto de la cara una expresión de concentración y de atención, así como de autoridad. Era un rostro sin brutalidad ni grosería, de una finura de líneas perfectamente intelectual y sagaz. Entre los bigotes y la barba puntiaguda, la boca tenía una expresión amarga y firme.

Heme ahora al lado de Stalin. Mirándole, mientras descendía aquellos cuatro peldaños acosado por los que me seguían, acudió a mi memoria un pasaje célebre de los *Promessi Sposi*, aquél en que el dueño de la casa, después de haber metido en la cama a Renzo, la noche de los tumultos, « se detuvo un momento para considerar a un huésped tan molesto para él, levantando la luz sobre su rostro ». Manzoni explica este gesto con « esa especie de atracción que se siente a veces al contemplar un objeto de enojo o un objeto de amor, y que tal vez no sea otra cosa que el deseo de conocer aquéllo que actúa con tanta fuerza sobre nuestro ánimo ». En aquel momento pensé que, en este caso, hubiera debido sustituir la palabra enojo por otra palabrita algo más fuerte, o tal vez, mucho más fuerte ; y por esta

razón, miré. El rostro de Stalin no era tan fino como el de Lenin, ni tan pálido. Conservaba aún los colores de la vida, una especie de amarillez biliosa en la frente y en torno de las órbitas ; casi una sombra de barba moteada de puntitos de color de tabaco en las mejillas. Los cabellos eran espesos, como una pelambrera gris, los ojos pequeños bajo las gruesas cejas, la nariz típicamente georgiana —en Georgia se encuentran, a cada paso por la calle, narices parecidas—, corva, carnosa, pronunciada, los bigotes grises y lacios. Debajo de este bigote, o si se prefiere bigotazo, la boca tenía una expresión muy precisa, a la vez desconfiada, brutal, huraña y falsamente bonachona. Era la boca de un hombre que refunfuña, que amenaza, que finge y que recela. Todo el rostro tenía un no sé qué de agobiante y relajado ; era, en suma, el rostro de un hombre viejo y cansado, pero duro.

La visita al mausoleo de Lenin y de Stalin es una de las etapas obligadas del turismo político de Moscú. Ignoro qué efecto producirá esta visita a todos los asiáticos que acuden en peregrinación a la capital soviética ; es probable que la exposición al público de los cadáveres embalsamados de los dos dictadores parezca cosa normal a esos hombres que vienen de las estepas del Asia central, de las montañas del Tibet o de los arrozales de China. En efecto, no conviene olvidar que Asia, aun bajo la oleada comunista, es todavía el continente de los cultos más idólatras y más extraños. Pero, en lo que concierne a los europeos, la cosa no es tan sencilla. Después de la visita al mausoleo, la primera pregunta que se le ocurre a un europeo es : ¿ por qué todo esto ? Es decir, ¿ por qué haber embalsamado a los dos cadáveres, exponiéndolos a la curiosidad y veneración de las multitudes, y no haberlos encerrado, como se ha hecho durante siglos en Europa y también en Asia, en dos tumbas, tan magníficas como se quiera, dejando que sus cuerpos se disolvieran en paz, bajo los mármoles y los bronces ?

En el mausoleo de Lenin y de Stalin, esta religiosidad se ha enfrentado con la concepción antimetafísica marxista, y el resultado ha sido una especie de transacción : una tumba sin religión, pero que es el centro y el objeto de una devoción que tiene mucho de religioso. Los dos dictadores están embalsamados y conservados como eran en vida, pero no tanto con el propósito de afirmar su inmortalidad, como con el de perpetuar su gloria. Es, pues, evidente que el mausoleo de Lenin y de Stalin no es el producto de un cálculo político y propagandístico, sino de un determinado ambiente psicológico e histórico de una determinada sociedad, que tiene al mismo tiempo caracteres modernísimos y primitivos.

TAMERLAN

La carretera que conduce a Samarcanda abandona la estepa, hacia el final de su recorrido, y sube por una pendiente de seis a setecientos metros, hasta llegar a la meseta en que se encuentra la ciudad. Al principio de la altiplanicie hay una especie de desfiladero formado por dos montes de igual altura, que se aproximan bastante, no dejando más que una oquedad, por donde se desliza el río Zarafsan. Los dos montes, cortados a pico, sugieren en efecto la idea de dos jambas de puerta. Es la llamada Puerta de Tamerlán, pasaje obligado para todo el que vaya a Samarcanda o venga de allí. Tamerlán, que no estaba nunca quieto y que, igual que Napoleón, no permanecía en su capital más que para preparar la guerra, pasaba por esta puerta al volver con sus ejércitos de Siria o de Persia, del Cáucaso o de la India. Eran ejércitos bárbaros, y es fácil imaginar su interminable desfile, sin formación, por dicho pasaje : innumerables jinetes de todas las razas del Asia central, montados en sus pequeños caballos rechonchos y peludos ; pocos vehículos, ninguna gente a pie. Armas ligeras, como el arco, la lanza, la espada ; escudos exiguos, breves cotas de malla de hierro, yelmos sin celada.

Esos ejércitos eran el reflejo de una sociedad de nómadas y de pastores, muy móvil, acostumbrada a vivir bajo la tienda, siempre en busca de nuevos pastos para sus cabras y sus camellos. La psicología de esta sociedad estaba determinada por la ausencia de montes, de valles, de ríos, de

mares y, en una palabra, de toda frontera natural del espacio vastísimo en que evolucionaba la estepa asiática que se extiende llana y uniforme entre Rusia, China y Persia. Es natural que con estas armas poco voluminosas, con la movilidad de los diminutos caballos y esta psicología del infinito, Tamerlán y sus ejércitos alcanzaran los éxitos que todos conocemos contra los ricos, sedentarios y pacíficos pueblos de agricultores y artesanos de Siria, de Persia, del Cáucaso y de la India. En la guerra, lo que cuenta sobre todo es el elemento de improvisación, de sorpresa, de paradoja.

En Europa, donde por nuestra suerte Tamerlán no puso jamás los pies, el conquistador asiático no ha sido nunca más que un nombre rodeado de una fama legendaria e imprecisa, algo así como el de Gengis Kan, del que aquél pretendía ser descendiente ; pero en Asia, que fué la sede de su imperio, su recuerdo está aún vivo y probablemente mezclado de terror y de admiración, como el de la erupción gigantesca de un volcán, que después no ha vuelto a despertarse de su letargo. Y el viajero que viene por estos países, hoy tan pacíficos, ha de mirar forzosamente con inquietud a todos los campesinos y a todos los aldeanos, pensando que mañana estas gentes, que ya ni siquiera son nómadas, pudieran sentir despertarse en ellas los instintos guerreros, disponiendo además ahora de armas modernísimas —la bomba atómica, los aeroplanos y los aviones de reacción—, y repetir la gesta de sus antepasados, o más bien manifestar nuevamente la misma psicología, que es lo que más importa, tanto en la paz como en la guerra. Las dos guerras mundiales han servido, por lo menos, para que la figura de Tamerlán nos aparezca mucho más inmediata y comprensible, sin ninguna relación con la pintoresca e « histórica » que de él se hacían nuestros abuelos del siglo XIX. Tamerlán cortaba cabezas en cantidades prodigiosas : en Delhí decapitó a cien mil prisioneros, de los que no sabía qué hacer. Pero, ¿ qué otra cosa llevó a cabo Hitler, hace sólo algunos años ?

Pasé por la Puerta de Tamerlán al anochecer ; el cielo había tomado ya esa luz verde, límpida y fúnebre que precede a la noche ; los dos montes que guardan el desfiladero aparecían negros como la tinta china ; el río pasaba entre los dos montes y sus aguas tenían el brillo del acero, que la luz del ocaso enrojecía. Es inútil querer sustraerse a la sugestión de los nombres, que nada tienen que ver con la naturaleza inocente, y que los hombres le han impuesto. Aún ahora no pude menos de hacer parar el automóvil y detenerme hasta la llegada de la noche en aquel lugar silencioso, salvaje y solitario. Y mientras miraba el río, los montes y el cielo, hice la reflexión acostumbrada, entristecedora y desconsolada de que, en el fondo, la mayor victoria de Tamerlán es haber logrado sobrevivir con sus atrocidades en la memoria de los hombres, que todavía hoy le odian, en tanto que otros, que han querido el bien de estos mismos hombres, permanecen completamente olvidados.

DEBIA de ser un hotel del tiempo del zarismo, un hotel colonial y asiático para militares, policías y burócratas, algo semejante por su tosquedad y su pobreza a ciertas viejas fondas de montaña o a ciertos establecimientos termales de provincias. Llegué de noche, y cuando me acerqué a la puerta de cristales, bajo el

pórtico, observé una escena extraña: unos tártaros, que parecían campesinos o pastores, trataban de entrar en el hotel ; al otro lado de la puerta cristalera, el portero, un ruso bigotudo y viejo, les indicaba con señas que se fueran, pero sin abrirles. Los tártaros no eran insolentes, sino que pare-

cían más bien humildes, y exponían sus razones con voces suplicantes, golpeando tímidamente los cristales con las manos ; pero el portero permaneció inconmovible. En Occidente, una escena semejante no hubiera tenido nada de extraordinario : el portero rehusaba la entrada al hotel a gente de clase, como suele decirse, inferior. Pero en la U. R. S. S., donde no existen las clases sociales, esta escena me sorprendió, por lo extraña. Probablemente aquel grupo de tártaros era conocido del portero, por haber ocasionado otras veces algún contratiempo en el hotel. Pero la falta de seguridad de esta suposición me bastó para dar a la escena un sentido casi simbólico, de estilo kafkiano. También en las novelas de Kafka, por ejemplo en *El castillo*, hay personajes que quieren entrar, no se sabe por qué, en cierto lugar ; y otros que, no se sabe por qué se lo impiden. En el caso de los tártaros se podía suponer que éstos desearan entrar en el hotel, porque éste representaba a sus ojos Europa y su civilización, a la que aspira toda el Asia y cuyo nivel se propone alcanzar. Así, pues, fuera del hotel, era el Asia ; dentro era Europa. Sea como fuere, yo me abrí camino por entre los tártaros ; el portero, habiéndome reconocido como viajero extranjero, me abrió un portillo, por el que me deslicé en el interior ; los tártaros se quedaron fuera.

Pero una vez dentro del hotel, pude ver de qué clase de Europa se trataba : el vestíbulo era pequeño y estaba sucio, con desconchados blancos alrededor de las paredes, cubiertas de un feo barniz amarillento ; los corredores, desnudos y oscuros, mal alumbrados con lámparas someras, que tenían una pantalla redonda de hierro esmaltado ; la escalera sombría, con peldaños de tosca piedra. A nuestro paso por aquellos corredores de hospital, las puertas se abrían una tras otra, y hombres con pijamas rayados se asomaban a los umbrales para espiarnos con curiosidad. Finalmente, las habitaciones estaban llenas de alfombras, terciopelos y otros tejidos peludos y polvorientos, a pesar de que el calor era sofocante. Después de lavarme, descendí al comedor. Era una gran pieza amarilla, más larga que ancha ; en un extremo había una tribuna con una orquestina, en el otro había las puertas que daban a las cocinas, y un banco, sobre el que, bajo cristal, se encontraban las pobres golosinas habituales : botellas de vino y de vodka, platitos con muestras de queso, embutidos y caviar. Las mesitas, alineadas en dos hileras de un extremo a otro de la gran sala, estaban llenas de hombres, sin que se viera una sola mujer. Hombres rusos y ustecos, unos con uniforme militar, otros en mangas de camisa, otros con traje del país. En todos los rostros se advertía la acostumbrada preocupación de las gentes que esperan en la fonda de la estación un tren que tal vez no llegue.

Naturalmente, como todos los grandes asesinos de la historia, Tamerlán protegía las artes. La mezquita medio derruída de Bibi-Kanum es el monumento más notable que se puede ver en Samarcanda : los terremotos, al derrumbarla, le han conferido una belleza que los monumentos timurides, más sólidos y colosales que bellos, tienen rara vez cuando están intactos. No creo que Dalí ni los demás surrealistas hayan estado nunca en Samarcanda ; pero la mezquita de Bibi-Kanum es un magnífico ejemplo de los efectos estéticos, singulares y nuevos, que un agente natural, el terremoto, puede producir, y que ningún criterio artístico autorizado podrá determinar nunca. Como todos los monumentos de esta ciudad oriental, la mezquita se encuentra entre los árboles añosos y los prados incultos de un vasto huerto abandonado. Las rojas murallas de ladrillo macizo ya mostraban desde fuera hendiduras y grietas negras, que serpenteaban desde los cimientos hasta el remate. Apoyada sobre estas murallas ruinosas, la inmensa cúpula, recubierta de mayólicas azul turquesa, se parece a la de un observatorio astronómico ; un tercio de la cúpula se ha desmoronado ; por el boquete desportillado e irregular, entran y salen pajarracos negros, batiendo las alas y graznando. Desde el pavimento dirijo la mirada a lo alto, y mi primer impulso es huir : fragmentos enteros, masas enormes de ladrillos casi sueltos están en equilibrio aquí y allá, asomando fuera de la superficie cóncava de la cúpula y a punto de desplomarse de un momento a otro sobre la cabeza. Todo el monumento tiene una vita-

lidad misteriosa, amenazadora, elocuente y melancólica ; pero es la vitalidad, no de la obra de arte, sino de la ruina, como en las obras de Piranesi y de los surrealistas.

Tamerlán construyó, además de la mezquita de Bibi-Kanum, otros muchos monumentos que hacen de Samarcanda uno de los centros arqueológicos y artísticos más importantes de toda el Asia. Los rusos se han limitado a construir sus bloques de edificios anónimos y estatales al margen de la vieja ciudad ; de modo que los monumentos se encuentran todavía en su mayor parte en lugares tranquilos y rústicos, algo así como los de Roma, antes de que se hiciera la unidad de Italia. La necrópolis de los timurides se halla casi en pleno campo : las maravillosas cúpulas azules están enclavadas entre el verde de los grandes árboles frondosos y el amarillo leonado de las colinas peladas y terrosas. La tumba de Tamerlán está al margen de un espacio, a la sombra de un magnífico plátano, cuyas ramas protegen una fuente. En el momento en que yo llegaba, dos borriquillos grises se abrevaban, conducidos del ronzal por un campesino usbeco. El mausoleo tiene la forma corriente de los edificios de la época : un enorme cubo blanco, con un gran portal en ojiva ; encima del cubo, la cúpula en forma de cebolla, recubierta de brillante mayólica azul. Al contrario de la tumba de Lenin y de Stalin en Moscú, aquí nadie hace cola para visitar el sepulcro del conquistador asiático : el sol, el desierto y el silencio rodean el edificio, y diríase que lo mantienen en un ambiente calcinado y remoto, fuera del tiempo y de la historia. En el interior, el mausoleo es sencillo y sin adornos, como una concha vacía ; por una escalerita se desciende a la cripta. Aquí están, unos al lado de otros, el sepulcro de mármol negro de Tamerlán y los de mármol amarillo de sus parientes.

El arqueólogo ruso que me acompañaba, después de relatar la historia del monumento, me informa que últimamente un hombre de ciencia ruso ha descubierto el modo de reconstruir exactamente las facciones vivas de cualquier cráneo humano. El Gobierno soviético, hace algunos años, hizo abrir la tumba de Tamerlán, se mandó el cráneo a Moscú, y aquel sabio reconstituyó los rasgos del conquistador. El arqueólogo me enseña la fotografía de la reconstitución. Así, pues, Tamerlán tenía los ojos grandes, algo a flor de piel, rodeados de profundas arrugas ; la nariz curvada, de anchos orificios ; los labios gruesos, rodeados de bigotes lacios y de una barba en punta ; su rostro era largo, ascético, hierático. La expresión de esta cara reconstituída es muy verosímil y únicamente puede definirse con una sola palabra : despiadada. El arqueólogo me habla de las crueldades de Tamerlán y arriesga una explicación psicológica : al parecer Tamerlán era una maníaco de la crueldad.

No contesto, pero pienso que esta explicación, como suele suceder, no explica nada. Y me digo que la crueldad de hombres como Tamerlán debería más bien atribuirse a una necesidad histórica poco común, es cierto, pero que sigue siendo posible. En otros términos, la crueldad de Tamerlán habrá tenido sin duda para sus víctimas un carácter absurdo, inexplicable, maldito ; pero para Tamerlán habrá sido un simple instrumento de dominación determinado, claro está, por una cantidad de circunstancias propias del medio ambiente. En una palabra, sucede con la crueldad lo mismo que con el amor : para ser cruel hay que ser dos, el cruel y el que sufre sus desafueros ; y a menudo la crueldad se debe en partes iguales a ambos ; lo que no justifica, naturalmente, su calidad horrenda y perfectamente negativa. Mientras tanto, el arqueólogo termina su discurso con estas palabras : « Los mongoles... Vosotros los europeos deberíais estarnos agradecidos, porque habéis sido salvados por nosotros los rusos, que recibimos y paramos el ímpetu del furor mongólico. » Reflexión justa e históricamente exacta, pero al mismo tiempo, poco consoladora, a mi entender. En realidad, aquel furor no era debido a la fuerza bruta, sino a una manera de concebir la vida y, por consiguiente, de concebir también la política y la guerra. El día de mañana, esta mentalidad de los siglos pasados puede resurgir, nueva e imprevisible, no ya en Asia, sino en los mismos confines, hoy tan inciertos e igualmente móviles, de Europa.

ALBERTO MORAVIA

Aspectos de la civilización

POR ALDOUS HUXLEY

Se había añadido un nuevo y enorme edificio a la fábrica de conservas. De ahora en adelante, seiscientas mujeres convertirían a diario, directamente y sin interrupción, trescientas cincuenta toneladas de atunes en setecientas mil latas de pescado en conserva. Se inauguraban las nuevas instalaciones.

El acto fué solemne. Se había levantado una tribuna en el muelle, fuera de la fábrica. El viento impregnado de olor de pescado agitaba las banderolas. Alcaldes, senadores, y subgobernadores acudieron a pronunciar unas breves alocuciones, en lenguaje escogido. Al parecer, la nueva fábrica de conservas era un triunfo, no sólo de la tecnología, sino también y sobre todo de la iniciativa privada, hija de la cultura norteamericana. Nos dijeron que representaba el valor de dos millones de dólares de confianza en el porvenir, de fidelidad al pasado, de fe en el progreso, de crédito... Pero yo nunca he podido escuchar con calma esos derroches de elocuencia. Miré a mi compañero, y mi compañero me devolvió la mirada. Sin decir una palabra, nos levantamos y salimos de puntillas.

Un ingeniero se ofreció amablemente para enseñarnos la fábrica. Empezamos por los depósitos de deshielo, dentro de los cuales los barcos barrederos que regresaban del Océano descargaban la pesca refrigerada. Después vimos las grandes mesas donde se limpiaban y cortaban los enormes pescados, cuyas cabezas, tripas y colas pasaban a la sección de transformación, situada al otro lado de la calle, para convertirlas —en medio de un hedor insoportable— en la harina de pescado, destinada a la alimentación de las aves de corral. Desde la sala de limpieza pasamos a las grandes calderas de vapor, a las estanterías de enfriamiento, a las largas bandas de acero inoxidable para el traslado del pescado, a las naves donde había máquinas para llenar las latas, máquinas para cerrarlas y esterilizarlas, máquinas para rotularlas y máquinas para embalarlas en cajas de cartón.

En lo que concierne a los atunes, aquél era un día de fiesta. La fábrica estaba vacía ; nuestras voces retumbaban en un silencio de catedral. Pero en el edificio contiguo, que era el departamento donde se manipulaban las caballas, la elaboración de las conservas estaba en todo su auge. De pie, junto a un inmenso banco de trabajo, las mujeres protegidas por amplias batas formaban una hilera que se perdía de vista. Al otro lado del banco había un ancho canalón, por el que corría el agua con rapidez ; detrás de éste se deslizaba la banda de transporte, y encima, en un estante, había un depósito inagotable de latas vacías. En el piso superior, y donde nosotros no podíanos verlo, se procedía indudablemente a la limpieza y fragmentación del pescado. Una tubería de ancha boca descendía de modo perpendicular. Cada minuto, aproximadamente, se quitaba un tapón, y una catarata se precitaba por la tubería. Flotando en el agua se veían miles de rodajas de caballa. A una velocidad vertiginosa pasaban arremolinándose a lo largo del canalón. Cuando

se encontraban delante de las mujeres, cada una tendía una mano enguantada y sacaba de la corriente los trozos que necesitaba para las cinco o seis latas que tenía que llenar, antes de que se produjera la siguiente descarga. Las tajadas se colocaban bien apretadas en los recipientes —un trozo grande, otro menor y otro pequeño—, todos los que cabían en las tres dimensiones de la lata, que una vez bien llena se colocaba en la banda de transporte, por la que se deslizaba sin prisa, en dirección de las balanzas, de las máquinas de cerrar latas, de las esterilizadoras, de las rotuladoras y de las embaladoras. Yo cronometré esta operación y vi que, para llenar una lata, se tardaba de diez a quince segundos. Trescientas, por término medio, en una hora ; dos mil cuatrocientas en una jornada de trabajo ; doce mil por semana.

Fuera, bajo el sol que asomaba entre la bruma, seguía hablando un personaje. —« Libertad », declamaba, y un altavoz distante repetía las sílabas, que se imbricaban : —« Libertad-bertad ».

Una vez más se quitó el tapón. Otro Niágara de agua y de rodajas de pescado se precipitó por el canalón.

—« Opor-oportunidad », vociferaban los altavoces. —« Cultura-tura »...

Todo idioma conserva enterradas en su seno partículas de poesía petrificadas, vetas ricas e insospechadas de sabiduría fósil. Consideremos, por ejemplo, la palabra francesa *travail*. Se deriva del latín *trepalium*, que es el nombre de un instrumento de tortura empleado para descoyuntar las articulacioness a los criminales o a los testigos reacios. Etimológicamente, trabajar equivale a tortura. En inglés conservamos el sentido original de la palabra en obstetricia (de una mujer que está con dolores de parto se dice que está *in travail)* ; y le hemos aplicado además una significación secundaria, que no es trabajo, sino *hacer camino*. En la Edad Media, los viajes eran fatigosos y peligrosos. *Travel* —viajar— es trepalium, es decir, tormento para el turista.

La palabra *work* —trabajar— es neutra desde el punto de vista emocional ; pero *toil* —afanarse—, y el término ya anticuado *swink* —trabajo forzado— tienen reminiscencias desagradables. Lo mismo ocurría en los idiomas de la antigüedad clásica. *Ponos*, en griego, y *labor*, en latín, significan ambas *trabajo* y *sufrimiento*. En el libro del Génesis leemos : « Y Raquel trabajada, y su labor era dura. » Dos palabras que significan esfuerzo, dos palabras que significan dolor. Por otra parte, cuando la palabra inglesa moderna *labor* conserva su valor primitivo, representa en general el trabajo de la especie más desagradable : trabajo forzado, como en el caso de la *dura labor* de los penales, o del trabajo pesado y rudimentario que realizan los *laborers* —braceros o gañanes—.

Los sentimentales retrógrados no se cansan de decirnos que en la Edad Media, el trabajo era todo placer y creación espontánea. Entonces, ¿ qué es lo que indujo a nuestros antepasados a equiparar el trabajo con el suplicio ? Y ¿ por qué, cuando quisieron dar un nombre al trabajo, fueron a inspirarse en la cámara de las torturas ?

¿ Quién fué el primero que inventó el trabajo
[y forzó
al espíritu alegre y jubiloso,
a la pesadez obsesionante
del esfuerzo en los verdes campos o en la
[ciudad,
el arado, el telar, el yunque, la azada, y lo peor
[de todo,
la árida tarea del triste amanuense ?
¿ Quién si no el Ser maldito, enemigo del bien,
el impío Satán, cuya ingrata misión
consiste en atizar la hoguera,
y a fuerza de girar en su derredor
la cólera divina le convirtió en rueda.
En ese reino del fuego, del que nunca se
[vuelve,
donde él y sus pensamientos en la tristeza de
[un trabajo perpetuo,
se afanan y agitan por toda la eternidad...

Lamb tenía mucha razón. En todas las civilizaciones, el trabajo, a no ser para algunos favorecidos, ha sido siempre motivo de una tristeza espantosa, de una monotonía infernal y, en el mejor de los casos, de aburrimiento, y en el peor, de incomodidad y hasta de verdadero tormento. Recordemos la descripción que se hace en *The Golden Ass*, de los animales

y de los seres humanos que trabajan, en tanto que la mujer del propietario se solaza con la magia y el adulterio en el molino de harina. Los hombres y los asnos, los mulos y los muchachos, todos están en el trabajo, en el *trepalium*, magullados, fatigados, rendidos hasta más allá de los límites de la resistencia orgánica. Y la vida de los campesinos, en una aldea medieval, la vida de los jornaleros y de los aprendices, en el taller de un maestro artesano en la ciudad, era casi tan triste como la de sus antepasados precristianos. La industrialización, en sus comienzos, no hizo sino agravar una situación ya intolerable. Las torturas físicas, impuestas en los tenebrosos y endiablados telares de la Inglaterra georgiana y de la primera etapa victoriana, eran aún peores, por ser más sistemáticas y mejor organizadas, que el trabajo de siglos anteriores. Gracias a las máquinas automáticas, a la legislación del trabajo ; gracias a los sindicàtos y a los motores de explosión ; gracias a las grúas y a las correas de transmisión y al humanitarismo, hay ahora menos víctimas del trabajo. La tortura ha sido abolida. Pero subsiste la monotonía, la espantosa puntualidad de las ruedas que vuelven una y otra vez a la misma posición. Y subsiste bajo el sistema de libertad de trabajo, bajo el socialismo, y subsiste bajo el comunismo.

Con la actual distribución tecnológica, la oportunidad para escapar a la tiranía de la repetición de los movimientos queda reservada a una minoría muy reducida. Pero con la multiplicación de máquinas totalmente automáticas, la creación de fábricas también automáticas, y hasta de industrias completamente automáticas, la situación cambiará. Algunos de los que ahora están condenados a la tarea de seguir el ritmo de las ruedas, se convertirán en los doctores y en los enfermeros altamente especializados de las combinaciones superhumanas. Y los demás, ¿ qué harán ? Es lo que queda por ver. Sólo hay una cosa que parece bastante segura. Debido a la deplorable falta de uniformidad cuantitativa y cualitativa desplegada por los organismos vivos, la industria conservera de pescados será una de las últimas en llegar al automatismo total. Los procedimientos técnicos, corrientes en la actualidad, seguirán siéndolo, probablemente, dentro de una generación, con sólo algunas modificaciones sin importancia. ¿ Debemos alegrarnos por vivir en esta isla de estabilidad, en medio de esa corriente de cambios ? ¿ O debemos lamentarlo ? Dentro de veinticinco o treinta años estaremos en condiciones de contestar.

Y entretanto ¿ qué habrá sido de la materia prima de nuestra industria ? En una palabra, ¿ qué habrá sido del pescado ? Los biólogos y las compañías pesqueras de la generación pasada hubieran contestado sin vacilar : « Si no se ha agotado, a fuerza de pescarlo, seguirá lo mismo que ahora. » Pero los tiempos han cambiado, y hoy la respuesta a nuestra pregunta sería probablemente : « ¡ Sólo Dios lo sabe ! » Pues en los últimos años, los peces se han conducido de la manera más excéntrica e indecorosa. Consideremos, por ejemplo, el atún europeo. Hace cuarenta años, en ciertas estaciones, se pescaban en el Canal de la Mancha y en el Mar del Norte, algunos ejemplares aislados de *Thunnus thynnus* ; pero no había ninguna industria conservera al norte de Portugal ; y la mayor parte del atún salado o en latas procedía de las islas mediterráneas de Cerdeña y Sicilia. Actualmente existe una industria floreciente de conservas de atún en Noruega.

Y el atún no constituye de ningún modo un caso aislado o excepcional. Ciertos peces que, no ha mucho, se nos decía que eran exclusivamente tropicales, se pescan ahora frente a las costas de Nueva Inglaterra, y los peces que en otros tiempos se consideraban como oriundos de la zona templada, se han trasladado al Artico. El Mar del Norte ha dejado de ser el gran centro pesquero de la Europa occidental. Hoy los barcos barrederos que pescan en el Atlántico, equipados con instalaciones frigoríficas, hacen largas travesías hasta las costas de Islandia y el extremo norte de Escandinavia. Los esquimales de Groenlandia han abandonado su ocupación tradicional, la caza de las focas, y se dedican a la pesca del bacalao. Lo que antes se consideraba como norma de conducta inmutable, se ha transformado,

casi de la noche a la mañana. El mundo de los peces se halla en estado revolucionario. En el curso de los próximos veinte o treinta años pueden ocurrir las cosas más extrañas en ese mundo, con resultados incalculables para todos los interesados en la obtención y preparación de alimentos procedentes del mar.

Esta revolución en el elemento acuático es la consecuencia de una revolución mucho más amplia en la atmósfera terrestre; una revolución que está cambiando el clima del hemisferio Norte y que tal vez afecte profundamente al curso de la historia de la humanidad, en las generaciones o en los siglos próximos. Las causas de esa revolución climática son oscuras; pero sus efectos son manifiestos. Los glaciares se están derritiendo en todas partes. Las masas de nieve de las montañas han disminuído en tal cantidad, que la Jungfrau es ahora treinta pies más baja de lo que era en mi juventud. El archipiélago de Spitzbergen, que solía estar abierto a la pesca sólo durante cuatro meses de los doce del año, lo está ahora durante ocho o nueve. Los rompehielos y los barcos mercantes rusos navegan ahora por los mares, en otro tiempo intransitables, que bañan las costas septentrionales del imperio soviético. En el Canadá y en Siberia la agricultura avanza incesantemente hacia zonas más próximas al Artico. Las plantas, los pájaros los mamíferos, desconocidos hasta ahora en dichas regiones, ya se han establecido allí y pronto podrán ocupar el lugar de las especies de los climas fríos, que empiezan a encontrar su medio habitual desagradablemente suave.

Conviene recordar que estos hechos ya se han producido anteriormente, no sólo en un remoto pasado geológico, sino en épocas históricas bastante recientes. En la primera parte de la Edad Media, Europa —y es de suponer que también el resto del hemisferio Norte— disfrutó durante dos o tres siglos de unas condiciones atmosféricas excepcionales. Hubo bastante sol en el sur de Inglaterra para que madurasen allí las uvas, y durante cuatro o cinco generaciones fué posible beber vino británico. Después, en el tiempo de Chaucer, el clima volvió a cambiar, y durante dos siglos Europa sufrió los rigores de lo que se llamó el pequeño período glacial. En Dinamarca y en el norte de Alemania, muchas aldeas hubieron de ser abandonadas. En Islandia, se hizo imposible el cultivo de los cereales, y en muchos casos los campos estuvieron cubiertos de glaciares que habían invadido el terreno. Actualmente, los glaciares están en franca retirada, y hay muchas razones para creer que dentro de unos pocos años el centeno y la cebada volverán a crecer allí, con el consiguiente enriquecimiento de un país que ya se está aprovechando de la migración a sus costas de los innumerables peces que huyen del creciente calor del Mar del Norte.

Pero si las mayores latitudes del hemisferio Norte se hacen más tibias y agradables, ¿ no habrá que deducir que las latitudes más bajas llegarán a ser más cálidas y desagradables ? Existen ya algunos indicios de que esto se está produciendo. En Africa, al norte del Ecuador, los bosques están cediendo el paso a las praderas, y las praderas se van secando, convirtiéndose en desiertos. Y ¿ qué decir del largo período de sequía, con raras intermitencias, que han sufrido recientemente vastas regiones del sudoeste de los Estados Unidos ? ¿ Es el habitual maleficio cíclico de la sequía o el presagio de un empeoramiento relativamente permanente del clima, hasta convertirse en árido o semiárido ? Sólo el tiempo podrá decirlo. Entretanto, si yo tuviese que invertir unos cuantos millones en beneficio de mis nietos, los colocaría con preferencia en el Canadá y no en Texas. « El curso del imperio sigue su ruta hacia el Oeste. » Así escribía el buen obispo Berkeley, hace dos siglos. Si hoy volviera a encarnarse, el poeta filósofo dirigiría probablemente sus miradas proféticas noventa grados a la derecha. El curso del imperio ya no avanza hacia Occidente, sino hacia el Norte. Los atunes, las sardinas, los tiburones y los bacalaos, esos " pioneros " tan previsores, ya han empezado a trasladarse, o por lo menos están nadando en la buena dirección. Y los hombres seguirán pronto su ejemplo en número cada vez más considerable.

ALDOUS HUXLEY

DON MIGUEL DE UNAMUNO

Si fuese posible llegar a simbolizar plenamente a todo un pueblo en un solo individuo, entonces no existe duda alguna de que Miguel de Unamuno fué el hombre-símbolo de la España contemporánea ; o, en todo caso, el hombre más representativo de ese pueblo a la par paradójico y desconcertante. Porque, lo cierto es que Unamuno llevaba en sí, mejor que nadie, las antinomias y antagonías de España y de los españoles.

Aún niño — apenas contaba diez años — sufrió su primera experiencia cósmica, cuyo trauma, por decirlo así, decidió en importante parte sus posteriores actitudes vitales : la guerra carlista y el sitio de Bilbao, su villa natal. Resulta curioso, y quizás nada casual, que este hombre de guerra civil espiritual, como dió en llamársele, cargado de pasión cognoscitiva y de pasiones personales, polemista a ultranza —en la polémica construyó Unamuno casi toda su obra literaria—, afirmador de contrarios, ser de contradicción y de pelea que hizo de la lucha su vida y de la vida su lucha, haya dado sus primeros pasos en medio de una guerra civil y cerrado definitivamente los ojos en el fragor de otra.

Joven todavía, comenzó una labor ardua y casi titánica, en la que vertió la totalidad de sus energías : golpear incansablemente la conciencia de sus compatriotas para mejor despertarla y canalizarla hacia objetivos mayores, salvándoles de tal manera de la pereza mental y del vulgar tópico. Su pluma resultó un arma incomparable, jamás mellada y nunca orinienta. El resultado de su esfuerzo es el inmenso corpus operarum *unamuniano : miles de artículos, centenares de ensayos y unas docenas de volúmenes. Es innegable que esta inconmensurable labor literaria de Unamuno sigue conservando toda ella el interés, la fuerza e incluso la lozanía de sus primeros tiempos.*

Unamuno fué filósofo, novelista, dramaturgo y poeta. Pero todo ello no es sino formas varias de expresión para comunicarse con los demás. Ya él decía y repetía que no escribía para lectores, sino para hombres de carne y hueso, razón por la cual todo lo suyo brotaba del hondón del alma. Este desmontador de almas sociales —según frase de Ortega— no cejó un solo instante de bucear en sus profundidades vitales, para mejor descubrir esa problemática entidad que es el ser humano y lograr transmitirla a los demás en mensaje apasionado y eterno. Su talante heterodoxo hizo de él un pensador azorante y pleno de dificultades, a imagen del destino español, mas también el mayor inconformista hispano de todos los tiempos.

Hombre asistemático, verdadera conciencia pensante, rebosante de problematismo, tuvo como temas mayores —que forman, por decirlo así, su filosofía de la existencia— el sentimiento agónico de la temporalidad, la meditatio mortis *y la inmortalidad del alma, el problema de Dios y la condición humana. Desgraciadamente, a este cristiano agonizante le faltó la facultad creadora, que tal vez jamás buscó. Toda su vida estuvo dominado por una especie de nihilismo intelectual, en el que reflejaba sus crisis de angustia, sus inquietudes, sus dudas, empeñado en preferir la pasión a la razón, a imagen también en esto del pueblo español. No es otra la causa de que la lectura de Unamuno produzca a la larga una impresión desazonante, y deje al lector en extremo insatisfecho.*

Y, sin embargo, no obstante haber sido la suya una vox clamantis in deserto, *la influencia de Unamuno no dejará de gravitar sobre las nuevas generaciones españolas con mayor fuerza que la de ningún otro. En su inconformismo tratarán de apagar su sed cuantos jóvenes sufran, como sufrió él, de mal de España. Ortega y Gasset, en su necrología de Unamuno, escribió atinadamente : « La voz de Unamuno sonaba sin parar en los ámbitos de España desde hace un cuarto de siglo. Al cesar para siempre, temo que padezca nuestro país una era de atroz silencio. » Este silencio continúa, a pesar de haber transcurrido veinte años de su muerte, acaecida el 31 de diciembre de 1936 en la plateresca Salamanca de sus meditaciones.*

I. I.

A DON MIGUEL DE UNAMUNO

Este donquijotesco
don Miguel de Unamuno, fuerte vasco,
lleva el arnés grotesco
y el irrisorio casco
del buen manchego. Don Miguel camina,
jinete de quimérica montura,
metiendo espuela de oro a su locura,
sin miedo de la lengua que malsina.
. . . . . .

Antonio MACHADO.

B.D.I.C

Encuentro con don Miguel

POR S. SERRANO PONCELA

Mas de una vez he reflexionado acerca del carácter de mis encuentros con el pensamiento de Unamuno. Tuvieron desde su principio algo de pasión morbosa ; forzadas peleas solitarias y nocturnas con aquel enorme espectro que acabó humillándome y venciéndome como el ángel a Jacob. Tardé años en aceptar la derrota y entregarme al vencedor y ahora considero que acaso la pequeña historia de tales encuentros enseñe algo a los jóvenes que hoy leen a Unamuno con idéntica sensación a la que yo sentía, de estupor y disgusto. Este motivo me decide a correr el riesgo de un excesivo personalismo, inevitable en toda reminiscencia publicada antes de la jubilación intelectual del interesado.

El primer encuentro tuvo lugar alrededor de 1933 y fueron materia para el mismo los artículos que Unamuno escribía, por entonces, en el diario *Ahora* de Madrid. Yo era un estudiante universitario que hacía sus primeras armas en el periodismo ; es decir, nadie o casi nadie. Recuerdo una noche, en la redacción de *El Socialista*, cómo su redactor jefe de entonces, Ramos Oliveira, puso sobre mi mesa un recorte de periódico. Era un artículo de Unamuno acerca de las juventudes españolas « fajistas », como él escribía refiriéndose a la Falange, y a su vez a otras especies de « ismos » jóvenes cuya mayor desventura consistía en haberse invalidado y encanijado dentro de armaduras o caparazones de ideas.

Yo ignoraba entonces que Unamuno tenía razón ; que eramos una generación encerrada en esquemas, sometida a patrones fascistas, marxistas, católicos. Y desde *mi* esquema le repliqué con una respuesta ignorante, agresiva y atrevida ; es decir, le di la razón.

Esta anécdota no tiene más importancia que la de ser un punto de partida. Recuerdo que la lectura de aquellos artículos unamunianos se convirtió en una pesadilla semanal. El hombre me irritaba y me apasionaba a la vez, y pronto descubrí que había dos motivos para ello, aparte de la disconformidad pedante del joven empadronado en un esquema ideológico. Uno era el extraño esoterismo y oscuridad de sus ideas (« ¿ dónde estamos ? » ; « ¿ qué quiere decir ? ») y otro, su estilo. Yo también quería ser escritor y andaba muy ocupado con las cuestiones estéticas ; aquella difícil facilidad para extraer del lenguaje sus registros más precisos me asombraba y me dejaba mudo porque, entonces, no estaba en condiciones de entender que la lengua de Unamuno era un instrumento decantado por el uso, filtrado por el tiempo además de encontrarse en ese particular estado de gracia propio de un escritor de raza. Más tarde, al hallar en sus libros de juventud las mismas turbaciones e inseguridades que me obsedían e idénticos tanteos para descubrir la palabra precisa, entendí que en el escritor además del ángel hay un zapatero que trabaja todos los días con su martillo en la mano y su pedazo de cordobán sobre las rodillas.

Decidí habérmelas con tan extraño es-

critor siguiendo el procedimiento habitual : la lectura de sus libros. Del catálogo de títulos escogí, para comenzar, aquél que me sedujo más : *La agonía del Cristianismo* y como es natural no acerté, porque también los títulos engañan con su apariencia como las mujeres bonitas. Aquella paradoja (más aparente que real) del cristiano que necesita estrangularse para seguir viviendo, dicha así, de buenas a primeras, en las páginas iniciales era desconcertante para un joven ideólogo como yo entonces lo era. Fué una lectura intrincada, sin puntos de apoyo, en ocasiones tan oscura como los libros de caballerías que produjo aquel monstruoso Feliciano de Silva. Ya dije que había comenzado por el final, pero al cabo logré del encuentro tres adquisiciones estimulantes — por supuesto, ninguna de ellas esencial para la comprensión del pensamiento del autor. Tales fueron : que un cristiano puede ser un rebelde ; que el anciano rey David se calentaba con el cuerpo de Abisag Sunamita y que Pascal filósofo era un « sosías » de Unamuno. En cuanto a la rebeldía del cristiano se refiere la cosa no quedó muy clara ; fué algo como una intuición, pero bastó para un celtíbero acostumbrado a contender, por razones de pura libertad interior, con la Iglesia española siempre tan a ras de tierra como los pucheros. Del capítulo titulado « El hermano Pascal » fuí a parar a *Les Pensées* y por ahí, años más tarde, a la preocupación por la filosofía. En cuanto a la historia de Abisag... ¡ Aquel rey anciano y tembloroso abrazado al cálido cuerpo de una mujer ! ¡ Aquella esterilidad desoladora que no valía tal sacrificio ! A veces, los jóvenes encuentran confirmación de sus teorías en los lugares más inesperados. ¿ Quién diría que la pobre Abisag hebrea, con su dulce mirar de cordero, iba a reafirmarme en la creencia inconoclasta de que el destino de España, por entonces, nos estaba reservado a los jóvenes, siempre que no nos prestásemos a calentar el cuerpo de ningún viejo rey David ? (En esto también nos equivocamos.)

Sorprendido, pero no descorazonado —desazonado más bien por la sorpresa—, pasé a una segunda lectura también un poco al azar y aquí acerté o cuando menos me sentí sobre territorio más firme para mis entendederas críticas. Fué *En torno al casticismo*. Esto sucedió a principios de la guerra civil española, más o menos. Andan entre mis viejos papeles algunos recortes de artículos publicados en *La Vanguardia* de Barcelona donde percibo tan clara influencia unamuniana —diría imitación— que me asusta. Escribir así, por entonces, era como recitar en una reunión de sordos aquello de « hipogrifo violento... », e inclusive recuerdo que tuve alguna llamada al orden, pero Unamuno me había prendido con fértil vacuna y ya no se desprendería más. La liquidación del ideólogo se produjo al compás de ideas tan apasionantes como las de historia e intrahistoria ; el paisaje como patria y tierra ; don Quijote e Ignacio de Loyola bien mistificados y adulterados, aunque ¡ tan vivientes ! ; la diatriba a Calderón. Claro está, hoy *En torno al casticismo* es un libro anacrónico y limitado, pero también lo es *España invertebrada* y, sin embargo, ¿ dónde comienza el anacronismo en una visión personal y profética de la historia ? Si así fuera, si estas visiones no tuviesen otras vigencias interiores más poderosas como, de hecho, tienen, ¿ qué pasaría con los libros de los Profetas, usados y abusados, pero siempre vivos en el corazón de los hombres, sobre todo en este país mezcla de *facts* y utopías desde donde escribo ?

Vino a continuación la lectura corrida de los *Ensayos* en la bella edición de la Residencia de Estudiantes. Fué una ampliación del panorama que me permitió entender el pensamiento del autor en una zona la más cercana a lo español de todos los días. Pocos libros más cargados de estímulos para turbar el espíritu de un joven. Tuve la sensación de que tras aquellas páginas de tan variada catadura me miraban los ojos de un hombre de cuerpo entero, tan atrabiliario como magistral. *Soledad, Pamplonería, Mi religión, El Secreto de la vida, Sobre el fulanismo*... Coincidió el final de estas lecturas con el final de la guerra civil y el comienzo de nuestro destierro. ¡ Lección desconsoladora aquella ! Volvíamos la espalda a España, claro está, a pura coz y empujón, entreverados con sangre y todo quedaba igual después de tres horrendos años. No, igual no ; peor aún. La España

UNAMUNO, VISTO POR BAGARIA

que Unamuno detestaba y sobre la que escribió a su modo tanto y tan sinceramente, había ganado la guerra, dispuesta a levantar una muralla espesa en defensa y privilegio de « lo castizo ». En ello anda todavía, quién sabe hasta cuándo, sobre la piel de nuestro pueblo de tan triste destino. Todo quedaba peor, repito, pero también nosotros salíamos bastante malparados después de convulsionar al país, durante años, con teorías políticas. Los ensayos de Unamuno estaban destinados a crear un español nuevo, quien sin renunciar a lo que, más tarde, Américo Castro llamaría *la vividura*, pero atento al oreo exterior, trabajara por el logro de otra España, no por *la una* o *la otra* (porque yo pienso, ahora, que Unamuno no creía en *as duas Espanhas*, y ellos y nosotros, sí).

Pasó tiempo ; crucé el mar ; traté de hacer asiento y un día proseguí leyendo, ahora las novelas.

Se dice que Unamuno es, sobre todo, un escritor de imaginación ; un ensayista, poeta o novelista entreverado de filósofo. Tal es la definición canónica incorporada a las historias y textos de crítica literaria. En otra ocasión he tratado de demostrar que Unamuno es, sobre todo, un filósofo para quien las formas literarias —los géneros, como tradicionalmente se dice— no son otra cosa que instrumentos expresivos. Este convencimiento se produjo cuando entré en contacto con la obra unamuniana de creación imaginaria, sus novelas principalmente. Me gustaría poder analizar en detalle, alguna vez, las novelas de Unamuno a fin de poner en claro las razones por las cuales, entonces y ahora, no creo demasiado en su orbe novelesco. *Abel Sánchez*, *La tía Tula*, *Amor y Pedagogía*, *San Manuel Bueno* me parecieron, sobre todo, esquemas de buenas novelas para ser usados por un novelista nato al modo como Stendhal usó las crónicas italianas del Renacimiento. Entonces, durante aquellas primeras lecturas alrededor de 1940, no vi claro el proceso intelectual de su autor y sólo más tarde vine a darme cuenta de que la novela, para Unamuno, es un método de conocimiento ; es decir, un instrumento epistemológico para acercarse a profundidades ontológicas, sobre todo a esa zona donde mora peligrosamente escondido, y por supuesto inencontrable, el ser de la existencia humana. Al decir lo anterior desecho cualquier intento de atribuir a estas novelas el carácter de novelas de tesis, ya que la novela de tesis no es más que una especie de *ancilla* sociológica o filosófica que, como las sirvientas tradicionales, sirve para todo. No, la novela como método de conocimiento mantiene una total independencia en sus contenidos y tanto los personajes como los ámbitos espaciales o temporales en que éstos se mueven obran con absoluta independencia del *se pretende demostrar*. Lo que sucede es que para llevar a cabo su función precisa un mínimo de contenido estético y un máximo de tensión pensante y, a causa de ello, sus personajes y sus ámbitos se tornan prodigiosamente esquemáticos. Al buen catador de novelas esto no le satisface, pero al curioso por entender el mecanismo íntimo del autor, le fascina.

Claro está, yo creo que es más fácil ser cualquier cosa que novelista —me refiero a cualquier cosa hecha de saberes o de técnicas— y que se da un estado de gracia previo a la creación, persistente y a veces ignorado, desde el cual se escribe. Cuando se posee tal gracia plena se exudan buenas novelas como el burgués de Molière hablaba en prosa sin darse cuenta. Por el contrario, la excesiva conciencia de que la novela puede ser un instrumento, un *para algo*, destruye sus posibilidades. Aquí vendría averiguar si Unamuno se preocupó sinceramente por la novela y si, de hecho, la dramática conciencia de su incapacidad le llevó a denostar por artificioso e innecesario aquello que constituye, precisamente, la sustancia de este tipo peculiar de creación literaria. En las novelas de Unamuno cada personaje está en monólogo perpetuo (él diría en monodiálogo) y su articulación dramática, su tejido vivo resulta de la superposición de individualidades actuantes, algo así como la amena conversación o tertulia que puede darse en una casa de orates donde se cubrieran las apariencias del té de las cinco. Otro tanto sucede con su desdén por el paisaje, los paréntesis descriptivos y la temporalidad poética. Pero de todo esto no es ocasión de hablar. Para mí, entonces, lo apasionante fué la entrada en contacto con personajes casi demoníacos en ocasiones : un Joaquín Monegro, una Tula, un Manuel Bueno llevando cada uno de ellos su herejía por dentro —herejes ante la condición humana o ante su creencia religiosa— tan resistente e invisible como un cuerno de unicornio.

Ya estaba maduro, por entonces, para la lectura de otro de sus libros que es la clave de bóveda de su obra. Me refiero a *Del sentimiento trágico de la vida*. Parece oportuno decir, por si alguien se interesa por el itinerario que describo, que cualquier aproximación a este libro será incompleta si se efectúa antes de tiempo. Los grandes temas del pensamiento de Unamuno se dan aquí cita, por cierto con más rigor y sistema del que habitualmente se les concede, fluyendo por diversos conductos, unos claros como torrenteras y otros escondidos como arcaduces morunos. La búsqueda de la continuidad personal : el ser yo y nada más que yo más allá de la dispersión orgánica ; el miedo a la muerte en cuanto su respuesta de esfinge produce un vacío y un salto en esta continuidad ; el análisis del alma efectuado a medias por el positivismo de escalpelo y el *credo quia absurdum* ; las fantasmagorías que se dan en torno a su concepto de Dios, a su vivencia de Dios o a lo que él llama su creencia, cuando todas tres actitudes son una sola y verdadera (Dios creado, Dios deseado, Dios creído). Sí, éste era el cuerpo entero de Unamuno y todas las lecturas anteriores se reorganizaron con rapidez en torno a uno de los libros más apasionantes que se han escrito en nuestro tiempo, sólo parangonable con aquellos redactados por Sören Kierkegaard algo más de medio siglo antes en Dinamarca. Hasta su epílogo complicando a Don Quijote con su cuestión personal ordena y pone en claro la directriz de la mayor parte de sus *Ensayos*, sobre todo aquellos destinados a construir un paradigma del hombre español.

En tal momento volví a releer *La agonía del cristianismo*, punto de partida, como se recordará, de mi peripecia unamuniana y, por supuesto, aquel arco suelto de bóveda se integró en el edificio. Este libro, complejo y breve a la vez, contiene la sustancia del pensamiento de Unamuno a modo de *abridgement* y, de otro lado, es un retrato del hombre Unamuno a cuerpo limpio y entero. Si Unamuno, como ahora pienso, pasó la mayor parte de su vida desconfiando de sí mismo y buscándose en la contradicción ; si dió más valor a *su* verdad que a la verdad, por una especie de pragmatismo rural que tiene algo del « sostenella y no enmendalla » cincelado en la famosa cuarteta de don Guillén de Castro ; si fué un cristiano muy particular, fuera de cualquier iglesia posible ; si tuvo una creencia hecha de continuas dudas ; si se fabricó para su uso un Dios-embeleco ; si buscó en los demás un tipo de comunicación fundada en el traumático garrote, todo ello está dado en la suma de ambos libros : el grande y el *abridgement*, y no entiendo cómo una mente filosófica verdadera pueda negar que el pensamiento capaz de elaborar tales páginas no posee la característica principal de todo filósofo : inquietar con un puñado de cuestiones planteadas desde una perspectiva nueva en torno a la pregunta mile-

naria: ¿ qué es el hombre ?, desdoblada en los también milenarios e inevitables : « ¿ quién soy ? », « ¿ dónde estoy ? », « ¿ adónde voy ? ».

Diez años más tarde del comienzo de mis lecturas, alrededor de 1946, consideré terminada la pelea con el fantasma. Aquellos artículos vilipendiados en la adolescencia estudiantil, recogidos ahora en forma de libros *(La ciudad de Henoc, Cuenca Ibérica, La enormidad de España, Lenguaje y paisaje)* volvieron a mis manos, ahora en reposo, y súbitamente se iluminaron con esa luz última de los escritos de Unamuno a la que Ortega denominó « lengua de hermosura ». Esto a tal extremo que pareciéronme y siguen pareciéndome el material antológico por excelencia del escritor y la expresión más sincera del hombre. Al margen, y sólo a título de confesión, añadiré que su lectura vino a ser para mí como una contemplación en el espejo encantado : miré mi rostro y encontréme otro. Había pasado los años y las ideas, porque las ideas le traspasan a uno, pero también le pasan y después caen como las hojas muertas.

Vea el joven lector para quien está destinado este artículo conmemorativo que Unamuno me ha acompañado largos años y creo que me acompañará todavía. Porque se trata de uno de esos raros pensamientos hechos de *sound and fury*, de zumbido y frenesí, cuya característica no menos excitante consiste en estar cambiando conforme cambia la perspectiva de su acompañante lector. Más bien diría que se trata de una energía en movimiento, que se hace a sí misma en virtud de la dialéctica de sus contradicciones. Para entender lo que digo bastará con añadir lo siguiente : hace unos años escribí un pequeño libro acerca de este pensamiento ; pues bien, hoy lo escribiría de otro modo porque nuevas relecturas me han aproximado a nuevos problemas que estaban ahí, esperando su turno rotatorio, no menos reales que los antiguos y desde luego prestos a dar paso en su momento a los siguientes. Por ejemplo, ahora mismo, de la novela unamuniana lo que más me interesan son sus prólogos, donde el esquema noveslesco está dado en síntesis y se nos ofrece el autor, por añadidura, en una confesión personal mucho más rica en matices que las famosas y latas prologaciones dramáticas de Bernard Shaw o las menos conocidas, pero no menos valiosas con que Henry James y Joseph Conrad nos introducen en sus orbes novelescos. Este, como digo, es un simple ejemplo. Podría servir también otro relacionado con la cuestión de su creencia religiosa o, como diría un jesuita, con el negocio de su alma. Hoy Unamuno, más que un creyente que trató de rescatar la llama de su fe entre las cenizas —es decir, alguien que vivió en la creencia— me parece un desesperado ateo, un nihilista religioso, aterrado ante esa verdad ontológica que llamamos, por decirla de algún modo, la *nada* ; ese tipo peculiar de nihilista a la española o a la rusa (antes de Stalin, Krutchev and Comp.) que sirve de materia a Dostoievski para sus novelas, pero que, desgraciadamente, en España no pasó nunca más allá de las páginas literarias de *La Revista Blanca* o *El Motín.*

Me atrevo a concluir diciendo que al pensamiento de Unamuno le aguardan, entre las gentes hispánicas, días de influencia e irradiación semejantes y aun quizá más fuertes de los que prevemos para Ortega y Gasset. Y es que su actitud vital es más válida para muchos ; está más pegada a la obra (a veces casi agarrotada), de forma que su pensamiento resulta, ante todo, una serie de posturas personales. Posee, además, cierto diacronismo ideológico que singulariza históricamente al español y no es el resultado de ideas claras y distintas al modo cartesiano, sino de ideas-pasiones con las que compromete y se compromete como un jugador ante la móvil fijeza del ojo de la ruleta. Si añado que esta ruleta es el azar de la vida, creo que me haré entender.

S. SERRANO PONCELA

Unamuno y la idea de la realidad

POR JOSÉ FERRATER MORA

Sabemos que Unamuno luchó sin cesar contra las abstracciones y proclamó la necesidad de atenerse a las realidades. Pero tan pronto como se intenta precisar lo que nuestro autor entendía por éstas hay que abandonar todas las vías trilladas. El « realismo » de Unamuno es inconmensurable como cualquiera de los realismos tradicionales. ¿ No ha pregonado que la realidad es la ficción, que el que sueña existe, que los entes creados por el poeta son tan reales por lo menos como los animales racionales con los cuales convivimos ? Parece, pues, que cuando se trata de saber lo que significa « es real » el único camino practicable sea la paradoja. Y, sin embargo, sospechamos que, a través de sus indefiniciones y de sus contradicciones, Unamuno poseyó ciertas intuiciones bien definidas acerca de lo que son las « verdaderas realidades ». Decir simplemente que lo real es lo ficticio resulta incompleto, puesto que también es real, y supremamente, el hombre de carne y hueso. Conviene, así, poner en claro una cuestión de la cual depende el sentido último de cualquier filosofía. He aquí por qué intentaremos responder a esta pregunta : ¿ Qué quiere decir Unamuno por « es real » ?

Puesto que nuestro autor se aparta de todas las vías tradicionales, ninguna de las respuestas al uso puede convenirnos. Unamuno no pretende que lo real sea la materia, o el espíritu, o una entidad metafísica cualquiera, o los conceptos, o los valores. Cualquiera de estas « entidades » *puede* ser real — y *puede* no serlo—. El ser real no depende de su adscripción a un género determinado de entidad. Si tal fuera, habría que decir que Unamuno es materialista, o espiritualista, que se decide en favor de lo físico o de lo psíquico, de lo elemental o de lo estructural, de lo metafísico o de lo axiológico. Siendo difícil enunciar con certidumbre, o plausibilidad, cualquiera de estas cosas, hay que buscar por otra senda nuestra respuesta. Declaremos sin ambages cuál es : la exploración de ciertos términos, en particular de ciertos adjetivos, que Unamuno usa con singular delectación e insistencia cuando quiere dar la impresión de que se las ha con verdaderas realidades. Ahora bien, antes de proporcionar una lista de tales vocablos, será iluminador examinar la cuestión negativamente y ver lo que para Unamuno no es real —o no es todavía plenamente real—.

Ante todo, no es real el puro hecho. Se recordará en qué forma reaccionaba sarcásticamente contra la « hechología » del positivismo —del positivismo de su tiempo— y de qué modo se burlaba de quienes, como el Paparrigópulos de *Niebla*, pretendían capturar la realidad alistándose en la « abnegada legión de los pincharanas, caza-vocablos, barrunta-fechas y cuenta-gotas de toda laya ». Esta burla adopta a veces un tono más filosófico

Pero en todos los casos se trata de afirmar que puesto que el hecho es « lo que es », el hecho puede ser únicamente un aspecto limitado de lo real. Además de « lo que es » hay « lo que significa », lo que vale» y, sobre todo, cosa esencial en Unamuno, « lo que quiere ser » —o, con acentos más personales, « lo que *se* quiere ser »—. Cierto que este último rasgo parece resultar operante únicamente en el hombre, en donde se manifiesta el carácter múltiple y, por supuesto, conflictivo, de todos sus « lados » : el que se es, el que se quiere ser, el que los otros creen que se es, el que los otros quieren que se sea, etc. Mas aunque se revele de modo eminente en la vida humana, el rasgo en cuestión es —si se permite aquí este término— « general » ; las cosas tanto como las personas tienen para Unamuno « alma » y, por lo tanto, su ser se expresa asimismo en su voluntad de ser o, si se prefiere, en su *conatus*. Podríamos concluir, pues, que el hecho no basta, porque hay una realidad que lo trasciende. Pero evitemos caer en la tentación de suponer que semejante realidad es, como dirían algunos filósofos, una causa. Lo que hace del puro hecho algo insuficiente para caracterizar el ser real es más bien que hay, además de él —o acaso dentro de él—, algo « impuro », no estrictamente « objetivo » : la petición de una finalidad.

No es real tampoco ninguna de las entidades metafísicas de que los filósofos han abusado y que han presentado casi siempre bajo la forma de un absoluto. Esta negación tiene un motivo que parece asombroso en quien, como Unamuno, insistió tan ahincadamente en esa « alma » y « entraña » de las realidades : una especie de suposición fenomenista, para la cual lo que aparece no oculta lo real, sino que es lo real. La sorpresa es menor, empero, cuando tenemos presente que Unamuno no defendió el fenómeno contra la substancia, pero tampoco se batió por esta última —entendida en sentido tradicional— contra el fenómeno. En efecto, no hay para Unamuno ninguna realidad « en sí » de carácter metafísico y absoluto, nada del tipo de la Idea, de lo Uno, la Forma, o análogos. Ello se debe a que tales entidades son demasiado abstractas comparadas con las realidades concretas con las cuales luchamos y a las que nos abrazamos : nuestra carne y hueso, ese prójimo determinado, ese determinado paisaje o esa particular estrella. En cierto sentido, hay en Unamuno, en la medida en que le cuadra algún « ismo », un « empirismo radical ». Pues cuando en alguna ocasión parece inclinarse hacia alguna entidad metafísica —tal, la Voluntad schopenhaueriana—, lo hace para denunciar inmediatamente lo que haya de abstracción en ella. Los filósofos buscan —o han buscado— « lo más real », pero con ello han terminado por des-realizar la realidad.

No es real, por supuesto, la razón —o, si se quiere, la Razón—. Por eso el mundo no es algo transparente, sino resistente y opaco. Decir, como Hegel, que lo racional es real y lo real es racional parecen ser requisitos de una filosofía ; en rigor, son « exigencias del cargo ». La razón no debe ser simplemente descartada ; lo que Unamuno ha llamado sus « represalias » resulta indispensable para que choquemos con la duda y, con ello, demos de bruces en la realidad. Pero la razón está lejos de ser una entidad real : es uno de los extremos entre los cuales « nos movemos y somos ». Por motivos análogos tampoco lo irracional puede ser en sí mismo real. « Lo racional » y « lo irracional » son, en el fondo, ilustraciones de aquellas entidades metafísicas con que los filósofos entretienen sus ocios, o amansan su desesperación.

Estas negaciones no son las únicas posibles ; son, empero, suficientes para nuestro propósito. A la luz de ellas, y en contraste con ellas, podemos dar ahora algunos ejemplos de las afirmaciones. Hagamos constar, de todos modos, que no se trata de « proposiciones » que puedan encontrarse en Unamuno ni siquiera de tesis que podamos formular a base de intuiciones suyas más o menos vagas. Son descripciones de « lo que es real » que emergen en Unamuno en ciertos momentos decisivos y que se manifiestan en su inequívoca preferencia por ciertos términos. La base de nuestra reconstrucción del « mundo real » de Unamuno es, pues, el examen del lenguaje del autor.

Es real ante todo lo entrañable. Todo

lector de Unamuno ha advertido el papel fundamental que desempeña en su pensamiento el vocablo « entrañas ». En torno al mismo se organizan otros múltiples términos : lo íntimo, lo medular, los huesos, el tuétano, el entresijo, lo recóndito, la sima, el abismo, el hondón, la hondura, lo insondable, lo substancial, el alma. No se trata de términos que designen realidades constitutivamente « ocultas » y menos aún de « entes en sí », puesto que se refieren siempre a algo que tiene un aspecto decididamente visible, tangible, palpable. Sería, pues, erróneo suponer que este constante « adentramiento » de lo real que descubrimos en las expresiones más frecuentes de nuestro autor equivale a la ya denunciada identificación de « lo real » con algo « metafísico ». Lo entrañable no se oculta. Tampoco se halla meramente en la superficie. En rigor, no puede decirse de él que esté inscrito en ninguna de las categorías reiteradamente usadas por muchos filósofos —la apariencia o el ser, la manifestación o la realidad, el fenómeno o el nóumeno, etc.—, pues posee un *status* especial : el de manifestarse, *en tanto que* íntimo. No, pues, constituyendo el fundamento de lo que aparece, ni tampoco siendo lo que aparece, sino apareciendo como fundamento. Dicho en otra forma : lo entrañable es el « dentro » de las cosas en tanto que se muestra *sin residuo* « fuera ». De ahí que vaya acompañado siempre de dos características. Por un lado, es algo que se mueve con el movimiento de los seres vivos : se perciben todos sus latidos, todos sus estremecimientos, todas sus pulsaciones, y por eso las entrañas de que Unamuno nos habla son siempre « entrañas palpitantes ». Por otro lado, es algo que no ceja nunca, que mana sin cesar : lo entrañable es inagotable. Por este motivo puede concebirse por analogía con ciertos procesos físicos que no por azar han constituído con frecuencia materia de descripción poética : el surtidor, el hontanar, el manantial, la fuente. Como la *physis* de los presocráticos, lo entrañable brota perennemente de su propio fondo ; es el « rayo que no cesa ». Podemos concluir, en suma, que lo real es siempre lo intra-real — como la historia es la intrahistoria — con tal que tengamos presente que no hay oposición estricta entre un *intra* y un *extra* ni tampoco, o menos aún, reducción del uno al otro. Por una vez se ha acabado la lucha por falta de contrincantes. Si lo entrañable lucha, como todo, consigo mismo, no lo hace en tanto que su ser se opone a su apariencia o viceversa : lo hace en la misma forma en que nuestra intimidad —toda ella abierta y palpitante— se bate contra sí propia. Así, lo que llamamos « la realidad verdadera » no es materia o espíritu, carne o alma, porque puede, y suele, ser ambas. La intra-materia es tan real como el intra-espíritu. Sólo deja de ser real lo que pretende ser materia o espíritu y es mera abstracción ausente de movimiento, carente de fuerza manadora y derramadora,

Siempre he creído en la eficacia del bárbaro, es decir, del de fuera, del que cae en un ámbito que le es extraño y cuyas convenciones —esto es, cuyas vergüenzas— desconoce. Renueva una ciencia o un arte, el que entra en ellas desde otra ciencia u otro arte. Para triunfar de veras, definitivamente, en el teatro ; quiero decir, para hacer algo dramático que sea para siempre —eis aei, *que dijo Tucídides— acaso la condición primera sea irrumpir en él como bárbaro, desde fuera, sin saber nada de ese estúpido galimatías de la teatralidad y del tecnicismo de los del mezquino oficio. Y el más grande predicador creo que sea el que nunca oyó un sermón e ignore todas esas mandangas del exordio y la peroración y la confirmación y demás morralla de los indecentes tratados de retórica. Así como los hombres más de veras corteses y cultos que me he encontrado, han sido pastores cuya nativa delicadeza de espíritu no estaba malingrada por fórmulas y etiquetas de las que se aprenden en el protocolo o en cualquier manualete de urbanidad. En cuanto uno aprende a distinguir entre tú y usted y usía y vuecencia, aprende a ser grosero bajo lo que se llama, por ironía, buenas formas.*

MIGUEL DE UNAMUNO : De esto y aquello. *Tomo IV, pág.* 135.

desprovista de incesantemente palpitante intimidad.

Es real lo grave y, dentro de él, sobre todo, lo denso. Fácil es observar hasta qué punto lo alado, lo ligero, lo ingrávido, lo voluble, el juego, lo insinuante, lo sugestivo, lo alusivo, lo irónico son ajenos al cosmos de Unamuno. Esto no significa que se trate de un universo envarado, ahogado por la circunspección y la compostura ; por el contrario, estalla de continuo en gritos, en imprecaciones, hasta en escándalos. Pero todo ello está como contenido dentro de una especie de silencio tupido que constituye más de lo que se cree el cañamazo de la vida y la obra de Unamuno y que tiene solidez, espesura, resistencia, firmeza. Ahora bien, semejante gravedad se manifiesta esencialmente de dos maneras. Por un lado, en tanto que algo poseedor de una textura apiñada, difícil, si no imposible, de quebrar : lo real en tanto que grave es en tal caso lo vigoroso, lo duro, lo recio, con frecuencia lo áspero y desabrido y, por consiguiente, todo lo contrario de lo liso, lo fino, lo pulido, lo pulcro, lo flexible, lo acicalado. Por otro lado, lo real en tanto que grave se revela como lo que posee corporalidad o, como Unamuno ha dicho con frecuencia, bulto ; es real lo tangible y por encima de todo lo palpable. Los modelos de estas caracterizaciones de lo real son evidentemente ciertas cosas físicas —casi diríamos : macrofísicas—. Pero son también ciertas sensaciones cuyo grosor no debe ser siempre confundido —aunque en ocasiones la implique— con la bastedad. Por lo demás, aunque predominantemente « físicos », los citados rasgos de lo real no son atributos exclusivos de la materia ; también las ideas, en la medida en que sean verdaderamente en lugar de esfumarse en abstracciones, poseen para Unamuno esa gravedad y densidad que las hace firmes, abultadas, casi corpóreas. Como lo entrañable, la gravedad y el bulto se hallan en el fondo de todo lo material y de todo lo espiritual en tanto que tienen consistencia, esto es, densidad.

Es real lo abrupto, entendiendo ahora éste no como uno de los muchos sinónimos posibles de lo áspero y de lo fragoso, sino como denotando un modo de ser de la realidad por la cual ésta no se extiende en una continuidad perfecta. Lo abrupto es, pues, aquí el « salto ». En cierto modo éste puede ser entendido por analogía con la noción de « salto » en Kierkegaard. Como tal noción, el salto unamuniano se opone tanto a cualquier principio de continuidad como a cualquier mediación con el fin de reconciliar los opuestos, tanto al leibnizianismo como al hegelianismo. Lo real no forma una línea continua, y posiblemente jerárquica, para explicar cualquier punto de la cual haya siempre una « razón suficiente » o un « modelo evolutivo ». No constituye tampoco un sistema lógico-metafísico sometido a un devenir previsible para explicar el cual sea suficiente un « método dialéctico ». Lo que llamamos « explicar » es más bien aquí un « decidir » —y un « decidir » que presupone lo absurdo y la paradoja—. Ahora bien, las analogías del « salto » kierkegaardiano con el unamuniano no deben hacer concluir que son idénticos. En Kierkegaard, el « salto » designa el movimiento de la existencia por el cual ésta pasa de un estadio a otro, y especialmente del estadio ético al religioso. En Unamuno el « salto » designa una manera de constituirse la realidad entera. Ésta es en cada uno de sus puntos como una falla geológica : unas capas se sobreponen a otras sin transición aparente. ¿ Estará ese universo enteramente dominado, pues, por el discontinuismo y la intermitencia ? Sí, con tal que se agregue que es un discontinuismo *sui generis* donde en vez de pasarse de unas capas a otras mediante saltos sucesivos, todas las capas están presentes en una especie de « salto simultáneo ». El modelo que más o menos conscientemente engendra esta imagen de la realidad es posiblemente una cierta forma de vida humana ; aquella en la cual todas las « capas » del ser se manifiestan de una vez, y casi explosivamente. Así como el hombre « auténtico » —y, por consiguiente, « real »— no es para Unamuno aquel que acecha tras sus ficciones sociales y sus gestos y palabras convencionales, sino aquel que abruptamente se manifiesta en todo su ser, tampoco la realidad es para él un fondo más o menos áspero tras una lisa superficie, sino a un tiempo lo pulido y lo fragoso. Si puede seguirse

hablando de discontinuidad, habrá que concluir que es una discontinuidad enteramente visible y que el citado « salto » es verdaderamente un modo total de existir.

Es real lo que Unamuno llama a veces lo contradictorio y que cabría designar más propiamente como la constante oposición de los contrarios. Lo real existe en forma de contienda —de lucha con un contrario y de pugna consigo mismo—. Es innecesario extendernos sobre un punto del que Unamuno ha hecho uno de los pilares —por no decir el eje— de su obra. Recordemos sólo que la guerra es para Unamuno tan radical que no contento con declarar que se inserta en todo, concluye que se hace también la guerra a sí misma, esto es, que lucha sin tregua contra su antagonista, la paz. La paz se halla en el corazón de la guerra y viceversa : sin guerra no hay paz posible. La lucha entre contrarios y de cada contrario consigo mismo no es, así, el resultado de una oposición lógica ; es la manifestación del dinamismo trágico de la vida. El motor de este interminable movimiento es, por lo demás, un conflicto cuya naturaleza ontológica debe ser siempre subrayada : el que se deriva del afán que cada ser tiene de ser sí mismo y a la vez de ser los otros y, por lo tanto, de dejar también de ser lo que es. De ahí que el esquema formal de semejante lucha sea la oposición entre lo limitado y lo ilimitado ; ésta es la oposición que se concreta en los combates por doquier visibles : en los que hay entre los personajes ficticios y los autores de las ficciones, entre los proyectos de ser y lo que se es, entre el hombre y Dios.

Real es también lo durable, o, si se prefiere, lo perdurable. No, por supuesto, lo eterno intemporal y abstracto, sino lo permanente concreto. Éste debe entenderse en dos sentidos. Por una parte, como algo cuya persistencia no es simplemente dada, sino también, y sobre todo, creada : la verdadera permanencia es el resultado de un esfuerzo, de una voluntad, de un *conatus*, de tal modo que el ser se entiende primariamente como un querer ser. Por otra parte, como algo cuya duración está de continuo amenazada por la consunción, lo mismo que la guerra lo es de la paz, la muerte —quiere decirse la inminencia de la muerte— es la garantía de la vida. Ahora bien, la perduración es más que la continuación : es la incesante recuperación. Vivir —ser real—, es en suma, revivir tanto o más que pervivir.

Es real, finalmente, lo que siente o, como escribe Unamuno, « lo que siente, sufre, compadece y desea ». Ello lleva a nuestro autor a identificar realidad con conciencia y aun a sostener que « la única realidad substancial es la conciencia ». Ahora bien, conviene precaver al lector contra una posible —y comprensible— tendencia a interpretar semejante frase en un sentido « idealista ». Unamuno no es idealista ni realista, por la sencilla razón de que sufrir, compadecer y gozar constituyen para él maneras de ser real que afectan por igual, en la medida en que realmente son, la conciencia y las cosas. El modo de ser de las cosas no se deduce, ni siquiera por analogía, del modo de ser de las conciencias : « sentir » es, en rigor, « reaccionar », reaccionar con fuerza, con vigor, con vehemencia. El universo como « ser sintiente » es, pues, el universo como ser activo, que cambia, se transforma, lucha por ser y hasta se « desespera » de no poder ser jamás lo que pretende. Como ser de bulto y palpable es algo que puede decirse de las ideas, el ser consciente es algo que puede enunciarse de las cosas, siempre que no cometamos el error de suponer que nos limitamos a proyectar conciencia a ellas. La verdadera realidad no es jamás, por lo tanto, la pasividad : lo que se ha llamado « conciencia » es, en último término, un modo, harto insuficiente y equívoco, de reconocer que sólo es verdaderamente lo que se resiste a dejar de ser.

JOSÉ FERRATER MORA

Notas y comentarios

POR GERMAN ARCINIEGAS

LA SUERTE DE LOS AUTORES Y LOS LIBROS

Es difícil que entre filósofos se haya producido un libro de tan delicioso encanto como los *Diálogos de Amor* de León Abardanel. Lo primero, porque León hizo del Amor el centro de su libro. No es uno de los elementos de su estudio, no llega al amor incidentalmente : el tema es Amor, y nada más. Y lo enfoca como un fotógrafo goloso por todos los ángulos posibles. Quiere saber de dónde viene Amor, cómo crece, cómo se apaga, cómo se purifica, cómo se envilece. Mira, piensa y escribe sobre todo esto usando, claro está, de su inteligencia penetrante, pero trabajando con amor. Cervantes decía — y Cervantes era docto en cosas de amor : « Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepáis de la lengua toscana toparéis con Léon Hebreo, que os hincha las medidas. » Y Menéndez Pelayo : « Nunca, antes de Hegel, ha sido desarrollada con más amplitud la estética idealista. Nadie ha manifestado tan soberano desprecio a la materia como León Hebreo. »

Abardanel, como se sabe, nació en España hacia 1460. Originalmente se llamaba Judas. Era la antena más fina que en España recogía las ondas del humanismo neoplatónico. Arrollado entre la muchedumbre de los desterrados tuvo que refugiarse en Italia. Los *Diálogos de Amor*, que han venido a ser una de las obras más puras de todos los tiempos, hubieran sido del tesoro de la lengua castellana. Pero Judas Abardanel vió salir su libro en italiano, y los españoles tuvieron que esperar a que otros lo tradujeran para conocerlo en la lengua original del desterrado.

El Inca Garcilaso de la Vega llegó a España como un mestizo desterrado de su mundo incaico, mundo que añoraba con nostalgia porque su madre se lo había cantado en la infancia. Era también un desterrado de su mundo español, el de su padre, que había ido a buscar siguiendo el río de sus venas, y allí las gentes le decían a las espaldas, o en la cara « tú eres un pobre indio ». Un movimiento de afinidad humana empujó al Inca a encariñarse con la obra de León Hebreo. En los ratos de ocio traducía los *Diálogos de Amor*, y de pronto se vió con todo el cuaderno puesto en su admirable prosa castellana. También había en el Inca ese amoroso modo de acercarse a las cosas.

Cuando un autor escribía entonces, tenía que acudir al rey para que le permitiese publicar. Envió el Inca los *Diálogos* a la Sacra, Católica, Real Majestad de don Felipe II, defensor de la fe, con dos cartas. Las leyó el rey, mandó llamar al guardajoyas, y le dijo : « Guardadme este libro, y cuando estuviéremos en el Escurial, acordadme que lo tenéis. Ponedlo por escrito ; no se os olvide. » Cuenta el Inca que en llegando al Escurial acordó el guardajoyas al rey del libro, y el rey llamó al

prior del convento de San Jerónimo : « Mirad este libro, Padre, a ver que os parece dél. Mirad que es fruta nueva del Perú. » Se autorizó la publicación.

Y más aún. Seguramente Felipe no leyó el libro. Felipe leía otras cosas menos buenas, como su propia conciencia o la de sus ministros. Pero el Inca le entregó el cuaderno a don Maximiliano de Austria. Don Maximiliano le escribió : « Ante ayer me embio don Iaun de Herrera, hijo del Alcayde de Priego, la traducción de León Hebreo hecha por V. m. con una carta suya. Vino todo tan de noche, que pareciéndome corto el tiempo para sinificar la merced que con ella auia recibido, con su licencia diferi el hazerlo para aora : que auiendo leydo otra del libro propio, me parece lo será tambien el de toda mi vida. Con licencia de V. m. me quedo con el libro hasta fin de Setiembre... De Alcalá y de Iunio diez y nueue... Maximiliano ».

Se publicó el libro. Circuló brevemente, Vino la Inquisición, « por lo cual, con justo acuerdo, relata el Inca, la Santa y General Inquisición destos reinos, en este último expurgatorio de libros prohibidos, no vedándolo en otras lenguas, lo mandó recoger en la nuestra bulgar, porque no era para vulgo... Después acá he oído dezir que ha havido réplica sobre ellos. »

Son cosas que le ocurren a los libros, y cosas que pasan a los autores...

JOSE MARIA HEREDIA O EL DEL NIAGARA

José María Heredia (1803-1839) se encontraba desterrado en México, en 1832, muy preocupado por la vida de su madre en la Habana, a quien no veía desde que huyó de la isla en 1823. Recibió un número del *Diario de la Habana*, y encontró allí la « Relación de los reos, prófugos, acusados y sentenciados en rebeldía que deben ser aprehendidos y remitidos... » En la lista figuraba su nombre así : « Licenciado don José María Heredia, juzgado por conspiración, sentenciado a muerte y confisción de bienes, el 20 de enero de 1831. »

Más que precursor de la independencia de Cuba de lo que es precursor Heredia es de los desterrados. Nadie ha puesto un acento tan hondo en el recuerdo de la patria como Heredia cuando interrumpe el canto al Niágara :

...las palmas, ay ! las palmas deliciosas,
que en la llanura de mi ardiente patria
nacen del sol a la sonrisa, y crecen,
y al soplo de las brisas del Océano,
bajo un cielo purísimo se mecen.

Heredia fué Cuba, sólo Cuba y todo Cuba... y puede decirse que jamás vivió en Cuba. Nació por accidente en Santiago : su padre era de Santo Domingo, se había casado en Coro, y fué a buscar refugio en Cuba. Heredia nació un 31 de diciembre. Por esto podemos llamarlo el hombre de la víspera. Con el niño de ocho años se fué a la Florida la familia, pasó luego a Venezuela, y de Venezuela a México, siguiendo el vaivén de esa otra vida maravillosa que fué la del Regente Heredia. En México murió el padre. Pasó José María a Cuba, y vivió apenas de 1821 a 1823, es decir de los 17 a los 19 años. Tiene que huir cuando se descubre que forma parte de la logia de los Caballeros Racionales. Y no vuelve más. O sí vuelve una vez, dos semanas, pidiendo permiso de rodillas, para ver a su madre. « El poeta había tenido valor para todo —decía Martí— menos para morir sin volver a ver a su madre y a sus palmas. » Pero Heredia era una Cuba peregrina. Un pedazo de Cuba que andaba.

Fué siempre un niño. Primero le guió, de la mano, el padre ; luego, desde lejos, su madre. Y tal vez el recuerdo de algunos trozos de infancia, de algunas novias abandonadas. El destierro no le dejó crecer : le detuvo en la fecha del recuerdo. Cuando su padre le guiaba, autoridad y obediencia quedaron grabadas en la conocida carta que escribió de Caracas a su mujer : « A José María que estudie todos los días su lección de lógica, y lea el capítulo del Evangelio y las cartas de los Apóstoles y los Salmos, como lo acostumbraba hacer conmigo todas las tardes ; que repase la doctrina una vez a la semana, y el *Arte poética* de Horacio que le hice escribir, y de Virgilio un pedazo todos los días y los tiempos y reglas del Arte, para ponerlo a estudiar

derecho cuando venga aquí y darle su reloj si lo mereciese por su obediencia y buena conducta en ese tiempo. » José María, a los ocho años traducía bien el latín, y a los doce, fábulas francesas. Era un niño precoz, pero era un niño. Y así siguió siéndolo. No se supo defender en la vida. Fué un romántico en el congreso de México, donde hizo el papel del diputado niño. Le envolvían los políticos. Era más que blanco, transparente, y así se lo llevó la muerte tan liviano como una hoja en el aire. Por ser tan puro le condenaban a muerte. Matarlo era como querer matar a Cuba, a esa Cuba que él invocó en su Himno del desterrado :

¡ ... libre y pura
como el aire de luz que respiras !

EL TESTIMONIO DE ADELA GRONDONA

ADELA GRONDONA ha publicado en la revista *Hogar* de Buenos Aires las páginas de un diario que comienza con esta línea : « Asilo San Miguel, septiembre de 1948 ». El asilo es la cárcel. Adela Grondona fué a la cárcel, como muchas otras mujeres argentinas, por haber cantado el himno de su patria en la calle Florida. « Debía —dice— ser una manifestación relámpago, pero nuestro entusiasmo, y un hombre que vociferó con marcada pronunciación alemana : « Perón es mi Dios », nos exaltaron y el himno continuó brotando como un grito incontrolable. La primera noche la pasaron en la comisaría. « Al pasar frente a un calabozo, una mujer que estaba encerrada nos dijo : ¿ A ustedes las pescaron en Florida ? A mí también... pero más temprano... »

Las primeras diligencias no tuvieron sino el refinamiento de la lentitud. A las dos de la mañana todo estaba concluído, y fueron puestas en libertad. Eran todas señoras de viejas familias, que sólo conocían el lado amable de la ciudad. Al día siguiente las llamaron una a una por teléfono. Deberían ir a la comisaría a « una cuestión de puro formalismo ». Fueron, y quedaron notificadas : treinta días de cárcel. Pasaron esa noche en las sillas del despacho de la comisaría. A la madrugada entró el agente y les preguntó con insolencia : « ¿ Qué tal, chicas ? » Poco después las sacaron al camión celular. No sabían a dónde las llevarían. ¿ Sería a Martín García ? La máquina corrió veloz, camino del puerto. Allí subieron seis chinas, que fueron metiendo en las celdas. Como las señoras se habían resistido a entrar en las celdas, y ocupaban el pasillo del centro, las recién llegadas las cubrieron de insultos. « ¿ Por qué van en el pasillo, oligarcas de m... ? »

Lo que sigue en el diario de Adela Grondona es la vida en la cárcel de mujeres. Prostitutas, taradas, toxicómanas. Los patios de la miseria. Y también el milagro de la solidaridad humana que al acercar esos dos extremos de la sociedad argentina produce una corriente de recónditas resonancias, por donde circulan sentimientos que jamás se hubieran sospechado.

Si las personas que pasaron por las cárceles de Perón produjeran así todas sus testimonios, quedaría escrita una historia sobre la trama viva de la experiencia. Por lo pronto, el diario de Adela Grondona debería recogerse en un librito. Vale por toda una historia. Es una de las muestras mejor logradas de la vida de una mujer sometida a los azares de una dictadura que seleccionaba lo más digno para clavar el diente. Los himnos de toda nuestra América, uno a uno, no son sino ecos de una misma palabra : Libertad. El argentino la repite tres veces. Por eso, era tres veces insoportable para el presidente Perón. La sentencia contra Adela Grondona y sus compañeras fué motivada por « producir ruidos molestos en la calle Florida ».

GERMAN ARCINIEGAS

LUISA MERCEDES LEVINSON

LA REPRESA

YA eran las seis de la tarde y nadie había entrado en la tienda. Era uno de esos locales en que se venden recuerdos serranos. Rosa estaba sola y bastante decepcionada. Total, no sabía con qué fin había dejado su puesto de secretaria en la firma « Finkel, Domínguez y Cía. Ltda. » y había aceptado regentear ese negocio, ahí, en la entrada de ese pueblo de nombre peculiar, Calamuchita, y vender, si tenía suerte, esos horribles cortaplumas y carteras repujadas con el nombre del lugar. Es decir, lo sabía muy bien : Pedro Cardal. Pedro quería estudiar la posibilidad de construir una represa y para estar cerca del río se había conchabado en la estancia, como mecánico. En seguida le había escrito a ella ofreciéndole ese puesto en la tiendita, y ella acudió, sin hacerse rogar, sencillamente, pensando en la conjunción natural del amor y la belleza del paisaje. Pero Pedro era metódico, razonable, intolerable. Sólo estaban juntos los fines de semana. Es decir, estrictamente juntos, los domingos. Los sábados ella debía atender el negocio y él se sentaba a su lado, detrás del mostrador, y se enfrascaba en sus cálculos.

Un chico entró a comprar una postal con vistas del lugar. Estuvo revolviendo todo el álbum. Rosa sentíase miserable ante esa belleza desplegada en fotografías y al natural ; se sentía como desnudada, en carne viva. En la ciudad había apremios, obligaciones ; aquí estaba sin defensas, sólo contemplando el horizonte, primero, después el paisaje y por último los automóviles que pasaban con parejas felices mientras ella se iba empañando con la polvareda del camino.

Era al final del largo verano, todo parecía yacer sin promesas, pesar sobre su cuerpo y sobre su mirada cuando nació la idea de encontrar un hombre. Tal vez era sólo el deseo de que Pedro la viera subir a un coche moderno y perderse en la lejanía. Tal vez únicamente quería producirle una inquietud : una bonita, aguda inquietud que lo hiciera sufrir bastante. O quizá estaba simplemente harta de esa vida monótona en que se hablaba de casamiento como de algo inevitable, pero lejano. ¿ Y para eso había acudido a ese pueblito a mendigar amor, como si fuera fea, como si no tuviera los ojos más lindos del mundo ? Ya se lo decía su tía Amelia, allá en la capital : —No podrás lograr nada con un muchacho que lleva anteojos. Siempre habrá papeles que le interesen más que vos.

Y era verdad. Primero fueron los tres años de espera cuando estudiaba ingeniería. Ahora que había terminado la carrera, empezaba con la represa.

Rosa se pasaba el cepillito de rimmel por las pestañas tiesas. El lento crepúsculo no acababa de apagar esos rosas y morados que se le clavaban adentro, como cuchillos de oro. Pensó que hay paisajes que están hechos exclusivamente para la felicidad. No lo podía resistir. ¿ Cómo sería el hombre imposible ? Seguramente bronceado, con los ojos y el pelo claros y la llevaría en su automóvil a alguna hostería lejana a donde acuden las parejas felices, le alabaría el negro pro-

fundo de sus ojos, y las otras parejas les sonreirían mientras ellos bailaban al compás de una música dulce y misteriosa.

Era la hora de cerrar el negocio ; Rosa fué hasta la tranquerita rústica, fabricada especialmente para atraer turistas, y se estuvo allí, mirando sin ver ese gran cerro que se oscurecía y se agrandaba ahí nomás, como si acechara un descuido para echársele encima. La casa de pensión quedaba en el pueblo, a unas diez cuadras largas, pero ya le parecía oler el consabido guiso de chivo, oír los gritos de la patrona, en la cocina, y el arrastrarse de las zapatillas de la chinita.

Un coche gris maniobraba allí enfrente, se detenía, alguien se apeaba.

—¿ Tiene ponchos de vicuña ?

—Pase, señor—oyó ella decir a su propia voz.

—No me llame señor. Me hace sentirme un poco viejo.

No, no era viejo. Tenía algunas canas en las sienes, que le daban un aire tan distinguido... El negocito se impregnó con su olor a agua colonia, a cigarrillos rubios y a traje de tweed.

Me gustan los trajes de tweed—pensó Rosa. ¿ Por qué Pedro va siempre con ese mezquino saco marrón ?

Al palpar las vicuñas, la mano de él rozó la suya. La miró a los ojos.

—¿ Este es su pueblo, señorita ?

—No.

En ese momento se acordó de Pedro con rencor. Tuvo lástima de sí misma, de lo que él había hecho de ella.

—Usted se parece a Santa Rosa de Lima. O de Calamuchita...

Ella se sobresaltó. Evidentemente el destino le hacía señas, abría para ella algunas de esas puertas mágicas, casi oía chirriar sus goznes a lo largo de sus nervios, en la espina dorsal.

—¿ Cómo adivinó que me llamo Rosa ? ¿ Usted es brujo ?

No era exactamente la manera de tratar a un cliente. Hubiera querido esconderse en la trastienda, o, mejor, detrás del cerro.

—Sí, soy brujo. Y usted es Santa Rosa. Necesito que me exorcise. ¿ No quiere ?

Rosa hubiera preferido estar con Pedro mirando correr el río. Envió una silenciosa llamada a Pedro. No recordaba qué quería decir el verbo exorcisar. Pero le dió miedo. Sintió que la envolvían en un círculo sin salida. El aire era muy dulce en ese otoño recién empezado. Llegaba hasta allí el murmullo del río y la pereza de sus orillas. Ya no deseaba salir con ese hombre refinado y vital, pero su parte razonable tiraba de las cuerditas invisibles. ¿ No era esto lo que deseabas ? Un deseo se te ha cumplido y todavía te cuesta sobrellevarlo... Nunca le pareció la puerta del negocio tan pesada como ese atardecer en que la cerraba dando tres vueltas de llave. El hombre le echó el poncho de vicuña, que acababa de comprar, sobre los hombros ; fué como si le prendieran las alas de la aventura. ¿ Y de la felicidad ? Cuando él le ofreció la mano para ayudarla a acomodarse en el coche gris, a su lado, lo creyó así. Sintió en sus pulsos como campanadas repicando. Supo que se había puesto colorada. El coche partió, dejando atrás la dorada polvareda de la tarde ; la brisa le daba en las mejillas. Sí ; la felicidad debía ser así : áspera y embriagadora.

Pasaron por la estancia donde se alojaba Pedro, sin titubeos. Todo era implacablemente seguro al lado de ese hombre fuerte, de perfil bien cortado, sin rendijas para que la duda no pudiera penetrarlo El poncho de vicuña, aún sobre los hombros de ella, le proporcionaba un suave calor lujoso, aplacador. Entornó los párpados. El coche se detuvo bruscamente frente a la hostería rodeada de jardines. Las flores se entregaban, perfumadas, a la noche. Luces eléctricas, escondidas, las hacían parecer irreales, fascinantes. Sentada a la mesita, frente al plato con lechón y jamón « glacé » de tiernos sonrosados, sintió un vacío en el estómago y no pudo comer. Tomó un trago de vino, después otro. Estaba un poco enojada consigo misma : era ser desagradecida con lo imprevisto ; y con la vida. Una música, en algún tocadiscos, dejó oír una canción francesa. Igual que en el cine—pensó Rosa. El hombre le tomó las manos. Ella se excusó. Temía que sus palmas estuvieran húmedas y quería secarlas con la servilleta. Entonces el hombre sonrió. —Es mejor ser disimulados, ¿ no ? —y apretó sus rodillas contra las suyas por debajo de la mesa.

Rosa no sabía como acurrucarse. El

helado de crema se derretía en su copa de plata. Intentó sonreír, pero sintió que hacía una mueca. El hombre tenía la boca deprimida y la cara, muy ancha en la base, le daba una expresión dura, un poco vulgar.

—Creo que debo volver. Sabe..., la patrona conoce a mi tía y estará extrañada...

—¿Nunca salís de noche, muñeca ? ¿ Para qué te sirven esos ojos ?

Antes de llegar al pueblo detuvo el auto, tiró el cigarro habano a medio fumar y por sorpresa la besó en la boca. Imágenes confusas se agolparon en la mente de Rosa : el guiso de la pensión, las babosas que se arrastraban por la pared del cuarto de baño, el cerdo en su plato, que no había podido tragar.

—Déjeme. No lo quiero. ¡ Déjeme !

El hombre pesaba, ahogaba como si se hubiera derrumbado un cerro de greda.

— Vamos, nena. ¿ No te gusta ? A mí no me engañas. Tus ojos no mienten.

Desde el otro lado del camino la luz de unos faros les dió en los ojos El hombre se apartó y ella pudo ver ese rostro que había sufrido sobre el suyo, fofo, agigantado, desconocido. Una oleada de odio y vergüenza la volvió astuta. Cuando el hombre levantó una mano para proteger su cara de la luz, ella abrió la portezuela y echó a correr. Cruzó un alambrado de púas, se desgarró el vestido y los muslos. Sabía que ese ser pesado, amodorrado, bien alimentado, no la seguiría. Sólo oyó su voz ensuciando la noche :

—¡ Estúpida !

Después, el coche, con ruido de palancas daba la vuelta y arrancaba de espaldas al pueblo.

Rosa quedó sola. La noche empezó su invisible agitación.

Estaba a igual distancia entre su pensión y la casa de la estancia en donde se alojaba Pedro. Todo su ser clamaba por correr hacia él, por estrecharse a él. Pero apretó las uñas contra las palmas hasta lastimarse ; el orgullo y la vergüenza ganaron la partida, y siguió, río abajo, en dirección al pueblo. Cruzó el vado y retomó la carretera. Miró hacia arriba ; la noche sin luna, ahuecada de astros, era demasiado hermosa, daba miedo... Ya sólo miró el camino. Un perro le salió al paso, ladrando. Lo llamó, y el perro, dócil, la siguió de lejos. Rosa empezó a distinguir las cosas a su alrededor, formó parte de la pequeña noche terrestre, ya fué uno de sus habituales habitantes. El deseo por Pedro se aguzó en ella ; ahora se alimentaba de algo más que de la necesidad de protección y el miedo y el fracaso. De las luces, de la música y también de la proximidad reciente de ese hombre que le repelía nació un anhelo distinto, más poderoso, que le hacía mal y bien al mismo tiempo : Pedro, su cuerpo, su verdad.

Húmeda de relente, con los zapatos en la mano para no hacer ruido, entró en la pensión, corriendo hasta su cuarto y frente al exiguo espejo de la cómoda se desvistió con impaciencia, sin pensar en su vestido a medias destrozado. Tomó la jarra de loza que estaba sobre la palangana y empezó a derramar el agua helada sobre su cabeza, sobre sus hombros, a lo largo de su cuerpo aterido. Una especie de delicia cruel iba invadiéndola a medida que corrían sobre ella esos pequeños ríos de deshielo sucios de rimmel, de polvo, de sangre, también, cuando pasaban por sus brazos y sus muslos llenos de raspaduras. Cada estremecimiento le producía una alegría salvaje, una sensación de libertad. Junto a sus pies, en las baldosas desniveladas, se formaban charquitos negros que ella pisoteaba con triunfante ardor, mientras temblaba, castañeando los dientes, al zigzaguear los nuevos ríos a lo largo de su espalda y de sus flancos. Cuando la jarra estuvo vaciada, se envolvió con la toalla y en la cama respiró con avidez el olor casero y reconfortante de lejía, de ropa limpia de las sábanas acartonadas. Se puso a llorar suavemente, a quejarse muy quedo, como el río. Le gustaba llorar y esperar, así, el nacimiento del día. Oscuramente pensó en el parto de la noche y quiso compartirlo, sufrirlo. Pero se durmió, caliente de lágrimas, y soñó con esa cosa vaga, enemiga, por la que nunca quiso interesarse : la represa. Ella era la represa, para siempre aquietada dentro del círculo de Pedro, de sus sueños, de sus brazos.

El sol, entrando por la ventana, le hizo abrir los ojos. No importaba qué día fuese ; faltaba uno menos para el domingo.

LUISA MERCEDES LEVINSON

La Casa del Amor

POR ALEJANDRO CASONA

ME gustan resueltamente las cosas que no están de moda ; las que no lo están *ya* y las que no lo están *todavía*. Así, hoy que nuestro pobre mundo enciende en sus cuatro esquinas las consignas del odio, la angustia, el miedo y la desesperación, quiero volver los ojos un momento a uno de esos temas eternamente « démodés », porque su propia jerarquía les impide esclavizarse a ninguna moda. Por ejemplo, el Amor.

Esta mayúscula —que no es un vano superlativo tipográfico— indica claramente que no me refiero a ese modesto amor, tranquilo y confortable como un pequeño lujo, del que puede alardear cualquier honrado ciudadano ; ni al idilio romántico en tono menor, ni a su imitación estética para cubrir de prestigio literario una simple atracción sexual. Por encima de todos los amores posibles del diario vivir hay siempre el AMOR como categoría suprema del alma; el gran Amor, único y total, tan pocas veces ejemplarizado cabalmente en la poesía y en la historia.

Poetas y filósofos han escrito sobre él millares de páginas famosas, los unos para exaltarlo y los otros para condenarlo, pero ambos son igualmente recusables. Tratándose de amor, el poeta está demasiado comprometido para ser buen juez. Y así como el filósofo nos defrauda desmontando fríamente los más bajos resortes materiales de su mecanismo, el poeta nos extravía en las cumbres de un espiritualismo inalcanzable. Todo es hermoso para él si el amor lo preside, incluso la culpa, el sacrilegio o el crimen, que ilustran su larga historia tachonada de víctimas : Romeo y Julieta envenenándose en la cripta familiar, Paolo y Francesca atravesados por la espada del esposo, Melibea desplomándose de la torre, Dido y Brunilda arrojándose a la hoguera, Margarita muriendo en la prisión enloquecida de remordimientos...

Placer y dolor son dos compañeros inseparables en la pasión amorosa. Celestina, al describirla a Melibea, emplea ambas imágenes en un paralelismo constante : « Es amor una agradable llaga, una dulce amargura, un alegre tormento, una deleitable y fiera herida, una blanda muerte. » Como toda pasión elevada a su jerarquía máxima, el amor lleva necesariamente al dolor en sus propias entrañas. Igual que en las viejas leyendas, siempre que hay un tesoro hay también un monstruo custodiándolo ; el que quiera llegar al tesoro ha de vencer al monstruo, y muchas veces, como Sigfrido, ha de beber su sangre áspera para aprender el nuevo lenguaje maravilloso.

Todos hablamos del amor como de cosa tradicionalmente sabida sin detenernos a considerarlo. ¿ Será posible definir exactamente en qué consiste ? Stendhal, que no era un poeta ni un filósofo del amor, pero sí, en cambio, uno de sus turistas más ingeniosos, comienza su famosa definición con estas palabras : « El amor es una enfermedad del alma », cosa que, además de poco ga-

lante, no parece muy acertada, ya que la consecuencia de toda enfermedad es disminuir las fuerzas vitales, mientras que el amor las acrecienta y multiplica. Pero quizá Stendhal no adjudicaba a la palabra enfermedad ningún sentido peyorativo y sólo quiso indicar con ella que el amor no es un estado normal, sino una situación extraordinaria del alma, tal como podría decirse que la perla es una enfermedad de la ostra ; en cuyo caso sí estaba en el camino de la verdad, puesto que, contra lo que vulgarmente se cree, la pasión de amor no es de ninguna manera un fenómeno habitual, ni se produce fácilmente todos los días, ni está al alcance de cualquier alma de buena voluntad. La inmensa mayoría de los que se creen enamorados no han pasado apenas de las primeras gradas. Solamente los espíritus excepcionales, y en circunstancias igualmente excepcionales, han llegado a la cima.

Porque no se trata de sumar dos vidas, sino de fundirlas tan íntimamente que lleguen a crear una tercera, nueva y superior. No se trata de sumar dos valores, ni siquiera de multiplicarlos ; hay que llegar a una milagrosa « transubstanciación », semejante en la vida a lo que es la metáfora en el arte. Con una vida de hombre y una vida de mujer, entrañablemente fundidas, el amor crea una tercera vida superior en belleza y profundidad, imposible fuera del mundo pasional. Una vida que ya no es la de él ni la de ella, sino la indivisible y única de los dos. Así lo vió San Juan de la Cruz en el relámpago místico de estos tres versos cargados de infinito :

Oh, noche que juntaste
Amado con Amada...
¡ Amada en el Amado transformada !

Aplicada a la vida terrenal, la fórmula mística de San Juan conserva toda su vigencia. No puede haber verdadero amor sin una pérdida voluntaria de la independencia, sin una querida y recíproca esclavitud, sin una íntima transfusión. Si hombre y mujer no renuncian a su singularidad individual, nunca llegarán a la totalidad de amor. Su punto de partida vital es la negación del « yo ». La ab-negación.

La filosofía griega, tan llena de luz, y las filosofías del Norte, tan exactas de sistema, han bordeado reiteradamente esta idea sin acertar a expresarla cabalmente como lo hizo el místico toledano en la apretada joya de esos tres versos. En cambio, la más oscura y anticientífica de las escuelas, la lírica oriental de los « sufíes », llega increíblemente, por caminos imprevistos, al máximo acierto de expresión. Su parábola titulada « La Casa del Amor » coincide esencialmente con los versos de San Juan, desarrollando la misma idea en la forma más clara y accesible de una fábula poética. Hela aquí resumida en pocas palabras :

El Amante llega a la Casa del Amor con la sangre encendida en deseos de posesión. Llama a la puerta con un golpe enérgico ; el golpe resuena dentro como un trueno. La voz de la Amada contesta :

—¿ Quién llama ?

— Soy yo.

—¿ Tú ? Entonces vete. En esta Casa no hay sitio para dos.

Ante esta respuesta el Amante se retira confuso. Vuelve al desierto y allí se consagra a la meditación. El sol, la lluvia y el tiempo caen sobre su carne, hasta que su alma fortalecida en la soledad se ilumina y comprende las palabras de la Amada. Entonces vuelve a la casa. Llama a la puerta con un golpe tembloroso y humilde ; el golpe resuena dentro como un latido. La voz de la Amada contesta nuevamente :

—¿ Quién llama ?

— Soy... ¡ Tú misma !

Y entonces la puerta se abrió de par en par.

ALEJANDRO CASONA

La revolución húngara de octubre

POR FRANÇOIS BONDY

El día 31 de octubre, hacia mediodía, y en un coche alquilado en Viena, atravesaba yo la frontera más abierta de Europa : la de Hungría. El sol radiante parecía calentar el paisaje pálido y desnudo. Una hora antes de mi salida, me habían informado amablemente en la Embajada de Hungría que sería menester llenar varios formularios y que no debería olvidar la fecha de nacimiento de mi padre, ni el apellido de mi madre, amén de otros informes de importancia capital. Después habrían de transmitir mi petición de visado a Budapest y esperaban poder comunicarme el resultado, dentro de algunos días.

En el puesto fronterizo austríaco de Nickelsdorf, los funcionarios ignoraban si podríamos pasar sin visado. Los aduaneros húngaros, que llevaban la escarapela roja, blanca y verde, nos estrecharon la mano y pusieron un sello sobre nuestro pasaporte, deseándonos buen viaje. A partir de este momento, éramos lo que la prensa comunista de Occidente debía llamar unos « infiltrados », término despectivo que parecía equivaler más o menos al de « criminal de guerra ».

Durante el camino, nos habíamos cruzado con transportes de municiones, ambulancias y camiones, en los que iban muchos jóvenes, de pie y apretados ; pero habíamos encontrado muchas más carretas tiradas por caballos escuálidos que transportaban coles. La carretera estaba en buen estado ; las direcciones claramente indicadas ; en las ciudades y aldeas que atravesábamos se veía la bandera tricolor izada en todas partes, y en las alcaldías y en muchas casas habían puesto también amplias banderas negras.

Había muchos niños jubilosos que saludaban con las manos y agitaban banderitas. Los jóvenes guardias armados que examinaron nuestros papeles en diferentes puntos del trayecto aceptaban de buena gana nuestros cigarrillos, pero se empeñaban en regalarnos a su vez de los del país, que son como la mitad de los nuestros. En los muros de las casas pudimos ver innumerables huellas de obuses, pero los cristales estaban intactos. Era evidente que se trataba de los desperfectos de once años atrás, que no se habían reparado nunca. Más tarde, en Budapest, yo iba a ver también numerosos edificios sobre los que permanecían visibles las huellas de la guerra.

A pesar de la proximidad del terror y de la sangre de estos últimos días, este paseo otoñal a lo largo del Danubio era como una fiesta. Hubiérase dicho que todos los húngaros se hallaban en la calle para saludar a los escasos coches que venían de Occidente, y en los que creían ver a los mensajeros de la libertad y —¡ que Dios nos perdone !— a los garantes de la ayuda próxima y de la solidaridad palpable de las

democracias. Desde las ventanas se lanzaban manifiestos y hojas volantes ; y en las plazas, los altavoces transmitían noticias y el himo nacional.

Caía la tarde cuando llegamos al Hotel Astoria. (En el Duna, que en otro tiempo llevaba el nombre más occidental de « Bristol », y que era el lugar de reunión de los periodistas extranjeros, no quedaba ninguna habitación libre). Durante la insurrección y los combates contra los rusos, el « Astoria » había sido medio destruído. En el « hall » de entrada soplaba un viento glacial. En una mesa, cubierta con un paño rojo y cuatro velas, se había levantado un pequeño altar a la memoria del empleado de la oficina de recepción que había sido muerto allí. Hicimos una primera exploración por el centro de la ciudad, casi en ruinas, guiados por un empleado del hotel. Yo que había visto Budapest veinte años atrás, no lograba reconocerlo.

En medio de la calzada había tranvías volcados, que en las luchas callejeras, habían hecho el oficio de barricadas, de las que, según se nos había dicho a menudo, ya no eran posibles en el siglo XX. Colgaban los cables eléctricos arrancados ; y los restos ya oxidades de los carros blindados obstruían el paso. Los rusos se habían llevado sus muertos, en el curso de la noche en que evacuaron Budapest.

Ahora, la oscuridad era completa. Ninguna calle tenía alumbrado, ningún local estaba abierto. Mejor dicho, los almacenes que habían permanecido en pie estaban abiertos, pero era porque los cristales de sus escaparates habían volado en pedazos. Sin embargo, no parecía que se hubieran saqueado las miserables mercancías expuestas durante los días en que reinó la anarquía. Los jóvenes guardias que vigilaban en las encrucijadas habían escrito en las puertas : « He aquí cómo roban los bandidos húngaros ». Sobre los carros blindados rusos habían garrapateado con tiza : « Cultura soviética ». Y delante de un cine, en el que se había proyectado hasta última hora una película titulada : « El hombre de la blusa blanca », había un cartel que decía : « Prorrogada ». Los cines y los teatros habían cerrado sus puertas hasta que los rusos salieran de Hungría.

Más adentrada la noche, encontré a numerosos colegas en el Hotel Duna. El periodista italiano Tedeschi me hizo el relato más exacto de la jornada de la insurrección.

—« Aquel día —me contó—, martes, 23 de octubre, hacia las cinco, unos diez mil estudiantes se habían reunido ante el monumento del general polaco Bem, que había mandado el ejército democrático húngaro, en 1848, contra las tropas del zar. Ante el Parlamento, los portavoces de los estudiantes habían leído sus reivindicaciones ; y, en nombre de la Asociación de los Escritores, Peter Veres leyó también el programa de las reformas. En el mismo instante, un grupo de escritores comunistas era recibido en audiencia por el secretario del Partido Comunista, Geroe, y le imploraba que aceptase, en interés del partido, esas reivindicaciones, que todavía eran limitadas, e incluso que pusiera al partido a la cabeza del movimiento reformista. Pero Geroe ya había llamado a los rusos en nombre de Imre Nagy, que no sabía nada de esto. No obstante, dijo a los escritores que, si bien rehusaba aceptar las reivindicaciones, nunca mandaría disparar sobre una muchedumbre desarmada. Y no obstante, acababa de pronunciar en la Radio un discurso que, para los manifestantes, cuyas filas se habían engrosado con los obreros que salían de las fábricas y los empleados que venían de sus oficinas, era una verdadera provocación y la vuelta al peor de los « rakosismos ». Pidió a los estudiantes en especial que no se dejaran provocar por los agentes del extranjero, con lo cual les ofendió gravemente. »

La muchedumbre, constituída por unas doscientas mil personas, avanzaba como un torrente, desde la plaza del Parlamento hacia el edificio de la Radio. En respuesta a Geroe, los estudiantes pidieron que la Radio transmitiese su manifiesto. Pero los policías de la A. V. O., presas de pánico, dispararon sobre las masas, desde el citado edificio. En este momento, los soldados soviéticos, que hasta entonces habían dado pruebas de simpatía a los manifestantes, se sintieron amenazados y abrieron el fuego, matando a centenares de personas, sobre todo jóvenes. Inmediatamente los estudiantes se precipitaron hacia los cuarteles más próximos, donde los oficiales y los

soldados, electrizados por una oleada de simpatía, pusieron sus armas a disposición de los estudiantes y de los obreros. Más tarde, algunos grupos de militares húngaros tomaron parte en los combates, que ya no cesaron en Budapest hasta la victoria total sobre los rusos y la A. V. O.

Durante esta semana incomprensible, que transcurrió entre la revolución victoriosa y la agresión rusa, Budapest ya no mereció en la prensa los honores de los grandes titulares. Para confirmar esta declaración, citaremos las opiniones de la mayor parte de los corresponsales extranjeros : « Los demócratas se baten por el petróleo y las acciones ; pero no hacen nada en favor de los que luchan por la libertad ». Es una interpretación sin duda demasiado somera de una guerra cuyo objetivo era asegurar el libre paso por el Canal de Suez y los suministros de petróleo, aunque no quisieran creerlo. Pero no cabía esperar que los húngaros, ante esta nueva campaña que les privaba de los mejores apoyos para su lucha, fueran a buscar interpretaciones más sutiles o más justas.

Esta fué mi primera velada en Budapest, en la que volví a pensar, cuando dos días después atravesaba de nuevo el puente Margaret, al término de mi viaje relámpago. La naturaleza, en este día de Todos los Santos, había tenido a bien ostentar un simbolismo casi de mal gusto. El cielo estaba negro y, bajo una tempestad de nieve y lluvia, la carretera se convertía en un torrente de barro. Bandadas de cuervos volaban a ras del suelo. Después de la ciudad de Komaron, ya no vimos casi ninguna bandera tricolor. A cuatro kilómetros de Magyarovar, quince carros blindados obstruían la mayor parte de la carretera ; ya no llevaban la bandera húngara, sino la estrella roja, y venían seguramente de Eslovaquia para ocupar la frontera. Un soldado ruso abrió la puerta de nuestros coches y arrancó a mi colega de Radio-Sottens su máquina fotográfica. Nos apeamos y tratamos de discutir con el oficial ruso, quien nos dijo : « Vayan a ver al alcalde de esta ciudad, y les devolverá la máquina. » Un húngaro anciano, que había venido a campo traviesa, nos murmuró en alemán : « No discutan. Váyanse, y cuenten ahí fuera lo que han visto aquí. » Media hora más tarde habíamos franqueado la frontera.

Los escritores húngaros ; hechos y conversaciones

Durante mi breve estancia en Budapest, visité casi exclusivamente a escritores, sobre todo a los que ya conocía, por haber luchado a favor de la vuelta a la libertad. Para situar mejor estas conversaciones, es indispensable conocer algunos hechos de esta lucha extraordinaria.

Cuando Imre Nagy, el « Malenkov húngaro », emprendió, el 4 de julio de 1953, la experiencia de una liberalización dentro del marco del sistema —experiencia que en el terreno económico no debía tener buen éxito— pronunció en el Parlamento un gran discurso, para condenar sin equívocos la dictadura de Rakosi. Esto sucedía poco después de las revueltas obreras de Berlín-Este y de Alemania oriental, y Nagy explicó que se trataba de evitar subversiones análogas en Hungría, y que sólo una profunda transformación del clima político haría posible llegar a esta situación. Quería, sobre todo, poner fin al poder arbitrario de los verdugos de la policía política.

Así se comprende por qué Nagy, después de dar ejemplo de valor, había levantado el entusiasmo de los escritores y de los estudiantes, y también hasta qué punto el

regreso de Rakosi, el Stalin húngaro, debía desesperarles. Era, pues, natural que en la crisis de octubre la persona de Imre Nagy fuese el centro de todas las reivindicaciones y de todas las esperanzas, puesto que él había resistido a todas las presiones que le invitaban a unirse al régimen, después de proceder a una « autocrítica ».

Los dos hechos que parecen haber contribuído más al cambio de frente de los escritores comunistas, fueron el discurso de Kruschef y la rehabilitación de Rajk. El discurso de Kruschef, que destruía el mito de Stalin, había producido en Hungría, lo mismo que en Polonia, efectos mucho más profundos que en la U. R. S. S.

La rehabilitación de Rajk y de las demás víctimas del proceso había terminado con la celebración, el 6 de octubre último, de funerales nacionales por los ejecutados (fecha histórica, por ser la de la ejecución de los patriotas húngaros, después de la revolución de 1848, desarticulada por el ejército ruso, en beneficio del imperio de los Habsburgo). Esta fecha fué impuesta al gobierno, que hubiera preferido celebrar las honras fúnebres más adelante. Los citados actos dieron ocasión a una inmensa manifestación silenciosa, pero, en cierto modo, marcaron el principio de la revolución de octubre húngara, porque en este día empezó a hundirse el partido comunista. En el curso de los funerales, uno de los oradores que tomaron la palabra fué el poeta y periodista Tibor Merai, que algunos años antes, en Corea del Norte, había surgido como experto improvisado de la guerra bacteriológica norteamericana. He aquí lo que dijo Merai :

—« Vuestra suerte ha sido espantosa, y espantosos son hoy nuestros tormentos. No, nuestras manos no están manchadas de sangre. Nosotros no hemos inventado los motivos en que se basó la acusación. Nosotros no somos los que pronunciamos la sentencia, pero hemos creído la peor de las mentiras. La hemos creído y repetido. Hemos vociferado con los calumniadores, y junto con los falsarios hemos exigido vuestra muerte. Quizá nos habéis perdonado, como otros camaradas que han sobrevivido nos han perdonado, por haber creído esa mentira. Pero nosotros no nos perdonaremos nunca. »

Pero no fueron sólo las grandes crisis históricas del comunismo las que trastornaron a los escritores húngaros. Desde 1949, su rebelión se había hecho sentir : lucha contra la censura, esfuerzos constantes para presentar una realidad, a menudo atroz, en contraste con las consignas optimistas del partido y, sobre todo, evocación de la verdadera vida de los campesinos perseguidos, terreno en el que la literatura húngara posee una tradición muy rica. Se indignaron ante el espectáculo de los privilegios de los grandes jefes políticos, que disfrutaban de escuelas particulares para sus hijos y de lugares de reposo reservados para sus vacaciones. Los escritores sufrían a causa de una mezcla de injusticia, de fracaso económico, de pobreza y de mentiras en la vida diaria, y trataban de hacerlo sentir a los demás. La lucha por la libertad de expresión se convirtió finalmente en lucha de los escritores por la autonomía de su asociación. A través de esta asociación y en círculos como el Club Petofi, los escritores llegaron a ser al fin la única fuerza de oposición que podía manifestarse. Sus reivindicaciones particulares, o mejor dicho profesionales, se iban transformando en reivindicaciones democráticas para todos.

¿ Cómo saltó la chispa de la rebelión de los escritores a los estudiantes y, el 23 de octubre, a los obreros y a los soldados ? Esto recuerda las características clásicas de las grandes revoluciones. La manifestación ante el Parlamento y el edificio de la Radio se parece al cortejo y a la protesta de los rusos en 1905 ante el Palacio de Invierno. De este modo puede seguirse paso a paso la trayectoria de « una idea que se apodera de las masas » y saber en qué momento, empleando una frase de Marx, « el arma de la crítica se convierte en la crítica por las armas ».

—« ¿ Hablar del papel de los escritores en estos acontecimientos ? Podría parecer un olvido de la modestia. » Tibor Dery habla lentamente, buscando las palabras, pero su francés es puro, aunque menos fácil que el del poeta lírico Gyula Ilyes, que ha vivido mucho tiempo en Francia y de quien se ha publicado recientemente en París una colección de poemas. —« Como escritor— continúa Dery—, me he batido en primer lugar por la libertad de escribir,

que es, pudiéramos decir, la herramienta indispensable de nuestro oficio. Pero hemos llegado al punto en que esta libertad de escribir se confunde con la lucha general por la libertad de nuestro pueblo. Durante muchos años los escritores húngaros han tratado de llegar hasta el límite extremo de lo permitido, y es evidente que esto no carecía de peligro. Pero lo hemos hecho, repito, dentro de los límites de lo posible. »

Mi conversación con Dery había tenido lugar en la sede de la Asociación de los Escritores, de esta misma Asociación que tres días después debía dirigir al mundo, por Radio-Budapest, una demanda de ayuda. Dery, convertido en « combatiente de la libertad » —expresión consagrada por los militantes de esta revolución— había permanecido fiel al pensamiento y hasta al modo de hablar marxista. La pregunté qué pensaba del nacimiento de otros partidos, y me contestó que esto no debía juzgarse a la ligera, por las apariencias, sino desde un punto de vista « estrictamente sociológico », y que se trataba de proteger a los pequeños propietarios agrícolas, no sólo contra la colectivización de tipo staliniano, sino también contra los latifundistas que permanecían al acecho. En cuanto a una economía socialista o liberal, Dery, como tantos escritores cuyo corazón late por los pobres, parece tener convicciones ideológicamente muy firmes, pero que no se basan en conocimientos exactos de la economía.

Peter Veres, presidente de la Asociación, campesino de bigote gris, calzado con altas botas, me recordó que no sólo era un político, sino también un escritor. En efecto, después de la guerra, este antiguo obrero agrícola ha sido varias veces ministro y es uno de los autores de la reforma agraria de 1945. Estaba preparando la creación de un nuevo partido de los campesinos pobres ; pero insistió en que él había reivindicado siempre para el escritor el derecho a ser apolítico, el derecho a callarse cuando los acontecimientos públicos no le inspirasen, el derecho a no comprometerse, sin correr por ello el riesgo de morirse de hambre. Dijo otras muchas cosas que, traducidas, parecían algo imprecisas. Después añadió sonriendo : —« Lo que usted acaba de comprender no lo cite como palabras mías. Está expuesto de manera demasiado desordenada, y un escritor debe cuidar siempre su estilo cuando habla ».

La conversación, que con más precisión recuerdo, es la que sostuve con el autor dramático Julius Hay, sin duda porque de todos los que he tratado allí, él era el único cuya obra me es casi familiar. Lo que me dijo Hay iba mucho más lejos que lo que yo había leído en sus numerosos escritos de los últimos meses, muy vivos y meditados, a menudo satíricos, y en los que condenaba el principio de la mentira útil y concertaba un « pacto ofensivo y defensivo con la verdad ». Pregunté a Hay qué le había impulsado, después de tantos decenios de fidelidad a toda prueba al partido comunista, a lanzarse a este combate por la libertad del espíritu y a convertirse en el crítico virulento de los funcionarios comunistas privilegiados. He aquí su respuesta, según las notas que tomé el mismo día, pero en realidad fué más enérgica, más matizada y más rica en rasgos de humorismo :

—« Creo que a mi evolución han contribuído varios factores. Reconozco que el primero fué una cuestión de gusto. Como todos nuestros escritores y artistas, he sufrido con el mal gusto del stalinismo en el campo de la cultura y de la estética. Otro factor fué la experencia de la injusticia permanente en nuestra sociedad. También me ha inquietado la evidente bancarrota de un sistema económico que, según nuestras ideas, hubiera debido probar su superioridad sobre todos los demás, pero que ha arruinado a nuestro país. El cuarto factor, y tal vez el más decisivo, ha sido el comportamiento de la juventud. Porque si es cierto que los escritores han estado en la vanguardia — lo que corresponde a una vieja tradición húngara, de la que estamos orgullosos— en lo que a mí se refiere, reconozco de buena gana que no soy yo quien ha despertado en la juventud el espíritu de libertad, sino que es la juventud la que me ha empujado a él. »

Algunas características del octubre húngaro

La rebelión de los escritores es evidentemente tan sólo un sector de la revolución

húngara ; había empezado con una tentativa de liberalizar ciertos puntos del régimen ; su lógica interna y la tempestad de los acontecimientos la han llevado mucho más lejos.

No pasaremos por alto los motivos del descontento de todas las clases de la sociedad, ni el papel dominante del sistema nacional, ni la importancia de las tradiciones religiosas en la resistencia contra el dogma marxistaleninista. Si insistimos aquí sobre la función de los escritores en este movimiento y de un modo muy especial sobre la rebelión de los escritores comunistas, es porque esta rebelión es significativa y está preñada de consecuencias, aun después de la intervención arrolladora de los ejércitos rusos. He aquí cuatro de sus aspectos : 1) Esta rebelión estaba articulada, era explícita y constituía, por consiguiente, el vínculo necesario entre un malestar general y una voluntad activa. 2) Hasta el 23 de octubre, era la única forma de crítica y de oposición organizada, así como la única plataforma visible de una resistencia. Gracias a los escritores, el pueblo ha podido escucharse a sí mismo, por encima de una propaganda ensordecedora. 3) Comenzó siendo una guerrilla contra la censura y contra las otras impertinencias del « realismo socialista », pero ha ido mucho, más lejos, hasta enfrentar toda la realidad social con las consignas del partido y los planes económicos oficiales. Los escritores han expresado el sentimiento de los ofendidos y de los humillados ; y finalmente, este sentimiento llegó a ser la única y verdadera « base del socialismo » en Hungría. No es una exageración comparar a estos escritores con los enciclopedistas franceses precursores de la Revolución. 4) En Hungría, lo mismo que en Polonia, no han sido los individuos aislados, sino grupos enteros de intelectuales comunistas, los que han rechazado el comunismo, en su aspecto de coacción intelectual y de terror policíaco. No sólo han « escogido la libertad », como se dice de los que han pasado por una conversión personal o que se han desterrado, sino que han buscado la libertad y han comenzado a reivindicarla juntos. Estos intelectuales, que contaban con un largo pasado staliniano, marcado a menudo con manifestaciones de adulación abyecta, han tenido un reflejo viril : han corrido grandes riesgos para oponer la verdad a la mentira y la libertad a la dictadura. Es inconcebible que estas transformaciones de toda una intelectualidad comunista no tengan, a la larga, efectos profundos sobre los intelectuales comunistas del mundo entero.

Tito, Gomulka y Nagy

Estos hombres representan tres aspectos de la herejía y de la disidencia comunista. Convendrá confrontarlos para comprender mejor ciertas características de la revolución húngara.

1. — La *rebelión de Tito* era un trozo de totalitarismo, adaptado a las dimensiones de una nación que se desgajaba del imperio totalitario. Era la rebelión de un príncipe contra su rey, y al mismo tiempo la rebelión de Enrique VIII, fundador de la iglesia anglicana, contra Roma. Intelectualmente, el « titoísmo », a pesar de su experiencia social y de descentralización, no ha tenido un contenido muy rico. En Yugoeslavia, en razón de una historia trágica, no se disponía del fermento de una intelectualidad muy numerosa ; la efervescencia intelectual y la tentativa de dar al « titoísmo » una nueva base teórica y que rebasara la reivindicación de la importancia nacional, permanecen vinculadas al nombre de Milovan Djilas, el ideólogo que, procedente de un stalinismo extremo, se ha atrevido a criticar al propio marxismo. Pero el « titoísmo » se ha separado del « djilasismo ». Todo lo que ha hecho en el terreno económico en favor de los campesinos y de los artesanos, no ha sabido presentarlo más que como concesiones a ciertas fuerzas y no como el punto de partida de una concepción diferente, y en realidad más moderna, del sistema económico. Las características burocráticas y totalitarias de Yugoeslavia no son en realidad las de un régimen de terror, sino el desarrollo de la libertad que no ha pasado de las fases iniciales. La herejía de Tito, que pareció en cierto momento tan inaudita, tan inconcebible, precisamente cuando se afirmaba, ¿ acaso no podía consolidarse más que en la medida en que se concentraba en un objetivo único, la secesión del Komintern y el fin de la

explotación económica del país por los rusos ? ¿ Qué ha sido ahora del sueño de Tito de convertirse en uno de los dirigentes de la política comunista mundial y de adquirir una influencia determinante sobre la dirección de todas las democracias populares de Europa ? Bastará comparar la declaración Tito-Kruschef, consagrada a la no intervención en los asuntos del partido hermano, con la guerra ruso-húngara, para deducir las oportunas conclusiones. Tito, al frente de un Estado relativamente débil, ha podido aparecer durante años, como un hombre de Estado de categoría mundial, porque era el primer rebelde del imperio staliniano, que, al huir de ese imperio, había arrastrado consigo a todo un pueblo.

2. — *Gomulka.* La ruptura de Polonia con el sistema de dominación soviético resultaba casi inconcebible, a pesar del precedente Yugoeslavo, o quizá precisamente a causa de este precedente. No sólo la situación geográfica de Polonia, sino también la amplitud de su dependencia económica y las circunstancias en que los comunistas polacos habían sido izados al poder por el Ejército Rojo, todo esto hacía parecer inverosímil el « golpe de Estado polaco ». Gomulka consiguió liberar a Polonia de la dominación soviética directa, sin abandonar el sistema de alianza del bloque comunista. Pero Tito, en el momento de su rebelión, hubiera aceptado de buena gana esta solución, si Stalin se lo hubiese permitido, en vez de expulsarle, y con él, por suerte, a Yugoeslavia entera.

Aquí el poder de Gomulka descansa, decíamos, en la punta de un alfiler. Este espacio es el único punto en que este sentimiento popular antisoviético y la razón de Estado prosoviética podían encontrarse. Tan sólo la dominación de un partido único y la autoridad eminente de una sola persona permitían realizar esta difícil transacción. Hoy, el temor de los polacos de tener que compartir la suerte de Hungría, y su experiencia de que, en un caso semejante, no podrían contar con ningún apoyo exterior, deberían reforzar la posición de Gomulka y la aceptación del « mal menor ». Gomulka, entretanto, ha proseguido la depuración de estilo « titoísta », excluyendo a los soviéticos del ejército, pero ha moderado la expresión de solidaridad hacia Hungría, que debía ser tanto más viva cuanto que la rebelión húngara había empezado con una manifestación de solidaridad con Polonia, ante el monumento del general polaco Bem, jefe del ejército húngaro democrático contra las tropas del zar.

La victoria de Gomulka no sólo estaba vinculada a la insurrección de Poznan ; estuvo además en estrecha relación con el discurso de Kruschef, que marcó el gran cambio de frente, si no para la U.R.S.S. —aún no sabemos nada de esto— por lo menos para la Europa oriental. No es necesario ser adivino para prever que las consecuencias inesperadas del discurso de Kruschef provocarán algunas venganzas en las altas esferas soviéticas.

El éxito de Gomulka fué posible porque el Partido Comunista de Polonia, a pesar de sus contrastes internos, constituía un aparato fuerte y relativamente unitario. Los jefes comunistas polacos no se han deshonrado y, recíprocamente, no han sido ejecutados por orden de Stalin ; y esta es la principal diferencia entre Polonia y Hungría.

3. — *Imre Nagy* no podía convertirse en un Tito, ni en un Gomulka, debido a una serie de razones, la primera de las cuales era la inexistencia del Partido Comunista de Hungría en el momento en que él asumió el gobierno. En aquellos días, el partido casi había dejado de existir como movimiento y como aparato, como cuadro y como ideología. No era ni un partido, ni un partido de Estado, ni el organizador de las masas. El único vínculo frágil que existía en aquel momento entre el partido y las masas, era la simpatía de que disfrutaba Imre Nagy personalmente. Geroe ha intentado destruir este último y único capital político del partido, atribuyendo a Nagy la intervención rusa que él mismo había solicitado.

Por entonces el partido ya había sido abandonado, como hemos dicho, por los intelectuales, y puede asegurarse, en sentido propio, que había perdido la cabeza. Rakosi había guiado a su partido, exactamente como su modelo y maestro Stalin había dirigido el partido soviético, después de la liquidación de la vieja guardia. Cuando la dirección del partido hubo

de aceptar la revisión del proceso Rajk, someterse a una lamentable autocrítica y organizar los funerales nacionales por sus víctimas, esta dirección se presentaba ante el pueblo como una banda de verdugos y de asesinos, o como un montón de cretinos, juguete de sus propios policías.

Es probable que Tito haya hecho perder la única y débil oportunidad del « titoísmo » húngaro, cuando aceptó entrar en negociaciones con Geroe, secretario del Partido. Si hubiera rehusado todo contacto con el hombre que seguía simbolizando la banda de Rakosi y a los verdugos de los « Titos » húngaros, hubiera podido acelerar la inevitable subida al poder de Imre Nagy. Ahora bien, cuando el partido, en medio de su confusión, llamó al fin a Nagy, éste ya no era jefe del gobierno en virtud de una decisión del partido, sino bajo la presión de la calle y bajo el signo de una insurrección victoriosa, que acababa de arrancar a los comunistas el monopolio de la fuerza. Desde que el pueblo pasó a la acción, el aparato, en plena descomposición, ya no estaba en condiciones de manifestarse, y Hungría pasó a ser súbitamente lo que en Europa oriental na había existido hasta entonces más que nominalmente : una democracia popular.

Después de la gran manifestación ante el Parlamento y del paso del ejército a la revolución, el Partido no podía seguir dominando los acontecimientos ; pero la revolución, contra un régimen totalitario y contra el partido que lo encarnaba, debía ser, por la fuerza de los hechos, una revolución total. Súbitamente ya no había ninguna entidad que representara al Estado frente a la pasión explosiva de las masas armadas. No quedaba sitio para la maniobra política ; era la hora de la espontaneidad revolucionaria. Ni siquiera era posible evitar que los jóvenes que habían destruído una cincuentena de carros blindados rusos se jactaran de haber vencido al invencible Ejército Rojo. En la corriente de entusiasmo desencadenado por una victoria heroica e increíble, los juicios eran confusos, el sentido de las proporciones, de las verdaderas relaciones de fuerza y prudencia tendía a desaparecer, incluso entre las personas que tenían una experiencia política. Desde entonces hubo dos poderes en Hungría : la fuerza militar rusa y la fuerza armada de los insurgentes agrupados en « consejos », que constituía la revolución soviética antirrusa de Hungría. Nagy escogió : quiso gobernar su país con húngaros y no con rusos. Así es como tuvo pronto que incluir en su gobierno, cuya composición cambiaba casi de hora en hora, a anticomunistas, como el jefe agrario Bela Kavacs y a la socialista Anna Kethly. Cada vez que su gobierno acogía las reivindicaciones y las exigencias de los consejos de obreros y de estudiantes de Budapest y de provincias, diminuía su posibilidad de ser aceptado como interlocutor por los rusos. Esta evolución dramática se resume en tres corrientes, que han asustado a los dirigentes rusos : el sovietismo, la multiplicación de los partidos políticos y la neutralidad.

Los consejos revolucionarios

Al día siguiente de la insurrección de Budapest, Hungría estaba entre las manos de « consejos », que reemplazaban en todas partes a las antiguas autoridades. En estos « consejos », la autoridad política inexistente en el centro (en dos ocasiones y durante varios días ningún gobierno se halló en su sitio) estuvo constituída, al parecer, en una escala local y regional, pero en forma extremadamente dividida y descentralizada. La revolución en un Estado totalitario sólo podía ser total. La desaparición del poder político era total. La democracia de los « consejos » tenía el inconveniente de no constituir una unidad política, ni administrativa, pero tenía la ventaja de ser multiforme e inasequible. Todavía diez días después de la brutal intervención militar rusa, los « consejos » continuaban siendo la armadura política del pueblo húngaro, y hasta en Budapest, medio destruído, las asociaciones y las organizaciones revolucionarias no habían sido sustituídas por un aparato de dirección soviética. Se podía matar y deportar a los hombres, destruir las casas, pero no se podía ahogar la voz de la Hungría revolucionaria, ni su organización « soviética », que su misma anarquía hacía relativamente invulnerable. La historia de estos diez días de libertad entre el levantamiento y la intervención rusa po-

dría escribirse fácilmente siguiendo las acciones, las resoluciones y las emisiones de Radio, que emanaban de los diferentes « consejos ». Los unos exigían la creación inmediata de un nuevo Parlamento, constituído por los delegados de los « consejos », como una especie de «Soviet Supremo»; los otros ponían en guardia contra la constitución demasiado rápida de nuevos partidos, que arriesgarían comprometer el espíritu de la unidad nacional; y todos exigían del Gobierno Nagy que obtuviese, sin demora, la retirada del territorio húngaro de todas las tropas rusas y la devolución de las minas de uranio húngaras, explotadas exclusivamente en beneficio de los rusos. Desde 1917 no ha habido en el mundo una revolución soviética de esta importancia, porque la Unión Soviética, en su forma actual, no descansa sobre los « soviets ». Es un Estado centralizado y jerarquizado, que teme ante todo una actividad política espontánea y no dirigida. Nada amenaza tanto el orden post-revolucionario, que Lenin, Stalin y sus sucesores han constituído, como la vuelta a los orígenes, como un « sovietismo » auténtico. En este aspecto, Hungría debía aparecer a los rusos como una nueva insurrección de Kronstadt, en la escala de una nación, y como una amenaza directa para el orden establecido.

Los partidos

Los partidos que se reagrupaban y se reorganizaban en estos días eran principalmente —pero no exclusivamente— los partidos democráticos que, en 1945, después de la derrota del fascismo, habían llegado a ponerse de acuerdo sobre la reforma agraria y la democratización efectiva de Hungría. Fué, pues, una insurrección de esta democracia parlamentaria, en la que los comunistas no hubieran sido más que un partido minoritario, después de los pequeños propietarios rurales y de los socialdemócratas. El papel del « hortysmo », con el cual los comunistas han justificado ulteriormente la intervención rusa, era muy débil en el momento de esta intervención, y los periódicos editados por los diferentes « consejos » revolucionarios, así como las emisiones de la Radio, no cesaban de poner en guardia contra toda forma de reacción. Más adelante, sin duda, la derecha, y hasta una derecha antidemocrática, hubiera podido convertirse en un factor importante. Pero la rivalidad, y hasta la lucha entre las fuerzas democráticas y reaccionarias en el seno de una Hungría libre, era inevitable y aun necesaria. La izquierda húngara, incluso la gran mayoría de los comunistas, no temía esta competencia y no deseaba de ningún modo que Rusia se mezclara en esta explicación política entre húngaros, para salvar al pueblo húngaro a pesar suyo y asegurar su « libertad » por medio del genocidio. ¿ Debía esperarse que la insurrección de todo un pueblo, después de doce años de embrutecimiento sistemático, fuera una « revolución modelo », sin excesos, sin extremismos, sin aventureros, sin desviaciones ? Después de la dictadura totalitaria, la libertad con todos sus riesgos, sus peligros y sus inconvenientes, era considerada por todos y, repitámoslo, por los propios comunistas húngaros, como un inmenso beneficio, un alivio y un progreso.

La disolución de hecho del Partido Comunista y la participación de numerosos comunistas en el combate, y a menudo en puestos de responsabilidad, favorecían también una evolución democrática. Se preparaba la fusión entre la social democracia renaciente y los comunistas de la tendencia de Imre Nagy. Esta fusión de los dos partidos obreros, que los comunistas habían impuesto en favor suyo en todas las democracias populares, se hacía aquí espontáneamente y bajo el signo del socialismo democrático. El ejemplo que fascinó a Hungría era el de Austria, su única vecina libre y relativamente bien conocida. Pero la democracia austríaca funciona desde hace diez años al través de la coalición entre el partido campesino católico y el social demócrata. Esta misma experiencia democrática es la que ha evitado en Austria la vuelta a una reacción del tipo Dollfuss ; y nadie tiene derecho a afirmar *a priori* que el pueblo húngaro sea incapaz de evolucionar en esta dirección. Después de todo, en Austria los comunistas también habían deseado establecer su dictadura, bajo la protección de la ocupación rusa, y la justificaban con el peligro del « dollfussismo ».

Nada prueba que Rusia temiera particu-

larmente una evolución de derecha en Hungría, que pudiera desembocar rápidamente en una crisis interna y hasta en una guerra civil. Es más probable que Rusia temiera sencillamente en Hungría una libertad que, a los ojos de un poder totalitario, es la contrarrevolución misma.

La neutralidad

Ninguna de las resoluciones del Gobierno Nagy era más popular que la de denunciar el pacto de Varsovia y proclamar la neutralidad de Hungría. Innumerables delegaciones de los « consejos » hacían presión sobre el Gobierno, y Kadar, el futuro jefe del gobierno fantasma, o fantoche, reivindicaba en un artículo el paso a la neutralidad. En la última guerra, Hungría había concluído una alianza desdichada con Alemania, que en la última fase de las hostilidades la había reducido por completo a la condición de vasallo. Después de la guerra, Hungría se había visto obligada a aceptar una alianza con la U. R. S. S. ; lo cual era también una sumisión. Así se comprenderá que los magiares soñaran con un porvenir sin alianzas.

Por razón de Estado, hubiera sido preferible no denunciar el pacto de Varsovia o no ambicionar una posición más independiente que la de Finlandia. Desembarazarse de la dominación comunista, de la sumisión directa a Rusia y del pacto de Alianza constituía una triple revolución, y no era « razonable » esperar que los jefes soviéticos aceptasen simultáneamente y sin transición una disminución tan importante de su influencia. Imre Nagy pudo haberlo pensado, pero no tenía la posibilidad de concebir una política menos franca. En Budapest, no sólo la juventud, sino también los hombres políticos y los intelectuales más experimentados se hallaban influídos por la victoria conseguida por el pueblo sobre los blindados rusos. La U. R. S. S. aceptaría la neutralidad húngara, porque debía darse por vencida... En la embriaguez de la insurrección, todo parecía súbitamente fácil.

Mikoyan, Suslov y los demás dirigentes soviéticos que se debatían con el problema húngaro, se hallaban sin duda en una situación embarazosa. Permitir a Hungría que abandonase el bloque oriental era poner en peligro a todas las demás democracias populares, como lo ha subrayado Suslov en el discurso commemorativo de la Revolución rusa de octubre. Si se hubiera probado que la libertad y la neutralidad estaban al alcance de la mano, ¿ qué satélite no hubiera aspirado a ellas con todas sus fuerzas ? La única posibilidad que quedaba era volver a imponer a Hungría el régimen que había rechazado y restablecer en ella el orden ruso. Ya el zar Nicolás I, al destruir la democracia húngara, había negado a todos los pueblos el derecho a elegir su propia forma de gobierno y había terminado con esta frase, que los mariscales soviéticos adoptaban por su cuenta : « ¡ Pueblos, someteos ! ». La tentativa se llevó a cabo mediante la perfidia y la violencia. Ha hecho correr ríos de sangre. Ha destruído una de las capitales más bellas de Europa, pero la fracasado. Hungría ya no es una democracia popular, es un pueblo en rebelión, al que el Gobierno de un gran imperio hace la guerra. Esta guerra indica el fin de la coexistencia en el seno del bloque comunista y desmiente del modo más cruel la política llamada de coexistencia en general.

*

Todo el que, procedente de los países occidentales, haya vivido algunos días, o siquiera algunas horas, en Budapest, y se acuerde de las alternativas de esperanza y de desesperación, así como de las miradas que los amigos húngaros dirigían a los que se marchaban, o más exactamente, huían, a los periodistas occidentales, considerará como un deber expresar algo más que las precedentes consideraciones. Pero en un momento en que han hecho explosión tantos polvorines simultáneamente, nuestra cólera y nuestras lágrimas no sirven de nada a los húngaros, que tienen derecho a esperar otros testimonios de solidaridad de este Occidente, que no les ha escatimado los estímulos para que se liberasen. Guardémonos, pues, los sentimientos que, políticamente, han sido tan ineficaces, y tratemos al menos de comprender el hecho y de explorar los caminos de una acción común.

FRANÇOIS BONDY

El Occidente no tiene derecho a llorar

POR MANES SPERBER

Solo nuestro silencio petrificado responde a los revolucionarios que sucumben en la última batalla. Se habían lanzado al combate desigual, esperando nuestra ayuda. Mueren desesperando de este mundo libre, que estaba dispuesto a compartir su triunfo, pero no su lucha.

Por no haber tenido más que palabras para socorrer al pueblo de Hungría, el Occidente no tiene siquiera derecho a llorar. Los hombres de Estado demócratas, demasiado ocupados en salvar al dictador de Egipto, sólo se dieron cuenta del incalificable desastre que amenazaba cuando ya era demasiado tarde. La mediocridad no necesita siquiera ser cobarde, ya que su naturaleza la protege contra la tentación de elevarse audazmente a la altura del destino, que se juega cada vez que un pueblo se levanta contra sus opresores.

Los combatientes del « gheto » de Varsovia perecieron así, en una soledad estelar. Así perecieron también, un año más tarde, los insurgentes de la capital de Polonia. Esta fué, durante muchos años, la suerte de las innumerables víctimas de Mussolini, de Franco, de Hitler, de Stalin y de sus cómplices. Nuestra generación quedará estigmatizada por esta experiencia repetida. Sin la posibilidad de introducir ningún cambio en esta situación, habremos visto a los que se sacrificaban por todos, entregados a sus exterminadores, a los que la cobardía y la indiferencia del mundo estimulaban sin cesar.

Es indudable que el Occidente merecería desaparecer por estos abandonos ; y únicamente se salvará porque las consecuencias de los crímenes cometidos por los regímenes totalitarios precipitarán la caída de éstos, antes de lo que lógicamente pudiera esperarse. Porque el fin de dichos regímenes ha comenzado ya, aunque quizá logren aplazarlo las divisiones rusas en Hungría ; pero en adelante éstas lo hacen ineluctable. La batalla en la que un poder tiránico obtiene la victoria no es nunca su última batalla ; los tanques soviéticos restablecen por algún tiempo el imperio del Kremlin, pero no restablecerán la impostura bolchevique. En todos los lugares de Europa, donde la explotación y el terror llevan el nombre de comunismo, el último destello de esperanza, que va unido a sus promesas, se ha extinguido para siempre. Las armas pueden matar a los hombres, pero no harán resurgir la mentira imperiosa que daba el fundamente « ideológico » al régimen puesto al desnudo y derrocado por todo un pueblo solidario, y en primer lugar por los obreros, por la nueva generación, por los campesinos, por los intelectuales.

Quince divisiones blindadas, encuadradas por otras divisiones, apoyadas por artillería y aviación ; toda esta fuerza militar ha sido lanzada contra el pueblo, en el momento mismo en que los hombres del Kremlin fingían querer llegar a un acuerdo negociado. Era preciso emplear todas estas fuerzas y toda esta astucia abyecta, porque

se trataba de poner fin a la revolución más auténtica, más popular que este siglo ha conocido. Para oponerse a ella sólo había en Hungría los verdugos, los agentes y los indicadores de la policía de seguridad y aquéllos cuyos crímenes cometidos al servicio de la tiranía separaban definitivamente de sus compatriotas. Desde el principio, éstos tuvieron el apoyo de las tropas soviéticas estacionadas en el país : así es como empezaron las primeras matanzas en Budapest.

¿ Y qué han hecho los miembros del Partido Comunista, que eran unos ochocientos mil ? Han tomado una parte muy activa en la insurrección, al lado de la juventud y de la intelectualidad, que también era en su mayor parte comunista. En todas las ciudades y en todas las regiones industriales, los obreros de las fábricas se han colocado a la cabeza del combate, apoyando con la huelga y con las armas las reivindicaciones políticas, sociales y nacionales.

Pero la revolución tropezaba en su camino con un peligro tanto más temible, cuanto que resultaba imposible reconocerlo : este peligro residía en la ausencia de todo obstáculo interior.

El régimen abandonado y derrocado por las mismas organizaciones que creía a su devoción, se derrumbó con la misma rapidez con que se desvanecen las imágenes de la pesadilla a los ojos del que la ha sufrido. La ficción de la « dictadura del proletariado » se desvaneció desde el instante en que el proletariado efectivo levantó la voz y los puños.

Pero esta falta de resistencia dió por resultado un aceleramiento peligroso del ritmo del movimiento. Lo que por la mañana parecía un objetivo lejano, había sido rebasado antes de la caída de la tarde. Es cierto que cuando una revolución llega a la fase de su mayor impulso traspone fácilmente los límites determinados por sus principios fundamentales, constantes o temporales. Los húngaros, lo mismo que otras naciones europeas, ya habían hecho esta experiencia en 1848, y por ello fueron entonces trágicamente castigados, en especial por las tropas del zar.

Resultaba de todo punto imposible que la nación que se ha insurreccionado en 1956 aceptara permanecer sometida al régimen opresor extranjero.

Una Rusia realmente socialista y democrática hubiera abandonado la idea insensata de mantener a Estados como Polonia, Hungría y Checoeslovaquia en una situación de dependencia colonial. Pero el Directorio que ha sucedido a Stalin tiembla ante los pueblos de la U. R. S. S. No mata a los insurgentes húngaros porque crea que la seguridad de Rusia esté comprometida por el abandono del glacis, pues por mucha que sea la mediocridad vocinglera de un Kruschef, esas gentes conocen la inutilidad de los glacis en la época de las armas nucleares y teleguiadas, y saben que nada tienen que temer del Occidente. No se trataba de eso, sino de demostrar en Hungría que toda insurrección contra el régimen establecido por Stalin está condenada de antemano, gracias a la superioridad militar de Rusia, ayudada por la estricta no intervención del mundo libre. Se trataba, en primer lugar, de intimidar a los polacos, después a los demás satélites, pero en último término y sobre todo a los pueblos de la Unión Soviética.

Los jefes comunistas acaban de aprender en Polonia y en Hungría una verdad horripilante para ellos, y en extremo sorprendente para casi todo el mundo : que en cada ser humano hay una parte que la esclavitud no puede alienar ni atacar, y que la propaganda más frenética es incapaz de vencer. El terror más humillante no logra jamás dominar realmente esta parte de la persona humana. En ella se refugian el sentido de la libertad y la necesidad de la verdad. Acabamos de ver a una juventud expuesta, desde el principio de su existencia, a la propaganda monopolizada y nunca discutida de los regímenes totalitarios ; acabamos de ver que esta nueva generación se ha insurreccionado contra el opresor con un ardor que ha inflamado a todo el país, hasta el punto de hacerle olvidar el miedo a la muerte. Y esta juventud se batía por los derechos del hombre, contra todas las mentiras, contra todas las formas de dictadura. Aunque, aquí y en otras partes, los comunistas y sus cómplices intelectuales la calumnien, a ella y a sus muertos, y la llamen fascista, los Kruschef saben que en todos los lugares donde reinan,

la amenaza de las armas les protege contra la rebelión de la verdad que, al apoderarse de las masas, se convierte en esa fuerza inmensa de que hablaba Marx.

Es la espontaneidad de la acción de las masas la que en Hungría, mucho más aún que en Polonia, ha determinado la fuerza y el impulso del levantamiento. Pero, al mismo tiempo, ha hecho difíciles, si no imposibles, las medidas políticas indispensables para el establecimiento de un orden revolucionario y de instituciones, por lo menos con carácter provisional. El partido socialista, que hubiera sido sin duda el más apto para dirigir al pueblo hacia la consolidación de sus conquistas políticas y sociales, había sido cruelmente liquidado por los comunistas. Sus mejores jefes, marcados por los años de persecución y de cárcel, han permanecido demasiado tiempo en una actitud expectante ; y ésta se explica probablemente por la desconfianza que les inspiraban los Janos Kadar y otros muchos comunistas, que trataban de mantenerse a la cabeza del movimiento, a pesar de que iba en contra de su pasado.

Al poder corresponde conquistar a las masas, y no a las masas conquistar el poder : ésta había sido siempre, en efecto, la convicción del partido bolchevique. Rosa Luxemburgo se había opuesto al bolchevismo, al insistir sobre el papel espontáneo de las masas en toda revolución auténtica. Ahora, después de las insurrecciones obreras de Berlín-Este, de Poznan, de Polonia y de Hungría, sabemos hasta qué punto Rosa Luxemburgo tenía razón. Pero, ¿ cómo hubiera podido ella prever una situación en la que las masas rebeldes se encontraran privadas de toda organización política o sindical ? Ahora bien, la máquina de terror llamada Partido Comunista, en el curso de toda su dictadura, ha privado a la clase obrera de todos los órganos efectivos de una representación auténtica. En los países totalitarios, en los que todos los hombres están sometidos por la fuerza a la organización, el pueblo está realmente atomizado. Y, cuando se levanta, toma las cosas en el mismo punto en que se encontraban a comienzos del siglo pasado, antes de que los obreros hubiesen conquistado el derecho a la libre asociación. (De ahí la presencia de los mismos rasgos que caracterizaban las insurrecciones de hace cien años. Otra razón de esta semejanza alucinante es que la explotación exagerada de los obreros por los Estados totalitarios recuerda, por sus consecuencias, la fase de la « acumulación primitiva del capital » en Occidente.)

La ausencia de una clase opuesta a la insurrección, la espontaneidad predominante de las masas no organizadas y que desconfiaban de toda dirección, tuvieron por efecto el aceleramiento vertiginoso de la marcha de la revolución y obligaron a ésta a atropellar las etapas. Indudablemente esta revolución hubiera tropezado más adelante con serios obstáculos políticos y hubiera conocido la desunión de sus fuerzas promovedoras. Pero hubiera superado estas dificultades inevitables, dando al mundo el ejemplo de una democracia socialista. Al asesinar la revolución del pueblo húngaro, el Directorio moscovita espera obligar a retroceder a los pueblos que algún día pudieran levantarse en la propia Rusia.

Y no obstante, la revolución rusa se aproxima. ¿ Qué podrá hacer contra los tanques y los aviones ? Los que conducen los tanques, los que disparan los cañones y lanzan las bombas, todos son hombres. El día en que se les pida que disparen sobre sus hermanos, cesarán de obedecer automáticamente. Elegirán no atacar al pueblo insurreccionado, sino precederle en el asalto contra la tiranía, cuya caída significará la liberación de Rusia y de las naciones degradadas en su nombre.

Escribo estas palabras de esperanza en medio de las tinieblas de una tristeza sin nombre. Los jóvenes, las muchachas de Budapest, cuyas fotografías en los periódicos nos hacen simpatizar con sus rostros iluminados, pertenecen a la muerte desde el amanecer del día 3 de noviembre de 1956. Desde este amanecer, les sentimos presentes en todas partes.

El día en que Moscú y Leningrado respondan fraternalmente a Budapest, los jóvenes rusos pensarán en ellos y les vengarán.

MANES SPERBER

JUAN RAMON JIMENEZ, PREMIO NOBEL

POR fin, tras no pocas esperanzas frustradas año tras año, el Premio Nóbel de Literatura ha sido otorgado a un escritor de lengua española. Correspondió muy merecidamente a Juan Ramón Jiménez, altísimo poeta, sin la menor duda uno de los más grandes líricos contemporáneos del mundo.

Sería pueril mencionar aquí los bien ganados títulos del gran poeta andaluz, dado como nadie a la lírica. Más bien queremos subrayar la pureza y la altura de la vasta obra poética —verso y prosa— del nuevo Premio Nóbel de Literatura, cuya creación obedeció siempre a una estética— su « ética estética », como él mismo la ha llamado— amplia y serenamente meditada. Y asimismo su afán noble de perfección, que le ha llevado a una constante revisión de todos sus escritos por estimar que el arte debe ser perfecto, ya que « el arte es también ciencia », y para él, como para todo gran creador, depurar es recrear y corregir ordenar la inspiración. El secretario del Comité literario del Premio Nóbel, ha declarado que se ha premiado a Juan Ramón « por su poesía lírica, que constituye un ejemplo de alta espiritualidad y de pureza artística », y agregó que « al recompensar a Jiménez, representante de la noble tradición lírica de España, la Academia Sueca ha querido coronar igualmente a Antonio Machado y a Federico García Lorca », esos otros dos altísimos poetas, trágicamente mártires.

Lástima grande que la noticia jubilosa con la consagración universal del poeta español exilado, se viese empañada de dolor a los pocos días con la muerte de su esposa y compañera de trabajo. Juan Ramón, el solitario, se queda más solo que nunca, no obstante los millares de corazones fieles que le acompañan en su infinita pena.

EL FALLECIMIENTO DE PIO BAROJA

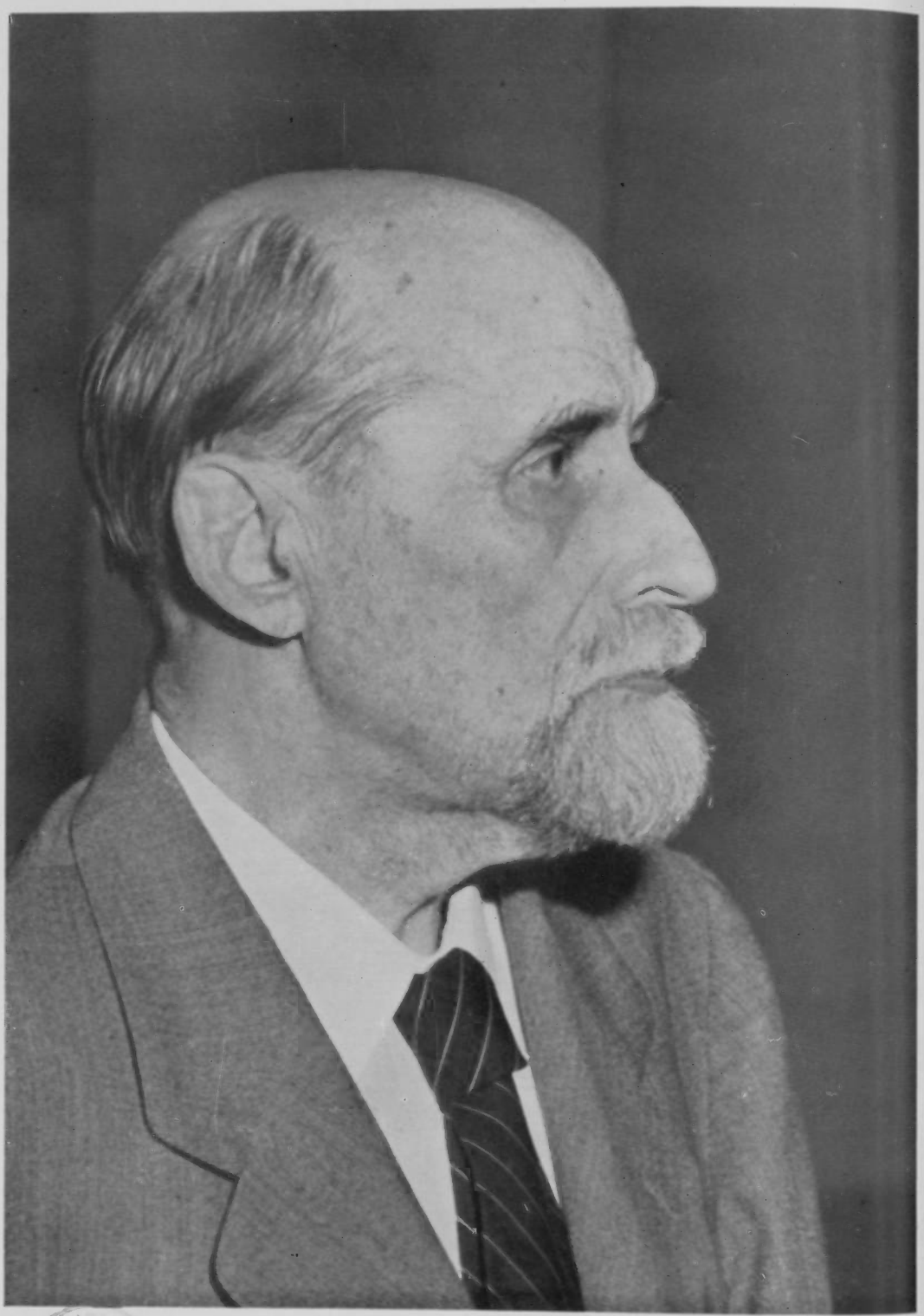
HEMOS perdido a Baroja, esta vez definitivamente. Se nos fué, según parece, igual a sí mismo, tal como vivió a lo largo de sus ochenta y cuatro años, es decir, gran oso áspero y dulce, a veces un poco cascarrabias, y, sobre todo, sin claudicación alguna en su anticlericalismo impenitente.

Nos deja una obra vasta y desigual, la más representativa en la enteca novelística española contemporánea, razón por la cual resulta obligada una mayor condescendencia al enjuiciar el ahora ya cerrado opus barojiano. Al través de ella, discurre ese pesimismo privativo de todos los de la fenecida generación del 98, y también la amargura de un resentimiento cuyos orígenes habría que buscarlos quizás en una ambición oculta y jamás satisfecha. Los personajes barojianos caminan por la vida, lo mismo que lo hizo su autor, animados por un instinto innato de desdén y de negación. Y es que Baroja fué un nihilista, mas un nihilista verbal y comodón. Pero en su obra, a la que faltó siempre una cierta arquitectura, fácil es reconocer una emoción lírica que la salva a fin de cuentas de la mediocridad, pues había en don Pío un lírico insospechable. Es este soterraño lirismo lo más sobresaliente en la novelística barojiana, y no ese supuesto realismo que algunos críticos han querido ver en la misma, tal vez a causa de la mordacidad de su pluma.

Desapareció el novelista por antonomasia de la generación del 98, generación que durante muchos años rigió la vida intelectual española. No cabe duda de que la influencia de los del 98, y por lo tanto la de Baroja, continuará gravitando aún sobre los españoles como una especie de fuerza misteriosa.

I. I.

PIO BAROJA (Foto N. Muller)



JUAN RAMON JIMENEZ
(Foto Santiago. Universidad de Puerto Rico.)

B.D.I.C

EUGENIO FLORIT

Juan Ramón Jiménez, poeta máximo

CUALQUIER artículo que se escriba sobre Juan Ramón Jiménez habrá necesariamente de girar sobre dos puntos capitales : su obra, su poesía, por un lado, el más ilustre ejemplo de dedicación absoluta de un hombre a su destino, y, por otro, esa misma obra poética en función de su tiempo y de su espacio, como agente inspirador y organizador de un estado de espíritu poético que tal vez no ha tenido precedente en España, por lo menos del siglo XVII acá. En los párrafos que siguen voy a tratar de exponer algunas de mis ideas sobre tales puntos, aunque no sea más que por insistir — nunca se insistirá lo bastante— en lugares que debieran ser comunes en la crítica contemporánea, aunque, por otro lado, y afortunadamente, han sido tratados ya por gentes ilustres, importantes y autorizadas. Vayamos, pues, a ello.

Dentro del panorama de la poesía española contemporánea la de Juan Ramón se ha distinguido siempre, desde su inicio a comienzos de este siglo, desde sus « Ninfeas » y « Almas de violeta », publicadas ambas en 1900, por un tono personalísimo de extremada delicadeza, del más casi inefable lirismo. Delicadeza o exquisitez, aristocracia de sensibilidad y de expresión, formas, a veces, de la retórica más complicada ; y además, pensamiento, ideas, conceptos constantes, en una evolución que va progresivamente ampliándose hasta llegar a lo más fundamental de esa línea de su obra, el libro *Animal de fondo* (1949) que con su « Dios deseado y deseante » es el momento culminante en la evolución de un poeta preocupado por la búsqueda y, al fin, el descubrimiento, la invención, de un dios hecho a su imagen y semejanza, de su Dios. Ese dios « posible por la belleza » o por la poesía ; especie de religión de lo bello y poético total que en él estaba desde el principio, pero cuya conciencia se le ha ido entregando o revelando, no sólo como poesía o como belleza, sino como un concepto mucho más profundo y total : un dios suma de amores y adoraciones anteriores e interiores. Una palabra que ya es conciencia absoluta del dios de su vida y de su obra. A esto ha llegado Juan Ramón por un proceso lento y constante del que la frase de Goethe que escogió como lema el poeta es bien significativa : « Como el astro, sin precipitación y sin descanso. »

Por otro lado, el panteísmo evidente a lo largo de esta obra podría servirnos para calificarla de « paisaje de un alma ». Sí. Paisaje de un alma en el que la realidad objetiva, la de los sentidos —ver, oler, tocar, gustar, oír—, parece vivir sólo en función romántica con el yo totalizador, transformador, dominador de su circunstancia. Recuerdo ahora una frase de su famosa conferencia « Política poética », de 1936, que ilustra bien lo que estoy queriendo expresar. Dice el poeta, contándonos de aquel regante granadino que se ponía a escuchar el agua sola del Generalife :

« *Y aquella música del agua la oía yo más cada vez y menos al mismo tiempo, porque ya no era externa sino íntima, mía ; el agua era mi sangre, mi vida, y yo oía la música de mi vida y mi sangre en el agua que corría. Por el agua yo me comunicaba con el interior del mundo.* »

Entonces era el agua ; otras veces ha sido el mar, otras, los pájaros, la flor otras, los árboles, muchas, el sol, tantas, como en el grandioso poema de su libro *Una colina meridiana* (1942-1950) :

Con tu luz tú me unes a ti, sol ;
tú me unes a todo lo que luces.
Por tu luz soy más grande que todo lo que veo.

Se trata, como vemos, de una identifica-

ción de sí mismo con los aspectos más tranquilamente penetrativos de la naturaleza ; y acaso sea ello, como lo vió muy bien E. Allison Peers, su característica más notable.

La emoción del paisaje o de las cosas parece entregárnosla Juan Ramón por medio de símbolos ; un simbolismo bebido directamente en Verlaine y en Samain, y reducido a lo más esencial gracias a su contacto con Rubén Darío, del que nuestro poeta supo tomar lo esencial también, desechando las glorias pasajeras del modernismo exterior. Recordemos que Rubén ha escrito un verso inmortal : « De desnuda que está brilla la estrella ». Y que esa desnudez, ese empeño por ir a lo esencial desnudo del verso ha sido la preocupación constante de Juan Ramón. Tampoco olvidemos señalar que aún antes de su Verlaine ya aquél había absorbido la musicalidad y la imprecisión maravillosas de Bécquer. Véase, pues, cómo un comienzo de aires tenues y tenues suspiros iba a producir, por obra y gracia de una dedicación, de una voluntad, de una inteligencia, de una sensibilidad poéticas, la expresión más acabada y perfecta de lo que podamos entender por poesía. Y que esa poesía, Poesía total, haya quedado escrita en castellano con palabras de nuestra lengua que jamás (J. B. Trend) fueron usadas antes con tan exquisita precisión.

Ocurre además que la concesión del Premio Nóbel de Literatura a Juan Ramón Jiménez pone de actualidad otro aspecto de su obra, no de menor importancia para la historia literaria española : su papel, su actuación como seleccionador y agrupador magistral de la poesía contemporánea. Esto lo han visto muchas gentes antes que yo, naturalmente ; y quiero mencionar sólo tres nombres que me sirvan de aval : Federico de Onís, E. Allison Peers, J. Moreno Villa. Todos contestes en afirmar que Juan Ramón ha sido el más poderoso y efectivo lazo de unión entre Rubén Darío y los poetas de hoy día (Peers), ya que supo absorber del Modernismo los elementos perdurables y de mayor valor para el futuro de la poesía española, y los pasó, como la viva antorcha del atleta, a una generación de jóvenes que supieron agruparse junto a él, no para recibir órdenes, que él no daba pautas (Moreno Villa), sino para recibir inspiración y sobre todo el ejemplo de una casi heroica devoción a la poesía. Esa ha sido su gran influencia, sigue diciendo Morena Villa, en artículo cuya fecha y procedencia no tengo anotadas, desgraciadamente ; la de « animar a una labor seria, exigente y de valor universal ». Ya sabemos también, con Onís, que si la poesía hispanoamericana entra con Rubén Darío en el Modernismo, por Juan Ramón sale definitivamente de él, viniendo a ser ambos « los dos polos en torno a los cuales gira toda la poesía contemporánea ». Y asimismo, con J. B. Trend, que Juan Ramón Jiménez ha hecho muchas de las cosas que sus contemporáneos hicieron, sólo que antes que todos ellos, como el uso moderno de la metáfora, el juego verbal, la combinación mágica de las palabras.

Y ese « coordinamismo », ese juntar jóvenes en un ideal de vocación literaria —no es preciso decir cómo de los jóvenes primeros se distanciaron algunos más tarde, llegándose a los lugares más apartados de tirantez por parte de unos y de otros—, digo que ese juntar en la obra inicial para orientar y encaminar, lo llevó a cabo Juan Ramón en Cuba, en 1936, juntándonos a los que entonces éramos más jóvenes en una Antología en la que al lado de los más conocidos entre nosotros iban los menores, primeras armas en muchos casos, y que después siguieron o no siguieron, que eso no importa. La función agrupadora se cumplió, y del corto paso del poeta por Cuba, por La Habana, queda una muestra evidente, por la cual todos nosotros vimos nuestras afinidades y diferencias porque antes que nosotros, él, desde su altura crítica, supo verlas y señalárnoslas. Esa labor la hubiera hecho en el Buenos Aires de 1948, a estar más tiempo junto a la Cruz del Sur. Y la ha realizado en Puerto Rico en estos últimos años, a pesar de sus enfermedades.

Tal labor rectora del entusiasmo, tal constante publicar de revistas, sobre todo en aquella famosa época de España, la de *Indice*, *Sí*, *Ley*, no han tenido par en toda nuestra historia literaria, ni jamás poeta alguno ha sabido llegar a los jóvenes y

rodearse de ellos, y estar en contacto con ellos, por un tiempo, al menos. El bastante para dejar un rastro indeleble.

Quisiera, para terminar estas mal hilvanadas cuartillas, escritas a vuela máquina en la urgencia del momento, llamar la atención hacia un aspecto de la poesía de Juan Ramón Jiménez que he visto agudizarse en la más reciente : la presencia de España como recuerdo, como nostalgia, como deseo. Estamos tan acostumbrados a pensar en ella como en algo deshumanizado, irreal, casi incorpóreo, que nos olvidamos de que el poeta que escribe sus versos es hombre, y que es español, y que es andaluz, y que es de Moguer, provincia de Huelva. Y que Moguer, y Andalucía, y España están siempre presentes en su obra. El Premio Nóbel ha recaído en él, como se ha dicho, por « el alto espíritu y la artística pureza de su obra ». Pero no olvidemos que ese alto espíritu es español, de uno de los más fieles españoles, y esa artística pureza está expresada en castellano. El premio, pues, lo recibe, junto con Juan Ramón Jiménez, la poesía española contemporánea y el idioma español, que ha llegado en él a su más alto grado de excelencia.

EUGENIO FLORIT

MARIO MAURIN

Charla con Juan Ramón

ANDUVE por una senda que conducía a un gran edificio blanco. ¿ Por qué Juan Ramón se había instalado aquí ? ¿ Por qué en toda la isla de Puerto Rico había escogido el asilo de los locos ? Por la mañana, al telefonearle, me había indicado simplemente cómo llegar hasta su residencia y por quién demandar. Renuncié a esas preguntas y apresuré el paso. El jardín debió de haber sido hermoso. Pero ahora la mayor parte de los árboles estaban cortados, y los troncos se encontraban tumbados contra los arriates y los senderos.

Llamé. La mujer que me abría la puerta me invitó a entrar en el salón, diciéndome que iba a avisar al señor. Siguieron unos instantes de silencio, que yo pasé cerca de la ventana, pensando en el hombre a quien iba a ver, recordando el deslumbramiento que experimenté cuando leí por primera vez alguno de sus libros. Nunca la poesía se me había presentado como entonces en su maravillosa desnudez : pura como el acero, fría como el sol en la cima de las altas montañas. A continuación había descubierto y seguido paso a paso el largo itinerario que desde los primeros poemas elegíacos y velados del comienzo, de las armonías con sordina, había conducido a este metal puro, haciendo de Juan Ramón Jiménez, a un tiempo, el Verlaine y el Eluard de su país. Lamentaba casi tener que superponer a la imagen intacta del poeta la que ahora iba a recibir del hombre.

¿ Hubo un soplo en el aposento ? Me volví : Juan Ramón estaba detrás de mí. Después le vi varias veces entrar y salir así, desapareciendo en la penumbra de la habitación contigua, que se lo tragaba sin esfuerzo, como el mar se cierra sobre un náufrago. Primeramente, hablamos de mis traducciones de algunas de sus poesías. Luego me aventuré a preguntarle qué es lo que le había llevado a escoger este retiro.

—Usted sabe que estuve muy enfermo— me dijo—. Pasé largo tiempo en un hospital de Washington. Durante varios meses, tuve una gráfica pegada a los pies de mi

cama y un número en la gráfica. Los hospitales son admirables : todo el mundo se convierte en un número. ¡ Oh, no me quejo ! Me atendieron muy bien. Cuando devolví mi número y reconquisté mi nombre, vine aquí. El director del Asilo es un excelente amigo mío. Me ofreció hospitalidad en esta casita y la acepté con agrado.

—Me explico que haya preferido un país de habla española a los Estados Unidos. Debía usted de sentirse muy aislado allí.

—No lo crea —replicó en seguida—. Washington me gustaba mucho. ¿ Donde encontrar una Biblioteca como la del Congreso ? Es el gran santuario del trabajo. Por otra parte, tenía allí excelentes amigos.

—¿ Y aquí, en Puerto Rico ?

—Aquí voy frecuentemente a la Universidad, que está muy cerca, en Río Piedras. La habrá visto al pasar. Me tratan con mucha consideración, y tengo muy buenos amigos. He legado a la Universidad mis archivos : ayudarán a comprender la historia de la poesía contemporánea en España. Los papeles que he reunido, las cartas que he recibido en el curso de mi vida, todo eso forma una documentación muy importante.

—Me han dicho que usted enseña.

—A veces doy conferencias. Hablo a los estudiantes y vigilo su revista. Trato de animarlos tanto como puedo. Me gusta la juventud de Puerto Rico. Tiene enormes cualidades. Espero que conseguirá triunfar sobre las condiciones de existencia a que se ve sometida.

—¿ Las condiciones económicas ? —pregunté—.

—No, esas mejoran constantemente. Quiero referirme al modo de vivir. Usted ha pasado por San Juan, y los ha visto. Todo el mundo vive en la calle. Cuando la gente entra en casa, deja completamente abiertas las ventanas. Vive continuamente en escena, los unos delante de los otros. Puerto Rico es un vasto teatro. En tales condiciones, ¿ cómo recogerse y concentrarse ? Es el único grave obstáculo para el desarrollo espiritual de este país. Afortunadamente, los mejores se dan cuenta de ello y tienen la fuerza necesaria para superar el obstáculo.

Juan Ramón se levantó y se paseó por la habitación.

—Perdóneme —dijo—. Hay días que no puedo permanecer sentado. Necesito moverme.

Trató de sentarse de nuevo, hizo una mueca, se levantó y anduvo acompasadamente, silenciosamente, como sobre un suelo de algodón.

—¡ Esta Isla es tan hermosa ! ¿ Ha recorrido el interior ? —me preguntó—.

Le dije que apenas acababa de llegar.

Después de indicarme los lugares de la Isla que me convenía visitar, le pregunté si se sentía mejor desde que se encontraba en Puerto Rico.

—Es un mejor muy relativo —dijo—. Tengo el corazón enfermo, gravemente enfermo : un día u otro no podrá resistir más y se parará. Disfruto de una prórroga de vida...

—¿ Eso le impide trabajar ? Desde *Animal de fondo*, en 1949, no recuerdo que haya usted publicado nada más.

—Sólo en revistas. Ahora estoy trabajando en la ordenación de mi obra, gran parte de la cual es, de hecho, desconocida.

—¿ Poesía ?

—Poesía y prosa. Se habla siempre de mi poesía, y se olvida que he escrito mucho en prosa, o se ignora. Se me conoce, sobre todo, por *Platero y yo*. La mayor parte de las traducciones y antologías van en busca de lo que escribí antes de 1917, ¡ como si hubiera cesado de escribir hace cuarenta años !

—Pasó usted rápidamente a ser un clásico : es una desgracia a la que muchos se acomodan.

—Antes de convertirse en clásico, un escritor debe vivir, crecer, purificarse. No reniego de lo que escribí antes de 1917, pero se trata de obras de la juventud. Una madurez poética hay que ir a buscarla en lo que he hecho o he tratado de hacer después. Todo lo de antes no es más que preparación. ¿ Por qué encarcelarme en mi juventud. Hay que dar las gracias por haber salido de ella y marchar más allá, adelante.

—Usted ha dicho que su evolución poética era una marcha hacia Dios.

—Sí. Todo poeta crea un mundo cuyo fin es Dios. Poco importa que tenga o no una creencia determinada. La poesía es una

actividad religiosa : tiende hacia una conciencia universal de la hermosura que nos sea, a la vez, exterior e interior. Sólo esa conciencia puede integrar los grandes temas de la vida poética : el amor, la muerte, la obra misma, y resolverlos.

Juan Ramón que había empezado hablando con voz sorda, acolchada, se había animado. En su mirada de terciopelo malva brillaban lentejuelas de metal. Me asombraba encontrarle, de repente, más alto de lo que me había parecido a la primera mirada. Sobre todo había sido impresionado por las aristas de su rostro, su barba corta y severa, el porte señorial, la parvedad de movimientos. Más tarde cuando busco retener mi impresión, me agarro a esta imagen : una llama que arde en un bloque de hielo.

Le pregunté si pensaba regresar a España.

—Los parientes, la mayor parte de los amigos que tenía allí —me dijo— han muerto o se encuentran en el exilio como yo. Mis libros y papeles fueron saqueados durante la guerra civil. Siguen subsistiendo las razones por las cuales no he regresado a España durante tantos años. Pueden cambiar ; es cierto. Pero me encuentro bien aquí. La verdad es que de España no tengo necesidad.

—Quizá es ella la que tiene necesidad de usted —me aventuré a decir

Juan Ramón se encogió de hombros, y señalándome los libros en el estante, dijo :

—La influencia que yo haya podido ejercer, la ha ejercido mi obra. Allí está. Mi presencia no cambiará nada. ¿ Qué podría hacer a mi edad ? Soy viejo, estoy enfermo. ¿ Ir a que me entierren en Moguer donde nací ? Una sepultura no exige gran cosa : un poco de tierra blanda. Aquí o en otra parte...

MARIO MAURIN

EN AMOROSO LLENAR

Todos vamos, tranquilos, trabajando ;
el maquinista, fogueando ; el vigilante,
datando ; el timonel, guiando ;
el pintor, pintando ; el radiotelegrafista,
escucheando ; el carpintero, martilleando ;
el capitán, dictando ; la mujer,
cuidando, suspirando, palpitando.

... Y yo, dios deseante, deseando ;
yo que te estoy llenando, en amoroso
llenar, en última conciencia mía,
como el sol o la luna, dios,
de un mundo todo uno para todos.

JUAN RAMON JIMENEZ

PIO BAROJA Y SU OBRA

POR RAMON SENDER

ORTEGA Y GASSET decía en *El espectador*, poco después de la primera guerra europea, refiriéndose a los lectores de Pío Baroja : « Hay seguramente unas cuantas docenas de jóvenes españoles que, hundidos en el oscuro fondo de la existencia provinciana, viven en perpetua y tácita irritación contra la atmósfera circundante. Me parece verlos en el rincón de un casino. Silenciosos, agria la mirada, hostil el gesto, recogidos sobre sí mismos, como pequeños tigres que aguardan el momento para el magnífico salto predatorio y vengativo. Aquel rincón y aquel diván de peluche raído, son como un peñasco de soledad donde esperan mejores tiempos estos náufragos de la monotonía, el achabacanamiento, la abyección y la oquedad de la vida española. No lejos juegan su tresillo, hacen su menuda política, tejen sus mínimos negocios las fuerzas vivas de la localidad, los hombres contribuyentes de este ominoso instante nacional... »

Esto escribía el autor de *España invertebrada* sobre los lectores de Baroja en aquellos tiempos de boba esterilidad, y muchos de los que me están leyendo se identificarán a sí mismos entre aquellos pequeños tigres de gesto hostil que causaban desasosiego en los casinos de provincia. Yo era uno de ellos. Para nosotros era entonces Baroja el « hombre malo pero aceptado por la sociedad culta, que se atrevía a escribir la verdad ».

Pronto supimos que lo que escribía Baroja no era la verdad. El realismo famoso de sus novelas era un *trompe l'œil*, como dicen los pintores en París. Baroja era un esclavo más de las convenciones que creía combatir. Una especie de esclavo irredento que al darse cuenta de su impotencia blasfemaba. La blasfemia tenía su resonancia inocentemente escandalosa en la atmósfera pacata de Castilla.

Pero no pasaba de ser un desahogo de humor. La gracia literaria y a veces el genuino talento del « hombre malo de Itzea » hacían ese desahogo placentero.

La verdad de las cosas no aparecía en sus libros. Siendo el realismo de Baroja la virtud más comúnmente celebrada por los críticos habrá que decir de una vez que los críticos se equivocaban. El realismo no consiste en intercalar en la prosa alguna que otra palabra malsonante ni en copiar los diálogos de la taberna de la esquina. Antes que nada el realismo es el lado contrario al idealismo, es decir la apreciación directa y justa de los valores humanos limpios de los prejuicios del « idealismo » de una sociedad viciada.

El antiburgués Pío Baroja está lleno de esos prejuicios, incluso en aquellas obras que tratan de ser revolucionarias y « subversivas » como la serie de *La lucha por la vida : Aurora Roja, Mala hierba* y *La busca*. No es que nos parezca mal que Baroja tenga prejuicios, sino que debemos

leerlo sin olvidar las deformaciones que esos prejuicios imponen a su mundo. Un mundo convencional y conservador. Sus novelas son expansiones de un conformista malhumorado. Pero conformista.

Por presentar un ejemplo donde su falso realismo es más evidente nos detendremos un poco en *El laberinto de las sirenas*, una de sus novelas más armoniosas de proporciones. Nos ofrece el autor en su obra todos los planos sociales de este mundo en el que vivimos : aristócratas, plutócratas, burgueses medios, campesinos y obreros. Sobre un fondo bastante neutro : un vasto paisaje deshabitado sobre el cual un millonario construye su palacio y va trazando y levantando alrededor un inmenso parque de recreo. Si el lector se fija verá en seguida que los grados de virtud y de inteligencia están atribuídos de arriba abajo según el nivel social de cada personaje. Entre el millonario y la familia aristocrática se distribuyen las siguientes cualidades : generosidad, bondad, agudeza, buen gusto, inteligencia, gracia, dones naturales de seducción, de ponderación y de justicia discriminatoria. Las personas de la clase media (entre ellas el protagonistas vasco) tienen que contentarse con virtudes menores y subsidiarias : la lealtad, la energía de carácter subordinada a su función, el valor físico para defender al rico u oponerse a la maldad de las clases inferiores. Los campesinos —los pobres— sólo tienen el relieve que les da su simplicidad a veces pintoresca. Los pocos obreros que intervienen son evasivos, falsos, cobardes e incluso criminales. Tratan de matar al capataz vasco a traición, sin conseguirlo, claro.

Porque como si esta acumulación de prejuicios no bastara, el autor, que no cree en la providencia, hace que ésta intervenga para salvar a los buenos.

Lo que sucede en *El laberinto de las sirenas* se repite en todas y cada una de las obras de Pío Baroja. Cuando trata de anécdotas y sucesos con una dimensión política, los individuos del pueblo —que representan la protesta— son imbéciles, los de la clase media culta son listos y merecen respeto. Los ricos y sobre todo los aristócratas son admirables. En las tres novelas de la serie *La lucha por la vida* todos los caracteres son gente humilde : obreros y artesanos. Y son de una vileza elaborada, triste, miserable y estéril. El único que a veces da una impresión de generosidad es un artista que ha andado por el extranjero (los países del norte de Europa son para Baroja crisoles de donde el viajero mediterráneo sale mejorado y engrandecido), pero no llega nunca a ser un héroe porque su generosidad se ahoga en la tontería y la confusión de las cosas.

Tristes evidencias. Lo curioso es que cuando los lectores españoles de los casinos de provincias, discrepantes y sombríamente inconformes, se daban cuenta de que Baroja los engañaba, seguían amándolo, si no igual que antes porque estaban conscientes de su error, al menos con una perseverencia más elaborada y compleja. Les gustaba Baroja por lo que quedaba después de negarle el don realista, después de haber descubierto que su « justicia » era falsa y arbitraria y que sus « libertades » estaban llenas de prejuicios y eran a su vez una estrecha jaula (más estrecha que la de Galdós, más estrecha que la de Clarín, e incluso, lo que ya es decir, más que la de la Pardo Bazán).

Lo que quedaba en Baroja después de quitarle todo eso era poesía.

Una poesía que Baroja quiere identificar con la pintura impresionista, sin conseguirlo. Impresionista es Azorín (rico de color) y lo es más Gabriel Miró. La poesía de Baroja se podría comparar con la de algunas litografías en blanco y negro, con sombras sugeridas y algún trazo en sepia que no se sabe si es del tiempo o del lápiz del artista.

Dice Baroja de sí mismo que es impresionista, pero todo lo aleja del impresionismo de los escritores levantinos, igual que del expresionismo terriblemente cargado de color de Valle Inclán. Un crítico conservador (Gaziel) decía en *La Vanguardia* de Barcelona hace años : « No recordamos a los personajes de Baroja, pero su paisajes nos quedan grabados de una manera indeleble. Los escenarios —los desolados suburbios madrileños, el panorama de la Mancha, los caminos de Extre-

madura, las callejuelas de Córdoba, el aspecto de Cuenca, la niebla de Londres, la amarillez del Tiber, el mar Cantábrico, etc.— los conservamos como aguafuertes definitivos obtenidos sobre la plancha de nuestra imaginación... Muchas obras de Baroja llegamos a recordarlas no por lo que pasa en ellas, ni por aquellos a quienes pasa algo, sino por el lugar donde pasa : el título de la obra nos sugiere una ciudad, una aldea, a veces solamente una casucha, un rincón, un almacén de trapero y nada más. » Algo tiene que haber en todo eso para que se grabe, no en nuestra razón ni en nuestra tabla de valores morales sino en nuestra memoria sensitiva. Hay en los libros de Baroja el amor de un nihilista que no cree en los hombres, pero que tiene que creer en algo (no se puede vivir sin alguna forma de fe) y cree en los placeres tímidos de una sensualidad reprimida desde la cuna (Baroja es un puritano), que apenas si se atreve a manifestarse a través de uno de los sentidos, el más inocente (la vista), Baroja es un hombre que ve, que ve las cosas y goza con ellas y con sus accidentes en la escena del tiempo.

Todos vemos las mismas cosas, pero el ángulo de Baroja no es el de los demás. El ángulo tuyo y mío, lector, es el del deseo. El de Baroja es el de la renunciación. Los ascetas renuncian en el nombre de Dios y su renuncia es una forma de embriaguez. Baroja renuncia en el nombre de la nada de la que todos venimos (para los teólogos esa nada es el diablo y de ahí que las beatas hablaran del « hombre malo de Itzea » y lo creyeran a veces aliado del diablo) y la renunciación de Baroja es anterior a todo deseo. Nada más lejos de la embriaguez que el ascetismo literario de Baroja. Es la negación de toda posibilidad dionisíaca como gustaban decir los nietzcheanos de su juventud. Es áspero, seco y ligero como la piedra pómez. La ligereza en su caso no es trivialidad, sino amenidad.

¿ Es nihilista ? No a la manera rusa, al menos. ¿ Estoico senequista ? No a la manera española. Baroja es una acumulación de negaciones que, como en las matemáticas, da una suma positiva : el lirismo. Si tuviera fe religiosa sería un San Francisco. No la tiene. Tampoco Ortega y Gasset, ni Azorín, ni otros del 98. Pero todos ellos —menos Baroja— creían medularmente en la vida. La falta de fe religiosa de aquellos ateos o herejes (Unamuno era sólo un hereje) iba acompañada de una vitalidad expansiva. La falta de fe de Baroja nos de la impresión de insuficiencia, de falta de glóbulos rojos. No tiene bastante voluntad para ser hombre de fe y tiene demasiada inteligencia para abandonarse a la desesperación, como esos subproductos humanos que tanto le atraían. La suya ha sido una posición incómoda de veras.

Desde su primer libro *(Vidas sombrías)* hasta el último *(El hotel del Cisne)* la actitud de Baroja en la vida es la de un turista semiculto que mira con recelo y la de una voluntad « embotada » —la expresión es de él mismo, aunque referida a su sensibilidad— que defiende su derecho a no intervenir. Odia Baroja el tipo de escritor que se exhibe (Blasco Ibáñez, Unamuno) y por el contrario eleva dentro de su conciencia un monumento silencioso y pasivo a la inhibición. Es Baroja el hombre que opina sobre todas las cosas, pero al mismo tiempo con el gesto frío e impasible del que no cree. Va a todas partes y sin embargo no entra, no se integra en ninguna.

Autores que Baroja admiraba, como Dickens, cultivaron el sentimiento. Otros como Dostoyevski y Tolstoy, la pasión y sus repercusiones en la conciencia (Tolstoy transfería su clímax a las alturas del mundo moral). Baroja no buscaba conscientemente nada. No se proponía sino escribir al azar cosas que tuvieran cierta amenidad según decía. Esa falta de propósitos —esa pasividad del « médium »— es muy adecuada para que la confesión del escritor salga a la superficie tal vez sin que él mismo se dé cuenta. En el caso de Baroja, la suma de todas sus inhibiciones expresables y expresadas daba un resultado inefable. ¿ A dónde nos llevaba lo inefable barojiano ? A la perplejidad. En eso (en una dimensión estética y no moral, social ni religiosa) Baroja era moderno. Esa es la base de su modernidad. Por ella seguirá leyéndose y perdurará.

Escribió Gracián algo que puede iluminar el secreto inefable de Baroja (de la dimensión lírica de las narraciones de ese escritor que no tenía la menor idea de lo que es la poesía en verso) tal como nos es accesible en los espacios de *Zalacaín el aventurero*, de *El mayorazgo de Labraz*, de *Los caminos del mundo*, de *Las inquietudes de Shanti Andia*, en esos espacios tan presentes siempre, donde no pasa nada y con frecuencia no hay nadie. Tan buenos espacios para el eco y para el silencio, para la evocación y para la desesperación, esa desesperación que amenaza en cada página de Baroja, pero que no se produce nunca, o que se resuelve en una ponderada melancolía.

En el aragonés Gracián (Baroja tampoco quiere a los aragoneses y al decir *tampoco* pienso en su indiferencia *inhibida* por todas las regiones del mundo) se nos sugiere el secreto de los espacios neutros y vacíos, pero sonoros, de esos desvanes de su mente donde el genio acecha sin acabar de intervenir de un modo decisivo y convincente. Los efectos líricos que suscitan perplejidad (un estado que amaban los judíos de todos los tiempos, desde Maimónides) están presentes a cada paso. Todo lo demás es falso o por lo menos seriamente objecionable. Pero en *La ciudad de la niebla*, en *La sensualidad pervertida*, en *Las noches del Buen Retiro*, en *Shanti Andia*, en *El mundo es así*, en todas sus obras (ningún autor moderno ofrece una unidad más perseverante hasta rozar el riesgo de la monotonía y la pesadez) lo que hace Baroja es organizar alguna forma de vacío. Ahí está —parece decirnos— y puedes poner en él lo que quieras. Es un vacío presente y palpitante. « Levantar el misterio donde no lo hay —dice Baltasar Gracián— es un helado deleite porque nos da la ponderación en el vacío. » Eso es lo que dice Gracián.

Podrá sonar un poco sibilino, pero es claro como la luz del día, al menos para los poetas. Un frío deleite (no helado en el caso de Baroja, porque el novelista huye instintivamente de todos los extremos y su inhibición no llega a pasmarle) es el producto de la perplejidad como accidente poético. Un frío deleite. Es decir un placer de la inteligencia contemplativa. Los de Galdós son placeres de la conciencia social, de la conciencia moral, del sentimiento, del sentido de continuidad histórica, del humor, de la ironía o de la sátira, del implacable sarcasmo o de la dulce piedad. Los de Valle Inclán son placeres del deslumbramiento por la magia verbal y los embelecos nobles de la peripecia. Los de Pío Baroja son deleites del entendimiento que proyectan alguna vibración inefable en la sensibilidad del lector. A Baroja, como a los poetas, no hay que leerlo sólo con el entendimiento.

¿ Enfermizo ? Sí. ¿ Decadente ? Sí, Baroja es un producto de decadencia y él mismo lo acepta sin objeciones ni reparos. Hombre de sutilezas estériles y vanas, nadie como él da en su tiempo y en prosa castellana la « ponderación en el vacío ».

Dice Baroja en alguna parte : « En la España actual el escritor que se muere se hunde con su obra en el silencio y el vacío. » No es éste su caso. Tal vez he harán el vacío los de dentro, a pesar de que con sus intemperancias, blasfemias y malos humores Baroja sostenía el andamiaje del absurdo mundo dentro del que ha muerto. Pero no nosotros. Sabemos que la estructura moral y social, política y filosófica de su obra es falsa desde el principio al fin, pero sabemos también que la gracia y el don lírico allí donde se manifiestan merecen respeto, y los de Baroja son originales, genuinos y vivirán tanto como nuestro idioma. Por otra parte, las contradicciones de su filosofía y de su moral social son las de la clase intelectual española (pequeña burguesía culta) que trata en vano de conciliar su desesperado amor de la libertad con su angustiosa necesidad del orden. Difícil síntesis que la generación del 98 no entendió, pero que se hará algún día.

RAMON SENDER

Nación y nacionalismo árabes

POR GIORGIO LEVI DELLA VIDA

HACE algún tiempo que el mundo árabe, desde Irak a Marruecos, está perturbando el ambiente internacional con desordenadas manifestaciones de agitación y con explosiones de nacionalismo exasperado. Este fenómeno es reciente y subitáneo, pero sus motivos profundos han de buscarse muy lejos en el tiempo, y son múltiples y complejos.

No han transcurrido muchos decenios desde que los árabes empezaron a despertar del letargo secular en el que se habían sumergido, después de un período relativamente breve de hegemonía mundial en la política y en la civilización material y espiritual ; hegemonía que se ejercía desde las costas atlánticas de España, hasta los confines de China. Durante cerca de un milenio los árabes cesan toda actividad constructiva en el curso de la historia (el impulso creador y el dominio militar y político en el Islam pasan a los persas y a los turcos), y su despertar y su vuelta a la escena internacional son de ayer.

La subordinación política, el atraso social, la esterilidad intelectual fueron hasta hace poco las características del mundo árabe, lo que contrastaba con la conciencia, no por completo borrada, de un pasado deslumbrador, que se acomodaba mal con la mezquindad del presente. La reciente superación, que aún está en marcha, del primer elemento de este contraste, y la exaltación hiperbólica, que también es reciente, del segundo elemento han provocado un complejo mixto de inferioridad y de grandeza, que explica muchas de las intemperancias, no sólo verbales, a que se está entregando actualmente el mundo árabe ; intemperancias no menos peligrosas, entiéndase bien, por el hecho de poder explicarse desde el punto de vista histórico.

¿ Es necesario decir que ciertas experiencias dolorosas no lejanas, acaecidas en el resto del mundo, deberían hacer comprensible el delirio nacionalista que se ha manifestado entre los árabes, y servir, al mismo tiempo, de enseñanza, tanto a éstos, como a los occidentales ? La fase nacionalista árabe no es, en substancia, más que la repercusión, y en parte también la imitación consciente de la fase nacionalista occidental. Como un terremoto, ya en vías de aquietamiento en el epicentro, propaga sus ondas hacia lejanas zonas marginales, así también el funesto nacionalismo de nuestras latitudes se manifiesta hoy en forma análoga en los pueblos llamados coloniales, que han obtenido desde hace poco la independencia.

De hecho, el renacimiento de los árabes, cultural primero, y político después, ha sido determinado y condicionado por Europa. Hacia fines del siglo XVIII, la casi totalidad de los pueblos de lengua árabe se hallaba bajo la dominación directa o

indirecta del Imperio otomano (la única excepción era Marruecos que, entonces y durante mucho tiempo después, permaneció aislado y atrasado). Aunque no puede decirse que los turcos se propusieran el aniquilamiento de la nacionalidad árabe — y por lo demás, el problema nacional no se planteaba entonces, ni en Oriente ni en Occidente, en los términos en que se ha planteado más tarde —, es un hecho que se les consideraba como extranjeros. Las sublevaciones parciales, los intentos de constituir como Estado autónomo ésta u otra parte del vasto imperio en vías de desintegración, no pueden considerarse todavía, en rigor, como movimientos nacionales, aun cuando constituyan el preludio de éstos.

Pero la influencia cultural europea fué la que dió a los árabes el primer impulso para adquirir, o readquirir, conciencia de su propia nacionalidad. Desde las escuelas de misioneros, frecuentadas al principio tan sólo por los cristianos orientales, pero después también por los musulmanes, se propagaron las primeras nociones de una cultura distinta de aquélla, dogmática y anticuada, que era la herencia de una tradición ya definitivamente fosilizada. También fueron los propios turcos los que, paradójicamente, estimularon la occidentalización de los árabes, al dejar filtrarse al través de los oficiales y de los funcionarios de estirpe árabe, los conocimientos técnicos, las aspiraciones a las reformas, los ideales de libertad y de democracia que iban minando los viejos fundamentos del Estado otomano.

Antes que ningún otro país árabe, y en mayor proporción, Egipto se abrió a la vida moderna. Ya con la invasión napoleónica había tenido los primeros vislumbres de ella ; y con el gobernador rebelde en la Sublime Puerta, Mohammed Alí, se había separado de hecho de Turquía y se había encaminado hacia una cierta autonomía ; en la introducción de la prensa y en los tímidos ensayos de un periodismo en lengua árabe, había encontrado un conducto para aportar ideas nuevas, que tuvieron la oportunidad de propagarse, aunque sólo fuera de una manera indirecta, al través de la afluencia de capitales y de técnicos europeos atraídos por la política económica de Mohammed Alí y de sus sucesores, y que culminó con la apertura del Canal de Suez y con la « europeización » de Egipto.

*
* *

La segunda mitad del siglo XIX fué en Europa la edad del triunfo del liberalismo y de la afirmación del principio de nacionalidad. Las « élites » árabes (las de Egipto en primer lugar, pero también las de Siria), que asistían a las escuelas de misioneros o iban a estudiar a Europa, no podían dejar de empaparse de los principios políticos que prevalecían en ella ; y paralelamente, con influencias recíprocas, asimilaban todo lo que iba madurando entre las « élites » turcas, las cuales en medio de exilios y persecuciones preparaban la caída del viejo sistema autocrático otomano y la creación de un Estado nacional turco.

En el movimiento revolucionario árabe, como por otra parte en el de los Jóvenes Turcos, la tendencia al reformismo liberal prevalecía, en realidad, sobre la de la autonomía nacional. Pero con frecuencia coincidían ambas. Y mientras el fanatismo religioso musulmán, con el peso de la tradición y el apoyo de las masas atrasadas, se oponía al liberalismo « modernista », aquél no obstaculizaba sistemáticamente el ideal nacional, si bien lo consideraba extraño a la ideología propia. De este modo, los dos ideales coincidían a veces en el odio común a todo lo extranjero, que para los creyentes era sinónimo de infiel. Esto se advierte, entre otras cosas, en la rebelión de Arabí Pachá, en 1882, que al degenerar en movimiento xenófobo, dió lugar a la ocupación de Egipto por los británicos. Y ésta, a su vez, fué causa al mismo tiempo de una occidentalización cada vez mayor y de una aspiración cada vez más intensa a la autonomía y a la independencia.

Antes de la guerra de 1914-1918, sólo se observa un movimiento nacional árabe consciente y coherente : aquél cuyo fundador, animador y jefe fué, en Egipto, Mustafá Kámil, muerto cuando contaba poco más de treinta años, en 1908, y venerado hoy como un genio precursor. Su doctrina, que suma la independencia a la democracia,

se inspira en principios que pudieran denominarse « mazzinianos ». Su nacionalismo no es tanto « árabe » como « egipcio », ya que se propone crear una nación egipcia, y no persigue explícitamente la unificación de todo el mundo árabe.

Bastante distinto, al mismo tiempo que opuesto, fué el movimiento que obtuvo buenos éxitos a fines del siglo XIX y a principios del XX : el panislamismo, que aspiraba a unir a todos los musulmanes, cualquiera que fuese su origen y su idioma, bajo la bandera de la religión común. En este movimiento, aunque se advierta también la influencia de los diversos « panismos » que florecían en Europa por entonces, revive en substancia el antiguo ideal teocrático del Islam, que identifica la religión con el Estado y quiere que todos los musulmanes estén unidos bajo un solo jefe, que sea al mismo tiempo temporal y espiritual, es decir, el califa ; ideal que, como se ve, es de tipo estrictamente medieval, y que por lo demás sólo ha tenido efectividad durante muy poco tiempo, en los albores del Islam.

*
* *

La primera guerra mundial fué la única que dió actualidad a las aspiraciones nacionales árabes, y fué la Gran Bretaña quien las convirtió en realidad, como arma ofensiva contra el Imperio otomano, aliado de las potencias centrales. Desde la separación efectiva de Egipto de la suprema soberanía otomana, a la guerrilla en Arabia, que hizo famoso el nombre de Lawrence ; desde la expedición contra Bagdad, al apoyo clandestino a los movimientos insurreccionales en Siria han tenido lugar numerosas acciones militares y políticas que han contribuído a fomentar el sentimiento nacional árabe, que se confirmó en un acuerdo, por lo demás muy poco claro en sus términos, estipulado entre el comisario británico en Egipto, Mac Mahón, y el emir de la Maca, Husein, fundador de las actuales dinastías del Irak y de Jordania, que se arrogaba una autoridad religiosa, no muy bien definida, sobre el mundo islámico, en contraste con la que se arrogaba el Sultán otomano.

Nadie había pensado nunca en un Estado nacional que abarcara todos los pueblos de lengua árabe, a no ser quizá algún soñador aislado ; ni el llamado Occidente árabe, desde Libia a Marruecos, fué tomado en consideración por el momento. Sin embargo, conviene no olvidar, que desde mediados del siglo VIII, cuando los árabes eran en realidad una minoría de guerreros acampados en territorio conquistado —semejantes a los germanos en el suelo del Imperio romano—, jamás se había vuelto a ver un Estado árabe unitario.

Pero ni siquiera volvió a hablarse de una federación de los países árabes que habían formado parte del Imperio otomano : Siria, Palestina, Irak, parte de Arabia ; y quedaba fuera, además del Yemen y otros pequeños Estados bárbaros de Arabia, bajo tutela británica, el diminuto principado de Ibn Saúd, el astuto emir que había sabido mantenerse neutral durante la guerra y debía más tarde, gracias a la diplomacia y al petróleo, elevarse hasta ser un factor de primer orden en la política árabe Pero se crearon, en cambio, los mandatos al través de los cuales los nuevos Estados se hubieran encaminado gradualmente hacia la independencia ; y Egipto se convirtió en un protectorado inglés.

En conjunto, durante el período entre las dos guerras, aunque en medio de agitaciones y represiones, Egipto y los Estados herederos del desmembrado Imperio otomano realizaron notables progresos, tanto materiales como intelectuales. Las asambleas parlamentarias les adiestraron para la vida pública ; el periodismo tomó consistencia ; los partidos políticos se afirmaron, aunque no sin confusiones, intrigas y personalismos ; se elevó el nivel de la cultura ; pero los problemas sociales, graves e intrincados, no fueron afrontados resueltamente ; lo que al mismo tiempo fué verosímilmente efecto y causa de la inestabilidad de la situación política.

*
* *

La organización de los Estados árabes se efectuó, como era de esperar, sobre el modelo occidental. De tipo occidental, con apenas algunas modificaciones debidas a las

condiciones particulares de cada uno, fueron las organizaciones políticas, administrativas y judiciales ; el espíritu de democracia y de tolerancia, cuyo advenimiento, según se había asegurado, era el fin supremo de la guerra europea, parecía deber servir de guía luminoso para las jóvenes fuerzas nacionales. Y hasta el sentimiento de patria se forjó sobre el principio y según la tradición y el ejemplo de las naciones europeas. Se consideraron hermanados todos los ciudadanos, sin diferencia de religión ni de raza ; se declararon idénticos el territorio y la nación.

Así pues, los Estados árabes de reciente formación iban consolidándose, según las normas del principio de nacionalidad, fundado en la libertad, bajo cuya bandera se habían constituído en Europa, además de los Estados nacionales del siglo XIX los que nacieron al final de la guerra, como consecuencia del triunfo de dicho principio.

Pero, incluso entonces —y probablemente no sin un trágico espíritu de venganza por los errores y las culpas de los vencedores—, en la misma Europa, o por lo menos en parte de ella, la democracia era sustituída por la dictadura, el sentimiento nacional cedía el paso a su deformación grotesca y al nacionalismo, que es, con relación al primero, lo mismo que el fanatismo es a la religión. Para los árabes era difícil sustraerse a la seducción del fascismo triunfante en Italia, y a la del nacionalsocialismo triunfante en Alemania. Tanto más difícil, cuanto que, por una parte, las dictaduras no habían encontrado más que críticas débiles o la aprobación directa de las « democracias », y por otra parte, su política extranjera se desarrollaba en oposición con la de la Gran Bretaña y de Francia, en las que muchos árabes veían el obstáculo principal para su propia independencia.

De este modo, mientras la frágil armazón democrática empezaba a crujir, el nacionalismo totalitario iba penetrando profundamente en los países árabes, ayudado también por una hábil propaganda fascista y nazi. Todo esto chocaba y se entrelazaba con el fanatismo musulmán que, ignorando la tendencia antirreligiosa fundamental de esas nuevas doctrinas (no eran solamente los fanáticos musulmanes los que la ignoraban), saludaba en ellas al adversario de las democracias laicas y aconfesionales. El ejemplo de la Arabia Saudita, país de rigurosa observancia, y cuyos éxitos militares y diplomáticos la conferían un enorme prestigio en todo el mundo islámico, servía además de advertencia para volver a la tradición ortodoxa. De este « nacional-islamismo » ha sido un exponente típico la asociación terrorista « Los Hermanos Musulmanes ».

La confluencia de estas dos corrientes ha dado origen al exasperado nacionalismo árabe actual, que, paradójicamente, es a un tiempo étnico y confesional ; pero su desarrollo se ha visto favorecido sin duda por otros elementos, resultantes de la segunda guerra mundial.

Esto fué en definitiva el fin del colonialismo ; o mejor dicho, la reducción de la distinción entre pueblos « superiores » y pueblos « inferiores ». Hecho excelente en sí, mientras no vaya acompañado de un estremecimiento de rencor y de venganza, mientras no venga a sustituirlo el mito de otra superioridad distinta.

Y he aquí lo que ha sucedido : como se lee en innumerables libros y artículos abundantemente difundidos en todo el mundo árabe, de ahora en adelante se atribuye a los árabes el carácter de « pueblo elegido » ; se recuerdan, exaltándolos, sus fastos guerreros, el esplendor de su civilización, su contribución al progreso de la ciencia, llegando de este modo a la conclusión de que les está reservado el dominio del mundo. Lo que no difiere mucho (dicho sea de paso) de la evocación de las conquistas de Roma, del viaje de Colón, de los descubrimientos de Galileo, Volta y Marconi, en apoyo del advenimiento ineluctable del Imperio universal del fascismo.

En segundo lugar se sitúa la cuestión de Israel, que es mucho más grave, por ser más actual. Los árabes consideran a Palestina como una tierra suya, la primera de las que conquistaron éstos hace trece siglos y medio, bajo el signo del Islam ; y un versículo del Corán, tal como se ha interpretado, hace de Jerusalén un lugar santo, tanto para los musulmanes, como para los

hebreos y para los cristianos. Resulta difícil, si no imposible, para los hombres de buena voluntad, ver el modo de hallar una solución al conflicto entre Israel y los árabes ; conflicto que, indebidamente, ha unido a varios Estados, que por lo demás no carecen de motivos de rivalidad, ni de contrastes de intereses, pero que también agudiza el extremismo nacionalista.

Se puede sonreír del programa máximo expuesto por Nasser en un librito suyo, que se ha equiparado con *Mein Kampf*, de Hitler : Egipto llamado a reunir a su alrededor, en primer lugar, a los pueblos de lengua árabe, después a los de toda el Africa, ansiosos de sacudirse el yugo de los « blancos », y finalmente a los musulmanes del mundo entero, para constituir un bloque de cerca de 400 millones de hombres, una potencia capaz de desafiar a cualquier otro coloso, ya sean los Estados Unidos de América, la Unión Soviética, la India o China, y de llevar a uno de ellos una contribución decisiva en la lucha suprema por la hegemonía sobre el mundo.

Que los árabes constituyen una nación está fuera de duda ; a despecho de las divergencias de dialectos, de costumbres, de criterios políticos y de los intereses actuales que separan a Marruecos de Egipto, a Siria de Túnez, al Irak del Yemen, les mantiene unidos la comunidad del idioma literario de los recuerdos históricos, de la tradición religiosa (si bien entre una mayoría de musulmanes los cristianos representan una minoría no desdeñable). Tienen razón de enorgullecerse por su gran pasado, por el imperio inmenso, aunque efímero, que sus armas conquistaron, por sus artistas y por sus hombres de ciencia, aunque desde el punto de vista « racial », en su mayor parte, descendiendan de otras estirpes. Pero los recuerdos de un pasado glorioso no deben hacer olvidar, ni a los árabes, ni a los no árabes, que la historia no marcha hacia atrás.

No tienen menos razón los árabes para estar orgullosos por su reciente y estupendo renacimiento, que les ha hecho salir de un oscuro medievalismo, ha reforzado sus dotes intelectuales innatas, les ha permitido rejuvenecer el arcaísmo de su lengua literaria, haciéndola apta para reflejar todos los matices del pensamiento científico y de la expresión artística contemporáneos. Si nación significa « deseo de estar juntos », no puede sino aprobarse la constitución de la Liga Arabe nacida después de la segunda guerra mundial, para realizar una colaboración cada vez más estrecha entre las naciones árabes, no sólo en el campo de la política, sino también en el de la cultura (en el que ya ha dado resultados magníficos), y, es preciso esperarlo, en el del progreso social.

Sea bienvenida la unión de los árabes, si ha de significar la elevación material y espiritual de un noble grupo nacional, en pacífica convivencia y fecunda colaboración con los demás grupos. Pero si, bajo el aspecto de solidaridad nacional, esa unión desarrollase un espíritu nacionalista ponzoñoso (desgraciadamente no faltan síntomas de ello), constituiría entonces un peligro para la paz y la libertad del mundo, peligro que sería preciso combatir y extirpar. Y como ya ha sucedido con otros nacionalismos, en la cruenta operación serían sacrificados, junto con el germen del mal, muchísimos bienes preciosos. ¡ Que una desgracia semejante pueda evitarse a los árabes y a la humanidad entera !

GIORGIO LEVI DELLA VIDA

GORDIAN TROELLER

El Irán, tierra de corrupción

Fuera del partido tudeh (comunista y clandestino), el ejército es la única formación política que existe en el Irán. No hay otra ; y lo que de tarde en tarde, toma el nombre de « partido » no es más que la clientela inestable de algún hombre político, o más bien de algún intrigante. Clientela que, no obstante, está dispuesta a retirarle su apoyo, en cuanto se vean comprometidas las posibilidades de llegar al poder, es decir, de distribuir prebendas, licencias de importación, etc. Prescindiendo de la experiencia Mossadeq, no existe, pues, ninguna formación política unida por un programa o una idea, sino solamente asociaciones pasajeras de intereses.

Por este hecho, los partidos o agrupaciones que hicieron su aparición en el curso de los últimos años no poseían cuadros ni organización propiamente dicha —rara vez un comité directivo— y han desaparecido sin dejar huellas ni sentimiento, en cuanto se han reducido las posibilidades de ganancias.

El ejército —con la policía y la gendarmería— es una fuerza política destinada esencialmente a sostener el régimen, combatiendo al enemigo interior. Por ser el único partido que pesa, y puesto que gracias a él se gobierna, todo el que ambicione el poder habrá de tratar de atraérselo.

Persia aumenta rápidamente los efectivos de su ejército, sobre todo desde su adhesión al Pacto de Bagdad. Los gastos militares absorben actualmente el 60 % del presupuesto del Estado. Cuando 50.000 hombres bastarían sobradamente para mantener la seguridad interior. Persia se propone aumentar en poco tiempo sus efectivos, hasta 300.000 hombres. En lo que concierne a la defensa exterior, este esfuerzo es absurdo, ya que ni dos millones de hombres serían suficientes para contener una eventual ofensiva soviética. En un conflicto en el que se enfrentaran los continentes con todos sus recursos, estos ejércitos tendrían la eficacia de unos soldados de plomo. Supongamos que el país fuera ocupado : al cabo de media hora de propaganda y de algunas ejecuciones de intimidación, el invasor utilizaría a esos hombres, con su armamento, para imponerse en el país.

Si se piensa en la defensa de las fronteras, este aumento desmesurado del ejército, además de absurdo, es sin duda alguna extremadamente peligroso en lo que se refiere a la política interior. Hasta la época de Reza Shah, la carrera de oficial estaba reservada a los hijos de las grandes familias. Ahora está formándose una nueva clase de oficiales, todos ellos de extracción modesta, que no tienen que defender ni fortuna, ni poblados, ni terrenos, ni privilegios. Al contrario, estos oficiales están mal pagados (sesenta dólares mensuales de sueldo para un capitán). Han hecho sus estudios en un clima « progresista », en una época en que era inevitable que los jóvenes sin fortuna ni porvenir sucumbieran bajo la influencia de las consignas prometedoras, procedentes de la otra orilla del Mar Caspio. Estos nuevos oficiales constituyen una especie de proletariado militar lleno de rencores y de reivindicaciones, envidioso de los privilegios y de las prerrogativas de una clase que les ha oprimido siempre y que les explota, obligándoles a defenderla.

Sucede, pues, que al aumentar los efectivos de las fuerzas armadas, con el pretexto de la lucha contra el comunismo, se facilita en realidad a los comunistas o a cualquier otro elemento revolucionario el acceso al único instrumento que en el Irán procura el poder.

Pero el ejército no fabrica únicamente comunistas o descontentos sociales en sus filas. Su existencia y su presencia bastan para crearlos en todo el país. Para comprender esta situación, es preciso saber lo que es un ejército de esta clase.

En América esto se llama « racket » : en

primer lugar, un soldado no percibe nunca su paga entera, sino el 30 o el 50 % de ésta. La diferencia entre el sueldo nominal y el sueldo efectivo la cobra el sargento, que se embolsa el 5 % del total de este impuesto individual y pasa el resto a su superior. Este se guarda el 5 % de la suma que recibe, antes de transmitirla a su superior, que deduce de ella el 7 %, y así sucesivamente hasta llegar al coronel, que sólo cobra un porcentaje restringido, pero por hallarse en lo alto de la pirámide, acumula. El soldado, en cambio, recibe el rancho. Esto debería bastarle. Pero él también ha encontrado una « combina » : en lugar de hacer las horas reglamentarias de presencia en el cuartel y de entrenamiento, busca trabajo. Si tiene suerte, encuentra un empleo fijo (ayuda de cámara, colchonero, chófer de taxi). En este caso, da el 50 % de su salario al sargento, que se guarda el 5 %, pasa el resto a su superior, y así sucesivamente. Está todo maravillosamente reglamentado. Y una buena parte del ejército entra en este circuito. Es el sistema de los ejércitos del antiguo régimen en Europa, ni mejor, ni peor.

Hay además otros ingresos secundarios : si una unidad acampa en una región de bosques, los soldados se ocupan en hacer carbón vegetal, que luego venden. Los beneficios obtenidos de este modo toman el mismo camino que las soldadas y los salarios. Si se trata se desarmar a una tribu, los oficiales revenden una parte de los fusiles confiscados... a esta misma tribu, lo que no impide que, al año siguiente, se vuelva con una nueva orden de desarme y se proceda del mismo modo. Es preciso, ante todo, no agotar el mercado.

*

Todo el que viaja un poco por el país encuentra inevitablemente en los grandes hoteles o en los cafés, a la moda de Roma, París o Cannes, señores con la piel algo más oscura que la nuestra y que, por su elegancia, sus modales y sus conocimientos de idiomas se distinguen difícilmente de los más refinados y mundanos de entre nosotros.

Son los príncipes persas. Os lo explicarán ellos mismos, con una indiscreción displicente, durante los cinco primeros minutos de conversación. No tendréis ninguna dificultad para averiguar que poseen tierras tan vastas como Bélgica, Portugal o Escocia. Sus mujeres se visten en casa de Dior o de Fath, y podrían rivalizar con las más elegantes bellezas internacionales, si no tuviesen la deplorable costumbre de copiar el exagerado maquillaje de los periódicos de modas, añadiéndole su punta de reminiscencia tribal. Son encantadoras, lo mismo que sus maridos. En las recepciones mundanas, en los « cocktails » de las embajadas o en las primeras presentaciones mundiales de cine, encontraréis indefectiblemente esas parejas principescas que, con tanta convicción, casi diría con tanta pasión, han optado por todo lo que el Occidente tiene de más perfeccionado, que es necesario hacer un gran esfuerzo de imaginación para volver a situarles en su ambiente, al estrecharles la mano.

Si vais a Teherán, los encontraréis al volante de sus « Cadillac », y os recibirán con la más perfecta hospitalidad en sus casas, cuyo « confort » externo (piscina y bebidas heladas) se inspira en los decorados del cine de Hollywood. Allí conoceréis al Encargado de Negocios de Francia, al Embajador de los Estados Unidos, a los Agregados británicos, al Director del Punto IV y a todos los Ministros Plenipotenciarios de la América Latina. La servidumbre, siempre numerosa, está a menudo vestida de harapos y lleva el calzado roto ; el servicio deja igualmente que desear. Pero quizá sea éste el único formalismo que han olvidado copiar del Occidente. Pronto sabréis que el príncipe tiene muchos hermanos y hermanas —su padre tenía numerosas mujeres—, pero nunca comprenderéis por qué todos estos hermanos no son también príncipes, tanto más cuanto que hacen figurar este título en sus tarjetas de visita.

Estos hermanos y hermanas, estos primos y primas, estos parentescos paralelos, cruzados y mezclados forman una tribu que se conoce con el nombre de las « doscientas familias ». Esta tribu singular que, bajo su máscara « Costa Azul », nos oculta el verdadero rostro de Persia, es la que ocupa el Irán militarmente y por la fuerza.

Reza Shah había declarado resueltamente la guerra a esta clase y en parte

había logrado quebrantar su fuerza. Pero, con el advenimiento de su hijo, se ha restablecido el antiguo equilibrio ; y el singular clan de que acabamos de hablar ha reconquistado su influencia, lanzando a sus hijos a las profesiones liberales y a los grandes negocios : eran los únicos que podían asegurar a sus descendientes estudios más o menos completos.

Estas nuevas posibilidades de ganancias, en dinero líquido sobre todo, la atracción del « confort » y de las distracciones de la ciudad, les hicieron optar por una vida de tipo occidental y desertar de sus tierras, cuya administración dejaron, en la mayoría de los casos, en manos de intendentes que sólo tienen en la cabeza la idea de enriquecerse lo más pronto posible, en detrimento a la vez del propietario y del campesino.

En el plan político, el gran mundo tiene dos ambiciones : conservar sus privilegios y enriquecerse. Por lo que se refiere a los privilegios, una seria amenaza había surgido con el advenimiento de Reza Shah Pahlevi Primero, quien, con el apoyo de la Gran Bretaña, expulsó a los Qadjars. Este conflicto subsiste con el soberano actual, a quien las grandes familias —al menos las más dignas— desdeñan. Para ellas, sólo es el hijo de un advenedizo, y su padre fué el que mató a sus padres. En una palabra, un intruso que les disputa el dominio del país en nombre de una tradición que no es la suya.

En el seno de esta unión dispar, que se presenta como un matrimonio feliz, pero en el que las disputas hacen prever a veces un divorcio, cada una de las partes trata de imponerse. Hasta la llegada de Mossadeq, las grandes familias tuvieron indiscutiblemente la preponderancia. Después, bajo el gobierno del Frente Nacional, la cuestión se embrolló de manera curiosa : Mossadeq se atribuía esencialmente el papel de tribuno. Y como tal, hubiera querido hacer del soberano un verdadero rey constitucional, símbolo de la unidad de la nación, gobernar con él en beneficio del pueblo y quebrantar definitivamente el predominio de los feudales. Pero al mismo tiempo —y en esto residía la contradicción interna— este anciano era un miembro de las grandes familias : un Qadjar.

Esto dió lugar al equívoco más dramático de la historia moderna del Irán. Engendró el tono exasperado y violento de desconfianza recíproca que caracterizó el diálogo entre los dos hombres, y condujo finalmente a la ruptura. El rey desconfiaba de ese viejo señor, su enemigo de casta, mientras que este último no lograba dominar sus reacciones de feudal frente al rey, cuando había logrado suprimirlas en sus relaciones con el pueblo. Sin este equívoco, el Irán se encontraría hoy a la cabeza del Oriente Medio y Cercano, y mucho más lejos del peligro comunista de lo que está en la hora actual. El rey y Mossadeq estaban destinados a entenderse, pues en el fondo estos dos hombres querían lo mismo. La prueba de ello es que el rey trata actualmente de realizar las reformas esbozadas por Mossadeq. Sus objetivos son idénticos sobre todos los puntos : abolición de los privilegios, supresión del predominio abusivo de las grandes familias, lucha contra la corrupción, nivelación de las riquezas, emancipación del pueblo y distribución de las tierras.

En este momento la lucha está indecisa. Y en vista de que no se ha llegado a ningún resultado en el curso de un año, habrá que admitir que las grandes familias han vuelto a triunfar. Ellas ocupan la mayor parte de las posiciones claves, desde las que el sabotaje de las iniciativas reales es cómodo. Aun cuando el rey domina nominalmente al ejército, éste se encuentra minado por hombres del otro campo. Hasta cuando el mismo soberano designa a sus ministros y a la mayor parte de los diputados, se ve obligado a tener en cuenta los grandes nombres de las provincias y de las ciudades, a menos de provocar francamente la revolución. Pero, ¿ en qué fuerzas puede apoyarse el Shah para una iniciativa de esta clase ? Mossadeq había encontrado el medio de imponerse : se había rodeado de hombres jóvenes, políticamente nuevos y, hasta cierto punto, progresistas. Sin embargo, su triunfo principal consistió en la organización de dos fuerzas de igual importancia : el ejército y el pueblo. Cada una de estas fuerzas servía para meter en cintura a la otra, lo que le permitía quedar como único árbitro y dueño de la situación, al mismo tiempo que daba al pueblo la

satisfacción de participar directamente en la realización de unas reformas, que eran suyas. Si un peligro exterior lo hubiese exigido, Mossadeq hubiera logrado reunir en un solo bloque el ejército y las fuerzas populares. Al no permitir la participación del pueblo en su propia obra, el Shah no podrá contar ya con el apoyo popular, y si acaso contara con el ejército contra una revuelta eventual de las masas, no conseguiría nunca que fuera contra los feudales. Esta es su debilidad, multiplicada por los antagonismos y las contradicciones diarias de la política occidental.

La ofensiva del Shah ha coincidido con su regreso de Londres y de los Estados Unidos, a principios del año pasado. Ciertas advertencias oficiosas le habían estimulado a atacar el mal por la base y a quitar a las grandes familias su principal sostén : la corrupción. A su regreso a Teherán, destituyó al general Zahedí e improvisó un Gobierno Alá, cuyo único programa era la lucha contra la corrupción.

El soberano no hubiera podido encontrar un hombre más íntegro ni más calificado para esta empresa, pero el Sr. Alá, de temperamento blando, se halla además en un estado de salud precario para poder actuar con toda la energía necesaria.

En un primer movimiento de entusiasmo, se crearon las comisiones de depuración. Algunos funcionarios acabaron en la cárcel y el alcalde de Teherán hubo de seguir la misma suerte del general Zahedí. Pero, entretanto, las grandes familias se habían percatado del peligro. Sin gran dificultad, lograron paralizar todas las investigaciones o las medidas de depuración en los medios dirigentes y desviar la atención pública hacia cuestiones secundarias, como la lucha contra el opio o contra la prostitución. El Shah se dirigió entonces a los diputados y senadores agitando el espantajo de una dictadura militar, pero sin obtener el deseado éxito. La corrupción se ha generalizado hasta tal punto que consigue conciliar a adversarios irreductibles. Además, en Irán sólo existen unos pocos hombres irreprochables, que pudieran asumir las funciones de jueces sin ser algún día acusados a su vez, si cambiara la situación.

A medida que la ofensiva real se desarrollaba, asociando a su programa de lucha contra la corrupción reformas sociales, fiscales y agrarias, la resistencia de los medios dirigentes no hacía sino acentuarse. Su primer contraataque fué la campaña contra la secta de los bahais, la prohibición de su culto y la destrucción de sus templos. Este asunto, magistralmente orquestado, puso de manifiesto los recursos definitivos de las grandes familias.

Cierto viernes que no parecía deber distinguirse de los demás, el predicador Falsafi calificó a los bahais de traidores, de espías, de corrompidos y pidió su expulsión del Irán, así como la destrucción de sus templos. Algunos días más tarde, las autoridades militares ocupaban los templos en cuestión, y se pudo ver al jefe del Estado Mayor posar para los fotógrados mientras daba el primer golpe de pico para la demolición del templo de Teherán. En provincias, los mollahs repetían el discurso de Falsafi y excitaban de tal modo la pasión popular que los bahais fueron asesinados, sus rebaños destruídos, sus casas saqueadas, sin que las autoridades hicieran un verdadero esfuerzo para impedir estos actos de violencia. Al contrario, los diputados, los senadores y los hombres del gobierno se apoderaron de los argumentos de los mollahs, y la secta de los bahais fué oficialmente condenada, « por no ser una religión del Libro » (la Biblia). Después de recibir la visita del Ayatollah Borudjerdi, jefe espiritual de los escitas, que en esta ocasión concedió por primera vez en su vida una entrevista a la prensa y tomó posición en un asunto cuyo aspecto exterior era solamente religioso, el rey se calló y dejó hacer.

¿ Cómo puede luchar el soberano contra este cáncer generalizado ? En el plan político le queda todavía el predominio del gobierno, que dispone en la Cámara de una sólida mayoría. Sin embargo, esta mayoría sólo apoya al gobierno porque el Ejecutivo es débil, es decir inofensivo, y no porque comparta sus puntos de vista sobre las reformas que hay que emprender. Por lo demás, los diputados tampoco están siempre a cubierto de las violencias ni de las intimidaciones.

GORDIAN TROELLER

Por qué Israel debe sobrevivir

POR JOSEPH ALSOP

DURANTE los veinte años que he ejercido el periodismo político en mi país y en el extranjero, nada me ha emocionado tan profundamente como mi estancia en Israel. Sin embargo, lo que me ha impresionado de manera particular no ha sido la prudencia de la política israeliana, ni ninguno de los factores que son moneda corriente en la profesión de periodista. Lo que tanto me ha impresionado ha sido algo casi intangible, algo que suscitaba esencialmente una especie de reacción personal.

En realidad, es sencillamente el ambiente —el clima personal, si se quiere— de la vida de Israel. Y aunque no sea cosa fácil, trataré de dar una idea de este curioso ambiente, por completo despojado de los sentimientos de inquietud que experimentamos en las naciones occidentales, menos jóvenes, pero más grandes, ricas y fuertes.

Israel es un país pobre, con una superficie muy escasa, poblada únicamente por 1.700.000 habitantes. Con un buen automóvil, su territorio puede atravesarse de norte a sur en un día. Israel no ha sido deshumanizado ; allí el individuo no se ha diluído en la masa. En efecto, se encuentra la misma intimidad, la misma solidaridad, el mismo interés humano verdadero en la vida de Israel, que existió sin duda en otros tiempos en las ciudades de la antigua Grecia. Por esta razón, el israelí siente con más o menos fuerza y más o menos conscientemente, lo que el británico y el norteamericano han cesado de sentir.

Siente que, con sus propias manos, con su cerebro y con el sudor de su frente ayuda a la construcción de Israel. Siente también que, si es menester, se conducirá como un héroe. Son muchos los que piensan que este momento llegará y están dispuestos —casi demasiado dispuestos— a defender el país que construyen, a pesar de todas las amenazas y de todos los peligros. Hacen pensar en el pequeño ejército de Nehemías, en el que « cada cual trabajaba con una mano y tenía una espada en la otra », para reconstruir los muros de Jerusalén, al regresar del cautiverio en Babilonia.

Evidentemente, este sentimiento intenso y agresivo de ciudadanía —suponiendo que ésta sea la calificación más acertada— está en parte inspirado por los sufrimientos y las injusticias, cuyo recuerdo cruel perpetúa el folklore judío : los zares, con sus pogroms, Adolfo Hitler, con su Auschwitz, son los verdaderos fundadores de Israel. « Nosotros no somos responsables de ello », pensaréis a guisa de protesta silenciosa ; pero en tanto que « goyim », no podéis menos de experimentar cierto sentimiento de culpabilidad cuando un joven israelí os dice, como me dijo uno de ellos : « He preguntado a mi padre por qué había

abandonado la confortable vida alemana por los rigores de Israel. Y me ha contestado que había venido aquí por razones que ningún judío nacido en Israel comprendería nunca, y que no quería que yo comprendiese. Pero creo haberlas adivinado en parte, y por ello le estoy agradecido. »

Por otro lado, todos los israelíes están más o menos inspirados por la antigua religión de su raza. Es cierto que, oficialmente, Israel es un Estado laico. Es cierto que los creyentes ultraortodoxos del viejo barrio judío de Jerusalén, con sus barbas flotantes, sus patillas trenzadas, su largos *kaftanes*, sus extraños gorros de piel, su furor contra el mundo moderno —hasta el punto de ser capaces de lapidar un automóvil que penetre en su barrio en sábado— son todavía más hostiles al Estado de Israel que la misma minoría árabe. Estos judíos ultraortodoxos consideran a Israel como un sacrilegio abominable, porque sostienen que sólo el Mesías debe restituir la Tierra Santa al pueblo judío. Por esta razón, los miembros de esa extraña minoría judía, lo mismo que la minoría árabe, están exentos de hacer el servicio militar en el ejército israelí.

*

Mientras reanudábamos nuestro camino al través del desierto desolado, yo reflexionaba sobre la mentalidad singular de todos los jóvenes israelianos, como el teniente coronel Eliahú Zeira y sus hombres, que tienen una fe inquebrantable en su país, y que aceptan gozosos las tareas que las juventudes americanas, inglesas o francesas tratarían de eludir a toda costa. Y yo pensaba también en el carácter extraño de la vida diaria en Israel, que en apariencia es monótona y está exenta de distracciones, y cuyas ventajas materiales son estrictamente limitadas.

Para excitar un poco el amor propio de Elí, le dije que Israel parecía imponer a su pueblo sacrificios muy pesados, y darle muy poca cosa a cambio de ellos. Elí reflexionó un momento, después contestó en tono apacible : « ¡ A pesar de todo, ser israelí es un privilegio, por lo menos para aquél que quiere comprender para qué vive ! »

En esta última observación, tan llena de sentido, se encuentra sin duda la clave del misterio israelí. No solamente Elí, sino también la inmensa mayoría de los israelíes « quieren saber para qué viven ». Y tienen conciencia profunda de ello. Por esto estiman que ser israelí es un privilegio. Y están dispuestos, y hasta resueltos, a los mayores sacrificios, a morir si es preciso, por esta razón de vivir, profunda y esencial, que Israel representa a sus ojos. Este sentimiento de ser un engranaje útil es indudablemente la idea dominante que Israel inculca a cada uno de sus hijos.

No pretendo de ningún modo afirmar que en Israel no existen, como en todas partes, traidores, oportunistas, cobardes y tramposos. Las calles de Tel Aviv, esta ciudad cuyos habitantes pertenecen sobre todo a la clase media, no ofrecen un aspecto muy noble. La naturaleza humana no se ha hecho sublime automáticamente al ser trasplantada a la tierra de Palestina. Pero hay bastantes israelíes que creen en la razón de existir de Israel, para que su influencia y su ejemplo se impongan a todos sus compatriotas. Y esto es lo que hace el ambiente de Israel tan diferente del ambiente político de otros países que nos son más familiares.

Si dudan ustedes de ello, estudien simplemente algunas de las realizaciones más curiosas : me refiero especialmente al *kibbutz* de Magal, la granja colectiva « La Hoz », situada en la frontera con Jordania. El notable movimiento *kibbutz* ha perdido últimamente alguna importancia. En la hora actual, las granjas colectivas, rigurosamente organizadas, roturan menos tierra que las admirables explotaciones agrícolas cooperativas y que los labradores independientes. Pero el Gobierno sigue instalando *kibbutzim* a lo largo de las fronteras, como puntos de defensa eventuales. Y todavía se encuentran voluntarios para formar nuevos *kibbutz*. Y el *kibbutz* de Magal es uno de los nuevos establecimientos de esta clase, creados hace unos tres años.

El paraje es muy bello : un viejo olivar de hojas plateadas, en lo alto de una colina, desde la que se domina todo el valle, y donde se oyen a menudo los disparos a lo largo de la carretera fronteriza, hasta una

linda aldea arabo-jordaniana, situada más lejos, en una altura. Pero los edificios del *kibbutz*, bajo los olivos, se parecen a los de un miserable campamento de verano para niños, y el lugar hace pensar al principio en un campamento que los jefes hubieran abandonado, dejando que los jóvenes acampados se arreglasen solos. En cierto modo, esta impresión no es del todo falsa. Los *kibbutziks* de Megal eran muchachos y muchachas pertenecientes al movimiento de los exploradores israelíes, que han escogido este género de vida en común, antes de abandonar la universidad. Por esta razón han ingresado en esta sección medio militar y medio agrícola del ejército israelí, que se llama *Nachal*. El *Nachal* los ha instalado allí, junto a la frontera con Jordania y les ha dado instrucciones para iniciarles en los secretos de la agricultura, hasta el término de su servicio militar. No obstante, hace año y medio que se han visto abandonados a su propia iniciativa, y todavía parecen muy jóvenes y muy inexpertos.

Así es que todos han escogido, desde su juventud, una existencia espartana. Comen sencillamente — la mayor parte de las gentes encontrarían su alimentación francamente mala. Viven sin « confort », y son pocos los que disponen de una habitación independiente. Entre las muchachas hay algunas que una vez terminada la jornada de trabajo, se ponen unos modestos vestiditos de algodón ; pero la mayor parte de ellas lleva la blusa y el « short » kaki, que constituye el uniforme de los idealistas israelíes. A decir verdad, los *kibbutzniks* de Magal no tienen más remedio que vivir de este modo.

¿ Durará esto mucho tiempo ?, se pregunta uno. Y a primera vista se duda de ello. Raffi, que no tiene aún veinte años, y la linda Gila ofrecen un espectáculo encantador, cuando por la noche dan de comer en el aprisco al turbulento rebaño, a la luz de lámpara. Pero Raffi no parece un pastor muy experimentado. En cuanto a Gila, acaba de dejar a su rica familia en Tel Aviv, porque ha oído decir que « Magal era un nuevo *kibbutz*, al que sería agradable pertenecer ». A pesar de todo, los campos del *kibbutz* están bien labrados, bien regados, y no cesan de extenderse ; hay tractores bien cuidados y una gran máquina segadora del último modelo, en el taller ; y en la vasta granja se encuentra una hermosa cosecha de trigo, recogida en montones dorados, en espera de ser llevada al mercado.

*

Mientras siguen rodando por la carretera fronteriza, pregunten al chófer, que parece conocer a todo el mundo, los antecedentes de todos esos extraños jóvenes. « *Yasnanim* », contesta con una sonrisa burlona, y empleando el viejo término talmúdico para los « bien nacidos, los hijos de los nobles rabinos », pues Israe es hijo de un juez del Tribunal Supremo. Raffi es hijo de un célebre profesor de filosofía, mientras que casi todos los demás proceden de familias acomodadas o distinguidas. « Pero, ¿ resistirán mucho tiempo ? », vuelven ustedes a preguntar. ¿Sacrificarán para siempre la educación universitaria, las carreras liberales y todas las ventajas de que hubieran podido disfrutar ? El chófer sonríe de nuevo, encoge los hombros y dice : « Algunos se marcharán quizá, pero otros les reemplazarán. Ningún *kibbutz* ha sido jamás disuelto ; y aquí, en Magal, es preciso que haya uno. Ya lo ha visto usted mismo : es un *kibbutz* fortificado. »

Tampoco pretendo afirmar que la mayor parte de los israelíes se parezcan a los jóvenes que he conocido en Magal. Durante la etapa culminante de la cristiandad medieval, sólo hubo una pequeña minoría de personas que se consagraron a la vida monacal. Y en Israel hay sólo una minoría muy reducida de voluntarios para los *kibbutz*. Pero el no haber hecho voto de castidad no significa que los albañiles y los artesanos que construyeron la catedral de Chartres fueran hombres desprovistos de fe. En Israel, la mayoría de los que trabajan en las granjas ordinarias, en las industrias en plena producción, o los que sirven en el ejército o en el Gobierno no carecen de fe en su país, por haber rehusado la dura existencia de los *kibbutz*.

Por el contrario, en todas partes se comprueban las repercusiones de este sentimiento tan fuerte en Israel : el de tener una misión que cumplir, no para sí mismo, sino para el país entero. He visitado, por ejemplo, el centro industrial situado bajo la

égida del *Histadrut*, la Federación Israelí de los Sindicatos Obreros, en los alrededores inmediatos de Haifa. Mi guía era otro de mis amigos, David Hacohen, a quien conocí años atrás, cuando era Ministro de Israel en Birmania, y uno de los extranjeros más influyentes en ese pequeño país encantador y valiente, pero que a veces ha de luchar con muchas dificultades. Sucesivamente alegre, valeroso como un león y astuto como un zorro, pero siempre perspicaz, benévolo y lleno de ese humor típico de su raza, que ha dado origen a los buenos cuentos judíos, David Hacohen es una personalidad notable. Hubiera podido amasar una gran fortuna, pero ha preferido servir en el *Histadrut*, transformando los escasos millares de libras que constituían su fortuna, en un imperio industrial de 100.000.000 de dólares, imperio que hace ahora de esta organización socialista el « complejo » industrial más importante de todo el Oriente Medio. Lo que David me ha enseñado representaba también un éxito considerable, pues al norte de Haifa, hace treinta años, sólo había unos pantanos desiertos, que hoy han sido convertidos en un paisaje de hermosas casas de obreros y de fábricas de todas clases.

*

Sin embargo, lo que dió a esta jornada una significación especial fué un incidente trivial en una fábrica de tuberías. Algunos años antes, David había comprado todo el material en los Estados Unidos por un precio muy ventajoso. Toda la compleja maquinaria de este centro industrial, altamente técnico, había llegado a Haifa en cajas que no llevaban ni rótulos, ni números, y fué preciso mucho tiempo para poner todo aquello en estado de funcionar.

Aún ahora surgen de vez en cuando dificultades. En uno de los eslabones de la cadena, donde el día anterior se había descompuesto algo, un pequeño grupo de hombres estaba haciendo la reparación, bajo la dirección de un contramaestre yemenita, delgado, con largos cabellos rizados. Le habían traído por avión, desde el lejano gheto de Sana, donde viven los judíos árabes, tan poco al corriente de los progresos del mundo moderno que algunos de ellos habían encendido un fuego de leña en la cabina del avión para asar una pierna de carnero, que había de servirles para hacer una ligera colación durante el trayecto. Y no obstante, este yemenita se había adaptado tan perfectamente y con tal rapidez a los trabajos mecánicos, que había llegado a ser uno de los mejores contramaestres de la fábrica ; y había trabajado toda la noche para que la cadena pudiera seguir funcionando.

El director de la fábrica le dió las gracias, y él contestó con una sonrisa cansada : « ¡ Oh ! He recibído la semana pasada una carta de mi familia, que trabaja en el campo. Estaban furiosos porque les faltaba un tubo para el nuevo sistema de riegos. Y si en Israel queremos disponer de tuberías, hemos de fabricarlas aquí. »

Podría citar una docena de incidentes de este estilo, sobre todo en relación con los que viajan haciendo auto-stop, que se encuentran por todas las carreteras, y que los propietarios de vehículos motorizados transportan a través de Israel. Así es como encontramos a ese viejo judío del Kurdistán, buhonero de profesión. Durante todo el camino hasta Hadera, que pasa entre huertos de limoneros, relató con sencillez las derrotas, las victorias y el éxito final y duradero que ha alcanzado su granja colectiva. También existe el caso de ese joven y alto paracaidista, estrictamente ortodoxo, pero sin exageración, al que su barba sedosa, que no ha conocido nunca la navaja, daba un aspecto tan extraño. Sus padres habían muerto en las cámaras de gas de Auschwitz. El había venido de Polonia, y su entusiasmo por la agricultura en el Negev era tal que no cesó de hablar de sus cosechas hasta llegar a Jerusalén, y acabé por preguntarme si, después de todo, Elí no estará en lo cierto.

Pero de nada sirve amontonar ejemplos de esta clase. Vean esos bosques, aún jóvenes y verdes, que suben a la conquista de las laderas abruptas de las colinas palestinianas, en otro tiempo desérticas. Vean las antiguas terrazas, construídas por los fenicios, demolidas antes de la llegada de los romanos, y actualmente reconstruídas y cubiertas de plantaciones. Vayan a Petah Tikva y vean los vastos campos y los

huertos cargados de frutos, y recuerden que, al principio, murieron allí de paludismo docenas de pioneros jits, antes de que los pantanos inmemoriales hubieran sido desecados y de que los nuevos campos hubieran dado sus cosechas. Vayan a ver asimismo la nueva industria de Haifa y de Tel Aviv, de Jaffa y de Bersabé, en el desierto, y piensen que Tel Aviv, hace cuarenta años, no era más que una aldea de pescadores. Y sobre todo, recuerden los peligros, la hostilidad implacable, los innumerables y poderosos enemigos que estos israelíes han tenido que vencer para conquistar y transformar su país. Si han visto todo esto, y saben lo que sucedía antes, ya no necesitarán más pruebas suplementarias. Es evidente que todos los millones de los Rotschild y de los judíos norteamericanos, que todas las declaraciones de Balfour, que las cartas de Mac Donald y los esfuerzos del Presidente Truman en la O. N. U. no hubieran dado el menor resultado, si el pueblo israelí no tuviera el profundo sentimiento de estar cumpliendo una misión esencial.

« Pero, ¿ durará siempre este sentimiento ?, se preguntarán. Si Israel firma con sus vecinos una paz duradera, si algún día se termina la edificación del país, ¿ no se transformará acaso el ambiente especial que reina en él ? Estas preguntas son inquietantes y preocupan a los dirigentes israelíes, lo mismo que me inquietan a mí. Puede decirse que a la mayoría de estos dirigentes no les atormenta la idea de que Israel esté rodeado de enemigos. El peligro latente de un ataque tiene como efecto favorable el amalgamar en una sola nación a esta agrupación de tribus diferentes. Transforma en verdaderos israelíes a kurdos, irakianos, marroquíes, cochinchinos, a los refugiados del Este europeo y a todos los inmigrantes que, en el curso de los últimos ocho años, han duplicado la población de Israel. Por consiguiente, a los ojos de los líderes de Israel, los peligros que amenazan constantemente al país tienen su lado bueno. Estoy seguro de que muchos de ellos sienten una verdadera antipatía por ese Israel más monótono, más indolente y más confortable que sería la consecuencia de una paz duradera. Pero, suceda lo que quiera en el porvenir, el sentimiento de tener una misión que realizar está hoy en día muy fuerte y muy profundamente arraigado en los israelíes. Y, como ha podido adivinar el lector, me ha emocionado mucho el ambiente heroico que he tratado de describir aquí.

Sin embargo, espero y creo no haber estado tan impresionado como para perder la facultad de juzgar imparcialmente. Cuando llegué a Israel, acababa de dejar esas ciudades de muertos vivos, que son un acto de acusación permanente contra Israel y sus aliados : los campos de refugiados árabes. He discutido con amigos israelíes, porque yo no podía admitir sus argumentos, según los cuales la expulsión de los humildes campesinos árabes de Palestina se justificaba con los excesos y las ambiciones de los dirigentes árabes, y no he cambiado de opinión sobre este particular. Quizá sea éste el precio que los israelíes han de pagar por su voluntad inflexible de construir su propio país. Pero el hecho es que hasta los más idealistas y más sensibles de los israelíes se muestran singularmente indiferentes por la suerte de los que en otro tiempo ocuparon su país. Aquí vienen a la memoria las antiguas ciudades griegas, que se desinteresaban totalmente de las gentes que vivían más allá de sus estrechas fronteras. La antigua Atenas estaba perfectamente representada, tanto por la elevada nobleza del último discurso de Pericles, como por la *Realpolitik*, exenta de escrúpulos, y aun cuando Israel no se parezca en nada a Atenas, su estado de espíritu es aproximadamente el mismo.

*

Es innegable que nuestros antepasados no se han mostrado muy tiernos con los primeros ocupantes del territorio norteamericano. Es cierto que han expulsado y matado a los indios, sin tener siquiera la excusa de conservar, como los israelitas, el recuerdo de los cosacos rusos, con sus látigos, y el de los S. S., con sus vagones precintados, marcados con la estrella de David. Pero la injusticia cometida con respecto de los árabes de Palestina no se borra porque sea el contrapeso de otra injusticia cometida con los judíos de la Diáspora. Este aspecto de la cuestión israelí

prueba una vez más que, aun cuando en muchas de las cuestiones humanas el mal sea a menudo el elemento único, es casi imposible que el hombre realice el bien, sin que intervenga el mal.

No he hablado de Israel como problema ; y aunque constituya uno muy serio para los políticos occidentales, sólo tengo tres breves frases que añadir a este debate. En primer lugar, estos israelíes no son gentes que uno tenga interés en traicionar, ni aun en el caso de que la traición pudiera ser provechosa. Además, si no se puede admitir el hecho de contrarrestar una primera injusticia en relación con los judíos con otra injusticia respecto de los árabes, tampoco es admisible que se trate de paliar esta segunda injusticia con una tercera, cometida con centenares de miles de hombres y de mujeres, como el viejo campesino kurdo, el paracaidista y Elí Zeira, que han edificado hoy su vida en Israel y puesto sus esperanzas en este país. Por último, tampoco convendrá olvidar los errores que se cometieron en el pasado, al elaborar la política actual. No se deben reparar estos errores con el medio sencillo y absurdo que consistiría en renovarlos en sentido contrario.

Quisiera añadir, además, unas palabras acerca del ejemplo que ofrece Israel. Pues en nuestra América rica, confortable y fuerte, ¿ quién se preocupa, como Elí Zeira por saber « por qué vivimos » ? El fin esencial de nuestra existencia, ¿ consiste acaso en reemplazar la bañera blanca de hoy por la bañera color de orquídea de mañana ? ¿ Es pasar de poseer un solo coche para toda la familia, a adquirir un segundo, después un tercero, y tener tres aparatos de televisión, en lugar de uno sólo, mientras nuestras carreteras se hacen cada día más impracticables, y que nuestros hijos ya no saben siquiera lo que es un libro ? ¿ Es poder pagar, en fin de cuentas, un precio enorme a las pompas fúnebres por un ataúd de bronce dorado, forrado de raso, impermeable al aire y garantizado como inalterable ? Y al llegar a esto, ¿ hemos acertado a decidir qué clase de sacrificios valía la pena hacer ; y por qué idea merecía la pena dar la vida ?

¿ Esta ausencia de ideal, no es general en todo el Occidente ? ¿ No ha hecho el Presidente Eisenhower un llamamiento para estimular el renacimiento de las creencias religiosas ? Y Jean-Paul Sartre, una personalidad totalmente distinta, ¿ no ha proclamado que la vida carecía de sentido, que era un fin en sí misma ? Esta doctrina deprimente, ¿ no ha hecho entre nosotros numerosos adeptos ? Y ahora que nuestras libertades y nuestro porvenir están directamente amenazados, ¿ el Occidente aprenderá de Israel a dar un sentido a la vida ?

JOSEPH ALSOP

MARC ALEXANDER

América Latina en el espejo soviético

HACE unos meses que se publicó el volumen XXVII de la *Gran Enciclopedia Soviética*, y, de acuerdo con el plan previsto, se editarán unos veinte más en el curso de los próximos años. Es una empresa ambiciosa y que implica una gran responsabilidad. La *Enciclopedia* está destinada a dar la expresión más autorizada y moderna de la línea del Partido Comunista ruso en todas las esferas, desde la Física al atletismo, desde la política extranjera a la Filosofía. En los volúmenes aparecidos hasta ahora, ya se ha tratado de varios países latinoamericanos. Estos artículos no carecen de interés.

« Argentina es un país agrícola atrasado » (vol. II, pág. 625). Las nueve fotografías que acompañan el artículo tienden sólo a subrayar este hecho : cuatro de ellas representan varias regiones desiertas del país, y únicamente hay un paisaje que no sea despoblado. Otras dos representan grupos de obreros argentinos, trabajando con herramientas primitivas ; en otra aparece, en primer término, una vaca y en el fondo se advierten otras cabezas de ganado ; y las tres últimas presentan fábricas, cuya « creación se debe a los Estados Unidos y a monopolios extranjeros, que son sus propietarios ». A lo que parece los ciudadanos de la Argentina no han sido capaces de levantar ni sostener una sola fábrica por su propia iniciativa. No se encuentra ninguna vista de Buenos Aires, ni de otras ciudades, ni pueblos... Según estas imágenes, la mayor parte de los habitantes del país vive en el desierto. Tampoco hay ningún párrafo que haga mención de las actividades científicas de la Argentina, como se encuentran, por ejemplo, en el artículo dedicado a Bulgaria. Por lo que se ve, en Buenos Aires no hay hombres de ciencia, como los hay en Sofía.

La enseñanza es muy mala, según se nos dice, ya que tan sólo un tercio de los niños, aproximadamante, asiste a las escuelas elementales, en tanto que en las escuelas secundarias únicamente tienen derecho a estudiar los hijos de los ricos (pág. 637). La situación de los compositores argentinos es también deplorable, debido a la infiltración de los músicos yanquis (pág. 638). Sólo se menciona por su nombre a tres grandes escritores argentinos de los que viven actualmente : Raúl González Tuñón, Alfredo Varela y Leónidas Barletta, y entre los tres ocupan cuarenta líneas. A Manuel Gálvez le dan unos golpecitos en la espalda porque « se ha hecho escritor progresista », aun cuando haya empezado su carrera siendo « católico reaccionario ». Se mencionan igualmente los nombres de otros tres « reaccionarios » : Enrique Larreta, Enrique Banks y Hugo Wast. Pero sólo este último tiene, a los ojos de los soviéticos, suficiente importancia para merecer una frase suplementaria : « Fabrica sus novelas conforme a los métodos norteamericanos, y éstas son objeto de una abundante distribución. » ¡ Y esto es todo lo que se dice acerca de la literatura argentina en el siglo XX !

El artículo sobre el Brasil contiene 16 fotografías, y la mitad de ellas, aproximadamente, son paisajes. No hay ninguna de Río de Janeiro, ni de Sao Paulo, pero sí hay dos que quieren representar escenas callejeras en la ciudad de Ouro-Preto. La primera muestra tres burros, como únicos transeúntes, y mirando bien se llega a distinguir también un hombre ; la segunda representa un grupo de chicos, en medio de viviendas miserables. Hay otras dos vistas de barrios pobres brasileños : una de Manaos y otra no identificada, cuyo pie dice : « Cabaña de un pobre ». También aparece una carreta tirada por bueyes, de la primera época paleolítica, y que lleva la leyenda siguiente : « Este es uno de los medios de comunicación más utilizado fuera de las ciudades brasileñas. » Políticamente, el Brasil es una colonia norteamericana.

El Partido Comunista, el primero que

se cita en la lista de los movimientos políticos es, naturalmente, la fuerza más progresiva y democrática. Por otra parte, el Partido Socialista, que representa los intereses de los terratenientes y de los industriales, es extremadamente reaccionario y se halla íntimamente asociado con los nazis y los fascistas, que dependen totalmente de Wall Street. El Partido de los Trabajadores Brasileños reúne a los representantes de la burguesía urbana y de la clase media rural. Y para « atraer nuevos afiliados, emplea métodos demagógicos ». La Alianza Democrática Nacional está en estrecha relación con los acaparadores ; el Partido Demócrata Cristiano está dirigido por el clero católico, profundamente reaccionario. El Partido Republicano representa los intereses de los grandes latifundistas, en tanto que el Partido Social Progresivo disimula su verdadero rostro reaccionario con fraseología liberal (todas las citas figuran en la pág. 34, vol. VI). La mayor parte de la prensa brasileña es profascista y reaccionaria, y muchos periódicos están directamente sostenidos por los norteamericanos. Sólo se exceptúa a los órganos comunistas y a los periódicos progresistas. Inútil decir que la radio brasileña está también en manos de los « reaccionarios ». Además, el imperialismo norteamericano ejerce una influencia decisiva en el sistema educativo del Brasil.

Cuatro acontecimientos han influído de modo especial en el desarrollo de la literatura brasileña : la fundación del Partido Comunista, en 1922, la marcha de Prestes (1924-27), la *Madre* de Gorki y los versos de Mayakovski. Se menciona por sus nombres a los siguientes escritores brasileños contemporáneos (y a ninguno más) : José Lins do Rego, Pedro Mota Lima, Graciliano Ramos, José Geraldo Vieira, Octavio Brandao, Monteiro Lobato y Jorge Amado. « A pesar de la cruel persecución de que es objeto la literatura progresista por parte de los medios reaccionarios, y no obstante la presión del imperialismo norteamericano, los escritores democráticos, inspirados por el brillante ejemplo del Partido Comunista, continúan clandestinamente su labor revolucionaria... » (pág. 37). Entre los años 1919 y 1920 se produjo un resurgimiento de la música brasileña, según se nos dice, pero al mismo tiempo, apareció una fuerte « tendencia modernista burguesa », dirigida por Villa-Lobos. Como consecuencia de la « agresión musical de los Estados Unidos », la música brasileña ha estado siempre más expuesta a la influencia de la ideología decadente de los músicos norteamericanos.

Buscando los comentarios sobre Bolivia (volumen V), hemos encontrado una corta biografía de Simón Bolívar, « enemigo de la participación de las masas populares en la lucha por la independencia », « hombre que temía a las masas populares », y cuyas « acciones estaban dictadas por los intereses de las clases dirigentes ». Acerca de Bolivia, la *Enciclopedia* tiene poco interesante que decir. El partido « revolucionario de izquierda » no siempre es consecuente en sus acciones. No menciona, en absoluto, al Partido Comunista. Para variar, entre los libros sobre Bolivia figura uno escrito en español, (la mayor parte de los estudios bibliográficos relativos a los países de América Latina contienen sólo títulos en ruso y, excepcionalmente, en francés, inglés o alemán, pues al parecer no existen libros españoles en Sudamérica). Pero si no fuera por la feliz circunstancia de que, hace unos años, Lombardo Toledano escribió *Bolivia mártir*, este país hubiera debido contentarse también con referencias de textos de origen soviético o alemán. Aquí Mayakovski es igualmente el único factor importante de la literatura boliviana y se han entresacado los nombres de Paz, Omar Estrella, Luis Videla y Gustavo Navarro (Tristán Maroff) para dedicarles un elogio.

El artículo referente a Costa Rica es uno de los más interesantes, aunque sólo sea por el hecho de haber sido publicado recientemente y que, por esta razón, puede reflejar un cambio en la línea, soviética, en el supuesto de que lo haya. Indudablemente, los grabados son algo menos ofensivos que los que se refieren a otros países, pero el texto no deja en realidad nada para la imaginación. « En 1948, un golpe de Estado reaccionario fué organizado por J. Figueres, al ser-

vicio de los norteamericanos. Las masas populares, dirigidas por Vanguardia Popular y los sindicatos, lucharon con las armas en la mano contra los rebeldes... » (vol. XXIII, pág. 122). El intento de derribar la dictadura reaccionaria (apoyada por los comunistas costarricenses) se describe del modo siguiente : « Golpe de Estado reaccionario por un agente de los Estados Unidos ». Se mencionan cuatro partidos políticos costarricenses : el primero y, naturalmente, el mejor, es Vanguardia Popular (partido comunista) ; en segundo lugar viene la Unión Nacional, que « representa los intereses de la alta burguesía y de los latifundistas ». El tercero es el Partido Socialdemócrata, « pequeño grupo reaccionario, que es un órgano directo del imperialismo norteamericano », y finalmente el Partido Constitucional, que « representa los intereses de la clase media ». En Costa Rica no hay escritores, ni pintores, ni músicos (por lo menos, según los informes de la *Enciclopedia Soviética)*, como tampoco hay libros sobre el país escritos en español.

La burguesía de Honduras « ansía una nueva guerra mundial », se nos informa, para poder vender a los beligerantes sus productos a precios elevados y de este modo hacer millones a costa de una nueva matanza. Con este motivo, debe citarse la exportación de bananas, porque en el citado artículo se nos hace saber, con cierta incongruencia, que es lo único que Honduras puede ofrecer.

El artículo sobre Guatemala se escribió cuando el régimen de Arbenz estaba aún en el poder, pero las fotografías de este país no difieren en nada de las de los otros de América Latina. Las acostumbradas viviendas miserables, los asnos y las carretas de bueyes y, como documento ejemplar, una fotografía sobre la explotación de la mano de obra infantil en Guatemala. En este país, lo mismo que en todos los de América Latina, los hijos de los obreros no pueden recibir instrucción secundaria. La *Enciclopedia* rompe una lanza en favor de Arévalo, y dice que el partido de Arbenz representa los intereses de la clase media y de los intelectuales. Esta es la única vez que se menciona incidentalmente una clase intelectual en Guatemala, porque, al igual que en el artículo sobre Costa Rica, falta espacio para citar a un solo escritor, pintor, hombre de ciencia o compositor guatemalteco.

« La cultura en Venezuela se halla a un nivel extraordinariamente bajo », leemos en otra parte, y el imperialismo norteamericano es, por supuesto, responsable de ello. La oposición en Venezuela tampoco es del gusto de la *Enciclopedia*. El Partido de Acción Democrática representa « los intereses de los industriales locales... » « Cuando se hallaba en el poder, combinaba las promesas democráticas con la restricción de los derechos de las fuerzas populares. »

Dos escritores colombianos contemporáneos han sido objeto de artículos especiales : Baldomero Sanín Cano y Jorge Zalamea. Sólo unos pocos dirigentes comunistas dignos de confianza, tal como Amado, merecieron una distinción semejante en los primeros volúmenes de la *Enciclopedia* ; y esta nueva tendencia a dedicar más atención a los escritores comunistas o precomunistas (la única tendencia que se advierte después de la muerte de Stalin) deberá interpretarse probablemente como un renacimiento del « internacionalismo ». Ya hemos visto que en las ilustraciones correspondientes a los artículos más recientes (Colombia, Costa Rica y Cuba) hay quizá menos viviendas miserables..., aunque realmente no muchas menos que en los volúmenes anteriores. Pero, en conjunto, la América Latina se presenta, de palabra y de obra, como una aglomeración de asnos, de carretas, de bueyes y de indios repulsivos. Seguramente los propagandistas soviéticos negarán con ardor que dichos artículos se propongan dar la impresión de que todo el continente está habitado por « untermeschen » (razas inferiores), que carecen de la cultura más rudimentaria..., por supuesto con notables excepciones, como Neruda, Amado y algunos pocos más. Pero prescindiendo por el momento de la cuestión de propósito, no cabe la menor duda de que todos los artículos de la *Enciclopedia* producen efectivamente esa impresión.

MARC ALEXANDER

El Congreso Interamericano por la Libertad de la Cultura

POR M. TORRES CAMPAÑÁ

¡He cometido un delito !—, exclamó Madariaga.

Manejando la ironía como él sabe hacerlo, al inaugurar en Bellas Artes el Congreso Interamericano por la Libertad de la Cultura, hizo un cumplido elogio de la libertad que se disfruta en México. Para demostrarlo sin caer en formulismo o adulación, marcó algunos contrastes entre teoría y realidad.

Un contraste : « El comercio de libros es esencial para la difusión de la cultura ; todos los países fijan a este intercambio una tarifa aduanera. Pero algunos de ellos añaden un cuestionario previo inquiriendo de quién es la obra y sobre qué. Y eso ya no es trámite administrativo, sino censura. »

Otro contraste : « Me costó siete semanas conseguir el visado y al fin le pusieron esta coletilla : « Válido exclusivamente para asistir a la reunión, en la ciudad de México, del Congreso por la L. de la C.» Yo me he permitido —dijo Madariaga— pasar el domingo descansando en Cuernavaca... ¡Reconozco que he cometido un delito ! »

« Ya veis cómo en México se puede criticar al Gobierno. Ningún sitio mejor, por tanto, para celebrar este Congreso. »

El senador Pedro de Alba aplaudía jubilosamente.

*

¡ Mi hijo otra vez preso !

Hernán Robleto, periodista exilado de Nicaragua, gritaba en la sesión del Congreso al día siguiente del atentado contra Somoza.

Subió a la tribuna. Con emoción bien comprensible —que contagió a la asamblea— hizo una síntesis dramática de los abusos, persecuciones y crímenes del somocismo durante los 25 años de dictadura. Fué un relato abrumador. El ambiente estaba muy cargado.

Nos pareció percibir en la asamblea algo así como una sombra tenebrosa. Recordamos... Panamá fué la sede de una espectacular reunión de los ilustres dignatarios de los Gobiernos de América, expresamente allí reunidos para ratificar su fe en la Libertad y su adhesión a los grandes ideales democráticos de Simón Bolívar. Han pasado apenas unos meses y la realidad de América aparece en toda su selvática dureza.

Por eso la asamblea, después de escuchar a Robleto, pareció estremecerse.

Afortunadamente, estaba allí, en el Congreso por la Libertad de la Cultura, un gran y auténtico demócrata, un hombre de "élite", Norman Thomas. Se levantó, para honor de todo el Continente y para gloria de su propio país, los EE. UU., puesto en entredicho por torpezas ajenas, y con ademán solemne condenó todas las

dictaduras, proclamando la solidaridad con todas las víctimas, con todas, incluyendo en ellas a los propios tiranos victimados.

Esta también es América.

Hernán Robleto abrazó a Norman Thomas. El Congreso votó por aclamación las inevitables, insoslayables, conclusiones, leídas al día siguiente en todos los pueblos de América. El Congreso no estaba reunido en vano...

*

Magnífico, importante, pasadero y...

En los trabajos de un Congreso *no oficial*, libre de consignas, sin « prospectos » prefabricados, es natural que aparezcan altibajos y calidades diferentes. Máxime, en el marco de un Continente tan rico en matices y variadas formas como éste de América, « mecanizada al Norte y atomizada al Sur » como decía Madariaga, o como añadía Norman Thomas, « acostumbrada a proyectar su actividad más de Oeste a Este que de Norte a Sur ».

Sondeando opiniones entre los propios congresistas, y recogiendo impresiones en los medios periodísticos e intelectuales de la capital, puede señalarse la unánime calificación de « excelentes » para las intervenciones de Madariaga (incluídas sus tres conferencias al margen del Congreso) y de Rómulo Gallegos y Norman Thomas, figuras todas ellas de relieve mundial.

En la misma categoría se apreciaban los trabajos de Eduardo Santos (Ex-Presidente de Colombia), de Luis Alberto Sánchez (Ex-Rector de la Universidad de Lima), de Pedro de Alba (Catedrático y Senador Mexicano) y del brillante periodista español Víctor Alba.

Como trabajos importantes se reconocían las ponencias e intervenciones de Germán Arciniegas (Profesor y Ex-Ministro colombiano), de Rodrigo García Treviño (periodista mexicano de combate), de Salvador Pineda (Diputado Mexicano y escritor), de Salvador Azuela (Decano de Filosofía en la Universidad mexicana), de Guillermo de Torre (escritor español residente en Argentina), de Arturo Aldunate (Profesor chileno), de Benjamín Carrión (Ex-Ministro y Embajador ecuatoriano) y de los Profesores peruanos Mac-Lean y Heyssen.

Todos los demás contribuyeron con gran voluntad al buen éxito del Congreso.

Como temas muy interesantes y originales debemos citar los presentados por los delegados mexicanos Arquitecto Mauricio Gómez Mayorga y por el Maestro Luis Sandi, bajo los títulos respectivos de « La Arquitectura y la Libertad de la Cultura » y « El Compositor moderno y la libertad ».

No es posible en esta crónica citar a todos y comentar sus trabajos. Pero debemos hacer una excepción colectiva señalando la feliz actuación del « Coro de Madrigalistas » dirigido por el Maestro Sandi, en Bellas Artes.

Si los organizadores de la reunión interamericana quieren rematar su esfuerzo eficazmente, no deben retrasar la edición y reparto del libro del Congreso. Confiamos en que no llegarán tarde. Es un momento oportuno.

*

Entre bastidores...

Decir que todos los delegados respiraban a igual ritmo y volumen por la Libertad sería falsear los hechos y restar importancia al Congreso. Hubo muchos matices y claroscuros, afortunadamente, que se reflejaron en las comisiones y alguna vez en los plenos.

Como no podía menos de suceder, la delegación norteamericana era un mosaico : demostración palmaria de su espontaneidad, de su independencia y de su valor intelectual. El Profesor Whitaker, de la Universidad de Pensilvania hizo una eficaz labor de compensación y de coordinación, que no tuvo mayor lucimiento por su precipitado regreso a los EE. UU. La tarea era, además, difícil, porque en toda reunión interamericana es ya costumbre echar las pelotas por encima del Río Bravo, unas veces con razón, y otras para disimular las propias debilidades de los sureños.

Hubo un esfuerzo notorio por parte de la delegación mexicana para infundir al Congreso una tónica positiva y práctica. No-

tado y agradecido también por todos los delegados el tacto con que los mexicanos evitaron toda sensación de parcialismo y de acaparamiento ; lo cual pudo suceder con facilidad si se hubiese volcado en la reunión la pléyade intelectual de gran clase que estaba a mano en la capital del país. Algunos chispazos de disguto o resentimiento saltaron al terminarse el Congreso, salidos de ciertas torres de marfil. Ello no hace más que confirmar la importancia presente y futura del Congreso.

Los numerosos intelectuales españoles, refugiados en México, se abstuvieron de intervenir, dejando que brillaran en exclusiva las características americanas de la reunión.

*

El tablado de Maese Pedro.

La resonancia y amplitud lograda en la opinión mexicana por el Congreso, fué grande. Lo demuestran por contraste los conatos de oposición, solapada, como es costumbre tratándose de la Cultura y la Libertad.

Por ejemplo : en los mismo días en que el Congreso conocía el magnífico trabajo del Profesor Luis A. Sánchez, sobre la libertad en América, la Asociación Mexicana de Periodistas, por pura coincidencia, claro está, celebró una reunión para hablar de la libertad de Prensa en el Continente. Por pura casualidad aparecieron allí, ensalzando a sus respectivos países como campeones de la libertad, precisamente los señores Embajadores de Santo Domingo, Colombia, Nicaragua, Honduras y Venezuela. ¡ Qué maravilloso espectáculo ! ¡ Cuán feliz coincidencia !

Otro caso : en un programa de Televisión estuvieron mareando a Madariaga con preguntas impertinentes sobre las relaciones diplomáticas de México con Franco.

Item más : en otro programa de TV, en una especie de mesa redonda sobre el Congreso, los Profesores Pedro de Alba y Salvador Pineda se vieron acosados por dos « colegas » empeñados en evidenciar el escaso valor práctico del Congreso. En la pantalla se observaba que Alba y Pineda luchaban a la defensiva con cierta dificultad, no por falta de argumentos, sino por la impertinencia y la osadía de sus interlocutores. « ¿ Pero cuál ha sido el resultado práctico del Congreso ? » repetían estos. Una y otra vez se les explicaba el valor de propaganda, la fuerza de las ponencias, el organismo aprobado para defender la cultura y la libertad en América, con carácter permanente, atento a cualquier circunstancia adversa...

A no ser porque el speaker miró el reloj y se acabó el tiempo, los dignos representantes de la delegación mexicana habrían acabado, tal vez, por impacientarse y poner de relieve el hilo —mejor dicho, los hilos, porque venían de ambos extremos— movidos por el conocido, desacreditado y siempre ambidextro Maese Pedro...

Salvo estos casos, dignos del tinglado de la antigua farsa, es justo reconocer que tanto la Prensa, como la Radio, como la Televisión dieron noticia diaria de las sesiones. Más aún, podemos señalar que los cuatro noticieros diarios de TV, todos ellos patrocinados por grandes empresas norteamericanas (canal 2 Celanese, canal 4 General Motors y Steel, canal 5 Chrysler; empresas que no tienen ninguna simpatía por los demócratas, ni los de su país ni los del mundo entero...) se ocuparon, sin embargo, objetivamente del Congreso.

Estos son también aspectos de América.

*

El saldo positivo es evidente. El carro está en marcha. La propaganda se ha extendido a todo el Continente. La obra es vital; tan profundamente sentida en América que fructificará incluso con más trascendentales consecuencias, incluso más allá y por encima de la voluntad de alguno de sus iniciadores.

No se olvide nunca que América es la parte más joven de la Humanidad ; la mitad de sus gentes viven en el trópico ; es una fuerza de la Naturaleza en pleno brote. La flor dará pronto fruto. Pudo la reunión ser más amplia, pero sin duda aprovechó una gran oportunidad. Merece la pena el esfuerzo.

M. TORRES CAMPAÑÁ

Pablo Casals en la Sorbona

POR J. Mª. CORREDOR

El 10 de octubre pasado se celebró en el Gran Anfiteatro de la Sorbona el homenaje que París tributaba a Pablo Casals con motivo del 80 aniversario de su natalicio y del 57 aniversario de su *début* en la capital francesa con Charles Lamoureux. Casals dirigió la segunda parte del concierto, a cargo de una orquesta de cien violoncelistas. Un acto emocionante, cuyo recuerdo —como ha escrito un crítico musical parisiense— perdurará en la memoria de los que a él asistieron. Acogido calurosamente por el Rector de la Universidad de París, M. Jean Sarrailh, aclamado por los tres mil espectadores que, tras larga espera y no pocos codazos, consiguieron entrar en el recinto universitario, el viejo maestro catalán conoció en esta ocasión un triunfo apoteótico.

Tres días después, Casals se hallaba de nuevo en Prades, en esta pequeña localidad cercana a la frontera francoespañola en la que ha establecido su residencia desde hace diecisiete años.

Su silencio —su protesta —continúa.

***

Nadie discute la categoría musical de Pablo Casals. Los artistas más eminentes del siglo XX —Eugène Ysaye, Wilhelm Furtwaengler, Alfred Cortot, Eugène Ormandy, etc.— le han considerado como el primer interprete de nuestra época. En cambio, la actitud que ha adoptado desde hace tiempo sigue siendo, más que discutida, mal conocida o mal interpretada.

Desde 1946, Casals rehusa todos los ofrecimientos, todas las propuestas, y sólo se presenta en público cuando tienen lugar los Festivales de Prades.

¿ Este músico célebre es también un político ? « No comprendo nada de política », decía recientemente a un amigo. Y añadía : « Pero tal vez sea necesario no comprender nada —no querer comprender nada— de las luchas de partidos para descubrir, debajo de las maniobras sutiles o groseras de ministros, líderes y propagandistas, las profundas verdades humanas que recubre esta palabra engañosa : política. »

Siendo adolescente, Casals ya pasó por una crisis difícil. Quería suicidarse porque se sentía incompatible con el mundo, con su injusta organización, con el desencadenamiento de egoísmos. Ansioso, desorientado, se entregó primero al misticismo religioso, luego a la ideología marxista. Ni uno ni otra le apaciguaron. Lúcido en medio de su fervor temperamental, renunció a los *absolutos*, pero no al sentimiento del deber como norma de conducta. « De este período turbio y doloroso, dice, me ha quedado una constante preocupación moral. »

Renan había hablado de « la inmoralidad trascendente del artista ». Casals no ha querido separar el arte de la moral. « La línea del deber es sencilla, afirma, si bien

a veces sea difícil seguirla. Lo tortuoso y complicado es el mal. » Algunos dirán que todo esto son lugares comunes, pero el hombre que pronuncia estas palabras ha renunciado a la fortuna y a la gloria para permanecer fiel a sus convicciones. No abundan tales ejemplos. En este incierto y atormentado siglo XX, Casals es un liberal que no acepta las claudicaciones. *Rara avis*...

Amigo de Rimsky-Korsakov, César Cui, Glazunov, antes de la primera guerra mundial efectuaba cada año una jira en Rusia. Testigo indignado de la miseria en que estaba sumido el pueblo ruso, no le sorprendió el estallido revolucionario de 1917. Sin embargo, las brutalidades de los comunistas con amigos suyos, con personas que merecían muy otra consideración, le apartaron totalmente del nuevo régimen y desde entonces dejó de dar conciertos en Rusia.

País de melómanos, Alemania veneraba a Pablo Casals, y el Ayuntamiento de Berlín incluso había dado su nombre a una de las calles de la capital. En 1933, el nazismo empieza sus persecuciones. « Cuando vi —dice Casals —que Einstein, Thomas Mann, Bruno Walter y tantas otras personalidades ilustres de las ciencias y de las artes tenían que expatriarse, perseguidas unas por su raza, otras por sus ideas, creí que mi deber era protestar. Y declaré que no volvería a Alemania mientras no se restableciera en ella la libertad artística e intelectual. Y cuando más tarde Mussolini imitó a los nazis en su persecución racial, adopté la misma actitud con relación a Italia. »

En 1936, la tragedia estalla en el propio país de Casals. Del pronunciamiento a la guerra civil. A pesar de su gran tristeza ante todo lo que ocurría, Casals no quiso permanecer neutral en ese doloroso conflicto y tomó posición desde el primer día. « Para mí, dice —y la mayor parte de los intelectuales españoles pensaron lo mismo— había una cuestión de principio : la principal responsabilidad de la guerra civil recaía en los que habían querido derribar por la fuerza un gobierno legítimo —elegido por sufragio universal unos meses antes— y que ante el fracaso de su pronunciamiento pedían auxilio y colaboración a la Italia fascista y a la Alemania nazi. » Casals da conciertos, en

PABLO CASALS
(Dibujo de B. Giner)

Barcelona y en el extranjero, a beneficio de los hospitales y de los niños. El dramático desenlace de la guerra civil significa para él, como para tantos otros, el destierro. Las autoridades franquistas le imponen una multa de un millón de pesetas por « responsabilidades políticas ». En octubre de 1939 se instala en Prades y emprende una obra admirable para ayudar a sus pobres compatriotas que se encuentran en los campos de concentración. Visita los campos, distribuye donativos, escribe millares de cartas y tarjetas postales. Sin embargo, la segunda guerra mundial ya ha empezado. Numerosos amigos le aconsejan que se marche de Europa y vaya a reunirse con ellos en América, donde estará resguardado de cualquier peligro y podrá ganar una fortuna con sus conciertos. « No, esto no puedo hacerlo, contesta. Mi deber es permanecer junto a mis compatriotas expulsados, como yo mismo, de su país y reconfortarles con mi presencia a su lado. » Sobreviene la *débâcle* francesa de 1940. Casals da recitales de violoncelo en diversas ciudades de la zona llamada « libre », a beneficio de los prisioneros, pero después de noviembre

de 1942, después de la ocupación total del territorio francés, se niega a salir de Prades. La Gestapo registra su domicilio y le amenaza. Unos oficiales alemanes le piden que vaya a dar unos conciertos a Berlín, « a los que asistiría el mismo Hitler ». El exiliado rehusa. Los peligros aumentan, pero por fin llega la liberación.

Casals cree que el exilio llega a su término. Reanuda sus actividades de concertista y en 1945 hace una jira por Inglaterra. Cuando su primer y triunfal concierto en Londres, diez mil personas le vitorean a la salida del Albert Hall. « La grandeza del hombre sólo puede compararse a la grandeza del artista », escribe el conservador *Sunday Times*. No obstante, la decepción no tarda en producirse. Casals se da cuenta que ni en las esferas gubernamentales —los laboristas ya están en el poder— ni en la oposición existe el firme propósito de arrinconar al dictador español. Se entrevista con ministros, altos funcionarios, directores de periódicos, incluso habla durante una hora con el secretario del rey Jorge VI en el Palacio de Buckingham.

La duda y la tristeza ensombrecen su espíritu. Es evidente que la esperanza se ve frustrada. En medio de las aclamaciones y las recepciones, piensa en sus compatriotas, de los que se siente totalmente solidario. Y se plantea la cuestión de si tiene derecho a ser un privilegiado en medio de tantos desdichados. « ¿ Puedo ir honradamente, se pregunta, a recoger aplausos y honorarios en las naciones democráticas, que se disponen a engañarnos ? No. Mi deber es protestar contra esta ignominia. El engaño de los amigos es más cruel aún que los ataques del adversario. » Decide regresar a Prades. Stafford Cripps le comunica que quisiera hablarle. « No, le contesta Casals. Usted me hablaría de política y yo de moral ; no nos entenderíamos. »

De regreso a Prades, Casals declara que no aceptará ningún contrato, ninguna invitación, vengan de donde vengan, mientras no se reinstaure en España un régimen respetuoso de las libertades fundamentales y de la voluntad popular. El mismo se cerraba todas las puertas. Era el sacrificio más doloroso que puede imponerse un artista.

*
* *

De nuevo el silencio y la soledad en un pueblecito pirenaico. Y la labor humanitaria —proseguida día tras día, año tras año— de socorrer y consolar a sus compatriotas necesitados. Todas las proposiciones resultan inútiles para hacerle cambiar de parecer, incluso una de 200.000 dólares para dar una serie de conciertos en Estados Unidos. El artista se ha convertido en un ermitaño.

Prades, sin embargo, estaba predestinado a figurar en los anales musicales. Llega 1950, año de la celebración del segundo centenario de la muerte de J. S. Bach. Y como el Maestro Casals no abandona su actitud, músicos y filarmónicos del mundo entero van a reunirse con él para conmemorar juntos la gloria inmortal del gran Cantor. Así nace el primer Festival de Prades, cuyo éxito fué tan excelente que a partir de aquella fecha la « peregrinación » se repite cada año, en el mes de julio, hacia el retiro montañés de quien continúa declarando « *Non possumus* ».

Para terminar, cedemos la palabra al malogrado Thomas Mann : « La frágil humanidad siempre ha necesitado de un reivindicador. Este artista es uno de ellos..., un reivindicador del género humano. Reconozco con alegría que su existencia constituye para mí, como para otros miles, un gran consuelo. »

J. Mª. CORREDOR

Coloquio con Rufino Tamayo : el arte moderno y su porvenir

POR VICTOR ALBA

NUESTRA civilización es, en gran medida, una civilización de la imagen. No sólo por el cine, las revistas ilustradas, la televisión y el arte plástico mismo ; incluso en el terreno de la ciencia, el progreso más espectacular, el de la desintegración del átomo, se realiza al través de las imágenes abstractas de una realidad invisible. Por las matemáticas, los sabios llegan a formarse una visión de la materia. El doctor Nabor Carrillo, un día, de sobremesa, afirmaba justamente que las matemáticas tienden, más y más a transformarse en un medio de expressión gráfico de múltiples cosas que hasta ahora no habían podido encontrarla.

— ¿ Es que la pintura moderna no tiene cierto parentesco con esta tendencia de las matemáticas ?

— *La pintura moderna en unos artistas de modo consciente y en otros inconscientemente..., mas todo el arte moderno tiene un objetivo fundamental : buscar la expresión del tiempo.*

Hubo un silencio total, interrogativo, y Rufino no tuvo más remedio que explicarse :

— *La pintura ha luchado siempre para conseguir nuevas visiones de la realidad, acercándose a ésta cuando más parecía alejarse de ella. La introducción de la perspectiva, por ejemplo,... fué la entrada de una nueva dimensión : la distancia, la profundidad. La gente, entonces, debía de hablar de la pintura « moderna » como hoy muchos hablan de nuestra pintura. Les parecía incomprensible. Tuvieron que pasar por todo un período de aprendizaje para entenderla,...*

Hasta ahora tenemos una pintura de tres dimensiones. El arte moderno, fundamentalmente, busca otra dimensión. No es un azar que Einstein y su teoría de la relatividad, que Toynbee y su concepción del tiempo en la historia, que Haya de la Torre y su idea del espaciotiempo histórico, coincidan con la pintura moderna. Una misma preocupación los hace coincidir.

La pintura moderna busca expresar el tiempo. Introducir la cuarta dimensión en los cuadros. Tiempo o movimiento, poco importa como se llame, pero es la misma cosa..., la presencia de la realidad en una sucesión de instantes... Algunos han querido sustituir esta búsqueda por otras de simple detalle técnico. Por ejemplo, esos brazos que se proyectan hacia el espectador, en ciertos cuadros, no son otra cosa que la busca de una tercera dimensión hacia adelante, hacia fuera de la tela. Pero, aún suponiendo que técnicamente se llegara al objetivo, ¿ de qué serviría ?

La pintura es algo más que hallazgos técnicos, si bien éstos tienen su importancia. No expresaría más ni menos un cuadro que se acerque al espectador que uno que acerque el espectador a él..., como son todos los cuadros hasta ahora. En cambio el movimiento en un cuadro da una visión nueva de la realidad... Es más realidad, puesto que ésta siempre está en movimiento, siempre existe, inevitable-

mente, en el tiempo. Por esto decía que esta búsqueda, aunque parezca alejarse de la realidad, se acerca más a ella que el realismo tradicional. ¿Es que los bizantinos no se creían más realistas que los primeros pintores que utilizaron la perspectiva? De igual modo, los académicos y realistas de hoy —suponiendo que entre ellos haya mucha diferencia— se creen más realistas que quienes nos encuadramos en el arte moderno. Y, de hecho, los verdaderos servidores de la realidad somos nosotros. Porque en arte —como en ciencia, supongo— no hay sino una manera de servir: dominando la realidad, haciéndose dueño de ella y no sometiéndose a ella; comprendiéndola en vez de obedecerla. Yo, en este sentido, soy realista.

Cada uno tiene su propio camino —o ha tenido muchos, uno tras otro— para acercarse a la expresión del tiempo en la pintura. Dadaísmo, cubismo, surrealismo, la manera de Picasso, la de tantos otros, son simplemente las tentativas, los experimentos que se hacen para capturar el tiempo en la tela. Todas estas deformaciones de los modelos que se encuentran en la pintura moderna, ¿qué son sino maneras de ver y reproducir la deformación que la realidad tiene al través del tiempo?

— ¿Cómo debería ser o debe ser, pues, el arte de hoy?

— *El arte ha de reflejar las características de la vida en el momento en que se produce. En este sentido, el arte ha de ser realista. Hoy, creo que éste es el único sentido válido del realismo.*

El arte ha de reflejar el cambio sufrido por la sociedad, por la ciencia, por la concepción del mundo. El átomo, el radar, la velocidad supersónica son cosas que también ocurren para el arte. Por esto, el surrealismo, que se basa sobre sueños, resulta ineficaz, no es realista, en el sentido que dije.

La pintura ha de devolver a los elementos plásticos con los cuales trata —formas, colores, líneas—, sus valores verdaderos. Hasta hace poco y durante varias décadas, los pintores —especialmente los surrealistas— usaron los elementos plásticos para expresar ideas. Yo creo que hay que emplearlos simplemente, meramente, como elementos plásticos, no como elementos retóricos. Hemos de tomar en consideración la forma, el color, el espacio, por sí mismos y no en función de cualquier otra cosa.

— Los grandes cambios en el arte, en otras épocas, fueron lentos, graduales. El arte moderno ha significado un cambio todavía más profundo que aquellos, y dentro de él hemos visto una serie de transformaciones rapidísimas: impresionismo, expresionismo, cubismo, surrealismo, arte abstracto. ¿No es esto indicio de una decadencia? O, cuando menos, de que ya ha terminado el arte moderno como innovación, que ahora se vuelve un modo de expresión artísticamente conservador, estable, para dejar lugar a futuras innovaciones... En París y Roma, por ejemplo, hay una evidente reacción hacia la pintura figurativa...

— *Bueno, en primer lugar no debemos confundir pintura figurativa con realismo..., realismo seguido de algún calificativo. En segundo lugar, no existe incompatibilidad entre arte figurativo y arte moderno; el arte no figurativo es sólo un aspecto del arte moderno. Este, en su conjunto, podría describirse como el resultado de una afirmación constante de libertad expresiva, por parte del artista, en busca de la dimensión tiempo en la plástica.*

— Se me ocurre que algo parecido a lo que acabo de señalar en el arte se presenta en la evolución general de la sociedad. Los regímenes sociales de la historia se desarrollan a lo largo de siglos: la esclavitud del mundo antiguo, el feudalismo... y antes la sociedad de economía natural, por ejemplo. El capitalismo, en cambio, se desarrolla mucho más de prisa; al cabo de siglo y medio de haber tomado su forma actual, industrialista, ya se habla de su decadencia. Esto es, sin duda, consecuencia de los medios técnicos que permiten acelerar todos los procesos de la existencia social: desde la producción hasta las comunicaciones, y la transmisión de los medios de intercambio cultural. ¿Ocurrirá lo mismo con el arte moderno?

— *No sé lo que ocurrirá. Lo que sé es lo que está ocurriendo. Y ocurre que el arte moderno se halla todavía en sus comienzos. Mientras no alcance su objetivo fundamental, el que lo define —la introducción de la dimensión tiempo en la plástica— el arte moderno seguirá vivo, es decir, creando.*

¿ Se logrará esto rápidamente o tardará décadas, o acaso siglos en conseguirse ? Es imposible decirlo. Además no serviría de nada saberlo. Lo que sirve es saber aquello que buscamos.

Por otra parte, estos comienzos del arte moderno han sido un conjunto tan complejo, tan diverso, de explosiones, por decirlo así, que quedan muchos caminos abiertos. Las otras transformaciones del arte se hicieron por uno o dos caminos. Esta de ahora, por diez, veinte..., y sin duda se agregarán otros, con el tiempo. Por esto sería pueril —de un despecho infantil, diría yo, — querer condenar al agotamiento y la decadencia al arte moderno cuando, a tientas casi, busca su camino.

Hay una riqueza tal de ideas, de pruebas, de experimentos, que muchos años serán necesarios para agotarlos, para llegar a las últimas consecuencias de cada uno.

Por lo demás, las formas artísticas no están nunca agotadas. Pueden estarlo, a veces, para el espectador, porque no sabe a qué conducirán, con qué se continuarán.

— ¿ Y para el artista ?

— *El artista, desde luego, tampoco lo sabe. Pero, por el hecho mismo de consagrarse al arte, abre caminos nuevos, busca formas nuevas de expresar su concepción del mundo. Este cambia y con él cambia el arte. Pero arte que cambia, por esto mismo, es siempre, automáticamente, arte moderno. Una cosa se agota cuando llega a su forma acabada y se detiene. El arte nunca alcanza la perfección inmutable, porque no la necesita ni aspira a ella. El arte es investigación personal o no es nada... O no es arte, cuando menos.*

Por esto creo en la pintura. Por esto tengo la convicción de que lo único que le da validez son su poesía y sus cualidades plásticas.

— Poesía, ¿ es decir ?...

— *La vida que da a los elementos plásticos la justificación de su presencia. Podrá agregarse a los elementos plásticos nimiedades preciosistas, o bien sintetizar aquellos elementos, desnudándolos, o bien vestirlos con ideas, poco importa que sean triviales o profundas. Pero lo que hará que todo esto sea pintura serán los elementos plásticos y la poesía. El valor de la pintura no deriva de nada más, ni de su llamado contenido ideológico, —que es un agregado, pero no un fundamento— ni tampoco de sus experimentos técnicos, que son un medio, pero nunca un fin del artista.*

¿ Qué valor tendrían Chardin, Cézanne y Braque, por ejemplo, puesto qué carecen de toda ideología ? ¿ Y que valor pueden tener tantos pintores —por no llamarlos productores de calendarios— que sacrifican los valores plásticos a la ideología, sea ésta filosófica o publicitaria ?

No ; la pintura no es periodismo, ni es literatura, ni es publicidad, ni es demagogia. La pintura es la unión maravillosa de la poesía que trae consigo el mensaje, y las calidades plásticas, que son el vehículo para transmitir aquélla.

Entendida así, la pintura no está nunca en decadencia, el arte no se halla nunca agotado. Puede haberse llegado al cabo de este o de aquel camino. Pero el arte, para serlo, necesita siempre abrir caminos nuevos. Por esto, el arte no es nunca más que arte moderno. Y, en cuanto es moderno, lleva en sí el pasado y el porvenir. Es decir, su superación,... que es lo que algunos llaman decadencia, por deseo, acaso, de que lo fuese y de que, con ello, se justificara la falta de valor plástico y poético de su producción.

No me gusta dar consejos, pero a los pintores jóvenes quisiera decirles esto : hagan lo que yo hice, lo que hace todo pintor verdadero : imponerse sobre la política y las intrigas. No se preocupen por agruparse y formar grupos. Mejor es trabajar, cada cual en su estudio. Contra la obra no valen amenazas, insultos ni maniobras.

La pintura que más interesa a Tamayo es la contemporánea... Más que cualquier otra. ¿ Irreverente ? El calificativo no importa.

— *La verdad es que la pintura de la edad de oro no hace en mí el mismo impacto que la moderna. En ésta, la imaginación no tiene límites, y esto me parece muy importante. De todas maneras, he tenido que modificar algunas opiniones, en especial visitando Italia. Por ejemplo, Leonardo de Vinci me decepcionó, me dejó frío. En cambio, Miguel Angel, por quien tenía una gran admiración, se ganó mi simpatía con la Sixtina ; sigo sin que me guste, pero siento ahora una gran admiración por su ímpetu formidable, por su sentido de la organización, por su genio creador. En otros casos,*

la opinión anterior se confirmó, como con Piero della Francesca, que considero monumental, de una terrible solidez.

Cosa curiosa en un artista moderno : para Tamayo, la valoración del público, de la crítica, incluso del mercado —en general— responde al valor real de las grandes figuras del arte de hoy, sobre todo con Picasso, Matisse y Braque, « tan sólidos » dice « que los nuevos artistas no alcanzan a sustituirlos ».

— En París, las escuelas están tan atomizadas que puede decirse que no existen grupos ni casi tendencias. No hay más que individualidades desentendidas unas de otras y en pugna, en cierto modo, unas con otras. Grandes figuras todavía las hay : Picasso, Matisse, Braque. Y entre los jóvenes, Basain. Por otra parte, hay en la pintura europea actual una fuerte tendencia a lo que allí llaman abstraccionismo y que yo creo que debería denominarse pintura no representativa. Hay también una reacción contra esta tendencia. Creo que esta visión deshumanizada, desapasionada del arte, acabará por dejar el sitio —acaso con los mismos pintores— a una vuelta a la poesía y a la imaginación, que son las bases mismas del arte plástico. La simple especulación intelectual de los « abstraccionistas » no conduce a ninguna parte, o mejor dicho, los conducirá a superar esto que sin duda es sólo una etapa de su evolución. El arte es equilibrio de inteligencia y sentimiento. Hoy, en Europa, se olvida el sentimiento, para hacer una pintura cerebral...

— ¿ Y en México ?

— Está justificado tener fe en el porvenir artístico de México, no sólo por la tradición, sino por el movimiento creciente de protesta y de descontento ante las fórmulas impuestas. Pero no basta con que nuestra fe esté justificada. La hemos de justificar nosotros a diario, trabajando, creando. Esto es la única posibilidad que tenemos de hacer arte de veras. Porque el arte es también —además de dones naturales, inspiración, etc.— una voluntad permanente de trabajo. Y de trabajo en la libertad. Sin libertad, el trabajo no es tal, sino servidumbre ; no tiene ningún valor creador ni ninguna posibilidad poética, en el caso del arte.

Hay en México pintores jóvenes... que son jóvenes. Es decir, que sienten impulsos de lucha, que quieren buscar caminos nuevos, personales. A su lado hay otros jóvenes envejecidos prematuramente. A los primeros les han puesto toda clase de obstáculos para manifestarse, les han ofrecido toda clase de tentaciones para que se conviertan en algo como los segundos. A éstos les ofrecen muros, exposiciones, alabanzas, y les ayudan a vender. Son los que no pueden hacer sombra a los consagrados.

RUFINO TAMAYO

El porvenir del arte mexicano está ligado a la fuerza de resistencia de los jóvenes jóvenes, a su capacidad de eludir las tentaciones, de saber luchar con sacrificio, de no vender o vender mal, si es preciso, con tal de seguir haciendo lo que les nace de dentro, con tal de saber dejar a un lado los burritos y los alcatraces y las manos escultóricas.

La situación ha mejorado en los últimos años. Los jóvenes se preocupan más por las cuestiones estrictamente plásticas, han comprendido que los temas sociales son una trampa, cuando no pueden ser tratados más que de una manera : con mediocridad. Los que de veras sienten esos temas, saben ya que se traicionan si se tratan sin libertad en la expresión, sin empuje en la expresión plástica, sin personalidad...

No sé cuál será el sentido de la acción de los jóvenes jóvenes. Pero por el simple hecho de que hagan algo y lo hagan a su manera, ya habrá de ser beneficiosa para el clima artístico del país. Será depuradora y creadora. Dos cosas que desde hace décadas no gozamos en México.

Tamayo, a veces, tiene un humor sangriento —que no se refleja en sus cuadros (excepto, acaso, en su « Crítico », pequeño y demoledor. Por ejemplo, cuando Siqueiros, por primera vez, habló de los Cuatro Grandes —y no ya de los Tres— incluyendo a Tamayo, como el cuarto (eso se llamaba, durante la guerra, una retirada elástica), Tamayo comentó :

— *En ese lío de los cuatro y pico, mi aplauso es para el pico.*

Es decir, para los pintores mexicanos que no son Grandes. En efecto...

— *El futuro de la pintura mexicana, como de la de cualquier otro país, pero en mayor grado aún, depende de los jóvenes. Habrán de continuar y mejorar nuestro esfuerzo o bien borrarlo, si no tienen la capacidad creadora suficiente para proseguirlo.*

— ¿ En qué sentido puede lograrse esta continuación ?

— *Creo que es necesario que los artistas nuevos realicen sus búsquedas y afiancen su opinión sobre lo que realmente es lo mexicano, y ello en una atmósfera de plena libertad, sin temores, ni presiones ni seducciones que los obliguen a adherirse a tal o cual tendencia de las que se llaman artísticas y muy a menudo no lo son. Hay que salir de la fórmula invariable en la cual se ha encajonado a nuestro arte, que lo ha conducido a una situación de inercia total, más propia de la senilidad que del estado floreciente y lleno de esperanzas que debería ser el suyo, dada su corta experiencia.*

— ¿ Y qué poner en el lugar de estas fórmulas ?

— *En realidad, el arte, que es la identidad de la inspiración y la realización, se pasa de toda teoría ; incluso podría prescindir de todo contenido histórico. Pero como la obra de arte está ligada a la historia del momento en que se concibe, y esta historia contiene toda la historia del pasado, no sería justo ni útil prescindir de ella al analizar la obra actual, aunque al hacerla no se haya tenido conscientemente en cuenta.*

Nuestra época se inicia con dos crisis : la del positivismo en la filosofía, la del realismo descriptivo en el arte, tanto en el plástico como en el literario. Al simbolismo en las letras, que tiene cierta precedencia cronológica, corresponde el impresionismo en la pintura. Los impresionistas afirmaban que el valor del arte estriba no en el tema, sino en la forma y el color. Para ellos, la luz no es un medio de dramatizar, sino un elemento plástico.

Cézanne quería insertar su sensibilidad para la forma y el color en una estructura geométrica. Como hace notar Venturi, esto debía conducir lógicamente a sus discípulos a fijar su atención en los conos y los cubos más que en la sensación de luz. Esto explica a Seurat, Van Gogh, Gauguin y su reivindicación de elegir libremente los colores, para lograr una mayor intensidad de expresión.

Luego, los cubistas, al suprimir la perspectiva y colocar uno al lado del otro los objetos, quieren que la conciencia perciba la unidad de los mismos en el tiempo. La descripción de la realidad había sido sacrificada por los « fauves » a su expresión por medio del color ; los cubistas hacen lo mismo, pero por medio de la forma.

En otro plano, Chagall supera el futurismo, con sus tentativas de expresión de emociones fundamentales, como el cubismo había superado a los « fauves ». Chirico, Carra y los surrealistas, luego, llevan a sus últimas consecuencias a Chagall, pasando por el canal del freudismo los últimos, por la metafísica los italianos. Los surrealistas reclaman como predecesores suyos, no a artistas, sino a poetas : Baudelaire y Apollinaire.

— ¿ No fué este sentido literario del arte una de las causas de la fuga del movimiento surrealista ?

— *Sin duda alguna. La causa principal, junto con su sequedad humana, su cerebralismo. Sin embargo, el surrealismo tuvo una función : señaló la crisis del expresionismo.*

Esto creó un vacío en el mundo del arte. Lo llenó el arte abstracto, exacerbación, todavía, del cerebralismo de sus predecesores inmediatos. Y esto lo ha conducido a su crisis actual, como no podía menos de suceder. Porque la poesía —y la poesía ha de ser siempre humana— es indispensable a la obra de arte, si quiere durar.

Para un abstracto como Juan Gris, la

pintura ha de ser una especie de arquitectura plana y con colores, según él mismo dijo. Notemos que Piero della Francesca afirmaba, siglos antes, que la pintura es sólo la representación de superficies o de cuerpos disminuídos o aumentados por la expresión.

Mondrian es, acaso, el pintor que mejor representa el arte abstracto, deshumanizado, desvitalizado incluso. En él encontramos un sentido arquitectural de la pintura que ofrece la paradoja de que coincide con un arte —la arquitectura— que se convierte cada día en menos abstracto, en más apegado a lo social, a las exigencias de la época y en más consciente de su función. Pero esto tal vez sea tan paradójico que carezca de significado.

La historia del arte nos muestra obras que utilizan ideas muy complejas, lo mismo que obras que emplean ideas muy simples. La « Escuela de Atenas », de Rafael, es un ejemplo del primer caso : ideas filosóficas, símbolos, ideas científicas. Afortunadamente, el espectador analiza a posteriori ese simbolismo, después del primer efecto causado por el valor plástico de la obra. La « Gioconda » de Leonardo, es un ejemplo del segundo caso : un simple retrato de mujer. ¿ Pero la impresión que causa, por su valor plástico, no es comparable a la complicada obra de Rafael ? ¿ Y acaso una naturaleza muerta de Cézanne desmerece al lado de un cuadro de Delacroix, con su tema complejo ? Lo que da valor a una obra de arte no es su argumento, a pesar de cuanto digan los demagogos. Es el lenguaje plástico y su acomodación a las circunstancias históricas.

— ¿ En qué medida influyen estas circunstancias en la producción de un artista ?

— *No basta con que el lenguaje plástico escogido se utilice con fluidez. La forma de expresión ha de ser congruente con las necesidades del momento en que se emplea. Debe ser actual. No ha de valerse de formas arcaicas, alejadas del presente y de sus necesidades.*

— Entonces, la pintura mexicana...

— *Es anacrónica, si es realista, puesto que utiliza los procedimientos que Courbet, con mucho más genio, empleó en el siglo pasado. Un pintor consagrado aconsejaba a sus alumnos, no hace mucho, que en sus cuadros la madera, el cuero, etc., tengan la textura de esos materiales, y que « la representación del dolor haga sentir el dolor ».*

— Pero, ¿ en qué sentido es actual la pintura moderna, aparte de que sea moderna, lo cual no garantiza su actualidad, entendida como usted lo explica ?

— *La pintura moderna es uno de los aspectos de la actividad creadora del hombre que más ha progresado, que ha adquirido mayor desarrollo. Tanto como las ciencias físicas, que parecen ser las más adelantadas, hoy en día. Pues bien, esto se debe a que la pintura moderna, en sus teorías y en sus formas de expresión, responde a las necesidades del tiempo presente. Por esto es actual. No tiene nada que ver con las expresiones sentimentales que caracterizaron al realismo y mucho menos con la imitación de los temas y de las texturas de los objetos representados.*

— ¿ Con qué tiene que ver la pintura moderna ?

— *La pintura moderna reúne la geometría —es decir el equilibrio de los distintos elementos plásticos en uso— y la poesía —el aliento humano que la impulsa—. Lo que a los ojos no preparados parecen distorsiones, es simplemente la sujeción a las exigencias geométricas del cuadro.*

— ¿ Y las texturas ?

— *La textura de la obra actual no se refiere a la calidad de materia del modelo, sino a la del cuadro, de modo que no varía según las características del tema, sino en relación con las necesidades específicas del cuadro. No se trata de imitar la textura de la fruta, de la madera, del cuero, de la carne ; se trata de la textura del cuadro, en cuanto ayuda a encontrar el equilibrio de la materia pictórica.*

— La poesía...

— *La poesía no es el sentimentalismo del tema, sino que es el misterio encerrado en la obra pictórica, que abre ventanas distintas para los distintos espectadores, dándoles la oportunidad de ejercitar sus sentidos y su imaginación.*

— La pintura, entonces, no ha de ser un descanso, sino un estímulo ; no una contemplación pasiva, sino una participación activa en la obra del pintor por parte del espectador.

— *O es eso, o no es nada...*

VICTOR ALBA

El conceptismo en la pintura española

POR RAMON XURIGUERA

EL CONCEPTO, en pintura, es ante todo una protesta. El arte oriental y el nórdico, propensos ambos al irrealismo y a la estilización, han sido frecuentemente conceptistas. Y cuando el arte asiático ha tendido hacia la humanización —el de la India, por ejemplo— es porque se ha nutrido de sustancia griega, del sensorialismo clásico contenido en el helenismo.

Lo clásico descansa en los sentidos. Es un universo estable, con ambición de permanente y con ansias de universalidad. Los valores espirituales que encierra, son los del hombre y los de las formas que lo representan. Es, por consiguiente, un mundo confinado, basado en el orden y en la proporción. Todo en él resulta comprensible porque parece establecer un límite ante lo absoluto y vive del relativismo en el que se mueve el hombre. Este relativismo es de origen sensorial. El afán ordenador de lo clásico, lo eleva a la categoría de ley. Ella informa el sentimiento mediterráneo y en general el espíritu de la Europa occidental, cuyo representante sumo, en la plástica, es Velázquez.

La vida del clasicismo se ha deslizado ora en paz ora acosada por el idealismo expresionista. El expresionismo, en la organización clásica, permanece contenido por lo sensorial. De su coexistencia equilibrada nace la harmonía de la forma,

Así, cualquier predominio en sentido sensorial o en sentido expresionista compromete el orden clásico : en el primer caso porque conduce a la supremacía de la forma, de lo reproductivo con menosprecio de la vida interior, y en el segundo porque exalta esta vida interior con desdén de sus relaciones objetivas.

La ruptura de la ley clásica se produce, en general, en las épocas de cambio, de anuncio de una nueva sensibilidad. El expresionismo, siempre dispuesto a rebelarse al menor descuido de la sensación, adopta un carácter de protesta. No tolera que el sensorialismo entorpezca las corrientes nuevas. Se opone a su conservadurismo tomándose libertades que no son más que una forma de protesta. Así ocurrió con el paso del románico al gótico, con el cambio de éste al resurgimiento de la antigüedad clásica y con la evolución de su prolongación académica hacia el linealismo de David o el romanticismo de Delacroix.

Pero al través de todas estas sucesiones, lo que constituía su base primordial, era el objeto. Se cambiaba de estilo a fin de fijar y de enriquecer el fenómeno : ya fuera para darle corporeidad, ya para imprimirle movimiento o para conectarlo con el aire. En cuanto la sensación había asimilado el nuevo criterio óptico, el expresionismo volvía a someterse a fin de comunicar a la obra el sentido inmaterial que le infundía nivel de creación.

Así se articulaba un nuevo ciclo clásico. Así se ponía en evidencia, al mismo tiempo, que en cada proceso de transformación el expresionismo se revelaba el elemento de agitación, el ala motriz de la protesta.

¿ Por qué el expresionismo se obstina en

aislarse cada vez más del objeto, lanzándose, ebrio de libertad, a la conquista de un universo ideal completamente alejado del sensorialismo de las formas clásicas ? ¿ Qué contiene de nuevo la transformación artística iniciada a fines del siglo pasado para que no haya podido conseguir la reintegración de la rebelión expresionista al seno de la disciplina sensorial como había sido el caso en las transformaciones anteriores ? ¿ Qué desacuerdo ha mutado el expresionismo en concepto, conduciéndolo a tamaña soledad, cada vez más desligado de las tradicionales relaciones ? ¿ Qué protesta le ha inducido a sacudir las artes en búsqueda de guías cerebrales ? ¿ La precariedad de un mundo en el que ha perdido toda confianza ? Un arte objetivo es un todo organizado según unas leyes estables. ¿ Es la falacia de esta estabilidad desmentida por la inestabilidad de nuestro tiempo?

Si es de este contrasentido de donde nace el expresionismo insumiso, concuerda con la filosofía que ha tomado su rebelión como base. En cuanto a los valores del hombre, esta filosofía tiende a la libertad. Por lo que se refiere a la obra de arte, tiende a la realidad interior, puesto que la exterior no es, a menudo, más que una apariencia.

Ella nos recuerda que desde que la Naturaleza se impuso a la representación académica, la vida tomó en la plástica el lugar que ocupaba en ella la receta artificial. Este sentido de lo permanente por encima de lo aparente, afirmó la libertad del espíritu en cuanto a la alteración del precepto. En estética —y tal como se sobreentiende en arte— no hay modelo absoluto y por consiguiente no existen normas. Por haberlas admitido elevándolas al rango de principio creador, el academismo condenó el arte a una representación imitativa e infecunda. La porción de belleza —de originalidad, de ejecución lograda— que contiene una creación, no procede de la figuración reproductiva del objeto, sino de su interpretación. ¿ No había indicado Kant que la belleza no era una cualidad de la cosa, sino una harmonía subjetiva ? Y este lazo entre la realidad exterior y la realidad interior ¿ no había hecho observar a Hegel que lo bello en la obra artística nacida del espíritu era superior a lo bello de la Naturaleza ?

Es este dato de la acción de lo subjetivo sobre el fenómeno físico lo que innova el impresionismo y lo que solivianta, al mismo tiempo, el expresionismo. Es decir : la alteración de la forma, la libertad del color, la supresión de lo secundario.

El júbilo del impresionismo naciente, procede de haber vuelto a hallar el objeto y asimismo de la facultad de los pintores de poder transcribirlo según su sentimiento. Su gusto por la Naturaleza, por la vida cotidiana, por la sencillez, proviene del carácter accidental que la estructura real del objeto ofrecía en cuanto a la obra, puesto que aquél era transfigurable y que la verdadera trascendencia le era infundida por sus sentimientos. Pues con el goce del objeto nuevamente hallado —así como toda vida contiene su propia muerte— tomaba pie la idea de que éste no era más que un pretexto. Benedetto Croce aventuraba, orientando por lo mismo las experiencias artísticas contemporáneas, que la Naturaleza era muda si el hombre no la hacía hablar.

El lenguaje que había de traducir la relación entre el dato físico y su imagen racional, no había de tardar mucho en manifestarse. Ora orientándose hacia la luminosidad de la atmósfera y la vibración de los cuerpos opacos (Seurat, Signac), ora derivando hacia el movimiento (Degas), ora valorando el color como materia (Renoir), ora persiguiendo su simplificación (Gauguin). Cézanne lo concebía como una interpenetración de volúmenes y de planos.

Hasta aquí, el expresionismo convive con el fenómeno. ¿ Acaso el impresionismo no es una protesta y un deseo a la vez de vitalización de la expresión ? Pero todo este conjunto de direcciones tiende al menosprecio de la forma, a alejar el elemento físico de su representación ideal. Los *fauves* acentúan la simplificación de la realidad : los colores, en vez de aspirar a la fluidez, se convierten en meros ritmos cromáticos, la estructura se desprende de todo lo secundario, resulta llana : obtener el máximo de expresión con el mínimo de medios, según la frase estereotipada. Desnudar, pues, se convierte en una necesidad. La percepción sensorial nos transmite lo superfluo y lo esencial mezclados. Al artista corresponde el deslindarlos.

La idea de lo esencial implica, de una parte, la destrucción (Matisse y Dufy han reducido a mera sugestión la arquitectura del cuadro), de otra, la reivindicación del concepto en la creación plástica. El impresionismo traduce el sentimiento del objeto. El conceptismo post-impresionista transmite su síntesis intelectual.

Entre la forma natural en su doble significación de sentimiento y de idea, el arte de Cézanne parece cimentar su conciliación. La noción geométrica que de ello se desprende, atañe conjuntamente a la vida de lo concreto y al cálculo del concepto.

Una interpretación de la conocida carta de Cézanne a Emile Bernard, —« tratar la naturaleza según el cilindro, la esfera, el cono, todo ello puesto en perspectiva... »— parece atribuir a éstas palabras la base de los primeros ensayos cubistas de Picasso. Quizás no resulte fácil acomodar el clasicismo ávido de totalidad de Cézanne con el parcialismo descarnado y salpicado de resonancias negras de « Les demoiselles d'Avignon ». Pero no es menos cierto que André Salmon, refiriéndose a las experiencias iniciales que habían de conducir al cubismo, anota que Picasso descomponiendo esquemáticamente las zonas luminosas del lienzo en el que trabajaba, obtuvo « las señales de una geometría » y que este descubrimiento le reveló que las mencionados señales constituían « el elemento principal de una pintura ».

Semejante referencia es completada por la que proporciona Manolo : « En el taller de Picasso asistí al nacimiento del cubismo. Si no ando equivocado, Picasso hablaba mucho de la cuarta dimensión y tenía entre las manos los libros de matemáticas de Henri Poincaré ».

Las preocupaciones de las ciencias, nacidas del progreso de la física, de las matemáticas y aun de la psicología, están lejos de ser extranjeras al conceptismo del arte contemporáneo. Y si el construccionismo geométrico de Cézanne es dudoso en los primeros momentos del cubismo, lo es menos luego, cuando después de fraccionar yuxtapone y tiende a la edificación de composiciones severas. La geometría es cosa vieja en pintura y ya Leonardo concebía el aire lleno de pirámides, y Descartes observaba que los objetos presentaban ciertas cualidades —gusto, color, por ejemplo— que cambiaban como si no formaran parte de ellos. Lo que equivalía a enunciar que lo que el mundo físico ofrece de verdaderamente real es el objeto despojado de sus cualidades secundarias, es decir su esquema geométrico.

La geometría de Cézanne como la geometría de Picasso son, en principio, una concepción de lo conereto. Es la aspiración a lo esencial de este concreto, a su concepto puro, lo que hace que el cubismo se convierta en una especulación en ciertos aspectos abstracta. Y es en razón de su carácter de creación intelectual como se desentiende de la luz ; no por lo que ésta contiene de real, sino porque altera la forma, cuya cambiante condición falsea la desnudez absoluta del objeto.

El concepto de Picasso, en el fondo, permanece informado de sustancia realista. El primer definidor del cubismo, Guillaume Apollinaire, lo entendía como un arte que traducía realidades de conocimiento. Así mismo lo juzga André Lhote para quien el proceso creador se efectúa desde la idea a la sensación. En esta fase es donde quizás convenga situar las fragmentaciones de Picasso y su recomposición según un dispositivo de líneas y de planos nuevo en la historia de la plástica. Cuando el cubismo se convierte en una especulación abstracta sin relación con el objeto, Picasso se desentiende de él.

La noción del elemento extra-artístico y de la deshumanización que aparecen a menudo en las experiencias de Picasso, son obra también del concepto, de una idea del objeto, trascendente por sí mismo aparte de sus atributos.

Conceptista es la orientación de las corrientes nacidas después del cubismo —y probablemente a causa de él—, unas como una reacción, otras con el deseo de interpretar algún rasgo fundamental de la época : el constructivismo, edificando con síntesis intelectuales un arte que quiere ser el polo opuesto de la descomposición analítica del cubismo; el simultaneismo, en busca de la expresión plástica de la idea del movimiento ; el superrealismo, estableciendo con las nuevas bases de la física y de la psicología un nuevo concepto de las relaciones entre las formas.

Cada una de estas tendencias aspiraba a la fijación de lo permanente, a la esencia del objeto. Precisar una verdad desnuda de todo accidente, suponía un aumento de severidad hacia lo intermediario. Era reclamar del arte una expresión ideal, para la cual el objeto se revelaba impuro. Así, a la forma sensorial sucedía la representación de la idea del objeto.

La plástica de Miró y de Dalí responden, con lenguajes diferentes, a este espíritu : ya sea reduciendo a signos liminares ciertas captaciones de lo existente, ya sea sometiendo la representación a alteraciones espaciales y a sugestiones simbólicas. En cualquiera de los casos, el arte de estos conceptistas no atribuye a la luz, al color, a las formas y a sus relaciones, la significación de agentes físicos, sino el valor de ideas.

En qué medida el expresionismo desgajado y animado de existencia autónoma ha fecundado el inconformismo de Picasso ? En la de haber tropezado con una vasta receptividad y a la vez con una aguda facultad creadora. Pero cuando Picasso olfatea los indicios de la transformación que estaba incubando el arte, un ambiente repleto de todas las inquietudes de la época se los refleja ya escogidos y valorados. Este ambiente es el de Barcelona. Es difícil que otra ciudad española hubiese podido comunicarle el verdadero sentido de la insatisfacción social, de la libertad en lo individual y en la ejecución de la obra, de la orientación crítica con afanes de buceo, de riesgo, de novedad. Todo ello penetra con un mismo acento en el espíritu del futuro pintor. Todo le induce a practicar un arte que nada tuviera que ver con el pasado.

Teóricamente es exaltante prescindir del pasado. ¿ Pero cómo llevarlo a cabo ante la realización ? ¿ Cómo no tener en cuenta ciertas leyes permanentes en las que descansa la trascendencia del arte de todas las edades ? Todo el combate de Picasso surge de esta oposición. Y si algo de heroico hay que admitir en las batallas que ha librado, es, sin duda, esta obstinación en proseguir un debate contradictorio.

Hay en esta actitud un impulso negativo y a la vez una esperanza. Es el doble movimiento del irredentismo político-social barcelonés, del que nunca hay que hacer abstracción tratándose de la formación de Picasso. Nietzche, muy en boga en los círculos artístico-literarios de Barcelona a fines del siglo pasado, sostenía que ningún artista toleraba la realidad. Por otra parte, lo real era la base misma de la emoción mediterránea. El nihilismo anarquista junto con la libertad de lo irreal y además la esperanza añadida a la organización de lo concreto, marcan el tumultuoso proceso de no pocos espíritus catalanes de últimos del siglo XIX. Toda la obra de Picasso refleja esta dualidad.

Si su producción de los primeros tiempos corresponde al dominio sensorial, nótese que se inscribe entre las corrientes más emancipadas, y, hecho muy digno de ser subrayado, entre las más estrechamente vinculadas al sentimiento latino de la forma : Ingres, Toulouse-Lautrec, Cézanne. La rebelión expresionista podrá acercarlo a Gauguin. Pero Gauguin no comprende la forma como un meridional. No siente el paisaje de Provenza, que es como decir que no penetra su definida corporeidad, su límpida estructura. La simplificación de Gauguin no es de espíritu mediterráneo, sino más bien de convención idealista. Picasso lo abandonará. Buscará el primitivismo, en el que entreveía uno de los caminos de la independencia del objeto, por otras latitudes : a través de los frescos románicos, del arte negro y polinésico, del immovilismo egipcio, del misterio prehistórico.

Si pasa de uno a otro como el explorador atraviesa los ámbitos por donde discurre su aventura, es porque posee el dominio de la forma. La forma es su elemento. Porque la siente sumisa, estiliza, simplifica, la prepara a desnudeces posteriores. Su producción azul, es el intento de búsqueda, en un universo ajeno, de los acentos afines a su propia fisonomía. Ellos transforman el tanteo en dominio y convierten la arista en trazo sinuoso y fino. París invita a esta sutileza y a ella tenderá la época rosa del artista. Acentuará la desnudez, disminuirá peso y volumen, aligerará la arquitectura. El expresionismo hallará, en esta libertad, los senderos que lo conducirán a lo hondo de la expresión. De él tomará incremento la deformación. El impondrá, por encima

de las sugestiones tomadas aquí y allá, el acento personal del creador.

Este acento, se define de una vez con las formas del arte negro. Angulos y curvas parecen arrancados del fondo de la osamenta del objeto, de una desnudez inhumana. Es un chapuzón prodigioso en el piélago de la aventura, que tanto había de pesar en la evolución del arte contemporáneo.

El individualismo contribuyó al éxito de este descubrimiento. La ola individualista que produjo la postguerra, favoreció la investigación como una medida necesaria. Perdida la fe en numerosos principios que habían parecido estables, la moral cambiaba, la existencia adquiría un sesgo incierto, ante el cual, fijarse una orientación era necesario. El hombre experimentaba cierto de amparo. Ante semejante congoja, únicamente contaba la aventura personal, como si todo no fuera más que un naufragio y el deseo de cada uno no fuera otro que asirse al primer madero a fin de no ahogarse. Puesto que todo era incierto, había que volver a empezar. Descubrir senderos saludables. Este deseo de volver a empezar, fué el grito de guerra de toda una generación que se creía depositaria del espíritu de su tiempo.

Hasta las experiencias del arte negro, Picasso había permanecido cerca de la corrección anatómica, de las leyes de la harmonía, de los valores del color, de todos cuantos elementos informan la sensación. Pero al introducir el plano geométrico en el proceso de la realización artística y descomponer el objeto según una convención analítica, rompe con toda tradición, con todo precepto, con todo canon, lanzándose a la creación sin cortapisas, virgen y como limpio de recuerdo. Unicamente en esta posición de libertad absoluta, podía cobrar sentido la aventura de empezar de nuevo.

Así toma forma este tenaz combate entre la renovación y las leyes milenarias del arte clásico. Así trasciende Picasso de lo local a lo universal, produciendo un cortejo ininterrumpido de formas que está sorprendiendo al mundo. Quizás no hayan sido suficientemente profundizadas, pues Picasso no parece detenerse mucho en ellas. Pero alguno de los resultados obtenidos sirven de pasto a no pocos de sus secuaces.

Ha cometido contradicciones, como acontece siempre que se trata de experiencias. ¿ No son intentos lo que fija ? ¿ No dice él mismo que en vez de buscar halla ? Realista por las fuentes, ha buceado en las fronteras de lo abstracto. De formación impresionista, ha descuidado los problemas de la luz y del color. No es sustancialmente la materia, su organización lo que domina el sentido de sus experiencias, sino la forma. Aunque parezca contradictorio tratándose del deformador más radical que jamás haya existido, el elemento predominante en la obra de Picasso, es la forma.

Todo cuanto tiene de sorprendente antes de llegar al cubismo, es el forcejo con las leyes de la proporción. El desmembramiento de la vida del objeto que le ofrece el cubismo, le abre, en este sentido, una perspectiva ilimitada. Los zigzags de Ingres a la representación irreal, así como las simbiosis entre el objeto y lo abstracto son, ante todo, unas relaciones de forma.

En este proceso de cazador de formas, Picasso ha procurado los elementos que han renovado la decoración de nuestra época. El mueble, la arquitectura, la industria en general, han adoptado y adaptado los hallazgos de este creador original. Si un ritmo vive y se impone por la amplitud de lo que prolonga, hay que admitir que el arte aplicado contemporáneo es de ritmo picassiano.

Ante la producción de Picasso, tan diversa y desconcertante, lo primero que parece deducirse de ella es la interferencia constante entre lo concreto y el concepto. El fondo de realidad que encierra toda forma pasa a ser, quién sabe por qué transformaciones, un concepto de la cosa. Es un arte de filiación sensorial a pesar del audaz subjetivismo que tanto aleja la visión de su estado inicial. Todas las captaciones de la obra ajena, que tantos reproches le han valido a Picasso, han sido reducidas a concepto y devueltas con un inconfundible lenguaje personal.

Por unos caminos emotivos, estas concepciones de la realidad quizás hubieran adoptado las formas adecuadas a las que se refiere Hegel, comunicadoras de lo

bello. Sometidas a cambios intelectuales, la noción de lo bello —idea clásica— está supedidata a la innovación.

Quizás no fuera infructuoso un examen de lo bello en la obra de Picasso. Lo primero que llamaría la atención, sería una orientación hacia el cultivo del elemento antiartístico y la deshumanización en la pintura, y una constante por lo que se refiere a la humanización de la forma, en el dibujo. Los retratos —de épocas diferentes— de Gustavo de Maeztu, de Vollard y de Stravinsky, por ejemplo, ejecutados a lápiz, guardan los valores de proporción y de expresión psicológica propios del arte clásico. Contrariamente, los retratos de Braque, de Kahnweiler y de Jaime Sabartés al óleo —también correspondientes a períodos muy diversos— acusan la fragmentación por planos y la deshumanización de los rasgos, habituales en las pinturas de Picasso.

El difícil equilibrio de numerosos cuadros al óleo, el cultivo predominante de lo accesorio, la inseparable mezcla de investigación y de azar que les comunican una inquietud extraña, no existen, en general, en el dibujo.

El dibujo es el manantial de linfas límpidas de este sorprendente artista. Acoge los momentos más transparentes de su facultad de creación, los más íntimos, los más emotivos... Incluso en plena fiebre cubista y de alocada aplicación de cabellos y de recortes de periódico, permanecía fiel a la línea sensible y ágil del dibujo, vinculada a los cánones clásicos de lo bello.

La forma, pues, constituye uno de los aspectos sustanciales de su mensaje. Otro, corresponde a la destrucción de lo convencional. Aunque a veces la lucha contra lo convencional haya llevado a Picasso a lo arbitrario, fuerza es reconocer que persigue con ello una de las grandes direcciones de la pintura española. Lo convencional, que andando el tiempo debía conducir Italia a la academia, no ha maleado jamás la pintura española. No lo aceptarán ni Zurbarán, ni Velázquez, ni Goya. Así el arte español podrá ofrecer elementos propios para contrarrestar el artificio cuando la pintura, cansada de languidecer, sienta la necesidad de renovarse. Y desde este ángulo, Picasso, tan dispuesto a emanciparse de la tradición, aparece estrechamente vinculado a ella como destructor de los vestigios académicos que quedaban en su seno y que la hacían infecunda. Por donde el artista, al través de las variaciones de su obra, manifiesta una singular coherencia con el ideal de su juventud.

EL CONCEPTO de Miró corresponde a motivos más poéticos. Antes de desprenderse de lo no figurativo, fué un detallista minucioso. Ello proyecta cierta luz sobre el carácter de su obra, pues el sentido físico del detalle, acompañará a Miró a lo largo de su evolución pictórica : primero adoptándolo como una verdad plástica e incorporándolo ; luego, condicionándolo y defendiéndose de él. Quizás el secreto de la producción de este artista, no siempre fácil de definir, se encubra, en los pliegues de este forcejeo entre la presencia obstinada del objeto y el afán de emanciparse de él, traduciéndolo en signos alejados de su recuerdo.

El proceso que conduce a Miró de la expresión concreta a la transfiguración, se efectúa con rapidez. Como Picasso, saca provecho de la crisis de individualismo suscitada después de la guerra europea. Asmismo se siente atraído por el deseo de volver a empezar.

El superrealismo le sedujo porque anunciaba un movimiento de renovación del arte, independientemente del sesgo político que le atribuían algunos de sus doctrinarios. Nada en la obra de Miró que mencione tal o cual jefe de Estado o que se refiera a tal o a cual ética social como acontece con la pintura de Dalí de la misma época. El superrealismo era una protesta y una libertad, y ello explica, quizás, el particular relieve que adquirió en él, súbitamente, Miró.

En todo caso, la originalidad de sus experiencias tiene su cuna el él. Sin la fase superrealista, el arte de Miró quizás no hubiera hallado tan pronto su cauce. Prefiriendo a las imágenes sensoriales los signos que Freud sitúa en el subconsciente, se desposee de toda una tradición de servidumbres formales iniciándose, así, en el sendero que debía conducirle a la trans-

formación conceptual. De una vez, descubre la significación primitivista que Matisse y Picasso perseguían por vericuetos menos ingenuos. En adelante, el objeto será transformado y separado de toda relación lógica. Su contenido orgánico será cambiado por un alfabeto de signos que todavía recordarán lo real a través de una vaga analogía morfológica, pero no poseerán ya ni su estructura ni comunicarán su emoción. Esta transfiguración, tenderá a un universo cuyas leyes cabalísticas dejarán de corresponder con las leyes del mundo exterior.

De esta representación habrá desaparecido toda perspectiva, toda ordenación según los cánones de los planos. Un orden nuevo, basado en la alteración, se instala en ella : alteración del espacio, de las formas y de sus relaciones. Los colores, vivos y equilibrados, dan una jubilosa harmonía a este conjunto de signos heteróclitos que tiene a la vez algo de microcosmos y de acuario.

Con la evolución de este sentido freudiano de la expresión, la forma resulta cada vez más liminar y desmembrada. Lo que todavía aparece articulado —insecto, víscera, veleta— se dispone a disgregarse y a vivir independientemente. Así, restablece su rango el elemento, esta vivencia de Miró que ni el cubismo somete.

Es cierto que el contacto de Miró con el cubismo no es esencial. Lo ensaya por motivos de inquietud, por espíritu de investigación, puesto que se inspira en unas normas que no son las del arte clásico. Pero pronto advierte que no transmite su expresión tal como el pintor la concibe. La descomposición por planos, el rigor analítico que caracterizan al cubismo, no podían convenir a la libertad poética de la expresión de Miró. El cubismo es disciplina, fijación sintética o descompuesta de lo concreto. Es un arte de arquitectura y de condensación, no de vecindad autónoma de señales y de transmutaciones arbitrarias. La libertad transfigurativa de este arte no le es permitida al cubismo. Ciertos pintores de filiación cubista intentaron la supresión del objeto valiéndose de una organización geométrica de planos. Esta exploración de lo no figurativo a base de paralelógramos, debía resultar necesariamente limitada. Picasso rehuye este callejón sin salida, no otorgando jamás al cubo o al triángulo otro valor que el de datos fragmentarios de una vida sensorial previamente descompuesta. Cuando se le ha antojado especular con lo indeterminado, no lo ha hecho atrincherándose detrás de unas formas limitadas, sino escogiendo un terreno de absoluta libertad.

Miró, para quien lo no figurativo debía constituir la razón principal de su lenguaje, pasa por el cubismo sin apetencia por su rígor del análisis y penetra en el universo superrealista, cuyas formas móviles le procuran en seguida una expresión original.

¿ Hasta qué punto los lazos de esta cuna persisten en la obra de Miró ? De hecho, toma del superrealismo la arbitrariedad en la disposición de planos espaciales y de formas. Si acepta la presencia del detalle, no admite su precisión. Las imágenes, que empezaron siendo la expresión de signos residuales de la vida emotiva y sensorial tomados del subconsciente, eran al fin y al cabo una forma de la idea. Hoy, casi desposeídas de toda identidad con el objeto, diríase que efectúan a la inversa el proceso de la creación plástica : son ideas de la forma, son conceptos.

El acento de estas realizaciones carentes de imagen, da a la producción de Miró comprendida entre los años 1934-1942, un estrecho parentesco con el arte abstracto. Entre el ausentismo del que habla Sartre y el signo, en apariencia huérfano de estado sensorial de estas pinturas desmanteladas, parece, en efecto, existir más de una relación.

Es difícilmente comprensible que Miró, de procedencia mediterránea, pueda desentenderse de la percepción concreta. La retina de Miró, acostumbrada a las captaciones reales subrayadas de luz transpirenaica, ha construído su arte con presencias objetivas desdobladas de formas cerebrales. Lo que constituye su originalidad, son los horizontes remotos donde se aventura a explorar, la considerable diferencia que media entre la imagen desdoblada y su forma visual.

El afán de estos signos tiende a suscitar una poesía de la expresión primaria. Ello se desprende de sus últimas pinturas en

las que el elemento, primero desintegrado, luego aislado y como extraviado, más tarde reintegrado, manifiesta veleidades de articularse. Nada de simbólicamente trascendental en este arte. Sólo signos de una vida fresca en la que muy a menudo, lo suprasensible y lo real aparecen estrechamente entremezclados.

Si las experiencias de Picasso hacen pensar en el concepto del objeto, Miró parece interesarse por su transfiguración. Ciertos rasgos fugaces de elementos corpóreos, ciertos fragmentos pertenecientes a organismos de vida rudimentaria —raíces de árboles, cabezas de insectos, conchas de molusco—, de los que la obra de Miró aparece reposante, indican un gusto vivaz por la sensación, una fiel inclinación al detalle, lo que explica no pocos pasajes que resultarían ilegibles del lenguaje de Miró y que proporcionan a su obra un carácter de unidad.

OTRA COSA es la pintura de Dalí. Su textura corresponde al objetivismo superrealista. Según André Breton « las creaciones aparentemente más libres de los pintores superrealistas, no pueden, naturalmente, darse a luz más que mediante el retorno de los creadores a los *residuos visuales* procedentes de la percepción externa ».

Dalí acentúa esta presencia de lo real importando la aversión latina a lo confuso y a lo inconcreto, y por otra parte la inclinación al minuciosismo de los miniaturistas medievales.

Esta disposición contradice el no intervencionismo, que parece ser uno de los dogmas capitales de la doctrina superrealista. El espíritu revolucionario de esta escuela combatía las formas de una civilización con la que no quería mantener ningún contacto. A la razón, puntal de la existencia que el superrealismo condenaba, oponía el misterio del inconsciente innovado por Freud. El sueño, pues, debía redimir el hombre de las imperfecciones de la lógica. Había que dejar expresar las criptas del ser, sin enmendar ni añadir nada. Era lo que en la creación superrealista tomaba el nombre de escritura automática.

Dalí, poniendo la realidad exterior al servicio de la realidad subjetiva, da a la creación un sentido activo. El automatismo y el sueño pierden su valor de dogma y se convierten en meras « evasiones idealistas ». El arte plástico nace, según él, de la objetivación de asociaciones y de interpretaciones delirantes : « La fotografía hecha a mano y en colores de la irracionalidad concreta » declara. En otros términos, la percepción sensorial reflejada por un estado de espíritu. Ateniéndonos al lenguaje de Dalí, la modificación del objeto natural según los dictados del delirio. Añádase a esta ordenación el sentido simbólico del objeto, dato importante en las teorías de Freud, que Dalí traduce por el deseo, que tanto relieve toma en su pintura.

La función eminentemente activa del deseo acaba por destronar la fe en la expresión automática de los primeros tiempos del superrealismo. De hecho, el automatismo no tenía solución, pues negaba la subjetividad, sin la cual no hay creación posible.

Esta es la rectificación —digna de ser mencionada— que Dalí aporta a la transcripción de los estados elaborados.

Dejando aparte la sugestión sexual del deseo, que Dalí se complace en subrayar, la plástica de este pintor se orienta hacia la unión de lo real y lo esotérico.

En el fondo, la pintura de Dalí es un producto de la mezcla que nutre la expresión superrealista. Acepta la posición extraartística ensayada por Picasso, no por lo que representa en el campo de la experiencia, sino por lo que contiene de revulsivo. Se mantiene dentro de la corriente primitivista, ya sea por el afán de empezar de nuevo que nutre el antitradicionalismo superrealista, ya sea por la disposición natural a la rigidez y a la idea pre-rafaelista de la perspectiva. Participa del constructivismo que se opone a la fragmentación cubista, de la que Chirico acaba siendo el paladín. Especula con la sorpresa, factor de primera importancia en todo arte y que el superrealismo emplea a fondo, estimulándola con ciertas intuiciones de las hipótesis de Einstein sobre la relatividad, y con ciertas teorías de Freud.

De Einstein parecen derivar las propensiones a cambiar las perspectivas y a tergiversar los planos espaciales. Hay que

sustraer de esta aplicación todo valor científico y no darle otra significación que la de un recurso plástico.

De Freud parece proceder la utilización de lo vago y de lo misterioso que se desprende de esta escuela, la tendencia al simbolismo y a lo insólito que informan su plástica.

En conjunto, da lugar a esta disposición arbitraria de representaciones, a esta inversión de la jerarquía de valores que el mismo Dalí reconoce que « escapan al análisis y a la intuición lógica ».

La sorpresa nace de esta desintegración de la sustancia perceptiva, de sus insospechadas mutaciones, del relieve de lo secundario en detrimento de lo primordial, de la elevación del fragmento al rango de estructura general del conjunto.

Todo ello ejecutado con una paciente aplicación al detalle, con un menosprecio de los problemas de la luz y del color próximo pariente del academismo, con una indiscutible habilidad. Dalí, que sobresale en el dibujo, encierra la materia en la cárcel de sus formas. No es el color, ni la luz, ni el movimiento lo que le atrae, sino la sugestión freudiana de la relación entre los objetos. De aquí el relieve que en su producción alcanza lo concreto, al extremo que los cuadros de Tanguy, comparados con los suyos, parecen abstractos.

Quizás se explique por el sentido mecánico de toda reproducción la ausencia de emoción en la obra de Dalí. Quizás, también, por la falta de sustancia humana, por la ataxia de unos sentimientos alejados a la par del júbilo y del drama. Del objeto traduce su precisión formal. El mismo sentimiento se experimenta ante el cuadro que representa un piano cuyas teclas son sendos retratos de Lenin, que ante la Virgen no hace mucho presentada al Vaticano. Ambos son producto de una concepción que afecta la posición del objeto, el cambio de ordenación de los valores sensoriales, no de una creación del sentimiento.

La repetición de motivos, frecuente en la plástica superrealista, aparece también generalizada en la obra de Dalí. Las simbiosis piedra-hueso-huevo, las escoriaciones, los torsos desnudos llenos de excrecencias, las mujeres con bustos de estatua, se suceden de un cuadro a otro. Los leones no retroceden ante las hormigas. Estas saltan de la imagen fija a la imagen animada. (Recuérdese « Un chien andalou »).

La producción reciente de Dalí parece querer prescindir de la preocupación esotérica. Pero permanece fiel al concepto de la alteración de relaciones en la representación, y por encima de todo, tenaz en la concreción.

No parece que fuera este el resultado que el artista se proponía conseguir cuando aseguraba que quería « sistematizar la confusión y desacreditar la realidad ». Semejante propósito parece más bien inconciliable con el carácter religioso —él dice místico— de su pintura actual.

Estos cambios violentos forman parte de la naturaleza del artista y explican no solamente la variación de propósitos en la realización de la obra, sino también el tumulto con que suele acompañarlos el pintor.

Pese a ellos, Dalí aparece como el vitalizador del superrealismo mediante el aporte de la revaloración de lo concreto y de la noción hegeliana de la actividad subjetiva.

En resumen, el conceptismo español, según se desprende de la obra de sus representantes más genuinos, vincula el expresionismo al sentido mediterráneo de la forma con la que se está llevando a cabo el proceso de especulaciones que caracterizan al arte contemporáneo. ¿ Qué decir de él después de haber mencionado que se trata de un conceptismo que se basa en los sentidos ? ¿ Que en general resulta un arte invertebrado, más cercano de la experiencia y de la obtención parcial que del resultado multivalente según el espíritu tradicional de la plástica ? Siempre ha existido el conceptismo en pintura. Y sabido es que, en general, ésta se ha enriquecido con no pocas de sus especulaciones. Tal puede ser la esperanza de estas innovaciones.

En todo caso, corresponde a España el orgullo de haber dado a esta fiebre de investigación algunos de sus mejores taumaturgos.

RAMON XURIGUERA

Encuesta sobre la joven pintura

La diversidad de las actividades intelectuales, la investigación científica y los aspectos que reviste, sucesiva o simultáneamente, la expresión artística moderna hacen de nuestro tiempo —tanto como los conflictos políticos y sociales— una época de transición en la que se entremezclan el principio y el fin, la agonía y el comienzo y cuyas contradicciones, puestas sin cesar en evidencia, han impuesto a nuestra curiosidad la necesidad de una encuesta apasionada y siempre renovada.

Es quizás en la pintura, en la que las experiencias son particularmente espectaculares y perturbadoras, donde se reflejan mejor esas contradicciones. Pero ya ha pasado el tiempo en que se rompían lanzas por saber si el arte debía ser o no ser « figurativo ». El arte « abstracto » —aunque ese término no sea apenas satisfactorio cuando se aplica a un dominio donde la materia juega su papel— es reconocido como una de las formas de la expresión contemporánea. Es, ahora, símbolo tanto como necesidad, porque está indiscutiblemente unido a las tentativas más elevadas de nuestro pensamiento y al ritmo esencial de nuestra vida. Germain Bazin ha reprochado la concepción y la representación no figurativas del universo de ese mundo siempre más vasto y más complejo en que la ciencia nos introduce progresivamente. « A la velocidad vertiginosa de las nebulosas espirales se esfuma lo real y el pensamiento humano se encabrita en esta carrera hacia el infinito. La única concepción posible del universo es de orden estrictamente matemático, por lo tanto abstracto. El hombre debe renunciar a hacerse una imagen de él, a darle una *figura*... El pensamiento científico moderno trasciende la realidad testimoniada por nuestros sentidos para crear un *irrealismo* en el cual percibe la llamada misteriosa de otra realidad, situada más allá de toda representación. » Haciendo suyas ciertas ideas enunciadas por el sabio, a fin de traducir mejor su visión del mundo, interior y exterior, el pintor se hace demiurgo, verdadero « ordenador de la materia » y renueva la operación mágica que era toda creación artística en las civilizaciones primitivas.

De la encuesta realizada por Alain Jouffroy y K. A. Jelenski (*Preuves* nº 68) cerca de una cincuentena de pintores pertenecientes en su mayor parte a la generación posterior a la guerra y trabajando en la vía no figurativa, se desprende que son estas las líneas de fuerzas que rigen el arte no-objetivo de hoy. Las teorías, la especulación pura, la abstracción decorativa dan lugar a una especie de expresionismo cuya libertad es la regla mayor. Entre el rigor de las composiciones cerebrales de los Delaunay, de los Mondria, de los Van Doesburg y las obras de nuestros jóvenes ha pasado un soplo de fantasía : un poco de la sensibilidad exacerbada de los surrealistas y de la poesía cósmica de Klee les anima. Pero si « el pintor debe ser el sismógrafo de su época » la pintura continúa siendo lo que fué siempre : « una aventura individual y la expresión irreemplazable de una soledad ». Cada uno, inclinándose ansiosamente sobre la realidad que lleva en sí mismo y con ayuda de ritmos, espacios y colores, tiende a constituir un símbolo del hombre contemporáneo. « Autobiografía » (Colombotto-Rosso) o « puntuación de una aventura personal » (Bouvier), la pintura abstracta es para el artista pretexto y medio de forzar su destino.

La cuestión « ¿ Cuáles son hoy las posibilidades de representación del sujeto y del objeto ? », ha recibido respuestas muy diversas. Es evidente que para algunos que van más allá de las apariencias formales, pasado el naturalismo realista, se da al objeto el sentido de un « contra sí mismo », de un « obstáculo » exaltante necesario a Arikha como lo era a Nicolás de Stael. Para otros, es posible una figuración que reúne sujeto y objeto a condición que sea una transfiguración simbólica de la realidad *total*. No es sorprendente que esta pintura simbólica, este lenguaje de signos, no pueda aprovechar considerablemente de la enseñanza de los maestros del pasado. En su museo imaginario el artista reunirá más bien los revolucionarios del arte moderno con la caligrafía china (Zao-Wou-Ki, Corneille), las artes de las altas épocas (Doucet, Francken) y el « primer » Renacimiento italiano (Burssens).

La importancia de los mensajes recogidos por Jouffroy y Jelenski demuestra cuán oportuna era su iniciativa. Esta encuesta ha permitido discernir, en el aparente caos de la pintura abstracta, la aportación de corrientes nuevas y seguir mejor la evolución de las tendencias constantes. Sería deseable que los críticos, cuidadosos de completar el panorama de la aventura pictórica moderna y de recoger con objetividad los testimonios más diversos, reconsideren el drama de los pintores que, sufriendo ellos también el asalto del gran tormento contemporáneo, quedan, no obstante, en la vía difícil de un arte que la naturaleza « continúa animando con su soplo, si no con su mimetismo ».

R. R.

Literatura

Cuatro siglos de poesía hispanoamericana

POR JORGE CARRERA ANDRADE

LA AMÉRICA de habla española ha ganado un renombre de « Continente lírico » en los últimos cincuenta años. Hasta comienzos del siglo XX, a ningún pensador europeo se le habría ocurrido llamar « tierras de poetas » a las regiones selváticas o paradisíacas del Nuevo Mundo. Los viajeros y navegantes extranjeros que recorrían con ojos curiosos su mapa pintoresco, ilustrado de pájaros desconocidos, creían que en esas « posesiones de España » se daban sólo teólogos en abundancia, como se dan las mazorcas de maíz o las palmeras de cocos. Lo que el mundo ignoraba es que, menos de un siglo después de la conquista española, iban ya por esas calles de México, Lima y Quito los poetas criollos o mestizos ensartando con paciencia en el hilo del verso las cuentas de cristal de las metáforas.

La atracción geográfica de América sobre la mente del hombre europeo era tan grande que no le permitía dar oído a esas débiles voces que nacían en medio de una naturaleza virgen. En esa época, la contribución del Nuevo Mundo a la felicidad humana se contaba en oro, especias y plantas medicinales, lo que parecía valer más que las letras de molde. Los más previsores monarcas de Europa enviaron a esos países de fábula algunas misiones científicas que enriquecieron con sus hallazgos el patrimonio de los conocimientos humanos. ¿ Qué sería de la cirujía sin los derivados de la coca y qué de la industria sin el caucho, ambos productos originarios de la América meridional, más exactamente del Ecuador y del Perú ?

El Nuevo Mundo abasteció con ejemplares de su fauna y de su flora los gabinetes de curiosidades o las « cámaras de maravillas » de Europa —como el museo particular de historia natural del doctor Monardes, en Sevilla— dando alimento a la ciencia naciente. En América, que en esos tiempos se conocía con el nombre fabuloso de Indias Occidentales, crecían las plantas más útiles para la vida humana y los árboles más alucinantes, como la ceiba, proveedora de lana vegetal en las costas ecuatoriales, y la tagua que rinde frutos de marfil. Paraíso occidental, El Dorado, Ofir, Nuevo Orbe, Jauja, tierra de la fuente de la eterna juventud, llamaron a América los exploradores y cronistas, mientras algunos viajeros reformadores la señalaban como la cuna de una nueva utopía social. Los filósofos europeos de los siglos XVII y XVIII se complacían en evocar las costumbres sencillas de los habitantes autóctonos del Nuevo Mundo, a quienes llamaban « hombres de la naturaleza ». Así, la América precolombina —no la colonial— inspiró las ideas humanitarias de los libreprensadores que precedieron al movimiento de la Enciclopedia.

Es verdad que durante los siglos XVII y XVIII, los teólogos hacían resonar con sus latines el silencio de los claustros construídos por los españoles en el Nuevo Mundo ; pero también aleteaba la poesía entre las plantas nativas y las frutas prodigiosas de esas tierras. Los jesuitas, grandes conocedores de las letras clásicas y del Siglo de Oro, enfermos de nostalgia al ser expulsados de América por la pragmática de Carlos III, buscaron consolación en el cultivo de las estrofas y en la cacería de las aladas rimas. El mejor

discípulo de Góngora en el Nuevo Mundo, el padre Aguirre, escribió su « Oda a Montserrat » en esos agitados días del siglo XVIII, cuando recorría las ciudades italianas, desterrado de su patria, el antiguo reino de Quito, transformado por la Corona Española en finca rústica, obraje y convento.

Exploración de un mundo poético

En un panorama completo de la poesía hispanoamericana no pueden faltar los nombres de esos exploradores de la belleza de un mundo naciente. Fueron ellos como los primeros árboles que anunciaban el actual bosque lírico, numeroso y robusto. El sabio Menéndez y Pelayo, con su gran sentido de los problemas del pensamiento, comprendió que para elevar el edificio de la cultura de América latina era imposible prescindir de los cimientos hispánicos, y en su antología publicada hace medio siglo hizo figurar los primeros poetas que escribieron en el Nuevo Mundo, aunque fuesen españoles de origen. Entre ellos se contaban también algunos criollos que atrajeron la mirada de Cervantes y de Lope de Vega, ambos deslumbrados por el boato de los « indianos » y deseosos de establecer algunos lazos con las doradas tierras donde parecía haberse vertido el mitológico cuerno de la abundancia.

Sin llegar a la investigación paciente, cara a don Marcelino, cualquier escritor que desee presentar con imparcialidad una antología poética hispanoamericana, no puede pasar en silencio la obra de los poetas que nacieron en América y escribieron en lenguas tan ilustres como el español o el latín. Sorprende así que en la notable *Antología de la Poesía Iberoamericana*, compuesta por el profesor Federico de Onís y publicada en francés por la Unesco en su magna Colección de Obras Representativas, en virtud de un acuerdo con la Organización de los Estados Americanos (1), se dediquen sólo veinte páginas a la poesía de los siglos XVI, XVII y XVIII. El autor de la compilación presenta en ellas únicamente dos poetas como representativos del siglo XVI —el mexicano Terrazas y un poeta anónimo—, incluye otras dos figuras como intérpretes de la sensibilidad del siglo XVII —Amarilis y Sor Juana— y ofrece la muestra de la obra de un solo poeta como digno de figurar en el siglo XVIII : el guatemalteco Rafael Landívar que escribió en latín su poema « Rusticatio Mexicana ».

(1) ANTHOLOGIE DE LA POESIE IBERO-AMERICAINE. Choix, introduction et notes de Federico de Onís. Présentation de Ventura García Calderón. Collection Unesco d'Œuvres Représentatives. Editions Nagel. Paris, 1956.

No se puede olvidar en la poesía del siglo XVI al chileno Pedro de Oña, a pesar de sus veleidades políticas —que parecen ser patrimonio de los poetas épicos de todos los tiempos—, así como no es posible callar en el siglo XVII los nombres del limeño Pedro de Peralta, del mexicano Sigüenza y Góngora —astrónomo y « erudito barroco », citado por el profesor Onís—, del guayaquileño Jacinto de Evia, y sobre todo del neogranadino Domínguez Camargo, que fué maestro de poetas y autor de las imágenes más originales, osadas y melodiosas de la poesía de ese siglo, en lengua castellana.

Tiene mucha razón Federico de Onís, profesor de español de la Universidad de Columbia y gran animador del Instituto Hispánico de Nueva York, al afirmar en su prólogo que el barroco es la culminación de lo americano. Pero habría que añadir que el barroco no sólo se manifestó en la fachada de piedra de las iglesias coloniales y en las columnas de los claustros de los jesuitas, sino también en las estrofas preciosamente talladas por esos frailes y policromadas como las figurillas de la fascinante imaginería quiteña. Los poemas de Viescas, Berroeta y Orozco obedecen al gusto reinante en el siglo XVIII, y las metáforas de Juan Bautista de Aguirre destellan como la mejor pedrería del padre Landívar y la superan a veces en profundidad auténtica y gracia concentrada.

Las grandes puertas de la Antología del profesor Onís se abren ampliamente en el siglo XIX para dejar entrar en tumulto a cerca de cincuenta poetas, procedentes de todos los países hispanoamericanos y marcados con el sello azul del romanticismo. El pomposo Olmedo, cantor de las victorias militares de Bolívar y de otros generales, abre el camino por donde transita una multitud abigarrada de versificadores que intentan comprar la inmortalidad con monedas gastadas por el uso, « simple calderilla poética ». Esta invasión de retórica y mal gusto es detenida por el resplandeciente Rubén Darío, soberano de un imperio que importaba de Francia sus ricas vestiduras de última moda, sus músicas refinadas y sus perfumes capitosos. La hueste modernista viene luego, en su totalidad : los exóticos, los místicos, los sinfónicos, los pictóricos, los sensuales, los imaginativos. Ninguno falta, desde Eguren, sobreviviente de la Edad Media europea, desterrado en el Perú, hasta el burlón y sentimental López Velarde, primer explorador de la provincia mexicana.

Ya en pleno siglo XX, el compilador vuelve a cerrar la puerta de su mansión de papel, como lo hizo con los tres siglos de la colonia, y deja afuera —perdidos en la selva de los libros y revistas de poesía que se publican en América— a muchos cultores de la belleza, convertidos por este hecho en « ciudadanos del olvido » para usar

una expresión de Vicente Huidobro. Entre esos poetas que no han podido pasar el umbral de la Antología, nombraremos algunos muertos ilustres: Almafuerte, Parra del Riego, Alvaro Armando Vasseur, Abraham Valdelomar y Medardo Angel Silva, este último el más fiel discípulo de Darío.

El universalismo y el tema del hombre

Desde que el autor de « Prosas Profanas » implantó, a comienzos de nuestro siglo, su reinado « modernista » —poblado de cisnes, dioses olímpicos, músicas verlenianas y otros elementos exóticos— han aparecido varias escuelas poéticas : el Postmodernismo, el Ruralismo, el Creacionismo, el Nativismo, la Poesía Social, el Indigenismo, la Poesía Negra, el Neovitalismo. Por todos estos caminos, la poesía intenta llegar a la verdad del hombre nuevo y de un Continente no descubierto aún espiritualmente. Durante los tres siglos coloniales y un siglo de independencia política, de romanticismo y de lucha por el *progreso* —ese « mito del siglo XIX », como se le ha llamado con razón—, la poesía había sido épica, retórica, cívica, didáctica, pero no había fijado aún los caracteres de la conciencia hispanoamericana, fenómeno que no llega a acontecer sino en el siglo XX. América permanece indemne en medio de la epidemia de deshumanización del arte, originada en Europa. El tema del hombre, la regeneración social, el universalismo inspiran el trabajo poético de las generaciones juveniles que intentan preparar un futuro mejor para América, crisol de razas.

¿ No es universal y americana a un mismo tiempo la voz de Gabriela Mistral, que canta a los Andes « Arca tendida de la Alianza » de los pueblos ? ¿ No está lleno de ternura para el hombre el primero de sus « Sonetos de la Muerte »? ¿ No es un grito de la entraña la balbuceante y conmovedora elegía de César Vallejo a Pedro Rojas ? ¿ No se encuentra toda la solidaridad humana de América en el noble poema « Civilización » de Torres Bodet ?

Mestizos como Barba Jacob, el atormentado vagabundo, escriben las estrofas de la grandeza y la miseria del hombre, pasto de todas las llamas y juguete de todos los vientos ; mulatos como Guillén levantan al negro de su postración de siglos y exaltan la unidad humana ; blancos como Borges descubren el sentido de la amistad de las cosas, o como Alfonso Reyes, exaltan la simplicidad de las costumbres de los indios « perfectos en su ciencia natural ».

América marcha hacia una síntesis racial, política y estética. El pensamiento hispanoamericano « inspirado e imaginativo » — según Gaos — busca la unidad aprovechando de las aportaciones culturales de todos los pueblos y continentes, a través de etapas sucesivas : herencia indígena, dominación española, imitación de los modelos europeos, afirmación de su personalidad independiente y aspiración a la universalidad. La vida natural y el culto animista de los primeros pueblos autóctonos fueron reemplazados por la ordenación jurídica y la estructura social impuestas por los conquistadores, juntamente con una concepción imperial y católica del mundo, la cual retrocedió a su vez ante las luces cegadoras de la Ilustración, del progreso y del liberalismo europeos, para dar paso finalmente a la etapa actual, fusionista, universal y reformadora.

Ante una realidad tan compleja y de tan múltiple origen, resulta incomprensible la afirmación del pensador y poeta uruguayo Emilio Oribe en el Coloquio Internacional de Ginebra, en 1954 : « No somos casi nada : casi ni existimos... Todo lo creado en América participa del genio conquistador y civil... » En ese Coloquio Internacional, como en el de Sao Paulo, celebrado en el mismo año, el pensamiento hispanoamericano estuvo en minoría : Sólo asistieron a la reunión de Ginebra tres invitados originarios de América —el uruguayo Oribe, el chileno Díaz Casanueva y el mexicano Calderón— y a la reunión del Brasil, dos : Leopoldo Zea y Pereira Salas. Sin embargo, hubo una voz —la de Shwartzmann— que hizo resaltar dos virtudes características de América : el sentimiento de lo humano y la inclinación positiva a la universalidad. Ambas virtudes se reflejan en el trabajo poético llevado a cabo por los hispanoamericanos en la primera mitad del siglo XX.

No podemos renunciar a ningún pasado

La publicación de esta valiosa *Antología de la Poesía Iberoamericana* en edición bilingüe —español y francés— constituye un acierto indiscutible, ya que la primera antología de Federico de Onís se encontraba agotada desde hace varios años. La presente edición viene enriquecida con la obra de los poetas anteriores a 1882 y una segunda parte dedicada a los « Poemas en Lengua Portuguesa ». Nuestro comentario se limita en esta ocasión a la poesía de lengua española. Dentro del cuadro poético de esta lengua, Onís no concede al gran Vicente Huidobro el sitio que merece y le presenta con un solo poema muy breve, destinado por el autor de « Altazor » a servir de epígrafe de uno de sus libros. Tampoco parecen bien escogidos los poemas de Evaristo Carriego, Luis L. Franco, Bernárdez y otros más. Asimismo, cualquier lector hispanoamericano de la *Antología* lamen-

tará la ausencia de varios poetas muy celebrados, como Jacinto Fombona Pachano, Andrés Eloy Blanco, Emilio Ballagas, Xavier Villaurrutia, para no citar sino aquellos que han sido cobijados por la sombra mortal.

Federico de Onís publicó por vez primera su *Antología* hace veinte años. Es verdad que, desde entonces, han cambiado muchas cosas, han salido a luz centenares de libros y el público ha consagrado la obra de nuevos poetas ; pero en sus líneas generales la visión panorámica del profesor Onís es válida. Sobre todo, para el lector francés, esta Antología poética es una revelación de valores cuya resonancia había llegado vagamente a sus oídos.

Quizá el compilador debió explicar el proceso de la evolución poética sin reducirse a la simple nota biobibliográfica. Quizá pudo relatar brevemente la historia de la poesía iberoamericana y señalar su aportación a la cultura universal. Y quizá, por último, debió revisar la selección de poemas y poner al día las respectivas notas destacando la importancia de las diversas corrientes poéticas. Todos estos reparos, sin embargo, no aminoran la significación de la obra del eminente profesor de la Universidad de Columbia.

La presentación de los poemas en francés es muy fiel y acertada : las traducciones son cuidadosas y conservan en su mayor pureza las esencias originales. Los más notables hispanistas y traductores franceses como Jean Camp, Pierre Darmangeat, Guy Lévis-Mano, Fernand Verhesen, Emile Noulet, Claude Couffon, y otros, se han esforzado en verter el oro fundido de la poesía hispanoamericana en los más ilustres y perfectos moldes de la lengua francesa. Así, Pierre Darmangeat ha logrado reproducir con exactitud las ásperas y sabias imprecaciones de Gabriela Mistral en «Cordillera», mientras Guy Lévis-Mano ha sabido transmitir el sabor primitivo y a la vez quintaesenciado de las « Yerbas del Tarahumara » de Alfonso Reyes.

Hay tres traducciones que figuran entre las más bellas de la Antología : « La Dama i » de Eguren, « Civilización » de Torres Bodet y « Piedra Negra sobre una piedra Blanca » de Vallejo. La traducción francesa del primero de estos poemas se debe al distinguido crítico, poeta y profesor belga Fernand Verhesen, conocido por su extraordinaria sensibilidad y maestría idiomática, dos virtudes que en esta ocasión le han servido para conservar la gracia transparente e impalpable de un poema que no parece escrito con palabras sino con niebla y música.

Por su parte, el gran poeta Jules Supervielle — francés de expresión y uruguayo de origen — ha querido interpretar en su lenguaje la torrentosa generosidad del poema « Civilización » y ha triunfado de todas las dificultades, aunque en la última parte de ese poema se aparta de la estrofa original y añade un toque poético « *a la Supervielle* ». También « el frío de la piña, rebanada en el plato de laca de un otoño » se vuelve en francés « la glace d'un fruit découpé sur le plateau de laque d'un automne ». Así, la empenachada fruta americana pierde su nombre y su color al ser tocada por las manos sapientes, calzadas de guantes europeos.

El ya célebre poema de Vallejo que comienza con una afirmación profética (« Me moriré en París con aguacero ») ha sido transpuesto en francés de modo insuperable, sin perder el menor matiz, por la notable escritora belga Emile Noulet. Es incomprensible el hecho de que esta excelente traductora, a quien se deben algunas de las más hermosas traducciones de la Antología —poemas de Lugones, sonetos de Herrera y Reissig y Torres Bodet— incurra en errores de interpretación evidentes en otros poemas, como en el « Secuestro de la mujer de Antonio » de Nicolás Guillén :

Záfate tu chal de espuma
para que torees la rumba
Déplie ton châle de crêpe
Pour piquer une rumba

Hay otros errores diseminados en el texto de la Antología ; pero, entre ellos, acaso el más curioso es el incurrido por quien traduce « Silva Criolla » —título de un libro de Lazo Martí— por « Forêt Créole ».

Una atmósfera homogénea flota alrededor de la creación poética lograda por los escritores hispanoamericanos nacidos en el presente siglo. Es una atmósfera vivificante que anima la tierra y los seres, en una suerte de « humanización de la naturaleza » de que hablaba Michel Carrouges al referirse a la función de la poesía en general. Los actuales poetas del Nuevo Mundo —con excepción de ciertos cantores épicos que gustan ceñirse la clámide olímpica, a semejanza de Santos Chocano, ídolo oficial y efímero— han hecho voto de humildad poética y cumplen con abnegación su « duro oficio de hombres ». Saben que la poesía ya no es un ejercicio retórico ni un juego estéril. Alimentan la ambición de rehacer « el pacto entre el poeta y las muchedumbres », para emplear una frase feliz del autor de la « Presentación » de la Antología.

El fogoso polemista católico R. P. Daniélou, al hablar sobre el tema « Actualidad de la Poesía », propuesto por un centro de intelectuales franceses, en el mes de julio último, pronunció una frase inquietante refiriéndose a la poesía francesa : « Después de Rimbaud, la poesía ya no puede conducir sino a Bicêtre, a La Santé, o a la Chartreuse ». Lo que quiere decir : al manicomio, a la prisión o a la Cartuja. Esa sentencia apocalíptica pierde su eficacia al aplicarse a la poesía

de la América Latina, en donde no ha podido echar raíces el arte nocturno del ángel rebelde que « pasó una temporada en el infierno », y donde la semilla del surrealismo no ha dado una sola flor. La poesía hispanoamericana, por el contrario, abre todas las ventanas del mundo para introducir un aire puro que renueve las cosas, haga renacer la esperanza universal y restaure la confianza en el hombre.

En conjunto, esta Antología — presentada por Ventura García Calderón, que señala en las modernas generaciones « un exceso de lucidez » — constituye una contribución importante para el conocimiento y la comprensión de la sensibilidad hispanoamericana en el mundo de habla francesa. Además, es una prueba irrefutable de que el hombre nuevo de la América Latina « no puede renunciar a ningún pasado, sino que tiene que integrarlos todos a su presente... »

JORGE CARRERA ANDRADE

Octavio Paz : " El Arco y la Lira "

El Fondo de Cultura Económica le ha publicado en México a Octavio Paz *El Arco y la Lira* que el mismo autor subtitula : « El Poema, La Revelación Poética. Poesía e Historia. »

Octavio Paz analiza la naturaleza del fenómeno poético estudiando sucesivamente lenguaje, ritmo, verso y prosa, imagen e inspiración. Considera el poema como fenómeno histórico, con todo lo que esto lleva consigo, y medita acerca del puesto que la poesía ha ocupado y está destinada a ocupar en el mundo. Multitud de ejemplos y consideraciones basadas en un conocimiento perfecto de varias literaturas confieren solidez satisfactoria a un material escurridizo para la razón. El esfuerzo en que se embarca Octavio Paz es tan noble como difícil. A salir bien de su empeño le ayuda, y no poco, su condición de poeta.

*

Octavio Paz parte del principio de que *sólo en el poema la poesía se aisla y se revela*. Algo así como la rosa juanramoniana que alcanza su total plenitud al aislarse en la mano. Tenemos, pues, la poesía aislada en el poema. Gran suerte la nuestra si se considera que la poesía es invisible como el viento que roza la piel y se revela sin mostrarse.

Octavio Paz ataca, para empezar, la estilística al uso, a causa de su pobreza de recursos, e insiste en el carácter único de cada poema.

Para el autor mexicano la lectura del poema completa la creación poética propiamente dicha. En cierto modo forma parte de esa misma creación. *El poeta crea imágenes, poemas ; y el poema hace del lector imagen, poesía.*

Octavio Paz hace hincapié en la importancia del ritmo que es *condicion esencial del poema, en tanto que es inesencial para la prosa*. El ritmo prepara, predispone, hace esperar que se produzca algo. El ritmo es un rito y no hay que olvidar que rito y mito son *realidades inseparables*. El ritmo no es además un capricho del azar, ya que es evidente que *hay un orden que rige las afinidades y repulsiones de las palabras*.

No cabe duda de que en Octavio Paz se dan al mismo tiempo un poeta y un filósofo. Poeta del ser y filósofo de la existencia para el que la poesía es *entrar en el ser*, es decir, fuente de conocimiento y trascendencia.

*

El poema es para el escritor mexicano *lenguaje erguido*. Comprueba que el poema exige un lenguaje común al poeta y al lector. No importa que sea popular o minoritario, importa únicamente que ese lenguaje sea *vivo y común*. La acción del poeta contemporáneo se ejerce solamente sobre individuos y grupos, pero *en esta limitación reside acaso su eficacia presente y su futura fecundidad*. Muchos grandes poetas del pasado, tales como Esquilo, Eurípides, Garcilaso y Góngora fueron criticados por falta de claridad. Si el poeta se halla fuera de la sociedad, la culpa no es suya, *la soledad del poeta muestra el descenso social*.

La poesía es anterior a la novela y al teatro. La novela es la épica de la sociedad burguesa y la poesía es alimento que la burguesía no ha logrado digerir. En ciertas sociedades modernas —en las totalitarias sin duda— se autoriza al poeta a ocupar un sitio entre los organizadores de las masas, y Octavio Paz comprueba que *el poeta se convierte en funcionario*, que el poeta tiene ya una especie de lugar en la sociedad para preguntarse a continuación con cierta angustia: *¿ Lo tiene la poesía ?* Desgraciadamente hay que rendirse a la evidencia : *la poesía no existe ni para la burguesía ni para las masas contemporáneas.*

Octavio Paz analiza el surrealismo como el único intento serio para inyectar la poesía en la sociedad, de transformar la vida entera en poesía. Bretón trató de identificar poesía y revolución. La verdadera revolución deberá instaurar la poesía en la vida del pueblo. Pero he aquí que el surrealismo más que a una revolución de la masa lleva a una simultaneidad de revoluciones individuales. Difícil evolución para ser dirigida por el aparato burocrático de una dictadura, aunque esta dictadura sea la del proletariado. ¿ No había de afirmar el mismo Trotski en su día que el único régimen posible para el artista sería el anarquismo ? El surrealismo fracasa en

su intento por introducirse en la realidad política y social, pero queda latente como posibilidad. Orienta, en cierto modo, a la poesía moderna a la búsqueda de esa parte del hombre que el hombre ha dejado sin saber dónde. Aviva la nostalgia del otro lado y acentúa el carácter religioso de la poesía que Octavio Paz no se cansa de señalar.

*

El Arco y la Lira es un libro denso, que representa, sin duda, el fruto de muchos años de meditación y de constante rumiar intelectual. Nos apresuramos a aconsejar su lectura.

LUIS LOPEZ ALVAREZ

Concha Zardoya : " El desterrado ensueño "

El dolor del exilio —sufrimiento incomparablemente mayor que la « saudade » y la nostalgia, aunque tenga la misma raíz de privación y ausencia—, lo sienten todos los españoles que pertenecen a esa magnífica España dispersa y peregrina, desparramada por el mundo, incluso los que en América —y no son pocos— disfrutan de posiciones superiores a las que tendrían en su patria de nacimiento. La fina sensibilidad de Concha Zardoya —profesora de literatura española en la Universidad de Tulane, Estados Unidos—, ha dado expresión literaria a ese común dolor del exilio en un libro de poemas que se titula *El Desterrado Ensueño*, publicado por el Instituto Hispánico de los Estados Unidos. Lleva una dedicatoria general : « A todos los españoles desterrados, en un mismo amor. »

No hay en los poemas de Concha Zardoya imprecaciones, ni censuras. Es todo el libro como un suave y triste lamento que brota a través de la serie de recuerdos, de evocaciones, con delicadeza femenina, sí, pero también con inconfundible reciedumbre hispánica. El archivo espiritual de la autora revela la intimidad de sensaciones y emociones pretéritas, y logra con suma frecuencia grandes aciertos de expresión que impresionan líricamente al lector, reavivando las suyas. Evoca ciudades, lugares, hechos. Y también poetas, grandes poetas representativos, como Garcilaso, Juan de la Cruz, Quevedo, Bécquer, y grandes poetas que conocimos y son tan nuestros, como Unamuno, Antonio Machado, García Lorca. Termina el libro con una oda a Pablo Casals, paradigma ilustre del exilado español.

No puedo citar los versos de la geografía sentimental de Concha Zardoya. Pero no quiero omitir alguna referencia a los últimos poetas :

De la elegía a Miguel de Unamuno :

¿ Con quién guerreas debajo de la tierra ?
¿ Por cuál verdad combates entre muertos ?
¿ O paz al fin hallaste, sin batalla,
quebrados ya tus votos de guerrero ?

Dice así de Antonio Machado :

¿ Son tu patria los cielos ?
¿ O hacia España te vuelves
y la ansías, la añoras,
como un agua de vida ?

. . . . . .

¡ No sé como moriste !
¡ Mas perdona, perdónanos,
no morir en Castilla,
no morir en su seno !

Y de García Lorca :

¡ Ya nadie te quiere verde !
¡ Ya murió quien te quería !
Barcos negros por el mar,
negras jacas granadinas.
Las barandas de la luna
yacen rotas y vacías.

Con gran emoción, escribe de Pablo Casals :

Gran círculo de luz emana siempre
del arco prodigioso de tu cello
y tu noble cabeza, torre santa,
que esbeltamente sube hasta los cúmulos
de la increada música.

Estas breves citas ponen de manifiesto la índole de la poesía de Concha Zardoya, que podría caracterizarse con el título de otra colección anterior de poemas suyos : *La Hermosura Sencilla*. Sencillez, espontaneidad, sentimiento. En la situación de enquistamiento que es más o menos toda situación de desterrado o « transterrado », la autora evoca lo que distante en el tiempo y en el espacio le parece la suma excelencia del bien perdido. ¿ Perdido ? Sí, perdido está lo que ya no puede visitarse más que con la extraña condición de turista en el país del propio nacimiento.

JERONIMO MALLO

Manuel Ugarte : " Cabral, poeta de América "

La Editorial Americalee, de Buenos Aires, ha tenido la buena idea de dar a la estampa una nueva edición de la obra de Manuel Ugarte *Cabral, un poeta de América*, trabajo escrito en sus últimos tiempos por aquel ilustre escritor argentino, fallecido no ha mucho en tierra francesa. Buena idea, porque Ugarte, con

la autoridad de su talento al servicio de un americanismo ferviente, da en esas páginas el espaldarazo de la orden de la poesía a uno de los mejores poetas contemporáneos de lengua castellana : el dominicano Manuel del Cabral, poeta poco difundido, tanto porque él mismo es nada celoso de su propaganda como porque la crítica, salvo alguna excepción honorable, ha tenino con él o trato injusto o silencio calculado.

Acaso ciertas cualidades de este hombre, su independencia altiva, su franqueza un tanto desgarrada han influído en ese desvío hacia un poeta de quien puede decirse a boca llena que es un poeta singular. Poeta de vuelo desigual, pero siempre de alto vuelo, contradictorio a veces (contradicción episódica, porque en el fondo su obra guarda una profunda unidad en lo sustancial), cuya poesía no es nunca música vana, sino vehículo armonioso de ideas y de inquietudes humanas. Poeta muy de su país y por eso mismo muy universal y en el que los dos elementos, nativo y ecuménico, se integran en equilibrada síntesis.

No se trata, empero, en estas líneas de formular un juicio sobre Cabral, merecedor de estudio más detenido del que cabe en una nota bibliográfica, sino de subrayar el acierto de la publicación de un libro en el que precisamente se examina, se analiza y se exalta la labor copiosa y varia de uno de los poetas acaso menos conocidos fuera de América y más dignos de serlo, porque es de los que tienen algo que decir y lo dicen con tono americano, pero de modo que encuentra eco en los hombres de todas las latitudes, suscitando una humana y general solidaridad.

Manuel Ugarte inviste al poeta de la máxima jerarquía al dedicarle un volumen entero en el que penetra en su obra con una comprensión fraternal. Como que el libro de Ugarte, más que un libro de crítica en el sentido usual del vocablo —aun abarcando apreciaciones críticas muy atinadas a la obra de Cabral— es más bien una guía para el perfecto conocimiento de esta obra, una guía formada de antología y exégesis, de citas y de comentarios que facilitan el acceso al verdadero sentir y pensar de este poeta, que como de él se ha dicho, plantea a lo largo de sus escritos « como problema fundamental, toda una filosofía nativista en las tres dimensiones de hombre, mundo y cultura, en su aspecto de lucha entre la civilización ya definida y la incipiente civilización continental ».

Digamos por nuestra cuenta, después de haber revisado la obra de Cabral a través de las páginas de Ugarte, que en lo que llama éste en la obra de Cabral « composiciones de viejo molde » es donde mejor se advierte la maestría del cantor dominicano. Quien así hace poesía dentro del severo molde antiguo, quien esculpe sonetos en que la hondura del pensamiento se ennoblece con una perfección de forma que recuerda a los mejores clásicos castellanos, como « El viento » y « Erasmo », por ejemplo, tiene derecho a las libertades anárquicas —no es un poeta anárquico Cabral— sin que la malicia pueda ver en ellas concesiones a la facilidad, verdadero secreto de muchos poetas anárquicos. Pero no. Cabral, hasta en sus versos más libres tiene siempre algo que decir y se sujeta para expresarlo a una disciplina o norma poética muy suya —ya va dicho que es poeta singular—, pero a la que permanece fiel en el curso de su vasta y diversa producción.

CESAR ALVAJAR

G. Torrente Ballester : " Panorama de la literatura española "

En 1949 publicó Gonzalo Torrente Ballester la primera edición de este *Panorama de la literatura española contemporánea* (Ediciones Guadarrama, Madrid, 1956), que ahora, en su nueva edición, aparece muy aumentado y revisado. Hacia atrás, llegando hasta don Juan Valera y la generación de 1868 o de la Restauración ; hacia adelante, alcanzando a las generaciones literarias de postguerra, que en aquel primer esquema de la obra el autor, prudentemente, no se atrevió a estudiar. De este modo, el libro ha crecido sensiblemente, en volumen y en interés, y el autor lo ha completado con un muestrario, más que antología, de algunas piezas en verso y en prosa de los autores principales.

Toda la primera parte del libro en que el autor estudia el desarrollo de las letras españolas desde Valera hasta la generación del 98, es excelente. Hay en esas páginas enfoques originales y agudos análisis de las obras literarias, tanto al estudiar el autor las grandes figuras de la generación del 68 —Valera, Galdós, la Pardo Bazán, Clarín, Alarcón, Pereda— como al enjuiciar a los maestros de la generación del 98, desde Unamuno a Benavente. Más discutible quizá sea la segunda parte del *Panorama*, en la que Torrente Ballester afronta, con valentía y objetividad, la tarea nada fácil de estudiar las generaciones últimas, de 1936 hasta hoy. Y digo discutible porque estamos aún demasiado cerca de esos autores, y acaso nos falte la necesaria perspectiva para enjuiciarlos. Seguramente esas páginas críticas de Torrente Ballester suscitarán polémicas y encontradas opiniones. No obstante, creo que su *Panorama* está escrito con honestidad y afán de justicia, y que el autor ha sabido librarse de todo partidismo. El interés y ponderación con que estudia

la obra de los escritores españoles emigrados es buena prueba de ello, y contrasta con la actitud de otros críticos, como Nicolás González Ruiz, para quien tal obra no existía si no era para denigrarla.

En un panorama tan vasto, es difícil que el autor no incurra en algunos errores u olvidos. No creo justo, por ejemplo, que Torrente ignore a autores como Ramón Sender, Francisco Ayala, Pedro Garfias —entre los emigrados— o a Ricardo Fernández de la Reguera, Carmen Conde o Juan Goytisolo, entre los que escriben en España. Como el libro se venderá bien, y tendrá una nueva edición, quizá el autor nos agradezca que le recordemos tales ausencias.

Digamos finalmente, para resumir nuestro juicio, que este *Panorama* de Gonzalo Torrente Ballester es un libro de evidente mérito y utilidad, que leerán con provecho quienes se interesen por las letras españolas contemporáneas.

A. D.

Rosanna Cavazzana : " El hombre imitado "

La Editorial « La Mandrágora » de Buenos Aires, publicó recientemente un libro, con el título que encabeza estas líneas, escrito por Rosanna Cavazzana, compuesto de trece relatos independientes entre sí.

En esta recopilación de Rosanna Cavazzana hay de todo. El pasado y el presente están hábilmente entrelazados. Unas veces la autora parece una escritora madura, llena de experiencia ; otras, las más, una jovencita que sabe observar más allá de los límites de la realidad, y otras, por último, la autora parece aunar esta realidad con lo que hay en ella misma de melancolía, de verdadera poesía y de sentimientos altamente humanos.

Los personajes de sus relatos son variadísimos. Unos están llenos de patetismo ; otros rebosan amargura ; otros se encuentran decepcionados de sí mismos —como el sacerdote del cuento titulado « La Catedral »—, pero todos ellos tienen algo de común : tienen fuerza, carácter, vitalidad. Algunos de ellos resaltan por su realismo, su tangibilidad y su vulnerabilidad. A todos les preside un factor común : la sensibilidad. La mayoría, los mejor trazados, son los niños : la hija del zapatero, obsesa por las lámparas de un escaparate de una tienda vecina ; Cacho, el niño enamorado del sol y del mar, que muere ahogado y en cuyas mejillas quedan unas gotas de agua —como las lágrimas— que « más tarde el sol —había sol— se las sorbió ». Verdaderamente bonita la historia de Quico, un perro, que quiso ser libre y a quien su amo —Claudio, un niño— se lo concedió llorando.

En resumen, esta joven escritora tiene algo que no es muy común en los literatos actuales : tiene clase. Su porvenir se refleja claramente en esta obrita de recopilación, mientras no se haga traición a sí misma y siga fielmente el camino que ha emprendido, sin dejarse ganar por la ambición.

CARLOS DE JUAN

Beatriz Guido : " La caída "

No conocemos el primer libro que con el título *La casa del ángel* publicó anteriormente Beatriz Guido, mas dados los comentarios unánimemente elogiosos que provocó y, sobre todo, la grata impresión que nos ha producido la lectura de su segunda novela, *La caída* (Editorial Losada, Buenos Aires, 1956), nos parece que, en efecto, constituye dicha autora una de las revelaciones más sobresalientes de la actual novelística argentina.

En *La caída*, Beatriz Guido nos introduce inmediatamente en un ambiente extraordinario y sorprendente. Una muchacha estudiante, merced a un anuncio que lee en un periódico, entra como pensionista en una casa en la que reinan a su antojo unos niños terribles, los cuales, a pesar de su madre —la viuda Cibils, enferma y medio inválida, entregada además al espiritismo— han establecido una forma de vida propia y un universo particular, a la par simple y extravagante, en el que casi no cuenta nada todo lo externo a ellos ; tan tremendos son esos *enfants terribles* que llegan a provocar la muerte de su madre. Esos chicos, cosa curiosa, viven en realidad bajo el influjo lejano de un tío, casi siempre ausente, que sólo aparece en las últimas páginas de la novela. Tanto los chicos como el tío atraen poderosamente a la muchacha estudiante, la cual se ve contra su propio deseo sumergida en la atmósfera peculiarísima de la familia Cibils.

Esa muchacha estudiante, plena de sueños mágicos con los cuales ha intentado colmar una existencia de anhelos jamás concretados, consecuencia de una vida ñoña al lado de unas tías ñoñas, se siente fuertemente atraída, repetimos, por esa curiosa familia, de la que parece no poder ya prescindir. Y tanto es así, que no llega a sentir el amor cercano que le ofrecen otros muchachos estudiantes, e incluso cuando el amor de ensueño llega, personificado en el tío de los chicos, que regresa a casa con motivo de la muerte de la viuda Cibils, tampoco le resulta

posible y la frustración la empuja a la huída, efectuada asimismo con aires de quimera y fantasía. En realidad « la caída », o sea el deslizamiento hacia el pecado en brazos del ausente ya presente, no es tal caída.

Los personajes alcanzan todos ellos contornos bien precisos, y el relato, que rezuma una extraña poesía, es llevado con mano maestra por la autora. *La caída* no es una gran novela pero es una buena novela. Y Beatriz Guido puede llegar a ser, sin duda alguna, una gran novelista.

I. I.

Política

Marx y la Rusia de ayer y de hoy

Fué una verdadera revolución lo acontecido en Rusia en octubre de 1917 ? ¿ Responde a la doctrina marxista el régimen surgido de aquel hecho ? ¿ Se ha aplicado realmente en la URSS la dictadura del proletariado ? ¿ Conserva hoy toda su validez la teoría marxista del determinismo económico o, por el contrario, ha sido superada y requiere una revisión a fondo ?

Tales son las cuestiones fundamentales que, entre otras, plantea Julián Gorkin en el sustancioso estudio titulado *Marx y la Rusia de ayer y de hoy*, que acaba de ofrecernos con el sello de la Editorial Bases, de Buenos Aires.

Gorkin aplica la propia dialéctica materialista a la realidad soviética y, con lógica irrebatible, sólidamente documentada, pulveriza una sarta de falsos conceptos que encubren y disimulan el auténtico ser del mundo ruso.

En primer término, esclarece algo muy importante. El estallido de febrero de 1917, como generalmente se entiende con simplismo superficial, no fue una revolución de tipo burgués. Entonces se levantó el pueblo entero para acabar con el corrompido zarismo e instaurar nuevas condiciones políticas y sociales. Se trataba de un fecundo y prometedor movimiento revolucionario, que se encontraba en pleno auge en octubre de aquel año, cuando fué cortado y suplantado por la denominada revolución bolchevique.

Aquel golpe significó, pues, un brutal viraje de tipo contrarrevolucionario, cuya trayectoria ha ido apartándose progresivamente de los principios marxistas. Porque, según Marx, el socialismo tiene que ser obra de la clase trabajadora, cuando haya alcanzado la educación y la fuerza necesarias. La dictadura del proletariado no era aceptada por él sino como algo transitorio y circunstancial. En su vista, el leninismo contradice la doctrina marxista.

Una vez en marcha el leninismo, cuya característica no era la dictadura del proletariado, sino la del partido comunista sobre el proletariado, el paso siguiente tenía que ser forzosamente el stalinismo. Destruída la democracia obrera con el aniquilamiento de los demás partidos, era inevitable la sustitución de la casta feudal y terrateniente por la casta burocrática comunista. De esa manera, la dictadura del partido pasó a ser dictadura de sus dirigentes o del Comité central sobre el partido. Y una vez dominado el Comité por Stalin, todo se redujo a la dictadura suprema y única de Stalin sobre el Comité, el partido, el proletariado y la nación entera.

Ni el leninismo ni el stalinismo son, por consiguiente, marxistas. Nunca han aplicado la doctrina marxista en Rusia. Si Marx viviera hoy, sería el primero en condenar la monstruosa dictadura totalitaria que se ha impuesto al pueblo ruso.

Pero si el actual régimen ruso no es marxista, ¿ quiere ello decir que el marxismo contiene la solución de los agudos y complejos problemas en que se debate el mundo de hoy ?

En el análisis de tan trascendental problema, al que dedica el último capítulo de su valioso estudio, Gorkin revela notable sagacidad y encomiable sinceridad dialéctica. Marxista durante años, no ha podido menos de advertir que el determinismo económico no es capaz de explicarlo todo. El ser social es mucho más complejo. En él intervienen otros diversos factores, algunos tan poderosos como el económico, que influyen decisivamente sobre los actos de los hombres y de las muchedumbres.

El error fundamental de Marx consistió en dar por sentado que las condiciones económicas de su tiempo, a mediados del siglo XIX, eran superiores a la voluntad de los hombres y no

podían ser alteradas en su contextura esencial. Dedujo de ello que necesariamente tenían que conducir a la concentración de los instrumentos de producción y de la riqueza en pocas manos. Los ricos serían cada vez más ricos y la clase trabajadora cada vez más pobre. Hasta que la insoportable injusticia y el inicuo despojo de ésta provocaría su alzamiento, con la inevitable victoria sobre la clase explotadora, la incautación de los medios de producción y la instauración de una nueva sociedad sin clases.

Tan acabada construcción fallaba, sin embargo, por su base. En el orden lógico, incurría en el conocido vicio de la petición de principio. De ahí su inevitable fracaso. Las condiciones económicas contra las que se pronunció Marx y que le inspiraron semejantes conclusiones han ido modificándose sustancialmente por la acción voluntaria y consciente de los hombres. La máquina del Estado no ha permanecido al servicio exclusivo e incondicional de la clase explotadora. Por el contrario, el Estado se ha puesto a limitar los monopolios, reducir sus ventajas, incautarse de la mayor parte de los beneficios de las empresas, a sostener los derechos del trabajador, a imponer condiciones más humanas y favorables para el obrero, a impedir, en suma, las consecuencias catastróficas que Marx preveía y anunció de manera apocalíptica.

Esa acción oficial que está transformando al mundo no forma parte del determinismo económico marxista, sino que, como indica muy certeramente Gorkin, corresponde al sector de los hechos voluntarios ajenos al elemento económico y que influyen decisivamente sobre las realizaciones de los seres y de las colectividades.

La consecuencia ha sido que, en los países denominados capitalistas, singularmente en los Estados Unidos y en Inglaterra, es cada vez mayor la equidad distributiva entre las diversas capas de la población. Contra las previsiones de Marx, los ricos son cada vez menos ricos y llevan camino de desaparecer como clase. En cambio, los trabajadores disfrutan de un nivel de vida cada día mayor e influyen con creciente poder en las decisiones de los gobiernos. Todo lo contrario, precisamente, de lo que ocurre en Rusia, donde la desigualdad no deja de crecer y donde la clase trabajadora, como tal, no interviene para nada ni pesa nada en la dirección de los asuntos públicos.

De ahí la inevitable conclusión a que llega Gorkin al fin de su penetrante y trascendental estudio. En su opinión, el marxismo ha quedado evidentemente superado. Estamos asistiendo a una revolución profunda y de valor universal, cuyos perfiles exactos no aparecen todavía claros, porque no responden a ninguna de las concepciones revolucionarias tradicionales.

CARLOS P. CARRANZA

Branko Lazitch : Los P. C. de Europa

ESTE libro (*Les Partis Communistes d'Europe*, 1919-1955. París, 1956) aparece en hora oportuna. Entre la masa enorme de literatura sobre el comunismo, faltaba una historia documental de los partidos comunistas de Europa. Branko Lazitch, experto en la materia, viene a llenar este vacío, aportando una sólida documentación que procede de las mismas fuentes del comunismo oficial.

Lazitch ha precedido su obra de una sustanciosa introducción de carácter general sobre los factores esenciales que determinan el avance o el retroceso del comunismo, y en la cual se comprueba la servidumbre de los partidos comunistas europeos y de sus dirigentes respecto a Moscú. En ella pone de relieve que el fenómeno político internacional más importante de los últimos cuarenta años —el comunismo—, si bien ha originado una abundantísima literatura sobre todos sus aspectos particulares, en cambio no ha producido casi nada sobre su fenómeno de base : los partidos comunistas. A este respecto, el autor hace notar : «No existe en el mundo libre ninguna historia del partido bolchevique ruso, no obstante tener éste cincuenta años de existencia ; no existe en Europa ninguna obra de conjunto sobre los partidos comunistas de nuestro continente, a pesar de que éstos existen desde hace treinta y cinco años. »

Dividido en tres secciones, estudia en su primera parte, bajo el título *Del Komintern al Kominform*, los siete congresos celebrados por la difunta Internacional Comunista, da los nombres de los componentes de los diferentes Comités Ejecutivos habidos, cita las cifras de los efectivos, enumera la suerte que les ha cabido a los dirigentes y da finalmente un extracto del documento concerniente a la disolución del Komintern. Sigue una breve reseña de las tres reuniones celebradas por el Kominform hasta noviembre del 1949 (no se había decidido aún la disolución de este organismo cuando se escribió el libro).

La segunda parte, intitulada « Tesis fundamentales del movimiento comunista internacional », es una simple recopilación de extractos de las principales resoluciones adoptadas en los siete congresos de la I. C. Por primera vez el lector se encuentra ante lo esencial del cuerpo programático doctrinal y político del comunismo, hasta ahora inexistente en un solo volumen y dificilísimo, por no decir imposible, de encontrar.

Y, finalmente, en « Partidos Comunistas de Europa », que abarca las cuatro quintas partes del libro, el autor nos da nueve pequeñas monografías de los partidos comunistas de los países comu-

nistas y diecisiete de los partidos de los países no comunistas. Estas monografías contienen un breve resumen de la historia de cada partido, las oscilaciones de sus efectivos, los resultados electorales obtenidos y las biografías de sus principales dirigentes actuales.

A pesar de la enorme importancia de los capítulos dedicados a historiar el movimiento comunista europeo, que serán una preciosa ayuda a los estudiosos que quieran documentarse sobre los veintiséis partidos comunistas, la introducción es sin duda la parte más interesante y sugestiva del libro. En ella, los que se interesan para explicarse el por qué de la adhesión de grandes masas obreras a un movimiento que las ha traicionado constantemente, y que continúa traicionándolas después de esa superchería de la «desestalinización», encontrarán la respuesta.

Hasta ahora esta explicación no la habíamos hallado, a sólo fragmentariamente en las exposiciones que nos habían dado políticos, historiadores y sociólogos que se han dedicado a estudiar el comunismo. Branko Lazitch, sin grandes frases ni vana literatura, hace un análisis denso de ese « misterio » y nos señala las causas fundamentales que explican el fenómeno más importante de nuestra época. Y al mismo tiempo deshace las falsas ideas, que ya vienen siendo lugar común, sobre las causas del crecimiento y de la extensión del comunismo.

J. A.

G. F. Hudson : " El fanático y el sensato "

G. F. Hudson, Director de Estudios del Extremo Oriente en el St. Antony's College de Oxford, se ha propuesto hacer en esa obrita de apenas sesenta páginas, publicada por la Editorial Agora, de Buenos Aires, un diagnóstico del fenómeno que en nuestro mundo occidental llevó a algunos —él se fija muy especialmente en los intelectuales— a apartarse de la sensata actitud liberal para entregarse al fanatismo totalitario. Muchos elogios podrían hacerse de esa obra ; desde luego el de que logra perfectamente lo que se propone, pero haciéndolo con una gran serenidad, sin descender un solo momento del elevado plano desde el cual enfoca tan grave problema.

Su análisis de ese afán de certidumbre, comunidad y poder, que constituye la base del éxito de los movimientos totalitarios de nuestra época, a pesar de su sucinta formulación, se recomienda a la meditación del lector deseoso de orientarse en medio de las contradicciones de nuestro mundo. Y ese lector no dejará de compartir la extrañeza del autor de que esa polilla haya anidado aun en los ambientes de más rancia tradición liberal, y precisamente en sectores intelectuales que por naturaleza más inquebrantablemente adictos tenían que permanecer a la libertad de pensamiento. Y preguntará más : algo que el autor tal vez no se haya decidido a tratar. En la *trahison des clercs*, por ejemplo, que sin duda es la que más preocupa al autor, existen otras motivaciones, tanto sociopsicológicas como políticomorales, que lo mismo pueden explicar que esa traición se haya producido en los casos en que se produjo como que, afortunadamente, constituya una excepción. El mismo autor apunta a la importancia de este tema al manifestar que si esa aberración ha podido hacer mella en los elementos que más inmunes podían estar contra ella, cuánto más no había de cundir entre las masas, cultivo abonado para todos los movimientos de carácter gregario. Sin la más remota claudicación ante cierta tesis hegeliana, es evidente que hay fenómenos sociales que, legítimos en sí, se han desviado por falta del encauzamiento racional que requerían. Uno de ellos es cabalmente el aislamiento del individuo que, desarticulado de sus asociaciones más o menos naturales por el huracán cesarista —todavía persistente en su hijo espúreo : el Estado *nacional* moderno—, es llevado a la deriva por falta de asideros « racionales » y « emotivos », lo único capaz de evitar la erosión del suelo fecundo de nuestra civilización liberal.

Más que una censura, estas palabras constituyen una sincera invitación al autor, que, aun con el pie forzado en que ha tenido que escribir esa obrita, demuestra en ella que podría prestar un servicio inmenso a la causa sagrada de la libertad de la cultura, escribiendo otra obra de mayores alcances con el don, que él demuestra poseer en grado superlativo, de abordar los problemas con una perfecta claridad y serenidad, pero sin concesiones fáciles y asimismo sin abandonar nunca el elevado plano de la honestidad científica.

J. ROVIRA ARMENGOL

Juan Antonio Solari : " Doce años de oprobio "

Las más dolorosas vergüenzas del « justicialismo argentino » acaban de ser expuestas, con el debido relieve acusador, en el libro *Doce años de oprobio*, publicado por Juan Antonio Solari (Editorial Bases, Buenos Aires). « Itinerario de una dictadura » es el subtítulo de esta obra que, sin llegar a constituir una cabal historia de las circunstancias, hechos y trope-

lías del régimen peronista, es documento estremecedor de las fórmulas tortuosas e ineptas que se utilizaron para truncar la tradición liberal argentina. Todo el rigor dictatorial, a la postre, resultó vano, porque las fuerzas del espíritu se yerguen, como llamas inmortales, para acusar. Juan Antonio Solari, conciencia socialista vigilante, mantuvo su independencia frente a la coacción incivil del peronismo, a la par que iba trazando las líneas de este libro que es testimonio de cómo el lento e inexorable avance totalitario asfixiaba las libertades todas. Frente al sistema imperante, las conciencias débiles periclitaban ; otras, cuajadas de angustia, se exilaban. Para un hombre libre, someterse es perecer ; y exilarse, crecer en dimensiones espirituales. Había, en esa hora de oprobios argentinos, un tercer sendero : soportar, en la patria, la garra del tirano y afilar, en la sombra, los cuchillos de la liberación. A esta tercera táctica adhirió su quehacer Juan Antonio Solari y fruto de su trabajo es este libro.

Quien quiera averiguar las causas del fracaso de la democracia argentina, como los orígenes del « justicialismo peroniano », debe nutrirse en estas crónicas de una amarga realidad. Podrá así observar —en vigorosos cuadros de mentidas austeridades—, el panorama de las ineptas « nacionalizaciones » y las absurdas planificaciones del peronismo ; la falacia de una prensa y radio serviles, desvirtuadoras de la cultura y ensalzadoras del tirano y su consorte ; la pedagogía totalitaria, deformadora de mentes juveniles y esterilizadora de la Universidad ; la vanilocua oratoria del déspota criollo para con « sus descamisados » ; la banderiza tendencia que enmascaró bajo el vocablo « justicialismo » las turbias inmoralidades de sus secuaces ; y toda una serie de aspectos, a veces trágicos y a veces pintorescos, de la farsa innoble de esta tiranía absurda. Se cierra este « Itinerario de una dictadura » con un llamamiento a la conciencia argentina para cumplir los deberes de esta hora, que —para Solari— hallará en el socialismo resortes « para una recta democracia social, libertad responsable y justicia redentora ».

ANTONIO SALGADO

Bernardo Canal Feijóo : "Constitución y revolución"

A estudiar el pensamiento de Alberdi (1810-84) y la vida de este singular hombre argentino, que vivió cuarenta años en el extranjero y se definió a sí mismo como « ausente que nunca salió de su país », se aplica rigurosamente Bernardo Canal Feijóo en el libro *Constitución y revolución. Juan Bautista Alberdi* (Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires-México, 1955). Agudos ensayos, *De la estructura mediterránea argentina*, 1948, *Teoría de la ciudad argentina*, 1951 y *Confines de Occidente*, 1954, así como su *Pasión y muerte de Silverio Leguizamón, Burla, credo, culpa en la creación anónima* y el *Ensayo sobre la expresión artística en Santiago*, publicados con anterioridad, muestran a su autor entre los más insignes escritores de su tierra, espíritu audible en América.

Alberdi, « más famoso que verdaderamente conocido fuera y dentro del país », señálase por su *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, 1837, el cual establece el alcance de su filosofía ; *Bases y puntos de partida para la organización de la Argentina*, 1952, libro básico en el que arraiga la constitución liberal de 1853, que aún rige en el país ; y *El crimen de la guerra*, 1871, alegato pacifista. Sus experiencias, sus trabajos, sus escritos, que para él eran « acciones », no sólo « escritos literarios », sino « actos de coraje, de patriotismo, de sinceridad », definen esa rigurosa personalidad. La idea pura y el sistema, el dogma y la libertad fundamentan la conciencia y el método alberdianos. El quiere hacer de la doctrina acción, aunque ésta no sea favorable a su temperamento reflexivo, pues, si bien en apariencia era prudente, cuando entraba en la lucha lo hacía sin la mesura del político calculador, como un apasionado ideólogo.

Alberdi creía que la Argentina sólo alcanzaría su nacionalidad por la constancia de una filosofía ; que a ella y a América se debía poblar (« gobernar es poblar ») ; sentía al hombre americano inapto para la libertad y la industria, y sugería el cambio, más que en las cosas, en los hombres ; que Europa poblara nuestros campos y navegara nuestros mares y nuestros ríos. Su ideología universalista lo llevó a desear un orden jurídico internacional, pensamiento éste de vigencia actual, ya que Alberdi anhela una Nación de Naciones, una Unión Universal del Pueblo-Mundo, fundado sobre el desarme y como principio en el Hombre, factor de toda asociación humana.

Canal Feijóo trabajó durante largos años en su libro. De este modo resulta la suya « una exposición integral del pensamiento sociológico de Alberdi bajo el triple aspecto teórico, histórico y biográfico ». Seguro en el manejo de sus papeles, en el vasto friso de 600 prietas páginas, ya frente al expatriado o frente al desposeído, lo alcanza en su « agonía final », que, para el autor, es « la patética confesión de la derrota ». De lo soñado a lo realizado mucho resta por hacer en América, lo que vuelve aún más insustituible para las nuevas generaciones la lectura del enjundioso estudio *Constitución y revolución*.

ROMUALDO BRUGHETTI

VIDA DEL CONGRESO

SOLIDARIDAD CON HUNGRIA

El Congreso por la Libertad de la Cultura se ha movilizado, desde el comienzo de la revolución húngara y con la máxima energía, en solidaridad con los intelectuales y con el pueblo en general en lucha por su libertad. Ha interpretado así los emocionantes llamamientos dirigidos por los intelectuales húngaros al mundo intelectual libre.

El 27 de octubre, el Comité Ejecutivo Internacional les dirigió un mensaje a los intelectuales húngaros, mensaje ampliamente difundido por las radios de Budapest. Se saludaba en él con respeto el ejemplo de valor que daban ante el mundo. « Esa lucha por la verdad restablece entre ustedes y nosotros la comunidad de valores intelectuales. » « Su acción confirma la autenticidad de los ideales proclamados por el Congreso de 1950 en Berlín contra los representantes del totalitarismo. » Dicho mensaje terminaba expresando la esperanza de que « el respeto de la verdad les inspiraría la resolución de establecer instituciones compatibles con los derechos humanos, la dignidad del individuo y el pensamiento libre. » 12.000 ejemplares conteniendo este mensaje fueron distribuidos por los Comités Revolucionarios de la Hungría del Oeste y por las asociaciones de estudiantes húngaros.

El 29 de octubre, y con las firmas de Madariaga, Rougemont, Spender y Nabokov, se dirigió un cable al Pandit Nehru recabando su mediación con el fin de impedir la matanza húngara. En presencia de los llamamientos de Budapest, se le dirigieron otros dos cables, los días 4 y 7, en favor de la independencia húngara y en contra de la ingerencia soviética. Ya se sabe cómo ha respondido el humanitario y pacifista Nehru a las esperanzas puestas en él : intercambiando mensajes con Bulganin y votando después en la ONU contra el pueblo húngaro.

Con la firma de los componentes del Comité Ejecutivo se han dirigido asimismo largos cables al Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, al Secretario General de las Naciones Unidas y al Delegado norteamericano cerca de esta última solicitando su urgente intervención con el fin de impedir el sangriento aplastamiento de Hungría.

El último llamamiento desesperado de los escritores húngaros, transmitido por radio, ha sido íntegramente cablegrafiado a todos los Comités y colaboradores del Congreso instándoles a movilizar a la intelectualidad universal en favor de los heroicos combatientes de la libertad en Hungría. En fin el llamamiento hecho público el 10 de noviembre por Albert Camus fué traducido a diversas lenguas y transmitido el mismo día a centenares de periódicos del mundo entero y, además, a todos nuestros Comités y todos nuestros colaboradores. Desde el comienzo hasta el fin, todos nuestros amigos se han movilizado y han contribuído a movilizar a la opinión democrática universal. Nuestros cables y nuestros escritos han encontrado una simpática acogida por parte de los periódicos y de las radios libres. Tenemos que señalar con satisfacción que todos nuestros amigos latinoamericanos han respondido magníficamente en esta circunstancia.

Indicaremos que ya el viernes 26 de octubre, ante un salón abarrotado de público —el salón del Congreso—, nuestra activa colaboradora Jeanne Hersch, que había asistido al Proceso de Posnan, hizo una magnífica exposición sobre la situación de Polonia con acertadas referencias a los acontecimientos húngaros. El gran escritor Manés Sperber, que presidía la reunión, saludó en nombre del Congreso por la Libertad de la Cultura « a los intelectuales polacos y húngaros que han sabido restablecer el verdadero sentido del socialismo ». Y añadió : « La verdad que, ayer aún, separaba a los intelectuales polacos y húngaros de nosotros, nos une hoy los unos a los otros. Saben que mantenemos la lucha contra los opresores, no con el fin de restablecer las injusticias de tiempos pasados, sino en nombre de la máxima justicia para el mayor número de seres humanos, de la libertad de cada ser basada en la libertad de todos y para todos. »

UN « LIBRO BLANCO » SOBRE LA REVUELTA HUNGARA

El Congreso por la Libertad de la Cultura prepara una relación completa sobre la revuelta húngara y sobre sus repercusiones entre los intelectuales del mundo entero. Revestirá la forma de un « Libro Blanco » destinado al gran público y enviado a los Jefes de Estado, así como a los representantes de los diversos países ante la ONU.

Este « Libro Blanco » será publicado en res-

puesta al último y patético llamamiento de la prensa y de la radio libres de Hungría. Aparecerá en francés, inglés, ruso, húngaro, italiano y español. Los documentos serán reunidos por un cierto número de escritores miembros del Congreso por la Libertad de la Cultura bajo la dirección de François Bondy, director de « Preuves ».

Nicolás Nabokov, Secretario General del Congreso, ha hecho a este respecto la declaración siguiente : « Desgraciadamente hemos tenido que permanecer impotentes ante la angustia del pueblo húngaro e incapaces de reaccionar debidamente ante su llamamiento desesperado mientras el ejército soviético lo aplastaba brutalmente con sus tanques y sus bombas de fósforo. Esto nos impone tanto más imperiosamente la necesidad moral de responder a la demanda de socorro del pueblo húngaro. »

LA CONFERENCIA INTERAMERICANA CELEBRADA EN MEXICO

Los acontecimientos húngaros, el aniversario de la muerte de Miguel de Unamuno, el deceso de Pío Baroja y la concesión del Premio Nobel a Juan Ramón Jiménez nos impiden concederle a la Conferencia Interamericana del Congreso por la Libertad de la Cultura, celebrada en México durante los días del 18 al 26 de septiembre, la importancia que merece.

Las ponencias presentadas y los debates desarrollados con la máxima libertad, así como los discursos pronunciados en las sesiones inaugural y de clausura, principalmente los de Salvador de Madariaga, el senador Pedro de Alba, Alfonso Reyes, Rómulo Gallegos y John Dos Passos, han encontrado una extraordinaria repercusión en la prensa y en las radios latinoamericanas. Las tres comisiones designadas por la Conferencia trabajaron intensamente y en la última sesión plenaria fueron aprobadas dieciocho resoluciones, todas de un positivo valor para la defensa de la libertad cultural y de los derechos humanos en el Continente americano.

Al margen de la Conferencia hubo dos programas de televisión y siete conferencias : dos de Salvador de Madariaga en el Antiteatro Bolívar y en el Auditorio de la CTM-ORIT (esta última sobre España) y cuatro en las Galerías « Excelsior », sobre « La misión del intelectual », a cargo de Germán Arciniegas, Benjamín Carrión, José Luis Romero y Roberto y Sara de Ibáñez. La séptima corrió a cargo de Julián Gorkin en la Universidad de Puebla.

Le concederemos a la Conferencia Interamericana la importancia que merece.

MADARIAGA, CARRION Y GORKIN EN CUBA

Terminadas las sesiones de la Conferencia celebrada en México, los señores Salvador de Madariaga, Benjamín Carrión y Julián Gorkin se trasladaron a La Habana, donde se les dispensó una cálida y fraternal acogida.

Bajo la alta presidencia del Dr. José Manuel Cortina, Presidente de la Asociación cubana del Congreso, se inauguró oficialmente el nuevo local que nuestra organización tiene en el centro de la capital, ante los intelectuales más selectos y prestigiosos de Cuba. Y bajo la presidencia del Rector Magnífico de la Universidad de la Habana, Dr. Clemente Inclán y la presentación del Dr. Raúl Roa, Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público, explicaron conferencias en el Anfiteatro José Martí los tres visitantes. Don Salvador de Madariaga hizo otra conferencia sobre España, en el Lyceum. El Dr. Cortina, que goza de sólidos prestigios, ofreció un banquete a los tres escritores en el lujoso Hotel Comodoro de la capital cubana.

HOMENAJE A MADARIAGA

En homenaje a D. Salvador de Madariaga, con ocasión de su setenta aniversario, el Congreso por la Libertad de la Cultura organizó un coctel, el 27 de octubre, en el Hotel Meurice de París. Asistieron al mismo alrededor de doscientas personalidades intelectuales y políticas francesas y de la emigración republicana española. Además de un festival artístico en la Sala Pleyel, en la velada del 30 se le dió un concurridísimo banquete en el Hotel Palais d'Orsay, bajo la prestigiosa presidencia de André Siegfried y con discursos de Eduardo Santos, Albert Camus, Rodolfo Llopis y del propio homenajeado. Se leyeron al comienzo numerosísimas adhesiones de las más altas personalidades políticas e intelectuales europeas y latinoamericanas.

NUEVO COMITE EN VALPARAISO

El 20 de octubre se inauguró en Valparaíso un nuevo local del Congreso, con discursos de André Germain, representante con Carlos de Baraibar del Comité Mundial en Chile, y Jaime Castillo, presidente del Comité de Santiago. Componen el nuevo Comité los señores Modesto Parera Casas, librero ; Enrique Gajardo Villarroel, subdirector del gran diario « El Mercurio » y profesor de Derecho Internacional ; Raúl Leroy, profesor de la Universidad Católica ; Ricardo Benavides, profesor de Literatura del Instituto Pedagógico ; Cedomil Goic,

B.D.I.C

profesor del mismo Instituto ; Milton Rossel, director del I. Pedagógico y de la revista «Atenea» de la Universidad de Concepción ; Guillermo Rojas Carrasco, profesor ; Juan Montedonico, profesor de la Escuela Italiana ; Oscar A. Gacitua, presidente del Instituto chileno-norteamericano de Cultura y director de la Escuela Industrial, y Angel Botto, profesor de Derecho Romano de la Universidad de Chile.

ACTIVIDADES DEL COMITÉ ARGENTINO

En su nuevo y magnífico local bonaerense, la Asociación Argentina por la libertad de la Cultura celebró dos actos concurridísimos y que merecieron la atención de la prensa y las radios : uno a cargo de los señores Roberto F. Giusti, Francisco Romero y Juan Antonio Solari y otro a cargo de los señores José Luis Romero y Carlos Alberto Erro, que representaron a dicha Asociación, junto con Guillermo de Torre, en la Conferencia Interamericana celebrada en México. El Comité de la Asociación que ha organizado un gran acto de solidaridad con los demócratas húngaros, en el Teatro Patagonia de Buenos Aires, con la colaboración de las personalidades más representativas de los partidos democráticos argentinos, ha elaborado un amplio plan de conferencias, de debates públicos, de exposiciones, etc.

Ibérica

Revista mensual dedicada a España

Presidentes de Honor :
SALVADOR DE MADARIAGA
NORMAN THOMAS

Editor : VICTORIA KENT

◆

En los próximos numeros articulos de :

Ramon SENDER
Sebastian MORAGAS
Manuel de IRUJO
Victor ALBA

SIN PERMISO DE LA CENSURA

(Noticias directas de nuestro corresponsal en España)
Editoriales y resumen de noticias

◆

Precios :

U. S. A. Suscripción anual $ 3
Europa e Hispanoamérica $ 2

◆

IBERICA PUBLISHING CO., INC.
112 East 19 Street - New York 3, N. Y. (U. S. A.)

COLABORADORES

• JOSEPH ALSOP, uno de los famosos Alsop, periodistas norteamericanos clasificados entre los mejores observadores de la vida internacional, y que como tales ejercen una influencia considerable sobre la opinión de los Estados Unidos.

• JOSE MARIA CORREDOR, escritor catalán, próximo colaborador de Pablo Casals, es autor de un libro sobre Joan Maragall y una interesante obra titulada *Conversaciones con Pablo Casals*.

• EUGENIO FLORIT, poeta cubano, profesor en la Universidad de Columbia, de Nueva York, es autor de varios libros, entre los cuales cabe citar : *Trópico, Doble acento, Reino, Cuatro poemas, Asonante final* y otros poemas y *Antología de la poesía norteamericana contemporánea*.

• GIORGIO LEVI DELLA VIDA, distinguido islamista, es profesor de Historia antigua y contemporánea árabe en la Universidad de Roma.

• LUISA MERCEDES LEVINSON, periodista y novelista argentina conocida también con el seudónimo de Lisa Lenson, ha publicado numerosos cuentos, recogidos algunos de ellos en libros. Acaba de publicar una novela titulada *Concierto en mi*.

• MARIO MAURIN, joven escritor, autor de varios ensayos literarios, es actualmente profesor de literatura en Bryn Mawr College, Pensilvania (Estados Unidos).

• ALBERTO MORAVIA, conocido novelista italiano, ha efectuado recientemente un viaje a la U. R. S. S., del cual son fruto los comentarios que publicamos. Sus principales novelas traducidas al español son : *La romana, El amor conyugal* y *El conformista*.

• MANUEL TORRES CAMPAÑA, periodista y político español, reside en la capital de México, donde se halla exilado.

• GORDIAN TROELLER, periodista de origen luxemburgués, ha viajado por numerosos países y ha estado últimamente en las regionss del Golfo Pérsico, compartiendo la vida de lea poblaciones indígenas. De allí ha extraído no sólo interesantes reportajes, sino asimismo una magnífica colección de documentos fotográficos y cinematográficos.

• RAMON XURIGUERA, crítico de arte, es igualmente autor de varias novelas, publicadas en lengua catalana.

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

PRECIOS

Francia y Unión Francesa :		*Países de Iberoamérica :*	
Número suelto...	180 francos	Número suelto...	0,50 dólares USA
Suscripción anual. (6 números)	900 »	Suscripción anual (6 números)	3. - » »

Toda la correspondencia deberá ser dirigida a

CUADERNOS

23, rue de la Pépinière, Paris (VIII[e]), France.

Corresponsales :

ARGENTINA.
BUENOS-AIRES : Librería Madrid, Bmé Mitre 950 ; Sr. A. Palasi, Maipú 49. SAN MIGUEL DE TUCUMAN : Cervantes Centro del Libro, Crisóstomo Alvarez 580 ; Librería Editorial Yerba Buena, Avenida Sarmiento 925. ROSARIO : Librería Ruiz, Calle Córdoba n° 1281 ; Librería Ledesma, Calle Alem 1642. CORDOBA : Librería Assandri, Calle Deán Funes 61 ; Librería Miravet, Obispo Trejo 28-32 ; Librería Paideia, San Martín 41 ; Pasaje Central ; Librería Molina, Pasaje Muñoz. MENDOZA : Librería « La Argentina ». San Martín 1122.

BOLIVIA.
COCHABAMBA : Los Amigos del Libro, Calle Perú, esq. España. LA PAZ : Gisbert y Cía, Casilla Correo 195 ; Sr. A. Tejerina, Casilla 834.

BRASIL.
RIO DE JANEIRO : Agencia Copacabana, Caixa Postal 89.

CHILE.
SANTIAGO : Editorial del Pacífico, Ahumada 57.

COLOMBIA.
BOGOTA : Librería Central Bogotá, Apartado nacional 2765. BARRANQUILLA : Librería Nacional Limitada, Carrera 43, N° 36-30. CUCUTA : Librería Zig-Zag, Calle 11, N° 4-20. POPAYAN : Instituto del Libro, Calle 5A, N° 5-08.

COSTA RICA.
SAN JOSE : Librería García Monge Limitada, Apartado 2610.

CUBA.
LA HABANA : Librería Económica, Pte. Zayas 505-7 ; Casi esquina a Villegas.

ECUADOR.
QUITO : Agencia General de Publicaciones, Mejía 446. GUAYAQUIL : Agencia Selecciones, Muñoz Hnos. y Cía., Casilla 10-24.

ESTADOS UNIDOS.
NUEVA YORK : Las Américas Publishing Company, 156 West 13 th Street, New York 11. LOS ANGELES : Hispano-American Publishing Agency, 129 South Broadway, Los Angeles 12, California.

GUATEMALA.
GUATEMALA : Librería Amenidades, 10 A. Av. Entre 7A. y 8A. Calles, Edificio Santa Rosa.

MEXICO.
MEXICO D. F. : Librería Ariel, Donceles 91 ; Fundación Editorial « Beatriz de Silva », Calle Leandro Valle 20 D. VERACRUZ : Librería Cimex, Arista 89.

PANAMA.
PANAMA : Librería Ibero-Americana, Avenida B, N° 32.

PARAGUAY.
ASUNCION : Mares e hijos, S. en C., Calle Estrella 430-438.

PERU.
LIMA : Distribuidora de Revistas Inca, Puno 264 (Bejarano).

URUGUAY.
MONTEVIDEO : Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Ciudadela 1424 ; Feria del Libro. Avenida 18 de Julio, 1308 ; Oficina de Representación de Editoriales, Avenida 18 de Julio, 1333.

VENEZUELA.
CARACAS : Librería Suma S. A., Calle Real de Sabana Grande 102.

Director-Gerante : P. BOLOMEY

Imprimerie de Clichy, 36, rue Aubouin, CLICHY.

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO
Emilio FRUGONI, Rómulo GALLEGOS, Jorge MAÑACH,
Luis Alberto SANCHEZ y Erico VERISSIMO

Director de publicaciones : François BONDY
Redactor Jefe : Julián GORKIN
Secretario de Redacción : Ignacio IGLESIAS

COLABORADORES :

Xavier ABRIL, Pedro Vicente AJA, Victor ALBA, Ciro ALEGRIA, Guadalupe AMOR, Luis ARAQUISTAIN, Rosa ARCINIEGA, Joaquín ARDERIUS, Raymond ARON, Anita ARROYO, Francisco AYALA, Carlos de BARAIBAR, Arturo BAREA, Rômulo BETANCOURT, Jorge Luis BORGES, E. CABALLERO CALDERON, Albert CAMUS, J. CARNER, Carlos P. CARRANZA, Jorge CARRERA ANDRADE, Benjamín CARRION, Joaquín CASALDUERO, Alfonso CASO, Jean CASSOU, Jaime CASTILLO, Marín CIVERA, Fernando DIEZ DE MEDINA, F. FERRANDIZ ALBORZ, José FERRATER MORA, Eugenio FLORIT, Waldo FRANK, Manuel GAMIO, Francisco GARCIA LORCA, R. GARCIA TREVIÑO, E. F. GRANELL, Jorge GUILLEN, Aldous HUXLEY, Roberto IBAÑEZ, Jorge ICAZA, Karl JASPERS, Julio César JOBET, Arturo KOESTLER, José LINS DO REGO, Juan LISCANO, Rodolfo LLOPIS, Salvador de MADARIAGA, Mauricio MAGDALENO, Alejandro MAGNET, André MALRAUX, Juan MARICHAL, Joaquín MAURIN, Luis MERINO REYES, Czeslaw MILOSZ, Gabriela MISTRAL, Francisco MONTERDE, Federica MONTSENY, Alberto MORAVIA, Victoria OCAMPO, Antenor ORREGO, Octavio PAZ, Mario PEDROSA, Mariano PICON-SALAS, Salvador PINEDA, Susana REDONDO, Enrique L. REVOL, Eugen RELGIS, Alfonso REYES, Francisco ROMERO, Denis de ROUGEMONT, Bertrand RUSSELL, E. SALAZAR CHAPELA, Claudio SANCHEZ ALBORNOZ, Eduardo SANTOS, José Ma. de SEMPRUN GURREA, Ramón J. SENDER, Enrique SERPA, S. SERRANO PONCELA, Ignazio SILONE, Stephen SPENDER, Manuel SUAREZ MIRAVAL, Manès SPERBER, Rufino TAMAYO, Hernando TELLEZ, Luis TERAN GOMEZ, Jaime TORRES BODET, Arnold J. TOYNBEE, Guillermo de TORRE, Rodolfo USIGLI, Fernando VALERA, Rafael Heliodoro VALLE, Bertram D. WOLFE, Richard WRIGHT, María ZAMBRANO, Luis de ZULUETA, y otros más.

El número : 180 f.

Printed in France

23e de la Pérouse

Marzo - Abril 1957

BIBLIOTHÈQUE MUSÉE DE LA GUERRE

B.D.I.C

CUADERNOS

REVISTA BIMESTRAL

23

J. TORRES BODET • ROMULO GALLEGOS • G. ARCINIEGAS
LUIS ALBERTO SANCHEZ • J. CARRERA ANDRADE

Homenaje a Gabriela Mistral

DWIGHT MACDONALD
Diez días en El Cairo

PAUL IGNOTUS
La conciencia nacional húngara

MILOVAN DJILAS
La crisis del sistema comunista

JORGE MAÑACH
Variación hispanoamericana

Otros textos de :

Alfonso Reyes, Luis Araquistáin, Pierre Emmanuel
Fernando Díez de Medina, Federico de Onís, Arturo Barea, etc.

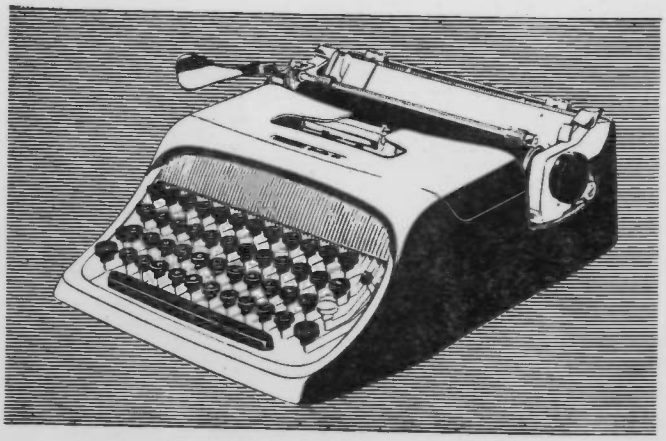
H'P 5926

Studio 44

la máquina de escribir para el profesional

El científico,
el publicista,
el arquitecto,
el médico,
el técnico,
el hombre de negocios
encuentran en esta máquina
las cualidades de la portatil:
elegancia,
fácil manejo,
ligereza;
y al mismo tiempo las ventajas
de la máquina de oficina:
elasticidad de pulsación,
solidez,
carro sobre baleros,
regulador de pulsación.

olivetti la industria más grande en Europa de máquinas para oficina



Ing. C. Olivetti & C., S.p.A. - Ivrea (Italia)

BIBLIOTHÈQUE DE LA GUERRE MUSÉE

SUMARIO

Divagación de otoño en Cuernavaca	ALFONSO REYES	3
La variación hispanoamericana	JORGE MAÑACH	6
Leyendas bolivianas : « Imantata »	F. DIEZ DE MEDINA	13

En la muerte de Gabriela Mistral

Homenaje	JAIME TORRES BODET	16
El poema inédito de Gabriela	GERMAN ARCINIEGAS	17
Un ser y una voz inconfundibles	LUIS ALBERTO SANCHEZ	20
Un ejemplo de dignidad intelectual	ROMULO GALLEGOS	24
Muerte y gloria de Gabriela Mistral	JORGE CARRERA ANDRADE	26
Interrogaciones (Poema)	GABRIELA MISTRAL	29

Relatos y comentarios

Una historia de tiempos futuros	ARTURO BAREA	30
Cosas y gentes	SALVADOR DE MADARIAGA	35
Sobre la poesía brasileña	FEDERICO DE ONIS	39

Cuestiones políticas

La conciencia nacional húngara	PAUL IGNOTUS	45
La crisis del sistema comunista	MILOVAN DJILAS	54
La doble ilusión del progresista	PIERRE EMMANUEL	59
Las grandes potencias y la guerra de España	LUIS ARAQUISTAIN	65

Crónicas

Diez días en El Cairo	DWIGHT MACDONALD	74
Dictadores e intelectuales	ROSA ARCINIEGA	84
En México se estrena un maestro	ANTONIORROBLES	88
La hora del panamericanismo	ARTURO TORRES-RIOSECO	91

Bellas Artes

El arte alemán de la postguerra	C. KRISHNA GAIROLA	95
Luis Quintanilla	R. R.	99

Lecturas. Vida del Congreso.

Fundada bajo los auspicios del *Congreso por la Libertad de la Cultura*, la revista bimestral CUADERNOS se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Esta libertad, consubstancial con nuestra razón de ser y de existir, será defendida por CUADERNOS mediante una lucha tenaz contra todos los obstáculos y todas la trabas que traten de oponerse a la libre manifestación del espíritu crítico y del pensamiento, que constituyen la más preciada conquista del hombre y de los pueblos.

Nuestra revista abre sus páginas a la colaboración de los intelectuales de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre personal y bajo su exclusiva responsabilidad ; la revista sólo se hace responsable de sus editoriales y de sus artículos, documentos y notas sin firma.

El Congreso por la Libertad de la Cultura, *constituido en el mes de junio de* 1950, *reúne a intelectuales, artistas y científicos de todos los paeses y de diversas tendencias. Su único denominador común consiste en la voluntad de defender el derecho de crítica y el pensamiento libre.*

Presidentes de honor :

† Benedetto Croce, † John Dewey, Karl Jaspers, Salvador de Madariaga, Jacques Maritain, Bertrand Russell, Reinhold Niebuhr, S. J. Narayan.

Presidente del Ejecutivo : Denis de Rougemont. Secretario general : Nicolás Nabokov

DIVAGACION DE OTOÑO EN CUERNAVACA

POR ALFONSO REYES

Repitiendo un poco lo que tengo dicho por ahí, voy a contar una breve historia : la historia del mundo, desde los orígenes hasta nuestros días. Cuando hayamos llegado al Nuevo Mundo, nos detendremos algunos instantes para averiguar lo que nos conviene hacer con este pedazo de planeta que nos ha tocado habitar, América, desde el Norte hasta el Sur.

Dios creó el mundo en seis días, y descansó el sétimo, de modo que inventó la semana. Para pasar el *week-end* no sabemos cómo se las arregló. Ahora, según dicen, pasa el *week-end* en Cuernavaca, que posee un clima privilegiado. Algunos habitantes de México y algunos visitantes del país vecino son de la misma opinión de Dios. Llegan a esta ciudad el viernes o el sábado de mañana, y el lunes ya están de regreso en su casa, entregados a sus habituales ocupaciones y aburrimientos.

Una vez lanzada la Creación, en las seculares evoluciones de la materia cósmica, la masa solar se dejó un día barrer por alguna fuerza misteriosa y desprendió de sí, como esas burbujas de jabón que se echan a volar con el soplo, una ronda de planetas. El nuestro, la Tierra, dicen que ha estado girando y buscándose a sí mismo desde hace varios miles de millones de años. Entre los animales que lo iban poblando, porque ya se sabe que todo edificio abandonado a sus propias fuerzas cría animales, hubo — hace acaso un millón de años — un lemúrido que se descolgó de la cola, se bajó de un árbol y decidió enderezarse, sentándose y al fin parándose sobre sus patas traseras. A partir de ese instante, comenzó a contemplarlo todo a su alrededor, a mirar de lejos y a orientarse (origen de la conducta moral), y entonces el sentido del olfato, que antes le servía de brújula por los caminos de la vida, vino a ser sustituído por otro sentido más precioso y de mayor dignidad : el de la vista. Se desarrollaron las manos, el pulgar se volvió oponible ; así se hizo el hombre.

Pero la Biblia nos cuenta la historia en una síntesis poética que muchos prefieren a las explicaciones de la ciencia evolucionista. Dios —nos dice— creó al hombre directamente, amasando el barro del suelo. Después, fabricó a la mujer con una de las costillas del hombre, reducida a oficio de plastilina. Cuando la pareja, por su desobediencia (desobediencia de que nació todo el destino humano) fué expulsada del Paraíso, entonces empezó la Historia. Pues en el Paraíso todo se daba gratis y no había necesidades. La Historia es hija de la Necesidad. El primer paso de la pareja humana tuvo que ser una doble obra de persuasión o domesticación. A espaldas de la pareja, se hallaba el iracundo Arcángel con la espada de fuego ; frente a ella, la

naturaleza feroz, las bestias, el lobo. Había que combatir en dos frentes, y la pareja humana comenzó por convertir al terrible Arcángel vengador en el dulce conductor de Tobías, y al lobo en ese sumiso y fiel amigo del hombre que es el perro. Aquí empezó la Historia.

Las etapas de la Historia bien pueden resumirse así : la edad del fuego, la edad de la agricultura, la edad de las ciudades y, por último, la edad de la ciencia, en que ahora vivimos. Aunque la edad de la ciencia venía preparándose desde antes de los griegos, pues su origen se confunde con los albores de la curiosidad intelectual, de cierto modo esquemático podemos decir que la edad de la ciencia asume su carácter ya inconfundible hacia el siglo XVII, cuando se establecen los métodos capaces de conducir sistemáticamente a la invención y al descubrimiento. Hace poco más de siglo y medio, esa aceleración de los hechos que podemos considerar como el síntoma de la Historia —pues en la Prehistoria nada pasaba o siempre pasaba la misma cosa— se resuelve en un ensanche de todos los órdenes de la acción y del pensamiento humanos. Hoy por hoy, en estos últimos años, las fronteras en todos los sentidos, —o mejor, los orígenes de las cosas— parece que se van alejando. Jean Rostand lo ha explicado muy claramente. El universo es más vasto de lo que poco antes se pensaba ; la Tierra, más vieja ; el hombre, más antiguo. El ensanche no sólo afecta al tiempo y al espacio. Hay también un ensanche cada vez que aparece una nueva noción, cada vez que surge un poder nuevo. La matemática se ensancha con la anexión del transfinito ; nuestro ser espiritual, con la exploración de la subconsciencia ; la técnica mediante la cibernética o pensamiento mecánico y mediante la física nuclear. El hombre mismo empieza a aumentar el dominio de su propia configuración : se mudan los sexos ; se prestan de uno a otro hombre elementos del cuerpo humano mediante injertos apropiados, como si se tratara de muebles, autos o alhajas, a tal extremo que la idea de la persona parece perder su integridad natural, lo que tanto comienza a inquietar a los teólogos como a los juristas. Se pretende aumentar algún día la eficacia intelectual provocando cierta leve asimetría en los hemisferios cerebrales Todas las disciplinas parecen volverse más profundas y más complejas. A tal punto, que algunos tienen ya miedo ante el desarrollo de la ciencia, pues como observó hace mucho Francis Bacon, en fórmula imperecedera que debiéramos recordar constantemente, « la ciencia, si se la absorbe sin el antídoto de la caridad, no deja de ser un tanto maligna y venenosa para el espíritu ». Y hoy piensan algunos, en efecto, que, como decía Paul Langevin, la justicia se halla en retardo con respecto a la ciencia.

No sabemos lo que nos prepara el porvenir. Sabemos, sí, que los progresos pueden ser previsibles hasta cierto punto, si consideramos con humildad nuestros principios científicos, no bajo la perspectiva de los sueños y las ambiciones, sino, por el revés del anteojo, bajo la perspectiva de los límites con que tropezamos, al menos hasta ahora. Pues los principios científicos son frecuentemente principios de impotencia, barreras. Pero no nos perdamos en consideraciones técnicas que nos llevarían muy lejos. Volvamos al concepto de los ensanches, y apliquémoslo a un fenómeno mucho más tangible y de bulto : los ensanches geográficos. Ninguno más trascendental, sin duda, que el Descubrimiento de América, cuyas consecuencias todavía no se han agotado, porque todavía estamos « haciendo a América ».

Los antiguos siempre sospecharon que hacia el Occidente, la región de la noche, la Tierra escondía algunos secretos. Los poetas soñaban con el reinado feliz del viejo Cronos, con estrellas nuevas, con escenarios maravillosos, como el de las Islas Bienaventuradas, donde todo se daría gratis ; de modo que el sueño de la Edad de Oro, que Hesíodo situaba en el pasado, parecía situarse en el porvenir. Atisbos y adivinaciones, el furor humanístico del Renacimiento y los apremios comerciales parecían ya exigir el descubrimiento del Nuevo Mundo antes de que éste aconteciera. Un buen día los turcos se apoderan de Constantinopla, cortan el camino de las mercaderías asiáticas rumbo a Europa ; y, entre otras cosas, reducen la dieta europea, privándola momentáneamente de las especias. Sobreviene la conspiración de las

cocinas y, por buscar un nuevo camino hacia el país de los condimentos, se da inesperadamente con América.

Ya hemos, pues, descubierto a América. ¿Qué haremos ahora con América? La mente humana, incansable en sus empeños hacia la conquista del bien social, se da entonces a imaginar, en el orden teórico, utopías y repúblicas perfectas, a las que pudieran servir de asilo las nuevas regiones llenas de promesas; y se da, en el orden práctico, a plantear empresas de ensanche político y religioso, que no cabían ya en los límites de la vieja Europa. El alma humana se asusta a veces de su misma fuerza de idealidad, busca pretextos prácticos. Cuando Alejandro el Grande abandona sus empresas helénicas y panegeas y se alarga hasta las riberas del Ganges, no sabe ya bien lo que quiere: es un poeta de la conquista, está loco. Para no enloquecer de misticismo y de anhelos abstractos, los descubridores, los conquistadores, los colonos de América se dedican a la explotación —a veces inicua— de las colonias, y los domina el afán de enriquecimiento inmediato. Pero, por encima de todo ello, el ideal se ha puesto en marcha.

A partir de ese instante, entre las vicisitudes históricas, las vacilaciones, las contradicciones y los errores —pues la vida no procede nunca en línea recta—, América va apareciendo, a los ojos de los filósofos europeos y de los capitanes espirituales del Nuevo Mundo, como un escenario posible para los intentos de felicidad humana, para las nuevas aventuras del bien (aventuras que, de paso, confesémoslo, el mal aprovecha con frecuencia). Lo mismo los misioneros religiosos de Iberoamérica que los padres peregrinos del Norte sueñan con modelar en nuestro Continente un mundo social sin compromisos con las equivocaciones hereditarias que el Viejo Continente se ve obligado a arrastrar consigo. Y ya en nuestros días, ante los desastres de Europa, América cobra el valor de una reserva de esperanzas. Su mismo origen colonial, que la obligaba a buscar fuera de sí misma las razones de su acción y de su cultura, la ha dotado precozmente de un sentido internacional, de una elasticidad envidiable para concebir como cosa propia el vasto panorama del mundo, en especie de unidad y conjunto. Entre la vasta homogeneidad del orbe ibérico y el orbe sajón-americano —los dos personajes de nuestro drama— la sinceridad democrática puede y debe oficiar de nivelador, rumbo a la concordia u *homónoia* que decían los griegos. Las naciones americanas no son entre sí tan extranjeras como las naciones de otros continentes. Hace más de medio siglo que hemos aprendido a juntarnos para discutir y resolver cuestiones que a todos nos afectan, con una naturalidad y facilidad que nunca se han dado en Europa. Y las diversidades lingüísticas entre el español, el portugués, el inglés y el francés (las lenguas de nuestro Continente) no son una muralla infranqueable, sino unas redes permeables, dados los recursos actuales de la cultura y la enseñanza.

ALFONSO REYES

La variación hispanoamericana (*)

POR JORGE MAÑACH

Lo expuesto aún no completa la serie de factores de distinta índole que han contribuído a la modulación de lo hispanoamericano. Todavía habrá que añadir ciertas experiencias, más recientes y difusas, algunas de las cuales han redundado en sentido contrario al que he venido sugiriendo. Pero conviene sacar ya aquí el saldo de las influencias más persistentes.

Los distintos factores constitutivos de lo que, con calculado neutralismo, he llamado « lo español » en América han sufrido modificaciones, si bien con distinta intensidad, según su mayor o menor raigambre. Por de pronto, el temperamento. No hay, desde luego, un modo de ser común a todos los hispanoamericanos, como no lo hay para todos los españoles. Nada más visiblemente distinto que un argentino y un mexicano, que un chileno y un cubano. Sin embargo, como en el caso de España, podemos decir que existe un « estilo » psicológico y, por tanto, un modo de conducta relativamente característicos de los hispanoamericanos, que nos hacen sentirnos y vernos como « familiares » y distintos genéricamente de los norteamericanos y de la mayor parte de los europeos. Este modo de ser común, esta « calefacción central » —que con donosa metáfora me decía un poeta chileno— responde todavía lo suficiente al patrón español como para que los hispanoamericanos nos sintamos, en cambio, sus deudos. No sólo por razones de idioma o de cultura, sino también de afinidad temperamental, nos hallamos más cómodos, más « en casa », en Madrid, por ejemplo, que en París. Pero esto no quita para que la diversificación exista. Somos menos graves y concentrados ; la pasión en nosotros es acaso más explosiva, pero menos contenida ; nuestro individualismo menos absoluto. Tenemos la conciencia estética y política antes que ética. No resulta ni con mucho tan rígida nuestra adhesión a « los principios », al punto de llegar a ciertos extremos de frivolidad que en el español no suelen darse. La tradición apenas pesa en nosotros, vocados como más bien estamos a la innovación, y aun a la novelería. Todo esto nos inclina ya temperamentalmente a eso que, a falta de mejor palabra, he llamado « pragmatismo »

Idioma y cultura

La « herencia » de cultura ha sufrido en nuestras manos parejas modificaciones, en parte resultantes de esa variación temperamental. El elemento de ella más inmediato e incalculado es el idioma, y por lo mismo ha sido acaso el más resistente a alteraciones profundas. Regiones de América hay donde no se habla peor castellano que en las más de la península, y a veces mejor, por lo sabroso y arcaico. En otras zonas

(*) La primera parte de este estudio fué publicada en nuestro número anterior, con el título « Vigencia de lo español en América » (N. de la R.).

populares, las influencias indígena, afra o italiana han hecho estragos, desde el punto de vista de un rígido purismo, y en la clase media el idioma sin duda se ha empobrecido desde ese mismo punto de vista. En cambio se mantiene con toda la pureza que cabía esperar en las clases ilustradas. La conciencia misma que éstas tienen de que no pertenecen a la cuna del idioma, sino que sólo son « colonia » de él, suele inducirlas a vigilar su empleo. Algunos de los filólogos más eminentes de la lengua, como Bello, Cuervo, Baralt, son hispanoamericanos. Los aportes a la lengua hechos por los escritores de mayor categoría nada tienen que envidiarle a la expresión literaria peninsular. Si se compara la suerte del castellano en Hispanoamérica con la del francés en el Canadá, por ejemplo, se advierte toda la distancia que media entre una mera modulación, a veces enriquecedora, y una corrupción casi dialectal. Creo que tampoco salimos mal parados de la comparación con el inglés que se habla en los Estados Unidos.

Universidades y academias hispanoamericanas rinden culto devoto al patrimonio de los clásicos españoles. Los grandes escritores modernos de España son más leídos en nuestros países que los americanos en la península. Con todo, no puede negarse que algunas de las influencias que antes indiqué han operado en contra de todo sentimiento de « provincialización » o dependencia, tanto en las letras como en otras expresiones de la cultura. En las repúblicas de fuerte inmigración no española, como las del Plata, las zonas académicas tendieron a reaccionar contra la « descastización » con el españolismo que se advierte en la obra de un Rojas o un Larreta, por ejemplo. Pero al lado de esa tendencia clasicista y filial, acentuadora del concepto de « Madre Patria », se daba ya otra más genéricamente adscrita a « lo latino », que prefería ver en la España contemporánea sólo un vástago más viejo de la común raíz y un convite de destino paralelo al de Hispanoamérica —la « España niña » que decía Rodó. Mientras tanto, la política de inmigración y aun la de cultura contribuían fuertemente a la cosmopolitización de la curiosidad, los gustos y las ideas, al afrancesamiento de ciertas escuelas literarias, como el Modernismo, y a cierto nacionalismo a veces polémico respecto de la autoridad literaria española, como el del famoso « pleito del Meridiano », librado por la juventud « vanguardista » de Buenos Aires. En general, las zonas juveniles de Hispanoamérica mantienen hoy día hacia la cultura española una actitud de independencia que respeta, desde luego, los valores de ella, pero no como valores « recibidos ». En cambio se resiente —y no sin razón— de la indiferencia española a sus mejores logros.

Ya he hecho tal vez suficiente referencia a la suerte corrida por el patrimonio religioso. Obstada primero por las inmixtiones indígenas y afras, a despecho de la gran obra catequística y misionera ; desvitalizada por el formalismo colonial ; esquivada por el « horizontalismo » vital americano ; más o menos directamente impugnada, en fin, por las influencias iluministas, positivistas y pragmáticas, y comprometida por ciertos conflictos político-sociales en que la Iglesia se puso de parte del *statu quo*, la religiosidad en Hispanoamérica se superficializó desde muy temprano, produciéndose así una profunda escisión respecto de ese ser español que, según Américo Castro, significa ante todo existir como creyente. De ahí que ciertos valores y actitudes que de ese modo de ser dependen encuentren ya escaso valimiento en Hispanoamérica, con las reservas que para el momento actual he de señalar enseguida.

Costumbres privadas y públicas

Después del idioma, acaso lo que más fiel se mantiene al patrón español son las costumbres. En el orden privado, las rige todavía el concepto español de la persona y de la familia : el sentido de la dignidad individual, del honor del nombre, del deber de solidaridad espiritual y social en quienes lo llevan. Aún queda mucho en nuestros países del viejo estilo patriarcal de la familia, amparado a la vez por la tradición y por el derecho civil. No hay duda, sin embargo, que las influencias norteamericanas y las de la vida moderna en general han introducido en ese esquema básico variaciones que tienden a una mayor laxitud y a cierto predominio de los intereses econó-

micos sobre los puramente sentimentales o morales. A este respecto, el catolicismo, con su celo de la integridad familiar y de la responsabilidad moral del individuo, actúa como un freno; pero en modo alguno tiene ya eficacia pareja a la que ejerce sobre la vida española, de tal suerte que ciertos miramientos característicos de ésta suelen parecerles excesivos o « retrógrados » a los hispanoamericanos.

En cuanto a las costumbres públicas, las que implican meros ritmos sociales, como las celebraciones de fiestas tradicionales, etc., han sufrido modificaciones locales sobre todo en los centros urbanos más importantes, viéndose a veces suplantadas por modos « nórdicos ». Así, por ejemplo, ocurre, entre las del calendario religioso, con los símbolos de la Navidad. Las que conciernen a los intereses colectivos más inmediatos, y señaladamente a los políticos, requieren, por su importancia, examen más detenido.

Lo más ostensible a ese respecto en la vida hispanoamericana es la firmeza de su vocación democrática y populista, que esencialmente implica, desde luego, la antipatía a toda forma de absolutismo autoritario y la preferencia por lo que pudiéramos llamar el relativismo del consentimiento. Hablo de una *vocación*. El hecho de que ella se haya visto tantas veces frustrada, detenida o falseada, como todavía ocurre en no pocas repúblicas, no desmiente el aserto. La conciencia política y social en Hispanoamérica surgió al calor de la lucha por la independencia y se vió después acentuada por movimientos reivindicatorios de lo popular, en los que el individualismo español, puramente privado y civil, dió de sí una nueva dimensión, un ánimo social y político. Si la independencia fué la cuna de las repúblicas, el liberalismo fué su escuela. Las consignas libertadoras prendieron tan hondamente en el ánimo popular, que éste no se resigna por mucho tiempo a verlas conculcadas. De ahí eso que llaman el « revolucionarismo endémico » hispanoamericano. Pero, a su vez, la recurrente conculcación de las libertades halla causa primera y principal en la misma brusquedad con que Hispanoamérica se inició en el disfrute de ellas. El pueblo adquirió un sentido de sus derechos antes de estar preparado por experiencia o por educación (como tampoco lo estaban las clases superiores mismas) para la disciplina de deberes que el ejercicio responsable de la libertad exige. Reconocidas las masas como originadoras del poder público, su emocionalismo se prestó a la solicitación y aprovechamiento de los caudillos, como después a la demagogia y engaño de los politicastros que de ellas descienden. De una misma raíz, pues, democratismo sin coeficiente de cultura, y particularmente de criterios y de principios éticos, surgieron y aún siguen surgiendo los dos abusos contrarios: el autoritarismo y el libertinaje.

Raro es, sin embargo, el autócrata hispanoamericano que, explícita o implícitamente, no haya pretendido apoyarse sobre el consentimiento y servicio a las mayorías populares. Un sociólogo de Venezuela llegó hasta a erigir en doctrina la del « cesarismo democrático ». Es ello uno entre muchos indicios de que la vocación democrática está profundamente arraigada en nuestros pueblos; cuando se eclipsa, es sólo como logro, no como desiderátum. Frente a ella no existe ninguna tradición autóctona de autoritarismo con prestigio suficiente, ya sea como doctrina o como experiencia histórica, para que pueda ser invocada al objeto de justificar situaciones políticas de tipo absolutista. En las mismas masas indígenas o mestizas cuya subconsciencia pudiera aún alojar algún vestigio de primitivos absolutismos —y a veces se piensa en eso para explicar su pasividad ante ciertos despotismos ulteriores—, el resentimiento étnico y social actúa como un freno propicio a rectificaciones de tipo democrático cuando la oportunidad de ellas se ofrece, como ha ocurrido en México, por ejemplo. Se intuye siempre que la libertad encierra posibilidades de experimentación y de innovación asociadas al interés de los más, en tanto que la memoria de una larga experiencia vincula el autoritarismo a regímenes de privilegio y abuso. Hispanoamérica está así predispuesta a lo democrático, y tarda mucho en lograrlo precisamente por la vehemencia y radicalidad con que lo quiere. Esta predisposición explica la resistencia psicológica de la masa popular y, en menor medida, de la clase media de nuestras repúblicas a

JORGE MAÑACH

aprobar todo régimen autoritario extranjero, particularmente de extrema derecha, cualquiera que sea la justificación que se le pretenda dar desde el punto de vista de la experencia nacional correspondiente. Atendiendo a estos hechos, no ha de extrañar que lo español haya repercutido siempre en esos ámbitos americanos según fuese el signo político que lo acompañase.

La crisis moral y España

Todo esto ya nos trae a la situación presente. Se desprende de lo anterior que el gran problema de las repúblicas hispanoamericanas es el de educar su vocación democrática en el sentido de un ejercicio responsable de la autoridad, tanto la del pueblo como originador del poder público, cuanto la de los gobiernos como instrumentos de él. La agudización de este problema en los últimos tiempos da razón de ciertas modulaciones actuales en la conciencia pública de esos países, modulaciones que a su vez tienen no poco que ver con la vigencia de lo español, no sólo en lo que toca al orden político, sino también al moral y de la cultura en general.

Las situaciones prolongadas o recurrentes de extremismo y aplebeyamiento en el disfrute de las libertades o, por el contrario, de abuso y corrupción en los gobiernos que pretendían rectificarlas, así como ciertas situaciones intermedias de autoritarismo demagógico y corrupto a la vez, han ido acumulando — especialmente en las clases altas — un sentimiento de crisis moral y social y, por ende, política. Se piensa más o menos difusamente que la sociedad hispanoamericana anda menesterosa de un retorno a «los principios», de una rehabilitación moral de las costumbres. En ciertas zonas privilegiadas, ese estado de ánimo, doblado de calculismo, asume un sentido político reaccionario, que prefiriendo los pecados de los gobiernos de fuerza a los de la masa indisciplinada, generalmente se aviene bien con ellos, y en buena parte es responsable del auge que han tenido últimamente en Hispanoamérica. El peligro comunista ha dado pábulo tanto a aquella preocupación moral, que denuncia la creciente « materialización » del mundo americano, como a este reaccionarismo puramente político y, en el fondo, económico. En su manifestación más sincera, que es, por lo común, la de la clase media, ese talante se inclina en el orden meramente político a una revisión de los mecanismos democráticos que, sin desvitalizarlos, los haga más « técnicos » y más integralmente representativos de la conciencia y de los intereses sociales ; y en un plano más profundo, aspira a sustraer la vida hispanoamericana al pragmatismo materialista, infundiéndole una disciplina ética, principalmente por la vía educativa y religiosa. No hay que decir que la Iglesia asiste muy diligentemente a este designio.

Reversión, en buena medida, del liberalismo laico tradicional, esta orientación, aunque incipiente, está determinando ya un movimiento de rescate de los valores « eternos » de la cultura española aun fuera de lo religioso : una estimación del concepto « vertical » de la vida, con su ameritamiento de todos los valores de orden y jerarquía frente a los de libertad y nivelación. El pragmatismo hispanoamericano, fruto de la evolución propia de estos países, está cediendo, en ciertos planos sociales más o

menos decisivos, al « idealismo » tradicional español, siquiera sea en cuanto reconoce que el criterio de lo más noblemente satisfactorio en la experiencia implica un juicio de « principios ». Desde este punto de vista, « lo español » en Hispanoamérica está hoy más vigente que en ningún otro momento de su historia independiente.

¿ *Una pragmatización española ?*

Curiosamente, mientras esto ocurre de ese lado del Atlántico, en España parece estarse operando un fenómeno contrario. Aunque deliberadamente me vedo el hacer afirmaciones categóricas en materia de tan difícil ponderación y respecto de la cual aún no he tenido suficiente experiencia de observador, no creo excesivo afirmar que actualmente la vida española tiende a « pragmatizarse » en el amplio sentido que vengo dando a esta palabra. No hablo de lo político, por más que en sus derivaciones inmediatas y concretas se adviertan ciertos criterios y realizaciones de acento técnico y social que también lo corroboran. Me refiero principalmente a lo que se cree percibir por debajo de ese plano oficial, como estado de conciencia, y mucho más allá de él, como tesitura general de las costumbres. Si bien la conciencia española parece todavía ínsita en su sentido vertical — religioso y jerárquico — de la vida y de los valores, no hay duda de que la solicitan otras inclinaciones. Aun en la esfera religiosa se habla de una inquietud tendiente a superar el estatismo dogmático, haciendo de la creencia algo más vital y socialmente efectivo. Acentos juveniles pugnan por abrirse paso en el orden de los criterios históricos. En fin, los planos más superficiales de la vida española actual acusan más agudamente que nunca lo que comúnmente se entiende por « modernización », a los modos técnicos, ágiles, experimentales de servir a la vida y de vivirla, y hasta el ejercicio de aquello que Maeztu llamaba — en sus tiempos ingleses — « el sentido reverencial del dinero ». Sólo muy recientemente y en menudos planos populares ha contribuído visiblemente a eso la influencia norteamericana, tan difundida hoy por todo el Occidente europeo. En suma, mi impresión — por lo que valga — es que España flexibiliza actualmente las actitudes rígidas, apriorísticas, tradicionalmente derivadas de su sentido de los principios, abriéndose, en cambio, a las solicitaciones de tipo empírico. No se trata, entiéndase bien, de una abdicación de su ser tradicional cuanto de una modulación, acaso de una rehabilitación tardía y aún incipiente de aquel « sanchismo » más sano que también es parte de su naturaleza y elemento de su cultura y de su vocación histórica.

La convergencia posible

Si todo esto es así, resulta que España y América —tras un largo lapso de diferenciación — se están aproximando de nuevo sin quererlo, o queriéndolo sólo a medias. No se trata, en efecto, de que deliberadamente se busquen y soliciten, como de hecho ocurre en alguna medida, a virtud de las diligencias oficiales englobadas en la política llamada de la « Hispanidad » y, por otro lado, de los movimientos americanos de conciencia a que antes me referí. Lo más profundo no es eso, sino los sesgos convergentes de evolución que he tratado de sugerir. Mientras la América española, pragmática por su formación independiente, quiere volver a ciertos principios de casta, España, apriorista por tradición secular, se mueve más o menos inconscientemente hacia un pragmatismo vital. De esta suerte, se da ahora como una nueva coyuntura más equilibrada de « transfusión » en las relaciones de lo español con América.

No es ésta todavía, sin embargo, una verdadera aproximación en sentido vinculador. ¿ Es deseable que esto se logre, es decir, que España y la América que su idioma habla « estrechen » de veras esos « lazos » famosos de que tan inanemente hablaban ciertas retóricas, por desatención a las condiciones que tal estrechamiento había de tener en cuenta ?

Antes de intentar una respuesta a esa pregunta —que espero no parezca ociosa, ni mucho menos « descastada »—, permítaseme declarar brevemente ciertos criterios generales.

La Humanidad es una ; pero sólo en remota abstracción. Podemos, sin duda, pensar que razas y pueblos van marchando inexorablemente hacia alguna no menos remota unidad indiferenciada ; o sea, que con la extensión de las técnicas y de las comunicaciones, con la uniformación de la vida y, en general, con el ímpetu de eso que nuestro tenaz optimismo llama « el progreso », dentro de dos, cuatro o veinte siglos, la Humanidad (si llega a durar tanto) será por todas partes idéntica en lo esencial. En pura teoría podemos concebir y acariciar eso como ideal humano, pero siempre que nos lo podamos representar como una síntesis de todos los valores más altos aportados al destino del hombre por las varias razas históricamente eminentes.

La española es una de esas razas. Ella ha creado, sobre todo, valores espirituales. El deber y el interés de los pueblos hispánicos es preservar para la síntesis futura aquellos que sirvieron a lo más noble y fecundo de su historia, pero preservarlos — insisto— en afán constante de síntesis con los valores distintos por los cuales otras razas o naciones han alcanzado su propia eminencia histórica. Me parece un poco excesivo el aserto de Vossler de que España ha sido « la maestra espiritual de Europa ». No han concurrido menos otras naciones a ese magisterio. Pretender que el destino del mundo sea « a la española » es tan desmesurado como aspirar a que en él prevalezca lo sajón, lo teutónico o lo eslavo. Es de suponer que, si todos somos hijos de Dios, a todos nos alcanzan iguales derechos y responsabilidades y, en la medida en que los hemos cumplido, iguales participaciones en la humana gloria.

Pero no se nos ha de tomar a mal a los hispanos una especial devoción por los valores raigales que nos son característicos... y por las modificaciones fecundas que nos ha llevado a introducir en ellos nuestra propia experiencia.

Estos criterios no son tan vagos como pudiera parecer. Permiten a la vez lo que pudiéramos llamar un « racismo cultural » y un humanismo. Además, conciernen muy concretamente al problema actual del mundo. Muchos somos a formular ese problema como la necesidad de conciliar la técnica con la ética, la libertad con el orden, los valores de utilidad con los de dignidad, los intereses sociales con los derechos de la persona, lo material con lo espiritual, el sentido vertical de la vida con el horizontal o de superación histórica ; en una palabra, cierto fecundo relativismo con el más noble absolutismo. Como justamente estos son los acentos respectivos con que nuestros pueblos americanos y la España de que son vástagos se han manifestado en la historia —cada cual, desde luego, en su medida respectiva de juventud y de madurez—, es evidente que cabe esperar mucho bien humano de una ulterior evolución por la cual se complementen y se integren esos repertorios de valores. A ella nos inclinan no sólo los impulsos del afecto, sino también los cálculos de interés por nuestras respectivas patrias y por el ameritamiento general de lo hispánico en el mundo.

Importa mucho, por lo mismo, fijar bien las condiciones, los límites y los medios de esa compenetración. No se trata, por lo pronto, de cesión alguna de personalidad o de peculiaridad por un lado o por otro, cuanto menos de ninguna subordinación parcial. Se trata, sencillamente, de que ambas zonas hispánicas se conozcan recíprocamente en la integridad de sí mismas, en todo aquello en que aún concuerdan y en todo lo que ya las distingue por obra de su diversa experiencia. Ni el solo conocimiento basta : se trata, además, de que se traten ; de que entren efectivamente en comunicación y contacto, canjeándose ideas, obras, curiosidades y preocupaciones, otorgándose facilidades de trabajo y como de espiritual conciudadanía. Se trata, en fin, de quererse como quiere siempre el cariño entrañable, por los defectos tanto como por las virtudes, por la desemejanza no menos que por el parecido. A ese efecto, ha de sentirse que concurren al trato con cierta equivalencia. No se me escapa que puede parecer petulante la pretensión de emparejar a España, que es toda una categoría histórica, con sus deudos americanos, que aún son, sobre todo, promesa. Pero ¿ qué le vais a hacer, españoles, si esos pueblos piensan —con petulancia juvenil, si os place— que también es un mérito el espíritu ágil y abierto, las ideas despejadas y los sentimientos de

generosa dimensión humana con que encaran su futuro ? De España es, por supuesto, el mayorazgo, y mucho ha de pesar, por la fuerza de su propia gloria acumulada ; mas no tanto que se le ahogue a Hispanoamérica su juventud y su promesa. Ni cabe esperar que la Madre Patria renuncie a lo esencial de su espíritu o lo deforme, ni pretender que las hijas se reduzcan a la conservación estática del patrimonio materno, por noble que sea.

De esa aceptación recíproca sí pueden esperarse muchas bienandanzas : que ambas fortalezcan lo que tienen en común —acaso lo verdaderamente « eterno »— y compensen lo que a cada cual le falta. Mediante un nuevo contacto con el alma ética de España, el pragmatismo americano se asistirá de ideales más profundos, protegiéndose así de la frivolización materialista a que ciertas circunstancias geográficas y temporales le exponen. En contacto, por su parte, con el brioso espíritu juvenil americano y con todos los elementos ideales y materiales que se le han mostrado fecundos ; consciente de su propia grandeza en la ejecutoria, pero también de aquel déficit histórico a que al principio me referí, España rebasaría mediante esa convivencia con sus propias hijas lo que aún pueda quedarle de apego a la vetustez estática y de resistencia a ciertas demandas del espíritu occidental.

Un empeño de compenetración semejante, para que sea de veras efectivo, no puede dejarse a la merced de lo puramente espontáneo ; paradójicamente, sin embargo, ha de estar animado y presidido por una valoración suma de la espontaneidad. Quiero decir que una intervención oficial intensa es indispensable, porque sólo los Estados tienen poder bastante para organizar, estimular, polarizar lo difuso, costear la onerosidad de una comunicación en gran escala ; para vencer, en fin, ciertas inercias, resistencias y aislamientos de lo privado. Pero esa actividad ha de proyectarse de tal modo que no comprometa lo espontáneo, sino que, por el contrario, lo fomente y proteja. Ante todo, importa mucho no ocultar que el éxito de la comunicación está fuertemente condicionado por la medida en que cada una de las zonas, cada una de las naciones hispánicas, acuse en el plano oficial un patente respeto a lo entrañable y genuino de sí misma, a su voluntad popular. Entre falsificaciones no es posible una relación de realidades. Y nunca se insistirá demasiado en que lo fecundo no es una mera convivencia entre gobiernos, sino entre pueblos. Por lo mismo, el esfuerzo que a ella se encamine habrá de estar libre de todo matiz propagandista que parezca dirigido a procurar anuencias de « ideología » o allegamientos de « influencia » política. Finalmente, ha de conducirse de tal modo que funcione como un doble y gran seminario, mas no como una « inseminación » deliberada de ideas y de gustos, antes incitando las energías creadoras individuales y los modos personales de pensamiento, por « heterodoxos » que puedan estimarse desde un punto de vista oficioso. Sin libertad, nada hay fecundo en la vida del espíritu.

En suma, la compenetración del mundo hispánico —preludio acaso de la gran síntesis que la humanidad anhela y a la cual yo creo que se encamina, no obstante sus demoras y discordias—, alcanzará fruición y eficacia cabales según logre conllevar una efectiva y recíproca acogida de los valores y criterios peculiares a las dos grandes vertientes del idioma, y se habrá consumado el día en que pueda hablarse de la vigencia de lo americano en España con igual interés que de lo español en América. Pues, al cabo, toda compenetración verdadera es una mutua presencia —y asistencia— de voluntades y destinos.

JORGE MAÑACH

Leyendas bolivianas : "Imantata"

POR FERNANDO DIEZ DE MEDINA

En la última época glacial, el hombre soportó violentas acometidas de la naturaleza que casi concluyeron o tal vez terminaron con el primitivo andino. Entonces « Pacha-Inti »—el Padre Sol— se negaba a iluminar el mundo, y « Jacha-Kjuno » —el Gran Viejo de Nieve— empastaba tierras y aplastaba naciones. Era en la edad oscura.

La « Chamak-Pacha » pasó. Tal vez no vuelva nunca, tal vez regrese un día... Pero la huella de sus pasos quedó impresa para siempre.

Hay días grises, hostiles que pesan fuertemente en las almas. El altiplano se reviste de glacial indiferencia. Se avanza leguas, leguas y no sucede nada. Terrible soledad. Un náufrago en el mar, no se sentiría más abandonado que el viajero perdido en la planicie. Y el viajero, aterrado, cree hallarse en el confín del mundo. ¿ Es un paisaje lunar, helado y silencioso, o una prisión de muros infinitos que hace inútil buscar la libertad porque los muros huyen con el hombre que sale a su encuentro ? Dijérase que las montañas, dioses dormidos en el sueño cósmico, son fuerzas adversas que niegan albergue en la salvaje morada de los Andes.

En uno de esos días grises, enemigos, abandonado a sus propios pensamientos, Nayjama vagaba por el rudo altiplano.

—Necesitamos también de los días agresivos, porque éstos son los que endurecen el cuerpo y levantan el espíritu.

Nayjama miraba con profunda atención como si estuviera volviendo a descubrir la meseta.

Todo quieto, inmutable. Los montes recuestan sus gibas de bisonte en lontananza : duermen. La planicie pedregosa se extiende sin término, como una mesa vacía de inalcanzables perspectivas. Casuchas y animales se neutralizan en el pardo de la tierra. El aire está inmóvil como la firme lápida del cielo. Un tremendo silencio, una total inmovilidad cayeron sobre el mundo.

A veces, el altiplano es la gigantesca representación de la idea de la muerte.

De pronto una llamarada de luz corrió por los faldíos, fueron disipándose las nubes, brilló el sol, y la meseta recuperó el aspecto de los días felices.

Allí, a lo lejos, cual diminuto islote, un caserío insinúa sus techos de paja sin relación casi con el medio. Un aguayo multicolor delata más cerca la presencia de una muchacha india, cruzando el páramo con los pies desnudos. ¿ Dónde va ? Semeja algo ajeno a la desolación geológica. Los árboles parecen guerreros en derrota : pocos y dispersos. Los caminos se abren en venas térreas, juegan con las colinas, pasan, como si también ellos fueran forasteros. Fulgura la Cordillera en lejanía : « Ritisuyu », banda

de nieve, como dijo el quéchua. Se azulan las montañas, y los tonos contrastantes del sembrío y del ganado vuelven a esmaltar la meseta.

« Imantata » : lo escondido. Hay que saber mirar para alcanzar las secretas relaciones de todo lo que guarda el altiplano.

Una llama bermeja irguió su fina silueta en la planicie.

¿ Qué tiene que ver la llama con la meseta que lo absorbe y desintegra todo ? Tendrá sentido real, vital para el aimara ; al viajero poco le dice. Es un botón estético en el yermo : y basta.

Pero el aimara piensa de otro modo. Si la tierra es la gran madre para el andino, la llama es hermana mayor, lo provee y sostiene en todo. Es medio de transporte ; proveedora de lana para sus tejidos; depósito de combustible ; su leche y su carne sirven de alimento ; se inmola como víctima propiciatoria en los ritos agrarios o en las hechicerías ancestrales ; abona y vitaliza la tierra ; y aun muerta entregará piel y huesos al amo. « Simiente de naciones » —como la llamó el poeta—, sin ella no hubiesen existido los imperios andinos, ni el Incario, ni la Colonia ; y el animal histórico compite todavía con los modernos sistemas de transporte. Este camélido de apariencia frágil y fortaleza increíble, además de sostén cotidiano, es el compañero fiel del indio, confidente mudo de júbilos y desventuras. ¿ Mudo ? ¿ Pero es que sólo se habla por palabras ? Indio y llama se contemplan largamente, hondamente, se hablan con los ojos, y en su coloquio silencioso semejan dos amigos en tren de confidencia.

Nayjama veía alejarse al dulce animal : lento, elástico, flexible. Inaudito sobreviviente de especies desaparecidas, este constructor de imperios es también un dominador de la naturaleza. Hermana mayor, amiga, sostén del nativo, es casi una persona. Y al ver la espléndida apostura de la llama, su andar rítmico y tranquilo, su inquietante altanería ; ese mecer de navío con que ondula por el plano ; recordando el brillo misterioso de sus grandes ojos oscuros, Nayjama tuvo un presentimiento inverosímil.

—Ha pasado una princesa india...

También la llama, a veces, como las casuchas, el indio, los árboles, el camino, y las sementeras moradas de la quinua, parece algo aislado, independiente del medio circundante. Hay una total desarticulación en el naufragio altiplánico : seres y cosas sueltos, inconexos, como fragmentos pequeñísimos de un ánfora despedazada que no se puede reconstituir, porque se perdió el secreto de la antigua relación que guardaban sus partes entre sí.

Pero la llama no es cosa aislada ; pertenece a una familia de aristócratas del Ande. Son los auquénidos que habitan las punas. Esa gacela de las nieves, la vicuña, que dió el vellón de su lana para finísimos mantos imperiales, y los soles negros de sus ojos para embrujo de soñadores y poetas. Las alpacas circunspectas, señoriales, que con general largueza visten guerreros y labradores ; y a veces en tropas pintorescas fingen dameros blanquinegros. Alpacas, llamas y vicuñas, forman la heráldica femenina de la meseta. Son las abejas de la tierra. Sirven y protegen, decoran y hermosean el paisaje.

Mas el guanaco, el menor de la familia, huraño, huidizo, se aparta de ella, busca alturas más empinadas, mayores soledades. Y se le ve brincar de peña en peña, ágil, desafiante, criatura del vértigo y del rayo. Y cuando el guanaco cruza como un meteoro el laberinto de los filos montañeses, flecha de luz que surge y desaparece entre sombras y relámpagos, el cazador absorto piensa :

—Es la sonrisa del abismo.

La sombra de unas alas potentes proyectándose en el suelo, hizo levantar la cabeza a Nayjama :

— ¡ El cóndor !

Cruzó veloz el ave, a gran altura, y no tardó en desaparecer, porque el pájaro totémico del ancestro ha ido a refugiarse en la Cordillera, allí donde las nieves se tocan con las nubes y rara vez se cierne sobre la meseta. Pocos son los que llegan a ver su vuelo majestuoso, planeando sobre el ganado, o la caída vertiginosa cuando los ojos rapaces lo precipitan en la aventura de la presa codiciada.

« Kuntur Mamani » : el protector de los hogares. Vigila desde las blancas lejanías, y apenas si se digna enviar como su heraldo de grandeza a un halcónido menor : el

« allkamari », mensajero agrícola, al que se tolera sus rapacerías porque es enviado del reino de los aires y está ligado a los ritos y usos agrarios. El « allkamari » es familiar al indio. Todos conocen su pico rojo, su plumaje negro, su vuelo lento y gracioso en grandes círculos concéntricos.

Muchos vieron al cóndor en las cordilleras, señor del espacio, donde no tolera intrusión. Despeña mulas, precipita viajeros al abismo, y de un solo golpe de las alas potentísimas abate al más osado. Los cazadores han visto al tropel aéreo cuando desciende a alimentarse : primero el « Mallku » —el jefe—, después el que le sigue en tamaño, y así sucesivamente. Los machos en orden de grandeza, luego las hembras, finalmente los críos. Todo en riguroso orden jerárquico y de fuerza. Y cuando el festín concluye, la tropa aérea se remonta hacia el peñon de nieve conservando precedencias. Primero siempre el jefe, todos detrás. La sociedad andina toma el concepto de autoridad de la sociedad de las aves : « Mallku-Kaphaj » —el Cóndor Poderoso— es tótem y linaje histórico a la vez. También los cazadores conocen la tremenda visión del ataque de los cóndores : ese alud de picos, de garras y de alas que hace temblar la montaña en su descenso vertical y velocísimo. ¡ Bólidos alados ! Pocos son, empero, los que divisaron al gran pájaro pasar a corta altura del altiplano. Las fuertes alas tajan el aire como cuchillas rapidísimas. Las patas y las garras encogidas como un tren de aterrizaje presto a desplegarse. Y en medio de la gola de nieve que le ciñe el cuello, se mueve la cabeza agresiva, husmeando, avizorando todo, mientras el crestón cimero finge un timón inverosímil.

Cuando el cóndor cruza el cielo, el indio siente que algo ha entrado en su alma.

¿ Pero quién ha visto al « Kuntur-Mayku », el Jefe de los Jefes ? Es el más grande de los cóndores : de talla extraordinaria, alas más potentes, garras de león, blanco el fornido pecho y el abanico de las plumas. Sólo se le puede ver una vez en la vida, porque la deidad no se repite para el hombre. Su vuelo es tan veloz que finge una centella, mas quien lo vió ya nunca olvidará esa flecha blanca que parecía atropellar los vientos...

El que ha visto, una vez, al « Kuntur-Mayku », es un hombre dichoso : vivirá muchos años, la prosperidad caerá sobre su techo, y está llamado a grandes empresas. Porque cuando el Más Grande de los Cóndores visita un corazón, ese corazón está marcado ya por el destino. Y el destino pide audacia y fortaleza condoriles para poder señorear en la meseta.

Y el « Kuntur-Mayku » habita en los nevados. La leyenda dice que un cóndor blanco se ha posado en el « Illampu », otro en el « Illimani », un tercero en el « Wayna ». Y no se sabe si los nevados son pájaros gigantes petrificados en la nieve, o sí el Cóndor Blanco es una cumbre que se puso a volar sobre montañas.

¿ Por qué estos indios se nombran todavía Condori, Mamani, Poma, Katari, como si fueran hijos del cóndor, del halcón, del puma, de la víbora ? Y el puma que merodea los bosques ¿ no fué también deidad totémica, antepasado del andino, como atestiguan la piedra y los ceramios ?

Si los símbolos animales fuesen revelados...

El puma, audaz y codicioso, es blasón de rebeldía. Astuta y peligrosa la víbora : enseña el camino más largo. El oso y el halcón entregan sus blasones de fuerza y de viveza. El cóndor une cielo y tierra en su vuelo agorafóbico, levanta y dignifica todo. Y hasta el tímido guanaco y la inocente vicuña jugaron papel preponderante en los ritos totémicos que forjaron la épica social, allá en el primitivo amanecer, cuando el hombre se identificaba con el astro y se asimilaba con el animal, porque hombre, astro y animal eran lo mismo : ascuas vivas, fuerzas concertantes del torbellino cósmico.

« Imantata » : lo escondido —piensa Nayjama— ¿ Quién rasgará el velo de la esfinge ?

Y regresa a la ciudad agitado, pensativo, como si la tierra y sus moradores le hubieran dejado acercarse al borde del misterio. Porque sólo aquel que tenga ojo de halcón y constancia de felino, podrá oficiar en el culto primitivo. Porque el Ande tiene lengua nocturna, que sólo llega al pertinaz, al que mira detrás de lo escondido.

F. DIEZ DE MEDINA

HOMENAJE A GABRIELA MISTRAL

NUESTRA América acaba de perder una de sus más nobles voces. Porque eso fué, ante todo, Gabriela Mistral : una voz heroica, encendida y cabal de América.

La conocí en México, en 1922, cuando visitó mi país por invitación que le hizo José Vasconcelos, entonces Secretario de Educación Pública. Hablé con ella, por última vez, en Venecia, en 1952, con motivo de una conferencia organizada por la Unesco. Treinta años habían mediado entre esos dos encuentros. Sin embargo, Gabriela Mistral continuaba siendo la misma, más despojada acaso y más desdeñosa aún de los éxitos transitorios ; siempre atenta a la profundidad de lo humano, conmovida y conmovedora ante el misterio del tiempo y el destino esencial del mundo.

Siento que la palabra esencial *no se insertó como quiera en el párrafo precedente. Porque Gabriela trató de ser —y lo fué— una mujer esencial. Su poesía vive de lo esencial, hasta el punto de que resulta inflexible a todo lo frívolo. Si algo declamatorio, pomposo y vano se atreviese por desventura a contaminarla, lo anularía inmediatamente, por quién sabe qué intensa y lúcida combustión.*

Mujer esencial, poesía esencial, sin compromisos triviales con lo superfluo. En alguna parte he escrito de ella que, áspero y dulce a la vez, su lirismo no conquistaba de pronto al lector, como lo hacían en nuestra juventud, más fácilmente quizá, otras musas latinoamericanas, de vocación más sensual y de sortilegios verbales más aparentes. Pero quien se esforzaba por releerla, sentía en ella una fuerza inmensa, hecha de cóleras minerales y de júbilos silvestres, apasionada como la hoja que se despliega al sol y tenaz como el musgo humilde sobre la roca. De sus Andes inolvidables tenía la majestad, el desprecio de lo mezquino —y el fuego oculto, las brasas bajo la nieve.

Los títulos de sus tres grandes libros —Desolación, Ternura, Tala— *son una confesión. Vivió siempre, en efecto, cerca de las verdades sencillas, las perdurables. Y, entre ellas, como todos los grandes líricos, en la proximidad patética de la muerte. Supo, desde muy joven, que « roto el pacto enorme, tenía que morir » y que toda existencia auténtica es un permanente adiós. « Se va de ti mi cuerpo gota a gota », afirma en una de sus revelaciones más dolorosas. Al hojear, en estos días de luto, una antología de Gabriela Mistral, me sorprende advertir cómo adivinó su tránsito por la tierra. Pienso, concretamente, en un poema suyo : « La Extranjera » :*

Y va a morirse en medio de nosotros,
en una noche en la que más padezca,
con sólo su destino por almohada,
de una muerte callada y extranjera.

Así murió, porque vivió así : « con su destino por almohada ». Extranjera, no a la pasión del linaje humano, sino a las mentiras verbales con que los hombres pretenden a veces disimular esa gran pasión. Escritora —y maestra, es decir, madre por el espíritu— tocó todos los paisajes que la rodearon como si fueran almas gemelas. En la muerte, la inmortalidad le otorga por fin su estatura justa, ya inevitable.

JAIME TORRES BODET

EN DEFENSA DE HUNGRIA

Como escritores, artistas y universitarios, como hombres de América, condenamos la brutal agresión de que ha sido víctima el pueblo de Hungría, y nos dirigimos a nuestros compañeros de Budapest martirizada para decirles que estamos con ellos. Su causa es común a cuantos defienden la dignidad humana como principio de toda justicia. Nos llena de esperanza la actitud de las juventudes que tan ejemplarmente han sellado con su sangre esta verdad. Ni el escritor, ni el artista, ni el sabio, ni el estudiante pueden cumplir su misión de ensanchar las fronteras del espíritu si sobre ellos pesa la amenaza de las fuerzas armadas, del estado gendarme que pretende dirigirlos. El trabajador intelectual no puede permanecer indiferente a la suerte de los pueblos, al derecho que tienen de expresar sus dudas y sus anhelos. América en su historia no representa sino la lucha pasada y presente de un mundo que busca en la libertad el triunfo del espíritu. Nuestro siglo no puede rebajarse de la libertad a la servidumbre. Se sirve mejor al campesino, al obrero a la mujer, al estudiante enseñándole a ser libre, porque se le respeta su dignidad. El avasallamiento de Hungría, su destrucción porque ha querido ser libre, marcan un momento simbólico en la definición de nuestro siglo. Digamos a tiempo que estamos por los que quieren ser libres, y movilicemos la opinión de América, de una vez por todas, para que se vea claro que no aceptamos ni la servidumbre de la inteligencia, ni el aniquilamiento de los pueblos libres.

Gabriela Mistral

Ofrecemos a nuestros lectores la fotocopia del documento suscrito por varios intelectuales americanos condenando la represión en Hungría. La primera firma es la de Gabriela Mistral. Fué también la última página que ella firmó.

GERMAN ARCINIEGAS

El poema inédito de Gabriela

Además, Gabriela publicó libros de versos. Pero su gran poema era ella misma, y este poema se quedará inédito. Poema, por otra parte, complicado, lleno de sutilezas y alucinaciones, que había que seguir abandonándose a la suerte misma del personaje. Ella solía recitarlo. Comenzaba por cualquier punta el relato de su vida. Hablaba con mucha calma, y subrayaba los finales con una sonrisa, que era corte fino de tristeza. Y hablaba, hablaba, hablaba, por horas, atando un episodio en otro, con un lenguaje todo de invenciones. Para cada cosa creaba, o criaba, o recreaba una palabra sacada de algún remoto recuerdo de su tierra, de su pueblo, de su madre. En el género de la prosa hablada, no he conocido otro caso con tal caudal de poesía.

Hacía el mismo relato de mil maneras distintas. La muerte de su sobrino en el Brasil fué un tema amargo y doloroso que se lo oí muchas veces, siempre con alguna diferencia. Cuando aquello ocurrió, pareció ser la tragedia final de su vida ; el dolor fué levantando la marea, creciendo, duplicándose hasta dar la impresión de que la iba a ahogar. En cuanto ocurrió la tragedia, Palmita Guillén, una de las grandes compañeras de su vida, recibió un cable en que Gabriela le decía sencillamente : Vente. Palmita, volando, cruzó el mar y en unas horas estuvo a su lado. Hubo siempre eso en Gabriela : otra alma singular que, por estar con ella, se olvidaba de todas las cosas del mundo e iba a acompañarla.

¿ Cómo murió el sobrino ? ¿ Se suicidó ? ¿ Lo mataron ? ¿ Qué significaba aquel extraño compañero que aparece la víspera, a su lado, como el cuervo de Poe ? Gabriela decía unas veces : todo fué porque era blanco y tenía los ojos azules. Otras veces : los nazis... O los comunistas... Hablaba de unas páginas terribles que dejó escritas. Quedaba, en el fondo, algo de intriga, de misterio, que ella nunca aclaraba. No estaba haciendo folletín ni melodrama. Hilaba poesía, y nada más, en un huso que bailaba silencioso dándole vueltas al poema interminable de su desolación. Desolación es una palabra que hay que repetir siempre, hablando de ella, como salió de sus labios el primer día. No importaba que el niño hubiera sido víctima de esto o de lo otro. Era el punto en donde ella había concentrado su amor, y su dolor, y el niño había tenido que dejar este mundo a la fuerza, por una puerta falsa. Sobre este mismo tema venían las variaciones. Durante diez o quince años mantuvo este relato vivo.

Y había que oírla con los oídos embrujados. Yo he tratado muchas veces de reconstruir uno solo de sus relatos, sin lograrlo nunca. La seguía con una atención que no le he dedicado al mejor conferenciante del mundo. Pero oyéndola se caía en la catarata de su brujería, y luego quedaba sólo la música de la canción sin palabras, unos grises de plata, de luna triste y llena, de terciopelos acariciantes, sensaciones que rozaban el alma.

Otras veces pintaba con una crudeza escalofriante escenas de maldad o de miseria, sin esquivar las palabras más directas. Así aquella historia del hombre que en algún lugar de España explotaba el negocio de sus llagas ; que las mantenía vivas y abiertas con espantables artificios para atraer a una clientela que subía y bajaba diariamente por las propias escaleras de la casa en donde Gabriela tenía su consulado. Ella contaba cómo había

descubierto aquella horripilante escena de un extraño mundo español, y se le veía el espanto de su propia alma que retrocedía pavorosa. Y entonces parecía subir en ella la sed de justicia, de decencia, de limpieza. Aquella sed tan suya.

Hay países que yo recuerdo
como recuerdo mis infancias.
Son países de mar o río
de pastales, de vegas y aguas...
Me han traído a un país sin río,
tierras-Agar, tierras sin agua...
Quiero volver a tierras niñas ;
llévenme a un blando país de aguas...

Sus amores con las tierras eran siempre apasionados. Llenos de querellas. Así sus Méxicos, sus Italias, sus Españas, sus propios Chiles. Los buscaba como la mariposa busca la llama. Muchas veces se quemó las alas. Y se iba y volvía, en una ansiedad viajera que, como todas sus ansiedades, estaba velada por un andar muy lento, una calma de palabras que nunca se precipitaban, y una lejanía de donde nos llegaba el gesto de sus manos como caricias remotas. Gabriela veía en las llagas del mendigo profesional un caballo corneado en una corrida de toros en que el mismo hombre hacía de toro, de caballo, de picador y de empresario, y daba la corrida en sus propias carnes. Pero ¿ y la otra España ? La España de los niños la llevaba en esa entraña maternal suya donde cabían todos los retoños de la primavera humana. Cuando vino la guerra civil, pensó en los niños vascos. Recogió sus poesías y se las regaló. Era lo único que tenía para darles.

Su Italia era la de Asís, donde el fraile conversa con los pájaros y tienen las piedras color de rosa vieja. Fué su voluntad de siempre que al morir la vistieran con sayal franciscano. Así quedó en la caja. En las manos, quietas, le colocaron un Cristo de plata. Parecía una flor. Se lo habían regalado unos niños en Chile. Un día de Italia fué a ver al Papa. A este Papa de ahora, que ella describía maravillosamente, menudito, con la carne transparente, como una hilacha humana entre su traje de purísimo blanco marfil. Para ella, Pío XII lo era todo en el fuego de sus ojos. Y hablaba de esos ojos como de dos carbones en brasa de fervor humano. Le preguntó el Papa si quería pedir por alguien. Gabriela repasó de un golpe el panorama de su mundo, es decir : su América. Se le representó nuestra América en la montaña, en las arrugas y mesetas de los Andes. Se acordó de los indios que ponen al viento sus tristezas ; de los indios ferrados en cobre que muestran al sol de los venados las caricias que les ha dejado el hielo. Entonces dijo Gabriela al Papa : Yo pido a Su Santidad por los indios. Y se abandonó a hablarle de los indios, como si ella fuera la sola mujer de América, la madre de la América olvidada. Habló muy largo, como hablaba siempre. Fué la gran confesión de su vida. Una confesión franciscana. El Papa oyó ese día, quizás por primera vez, un reclamo que no se parecía en nada al del turbulento padre Las Casas en el siglo XVI. La voz de Gabriela fluiría en la intimidad del coloquio como un eco no perdido de la quena, que llegaba peregrino al oído de Roma.

Hacía a veces cosas absurdas. Ella misma era un absurdo. Pero ese mismo no rozarse con la lógica del mundo, la armaba de una dignidad que se imponía aun para quienes no sabían nada de su vida. No conocía las monedas. Hubo largos pedazos de su existencia en que no supo nunca de dónde la venía el dinero, ni cómo se pagaba una cuenta. Dios la proveyó siempre de algún ángel guardián que se hiciera cargo de estos menesteres. Alguna vez entró en el consulado en París una desconocida. Llegó a tramitar cualquier cosa. Era persona rica, de la Francia vieja. Vió a Gabriela que trabaja en algún escritorio y sintió atracción súbita hacia ella. Se le antojó pálida, enferma. Más que todo, era esa huella de cansancio que solía colgarle de la boca. Se informó sumariamente de quién era, y, sin averiguarlo más, le regaló una casa en el sur de Francia, en las montañas, donde creyó que le sería mejor para tener un descanso. Hasta los políticos lograban impresionarse. Otra vez el presidente Alemán, en nombre de la nación mexicana, le regaló una casa en Veracruz. Chile, por ley, la hizo cónsul vitalicio.

Una vez llegó a California una chiquilla americana, de Nueva York. Era Doris

Dana. Doris lleva en el apellido un mensaje de la buena gente del norte para la gente buena del sur. Dana, el viejo, que fué el director del *Sun* de Nueva York, le tendió la mano a José Martí, y le abrió las páginas del diario para que hablara de esa Cuba libre que le hacía soñar con los ojos muy abiertos. Ahora Doris llega a California sólo para conocer a esa Gabriela Mistral, de quien quizás la único que sabe es que es una amiga de Thomas Mann. La persona que tiene a su cargo a Gabriela trata de impedirle que entre. Doris la hace a un lado, y entra. Encuentra que le están arruinando la vista, apagando los sentidos con barbitúricos. Decide quedarse ahí, con ella, y no dejarla ya para nunca en la vida. Así comienzan esos nueve años que sólo terminan ahora, materialmente, con la muerte de Gabriela. Una tarde, Gabriela le explicó a Doris algo que conviene recordar en este momento. Se lo dijo de esta manera :

Se murió el mar una noche,
de una orilla a la otra orilla ;
se arrugó, se recogió,
como manto que retiran...
El silencio era tan grande
que los pechos oprimía,
y la costa se sobraba
como la campana herida.

Cuando Gabriela escribía era porque ya no podía menos de hacerlo. La traspasaba el dolor. Todos sus libros son un largo pedirle al Padre nuestro que estás en los cielos por las cosas menudas, por los nidos, por los niños, por el árbol, por las madres. Muchas veces pedía inoportunamente, sin venir al caso. Son famosas las equivocaciones de sus discursos, cuando la invitaban para hablar de una cosa, y hablaba de otra. Hablaba, también, cuando no le tocaba hablar, y cuando le tocaba, callaba. En ocasión del segundo centenario de la Columbia University, delante de la reina madre de Inglaterra y de lo más granado del mundo, le dieron el grado de Doctor Honoris Causa. Era el día de quedarse callada, y comenzó a hablar. Cuando se celebró, hace un año, el día de los Derechos del Hombre en la O. N. U., el Secretario general le pidió que dijese unas palabras. Las llevó escritas. Estaban prontos a oírla en la gran sala de la Asamblea delegados de todo el mundo. Ya es tiempo, le dijo el Secretario invitándola a pasar a la tribuna. Gabriela le respondió simplemente : Gracias, yo no hablo. No había nada que hacer. El Secretario tuvo que pedirle el papel, y leerlo él mismo. Una noche en Chile salió la nación entera a oírla. Era ya de noche, frente a la casa de gobierno, y un mar de antorchas la saludó como si el pueblo ardiera todo de amor a la maestra de Montegrande. Gabriela equivocó el tema. Pero todo esto no cambió jamás la situación. Ella seguía siendo ese otro mundo de bondad errante, ese poema inédito que flotaba sobre la tierra, que se desprendía de su gesto cansado, de su alma consumida en candela, y en reposo. Aquella vez de Chile, vinieron luego cuarenta mil niños y le hicieron una ronda de banderas con rojos y azules y blancos y estrellas.

La última página que ella firmó fué la del manifiesto por los húngaros. Donde había una causa de justicia, allí estaba ella. A tantas cosas esquiva, para eso estaba alerta. El siglo nuestro es el de los desterrados, los peregrinos, los que van por el mundo fugitivos porque en sus patrias se asesinó a la justicia. Gabriela sintió esto mejor que nadie. *La Huella* es una estrofa desprendida y hecha letra del gran poema inédito de su vida. Para hablar con exactitud, todo lo que ella publicó no es sino la mínima parte de su romance sin palabras escritas que accedió a dejarnos. Con todo, si al menos nos dejó esa huella, ya fué bastante para seguir la pista de su alma.

Del hombre fugitivo
sólo tengo la huella,
el peso de su cuerpo
y el viento que lo lleva.
Ni señales ni nombre,
ni el país ni la aldea ;
solamente la concha
húmeda de su huella ;
solamente esta sílaba
que recogió la arena
¡ y la Tierra-Verónica
que me lo balbucea !

GERMAN ARCINIEGAS

LUIS ALBERTO SANCHEZ

Un ser y una voz inconfundibles

De lo mucho escrito acerca de Gabriela, habría que extraer lo estrictamente literario para iluminar su poesía. Si en la uruguaya Delmira Agustini, la precursora, el verso mana de la vida, en Gabriela parece producirse el proceso contrario : rayó a tanto la majestad de su estrofa, la apretó tal angustia, que se hizo imposible la alegría, y hasta la prosa vistió el cárdeno sayal con que, a pie descalzo, asciende a su cotidiano Calvario el corazón más conturbado y el ceño menos blando de los escritores del Continente.

Lucila de María Godoy Alcayaga nació de un modesto y errabundo profesor primario, llamado Jerónimo y de su esposa « Peta Alcayaga ». En el ambiente pueblerino de un lindo valle frutal, al borde del desierto, aprendió a admirar lo grandioso y lo retórico : la Biblia, Federico Mistral, Amado Nervo, Rubén Darío, d'Annunzio, Paul Fort y Vargas Vila. De la primera adquirió la majestuosa sencillez ; del segundo, el pseudónimo (aunque hay otra versión) y la casta simplicidad ; del tercero, la familiaridad con la muerte ; del cuarto la música del verso ; del sexto, la primera parte de su nombre literario y la afición al símbolo y al estilo suntuoso ; de Fort, la elocuencia ; de Vargas Vila, cierta ira sagrada y el gusto por las metáforas tajantes. Conviene recordar aquí la presencia de Rabindranath Tagore, Kempis y el Dante en este círculo de genios tutelares. Uno de los rasgos más típicos de Gabriela, su lealtad, la hará siempre montar guardia en torno de sus maestros juveniles, sin excluir a Vargas Vila.

En 1911 y 1919, Gabriela desempeñó diversos cargos docentes en provincias. Fué el 22 de diciembre de 1914, al ganar con *Los sonetos de la muerte* el primer premio de los Juegos Florales convocados por la Sociedad de Escritores y Artistas de Chile, cuando se dió a conocer el nombre literario de Lucila Godoy. No se presentó al proscenio en la ceremonia de entrega de premio y lectura de sus versos. Aunque de lejos, a partir de entonces puede considerársela en el brillante grupo chileno de « Los diez », renovador de las letras de aquel país. Durante dos años Gabriela ejerció su magisterio en Punta Arenas, la ciudad más ventosa, aislada y austral del mundo, en plena « desolación ». Estaba marcado su destino. Desde 1922, en que la llamaron a México, hasta hoy, prácticamente la vida de Gabriela se desenvuelve fuera de su patria. México, Estados Unidos, Italia, España, Portugal, Brasil, Francia, Cuba, Puerto Rico, Argentina, sus más largas residencias, consumen casi treinta años. En 1945, la Academia Sueca le otorga el Premio Nóbel de Literatura ; en 1951, el Jurado Nacional de Chile, el premio Nacional de lo mismo. Su primer libro, *Desolación*, aparece en Nueva York, en 1922 ; lo seguirán de lejos *Tala*, *Ternura*, *Nubes blancas*, *Canciones para niños*, *Lagar* y los numerosos, esporádicos y originales *Recados*. Una cosecha apasionante, que cesa mucho antes de que la dilatada muerte se llevara a la inspirada.

*

En pocos poetas asumen importancia tan esencial las palabras como en Gabriela Mistral ; importancia no sólo por lo que expresan directamente, sino por lo que, en conjunto, sugieren, evocan y relacionan. Siendo hija del modernismo, devota de Rubén y Nervo, se les emancipa lexicalmente (no en ritmo, ni a veces intención), y les contraría en color y matiz. « Muerte »,

« carne », « amor », « hijo », « niño », « Jesús » o « Cristo », « sangre », « tierra », « corazón », « hombres », « rojo », « blanco », « ceniza » : he aquí un conjunto de vocablos frecuentísimos en la primera parte de la obra de Gabriela, lo cual, si evoca a algún autor americano, sería a José Martí (faltarían entonces las palabras « hermano », « padre », « rosa », « raso », « lirio », « nácar », « seda »). En todo caso es un léxico más propio de D'Annunzio que de Federico Mistral, de Rubén que de Amado Nervo ; signo elocuente. Mientras Delmira Agustini se inunda de « azul » y « blanco », y a veces de « gris », los tonos de Gabriela son violentos : rojo, blanco, negro, cárdeno. Su pupila ignora los alquitaramientos plásticos Su oído rara vez dejará constancia de sus predilecciones musicales : es más bien una memoriosa y una táctil, una sentidora.

Este vocabulario —insistamos— dista de ser muy escogido ; en cambio la sintaxis es absolutamente propia. No por autodidacta, como se ha dicho, sino al revés, por sabia y cernidora, no le satisfacen los giros consagrados ; más bien que requiere algo diferente que, aun cuando comprenda términos usuales, los engasta en tal forma que parecen gemas distintas.

Debería descontarse siempre de la obra de Gabriela aquello de alusivo o concesión a lo inmediato, que ella se permite como licencia o debilidad. A menudo eso toma demasiado espacio y hasta importancia. Habrá que limitarse a lo claramente creador o poético : por felicidad es lo que más abunda en ella. También sería preciso atenuar la vehemencia con que la Muerte es llamada deleitosamente a capítulo, como inesquivable amiga ; no interesa subrayar el cristianismo fundamental de Gabriela, su poderosa angustia, su personal sintaxis, su ineludible necesidad de amor (madre, hijo, amigo) sin frivolidades, con « sangre » y « tierra ».

La visión de la vida y de Cristo es en Gabriela del todo hispana, no obstante ser ella tan irrevocablemente americana y reclamarse tan india. Por ejemplo :

Cristo, el de las carnes en gajos abiertas ;
Cristo, el de las venas vaciadas en ríos...
. . . . . .
Garfios, hierros, zarpas que sus carnes
[hienden
tal como se hienden quemadas gavillas !

(« Al oído del Cristo ».)

De ahí emerge no un « Cristo de Velázquez » a lo Unamuno, sino un Cristo de Greco, retorcido, como cualquier Cristo gitano, vasco o de Castilla. La afición a la letanía, el « canto llano » verseado, caracterizan a Gabriela (« Viernes santo ») ; lo veremos reaparecer en « In memoriam », donde, refiriéndose al fallecimiento de Amado Nervo, deja escapar esta queja :

No te vi nunca. No te veré. Mi Dios lo ha
[hecho.
¿ Quién te juntó las manos ? ¿ quién dió,
[rota la voz,
la oración de los muertos al borde de tu lecho ?
¿ quién te alcanzo en los ojos del estupor de
[Dios?

El último verso abre una perspectiva inesperada. Muchos otros aspectos de la poetisa han sido glosados : su cristianismo, su amor a los niños, el significado potencial de la « mujer estéril » (« la mujer que no mece un niño en el regazo... todo su corazón congoja inmensa baña ») ; el desgarramiento de *Los sonetos de la muerte ;* la difícil predilección por el eneasílabo, no siempre fiel, pues el oído falla (« Futuro », « A la virgen de la colina », « Himno al árbol », etc. y mucho de *Tala* y *Lagar*, etc.). Pero, ese « estupor de Dios » encierra algo más : la raíz humana de toda Gabriela : su ideario, su léxico. Oigámosla :

Mi madre ya tendrá diez palmos
de ceniza sobre la sien...
(« Futuro »)

Es más terco, te lo aseguro,
que tu peña, mi corazón
(« A la virgen de la colina »)

A ratos parece un pregusto de César Vallejo. Habría que insistir sobre ello. Sigamos leyendo :

Tirita el viento como un niño ;
es parecido a mi corazón
(« Plegaria por el nido »)

Por hurgar en las sepulturas
no veré ni el cielo ni el trigal.
(« Futuro »)

Terrible simplicidad profética ; voluntario desgarbo ; deliberado prosaismo, del que brota una belleza impar, tremenda y rústica, de santa más que de artista :

Tengo vergüenza de mi boca triste,
de mi voz rota y mis rodillas rudas ;
ahora que me miraste y que viniste,
me encontré pobre y me palpé desnuda...

(« El encuentro »)

Es en la abolición de la retórica donde se acendra más la poesía de Gabriela : sabia sencillez, fruto de larga tradición humana y clásica. Así, *Los sonetos de la muerte*, a que se ha de volver, por su significado y su audacia primeriza, puntean la misma cuerda simple y tierna :

Del nicho helado en que los hombres te
[pusieron
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no
[supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma
[almohada.

Hay una macabra vocación en la primera parte de la obra (« porque a ese hondor recóndito mano ninguna bajará a disputarme tu puñado de huesos »), lo cual dista absolutamente del esoterismo de Baudelaire y sus estridencias : aquí se trata de una primitiva versión del cosmos, tosca y directa. Tal un aguafuerte de Durero, o una ilustración de Holbein de las viejas *Carretas de la Muerte*. Algo descomunal, frenético, que de cuando en cuando se deslíe en melodía como « Nocturno » (el inevitable « nocturno » de todo escritor americano de 1900).

Ha venido el cansancio infinito
a clavarse en mis ojos, al fin ;
. . . . . .
el cansancio del cielo de estaño
y el cansancio del cielo de añil

(« Nocturno »)

No es necesario divagar mucho acerca del contenido conceptual de la poesía de Gabriela. Bastará oírla a ella misma en su « Decálogo del artista » (más apetencia que realidad), pero, de todos modos un indicio irreemplazable :

1. — *Amarás la belleza que es la sombra de Dios sobre el Universo.* 2. — *No hay arte ateo. Aunque no ames al Creador, lo afirmarás a su semejanza.* 3. — *No darás la Belleza como cebo para los sentidos, sino como el natural alimento del alma.* 4. — *No te será pretexto para la lujuria ni para la vanidad, sino ejercicio divino.* 5. — *No la buscarás en las ferias, ni llevarás tu obra a ellas, porque la Belleza es virgen.* 6. — *Subirá de tu corazón a tu canto y te habrá purificado a ti el primero.* 7. — *Tu belleza se llamará también misericordia, y consolará el corazón de los hombres.* 8. — *Darás tu obra como se da un hijo ; restando sangre de tu corazón.* 9. — *No te será la belleza opio adormecedor, sino vino generoso que te encienda para la acción, pues si dejas de ser hombre o mujer, dejarás de ser artista.* 10. — *De toda creación saldrás con vergüenza, porque fué inferior a tu sueño, e inferior a ese sueño maravilloso de Dios, que es la Naturaleza.*

Gabriela escribió este Decálogo a los treinta años. De su texto fluyen más bien lecciones éticas que estéticas. Para servir a las primeras, las segundas huirán de lo que pueda ser sospechoso de excesivo deleite formal. De allí los vuelos y caídas de Gabriela ; de allí su notoria falta de ironía ; de allí la contención estremecida, que marca toda su obra. Además, agreguemos que congénitamente, por despreocupación ante la forma y por encarnizado amor a lo sustantivo, se cuida poco de cumplir ciertos requisitos que a los demás preocupan ; por ejemplo, la uniformidad en el número de sílabas, o por el contrario, lanzarse a plenitud al verso libre. De allí también sus rotundas afirmaciones y negaciones, sin detenerse en los matices, salvo cuando se trata de la ternura, y en tal caso se le facilita la tarea por ser sus feligreses los niños. Poetisa monumental (nada estatuaria) ; de hierro, granito y espuma, nunca de arcilla, o de nieve o nácar ; mineral y vegetal en sus esencias, lo humano parece como su envoltura, porque ella es inmóvil. Las irregularidades de su verso reconocen su origen en aquella actitud del Decálogo : no jugar con el arte, confundirse con Dios y con « ese sueño maravilloso de Dios, que es la Naturaleza ». Apelemos a casos gráficos :

« Sol del trópico » :

Sol de los Incas, sol de los Mayas (10 sílabas)
maduro sol americano, (9 —)
sol en que mayas y quichés (9 —)
reconocieron y adoraron, (9 —)
y del que viejos aimarás... (9 —)

« Cordillera » :
¡ Cordillera de los Andes, (8 sílabas)
madre yacente y madre que anda (9 —)
que de niños nos enloquece (9 —)
y hace morir cuando nos falta ! (9 —)

Se repetirá el caso muy a menudo. Repito : no se trata de una opción por el verso libre, ni el empleo del métrico, dividido en pies. Por el número de sílabas (10 con 9, 8 con 9, 12 con 11, con 10 con 12) se trata de simples descuidos, o, ni siquiera de eso : indiferencia, mal oído, « prosaismos voluntarios », poesía.

Rubén, cierto, procedió así. Mas, observemos : en Rubén se trasluce la coquetería del maestro ganoso de parecer ajeno a su prodigiosa melodía. Gabriela suele también mofarse de las reglas : he aquí como sale del paso en un romance con rima en a-a :

Todavía yo tengo el valle,
tengo mi sed y su mirada.
Será esto la eternidad
que aún estamos como estábamos (a)
Recuerdo gestos de criaturas
y eran gestos de darme el agua

(« Beber »)

La nota (a) de la propia autora explica, al pie de la página : « Falta la rima final para algunos oídos. *En el mío, desatento y basto,* la palabra esdrújula no da rima precisa ni vaga. El salto del esdrújulo deja en el aire su cabriola como una trampa que engaña al amador del sonsonete. Este amador, persona colectiva que fué millón, disminuye a ojos vistas, y bien se puede servirlo a medias y también dejar de servirlo. » Todas las bastardillas son mías, reclamo yo ahora. Y reclamo también indicar que Gabriela no es tan ignorante como se dice acerca de las reglas de versificación, puesto que el esdrújulo en efecto pierde una sílaba, la siguiente al acento final, o sea la antepenúltima, para la cuenta de sílabas, aunque nunca deja de influir, como sonido (como rima ?) modificando la limpieza de la rima perfecta o imperfecta entre palabra grave y palabra grave, entre vocablo agudo y vocablo agudo.

A partir del libro *Tala*, a que pertenecen las anteriores trascripciones, Gabriela se muestra más sobria, menos patética y mucho más cerca de la naturaleza americana. Curiosa paisajista que pinta sin paleta, a puro sentimiento. Su evolución pudiera compararse a la del autor de *Lascas*, Salvador Díaz Mirón, por su huir de la sonoridad y su refugiarse en el acendramiento. Pero, a quien cada día se aproxima más es a José Martí, al lapidario autor de *Versos sencillos*, con quien coincide en la inclinación ética, aunque no en la genial musicalidad. ¿ No parecen los siguientes trozos arrancados de Martí ?

Amo las cosas que nunca tuve
con las otras que ya no tengo.

Pienso en el umbral donde dejé
pasos alegres que ya no llevo,
y en el umbral veo una llaga
llena de musgo y de silencio.

Un dorso, un dorso grave y dulce
remata el sueño que yo sueño.
Es el final de mi camino
y me descanso cuando llego.
Es tronco muerto o es mi padre
el vago dorso ceniciento.
Yo no pregunto, no lo turbo,
me tiendo junto, callo y duermo.

¿ Verdad que es la voz de Martí ? Y ¿ entonces, los *Recados ?* Los *Recados* de Gabriela están escritos en una prosa vital, conversada, de extraña retórica, retórica de platicante, donde las metáforas se deslizan a pie enjuto para no herir al lector periodístico a quien tamañas audacias de concepto y léxico asustarían, si no se le filtrasen como desprevenidamente, enriqueciéndole a pesar suyo. Prosa de tal jaez, ancha y asordinada, suculenta y necesaria. Sólo en Martí, en Unamuno (y aquí, en secreto, a ratos, cuando estalla, en Hugo y su hijo perdido Vargas Vila). Prosa de *deber*, no de joyería ; de implícito adoctrinamiento, de información en haz, para ser imaginada y repetida : inaprendible en recetario alguno, porque arranca de raíz poética, poesía o creación ella misma. El vocabulario de que se vale

—igual en verso— proviene del uso diario : « tordos », « percal », « azafrán », « higuerillas », « hebras », « grumos », « gajos », « huemul », « mayoral », « maíz », « fuete », « crinada », « rompedores », « tumbadores », « pastoreaba », « espejee », « tumbadoras », « desollaba », etc.

Con todo, colmada de gloria universal, no le pierde la mirada a la Muerte. No ha dejado de verla rondando vigilias y sueños. Ayer, por amor ; hoy, por ausencia : así la abandonaron, hiriéndola, sus amores : el del juvenil galán de Coquimbo, el del sobrino dilecto, en Petrópolis, el de los amigos fieles, doquiera — y Zweig uno de ellos. Su angustia, la de Gabriela, se aconcava : no ya sólo para un niño cualquiera, ni para los niños vascos en el día del desastre, sino también para los abandonados :

Recordemos su poema « La extranjera », tan hondo en ella, herida de extrañamiento :

Vivirá entre nosotros ochenta años
pero siempre será como si llega,
hablando lengua que jadea y gime
y que la entienden sólo bestezuelas.
Y va a morirse en medio de nosotros
en una noche en la que más padezca,
con sólo su destino por almohada,
de una muerte callada y extranjera.

Gabriela Mistral no ha podido, no podía, no podría tener discípulos. Tampoco los busca ni admite la angustia. No cabe en tendencias ni clasificaciones. Como todo vate, simplemente ella es un ser y una voz inconfundibles. No sigue ni comienza nada : es.

*

Ahora que releo lo anterior, con la noticia de la muerte de Gabriela al frente, cómo siento haber acertado tanto y tanto en el diagnóstico espiritual, y cómo duele la torpeza de quienes, por planos, fueron incapaces de bajar a su fecundo abismo. *De profundis clamavi. Miserere.*

LUIS ALBERTO SANCHEZ

RÓMULO GALLEGOS

Ejemplo de dignidad espiritual

No esperábamos que en esta celebración de buena suerte de Letras bien conducidas, por honrada y experta mano, a difusión de pensamiento esclarecedor y orientador, tuviésemos que añadirle al buen condimento de cordialidad de esta cena un poco de sal de lágrimas ; pero nos las trae a los ojos la noticia de que Gabriela Mistral le ha entregado al aire del mundo su último respiro.

Término sereno, como el acabar de toda grandeza que no haya sido conquista del zarpazo aventurero en que se hubiesen combinado los feos modos de la violencia con los ciegos caprichos de la fortuna, sino edificación esforzada y paciente de hermosa y sólida arquitectura espiritual, desde el alba de todos los días hasta más allá del oscurecer de todos ellos, la gran poeta de nuestro espíritu y nuestra lengua, la admirable mujer que en la apreciación de alguna obra literaria prefirió siempre mirar, a través de la eficacia del oficio manejador de palabras para talentosa

expresión de pensamientos, hacia la limpieza de espíritu y bondad de corazón que en el escritor hubiese, ha pasado ya, majestuosamente, de la transitoria vida corporal a la perennidad del ejemplo admirable. Que no es modo de muerte verdadera y completa.

Porque si no ocurre con frecuencia que toda una vida, sin horas menguadas, haya sido tenaz mantenimiento de dignidad espiritual y terco y dulce ejercicio de bondad humana, como lo ha sido la de Gabriela Mistral, cuando eso sucede, tampoco todo se lo lleva la muerte. De Gabriela quedarán sus bellas letras —el armonioso verso, la gallarda prosa— adorno en la historia de la intelectualidad americana, tesoro de la cultura universal, contra cuyo alto precio no prevalecerán ni la injusticia de la negación, ni la deslealtad del olvido. Y a quienes hemos tenido la óptima fortuna de trato y comunicación con ella nos quedará siempre el recuerdo, acariciador de memoria escrupulosa, de la presencia de densidad de corazón y de claridad de pensamiento saturado de cultura que hubo siempre en las sosegadas palabras que le oímos y de la elegancia de actitud ante la vida con que se adornó la suya y nos estimuló la nuestra. Y cómo nos deja encendida la llama del espíritu de superación y de servicio con este verso de su poema « El placer de servir », compuesto ya cerca de los umbrales de la muerte :

Qué triste sería el mundo si todo él estuviera hecho.

Yo no pretendo hacer una apología exhaustiva de todo lo que ha sido Gabriela Mistral ; pero la infortunada coincidencia de que aquí estemos reunidos gente de letras, nos reclama actitud de homenaje a la ilustre cultivadora de ellas que ya nunca más nos regalará con otras suyas, y es fuerza que el regocijo que aquí nos congregó en torno a nuestro querido y admirable don Jesús Silva Herzog, le ceda sitio a la meditación dolorosa.

Pero reconfortante, a la vez. Porque si la vida es pasar para dejar de ser, inexorablemente, lo totalmente infortunado sería que de nuestro tránsito no quedasen huellas, sombras por el camino, nada más, nosotros mismos. Profundas, profundas y finas son las señaladoras del tránsito de la personalidad vigorosa, de la delicadeza del caso humano que se ha llamado Gabriela Mistral.

Aquí está con nosotros la imperecedera. La del luminoso ejemplo de dignidad intelectual bien defendida, bien mantenida siempre, con señorío de fina calidad humana en la social convivencia y en el derecho comportamiento ante las humanas angustias. El claro pensamiento y la amable bondad en la palabra anunciadora y maestra —bien le cuadraban las que compusieron su nombre literario— y el maternal cuidado de que a las criaturas de su espíritu, sus bellas y nobles letras, no se les viese nunca en los torcidos pasadizos de las subastas del talento al servicio de las malandanzas de la violencia, la injusticia o la falsedad, donde, por cierto, siempre se vende barato aunque sea pagado con largueza. Yo apaciguo mi inquietud fundamental ante los ejercicios del talento prestado o vendido a las malas causas, al rendirle homenaje a la memoria de Gabriela Mistral.

Su patria le rindió el debido honor y a sí misma se lo tributó —laudable caso, bien poco frecuente— procurándole decorosa y sosegada existencia, y ella desempeñó, con elegancia de espíritu de selección, su misión de embajadora de la cultura chilena, dondequiera que el paso —un poco trashumante— por tiempos se le detuviera. Yo no olvidaré nunca las exquisitas horas que en su noble presencia pasé, escuchándola, en su casa de una vez en España y en la otra de aquí, en México, vieja hacienda de « El Lencero », tierno paisaje veracruzano.

Sea con nosotros la gracia de la Gabriela imperecedera, elegante ejemplo de dignidad intelectual.

ROMULO GALLEGOS

(Palabras de Rómulo Gallegos en la Cena del XV aniversario de Cuadernos Americanos.*)*

JORGE CARRERA ANDRADE

Muerte y gloria de Gabriela Mistral

CUANDO yo sea un montoncito de polvo callado, jugad conmigo, con la tierra de mis huesos —escribió un día Gabriela Mistral dirigiéndose a los niños del mundo—. Si me recoge un albañil me pondrá en un ladrillo, y quedaré clavada para siempre en un muro, y yo odio los nichos quietos. Si me hacen ladrillo de cárcel enrojeceré de vergüenza oyendo sollozar a un hombre; y si soy ladrillo de una escuela padeceré también de no poder cantar con vosotros en los amaneceres. » En esta última voluntad, expresada con lirismo tan emocionante, se resume la concepción poético-religiosa de la gran escritora chilena que acaba de cerrar los ojos para siempre en una clínica de Nueva York. Su culto por la naturaleza lindaba con un panteísmo original que no excluía la fe cirstiana y se combinaba armoniosamente con un amor maternal a todos los seres humanos, particularmente los niños.

Maestra de escuela en su juventud, en una aldea perdida en los contrafuertes de los Andes antárticos, Gabriela Mistral consagró su poesía, hasta en vísperas de su muerte, al servicio de una pedagogía de la esperanza, del amor y de la libertad. Esa poesía, vertida en las irisadas redomas de cristal de sus « Rondas » y de sus « Canciones de Cuna », como un líquido puro y balsámico, ha aplacado la sed de ternura de infinidad de corazones infantiles y maternales. A esta hora, seguramente, centenares de pequeñuelos repiten sus estrofas, con los ojos nublados de lágrimas, en las aulas y en los patios de las escuelas de la América Latina, muchas de las cuales llevan el nombre de la maestra inmortal.

Es ejemplar la historia de esta mujer que supo elevarse a las alturas del conocimiento y a las esferas de la suprema armonía, cuyos signos pueden percibir únicamente los espíritus escogidos. Nacida en el interior de Chile, en el valle de Elqui, tierra amorosamente estrechada por los brazos retorcidos de las vides, Lucila Godoy Alcayaga —descendiente de una madre de origen vasco que imprimiría en su carácter el sello de una voluntad indomeñable— sintió despertarse muy pronto la vocación poética. En las horas que le dejaba libre la escuela rural, la joven maestra leía cuantos libros llegaban de Europa y escribía unos poemas conmovedores de amor humano, cuya desnudez sin precedentes en la lírica sudamericana le obligaría a calzarlos con el coturno exótico de un pseudónimo para ofrecerlos a los ojos del mundo literario. ¿ Qué circunstancias le movieron a adoptar el extraño nombre de « Gabriela Mistral » ? Años más tarde, la maestra aldeana explicaría que sus lecturas predilectas en aquella época eran las obras del italiano Gabriel D'Annunzio y del francés Federico Mistral, y que le pareció que, al juntar indisolublemente el nombre del primero con el apellido del segundo, les rendía homenaje y se atribuía un reflejo de su gloria. Sin embargo, nada tomaría la neófita de la magnificencia danunziana ni del romanticismo rústico y pintoresco del fundador del felibrismo meridional.

Gabriela Mistral llegaba con paso grave y seguro al mundo de las letras. Nadie la aventajaba en profundidad y en señorío, dentro del ámbito de la lengua castellana. La compararon a Unamuno y a la santa avileña de « Las Moradas ». Había, en efecto, una sedienta raíz vasca y un noble afán fundador en la recatada maestra que escribió, por ese entonces, algunos de sus más inolvidables poemas, como « El Ruego », « Interrogaciones » y « Nocturno ». ¿ De dónde procedían esa voz de angustia auténtica, ese áspero lenguaje desgarrador ? Indudablemente del paisaje chileno, de la soledad peñascosa de los Andes, de la estepa antártica, del fuego solar que hace arder los

espinos resecos. Gabriela Mistral hizo allí su provisión de verdades eternas. La naturaleza le sopló al oído la gran palabra que serviría de título a su primer libro : *Desolación* La vastedad de la tierra vacía y castigada por los elementos rimaba con la infinita soledad de su alma. La mujer sin ventura, a quien la suerte le había negado las alegrías esenciales que experimentan la esposa y la madre, se acostumbró a considerar la vida como un « oficio de lágrimas » y repartió entre los seres de la creación su ternura maternal. Todo el universo parecía reprocharle su falta de cumplimiento de la ley de la vida, presentándose ante sus ojos como la imagen múltiple de la maternidad. Los ríos, los astros eran rondas de niños, los árboles se inclinaban sobre sus hijos dormidos, y la Tierra misma tenía « la actitud de una mujer con un hijo en los brazos ».

A los treinta y ocho años de edad, Gabriela Mistral viajó por primera vez a Europa con el cargo de Secretaria del Instituto de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones, que funcionaba en Ginebra. Entonces pudo residir por algún tiempo en Francia, en una casa de campo enclavada entre los árboles y las viñas de Bedarrides, en el valle de Vaucluse que le evocaba el valle natal de Elqui. Esta fué una época decisiva en la vida de la gran escritora. La dulzura de la tierra de Provenza y la majestad del río Ródano le enseñaron una lección de apaciguamiento espiritual que le serviría para enriquecer su creación poética. En varios de sus poemas aparecen evocaciones de esos días : « Oigo el Ródano —que baja y que me lleva como un padre— ciego de espuma ciega »...

Hasta ese refugio provenzal llegaron los ecos de la lucha social entablada en diversos países de Europa. Gabriela Mistral, como tantos otros escritores hispanoamericanos, tomó posición al lado del pueblo. Exaltaba el trabajo manual y le parecía ejemplar la vida de los gremios medievales, cuyo vínculo principal de unión era un sentimiento religioso de solidaridad humana. El trabajador debía aspirar a la perfección de su oficio y todos los hombres debían vivir en paz, humildemente, como una gran familia cristiana, unida y feliz. Esta utopía entretejida de lirismo no desentonaba en el cuadro luminoso y florido de Vaucluse. Se diría que la riqueza prismática del aire y el esplendor de la tierra inspiraron a Gabriela Mistral las páginas de sus « Vidas de Artesanos Franceses », breves obras maestras de la prosa más original, matizada, ágil y deslumbrante entre todas las que se han escrito y siguen escribiéndose en América. Junto a sus biografías sintéticas, deben figurar sus « Recados » —comentarios diversos en los que la autora crea un estilo neoclásico auténticamente hispanoamericano— y las « Estampas », inimitables poemas en prosa que forman un gran fresco o una tapicería de historia natural, donde están bordados primorosamente animales y plantas con los más delicados y vistosos hilos líricos. Nunca llegó a tal calidad el poema en prosa, en lengua española.

A los poemas de *Desolación* siguieron los de *Ternura* y los de *Tala*, nombre que nos recuerda que la autora es originaria de un país forestal. La poesía de esos libros denota la existencia de dos « climas » diferentes, o de dos estaciones sucesivas como el estío y el otoño : el extremo ardor y el despojamiento del árbol taciturno. Entre los Andes chilenos y los pintorescos países del Mediterráneo se desenvuelve el « acto estival » o el primer acto de la creación poética de Gabriela Mistral. Espíritu atribulado, mordido por el cilicio del dolor, se representa el mundo como un desierto, donde la única salvación consiste en poseer la austera firmeza del eremita. No hay otra vegetación en la soledad mundanal que el espino « espíritu del yermo, retorcido de angustia y sol ». Es la época en que Gabriela Mistral se complace en describir los paisajes de la Patagonia y en pintar con un color gris de ceniza la imagen de su propia vida desolada :

En el medio del llano
un árbol seco su blasfemia alarga...

Los símbolos de este tremendo estío poético, que abarca más de veinticinco años de la vida de la autora de *Tala*, son la aridez y el fuego. Gabriela viste la estameña parda y adopta la actitud de la reformadora. Predica el más alto código moral y su Dios es el « terrible y fuerte » del Antiguo Testamento. La vida reviste para ella el carácter de un destierro, de un éxodo, al

final del cual se encuentra la muerte como una recompensa. « Lleva la Biblia en su sangre —escribí entonces refiriéndome a la Gabriela Mistral de esa época— y salen de sus labios, en profusión, las viejísimas sentencias de su raza errabunda. Habla con lengua de profecía y conoce los signos que vió antaño en la zarza ardiente... Su desolación, con sabor de destierro milenario, se ha dulcificado en las viñas prometidas de Elqui y de Provenza y en los mansos jardines de Asís ; pero en el fondo de su pecho grita la sed eterna del éxodo en el desierto terrestre... » En una atormentada estrofa confesó la escritora su drama :

Hace tanto que masco tinieblas,
que la dicha no sé reaprender ;
tanto tiempo que piso las lavas
que olvidaron vellones los pies ;
tantos años que muerdo el desierto
que mi patria se llama la Sed.

Chile no fué insensible a la gloria que le daba su hija en el mundo de las letras y la designó para el cargo de Cónsul en Nápoles y luego en Madrid. Durante la guerra civil española, Gabriela Mistral acudió en ayuda de los niños vascos que emprendieron un éxodo lamentable a América. Del consulado en Madrid fué trasladada al de Lisboa, al Brasil —en donde mantuvo estrechas relaciones de amistad con el célebre biógrafo y novelista austríaco Stefan Zweig, refugiado en Petrópolis— y, otra vez, a Italia : todos estos viajes, la pérdida irreparable de su madre, el huracán de sangre que la guerra había desatado sobre el mundo, fueron transformando gradualmente el paisaje espiritual de la autora de *Desolación*. El sentimiento de la soledad infinita había cedido ante un imperativo de solidaridad con todas las criaturas. La ternura inundó su corazón como una ola balsámica y la hizo volver los ojos a su América natal. El Dios combativo y severo fué reemplazado por un « Dios de otoño, Dios sin ardor ».

En este segundo acto poético del drama de su vida, en esta doliente estación otoñal de su conciencia, Gabriela Mistral renunció a los antiguos símbolos y adoptó una actitud de resignación y de humildad. Explicó que dos ángeles la habían guiado en su camino terrenal : el de color de llama y el de color de ceniza. En su poema « La otra » cuenta la historia de su transformación y del triunfo de la dulzura sobre la sequedad :

Una en mi maté :
yo no la amaba.

Era la flor llameando
del cactus de montaña ;
era aridez y fuego ;
nunca se refrescaba.

La muerte, en esta segunda época, ya no tenía el carácter de pávida interrogación, sino de escala luminosa y final en el viaje terrestre. Como sus grandes predecesores en la poesía mística española, Gabriela Mistral medita con frecuencia en el tema de la muerte ; pero ésta ya no es un acabamiento —la descarnada, la de las « calaveras » de Quevedo—, sino la apoteosis reservada a todos los seres, la entrada en la « Luz ancha ».

Antes de pasar la frontera que se levanta entre el valle terrenal y la luz altísima, la antigua maestra rural fué reconfortada por el sol de la gloria humana : sus poemas fueron traducidos a todas las lenguas cultas y, en 1945, fué laureada con el máximo galardón literario de Occidente, el Premio Nóbel. Bibliotecas y escuelas de muchos países latinoamericanos llevan su nombre y —hecho más significativo aún— sus ideas y sus imágenes permanecen vivas en la mente del pueblo. Es como si Gabriela Mistral continuara su camino a través de los tiempos. Ya lo intuyó ella misma :

Tal vez morir sólo sea
ir con asombro marchando
entre un rumor de hojas secas
y por un parque extasiado.

Excelsa maestra, doctora y conductora, reveló en la primera mitad de nuestro siglo nuevos aspectos del espíritu de América : un amor sin sensualidad hacia los seres y las cosas, un gusto sobrio y sin ornamentos, un fervor religioso sin formulismos litúrgicos, un americanismo esencial sin concesiones a lo pintoresco y, finalmente, un sentido de solidaridad universal que abarcaba toda la vida planetaria.

JORGE CARRERA ANDRADE

GABRIELA MISTRAL (1889-1957)

INTERROGACIONES

¿ Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas ?
¿ Un cuajo entre la boca, las dos sienes vaciadas,
las lunas de los ojos albas y engrandecidas,
hacia un ancla invisible las manos orientadas ?

¿ O Tú llegas después que los hombres se han ido
y les bajas el párpado sobre el ojo cegado,
acomodas las vísceras sin dolor y sin ruido
y entrecruzas las manos sobre el pecho callado ?

El rosal que los vivos riegan sobre su huesa,
¿ no les pinta a sus rosas unas formas de heridas ?
¿ No tiene acre el olor, sombría la belleza
y las frondas menguadas de serpientes tejidas ?

Y responde, Señor : cuando se fuga el alma
por la mojada puerta de las largas heridas,
¿ entra en la zona tuya hendiendo el aire en calma
o se oye un crepitar de alas enloquecidas ?

¿ Angosto cerco lívido se aprieta en torno suyo ?
¿ El éter es un campo de monstruos florecido ?
¿ En el pavor no aciertan ni con el nombre tuyo ?
¿ O van gritando sobre tu corazón dormido ?

¿ No hay un rayo de sol que los alcance un día ?
¿ No hay agua que los lave de sus estigmas rojos?
¿ Para ellos solamente queda tu entraña fría,
sordo tu oído divo y apretados tus ojos ?

Tal el hombre asegura, por error o malicia ;
mas yo, que te he gustado como un vino, Señor,
mientras los otros siguen llamándote Justicia,
¡ no te llamaré nunca otra cosa que Amor !

Yo sé que como el hombre fué siempre zarpa dura ;
la catarata, vértigo ; aspereza, la sierra,
¡ Tú eres el vaso donde se esponjan de dulzura
los nectarios de todos los huertos de la Tierra !

Una historia de tiempos futuros

POR ARTURO BAREA

CUANDO SMILTON llegó a casa, el techo luminoso de la sala daba sólo un levísimo resplandor crepuscular; lo que en realidad iluminaba la habitación eran los reflejos de la pared del fondo, que era a la vez la pantalla del estereófono. Smilton, a pesar de su tensión interna, se detuvo por un momento en el umbral y miró, fascinado, la danza de destellos rojo, blanco y azul sobre la encendida pared.

El estereófono, con su ilusión de profundidad convertía el cuadrado de la habitación en un pasaje infinito que se extendía en el espacio, un tercio de su extensión sombra y quietud, dos tercios luz y movimiento, el todo lleno de música. May estaba en medio del quieto lago de sombra, casi oculta por el respaldo de su asiento. Sintió su presencia y volvió la cabeza hacia él. Al tomar su mano en las suyas, Smilton la encontró húmeda, palpitando de fiebre. Arrastró otro asiento junto al de ella y se reclinó en él, sin soltar sus dedos, sin atreverse a ajustar a placer los almohadones pneumáticos.

— Siempre lo mismo. No dan noticias — dijo May.

— Tarde o temprano tienen que darlas. Por fuerza. Hay demasiados rumores y... — tartamudeó un poco —, tú... tú sabes, el nuevo oficial, Frantz Hem, me llamó hace un rato al laboratorio. Quería saber donde podía encontrar a Miria.

May se sentó erecta con un respingo.

— A mí también me hizo saltar. Naturalmente, le dije que no tenía la menor idea de adónde había ido la muchacha. Y entonces me dijo, con estas mismas palabras: «Una lástima que no ha podido usted retenerla, ahora nos sería muy útil. Es la única negra que conozco que entiende el viejo bantú, y ahora podría contarme qué es lo que están diciendo esos monos sucios del Programa Negro. Han recaído en su vieja jerga y no hay quien los entienda.» Parece que el Programa Negro ha estado emitiendo escenas de motines. Frantz está desesperado. El pobre idiota no tiene instrucciones y no consigue comunicación ni con Dakar, ni con Nueva York; todo el sistema está desarticulado. Ha ocurrido lo que yo pensaba... No estés tan tensa, May. No pueden tapar la cosa para siempre y tienen que resolver inmediatamente.

— Tensa, dices. Sí, lo estoy. Para ti es mucho más fácil en el laboratorio; tienes trabajo que hacer, ves gente. Pero yo no me atrevo a ver a nadie, ni a despegar los ojos del estéreo. Y no dejo de pensar un momento, no puedo. — Con un movimiento suave, se deslizó a través de su asiento y se recostó pesadamente contra él.

— Estoy asustada Ken. ¿Crees que has tenido razón haciéndolo?

— Hemos tenido, querrás decir. — Y sintió su cuerpo ponerse rígido.

— Sí, es verdad — murmuró. — He aceptado tu punto de vista de que era lo único que debía hacerse cuando mataron al

pobre Bakuko. Pero ahora no estoy tan segura de que fué acertado — dijo elevando la voz.

— Estás nerviosa. Es lo que te pasa. Merecen una lección — dijo ligeramente, a sabiendas de que sus palabras no tenían sentido, porque su mente era exacta y honesta y era incapaz de mentirse a sí mismo. Pero May también era honesta a su manera. Ella le contestaba :

— La cosa no es tan simple como tú la pintas.

— Ya lo sé.

— Puedes creer que lo sabes, pero la realidad es que no lo entiendes, Ken. Para ti, Miria ha dejado de existir, pero está aquí, aquí, bajo mi piel. Tú nunca has sido un negro. Yo aún lo soy.

— Claro que lo eres, y bien está que lo seas. Esto — tocó su cabello castaño rojizo — y esto — tocó su hombro blanco ligeramente dorado — no eres tú. Siempre lo he sabido y nunca lo he olvidado. Precisamente por está razón pensé que hacías bien cuando me ayudaste en el laboratorio. Fué una decisión justa. Si puedo llamarla así, una decisión negra.

— Sigues sin entenderlo Ken. Yo tampoco lo entendía antes. Todo me parecía tan claro y simple. Habían matado a Bakuko porque de alguna manera que nadie podía explicar, de la noche a la mañana, se había transformado de negro en blanco, y estas cosas no podían ocurrir, ni permitirse, si eran ellos los que iban a seguir reteniendo el poder. Pero esto debíamos haberlo previsto nosotros también. No que yo te eche la culpa de nuestra ceguera. Y desde luego es verdad que a mí me matarían lo mismo que a Bakuko, si estuvieran enterados. ¿ Qué son dos negros ?... Pero, — y siguió hablando como si fueran las sombras mismas las que emitieran su voz — tú has vuelto muchos miles de negros en blancos con Biotic 209. Y los van a matar a todos, a todos. Harán nuevas leyes, usarán la fuerza, no se detendrán en nada que sirva para evitar que nosotros nos volvamos del mismo color que ellos. Ken, nos hemos equivocado.

Habían desaparecido de la pantalla las bailarinas vestidas de rojo, blanco y amarillo y en una procesión lenta desfilaban paisajes de suaves verdes al compás de una dulce melodía.

— Al fin y al cabo, Ken, hemos tenido más de cien años de paz. Hablo de nosotros, los negros. Nunca hemos tenido los mismos derechos que vosotros, pero ¿ qué importa ? Tenemos nuestras comunidades y nuestras leyes, nuestra propia belleza y alegría de vivir. Podemos aprender lo mismo que vosotros aprendéis, vivir como vosotros vivís, si así lo queremos. Si somos inteligentes podemos hasta trabajar junto con vosotros, como cuando yo era tu ayudante. Y así ¿ qué importaba que ellos en su, llamémoslo prejuicio de raza o autodefensa eugénica, decretaran que dos enamorados, blanco y negro, no podían casarse ni tener hijos ? Al fin y al cabo, ni aun convirtieron en crimen el que se acostaran juntos, ni el que se enamoraran. No hay mucha gente que precise más para ser felices. Y ¿ qué diferencia hay en que ninguno de nosotros pueda sentarse en el Consejo Intercontinental o en la dirección de una central de energía. Tampoco hay muchos blancos que lleguen a ello. Y estábamos libres de miedo, de ignorancia, de hambre, de necesidades...

— Sí, bajo condiciones, lo que significa que... no, no tiene importancia. Nunca podía imaginar, Miria, que te volvieras partidaria de las cosas como eran.

Exclamó atropelladamente : — Pero ¿ es que no te das cuenta de lo que va a pasar ? Lo que has hecho le da al Consejo Supremo la justificación perfecta para volver a esclavizar los negros en castigo de su rebelión. Si nosotros, ellos, no, quiero decir nosotros, volvemos a ser esclavos, no tienen por qué tener miedo de que un esclavo transformado en blanco pueda dominar sobre ellos. Porque mientras la separación no se haga absoluta por esclavitud, ellos mismos no pueden estar seguros de su propio color, piénsalo. No saben qué es lo que transmuta la piel, sólo saben que está ocurriendo aquí y allá.

— Eso es precisamente lo que yo quiero — dijo Ken en voz baja.

— Oh, sí, ya lo sé, hay muchos blancos, tal vez la mayoría, que odian las leyes raciales tanto como tú. Pero no harán nada por salvarnos si el Consejo decreta la separación y la esclavitud. Se sentirán impotentes e inseguros. Hasta aliviados secretamente de que

las cosas se arreglen sin que nada les pueda pasar a ellos. Después, está el lado nuestro. Los negros se defenderán. Volverán las guerras, las sucias guerras, como las del siglo XX. ¡Es tan fácil dar suelta a la bestia que llevamos dentro ! Está aquí, en nosotros, en vosotros, no sólo en los libros de Historia. Y somos más, muchos más, los hombres de color que vosotros los blancos. Hasta podría pasar que surgiera un Imperio Negro y fuerais vosotros los derrotados y los esclavos. Quiero decir, nosotros..., oh, no sé lo que quiero decir, ni lo que soy ya. Ken, ¿ no entiendes lo que hemos hecho ?

— Lo que entiendo es que deberíamos ver qué hay en el Programa Negro.

Smilton hizo girar el mando en el cuadro de control del estéreo, tan rápidamente que el revuelo de ráfagas de color y la cacofonía estridente no duró más que un instante hasta que la pared se convirtió de pronto en una amplia plaza inundada de luz, desbordante de gentes frenéticas y delirantes — negros — que formaban en procesión y de pronto se dispersaban bajo el impacto de una explosión cuya luz rebotaba en la sala. May gritó : — Están matándolos en Dakar, nos están matando, a todos, ¡ a todos !

Smilton cortó la emisión y la sala quedó en penumbra, iluminada sólo por el tenue fulgor del techo. La cara de May era una máscara ceniza de miedo, su boca abierta para otro grito. Smilton la abofeteó. Se dejó caer hacia atrás en el asiento y comenzó a sollozar.

Tras un corto intervalo, él tomo su cabeza entre las manos :

— Mírame a la cara. Te has dejado llevar de la histeria. Basta ya. May — Miria — no puedes escapar de ti misma así ; y lo sabes perfectamente.

Murmuró ella : —¿ Por qué ? ¿ Por qué tengo una mente entrenada científicamente ? Tienes razón Ken, perdóname. Pon el Programa Blanco, es hora para las noticias.

Desde el punto más distante del espacio se proyectaban hacia ellos anillos ondulantes de brillantes colores que se fundían y alineaban hasta formar un arco iris en la pantalla. El noticiario daba comienzo. Las primeras noticias, noticias de todos los días, se sucedían una a otra.

— Nada, nada — repetía May monótona. Cuando lo repetía una vez más, la visión del campo de deportes y la multitud entusiasta desaparecieron. En el silencio, sobre un fondo blanco, se erguía un hombre que parecía estar en la misma sala frente a ellos. Sin un preámbulo comenzó a leer un pliego de papel :

« El Director del Consejo Intercontinental de Salud Pública anuncia que entre las poblaciones negras de América, Africa y Europa se han producido casos de una enfermedad cutánea de tipo desconocido y al parecer infecciosa. La hospitalización de las personas afectadas se declara obligatoria. Desgraciadamente muchos casos producen la muerte del enfermo y se ha dispuesto el aislamiento más riguroso en salas especiales. En vista de algunas explosiones injustificadas de miedo, se han tomado medidas para el mantenimiento del orden público. »

El noticiario terminó aquí con una brusquedad inusitada. Smilton comenzó inmediatamente a sintonizar con el Programa Negro, esta vez con dificultad ; al fin, sobre la pared apareció una escena en blanco y negro, en dos dimensiones, fantasmagórica como las viejas emisiones de hacía siglo y medio. Volvieron a aparecer multitudes vociferadoras, gesticulantes, pero su tumulto estaba dominado por la voz de un « speaker » invisible. De vez en cuando la visión y el sonido se distorsionaban como bajo una tormenta. En sentencias truncadas, May traducía :

« ... Consejo sólo para los blancos... mentiras... epidemia... uso de eutanasia en las salas de aislamiento es asesinato... no entregarán a los de su propia raza... cientos de víctimas en el distrito negro de Jersey... hacen un llamamiento a vosotros... responsable para todo...

Se interrumpió la emisión, y la pared apareció sombría y vacía. May repitió : — ¡ Responsable para todo ! — Cuando él oyó la inflexión de su voz subir de tono, se levantó y se dirigió al conmutador de la luz. Lo hizo girar completamente y la luz blanca y fría disipó las sombras de la habitación. Era un cuarto pequeño, limpio y fresco, y por un solo momento lleno de silencio.

Ken hizo un movimiento brusco : — Esto no puede seguir así. ¿ Quieres una tableta para dormir ?

— No.

— Claro que no. Tonto de mí ofrecértela. Pero los dos necesitamos algo. Espera un momento.

Salió y volvió con dos vasos : — No me gusta recurrir a estas cosas, pero hoy puede ser una ayuda. Bébete esto, May. Nos dejará hablar y pensar sin emocionarnos.

— Pero no quiero suprimir mis emociones. Sería una mentira.

— Las emociones también mienten, y ¡ cómo ! — replicó Smilton secamente. — No hagas las cosas más difíciles de lo que son, es decir mi responsabilidad. May se quedo mirándole y dijo despacio : — No había pensado que, desde luego, tú debes de estar más cerca de estallar que yo, porque tienes que contenerte. Sí, debemos hablar. — Ella misma redujo la luz del techo hasta hacerla de nuevo crepuscular, pero un poco más fuerte que antes, menos fantasmal. Apuraron el líquido verde de los vasos y escogieron un asiento en el que cabían ambos.

— Antes de que se vayan las emociones — dijo May, y le besó.

En el sopor que comenzaba a envolverles, empezaron a hablar, sin prisa, sin miedos, como si estuvieran viendo sus propios pensamientos al través de un limpio cristal. Dijo ella :

— Dime, Ken, cuando hiciste tu primer experimento con Biotic 209 y Bakuko como conejo de Indias, ¿ lo hiciste porque tenías miedo de perderme o porque querías hacer algo nuevo, algo que nunca se había hecho ? ¿ Estabas enamorado de mí o yo no era más que una justificación para tu conciencia ? Muchas veces he pensado en ello.

— No lo sé. Yo también lo he pensado a veces. Cuando me hicieron Director de los Laboratorios del Sahara, sabía que no podía continuar teniéndote — teniendo una negra como querida. Perdería el puesto y la posibilidad de seguir mi trabajo, que era mi ilusión. Estaba furioso. Y tampoco quería perderte, sino tenerte conmigo. Odiaba intensamente el sistema que hacía todo esto imposible, pero no sabía qué hacer. Fué entonces cuando tu dijiste que mejor era romper y separarnos inmediatamente, ya que no podía convertir una negra en blanca. Esta observación tuya fué lo que me lanzó. Era un desafío. Al fin y al cabo soy el primer biólogo que hoy existe. Había cambiado los genes de plantas, el color de flores, la piel de animales. Hace ya ciento cuarenta años que otro biólogo, Muller, había transmutado moscas sometiéndolas a los rayos X y había producido albinos. Era tiempo de que alguien tratara de dar un paso más hacia adelante.

— Entonces, yo fuí el paso lógico. ¿ O lo fué el pobre Bakuko ?

— Sí, lo fuiste tú. Pero tú eras tú, y yo no quería perderte.

— Y ¿ fué por eso por lo que me cambiaste en otra persona distinta ?

— Ah, ya veo que te duele eso. Y tu resentimiento estaba detrás de tu histerismo de hace poco... Pero, si sientes así, ¿ por qué aceptaste tu transmutación tan pronto como Biotic 209 obró en Bakuko ? ¿ Fué porque querías convertirte en una blanca ? Esta idea me ha perseguido a veces.

— No lo sé. Más que nada fué por tí, pero no sólo por tí. Cuando aceptaste el nombramiento sin pena alguna, a pesar de saber que significaba nuestra separación, me sentí herida. Era una prueba de que yo no era nada para tí, sólo una muchacha negra que era buena en la cama y un buen ayudante en el laboratorio.

— Eso no es verdad, no lo ha sido nunca. No como tú lo pintas.

— Pero no puedes pretender que entonces estabas enamorado de mí. Ahora sí, ¿ no ? No, no respondas, déjame terminar, ahora nada me hiere. Ken, yo estaba enamorada de tí, pero al mismo tiempo odiaba vuestra superioridad. Así, cuando me contaste tu plan dije desde luego que sí. Quería derrotar a las mujeres blancas en su propio campo y demostrarte a tí que yo valía más que ninguna de ellas una vez que tuviera su misma pigmentación, su misma piel. Y hasta me divertí con la idea de serte infiel más tarde con un negro. Nunca tuve la tentación después, estaba demasiado absorta tratando de averiguar cuales eran tus sentimientos hacia mí, aunque nunca he llegado a averiguarlo realmente. Ken, cuando me dejaste que me mirara en el espejo, que viera mi propia carne tan cambiada bajo una piel blanca, temí que nunca más me quisieras. Después tuve la sensación de que comenzabas a amarme. Y me amas. Ken. ¿ Es porque ahora soy blanca ? Dímelo.

— Miria, antes de que despertaras de la crisis, mientras el cuarto estaba aún en la obscuridad, me pregunté yo mismo por qué había sido tan estúpido que había cambiado una muchacha negra, maravillosa, en una mujer blanca artificial. Sí, tenía miedo de que me iba a disgustar tu nuevo olor, el contacto de tu nueva piel. Abrí entonces las ventanas y tú te despertaste ; y eras tú, diferente, pero tú. Me acometió entonces el deseo hondo de poseerte, de destrozar la barrera entre nosotros. Por completo, como jamás humano lo logró. Esto fué lo que me pasó. Ya no existía la barrera de tu piel, tenía que romper las barreras de tu mente. ¿ Tú crees que es esto lo que tú siempre llamas amor ? Es una palabra muy grande ; y traicionera.

— Ken, ¿ nos recordaremos de lo que estamos diciendo ahora, cuando pase el efecto de la droga ? ¡ Quisiera que fuera así !

— Tal vez, pero lo hemos dicho y esto es bueno para nosotros ; al menos eso dicen los neurólogos. No importa. Quiero hablar ; hace mucho que no me desahogo. Te siento siempre tan remota.

— Tenía miedo.

— Miedo... Creo, en verdad, que lo que he hecho suprimirá un miedo más en el mundo. La cosa ha crecido y es mucho más importante que tú o yo o que los dos juntos. Cuando puse el Biotic 209 en el primer cargamento de conservas de fruta del Sahara de que pude disponer, no pensé en ello. Lo hice simplemente porque estaba desesperado, pensando que tu actitud extraña acabaría por descubrirte y entonces te matarían como mataron a Bakuko. Mi idea fué que los casos de transmutación debían ocurrir en todas partes ; aquí, allí, en el mundo entero, en los sitios más extraños ; que nadie pudiera pensar que las Plantaciones del Sahara tenían que ver con ello. Al menos, esto fué lo primero que pensé. También quería que tuvieras compañía ; yo te había robado de tu comunidad, de tu raza, de tus raíces. Estabas terriblemente sola en el mundo. También creo, espero, que en lo hondo de mí quería destruir las grandes barreras entre los diferentes grupos de hombres que pudieran ser y obrar como simples seres humanos. Todos.

— Los blancos harán esas barreras más altas aún, Ken. Lo que hiciste por nosotros, o por tu idealismo, si lo prefieres, conducirá sólo al terror, Ken. Tus experimentos han causado ya la muerte de cientos.

Smilton contestó con una calma desapasionada, pareja de la de ella :

— No. No creo que haya más terror ni más muertos. No pueden seguir matando. Escucha, Miria. En cuanto me dí cuenta de lo que intentaban hacer comencé a trabajar furiosamente. Un paso más allá del Biotic 209. Desde hace ya cuatro semanas, cada cargamento que sale de los almacenes del Sahara — y no olvides que proveemos al mundo entero — ha sido tratado con Biotic 210. Y a estas horas, miles y miles de negros y blancos, y blancos, ¿ oyes ? se han transmutado. Y cada día habrá más. Ser blanco o ser negro no quiere ya decir nada. Ah, sí, en el Consejo Supremo no sabrán qué hacer, pero tendrán que hacer algo. Será hoy, mañana, pasado mañana, el otroo...

Entraba en la segunda fase de los efectos de la droga, un estado de trance embriagador, en el que las visiones asaltaban su mente como batallones de nubes tratan de cubrir el sol.

— La Constitución Racial se desmorona en pedazos. Hemos estado viviendo en un mundo estancado, cuyas aguas ahora comienzan a correr. Tendremos que aprender de nuevo a vivir, a vivir con nuestro yo, el real, el que vive bajo la piel y a vivir con los otros sin las viejas barreras ; y empezar a ser...

Las palabras perdían su forma y su significado. Se levantó, se acercó a la pared de la derecha y oprimió un botón.

La pared se volvió transparente y ya no hubo más barrera visible entre los dos seres quietos en la habitación silenciosa y la llanura sin fin que fué Desierto, húmeda bajo los arqueados surtidores con cuyos diamantes de agua jugaba la luna africana, majestuosa en el cielo luminoso.

Miraban el juego de luz y sombras bajo la brisa, quietamente reclinados, muy juntos los cuerpos. Y así se hundieron en la paz del sueño.

ARTURO BAREA

SALVADOR DE MADARIAGA

COSAS Y GENTES

En mis tiempos de estudiante circulaba de boca en boca en París un gracioso epigrama que decía :

Bourget, Maupassant et Loti
Se trouvent dans toutes les gares.
On les sert avec le rôti,
Bourget, Maupassant et Loti.
De ces auteurs soyez loti
En même temps que de cigares.
Bourget, Maupassant et Loti
Se trouvent dans toutes les gares.

Andando el tiempo, sin duda me rondaba por el magín el vaivén de este *triolet*, porque se me ocurrió escribir unos versos análogos sobre tres escritores nuestros. El otro día me encontré el apunte entre unos papeles amarillentos :

Baroja, Ortega y Azorín
Se admiran triangularmente.
Ortega, espectador consciente,
Ve en Azorín un ser... afín ;
Azorín a Zalacaín
Considera estupefaciente ;
Y Baroja en Ortega siente
La alta cultura de ultra-Rin.
Baroja, Ortega y Azorín
Se admiran triangularmente.

Juegos. Meros juegos. Y con todo, a las letras pertenecen, como la espuma al mar. Enfadoso sería que todo el mar fuera espuma, pero un poco de espuma parece como que le va al mar muy bien, por serio y hondo que sea y capaz de enfadarse y hasta de ponerse trágico. Y ¿ qué diríamos de quien alegase que la espuma es un insulto que se le hace al mar ? Absurdo, ¿ verdad ? A buen seguro que el *triolet* sobre Bourget, Maupassant y Loti comienza por reconocer implícitamente en la mera selección de los tres nombres la talla de las tres figuras nacionales francesas antes de disponerlas en tríptico ; y otro tanto haré valer sobre mi *triolet* doble que coloca en triángulo a tres grandes nombres del siglo veinte hispano. Pues qué, ¿ vamos a ponernos tan serios que ni una broma nos podamos permitir unos con otros sin tirarnos con bala ?

Escribiendo sobre Baroja hace poco, en un gran diario italiano, traje a cuento su nombre junto con los de Unamuno y de Maeztu para ilustrar con un apólogo ese rasgo de la gente vasca que suelo llamar su *monoideismo*, rasgo, como casi todos los humanos, a la vez gran calidad y gran defecto. Nunca tal hiciera. Al punto, salió a la palestra un turiferario del régimen y echando mano de dos mazas, una en cada mano, se dispuso heroicamente a aplastar mi espuma.

Claro que su intención era pésima. ¿ Qué he de esperar yo de un servidor del régimen yugoespañol ? Las ideas-mazas del macero de Yugoespaña eran : que yo denigro los prestigios nacionales escribiendo « contra » ellos en el extranjero ; y que denigro a los vascos.

Mire Ud. qué casualidad : yo me había

figurado siempre que los que estaban denigrando los prestigios y aun el prestigio de España eran los yugoespañoles como este macero del régimen. Porque, en efecto, el régimen yugoespañol se funda explícita y abiertamente en que los españoles no somos capaces de gobernarnos a nosotros mismos, de modo que tenemos que ir por el mundo codeándonos tan sólo con los rusos y los chinos, los búlgaros y los rumanos, que sendos caudillos llevan por la Historia al látigo ; mientras nos miran con mal disfrazada conmiseración los pueblos libres, desde los franceses hasta los marroquíes y desde los ingleses hasta los malayos. Así pues, los yugoespañoles, es decir los españoles a gusto con el látigo, que sostienen y apoyan al régimen y ladran por defenderlo son (creía yo) los verdaderos denigradores de todo lo español, los últimos con derecho a reprocharle nada a nadie en cuanto a prestigios nacionales o prestigio nacional. Pues no, señor. El equivocado era yo. Los yugoespañoles, que (con tal de seguir arruinando a su patria para engordar ellos) no vacilan en someter a España y a los españoles a la humillación de pasar por un pueblo indigno de libertad, estos yugoespañoles, jenízaros del sultán del Pardo, se erigen en guardianes de los prestigos españoles y de la dignidad de los vascos contra un servidor, que según ellos los denigra. Baroja, enemigo del régimen, Maeztu, a quien la muerte salvó de un seguro arrepentimiento porque era noble, Unamuno, que murió de pena de haber apoyado el pronunciamiento, resultan ahora tres tabús que ningún español sin yugo puede comentar ni siquiera mentar sin que se alce en su defensa un mameluco del Jedive del Ferrol.

¡ Qué sarcasmo ! Baroja, con su fobia pintoresca contra los curas, contra todos los curas, buenos y malos ; Maeztu, con aquel su catolicismo, mera forma intelectual y probablemente pasajera de un espíritu cambiante ; Unamuno, cuyo ser religioso calaba tanto más hondo que esta ñoña gazmoñería que hoy padece Yugoespaña, convertidos en prestigios nacionales yugoespañoles. ¿ Qué dirá Monseñor Pildaín, que lanzó contra Unamuno su anatema por hereje ? ¿ Qué entenderán los yugoespañoles por « prestigios nacionales » ? ¿ Qué sabrán de eso cuando los están destruyendo sin darse cuenta de que lo hacen ?

¿ Y los vascos ? Ahora resulta que soy yo quien denigra a los vascos. A ciertos vascos si los denigraría... si no se denigrasen ellos mismos. Los Lequericas, y los Bilbaos, y los maceros del régimen y tantos otros que olvidando los verdaderos intereses del País Vasco sirven a Yugoespaña y oprimen las libertades de todos los españoles incluso la de los vascos. ¿ Qué queda de la autonomía vasca en manos de los jenízaros del Sultán de Yugoespaña ? Pero ni aun para rechazar una agresión yugoespañola estoy dispuesto a defenderme de denigrar a los vascos. Hay defensas que ofenden.

¿ Qué mejor defensa que mis actos ? Mi obligación cesa cuando he dicho lo que estimo ser la verdad, ya en serio, ya en broma, y siempre con limpia intención. ¿ Qué se quiere ? ¿ Que diga que admiro a Unamuno, a Maeztu, a Baroja ? Sobre ellos he escrito, y en paz. Y me leyeron, y lo estimaron. Y otro tanto digo de los vascos. A mis libros me atengo, que no a frases sueltas, arrancadas de su contexto y mal traducidas por impericia o mala intención.

* * *

Conocí poco a Baroja. Siempre me fué antipático, pero yo creo que es precisamente la impresión que él deseaba producir ; de modo que le seguía la corriente. Además, la antipatía suele ser mutua, y es casi seguro que estamos en paz. Pero si como hombre era poco atractivo, como novelista era fuerte.

Conocí mucho a Maeztu, el menos importante de los tres para las letras españolas ; pero aun así, original como hombre y como autor. Muy histriónico, muy dado a manejar aquel vozarrón que tenía, como un San Pablo, embistiendo a sus oyentes con la frente vasta y noble que adornaba y agitaba a la vez una mecha negra rebelde. No coincidíamos en nada, y por eso nos veíamos tanto, sobre todo en Londres cuando, allá por el 1917, preparaba Maeztu su obra *Autoridad, libertad y función*,

donde, a mi ver, inventa el fascismo. Escribía con vigor, y su más bella cualidad literaria quizá sea un don de decir cosas sustanciosas de un modo sencillo pero inolvidable. En esto me recordaba a Lincoln y a Rousseau. Lo escribí así un día en un artículo y la emoción que le causó el elogio le inspiró una hermosa carta de las muchas que he perdido gracias al glorioso movimiento.

Conocí también mucho a Unamuno Hacia 1918 comencé a publicar en la revista *España* unos « Romances de ciego » firmados con seudónimo. Unamuno, sin saber de quien eran, los recortaba, se los echaba al bolsillo y se los leía a los amigos en sus largos paseos por los alrededores de Salamanca. Me enteré, le mandé todo y me hizo un primoroso prólogo para el volumen.

Pronto tuve ocasión de devolverle el servicio. Un día, residiendo yo en Ginebra, me vino a ver uno de esos hombres originales que sólo Inglaterra parece producir. Se llamaba Crawford Flitch. Se sabía casi de memoria la obra maestra de Unamuno, *El sentimiento trágico de la vida*, que admiraba hondamente y sentía y comprendía como nadie. Me traía una traducción escrita por él en un inglés sabroso y lleno de vida, en mi sentir la mejor traducción de cualquier obra a cualquier lengua que jamás he leído. Me pedía un prólogo ; y así escribí mi ensayo sobre Unamuno que circula en inglés desde 1923 y en español desde 1924.

Nos carteábamos con frecuencia ; y estas cartas de Unamuno, escritas en aquella su escritura tan diminuta y puntiaguda y dominada por trazos diagonales, tan característica de su espíritu penetrante y tejido de contradicciones, estas cartas podrían haber contribuído al estudio de los « prestigios españoles » si el régimen yugoespañol no me las hubiera arrebatado ciega y estúpidamente, destruyéndolas sin querer y, como todo lo que hace, a tontas y a locas.

En mi ensayo sobre Unamuno decía (en 1923-24) : « Don Miguel de Unamuno es hoy la primera figura literaria de España. Baroja podrá ganarle en variedad de experiencia externa ; Azorín, en arte delicado ; Ortega y Gasset, en sutileza filosófica ; Ayala, en elegancia intelectual ; Valle-Inclán, en gracia rítmica ; y aun en vitalidad, quizá, tenga que ceder el primer lugar a ese abrumador atleta de la literatura que se llama Blasco Ibáñez. Pero Unamuno se alza sobre todos ellos por la altura de su propósito y por la seriedad y lealtad, con las que, tal Don Quijote, ha servido toda su vida a su inasequible Dulcinea. Y aún queda otra razón que explica su lugar como príncipe de las letras españolas, y es que Unamuno, por la cruz que ha querido llevar, encarna el espíritu de la España moderna. Su conflicto eterno entre la fe y la razón, entre la vida y el pensamiento, el espíritu y el intelecto, el cielo y la civilización, es el conflicto de la misma España [...] Así, Unamuno, que por sus cualidades y defectos literarios es el representante más genuino de la variedad masculina del genio español, resulta ser por su vida espiritual el símbolo viviente de su patria y de su tiempo. No puede darse medida más digna de su talla. »

Han pasado treinta y tres años y no tengo nada que quitar ni poner. Entre tanto, en las postrimerías de su vida, hice lo que pude para que se le otorgara el premio Nobel de literatura al que lo creía merecedor con preferencia a los que por entonces se eligieron ; y sobre ello crucé correspondencia con mi amigo Sandler, entonces Ministro de Estado de Suecia.

Puesto a citar, copiaré ahora aquí un párrafo de mi ensayo sobre este gran vasco que, como gran vasco, fué gran español : « El fué quien dijo que el vasco es el alcaloide del castellano. Verdad. Mas no completa. Más exacto sería decir uno de los dos alcaloides. » Porque si se analiza el carácter castellano se hallarán en él dos principios predominantes : el vasco, rico en fuerza de concentración, substancia, vigor, y el andaluz, más dotado de poder de observación, gracia, forma. Son tipos socialmente opuestos. El andaluz es un pueblo que se ha asimilado muchas civilizaciones y en el que hasta los aldeanos analfabetos poseen cierta educación innata. El vasco es un pueblo primitivo, de montañeses y pescadores, en el que hasta los literatos tienen cierta rudeza aldeana que recuerda la de los buenos *tweeds* escoceses. La mezcla

de estos dos elementos, la fuerza del Norte con la gracia del Sur, da al castellano su admirable equilibrio y explica la grácil virilidad de hombres como Fray Luis de León y la fuerza femenina de mujeres como Isabel la Católica o Santa Teresa. Será, pues, lógico esperar en hombre tan representativo como D. Miguel de Unamuno los rasgos más serios y substanciales del espíritu castellano. »

« Y, ante todo, el rasgo fundamental, la concentración de toda su alma en el misterio del destino del hombre. Su actitud a este respecto es netamente castellana, más que castellana, vasca. Hay algo de la austera firmeza de Loyola en su sentimiento trágico de la vida, sentimiento sobre el cual no admite chanza, ligereza ni subterfugio. Heredero de aquellos grandes santos españoles que consagraron su vida a la exploración de los reinos de la fe, es más humano que ellos porque ha perdido el fondo firme en que aquéllos tenían su ancla segura. Y sin embargo, solo en el mundo moderno, se niega a dejarse distraer la tarea esencial del cristiano, la salvación de su alma, que, en su interpretación, significa la conquista de la inmortalidad, de su propia inmortalidad. »

Tampoco aquí hay nada que cambiar. Pero ya que el azar (que azar ciego y no otra cosa es el ataque de un jenízaro yugo-español) me induce a reunir estos tres nombres, Baroja, Maeztu, Unamuno, no resistiré a la tentación de apuntar otra de esas contradicciones o paradojas que tanto abundan cuando de españoles se trata, y sobre todo de vascos. Ya dije que Maeztu tenía un temperamento fuertemente histriónico. Pero el caso es que Baroja, y hasta Unamuno, también solían dar a veces la impresión de estar en escena y de hablar y actuar para la galería : las « cosas » de Don Pío, la indumentaria de Unamuno... Ahora bien, Baroja y Unamuno eran de una sinceridad a toda prueba ; Maeztu, aun siendo hombre noble y recto, era algo actor. Pero en su fondo insobornable eran tres caballeros españoles, tres vascos. Y los vascos son la gente menos dada en toda España a representar comedias. Si hay algo característico del vasco es su seriedad, su buena ley. La paradoja está no sólo en que estos tres vascos cedían a veces a la tentación de la escena, cosa que se diría antagónica a la seriedad vasca, sino en que llevaban dentro de sí mismos esta seriedad antihistriónica de su gente, porque eran tres caballeros de verdad y de la Verdad.

SALVADOR DE MADARIAGA

Sobre la poesía brasileña(*)

POR FEDERICO DE ONIS

La poesía del Brasil — que aparece junta con la de la América española en esta antología — debería en rigor formar un volumen aparte por estar escrita en otra lengua y ser expresión del espíritu de un pueblo que dentro de la familia ibérica se diferencia profundamente del conjunto de los países americanos que hablan español. Esta diferencia está ya en la raíz originaria de esas dos lenguas y culturas, que se encuentra en las dos naciones, Portugal y España, en que se dividió la unidad antigua, romana, visigótica y árabe de la Península. Un pequeño pueblo, Castilla, que por ser diferente se desgajó en el siglo x del Este del reino de León, fué el foco originario de la lengua y la nacionalidad españolas y de su expansión en América ; otro pequeño pueblo, Portugal, que por ser diferente se desgajó en el siglo XII del Oeste del reino de Castilla, fué el foco originario de la lengua y la nacionalidad portuguesas y de su expansión en el Brasil. La historia del desarrollo prodigioso de esos dos focos medievales muestra, a través de tantos cambios, la perpetuación de los rasgos diferenciales, que han separado siempre a Portugal de España y al Brasil de la América española.

Desde sus principios medievales la literatura portuguesa se señaló por el predominio de la poesía lírica, que se impone entonces a Castilla, madre, en cambio, de la poesía épica de los cantares de gesta y los romances. Este rasgo continúa en el Renacimiento con Gil Vicente, Bernardim Ribeiro y Camoens, que hacen de la lírica la cumbre de la literatura portuguesa, mientras que la castellana culmina en la novela y el drama. Al resurgir la literatura portuguesa en el siglo XIX vuelve a ser la poesía lírica con João de Deus, Antero de Quental, Guerra Junqueiro, Eugenio de Castro y Antonio Nobre el género predominante, aunque hubiera grandes novelistas, como en España hubo grandes poetas a pesar del predominio de la novela, que de Galdós a Baroja es la cumbre de la literatura de la época.

En el Brasil sigue siendo la literatura desde su nacimiento hasta hoy predominantemente lírica, a pesar de que sus mayores autores sean Machado de Assis y Euclides da Cunha y del valor de otros novelistas, historiadores y escritores políticos. En la América española, dijimos, había también un predominio de la poesía sobre los demás géneros en comparación con España ; pero allí este hecho venía de las condiciones de la nueva sociedad americana, mientras que en el Brasil nacía del carácter mismo de la literatura de su lengua. Fuera de este hecho, tampoco hay sincronismo entre la literatura del Brasil y la de Portugal, ni entre la del Brasil y la de la América española, a pesar de la comunidad de las nuevas condiciones americanas. Hay, sin duda, modos de coinci-

(*) La primera parte de este estudio fué publicada en nuestro número 21, con el título « La poesía hispanoamericana » (N. de la R.).

dencia en el desarrollo paralelo de las culturas europeas—portuguesa, española o inglesa—transplantadas a América, pero hay también divergencias nacidas de las diferencias de esas culturas en su origen y en el sistema de su expansión colonial. Para entender lo peculiar de la literatura brasileña al través de esas semejanzas y diferencias nos ayudará compararla con la hispanoamericana, cosa impuesta en este momento al presentar la poesía del Brasil junta con la poesía de la América española. En rigor, se han desarrollado de hecho en el mismo continente separadas, a pesar de los contactos y relaciones que siempre ha habido entre los pueblos hispanoamericanos y el Brasil.

La primera diferencia es la pobreza de la poesía colonial del Brasil en contraste con la riqueza de la de México y el Perú. Esto es resultado, sin duda, de la diferencia entre el sistema colonial portugués y el español. Portugal, país navegante, concentró su interés en el imperio comercial de Africa y Asia, y se desentendió del Brasil, cuya significación no vió ni siquiera Camoens. Castilla, en cambio, país guerrero y poblador, se vertió íntegra con su unidad política, religiosa y popular en su imperio americano, e inmediatamente surgieron en él nuevas Españas. A la América española la hizo España sobre los grandes imperios indios. Al Brasil lo hicieron los brasileños en un proceso lento de integración de los elementos populares portugueses con indios primitivos y negros esclavos, en una tierra inabarcable, cuyos límites descubrieron en el siglo XVI los jesuítas y después los bandeirantes en empresas ajenas al estado portugués, que duraron tres siglos. El mismo estado portugués entretanto se desvaneció con el rey Don Sebastián y el dominio de España, hasta que resurgió con fuerza nueva en el siglo XVIII. Por eso no hubo en el Brasil aquel florecimiento literario que inmediatamente después de la conquista produce en el Perú y en México, no sólo la gran literatura de Indias escrita por los españoles, sino la de sus hijos criollos, que pudieron ser, como Garcilaso Inca y Juan Ruiz de Alarcón, clásicos del Siglo de Oro en España.

La literatura brasileña del siglo XVI está representada casi exclusivamente por una gran figura, el jesuíta Jose de Anchieta (1533-1597), español de ascendencia vasca por su apellido, nacido en Canarias, que vivió en el Brasil desde los diecinueve años y fué, con otros de la misma Compañía, el fundador de la cultura brasileña. La labor religiosa y educativa de toda su vida se dirigió por igual a la población india y a la naciente sociedad portuguesa, y usó como uno de sus instrumentos la literatura. Aparte de sus cartas e informaciones, donde describe los hechos y cosas innumerables de la tierra (como hicieron algunos otros), escribió obras poéticas en portugués, español, latín y tupí, lengua esta última de la que escribió una gramática y a la que tradujó el catecismo. Hace en esto lo mismo que hicieron tantos otros misioneros españoles. Pero su poesía, que no se sabe si es totalmente suya o resultado de la colaboración anónima de otros padres de la Compañía, tiene aliento y encanto portugués y procede de la buena época de la primera parte del siglo XVI. Son autos para ser representados en fiestas religiosas y canciones en loor de la Virgen y otros santos, en versos cortos tradicionales con sabor popular, en los que con gran sencillez se mezcla un lirismo auténtico con la enseñanza de los dogmas. El resultado tiene carácter muy portugués y, sin embargo, es original, y en todo caso muy aparte de las tendencias que dominaban en la América española en la misma época, aun en la literatura de intención religiosa.

En la América española hay toda una serie de poemas épicos en los siglos XVI y XVII, que descienden de *La Araucana* de Ercilla. En el Brasil la influencia de *Os Lusiadas* de Camoens va a empezar mucho más tarde en el poema *Prosopopea* de Benito Texeira Pinto, publicado en 1601, de escaso valor, y sólo llegará a tener eficacia poética en los poemas neoclásicos de fines del siglo XVIII. En el siglo XVII descuella un solo poeta, Gregorio de Matos (1633-1696), que históricamente significa el momento único de correspondencia esencial entre la poesía brasileña y la hispanoamericana. Y, sin embargo, este autor no es por eso menos original ni menos brasileño. La influencia española, dominante en Por-

FEDERICO DE ONIS

(Visto por el cubano David)

tugal, donde se formó, le hace semejante a sus contemporáneos en España y en América. Su parecido con Juan del Valle Caviedes, que escribía en el Perú, viene de que ambos proceden de Quevedo y de él reciben las mismas formas y espíritu satírico, generales en su tiempo al lado de la otra influencia de Góngora. Pero si la sátira de Caviedes nos da la pintura de la sociedad de Lima, la de Matos, aquella « boca de infierno que no sabía callarse », nos da la primera pintura de la sociedad brasileña colonial. Y al lado de su sátira desenfadada y procaz, que abarca por igual a portugueses, negros e indios, están sus sonetos religiosos de confesión y arrepentimiento, que vienen de Lope de Vega. Aunque ya en su tiempo se le llamara « pirata del verso ajeno », alienta en su vida y en su obra una personalidad propia auténticamente portuguesa y brasileña en mayor grado que ningún otro poeta brasileño de su tiempo.

La literatura colonial brasileña llega a su auge en sus postrimerías, a fines del siglo XVIII, cuando el movimiento neoclásico de la poesía arcádica une e iguala más que nunca antes y después la poesía del Brasil con la de la metrópoli. Y, sin embargo, esta poesía aristocrática y artificial contiene los gérmenes de la independencia nacional y literaria. La influencia de Camoens produce tardíamente los grandes poemas *Uraguai* (1769) de Basilio da Gama (1741-1795), y *Caramurú* (1781), de Santa Rita Durão (1720 ?-1784), que por descubrir los temas nativos, indios y de historia nacional resultan ser, a pesar de su clasicismo, precursores del romanticismo. Lo son asimismo algunos de los poetas líricos, entre ellos el más grande de todos, Tomás Antonio Gonzaga (1744-1810), primera voz lírica del Brasil que suena en la poesía general portuguesa como una de las mayores de toda su historia. En su *Marilia de Dirceu*, bajo los nombres arcádicos hay un amor real, dulce y doloroso, y un sentimiento de la naturaleza que contiene toques brasileños. No es extraño que todos estos poetas pertenezcan a un grupo de Minas-Gerais, y que algunos, entre ellos Gonzaga, tomaran parte en el intento de revolución por la Independencia conocido con el nombre de « Inconfidencia Mineira », que les costó la vida o el destierro. Pero aquí hay que recordar que en el Brasil, a diferencia de la América española, no llegó a haber guerra de Independencia, y por eso la poesía neoclásica, en cuyo seno se anunciaba, no llegó a desembocar en el modo de poesía que representan allí Olmedo, Bello y Heredia.

En cambio florece con más fuerza y carácter nacional el romanticismo, que después de los intentos deliberados de su introducción desde Europa por José Bonifacio, Gonçalves de Magalhães y Manuel de Araujo Porto-Alegre encarna en el primer gran poeta del Brasil independiente, Gonçalves Días (1823-1864). Para los más sigue siendo el poeta nacional por excelencia, aunque en el gran desarrollo de la poesía posterior haya habido poetas a quienes se ha querido otorgar la primacía. Gonçalves Días creó su poesía nacional, no por rompimiento con la tradición, que continúa en él, sino por ensanchamiento de su base y sencillez en sus resultados. Hijo de portugués y de india, lleva en sí las dos razas y quizá las tres del Brasil, y es fiel a ellas. No rompe con

Portugal, donde estudia en Coimbra, como los poetas anteriores desde Gregorio de Matos. Su poesía recibe la influencia de los poetas portugueses, que le elogian, como hizo Herculano, y le animan a continuar escribiendo más de sus poesías americanas. Su indianismo es heredado del que había en los poetas neoclásicos ; su estudio de la lengua tupí es continuación del de Anchieta; pero todo ello ha sido ensanchado, porque absorbió el romanticismo en las varias literaturas europeas, y al mismo tiempo simplificado, al hacerlo americano y brasileño y darle expresión sencilla y personal. Dentro de su sencillez es poeta vario y completo y en el caben todos los temas del nacionalismo y el subjetivismo románticos : la patria brasileña sentida en la naturaleza, la religión, el pueblo, la raza, todo ello idealización de una base real transfigurada en aspiración poética y envuelta en el sentimiento individual de insatisfacción romántica y tristeza brasileña. No es posible por su extensión incluir en esta antología sus poemas indianistas, que son al mismo tiempo los más discutidos y los más apreciados de su obra poética.

El romanticismo fué fecundo y duradero; en rigor no ha desaparecido nunca y perdura latente en las transformaciones posteriores de la poesía brasileña. Produjo un número grande de poetas de personalidad original, que no pueden ser incluídos todos en los límites de esta antología. Entre los que siguen inmediatamente a Gonçalves Días hay dos que se destacan por algún aspecto particular que les da carácter y valor permanente. Los dos murieron jóvenes, de veintiún años, rasgo común a muchos poetas brasileños. No se podría decir si la tuberculosis de que murieron fué causa o efecto de otro mal más hondo que sufrieron desde el nacer : el disgusto por la vida y la complacencia en la muerte. Alvares de Azevedo (1831-1852) es el poeta que con mayor intensidad expresa el lado romántico de la insatisfacción amarga e irónica aprendida en los poetas ingleses y franceses y vivida en su alma juvenil entre ansias de amor desesperado y familiaridad con la idea de la muerte. Casimiro de Abreu (1839-1860) es el poeta que con mayor sencillez expresa otro sentimiento también dominante en la poesía brasileña, el de la nostalgia o saudade de la infancia y la vida familiar. Un poco después otro poeta, Fagundes Varela (1841-1876), renueva de manera más varia y dramática los temas brasileños de la naturaleza, la familia, el dolor y la muerte.

La última fase del romanticismo es la de los poetas llamados « condoreiros », entre los que descuella uno de los más grandes del Brasil, Castro Alves (1847-1871), también poeta joven, que murió a los veinticuatro años. Los temas brasileños —la raza, la historia, la naturaleza, el amor y la muerte— adquieren en él combatividad política y grandeza declamatoria, bajo la influencia de Víctor Hugo, que llega al Brasil antes que a la América española. Es el poeta brasileño blanco que tiene por primera vez conciencia de la significación nacional y humana de la raza negra en su país y alcanza sus mayores triunfos y su valor permanente con las poesías en que canta a los esclavos y defiende la abolición y la república.

La reacción contra el romanticismo fué tardía y vino por influencias francesas. Se llamo « realismo » y se llamó « parnasianismo ». La primera denominación quedó después para la novela, seguida del « naturalismo ». Entre el romanticismo y el realismo, superándolos a los dos, está el más grande de los autores brasileños, el novelista Machado de Assis (1839-1908), que también fué en su poesía ejemplo de esa transición. Pero su mayor originalidad poética se encuentra en su prosa. « Parnasianismo », que toma su nombre y en parte su origen del « Parnaso » francés, quedó después para la poesía como denominación no tanto de una escuela como de una larga época, que tiene carácter muy particular en la literatura brasileña y la hace muy diferente de la poesía hispanoamericana, que se desarrolló bajo las mismas influencias. La del Parnaso francés empezó antes en el Brasil y vino como reacción contra la influencia, también anterior, de Víctor Hugo. Esta innovación antirromántica, que produce en el Brasil grandes poetas originales como Alberto de Oliveira (1859-1937), Raimundo Correia (1860-1911), Olavo Bilac (1865-1918)

y Vicente de Carvalho (1866-1924), fué en el fondo un movimiento conservador, que bajo una nueva capa formal guardaba el romanticismo atenuado de sus excesos y retornaba al clasicismo y la influencia portuguesa. Introdujo algunas formas nuevas como el alejandrino, pero, en general, trajo el imperio casi exclusivo del soneto endecasílabo, con afán de perfección. No hay identidad entre estos poetas, a pesar de la preocupación por la forma, que llega a ser académica : dentro de ella expresa cada uno su temperamento personal y por eso crean algunas de las obras maestras de la poesía brasileña.

En medio de este movimiento parnasiano, dominante hasta el advenimiento de la revolución llamada Modernismo hacia 1920, hubo intentos de introducción de la poesía francesa del simbolismo, que produjeron algunos poetas notables, pero no lograron acabar con el parnasianismo. Aunque en el cuadro de la poesía del Brasil existan las varias escuelas sucesivas de la poesía francesa, de modo que parecería ser un reflejo de ésta, en realidad la evolución y los resultados de estas influencias en el Brasil son muy distintos, como hicimos notar respecto a la poesía hispanoamericana, a la vez distinta de la francesa y la brasileña. En Francia se suceden las escuelas, mientras que en América conviven : en el Brasil, en guerra, representadas por diferentes poetas enemigos e incompatibles ; en Hispanoamérica, armonizadas en la obra de los mismos poetas. Este fenómeno extraordinario de armonía y síntesis de escuelas sucesivas en Europa es el que define el Modernismo hispanoamericano de 1882 a 1905, con Rubén Darío como figura central, movimiento capital en las letras de lengua española, que no tiene equivalente en el Brasil. Aquí estaban todos los elementos de la síntesis antes que en Hispanoamérica y más perfectamente asimilados ; existe tambien la independencia involuntaria de los modelos franceses en la originalidad de los poetas brasileños y en la fusión de escuelas, romanticismo y parnasianismo en unos, parnasianismo y simbolismo en otros ; pero no hay la síntesis total de las escuelas, como señalamos en la poesía hispanoamericana. En este momento decisivo estuvieron de espaldas la poesía brasileña y la hispanoamericana, y por eso lo que en el Brasil se llamó Modernismo viene hacia 1920, como una revolución contra todo lo anterior, cuando el llamado Modernismo hispanoamericano había terminado hacía tiempo y había evolucionado hacia las nuevas tendencias del siglo XX.

El simbolismo brasileño encarna en el gran poeta negro Cruz e Sousa (1861-1898), que desde su adolescencia hasta 1893, fecha de sus primeros libros en prosa y verso, llega a través de sus múltiples lecturas a encontrar en Poe, Baudelaire y los simbolistas franceses el camino para la expresión de su alma dolorida por el ansia de belleza, sinceridad y liberación. Nuevas notas añade en su obra más amplia otro gran poeta simbolista, Alphonsus de Guimaraens (1870-1921), como Verlaine católico cantor del amor y de la muerte. Y a ellos habría que añadir un poeta posterior, Augusto dos Anjos (1884-1914), personalísimo cantor en su libro *Eu* (1912) del yo y su disolución desde el polo opuesto de la liturgia materialista y científica. Estos poetas, con otros menores, como Mario Pederneiras y Olegario Mariano, son los que independientemente de él se acercan más a lo que fué el modernismo hispanoamericano.

El modernismo brasileño, completamente distinto cronológica y estéticamente del hispanoamericano, es en cierto modo una derivación de estos poetas simbolistas, que nunca fueron aceptados por el parnasianismo dominante, que había llegado a ser académico. Pero la revolución contra la Academia y el pasado, que va desde la celebración en São Paulo en 1922 de la « Semana de Arte Moderna » hasta el discurso pronunciado en 1924 por Graça Aranha ante la Academia, llevaba dentro de sí todas las nuevas tendencias que habían surgido en Europa después del simbolismo de fines del siglo, como reacción contra él en la apariencia, y en rigor de verdad como su continuación, y desarrollo ulterior. Corresponde este movimiento brasileño a lo que en Hispanoamérica llamamos ultramodernismo ; pero en el Brasil tuvo un carácter más marcadamente nacional y un sentido de renovación, libertad e independencia, que, con otro contenido y dirección, lo hacen equivalente al moder-

nismo hispanoamericano en cuanto significó ruptura con el pasado y creación de una nueva literatura independiente. Fué, como él, una revolución triunfante, no sólo en la poesía, la literatura y las artes, sino en todos los aspectos de la cultura, que abrió una época nueva, la actual, que, a través de las negaciones y estridencias del principio, imitadas de todos los ismos europeos, llega a ser la más brasileña y la más universal al mismo tiempo.

La revolución modernista arrastró a todos los poetas y así vinieron a confluir en ella los que escribían antes y los que aparecieron después. Entre los primeros descuella Manuel Bandeira, nacido en 1886, figura central y separada, en cuya obra desde 1917 hasta hoy puede verse con valor siempre personal la evolución de la poesía brasileña. Otros de los más grandes poetas del modernismo arrancan de la poesía anterior y su obra muestra una evolución que habría que estudiar individualmente. Pero el jefe de aquel movimiento, a la vez destructor y creador, fue Mario de Andrade (1893-1945), el folklorista de Sao Paulo que con su libro de poemas *Paulicea desvairada* (1922) inicia violentamente su dinámica labor de ensayista, novelista, poeta y propagandista conducente a buscar las raíces hondas del Brasil bajo las ruinas de las formas superpuestas en el pasado. En su obra se encuentran reunidas no sólo las negaciones, sino las afirmaciones de la nueva época, en lo que tienen de común y de posibilidad de diferenciación. En una palabra, diremos que lo común era, en la expresión, la ruptura de la forma, que se tradujo en la adopción del verso libre, las palabras prosaicas y la lengua viva brasileña, y, en el fondo, la busca de lo brasileño auténtico en la vida cotidiana, en lo nativo y popular, y la expresión desnuda, libre y a menudo irónica del sentimiento individual. De esta actitud surgieron naturalmente las diferencias regionales en cuanto a lo popular y las diferencias de temperamento en lo individual, y a esto debe la poesía brasileña contemporánea su riqueza y variedad. El regionalismo paulista se enriquece con los otros del Brasil grande y diverso, sin que falte la visión de la unidad brasileña, y en algunos, como Jorge de Lima, la de la América ibérica, y, como Roland de Carvalho, la de la América total. Jorge de Lima (1895-1953), otro gran poeta, que, como Manuel Bandeira, representa toda la amplitud de la poesía brasileña moderna, trae el regionalismo del nordeste con la incorporación de la raza negra a su poesía folklórica, que corresponde en el Brasil con carácter propio a la poesía negra de las Antillas y los Estados Unidos, y trae además otra de las corrientes más características de la nueva poesía brasileña: la del espiritualismo católico, la que su más puro representante, Murilo Mendes (nacido en 1901) ha llamado « poesía en Cristo ».

Con él entramos en el momento estrictamente contemporáneo, el de los poetas vivos nacidos en este siglo, para el cual se nos impone, como para Hispanoamérica, si no un criterio de exclusión, el de limitación rigurosa a aquellos poetas cuya obra ha llegado ya a completa madurez y pertenecen en mayor medida al pasado que al futuro. Esta limitación cronológica nos obliga a dejar fuera muchos poetas jóvenes de indudable valor, como la limitación de espacio nos ha obligado a dejar fuera otros igualmente valiosos del pasado. La poesía contemporánea, dentro de estos límites, está representada por tres poetas, muy distintos entre sí : Cecilia Meireles, la más alta poetisa del Brasil ; Carlos Drummond de Andrade, el más fuerte poeta de las inquietudes del mundo actual, y Augusto Frederico Schmidt, más joven, el ensimismado renovador de los temas eternos : Dios, el mar y la muerte. Los tres, cada uno a su modo, son poetas puros que llevan el sobrerrealismo a sus últimas consecuencias por superación o por reacción, llegando a un equilibrio que los coloca ya fuera del modernismo. Pero, a pesar de sus enlaces con la poesía universal, vuelve a sonar en ellos con nueva intensidad el tono brasileño inequívoco de siempre, que está en las palabras intraducibles de su lengua y en la intimidad de los sentimientos, que nunca dejan de estar presentes como un fermento definitivo a través de toda la historia de la poesía brasileña, que tan someramente hemos tenido que esbozar.

FEDERICO DE ONIS

La conciencia nacional húngara

POR PAUL IGNOTUS

Los acontecimientos del año último —en particular los que precedieron y coronaron nuestra revolución— han dado por resultado la realización de una casi idílica unidad entre las diversas clases sociales de Hungría. Es cierto que el marxista, o el que cree serlo, admite difícilmente este hecho. ¿ Cuál es, pues, se pregunta, este capítulo de la historia, que no pertenece a la « historia de la lucha de clases »?

Mi intención no es estudiar hasta qué punto la famosa fórmula del *Manifiesto Comunista* queda justificada o no por los acontecimientos de los últimos decenios. Sencillamente, para evitar todo equívoco, deseo hacer observar que ni el autor de estas líneas ni ninguno de sus colegas —sea comunista o no— que pasan por haber participado en la preparación de la revolución nacional húngara, ha puesto en duda el hecho mismo de la lucha de clases ni su importancia en la transformación de la historia. Nosotros sabemos que los soviets se dividen en clases, lo mismo si se trata de las sociedades llamadas sin clases, al Este de la cortina de hierro, como de las sociedades capitalistas o feudales. Sabemos también que en estas clases existen divergencias y, por lo tanto, forzosamente, luchas. Sin embargo, a falta de otras fuentes, los manuales escolares redactados según el modelo soviético o inspirados por los rusos, se han encargado de enseñarnos que estas contradicciones pueden desaparecer y que la lucha puede cesar cuando el interés bien entendido de un país, y aun el de la humanidad, lo exija imperiosamente.

Durante doce años se ha enseñado a nuestra juventud que únicamente los pequeños burgueses sentimentales, o los anarquistas, podían considerar igualmente malas todas las guerras, pues al lado de las guerras injustas, hay las guerras justas, las guerras gloriosas, hasta entre las que tienen un carácter francamente nacional. Así, pues, la primera gran guerra patriótica de la nación rusa, en 1812, era una guerra justa y gloriosa. Carece de importancia que los invasores franceses representaran una ideología más avanzada y una sociedad más moderna que las del país invadido ; importa poco que éste — defendido por aristócratas, comerciantes y « mujiks » — sufriese los contrastes de clases más brutales y más anticuados en el aspecto jurídico y en el aspecto práctico. Todo esto desaparece ante el hecho de que los rusos querían continuar siendo rusos en su país, en el que una gran potencia extranjera, impulsada por un espíritu de conquista y una voluntad de explotación, se negaba a dejarles disfrutar en paz de su vida de rusos. Esta es, por lo menos, la argumentación con que la propaganda oficial se esforzaba por ganar a la juventud húngara de todas las clases, y por hacerla vibrar de entusiasmo para

la defensa de la patria rusa. Pero sólo ha conseguido hacer vibrar efectivamente a esta juventud por la unidad nacional húngara y por la defensa de la patria húngara.

El obrero debe odiar

¿ Cómo juzgar el papel de las diferentes clases sociales —y estas mismas clases— en una democracia popular ? Tal fué, durante años, uno de los temas principales de las discusiones. Según la explicación marxista-leninista oficial —no tengo la menor intención de averiguar si se trata de una explicación auténticamente marxista-leninista o sencillamente staliniana, como afirman algunos— lo que en Hungría y en otras democracias populares ejerce el poder « bajo la dirección de la clase obrera y con la ayuda de una intelectualidad de contornos imprecisos, que tan pronto se califica de clase, como sólo de capa social, es una alianza popular y campesina. Las demás clases, afirman los ideólogos comunistas (si es que todavía sobreviven en sus vestigios), no pueden llegar a ser elementos constructivos de la nueva sociedad. » Consideradas como clases, están condenadas a la liquidación.

Esta afirmación concierne especialmente a la capa más acomodada de la clase campesina, la de los « kulaks ». Al contrario de lo que sucedía con los « campesinos pobres » (a los que era preciso convertir en aliados), y también con los « campesinos medios » la los que por lo menos había que neutra-(izar), los « kulaks » debían ser combatidos implacablemente y sin tregua, hasta su liquidación.

Pero los jefes stalinianos no han trazado nunca una línea de demarcaión bien definida entre estas tres capas de la población rural. Se les ha oído muchas, muchísimas veces, quejarse de la actitud de tal o cual consejo departamental que mostraba un celo exagerado, así como de dirigentes de cooperativas, que trataban de « kulaks » a ciertos campesinos medios. También protestaban contra determinados secretarios del partido, corrompidos y oportunistas, que no temían atribuir a ciertos « kulaks » el carácter de campesinos pobres. Sea como fuere, ni la importancia de una explotación agrícola, ni la de la mano de obra que empleaba, ni la renta, ni la situación económica y social del que la explotaba constituían elementos que permitieran una clasificación bien determinada y fácil de comprobar para todos.

Creo que no estará de más recordar este hecho : con motivo de las discusiones y de los equívocos a que ha dado lugar, se han producido controversias entre comunistas —hasta en tiempos de Stalin—, controversias que, ulteriormente, han adquirido un carácter « radical ». En Hungría, Imre Nagy —convertido en ministro de Agricultura al día siguiente de la liberación del país del yugo nazi y, más adelante, elegido presidente del Parlamento—, no podía, en efecto, resignarse a la campaña inhumana de exterminio organizada por el Gobierno Rakosi —con el pretexto de liquidar la clase de los « kulaks »— contra una masa de agricultores que, cualquiera que fuese la categoría en que se tuviera a bien clasificarlos, sacaban de su esfuerzo personal la mayor parte de sus ingresos. Entonces fué cuando Rakosi acusó a Imre Nagy de bujarinismo y le apartó del poder. Es indudable que Nagy debió su salvación a sus relaciones con ciertos medios de Moscú, con lo que logró escapar a la suerte de varios de sus camaradas, que eran no obstante mucho menos « heréticos » que él.

De todos modos, desde la época en que se desarrollaban estas discusiones en nombre de la « clase obrera » —con objeto de establecer, según decían, la hegemonía de esta clase, mediante el exterminio de los « kulaks » y de otros elementos condenados a la liquidación— los obreros, por su parte, no daban muestras de entusiasmo por esta liquidación, sino todo lo contrario. El nivel de vida de los obreros descendió rápidamente, a partir de 1949. Eran tan víctimas del terror policíaco como cualquier otra categoría social ; por consiguiente, descubrieron muy pronto que tenían algunos intereses elementales comunes con los campesinos —incluso con los campesinos propietarios—, a despecho de todo lo que pudiera separarlos. Al principio se trataba de un sentimiento en cierto modo subjetivo, como el que puede unir espontáneamente al propietario, al

inquilino y al portero de una casa en llamas. Sólo más adelante estos elementos subjetivos, acumulados, acabaron por transformarse en conciencia de la unidad nacional.

El obrero debe « dictar » su ley

Se inició otro debate apasionado alrededor del problema de la intelectualidad, sobre todo después de la muerte de Stalin. ¿ De qué se componía esta categoría social ? La respuesta era todavía mucho más imprecisa que cuando se trataba de los « kulaks » o de los « obreros del campo ». ¿ Había que clasificar entre los intelectuales a todos los titulares de un diploma universitario, a todos los que ocupaban un cargo que exigiera tal o cual calificación ? En caso afirmativo, esta intelectualidad se identificaba pura y simplemente con la clase —o la capa social— que constituía de hecho la antigua clase dirigente húngara. Es cierto que se podía excluír de la intelectualidad a los propietarios rurales, a los banqueros, a los comerciantes, a los industriales, a los oficiales y a los curas, pero no a sus hermanos o primos, abogados, médicos, ingenieros, funcionarios, técnicos. Ahora bien, el entrelazamiento de estos vínculos familiares desempeña un papel importante en la estructura de las clases de un país. ¿ No sería grotesco deportar como « enemigo de clase » al director de una Caja de Ahorros y conceder un trato de favor a su hijo, que como cirujano perteneciese a la categoría útil de la intelectualidad, cuando en realidad el padre y el hijo tienen las mismas concepciones políticas ? El carácter grotesco de esta situación se puso aún más de relieve con la nueva noción que se abrió camino en la vida pública húngara : la noción del « origen de clase ». Así es como aquéllos a quienes se pudo probar el « origen de explotadores » fueron denunciados y perseguidos. Ahora bien, jamás Lenin, ni Marx, ni Engels han hecho ninguna distinción entre ciudadanos de origen « honrado » o « no honrado ». Si Marx, en *El Capital*, estima indigno de un socialista que un hombre rico (es decir, un explotador) pudiera ser detestado *como persona* por un explotado (es decir, por un obrero), con mucha más razón hubiera condenado el traslado del odio a la descendencia de la clase explotadora.

Esta variante del racismo —disimulado tras la pantalla de la lucha de clases— es una invención de Stalin o de los stalinianos. En lo que concierne a Hungría, las investigaciones relativas al « origen de clase », emprendidas durante los años de la dictadura staliniana, fueron tan opresivas y embrutecedoras como los prejuicios relativos a los títulos de nobleza o a la etiqueta religiosa, en el curso de los siglos, y el hecho de pertenecer a una raza determinada, bajo el terror del fascismo alemán.

La implantación del sistema de fichas de identidad de los ciudadanos, de los escolares, de los funcionarios o de los miembros del partido suscitaba inmediatamente la cuestión de la « procedencia social ». Los « elementos ajenos á la clase obrera » (en este caso, los descendientes de las familias nobles o ricas) eran expulsados del único partido autorizado, de las administraciones y de los empleos importantes, de las universidades, e incluso de los establecimientos de enseñanza secundaria.

El resultado fué la inhumanidad, la estupidez y la hipocresía. La literatura oficial de propaganda se esforzaba por disimular el hecho de que gran parte del estado mayor moscovita del partido —incluso Matías Rakosi— había salido de familias « ajenas a la clase obrera », sobre todo de comerciantes. Cuando se implantaron estas fichas, que recordaban la Inquisición, los descendientes de las clases media y elevada trataron de atribuirse un origen intelectual. Esta era, en efecto, la única categoría social, aparte los obreros de la industria y los « campesinos asalariados », a la que se podía pertenecer más o menos impunemente.

Pero sólo hasta cierto punto. Pues en nombre del mismo dogmatismo se desplegaban esfuerzos febriles para constituir una « nueva clase intelectual » salida de la clase obrera y de la « campesina asalariada ». Se inició una violenta campaña de propaganda para transformar a los torneros en directores de fábrica, a las mujeres de la limpieza, en directoras de hotel ;

para « empujar » al hijo del antiguo cochero hacia los estudios de medicina, y al de la portera, hacia la carrera de ingeniero. En las empresas y en las administraciones se licenciaba en masa a los técnicos. Cuando se les sustituía por obreros manuales especializados, las cosas a veces no iban demasiado mal, pero era más frecuente que se confiaran los cargos directivos a los arrivistas políticos, locuaces y atrevidos, a los obreros que, por añadidura, eran menos calificados. Se reclutaba a lazo entre la chusma, a menudo entre los estudiantes universitarios más refractarios al estudio. En una palabra, el proletario se veía literalmente forzado, a latigazos, a « dictar » su ley.

Aproximación a la antigua intelectualidad...

Entonces fué cuando se operó una rápida mezcla de las diversas clases y categorías profesionales. Aunque esto pueda parecer paradójico, después de lo que acabo de escribir, yo estimo que este movimiento era necesario. En la Hungría de la preguerra las diferentes clases sociales se hallaban separadas por líneas de demarcación tan perfectamente definidas que constituían un verdadero desafío a la inteligencia. De manera general, el pertenecer a la clase intelectual era privilegio de tres castas. La primera se reclutaba en la clase superior y media de origen noble, que consideraba como una vergüenza intolerable la idea de que sus hijos hubiesen de ganarse la vida como obreros manuales, y hasta como comerciantes o artesanos. La segunda se componía sobre todo de pequeños empleados —hasta de mozos de oficina, de guardabarreras o de rústicos analfabetos— que hacían más melindres que los mismos antiguos señores. Desempeñaron un papel decisivo en el curso de los años del nazismo y de las persecuciones raciales, y formaron el grueso de la « nueva » Hungría, es decir, de inspiración hitleriana. La tercera casta comprendía a los judíos más o menos acomodados (incluso los conversos y su descendencia) excluídos de los favores reservados a la nobleza de la sangre o a la nueva nobleza fomentada por el nazismo, y que ni siquiera podían rivalizar con los miembros de la clase media.

La nueva « intelectualidad » húngara de la postguerra cuenta con gran número de jóvenes, cuyo talento, competencia, conocimientos técnicos y concepciones libres de todo dogmatismo constituyen valores muy serios, a los que el acceso a la cultura universitaria permitió sobresalir. Entre los obreros de fábrica, elevados de la noche a la mañana a directores de empresa, hubo algunos que desempeñaron sus funciones airosamente. Sin embargo, la mayor parte de los altos funcionarios reclutados de este modo, después de un aprendizaje ultrarrápido, dieron pruebas de una rara incompetencia —que trataron de disimular bajo consignas políticas altisonantes, y más tarde con persecuciones políticas aplicadas al personal de dichas empresas.

Es cierto que la antigua intelectualidad tenía muchas faltas —si no son crímenes— que reprocharse; además, rebosaba orgullo de casta; sin embargo, los miembros de esta antigua intelectualidad, que llegaron a mantenerse en su puesto durante el terror rakosista, se condujeron lo mejor que pudieron —aunque no fuese más que por miedo— en favor de los obreros y de las empresas. Los directores de fábrica salidos de las filas de la clase obrera fueron infinitamente más imperiosos y brutales: su brutalidad se hallaba en razón directa de su debilidad; y cuanto más querían subrayar su origen obrero, más déspotas se mostraban con los obreros que se habían convertido en sus subalternos. La arrogancia y la procacidad de estos jefes de empresa era lo que los obreros soportaban de peor gana. Los oradores de las reuniones del partido, los cancionistas y los copleros, en las fiestas de las empresas, lanzaban a veces sus dardos contra estos advenedizos. ¿Acaso estos jefes salidos de las filas no debían a la victoria de los obreros el poder pasear ahora en coches de lujo, reservados en otro tiempo a los nobles y a los burgueses? Nada de esto tenía importancia.

Para el obrero, la lección de este estado de cosas era clara: bajo el antiguo régimen —a excepción del período relativa-

mente corto de la dictadura hitleriana— tenía por lo menos el derecho de huelga, mientras que ahora el que se hubiese arriesgado a sugerir tan sólo recurrir a ella, se exponía a la horca. En otro tiempo reparaba sus herramientas durante las horas de trabajo ; ahora debía efectuar esta tarea en las horas de que disponía para su « descanso ». Antes, una vez terminado su trabajo, podía hacer lo que quisiera : ir a la taberna, a la iglesia, a la plaza o a su casa ; ahora, tenía la penosa obligación de ir a aplaudir en múltiples reuniones.

Poco a poco, el obrero iba encontrando a los antiguos intelectuales, ya fuese en la persona de un consejero técnico, que temblaba de miedo a la sombra del nuevo tirano de la empresa, ya fuese en uno de sus compañeros de trabajo, detrás de la máquina adonde le habían llevado las circunstancias. Esta clase de contactos crean lazos. No es de extrañar que un obrero y los miembros de la intelectualidad vieran en la burocracia rakosista al enemigo común, a despecho de las fábulas que se les contaban sobre el sentido mágico del « origen de clase ».

...y a la nueva intelectualidad

La nueva intelectualidad, de origen campesino obrero, que había hecho sus estudios después de la guerra, estuvo implicada en este proceso de aproximación entre la clase obrera y los antiguos intelectuales, tanto en el terreno de los sentimientos como en el de los intereses.

Estos nuevos intelectuales abarcaban los tipos humanos más diversos. El cronista que se limitara a enumerar los hechos concretos haría sin quererlo una obra satírica con sólo narrar, por ejemplo, el modo de otorgar los diplomas. El autor de estas líneas, que ha pasado más de la mitad de estos diez últimos años en la cárcel, se encontraba constantemente en contacto, si no agradable por lo menos muy íntimo, con los saltimbanquis más adulados del régimen. Me refiero a los miembros de la A. V. O. encargados de la vigilancia de los detenidos políticos. La lealtad política de estos esbirros no era sospechosa ; es cierto que muchos de ellos procedían de los antiguos « cruces flechadas», pero su origen campesino y obrero ¿ no debía conducirles de todos modos por el buen camino ? Las autoridades superiores les animaban, pues, a hacer el bachillerato a su medida.

Entretanto, los jóvenes que habían hecho realmente estudios secundarios y superiores acabaron por constituir una nueva intelectualidad en nada inferior a la antigua. Quizá en otros tiempos la conciencia de su valor les hubiese incitado a eliminar a la antigua, sobre todo si ésta se hubiese atravesado en su camino. Pero en la época en que el principio del « origen de clase » estaba en auge, no había ni que pensar en ello. Los miembros de la nueva intelectualidad descubrían antiguos compañeros de lucha, tan indignados como ellos mismos, contra una opresión intelectual que entre otras ambiciones tenía la de aislarles del Occidente, hacerles aprender de memoria las consignas importadas de la U. R. S. S. y desnacionalizarles del mismo modo que al resto de sus compatriotas. Todos sabían que la vanguardia de la revolución democrática húngara se reclutaba entre la juventud universitaria de origen obrero y campesino y en los cuerpos de los oficiales del ejército popular que tuviesen el mismo origen social.

La rehabilitación de los técnicos

En Hungría, lo mismo que en todas las democracias populares, después de la muerte de Stalin, se hicieron esfuerzos para abolir las instituciones y suprimir las medidas que de manera más manifiesta habían paralizado las fuerzas económicas del país, y sustituirlas por métodos más adecuados para satisfacer las necesidades de la población. No era menester ser reaccionario o conservador para comprender que si muchas empresas trabajaban con pérdida, a pesar de las cadencias infernales, era porque estaban dirigidas por individuos elegidos únicamente por razón de su lealtad política, real o fingida.

Entonces, en todo el país, se lanzaron las gentes a la caza desenfrenada de tí-

tulos. El respeto de la aptitud se convirtió en una consigna casi mágica, de la que se apoderó la masa de los obreros, de los campesinos y de los consumidores, asqueados de las pretensiones y arbitrariedades de los jefes de las empresas o de las administraciones, desprovistos de todo conocimiento técnico.

Este ambiente favorecía a las categorías de intelectuales expulsados de sus empleos, a causa de su « origen de clase ». En los almacenes, el comprador empezó a exigir mercancías utilizables y, por lo tanto, una dirección competente en las respectivas industrias. Los obreros se negaban a trabajar a un ritmo desaforado. Es evidente que los que sentían la nostalgia del antiguo régimen no eran muy numerosos entre estos obreros y estas amas de casa : los obreros no tenían ninguna razón para desear el retorno de las antiguas clase elevadas. Hay que decir, sin embargo, que las persecuciones de que fueron objeto los descendientes de las antiguas clases dirigentes inspiraron a toda la población un sentimiento de compasión y hasta de solidaridad. Además, los mezquinos resultados económicos que fueron la consecuencia de su eliminación, incitaban no sólo a las muchedumbres, sino también a los dirigentes del partido, que conservaban cierto sentido de la responsabilidad, a reparar las faltas del pasado y a recuperar, por lo menos, a los elementos más útiles de la antigua intelectualidad, con el fin de reintegrarlos en el nuevo sistema de producción.

En 1953, se tomaron efectivamente algunas medidas en este sentido. Matías Rakosi estaba aún aparentemente en la cumbre del poder, pero el Gobierno ya había resuelto públicamente rehabilitar a los intelectuales. Sin embargo, fenómeno característico de todo el sistema Rakosi, cuando quería curar una herida no hacía sino irritarla más. Algunos técnicos que se habían comprometido bastante en la época del fascismo, fueron objeto de distinciones espectaculares y se les ascendió a cargos elevados, mientras que otros, que eran demócratas o apolíticos, continuaron vegetando, y algunos incluso fueron mantenidos en la cárcel o siguieron deportados.

Fué preciso el advenimiento de Imre Nagy para que los técnicos y los intelectuales comunistas —es decir, los que eran sospechosos de titoismo, de trotskismo o de rajkismo— salieran de su « emigración interior ». Es cierto que, en principio, los elementos utilizables de la antigua intelectualidad debían ser integrados en la producción al lado de los representantes de los nuevos grupos selectos. Nadie discutía ya el carácter justo de esta medida. No obstante, durante algunos años, esta disposición siguió siendo letra muerta.

La unión de los escritores y el Círculo Petöfi

A partir de la primavera de 1956, es decir, después del XX Congreso del Partido Comunista soviético, el movimiento desencadenado en favor de la rehabilitación de los intelectuales recibió un nuevo impulso. Simultáneamente, los miembros de la nueva intelectualidad de izquierda se reagruparon y exigieron de Rakosi y su régimen la creación de una verdadera democracia socialista, con lo cual les dieron un rudo golpe.

Algunos ecos de estos esfuerzos han llegado hasta el lector. La Unión de los Escritores Húngaros —que comprendía, en principio, a todos los escritores, pero en realidad sólo a los escritores comunistas— así como el Círculo Petöfi —que fué en su origen una organización de la juventud comunista estudiantil—, se lanzaron al asalto de los bastiones del nuevo régimen de castas creado por Rakosi. Se multiplicaron las declaraciones, las reuniones y las discusiones de controversia. Escritores y estudiantes buscaban, aun salvaguardando las conquistas sociales efectivas o virtuales de la democracia popular, el modo de dar a Hungría un clima más libre y más humano. Insisto en este hecho : los dirigentes de estos dos organismos que impulsaban a la acción, así como aquellos que, procedentes de otros medios intelectuales, se unieron a ellos en esta fase del combate, no pertenecían en absoluto a la intelectualidad del sistema antiguo, ni a sus turiferarios. Por una parte, se trataba de viejos revolucionarios que ha-

bían estado en la cárcel bajo el gobierno de Horthy, como Tibor Dery, o que habían tenido que emigrar a causa de sus convicciones o simpatías comunistas, como Julius Hay. Otros habían sido incluso aceptados por el régimen Rakosi, en calidad de dirigentes de la vida intelectual, como sostenes por lo menos en potencia de la alianza obrera y campesina, como Gyula Illyes, Peter Veres y Aron Tamasi. Además, había otros viejos militantes de izquierda, que habían sido encarcelados o perseguidos de uno otro modo, como Lajos Kassak, Jozsy Jenö Tersansky y Jozsef Fodor. Pero la mayor parte de ellos eran jóvenes de origen obrero o campesino, salidos de las escuelas de la Hungría liberada del fascismo, y que consideraban el « marxismo-leninismo » como una teoría científica capaz de resolver los problemas de la sociedad actual y de iluminar el porvenir de la humanidad.

La categoría de intelectuales que ha desempeñado el papel de vanguardia en el combate entablado en favor de la democracia socialista, sobre todo desde el XX Congreso, estaba sinceramente convencida de que era preciso desembarazarse del stalinismo —y en particular, de la versión híbrida y caricaturesca que de él daba el régimen de Rakosi— y volver a los orígenes puros del marxismoleninismo. Esta nueva categoría de intelectuales tenía menos vínculos comunes de sentimientos y de intereses con la vieja intelectualidad que con las grandes masas obreras y campesinas más desheredadas. Pero el gobierno, del que Rakosi había logrado eliminar a Imre Nagy para reemplazarlo por Andras Hegedus, creación suya, estaba encantado de poder lanzar esta consigna : la inquietud y el descontento sólo provienen de los intelectuales ; los obreros y los campesinos continúan siendo ajenos a toda agitación. Los dirigentes trataban de desacreditar la acción de los estudiantes comunistas y de los escritores de izquierda, organizando reuniones en las fábricas, con objeto de contrarrestar las decisiones de la Unión de los Escritores y del Círculo Petöfi.

No obstantes, esta arma resultó ser de doble filo. La presión gubernamental engendró cierta solidaridad entre la nueva intelectualidad comunista y las capas democráticas y ponderadas de los antiguos intelectuales. Algunas personalidades del antiguo régimen, burócratas que acababan de regresar de la deportación y que se ganaban la vida realizando los trabajos más duros (los mismos que en otro tiempo no podían pensar en los escritores comunistas sin sentir escalofríos), empezaban a ahora a considerar a algunos de estos escritores como los intérpretes de sus propios sentimientos y aspiraciones. Los años de indigencia habían llenado de amargura a muchos de ellos y les habían agriado el carácter, pero eran más los que se adherían a las ideas democráticas.

Simultáneamente, los medios « humanistas » del Partido de los Trabajadores Húngaros, que se encontraban en la oposición, tendían a asumir la defensa de estos intelectuales oprimidos y perseguidos. Es sintomático e importante que un hombre como Geza Losonczy, futuro ministro de Estado de Imre Nagy (hoy comparte con él su situación de deportado), que había pasado largos años encarcelado, bajo Rakosi, hiciera la defensa de los intelectuales en un extenso artículo. Losonczy exigía abiertamente que los funcionarios del partido que se habían distinguido en la persecución de los intelectuales fuesen separados de los puestos de responsabilidad. Otro comunista —o más exactamente, un antiguo comunista— Gyorgy Paloczi-Horvath, que había purgado una larga pena de prisión bajo Rakosi y que se refugió en Inglaterra en el momento de la intervención soviética, fustigó violentamente en *Irodalmi Ujsag*, órgano de la Unión de los Escritores, a los que consideran como un crimen el pertenecer a la intelectualidad.

Por un nivel de vida y un nivel literario más elevados

La víspera de la revolución, la discusión estaba en todo su apogeo. Según mis informaciones, Rakosi había hecho aceptar su tesis por los medios dirigentes soviéticos : a su modo de ver, la verdadera agitación procedía de los medios intelectuales. Mikoyan, después de una estancia en

Hungría, declaraba en la intimidad que los obreros y los campesinos se interesaban *únicamente* por su nivel de vida, mientras que los intelectuales se agitaban en todas las circunstancias.

Pero lo cierto es que el nivel de vida interesaba, y continúa interesando, a todas las capas sociales, a los intelectuales y a sus ramificaciones pequeño-burguesas, tanto como a la clase obrera y campesina. No obstante, desde 1949, el pueblo húngaro está convencido de que la cuestión del nivel de vida es inseparable de la naturaleza del régimen y de sus instituciones, así como de las medidas que pueden parecer ajenas al problema del pan de cada día, pero que están estrechamente vinculadas con ellas, cuanto reglamentan la vida diaria.

El hecho de no haberse editado en Hungría, entre 1949 y 1953, las obras de los autores occidentales, interesaba sin duda más a los intelectuales que a los obreros manuales. Una medida como la supresión del emblema tradicional de Hungría (en beneficio de un emblema inspirado en el de los rusos), ¿ no suscitaba acaso entre las grandes masas una reacción de susceptibilidad más fácil de calmar que el hambre física ? Pero la sovietización y la rusificación de Hungría, y la reducción de las actividades culturales que englobaban los usos y costumbres, al confundirse con el descenso del nivel de vida, dió lugar, como es lógico, a la unión de la población entera sin distinción de clases, de situación social o de origen, en un mismo deseo de desembarazarse en primer término del opresivo terror staliniano, con la esperanza de vencer también más adelante, mediante el esfuerzo común, las dificultades económicas. No existe una delimitación clara entre los problemas económicos y los no económicos de la vida diaria. El obrero, el funcionario, el campesino de la cooperativa o el que explotaba personalmente su tierra, a los que se obligaba a consagrar una gran parte de su tiempo libre a aplaudir dócilmente las consignas del partido o a participar en los desfiles extenuantes, todos estos hombres tenían con razón el sentimiento de estar privados de bienes materiales tan tangibles como los salarios.

Después de la muerte de Stalin, y sobre todo después del XX Congreso, se adoptaron ciertas medidas para disimular los efectos más visibles de esta presión económica agobiante. Sin embargo, hasta el principio de la revolución de octubre, no hemos oído decir que los acuerdos económicos entre la Unión Soviética y Hungría hayan sido revisados. Esta demanda de revisión no apareció en el programa de los escritores y de los estudiantes hasta el día en que el pueblo se lanzó a la calle para reclamar el emblema de Kossuth.

Así es como se entroncaron las reivindicaciones relativas a la elevación del nivel de vida y a la liberalización del régimen intelectual, así como las concernientes a la vida diaria y las que podían parecer, a primera vista, como la manifestación de un nacionalismo romántico. El aumento de los salarios, la revisión del tratado de comercio húngaro-soviético, la posibilidad de editar de nuevo en Hungría las obras de escritores franceses contemporáneos y la restauración oficial del emblema tradicional de Hungría, fueron otras tantas reivindicaciones que se conjugaron para desembocar en un movimiento revolucionario de masas.

Ninguna de estas reivindicaciones era reaccionaria, aun cuando exteriormente algunas de ellas pudiesen evocar el antiguo régimen. Una nación arrastra siempre tras de sí recuerdos de un pasado completamente liquidado y que no tiene nada que ver con el buen sentido. Por otra parte, los comunistas no trataban de ningún modo de eliminar estos recuerdos, si podían obtener de ellos algún provecho. Cuando los comunistas temían una restauración de los Habsburgo, evocaban abundantemente el recuerdo de la revolución nacional húngara dirigida por Kossuth, hasta el punto de tratar de justificar algunos de sus abusos nacionalistas. Al atractivo que hubiera podido ejercer sobre las masas el recuerdo de los Habsburgo, ellos oponían la seducción de la independencia nacional. ¿ Puede extrañar que este encanto haya actuado también en contra de los mismos rusos ? Puesto que la imagen de Kossuth seguía siendo sagrada, era normal que el pueblo no quisiera creer que el emblema bajo el cual Kossuth había conducido a la nación, fuese e

símbolo del antiguo régimen feudal : ni la clase campesina, ni la obrera lo han creído ; y menos aún esta última, tradicionalmente roja y de formación marxista.

Los obreros no quieren ninguna transacción

El 23 de octubre de 1956 fué la intelectualidad —en gran parte comunista— la que inició la lucha por la libertad en Hungría. En la segunda fase de la lucha, el grueso del ejército revolucionario estaba constituído por el nuevo cuerpo de oficiales, de formación también comunista, y por soldados, a los que fueron a unirse los jóvenes, muchachos y muchachas de 15 y 16 años, que reclamaron y obtuvieron armas desde los primeros días de la insurrección.

Esta lucha por la libertad fué sostenida desde el principio por todas las fuerzas de la clase obrera, en gran parte de formación socialdemócrata, y reforzada en este estado de ánimo por las enseñanzas de los últimos diez años. Estos obreros de las fábricas y de las minas fueron los más intransigentes en sus reivindicaciones, incluso antes de la segunda intervención rusa del 4 de noviembre ; y ulteriormente se mostraron menos dispuestos que nadie a aceptar el hecho consumado. No creo revelar un secreto diciendo que, en el momento de los trágicos acontecimientos del 4 de noviembre, tanto en la Unión de los Escritores como en las otras organizaciones de intelectuales, hemos reflexionado mucho acerca de las posibilidades de un *modus vivendi* entre las autoridades soviéticas y el gobierno obrero y campesino que ellas impusieron, por una parte, y la clase obrera, por otra. La declaración publicada por la Unión de los Escritores deja adivinar, de un extremo a otro, la angustia de los intelectuales ante la resolución de los obreros de ciertas regiones industriales, que desencadenaban huelgas generales espectaculares y libraban combates sangrientos en las fábricas y en las minas. Claro está que nosotros sentíamos admiración por el valor y el sentido patriótico de los obreros, pero nos guardábamos de excitar su ardor. Pensábamos —y sigo diciéndolo hoy aún, sin equívoco— que el valor no se practica por personas interpuestas. Y cuando, por ventura, se nos preguntaba si en tal o cual situación había que continuar la lucha o llegar a una transacción, más bien nos inclinábamos hacia esto último.

Deseo especifiar todo esto muy claramente, sobre todo pensando en aquellos que se dirigen por radio a los trabajadores húngaros : no tratemos jamás de superar en espíritu combativo a los que en la lucha pagan con su sangre. Nuestro deber es dar a conocer la naturaleza de su lucha. Debemos exponer esta verdad a plena luz : la inquietud y el descontento, que se manifiestan en Hungría respecto de la ocupación soviética o del gobierno títere, interesan a la población del país entero ; pero los más activos y más resueltos en la batalla son los obreros de la industria, los que habitan en los tradicionales suburbios rojos ; estos obreros, que, si creemos el análisis marxista, están destinados por su situación de clase a una lucha sin cuartel contra la explotación. Este punto del análisis conserva todo su valor. La clase obrera húngara lucha efectivamente contra la explotación ; el hecho de que ésta no sea ejercida por los antiguos dominadores húngaros, sino por los agentes de una potencia extranjera, no la hace aparecer menos chocante a sus ojos. El que suscribe estas líneas ha deseado siempre y sigue deseando una solución pacífica con la Unión Soviética ; a esta solución podrían contribuir en gran parte los gobiernos occidentales y algunos gobiernos relativamente « neutrales » en el conflicto entre el Este y el Oeste, tales como los de la India y Yugoeslavia. Mi intención no es excitar a mis compatriotas contra la Unión Soviética, como tampoco lo es la de los Occidentales que se interesan por ellos. Pero no se concibe una solución honrada sin una visión clara de los hechos reales. Ahora bien, en Hungría es indiscutible que la clase obrera socialista es la que ha combatido con toda su alma la opresión extranjera, y que continuará por este camino mientras pueda.

PAUL IGNOTUS

La crisis del sistema comunista

POR MILOVAN DJILAS

La victoria del comunismo nacional en Polonia abre un nuevo capítulo en la historia del comunismo y de las naciones colonizadas del Este europeo. La revolución húngara abre además un nuevo capítulo en la historia de la humanidad en general.

Estos dos acontecimientos expresan, cada uno a su modo y en forma clara, la situación interna de las naciones de Europa oriental. Si los acontecimientos de Polonia estimulan las aspiraciones de los diversos partidos comunistas —y especialmente los del Este de Europa— que quieren discutir con Moscú sobre una base de igualdad, la revolución húngara constituye un avance gigantesco, y convierte en un problema clave la libertad en régimen comunista, es decir que reclama la sustitución del régimen comunista. Si los acontecimientos de Polonia han animado a la vez al pueblo y a ciertos círculos comunistas, los de Hungría han dado esperanza a las masas populares y a los medios democráticos.

Aunque estos dos acontecimientos se hayan producido casi simultáneamente, toda una época los separa. Los cambios que han tenido lugar en Polonia significan el triunfo del comunismo nacional, que ya hemos visto producirse en Yugoeslavia, aunque en forma diferente. El levantamiento de Hungría tiene muy distinta significación, es un fenómeno nuevo que quizá no revista una significación menor que la Revolución francesa o la Revolución rusa.

En resumen, estos acontecimientos han colocado en el primer plano de la actualidad las nuevas cuestiones siguientes: 1. — Las posibilidades futuras del comunismo nacional. 2. — La sustitución del régimen comunista por un nuevo sistema de gobierno y, al mismo tiempo, el derecho de un pueblo, hasta ahora bajo dominio comunista, de escoger su camino —no comunista— de emancipación. 3. — El porvenir de la política extranjera (y a mi juicio la interior) del régimen soviético.

*

La experiencia yugoeslava parece demostrar que el comunismo nacional es incapaz de trasponer las fronteras del comunismo hasta el punto de implantar reformas capaces de transformar un Estado comunista y de conducirle gradualmente hacia la libertad. Esta experiencia parece demostrar que el comunismo nacional no tiene más solución que romper con Moscú y, con arreglo a su manera y a su estilo nacional, construir, desde su base, un sistema comunista idéntico al modelo. Sin embargo, nada habría más falso que estimar que la experiencia yugoeslava puede repetirse en cualquier país de Europa oriental.

Si en 1948 la resistencia yugoeslava a Moscú fué posible, fué ante todo porque nuestra revolución había tenido lugar

B.D.I.C

dentro del margen de nuestra lucha contra la ocupación extranjera ; en el curso de esta revolución se había formado una nación comunista independiente, que dió origen a una clase nueva, la burocracia comunista. No existe esta clase en ningún otro país de Europa oriental, por la sencilla razón de que los comunistas de estos países han recibido el poder de manos del régimen soviético. Por igual razón, no ha podido formarse en ellos una burocracia comunista compacta y autónoma. Y por esto subsisten grandes diferencias entre el comunismo nacional yugoeslavo y el de los diversos países de Europa oriental ; aunque el tema común de su política sea la discusión con Moscú sobre un pie de igualdad.

El comunismo nacional yugoeslavo es, ante todo, la resistencia a Moscú del partido comunista, más bien, de sus jefes. Con esto no quiero decir, sino muy al contrario, que el pueblo se haya opuesto a esta resistencia y haya dejado de participar en ella o de obtener el respectivo provecho. Pero los interes y la iniciativa de los jefes desempeñaron un papel predominante. La resistencia de los jefes alentó y estimuló la resistencia de las masas. En Yugoeslavia, todo este movimiento fué dirigido y vigilado desde las alturas del poder ; y la tendencia a ir más lejos —en el sentido democrático— se manifestó relativamente débil. Si bien su pasado revolucionario sirvió a Yugoeslavia de punto de apoyo en su lucha para liberarse de Moscú, también es cierto que fué un obstáculo cuando se hizo necesario ir más lejos,es decir, hacia la libertad política.

*

En los países de Europa oriental, la verdad es todo lo contrario. En ellos, la resistencia comunista a Moscú tiene su origen en las masas populares. En ellos, desde un principio, se manifestaron tendencias irrefragables, cuya finalidad era ir más lejos que el mismo comunismo nacional. Los jefes no tuvieron posibilidad de intervenir en todo, ni de contener a las masas populares ; por consiguiente, en muchos casos, evitaron verse demasiado separados de Moscú. Así sucedió en Rumania y en Checoeslovaquia. En Bulgaria, y más aún en Albania, se detuvo pronto la desestalinización y la constitución del comunismo nacional, aunque solamente en parte, por temor de una dominación yugoeslava, temor cuyo papel no fué despreciable. Pero otras razones influyeron en favor de esta política : la victoria del comunismo nacional en estos países hubiese significado el fin del régimen vigente.

Yugoeslavia, tanto porque era un ejemplo, como a causa de las iniciativas de sus jefes, tuvo una importante e indispensable pariticipación en el primer impulso para la transición que ha traído a los países de Europa oriental al comunismo nacional —aunque sólo participó en ese primer impulso. Como precio de su reconciliación con Belgrado, Moscú se vió obligado a reconocer verbalmente su igualdad con Yugoeslavia, así como los « caminos independientes » que conducían a este país al « socialismo ». Con ello las naciones sometidas de Europa oriental veían iniciarse una posibilidad de expresar legítimamente su personalidad. Las protestas esporádicas y sancionadas con que se reclamaba la igualdad con Moscú, comenzaron a tomar carácter de protesta contra el régimen mismo, y en Hungría adquirieron carácter de oposición al régimen.

Yugoeslavia sostuvo este descontento mientras los jefes comunistas locales fueron los amos, pero se opuso a él —como Hungría— en cuanto las cosas fueron más lejos. Por esta razón, Yugoeslavia se abstuvo de votar sobre la cuestión de la intervención soviética en Hungría, en el Consejo de Seguridad de la O.N.U. Esto revelaba que el comunismo nacional yugoeslavo era incapaz de separar su política extranjera de su estrecha ideología y de los intereses de clase de su burocracia, y lo que es aún peor, que estaba dispuesto a renunciar a estos principios de igualdad y de no ingerencia en los asuntos internos de un país, principios sobre los cuales había conseguido todos sus éxitos en su lucha contra Moscú.

Así pues, la experiencia yugoeslava ha influído en la política interior y exterior de los comunistas nacionales, es decir que ha determinado los límites a los que se proponen llegar. Pero una cosa son los deseos y otra las realidades.

En esta coyuntura, Moscú, cuyos apetitos imperialistas son conocidos, no permanece como observador pasivo, sino que es, por el contrario, un participante activo. Para evitar un levantamiento y para ganar tiempo, la U.R.S.S. consintió que se estableciera un comunismo nacional en Polonia. El acceso de Gomulka al poder no fué solamente resultado de los esfuerzos de los comunistas polacos ; en un sentido más amplio, representa una transacción entre Moscú y las masas turbulentas del pueblo polaco. Una vez lograda la independencia, Gomulka dió un histórico paso hacia delante.

Pero las reformas concedidas, de mejor o de peor gana, le colocaron pronto ante un dilema que Moscú había previsto muy bien. Le fué preciso elegir entre la democracia interior, que no podía concebirse sino a base de una completa independencia frente a Moscú, y la necesidad de conservar los vínculos con Moscú, para mantener a los comunistas solos en el poder. Los acontecimientos de Hungría han puesto aún más en evidencia este dilema, que Gomulka no podrá ocultar. La victoria del comunismo nacional en Polonia no es un fin en sí, sino, al contrario, el comienzo de futuras disputas en el interior del país y con Moscú.

Es muy difícil predecir si el comunismo nacional polaco elegirá la libertad y la independencia antes que aceptar el dominio totalitario y la sumisión a Moscú. Pero no ofrece la menor duda que muchos comunistas polacos elegirán la independencia nacional y la libertad. Conociendo bien a Gomulka, hombre de una rara honradez, de un gran valor y de igual modestia, estoy convencido de que no vacilará mucho tiempo cuando tal decisión se le imponga.

*

Sin embargo, en Hungría estos conflictos internos han dejado de tener actualidad : no solamente la camarilla staliniana ha desaparecido, sino que también el mismo régimen comunista ha sido repudiado. Moscú ha intentado, en primer lugar, cubrir su intervención llevando al poder el comunismo nacional, en la persona de Imre Nagy. Pero Nagy no pudo instaurar el comunismo nacional sino con la ayuda de las bayonetas soviéticas, lo cual significaba el fin del comunismo. Finalmente, obligado a elegir entre la ocupación soviética y la independencia, Nagy decidió valerosamente sacrificar el partido y el gobierno comunista —que ya estaba en mala situación— ante la salvación de la patria y el amor a la libertad. Presintiendo todo el equívoco juego moscovita, reclamó la retirada de las tropas soviéticas, declaró la neutralidad de Hungría y solicitó la protección de las Naciones Unidas. Su gobierno, hasta entonces títere, se convirtió, de la noche a la mañana, en símbolo de la resistencia nacional.

Moscú no podía contar ya con mantener el comunismo en Hungría y se hallaba colocado ante la alternativa de abandonarla o de ocuparla. Así es como el imperialismo arrojó su última careta « socialista ».

Si la revolución húngara hubiese podido, no sólo instaurar un régimen democrático, sino también mantener la nacionalización de la industria pesada y del crédito, hubiera ejercido una temible influencia sobre todos los países comunistas, incluso la U.R.S.S. Hubiera demostrado que el totalitarismo, no solamente no es necesario para proteger a la clase obrera contra la explotación (es decir, para « construir el socialismo »), sino también que no es más que un pretexto para permitir a la burocracia y a la nueva clase dirigente explotar a la clase obrera.

Moscú, pues, combatió la revolución húngara, tanto por razones derivadas de la política extranjera, como por otras derivadas de la política interior. Del mismo modo que la insurrección yugoeslava había revelado el imperialismo ejercido por Moscú sobre los países comunistas, la revolución húngara revelaba también que el régimen soviético, en Rusia, no era sino una dominación totalitaria ejercida por una nueva clase de explotadores, la burocracia del partido.

*

Si hubiera podido evitarse la intervención soviética en la revolución húngara,

hubiese sido difícil a Moscú disimular sus conflictos internos por medio de la conquista extranjera y con pretexto de realizar una « misión mundial ». El sistema soviético se hubiera visto pronto confinado dentro de sus fronteras primitivas, y también allí los ciudadanos se hubieran visto obligados a reflexionar sobre su situación y sobre su condición. Aun cuando digo los ciudadanos, debería añadir los jefes. Forzosamente se habrían separado en grupos distintos, que ya no hubiesen podido recurrir durante mucho tiempo a las rituales purgas mutuas de sus círculos cerrados, sino que tendrían que buscar un apoyo popular. Así es como se hubiera iniciado también un cambio histórico en la Unión Soviética.

El ataque de Israel, de la Gran Bretaña y de Francia contra Egipto no podrá distraer mucho tiempo la atención de los acontecimientos de Europa oriental, aunque aliente sin duda a los elementos más reaccionarios y más agresivos de la U.R.S.S. a liquidar la cuenta que tiene pendiente con el pueblo húngaro. La historia ha cambiado de aspecto en la Europa oriental, y éste es el hecho capital de la hora presente. Por consiguiente, hay que poner fin a la guerra colonial y pasada de moda del Oriente Medio (1).

Moscú, así como los diversos regímenes comunistas deberán hacer frente, cada uno a su manera, a una disyuntiva nueva para ellos. Los regímenes comunistas del Este europeo, o tienen que romper con Moscú, o aceptar un sometimiento mayor aún. Ninguno de estos países —ni siquiera Yugoeslavia— podrá evitar esta disyuntiva. Los movimientos populares ya no podrán ser frenados, bien porque sigan el ejemplo polaco-yugoeslavo, el ejemplo húngaro o cualquier sistema nuevo que sea la síntesis de ambos.

En efecto, me parece dudoso que pueda detenerse el movimiento en Bulgaria ni en Rumania, con el pretexto de que en ellos la clase obrera continúa todavía sin organizar. En estos países, los campesinos son profundamente nacionalistas y una vez que el movimiento se haya desencadenado, podrán desempeñar en él un papel aún más importante que en Hungría.

*

Nadie puede predecir con exactitud la decisión que tomará Moscú. Por el momento, la U.R.S.S. hace un doble juego : reconoce sin convicción el comunismo nacional, pero socava sus fundamentos, por no poder renunciar a su hegemonía imperialista. Califica hipócritamente de « ayuda » al comunismo y de « medidas de seguridad » en las naciones sometidas, su intervención y sus coacciones. Pero esto sólo es secundario para ella. La política de Moscú, en relación con las naciones comunistas, refleja claramente una voluntad de resistir al derrumbamiento del imperio ruso, de conservar el papel de dirigente del comunismo soviético, y esta voluntad se halla perfectamente demostrada con los medios que ha utilizado para servirse del comunismo nacional como de una careta para su expansionismo imperialista.

Estas maquinaciones, al mismo tiempo que procuran a Moscú inquietudes en cuanto a la política exterior, crean conflictos internos en la U.R.S.S. Se puede afirmar, sin temor de equivocarse, que se ha producido una ruptura entre los miembros de la dirección colectiva soviética y que hasta los « stalinianos » más reaccionarios y más imperialistas vacilan. Sin embargo, la influencia de estos últimos es actualmente preponderante, sobre todo en lo que concierne a las naciones de la Europa oriental.

Pero esto no significa que la otra tendencia sea favorable a la independencia de estos países. La discrepancia entre ellos no es sino una diferencia de métodos : el recurso a los viejos medios stalinianos e imperialistas de coacción militar y policíaca o, por el contrario, la aplicación de medios nuevos esencialmente políticos y económicos. Polonia constituye el ejemplo de una tentativa de emplear los métodos nuevos, y Hungría, el ejemplo de recurso a los métodos tradicionales. Ambos modos de proceder han demostrado su ineficacia. De ahí las rupturas y los conflictos en la propia Unión Soviética.

(1) Este artículo fué redactado antes del cese de las hostilidades. (N. D. L. R.)

Las vacilaciones, la duplicidad, las controversias ideológicas y políticas, la inconstancia en el empleo de los métodos, los retrocesos, la insistencia febril para conservar las posiciones conquistadas, todo esto pone en evidencia las simas que se han abierto y las oposiciones que han surgido entre los miembros de la dirección colectiva de la Unión Soviética. Es probable que en esta dirección se produzcan, en breve, cambios que revestirán una gran importancia, tanto para la U.R.S.S. como para el resto del mundo.

*

Por primera vez, quizá, desde la toma del poder por los bolcheviques, es indudable que el resto del mundo puede ejercer una influencia directa y decisiva en estos cambios. A pesar de la represión soviética en Hungría, Moscú sólo puede retardar el movimiento que allí ha surgido, pero a la larga, no podrá contenerlo. La crisis ya no existe sólo entre la U.R.S.S. y sus vecinos, sino también en el interior del sistema comunista como tal. El comunismo nacional no es en sí mismo más que un producto de esta crisis, una fase de una evolución que conduce a la supresión del comunismo actual.

En adelante ya no será posible detener la lucha de los pueblos de Europa oriental por su independencia, ni aun en el caso de que fuerzas imponentes pudieran momentáneamente paralizar esa lucha por la libertad. Poco a poco estos dos objetivos de lucha se funden en un solo y mismo combate. Si el imperialismo moscovita es vencido y se mantiene alejado de las aventuras guerreras, la U.R.S.S. habrá de proceder a grandes cambios internos. Pues aunque el comunismo se vea obligado a hacerse nacional en sus formas exteriores, en su esencia es siempre uno e igual en todas partes; en todas partes tiene el mismo origen y el mismo porvenir. De tal manera que los acontecimientos que se producen en un país comunista afectan forzosamente a los demás países comunistas, como sucede en todo organismo vivo. Del mismo modo que el movimiento del comunismo yugoeslavo, al separarse de Moscú, ha iniciado la decadencia del imperialismo soviético, es decir, que ha provocado el inevitable nacimiento del comunismo nacional, así también la revolución húngara anuncia el fin del comunismo en general.

*

Como ha ocurrido siempre en los grandes movimientos históricos, los combatientes húngaros de la libertad, que luchan por su existencia y por su país, no han presentido probablemente que habían puesto en movimiento un considerable mecanismo histórico. Rara vez ha presenciado el mundo un impulso popular tan compacto, ni un heroísmo semejante. La unidad popular era tal, que parecía no haber ya ninguna divergencia de opiniones, y que la clase dirigente, barrida en una noche, no había existido nunca. El heroísmo había alcanzado tal grado de delirio, que los jóvenes y las muchachas, con las manos vacías, paraban los tanques de los agresores que, como los cosacos de Nicolás I, en 1848, trataban de oponerse a su libertad y encadenar a su país.

Es indudable que estos combates no se reproducirán, pero tarde o temprano los demás países comunistas se lanzarán por el camino que ha trazado la revolución húngara. La herida inferida al comunismo por la revolución húngara no se cicatrizará nunca por completo. Todas las debilidades y todos los horrores del imperialismo ruso y del régimen de coacción soviético se han acumulado sobre el cuerpo de Hungría, y el pueblo húngaro ha amputado estos miembros purulentos.

No creo que la suerte de la revolución húngara haya decidido de la suerte del comunismo, ni del mundo. El comunismo internacional debe prepararse ahora a afrontar grandes tormentas y dificultades insuperables, y los pueblos de la Europa oriental tienen todavía ante sí muchas horas de lucha por la libertad y la independencia.

MILOVAN DJILAS

La doble ilusión del progresista

POR PIERRE EMMANUEL

En su irrisorio destierro haitiano Billaud-Varenne exhalaba su amargura contra los « malvados » que habían impedido a su « república jansenista » crear, de una vez para siempre, la felicidad del género humano : el mismo Billaud-Varenne, vestido con su traje color de pasa, había andado por encima de los cadáveres del « 2 de septiembre », felicitando al pueblo por inmolar a sus enemigos. Dos imágenes extremas de una serie en que figuran todos los Vichinskys de la tierra, que juntos no constituyen más que un solo hombre : el hombre del resentimiento puro. Estas gentes no tienen que vengarse de una ofensa determinada, y el odio ideal que alimentan va infinitamente más allá de su objetivo actual. Son los sacerdotes furibundos de un amor tan mal definido como su odio : detestan al mundo por no ser lo que debe ser, a pesar del esfuerzo y de la ambición de la virtud.

El antiguo director del colegio de Juilly era un pedagogo fanático : de los que nunca se desconfía bastante, y cuya mentalidad debería convencernos de que, sin darse cuenta, se odian a sí mismos. Si son implacablemente puros, es que su substancia no es más que mentira : proyectan sobre quien se les opone la propia maldad de sus deseos mal reprimidos, de su impotencia interior y se yerguen como ejemplos de moral para evitar que se les discuta. Al apuntar al prójimo se apuntan a sí mismos: sadismo y masoquismo mezclados. Su peor enemigo es el prójimo absoluto. Lo ven en quien se les parece :

Un puro encuentra siempre a otro más puro que le depura, al invocar los grandes principios, para confundir su exaltación con la embriaguez erótica de la sangre, Villiers de l'Isle-Adam resumió en una frase el secreto del sadismo revolucionario, cuyos falsos modos de razonar nos ocultan muy a menudo las verdaderas razones : « Los caprichos sensuales del hombre son una cola desplegada de pavo real, cuyos ojos sólo brillan en el interior del alma y, en la soledad, cada uno conoce su deseo ».

No habernos dado cuenta de esto es síntoma de enfermedad en nuestras almas : estamos contagiados de la epidemia romántica, del delirio del espíritu universal. El virus de la fatalidad se ha introducido en la Historia : ésta devora el tiempo como un cáncer, es el horrible *ersatz* de la trascendencia. ¿ Qué sinrazón nos ha llevado a esto ? ¿ Qué sonambulismo ? ¿ Por qué ceguera hemos procedido como si el comunismo no fuera una neurosis, como si fuera incluso lo contrario — la ciencia del hombre futuro ? Hemos estudiado la patología del hitlerismo, para el cual la raza era el fin de la Historia : pero, ¿ cuál es la patología de una doctrina para la que este fin es un hombre que no existe ? Nunca hemos expresado la menor duda, los unos sobre la infalible lógica del comu-

nismo, los otros sobre su inexorable aceleración : con la boca abierta por el éxtasis o por la angustia, espérábamos que viniese, y no ha habido un francés hasta la muerte de Stalin que no haya sido contaminado en sus fuerzas vivas por esta esperanza, o este terror, o lo que es peor aún, por su repugnante mezcla.

Escuchad cómo grita el que esto escribe, en el mismo instante en que publica su *Ouvrier de la Onzième Heure*, en el que desgarra el velo que le ocultaba este Moloc : « El comunismo ha desempeñado un papel demasiado importante en la vida y en los sueños del autor, para que éste no se sienta, una vez terminado este largo examen de conciencia, como anegado por una impotente tristeza ante la idea de que nada podría en adelante ser tan grande como este sueño, del que sabe que es un espejismo y que el verse excluído de él le hace, no obstante, sufrir. » Pero, ¡ esto es una mentira ! Una mentira que reside en el interior de las mismas palabras, un disfraz infantil del vacío del pensamiento... Ni una sola vez me había figurado, hasta entonces, lo que sería, lo que era ya el hombre comunista, esta increíble reducción del espíritu operada por primates intelectuales. Como tantos petimetres de la intelectualidad que a los veinticinco años rehacen el mundo a perfección y a los cuarenta aún no saben vivir, yo leí con un merecido desdén los informes de los procesos y las tonterías estéticas a lo Jdanov, diciéndome que los rusos eran decididamente bárbaros, pero que entre nosotros los franceses... ¿ Entre nosotros los franceses ? La jauría de los libelistas comunistas aullaba pidiendo la muerte, y los « artistas », bajo la férula, se afanaban redactando temas de una imbecilidad desesperante. Desarrollaré mi pensamiento hasta el fin, pues ahora empiezo a ver con claridad cierto aspecto feroz del alma francesa : también nosotros somos perfectamente capaces de hacer un culto nacional del horror y de gozar bajo el espasmo de las guillotinas. Siempre lo hemos sabido, ¿ no es cierto ? Nunca hablamos de ello, y hasta juraríamos lo contrario : pero los profetas del fanatismo han surgido primeramente entre nosotros.

Entonces, si yo sabía todo esto, ¿ en qué consistía ese « sueño » tan bello, que al despertar me inundaba de tristeza ? El que conozca los meandros del alma me comprenderá : yo soñaba son un comunismo ideal, por miedo del comunismo real, porque estaba fascinado, como tantos otros, por el inminente apocalipsis que surgía del abismo donde acababa de hundirse Europa. Es preciso decir que los comunistas han cultivado este pánico ante la inminencia, en sus propias filas lo mismo que fuera de ellas, hasta la muerte de su dios fulminante. Ahora bien, una vez terminado mi libro, y desvanecido mi « sueño », sólo queda el miedo, cuyo ideal era la máscara solar. La frase citada más arriba era una confesión de debilidad que anulaba, en unas cuantas líneas, toda la valentía aparente de mi pensamiento. Los hubo que no se dejaron engañar por las apariencias, como ese volatinero del partido que vino a decirme, sin vanos circunloquios, que yo me había « colocado fuera de la Historia » y que debía saber lo que me esperaba si... Yo lo sabía, aunque el sentido común, al que yo no había prestado bastante atención, empezaba a insinuarme que este *si* no era exactamente un *cuando*. Pero mi miedo no quería enterarse de la diferencia ; me dictaba esta frase equívoca, me hundía hasta la garganta una mordaza de palabras que retenía el ¡ no ! enérgico de la lucha a cara descubierta.

No digo esto para hacer *strip-tease* y desollarme vivo ante el lector. Compruebo simplemente en mí mismo, con un propósito de higiene mental y porque vale más observar *in vivo* que *in vitro* —lo que es igualmente verdad para muchos otros—, la existencia de un mal del que estoy curado, pero del que aún sufren algunos entre nosotros. En 1944, con la cabeza aún caliente por la insurrección nacional, hemos creído en la situación prerrevolucionaria : embriaguez mezclada de angustia, deseo de formar parte de ella, puesto que no se anuncia otra cosa en el horizonte ; y naturalmente también todo este torbellino que os trastorna, recuerdos de los manuales de historia, 1793, la Comuna, la Revolución de Octubre, la sociedad sin clases, la Edad de Oro, en fin

todo lo que emborracha a los débiles y les convence de que la historia ya está hecha, con ellos, si quieren, y si no, contra ellos. ! Cuántos ha habido, en aquel momento, que han temido perder la diligencia de la Historia ! Pero. ¿ por qué no han ingresado en el Partido ? ¿ Por qué querían estar en él sin estar ? Ellos sabían que el Partido quería serlo todo, que era infantil querer representar el papel de una conciencia superior, de testigos de un absoluto suplementario, al lado de una ideología absoluta. Este testimonio, si es practicado en régimen comunista, lo es forzosamente contra la manía totalitaria de este último. Según esto, ¿ hay que estar con los comunistas en la lucha por el poder, y contra ellos en cuanto lo ejercen ? Todas las sutilezas de la dialéctica no resuelven esta contradicción.

En realidad, el progresista es un hombre que tiene miedo de enfrentarse con los comunistas y se entrega fácilmente a la doble ilusión de ser un revolucionario y a la vez un espíritu libre : le basta, para llamarse libre, con rehusarlo todo en el lado donde no corre ningún riesgo, y para creerse un revolucionario, aceptar cualquier cosa que venga del otro, como un seguro contra todo riesgo futuro. Hace metapolítica durante todo el día, mientras que sus « amigos » trenzan las cuerdas de cáñamo que él no quiere ver o que, si las ve, juzga de antemano que serán bien empleadas. Y sin embargo, no es completamente un cobarde : es más bien un esquizofrénico. Todo lo que es el mundo del que —quiéralo o no— él extrae su ser, es radicalmente injusto y debe ser destruído : el mundo verdadero es el de enfrente, y no concibe que sólo haya uno. Este hombre ya no sabe lo que es hombre, ni que la injusticia sólo tiene un nombre. En el Este, visita los koljoses y se pavonea en las fiestas de la juventud, pero pasa ante las cárceles sin verlas.

Yo también he pasado ante ellas en 1947; eran cárceles ambulantes ; la calle, los rostros, las palabras, todo esto era sólo una misma prisión. Entonces he comprendido —lo bastante para no engañarme más acerca de mi miedo, pero no lo bastante para tener el sencillo valor de buscar otra cosa— lo que nuestra parte del mundo contenía aún de libertad y que quería sobrevivir. Para justificarme de no hacer nada, me he dicho que la gran ilusión, el gran engaño guiaba aún la esperanza de los pobres. Donde esta « esperanza » se ha realizado, ha demostrado su falsedad : Berlín, Poznan, Budapest nos lo prueban, y los amos del Este lo confiesan por la boca de los tanques. Pero ¿ aquí ? El comunismo sólo es la esperanza en palabras, todo le sirve para frenar los esfuerzos de un reformismo que le haría retroceder ; gracias a lo cual toda promesa ilusoria verbal le está permitida, y nosotros estamos aquí para dejarnos aturdir. Ha bloqueado la vida política de estos diez años, ha minado la izquierda francesa, ha esterilizado la derecha en un egoísmo que encallece hasta sus intereses más legítimos. Lo que nos deshace a todos es la presencia insidiosa de un cuerpo extraño que nos impide ser totalmente nosotros mismos ; una gran parte de nuestras energías son desviadas de él para producir una especie de substancia defensiva. Así vivimos en un estado de espera vaga, roídos por la desconfianza, la envidia, el miedo hipócrita, la esperanza perniciosa, la falta de imaginación ante los hechos y la intoxicación por las ideas generales.

Esperanza vaga, he dicho. Ensordecidos por los trompeteros de la Historia, ya no oímos la historia sin mayúscula, la que se hace cada día. Las raras ideas de importancia debidas a la lucidez de los mejores de nosotros —la Unión Francesa, el Plan Monnet, por ejemplo, o ciertas concepciones de Europa a la medida del mundo actual— las hemos hecho abortar por estrechez de miras o por falso idealismo. Los unos pensaban en el trastorno total y se elevaban con una lógica criminal contra todo lo que, al fortalecer a este país, hubiese hecho de él la piedra angular de un nuevo orden en Europa o en el antiguo Imperio francés : otros, obsesos por el espíritu maniqueo, veían a Francia, desdichada Andrómeda, entregada el monstruo atlántico, y acechaban la llegada de Perseo por el Este. Estos tomaban el dinero americano para hundirlo en la guerra de Indochina, guerra estúpida, guerra fratricida, ya que hubiéramos debido hacernos amar de este pueblo

más que de ningún otro : más aún, guerra civil en el seno de los mismos franceses, que no se han desembarazado de estos venenos. Así es como estallaron centenares de miles de millones, hasta el momento en que la guerra misma se nos fué de las manos para convertirse en un aspecto de la guerra de los mundos. La herida que nos ha producido permenecerá abierta mucho tiempo, gangrenada por el resentimiento : contra nosotros mismos, contra los pueblos de Africa del Norte, contra la Alemania que se cebaba de dólares, con la bendición de Norteamérica, y sobre todo contra ésta, cuyo imperialismo denunciábamos a todos los vientos.

La derecha y la izquierda se han entendido por lo menos sobre un punto : la elección de la víctima propiciatoria. Suceda lo que quiera en el mundo, la culpa es de Norteamérica. El Plan Marshall, el Pacto atlántico, los diversos ensayos de unidad europea han sido desacreditados uno tras otro. La política del dólar podía criticarse : lo fué ; pero la crítica, en lugar de ser sana, se gangrenó con intenciones malignas. He aquí la doble bajeza de nuestra época : se tiembla por una parte, ante el militarismo soviético, y por otra, para probarnos que existimos, quisiéramos dar la coz del asno a los norteamericanos. Ya hemos gritado en todos los tonos que la amistad de los pueblos no se compra con dinero. Y lo hemos gritado con tanta más fuerza, cuanto que tomábamos este dinero para volatilizarlo y no para adquirir la independencia. Falsos humillados, mendigos incorregibles, nos vengábamos con la recriminación y la injuria, de continuar en dependencia por nuestra culpa. Entre la derecha y la izquierda, el enfurruñamiento no tenía más que una diferencia de tono. ¡ Si al menos los franceses se hubiesen metido en la cabeza, de una vez para siempre, que su salvación debía surgir de ellos mismos ! Norteamérica venía en nuestra ayuda por interés, ¿ hay nada más natural ? ¿ Por qué fingir que hubiera debido ser una nación de filántropos ? Nuestro propio interés hubiera consistido en servirnos de esta ayuda para llegar a poder prescindir de ella : fortalecer nuestra autonomía económica hubiera sido también el mejor medio de pagar nuestra deuda a los Estados Unidos. Pero hemos preferido avanzar por el antiguo carril, el lodazal de un neocolonialismo en el que arriesgamos no sólo nuestro honor, sino nuestro porvenir de gran potencia : y si de América se elevaban voces para advertirnos del peligro, les devolvíamos como eco la cuestión de los negros.

¿ Los norteamericanos no nos comprenden ? ¿ Y nosotros, ? les comprendemos a ellos ? Interrogad al hombre de la calle en los Estados Unidos : ha pagado para darnos dinero ; esto le confiere el derecho a asombrarse de que le detestemos. Hoy todavía, a pesar de los crímenes de la U. R. S. S., que han disipado el gran espejismo oriental, todos los « revolucionarios » del mundo no tienen más que una voz para criticar la manera de vivir de un pueblo que pacientemente, oscuramente, valientemente, trata de desenmarañar esta mezcla de justicia y de injusticia en que se debate, lo mismo que los demás. Se olvida cómo ha liquidado su macartismo : no se quiere saber nada del trabajo consciente que realiza para acabar con la segregación. Y lo que se ignora por completo es el esfuerzo que hace al contacto de la historia reciente para atenuar la « buena conciencia » puritana que su tradición le ha legado.

Por una paradoja psicológicamente comprensible, el momento en que él se dispone a revisar su conducta es el que Europa escoge para echarle en cara su mito. Es el rico, y para algunos, esto lo dice todo : el que sólo piensa en el « confort » — ¡ como si nosotros no pensáramos también en él... ! Es el pueblo sin alma, en el que la técnica lo devora todo. Porque le gusta organizar fiestas en las que se exhiben muchachas someramente vestidas, se le acusa de transformar sus ritos políticos en espectáculos de music-hall. Porque busca torpemente, y a veces de manera conmovedora, una cultura que su inexperiencia no ha sabido formar aún, se le califica de bárbaro. Es cierto que ha presumido demasiado : pero, ¿ le hemos ayudado a descubrir lo que quedaba en él de nuestro ser ? Ahora que se acerca a nosotros y que nuestro interés vital sería fortalecer nuestra alianza, nos obstinamos

en paralogismos tales como : Hungría igual Guatemala, luego la U. R. S. S. y los Estados Unidos son equivalentes. Al querer ser los Quijotes de la justicia absoluta, no somos más que los Poncio Pilatos de la historia. Es verdad que denunciamos en todas partes la mentira, pero no confundamos su glorificación sistemática con la navegación difícil al través de los escollos del error. Los que aspiran a la verdad de los ángeles corren el riesgo, al no poder utilizar otros medios, de encogerse de hombros maquinalmente ante los dilemas humanos, ¿ demasiado humanos ? que pide la verdad entre nosotros.

Tomemos el ejemplo de la tragedia húngara y de las reflexiones que no puede dejar de inspirar. Todo hombre de sentido reconoce que la sublevación contra la U. R. S. S. se hubiera propagado a los países satélites sin excepción : que la mitad de Europa hubiera conocido la guerra civil, que sin duda se hubiera extendido hasta Yugoeslavia, donde el equilibrio de las nacionalidades sigue siendo precario ; la misma Rusia no hubiera escapado a trastornos tan amplios, pues todo permite adivinar allí, después de treinta años de dictadura comunista, un anarquismo creciente de las conciencias. Así pues, la matanza de Hungría era objetivamente necesaria. Recalco la palabra objetivamente, pues la objetividad es un lupus en el rostro de la Historia, para evitar un caos político, cuya repercusión hubiera conmovido al universo. Esto no excusa de ningún modo el salvajismo sin nombre de los rusos : esto justifica aún menos la mentira que convierte en « liberación » esta matanza. Cabe pensar también que los rusos no han hecho más que retroceder para poder saltar mejor, y que el odio acumulado por ellos les alcanzará más aún de aquí a diez años. Pero, si a fin de apreciar la situación en sí misma, dejásemos a un lado la ética más elemental y el más vulgar espíritu de profecía, no podríamos eludir esta evidencia que es la Rusia comunista, la cual, al imponer a la mitad de Europa la argolla de una ideología intolerable, ha creado las condiciones igualmente *objetivas* de semejante caos. El que ella no pueda hoy sino perseverar en un sistema de terror que la quema como una túnica de Nesus y que consolida la perennidad de la mentira en el momento mismo en que una necesidad creciente de verdad la ahoga, no hace sino confirmar la nocividad fundamental de su venemo ideológico. Ninguna neutralidad es, pues, posible ante ella : hay que estar en favor o en contra, no hay otra solución .

Demos gracias a Dios por vivir en esta parte del mundo en que la política es el dominio de lo relativo. Ninguna libertad, ningún provecho son posibles fuera de este terreno. Aquí reside la posibilidad de una elección o más bien de una serie indefinida de elecciones que constituyen la integral progresiva de la historia. Nosotros sabemos que somos falibles, lo que debería mantenernos aún más vigilantes. Aquí, por lo menos, los errores se reparan, cuando la unión de las conciencias honradas pesa sobre los hechos con su peso justo : pero, en la cárcel de lo absoluto, el error se justifica reiterándose, hinchando su propio delirio. Hay una diferencia de naturaleza entre estos dos tipos de error. ¿ Podemos dudar un sólo instante entre el mundo de los hombres y el de los ángeles exterminadores ? No lo creo : el universo que debemos defender —y para defenderlo hay que organizarlo antes— es el de los fines relativos, donde la verdad se desprende humildemente de sus errores, y no el de los fines absolutos, en el que la verdad no es más que la fachada monumental de la mentira. Pensemos en el frontón majestuoso de los campos de concentración nazis : *Recht oder Unrecht, mein Vaterland* (Con justicia o sin ella, es mi patria). Un día, si no estuviéramos atentos, podrían abrirse, —o volver a abrirse— estos campos hasta en nuestra tierra, dominados por la inscripción blasfema : « Tú eras la única justa, oh Ideología ! »

Nuestro país vive desde hace quince años en estado de guerra civil larvada, entre dos campos cuya impotencia paraliza providencialmente su odio, pero que se han olvidado de vivir en la realidad diaria de la patria. ¡ La derecha y la izquierda ! Viejas anquilosis, reumas deformantes de la política... ¿ Qué me proponen las gentes de derecha ? Encerrarme en la

Francia *sola*, y el uniforme de un nacionalismo, con los codos agujereados, que me ofrecen para que me lo ponga, es cada vez más estrecho. Y ¿ la izquierda ? Me tiende las armas del caballero errante, me da las nubes para montura escuálida. ¡ Armate caballero en nombre del universo ! Si escuchara a los primeros, yo sólo debería amar una parte de mí mismo y estar dispuesto a odiar al resto del mundo y a la otra parte ; si escuchara a los segundos, tendría que amar de todo corazón a los chinos, al Sr. Nehru, a la cultura negra y al F. L. N., pero guardarme de pensar en mí — en mi pueblo — puesto que el yo es detestable, ha dicho un jansenista que tenía sus razones para ello. Y yo digo que Sancho Panza, que había aprendido mucho de Don Quijote, había aprendido también mucho al ser manteado. El « Sancho quijotesco » de Unamuno, del que nos sabemos nada, pues volvió a incorporarse modestamente al difícil deber de cada día, ha reunido sin duda en él las dos naturalezas, no para la edificación del mundo en general, sino para servir de ejemplo, sin darse cuenta siquiera, a sus vecinos inmediatos : así es como ha demostrado la única gloria del mundo verdadero, y ha dado pruebas de la existencia de esta Dulcinea que se llama la Verdad.

* * *

Los franceses no son una nación de profetas ni de apóstoles : su prójimo inmediato son ellos mismos. Forman un pueblo de individuos que tienen ciertos intereses comunes y otros que no lo son. Sus intereses comunes definen su lugar en el mundo : a ellos corresponde encontrarlos entre sí, ya que la política extranjera debe ser una y aceptable para la gran mayoría ; y después, atenerse a ella. Sus intereses no se afrontan en un duelo a muerte, sino con el fin de llegar a una mayor armonía. Sin duda es preciso batirse para sobrevivir : suprimir los conflictos de intereses sería arruinar el interés de la vida ; la « pacificación » por la nada es un fantasma de imbéciles. Yo pretendo que el elector comunista, por preocuparse poco de la escolástica de sus jefes, no tiene otra ideología que sus motivos de descontento. Ni ve a Rusia tal como es, ni a su partido tal como el aparato quiere que reine : los intereses del comunista medio no son más totalitarios que los de otro cualquiera. Si le parecen distintos de los nuestros, es porque la propaganda los ha alienado. A esta alienación, como a la tensión obsesional que la aviva, se reduce su « ideología ». Así pues, el comunismo puede sufrir erosión mediante un esfuerzo incesante hacia un mayor bienestar : este esfuerzo simultáneo en todos los terrenos devolvería a los franceses el gusto de Francia y reconstituiría, en el espacio de unos años, la riqueza nacional, que la política actual entierra aquí y derrocha allá, dominada por el miedo del día de mañana.

Cada debilidad tiene su locura para defenderse a sí misma. Hay una cierta Francia que aspira al reposo en la dictadura de un partido o de un hombre : esta Francia está muy próxima a morir, y nosotros no verteremos ninguna lágrima sobre su tumba. Pero hay otra cobardía que se oculta detrás de pretensiones generosas : la que se consagra al hombre ideal por incapacidad de creer en sí. Es bueno y estimulante que el espejismo del hombre ideal se disipe en los países mismos en los que la marcha en pos de la estrella estuvo jalonada de tantos sacrificios sangrientos. Los hombres podrán al fin vivir sin la hipoteca de la Edad de Oro delante de ellos : y quizá también pensar, costumbre que habían perdido. En cuanto a los que se aferrasen a una quimera y creyeran todavía, después de tantas traiciones, incoherencias y mascaradas, que el comunismo lo es todo, que sus hombres saben lo que son y que su verdad es única en el mundo, ¡ acaso no han confiado ya a la tierra, solos con la noche, el gran secreto que les oprime : « Midas, el rey Midas tiene orejas de asno ? » Secreto que los vientos, las hojas y las ondas han comunicado al universo, y que ellos serán tal vez los últimos en oír, aunque se lo repitan todos los días.

PIERRE EMMANUEL

Las grandes potencias y la guerra de España (1936-1939)

POR LUIS ARAQUISTAIN

Han transcurrido veinte años desde que en 1936 una parte del ejército se subleva contra el gobierno constitucional de la República española. La perspectiva del tiempo pasado y los datos de los archivos secretos y las Memorias de los testigos y actores de aquella guerra nos permiten hoy verla y comprenderla con mayor claridad, no para complacerse en vanas recriminaciones, que no incumben a la verdadera historia, sino para explicar los hechos ocurridos y conocer los móviles íntimos de los Estados que decidieron, más que los propios españoles, del destino de su patria. En este sentido, aquella guerra será siempre una lección histórica de interés perenne y universal.

Como los generales sediciosos se habían apoderado para sus fines de la mayor parte del armamento del Estado a cuyo servicio y seguridad estaban, el gobierno español solicitó inmediatamente del gobierno francés que le vendiera las armas necesarias para su defensa legítima. Para apelar al gobierno francés había, entre otros motivos, el de las afinidades políticas de los dos gobiernos. Las elecciones españolas en febrero de 1936 y las francesas en abril del mismo año habían tenido por resultado un gran triunfo del frente popular de los partidos de izquierda. En Francia, un socialista, Léon Blum, presidía el gobierno. En España, gobernaban los republicanos de izquierda con el pleno apoyo del partido socialista. ¿ Cómo respondió el gobierno francés a la demanda del español ?

Génesis y nacimiento del Comité de no intervención

Algunos publicistas han atribuído al gobierno inglés la iniciativa del comité de no intervención. Los hechos contradicen este aserto. Según Madariaga, el autor de esa idea fué Alexis Léger, subsecretario permanente del ministerio de Negocios Extranjeros de Francia y el asunto se resolvió en un consejo de ministros en que el Presidente de la República, Lebrun, preguntó a Daladier, ministro de la Guerra : « ¿ Asumirá el ministro de la Guerra la responsabilidad de que en este momento se envíe material de guerra fuera de Francia ? ». Daladier contestó que no. « Eso resolvió el asunto », agrega Madariaga, sin indicar la fecha de tal acuerdo (1). Según otra fuente, fué el 25 de julio de 1936 cuando el gobierno francés tomó el acuerdo en un consejo de ministros de adoptar una neutralidad estricta y no exportar material

(1) Salvador de Madariaga : *Spain*, segunda edición, Londres, 1942, p. 385.

de guerra a España (1). La guerra había comenzado el 18 de julio.

Por otro testimonio sabemos que el 1 de agosto de 1936 el gobierno francés apeló a los gobiernos de Inglaterra e Italia para que procediesen rápidamente a organizar la no intervención en España. Al mismo tiempo anuncia que, en vista de la cantidad de suministros que se estaban enviando a los rebeldes, el gobierno francés estaba considerando la posibilidad de rectificar su decisión de no proveer al gobierno español (2). Indudablemente, lo que indujo al gobierno francés a considerar una rectificación de su neutralidad fué el aterrizaje forzoso, el 30 de julio, de tres aviones italianos de transporte en Argelia, territorio francés del Norte de Africa. Iban destinados a la zona española de Marruecos, ocupada por los rebeldes, de donde había partido la insurrección. No eran los únicos. Según el corresponsal de la Agencia Reuter, de Londres, en la zona francesa de Marruecos, en un despacho del 31 de julio, catorce aviones italianos del mismo tipo que los caídos en Argelia habían llegado al Marruecos español. A la vista de estos datos, la nota del gobierno francés equivalía a una advertencia conminatoria para Italia y un requerimiento para que el gobierno inglés de Baldwin hiciese presión sobre su amigo Mussolini, al objeto de que desistiese de seguir enviando armamento a los facciosos españoles.

El 4 de agosto contesta el gobierno inglés a la nota francesa que está de acuerdo con el principio de no intervención y sugiere que se hagan las gestiones diplomáticas para ese fin. Todos los sondeos preliminares los hizo el gobierno francés. Por un memorándum de Neurath, ministro de Negocios Extranjeros de Alemania, sabemos que el mismo 4 de agosto le visitó el embajador francés en Berlín con ese propósito (1). Esa debió de ser la fecha de la gestión cerca de los otros gobiernos requeridos, que fueron todos los de Europa. Uno tras otro, todos se adhirieron al proyecto de no intervención y el 9 de septiembre de 1936 se reunieron en Londres los delegados de todos los gobiernos europeos, menos Suiza, que había reiterado su neutralidad tradicional.

Aunque los Estados Unidos no fueron invitados a participar en el comité de no intervención, el 11 de agosto anunció el Departamento de Estado que su gobierno seguía la política de no ingerencia en los asuntos internos de los países extranjeros. No hay duda que su política fué la misma que la del comité de Londres, si bien por un momento tal vez pensó modificarla, como veremos más adelante. Fué probablemente la presión inglesa la causa de que el gobierno norteamericano concretara su actitud en las medidas legislativas del 8 de enero de 1937 y del 1 de mayo de 1937 que prohibían la exportación de armas a España y señalaban las multas en que incurrían los contraventores (2). Una América sin embargo de armas hubiera dado al traste con el comité de no intervención. Había que impedirlo y se impidió. Con estos taponamientos trasatlánticos, el comité de Londres nada tenía que temer.

Origen liberal del principio de no intervención

La no intervención no era mala en sí. Al contrario, es uno de los grandes principios liberales del Derecho internacional. Nace durante la revolución europea de 1848, como una réplica al derecho de intervención invocado y aplicado por la Santa Alianza para sostener las monarquías absolutas contra los pueblos que aspiraban a

(1) *Foreign Intervention in Spain*. Documents collected and edited by « Hispanicus ». Londres, 1937, p. 389.

(2) *Documents on German Foreign Policy*. From the Archives of the German Foreign Ministry. Vol. III « Germany and the Spanish Civil War », p. 29, nota al pie. Obra capital para la guerra en España. Será citada como *Documents*.

(1) *Documents*, p. 29.

(2) Norman J. Padelford : *International Law and Diplomacy in the Spanish Civil Strife*. Nueva York, 1939, páginas 647-661.

un régimen constitucional. Sindicato de monarcas se llamó a la Santa Alianza, formada en 1818 por Rusia, autora principal, Austria, Prusia y Francia ; Inglaterra, hostil al principio, acabó adhiriéndose más tarde a esa especie de pacto de garantía del absolutismo. En 1821, las tres primeras potencias intervienen en Nápoles y Piamonte para reprimir una insurrección popular contra la dinastía reinante. En 1823, interviene Francia en España con los cien mil hijos de San Luis para ayudar a Fernando VII a destruir el gobierno constitucional y restablecer el absolutismo ; precedente histórico de la intervención (protegida por el comité de no intervención), con análoga finalidad, en 1936. Resucitaba la Santa Alianza.

Después de la revolución francesa de 1830 y la europea de 1848, las democracias nacientes proclaman el principio de no intervención, es decir, el derecho de los pueblos a darse el régimen político que quieran, sin ingerencias exteriores. León Blum, que conocía a fondo la historia del siglo XIX, recordaba seguramente la gloriosa ejecutoria del principio de no intervención al proponer su gobierno que fuera aplicado a la guerra de España. Durante mi misión en la embajada de la República española en París, entre 1936 y 1937, hablé frecuentemente con León Blum en su residencia oficial del hotel Matignon y en su domicilio particular de la Ile-de-France, y sé bien con qué angustia y simpatía para la República española seguía las peripecias de nuestra guerra y sus repercusiones en el exterior.

No hay duda que si se hubiera cortado la intervención italoalemana en España, como deseaba Blum, la insurrección militar se hubiera sofocado en todo el país, como se sofocó al principio en Madrid, Cataluña, litoral cantábrico y mediterráneo oriental. Desde el punto de vista del Derecho de gentes, la guerra en España fué un conflicto entre dos principios : el de intervención, representado por una nueva Santa Alianza de tres Estados absolutos, Alemania, Italia y Portugal, y el derecho de no intervención, concebido por Francia y luego organizado, desnaturalizado y dirigido por Inglaterra.

Sería cándido y necio pretender que cuantos gobiernos se apresuraron a aceptar la idea de no intervención en España lo hacían sólo por el contenido liberal de ese principio. Si así fuera, no lo hubieran suscrito los Estados totalitarios aun antes de saber que el comité de Londres acabaría siendo la mejor patente de corso para su intervención. Además de una contienda entre dos principios, la guerra de España fué una prueba más de la ineficacia e impotencia del principio de seguridad colectiva, representado por la Sociedad de las Naciones, frente a la agresión descarada e impune. Lo que ocurría en España no era un caso aislado, un raro crimen internacional, sino un episodio más en un largo y trágico proceso de capitulaciones que había comenzado en 1931 con la Manchuria y que sólo terminaría en 1939 con la segunda guerra mundial. No es posible comprender la historia de la guerra en España sin situarla en el contexto de la historia general de aquel período, harto conocido para que sea necesario recapitularlo ahora de nuevo.

Nadie tuvo entonces valor ni perspicacia política para hacer frente a la fuerza cuando distaba mucho de ser incontrastable. Así lo reconoce Samuel Hoare (ahora ennoblecido con el título de lord Templewood) al escribir años más tarde : « Yo estoy convencido ahora (en 1954) de que si nosotros (Inglaterra) y nuestra aliada (Francia) hubiéramos intervenido (contra la remilitarización de Renania por Hitler el 7 de marzo de 1936), seguramente podíamos haber obligado a Hitler a retroceder y haber infligido un golpe mortal a su creciente prestigio. Fué entonces cuando él se convenció de que la vía estaba libre y de que los aliados (occidentales) no le cerrarían el paso. Desde entonces la historia fué una serie de operaciones de retaguardia, que no detuvieron su avance hasta los años de la guerra que había de asolar al mundo » (1).

Dieciocho años tardó Hoare en convencerse de que la remilitarización de Renania fué una de las ocasiones de hacer

(1) Viscount Templewood (Samuel Hoare) : *Nine Troubled Years*. Londres, 1954, p. 201.

frente a Hitler, de oponer la fuerza a la fuerza. Al parecer, Hoare no se convenció nunca de que la guerra de España había sido otra ocasión. Los apaciguadores solían alegar que Inglaterra y Francia estaban desarmadas. No estuvieron más armadas, proporcionalmente, en 1939, cuando al fin se decidieron a declarar la guerra a Hitler por Polonia, en vista de que todas las concesiones anteriores no habían podido mitigar su apetito de conquistas.

Nueva técnica para el sacrificio de España

Era natural que las potencias occidentales, que tantos sacrificios —ajenos— habían tolerado durante esos años, consintieran también el sacrificio de la República española. Pero había una diferencia : Manchuria, Etiopía, Renania, como luego también Austria y Checoslovaquia, fueron poco más que paseos militares, al paso que en España los agredidos resistían tenazmente a los agresores internos e externos. El caso de España, un país siempre incalculable, tenía pocos antecedentes históricos. Los más semejantes fueron las intervenciones de la Santa Alianza, ya citadas. Pero en los comienzos del siglo XIX no había pueblos que reclamaran la contraintervención, como en 1936, ni una Sociedad de las Naciones que se había creado para proteger los Estados contra una agresión externa no provocada. Ahora bien : estas novedades del siglo XX, unos pueblos liberales que pedían a sus gobiernos que no abandonasen a la España republicana y una Sociedad de las Naciones obligada a velar por la seguridad colectiva, si eran atendidas y aplicadas, constituían un posible peligro para la paz general, o eso creían por lo menos todos los Hoare de la época, y había que paralizarlas.

Ya vimos que el comité de no intervención había sido la criatura de Francia. Pero fué Inglaterra su nodriza y su tutora. Los franceses fueron los que primero vieron el peligro de que la guerra española pudiera generalizarse. Pero fueron los ingleses quienes se dieron cuenta de las posibilidades de localizarla mediante el aparato ortopédico de un gigantesco comité de no intervención en el que participasen hasta los propios Estados interventores, incluso con la aquiescencia de los dos bandos beligerantes y la adhesión tácita, pero activa, de los Estados Unidos y en realidad de todos los países de Occidente. Nunca se había visto en la historia del mundo unanimidad semejante para no intervenir en los asuntos internos de una nación y, sin embargo, en ninguna guerra civil hubo tanta intervención internacional. Pero todo el mundo ignoraba « oficialmente » tan notoria y aun ostentosa intervención.

Lo ignoró, más que nadie, la Sociedad de las Naciones. Cuantas veces quiso el gobierno español que esa entidad interviniese en el conflicto de España, como la obligaba el artículo 10 del Pacto que trata de la garantía colectiva, el Consejo contestaba que la guerra de España, por ser una guerra civil, no caía dentro de su jurisdicción. Y cuando el gobierno español demostraba, con pruebas irrefutables, la intervención italoalemana, el Consejo se declaraba también incompetente, alegando que para tratar del caso estaba el comité de no intervención de Londres y que ante él debía acudir el gobierno republicano. Pero ese gobierno no tenía representación en el comité de Londres y cuando le delegación rusa —la única que defendía abiertamente la causa de la República española— llevaba al comité las pruebas de la intervención de Alemania e Italia, los representantes de estas potencias se limitaban a negarla cínica y desdeñosamente, y las otras, si algo decían alguna vez, era que el papel del comité era evitar la intervención, pero que si había pruebas o indicios de que algunas potencias violaban los acuerdos tomados, la competencia de investigarlo y sancionarlo correspondía a la Sociedad de las Naciones ginebrina. La República española era una pelota con la cual jugaban alegremente Ginebra y Londres —en realidad los mismos perros con distintos collares—, mientras en los campos de batalla de España moría un millón de hombres. El caso español, único en la historia del Derecho internacional, pudo ocurrir por la coyuntura mundial de aquellos años, y para explicarlo hay que conocer los

motivos de política interna o externa que unos Estados tuvieron para intervenir y otros para permitirles que intervinieran, pero sin reconocer oficialmente en ningún momento que intervenían.

Por qué intervino Italia

La primera y más activa intervención fué la de Italia. Ya queda dicho más arriba que el 30 de julio de 1936 cayeron en el territorio francés de Argelia tres aviones italianos de transporte, que iban destinados a los insurgentes españoles de Marruecos y que por aquellos días habían llegado quince de tipo análogo al mismo destino. Como la marina de guerra republicana dominaba en el estrecho de Gibraltar, los aviones italianos de transporte enviados a Marruecos fueron un factor decisivo en los comienzos de la guerra española. Gracias a ellos pudo el general Franco, que se hallaba en Africa, transportar tropas bereberes mercenarias a España. Sin esas tropas africanas, núcleo del futuro ejército faccioso, no es probable que los militares sublevados en la Península hubieran podido organizar su ofensiva, ni mantener su resistencia.

Fué en Roma, y no en Berlín, donde los españoles antirrepublicanos buscaron y encontraron estímulos y ayuda para su levantamiento. ¿ Qué le movió a Mussolini para prestar ese apoyo ? A mi juicio, lo que en primer término le decidió a intervenir en España fué un motivo de política mediterránea y no sus afinidades ideológicas con el fascismo español. En 1936, el general Primo de Rivera, dictador de España, estuvo en Italia y firmó con Mussolini un tratado de amistad entre los dos países. El convenio duraría diez años, o sea, hasta 1936, fecha del alzamiento militar. Me consta que durante la República española, es decir, entre 1931 y 1936 Mussolini hizo insistentes sondeos sobre las perspectivas de prorrogar el tratado de 1926 a su expiración en 1936. Tengo también motivos fundados para saber que el gobierno republicano español, que no denunció ese tratado, nunca tomó en consideración las exploraciones de Mussolini, ni apenas tuvo conocimiento de ellas, ni en realidad de la existencia del propio tratado. Vivíamos en el mejor de los mundos : la política internacional no nos interesaba poco ni mucho, menos aún que en tiempos de la monarquía. Nada de complicaciones exteriores. Además nos bastaba la sabiduría inagotable y perenne de nuestro refranero para relacionarnos con el mundo. Creíamos a pie juntillas en lo que nos enseña un refrán : que si uno no quiere, dos no riñen. Al parecer, es también lo que piensa el avestruz cuando sabiamente mete la cabeza bajo el ala.

Naturalmente, Mussolini interpretó lo que a él le parecería reserva diplomática y que más bien era indiferencia, si no ignorancia, como indicio probable de que el gobierno republicano español no quería prorrogar el tratado de amistad con Italia, sino sustituirle en su día por una alianza con Francia e Inglaterra en el Mediterráneo, que acaso ya se estaba elaborando. El gobierno español, neutralista a ultranza, no tenía ni remotamente tal propósito ; pero así debió creerlo Mussolini en vista de su profundo mutismo en cuanto al tratado de 1926 y de la actitud, hostil a Italia, que España adoptó en la Sociedad de las Naciones cuando el gobierno italiano fué declarado agresor de Etiopía. El Duce conocía bien la situación política interna de la España republicana para no creer ni por un momento, como alegaban, para justificarse, algunos de los hombres de la rebelión, que había que salvar a la Península Ibérica de convertirse en un satélite de la Rusia soviética. No era eso lo que temía Mussolini, sino verse aislado en el Mediterráneo en caso de una guerra mundial. La actitud de los republicanos españoles le hizo creer que bajo la capa de su reserva diplomática se escondía un puñal destinado a herir alevosamente por la espalda a Italia. Había que ganarles por la mano, y les ganó.

La actitud de Francia

Aparte el principio liberal de no intervención y las esperanzas de León Blum y otros franceses de que la neutralidad de todos, observada lealmente, favorecería a la República española, que ya he exami-

nado más arriba, motivos de otro orden influyeron en la mayoría del gobierno francés al adoptar esa política. Si el gobierno cedía a la fuerte presión de las izquierdas para que se ayudase a los republicanos españoles, se temía que se produjeran uno de estos dos efectos o los dos conjuntamente : una extensión de la guerra española o un golpe de Estado de las derechas francesas. Una guerra general, sobre todo con Alemania, no la quería nadie, como se vió en las etapas sucesivas del apaciguamiento hasta el ataque contra Polonia. Francia no estaba preparada militar ni moralmente después de su gran esfuerzo en la primera guerra mundial.

Los gobernantes de izquierda más responsables temían asimismo una insurrección de las derechas si se ayudaba eficazmente a la República española. La tentativa de sedición del 6 de febrero de 1934 por parte de las Cruces de Fuego y otras organizaciones fascistas había dejado un recuerdo penoso e inquietante. Francia no acaba de ser un país constitucionalmente pacificado. Por otra parte, el antisemitismo, todavía latente en Francia, vigilaba amenazador la política de León Blum, primer judío francés, si no estoy equivocado, que presidía un gobierno. El 13 de enero de 1936, como el automóvil que conducía a Blum se cruzase casualmente con el cortejo fúnebre que acompañaba al cadáver del historiador monárquico Jacques Bainville, los « camelots du roi », al reconocerle, asaltaron su vehículo y a él le hirieron en el rostro. Era un aviso que Blum debió tener siempre presente como jefe de gobierno. Además, muchos franceses, sin ser de la derecha, tampoco perdonaban a los españoles que hubieran sido neutrales en la primera guerra mundial. Ahora les tocaba a ellos, los franceses, el turno de serlo.

Otros, cuando solicitábamos su concurso, se limitaban a lamentar que la República, española hubiera continuado la política de aislamiento de la monarquía. En 1932, Herriot había ido a España para sondar al gobierno sobre una posible alianza militar entre los dos países. Manuel Azaña, entonces jefe del gobierno, evitó que Herriot pudiese hablarle siquiera del asunto. Una alianza así, acaso hubiera disuadido a Mussolini y Hitler de intervenir en España. Con todo, Francia no dejó de ayudar a la República española ; pero debido al escaso material de guerra disponible, a lo anticuado de ese material y al temor de que la guerra se generalizara y de que las derechas fascistas y antisemitas se insurreccionaran, sobre todo en un momento en que el gobierno de Blum concentraba sus esfuerzos en sacar adelante su programa de leyes sociales, la ayuda resultó insignifiante comparada con la voluminosa y decisiva que los insurrectos españoles recibían de Italia y Alemania.

La intervención alemana

Cuando Franco, en los primeros días de la insurrección, envió desde Marruecos dos delegados alemanes para que trataran con el gobierno de Berlín, los ministros civiles se negaron a recibirlos, por considerarlos como agentes de una causa sediciosa. No querían complicaciones en España. Fué Göring quien persuadió a Hitler a intervenir, pero no por motivos ideológicos, sino lucrativos. Bajo la inspiración y el control de Göring se formaron dos sociedades, la Rowak, con sede en Alemania, y la Hisma, con sede en Sevilla. Entre ambas monopolizaban todo el comercio de exportación e importación entre Alemania y la España rebelde (1). El negocio fué fabuloso para Göring.

Hitler nunca se interesó mucho en la guerra de España. La consideraba como una guerra de Mussolini por sus intereses en el Mediterráneo. Tampoco creyó seriamente en ningún momento que en España pudiera establecerse un Estado soviético. Utilizó aquella guerra como ensayo para su aviación y escuela para sus soldados ; pero no tardó en hartarse de sus amigos españoles, por arrogantes e independientes. Más de una vez pensó retirarse. Se lo dice el 6 de abril de 1938 en Salzburgo a un funcionario del ministerio de Relaciones Exteriores de su gobierno que ha dejado una minuta de aquella conversación. « No

(1) *Documents*, nº 101, p. 113.

estaría mal —confiesa Hitler — que pudiéramos retirar nuestras tropas y sobre todo nuestras fuerzas aéreas. Naturalmente, antes habría que ponerse de acuerdo con los italianos. » Obsérvese : dice con los italianos, y no con los españoles. Luego añade : « Nuestros soldados no podrían ya aprender más », y « en último análisis las tropas tienen que retirarse un día u otro. Ya lo hemos intentado varias veces. » (1).

El 28 de septiembre de 1940, Hitler tiene una conversación con Ciano, yerno y ministro del Exterior de Mussolini, sobre la posible intervención de España en la segunda guerra mundial. « Económicamente —le dice Hitler a Ciano— Alemania había gastado muchos cientos de millones en España. El (Hitler) había adoptado la actitud de que durante la guerra (española) no se discutiese el pago de esa deuda, sino que habría de pagarse después de la victoria de Franco. Y ahora, cuando Alemania pedía que se le pagase la deuda de 400 millones (de marcos) de la guerra civil española, los españoles interpretaban esto como un acto indelicado, por mezclar las consideraciones económicas con las ideales. Como alemán, uno se encontraba apareciendo a los ojos de los españoles como un judío que quiere hacer negocio con los valores humanos más sagrados. Por lo tanto, en todos los acuerdos con los españoles, hay que fijar la posición de antemano. Si Alemania ha de suministrar el trigo, hay que fijar inmediatamente la cuestión de las compensaciones. Italia y Alemania hicieron mucho por España en 1936... Sin la ayuda de ambos países, hoy Franco no existiría » (2).

Me consta también, y esto muy personalmente, que tanto Mussolini como Hitler estaban dispuestos a negociar con los republicanos su retirada de España, y las palabras transcritas de Hitler confirman que ello no era nada utópico. Nos faltó valor político para llevar adelante esas negociaciones. Pero la historia es demasiado larga y triste para contarla ahora y aquí. Algún día se sabrá.

(1) *Documents*, nº 559, p. 634-635.

(2) *Documents*, págs. 932-933, Editor's Note.

La no intervención inglesa

Al contrario que Francia, Inglaterra no sufría ninguna amenaza de las derechas ni presión de las izquierdas. Mosley, con el puñado de fascistas de su British Union, no amedrentaba a nadie. Tampoco por la izquierda se hacía mucha fuerza sobre el gobierno de Baldwin para que ayudase a la República española. Los laboristas simpatizaban personalmente con la causa republicana. Varios jefes, como Clement Attlee, lord Listowel y otros, visitaron los frentes republicanos. No pocos románticos, como el escritor Orwell, se batieron en las brigadas internacionales, sin ser comunistas. Pero como la mayoría de los católicos ingleses simpatizaba con los rebeldes y el partido laborista cuenta con muchos votos católicos, hasta la propaganda del laborismo fué moderada y prudente. Sólo en las elecciones de 1945, después de la segunda guerra mundial, los laboristas hicieron de la guerra de España un arma de combate contra el partido conservador por haber dejado destruir a la República española. El cadáver de esa República les ayudó a ganar las elecciones ; pero ella no pudo resucitar.

En 1936, pocos ingleses estaban dispuestos, por la República española, a embarcar a su país en una política que pudiera conducir a una guerra general. En esto casi todos coincidían, desde Baldwin hasta el orador dominical más revolucionario de Hyde Park. « Baldwin —escribe Samuel Hoare, buen conocedor del que fué su jefe— no se interesaba realmente en los asuntos exteriores. No habiéndolos estudiado nunca de cerca, los consideraba o como un misterio que sólo debía ser tratado por alguna casta levítica en las cancillerías del mundo, o como una desviación perturbadora de las cuestiones interiores en que él entendía. El resultado fué que, durante los dos últimos años de su jefatura del gobierno, no parece haber tenido una idea definida de lo que debiera ser nuestra política exterior » (1). En

(1) Templewood, obra citada, p. 291.

tales manos estaba el pandero de la paz y la libertad de los pueblos.

Desde que empieza la guerra en España (julio de 1936) hasta que dimite Baldwin (mayo de 1937), quien dirige la política exterior inglesa es Anthony Eden, ministro del Foreign Office. Es él quien hace suya la idea francesa de no intervención y la transforma en el aparato formidable que había de estrangular a la República española. Pero sería un error suponer que Eden lo hizo por prejuicio monárquico, por espíritu conservador, por antipatía a una República algo demagógica, aunque más en las palabras que en los hechos. Eden, al contrario, era un amigo de la causa democrática española.

Parecerá extraña esta afirmación ; pero no soy yo quien la inventa, sino Hoare quien la revela en su libro citado. Cuando Hoare tiene que abandonar el Foreign Office por su fracaso en la cuestión de Etiopía, le sucede Eden al frente de aquel ministerio, y cuando Hoare vuelve más tarde, ya perdonado, al gobierno como ministro de Marina, se ve bien —leyendo su libro— que sus posaderas están en la poltrona náutica, pero su corazón y su cabeza en la política exterior, para la cual no hay duda que estaba más preparado que la mayoría de los gobernantes ingleses. La rivalidad que se percibe entre los dos hombres no era sólo porque ambos tenían una fuerte vocación por el mismo ministerio, que frecuentemente en la política inglesa ha sido el peldaño para subir a la jefatura del gobierno (y en ella estuvo Eden), sino también por antagonismo temperamental. Esto es lo que se desprende del retrato siguiente que Hoare hace de Eden y de sí mismo y en el que no se sabe qué admirar más, si la agudeza o el realismo cínico del pintor :

« El gobierno estaba unánimemente de acuerdo en hacer todo lo posible para localizar el conflicto español... Yo diría que me inclinaba más que él (Eden) a moverme paso a paso en el campo internacional y que estaba más dispuesto a negociar con los dictadores (Hitler y Mussolini) hasta que fuésemos militarmente más fuertes... El temperamento sensitivo de Eden tenía que reaccionar ante cualquier apariencia de desacuerdo. Aunque no puedo señalar ninguna diferencia de opinión entre nosotros acerca de la política británica durante la guerra civil española, tuve la impresión, siendo ministro del Almirantazgo, que él consideraba aquella guerra como un conflicto entre la justicia absoluta y la injusticia absoluta, conflicto en el cual el dictador tenía que ser derrotado totalmente y a toda costa, y la democracia ser defendida totalmente. Este sentimiento casi arrebatado, plenamente compartido por sus amigos íntimos, difería de mi propia opinión. Yo estaba convencido de que los dos bandos de la guerra civil merecían censura, pero que la Derecha, por estar menos dividida que la Izquierda, ganaría finalmente » (1).

De las palabras transcritas se deduce que la conciencia más íntima de Eden estaba con la democracia española, pero que esa conciencia profunda del hombre se sacrificaba a la razón de Estado del ministro, y que esta razón de Estado le obligaba primero a localizar la guerra en España, después a consentir pasivamente, y en realidad como cómplice, la intervención impúdica de Italia y Alemania en favor de la dictadura, y finalmente a tolerar que la injusticia absoluta triunfase sobre la justicia absoluta, según la caracterización de Hoare. Más tarde, en febrero de 1938, Eden dimitía como ministro de Negocios Extranjeros porque no podía sufrir por más tiempo la tortura que la razón de Estado, la conciencia maquiavélica, le imponía a su conciencia personal. Pero no hizo ese gesto por la República española, sino porque Neville Chamberlain, su nuevo jefe de gobierno, se preparaba a reconocer la anexión de Etiopía por Italia. Se adivina que le dolía el destino de la España republicana, pero un poco en abstracto, como un conflicto conceptual entre una justicia y una injusticia absolutas, no como una tragedia histórica, palpitante, en que al despotismo de una nueva Santa Alianza habían de sacrificarse no sólo un Estado democrático, sino además un millón de vidas.

Hoare profesa un cinismo sin hipocresía, sin contradicciones entre una razón de

(1) Templewood, 255-257.

Estado despiadada y un romanticismo político vagaroso, como en Eden. Para Hoare, la guerra en España no era, como la invasión de Etiopía y de Checoslovaquia, una cuestión internacional en que Inglaterra tenía que negociar con los dictadores, que amenazaban sus intereses o su poderío, hasta que fuese militarmente más fuerte, sino —como declara en las palabras suyas transcritas— un conflicto interno en que moralmente no se podía tomar partido por ninguno de los bandos, porque los dos eran censurables ; pero, por espíritu deportivo o por razones de utilidad, el gobierno debía estar, como estuvo, con los facciosos, porque tenían más probabilidades de vencer por estar menos desunidos que los republicanos, no porque intervinieran Italia y Alemania.

Neville Chamberlain no era tan indiferente como Baldwin a la política exterior ; pero como jefe de gobierno desde agosto de 1937, su mayor preocupación durante la guerra de España fué separar a Mussolini de Hitler para el caso de una guerra general. Tanta fe y entusiasmo candoroso ponía para atraer a Mussolini a la órbita británica, que cuando el Presidente Roosevelt le comunica el 11 de enero de 1938 que tiene el propósito de convocar una conferencia internacional de la paz en Washington, pero que sólo lo hará si su proyecto contase con la aprobación y el apoyo cordiales del gobierno británico, Chamberlain le contesta que « una conferencia general pudiera no ser oportuna por el momento, en vista de las negociaciones que ya habían comenzado entre Londres y Roma » (1). Las negociaciones eran para que Inglaterra reconociese la anexión de Etiopía por Italia.

Winston Churchill, uno de los pocos ingleses que se redimen del oprobio con se llevaba la política internacional en aquellos años, comenta así la negativa de Chamberlain en su libro *The Gathering Storm* (página 254) : « Aún a estas fechas le deja a uno sin aliento el estupor de que Mr. Chamberlain, con su limitada perspectiva e inexperiencia del escenario europeo, hubiera tenido tan alta idea de sí mismo como para rechazar la mano tendida que se le brindaba por encima del Atlántico. Probablemente ningún otro acontecimiento hubiera podido detener o acaso evitar la guerra como la llegada de los Estados Unidos al círculo de los odios y miedos europeos. Para Inglaterra era casi una cuestión de vida o muerte. Nadie puede calcular retrospectivamente su efecto sobre el curso de los sucesos en Austria y más tarde en Munich. Tenemos que considerar su negativa —y eso era— como la última y frágil ocasión perdida para salvar de la tiranía al mundo por otros medios que la guerra. »

Es probable también, aunque Churchill se lo calle, que la conferencia propuesta por Roosevelt hubiera podido terminar la guerra en España por lo menos con una paz negociada, y acaso el Presidente de los Estados Unidos pensaba también en ella como tema de la reunión. Pero no quiso Chamberlain. No se dió cuenta, como dice Churchill, de lo que Roosevelt le ofrecía. Pero lo que es más grave, para mantener la paz en el mundo o derrotar a Hitler en caso de guerra, estimaba en más la amistad de Mussolini y la neutralidad o la alianza de una potencia militarmente insignificante como Italia que el abandono de la política de aislamiento por parte de los Estados Unidos, que a eso equivalía la proposición de Roosevelt. No tenía nada de extraño que unos hombres de gobierno tan ciegos para el destino de sus pueblos fueran indiferentes a la pasión y muerte de una República democrática. Era un sacrificio más a las dictaduras.

Nos falta por examinar la intervención de Rusia en España ; pero como ya he agotado el espacio disponible, quede la continuación para un próximo artículo.

LUIS ARAQUISTAIN

(1) Templewood, 262.

Diez días en El Cairo

POR DWIGHT MACDONALD

El 26 de octubre último tomé el avión con destino a Egipto, país que yo pensaba podría constituir un interesante asunto para un reportaje. El artículo debía circunscribirse a la pretendida revolución de Nasser, es decir, a los aspectos sociales y culturales de la vida bajo el régimen actual. Yo no tenía ánimo de profundizar mucho en la política extranjera, puesto que ya se había escrito profusamente sobre la cuestión de Suez y que, además, la crisis había perdido actualidad. Dos días después de mi llegada a el Cairo tuvo lugar el ataque de los israelíes; cuatro días más tarde, los aviones británicos empezaron a bombardear los suburbios de la ciudad; se cerraron los centros de enseñanza, por la noche se apagaron las luces y la gente no estaba de humor para hablarme de cuestiones tan fuera de actualidad como eran los asuntos sociales. Por consiguiente, no tengo la pretensión de dar una impresión imparcial, ni siquiera medianamente autorizada, de la revolución de Nasser o de los problemas egipcios. Pero visité a algunas personalidades, hice algunas observaciones y recibí muchas impresiones. El diario que puede leerse a continuación abarca díez días de los más interesantes de mi estancia de tres semanas en el Cairo.

Sábado, 27 de octubre :

Llegada al aeropuerto de Heliópolis, a la 1 h 30 de la madrugada. En el avión viajaban varias madres con niños pequeños, esposas e hijos de hombres de negocios norteamericanos y europeos, que regresan, una vez pasada la crisis de Suez. La inspección aduanera es superficial y cortés. Los maleteros llevan una túnica larga, sujeta con una faja, fez rojo, del que cuelga una borla de seda negra. Aparte de esto, el aeropuerto es igual a todos los aeropuertos. En el curso de las últimas veinticuatro horas he estado en los de Roma, Atenas y Estambul, y lo mismo hubiera podido estar en los de Birmingham, Lyons y Los Angeles. Es una forma de viajar completamente impersonal... La primera impresión de Egipto se recibe en el autobús que se dirige a la ciudad : el aire suave y tibio, perfumado y sereno, la noche egipcia aterciopelada, la luna y las estrellas, con un brillo más voluptuoso que las de nuestras latitudes septentrionales... La entrada del hotel, elevada y sombría como una caverna.

Me he levantado a mediodía y he salido a dar un paseo. A intervalos se me aproximan ciudadanos amables que me dirigen la palabra en inglés, andan un trecho a mi lado, charlando, y finalmente, me piden que vaya a visitar su tienda, « muy cerca de allí » ; nunca definen exactamente lo que se vende en ella ; supongo que todo lo que se quiera.

Entre las acometidas de los vendedores, trato de echar alguna ojeada a la ciudad ; es decir, a la parte central y moderna de

la misma. La primera impresión es que se parece más a Nueva York que a Londres; bulevares anchos y rectos, altos edificios (de ocho a doce pisos), muchos automóviles americanos grandes y lustrosos. No se ven bicicletas; la gente, o es lo bastante rica y compra un coche, o demasiado pobre y no puede adquirir una bicicleta. No hay clase media. Así pues, doblo una esquina, abandono la amplia avenida Kasr el Nil, bordeada de lujosas tiendas, y apenas he dejado atrás media manzana de casas, me encuentro dando tumbos entre la mugre y el barullo de la pobreza oriental. Así es como, fuera de la gran cristalera de Air France, está acurrucada una mendiga, cubierta de negro, con la cabeza inclinada hacia delante, tocando el suelo, y con las palmas de las manos vueltas hacia arriba, que gimotea en voz baja para pedir una limosna.

Sábado, 28 de octubre :

Una huelga general que dura todo el día; no hay taxis, ni autobuses; todo está cerrado. La huelga es para protestar contra el « acto de piratería » cometido por los franceses, al apoderarse de cinco dirigentes argelinos; el método parece algo extraño, ya que con él se priva a Egipto de la producción de un día (el domingo no es aquí día festivo), sin causar ningún perjuicio al enemigo. Salgo a dar una vuelta por la Ciudadela (construída por Saladino, en 1166, con piedras procedentes de las Pirámides), confiando en que no me tomen por francés, y llevando el pasaporte norteamericano en el bolsillo. Un trecho de calles bien adoquinadas y modernas, después el alto palacio de Abdin, de color de café (como la mayor parte de los edificios públicos del Cairo, de un estilo académico, anodino y recargado), y de pronto, el caos : grandes agujeros en el pavimento, suciedad, polvo, casas miserables, tiendas pequeñas, oscuras y lúgubres; todo roto, derrumbado, caído, y sin que nadie se preocupe de barrer, lavar, reparar, pulir o despejar nada. Islotes de edificios nuevos, que dentro de pocos años estarán tan sucios y ruinosos como los demás (o quizá dentro de meses, porque aquí el deterioro se produce rápidamente : se abre camino como la selva virgen que invade las ciudades tropicales). La mayor parte del Cairo o bien parece que acaba de ser construída o que se derrumba; ofrece a la vista el desorden de una ciudad nueva fronteriza o la suciedad de una ciudad vieja en estado de decadencia.

Llego a una ancha avenida en la que, de cada tres casas, una parece medio derruída (la gente vive, o más bien diría vegeta, en las ruinas). Me pregunto si habrá sido bombardeada, pero después me entero de que la calle fué ensanchada hace poco; Nasser ha sido en el Cairo una especie Barón Haussmann; derriba precipitadamente, arregla a placer. Pregunto mi camino a dos hombres jóvenes, vestidos a la occidental, que se pasean cogidos de la mano, como es costumbre en el país. Muy amablemente recorren conmigo todo el camino hasta la Ciudadela. Estudian la carrera de ingeniero, hablan algo de inglés (como la mayor parte de las personas a las que me dirigí para que me orientaran, puesto que el inglés es el segundo idioma que se enseña en las escuelas). Cuando se enteran de que soy norteamericano, uno de ellos dice : « Su Mr. Dulles no nos da dinero para el embalse. O. K. Nosotros lo construiremos con nuestras manos. No necesitamos ni a Inglaterra, ni a Francia, ni a los Estados Unidos. » Encuentro cerradas las puertas de la Ciudadela. Y mientras permanezco en la duda, me toma para guiarme otro joven egipcio, que me conduce a dar un largo paseo por el cementerio que se encuentra detrás —calles de casas bajas, cada una de ellas construída encima de la tumba familiar, en las que los parientes vivos comen y duermen los días festivos; todo ello de un efecto completamente siniestro— y por el fantástico parque zoológico privado, los jardines y la casa de campo, donde vive y medita una colonia de monjes albaneses de la secta musulma de los Sufi, que fueron expulsados de Turquía por Ataturk. Hay también algunas tumbas turcas del siglo XVI, piezas oblongas de mármol, con extraños pilares, cada uno de los cuales está rematado con la misma especie de turbante que aún llevan los monjes Sufi y cuyas tumbas se hallan

en una larga cueva oscura, semejante a un túnel excavado en la roca. Mi acompañante, que parece muy inteligente y « occidentalizado » (trabaja como tornero en una tienda de maquinaria, y por la noche estudia para hacerse profesor de historia), señala una inscripción árabe y dice : « Es para evitar que la roca se desmorone. Es una frase mágica del Corán, Suceda lo que quiera, incluso un terremoto, aquí no caerá el menor trozo de piedra. Esta inscripción lo protege todo. » Parece hablar completamente en serio. Después viene conmigo todo el camino de regreso hasta el hotel, y explica que, por estar oscureciendo, es « mejor » para mí que no vaya solo. A llegar a cierto sitio, le pregunto si aprueba el hecho de haberse apoderado Nasser del canal ; sonríe al oir una pregunta tan cándida y dice : « Naturalmente. » También le pregunto cuánto gana. Dice que 12 libras al mes, sueldo con el cual sostiene a su mujer y a su hijo, o por lo menos se lo propone. Cuando, al despedirnos, pretendo darle algo, protesta : « No, por favor, no lo hice por dinero. Sólo por cordialidad. »

Lunes, 29 de octubre :

Por la mañana visito a XY, en la Embajada norteamericana. Desde Washington acaba de comunicarse a todos los súbditos del país que se encuentran en Egipto la orden de partir, a excepción de aquellos « que tengan razones perentorias » para quedarse. XY parece tan extrañado como yo. ¿ Por qué, en este momento, si la crisis de Suez ha pasado hace tiempo ? Pero participa enérgicamente en el plan de evacuación, que ya estaba preparado, y cuyo primer paso es notificar la orden a los dos mil norteamericanos, aproximadamente, que se encuentran en Egipto. « Probablemente organizaremos convoyes para salir vía Alejandría, dentro de un par de días. ¿ Quiere usted marcharse ? » Yo decido quedarme ; me parece una tontería regresar a los tres días de mi llegada.

Pasé el resto del día celebrando algunas entrevistas y tratando de preparar otras. Esto último no fué tan fácil. Hay muchas cosas misteriosas en el Cairo, y una de ellas es la guía telefónica, en la que los egipcios están inscriptos con el primer nombre (no siempre, porque aquí no hay reglas generales). Si no se sabe que Abdul Hazzain se llama *Mohamed* Abdul Hazzain, pues peor para él ; e incluso si se sabe, hay muchísimos Mohamed, y hasta muchos Mohamed Abdul. Una guía telefónica (ahora lo comprendo) es un producto peculiar del racionalismo occidental. Fuí incapaz de resolver un problema tan sencillo como es el de encontrar el número de la Embajada norteamericana, porque busqué por « Norteamericana » y por « Estados Unidos » y no por « Embajada ». Tampoco es asunto fácil encontrar unas señas. Muchas de las calles principales han cambiado de nombre desde 1952 : la calle de Faruk se llama ahora calle del Nilo ; la calle de Fuad es la Avenida del 26 de Julio, etc. Y los números de las casas, excepto en el centro de la ciudad, sirven de poco ; hacen falta instrucciones muy concretas. « La primera calle a la izquierda, después de atravesar el puente de Abbas, y luego, la segunda casa a continuación de la central eléctrica. »

El encuentro del Oriente y del Occidente no es quizá el aspecto más desconcertante del Cairo, a pesar de que Kipling opinaba lo contrario. Betty Crable y Gary Cooper miran desde los carteles rodeados de una guirnalda de caracteres árabes. Una gran llave de madera de la marca Yale se balancea ante un almacén. Las palabras cabalísticas de las empresas comerciales occidentales adornan el horizonte : Jantzen, Dewar's Whisky, Players, La Voz de su Amo, B. O. A. C., I. B. M., Berlitz, Aviones T. W. A., Films Paramount de Egipto, Etam, Olivetti, Singer. Los grandes edificios nuevos de hormigón armado, de estilo mucho más moderno que la mayor parte de los de Londres o de Nueva York, están construídos por una multitud de obreros harapientos, cuyos ropajes y métodos de trabajo parecen diferir poco de los que usaban los que levantaron las pirámides. Los andamios están hechos con trozos de vigas carcomidas y viejas, como restos de naufragios, atados con andrajos ; una hilera de obreros, con las piernas desnudas y la cabeza cubierta con turbante, transportan la

arena hasta la hormigonera, en canastos que colocan encima de su cabeza. Pero, después de todo ¿ quién sabe si Kipling tenía o no razón ? Aquí el Oriente y el Occidente más bien chocan que se encuentran.

Martes, 30 de octubre :

« Las fuerzas israelíes atravesaron anoche la frontera egipcia, al sur del Sinaí », anuncia la *Gazette* de esta mañana. Realizo el primero de varios esfuerzos infructuosos para obtener noticias de la Administración de Información (organismo subsidiario del ministerio de Orientación Nacional) ; presento una lista de cosas que deseo ver : una « empresa mixta », uno de los doscientos o más proyectos de obra social en las aldeas ; un estudio cinematográfico (el Cairo es el Hollywood del mundo árabe) ; la vista de una causa criminal ; los refugiados de la región de Gaza ; la « Provincia de la Liberación », un proyecto de cultivo en el desierto, que tiene alguna semejanza con las explotaciones agrícolas que los israelíes llaman « *kibbutz* », y de las que el régimen hace mucha publicidad, etc. El Sr. Raschid, un hombrecito amable y cortés, me ruega que vuelva dentro de unos días, diciendo : « Me parece que su visita llega en un momento poco oportuno. » Yo asiento cariacontecido. (No he logrado hacer ninguna de estas visitas, excepto la del estudio cinematográfico ; y aun ésta ha sido preparada para mí por la Liga Arabe, ya que el ministerio no me procuró ni información ni acompañante. Más tarde oí curiosos informes sobre la Provincia de Liberación : que en ella los obreros de uno y otro sexo llevan uniforme, trabajan y descansan de acuerdo con un programa severo, y sólo se les permite tener dos hijos, como máximo ; que únicamente se autoriza a permanecer allí a los matrimonios jóvenes, y a sus padres no les está permitido acompañarles, si bien se les autoriza para visitarles en momentos determinados ; que un periodista checo dijo : « ¡ Pero esto es el verdadero comunismo ! Nosotros no tenemos nada así en nuestro país. » Sin embargo, me ha tranquilizado el saber que, en el curso de dos años, sólo seiscientas familias se han establecido en esta región, de la cual tanta propaganda se hace).

Visito al Dr. Huzain, futuro rector de la Universidad de Assout, la primera al sur del Cairo, que se proponen inaugurar el año que viene, si los fondos lo lo permiten. Es un hombre inteligente, serio y simpático. Dice que el régimen de Nasser ha realizado muchos progresos en lo que concierne a la enseñanza : 1. — Gran aumento de las escuelas primarias (que cuentan actualmente con casi dos millones de alumnos) y escuelas superiores (que tienen ahora unos 60.000, de los cuales 25.000 en la Universidad del Cairo, 18.000 en Ein Shams, cerca de allí ; 13.000 en la de Alejandría y 12.000 en la gran Universidad islámica, en la antigua mezquita de Al Azhar, en el Cairo, que, según dijo sonriendo, es trescientos años más antigua que la de Oxford) ; 2. — Aumento de la segunda enseñanza y de los centros femeninos de instrucción : ahora hay cinco mil mujeres estudiantes en estos centros ; 3. — Oportunidades iguales para los ricos y los pobres. El Estado asigna a todo estudiante capaz, que esté necesitado, siete libras al mes para su alojamiento y su manutención ; la hermana del Ministro de Instrucción no pudo entrar en el instituto, por haber fracasado en el examen de ingreso ; 4. — Mayor disciplina entre los estudiantes, a quienes los agitadores políticos solían excitar, y hasta pagar, para que hicieran huelgas y crearan disturbios.

Asisto al almuerzo semanal del Rotary Club, en el Hotel Semíramis. Mi anfitrión, un egipcio, se entrega a la conversación trivial, propia de los Rotary, con sus compañeros de organización ; nadie habla de la invasión. A no ser por la preponderancia de gentes de piel oscura y porque los camareros llevan túnica y fez, este almuerzo podría ser el de un Rotary Club de cualquier parte del mundo. De los muros penden pequeñas banderas, regalo de otros Clubs : Montgomery, Alabama ; Oxford, Inglaterra ; Delhi, India ; Bronxville, Nueva York, etc.

Aquella noche, mientras estaba hablando por teléfono con una amiga de los Estados Unidos, una americana casada con un joven economista del Gobierno

—estaba nerviosa, y yo traté de tranquilizarla—, las luces se apagan durante una hora ; el telefonista del hotel dice que es un ejercicio de la defensa pasiva. Más tarde, entro con un periodista británico en el Bar Metropolitano, donde suelen pasar el rato los periodistas extranjeros, y llego a tiempo para conocer la noticia del ultimátum francobritánico.

Miércoles, 31 de octubre :

Al despertarme leo los títulos : « Egipto rechaza el ultimátum », y a propósito de la lucha en el Sinaí : « Nuestras fuerzas dominan completamente la situación. » Me había acostado temprano (como haré durante las dos semanas siguientes) porque las luces están apagadas la mayor parte del tiempo. Se oyó el retumbar distante de bombas, los disparos de los cañones antiaéreos, y como en un castillo de fuegos artificiales, grandes flores de estrellas doradas penden casi inmóviles en el cielo nocturno.

He pasado la mitad de la mañana preparando entrevistas por teléfono (es, en efecto, un momento inoportuno). Renuncio a ello y salgo a visitar el Museo Egipcio (mis impresiones aparecerán en el número del mes próximo) y el Museo de Arte Moderno. Este último no se parece en nada al que, en Nueva York, lleva el mismo nombre : los cuadros son en su mayor parte del siglo XIX o anteriores (lo « moderno », en un país que tiene seis mil años, empieza con el Renacimiento : hay varias salas de antiguos maestros de menor importancia), y el edificio es un palacio de un estilo árabe equivalente al gótico victoriano, el cual, dado el amor que sienten los árabes por la decoración geométrica, atormentada, dorada e incrustada hasta el frenesí, da a un salón victoriano la apariencia de un interior de Marcel Breuer ; hay varios salones de pinturas egipcias contemporáneas, que son hábiles, pero no originales.

Tomo un taxi para regresar al hotel. Los taxis son baratos, ruidosos y rápidos. Una carrera en uno de esos taxis es una mezcla de transporte y de la emoción de un parque de atracciones. Los conductores tienen una destreza increíble para abrirse paso a toda marcha por las estrechas callejuelas de los barrios « indígenas », confiando en la bocina, en los frenos y en Alá. Una mujer vieja y gorda, sobre cuya cabeza se balancea una enorme cesta de plátanos, avanza hacia nosotros. Nos precipitamos sobre ella, pero con rápido quiebro el chófer evita oportunamente el impacto. Un carrito tirado por un borriquillo, —una especie de bandeja sobre ruedas, que lleva, como si fueran *entremeses*, media docena de damas envueltas en ropajes negros y sentadas en fila sobre sus talones — se aparta precipitadamente y sólo recibe un golpe violento. Los policías del tráfico, los niños, los peatones que pasean lentamente en masas compactas, vestidos con sus largas túnicas desmayadas, juegan al marro con el coche. La bocina aúlla casi continuamente ; el menor contratiempo produce un escándalo de bocinas y de gritos airados y estridentes.

Viernes, 2 de noviembre :

Almorzando hoy en el St. James, he entrado en conversación con un importador griego y su mujer, que se hallaban en la mesa inmediata. Estaban asustados y deprimidos. « He pasado aquí toda mi vida (me dijo), pero quiero marcharme. Estoy cansado de estas crisis. En el espacio de cuarenta años, sólo ha habido dos o tres de tranquilidad, y en seguida ha surgido un nuevo desastre. Cuando no es el populacho, son los rusos ; esto está lleno de polacos, checos, chinos, rusos, alemanes del Este. Hace dos años, la policía confiscó todos los libros que venían de Moscú, hasta los de Tolstoy ; ahora las tiendas están llenas de esta mercancía ; están bien impresos y son baratos. Cuando no es Faruk, es Nasser... ¿ Por qué no había de dejar el canal en paz ? Estoy harto de todo esto. Quiero marcharme. ¿ Cómo levantar un negocio en un país así ? Ahora ni siquiera pueden obtenerse divisas extranjeras : el gobierno se apodera de todas, para comprar armas y municiones. Y ¿ qué es lo que hacen con las armas ? ¿ Dónde está la aviación egipcia ? Han firmado una alianza militar con Jordania, la Arabia Saudita, Siria, Irak, hace apenas un par de semanas. ¿ Dónde están sus tropas ? ¿ Acaso han atacado a Israel ? No hay más que palabras, pero no hechos. » Aunque hablaba en voz baja, callándose cuando se acercaba

el camarero (esta práctica es corriente), su esposa empezó a agitarse : « ¡ Por favor, Cirilo ! Me prometiste no hablar tanto... » Ella empezó a describir un viaje por Europa, que habían hecho el año anterior... « Fué caro, pero mereció la pena. Uno se siente libre durante una temporada ; se puede hablar y respirar. »

Más tarde, cuando ya estaba en mi habitación del hotel, oígo dos explosiones tremendas, ensordecedoras ; suenan muy cerca ; la gente empieza a correr por la calle ; yo no bajo para averiguar lo que ha pasado ; en estos días no tengo el menor deseo de verme mezclado con la multitud. El telefonista me dice que un avión británico se ha estrellado en la ciudad. Empiezo a lamentar no haberme marchado ayer con los demás norteamericanos.

Sábado, 3 de noviembre :

Entrevista con Hilmy Abdur Ibrahim Rahman, un hombre grueso, de ojos brillantes, que podría ser un empresario de teatro, pero que en realidad es el secretario del Consejo de Ministros y presidente de la Comisión de la Energía Atómica. (Tendrá entre treinta y cuarenta años, lo mismo que otros dos altos funcionarios con quienes hablé un momento —los ministros de Finanzas y de Comercio— y que Nasser y los oficiales de su grupo. Es un gobierno de hombres jóvenes). Me muestro sorprendido de que Egipto tenga una C. E. A. y que pueda permitirse la construcción de una central atómica. El Sr. Rahman me dice : « Primero se encuentra la aplicación, después viene el capital ; ahora estamos buscando uranio ; claro está que nosotros sólo nos interesamos por su utilización pacífica ». Durante la primera media hora, hablamos de las reformas de Nasser. El expone con claridad, con entusiasmo y pedantería, el parcelamiento de los latifundios de 1952 (que parece ser la obra espectacular de la reforma). Dice que su efecto ha sido trasladar las inversiones de capital del campo a la industria. « Por ejemplo, hemos hecho muchas reconstrucciones en el Cairo, muchas más de las que eran necesarias, para reemplazar lo que se destruyó con los incendios de 1952. Aparte los acontecimientos en la política, ahora nos encontramos en una situación económica completamente nueva. » (Pero más tarde, el presidente del Banco Industrial dice que todas estas construcciones nuevas representan un despilfarro de capitales —habitaciones de lujo y edificios para oficinas caras— y de este modo, ni se ayuda a las masas, ni se desarrolla la industria ; su propia oficina se hallaba en un suntuoso edificio nuevo. Egipto es el país de los misterios).

Más tarde fuí al gran edificio nuevo, de estilo ultramoderno, de *Al Akhbar*, el periódico más importante del Cairo, para entrevistarme con Salema Mussa, un destacado pensador y propagandista social. El Sr. Mussa, que escribe una sección de *Al Akhbar*, es un hombre ya entrado en años, de rasgos pronunciados, rostro franco y enérgico, por el que siento inmediatamente simpatía. Tal vez se deba esto, en parte, a que es un tipo que conozco : el socialista de viejo estilo. « Yo soy un occidentalizado », dice en un inglés vacilante. « Yo he vivido en Londres de 1910 a 1914 y allí publiqué mi primer libro —*Introduction to the Superman*— acerca de Shaw, Darwin y Nietzsche. Aquí he publicado, no ha mucho, un libro sobre darwinismo social, del que se han vendido treinta mil ejemplares. Yo he abogado por muchas cosas : por el empleo de los caracteres latinos para nuestro idioma, por más ciencia y menos artes liberales en nuestros centros de enseñanza. El último libro se titula *Reconstruction in English Literature*. Trata de ideas nuevas ; hay tres capítulos dedicados a Shaw, tres a Wells y uno a Ibsen. Ahora estoy escribiendo otro sobre Shaw y sus ideas. Yo conocí a Shaw. Una vez le pregunté : « ¿ Cómo podemos echar a los británicos de Egipto ? » El dijo : « Es imposible. Lo único que puede hacerse es matarlos. » Es trágico y a la vez azorante.

Jueves, 8 de noviembre :

En Port-Said se ha decretado, más o menos, el cese de las hostilidades y el ambiente se ha calmado. En la última semana he tenido la demostración de ser menos valiente de lo que yo pensaba. Cuando voy por las calles, mi energía se eleva para contrarrestar mi posible « inquietud ». Pero, cuando estoy solo en mi cuarto, especialmente por la noche, cuando se apagan las

luces, el desasosiego me roe, el miedo me atenaza y, por primera vez en mi vida, me siento en peligro ; la idea de la muerte y del fin, que hasta ahora fué teórica, aparece como una realidad, y lamento no haberme ido con el convoy que se llevó a los norteamericanos. Lo peor es la pasividad, la espera de algo que tal vez pueda sucederle a uno ; y el aislamiento y la inseguridad, el *riesgo y la inestabilidad* de la vida aquí, sobre todo en una época de tensión. Nadie sabe realmente lo que es capaz de hacer el populacho del Cairo, ni por qué razón, y los policías no me inspiran confianza. Se está literlamente « a la merced de los acontecimientos » : bastan unas cuantas bombas británicas extraviadas, o un desastre militar, para que todo rostro blanco se convierta en « el enemigo ». Una vez escribí un artículo que titulé « La Responsabilidad de los Pueblos », para demostrar que el concepto de la culpabilidad colectiva —que castiga a los individuos por actos cometidos en grupo, y que no son capaces de evitar, ni saben por qué se han producido —es execrable, tanto desde el punto de vista ético como del lógico. Ahora soporto yo mismo esta responsabilidad injusta. Y es un sentimiento deprimente.

Entrevista con X, un viejo europeo que ha pasado aquí la mayor parte de su vida. A pesar de que goza de una elevada posición social, y hasta ha obtenido la nacionalidad egipcia, confiesa que no comprende a sus compatriotas. La muchedumbre cairina, en particular, le desconcierta y le alarma. « En momentos como éste, no distinguen entre los occidentales. Incluso los rusos y los alemanes del Este sacan a sus familias del Cairo. Usted se pasea por la calle, todo está tranquilo y, de pronto, un árabe empieza a correr tras de usted, gritando : « ¡ Es un espía ! », y son capaces de matarle, sin más motivos. Aquí no valen las razones ni los argumentos. Son como una verdadera jauría ; si usted da pruebas de miedo o emprende la fuga, está usted perdido. Pero si se conduce con naturalidad, sin inquietud, es probable que no le ataquen. Cuando empezaron los disturbios de 1952, yo estaba metiendo mi coche en el garage ; la muchedumbre sa había hecho cada vez más densa ; pero continué tocando furiosamente la bocina, se apartaron y pude salir indemne. Sólo en el Cairo y en Alejandría se encuentra este horrible populacho, sin moral ni estabilidad. El Cairo está lleno de hombres que viven con casi nada ; diez piastras por día les bastan. Gastan cinco o seis en comer y duermen en las calles o en alguna casa en construcción. Son cobardes, holgazanes, sin respeto para sí mismos ni para los demás. Fuera de las ciudades, la gente es muy distinta. Son terriblemente pobres, pero son caballerosos, corteses y dignos. » Le hice preguntas acerca de la revolución de Nasser. « Es como todas las revoluciones. La han empezado jóvenes honrados e idealistas y, como sucede siempre, ahora se apoderan de ella otros personajes más realistas. Pero este régimen es todavía menos corrompido que el de Faruk. » Se muestra escéptico en cuanto a la dirección de la guerra ; no cree que Port-Said haya sido heroicamente defendido. Se pregunta por qué no han entrado en acción las fuerzas aéreas y por qué no se ponen en marcha los ejércitos de los aliados árabes. « Todo esto es sencillamente incomprensible. Es un país con el que no se puede contar. » Y continúa sacudiendo su cabeza gris.

Viernes, 16 *de noviembre* :

Entrevista con el Dr. Abdel Hassuna, secretario general de la Liga Arabe. Es el tipo de diplomático de las Naciones Unidas : elocuente y de ideas elevadas. Tiene un hijo en Cambridge. Dice, entre otras cosas, que ha sido la tontería de Dulles, al denegar el empréstito para el embalse y decir que Egipto no merecía confianza, lo que ha causado todo esto. » ¿ Por qué tenía que insultarnos Mr. Dulles ? Tenía perfecto derecho a negar el dinero. Pero el coronel Nasser no podía admitir esta ofensa a nuestra economía. Su respuesta fué la nacionalización del canal. »

La Liga se halla alojada en un gran palacio, mientras se está construyendo su nueva sede, cerca del Hotel Semíramis, sobre el Nilo. No parece ser el equipo siniestro que yo había imaginado, sino más bien una fundación norteamericana. He oído decir que ahora se ocupa sólo en cuestiones culturales y sociales : recientemente ha organizado la primera Conferencia de Ciencia Arabe, está « financiando »

la traducción al árabe de las obras de Shakespeare, celebra Juegos Olímpicos Interárabes cada cuatro años, estimula a los países atrasados, como la Arabia Saudita y el Yemen (ambos han prometido establecer ministerios de servicios sociales), favorece la creación de seminarios, talleres, comités para estudiar los problemas y comités para intervenir en los comités interventores. Mientras un funcionario de la Liga habla seriamente de montar obras sociales en el Yemen « sobre una base científica », observo que sus dedos se mueven activamente, pasando las cuentas de su rosario.

Entrevista con Taha Hussein, eminente hombre de letras egipcio, en su hermosa casa blanca de los suburbios. El Sr. Hussein, que es ciego de nacimiento, tiene un rostro largo y delicado. Está casado con una francesa, y siempre ha sido liberal y « occidentalizante », insistiendo en que Egipto, por su cultura, está más cerca de Europa que del Oriente. Pero cuando le hago preguntas a propósito de un artículo suyo, publicado el 7 de noviembre en *Al Gomhouria*, argumentando que el pueblo británico, y no precisamente los tories, era el « responsable » de lo de Port-Said : « ¿ Qué piensa usted de la oposición del partido laborista y de esas manifestaciones de masas ? », me contesta : « Eden es un demagogo que ha seducido al pueblo británico. En Inglaterra y en Francia tienen ustedes dictadores ». Pregunta mía : « ¿ Más que aquí ? » Respuesta : « Gamal Nasser dirige una revolución. Habla al pueblo con claridad y todos le siguen. » Y al preguntarle por qué asistió, en la Embajada Soviética, a la conmemoración del aniversario de la revolución de 1917, en el momento en que Rusia estaba aplastando la revolución húngara, me dijo : « No estoy enterado de lo que ha sucedido en Hungría, porque sólo he visto las informaciones de la prensa británica y francesa, y éstas no me merecen confianza.

He visitado varias mezquitas. Hay docenas de ellas, famosas y antiguas, enterradas como joyas, empolvadas y olvidadas, en medio del hormiguero de la vieja ciudad. Las más impresionantes son la de Tulun (del siglo IX), un gran cuadrilátero de pórticos, con arcos macizos, sostenidos por múltiples hileras de columnas cubiertas de hermosas tallas ; todo ello produce un efecto severo y noble ; y la del sultán Hassan (del siglo XIV) ; cuatro gigantescos arcos de ojiva encierran un patio con una gran cripta. La decoración aquí es todavía más complicada, pero se limita a amplias bandas alrededor de los muros lisos ; en algunos ángulos aparece el feo decorado de estalactitas, como si fuera una colmena que se derrite, y que más tarde infestará toda la arquitectura árabe. También visito, al otro lado de la calle, la mezquita Al Rifai, una imitación del siglo XIX, que reproduce la de Hussan, pero que desaparece bajo esa ornamentación vulgar, esa proliferación absurda de dibujos geométricos que abruma las construcciones árabes de los últimos siglos. Durante varias centurias, la mezquita de Tulun ha figurado en la vanguardia de la arquitectura, incluyendo la de Europa ; pero en los últimos quinientos años, la situación ha cambiado rotundamente. Entre Tulun y Al Rifai se encierra un período de la historia de la cultura árabe.

Lunes, 19 de noviembre :

Visita al estudio de la Misr, la más importante de las siete u ocho compañías cinematográficas egipcias. Es un modesto establecimiento, a dos millas de las Pirámides. En los corredores sucios domina el olor de los desinfectantes. Me recibe un joven con cara de tunante, y con traje rayado. No habla inglés. Nadie lo habla tampoco a nuestro alrededor. Afortunadamente viene conmigo un joven estudiante egipcio que nos sirve de intérprete. El del traje a rayas dice que la Misr hace aproximadamente la mitad de las treinta películas que se producen ahora anualmente en Egipto ; la mitad de sus beneficios proceden de la exportación ; apenas hace dos años, se hacían ochenta films anuales, pero ha habido un descenso en la producción « debido a las condiciones de inseguridad del mundo » ; una película cuesta entre 15.000 y 40.000 libras. La cifra parece muy modesta, pero es verosímil cuando se ha visto un film egipcio. Visito las dependencias, acompañado de un hombre con gorra y gafas oscuras, como un director de Hollywood del viejo estilo. Está orgulloso de la sala donde se registran las canciones, porque

está insonorizada, y de la sala de proyección, porque está a prueba de incendios. (« ¡ Ardió una vez, pero ya no arderá más ! ») Los decorados están sucios, los edificios derruídos, y el equipo parece pobre ; en general, todo tiene aspecto ruinoso y desgastado. Presenciamos durante media hora una película absurda titulada *Zanoba*, la estrella es Samya Gamal (« Gamal » significa hermoso, como Gamal Nasser), que en otro tiempo fué la bailarina favorita de Faruk para la danza de vientre. El protagonista da vueltas dentro de una habitación cerrada, para demostrar que pasa por una crisis emocional; se deja caer sobre la cama, sueña : música imponente, se abre un muro, aparece Samya, danza, aparece un traidor corpulento, se la lleva a rastras, el héroe se despierta, « registra » la desesperación, etc.

*

A la mañana siguiente tomé un avión de la K L M. Entre mis compañeros de viaje se encontraba un alemán serio y amable, que había venido al Cairo para organizar un intercambio de visitas de estudiantes alemanes y egipcios. Me dió su tarjeta : « Dr. Horst Adamietz, presidente de la organización internacional *La Amistad a través de las Fronteras*, director de una revista mensual, *Contact International*. Ahora se dirigía a la India para continuar sus trabajos encaminados a fomentar la hermandad mundial. Había también un ingeniero británico, un consejero para un proyecto en Aswan, que dijo hallarse entre la media docena de súbditos británicos a los que se había dado al visado de salida ; varios centenares de compatriotas suyos habían sido expulsados : « Escogieron a las personas más destacadas —directores de escuelas, presidentes de entidades— con el propósito aparente de causar el mayor perjuicio posible a las empresas británicas. » Le pregunté si había tenido muchas dificultades en las calles (era alto y rubio). Dijo que no, y añadió que dos amigos suyos, británicos, cierta noche, durante un ataque aéreo, habían perdido su equipaje en la estación del Cairo, y que lo habían recuperado varios días después, con el contenido intacto, en la Oficina de objetos perdidos. Recuerdo también al hombre de negocios francés, con uno de esos rostros típicamente galos, perfectamente organizados, en los que todas las facciones están supeditadas a una nariz dominadora, y que, cuando yo critiqué la intervención Eden-Mollet en Egipto, dijo : « Lo que ustedes, los americanos, tienen de malo es que no son realistas. Ustedes no se enfrentan con los hechos. » Se quedó sorprendido cuando me eché a reir.

Mientras volábamos hacia Estambul, me preguntaba por qué no me había gustado más el Cairo. Varias cosas me habían irritado. El servilismo, el sometimiento humilde a los personajes. Por ejemplo, el secretario del profesor Huzzain, un hombre grave, de mediana edad, que estuvo de pie pacientemente durante diez minutos, con un mensaje en la mano, sin atreverse a interrumpir al Amo, quien, a su vez, parecía no darse cuenta siquiera de la presencia de su subordinado. El personajillo más insignificante tiene en seguida dos o tres auxiliares, con fez, sentados siempre fuera de su puerta, siendo una de sus principales misiones incorporarse de un salto y saludar cuando el patrono o sus invitados pasan por su lado, y servir minúsculas tazas de café turco. En todas las visitas que hice se me ofreció café, lo que es una costumbre muy agradable, pero el occidental desagradable se pregunta si los servidores de café no podrían encontrar un empleo mejor en un país tan pobre como éste. Este despilfarro de la mano de obra sorprende en todas partes : el conductor de taxi suele llevar sentado a su lado un amigo ; en todas las casas de los barrios comerciales hay hombres con brazales de latón, con la insignia de la ciudad, que ayudan a colocar los automóviles, con la esperanza de recibir una o dos piastras. El problema de la siesta, entre la una y las cuatro, se propone evitar el excesivo desgaste por el trabajo durante las dos partes en que se divide la jornada. A pesar de que hay tantos hombres para saludar y servir café, o que sólo dan vueltas sin hacer nada, no se encuentra quien limpie las calles, ni lave los vestíbulos de los edificios de oficinas, o ataque la suciedad omnipresente con un trapo, un cubo y una bayeta ; los criados son tan poco dignos de confianza, que todas las puertas —desde el ropero al armario de

la vajilla o la nevera— tienen su llave, y se cierran cuando la familia sale durante las veladas.

Y sobre todo, hay el polvo. El polvo fino y parduzco del Cairo, que baja de las montañas de Mokkatam, que nunca es arrastrado por las aguas, porque nunca llueve ; que cubre con una película cada hoja y cada brizna de hierba, de tal modo que los parques y los jardines y los árboles parecen siempre mustios ; que cruje bajo los pies en el pavimiento y se encuentra en espesa capa en los pliegues de la capota de los grandes Chevrolets, que son los automóviles de moda más corrientes ; que se arremolina donde no hay adoquinado, y se amontona como nieve amarillenta en cada arruga de los anchos pantalones turcos de Suleyman Pasha, que está gesticulando imperiosamente en su pedestal, frente a Mustafá Kemal, cuyos frac y fez de bronce están eternamente empolvados, lo mismo que el corcel que cabalga Ibrahim Pasha, con el empolvado brazo tendido, el empolvado sable en su empolvada cintura, frente al Teatro de la Opera, cubierto de polvo pardo, que se construyó para celebrar la inauguración del canal. Polvo y más polvo en este país inhumano, donde los edificios, los templos, las personas, las calles parecen hechos de barro ; donde el agua, ese manantial de vida, es de color de barro en el Nilo sucio, y está estancada y espumosa en los canales de riego, llena de terribles enfermedades, que llevan nombres espantosos : la bilharzia, el ankylostoma.

Cuando me enfrasqué en la lectura de la prensa británica y norteamericana —desde el 29 de octubre no habían llegado ni cartas ni periódicos— comprendí, sin extraordinaria sorpresa, que la imagen de la guerra que nos había dado la prensa cairina no era absolutamente exacta. No se decía una palabra de la pérdida de la mitad del ejército egipcio, ni de las grandes cantidades de material que habían capturado los israelíes en cinco días ; nada acerca del cazatorpedero egipcio que se había rendido sin lucha en las aguas jurisdiccionales de Haifa, nada acerca de los aviones egipcios destruídos en los aerodromos bombardeados, nada de las fluctuaciones del mando de Port-Said. En cambio, se nos suministraba la información completa del exterminio de varios millares de paracaidistas británicos, del hundimiento, por los navíos de guerra egipcios, de un crucero francés y de un transporte de tropas británico con seiscientos soldados a bordo, de las terribles pérdidas de aviones británicos y franceses (14 derribados el 2 de noviembre, y 28 el día 3), y del hundimiento deliberado de barcos para bloquear el canal... por los británicos. También había algunos rumores interesantes : que habían llegado seiscientos aeroplanos procedentes de Rusia, el día 6 de noviembre, que la flota soviética navegaba a través del Bósforo y hacía ruta en dirección de Port-Said, que el Departemento de Estado de los Estados Unidos había avisado a los súbditos de dicho país, que se encontraban en Francia y en Inglaterra, para que regresaran inmediatamente, antes de verse imposibilitados por la Tercera Guerra Mundial.

Nuestra ignorancia era espantosa. Sólo igualada por la de los que habían ideado la intervención francoinglesa. Si su finalidad era derribar a Nasser —y éste es el único objetivo razonable de los muchos que se habían anunciado—, la acción emprendida estaba destinada a fortalecerle, a no ser que se pensara en la ocupación militar de todo el país, es decir, otro Chipre, en una escala mucho mayor. « Los británicos han calculado mal el desarrollo de los acontecimientos », me dijo un joven estudiante. « Eden actúa como si Egipto fuera lo mismo que hace diez años. Y ya no lo es. » Y en efecto, no lo es. Un Egipto dominado por Faruk, que era un déspota impopular, ineficaz, de viejo estilo, hubiera podido desmoronarse bajo la presión militar ; pero el Egipto de Nasser es del nuevo modelo, en el que se combinan las reformas democráticas (o una hábil simulación de ellas) con un nacionalismo extremado. « Hemos avanzado hacia el totalitarismo. Este es el ambiente de ahora. Hay el dominio completo de un solo hombre, el culto del « líder », la disciplina. Los egipcios estiman que no existe otro medio para realizar lo que se proponen ». Esta ha sido la única crítica seria que he oído del régimen, hecha por un egipcio, mientras estuve en el Cairo.

DWIGHT MACDONALD

Dictadores e intelectuales

(Los autosilenciados)

POR ROSA ARCINIEGA

En todas las épocas históricas, desde las más remotas a las más recientes, el autócrata, el hombre que ejerce omnímodos poderes fué enemigo del intelectual, del hombre que piensa. Es, después de todo, natural. Como ya lo vió perspicazmente un psicólogo de la centuria pasada, « todo pensamiento —se entiende, profundo— suele ser un *mal pensamiento* ». Mal pensamiento, en el sentido de que comporta en su entraña luminosidades e inquietudes que no se avienen con la chatura de ideas y la beata esterilidad mental que el déspota anhela en torno suyo para que sus funciones no resulten perturbadas. La tarea de pensar, y aun la de escuchar lo que otros piensan, es enemiga del buen sueño. Mucho más, cuando esos pensamientos pueden descender desde la altura hasta los llanos.

Esta inquina del « amo » —rey, César, emperador, tirano, monarca absolutista, dictador— contra el intelectual se acusó ya claramente en todas las civilizaciones conocidas : en Babilonia, Egipto, Grecia, Roma, y ni siquiera se vió libre de ella Israel bajo cualquiera de sus formas de gobierno, especialmente en su período de los Reyes. Los « intelectuales » de Israel fueron incuestionablemente sus profetas, aquellos hombres celosamente airados que se levantaban en nombre del espíritu y de los derechos del espíritu para decir sus verdades a los reyes o a los poderosos. Y ya se sabe qué fin tuvieron algunos de ellos. Pagaron con la vida su osadía, o fueron a dar a la prisión o al destierro con sus huesos. Como ya lo ha hecho notar un eminente exegeta bíblico, lo que los profetas —en cuanto tales— profetizaron fué muy poco ; cabría en escasas páginas. Su prédica consistió en sacudir las conciencias y, en primer término, las conciencias de los « amos ». Estos no podían perdonárselo y los odiaron cordialmente. Entre los Césares y emperadores de Roma, los tiranuelos italianos del Renacimiento, los reyes absolutistas de las centurias subsiguientes y los dictadores modernos no ocurrió cosa distinta. Cuando no lograban corromper al intelectual para ponerlo a su lado y a su servicio, le castigaban y proscribían. El intelectual era « bueno y útil » en tanto se plegaba a los dictados del autócrata, que entonces adoptaba los nombres de « protector », de Mecenas ; era « malo y perturbador » si disentía de aquéllos o trataba de mantenerse en una enhiesta independencia.

Napoléon es buen ejemplo de este comportamiento general de los déspotas frente a los intelectuales. Conocido es todo el sarcasmo que ponía en la palabra « abogadillos » con que solía designarlos. Los « abogadillos » le perturbaban el sueño, eran su pesadilla y su obsesión. Y en los regímenes totalitarios modernos ha acontecido lo mismo. El intelectual « no sometido » resulta la bestia negra, el hosco potro indomeñable al que hay que eliminar. Se le odia, se le persigue, se le trata de silenciar por procedimientos refinados. Las Siberias

pueden estar en todas partes, y en todas partes las calumnias contra ellos son las mismas. Todos hemos oído —oímos— en boca de dictadores los más sangrientos improperios contra el intelectual, las ironías más hirientes ; les oímos pronunciar esa palabra con despectivo sarcasmo, lanzar fulminaciones y anatemas contra él como si se tratase de un ente maligno y esencialmente perverso, o de un ser dotado de mágicos poderes para destruir al propio dictador.

¿ Por qué ? ¿ No nos aseguran ellos mismos en sus diatribas cotidianas que el intelectual es un « iluso », un « soñador », un « literato » sin gravitación alguna sobre las conciencias colectivas, un « abogadillo » de causas superadas y perdidas, cuyos alegatos y gesticulaciones se pierden en el vacío ? ¿ Por qué temerlo entonces de ese modo ? ¿ Por qué acorralarlo y perseguirlo hasta lograr que su voz quede silenciada por completo ? ¿ Qué peligros, qué amenazas —inminentes o remotas— pueden verse en la actuación de estos profesionales del pensamiento « sin clientela » ?

No sigamos preguntando. El hecho macizo y bruto es que al intelectual « no sometido » se le silencia en los regímenes de fuerza ; el hecho, innegable y triste, es que, como en los tiempos del profetismo de Israel, al « profeta » que en nuestros días, y dentro de los « Estados policiales », intenta alzarse en la vía pública para decir su palabra en nombre del espíritu y de los derechos del espíritu, se le doblega por la espada, por la lapidación o por la cárcel. El « profeta » debe callar, y se le obliga a callar.

Los casos de estos hombres silenciados por la fuerza suelen ser a veces conocidos. Pero ¿ y el de los hombres que se silencian a sí mismos, el de los autosilenciados, el de esos hombres que, por haber nacido a la vida del pensamiento dentro de climas ya cerrados para la expansión intelectual, han optado por enclaustrarse en un mutismo absoluto, por estrangular su propia voz, por tragarse su palabra, o, en el mejor de los casos, por mantenerla en secreto y escondida, a la espera de un día de libertad que llegará... o no llegará ?

Deben de ser muchos, y probablemente los mejores, confiriendo a este « mejores » un claro sentido nietszcheano. Los mejores, ante todo, porque su mutismo voluntario indica ya que tendrían cosas importantes y profundas que decir, cosas que saben de antemano prohibidas y nefandas, ideas para cuya exposición se necesitarían ciclos en amplia libertad y tribunas sin censores. Algunos de estos dramas de autosilenciamiento u ocultamiento de la obra intelectual pueden conocerse alguna vez ; como por ejemplo, el de ese filósofo de un país totalitario que había preparado material inédito de su especialidad para más de tres volúmenes, con la esperanza —desesperada— de publicarlo cierto día (o simplemente por responder a imperativos espirituales), y que al serle descubierto por los sabuesos policiales, le valió su destrucción en moderno « auto de fe » y el ingreso en un campo de castigo. Pero al lado de estos episodios accidentales, y milagrosamente conocidos, ¡ cuántos no existirán ignorados, y acaso ignorados para siempre ! No resulta posible imaginar que en esos países engrilletados con grilletes rojos o negros —da lo mismo— y donde impera una placidez semejante a la « placidez de los cementerios » no haya más intelectuales que los « intelectuales » oficializados, los exegetas del régimen encargados de difundir la doctrina del partido, o bien : esos otros, neutros, que cuentan con la benevolencia de las dobles y aun triples censuras existentes, porque éstas saben previamente que no rebasarán —ni sienten ganas de rebasar— las lindes establecidas por la ortodoxia más estricta. Tiene que haber otros ; y otros, acaso con garras, nervio y uñas más fuertes y poderosas, con ímpetus leoninos y honda mirada de halcón, pero que vivirán quemándose en la impaciencia, mientras se dan con la cabeza en los barrotes de la jaula, como, además, de no cantar, dicen que hace también el ruiseñor cuando se mira encerrado. ¿ Cantarían esos hombres, de no hallarse prisioneros dentro de un régimen tiránico ? ¿ Habrían cantado, de nacer a la vida del espíritu bajo meridianos sin valladares y altas tapias ? ¿ Les llegará la muerte sin haber podido realizarse, manifestar su yo auténtico y profundo, ser ellos mismos y no otros ; en una palabra : quedarán reducidos a una eterna frustración ?

Hay una frase de Malraux que ha cobrado divulgación inusitada desde que algunos existencialismos filosóficos la prohijaron para apoyar una de sus más fundamentales tesis : la de que la muerte no es nuestra posibilidad y que representa el fin de todas nuestras posibilidades. Esa frase es : « La muerte nos convierte en un destino. » Y esto es verdad, por supuesto, si entendemos por destino esa imposibilidad de re-obrar, de modificar nuestra existencia en que la muerte nos sitúa. La muerte nos entrega en las manos de los « otros » ; son los otros los que deciden sobre mí, quienes se constituyen en guardianes e intérpretes de esa « vida mía muerta » que queda como flotando por encima de los bordes de la fosa. Por decirlo en el estilo y con las palabras que el existencialismo emplea : « Muerto, yo me convierto en objeto de los otros ; ya no puedo defenderme, rectificarme ; soy una cosa yerta y entregada a la decisión de los demás ; me transformo en un destino y ese destino actúa por mí. »

Pero sin negar exactitud a estos juicios sobre la muerte como caso extremo de imposibilidad de realizaciones, se echa de ver en seguida que también dentro de la existencia hay circunstancias que nos colocan en pareja situación ; hay hechos que nos convierten en destino, que nos dejan a merced del « otro », o si se quiere del acontecimiento externo y bruto. Uno de ellos —y el que aquí nos interesa— es el del régimen de libertad o de dictadura en que nos toque vivir. En cierto modo como la muerte, esos regímenes señalan igualmente el límite de nuestras posibilidades o imposibilidades de obrar y realizar ; son esas « circunstancias » las que moldean nuestra vida y aun las que hacen que ésta sea o que no sea, en el sentido de logro y cumplimiento de una misión potencial. El enfrentamiento con uno u otro de esos regímenes políticos decide abiertamente por nosotros, trueca nuestra vida en un destino un poco a la manera de la muerte.

La historia no se escribe con un « si » condicional, es cierto —« si hubiera sucedido esto », « si hubiera pasado lo otro »— ; pero nada ni nadie puede privarnos de jugar un tanto a los posibles, imaginando cuál habría sido el destino del intelectual contemporáneo « si » Hitler hubiera realizado su loco sueño de una dominación del mundo « por mil años », como él lo prometía en sus bravatas ; « si » hoy el universo estuviera uniformado, mental y materialmente, con la camisa de colores pardos ; « si » la victoria final hubiese sido neta y limpiamente de la fuerza, en lugar de serlo de la libertad y del derecho. Nada ni nadie puede impedirnos tampoco formularnos la pregunta de cuál sería la suerte de esos posibles intelectuales autosilenciados que indudablemente existen dentro de los regímenes totalitarios —rojos, negros o personalistas— « si » en ellos imperaran la democracia y las fecundas libertades ; « si » en Rusia y la China actual no dominara el comunismo ; « si » en España no hubiera sido arrancada de cuajo la República en su más precoz adolescencia. La revolución rusa decidió el destino de tantos y tantos intelectuales, y la victoria falangista hizo lo mismo en la Península. En uno y otro sector hay —tiene que haber— hombres que quedaron inhibidos por efecto de esas victorias o derrotas, hombres que se condenaron y condenan a los autosilencios dolorosos, y que sólo esperarían un azar, un cambio —la última palabra caprichosa del destino— para surgir a la luz, para cesar en su mutismo, como ha acontecido, por ejemplo, en Italia y Alemania occidental después de haber sido derribado en ellas el tinglado pardo y negro. ¿ O es que la floración intelectual que hoy se da en ambos países —y especialmente su rumbo ideológico— habría sido posible sin el vuelco radical producido en la estructura de sus regímenes políticos, sin la eliminación de las dictaduras que gravitaron sobre ellos ? Muchos de los intelectuales que hoy dejan oír allí su voz, ¿ habrían podido hacerlo « si » el afianzamiento del régimen pardo-negro « por mil años » se hubiera consolidado en los campos de batalla : « si » los dos siniestros dictadores, enemigos declarados de la intelectualidad, imperasen hoy sobre la tierra y hubieran impuesto en ella « su » filosofía, « su » concepción de la vida, « su » manera uniformada de pensar y de sentir ?

« La muerte convierte nuestra vida en un destino », pero también la convierten en él las circunstancias externas y, especialmente, las políticas. Esto puede verse en

forma nítida y extraordinariamente gráfica con sólo considerar las paradójicas situaciones por que, en el transcurso de unos años, han pasado y pasan las dos Península de hermanada raigambre latina y perfil tan semejante que se bañan en el mismo mar Mediterráneo : España e Italia. Mientras en España florecía la República —1931-36— con sus ámbitos abiertos para la libertad de la cultura, en Italia se vivía en un régimen de terror del pensamiento y de todas las formas libres de la vida intelectual. Lo que en la primera era campo de posibilidades ilimitadas, lo era en la segunda de campo acotado y restringido. No podía darse en la una lo que se daba en la otra. Los modos intelectuales de la Península ibérica de aquellos años, por ejemplo, hubieran sido imposibles en la Península italiana ; el desenvolvimiento del espíritu en ambas naciones discurría por cauces diametralmente opuestos, en virtud de los regímenes políticos que imperaban sobre ellas. En una existía la máxima libertad de pensamiento y de expresión ; en la otra se ejercitaba la más estricta censura ; en la una, la opinión se manifestaba sin trabas en la calle, en la tribuna, en el parlamento ; en la otra, esa opinión estaba « dirigida », reglamentada, rigurosamente determinada « desde arriba » ; en la primera, el escritor planeaba y producía a su antojo, responsable y libre, sin obstáculos externos ; en la segunda, si quería exteriorizar su pensamiento de algún modo, el hombre de pluma había de recurrir a la sordina, al subterfugio, a la frase velada y enigmática ; y si su conciencia no le permitía semejante concesión, condenarse al autosilencio.

Pasan apenas unos años ; y tras un breve lapso coincidencial en las circunstancias políticas —circunstancias impuestas por la complicidad de los tres « amos » para aniquilar a la República española—, viene la segunda guerra mundial y sorpresivamente se invierten los papeles : Italia pasa a ser lo que era España en 1931-36 : una república libre y democrática donde existe la plena autonomía del pensamiento, donde el intelectual puede pensar y expresar, donde no se conciben los autosilenciados ni los proscritos de sí mismos, donde la calle queda libre para el aireo de todas las opiniones ; mientras en España continúa subsistiendo el régimen opresivo que torna imposibles esas cosas. Los modos intelectuales de la Italia actual —su literatura de esta hora, por ejemplo— son imposibles en España, del mismo modo que los de la República española lo eran en la Italia del fascismo. Las circunstancias políticas han determinado el destino del intelectual de ambos países ; han hecho —hacen— de él algo que no depende de su propia voluntad ; han abierto a los unos el camino de sus posibilidades personales de realización, y se lo han cerrado —se lo cierran— a los otros.

Ortega y Gasset —acaso porque en los últimos años de su vida sintió esto en carne propia dentro de su propia patria— expuso largamente alguna vez la tragedia del hombre al que la vida trunca su destino, de ese hombre que se siente falsificado por dentro, adulterado, marchando por caminos que no son los suyos, mientras mira nostálgicamente a los verdaderos con el rabillo del ojo, añorando lo que debiera haber sido y nunca fué porque su « circunstancia » así lo quiso... Tal debe ser la dilacerante situación de muchos autosilenciados actuales dentro de los regímenes políticos de terror que aún quedan sobre la tierra.

ROSA ARCINIEGA

ANTONIORROBLES

En México se estrena un maestro

INEVITABLEMENTE ha de haber una nota de vanidad autobiográfica en este comentario. Cuando nosotros llegamos a México, al terminar la guerra española, en abril de 1939, habían sido vendidos por aquí algunos libros nuestros de literatura infantil y traducido en América del Norte el primero de los que tuvieron esa suerte ; y además, algunos elementos del Magisterio mexicano sabían que dos libros nuestros de cuentos para niños fueron premiados en distintos concursos, en España.

Es necesario ese prólogo para explicar que, inmediatamente después de nuestra llegada, se solicitase de nosotros que ofreciéramos a un grupo de maestras y maestros un curso breve, remunerado, sobre litaratura infantil.

Fué entonces la necesidad económica —único momento verdaderamenre difícil que hemos tenido en nuestra vida, pues siempre fuimos avaros, ambiciosos de desprocupación, y por tanto ese problema ha sido cómodamente soslayado— ; fué entonces, digo, cuando, mal aconsejados por nuestra situación económica, cometimos la audacia de aceptar la invitación.

La conciencia nos dictaba que no lo hiciésemos ; pero el problema de que hubiéramos desembarcado en Veracruz con doce francos, que entonces significaban peso y medio, y que llegáramos además acompañados de alguien que aceptó sin dudarlo el sacrificio de seguirnos al exilio, triunfó. Acepté, pues. Unicamente rogué, y se me permitió, que en vez de dar tres conferencias a la semana, no fuesen más que dos.

Pero ahora toca explicar qué razones tenía nuestra conciencia para oponerse. Bien, pues es muy sencillo : nosotros habíamos escrito cientos de cuentos para niños, por iniciativa, no nuestra, sino del director de un semanario infantil madrileño, y luego nos los habían publicado unas editoriales españolas ; pero no habíamos leído ninguno ; no conocíamos « Caperucita », ni « Blancanieves », ni « Corazón », ni « El patito feo »... Y otra circunstancia más complicaba nuestra situación : no teníamos ni un centavo para comprar en una librería el meterial preciso.

Al fin, todo se resolvió : un librero de viejo, español, antiguo residente en México, nos prestaba de noche los libros necesarios ; y de día ofrecíamos nuestras conferencias a aquel grupo de maestras y maestros, de más edad que nosotros casi todos.

Naturalmente, al encontrarme con lo que eran aquellos antiguos cuentos, que chocaban totalmente contra el criterio de ternura, de alegría y de solidaridad que yo me había impuesto para mis relatos —que me lo había impuesto porque pensé que los cuentos infantiles no podrían haber sido nunca otra cosa—, mis diastribas fueron casi violentas. Me indignaban las maldades de una madrastra, las estupideces de una hijastra, las venganzas de « los buenos », las envidias, los lobos estúpidamente criminales, las tristezas de un niño, las lecciones de moral que por tenaces y burdas resultaban inútiles, etcétera.

Claro está que yo llevaba a mis conferencias una prevención, quizá un poco pedante ; tenía la certeza de que aquellos amigos que me escuchaban se asombrarían de mis juicios excesivos, de mi moderno criterio rebelde.

No fue así. Más o menos ordenado, y aunque no desde mi punto de vista profesional literario, a nadie le extrañaron mis palabras ; podrían mis oyentes elogiar o censurar la amenidad o pesadez de las lecciones —llamémoslo así—, pero les parecían juiciosas ; es decir, les iba ordenando en cierto modo algo que todos ellos, o casi todos, tenían ya pensado ; mejor dicho : tenían sentido.

Recuerdo que, únicamente cuando anuncié que en la sesión siguiente trataría de « Corazón », de Amicis, hubo una profesora

que se me acercó para decirme : « Espero que a esa obra no la atacará usted de forma tan despiadada. ¡ La recordamos con tanta emoción ! »

Al día siguiente tuve que suavizar mis palabras, pero no el ataque ; y demostrándoles que la obra entristecía al lectorcito, y además era injusta en las apreciaciones del niño que querían pintar como bueno —el niño que, escribiendo sobre el malo, dice que « le aborrece », que es « un malvado » y que le augura un fin presidario—, les expliqué la razón de sus emocionados recuerdos, que no eran otra cosa que una mezcla de emociones enternecidas por la evocación de la infancia.

Había, claro está, un poco de confusionismo ; creían algunos, por ejemplo, que yo tampoco sería partidario de las hadas, ni de las princesas, ni de los caballos que hablan. ¿ Y cómo no, si las hadas, los ogros, las estrellas, los cocodrilos y las princesas pueden a veces ofrecernos incidencias y palabras más gratas que las de un peatón, un chófer, un niño de Amicis o un aguerrido general ?...

Esta dedicación literaria y ese deseo de renovación, me fué acercando en México a determinados profesores, a algunos estudiosos pedagogos. Y lo he hecho con un gran respeto, procurando constantemente caminar a su lado. Así sucede que un día me encuentro con las famosas palabras de Platón : « La educación ofrece al cuerpo y al alma toda la belleza de que son susceptibles » ; y este es el puente que me permite llevar el cuento a la Pedagogía ; pero con sumo cuidado, porque ello no significa que la Pedagogía deba entrar en el cuento, sino tan solo vigilarlo desde fuera.

Otra vez recuerdo que, después de dar una charla sobre estos temas en Jalapa, capital del Estado de Veracruz, un grupo de maestras se me acercó para rogarme : « Nosotras quisiéramos que nos dijera usted cómo deben ser las comedias infantiles ».

« Señoras —les respondí atentamente— : yo podría decir a ustedes cómo me parece a mí que « no » deben ser ; pero si supiese hacerlas, sería el Shakespeare de la infancia. »

Así las cosas, de pronto me encuentro con el deseo de la Secretaría de Educación Pública, y creo que por indicación directa del señor ministro, licenciado José Angel Ceniceros, de que me encargue de ofrecer, en la Normal de Maestros, un curso sobre una asignatura sin estrenar : la « Literatura infantil ». De nuevo me siento indeciso ; pero esta vez me parece que estoy obligado a obedecer.

Entonces aparece en mi clase un grupo de treinta y tantas señoritas que, teniendo derecho a optar entre algunos estudios no obligatorios, han elegido seguir el curso de « mi asignatura ». Es más : como empecé las tareas ya comenzados los cursos oficiales, aquellas alumnas habían cortado sus estudios iniciados para colaborar conmigo : tareas que se realizaron de manera anormal porque, normalizados de antemano todos los estudios de la carrera magisterial, a veces nosotros no encontrábamos aula cómoda y preferíamos trabajar dialogando en los jardines del gran edificio.

Yo recordaba una anécdota que, durante la guerra española, me sucedió en una guardería infantil, a unos cuantos kilómetros de Valencia. Se me había encomendado que fuese recorriendo los lugares donde habían sido recogidos los niños de nuestra zona leal, y al llegar cierta noche al de referencia, los colegiales estaban ya acostados en sus dos grandes filas, aunque esperasen mi arribo con la impaciencia natural, ya que el « cuentista » había de sacarles un poco del cotidianismo ; no diré de la monotonía, porque los niños no suelen padecerla como no se les imponga.

Llegué, me recibieron con su alegría, fuí recorriendo las camas para charlar un minuto con cada uno, y al detenerme con alguno de ellos, y hablar de cierto personaje de mis cuentos, del cual tenían ya referencias, el niño comentó : « ¡ Mire usted que cuando mató al ladrón ! »

Aquello me sorprendió, y con una sonrisa de entrecejo fruncido le repliqué : « ¡ No, no, no ! ¡ Si ese niño no ha matado a nadie ! »...

Y entonces el maestro, que me acompañaba en la excursión por el dormitorio, me lo aclaró, quizá subiéndosele el color y el calor de la faz : « Es que todas las noches me piden cuentos de su personaje, y yo se los tengo que inventar. »

Acordándome, pues, de este « accidente », se me ha recrudecido, durante el curso que

en la Normal de Maestros he ofrecido a un grupo de señoritas, mi antiguo deseo de que en el cuento se prohiba lo morboso : que corten todo lo que pueda ser material o moralmente dramático. Y mi satisfacción ha sido total al darme cuenta de que el ambiente ya estaba hecho.

Repito que la primera sorpresa fué, hace quince años, con aquel grupo de maestras y maestros a los que me dirigí durante unas cuantas sesiones ; pero entonces había cierto desorden en las ideas. En cambio, durante el curso ofrecido en 1954, el acuerdo era total y sensato. Con un poco de egolatría, me sería fácil suponerme importante colaborador de este nuevo ambiente mexicano, si no me hubiese encontrado con que hace tres lustros iba floreciendo ya, siquiera fuese en desorden.

En cambio este año, de tal modo el deseo de renovación del cuento era unánime, que recuerdo un hecho sintómatico. Una señorita, antes de empezar la clase de aquel día, se acercó a mi mesa : « Yo le ruego que me quite la falta de ayer ; no pude asistir porque... »

No la dejé terminar y la dije : « Mire usted, señorita : yo voy ahora a comentar un cuento de Grimm. Si usted, cuando yo termine, me rectifica algún punto de mi comentario, cuente usted con que la borraré la falta. » (Ciertamente, este fué el tono de las clases).

Pues bien, aquella alumna se levantó al final para decirme, y demostrar con ciertos fundamentos, que me había quedado corto en las censuras.

He dicho que tal era el tono de las clases ; en efecto, son tan escasos mis conocimientos pedagógicos, que esa falla me permitía hacerlo así. Recuerdo una lección, entre otras, que consistió en ver qué alumna dibujaba en la pizarra con más gracia un perro tocando el violín. Claro está : nunca sus dibujos en la pizarra variaron mi criterio para la nota. Yo hacía a las alumnas, de cuando en cuando, que nos refirieran el cuento elegido por ellas, con ilustraciones en la pizarra ; y mi deseo era que tuvieran holgura de criterio y de condiciones para los dibujos. Yo sé que los dibujos del maestro ante los niños no van a modificarles la sensibilidad estética ; pero esos dibujos rápidos, que van a ser borrados al instante, alegran el relato.

El relato de cuentos fué, pues, una gran parte de nuestro curso ; la otra parte la integraron unas cuantas conferencias fiscalizando las antiguas historias, con lo cual fuimos confirmando y ordenando, debido a sus réplicas, el criterio de fiscalización que las alumnas traían ya, de antes de comenzar el curso. Quiere decirse que esa preocupación se va dilatando.

Una mañana, al salir de la Normal, coincidimos un compañero y yo ; y con él fuí desarrollando el siguiente diálogo :

—¿ Cuáles pueden ser las enseñanzas que usted ofrezca —me preguntó—, si la asignatura está aún sin crear ?

—No se acabará de crear nunca —contesté— ; porque ha de ir desde ahora tan pegada a la moral de cada día, tan vigilada por ella, que si la creáramos hoy, dentro de dos docenas de años habría que cambiarla totalmente.

—Sin embargo, acaso pueda usted enseñar algo, respecto a la historia del cuento infantil, ¿ no es así ?

—Nunca sería eso lo que me interesase —le respondí entonces—. Lo que hace falta es que mediten sobre cuáles deben o no relatarse a los niños. Además, ¿ qué sabemos de su historia, si todos vienen, confusos, de aquellos que se recogieron hace siglos y siglos en ese nudo de tres viejos continentes donde nacieron los relatos bíblicos ? ¿ Qué historia del cuento se puede hacer, si ni siquiera se sabe si, antes de recoger Perrault los cuentos que le hicieron famoso, el zapatito de Cenicienta era de cristal o de una especie de marta ?...

—Entonces, ¿ qué es lo que aprenden en su clase ?

— ¡ Nada ! —exclamé para terminar—. Yo no puedo dar lecciones que se aprendan. Ah, pero si consigo que cada alumno o alumna llegue a tener criterio propio, el curso no ha sido del todo inútil. ¡ Sí ! ¡ Algo enseñé ! Ahora lo recuerdo. Enseñé a mis alumnas a que no tenían por qué pensar igual que yo, cuando lo hicieran con responsabilidad.

ANTONIO RROBLES

La hora del panamericanismo

POR ARTURO TORRES-RIOSECO

NINGUN título más apropiado para estudiar a Hispanoamérica que el de la obra de John Gunther : *Inside Latin America*. Por desgracia, el acierto en este caso no fué más allá del nombre, ya que todo el libro es un estudio externo de la América Latina. Para conocer las características íntimas de un país hay que estudiarlo en su esencia, por dentro ; definirlo en sus experiencias, en sus ideales, en sus instituciones, en sus hombres. El factor hombre es siempre básico, porque él determina lo demás. El hombre de Hispanoamérica, que no es igual al de España, ni al de Europa, ni al de los Estados Unidos, ¿ Cuál es el mecanismo mental de este hombre ? ¿ Cómo capta, elabora e interpreta los fenómenos del mundo ? ¿ Qué ideas y sentimientos afectan cotidianamente su manera de ser ? ¿ Cuáles son sus relaciones con Dios, con la belleza, con el amor, con la moral, con sus semejantes ? A este hombre hay que estudiarlo en « lo que es » y no en lo « que debiera ser ». Pero ¿ quién será capaz de penetrar en esa profunda sima psicológica, consciente y subconsciente, para definirlo ? Su mejor intérprete será él mismo, en papel de filósofo, sociólogo, novelista, poeta, pintor, psicólogo. Con esto quiero establecer un método racional de investigación : para un estudio perfecto de Hispanoamérica hay que conocer directamente a sus hombres y el producto de su talento, su cultura. ¿ Hasta dónde se ha logrado este cometido en los Estados Unidos ? Las siguientes observaciones darán una idea clara de lo que han hecho los norteamericanos en este campo y también de lo que han dejado de hacer.

Todos los problemas de relaciones entre las dos Américas tienen su origen en los días de la conquista y colonización de este continente. El concepto de la vida que tiene el español es bastante diferente del inglés, ahora y entonces. No en vano es don Quijote el símbolo del alma hispana. Un espíritu tradicional domina al español en todos los tiempos : el señor feudal no desaparace jamás de su historia, al contrario, evoluciona, creciendo y domina su sistema gubernamental, su fe religiosa, su organización económica en la persona del emperador, del encomendero, del obispo, del minero, del caudillo. El español del siglo XVI exalta su fuerza de dominio, su valor personal, su pasión ante los hombres y ante Dios. Lo grandioso es para él cotidiano, ya sea en el campo de la aventura, del arte, de la divinidad, del amor o de la muerte. Inmerso en su catolicismo, toda la existencia tiene para él un significado simbólico.

El inglés — protestante y pragmático — establece su mundo terrenal de acuerdo con los valores económicos. Desarrolla el comercio, la industria, la técnica, la ciencia. Mientras que el español establece relaciones morales entre los hombres, al inglés le interesa más el equilibrio social desde el punto de vista de la elaboración de productos y su distribución, del bienestar,

de la convivencia satisfecha. La religión y el arte no adquieren la suprema importancia que tuvieron para el español. La existencia tiene para él un significado real.

Esta manera distinta de comprender la vida en forma de colaboración, intercambio, progreso social, frente a un concepto teológico y aristocrático separó totalmente a estos dos pueblos. Desde entonces el inglés considera al español como un pueblo fanático, impráctico, impulsivo y perezoso y éste a aquél como un país sin distinción, sin fe, sin ideales ; país de mercaderes y traficantes del oro.

Anoto estas observaciones para señalar las causas del desconocimiento recíproco de esas dos Américas hasta nuestro siglo. Estas corrientes culturales contrarias, orientada una hacia el humanismo y la otra hacia la técnica, han seguido influyendo en nosotros. Nuestro sistema educativo es el polo opuesto del norteamericano. El humanismo se convirtió en Hispanoamérica en un intelectualismo estéril, en una especie de barroco educativo. La tradición domina los programas escolares ; no hay relación entre la vida y lo que se estudia, y muy poca gente podría decir cuál es la meta de la educación liberal. En los Estados Unidos la educación es científica, técnica, utilitaria, vital. El intelectualismo, cuando existe, está limitado a un número mínimo de personas. En Hispanoamérica el producto final de la educación es el hombre sobresaliente ; en los Estados Unidos es el hombre medio.

Aun en el terreno de la filosofía las diferentes concepciones del tema son muy distintas. El hispanoamericano se aproxima a la manera de pensar del español y del francés más que a la del norteamericano. El centro de su interés filosófico está en el hombre y en el producto de su razón y de su fantasía, y por eso « tienen atracción especial para el latinoamericano no sólo la antropología filosófica, sino la filosofía de la cultura, historia, derecho, idioma, como también los problemas éticos estéticos. Hay menos interés por los problemas del conocimiento y menos aún por los asuntos de la filosofía de las ciencias naturales, metodología, análisis, semántica, sobre todo lógica simbólica, que se ignora en la América hispana. En Norteamérica sucede lo contrario, pues allí es evidente el interés en la lógica simbólica, metodología, análisis, semántica ». (1)

Estas barreras tradicionales de carácter religioso, moral, político, filosófico, artístico, educativo, parecen infranqueables y a menudo lo son. Al principio —como hemos visto— fué la indiferencia y la negación : catolicismo versus protestantismo ; cultura de la "élite" contra cultura universal del pueblo ; gobierno democrático frente a la monarquía autocrática ; unidad versus fragmentación ; orden político por un lado y anarquía por el otro ; pragmatismo filosófico frente a un idealismo informe ; educación para la vida contra instrucción abstracta y libresca.

Con el crecimiento industrial de los Estados Unidos aparece el fenómeno del expansionismo económico, político y territorial y la penetración capitalista (minas, industrias, agricultura) de Hispanoamérica. Las fuerzas de la ambición financiera atropellan con todo ; la teoría del « manifest destiny » sirve de justificación moral a esta conducta. Este proceso histórico produce un cambio de actitud. La indiferencia anglosajona por América Latina se convierte en interés materialista ; la indiferencia latinoamericana por los Estados Unidos da paso a un sentimiento de temor y de odio. Nace en el Norte un complejo de superioridad, en el Sur uno de inferioridad.

Pero con la primera guerra mundial se abre una época nueva. Estados Unidos necesita establecer una unidad, crear el conjunto de naciones americanas, el bloque democrático del Nuevo Mundo. Es necesario conocer mejor a estos países que están dispuestos a embarcarse en la peligrosa empresa de la guerra. Por primera vez se habla de relaciones culturales y aunque todo este movimiento está inspirado en motivos de emergencia no puedo negarse que este es el principio de una genuina comprensión. De entonces en adelante se hará más intenso el deseo de crear una atmósfera de simpatía con la América hispana, de estudiar y conocer en su esencia a esas naciones. Todo lo hecho antes en este campo (las grandes historias de Prescott

(1) Risieri Frondizi : *On the Unity of the Philosophies of the Two Americas.* " The Rev. of Meta. hysics ", vol. IV, junio, 1951.

sobre México y Perú ; la traducción del *Facundo* de Sarmiento por Mrs. Horace Mann) era trabajo aislado o circunstancial ; ahora el esfuerzo continuado da carácter a la obra. Aumenta el interés por la arqueología, la geografía, la historia, la economía política de los países del Sur ; empiezan a aparecer también estudios y libros sobre música, pintura y letras. Esta actividad de interpretación cultural se intensifica durante el período político que se llama « Política del buen vecino », por 1930. Estados Unidos moviliza sus fuerzas intelectuales. Muchos profesores son enviados como agregados culturales a las repúblicas hispanoamericanas ; las universidades crean cátedras de literatura, historia, economía, gobierno, filosofía, lingüística de la América española y portuguesa. Distinguidos intelectuales tales como Waldo Frank, MacLeisch, Anita Brenner, dedican ensayos y libros a la cultura del Sur ; las grandes bibliotecas (Library of Congress ; New York Public Library) enriquecen sus colecciones de libros sobre esas culturas ; lo mismo hacen las bibliotecas universitarias tales como Columbia, Harvard, Yale, California, Texas ; las editoriales traducen famosos libros como *Os Sertoes*, *Casa grande e senzala*, las obras de Machado de Assis, y las grandes novelas hispanoamericanas como *Doña Bárbara*, *Los de abajo*, *Don Segundo Sombra*, *El mundo es ancho y ajeno*, *La Bahía de Silencio* y *La vorágine*. Se publican las primeras historias de la literatura hispanoamericana. Se da a conocer la obra de los pintores Diego Rivera, Orozco, Portinari ; de los compositores Carlos Chávez, Villalobos, Lecuona ; los museos (Metropolitan, Museum of Modern Art, San Francisco Museum of Art, Colorado Springs) exhiben colecciones de cuadros hispanoamericanos. La Unión Pan-Americana, con sus muchas divisiones, se convierte en el centro más importante de propaganda cultural ; se celebran innumerables congresos educativos literarios, históricos sobre la materia ; se crean Institutos, se publican libros sobre todos los temas imaginables de cultura hispanoamericana. Las Fundaciones Rockefeller, Carnegie, Guggenheim establecen el contacto humano con un intercambio de profesores, estudiantes y artistas.

Sin embargo, todo este trabajo de apariencia gigantesca es una gota de agua en el océano de la vida norteamericana. El interés por la América hispana no existe fuera de un círculo inverosímilmente pequeño de intelectuales, financieros y políticos. La enorme masa de la población ha quedado en la ignorancia de siempre sobre esos países. Lo más grave del caso es que aún en los círculos más cultos la indiferencia por el tema es igual. Para demostrar esta verdad tomemos como ejemplo la universidad X, una de las mejores y más grandes de los Estados Unidos y que posee el mejor Instituto de Estudios Latinoamericanos. La universidad tiene en el campo siete profesores —todos especialistas— en las cátedras siguientes : literatura, historia, antropología, arqueología, economía, ciencias políticas, geografía, y cincuenta estudiantes. Esta universidad tiene 15 mil estudiantes y mil profesores. Fuera de los siete que saben mucho, cada uno en su especialidad, y de los 50 estudiantes que saben algo, los otros 14.943 están a obscuras en lo que se refiere a la América Latina. Nadie conoce la labor ejemplar de los misioneros del siglo XVI, ni la de los eruditos del siglo XVII, ni la influencia de los filósofos franceses en el pensamiento prerrevolucionario ; nadie conoce el nombre de los maestros del pensamiento de América como Bello, Hostos, Montalvo, González Prada, Rodó, Varona, Korn ; ni el de sus escritores, como Ercilla, Sor Juana Inés de la Cruz, Garcilaso, Sarmiento, Palma, Bilac, Darío, Valencia ; ni el de sus hombres próceres, como Nariño, Mitre, Balmaceda, Martí, Justo Sierra. Preguntad al más ilustrado quiénes son García Icazbalceta, Barros Arana, José Toribio Medina, Vicuña Mac Kenna, Antonio Caso, Ingenieros, Osvaldo Cruz, Cuervo, Julio Tello, Mariátegui. Pedid al más erudito que os hable de la cerámica, textiles, orfebrería de la colonia, o de la arquitectura moderna de Brasil, o de la filosofía mexicana, del sistema de educación de Chile, del Aprismo. La respuesta será por lo general el silencio. Podemos asegurar entonces que el norteamericano, en cualquier peldaño intelectual que esté, desconoce la cultura de las naciones de la otra mitad de su continente.

Se habla mucho sin embargo de la América hispana y se dicen de ella muchos errores en la prensa, en la radio, en conferencias, a veces en forma de propaganda interesada y otras por pura inocencia. Esto da al gran público una falsa noción de Hispanoamérica.

Para empezar, el hablar así globalmente de Hispanoamérica es un gran error. El momento cultural de cada país es diferente ; unos viven en 1956 ; otros en el siglo XIX y unos pocos en plena colonia. ¿ Qué decisiones pueden ser válidas en forma colectiva ? La ayuda técnica para Chile no podrá ser igual a la que se refiera al Paraguay. Aun dentro de un territorio pequeño ¿ cómo medir con el mismo rasero a Costa Rica y Nicaragua ? Para enviar misiones técnicas, culturales, económicas a Hispanoamérica o para invitar de allá delegaciones representativas hay que conocer íntimamente cada nación, de otro modo la simpatía y el deseo de estrechar relaciones pueden resultar contraproducentes.

Se habla con entusiasmo, por ejemplo, de algunos gobiernos dictatoriales, « gobiernos fuertes », y se dice « que han destruído el comunismo, que han restablecido el orden y reorganizado las finanzas » y sabiendo que hay dictadores en la mitad de los países del continente todavía los llaman « países libres ». Se ataca a Perón cuando clausura *La Prensa*, indicando con el silencio que en todos los otros países hay prensa libre y que en ninguna otra parte se clausuran periódicos ; se escribe acerca de la democracia en la América latina ; se dice que allí todo el mundo es católico y que el pueblo no quiere gobiernos de izquierda ; se clasifica de estados progresistas a aquellos que construyen hoteles para turistas, carreteras, palacios, aunque tengan en la cárcel a todos los hombres liberales.

¿ Quién informa a Estados Unidos del estado de la sociedad hispanoamericana ? ¿ Quién habla por el continente novohispano, el maestro de escuela, el pensador, el poeta, el político honrado, el hombre de ciencia ? Cuando hablan Eduardo Santos, Lleras Camargo, Picón Salas, Palacios, Housaye, Jorge Mañach, Díez de Medina, Haya de la Torre, Cosío Villegas, el norteamericano que escucha, siempre en inverosímil minoría, se siente desorientado, perdido. Esta es otra América que él no conocía, la América libre, la América sin agentes, la América del pensamiento, no la de una diplomacia invertebrada, no la de una prensa sometida, no la América del gestor que anda en busca de un empréstito o de un empleo.

Si yo no creyera en la posibilidad de una comprensión de valores culturales no escribiría estas líneas. Yo tengo fe en los buenos propósitos de los norteamericanos y en su capacidad para penetrar la esencia de la cultura vecina. Yo sé que la Unión Pan-Americana está dirigida por un grupo de intelectuales que honra al continente ; yo sé que la Biblioteca del Congreso es uno de los depósitos más ricos de libros en español de todo el mundo ; yo sé que las mejores universidades de los Estados Unidos son centros admirables de estudios latinoamericanos. Lo único que falta es que todo el mundo reconozca la trascendencia de esta empresa, que todos sientan el debido respeto por una cultura superior, que se extienda el radio de acción de esta obra, que se encare el gran problema con sinceridad y con valor.

Yo creo que ha llegado la hora de madurez del panamericanismo, la hora en que toda teoría se traduzca en acción. Existe un bloque de naciones que se llama América y este bloque debe ser cada día más resistente a los ataques que vengan de fuera. En esta hora crítica, la arrogancia incomprensiva y el miedo infundado deben desaparecer. Debemos borrar de nuestro vocabulario las palabras imperialismo, colonialismo, vasallaje. Dije más arriba que el momento cultural entre las diferentes naciones hispanoamericanas es distinto ; también lo es entre las dos Américas, pero esta falta de sincronismo no debe entorpecer nuestra labor ni confundir nuestros proyectos. Somos como una gran familia en que la hora de los padres, hermanos e hijos no coincide, lo que no impide que en esa familia reinen el afecto, la paz y la felicidad.

ARTURO TORRES-RIOSECO

El arte alemán de la postguerra

POR C. KRISHNA GAIROLA

ALEMANIA, lo mismo en la política que en la economía, está curándose las heridas causadas por el nazismo y la segunda guerra mundial, y se restaura valerosamente. Este renacimiento material no puede sino favorecer las actividades del espíritu. Las Universidades, las Academias de Arte y los diversos centros culturales vuelven a ocupar su lugar y a asumir de nuevo el importante papel que desempeñaron en otro tiempo. Las artes plásticas, que han sufrido de un modo particular durante los años de la dictadura hitleriana, atraviesan ahora una fase de transición; pero conviene tomar un punto de partida y tratar, desde ahora, de deslindar las tendencias que, probablemente, no podrán sino afirmarse en un porvenir inmediato.

El que quiera comprender la situación actual del arte alemán tendrá que dirigir la mirada hacia atrás. A principios de siglo, el artista de allende el Rin sufrió la influencia del impresionismo, como Max Liebermann (1847-1935), y después Luis Corinth y Max Slevogt. Pero, al parecer, el impresionismo será el que prevalezca durante una gran parte de los últimos cincuenta años. Este movimiento fué introducido en Alemania, en el último decenio del siglo pasado, por el noruego Edward Munch, a quien una estancia en París había familiarizado con todas las tendencias postimpresionistas. El fué quien creó más tarde una escuela original. *Die Brücke* (El Puente), fundada en Dresde en 1905, bajo la influencia de Edward Munch, por Erich Eckel, Otto Müller, Karl Schmidt Rottluff, Max Peichster y los grabadores Ernst-Ludwig Kirchner y Emil Nolde, guarda cierto parentesco con el « fauvismo », que apareció y fué definido en el mismo año en el Salón de Otoño, en París. (« Los alemanes se dedican sobre todo al drama humano y a la expresión ; los franceses, a la armonía y al equilibrio. Coinciden en el empleo de una escritura amplia, en el movimiento rítmico de los contornos, en la limitación a superficies planas, a los colores puros y en rechazar todas las ilusiones », escribió Will Grohmann.) Otro movimiento, cuyo papel será determinante en el arte moderno, tiene como punto de partida las tendencias intelectuales bastante próximas de las de los pintores cubistas y futuristas. *Der Blaue Reiter* (El jinete azul) fué creado en Munich por Franz Marc, Vassili Kandinsky y August Macke, a los que se unieron pronto el suizo Paul Klee y Alexei von Javlensky, de origen ruso, como Kandinsky (1911-1912). La guerra de 1914 dispersó este grupo (Macke murió en 1914 y Marc, en 1916, ante Verdun). Para los teóricos Marc y Kandinsky, se trataba de rebasar las formas y de sorprender intuitivamente la vida interior de las cosas. (Kandinsky quiere que la obra sea « una asociación necesaria de elementos formales y de elementos espirituales, de acciones exteriores y de resonancias íntimas, cuya elección ha de estar guiada por la búsqueda equilibrada del contacto con el alma humana » ; y Marc dice : « Ya no nos aficionamos a

HANS THEO RICHTER : " Joven leyendo ".

cuadro que representa la naturaleza ; por el contrario, hay que suprimirla para hacer aparecer las leyes poderosas que reinan detrás de la belleza de las apariencias. ») En cuanto a Klee, cuya evolución tomó una tendencia definitiva en el momento en que se disgregaba el grupo de los « jinetes azules », debía dejar atrás a todos sus contemporáneos en la emancipación del dibujo y del color ; « no deforma nada, sino que inventa », y crea un lenguaje de los signos. Después de la primera guerra mundial, una tendencia cada vez más pronunciada hacia el arte, llamado « abstracto » para mayor comodidad, impulsará a ciertos pintores a agruparse alrededor de Paul Klee y del arquitecto Walter Gropius, director de la *Bauhaus* (academia de arte y escuela de artes aplicadas, en Weimar, después en Dessau, y más adelante, disuelta por Hitler), y son, entre otros : Oscar Schlemmer, Maholy-Nagy, etc.

Durante casi treinta años, los escultores fueron en general tributarios del arte atormentado de Rodin y del clasicismo sereno de Maillol (Francia). Anotemos los nombres de Ernst Barlach y de Wilhelm Lehmsbruck como personalidades atractivas. El primero se reveló al público después de una estancia en Rusia, y se esforzó por expresar en madera la miseria del hombre en su lucha con el destino. El segundo, influenciado por el cubismo, terminó en un constructivismo rígido, que no excluía una tendencia al misticismo y a la espiritualidad. El fué quien abrió el camino, en el que más tarde debía brillar Henry Moore.

Se sabe que con la llegada al poder del movimiento nacionalsocialista, todos los medios de expresión fueron objeto de una intervención tan rigurosa como absurda. El expresionismo y el arte no figurativo fueron igualmente condenados como *entartete Kunst* (arte degenerado) o *Kulturbolschewismus* (cultura bolchevizada). Los pintores y los escultores hubieron de emigrar o suspender todo trabajo de creación ; algunos —los menos— se encarnizaron en proseguir su obra en secreto. El expresionismo fué desterrado de los museos ; las pinturas y las esculturas modernas fueron destruídas, como las que se quemaron muy

BIBLIOTHÈQUE DE L'ART MUSÉE

oficialmente en Berlín. Unos mil doscientos cuadros salieron de Alemania y fueron vendidos en el extranjero. Fué la época en que triunfaron los Arno Brecker, y en que se organizó en Munich una exposición de *arte degenerado*, en la que figuraban, entre otras, dieciséis telas de Klee (1937)...

Con la caída del Tercer Reich se comprendió que la generación joven había permanecido, durante doce años, enteramente aislada de las corrientes artísticas prenazis, pero su papel había sido, no obstante, considerable en el movimiento artístico mundial. Fué urgente devolverle los maestros, de los que se había visto privada. Reaparecieron las grandes figuras : Karl Hofer, Schmidt-Rottluff y Baumeister fueron invitados a practicar su enseñanza en las academias. Las obras de primer plano, presentadas nuevamente al público, recibieron una acogida entusiasta. En cada una de las manifestaciones organizadas después de la guerra se ha podido comprobar el deseo que experimentan los jóvenes de enriquecerse con las experiencias nacionales y extranjeras de este medio siglo, al mismo tiempo que el interés del gran público por informarse acerca de los aspectos del arte anterior a 1933, y de las tendencias del arte alemán contemporáneo.

Si a pesar de la gran conflagración, a pesar de la división del país, tan amargamente lamentada, Munich, que conserva sus tradiciones e irradia su prestigio internacional de ciudad de arte, sigue siendo el gran centro de los encuentros y de las confrontaciones, la descentralización no es por ello menos efectiva. El éxito de las grandes exposiciones de arte alemán contemporáneo de la *Haus der Kunst* (Casa del Arte) munique sa —un millar de obras, cerca de cien mil visitantes, la venta de más de una cuarta parte de las obras expuestas— no logra, sin embargo, empañar el esplendor de la exposición anual de Hannóver, otro panorama que organiza la Liga de los Artistas Alemanes. En su Museo en reconstrucción, Kassel presenta, con mucha originalidad y acierto, una visión de las grandes escuelas de pintura, desde los comienzos del « fauvismo » y del expresionismo ; Leverkusen, importante centro de la industria química— entre Colonia y Dusseldorf— organiza regularmente exposiciones de gran valor documental y artístico (Fernand Léger ; pintura abstracta de todos los países ; japoneses y chinos de la Escuela de París, etc.). Habría que citar todavía las realizaciones de Stuttgart, Colonia y Dusseldorf.

Parece que los pintores alemanes de la realidad, a despecho de las dificultades del género, que tiende a caer en desuso en todas partes, continúan dando preferencia al retrato. Karl Hofer, fallecido recientemente, tuvo desde sus comienzos una predilección marcada por la figura humana, que al final de su vida cargaba con toda la amargura acumulada en el curso de tantos años de desgracia y que —con la *Serenata atómica* y las danzas macabras— proclama la miseria del hombre pensante en la época de la « cultura de la gasolina y de la chapa ondulada ». Julius Huther, muerto también en 1955, se representó por última vez, a sí mismo en traje de *clown* ; Arlequín triste, que la violencia de los contrastes cromáticos hace todavía más patético. Adolf Hartmann, dibujante meticuloso, al detallar los rasgos fatigados de un rostro,

HEINRICH HEUSER : " Mujer de Bali "

denuncia un mundo sin piedad, del que está desterrada la ilusión. En cuanto a Hans Purrmann, que tiene más de tres cuartos de siglo, permanece fiel a las damas dulces y pálidas, vestidas con ropajes flexibles y de colores vivos, a las que no alcanzan, en los salones burgueses, los torbellinos de la hora actual.

En la obra de Kokoschka, el retrato ocupa también un lugar importante ; pero en ella se encuentra un mundo sano, de un humanismo de buen tono. Este gran artista se mantiene en los confines del impresionismo (del que representa, según se ha dicho, la última fase) y del « fauvismo ». El acuerdo íntimo con el asunto no quita a su pintura la « improvisación apasionada » ; da preferencia en su pintura a una pasta compacta, que ilumina sobre la tela con el blanco brillante de unas comas nerviosas.

Las calles vacías y sonoras del Berlín de la postguerra han encontrado su cantor en Werner Heldt, en tanto que Gilles, al volver de las orillas venturosas del Mediterráneo, nos transmite un mensaje de tranquila belleza, y Heuser nos trae del Oriente rostros serenos y graves : el de las hermanas menores de las tahitianas de Gauguin. Alexander Camaro, Hermann Bachmann, Rudolf Kuegler —aunque muy diferentes— viven en un mundo en el que la realidad y la abstracción se codean ; mundo poblado de funámbulos y del reflejo de espejos empañados. Y los espectros del surrealismo, los hombres cuyos miembros son vegetales, las plantas como pájaros, con los ojos muy abiertos, las playas, los restos de naufragios y los cielos predominan aún en la joven pintura. Este es el universo de Marc Zimmermann, por ejemplo, muy próximo del francés Coutaud...

Es cierto que aquí, como en otras partes, la pintura no figurativa ocupa un lugar importante en el arte de nuestros días ; las galerías y los museos le dedican mucho interés. ¿ Acaso muchos de sus precursores y de sus mejores representantes no son alemanes de antes de 1939 ? Parece, pues, natural pensar que hay un camino trazado para la joven pintura alemana. Sin embargo, si se tiene en cuenta la estadística, los envíos de los pintores puramente abstractos a las grandes exposiciones panorámicas anuales no son los más numerosos... Sea como fuere ,precisamente en este campo es donde los jóvenes artistas dan realmente pruebas de originalidad y donde se puede comprobar una unidad muy evidente. Alrededor de Baumeister, el grupo *Zen* 49, cuya sede se halla en Munich, reúne pintores procedentes de todas las partes de Alemania : Cavael, Westphal, Schuhmacher, Werner, Uhlmann, Meistermann, Nay (Premio Lichtwack, Hamburgo 1955). Dos tendencias se dibujan francamente : la de « lo abstracto geométrico » y la de « lo abstracto impresionista » ; esto es una definición, en cierto modo.

Hay corrientes diversas que se distribuyen la joven escultura. La influencia de Henry Moore se ve contrarrestada por las menos esperadas de los imagineros renanos del siglo XV y de los escultures negros y amerindios. ¿ Hay que rehacer las experiencias, largo tiempo ignoradas o vilipendiadas, de los tres primeros decenios de este siglo ?) Hans Strangl, que vuelve a adoptar los temas medievales —la Virgen con el Niño, por ejemplo— gracias a una notable ciencia de la línea y del vacío, sugiere más de lo que representa, y da a sus composiciones una gran fuerza expresiva. Lo que caracteriza todavía las obras de Hartung y de Heiliger es la tendencia constante a la sencillez para alcanzar la esencia de las cosas. En ciertos rostros (retrato de Ernst Reuter), este pintor ha reducido lo corporal a formas libres, de las que desprende el elemento fundamental, y ha ido, al mismo tiempo, al corazón de la materia y al corazón de su modelo : hay una fusión perfecta de lo humano con la expresión plástica.

Aún es demasiado pronto para emitir un juicio sobre el arte alemán de hoy. (¿ Quizá el mejor momento para estudiar y analizar un arte o un estilo sea aquél en que toca a su fin ?) ¿ Cuál será, de todas estas corrientes, la que arrastre a los jóvenes ? Las tendencias absolutamente nuevas u originales no han aparecido todavía. No obstante, parece que en los años próximos, el arte abstracto no podrá dejar de seducir a una juventud atormentada ; y que las reacciones de los « figurativos » harán surgir manifestaciones llenas de interés.

C. KRISHNA GAIROLA

Luis Quintanilla

En 1912, el joven Luis Quintanilla, nacido en Santander en 1895, deja la Academia de arquitectura de Madrid y va a ponerse en contacto con otras escuelas. París constituye su primera etapa : ¿ cómo no había de sentirse atraído el joven español por este prodigioso crisol, en el que se elabora el arte inquieto que ha de caracterizar a este siglo ? Nos lo imaginamos al lado de Juan Gris, movido por un magnífico entusiasmo inconformista, y esforzándose por abandonar las leyes de la perspectiva y por rechazar los cánones de la belleza tradicional, de los que se había nutrido hasta entonces. Había soñado con ordenar los volúmenes en el espacio : los descompone sobre la tela y los hace estallar. La experiencia cubista, si bien no le convence, le interesa, por lo menos. Pero lo que ésta tiène de sistemático le cansará pronto : se precisan demasiadas demostraciones para sostener las nuevas teorías. Ardoroso partidario de la independencia, inspirado por una irresistible vocación de libertad, Quintanilla no puede plegarse por completo a esas disciplinas intelectuales, ni adaptar su óptica a esa visión analítica de los elementos plásticos, que desemboca en la desaparición de lo real... Se esfuerza por encontrar su propio modo de expresión. Mas para encontrarlo necesitaría quizá volver a la pureza de las formas, como el que va a calmar su sed a un manantial fresco, después de muchos días de agitación.

Esta crisis se resuelve en Italia, donde el artista encuentra, al fin, a sus verdaderos maestros : los fresquistas toscanos cuatrocentistas. En la tranquilidad de las iglesias y de los conventos recibe su mensaje— que sigue siendo actual, a pesar de haber transcurrido cinco siglos desde que fué trazado — ; escruta la materia lisa de sus obras, el contorno puro de sus figuras ; estudia sus procedimientos.

De regreso a España, en pleno dominio de su talento, seguro de sí mismo, Luis Quintanilla se consagra a la pintura mural. Numerosas composiciones suyas, ejecutadas durante este período (que se extiende hasta la caída de la República), fueron destruídas en su mayor parte. Citemos entre todo este conjunto decorativo en Madrid : Facultad de Medicina, Casa del Pueblo, Ciudad Universitaria, Museo de Arte Moderno, Museo del Viejo Madrid...

En los Estados Unidos, donde vive desde hace dieciocho años, el artista se mantiene fiel « a sus antiguos amores », como dice él mismo. Por ejemplo, pueden verse sus frescos, de un estilo clásico, que adornan la Kansas University, inspirados por Don Quijote.

Y continúa siéndoles fiel cuando se sienta ante el caballete : por sus mejores telas pasa un soplo de eternidad, que llena los ropajes colocados sobre la desnudez de personajes de mirada tranquila. Crea una humanidad simbólica y poderosa, que evoca al mismo tiempo a los Venecianos y al Goya de los primeros años. La composición está despojada de todo elemento superfluo : la figura se destaca sobre el fondo de un tono que contrasta ; practica su oficio con probidad; cada toque parece ser el fruto de una escrupulosa búsqueda ; la materia, de colores pálidos, es untuosa, ligeramente granulada e incita a la caricia. Aquí —más que en las naturalezas muertas y en los interiores, es donde se descubren las influencias tardías y superficiales de Cézanne y de Van Gogh—, se leen mejor los caracteres atractivos de Luis Quintanilla.

R. R.

"La muerte en las manos", novela realista de Julián Gorkin

POR I. IGLESIAS

VIVIMOS en un mundo cargado de amenazas más o menos inmediatas y sometido a un ritmo histórico casi infernal, que por desgracia va dejando de lado, sin resolver, diversos problemas, algunos de los cuales continúan siendo capitales para los españoles, por llevarlos tan dentro de sí que llegan a formar parte de su propio ser, y que, rabiosamente, enconadamente, piden a gritos salir a la luz pública de algún modo, como sea. Y Julián Gorkin, que es uno de los muchos miles que forman la grey de la España peregrina, no ha resistido a la necesidad de tratar en una novela uno de esos problemas nuestros de hoy y de mañana : el de la convivencia entre los españoles. *La muerte en las manos* (Editorial Claridad. Buenos Aires, 1956), verdadera novela simbólica en un cuadro realista, tiene por escenario la España de la postguerra civil ; su urdimbre temática es la posibilidad o imposibilidad de la convivencia entre los antiguos actores del sangriento drama y sus descendientes, y, finalmente, el principal de los personajes resulta ser, como en *Fuenteovejuna* de Lope de Vega, el pueblo, en esta ocasión Fuendelobos.

Apenas iniciado el relato, el lector se siente incorporado, por humana comprensión e interés, al pequeño grupo de personajes que moviliza el autor de *La muerte en las manos*. Digamos, sin que esto suponga censura, que en el desarrollo del asunto hay algo de movimiento escénico, en el amplio sentido teatral, tal vez a causa de una indudable y particular inclinación de Gorkin por el teatro, quizá asimismo porque el asunto se presta intensamente, merced a su fuerza dramática, a ser llevado a la escena. Se notará también que no aparecen en esta novela, de fuerte nervio dialéctico, grandes y elevados sentimientos ; mas, a decir verdad, no puede haberlos. Los habitantes de Fuendelobos, como los de España entera, se encuentran dominados por el recuerdo de la guerra y de la represión franquista. La idea de la muerte parece dominarlo todo, y el odio, un odio concentrado, rumiado día tras día, tuerce y envenena los sentimientos nobles, ahogando al propio tiempo las tímidas llamadas a la serenidad de los que quisieran tender un puente sobre el abismo para que España y los españoles se salven definitivamente.

* * *

Se abre la novela con el regreso a su pueblo, Fuendelobos, de don Jorge de Montalbán, ausente de España desde mucho antes de la guerra civil. Había dejado dos hijos mellizos, fruto de un amor furtivo con una criada de su casa. Regresa atraído por esa nostalgia que por su tierra natal siente todo emigrante español, y también por su deseo de proteger a sus hijos, Pedro y Juan, para terminar en paz los últimos días de

su vida. Sus hijos, que de niños vieron morir a su madre, Marta, fusilada con unos cuantos más por los vencedores, viven aferrados al recuerdo de su muerte, como viven las demás familias que perdieron alguno de los suyos. Todos ellos, padres, hijos, parientes y amigos de los treinta y tres fusilados ante un muro del centro del pueblo, arrastran su existencia mísera con la preocupación constante de la muerte, en un ambiente de odio. Don Jorge de Montalbán quisiera estar por encima de estas pasiones y restablecer la convivencia de antaño, pero fracasa en su empeño. Pedro, uno de sus hijos, es asesinado por los falangistas ; el propio don Jorge muere desesperado, sin haber logrado ninguno de sus fines ; y el otro hijo, Juan, con un hatillo a la espalda abandona el pueblo.

Podría decirse de *La muerte en las manos* lo que Unamuno dijo en el prólogo de su novela *Paz en la guerra* : « Esto no es una novela ; es un pueblo. » En efecto, lo que Gorkin nos ha ofrecido no es una novela tradicional, resultado de una tarea de índole artística en sentido estricto. No en vano es uno de esos exilados políticos que continúan conservando sus raíces más profundas en tierra española, cual corresponde a todo celtíbero integral. Cuenta además, merced a un largo pasado político pleno de vicisitudes, que no puede improvisarse, con una rica experiencia que le permite enfrentarse con los problemas y mirar las cosas con una óptica propia, que corresponde, dicho sea de paso, a toda una concepción del mundo y de la vida. Todo esto quiere decir que no hay que esperar de él meros divertimientos literarios, propios para mentes sofisticadas que sólo y exclusivamente saben gozar de los puros deleites estéticos. Y tiene razón al obrar así, pues la novela actual, la de nuestros días, debe huir de la frivolidad y del convencionalismo para comprometerse por entero, entrando a fondo, resueltamente, en los entresijos de la existencia humana y en los grandes problemas que la dominan.

La muerte en las manos responde por entero a ese criterio, que compartimos totalmente. Sus dos virtudes son la actualidad y la autenticidad, merced a las cuales logra el autor superar airosamente las dificultades inherentes al tiempo y a la separación, esos dos inconvenientes que acechan siempre al escritor en el destierro. La acertada ambientación de la novela, así como la emoción y el sentimiento que rezuman sus páginas, harán si duda que el lector —sobre todo el lector español— se interese desde las primeras líneas. Gorkin la ha escrito en caliente, con serenidad más que con pasión, tomando posición en la lucha, sin perder por ello la necesaria objetividad en la narración, pues objetividad no quiere decir de ningún modo indiferencia o frialdad existencial. *La muerte en las manos* es pues —repetimos— una novela comprometida de cabo a rabo, cual corresponde a un hombre que no ha conocido la pasividad y se ha comprometido toda la vida. Para Gorkin, teoría y acción aparecen siempre a la par, indisolublemente ligadas.

***

El autor es uno de esos raros españoles empeñados en desprenderse definitivamente de la rémora del pasado, por estimar que el tiempo no transcurre en balde y que nada existe más petrificante que vivir de recuerdos. En este sentido, su ambición para España sería la de un régimen de convivencia, dentro de la mayor justicia posible. El actual, fruto directo de una guerra civil, no lo es. Don Jorge, a su regreso, comprueba el cambio : « El Fuendelobos que yo conocí era apacible. Cierto es que había diferencias de fortuna : muchas familias pobres al lado de algunas ricas. Pero todas parecían aceptar este estado de cosas como natural ; en verdad a nadie le faltaba el pan. Lo mismo en las alegrías que en las tristezas, el pueblo parecía una familia. » Y Petra, la aldeana, le contesta : « Aquellos tiempos se han ido quizá para siempre. » Fausto López, otro de los personajes, pregunta : « ¿ Cuándo se cerrará el abismo ? ¿ No volveremos a matar ? ¿ No nos matarán a nosotros después ? Quizá pesa una maldición sobre varias generaciones españolas. » En fin, en la página última, Petra exclama desesperada : « España es un problema muy difícil para todos. » Así es : España es un problema muy difícil para todos, incluso para los que creen tener soluciones para todo.

Recordemos, para finalizar, que Julián Gorkin, conocido escritor político, es asimismo autor de varias otras obras, en las que se ha esforzado en analizar la realidad social de nuestro tiempo y en denunciar los crímenes del totalitarismo stalinista. *Canibales políticos, Hitler y Stalin en España*, es la exposición implacable de los manejos sobre el suelo español de las dos dictaduras foráneas que al alimón acabaron con la resistencia de los trabajadores ; *Así asesinaron a Trotski*, revela el crimen consumado por los agentes de Stalin en México ; *Destino del siglo XX*, es un análisis del determinismo dictatorial que condujo la revolución bolchevique a la contrarrevolución y al totalitarismo stalinistas ; y, por último, *Marx y la Rusia de ayer y de hoy*, que vió la luz hace sólo unos meses, es un estudio de las contradicciones existentes entre el verdadero pensamiento marxista y la actual realidad rusa. Ahora, con *La muerte en las manos*, Gorkin aborda el difícil género de la novela. Tanto el autor como el lector no dejarán de sentirse satisfechos de esta salida al amplio campo de la novelística.

I. IGLESIAS

Breve análisis de la realidad española

El ministerio español de Educación Nacional abrió un concurso en el verano de 1953 para premiar el mejor trabajo inédito que se presentara acerca de las « Causas y remedios del analfabetismo ». No sabemos el número de trabajos presentados, ni si alguno de ellos mereció y obtuvo el premio ofrecido. Lo que si sabemos es que a dicho certamen concurrió doña Manuela Gallardo y Gómez, seguramente maestra, de Badajoz, con un trabajo que no fué del agrado del Jurado. Sin embargo, ese trabajo se ha publicado después, en forma de libro, « a petición de sabios economistas, de virtuosos sacerdotes y de eminentes universitarios », según nos dice la propia autora. Y se ha publicacado con el título prometedor de *¿ Por qué somos pobres ?*

Pero publicar en la España actual un libro, no es cosa sencilla, ya que, para lograrlo, hay que contar, entre otras cosas, con el asentimiento de la censura del Estado. Nuestra autora debía saber o temer que dicha censura no autorizaría semejante publicación, y para evitar ese trámite peligroso, acudió al obispo de Pamplona, que lo había sido antes de Badajoz, monseñor Enrique Delgado, que le ha prologado el libro y le ha puesto el indispensable « Nihil obstat ».

He aquí, pues, un libro que no trata cuestiones religiosas y que se publica sin pasar por la censura del Estado, con la complacencia « de sabios economistas, de virtuosos sacerdotes y de eminentes universitarios », y gracias sobre todo a la complicidad del obispo de Pamplona. El hecho es significativo y contribuye a caracterizar una de las facetas del régimen. La censura eclesiástica excluye todas las demás.

***

El libro de Manuela Gallardo es un análisis severo, aunque superficial, de la realidad económica, social y pedagógica de la España actual. Según la autora, España es un venero de riquezas ; el suelo y el subsuelo son riquísimos ; los españoles poseen todas las cualidades necesarias para poder hacer fructificar esas riquezas y, sin embargo, España es pobre porque no se hace nada o casi nada para que deje de serlo. Y lo poco que se hace, no se hace bien. La tierra se cultiva mal ; las minas se explotan mal ; la ganadería se cuida mal... Y en cuanto al obrero, en la mayoría de los casos, « su labor rinde poco, está mal pagado, mal alimentado, mal vestido y peor alojado, con muy bajo nivel de vida material, intelectual y moral », dice doña Manuela Gallardo. Y para colmo de desdichas, « una de las mayores tragedias que se presentan a nuestros pobres obreros, no la constituye solamente el escaso jornal, sino que su mujer llegó al matrimonio sin formación de ninguna clase, sin saber nada de nada ».

La causa de todos los males que padece España es la ignorancia. El ministro de Educación Nacional ha dicho, anotará Manuela Gallardo, que el 20 % de la población es analfabeta. Eso, dirá Manuela Gallardo, es un trozo de la verdad, pues hay otro 20 %, por lo menos, que penosamente puede juntar las letras y dibujar su nombre para firmar, sin que sepan nada de nada. Y todavía hay otro 40 %, añadirá nuestra autora, que tiene un oficio o profesión sin conocer nada de la materia, ni haber pasado por escuela alguna de capacitación. España, esa será su conclusión, es un país susceptible de ser rico, poblado de ignorantes. Y la ignorancia nos ha acarreado ya las mayores catástrofes. « ¿ Cómo vamos a exigir a un ignorante que estime y cuide las obras de arte, cuyo valor él desconoce completamente ? ¿ Cómo le vamos a pedir que respete las universidades y los centros difusores de enseñanza que él nunca visitó ni sabe para qué sirven ? ¿ Cómo le vamos a exigir que siga las normas de una moral y de una religión que nadie se molestó en enseñarle ? » Y puesta ya en esa senda, nuestra autora, creyendo o aparentando creer que la guerra civil fué obra de los obreros ignorantes, no titubea en estampar estas palabras sentenciosas : « No nos engañemos, pues ; no echemos toda la culpa de la pasada guerra civil a los de abajo, a los ignorantes e incultos. La culpa de la pasada guerra civil, lo repetimos, fué nuestra, enteramente nuestra. Tengamos la humildad de confesarlo y pongamos los remedios necesarios para que nunca más ello pueda repetirse. »

El remedio, volverá a decirnos, está en la escuela y nada más que en la escuela. Hacen falta escuelas para todos. Que no se quede un solo niño sin ir a ella, ni un solo padre sin saber leer y escribir, sin conocer su oficio. No basta con que la ley declare obligatoria y gratuita la primera enseñanza. Eso ya lo hizo la ley Moyano en 1857. Hace falta, además, tener escuelas suficientes para todos. Eso exige que el ministerio de Educacion Nacional gaste quince veces más de lo que gasta actualmente, sostendrá Manuela Gallardo, pues el presupuesto de todo el ministerio de Educacion Nacional es inferior a lo que se gasta en policía y carabineros.

***

Nuestra autora quiere llevar al convencimiento de sus lectores que es posible acabar con la plaga de la ignorancia que corroe a España sumiéndola

en la pobreza. Y para demostrarlo, acude al ejemplo de dos naciones europeas ; una, cuya población está aglomerada ; otra, cuya población se halla diseminada. Esos dos países que estima típicos para ofrecerlos como modelo, son Holanda y Noruega. Con este motivo, nuestra autora describe con gran minuciosidad de detalles la vida de ambos países, donde no hay un solo analfabeto. Elogia con gran justicia y no menor entusiasmo, las instituciones públicas, los progresos sociales, los adelantos agrícolas o industriales, lo tolerancia religiosa de los holandeses, el que se gaste en Holanda 200 pesetas por habitante en atenciones de enseñanza, mientras en España sólo 45, el que en Noruega, para tres millones de habitantes, haya un presupuesto de Educación como el de España para veintinueve millones de habitantes...

No dejará de llamar la atención que doña Manuela Gallardo, al buscar en otros países el ejemplo que pueda servir de modelo para la regeneración de España, en vez de pensar en la Italia fascista o en la Alemania nazi, presente a dos países democráticos por excelencia : Holanda, donde conviven en el gobierno presidido por un socialista, católicos, protestantes y humanistas, y Noruega, país protestante, donde un gobierno homogéneo socialista está en el poder desde hace muchísimos años.

Todavía llamará más la atención que doña Manuela Gallardo, para esa obra regeneradora urgente de España que propugna, no invoque al Caudillo, ni a la Falange. En las 157 páginas de su libro ni una sola vez se les nombra. Se comprende, pues, perfectamente que el Jurado del Ministerio de Educación Nacional rechazara el manuscrito de nuestra autora.

***

Bien ha hecho doña Manuela Gallardo con ofrecer a los españoles el ejemplo de Holanda y de Noruega. No hubiese estado de más, sin embargo, que nos recordara igualmente los distintos momentos en que España ha sentido esa misma angustia que ahora traduce nuestra autora y los esfuerzos, más o menos logrados, más o menos modestos, que se hicieron para atender las apetencias culturales del pueblo español. Desde luego, hubiese quedado patente que esa angustia y esos esfuerzos han coincidido siempre con las horas en que la libertad existía en España y en las que el gobierno del país estaba en manos de hombres liberales.

Uno de esos momentos, el más reciente de nuestra historia, se produjo durante la República de 1931. La República hubo de recoger la muy penosa herencia que en ese sentido nos legara la monarquía. Más de la mitad de los españoles no sabían leer ni escribir. Se encontró con la existencia de 37.716 escuelas o clases primarias a las que asistían 1.800.000 niños, pero se encontró igualmente que en la calle quedaban 1.697.000 niños por no existir las 27.151 escuelas o clases primarias que faltaban. Se encontró con que la monarquía abría anualmente 493 clases ; mas como la población escolar crecía todos los años en 30.000 niños, a ese ritmo de creación de escuelas, todos los años se condenaba a la ignorancia a 6.000 niños por el delito de nacer y no morir o emigrar.

La República quiso acabar con esa vergüenza. Para ello hizo su plan quinquenal. Todos los años se crearían cinco mil escuelas, menos el primero en que se abrirían siete mil. En los dos primeros años de la República, los únicos verdaderamente republicanos, se abrieron tantas escuelas como la monarquía había abierto en treinta. Para la construcción de escuelas, se hizo el gran « Empréstito de la cultura », movilizando el ahorro nacional. Y así, mientras la monarquía, en 30 años, había construído 2.036 clases, la República, en dos años, construyó 1.381.

La República encontró los maestros con título profesional que necesitaba. Y reformó las Escuelas Normales y la Inspección de primera enseñanza. Y llevó, con las inolvidables Misiones pedagógicas, con sus bibliotecas, su cine, su teatro, sus coros y su Museo de Arte, la cultura y los bienes de la civilización a los más apartados lugares de España. Y lo que vale más : dió a la escuela un alma. Y en el pueblo español, tan sensible a estos problemas, se creó la mística de la escuela.

Doña Manuela Gallardo no ha hecho la menor alusión a ese momento creador de nuestra más reciente historia. Lo comprendemos. De haberlo hecho, seguramente no hubiese recibido de los « sabios economistas, virtuosos sacerdotes y eminentes universitarios » petición alguna para que publicara su manuscrito, y desde luego, el obispo de Pamplona no lo hubiese prologado ni puesto bajo la decisiva protección del « Nihil obstat ». De todos modos, no está mal que en un país de dictadura se publiquen tan encendidos elogios a la labor que realizan dos magníficos países democráticos y se ofrezcan como ejemplo y modelo a los desgraciados españoles.

RODOLFO LLOPIS

José Ma. Semprún Gurrea : " España en la encrucijada "

POCAS veces he sentido, en mi ya muy vieja afición a la lectura, una emoción tan grata como la que experimenté leyendo el libro que acaba de publicar Ediciones Ibérica, de

Nueva York, con el título que encabeza estas líneas, escrito por mi compatriota, y también exilado de su patria, don José Mª Semprún Gurrea. Aunque a primera vista pudiera parecer innecesario hacer una presentación de este escritor a los lectores de *Cuadernos*, ya que todos le conocen por ser uno de sus colaboradores, considero como un deber exponer en pocas líneas algo muy personal de este gran español, relacionado con sus sentimientos y convicciones liberales, con su amor a la democracia y con la lealtad que ha demostrado incansablemente, no sólo en su múltiples escritos, conferencias y demás actividades intelectuales, sino también con su conducta ejemplar, padeciendo por sus inquebrantables convicciones ya cerca de veinte años de exilio.

Y esta lealtad a sus convicciones liberales y democráticas es más de admirar en el Sr. Semprún si se tiene en cuenta que nació, se educó y vivió en los medios más elevados de la sociedad española, entre los cuales predominaban las ideas conservadoras. Claro está que en España, hasta 1923, los elementos conservadores de la sociedad estaban impregnados de liberalismo, porque la Ley Constitucional de la Monarquía española, restaurada en Sagunto, era liberal y los partidos políticos que turnaban en el poder — liberales o conservadores — gobernaban al país en un sentido liberal, con grandes apariencias de democracia. Es cierto que había en España adversarios acérrimos del liberalismo —tradicionalistas, integristas, ultramontanos, carlistas—, pero todos ellos estaban apartados del poder, pues eran los defensores de la rama dinástica *carlista*, que pretendía suplantar en el trono a la dinastía restaurada, que lo ocupaba.

Este sentimiento liberal que, como antes dije, había impregnado hasta a las clases conservadoras, estaba tan arraigado en Semprún que, igual que otros muchos liberales, se apartó de la monarquía poco después de producirse en España el golpe de Estado del general Primo de Rivera, en 1923. Este acto de fuerza, que el rey pudo evitar y no evitó, si es que no fué cómplice en él, fué aceptado por la Corona de modo explícito al negarse a usar de su prerrogativa y convocar elecciones para constituir las Cortes que habían sido disueltas, obligación ineludible que imponía el artículo 32 de la Constitución monárquica.

A partir de este instante, los sinceramente liberales y amantes de la democracia se pasaron al campo de la República, convencidos — y ya para siempre — de que, no sólo ésta es una forma de gobierno muy superior a la monarquía (Semprún da en este libro numerosas razones, llenas de lógica, que demuestran esta afirmación), sino que además, tal y como estaba constituída la monarquía en España no era posible gozar, sin peligros y de modo continuado, de un régimen liberal y democrático, porque la monarquía restaurada no había logrado vencer aquellos que Olózaga denominó « los obstáculos tradicionales », que siguieron predominando durante todo el largo período de la Restauración y que hoy, en el régimen actual de España, han llegado a la cumbre de su apogeo, asentados en el Estado, confundidos y ensamblados con él, y disfrutando de las primicias del poder.

La obra de Semprún, *España en la Encrucijada*, es un libro esencialmente político, en el que estudia con pormenor distintos temas palpitantes y expone teorías de carácter general, aplicables a todos los países y singularmente a los que están sometidos a regímenes dictatoriales, aunque su autor haya expuesto sus teorías y concepciones con la vista fija en España y en los problemas más importantes que allí están planteados.

Reconoce el autor que su libro « está escrito con pasión », y que por esto a lo largo de la obra corre un viento de polémica, pero su pasión no es incompatible con el conocimiento, porque no le ofusca. Es, como dice, una pasión no impuesta por ningún partidismo, ni por ningún odio, sino por esa gran causa de España ; la causa de la libertad, la dignidad y el bien moral y material de cerca de treinta millones de españoles.

No voy a analizar circunstanciadamente cada uno de los temas y problemas que plantea en los capítulos de su libro ; me bastará con enunciarlos para que sus futuros lectores puedan darse cuenta, de antemano, de los interesantísimos problemas allí estudiados. « El problema religioso en España », en el que expone al mismo tiempo los conceptos de la verdadera y de la falsa tradición española, con los donosos comentarios que hace acerca de las palabras pronunciadas por el general Franco en la Universidad de Salamanca al recibir la investidura de *Doctor honoris causa*, afirmando que eso de dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César no era aplicable en España ; « La esencia del Patriotismo » ; « España como Patria » ; « España y las Españas », tres capítulos en los que estudia los conceptos de Patria, de Pueblo, de Nación, los llamados hechos diferenciales y la unidad y variedad en las distintas regiones españolas ; « Libertad, ¿ para qué ? », donde trata del liberalismo político, de la transigencia, de la intransigencia, de lo que es filosóficamente en la realidad práctica el escepticismo ; « La cuestión social en España se llama hambre », tema de carácter económico social que estudia el poder adquisitivo de los salarios, las enormes injusticias sociales que hacen que España sea hoy más que nunca el paraíso de los ricos, y el infierno para la casi totalidad del país ; « La cuestión institucional », capítulo en el que hace un parangón entre los sistemas monárquico y repu-

blicano, así como con el del actual Estado español, para terminar, después de un bellísimo canto a la República, con la definición que de lo que es España según proclama el artículo 1º de la Constitución republicana de 1931 : « Una República democrática de trabajadores de todas clases que se organiza en régimen de Libertad y de Justicia. » Termina el libro con unos Apéndices interesantísimos que transcriben algunos escritos de verdadera importancia que apoyan las afirmaciones y argumentos empleados por el autor al exponer sus distintos temas.

España en la Encrucijada es un libro francamente bueno, por su contenido y por la forma elegante en que está escrito. Esta afirmación que acabo de hacer expresa un gusto más que una opinión personal, y como quiera que los gustos y emociones nadie puede discutirlos, si tenemos en cuenta aquel viejo aforismo que, muy oportunamente cita el Sr. Semprún en una de sus páginas : *de gustibus non est disputandum*, diré, como resumen, que este nuevo libro me ha gustado... y mucho.

CARLOS DE JUAN

Alejandro Magnet : "Nuestros vecinos argentinos"

El vigoroso ensayista Alejandro Magnet, autor de *Nuestros vecinos justicialistas*, uno de los mejores estudios sobre el peronismo, ha publicado un robusto análisis de la actual realidad social y política del gran país del Plata : *Nuestros vecinos argentinos*. Ambas obras constituyen el mejor panorama del decenio peronista.

En *Nuestros vecinos justicialistas* enfocó los diversos aspectos del peronismo. En *Nuestros vecinos argentinos* presenta el proceso de la descomposición y derrumbamiento del régimen peronista, como proyección de la personalidad de su jefe y consecuencia de los errores y contradicciones acumulados en un decenio. Según Magnet « la corrupción y el engaño fueron, en realidad, el gran instrumento de gobierno de Perón y puede decirse que nada en la Argentina escapó al engaño o a la acción corruptora directa o indirecta de su dictadura ». El movimiento obrero, los partidos políticos, la Iglesia, las fuerzas armadas, la prensa, la justicia, la educación, fueron maleados ; y el terreno económico, social, político y espiritual sólo produjo descomposición, desorden y descomposición, desorden y desconfianza.

En cuanto a las relaciones del comunismo con el régimen totalitario de Perón, expresa que los comunistas trotskistas lo apoyaron, abiertamente, y sus jefes Abelardo Ramos y Jorge Newton desenvolvieron una amplia labor periodística en defensa de su política. Respecto del comunismo stalinista, suministra datos de alto interés. Si en verdad Victorio Codovila jugó un papel doble, pues gozó de la tolerancia de Perón y, por otro lado, le hizo una oposición discreta, varios otros dirigentes, conducidos por Rodolfo Puiggrós y Eduardo Astesano colaboraron resueltamente con él. Astesano escribió un favorable *Ensayo sobre el justicialismo a la luz del materialismo histórico* y Rodolfo Puiggrós tuvo este viraje espectacular : en 1944 publicó en Montevideo su obra *Rosas el pequeño*, en cuyo prólogo lanza un violento ataque al gobierno despótico instaurado en Argentina y traza un paralelo entre la realidad iniciada por la dictadura militar y la del siniestro Rosas, el siglo anterior. Acumula hechos, juicios y frases implacables y, a manera de síntesis final, escribe : « Para hacer retrogradar a la Argentina al sistema rosista sería necesario reconstruir las cadenas de servidumbre, miedo, descomposición y anarquía que paralizaron las energías del heroico pueblo de Mayo. Habría que destruir la autonomía de las provincias, levantando en Buenos Aires un poder único que absorbiera todas las facultades. Tendría que darse rienda suelta a la delincuencia política, disfrazada de ultranacionalismo, y asociarla al poder policial. Sería urgente encarcelar, deportar, procesar a la oposición y llevar el terror al aula universitaria, al sindicato obrero y al centro intelectual. Debería perderse todo respeto a la inteligencia, a la honestidad y al patriotismo, y no tolerar más periodismo que el oficial. Aislada la Argentina del resto del mundo, se sumiría en un estado de postración y estancamiento. Tal es la meta a la que parecen dispuestos a llegar los hombres del 4 de junio. »

Tal fué la trayectoria de aquel movimiento y las características del régimen establecido por Juan Domingo Perón. La lucidez del marxista Puiggrós fué notable al trazar las líneas reproducidas. Pero al mismo tiempo la inescrupulosidad del dirigente comunista Puiggrós fué tan colosal que se unió a Perón para ayudarle a consolidar la triste realidad descrita en sus líneas citadas. ¿ Puede darse mayor ejemplo de cinismo político y de inmoralidad ideológica ? La actitud de Puiggrós es representativa de la profunda corrupción ideológica y política introducida por el peronismo en la vecina República Argentina.

Nuestros vecinos argentinos es un libro de gran interés. Su relato se apoya en una vastísima documentación, y ahora que Perón y su régimen se presentan como ciclo acabado en la evolución argentina, se hacen visibles hechos anteriores, coetáneos o posteriores al fenómeno peronista,

donde residen las causas de su aparición y dominio durante largos años, y Alejandro Magnet sabe describirlos con claridad y sagacidad. El desarrollo es dinámico, en un estilo periodístico de buena ley, rápido, desenvuelto y absorbente.

J.

José Ferrater Mora : " Cuestiones disputadas "

El tono amable y llano con que Ferrater Mora preludia sus ensayos de filosofía *Cuestiones disputadas* (Revista de Occidente. Madrid, 1955) nos animó a adentrarnos en la obra, aun siendo ajenos a la disciplina filosófica. Son, en efecto, esas páginas preliminares un alegre pórtico y no uno de esos zaguanes sombríos que atemorizan y que más de una vez nos ahuyentaron de libros de esta clase.

Hemos leído, pues, *Cuestiones disputadas*, si no de un tirón, que hasta sería una falta de respeto, sí de varios tirones, pero sin esfuerzo y con gusto. Y ello no sólo por la variedad y atractivo de los temas que se examinan en esos ensayos, sino porque el estilo del señor Ferrater Mora, independientemente del valor de sus juicios y opiniones, tiene agilidad, vigor y calidad literaria ; de modo que sin rebasar los límites de sobriedad que el género impone, alía con la precisión expresiva el garbo de una buena prosa.

Muy interesantes esos ensayos. Unos porque abordan problemas actuales, como el que se refiere a las actividades del intelectual en el mundo contemporáneo, su ética y su política. Otros porque esclarecen aspectos que como españoles nos conciernen y hasta nos apasionan, cual el que trata de Cervantes y nuestro mundo —en el que se señalan con acierto las raíces de la piadosa ironía cervantina—, el que versa sobre Suárez y la filosofía moderna, y sobre todo aquel en que se define en qué sentido puede afirmarse no sólo que hay una filosofía española, sino también que la filosofía en España sólo puede ser entendida como filosofía española. Otros, como el que trata de la ironía, por su sutileza y porque deslinda bien los campos de la ironía y el humor, a menudo confundidos. Otros, como « Reflexiones sobre la poesía », porque expresa al respecto opiniones con las que coincidimos, cosas que vagamente habíamos pensado, sin llegar a precisarlas con exactitud, como el señor Ferrater lo hace. Y otros, en fin, como el ensayo acerca de « Wittgenstein o la destrucción », que cierra el libro, porque nos informa con amenidad de un caso sumamente curioso y por nosotros desconocido.

Cuestiones disputadas es un libro de filosofía abordable por cualquier lector atento y medianamente culto, y está escrito con gran decoro literario y natural elegancia. Considera uno, empero, al discurrir por ciertos parajes de la obra, cuánta razón tiene el autor cuando afirma que « partir un pelo en cuatro es un pasatiempo grato a los filósofos ». No se libra el señor Ferrater Mora —digámoslo con franqueza— de incurrir de cuando en cuando en este grato pasatiempo. El osado profano que se aventura en la manigua filosófica no deja de pensar a veces que, a Dios gracias, las cosas son bastante más sencillas de como los filósofos las presentan. Pero harto se comprende que si los filósofos no las complicasen un poco y diesen en la funesta costumbre de hablar como el resto de los mortales, el deporte filosófico acabaría por desaparecer o se vería muy mermado, lo que sería verdaderamente lastimoso.

Al lector que con atenta curiosidad lea *Cuestiones disputadas* no le faltarán ocasiones de admirar ese pasatiempo intelectual de que hemos hablado ; pero también le aseguramos que si no tiene un ingenio enteramente negado a las disquisiciones filosóficas, sacará de la lectura de esas páginas muchas ideas sugestivas y no poco entretenimiento, satisfacción y provecho.

Lo que es bastante decir de un libro de filosofía, sobre todo si quien lo dice es un profano sincero.

C. A.

José Ferrater Mora : " Cuatro visiones de la historia universal "

Las cuatro visiones de la historia universal a que se refiere el título de esta nueva obra de Ferrater Mora —refundición de otra editada hace una docena de años, y ya agotada— son las correspondientes a San Agustín, Vico, Voltaire y Hegel, o sea las de cuatro hombres elegidos por su importancia dentro de las filosofías cristiana, renacentista, racionalista y absolutista, y también por particular inclinación del autor. Ferrater Mora justifica su elección, por tratarse de cuatro filósofos para quienes la historia universal fué el más fundamental de sus problemas.

San Agustín representa para Ferrater Mora el primer intento de comprender la historia universal en unidad, rompiendo así con la tradicional crónica doméstica o simple correlación de datos caras a griegos y romanos. Para San Agustín, la historia deja de ser comedia o tragedia para convertirse en drama.

Vico es la visión renacentista, es decir la concepción optimista del hombre que tiene plena confianza en un renacimiento ininterrumpido, no sólo del ser humano sino asimismo de la sociedad. Según Vico, no obstante los anuncios apocalípticos, la historia prosigue su marcha con posibilidades insospechadas.

Voltaire es el racionalista desesperado e irónico que cree en la presencia en la historia de un mal inevitable ante el cual únicamente cabe la lucha o la queja, dos menesteres a los que el solitario de Ferney se entregó con pasión. La historia se convirtió para Voltaire en una cruzada de buenas voluntades para el rescate del principio del bien.

Hegel nos ofrece la gran aventura de la idea realizándose inexorablemente a través de su dialéctica implacable, con un encadenamiento de razones —de sus razones— en la que parece no hallarse ausente el visionario. La historia es para Hegel la evolución del espíritu y su lucha para desprenderse de la naturaleza opresora y hacerse totalmente libre.

Cuatro visiones de la historia universal (Editorial Sudamericana, de Buenos Aires, 1955) es una original interpretación de algunas de las grandes concepciones de la historia, que no dejará de interesar en grado sumo a cuantos se preocupan por la historia o la filosofía. La lectura es fácil y amena, merced a esa prosa agradable y estilo claro a que nos tiene habituados José Ferrater Mora.

I. I.

De los poetas a la poesía

DESDE La Habana nos envía José Alvarez Baragaño su libro *El Amor Original*, que sigue a su *Cambiar la Vida* del que ya nos hemos ocupado aquí mismo.

El Amor Original afianza las posibilidades que se manifestaban en *Cambiar la Vida*, permaneciendo en una línea parecida, aunque tal vez más próxima al automatismo expresivo que Baragaño cultiva con tanta facilidad como honradez. A pesar de lo deliberadamente irracional de su poesía, nadie puede permanecer insensible a la grandeza que se desprende de sus versos, al ritmo, al aliento que agita *El Amor Original*. Poesía la suya con personalidad y señorío. Da la impresión de que de todas sus aventuras en su afán por *cambiar la vida*, el poeta hubiese salido impregnado de cierta nostalgia de un *amor original*, de un mundo perdido. Su rebelión en el desamparo se añade a la de tantos otros. Cuando parece más hundido en el mar del subconsciente grita angustiado en medio del sueño *Oh! Cuba Cuba, vituperio de la gente*. Relámpagos que no confunden. Decididamente Baragaño se afirma.

TRINA MERCADER, la meritoria directora de la revista bilingüe árabe-española *Al-Motamid*, ha publicado en Tetuán *Tiempo a Salvo*.

La impresión de claridad, de madurez, de perfección formal se borra un poco al comprobar que Trina Mercader, a pesar de hallarse en posesión de tan buenas armas, da la impresión de no haber reñido su combate a fondo. Tal vez corresponda el libro a un período de sequedad. Tal vez nos equivoquemos, pero da la impresión de que la poetisa de calidad que es sin duda alguna Trina Mercader esta vez se ha forzado a sí misma. Lo cierto es que las palabras aparecen como descoloridas, como si les faltase esa *hermosura y luz no usada* que hiere y retiene la sensibilidad del lector.

A Ricardo Martell Caminos le ha publicado el Ministerio de Cultura de El Salvador. *Tres Elegías a mi Padre*. Forman un todo fresco, suave, iluminado, que se lee con agrado y que ilustra acertadamente Camilo Minero.

La *Aritmética Pura* del gallego Isidro Conde está formada en su mayor parte por una serie de sonetos sumamente ingeniosos, que se ofrecen sin mayores pretensiones como dando una lección de sabia humildad.

También de España nos llegan otros tres libritos de la simpática colección *Doña Endrina*, que dirige en Guadalajara Antonio Fernández Molina : Un alegre capricho de Amparo Gastón y Gabriel Celaya titulado *Coser y Cantar*, unos sonetos que bajo el nombre de *Noches* publica José Sierra Cortés y unos versos sumamente inquietos del uruguayo Hugo Emilio Pedemonte, *Y Os Hablo de un Mensaje*.

L. L. A.

Guillermo de Torre : "Las metamorfosis de Proteo"

ALGUN día habrá que estudiar con la debida atención la vasta obra crítica que desde hace bastantes años viene desarrollando, con meritoria constancia, Guillermo de Torre, sin la menor duda uno de los más notables ensayistas con que contamos en la actualidad en lengua española. No existe, efectivamente, manifestación alguna del espíritu que no recoja la antena sensible de nuestro gran crítico, para ser examinada acto seguido con juicio sagaz y certero. Erudición, claridad y ecuanimidad son las

cualidades principales de Guillermo de Torre en su difícil cometido de crítico literario.

Ahora acaba de ofrecer al público hispanoamericano una nueva obra (*Las metamorfosis de Proteo*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1956.) en la que recoge una serie de ensayos y estudios críticos publicados en estos últimos tiempos en diversas revistas europeas y americanas. Se trata de unos estudios en los que Guillermo de Torre analiza con atención, agudeza y claridad problemas, obras y autores de actualidad máxima. La variedad temática ofrece, no obstante, cierta armonía y unidad.

Bajo la invocación de Proteo — ejemplo de ágil capacidad de mutación y también de fidelidad consigo mismo, dos cualidades que debieran predominar en el mundo intelectual — comienza Guillermo de Torre su obra estudiando algunos de los aspectos de nuestro tiempo, como el drama intelectual de los mandarines, agudizado ahora con motivo de los recientes y trascendentales acontecimientos de Hungría. Siguen luego unas valoraciones contemporáneas, que abrazan nombres tan fundamentales como Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez, García Lorca, Salinas, etc.

A continuación ofrece unas « miradas a extramuros », en las que estudia aspectos varios de la obra de André Gide, Rimbaud, Mallarmé, Apollinaire, Cocteau, etc. Hay luego un acercamiento a los clásicos —Lope de Vega, Eça de Queiroz, Gœthe...— y termina el libro con un penetrante balance del medio siglo europeo último, tras establecer una especie de memoranda que abarca los géneros político, científico, artístico y literario.

Las metamorfosis de Proteo es un libro digno de atenta lectura, que ayudará no poco al lector interesado por los problemas literarios y artísticos de nuestra época.

I. I.

Francisco Coloane : " Tierra del Fuego "

El poderoso y original narrador Francisco Coloane, autor de *Cabo de Hornos* y *Golfo de Penas*, agrega a su producción una nueva obra de la misma calidad que las citadas : *Tierra del Fuego*. Son ocho cuentos dramáticos.

Francisco Coloane nació en Chiloé. Al sur de esta isla comienza la inmensa y subyugante región de los canales. Ahí el Océano Pacífico y la Cordillera de los Andes se entrelazan en la más asombrosa malla de montañas, canales, fiordos, ventisqueros, valles y selvas. En esta comarca desolada e impresionante viven colonos, aventureros, trabajadores de los frigoríficos, sacerdotes, marinos, ovejeros, seres enérgicos, audaces, tiernos o crueles, según las circunstancias. F. Coloane recorrió desde muchacho estas lejanas e interminables regiones y es lo vivido por él en aquellas soledades la materia de sus relatos rudos y sobrecogedores. Posee un poder narrativo cautivador : aprisiona y conmueve. Junto con dar a conocer un mundo extraño, misterioso, apasionante, presenta a un tipo humano fuera de lo corriente, de perfiles ásperos y heroicos, en quien la bondad o la maldad, el valor o la cobardía, el egoísmo o la generosidad se dan sin matices ni términos medios.

En los relatos de *Tierra del Fuego* sobresalen estas cualidades y cierta preocupación « social ». Así, en su primer cuento, que da nombre al volumen, a través de la descripción de la fuga de tres desertores de la banda del rumano Julio Popper, presenta un cuadro impresionante de los aspectos sombríos de las depredaciones de aquel terrible explorador bandido en Tierra del Fuego. En su relato « De cómo murió el chilote Otey », revive el macabro levantamiento obrero del territorio de Santa Cruz, en la Patagonia argentina, donde cientos de trabajadores fueron muertos después de valerosas luchas, conducidos por un cabecilla intrépido, apodado Facón Grande. Pero en F. Coloane nada es preconcebido, lo que pudiera empañar la calidad literaria y artística de sus relatos. Unicamente ha dado vuelo a su visión realista surgida de la comprensión amorosa de la existencia tal cual él mismo la viviera. Su posición varonil frente a la vida y al hombre resulta de una recreación exacta, muy realista, pero en ningún instante deformada por elementos adventicios introducidos por adhesión a métodos partidistas o a concepciones propagandísticas. En sus páginas vigorosas, sembradas de metáforas directas y evocadoras, se advierte un sincero amor a la naturaleza y a los seres que la pueblan ; a los hombres y a sus existencias azarosas ; a la justicia, a la fraternidad y a la libertad.

J.

Francisco Ayala : " Historia de Macacos "

No abundan los humoristas entre los escritores españoles. Fuera de Julio Camba, que tuvo gracia antaño y que ya la ha perdido, o por agotamiento de la ancianidad o porque el régimen franquista le veda los temas que más podrían tentar su antiguo humor, si es que aún le queda alguno, y de Fernández Flórez

—a quien la sería difícil escribir ahora otras semblanzas parlamentarias o políticas como las que fueron el cimiento de su fama—, apenas sabemos de ningún humorista español contemporáneo que merezca ese nombre. Pero tanto Camba, como Flórez, como el cargantísimo Gómez de la Serna, dan la impresión de hombres ufanos de su humorismo. Se advierte que saben que hacen gracia. Son como esos señores que cuando cuentan una historieta no pueden evitar reírse ellos mismos los primeros, como diciendo « ¡ esto si que es bueno ! », « ¡ qué gracia tiene esto ! ». Lo que acaba por restar valor a su relato.

Francisco Ayala, autor de este ramillete de novelitas o cuentos que lleva el título del primero de ellos, *Historia de Macacos* (Revista de Occidente, Madrid) es un humorista serio, un poco a la manera de Chekov (hay algo de melancolía eslava en sus narraciones), que cuenta las historias más desopilantes — déjenme ustedes pasar el galicismo—, que desenvuelve temas insólitamente cómicos y aborda situaciones grotescas con la mayor seriedad, con el aplomo y compostura de un hombre que está seguro de no reírse ni en los momentos más risibles de la narración.

Esta seriedad de Francisco Ayala da un sabor original a su humorismo y lo realza. Digamos que su humor es a veces un poco sombrío. No todo lo que cuenta es para reír. Algunas de sus « nouvelles », por ejemplo « Encuentro », y « The Last Supper », son más bien para llorar, pero, con todo, el humor no está ausente de ellas. Las otras, como « Historia de Macacos », « El colega desconocido », « La barba del capitán », son menos amargas. La primera de éstas, además de ser una pintura de caracteres muy expresiva, es también un documento de valor sobre la vida de los europeos en una apartada colonia africana.

El humor, con frecuencia dolorido, de estos relatos de Francisco Ayala no consiste en lo chispeante de la frase o en la gracia del decir —su estilo de párrafo largo, aunque siempre correcto y equilibrado, no se presta mucho a esos juegos—, sino en la acción misma, en lo cómico de ciertas situaciones y sucesos. Difícil encontrar más chusco asunto que el de la « Historia de Macacos ». El autor nos refiere esta historia tan gravemente como podría hacerlo un relator ante el jurado, haciéndonos sonreír durante todo el curso de la lectura, pero sin sonreír él ni un momento. ¡ Ahí va el asunto, el asunto, limpiamente narrado, sin comentarios ni aditamentos, que él solo lleva en sí la virtud humorística que hará su efecto al lector !

Hemos leído con mucho agrado estas historias, contadas en buen estilo y con una aplomada parsimonia. Y al terminar este libro no dudamos en inscribir al autor en la parca lista de los humoristas españoles. Humorista español, pero no humorista a la española. Podría hacerse en dos líneas la semblanza literaria de Ayala, diciendo que es un buen escritor, un humorista con gran calor humano que escribe las cosas más graciosas con la mayor seriedad del mundo.

C. A.

Nestor Madrid-Malo : "Suerte a las 7 y otros relatos"

NESTOR MADRID-MALO, graduado en Derecho, periodista y escritor colombiano con inisitente vocación literaria, ha publicado hace unos meses, en la Coleccion *Espiral*, Colombia, de la Editorial *Iqueima* de Bogotá, un nuevo libro que titula « Suerte a las 7 y otros Relatos », integrado por once narraciones que constituyen otros tantos episodios de lo « real imaginado », como el autor afirma en el prólogo.

Son once relatos cortos en los que no hay hojarasca ni ornamentaciones inútiles, escritos con concisión y con el deseo de narrar con claridad el asunto que se aborda en cada uno de ellos. Las narraciones son completamente distintas entre sí y enfocan problemas psicológicos, también muy diferentes, que el autor plantea a través de los personajes que en ellas crea.

Describe personas que en su mayoría son verdaderos enfermos mentales a consecuencia de algún choque moral sobrevenido en su vida y cuyos problemas psicológicos corresponden más bien al campo de la psiquiatría. Ejemplos patentes de estos son los del asesino del campanero de la iglesia de San Anselmo, que narra en su relato « Crimen en el Campanario », págs. 125 y siguientes, cuyo móvil fué el de matar a un pobre hombre, al que ni siquiera conocía, porque era mejor campanero que él ; o el otro caso del médico psiquiatra, que describe en « ¿ Cómo era ? », págs. 71 y siguientes, el cual conoce el trastorno mental que le abruma a consecuencia del fallecimiento de su esposa y termina suicidándose. En otros dos episodios, « Un hombre solo », páginas 23 y siguientes, y en « El regreso de Arturo Cova », págs. 91 y siguientes, plantea sendos problemas psicológicos en los que ambos protagonistas no completan sus confesiones porque termina sus relatos haciéndoles desaparecer y sin poder reanudar ni ampliar su conversación con ellos.

El libro despierta interés para cuantos gusten enfocar y discurrir sobre problemas psicológicos y psiquiátricos, porque sus narraciones dan ocasión para pensar y aun para discutir acerca de los casos curiosísimos en él planteados. Pero además, se lee con agrado, porque tiene la virtud de la claridad y de la concisión.

C. de J.

VIDA DEL CONGRESO

LA REUNION ANUAL DEL COMITE EJECUTIVO DEL CONGRESO

En su reunión anual, celebrada en la primera quincena de enero, el Comité Ejecutivo del Congreso ha adoptado la siguiente resolución :

El Comité Ejecutivo del Congreso por la Libertad de la Cultura, reunido en París durante los días 12 y 13 de enero, tras un examen de sus actividades —así como de las actividades de sus asociaciones nacionales— durante el año de 1956, ha definido sus tareas para 1957. Entre los invitados de honor, presentes en la reunión, queremos señalar la presencia del poeta y periodista Paul Ignotus, miembro de la Asociación de Escritores húngaros.

En el curso de sus deliberaciones, el Comité Ejecutivo ha reafirmado la oposición del Congreso por la Libertad de la Cultura a todas las formas de agresión y comprobado que las diversas agresiones recientemente realizadas en el Oriente Medio, así como la agresión rusa en Hungría, han debilitado y continúan socavando las bases de la moral internacional que garantizan la paz y el orden entre los pueblos. El Comité comprueba, por otra parte, que mientras Francia y la Gran Bretaña aplicaban las decisiones de las Naciones Unidas procediendo a la retirada de sus tropas de Egipto, el Gobierno soviético desafiaba las decisiones de la Organización Internacional y seguía haciéndose culpable de una agresión prolongada y de un imperialismo sin tapujos. El Congreso por la Libertad de la Cultura comparte el sentimiento general de tristeza y de vergüenza provocado por la impotencia del mundo libre para prevenir esta agresión y proteger la independencia del pueblo húngaro.

El Congreso por la Libertad de la Cultura rinde homenaje a los intelectuales de Hungría y de Polonia que prosiguen sin respiro su lucha en favor del derecho y de la verdad. Quiere subrayar, por otra parte, que el levantamiento húngaro ha abierto nuevas perspectivas históricas y nuevas posibilidades en favor del reino de la libertad en los países todavía sometidos a la tiranía. El hecho de que los escritores y los estudiantes de Hungría y de Polonia se hayan colocado a la cabeza de esta lucha, confirma la validez de los principios que sirven de fundamento al Congreso. El « Manifiesto de Berlín » afirmaba ya en 1950 que, frente a las tiranías totalitarias, la libertad de la cultura constituye la condición básica de todas las otras libertades.

El Congreso por la Libertad de la Cultura ha tratado de ayudar siempre a los intelectuales allí donde su libertad se ha visto amenazada y persevera más que nunca en este propósito. Por consiguiente saluda la iniciativa tomada por la revista vienesa *Forum*, que ha socorrido prácticamente a más de 1.600 intelectuales y estudiantes refugiados de Hungría.

El Comité Ejecutivo afirma su convicción de que en las actuales condiciones, constituye un deber para el Congreso por la Libertad de la Cultura proseguir los contactos y los debates iniciados en 1956 con los escritores, los hombres de ciencia y los profesores que viven todavía en los países totalitarios.

El Congreso por la Libertad de la Cultura ofrece, por otra parte, su pleno apoyo moral a los intelectuales de los países latinoamericanos comprometidos en la lucha por la extensión de sus libertades intelectuales y por las libertades democráticas en general, y manifiesta su satisfacción al registrar los progresos decisivos realizados recientemente en este sentido en algunos de sus países.

POR LA LIBERTAD DE MILOVAN DJILAS

El Congreso por la Libertad de la Cultura ha decidido suscribir el llamamiento que, con numerosas firmas de prestigio del mundo entero, le ha dirigido el *New Leader* de Nueva York al Presidente Tito protestando por la detención y la condena de Milovan Djilas, y solicitando su inmediata liberación y la publicación en Yugoeslavia del artículo incriminado. Con la firma de Denis de Rougemont, Presidente del Comité Ejecutivo del Congreso, le ha sido dirigido un telegrama a Tito manifestándole su « profunda inquietud ante el prolongado encarcelamiento de Djilas, culpable de haber reivindicado para los países del Este europeo el uso de las libertades democráticas ». Se suma el telegrama a la campaña internacional de los intelectuales libres en favor de la liberación de Djilas.

POR LA INTERVENCION DE LAS NACIONES UNIDAS EN HUNGRIA

El Congreso por la Libertad de la Cultura se ha dirigido al Secretario General de la ONU significando su protesta ante la supresión, por

Kadar, de la Asociación de Escritores Húngaros y la Asociación Nacional de Periodistas Húngaros, así como ante las detenciones y la campaña de intimidación, que representan « un ultraje » y « una flagrante violación de la Carta de las Naciones Unidas y de la Declaración de los Derechos Humanos ». Al mismo tiempo, el Congreso requiere al Secretario General de la ONU para que « se traslade inmediatamente a Budapest y exija el cese de todas las formas de represión ».

Debemos añadir que nuestros Comités de Chile, México, Argentina y otros países han dirigido llamamientos, con numerosísimas firmas, a la ONU en favor de Hungría y exigiendo la retirada de las tropas rusas de su territorio. En Chile se han adherido al envío de estos telegramas, entre otras entidades, el Pen Club, la Academia de las Letras, la Academia de la Historia, la Sociedad de Geografía, la Federación de Estudiantes, los Presidentes de la Cámara de Diputados y del Senado y numerosas personalidades.

CARTA A LA ASOCIACION DE ESCRITORES POLACOS

Con las firmas de Salvador de Madariaga, Luis Araquistáin, José Ferrater Mora, Ramón Sender, Arturo Barea, Francisco García Lorca, Jorge Guillén y Julián Gorkin, como escritores españoles refugiados y colaboradores de *Cuadernos*, se dirigió una carta a la Asociación de Escritores Polacos, con ocasión de reunirse en asamblea general, con un saludo cordial. Decía esta carta entre otras cosas : « Son numerosos los escritores españoles y latinoamericanos que, huyendo de las dictaduras, se ven obligados a vivir y a trabajar en el exilio desde hace años. Son numerosos asimismo los que, obligados a vivir bajo esas dictaduras, tienen que embridar su inspiración y ponerle sordina a su pensamiento, lo que constituye la peor de las torturas para los espíritus libres y creadores. Comprendemos, por consiguiente, sus sufrimientos y sus preocupaciones en los momentos en que se disponen a deliberar y a adoptar acuerdos. »

El nuevo Presidente de la Asociación de Escritores Polacos ha contestado por medio de un extenso telegrama de saludo y de gratitud a todos los escritores españoles emigrados.

UNA EXPOSICION EN CUBA

Bajo los auspicios de la Asociación Cubana por la Libertad de la Cultura, y en su céntrico local de La Habana, se ha celebrado, durante los días del 21 de diciembre al 3 de enero, una importante exposición colectiva con obras de los pintores René Avila, Jesús Armas, Arturo Burgos, Sabá Cabrera, Collazo, Hugo Consuegra, Manuel Couceiro, Margie Gavilá, Guido Llinás, Raúl Martínez, Julio Matilla, Lino Pedroso, Marcelo Pogolotti, Sergio Ruiz, Juan Tapia Ruano, Víctor Manuel, Antonio Vidal, Manuel Vidal, los escultores Marta Arjona, Antonio Díaz Peláez, Alfredo Lozano, Thelvia Marín, Enrique Moret, Tomás Oliva y Eugenio Rodríguez. Abrió la exposición, por medio de un sentido y elocuente discurso, el Profesor Luis A. Baralt.

« POESIA Y LIBERTAD » EN MEXICO

La Asociación Mexicana por la Libertad de la Cultura desarrolla semanalmente, en el céntrico local de las Galerías « Excelsior », un ciclo de invierno de « Poesía y Libertad ». Se estudia en cada acto una gran figura poética acompañada por la lectura o el recital de textos. Abrió el ciclo el Dr. Francisco Monterde con un « Homenaje y visita a Juan Ramón Jiménez ». Le han seguido Mauricio Gómez Mayorga, Mauricio Magdaleno, Margarita Michelena, Eunice Odio, Germán Pardo García y Salomón de la Selva.

EL COMITE JUVENIL ARGENTINO

El Comité Juvenil Argentino viene desarrollando, en el local de la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura de Buenos Aires, una serie de conferencias del mayor interés. Una de ellas ha corrido a cargo del gran escritor Jorge Luis Borges, sobre la figura y la obra de Bertrand Russell, y otra a cargo de José Luis Ríos Patrón sobre « La generación de los castigados ».

Por su parte el Sr. Carlos P. Carranza, representante de *Cuadernos* en la República Argentina, viene visitando las importantes ciudades del Plata y explicando conferencias sobre « La Libertad de la Cultura ».

LUIS ALBERTO SANCHEZ EN PARIS

El escritor e historiador literario Luis Alberto Sánchez, miembro del Comité Ejecutivo del Congreso, ha desarrollado durante el mes de enero un interesante curso sobre « La novela americana de carácter social en el siglo XX », en el Instituto de Altos Estudios de la América Latina de la Universidad de París.

Aprovechando su estancia en París, el Grupo de las Universidades y de las Grandes Escuelas de Francia organizó una comida en honor del ex Rector de la Universidad de San Marcos de Lima, con asistencia de algunos diplomáticos y de los más ilustres hispanistas de Francia. En representación del Congreso y de *Cuadernos* asistió a este homenaje Julián Gorkin.

B.D.I.C

JIRA DE GUILLERMO DE TORRE

Nuestro colaborador y amigo Guillermo de Torre, miembro de la Secretaría de la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura, con cuya representación asistió a la Conferencia interamericana celebrada por nuestro Congreso en México, visitó después, durante tres meses consecutivos, ocho de los principales países latinoamericanos, en jira de conferencias universitarias. En todos ellos fué magníficamente acogido el conocido escritor y crítico literario hispanoargentino, recientemente nombrado catedrático de Literatura Española en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

EN HONOR DE GABRIELA MISTRAL

La muerte de Gabriela Mistral ha impresionado dolorosamente a toda la intelectualidad latinoamericana y mundial. « Cuadernos » le dedica en este número sus mejores páginas. Al mismo tiempo, las Asociaciones mexicana, cubana, chilena y otras del Congreso por la Libertad de la Cultura, han organizado sentidos homenajes a su memoria. Daremos cuenta más detallada de los mismos en nuestro próximo número.

EL NUMERO CIEN DE « DER MONAT »

Bajo la dirección de Melvin J. Lasky y de Hellmut Jaesrich, la gran revista mensual *Der Monat*, de Berlín, ha publicado en enero su número 100. En sus cien meses de vida, esta magnífica publicación ha realizado una obra positiva y fecunda, abriéndole las ventanas del mundo a la Alemania de la postguerra. Con este motivo, nos es grato enviar a la dirección y redacción de *Der Monat* los fraternales plácemes de la intelectualidad hispanoamericana agrupada en torno a *Cuadernos*.

COLABORADORES

• ANTONIORROBLES, novelista y cuentista español. Ha publicado varios centenares de cuentos para recreo de los niños, así como varias novelas que se distinguen por su realismo audaz y por su humorismo que toca en lo sarcástico y cruel.

• FRANCISCO BAJEN, dibujante y pintor español, refugiado en Francia, es el autor del magnífico dibujo que ilustra el poema de Machado sobre don Miguel de Unamuno, y que hemos publicado en nuestro anterior número.

• ARTURO BAREA, novelista español, residente en Inglaterra. Autor de la célebre triología *La forja de un rebelde* y de otras varias obras, entre las cuales cabe mencionar *La raíz rota*, publicada en castellano hace unos meses.

• MILOVAN DJILAS, poeta, ensayista y periodista, fué secretario del Partido Comunista yugoeslavo y uno de los más decididos partidarios de la ruptura con Moscú. Convertido al socialismo democrático, en 1954 se vió excluido de su propio partido. Acaba de ser condenado por los tribunales yugoeslavos, por haber publicado en el extranjero el artículo que en este número ofrecemos a nuestros lectores.

• PIERRE EMMANUEL, poeta y novelista francés, colaborador de la revista parisiense *Esprit*, de tendencia católicoprogresista. Recientemente ha publicado un libro titulado *L'Ouvrier de la Onzième Heure*.

• C. KRISHNA GAIROLA, joven historiador del arte y arqueólogo indio. Estuvo de profesor en el Instituto Indio de Munich y ha viajado por distintos países de Europa.

• ROMULO GALLEGOS, el gran novelista venezolano, miembro eminente del Consejo de Honor de *Cuadernos*, ha aprovechado su participación en el acto organizado con motivo del XV aniversario de *Cuadernos Americanos* para dedicar unas sentidas palabras a la memoria de Gabriela Mistral, palabras que nos honramos mucho en reproducir.

• PAUL IGNOTUS, escritor húngaro. Sufrió destierro durante la dictadura de Horthy, siendo nombrado agregado de prensa en Londres del gobierno popular de Hungría en el momento de la liberación. Llamado a Budapest en 1949, fué detenido y estuvo encarcelado hasta marzo de 1956. Actualmente se halla refugiado en Francia.

• DWIGHT MACDONALD, escritor y periodista norteamericano, antiguo director de la revista de izquierda *Politics*. Es autor de varias obras, y en la actualidad colabora en diferentes revistas, particularmente en *The New Yorker* y *Encounter*.

• JAIME TORRES BODET, gran poeta, novelista y crítico literario mexicano, es uno de los más originales, fecundos y brillantes escritores de Iberoamérica. Fué Director General de la UNESCO y en la actualidad es Embajador de su país en París. Ha publicado numerosos libros.

• GORDIAN TROELLER, del cual hemos publicado en el nº 22 un interesante reportaje sobre el Irán, no es responsable del título, cuya responsabilidad nos incumbe por completo.

CUADERNOS

publicará en sus próximos números :

ALFONSO REYES

"La República" de Platón

JOSE FERRATER MORA

Tres filosofías

EDUARDO SANTOS

Las relaciones entre los pueblos y los Estados

ALEJANDRÓ CASONA

Un minuto de eternidad

IGNAZIO SILONE

Un diálogo difícil

JULIO ANTONIO COSS

La danza moderna mexicana

FRANCISCO AYALA

Visita al Líbano

GEORGES KETMAN

Retrato de la "intelligentia" egipcia

Director-Gerante : P. BOLOMEY

Imprimerie Réaumur - 100, r. Réaumur - Paris-2e

B.D.I.C

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO
Emilio FRUGONI, Rómulo GALLEGOS, Jorge MAÑACH,
Luis Alberto SANCHEZ y Erico VERISSIMO

Director de publicaciones : François BONDY
Redactor Jefe : Julián GORKIN
Secretario de Redacción : Ignacio IGLESIAS

COLABORADORES :

Xavier ABRIL, Pedro Vicente AJA, Víctor ALBA, Ciro ALEGRIA, Guadalupe AMOR, Luis ARAQUISTAIN, Rosa ARCINIEGA, Joaquín ARDERIUS, Raymond ARON, Anita ARROYO, Francisco AYALA, Carlos de BARAIBAR, Arturo BAREA, Rómulo BETANCOURT, Jorge Luis BORGES, Albert CAMUS, J. CARNER, Carlos P. CARRANZA, Jorge CARRERA ANDRADE, Benjamin CARRION, Joaquín CASALDUERO, Alfonso CASO, Alejandro CASONA, Jean CASSOU, Jaime CASTILLO, Marín CIVERA, Fernando DIEZ DE MEDINA, F. FERRANDIZ ALBORZ, José FERRATER MORA, Eugenio FLORIT, Waldo FRANK, Manuel GAMIO, Francisco GARCIA LORCA, R. GARCIA TREVIÑO, E. F. GRANELL, Jorge GUILLEN, Aldous HUXLEY, Roberto IBAÑEZ, Jorge ICAZA, Karl JASPERS, Julio César JOBET, Arturo KOESTLER, José LINS DO REGO, Juan LISCANO, Rodolfo LLOPIS, Salvador de MADARIAGA, Mauricio MAGDALENO, Alejandro MAGNET, André MALRAUX, Juan MARICHAL, Joaquín MAURIN, Luis MERINO REYES, Czeslaw MILOSZ, Francisco MONTERDE, Federica MONTSENY, Alberto MORAVIA, Victoria OCAMPO, Federico de ONIS, Antenor ORREGO, Octavio PAZ, Mario PEDROSA, Mariano PICON-SALAS, Salvador PINEDA, Susana REDONDO, Enrique L. REVOL, Eugen RELGIS, Alfonso REYES, M. RODRIGUEZ LOZANO, Francisco ROMERO, Denis de ROUGEMONT, Bertrand RUSSELL, E. SALAZAR CHAPELA, Claudio SANCHEZ ALBORNOZ, Eduardo SANTOS, José Ma. de SEMPRUN GURREA, Ramón J. SENDER, Enrique SERPA, S. SERRANO PONCELA, Ignazio SILONE, Stephen SPENDER, Manuel SUAREZ MIRAVAL, Manès SPERBER, Rufino TAMAYO, Hernando TELLEZ, Luis TERAN GOMEZ, Jaime TORRES BODET, Arnold J. TOYNBEE, Guillermo de TORRE, Rodolfo USIGLI, Fernando VALERA, Rafael Heliodoro VALLE, Bertram D. WOLFE, Richard WRIGHT, María ZAMBRANO, Luis de ZULUETA, y otros más.

El número : 180 f.

Printed in France

Mayo - Junio 1957

B.D.I.C

CUADERNOS

REVISTA BIMESTRAL

24

MUSÉE DE LA GUERRE * MUSÉE DE L'HOMME

GYORGY PALOCZI-HORVATH
RETRATO DE JANOS KADAR

AMERICO CASTRO
Dos dimensiones del pasado historiable

LUIS ARAQUISTAIN
¿ Cuál era la religión del Greco ?

MAURICE EDGAR COINDREAU
La joven literatura española

UNAMUNO Y RUBEN DARIO

Crónicas sobre Francia, Polonia, Estados Unidos, etc.

Otros textos de :

Pedro Vicente Aja, J. G. Atienza, François Bondy, Salvador de Madariaga, Armand Pierhal, Herbert Passin, etc.

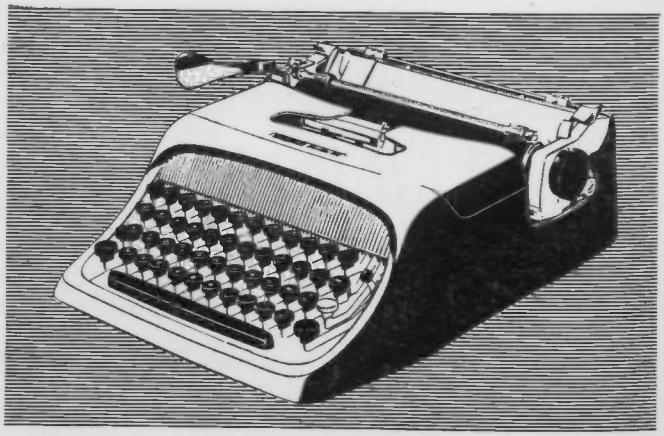
4° P 5926

Studio 44

la máquina de escribir para el profesional

El científico,
el publicista,
el arquitecto,
el médico,
el técnico,
el hombre de negocios
encuentran en esta máquina
las cualidades de la portatil:
elegancia,
fácil manejo,
ligereza;
y al mismo tiempo las ventajas
de la máquina de oficina:
elasticidad de pulsación,
solidez,
carro sobre baleros,
regulador de pulsación.

olivetti la industria más grande en Europa de máquinas para oficina



Ing. C. Olivetti & C., S.p.A. - Ivrea (Italia)

SUMARIO

Ser y valer : dos dimensiones del pasado historiable	Americo Castro	3
¿ Cuál era la religión del Greco ?	Luis Araquistain	13
La revolución científica y la libertad del hombre.	Pedro Vicente Aja	26
Cosas y gentes	Salvador de Madariaga	31
En recuerdo de Rubén Darío	Luis Ibarra	34
Carta a Rubén Darío	Miguel de Unamuno	38
La joven literatura española	Maurice Edgar Coindreau	39
Majada (Relato)	Juan Garcia Atienza	44
¿ Qué es una novela ?	Armand Pierhal	48
Janos Kadar : retrato de un jefe comunista	Gyorgy Paloczi-Horvath	52
Conversaciones en Polonia	Ernest Halperin	61
Hong-Kong, secreto de la coexistencia	P. y R. Gosset	69

Crónicas

Francia : Dos opiniones opuestas	François Bondy	76
España : La pervivencia de un régimen exhausto.	I. Iglesias	79
Italia : Las posibilidades de una reunificación socialista	E. Gironella	83
Estados Unidos : ¿ Una juventud demasiado sensata ?	Norman Podhoretz	87
El Japón : Una nación de lectores	Herbert Passin	91

Bellas Artes

Pintores españoles en Francia	R. R.	95

Los libros. Las revistas. Notas culturales.

Fundada bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, la revista bimestral *Cuadernos* se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Esta libertad, consubstancial con nuestra razón de ser y de existir, será defendida por *Cuadernos* mediante una lucha tenaz contra todos los obstáculos y todas las trabas que traten de oponerse a la libre manifestación del espíritu crítico y del pensamiento, que constituyen la más preciada conquista del hombre y de los pueblos.

Nuestra revista cuenta con la colaboración de escritores de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre personal y bajo su exclusiva responsabilidad ; la revista sólo se hace responsable de los editoriales, documentos y notas sin firma.

Se ruega indicar la procedencia al reproducir total o parcialmente los trabajos contenidos en *Cuadernos*.

Ser y valer :
dos dimensiones del pasado historiable

POR AMERICO CASTRO

Hay variedad y desacuerdo de opiniones acerca de cuál sea el propio tema de la historiografía y de cuáles deban ser las formas de enfocarlo y de exponerlo. ¿Puede reducirse el objeto historiable a límites quietos y precisos? ¿Es posible aislarlo del movimiento vital de quien se enfrenta con él? Es desde luego evidente que ese objeto y quien con él trata caen dentro de la misma categoría ontológica, la del vivir humano. El geólogo y el astrónomo no se sienten afines a la roca o la estrella. El historiador, muy por el contrario, ha de habérselas con objetos expresivos del vivir de otros hombres, y ha de participar, en alguna forma, del movimiento vital de quienes lucharon, creyeron, pensaron, sintieron y crearon, ya que actividades de esa clase se dan dentro de la experiencia personal de cada uno. Los objetos de tal experiencia, de suyo movibles, ingresan en el movimiento vital de quien se ponga en contacto con ellos. Así pues, lo que para el físico es problema de *ciencia* (que pone en paréntesis sentimientos y creencias), se vuelve en el historiador *conciencia* de su propia vida, de sus valoraciones, de sus modos de entender la vida en el pasado y en el presente. Habría entonces que evitar la expresión « ciencia histórica » si no se quiere confundir lo en sí dispar y antagónico. La historiografía no puede cobijarse bajo una ciencia que le sirva de cúpula, rica de conceptos fijos y unívocos, al menos cuando se aspira a hacer ver el pasado como una estructura y en una perspectiva de valor. Ninguna historia es científica. Unas son mejores que otras, y de ahí no se pasa.

TEMA DE LA HISTORIA

Se explica que no exista consenso acerca de los métodos históricos, ni en realidad acerca de la materia y de los límites del tema historiográfico. Los estudiosos de la realidad extrahumana sabían, por lo menos, en donde se hallaban los objetos de su intención cognoscitiva — en la tierra o en el firmamento. El historiógrafo, no, pues el tema de la historia corre a lo largo de la fluencia del vivir, y ha de ser captado a diferentes niveles de valor y mediante criterios de valoración y estructuración creados por el historiógrafo. La obra de éste vendría a ser, por tanto, una cierta visión estructurada de lo provisto de dimensión social, realizado por un agente digno de ser historiado, en y desde el curso de su vida, y a suficiente altura de valor.

Convendría ahora recordar ciertas ideas que por sabidas que sean, han de servir para esclarecer mi camino. La vida humana acontece en un espacio geográfico y en relación con circunstancias exteriores a ella. Pero esa vida pertenece a alguien y es, ella misma, espacio vital en el cual se producen, o no se producen, fenómenos dignos de ser historiados. Cuando un grupo humano vive

en tal modo que lo hecho y acontecido hoy únicamente sirve para asegurar la subsistencia en el mañana, a mayor o menor nivel de bienestar, su existencia nos aparece como simple espacio de vida. Ese espacio existe siempre, desde luego ; hay sin embargo ocasiones en que sobre él se alzan construcciones humanas que trascienden su lugar y momento de origen, y se hacen merecedoras de ser revividas. De lo cual se desprendre que no todos los grupos humanos, ni todos los momentos en todos ellos serían, sin más, tema adecuado para la auténtica historiografía, poco interesada en las monótonas planicies del mero existir, o en el dudoso por qué del nacimiento y ruina de las civilizaciones mientras se dejan en penumbra sus plenitudes.

Así contemplada, la tarea del historiógrafo es doble. De una parte ha de estructurar su tema y, a la vez, animarlo en tal forma que su realidad y su valor se hagan patentes. Cualquier principio abstracto, tendiente a encintar el fenómeno de vida en perfiles uniformes (generaciones, reacciones psíquicas de tipo constante), deja fuera lo que más importa de su realidad, su valor único y nuestra vivencia de aquél.

El problema de la validez del juicio histórico se malentiende cuando es enfocado como una alternativa entre la estimación subjetiva y arbitraria, y la determinación objetiva de la « ciencia » ; o al desligar el tema historiográfico de la vida de su agente humano, como si las relaciones entre los hombres, y la misma existencia de las formas de civilización acaecieran fuera de la vida. Pope tuvo razón al afirmar que « The proper study of mankind is Man ».

Mas para deslindar correctamente nuestro problema sería conveniente alejarnos de él por unos instantes. Recordemos ante todo que la realidad histórica del hombre existe en su mismo vivir, —en la fluencia, en el proceso y en el taller de la vida. Ahora bien, en el hacerse de ésta se dan conjuntamente el claro y exacto pensar y el anhelante moverse de las dudas e incertidumbres que angustiaban a Descartes. Sin la acción de tal movimiento no hubiera surgido el quieto resultado del pensar.

Ya dijo don Sem Tob en el siglo XIV que el mundo, uno y constante en su realidad, es « razonado » por el hombre « según la su fazienda » (1). Del fluyente proceso del vivir va desprendiéndose y decantándose un tipo de realidad quieta, univocamente captable para quien se pone en contacto con ella (distancias de los astros, idea del círculo, tiempo y lugar de un acontecimiento, etc.). La verdad de todo ello es demostrable, y no depende de ser muchos o pocos quienes entiendan la demostración. Pero frente a ese tipo de realidad, se nos aparecen otras nunca enteramente desprendidas y aislables de los procesos de vida en donde se originan, y en aquéllas en que luego se reflejan ; no son contemplables sólo con la mente como el teorema de Pitágoras. Los fenómenos expresivos de vida (guerras, creencias religiosas, obras de literatura y de arte, formas de organización y conducta social, etc.) emanan de vidas funcionantes, son abiertos y fluyentes, y continúan realizándose en el curso de otras vidas. Se puede llegar a un acuerdo sobre lo que sean en cuanto al esqueleto de su estructura (número de combatientes en una batalla, sus armas, etc.), mas no se sabrá nunca « científicamente » si la guerra mundial de 1914 fué iniciada por Alemania o por Francia, si fué un mal o un bien : unos creemos una cosa y otros, otra. Aquel enorme conflicto, y luego el de 1939-1945, se hallan presentes en los silencios, en los buscados olvidos y en las tácitas interrogaciones de millones de personas, mucho más que en las « objetividades » construidas por los historiadores desde puntos de vista y perspectivas humanas muy diferentes. La « ciencia » de la guerra no servirá para aunar, dentro de unos siglos, lo que ingleses, franceses y rusos han escrito y sentido sobre las mayores guerras del siglo XX. Problemas de tan elemental experiencia son ahora los míos, y he de afrontarlos a sabiendas de tener que soslayar numerosas complicaciones teóricas.

Los acontecimientos bélicos, lo mismo que los pacíficos, son formaciones originadas en y desde el continuo curso de la vida de alguien, y siempre engranadas en el vivir de otro alguien. Mas el vivir de cada hombre posee el portentoso privilegio de desprender de su curso formaciones quiescentes y de cerrada estructura, en las cuales también se posarán mentes reflexivas, capa-

(1) Cf. *La realidad histórica de España*, cap. XIV.

ces de abstraerse dentro de sí. Esos objetos de perfil cerrado podrán después ser sustituídos por otros, mas siempre tan quietos y cerrados como ellos. La idea del universo pensada por Newton está tan bien vallada como la de Einstein. Las construcciones del intelecto son reposaderos ; las creaciones expresivas del hacerse o del hacer de la vida son, en cambio, un seguir estarse haciendo.

El pensar y la ciencia van manifestando una realidad exterior y preexistente respecto del hombre. Que el hombre logre entender más o menos cómo sea y cómo funcione el universo, no implica que él lo haya creado. En las cosmogonías el hombre aparece en un mundo que estaba ya ahí ; en ese mundo se realiza una matemática, una física y una biología que el pensamiento — una modalidad del vivir — comienza a desvelar apenas. La verdad de la ciencia estaba ya dada en la naturaleza. Lo sintió bien Keplero al escribir estas palabras, sólo en apariencia presuntuosas : « Puede ser que mi libro no tenga lectores hasta dentro de cien años. ¿No ha tenido que aguardar el mismo Dios seis mil años a que alguien contemple su obra con entendimiento? » El universo había sido ya pensado y realizado como *quieta* realidad, como un cumplimiento de relaciones constantes y necesarias, con anterioridad a la tardía aparición de la conciencia humana, ese ser capaz de angustiarse frente a los silencios del espacio infinito, de formular en cifras lo que en él existe y de dejar perplejo a su mismo Creador : « Arrepintióse Jehová de haber hecho al hombre sobre la tierra » (*Gén.*, VI, 6) ; « Se arrepintió del mal que había de hacer a su pueblo » (*Ex.*, XXXII, 14).

No obstante la abismal diferencia entre el orden del mundo y el de la vida humana, desde muy antiguo se ha intentado aunarlos. Los estoicos griegos, y luego los romanos, incluyeron la realidad del hombre en el panorama impasible y necesario de la naturaleza, en donde todo está a punto y viene a su sazón. Mas otros, con mayor cautela, han visto que en la conciencia coinciden y culminan las dos vertientes del vivir, la de los objetos quietos y definidos, y la de aquellos otros en los cuales, en algún modo, sigue estando presente el curso abierto del vivir en y del cual recibieron existencia. El juicio lógico puede captar exactamente los primeros, pero no los segundos — por ejemplo, la realidad de un Nerón monstruo y a la vez no mal político (según ahora creen algunos) ; la de un Maquiavelo perverso moralista y también descubridor de nuevos panoramas humanos ; la de una España maltrecha y angustiada y, al mismo tiempo, creadora de durables maravillas ; o la realidad de cómo se ensambla en el siglo XIII la filosofía sin Dios de Aristóteles con la del catolicismo ; etc. Lo cual no significa que haya que entregarse al irracionalismo o a un arbitrario subjetivismo, sino simplemente reconocer la doble manera en que el proceso del vivir va realizándose.

Se va haciendo así presente la realidad del tema histórico. El fenómeno « Carlomagno » se hace real como formación historiable al ser referido a alguien, y al ser valorado por quien hace esa referencia ; Carlomagno no es algo quieto y aislable completamente en ningún esquema de morfología histórica, por ejemplo, en el de los emperadores. El sistema de Copérnico sí es, en cambio, captable de otro modo, ya que el problema se da entre una realidad limitada y una mente pertrechada de conceptos físico-matemáticos. Lo cual no quiere decir que en el fenómeno expresivo de vida no haya aspectos fijables y aislables. Lo son, por ejemplo, los viajes del emperador Carlos V, la fecha y lugar de sus batallas, el hecho de ser Lutero alemán y fraile agustino, el asunto de un cuadro, el argumento de un drama, etc. Mas todo ello, por importante que sea como elemento motivante, sería como el basamento de una columna prolongada luego en floraciones heterogéneas, siempre cambiantes e imprevisibles. Es decir, que en la expresión de vida lo rigurosamente definible cuenta menos que su sentido y su valor, siempre problemáticos. Los objetos científica o lógicamente construídos son, por el contrario, asibles con exactitud, pero no su vestíbulo vital. ¿Por qué vías, o en virtud de qué motivaciones personales llegaron Galileo o Newton a formular sus pensamientos en proposiciones unívocas?

No cabe reducir a verdad acotada lo que llamamos Reforma o Contra Reforma, la ortodoxia o la heterodoxia, o una obra de arte. El frecuente dicho — tan grato a los

franceses — de que ciertas obras literarias llegan a la « verdad » humana, carece de sentido. Si el fin de la creación literaria fuese reflejar formas elementales y constantes de la humana psicología, el psicólogo y el psiquiatra serían entonces máximos creadores de literatura. Pero la realidad viva y no inerte de una obra de vida aparece en la convergencia de lo que sugiere y expresa, y de lo construído por quien va al encuentro de aquella expresión. Lo cual significa que la eficacia mayor o menor de un juicio histórico dependerá de la capacidad constructiva del historiador (de guerras, de literatura, etc.), y también dependerá de la posición en que se hallen sus lectores respecto de los fenómenos historiados. El pasado de ciertos pueblos con una historia deficiente en valores, significa mucho dentro de esos países y muy poco fuera de ellos. Se hace así patente como el mismo término « historia » carece de sentido unívoco. Rousseau lo hizo ver con nitidez : « Ne vous laissez pas éblouir par ceux qui disent que l'histoire la plus intéressante pour chacun est celle de son pays. Cela n'est pas vrai... L'histoire la plus intéressante est celle où l'on trouve... le plus d'instruction. » (*Nouvelle Héloïse.*) Los mayores valores para Rousseau eran los morales y educativos, y desde ellos construyó su idea de la historia, con un acertado enfoque vital y un nada exacto juicio axiológico. Para los franceses de entonces, la intrucción pública era un supremo valor, y desde luego habrán siempre de ser reconocidas su importancia y utilidad. Mas ahora sabemos igualmente bien que un pueblo puede ser muy instruído y valer poco históricamente.

Insisto en que llamar relativismo o subjetivismo a esta condición del fenómeno vital y de las reacciones a que debe su existencia, equivale a desconocer la realidad funcionante de la vida. El percibidor de un objeto vital lo atrae a sí, interviene en él, le asigna un valor y trata de dirigirlo hacia tal o cual sentido. De ahí que nos digamos a veces cosas como éstas : « Si Julio César no hubiera ido aquel día al Capitolio, tal vez hubiera salvado su vida... Napoleón hizo mal en emprender la campaña de Rusia... Qué grandioso drama el de su retirada. » Un sabio alemán ha escrito que es lástima que Don Quijote no aprovechara la situación en que se hallaba para decirnos cosas más interesantes acerca de la realidad en torno a él. Algunos lectores del *Poema del Cid* creen que el gran héroe estafó indignamente a dos judíos que confiaron en su palabra ; otros pretenden cohonestar aquel acto a fin de no perturbar su imagen ideal del personaje épico. El más « objetivo » historiador sitúa su tema en una perspectiva de simpatía o de antipatía, o forcejea con él.

El científico se coloca a más respetuosa distancia de sus objetos ; su realidad se le impone como algo que ha de ser indudable para todos, aun antes de haberla fijado definitivamente. El físico sabe que él nunca habría podido ejercer ninguna influencia para modificar la naturaleza del objeto estudiado ; el historiador ha observado, en cambio, que un acto humano altera el curso de otros actos humanos. Si Cervantes no hubiera luchado en Lepanto y vivido unos años en Italia no habría escrito el *Quijote* en la forma en que lo hizo. Si Napoleón hubiera recibido refuerzos a tiempo, su suerte en Waterlóo habría sido otra. Mas aparte de esto, ¿quién no se angustia ante las indecisiones de Hamlet, o la ignorancia de Edipo? Los amigos del Cid exclaman en el poema del siglo XII : « ¡Ojalá fuera su rey tan buen señor como él es buen vasallo! »

Se falsea, por consiguiente, la realidad del objeto historiado al encerrarlo en esquemas de abstracta morfología. El lenguaje, además de gramática, es expresión de movimientos y direcciones de vida. Los perfiles puramente formales (géneros literarios, instituciones sociales y todo lo semejante a eso) no son aislables de sus contenidos, como lo es el círculo respecto de la figura que se inscribe en él. La forma en este caso es inseparable de lo que expresa y de la vida de que es expresión la totalidad de un fenómeno humano. Las *circunstancias naturales* no afectan a unos y otros pueblos en el mismo modo (pobreza y aridez de la tierra tanto en Grecia como en España). El concepto de *generación* — el distinto modo de ser valorado lo antiguo y lo actual — es aplicable tanto a momentos de gran altura como de mediocridad histórica, y poco ayuda para explicar tales desniveles de valor. Lo mismo cabe decir de la *raza*, pues los negros en el Brasil no poseen la

misma realidad que en los Estados Unidos. O de las *instituciones*, dado que la monarquía, o la tiranía, o la democracia, o lo que sea, funcionan de uno u otro modo, o valen más o menos, independientemente de ser, *como perfil morfológico*, lo que sean. Lo formal no es aquí perfil configurante sino piel viva, o mortecina, cuyo valor o desvalor depende de la totalidad de un fenómeno humano. El sentido de la civilización de un pueblo (mucha o poca) no se capta pretendiendo explicar los motivos del nacimiento o de la extinción de aquélla.

El insuficiente modo en que a veces se enfoca el objeto histórico, suele atribuirse a la peculiar educación ideológica de los historiadores — hegelianismo, positivismo, materialismo, etc. Mas lo decisivo en tales casos es el temor a enfrentarse con las reacciones y responsabilidades de la propia vida, una empresa siempre arriesgada, y en la cual la persona se siente desprovista de ayuda exterior. El historiador no quiere comprometerse, y, en vez de conceder a las « técnicas » la importancia vicaria que sólo merecen, les confiere dignidad máxima. Tales técnicas y criterios (economía, psicología, estadísticas, etc.) permiten desvitalizar el tema histórico, y convertirlo en algo que no es realidad vital, sino un trozo de naturaleza, o de abstracta sociología.

Por necesarios que sean los esquemas conceptuales, el vivir histórico siempre los rebasa, pues el estar alzándose como valor, o hundiéndose como desvalor, cuenta más que el existir como esto o como aquello. Al someter a prueba su dimensión histórica, los fenómenos humanos del pasado aparecen como admirables, desdeñables o indiferentes, pues en contraste con el físico, el historiador no renuncia al derecho a intervenir personalmente en el objeto de su meditación. De ahí su radical diferencia con los cálculos del científico acerca de las cosas que ya eran como tenían que ser antes de que una vida humana se enfrentara con ellas. Mas la guerra de los Treinta Años o las acciones y obras de Julio César o de Miguel Angel no poseen cerrada y constante homogeneidad en su existir. A causa de ser las cosas siempre idénticas a sí mismas, la ciencia ha sufrido detenciones y cambios de rumbos, pero no continuas « tergiversaciones ». La rueda, redonda como la luna llena, nunca ha dejado de serlo, ni nadie le ha negado su propiedad rotatoria ; los átomos siempre fueron una mínima porción de materia. Piénsese, en cambio, en el sentimiento y en el ejercicio de la libertad (no menos antiguos que la rueda), y en la falta de acuerdo acerca de su ser y de sus usos ; o en la Edad Media, o en la Revolución francesa.

HISTORIAR Y VALORAR

Sin negar la acción de las circunstancias físicas, económicas y sociales sobre el fenómeno humano, no es menos cierto que esa lógica de las circunstancias queda como puesta en paréntesis siempre que sobre la planicie de lo uniforme y cotidiano se yerguen la persona o la acción maravillosas. Una diferencia entre el hombre y la bestia es que el espacio terrestre, durante los últimos tres mil años, ha sido más afectado por el hombre que éste por aquél. Lo en último término digno de historia ha surgido siempre como un « a pesar de », y el motivo de ello es que la estancia del hombre dentro de su propia vida (individual o colectiva) afecta más al despliegue de sus posibilidades latentes, que la situación física, económica o institucional. El que la realización de aquellas posibilidades llegue a hacerse admirable, no depende únicamente de la intensidad de las presiones exteriores y de las reacciones a ellas. Ahí yace el error de considerar la historia de las civilizaciones como un juego abstracto entre las dificultades que los hombres hallan en su camino y la remoción de tales obstáculos — por ejemplo, conquistar un país para conseguir los alimentos de que se carece. La realidad, muy al contrario, pone bien a la vista que no son las circunstancias exteriores al hombre y que éste se deja a la espalda, las que promueven los valores historiables, sino más bien los impulsos creativos yacentes en la disposición de la propia vida. Todo cuanto se diga sobre la existencia de Mahoma como mercader y la estrecha y apretada vida del beduíno, es mucho menos pertinente para explicar el nacimiento del islamismo que la disposición interior de la vida árabe tal como está ya expresada en la lengua y en la literatura preislámicas. El resto fué ge-

nialidad creativa de Mahoma que ningún abstracto cálculo razona ni agota.

Las comunidades humanas se constituyen, o se transforman, tanto en vista de una dada situación exterior (una tierra y unas vecindades), como *con vista a* un cierto horizonte axiológico presente en la conciencia colectiva. El romano, el español o el alemán no saltaron del mismo modo de la humilde ocupación rústica a las cimas que en ciertos casos alcanzaron. Cada uno de ellos enlaza más con el panorama de valores de la comunidad a que pertenecían que con la circunstancia, o común denominador, de necesitar alzarse sobre un mísero nivel de existencia.

El ser así la vida convierte en frágil — y en fascinante — la tarea propiamente histórica, cuando el historiador no se resigna a seguir los seguros cauces de la sociología, de la economía, de las instituciones políticas, o de los dogmatismos morales, o religiosos. Al historiador no le preocupa primariamente si las creencias o las ideas han sido verdaderas o falsas, pues eso incumbe a teólogos y filósofos ; ni si la conducta de un pueblo fué una contextura de bondades o de horrores, o si las gentes se sintieron felices en la prosperidad o angustiadas en la miseria. La gran historia de un pueblo puede ir acompañada de mucha inhumana bestialidad ; en un suelo fertilizado por la angustia yacente bajo los esplendores greco-romanos, se enraizó el cristianismo, cuyos altos valores coinciden con largos siglos de rústica inexpresividad y de renovadas crueldades. La vida ha ido haciéndose historiable al margen, o por encima, de la verdad, de la bondad y de lo esperable ; y la historiografía, ante todo, se interesa en el problema de lo que fué vivido, en cuanto digno de ser revivido. Exactitud y verdad lógicas, o implacables juicios morales, no caben en una experiencia histórica así concebida, pues el movimiento expresivo de los valores quedaría paralizado, como en un museo de flores disecadas o de figuras de cera, tal vez ejemplares. El historiador falsearía entonces sus mejores designios, algo así como si se pretendiese que los peces marinos se conservaran vivos en agua dulce. Con lo cual se llega al límite, quizá insalvable, del problema historiográfico.

El intento de fundar sobre valoraciones el enfoque y ordenación del objeto histórico responde a la realidad de aquél. Ciertos pueblos fueron adquiriendo plena dimensión histórica a medida que tomaban conciencia de sí y fueron expresando ésta a través de su lengua, su literatura, su arte, sus modos de convivencia, su religión, su pensamiento, a una altura tal que esas expresiones de vida se hagan dignas de ser recordadas. Muchos o pocos evocan y hacen actual aquel pasado al sentirlo como valioso ; lo que fué se hace así próximo o lejano, se ensancha o se esfuma, en función de la atracción estimativa que ejerce sobre quien lo observa o lo busca. El pasado del propio país se abrillanta fácilmente, mientras el de los extraños suele ser ignorado, o dejado en penumbra ; o puede convertirse en panorama histórico para unos pocos sabios. En la historia inglesa, por ejemplo, España sólo figura como antagonista de Inglaterra, porque al inglés interesan escasamente los valores del pasado español, sentidos a menudo como desvalores.

Este modo de concebir la historiografía concede importancia preferente a las floraciones y frutos de la vida humana, más bien que a las ramas desnudas de su estructura. Esta última interesa en la medida en que sea vía y condición para aquéllos. Era urgente acercarse al pasado español partiendo de estas ideas, dado que las masas de datos y noticias sobre acontecimientos e instituciones sociales no han contribuído mucho a reanimar y a revalorar la figura histórica de España, dejada en paréntesis por los estudios lingüísticos cuando éstos son sólo morfológicos y exteriores), o por la simple erudición, la economía, la sociología, etc. No es legítimo, por ejemplo, tratar de la economía y de la organización político-administrativa del Imperio español entre los siglos XVI y XVII, sin mencionar ni valorar las grandes creaciones artísticas, tan visibles e impresionantes en grandes zonas de América. Tanto valdría hablar de un concierto limitándose a describir los instrumentos de los músicos, y omitiendo toda impresión sobre la música que hayan ejecutado.

El modo en que la figura y la significación axiológica de España están presentes en españoles y no españoles, depende de antecedentes y de motivos sin relación con

la tarea erudita y fría de quienes, muy a menudo, tienen más de cronistas que de historiadores. España aparece en formas y aspectos muy diferentes para nuestros contemporáneos. Hay eruditos que estudian cuidadosamente fenómenos concretos del pasado español, sin plantearse la cuestión de qué sea o valga España para ellos. Quienes la estiman, o la desestiman, lo hacen naturalmente partiendo de sus intereses o preferencias religiosos, políticos, artísticos, literarios o culturales en general. Y siendo así la realidad de cómo la historia es efectivamente vivida, la historia que se escribe ha de enlazar con esa realidad, es decir, con lo que España significa auténticamente para las gentes de hoy y para las del pasado.

Resulta de todo ello que el área de los intereses y de las observaciones acerca de la vida de un pueblo está determinada tanto por las preferencias como las inhibiciones del historiador. Los motivos de estas últimas son varios. Algunos sienten prevención — casi rubor, diríamos — contra las reacciones puramente personales de tipo emotivo o estético, y se inclinan más bien a analizar el proceso causativo de la cultura, a trazar esquemas sociológicos, con lo cual la creación individual (la auténtica raíz de lo historiable) es dejada en sombra. En ciertas obras recientes de historiografía interesa el perfil genérico de las civilizaciones (su nacimiento y ruina) más que los valores expresados dentro de esos marcos abstractos. Otras formas de inhibición proceden de sobrevalorar la función instrumental de las técnicas (busca de lo inédito o soterrado, cronología, aumentar la masa de hechos sin propósito claro, averiguación de autores, fuentes e influencias ; mayor interés por lo que la obra de arte enseña sobre su tiempo, que por lo vital y expresivo en ella). Resulta entonces que los peculiarismos morales y sociales, la concepción intelectualista de la vida, o la sobrestima de las técnicas — admirables como medios, pero no como fines — llevan a conceder menos importancia al proceso de la creación vital, y a no contemplarlo existiendo en quienes — para bien o para mal de sus semejantes — se sintieron a la vez prisioneros y libres dentro de sí mismos.

Cierto es que en muchos trabajos históricos con pretensión científica — a menudo espléndidos y en general indispensables — la realidad viva del tema es reflejada por el historiador a despecho de sus inhibiciones o de su intelectualismo. Mas hecha esta observación para evitar, si es posible, malas inteligencias, mi interés ahora se dirige hacia lo que en el pasado debe su existencia a lo que llamaría la codicia estimativa de un grupo humano. Gracias a ella se originaron las obras y acciones de gran dimensión en un simultáneo impulso de egotismo y de generosidad — seducción ejercida por la imagen de la propia gloria, esfuerzo heroico con miras a lograr la perfección de lo que se está haciendo. Los resultados de tales actividades — ya se ha dicho — fueron a veces firmes y conclusivos en cuanto a su ser y a su perfil, puntos de asiento y de arranque para el pensamiento de los entendidos; ahí están en nuestro tiempo ciertas construcciones estupendas de la física, p.e., la constante de Planck o la relatividad de Einstein. Pero en el caso de la creación alta y esforzada de tipo vital, el ánimo se mueve sin término de reposo hacia metas tanto más atractivas cuanto más arduas — construir de veras un imperio en el cual el poder no aparezca como fin de sí mismo, magnificar y ensanchar las dimensiones de la vida (fantasía, moral, religión, pensamiento, sentimientos, etc.). Todo ello sobrevivirá más tarde, si es evocado y sostenido por quienes participen en el movimiento estimativo inherente a ese tipo de realidad.

Se dirá con razón que también el objeto creado por el científico fué estimado por él, y que también lo admiran luego quienes lo contemplan y entienden ; y por eso, en efecto, se habla de teorías y teoremas maravillosos. Es verdad, pero al penetrar con la mente en la realidad del objeto científico, se pone en paréntesis la conciencia del propio vivir, pues a nadie le acontece sentirse ecuación diferencial o mecánica cuántica. Esas realidades cabe aceptarlas como son o como no son, como verdad o falsedad. Si esto último se demuestra, la teoría científica se vuelve un cascarón vacío, — la idea, por ejemplo, de que el sol sale. ¿Qué sentido tendría, en cambio, para el historiógrafo demostrar la falsedad de una religión, de un sistema moral, de una teoría o estilo artísticos, de las tiranías

orientales, o de la creencia española en Santiago Matamoros? Todo eso es, o fué realidad en el ánimo de quien inicialmente lo creara y de quienes lo mantuvieron vivo en el proceso estimativo de sus vidas. A pesar de lo cual no habría que negar esencialidad a los fenómenos expresivos de vida, aunque no sea menos verdad que el ser que poseen aparece en un aspecto o situación peculiar. Si aquí se alude a ello, es simplemente para plantear en términos más correctos el problema historiográfico, incluso, si para hacerlo, hay que incurrir en elementalidades.

El punto inicial de lo que puede llegar a convertirse en una estimación de la cual luego se tenga plena consciencia, se encuentra ya dado en el mismo proceso del vivir, o sea, en el pasar de una situación interior a otra, en el mero contacto vital con un objeto material o psíquico, o con una idea. Decidirse a hacer algo, demorarse en un sentimiento, meditar sobre una idea son operaciones selectivas, o resultado de dejarse llevar por una atracción. Hay siempre un « mínimo preferencial » en el propósito de servirse de las cosas al alcance de la mano. Abén Hazam, en el siglo XI, llamó ya a eso « preocupación ». Lo inmediato al instante y situación en que se está aparece como necesario, agradable, desagradable, o como sea. Vamos a lo inmediato de la acción a la vez que lo immediato viene a nosotros (cf. *La realidad histórica de España*, págs. 60-61, 384, 545-546).

El vivir no es fragmentable, es totalidad. Pero el modo de sus operaciones no es siempre el mismo. Lo inmediato al movimiento intencional de la vida puede aparecer en la flueneia vital como operación fugaz que no rebasa el área de lo llamado « mínimo preferencial ». Mas cabe que la conciencia se detenga en ello, y que esa detención se haga estancia y punto de partida para un sinfín de otras operaciones. Estas, no obstante su imprevisibilidad, serán reductibles a dos regiones o categorías. En unos casos se inquiere acerca de lo que el objeto sea, se le dota de una realidad quieta y estable, se le reconocen propiedades constantes que lo capacitan para servir de algo. De ese modo surgieron las herramientas de que el hombre se ha servido, o la idea de triángulo, o la estructura de la materia. La verdad de esas realidades queda así establecida al margen de las contingencias y vaivenes del fluir vital que las hizo posibles. Su ser y sus servicios se hacen patentes a quienes las conozcan y sepan servirse de ellas.

En otros casos puede también acontecer que el objeto de la atención se someta a trato diferente: en lugar de convertirlo en algo quieto e igual para todos, lo mantiene ligado al fluir de su propia vida, en tal forma, que para ponerse en contacto con ello hay que penetrar en su movimiento, — una melodía, una poesía, una manera de conducirse en la vida. Esos objetos, en lugar de poseer sólo una realidad definida (según acontece a la tierra, al agua, al viento), necesitan integrar su fluyente realidad en el fluir de otra vida, han de ser valorados, porque si no, su realidad queda trunca. El valor se hace real como coexistente de quien la valora. Lo *estimando* de algo se realiza al completarse en el acto estimativo del *estimante*. Lo bello y lo justo incluyen el estar siendo estimados como tales, en una correlación entre llamadas y recepciones de vida, en un « continuum » de creación recíproca.

Importa al historiador hacer toda posible claridad en torno a este problema. El filósofo reduce a última unidad de intelección la esencia de los valores ; mas ello no impide que las posiciones humanas en y frente a aquéllos les confieran sentido y función muy diferentes. El teólogo los ordena y califica en vista del supremo valor de lo divino. El moralista se esfuerza en alzar barreras entre lo espontáneamente estimable y lo digno de ser estimado ; a fin de lograrlo somete cualquier juicio de valor al alto tribunal de los principios y fundamentos de la conducta. El auténtico artista estructura y potencia las intuiciones y destellos de valor que iluminan el proceso de su conciencia vital ; propone así nuevos horizontes y derroteros al interesado en sentirse una abierta conciencia de su propio vivir, en emprender peregrinaciones a tierras sin fronteras ni piedras miliarias, tierras tan extrañas como próximas, y en donde se sienten caminar las vías bajo los pies del caminante.

El historiador, por su parte, no es ni filósofo, ni teólogo, ni moralista, ni artista, y es bueno lo tenga presente en toda ocasión. Su menester se reduce a manifestar,

en forma plausible, la conciencia que un pueblo posee de los valores (o desvalores) existentes a lo largo de su vida, y que ese pueblo hizo posibles o dificultosos. La historia de un pueblo incluye siempre un juicio de responsabilidades. El historiador hace ver cómo los valores (o desvalores) estructuraron (o desquiciaron) el total proceso de un vivir histórico.

Considero indispensable, por consiguiente, que el historiógrafo no pierda de vista que la historia — rigurosamente hablando — no se construye sobre nada que simplemente sea, exista o acontezca, sino sobre las dimensiones valiosas de lo que aparezca como habiendo existido en el pasado de nuestra experiencia temporal. Conviene, por tanto, no olvidar que todo lo que se hace presente como un *es* comenzó por ser el correlato de un « mínimo preferencial ». Es decir, que todo objeto es, y a la vez lleva implícita en él una dimensión de valor, ínfima o suprema. Ahora bien el *ser* y el *valer*, o el estar valiendo, no ocupan el mismo lugar ni ofrecen el mismo aspecto dimensional en la realidad total del objeto. El triángulo necesario al matemático para sus operaciones científicas vale y es, aunque en una proporción y en una perspectiva que expresaría así : *vale fluyente — ES QUIETO*. El triángulo en el frontón de un edifico expresivo de un estilo artístico también es — vale, aunque en perspectiva inversa : *es quieto — VALE FLUYENTE*. El idioma (tan docto en cuestiones de vida) registra esta fundamental diferencia al distinguir entre una « piedra preciosa » y una « preciosa piedra ».

La anterior distinción tiene importantes consecuencias en historiografía, ya que sus auténticos temas se incluyen todos en la zona del *es — VALE*. Una abstracta exposición de verdades matemáticas desde sus orígenes hasta hoy, no es historia en el mismo sentido que lo sería el hacer ver y sentir cómo el pensamiento matemático fluyó, desde los senos y funcionamiento de la vida, en Babilonia, Egipto y Grecia, y reobró luego sobre el vivir de otros pueblos. La matemática del siglo XVIII no es lo mismo que el ideal de perfección matemática de algunos europeos en aquella época. El intento historiográfico se descarría si se enfoca la realidad del pasado como un *ES —vale*, desmesurando lo que en ella es ser quieto, y minimizando la dimensión de la fluyente valencia en ese ser. Por esa descarriada senda van quienes reducen la historia a « hechos », a esquemas abstractos y a comunes denominadores : « eterno retorno », « reto y respuesta », la « verdadera realidad humana » de la obra literaria, la « ley constante de la poesía », la « razón económica » de la historia, el principio de las « generaciones », etc.

Hace siglos trazó Occam la línea entre la verdad de razón y la verdad de creencia. A los efectos de mis intereses historiográficos (simplemente prácticos y no teóricos), hago ahora la distinción entre el ser de lo quieto y el ser de lo que se mueve y expande en la vida, en un proceso de valoración inherente a la dinámica misma de ese proceso. El curso de la vida se detiene para otear en torno a sí el universo de la realidad natural, y trazar en él límites y caminos. O ese curso vital se toma a sí mismo como objeto, y se escinde en procesos de acción y reacción, de elevación y de depresión. Vivir consiste en estar racionalmente distinguiendo al esto de aquello, y en estar situando al hombre interior y su mundo exterior en posiciones de altura o de bajeza. El leve y continuo rizado en las fluyentes aguas de nuestras vidas (siempre en diálogo consigo mismas), se hace en ocasiones fuerte oleaje, tan alto que parece querer escapar por elevación a su propio curso. El latín usó el término *sublimis* "levantado hacia arriba" para expresar el correlato de ese fenómeno de conciencia. A esas alturas se colocaron Homero, Moisés, Shakespeare, Miguel Angel, Cervantes, Descartes, Goethe y bastantes más.

La *verdad* de los fenómenos de esta clase es inútil buscarla en el quieto orden de la realidad natural, o en las abstractas proposiciones que lo expresan. La *verdad* de un juicio acerca de la vida se vislumbra al hacer confluir la tensión valorativa del sujeto agente de la historia y la de quienes, en alguna forma, se hagan partícipes de ella. Esta adecuación de la vida a la vida es siempre problemática, aunque menos falaz que la pretendida verdad « científica » de la historia. Después de todo, algunos científicos contemporáneos también nos dicen que sus verdades físico-matemáticas son sólo aproximaciones al absoluto de la realidad, y no les acusan por eso de rela-

tivistas. (Cf. Arthur March, *Naturaleza y Conocimiento*, trad. Luis Castro, págs. 192-194).

Es ilusoria la pretensión de llegar a la verdad rigurosa de lo acontecido en el pasado. Si el proceso del vivir no es riguroso ni preciso, ¿cómo va a serlo el traslado historiográfico de la realidad humana? Fallaron los criterios providencialistas, y no logran más éxito los esfuerzos materialistas en el momento presente. Lo indudable es que lo valioso del pasado tiene derecho a seguir valiendo, y en realidad vale muy a menudo ; en todo caso, es posible el intento de hacerlo valer y de hacerse reconocer como beligerante al lanzarse a su defensa.

Los valores no existen únicamente en una polaridad positivo-negativa, sino además en continuo estado de conflictividad. Apenas existe un gran acontecimiento de gran dimensión social (político, religioso, económico) que no sea el anverso-reverso de monstruosidades. Los estados y las religiones se constituyeron y se afirmaron sobre inhumanos horrores, — horrores para quienes valoran la vida y el bienestar del hombre más que el triunfo de cualquier poder o institución. Sin embargo, tan « humano » es lo uno como lo otro. Cuando tales conflictos se presentan, el consenso amplio y durable de las convicciones funciona como criterio de verdad vital. Además de eso, una bondad posterior posée la virtud de anular una maldad previa, por lo mismo que un morir espléndido puede realzar la mediocridad de toda una vida.

Historiar es una tarea modesta, y el historiador no ha de olvidar que está enfrentándose con realidades superiores a él. Historiar exige, antes que nada, dejar fluir la propia conciencia en armonía valorativa con el objeto en que la vida se realizó como valor, — siempre, naturalmente, teniendo en cuenta lo que dentro de la escala de valores de un vivir extraño fué alta cima o valle modestísimo. Medidas y criterios absolutos no existen aquí.

Lo que antecede hará más comprensible la diferencia entre mi idea de la « morada vital » (1) y de la « vividura » (de suyo movibles y fluyentes) y la de « carácter nacional », « foyer vital » o « rasgos psicológicos », en las cuales la movilidad valorativa se vuelve abstracción quieta. Mi visión axiológica y coherente del pasado de un pueblo no tiende a fatalizarlo ni a inmovilizarlo en su proceso vital, sino a hacer ver la forma y dirección de su peculiar fluencia, los altos y bajos de su curso. Cada pueblo, desde este punto de vista, aparece como único.

En otro lugar (2) propongo una gradación o jerarquía que permita disponer el pasado en planos más o menos historiables, es decir, valorables. Fundar los tales valores sobre inconmovibles cimientos es imposible, y ya dijo Cervantes que « pensar que dicen verdad los tales elogios es disparate, por no tener punto preciso ni determinado las alabanzas ni los vituperios ». Los juicios valorativos de la historia funcionan como los de la creencia religiosa, y los de la estimación estética. Adquieren realidad en la medida que valen para quien formula tales juicios, y para quienes los comparten después de haber observado el objeto valioso desde muy otros puntos de vista. Su validez no es « delegable », ni fundable en criterios neutros y objetivos — sin negar por esto que los valores existan y posean un ser dentro de las condiciones antes expuestas. Son floraciones de la vida de un agente histórico (individual y colectivo), y por ser esto así, el historiador ensancha notablemente su perspectiva al penetrar en la « morada » y en la « disposición vital » del *quién* de cada historia.

AMERICO CASTRO

University of Houston.

(1) Complementaría lo dicho en el cap. II de *La realidad histórica de España* haciendo observar ahora que la vida va realizándose en la « morada vital », en función de los valores válidos para la conciencia de quien en ella mora. En vidas colectivas a muy bajo nivel (la del *fellah* y sus análogos) la morada vital casi diría que está deshabitada, pues las acciones de tipo preferente son en ella mínimas e ínfimas. Como entidad axiológica, la morada vital es menos un *qué* que un *cómo* y un *cuánto* de valor. No se trata aquí de una simple configuración de funciones psíquicas, hechas reales a cualquier altura. Una morada vital a ras del suelo y con un solo ámbito, no es tal morada ; es simple inercia valorativa. Tan pobres estancias son a veces simple ruina, o detritus de lo que antaño había sido morada suntuosa. Y también acontece que nunca fueran más de lo que ahora son.

(2) Lo aquí dicho se complementa con mi ensayo « Descripción, Narración, Historiografía », incluído en *Dos Ensayos*. Méjico, Porrúa Hnos., 1956.

¿ Cuál era la religión del Greco ?

POR LUIS ARAQUISTAIN

EL NUEVO LIBRO del doctor Gregorio Marañón, *El Greco y Toledo* (Madrid, Espasa-Calpe, 1956), me parece uno de los más importantes que se han publicado sobre el gran pintor cretense. Sus investigaciones y hallazgos de tipo científico iluminan la enigmática personalidad del Greco. Marañón es uno de los médicos más eminentes de nuestra época y como tal diagnostica a vivos y muertos. Sus biografías, sus diagnósticos, junto con su copiosa obra científica, le han dado un merecido renombre universal. Pero nunca es dogmático y bien lo advierte en su libro al insistir « sobre el peligro de hacer diagnósticos pretéritos » (página 11). Todo es conjetura en el conocimiento de los hombres ; pero — añade — « conjeturar, es decir, tratar de saber lo que ignoramos, partiendo de los fragmentos dispersos de la verdad, es no sólo instrumento científico poderoso, sino quizá la esencia misma de la ciencia. Apenas sabemos entre todos los seres humanos una parte ínfima de la verdad infinita del universo ; ni la sabremos jamás. Por lo tanto, el hombre tiene que llenar el imenso vacío de nuestra ignorancia con las dos únicas cosas eficaces : para lo sobrenatural, la fe, y para lo natural, la conjetura » (12). Uno de los muchos encantos de este libro fascinante y singular es que, como toda buena biografía, es algo autobiográfica. Biografiar a un ser humano — chocar con él por simpatía o antipatía — es decir en parte lo que somos.

Marañón y el Greco

Marañón no trata al Greco como enfermo, por su supuesta locura o su supuesto astigmatismo, que le hacía ver alongados los cuerpos que pintaba ; diagnóstico erróneo de otros médicos que también han escrito sobre Theotocópuli. Hoy ya nadie insiste en esas hipótesis y Marañón las despacha desdeñosamente sin muchas palabras. A la abundante bibliografía que cita al final de su libro — 199 obras — se podría añadir una más que parece concluyente contra las leyendas patológicas, la de Yvan-Benjamin Verd : *Le Greco. Remarques sur la peinture et la folie* (tesis del doctorado en Medicina, Burdeos, 1934). A algunos sorprenderá que al hombre de ciencia Marañón le interese el Greco más como artista que como enfermo, aunque es inevitable que mire sus pinturas, por hábito profesional, también un poco con ojo clínico. Esta devoción suya no es de ahora : su primer trabajo sobre el Greco data de 1927, y sin duda por este arraigado culto al cretense la Academia de Bellas Artes le llamó el año pasado a su seno. No es la única. Marañón pertenece a seis Academias oficiales de las siete que hay en Madrid, un récord, si no estoy equivocado, no sólo en España, sino en todos los países donde existen tales corporaciones. Ya no le falta más que la de Jurisprudencia para estar en todas ellas, y no me sorprendería que los jurisconsultos acaben llevándole también a la suya, por

su acendrado y constante amor a la justicia y la libertad, que son la esencia del Derecho y que campean en todos sus libros y en este mismo sobre el Greco. A Marañón, como al clásico, nada humano le es extraño, y el hombre de ciencia y el hombre de letras no han ahogado nunca en él al hombre civil, sensible siempre a los grandes problemas de su patria y de su tiempo. En 1931 fué diputado republicano a las Cortes constituyentes de la segunda República española.

De su libro nos había dado una anticipación en el discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes. Pero antes de eso, algunos periódicos de Europa y América se habían adelantado a divulgar uno de los temas más sensacionales del discurso y del libro : Marañón había descubierto en los archivos del manicomio de Toledo que el Greco solía visitar aquella casa de alienados y que probablemente los utilizaba como modelos para pintar algunos de sus apóstoles y santos. Yo di un salto de sorpresa al leer esto. Sabíamos que los artistas han empleado a veces modelos algo estrafalarios e incongruentes con los papeles que tenían que representar en los lienzos : vagabundos, borrachos y hasta mujeres de vida alegre, para ser en pintura graves personajes de la mitología o la historia, dioses y héroes, rayos de la guerra, damas y caballeros ilustres e incluso en ocasiones hombres y mujeres que habían muerto en olor de santidad. Pero no tengo noticia de que ningún pintor hubiese recurrido nunca a los reclusos de un manicomio para trazar las imágenes de personas sagradas. ¿ Era una de las muchas extravagancias del Greco o había en ello alguna intención recóndita y aviesa para darnos a entender que ciertos santos místicos y los locos pertenecen a la misma categoría mental ? Si el Greco era cristiano, ¿ cómo se había atrevido a tamaño sacrilegio ?

Es cierto, y Marañón lo recuerda, que en la antigüedad se consideraba a los locos como seres « inocentes » y que hoy se lee esa piadosa palabra en el atrio del mismo manicomio de Toledo que el Greco frecuentaba. Los antiguos, en efecto, no sólo creían en la inocencia de los dementes, sino que en algunos países los tenían por seres superiores, por genios o profetas. En el Talmud de los judíos se halla este testimonio : « El rabino dijo (de Eleazar) : Es un genio, venid y ved, es un genio, como también lo fueron sus antepasados. Y las rabinos vinieron y miraron y se encontraron con un perturbado mental. » (Lo cita Wilhelm Lange-Eichbaum en su obra *Genie-Irrsin und Ruhm*, donde en las páginas 41-43 aduce otros ejemplos de la antigüedad). En Palestina se respetaba a los locos como seres sagrados e inviolables. El primer libro de Samuel (XXI, 11-16) cuenta que David, huyendo de su suegro el rey Saúl, que quería asesinarle, se refugió en Get, tierra de filisteos, y que reconocido como el matador del gigante Goliat se fingió loco y llevado ante el rey Aquis, éste exclamó : « ¿ Por qué le habéis traído ? ¿ Fáltanme locos, para que hayáis traído a éste que hiciese del loco delante de mí ? » Y aunque por el texto parece que Aquis se dió cuenta de la simulación de locura, dudando tal vez de su diagnóstico, dejó que David se fuera sano y salvo. Al pintar los enfermos del manicomio como apóstoles, ¿ había en el Greco alguna reminiscencia del Viejo Testamento y veía en los locos personas sagradas ? ¿ O creía, más bien, que los apóstoles eran tan locos como los de la casa llamada del Nuncio Viejo y le movía al pintarlos un propósito de befa y profanación ? ¿ Cuáles eran, en suma, sus creencias religiosas ? Este era el problema que me planteaban los sorprendentes hallazgos de Marañón y que ahora, al leer su estimulante libro, me anima a sugerir algunas conjeturas siguiendo su ejemplo.

¿Era católico el Greco ?

Para nuestro autor no cabe ninguna duda. « El Greco — afirma — era cretense y seguramente católico. » Y agrega unas líneas más abajo : « aunque el testamento hubiera dicho lo contrario, toda la obra del Greco es de un catolicismo arrebatado » (177). Marañón basa, pues, su conjectura en dos fuentes : el poder que el Greco dicta el 31 de marzo de 1614, unos días antes de su muerte — falleció el 7 de abril del mismo año — y sus pinturas. El poder, descubierto y publicado en 1910 por el erudito San Román, es el documento más valioso para la biografía del Greco. Vale la pena de transcribir la parte relacionada con el

D. LUIS ARAQUISTAIN

asunto que a mí me interesa, y como no tengo a mano el libro de San Román ni me ha sido posible adquirirlo por hallarse agotado, lo copio de las transcripciones parciales que encuentro en *El Greco*, de Manuel B. Cossío (Buenos Aires, 1948 ; la primera edición es de Madrid, 1908), obra magistral, y en la de José Camón Aznar, *Dominico Greco* (Madrid, 1950), la más completa hasta ahora. Dice así (modernizo la ortografía) :

« Estando echado en una cama... creyendo y confesando... todo aquello que cree y confiesa la santa madre Iglesia de Roma, y en el misterio de la santísima Trinidad, en cuya fe y creencia protesto vivir y morir como bueno, fiel y católico cristiano, digo que por cuanto por la gravedad de mi enferdad yo no puedo hacer ni otorgar ni ordenar ni testamento como conviene al servicio de Dios nuestro señor y salvación de mi alma y descargo de mi conciencia y lo tengo tratado y comunicado con Jorge Manuel Teotocópuli mi hijo y de doña Jerónima de las Cuevas, que es persona de confianza y de buena conciencia y lo que cerca de ello se ha de hacer, para lo cual otorgo y conozco que doy y otorgo todo mi poder... a el dicho... mi hijo que está presente especialmente para que en cualquier tiempo... otorgue el dicho testamento... ante escribano que de ello dé fe... Y en el remanente de todos mis bienes... dejo... por mi universal heredero a dicho Jorge Manuel mi hijo y de doña Jerónima de las Cuevas. »

Lo suscribieron cinco testigos, el otorgante y el escribano. Los rasgos de la firma del Greco, reproducida en la obra de Camón Aznar (página 10), son « casi ilegibles », como dice Cossío, y testimonio « de la gravedad y turbación del Greco », a juicio de Camón. Marañón se enfada un poco porque el escritor y pintor danés Willumsen en su libro, también importante, *La jeunesse du peintre El Greco*, insinúa que en el otorgamiento del poder hubo probablemente alguna superchería. Yo tampoco lo creo a pesar del estado preagónico del otorgante. Tratárase de gentes de otra profesión y otros hábitos en torno al moribundo, y tendríamos razón de sospechar algún fraude de los muchos que se hacían y hacen en tales circunstancias. Pero la presencia de cinco testigos toledanos bien conocidos como amigos del enfermo, entre ellos un médico y griego como él además, junto con el hijo y un escribano público, excluyen toda hipótesis de dolo.

Lo que llama mi atención no es la validez legal del documento, sino lo que en él se dice y el tiempo en que se otorga. ¿ Por qué tardó tanto el Greco en hacerlo, él tan previsor y cuidadoso en formalizar sus contratos de trabajo y otros actos de su vida ? ¿ Cómo explicarse que su último contrato, por decirlo así con la muerte, el más solemne de todos, lo dejara hasta su hora postrera ? Hay que suponer que alguna resistencia o impedimento físico o moral detenía su voluntad en declarar lo que el poder dice y que lo retrasó hasta el mismo momento en que la parca le tenía ya asido de la mano y le vedaba escribir una firma legible. ¿ Qué impedimento pudiera ser ése ? !

¿ *Fué ortodoxo griego o judío ?*

No parece improbable que, al llegar el Greco a España en 1577, profesara la religión de la iglesia ortodoxa griega, o cismática, como la denominan los católicos romanos. Había nacido en Creta, donde siempre había predominado esa confesión desde el cisma del siglo XI, que separa la iglesia de Oriente de la de Roma. Pero hasta ahora,

a pesar de sus afanosas diligencias, los biógrafos del Greco no han encontrado en Creta ni en los archivos de Venecia, dueña de aquella isla desde el siglo XIII hasta el XVII en que la conquistan los turcos, ningún registro del nacimiento de Dominico Theotocópuli, lo cual no deja de causar extrañeza. Cabe la posibilidad de que los turcos, al apoderarse en 1669 de Candía, su ciudad natal, destruyesen los libros de las iglesias griegas. Cabe también otra posibilidad : que el Greco no estuviera bautizado en ninguna iglesia de Creta por ser judío. La isla, por su relativa proximidad a Palestina y por ser uno de los emporios más florecientes del Mediterráneo desde la gran civilización de Minos en el tercer milenio de nuestra era, debió de ser uno de los refugios principales de los judíos a partir del siglo I, cuando huyendo del romano conquistador de Jerusalén, se dispersan por las islas y países ribereños de ese mar.

La tesis de que el Greco pudiera ser judío no deja de tener partidarios. El argumento en contra de que Theotocópuli es un nombre griego dista de ser concluyente. Todos sabemos, y los españoles más que nadie, que muchos judíos abandonaban el nombre de origen y tomaban otro en la patria de adopción, por motivos de seguridad o conveniencia. Por otra parte, hasta la fecha no se ha encontrado en toda Creta, desde el siglo XVI, más que un Theotokopoulos : Manousos Theotokopoulos, el hermano de Dominico, que también anduvo por Toledo. (Véase el opúsculo de Natalia Cossío de Jiménez, hija de don Bartolomé, *El Greco. Notes on his birthplace, education and family*, Oxford, 1948). La gran rareza del nombre Theotocópuli en Creta hace pensar si no sería un seudónimo adoptado por la familia del Greco al emigrar a ella en el siglo XVI, y no un nombre griego de rancio abolengo.

Marañón, traductor y prologuista de un libro de la escritora griega Alma Everts sobre el Greco, donde la autora dice que éste era de « raza judía », se abstiene de pronunciarse en este punto por falta de pruebas (176). También cita a la misma autora en el bello ensayo que escribió para el catálogo de una exposición de obras del Greco, celebrada en Burdeos en 1953, y donde dice (traduzco del texto francés) : « Insisto en que la concepción grequista de la divinidad tiene una raíz israelita directa y profunda. » Este reconocimiento pudiera ser útil para interpretar la obra del Greco. Pero para Marañón el problema no consiste en « tener o no tener más o menos gotas de sangre común, sino en reaccionar con emoción común ante las cosas transcendentales de la vida », como afirma en su libro (176).

En esto coincide con Waldo Frank, en su hermoso libro *España Virgen* (Madrid, 1950), obra de gran poeta, magníficamente traducida por otro gran poeta, León Felipe. « Mauricio Barrès — escribe Frank aludiendo al *Greco ou le secret de Tolède* de este agudo autor francés — se entretiene con la idea infundada de que el Greco era judío. Lo cierto es que en su obra hay un espíritu profético, una visión oriental de España... El idioma del Greco está cerca de Bizancio, pero la fiera pasión de sus llamas está mucho más cerca de los hebreos. Esto no quiere decir quo Dominico Theotocópuli tuviese sangre judía. Más bien prueba que la cristiandad tenía sangre judia, por lo que el ritmo y el pensamiento semítico del ambiente toledano pudieron ganar para Roma una visión que estaba más cerca de la antigua visión de los profetas » (156-7).

Ciertamente, es asombrosa la multitud de judíos conversos — los « marranos », como los llamaban los cristianos viejos — que quedaron para siempre en España antes y después de la expulsión de 1492. Todos los días se hacen nuevos descubrimientos de españoles que descienden de judíos. Marañón cita el glorioso fundador del Derecho internacional moderno, Francisco de Vitoria, según investigaciones recientes de Padro Sáinz Rodríguez (164, nota 138). También descendía de judíos el gran inquisidor Torquemada, martillo y hoguera de los de su raza. ¿ Qué español está seguro de no llevar sangre judía o árabe en sus venas ? *El Tizón de la nobleza*, atribuído al arzobispo de Burgos don Francisco Mendoza y Bobadilla y que manuscrito circuló por todo el país y aun por el extrajero (yo conservo una traducción italiana manuscrita), pudiera extenderse a todas las clases sociales y a todas las regiones donde hubo moros y judíos (razas de mujeres hermosas que los cristianos viejos no desdeñaban, aunque fuera por detrás de la iglesia) y que en realidad era toda España, salvo algunas Cova-

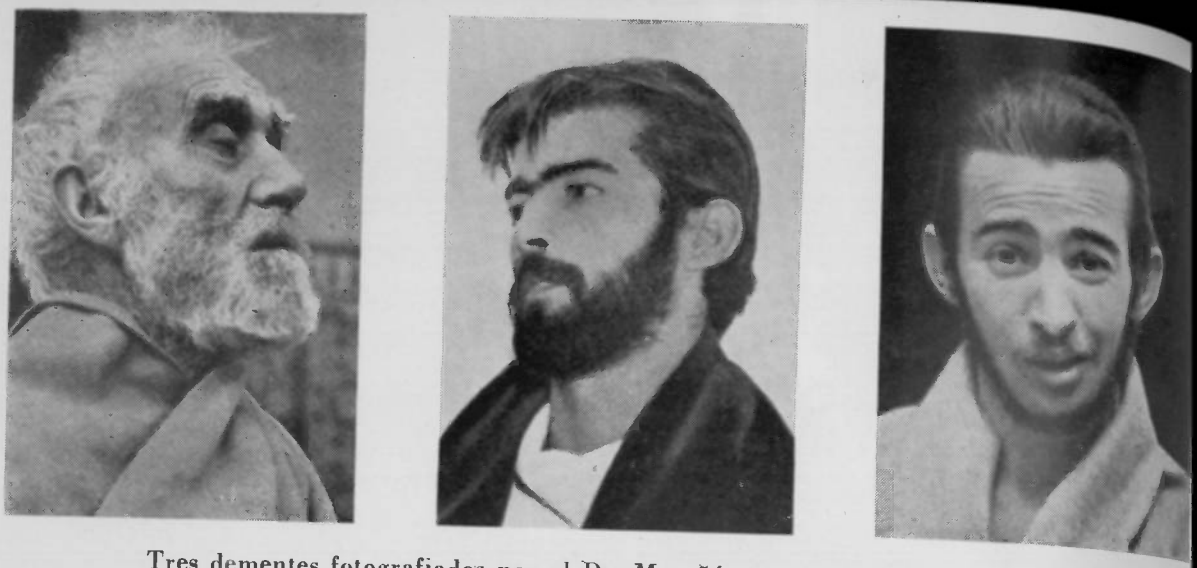
EL GRECO : « ENTIERRO DEL CONDE ORGAZ »
(Foto Anderson-Giraudon.)

EL GRECO : « LA MAGDALENA ».
(Retablo de la iglesia de Titulcia.)

EL GRECO : « LA CONVERSION DE SAN MAURICIO ». (Foto Anderson-Giraudon.)

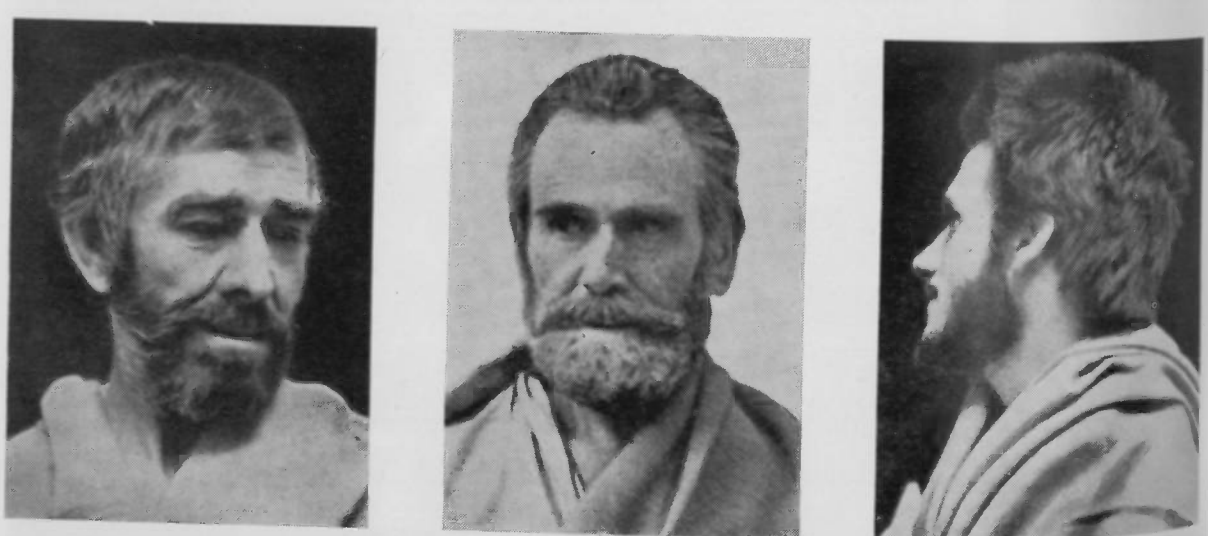
EL GRECO : « LA CURACION DEL CIEGO ».
(Foto Anderson-Giraudon.)

EL GRECO : « LAOCONTE », (Foto Mas. Del libro *El Greco*, de Antonina Vallentin, Ed. Albin-Michel, Paris.)



Tres dementes fotografiados por el Dr. Marañón en el manicomio de Toledo.

San Pedro, San Bartolomé y San Juan, vistos por el Greco.



Otros tres dementes del manicomio de Toledo, fotografiados por el Dr. Marañón.

dongas agrestes, bárbaras y paupérrimas de la costa cantábrica.

Además de Alma Everts, hay otra escritora, Maxa Nordau, hija del eminente escritor Max Nordau, que en la revista *Le Judaisme Sephardi* (Londres, mayo de 1953) publicó un notable artículo titulado « Le Greco était-il juif ? ». Maxa Nordau contesta afirmativamente fundándose en algunos rasgos típicamente judíos del Greco : su independencia, su disconformismo total, su orgullo desmesurado, su complejo de inferioridad constante, su obstinación y falta de respeto, su gusto por la ostentación unido a una gran generosidad ; y, por otra parte, en su obra de pintor a quien le repugna que los santos se manifesten a los hombres en forma terrestre, parecidos a los demás mortales. Pues — agrega Maxa Nordau — « para un judío esto no puede ser. Siente un horror innato a los ídolos. Dios es Uno e inmaterial. Retratos, composiciones humanas, muy bien ; pero por católico que sea un convertido, se rebelará contra el paganismo de representar en imágenes realistas a los seres espirituales. » ¿No es esto la concepción israelita de la divinidad de que hablaba Marañón ? De pasada diré que Maxa Nordau es también una excelente pintora : Marañón reproduce un paisaje suyo del actual Jerusalén, junto a otro de Toledo por el Greco, para que se vea la semejanza en la interpretación geográfico-poética de las dos ciudades a través de dos artistas separados por cuatro siglos, pero acaso con un fondo racial común.

Fuera cismático griego o judío o sin confesión definida, esto explicaría la resistencia íntima del Greco a no declararse católico romano hasta sus días postrimeros. ¿ Y por qué entonces ? Pudo obedecer a una conversión sincera. Pero pudo haber motivos menos desinteresados. Obsérvese que una de las finalidades del poder es nombrar heredero universal a su hijo Jorge Manuel. Se dirá : ¿qué necesidad tenía de eso ? Todo el mundo sabía que Jorge Manuel era hijo suyo. Le retrata ya desde niño y nada menos que en el *Entierro del señor de Orgaz :* el pajecito es él. Vivía en su casa, como colaborador en sus pinturas, como consocio en sus contratos. Pero no era hijo legítimo ni estaba reconocido. Por lo menos no hay documento que lo pruebe. La mayor parte de los biógrafos del Greco y desde luego los principales, Cossío, San Román, Sánchez Cantón, se inclinan a pensar que Jerónima Cuevas era su amante, quizá su primer modelo femenino. En el poder la menciona dos veces, pero no dice que fuese su mujer legítima, como se acostumbraba en algunos documentos de la época. Marañón, que confiesa que « es difícil decidir », cita uno donde se dice de un nieto del Greco que es « hijo de los señores Jorge Manuel Theotocópuli y de doña Alfonsa de los Morales *su mujer legítima* » (49, nota 55).

Por otra parte, tampoco se ha encontrado ninguna partida del nacimiento de Jorge Manuel, lo que hace suponer que fuese hijo natural y no estuviera bautizado. Tal vez no se le bautizó para evitar el escándalo de hacer público que era hijo de una mujer soltera, suponiendo que no estuviera casada con otro, lo que no es verosímil, porque entonces no la hubiera mencionado en el poder. Pero pudo haber otro motivo : la resistencia moral del Greco, si no era católico romano, a bautizar, como católico a su hijo. Y en la España de aquel tiempo tampoco podía inscribirle como cismatico griego ni como judo, ni le convenía hacerlo, aunque hubiera podido, a un pintor cuya clientela principal era la Iglesia católica. La solución a este conflicto de conciencia debió ser dejarle sin bautismo.

¿ Y por qué no se casó con Jerónima Cuevas, que según todos los indicios fué su único amor y a quien debió querer intensa y constantemente, a juzgar por la frecuencia con que aparece en sus cuadros la imagen de la que se cree su amante ? Marañón supone que murió joven o que quizá fué enclaustrada. ¿Por el desliz? Pudo también volverse loca y ser recluída en el manicomio, si los enfermos de los dos sexos se albergaban en el mismo edificio, lo que explicaría el origen de las visitas del Greco a aquella casa. Nada de cierto se sabe, salvo que no hay ningún documento del matrimonio ni de la defunción de esa mujer, omisión esta última también extraña. Lo más verosímil es pensar que el Greco no se casó con ella por el mismo motivo que tuvo para no bautizar a su hijo : para evitar su sumisión a la Iglesia romana.

Pero la proximidad de la muerte creaba

un grave problema. Al fallecer el Greco, la Iglesia no hubiera consentido enterrarle en uno de sus cementerios, como ya había indicado Willumsen en su obra citada (página 8) : « recuérdese también que un hereje no podía ser enterrado en tierra cristiana ». Una cosa era que en vida el clero toledano, de quien el Greco fué constante pintor y amigo, le hubiera tolerado su poca o nula religiosidad : el Toledo que Marañón nos describe admirablemente, tan poblado de cristianos nuevos o judíos conversos y en general de gentes cultas, escépticas y licenciosas, que frecuentaban aquellos « Cigarrales (casas de campo) que eran no pocas veces casas de citas » (50), distaba mucho de ser una ciudad fanática e intolerante. Pero otra cosa era la actitud de la Iglesia a su muerte. No hubiera habido más remedio que enterrar el cadáver de aquel inconverso en tierra no católica. Pensemos en tal escándalo. ¿Qué hubiera dicho el pueblo y qué hubiera hecho con sus pinturas hasta entonces tan edificantes y ahora sospechosas de herética pravedad?

No es improbable que ante el clamor público la Inquisición toledana hubiera tenido que tomar cartas en el asunto, a pesar de las buenas relaciones entre el pintor y el cardenal Niño de Guevara e inquisidor de Toledo, a quien el Greco había hecho uno de sus mejores retratos, y acaso se hubiera visto obligada a incoarle un proceso póstumo, como a veces ocurría. Recuérdese el caso del gran humanista catalán Pedro Galés, que se había convertido al protestantismo : después de morir y ser enterrado, la Inquisición de Zaragoza le condenó a que sus restos fuesen desenterrados y quemados junto con su efigie, y la sentencia se cumplió solemnemente el 17 de abril de 1595. Lo cuenta Edward Boehmer en su obra *Spanish Reformers* (tomo III, 183). No sería extraño que el Greco y su hijo, que debieron tener noticia de suceso tan atroz, lo recordaran en 1614 con honda inquietud. La de menos para un hereje sería que quemaran sus huesos, como los de Galés. Lo más horrendo para un artista sería que también quemaran sus obras, como sería lo obligado en este caso, dadas las prácticas de la Inquisición española.

Según los dos inventarios de su hijo, al morir el Greco había en su domicilio 409 pinturas entre las acabadas, las empezadas y las aparejadas ; las de las dos últimas clases las acabarían los discípulos y auxiliares de su taller. A eso hay que añadir los bocetos o copias de todo lo que había pintado y otros objetos de arte que Pacheco, el futuro suegro de Velázquez, vió en casa del Greco cuando le visitó en 1611. El resto de su hacienda apenas valía nada ; pero toda esa pintura almacenada era una gran fortuna para su hijo si podía heredarla. Sin un documento como el poder, que le reconocía legalmente como hijo suyo y como su heredero universal, sus títulos para apropiarse de los bienes de su padre natural hubieran sido precarios o nulos, y a falta de herederos legítimos, aun suponiendo que no hubiera intervenido la Inquisición, el Estado o el Ayuntamiento de Toledo se hubieran incautado de cuanto dejaba el Greco. Se comprende que al padre y al hijo, ante la inminencia de la muerte del primero, les angustiara la idea de que aquel tesoro artístico fuera pasto de las llamas o, en el mejor de los casos, de la voracidad del fisco. La salvación de la obra de toda su vida, que para un incrédulo — si lo fuese — era mucho más que salvar su alma, bien valía mucho más también que una misa : una conversión a la Iglesia romana *in extremis* y *pro domo filii*. Yo no digo que eso es lo que hubiera ocurrido necesariamente. La Iglesia de Toledo pudo haber cerrado los ojos en su muerte como en su vida. Lo que digo y creo es que fué el fundado temor de que eso sucediera el motivo del poder.

¿ *Era panteista el Greco* ?

De lo que antecede resulta que no tenemos ninguna prueba fehaciente de la religión del Greco, salvo el poder, cuyos probables móviles hemos explicado. No hay más que conjeturas. Queda por examinar otra fuente de indicios : los libros de su biblioteca. Hay algunos que acaso levanten un poco el velo del pensamiento que inspira su arte. Porque no hay duda de que pensaba mucho, y no sólo por lo que nos cuenta Pacheco, que tenía poca preparación para entenderle, sino por lo que nos dicen o más bien nos sugieren sus lienzos. Era un gran cerebral, un « intelectual por excelencia », le llama Marañón. En la biblio-

teca estaba la obra *Diez diálogos*, en italiano, de Francisco Patrizzi. El título completo debe ser *Della retorica, dieci dialoghi*, tal como lo cita Paul Guinard en su *Greco* (Ginebra, 1956, página 128). No he podido ver este libro, que debe de ser raro. Hay otro de Patrizzi, de mayor interés para mi tema y el más importante de ese autor : *Nova de universis philosophia*. Hay por lo menos dos ediciones, una de Ferrara, 1591, y otra de Venecia, 1593, que es la que yo he visto. No se menciona este libro entre los que tenía el Greco. Al parecer no había ninguno en lengua latina, tal vez porque el pintor no la leía. No tengo noticia de que la obra latina de Patrizzi estuviera traducida al italiano, de modo que es probable que el Greco no la conociera directamente. Pero pudo conocer su filosofía por la *Retorica* y la *Disciplina militar*, del mismo autor, también en la biblioteca del Greco, o a través de otros autores.

La *Nova de universis philosophia* se divide en cuatro partes y la primera, titulada « Panaugia », es alta filosofía poética o poesía filosófica — como quería Unamuno que fuese toda filosofía auténtica —, un entusiasta canto a la luz, como principio del universo, por oposición al principio aristotélico de movimiento. Nada más natural que esta exaltación de la luz apasionara al Greco, si la conocía, ya que los problemas de la luz, del color, son los que más le preocupan en su estética, en su concepción del arte por el arte, como diríamos hoy. Pero esa filosofía de la luz es en Patrizzi el fundamento de su neoplatonismo panteísta y emanatista. El emanatismo, ya se sabe, niega la creación del universo ; la emanación supone la eternidad del mundo y es como un desbordamiento de la divinidad : Dios, a causa de su plétora, tiene que derramarse, como una vasija donde se vierte más agua de la que cabe. El emanatismo es el origen de la teoría de la evolución, que llega a su auge en el siglo XIX.

En la biblioteca del Greco figuraba también otro autor interesante para nuestro tema : el seudo Dionisio Areopagita. Marañón cita la *Teología mística*, de este autor, entre los libros del Greco. No la incluye Camón Aznar en el catálogo que transcribe de los inventarios y en cambio menciona otra del Areopagita : *De la jerarquía celestial*. De este escritor desconocido quedan también *De los nombres de Dios*, *De la jerarquía eclesiástica* y varias cartas. Fué el autor más pródigo de todas las literaturas, la antítesis del plagiario : todo lo que escribió hacia el siglo V se lo endosó generosamente a Dionisio Areopagita, un hombre oscuro del siglo I, amigo de San Pablo y presunto primer obispo de Atenas, pero de quien no se sabe que escribiera nada. Tal vez el falso Dionisio era un cristiano alejandrino que adoptó este seudónimo asustado él mismo de la audacia de su pensamiento. Su obra es un ensayo de conciliación de las doctrinas neoplatónicas, gnósticas, panteístas y emanatistas de aquel siglo. En la *Jerarquía celestial* y en otras obras suyas se habla de la luz como la primera manifestación de la divinidad y el primer vehículo para que los hombres lleguen a Dios. No deja de ser significativo que estos dos filósofos iluministas, el seudo Dionisio y Patrizzi, que quizá se inspiró en él para su teoría de la luz, estuviesen en la biblioteca del Greco.

Pero hay otro aspecto en el Areopagita no menos importante. Su influencia en la escolástica y en el arte de la Edad Media fué muy grande desde el siglo IX en que lo traduce del griego al latín el irlandés Juan Escoto Erígena o Eriúgena, precisamente el filósofo más audaz de esa época, cuyo libro *División de la naturaleza* fué quemado en 1225 por orden del papa Honorio III. Como dice Bertrand Russell en su *Historia de la filosofía occidental*, « es posible que la mayor parte de lo que es herético en él haya que atribuirlo a la influencia del seudo Dionisio ». Quizá la herejía más atrevida de Erígena se refiere al pecado original, gran escollo para los filósofos cristianos de tendencia panteísta como lo era Erígena. He aquí cómo define esa herejía Bertrand Russell :

« Sostiene (Erígena) que en su origen el hombre estaba sin pecado, y mientras estuvo sin pecado, estuvo sin distinción de sexo. Esto, naturalmente, contradice la afirmación de que « varón y hembra los crió ». Según Juan (Erígena) sólo como consecuencia del pecado los seres humanos se dividieron en varón y hembra. La mujer personifica la naturaleza sensual y caída del hombre. Al fin, desaparecerá de nuevo la distinción del

sexo y sólo tendremos un cuerpo puramente espiritual » (*History of Western Philosophy*, Londres, 1946, páginas 426-7). La cita completa del Génesis (I, 27) es : « Y crió Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo crió ; varón y hembra los crió. » Es decir, según la Biblia, los dos sexos fueron creados al mismo tiempo que los seres humanos, no, como piensa Erígena, que surgieron del pecado, del propio acto sexual, y que desaparecerán a la consumación de los siglos.

Los desnudos intersexuales

¿Conocía el Greco esta doctrina herética? ¿La intuyó por lo menos? Dijérase que sí, a juzgar por la segunda serie de hallazgos de Marañón, no menos importante que la de los locos utilizados como modelos de santos. Con esto entramos en una de las especialidades que más han contribuído a la gran reputación científica de nuestro autor : el estudio de los caracteres intersexuales. Los modelos de los ángeles — nos dice — fueron muchachas toledanas, sobre todo una de aire semita que se repite con frecuencia. ¿Por qué quería el Greco — me pregunto — feminizar a los ángeles? En esto no sigue la tradición del Viejo Testamento : en varios de sus libros, en Ezequiel, Zacarías y otros, se habla de los ángeles como de « hombres ». Recuérdese tambien el terrible pasaje del Génesis (XIX) en que los hombres de Sodoma, enterados de que hay dos ángeles varones en casa de Lot, quieren asaltarla para « conocerlos », sin que pueda disuadirlos el ofrecimiento que les hace Lot de entregarles sus dos hijas vírgenes para que dispongan de ellas como quieran, con tal de que dejen en paz a sus huéspedes angélicos.

No menos extraño es que la misma moza toledana sirviera también de modelo para el gigantesco San Juan del *Apocalipsis*. En la misma pintura hay varios hombres y mujeres desnudos que, como se recordará, son los muertos que resucitan al abrirse el quinto sello del Apocalipsis : todos son prototipos intersexuales. También lo son las cinco figuras del *Laoconte*, el padre, sus dos hijos, Apolo, con piernas de mujer, y Artemisa, con piernas de hombre. Hasta hace poco, la diosa y el hijo de Laoconte que está de pie tenían las partes pudendas cubiertas con un paño ; pero recientemente la Galería Nacional de Washington, donde está el cuadro, lo limpió y pudo descubrirse que todos los personajes estaban originalmente desnudos por completo y que el taparrabo era un aditamento posterior. Además, detrás de Artemisa apareció una sexta figura que había sido borrada. Paul Guinard, en la obra citada, reproduce por primera vez este cuadro tal como fué pintado

El intersexualismo se repite en el *San Sebastián* (catedral de Palencia), con pechos de mujer, y el mismo santo (página 81 en el libro de Marañón), pintado según el mismo modelo de la muchacha oriental toledana ; la *Magdalena* (iglesia de Titulcia, cerca de Madrid), completamente desnuda, con formas de virago, hoy atribuída a Jorge Manuel, pero que se hizo en vida del Greco y probablemente según boceto suyo y bajo su dirección, pues no se concibe que el hijo, sin ningún prestigio como pintor, hubiera tenido la osadía de presentar en una iglesia española tan impúdica imagen, de no estar respaldado por la gran autoridad y el carácter impositivo de su padre. Marañón cita varias pinturas más de este género ambiguo ; pero las mencionadas bastan como muestra de este rasgo tan sorprendente del artista.

No falta quien haya conjeturado alguna aberración sexual en el Greco, no ya en sus sueños oníricos, como Marañón lo explica, sino en su vigilia ; pero nuestro autor la rechaza categóricamente : « Me apresuro a declarar que estos desnudos intersexuales nada presuponen respecto a la anormalidad sexual del Greco ; y lo digo porque Somerset Maugham, con su característica ligereza, sugiere que el gran pintor fuera lo que en su tiempo llamaba el mujeriego Lope de Vega « un traidor a la naturaleza », es decir, un sodomita » (78, nota 64). Grande es la maledicencia española, sobre todo en hombres de letras, difamadores si los hay en el mundo. No era Lope una excepción, aunque no pueda compararse con Góngora, Quevedo y otros contemporáneos suyos. Pero del texto de Marañón pudiera inferirse que la frase de Lope se refiere concretamente al Greco, y esto sería un error y una injusticia para el escritor y el pintor. La frase pertenece a este párrafo de una

D. GREGORIO MARAÑON

de las cartas de Lope al duque de Sessa, fechada en Madrid el 6 de agosto de 1611 (edición de Amezúa, III, 50) : « Dícenme que están en Madrid muy quejosas las mujeres de que, siendo tan fáciles, haya hombres presos por traidores a la naturaleza ; que así llamo yo los que andan por detrás a tan feos gustos ». Para nada se menciona ni se alude al Greco, que vivía en Toledo y era ya muy viejo entonces.

Otra conjetura es que estos desnudos intersexuales, que aparecen a una edad algo avanzada del Greco, « con sospechosa obsesión », como Marañón precisa, no respondían a ninguna anormalidad onírica ni fisiológica, sino a una filosofía semejante a la de Escoto Erígena y acaso derivada de la misma fuente del seudo Dionisio Areopagita : que los seres humanos fueron asexuales en su origen, dejaron de serlo al descubrir las delicias del pecado y volverán a serlo, tal vez por fatiga vital, al término de la especie humana, como en los resucitados del *Apocalipsis*, o cuando la mitología los diviniza o sobrehumaniza, como en el *Laoconte*, en numerosos ángeles, en la *Magdalena* de Titulcia y en otros cuadros.

La dualidad en el arte del Greco

Esta hipótesis filosófica no deja de tentarme, entre otros motivos por que me explica muchas pinturas del Greco que de otro modo me parecen inexplicables. La conjetura de que el formidable y enigmático pintor pudiera ser, por una parte, un filósofo neoplatónico, panteísta y emanatista, en lo que esta filosofía es visión luminosa y poética del universo, y, por otra, hombre escéptico frente a las ideas de la sociedad para la cual trabaja, nos daría la clave de la dualidad de su arte. En muchas de sus pintura hay, en efecto, como dos temas superpuestos : uno para la clientela que paga, y otro para el pintor mismo, ya fuese expresión de su religiosidad poética o de su escéptica ironía. Porque no hay que olvidar que la mayor parte de sus lienzos son obras de encargo, temas de pie forzado. Sólo algunas, como el *Laoconte* (con el caballo de Troya yendo, no a Troya, sino a Toledo, asunto simbólico cuya intención se nos escapa), el *Apocalipsis* (que tampoco comprendemos bien) y pocas más, las pinta para sí mismo y las conserva en casa hasta su muerte.

La pintura en el Renacimiento y todavía en el siglo XVI, sobre todo en España, era una transposición de los « misterios » medievales a las artes plásticas. La Europa medieval desconoce el teatro greco-romano; pero como el arte escénico es consustancial con algunos pueblos, resurge espontáneamente hacia el siglo X u XI en varios países europeos y en una forma que recuerda sus orígenes en Grecia : sus asuntos son religiosos y las representaciones se hacen en los templos. Los toscos dramas se llaman « misterios » y son dramatizaciones de leyendas bíblicas, de vidas de santos, de milagros y martirios. Este arte popular pasa pronto de los escenarios de las iglesias a los retablos y tallas con que los artistas decoran sus altares.

Cuando el Greco fracasa como pintor del Escorial y de la corte de Felipe II, como probablemente soñó al venir de Italia, y se instala en Toledo, se encuentra allí con dos sociedades : la alta, en la cima, muy culta, todavía en parte erasmista, formada de grandes señores de la Iglesia, de la nobleza, de las armas, del pensamiento y de la administración ; y en la base, un pueblo que culturalmente seguía viviendo en la Edad Media. La clientela principal, casi la única, del Greco son las iglesias y conventos de Toledo y su provincia y a sus hon-

radas e ingenuas feligresías tiene que adaptarse el arte de uno de los pintores más cultos y de mentalidad más complicada que se han conocido. ¿Cómo resuelve este conflicto entre las necesidades del oficio y las exigencias de su numen indómito y perpetuamente rebelde a todas las normas tradicionales? Lo vamos a ver en el *Entierro del señor de Orgaz.*

He aquí el origen de esa pintura, « mi obra sublime », como él mismo la califica en términos que entonces parecerían vanidad y megalomanía de artista y hoy es la opinión virtualmente unánime de la posteridad. En 1323, un tal Gonzalo Ruiz de Toledo manda en su testamento que la villa de Orgaz, de que es señor, entregue anualmente al párroco de la iglesia toledana de Santo Tomé, que él había reconstruído y donde se hizo enterrar, 2 carneros, 16 gallinas, 2 pellejos de vino, 2 cargas de leña y 800 maravedís, moneda que o era imaginaria o apenas tenía ningún valor. Como la villa de Orgaz se mostrara algo remisa en cumplir el legado, el párroco Andrés Núñez se lo reclamó judicialmnete y ganó el pleito en 1564. Para celebrarlo, encargó un cuadro al Greco y puso por condición que en él se representara la piadosa leyenda de que San Augustín y San Esteban habían descendido expresamente del cielo para dar sepultura al señor de Orgaz.

Hay que suponer que a un pintor del talento e ilustración del Greco no podía entusiasmar el forzoso asunto, ni por la pobretería del pleito que conmemoraba, ni por el inmerecido e inverosímil milagro en honor de tan vanidoso y mezquino caballero. No obstante lo forzado del tema, la pintura es una de las más estupendas del arte europeo, por lo que en ella hay de fuga o evasión del asunto central, que es el entierro de un cadáver con armadura, sostenido por el ilustre San Agustín y el modesto San Esteban. El Greco tuvo la idea genial de retratar a una veintena de personalidades civiles y eclesiásticas de Toledo, como espectadores de tan raro sepelio : una admirable galería de retratos, única en la historia del arte.

Extraña al contemplador, desde luego, que los retratados asistan a una escena tan sobrenatural, no con estupor, como sería lo humano si el hecho fuese historia y no leyenda, sino con cierto aire de distracción o fastidio. Dijérase que su apatía o inhibición refleja el poco aprecio que el Greco, verdadero gran señor, debió de sentir, mientras pintaba, por aquel señor de Orgaz, solo épico en su armadura-mortaja, y por aquel arcaico « misterio » del siglo XIV. Los retratos están allí como actores al margen del asunto que se representa, fuera de situación, como dicen las gentes de teatro. El arte del Greco es casi siempre gran teatro del mundo y del ultramundo y, para entenderlo, tenemos que mirarlo y juzgarlo con ojos de espectadores críticos, que no confunden la ficción con la realidad, como se mira la obra de un gran dramaturgo y escenógrafo. Sobre los candorosos « misterios » populares que le encargan los clientes eclesiásticos, él levanta con sus imágenes prodigiosas las pantomimas más impresionantes y avasalladoras que se han pintado jamás. El Greco es en la dramaturgia pictórica lo que Shakespeare en el teatro escrito. Y a veces lo que es el burlón Pirandello. Al pintar los magníficos retratos del señorío toledano de su tiempo, simulando que son gentes de otros siglos, busca una compensación vital a la tristeza artística de aquel asunto de tan escaso interés que le exige el pobre párroco de Santo Tomé, necesitado de tan misera manda.

Otra compensación en el mismo cuadro es la parte alta, la « gloria », en que un ángel femenino conduce en sus brazos, en forma de feto, el ánima blanca del difunto, ante Cristo que ha de juzgarle y está rodeado de la Virgen, de santos y más ángeles, de un público profano y de un hombre casi desnudo que, según Cossío, es el mismo muerto y, según otros, San Juan Bautista. Esta parte desagradó completamente a los toledanos de la época y sigue desagradando a muchos visitantes de la nuestra. De ahí arranca la leyenda de que el Greco estaba loco. Cossío lo explica así : « Escandaliza en la Gloria el enorme alargamiento del conde (señor de Orgaz), arrodillado ante Jesús » (obra citada, 140). A esto le han contestado que el sacerdote con sobrepelliz, en la parte baja, que tanto gustó y sigue gustando, no es menos alargado que el desnudo de la alta.

No : lo que escandalizó y aún escandaliza es la casi total desnudez, tan incongruente con el lugar, de aquel personaje gesticulante que casi toca con la mano a la Vir-

gen. Si no hay irreverencia, lo parece. Pero también es posible que, para el Greco, aquel impudor no tuviera ninguna importancia, y así se lo explicaría a sus censores, como lo explicaba Erígena : los muertos, cuando resucitan para ir al cielo o al infierno, no tienen sexo. ¿O quería acaso provocar y escandalizar, por compensación psicológica, a la clientela que le imponía sus vulgares asuntos, « épater le bourgeois » toledano, como los impresionistas franceses en el siglo XIX? Nunca lo sabremos. Pero a veces el burgués o el aristócrata o el clérigo de su tiempo se burlaban del pintor : le respetaron el *Entierro* tal como lo pintó y en Santo Tomé sigue con el mismo respeto, a pesar de todos los desagrados ; pero la única copia que de él queda (en el Museo del Prado) sólo contiene la parte baja.

La pintura como espectáculo

En esta parte inferior, hay otro personaje que acentúa la teatralidad del cuadro ; es el pajecito, hijo del Greco, que vuelto hacia nosotros, los espectadores, apunta hacia el milagro que se representa con la mano izquierda extendida. Aparte la ternura y debilidad paternas que este hijo único inspira al pintor, que lo inserta extemporáneamente en algunos de sus cuadros, ¿qué papel desempeña aquel niño de ocho años (la punta de un pañuelo blanco que sale de su bolsillo revela el año de su nacimiento, 1578), tan disonante con el resto de la pintura, como no sea sacarnos a los mirones de la situación dramática y recordarnos que todo aquello no es más que teatro ? Parece como si estuviera reclamándonos irónicamente (en nombre de su padre) un aplauso por lo bien que se ha representado la obra, del mismo modo que Plauto pedía al público romano al final de sus comedias : *Nunc, spectatores, plaudite.*

Otra pantomima maravillosa es el *San Mauricio* del Escorial. Se trata de conmemorar el martirio de la legión tebana a quien el emperador Maximiano quiere obligar a que sacrifique a los dioses del paganismo. Mauricio, jefe de la legión, y todos sus capitanes y soldados, recientemente convertidos al cristianismo, se niegan a aquella apostasía y prefieren morir colectivamente. El suplicio tuvo lugar el año de 286. A Felipe II, que había dado el encargo, no le satisfizo la pintura. La decapitación de los cristianos tiene lugar en segundo término, a la izquierda del observador. Las figuras de los mártires son pequeñas y están en montón, como coro anónimo. Evidentemente, en la intención del artista, esa escena tiene un valor secundario.

Para el Greco, la escena capital es la del grupo del primer término donde vemos en figuras de gran tamaño a Mauricio con sus capitanes y un pajecito que se parece mucho al del *Entierro*. Nadie diría que estos guerreros acaban de atravesar los Alpes, yendo de Italia a Francia para sofocar una revuelta de campesinos. No están sucios ni desaliñados después de cruzar la cordillera alpina, que aún hoy es poco transitable. Ostentan unos trajes pulquérrimos de vistosos colores y exhiben sus piernas y brazos desnudos. Sus túnicas ligeras están tan ceñidas a los torsos que se marcan claramente los pechos y hasta los ombligos de los personajes. El atuendo y la expresión de los actores nada tienen de bélico ni fúnebre. Dialogan apaciblemente como si no les concerniese la tragedia que se representa a dos pasos de ellos y en la que ellos serán momentos después los protagonistas. Marañón explica así la extraña actitud : « Felipe II era el prototipo del católico centroeuropeo, el de los santos realistas y martirios sangrantes ; mientras que el Greco pintaba, con su arbitraria anatomía, lo más admirable, que no es la muerte, sino su aceptación sin gestos heroicos, como se acepta que dos y dos con cuarto » (221).

Pero yo le pregunto a mi querido y admirado amigo Marañón : si no conociéramos la leyenda de aquel martirio, si se hubieran perdido todos los escritos hagiográficos que lo relatan, ¿ podríamos saber ni sospechar que esos hermosos personajes, tan ajenos a las decapitaciones que ocurren a su derecha al fondo, tan acicalados y elegantes que parecen acabados de salir a escena del camerino de un teatro, son unos hombres a quienes se va a ajusticiar y que aceptan el inminente y atroz suplicio como dos y dos son cuatro ? No creo que nadie, sin previa información, pueda adivinar todo eso en el cuadro.

La primera vez que yo lo vi, hace muchos años, por ignorar entonces la leyenda no comprendí lo que esos hombres representa-

ban. Pensé que acaso pudieran ser los jueces que habían sentenciado aquellas bárbaras ejecuciones o unos caballeros aburridos y sádicos que habían ido allí a recrearse y participar en el inhumano espectáculo. Ahora que lo sé, me explico la repulsa de Felipe II, poniéndome en su lugar, de aquel cuadro. No porque él fuera un rey aficionado a la efusión de sangre de santos o laicos y porque al Greco, hombre civilizado, le repugnara. En la conducta del monarca hubo probablemente una motivación política : quizá pensó que el pintor escamoteaba el tema propuesto, la decapitación, situándolo en un rincón de la escena, no porque le repugnara un espectáculo sangrante, sino porque no sentía aquel martirio voluntario, porque le parecía una locura morir por cualquiera divinidad, porque no creía en la eficacia de tales leyendas ni le interesaban. El rey, con su buen olfato de perro policía de herejes, sospechaba tal vez que aquel oscuro artista, nacido en una isla griega de tradición pagana y formado en la Venecia pagana del siglo XVI no estaba mentalmente más cerca de aquellos cristianos fanáticos que del cruel césar romano. Todo esto es simple conjetura, pero no más inverosímil que cualquiera otra.

Necesitaría escribir un libro para examinar detalladamente todos los cuadros del Greco que, a mi juicio, reflejan su íntimo escepticismo o ironía en los espectáculos que pinta. Me limitaré a recordar sumariamente algunos de ellos. En la *Curación del ciego* (Pinacoteca de Parma), sorprende que el grupo a la izquierda del espectador, el hombre desnudo de medio cuerpo que perora vuelto de espaldas a Jesús, la mujer y los otros hombres que le escuchan como embelesados, entre ellos un joven al fondo que nos mira y pudiera ser un autorretrato del pintor, no muestren el menor interés por el milagro que se está operando ; y que los hombres del grupo a la derecha hablen unos entre sí sin atender a la curación y los otros, uno vuelto también de espaldas, extiendan el brazo hacia Jesús como con un gesto de desdén o incredulidad.

En la *Expulsión de los mercaderes del templo* (Instituto de las Artes, Minneapolis, Estados Unidos), todos los hombres presentes, salvo dos o tres amenazados por la fusta de Jesús, siguen hablando tranquilamente de sus negocios, y una de las dos mujeres medio desnudas cuidando de la jaula con palomas que tiene a sú lado y la otra de un niño que la acompaña, como si no pasara nada inusitado en escena. No parecen gentes que teman ser expulsadas. La *Asunción de la Virgen* (Instituto de Arte, Chicago) tiene en la parte baja del cuadro como testigos a los doce apóstoles, que en torno a la tumba recién desalojada conversan indiferentes, mientras la Virgen se eleva al cielo, como si lo que está ocurriendo fuera la cosa más natural del mundo. Sólo uno o dos se dignan levantar los ojos a lo alto. Comparando esta Virgen con la de Tiziano del mismo asunto, dice Cossío de la del Greco (página 85 de la obra citada) : « que queda siendo la madre robusta y majestuosa, sin recuerdos de virgen ». Cabe suponer que esta humanización de la Virgen, pintada en 1577, se debe a las influencias que el Greco traía de Venecia. Pero la que pintó en sus últimos años (Museo de San Vicente, Toledo) conserva la misma robustez majestuosa y antivirginal.

Finalmente, hay otra pintura, el *Bautismo de Cristo* (en el Prado y una copia en el hospital de San Juan Bautista, Toledo), cuyas licencias de desnudismo debieron escandalizar a sus contemporáneos, cuando tanto escandalizan a un hombre tan poco mojigato como Cossío. El gran crítico dice de este cuadro que « no hay en él un solo rasgo que no cause escándalo », y que aun el observador estudioso « comienza lamentándose de aquel descomunal desnudo, que le perturba y ofende... Aquel atormentado cuerpo de Jesús y sobre todo aquella torturada ondulante pierna ahuyentan al público tan ofensivamente, que ni quiere ni le es dado ver allí otra cosa. Diríase que el Greco se propuso conseguir tal efecto, poniendo así a prueba, con cierto humorismo, el grado de iniciación de los contempladores en los secretos del arte » (183). No es el descomunal desnudo de Jesús el único motivo de escándalo. Tan desnudo está el también descomunal San Juan que le bautiza. Pero lo que más choca es que ambos desnudos los contemplen con la mayor naturalidad las bellas mozas toledanas que sostienen el vestido de Jesús mientras recibe el agua bautismal. Acaso también le pareciera natural la escena al Greco,

por creer que los seres sobrehumanos, como los humanos al fin de los tiempos, carecen asimismo de sexo. ¿ O era el singular pintor un humorista como tímidamente sugiere Cossío ?

No caben más que conjeturas. Las mías las resumo así : no creo que el Greco fuera en su conciencia católico romano. Pudo haber sido ortodoxo griego o judío. Pudo no profesar una religión positiva. Pudo ser un místico, como Marañón y otros biógrafos piensan. Sobre esto último tengo fuertes dudas, por lo que sabemos de su existencia. Le gustaba la buena vida y para ello se hacía pagar por sus cuadros todo lo que podía, y no seremos las gentes de nuestra época quienes se lo censuren, al ver los precios fabulosos que hoy se pagan por ellos. El valor total de su obra se evalúa actualmente en cientos de millones de dólares : 400.000 se pagaron no hace mucho por una sola, la *Piedad*, y a él le regatearon en vida 1.200 miserables ducados por su *Entierro*. De su arte hizo una industria : su taller se convirtió en una fábrica de cuadros donde él mismo, su hijo, sus discípulos y auxiliares hacían copias en serie, y continuaron haciéndolas los falsificadores desde su tiempo hasta el nuestro. Camón Aznar ha catalogado en su libro 794 pinturas auténticas o atribuídas al Greco, entre ellas 404 de santos y santas y entre ellos nada menos que 135 San Franciscos. Tuvo numerosos pleitos por cuestiones de dinero.

Todos estos aspectos no parecen corresponder a la idea que tenemos de un místico, un ser que por definición vive ausente de este mundo y en éxtasis y comunión constante con la divinidad. Pudo haber sido un místico filosófico, como los de los Vedas, los neoplatónicos y tantos otros, hasta Unamuno, del cual, sin embargo, tengo también grandes dudas. Se puede ser incluso ateo y místico, sentirse tan enajenado ante las maravillas de la naturaleza increada y eterna como un creyente ante la idea de Dios. Fritz Mauthner, autor de una obra monumental sobre el ateísmo y su historia en Occidente (en alemán, en 4 gruesos volúmenes), acabó escribiendo en vena mística sin dejar de ser ateo. No es el único. Después de todo, el ateísmo no es una ciencia, sino una creencia, una religión a su manera. Lo que no creo es que el Greco fuera un místico católico. De toda su obra emana, a mi juicio, un vaho de heterodoxia.

El problema de su religión o su filosofía nos interesará siempre, como la clave de su personalidad, que es también la clave de todos los hombres, y en este sentido hay que celebrar que el libro de Marañón nos descubra aspectos inéditos, insospechados y poco estudiados hasta ahora, de hombre tan excepcional, aunque no podamos, no sin resistencia íntima, aceptar todas sus conjeturas. Me parece que ningún otro libro, después del de Cossío, estimulará tanto la crítica filosófica y científica acerca del Greco. Pero por encima del mensaje ideológico que este gran pintor cerebral nos transmite y nosotros nos esforzamos en vano por descifrar, está su obra puramente artística, la asombrosa vitalidad de sus personas dramáticas ; sus retratos y esos grandes personajes alongados que nos recuerdan los del teatro greco-romano, calzados con coturno para parecer más altos de lo que eran a los espectadores de las lejanas graderías ; la belleza de sus escenarios ; el esplendor de sus formas y colores ; la magnificencia de sus « misterios » medievales transformados en grandes pantomimas modernas ; su sublime « poesía muda », como llamó a la pintura un oscuro pintor y tratadista español de fines del siglo XVIII, Preciado de la Vega.

Es probable, en resumidas cuentas, que para él los asuntos no tuvieran ninguna importancia, como no la tienen para los pintores de nuestro tiempo, y esto puede ser uno de los motivos de su presente universalidad, y que sólo fueran pretextos para expresar la poesía del color, de la luz, el principio cósmico de Patrizzi y del Areopagita, que acaso él no conoció directamente, pero que lo sintió por intuición de una manera prodigiosa y fué el gran problema técnico de toda su vida. Ante esa obra sin igual, todos los amantes de la gran poesía pictórica, creyentes y no creyentes, no tenemos más remedio que inclinarnos con reverencia y aplaudir con entusiasmo, como nos pide irónicamente el pícaro pajecillo — criatura y trasunto suyo — del *Entierro del señor de Orgaz*.

LUIS ARAQUISTAIN

LA REVOLUCION CIENTIFICA Y LA LIBERTAD DEL HOMBRE (*)

POR PEDRO VICENTE AJA

DE LA ANTERIOR GENERACION de físicos para acá, la intimidad del átomo se ha venido « revelando » — y rebelando — ante la ciencia. ¿Cómo está constituído el átomo, y qué sucede en su interior ? Pues se compone de electrones, protones y neutrones en continuo movimiento y en varios estados de combinación. Y en un principo se supuso que tales partículas, tan excesivamente pequeñas — ¡ y qué consecuencias inmedibles las de su manejo, para el destino inmediato del hombre y de las culturas! — obedecerían a las mismas leyes que Newton y sus seguidores descubren que gobiernan los planetas y los proyectiles. Mas, al pronto, surgió la rebelión: no se sometían al causalismo rígido y predictivismo clásicos. Después de algunos años de confusión, de paciente sometimiento a pruebas y repruebas, apareció al fin un nuevo sistema de leyes del movimiento, leyes que, al parecer, recogían la nueva estructura y ritmo de la naturaleza en escala atómica. Basadas en el *Principio de la incertidumbre*, de Heisenberg, en síntesis, nos dicen lo siguiente : se mantienen idénticas a las de Newton siempre que se trate de eventos mayores, pero en el mundo diminuto de los electrones, los protones y neutrones, en lugar de las predicciones exactas de la microfísica sólo hallamos, ahora, leyes de probabilidad estadística.

La revolución de la microfísica

Vale la pena aclarar, insistir. Se había supuesto que los electrones giraban en órbitas dentro de los átomos, pero esta hipótesis fué desechada, y se llegó a la conclusión de que esas órbitas eran una suposición gratuita, que realmente no teníamos evidencia de que existieran. Aún más : fué sorprendente el hecho de que, cuando se trató de predecir dónde se encontraría un electrón en determinado momento futuro, se vino a saber que no importa cuánto podamos conocer al presente sobre su posición y movimientos pasados, pues nunca se podría predecir con exactitud cuál será su posición en un tiempo dado del futuro. Sí podríamos predecir cual será el resultado medio de varias pruebas, pero ningún experimento físico concebible nos podría decir precisamente dónde se hallaría un electrón particular en un momento futuro definido. Ahora bien : esa imprevisibilidad del evento particular, ¿de dónde procede? Pues simplemente de que al investigar la historia previa de la partícula, hemos afectado su movimiento en una proporción desconocida con el propio instrumento investigador. Aquí está, probablemente, el

(*) Véase los dos artículos anteriores del mismo autor, publicados en los números 16 y 20 con los títulos « Problemas entre ciencia y libertad moral » y « La tiranía del determinismo científico », respectivamente.

punto esencial, esto es : que un fotón, cuyo movimiento se investiga, para ser observado es menester provocarle una colisión, por ejemplo, con un electrón ; pero un encuentro de esta clase perturba de tal modo el movimiento del fotón que ya no nos ayuda a predecir su curso subsecuente. ¿ Tal condición de la investigación, a lo que parece insalvable, implica que para el fotón ya no es válida la ley de la causalidad, a saber, que todas las cosas suceden con « una causa y por necesidad » ? Al menos quiere decir que ningún experimento físico puede demostrar este principio en una escala atómica. Algunos físicos mantienen todavía dicho principio como un postulado, suponiendo, por un lado, que hay algunas cualidades de los fotones y de los electrones que nuestros experimentos no pueden revelar, pero que, sin embargo, determinarían cual de los muchos caminos posibles siguen las partículas, y, por otro lado, que la situación sólo es provisional, hasta tanto se perfeccionen los instrumentos de investigación. Pero los que trabajan en la nueva fórmula de la incertidumbre — y ésta es la respuesta de Arthur Compton, el eminente físico, premio Nóbel — sostienen que si dichas cualidades no pueden ser reveladas por el experimento en la actualidad, no tienen ninguna importancia para la física, esto es, para su fundamento experimental. Así, pues, la ley de causalidad debe abandonarse como principio de la microlísica.

Lo que ha ocurrido y está ocurriendo en el seno de la ciencia — en su sector de la microfísica, para nuestro examen — supone, dicho con la mayor mesura, una tremenda revolución.

Todas las especulaciones que hago a partir de ahora descansan en la posición de esta nueva física. De tales cambios en la concepción de los recónditos procesos naturales, así como de las actuales y posibles transformaciones que en un orden civilizatorio y de las relaciones entre los grandes centros de poder, la nueva ciencia y técnica del átomo operan, de estos hechos, repito, insurge para el hombre de hoy, hombre crítico, la necesidad y la posibilidad de una nueva visión del mundo. Toca a la filosofía, ante todo, precisamente tomar cuenta de los nuevos componentes que van ingresando en la conciencia de la realidad, ordenar e interpretar las relaciones nuevas, sacar las conclusiones pertinentes, y también — ¿por qué no? — enunciar los postulados de un cambio tal vez posible de nuestra vida, de un cambio que tiene que salvarnos y esclarecer nuestra situación frente al mundo. Claro que en tal sumario programa para una filosofía vital, de salvación, única modalidad de este « saber a qué atenerme », que se me hace indispensable, la cuestión de las relaciones entre ciencia y libertad moral, asunto que vengo explorando, entra por implicación necesaria. ¿ Cómo y en qué puntos la revolución de la microfísica afecta al planteamiento mismo del problema de la libertad del hombre ? He ahí lo que nos da vuelta. Pero antes de intentar ventilarlo, no queda más remedio que hacer un alto y, con todo rigor, preguntarse : Si en el mundo espacio-temporal la causalidad no rige estrictamente, ¿quiere esto decir que hay algo que se sobrepone a la materia, o que en a guna forma la materia no es esclava de sí misma ?

La irrupción del tiempo

Pero entónces hay que inquirír también si el problema de la libertad, no ya sólo en el orden moral (en el reino del hombre) es pertinente ; quiero decir, que a lo mejor será preciso planteárselo, y no ya como cosa de ocio metafísico, porque afecta al orden mismo de la naturaleza. Y si así fuera, ¿en qué forma ?

La búsqueda de ese algo que está ahí en la propia naturaleza, abre una línea de investigación nada sólita. Ciertamente, las bases enteramente nuevas de las actuales teorías científicas que, como se sabe, están operando una transformación básica en todos los dominios del saber, se fundan todas, a lo que parece, en un tener en cuenta un factor componente y constitutivo del universo, que viene a modificar un sistema que hasta el año mil novecientos fué rígido, materialista y espacial. Trátase, en efecto, del ingreso en la conciencia investigadora de un componente que estuvo ahí — ahí en la realidad — desde siempre, pero que sólo de poco para acá se ha venido a revelar en toda su alteradora significación. Me estoy refiriendo al tiempo y, en su aspecto físico, al tiempo entendido como « cuarta dimensión ».

Ha sido notoria, hasta escandalosa si se quiere, la tentativa de la inteligencia humana por rechazar este factor. Desde la cuna griega el tiempo fué puesto entre paréntesis por la filosofía. La pregunta por el ser era, ante todo, una indagación por lo que no cambia tras lo que deviene, y este no cambiar se resolvía dentro del marco de la intemporalidad. El tiempo era lo particular, lo contingente, lo contradictorio. Después, con la razón cartesiana y galileica, que Ortega ha venido llamando *razón física*, se impone la versión matemática de la realidad convertida en espacio. Trátase de una razón geométrica, espacialista y cuantificadora que, al pronto, desaloja dos ingredientes inerradicales de todo proceso real, sea el que fuere : el tiempo y la cualidad.

Así, pues, el mundo de nuestros padres era un mundo que podemos calificar de espacial, un mundo de tres dimensiones que hubo de asumir su forma definitiva en el Renacimiento. Conviene insistir, sobre todo notar las consecuencias principales. Galileo decía : « medir todo cuanto es mensurable y hacer mensurable todo lo que todavía no lo es ». De ahí que fenómenos como el tiempo, en virtud de tales mediciones, hubieron de ser convertidos en componentes de naturaleza espacial. El tiempo venía a ser desposeído de todo carácter cualitativo, se le daba exclusivamente un sentido material y cuantitativo. Dentro de la representación de este mundo tridimensional se pensaba que el tiempo no era sino un innocuo accidente, fácil de dominar y al que impunemente podía tratársele como mero tiempo horario. Detrás de esas consecuencias hay un criterio rector, de donde nacen : se entiende que en la realidad, el tiempo y el espacio están divididos. Eran cosas distintas : un Espacio absoluto y un Tiempo absoluto.

La conciencia del presente conoce que esto ya no puede ser así. Y a explorar eso — probablemente un algo que libera a la materia misma de sí propia, por lo menos de aquel causalismo rígido — invita. Pero antes indico que, justamente, el hecho de que durante tantos siglos se haya excluído de su verdadera significación a este componente constitutivo y comprensivo del universo ; es más, el hecho de que se lo haya mantenido, por decirlo así, reprimido, o se lo haya falseado, tuvo, tiene la grave consecuencia de que hoy luchamos con dificultades no sólo para aprehender la extraordinaria significación que yace en este fenómeno, sino también para entender nuestro mundo, esto es, para situarnos en un « nuevo mundo ». Y esto caracteriza también nuestra condición, este ser un hombre crítico, porque vivimos en un mundo de dimensiones distintas y ese carácter distinto, esa estructuración fundamentalmente nueva de nuestra conciencia y de nuestra existencia, con la que contamos desde hace muy poco tiempo, no ha sido todavía suficientemente comprendida, y menos aun asimilada a nuestra vida. Por eso se explica que ese carácter nuevo, es decir, la irrupción del tiempo en nuestra conciencia, hubo de ser considerado al principio como una molestia, o mejor dicho, como algo difícil de trabajar, pese a que facilitaba la comprensión de muchas cosas que no habían tenido respuesta en el sistema newtoniano. Pero, ¿cómo y por qué vías se ha producido ingreso del nuevo componente en nuestra conciencia ? Y ¿qué podemos decir de esa un poco misteriosa « cuarta dimensión » ?

Un intento de respuesta completa, satisfactoria, exigiría escrutar tres vías de encuentro auténtico, de acercamiento ontológico con el tiempo, a saber : la revelatoria, la filosófica, y la propiamente científica. Claro que transitar todas esas pistas en sus larguras pide otro espacio. Además, interesa a nuestra exploración especialmente la última. Mas algo diré acerca de las dos primeras. Pues bien : un primer acceso al tiempo mismo, y el acceso más íntimo posible, sólo tiene lugar realmente en el cristianismo, cosa que sucede precisamente a través de San Agustín ; de modo que la filosofía, por decirlo así, no llega a descubrir lo temporal, ni lo histórico, sino que el tiempo esencial y concreto *se le revela* a la filosofía, del mismo modo que por pareja economía y misterio del espíritu se le han ido iluminando al hombre otras profundidades del ser. Efectivamente, en la ontología del hombre cristiano el tiempo ya no es ese mero accidente a que la razón griega lo había relegado, sino que se presenta como algo fundamental, algo que tiene categoría y esencia de ser : pertenece verdaderamente a un alma que es propiamen-

te una continua trascendencia hacia lo eterno.

Ahora bien : el triunfo del racionalismo postrrenacentista prescindió de todo esto, y el esfuerzo para pensar el tiempo se encaminó de un modo sistemático a reducirlo a las mismas categorías que determinan el espacio. Desde Nicolás de Cusa hasta Kant esa línea se mantiene inflexible. La filosofía tuvo que esperar hasta Bergson para conseguir una fórma de acceso auténtico al tiempo. Por eso fué tan grande la obra de este pensador. Hay que tener en cuenta que el filósofo francés necesitó romper con toda una tradición de veinticinco siglos para obtener una cabal reivindicación metafísica del tiempo. Nadie como el propio Bergson se encarga de esclarecer que la novedosa « intuición bergsoniana » es cosa referida al tiempo, que su intuicionismo estaba condicionado por su tesis de la duración, que se trataba, ante todo, de « una intuición de la duración en el tiempo ». Bergson que profundizó en la vía psicológica, encontró como caracteres de la psique la duración, la cualidad y la libertad. Y el tiempo de que está hecha la duración bergsoniana era a la vez como el ingrediente, irreductible a lo cuantitativo y mecánico, de una creación perpetua, que era la forma que adoptaba la libertad en Bergson. De ahí que la vida fuera siempre imprevisible. Así pues, a la filosofía se le abren vías de encuentro auténtico con el tiempo. Incluyo, desde luego, las filosofías llamadas temporalistas, el irracionalismo, los existencialismos, la escuela historicista. Lo interesante en todo esto es que la filosofía, al ir penetrando en la hondura del tiempo, se ha venido a encontrar precisamente con la vida humana, y por eso la filosofía actual ha tenido que ir a parar inevitablemente a una metafísica de la existencia. Claro que de este acceso ontológico al tiempo se ha venido a parar en ciertos extremismos. Nos encontramos con que el tiempo amenaza la conciencia y parece a punto de destruir la estructura del pensamiento racional, amén de que se pretende disolver la realidad en un devenir irrestañable, en la pura sucesividad. Mas todo esto nos llevaría muy lejos.

Vuelvo a lo que nos ocupa. Encuentro que el tiempo como realidad, como elemento constitutivo del Universo, sólo hubo de irrumpir verdaderamente en nuestra conciencia, alterando nuestra visión del mundo apoyada en las ciencias naturales, cuando a principios de este siglo hizo su ingreso en la conciencia investigadora, precisamente por vía de la propia ciencia. Me estoy refiriendo al momento en que Einstein formuló su concepto conjunto cuatridimensional espacio-tiempo. En ese momento, en virtud de la formulación de la teoria de la relatividad de Einstein el sistema copernicano del universo se desplomó y, como consecuencia de ello, no sólo tuvimos que concebir un universo enteramente nuevo, diametralmente opuesto al que hasta entonces se había pensado, sino que además nos vimos forzados a reconocer el nuevo elemento componente, el tiempo, como cuarta dimensión. Y el nuevo componente, ahí, en el reino de la física, va a significar también libertad.

Sobre la cuarta dimensión

Claro que, en un principio, la nueva noción pareció necesaria únicamente en el terreno de la física. Pero ocurrió que de un modo creciente se fueron uniendo distintas ramas de la ciencia en la nueva estimación del factor tiempo y en todas se lograban los más positivos resultados trabajando con las nociones cuatridimensionales. Así el caso del arte : ahí por ejemplo, en la pintura, donde el tiempo invade a veces todo el contenido del cuadro ; la literatura, donde por ejemplo, en el drama, en lo que toca a su desarrollo, sujeto antes al mero tiempo reloj, se abren hoy posibilidades sorprendentes para expresar el auténtico tiempo cuatridimensional. Y asi...

Pero conviene ceñirse a los puntos iluminadores. La teoría de los quanta de Plank nace casi simultáneamente con la formulación de la teoría de la relatividad y como consecuencia de ella, se va a abandonar el punto de vista del curso lineal del tiempo, hasta entonces imperante, a favor de un concepto cualitativo del tiempo como impulso. Como se sabe en estos trabajos sobresalen los grandes genios de la microfísica actual : Heisenberg, De Broglie, Schrondiger, Dirac. Y este tiempo entendido como impulso, como concepto cualitativo, ¿qué implica ? Pues sencillamente que la nueva física ha hallado necesario abolir la expli-

cación materialista de que las partículas fueran empujadas y arrastradas en el espacio y en el tiempo, reemplazando los cambios graduales de sus movimientos por saltos súbitos e imprevistos. Y aquí está lo esencial : que se ha tenido que arrojar del plan de la naturaleza a la causalidad y a la continuidad del acaecer temporal, substituyéndose las leyes exactas de la mecánica clásica por un grupo de leyes estadísticas.

Pero, ¿qué más podemos decir sobre la « cuarta dimensión » ? Es muy difícil siquiera acercase a una comprensión cabal de este factor un poco misterioso. Hay un estudio serio sobre el problema, y muy lúcido, realizado por el profesor de la Universidad de Berna, Jean Gebser. Me refiero a su ensayo titulado *La cuarta dimensión como signo de la nueva visión del mundo.* ¿ Y qué nos dice Gebser ? Pues, por lo pronto, algo contradictorio y extraño, esto es : que considerado estrictamente, el tiempo en sí no es ninguna dimensión. Sólo el tiempo horario, como tiempo que se mide, puede ser caracterizado desde un punto de vista físico y geométrico, como dimensión. Trátase de un fenómeno fundamental que no tiene ningún carácter espacial y ello significa que el tiempo es una cualidad en tanto las dimensiones del espacio, en virtud de su mensurabilidad, se manifiestan como cantidades. Y otra nota : frente a la extensión de lo espacial, es el tiempo una intensidad. Y este ser una cualidad, y este ser una intensidad le da un carácter fundamentalmente no gráfico. Pues, efectivamente, toda representación está ligada al espacio, lo que significa que con nuestra representación sólo podemos aprehender realidades que puedan pensarse y representarse en un mundo tridimensional, y de ahí que si en tal mundo irrumpe un elemento que es de naturaleza distinta, ese nuevo mundo — en este caso el mundo espacio-tiempo — será irrepresentable. Ello explica porque, desde el punto de vista de la ciencia física, el mundo puede ser aprehendido ahora en sistemas de relaciones matemáticas de naturaleza no gráfica. Pero hay más : esta « intensidad », que, por decirlo así, traspasa a toda la realidad, tiene un valor integral, un valor transparente, y nos está imponiendo una visión de sístasis, es decir, nos fuerza a comprender que la mera representación racional no tiene la capacidad de alcanzar a comprender lo cuatridimensional. Lo que tiene carácter mensurable y puede representarse deja de tener aquella validez exclusiva que encuentra su expresión en el sistema — en la estructura —, de manera que adquiere validez *la sístasis* que expresa una integración de las partes en el todo.

Para Gebser, pues, la cuarta dimensión es de naturaleza cualitativa, integral, transparente, nos eleva por encima del mundo representado especialmente, esto es, del mundo tridimensional, y, de un modo arracional, nos abre al todo. Ahora bien, este modo arracional de ser, no debe significar un juzgar a la cuarta dimensión como un valor irracional. No es algo menos, sino algo más que racionalidad. Y sólo podemos percibir lo arracional en el mundo témporoespacial de la aperspectiva, y ello, en última instancia, *como espacio-tiempo libre.*

Mas ¿qué significa en Gebser libertad del tiempo ? Pues precisamente en el nuevo concepto de la causalidad, admitido en la física como consecuencia de la mecánica de los quanta de Plank, hay una consecuencia donde se manifiesta de un modo potencial la libertad del tiempo. Por eso Gebser afirma : « Allí donde la cadena causal racional ya no tiene validez plena y exclusiva, se derrumba nuestro mundo de representaciones y logramos liberarnos de la coacción material del espacio haciéndonos libres el decurso de lo témporoespacial. Y concluye : « El siglo XIX pensaba con un pensamiento aún puramente causal. Su determinismo era al propio tiempo falta de libertad. La nueva física nos obliga ahora a reconocer hechos que tienen lugar de un modo acausal, no determinado, mas esto significa también libertad ». ¿En qué sentido, y con qué proyección a la libertad metafísica, y, desde luego, al mundo histórico-social ? Eso lo veremos en un próximo y último artículo de esta serie.

PEDRO VICENTE AJA

COSAS Y GENTES

POR SALVADOR DE MADARIAGA

DE TODOS LOS ASOMBROS que venimos padeciendo desde octubre, uno de los más asombrosos es quizá el de haber visto al Secretario General de las Naciones Unidas pedir permiso al gobierno espurio de Kadar, impuesto por los Soviets en Budapest, para ir a ver lo que pasaba en Hungría, y aguardar después muy modosito en Nueva York a que se lo concedieran... A no ser que aguardara a que se lo negaran, lo que es más probable, en vista de lo tranquilo que se ha quedado desde entonces.

¿ Se quiere cosa más absurda, ridícula, incongrua, que toda una Organización de Naciones Unidas que, al cabo de los once años que lleva funcionando, todavía no ha conseguido el modestísimo derecho de que sus funcionarios circulen libremente por todo el territorio de las naciones asociadas ? ¿ Puede haber contrasentido mayor que el de imponer a los funcionarios de la Organización de Naciones Unidas el requisito de un pasaporte nacional que, que quieran que no, los somete a la disciplina de su nación impidiendo su libertad de movimientos ? ¿ Qué se puede esperar de un organismo que profesa representar la unión de las naciones y que, ni aun para sus propios funcionarios ha conseguido el sésamo obligado para circular por doquier ?

Estos hechos lamentables demuestran el atraso, peor todavía, el retroceso moral de la sociedad humana de 1914 acá. Cuando se terminó la segunda guerra mundial, había en Inglaterra muchos niños que no habían visto en su vida un plátano. Llegaron los primeros de estos frutos, para Inglaterra ultramarinos, y se mandaron a los hospitales para niños enfermos. Las pobres criaturas no sabían qué hacer con ellos. Ni sabían que se comían. Traigo a cuento este recuerdo por su semejanza con lo que todavía acontece cuando a la gente joven se le cuenta que antes de 1914 se podía viajar desde Lisboa hasta Estocolmo y desde Dublín hasta Atenas sin pasaporte. No digo sin visado. Digo sin pasaporte. A ningún viajero se le preguntaba en ninguna parte de Europa quién era ni de dónde venía. La gente joven que no conoció aquellos tiempos le mira a uno con incredulidad. Y esta incredulidad mide el abismo en que hemos caído en un par de generaciones.

De modo que la impotencia del Secretario General de las Naciones Unidas resalta sobre este fondo histórico con relieve todavía más impresionante. Decía Ernest Bevin que su idea de la paz era irse a la estación y tomarse un tren para el extranjero. Ni pasaporte ni permisos de divisas. Pero en esto no hacía más que definir como un ideal casi inasequible lo que cualquier hijo de vecino hacía si quería hasta 1914 y lo que el Padre Vitoria enunció como un principio de derecho de gentes en 1535.

En aquellas magistrales lecciones que sus discípulos recogieron bajo el título de *De*

indis, el Padre Vitoria comienza por derribar uno tras otro los argumentos de los que ya entonces se llamaban « imperialistas » para justificar la ocupación de las Indias ; y al buscar otros más sólidos, recurre sobre todo a este del derecho que asiste a todo hombre de ir a todas partes, que establece en buena doctrina como uno de los principios básicos del derecho de gentes.

¡ Qué lejos estamos de aquellos tiempos ! Hoy las naciones se han dejado aherrojar por sus respectivos Estados, y no son ya más que inmensas cárceles para sus propios ciudadanos. La mera existencia del pasaporte como documento obligatorio para salir de su propio país entrega al Estado, o sea al gobierno, o sea a la policía, la llave de la libertad de todos los ciudadanos. Aun en los países de abolengo más liberal y de Estado y burocracia mas respetuosos para con sus ciudadanos, esta situación es intolerable. Pero ¿ qué decir de los otros, los francamente totalitarios y los que, sin parecerlo, recurren también con más o menos sesgo, a procedimientos despóticos ?

Pero si la mera existencia del pasaporte es engorrosa y hasta humi lante para los ciudadanos, lo es todavía más para los forasteros. La inmensa mayoría de los Estados considera el visado como un gran favor que hace al presunto visitante. Se eriza el permiso de reglamentos para limitarle el tiempo y de condiciones para autorizar la entrada. Si bastan quince días no se le da un mes. Se le pregunta para qué viene y cuando ha contestado se le concede para tal fin como exclusivo objeto, como si el mero hecho de pisar la tierra y de respirar el aire del país visitado fuera un consumo peligroso de las riquezas del país. De 1914 acá se ha venido creando así todo un estado de ánimo hostil al forastero. Parece como si se le presupusiera portador de revoluciones, de sangre inferior, de pobreza, de microbios, en fin, de todos los males, y así se le exigen fianzas, certificados, vacunas, que bastarían para aburrir y hacer quedarse en casa al viajero más animoso.

Los mismos Estados que erigen en torno a sus fronteras tan casi inexpugnables fortalezas de papel, invirtiendo en ellas sumas ingentes, gastan sumas no menores en propagar los atractivos de sus territorios para atraer a los turistas. Imaginemos a un ingeniero que gastaría enormes capitales para levantar unos diques y otros tantos capitales para elevar el agua forzándola con bombas a pasar al otro lado del dique. Esta es la imbecilidad que cometen a diario los países que se llaman civilizados. La corriente de turismo es natural, la curiosidad humana la impulsa como la gravedad impulsa al agua. Las autoridades de aduanas, de emigración, de sanidad, le ponen un dique ; y las autoridades de turismo no sueñan más que en cómo gastar tanto dinero del Estado en salvar este dique como lo que gastaron las otras en erigirlo. El sistema es a la vez odioso y grotesco.

Justo es reconocer que los dos Estados más responsables en la materia son Inglaterra y los Estados Unidos. En los Estados Unidos, la actitud de las autoridades de inmigración, de sanidad y de aduanas, para con el viajero es lamentable. Hasta al viajero en tránsito se le vigila con aire de temer que se escabulla de la vigilancia y consiga quedarse. Aun así, podría hacerse la operación con gracia y amenidad. Pero no parece que a nadie se le haya ocurrido la necesidad de estas flores humanas en los puertos marinos y aéreos norteamericanos. La actitud deja mucho que desear y no acierta a ocultar una arrogancia o una indiferencia que se compaginan mal con los principios e ideales de la gran república jefersoniana y menos todavía con la afabilidad de la inmensa mayoría de sus habitantes.

Los Estados Unidos e Inglaterra son en materia de pasaportes y visados los dos países más reaccionarios del mundo libre. Y lo peor es que tienen imitadores en todas partes. A veces ocurre que se arrepienten de sus propios errores, y los imitadores se quedan en el aire. Cuando en Inglaterra un Lister o Pasteur de menor cuantía, fumando su pipa desocupado en el Ministerio de Higiene, tuvo la idea genial de exigir de todos los viajeros que llegaban una lista de los lugares donde habían pasado las últimas quince noches, la India y el Pakistán se apresuraron a imitar a la ex-metrópoli. Al poco tiempo, los ingleses lo pensaron mejor y se olvidaron de la tal lista, presumo que regalando los impresos que sobraron al inventor de la idea para encender la pipa. ¿ Qué iban a hacer entonces la India y el

Pakistán ? ¿Imitar por segunda vez ? ¿ Dónde quedaba la independencia ? ¿Sostenerse en el crror ? ¿ Dónde quedaba el sentido común ?

La cantidad de impresos que hay que firmar en viaje y que luego nadie mira es pasmosa. Declaraciones de moneda, por ejemplo en Italia, Alemania, y Holanda, que nadie reclama y luego tiene que tirar el viajero al llegar a casa ; hojas de aduana, que para nada sirven, como en los Estados Unidos, puesto que con hojas o sin ellas, abren el equipaje y registran como si la inmensa república fuera a arruinarse por una botella de whisky o de colonia ; todo ese papeleo inútil no hace más que causar gastos al Estado y molestias al viajero.

Es lamentable que el continente iberoamericano, que pudo haberse evitado todo este cáncer de papel, haya sucumbido, como lo ha hecho, a la enfermedad. Mucho me temo que la causa de tan lamentable caída sea doble : las ventajas que presenta para las dictaduras, y la manía de imitación de los Estados Unidos que sigue al antiyanquismo como la sombra a un perro.

Los Estados Unidos de la América ánglica crecieron en el siglo XIX de trece a cien millones de habitantes abriendo la puerta a la inmigración. Los Estados Desunidos de la América Ibérica se hallan ahora, en cuanto a demografía, en el siglo XIX. Su principal preocupación debiera ser crecer. Las circunstancias europeas les permitirían hacerlo en condiciones ventajosas, aprovechándose de mucha gente hábil y capaz, arrancada de cuajo a sus hogares por las peripecias de Europa. El exceso de natalidad en Italia y en España actuaría también favorablemente. Para el año 2.000 la Argentina, México y Brasil podrían, si no rivalizar con los Estados Unidos, andarle muy cerca.

Pues no; en Washington ponen cortapisas a la emigración, y no van a ser menos en México, en Buenos Aires o en Río. Vengan visados. Vengan cuotas. Vengan certificados. Vengan vacunas. Vengan papeles. Vengan taquillas. Vengan verjas. Y sobre todo, vengan funcionarios, chupatintas y chupasueldos.

Todo porque los Estados iberoamericanos padecen manía de imitación de los Estados Unidos. Y digo Estados y no naciones, porque los pueblos de Iberoamérica son originales y maldito si se les da por imitar a nadie. Pero otra cosa sucede con los que se encaraman en la administración pública, porque a estos tales les conviene proliferar y van adonde se prolifera de lo lindo y lo imitan. Así, sin darnos cuenta, vamos todos cayendo en esclavitud. Sé de un país europeo que no hace tanto tiempo impuso a Haya de la Torre estrechas condiciones que limitaban su libertad de movimiento y de expresión antes de concederle el visado de entrada. Voy a dar otro ejemplo en un ámbito distinto. La situación del tráfico de libros en el mundo hispánico es una de tantas tragedias que los hispanos nos infligimos a nosotros mismos para hacer todavía más precario nuestro rango en la cultura humana. So pretexto de protección, se imponen a los libros tasas, cuotas y toda suerte de vejámenes. Luego viene lo de las divisas, que también se maneja con el mismo fin. Pero cuidado, que por aquí se cuela nuestra antigua conocida la censura. El librero pide tantos libros que van a costar tanto en divisas extranjeras. Si se trata de divisas, bastará con que el Ministerio de Hacienda sepa la cifra. Pues no. El librero tiene que dar además el nombre del libro y el del autor, así como el tema. Y héteme aquí al Estado, so pretexto de divisas, decidiendo qué autor se importará y qué autor no.

Vamos cayendo cada vez más en la categoría de ganado humano. La evolución muy avanzada en los países comunistas, es también manifiesta en los libres. Cuidado. Despertémonos a tiempo. Entre tanto, y para terminar con una nota positiva, plácemes al gobierno de la República Federal Alemana por haber abolido el visado para los desterrados políticos.

SALVADOR DE MADARIAGA

En recuerdo de Rubén Darío

POR LUIS IBARRA

PRINCIPIARÉ por citar párrafos de un escrito de don Miguel de Unamuno sobre Darío, en el cual se revela el sentido humano de ambos poetas : « ¡ Hay que ser justo y bueno, Rubén !... » *Pauvre Lelian*, se dijo de Verlaine, y Rubén lo recordaba. Pobre Rubén, digo yo ahora. Porque éste, otro niño grande era también, como aquél, bueno, entrañablemente bueno, y débil, entrañablemente débil. No podía consigo. Y paseó por ambos mundos en pavor ante el misterio, para ir a morir junto a su cuna, él, el hombre de todos los países, cuya patria no era de este mundo... « Quiero ahora aquí, como ofrenda al hombre, comentar una de sus cartas. Con esta lengua que el demonio ha dado a los hombres de letras, dije una vez... que a Rubén se le veían las plumas — las del indio — debajo del sombrero. Este, poco después, me escribía desde París : "Es con una pluma que me quito debajo del sombrero con la que le escribo. Y lo primero que hago es quejarme de no haber recibido su último libro. Podrá haber diferencias mentales entre usted y yo, pero... " Seguía luego la carta así : " Mas yo quisiera también de su parte alguna palabra de benevolencia para mis esfuerzos de cultura." Tampoco debo copiar lo que sigue, hasta que dice : " Y en cuanto a lo que a mí respecta, una consagración de vida como la mía merece alguna estimación..." ¿ Nada más que alguna estimación ? Noble Rubén. Con qué dignidad se quejaba de una conducta que no debía haber para con él seguido. La carta acababa así : " La independencia y la seriedad de su modo de ser le anuncian para la justicia... Usted es un espíritu director ; sus preocupaciones sobre los asuntos eternos y definitivos le obligan a la justicia y a la bondad. Sea, pues, justo y bueno."

« Han pasado más de ocho años de esto ; muchas veces esas palabras de noble y triste reproche me han sonado dentro del alma... Quería alguna palabra de benevolencia para sus esfuerzos de cultura y yo, arando solo mi campo, seguí callándome ante su obra... El, por su parte, no se calló ante la mía. Cuando publiqué mi primer volumen de poesías, lo mejor, sin duda, que sobre ella se dijo, lo dijo Rubén en un artículo de *La Nación* bonaerense. No lo olvidaré nunca... Le acongojaban las eternas e íntimas inquietudes del espíritu y ellas le inspiraron sus más profundos, sus mejores poemas y no esas guitarradas que se suelen citar cuando de sus poesías se habla... Fortuna grande que le conocí y descubrí al hombre y éste me llevó al poeta. Al indio... — lo digo con pleno acento de reverencia —, al indio que temblada con todo su ser ante el misterio, pues para él era el mundo en que erró, peregrino de una felicidad imposible, un mundo misterioso. "Sea, pues, justo y bueno." Esto me decía Rubén cuando yo me embozaba, arrogante, en la capa de desdén de mi silencioso aislamiento... No, no fuí justo ni bueno con Rubén. Y él, Rubén, era justo y era bueno. Era justo, capaz,

RUBEN DARIO EN 1892

muy capaz de comprender y de gustar las obras que se apartaban del sentido y el tono de las suyas. Tenía una amplia universalidad, una profunda liberalidad de criterio. Era benévolo por grandeza de alma, como lo fué antaño Cervantes... Aquel hombre de cuyos vicios tanto se habló y fantaseó, era bueno, fundamentalmente bueno, entrañablemente bueno. Y era humilde, cordialmente humilde. Se conocía, y ante Dios, y — hay que saber lo que era Dios para aquella suprema flor espiritual de la indianidad — hundía su corazón en el polvo de la tierra, en el polvo pisado por los pecadores. No descansó nunca aquel su pobre corazón sediento de amor. No de amar, sino de que se le amase. "Algunas palabras de benevolencia para mis esfuerzos de cultura." Aún me resuena esta queja y reproche y demanda. Que no era pedirme una limosna, no, no, sino era pedirme una justicia. Nadie como él nos tocó en ciertas fibras. Nadie como él sutilizó nuestra comprensión poética. Su canto fué como el de la alondra ; nos obligó a mirar a un cielo más ancho, por encima de las tapias del jardín patrio... Su canto nos fué un nuevo horizonte, pero no para la vista, sino para el oído. Fué como si oyésemos voces misteriosas que venían de más allá de donde a nuestros ojos se juntan el cielo con la tierra. Y yo, oyendo aquel canto me callé, me soterré donde no oyera a los demás. ¿ Por qué en vida tuya me callé tanto ? Qué sé yo... Pero tú, pobre Rubén, me estás diciendo desde tu reciente tumba : ¡ Sea justo y bueno con los otros, con todos ! Sí, buen Rubén, óptimo poeta y mejor hombre, este tu huraño y hermético amigo te debía palabras no de benevolencia, de admiración y de fervorosa alabanza por tus esfuerzos de cultura. »

Hasta aquí el homenaje póstumo de don Miguel de Unamuno para este niño grande de Nicaragua, « entrañablemente bueno y entrañablemente débil ».

***

Ningún hispanoamericano y quizás ningún español cantó a España con mayor altura, devoción y sinceridad. Citaré, principalmente, algunos versos y estrofas en que hay profecía, veracidad y estímulos superiores para las nuevas generaciones hispánicas : en su poema al « Rey Oscar », dice:

Por el león simbólico y la cruz, gracias
[Sire ;
Mientras la Esfera gire,
mientras haya un buscado imposible, una
[imposible hazaña,
una América oculta que hallar. vivirá
[España.

Y en su « Letanía de Nuestro Señor Don Quijote », ruega con dolor para hoy y para mañana, por todos nosotros españoles e hispanoamericanos :

Rey de los hidalgos, señor de los tristes
que nadie ha podido vencer todavía...
¡ Salud ! porque juzgo que hoy muy poca
tienes...
.. ..

Ruega por nosotros hambrientos de vida,
con el alma a tientas, con la fe perdida
por advenedizas almas de manga ancha
que ridiculizan el ser de la Mancha,
el ser generoso y el ser español...
.. ..

Por nos intercede...
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

Nadie como Darío exaltó en lengua castellana con tanta fuerza espiritual el vigor de nuestra raza, en su « Salutación del optimista » :

Inclitas razas subérrimas, sangre de His-
[pania fecunda...
¿Quién será el pusilánime que al vigor
[español niegue músculos
y que el alma española juzgase áptera y
[ciega y tullida ?
. . . . . .

La inminencia de algo fatal hoy conmueve
[la tierra ;
fuertes colosos caen...
y algo se inicia como vasto social cata-
[clismo...
Unanse, brillen, secúndense tantos vigores
dispersos.
Y así sea esperanza la visión permanente en
[nosotros.

Estando Rubén en Nicaragua, en 1907, hizo la siguiente profesión de fe : « Creo en nuestros santos que llenaron una misión, San Alfonso X, los dos Luises, San Lope de Vega, San Calderón de la Barca, San Cervantes, San Ruiz de Alarcón, San Luis de Góngora y Argote, todos en sus altares gloriosos. »

*
**

Este poeta cosmopolita fué una especie de español de América y americano de España. Y por la universalidad y carácter de su obra podría llamársele, como lo dijo Gómez Carrillo, galo-hispánico o más atinadamente, latinoamericano, pues vibró, interiormente. con Italia y con Francia, siendo esta última tierra de su predilección literaria, pues fué en ella en donde encontró ambiente propicio para la evolución de su genio poético, que más tarde, madurado en obra, tuvo repercusión en toda América. Darío, sin embargo, en 1899, se quejó en el diario *La Nación* de Buenos Aires, de la indiferencia de los escritores franceses para con sus colegas americanos. Besamos — dice hablando de París — la orla de su manto, el borde de su falda y no se nos recompensa ni se nos mira. « Esta indiferencia sigue siendo verdad para los nuevos y auténticos valores de nuestra América, pues ni la prensa, en general, ni las revistas, ni los editores se ocupan, como lo merecemos, de nuestra literatura ; hay que hacer, sin embargo, algunas excepciones en lo que respecta a las esferas oficiales y a determinados escritores, como André Maurois, por ejemplo, quien considera a Hispanoamérica, en la hora actual, como el centro de la cultura universal en donde convergen las civilizaciones latina y sajona. Pero habría que añadir que estas civilizaciones, por imperativos de orden telúrico, tienen forzosamente que fundirse con lo aborigen de nuestra primitiva civilización.

*
**

La patria política de nuestro poeta fué la tierra encontrada por casualidad, por las tres carabelas de Cristóbal Colón, patria, henchida de riqueza, de bellas formas, y todavía virgen, actualmente, oliendo a oro, a petróleo y a plantas exóticas. Los hijos de esta patria que dió España al europeo, necesitan y necesitarán, para realizarse plenamente, del « cruce que vigoriza y enseña, del hermano europeo de nuestra época, pero de un europeo renovado, limpio de la codicia tradicional que ha provocado las guerras más sangrientas del mundo. Darío, como otros grandes hombres de nuestro Continente, soñó que éste fuera una patria mejor, más humana para la humanidad. Vidente, como todo gran poeta, Rubén dijo en uno de sus primeros versos que « América era el porvenir del mundo ». Quería, como Bolívar, una patria grande, y la tuvo en Centro y Sudamérica, en Guatemala, Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Colombia, Chile y Argentina, siendo esta última la más generosa.

*
**

En 1907, cuando llegó a la tierra natal, cargado de gloria, se le hicieron homenajes de príncipe o de rey. En uno de los discursos que pronunció para corresponder al homenaje, dijo cosas sabias y útiles para la tierruca : « Tengo el placer de decir que no me quieren mal los estudiantes de

Nicaragua, de Buenos Aires, de La Habana o de Madrid. Andaluces, vascos o gallegos, fundadores de nuestra familia, nos trajeron una esencia de arte y un amor de idealismo. Dios eterno y único haga que lo que es un hecho en literatura lo sea para Centroamérica en política. Alejado y como extraño a vuestras disensiones políticas, he luchado y vivido, no por los gobiernos sino por la patria, y si algún ejemplo quiero dar a la juventud de esta tierra ardiente y fecunda, es el del hombre que desinteresadamente se consagró a un ideal de arte en países prácticos. »

***

En enero de 1916, ya postrado en cama, recibía, de cuando en cuando, a sus predilectos amigos. Uno de estos le interrogó sobre hombres y cosas de la patria : « Hay aquí madera para algo bueno, hay base. Lo que falta es mejor orientación artística, estudio psicológico, medio propulsor y más faena. » Otro amigo le pide su parecer sobre los más grandes poetas actuales y Darío le contesta : « En el mundo, sólo tres : D'Annunzio, uno que anda por ahí, y yo. »

Antes de morir, también se quejó a uno de sus amigos de no recibir suficientes fondos del gobierno : « Dicen que mañana mandarán más. Mañana, mañana es plazo de la raza. »

***

Voy a terminar estas notas haciendo alusión a las últimas obras que han salido a luz y están por salir sobre nuestro Rubén Darío.

A partir de 1945 se han publicado en España y América más de nueve libros sobre Rubén. Mencionaré únicamente tres, cuyos autores son dos nicaragüenses y el otro uruguayo.

El primero, *Rubén Darío criollo*, publicado en 1945, en edición de lujo, por la Editorial Kraff de Buenos Aires y comentado por Raúl Silva Castro, quien ha dedicado muchos años de su vida al estudio e investigación de la obra de Darío. Este dilecto y devoto investigador hace el elogio del autor, Diego Manuel Sequeira, con las siguientes palabras : « Este libro es una monografía de amplia información sobre Rubén, antes de su viaje a Chile. Merced a su colosal empresa, 25 años de búsqueda, he podido poner de relieve aspectos totalmente desconocidos y sobre los cuales rodaban leyendas prejuiciosas y generalizaciones inconducentes. »

El segundo, *La dramática vida de Rubén Darío*, por Edelberto Torres, publicado en febrero de 1952 por la Editorial del Ministerio de Educación Pública de Guatemala, representa para todos los hispanoamericanos un documento casi completo de la vida y obra del poeta. Es digno, por consiguiente, de señalarlo para ulteriores investigaciones. Y el tercero, inédito aún, con el título de *En París con Rubén Darío* y que ha de publicarse a mediados del año en curso, contribuirá sin duda a enriquecer la bibliografía del poeta. Su autor, diplomático en París y uruguayo de nacimiento, es el señor Franco Rossi, que ha pasado los mejores años de su juventud en esta tierra de grandes poetas y artistas.

LUIS IBARRA

Carta a Rubén Darío

Salamanca, 26, IX, 07

Sr. D. Rubén Darío.

Lo de siempre, *mi querido amigo ; ya le han ido á usted con el cuento de lo que yo haya podido decir de desagradable para usted y en cambio no le habrán contado lo demás. Si yo fuese otro me pondría á explicar eso de las plumas y á justificarlo como relativo elogio recordando algo muy exacto que de usted escribió el amigo Rodó. Sí le diré que en usted prefiero lo nativo, lo de abolengo, lo que de un modo ó de otro puede ahijarse con viejos orígenes indígenas ó lo que haya podido tomar de esa Francia que me es tan poco simpática y aun de esta mi querida España. Pero basta de esto.*

Su carta la tomo como una lección y la acepto. Y le añado que tiene usted razón. Ahora que empiezo á ver que seré viejo — y una larga vejez pido á Dios — doy en zahondar de vez en cuando en los frutos espirituales que me ha dado mi natural no ya severo, sino duro y desdeñoso. Con lo años se va encorvando dentro de mí el inquisidor calvinista, descontentadizo y áspero, que siempre he llevado en lo íntimo.

De usted — como de mí — se habla mucho y casi siempre, creo, al buen tuntún y dentro del terrible dilema de : ó bombo ó palo. O se le exalta ó se le deprime sin medida ni juicio. Pero esto no es malo. En la dedicatoria de un libro me puso usted : « con admiración sincera pero restringida » y yo comenté : toda admiración si es sincera es restringida, y si no es restringida ó es insincera ó es ininteligente.

Yo quisiera escribir con sosiego sobre usted y su obra y muy en especial sobre su influencia, que es indudable ha sido enorme, en las letras hispano-americanas y españolas. Me armaría para ello de toda mi serenidad procurando hacer algo doctrinal y á la vez poético. Con el triunfo — pues me considero ya triunfador — se me van apagando los instintos de lucha.

Otra cosa. Si no le he enviado mis Poesías *antes ha sido pura y sencillamente por ignorar su paradero. Yo soy un hombre estadizo y con residencia fija y usted anda errante. Pero ahora que sé donde para, salen a buscarle. Y nada le digo de ellas.*

Acabo de leer en « La Nación » lo que escribe usted sobre la leyenda de Verlaine. Apenas conozco nada de su vida fuera de las poesías. Me parece usted justo, y las leyendas de artistas pura fantasía en su mayor parte.

Tengo de usted sus últimas cosas y sus libros en prosa ; no tengo ni Prosas profanas *ni* Azul.

Basta por hoy. El saber de usted más amenudo me vendrá bien. Yo estimo en más que usted puede creer su genio poético — aun siendo él tan contrario a muchas de mis aficiones — pero acaso estimo más aun su carácter, aunque bien mirado de éste fluye aquel. En fin que no sé bien lo que me digo.

Le tiende leal y francamente la mano de amigo cordial

MIGUEL DE UNAMUNO

MAURICE EDGAR COINDREAU

La joven literatura española

LOS PAJAROS DE MAL AGUERO, al afirmar que en España la literatura había desaparecido con la República, han dado pruebas de un apresuramiento excesivo o han tomado sus deseos por realidades. Algunos quisieran que fuese así, pues por ser ideológicamente hostiles al nuevo régimen, les repugna en cierto modo reconocer que, en el peor de los mundos, no todo es de la peor calidad. Tal es la actitud de la mayor parte de los emigrados, actitud que sería fácil de defender si el ritmo de las generaciones se hubiera detenido el día mismo en que aquellos partieron para el exilio. Era natural que nada muy nuevo ni alentador se esperase de los novelistas españoles que al iniciarse el conflicto frisaban con los cuarenta años. Su personalidad ya estaba formada. La guerra civil los acorralaba en un callejón sin salida. Acostumbrados hasta entonces a expresarse con toda libertad, les fué preciso plegarse en lo sucesivo a las exigencias del nuevo orden y a los caprichos de la censura. El resultado había de ser forzosamente incómodo para ellos, pues a pesar de su relativa juventud tenían ya demasiada edad para renovarse con alguna probabilidad de buen éxito.

El pasado fué una carga menos penosa para aquellos que en 1936 tenían entre quince y veinte años. Es indudable que todos ellos se sentían más o menos « comprometidos » ; pero como eran principiantes en la profesión de las letras, tenían más libertad de movimientos, y su edad les permitía audacias que hubiesen asustado a sus mayores. Si la censura les prohibía ciertos temas o ciertos modos de expresión, no llegaba al extremo de imponerles una línea de partido cada vez que tomasen la pluma. En todo caso, no hubiesen dudado en enviar sus manuscritos a América del Sur, como lo hizo Camilo José Cela en 1951 cuando publicó en Buenos Aires *La Colmena*, cuadro de la vida de Madrid en el año 1942, en el que no todo son rayos de sol.

Y sin embargo, no es menester examinar con excesivo detenimiento esta generación de novelistas (1) — iniciadores de lo que la posteridad denominará sin duda « la nueva novela española » — para augurarle un porvenir que, a mi entender, parece ser extraordinariamente prometedor. Hay que considerar con atención y simpatía a los jóvenes escritores que todavía eran niños cuando estalló la guerra civil, es decir, a los novelistas nacidos entre 1925 y 1935. En sus *Notas sobre la literatura española contemporánea*, José María Castellet coloca en la primera fila de esta generación a seis autores que ya han dado bastante más que promesas : Ana María Matute, Juan Goytisolo, Ignacio Aldecoa, Rafael Sánchez Ferlosio, Jesús Fernández Santos y Mario Lacruz. Por muy distintos que sean unos de otros, tienen sin embargo ciertas características comunes que interesa destacar.

En una carta dirigida el 2 de julio de 1954 a mi colega John B. Rust, hispanista norteamericano, profesor de español en Sweet Briar College y autor del primer estudio de conjunto sobre la novela española de estos veinte últimos años, Juan Goytisolo escribía : « Muchos de los jóvenes novelistas de hoy eran unos niños du-

1) Entre los cuales figuran, además de Camilo José Cela (nacido en 1916) ; José María Gironella (1917), laureado con el Premio Nadal, en 1946, por su novela *Un hombre* ; Susana March (1918) ; Miguel Delibes (1920, Premio Nadal, 1947, por su novela *La sombra del ciprés es alargada* ; Carmen Laforet (1921) cuya novela *Nada* obtuvo tanta más resonancia, cuanto que inauguraba, en 1944, la serie de los Premios Nadal, y Elena Quiroga, Premio Nadal, 1950, con *Viento del Norte*.

rante la guerra civil. Con sus ojo infantiles vieron impasibles cosas atroces. Las olvidaron. Pero a medida que se hacían hombres llegaba un momento en que las recordaban. Y el recuerdo de ellas se iba precisando a la vez que sus huesos se endurecían y su sangre se hacía más rica. Entonces se pusieron a escribir novelas, no para olvidar esas cosas — que hubiera sido imposible —, sino para liberarse de ellas. Después de la primera oleada de estas obras, oleada de corta duración y en estilo de reportaje, que describía crímenes, formaba estadísticas de casas derruídas y de hombres fusilados, llegó la segunda oleada, más lenta, más poderosa : la que narra lo que ha sido destruído y lo que se ha despertado en las conciencias... « Así pues, estos jóvenes autores se entregan a una especie de investigación del tiempo perdido, el tiempo todavía muy inmediato en que, a favor de las luchas fratricidas, los niños, libres de las trabas de tiempos de paz, se encontraban invitados a fiestas sangrientas, que no podían sino agradar a su naturaleza ávida de crueles aventuras. Por lo tanto, no es de extrañar que en la mayor parte de las novelas de los autores antes citados, el niño sea el personaje principal o, por lo menos, desempeñe en ellas un papel importante. (Esto se observa también en *La sombra del ciprés es alargada* y en *El camino*, obras de Miguel Delibes, otro escritor que cuenta algunos años más). En este mundo de los niños es donde Ana María Matute encuentra su inspiración más nueva y más feliz. Un niño es también el héroe de esa orgía de colores, de olores y de sonidos que constituye *Industrias y andanzas de Alfanhuí*, novela picaresca trasladada al plano poético, de Rafael Sánchez Ferlosio. A semejanza de Baudelaire, todos parecen echar de menos el « paraíso de los amores infantiles » que, desgraciadamente para ellos, fué más rojo que verde, paraíso que el mundo de los adultos, con sus órdenes y prohibiciones, vino a reemplazar demasiado pronto, sin duda, para su gusto. Mundo hostil, del que tendrán que liberarse. Y esto nos lleva a un segundo tema mayor que estos escritores de menos de treinta años han desarrollado : el de la evasión. Algunos traducen este amor del terruño en el estilo de un realismo sin concesiones, pero también sin exageraciones ; Fernández Santos, por ejemplo, en *Los bravos*, o Sánchez Ferlosio en *El Jarama*. Otros, para paliar lo que este realismo pudiera tener de seco, lo mezclan con visiones, con un universo de ensueño, que hace pensar en la morada mágica del *Grand Meaulnes* o en el mundo extático (en el sentido místico de la palabra) de Henri Bosco. Por este lado poético, estos jóvenes muestran ciertas concomitancias con sus contemporáneos del Nuevo Mundo, o para ser más rigurosamente exactos, con esa generación de novelistas americanos que, después de apartar con cortesía a los maestros de la « generación perdida », los han instalado confortablemente en la historia. Aquí también el testimonio de Juan Goytisolo será indispensable para evitar que se me acuse de lanzar afirmaciones gratuitas. En esta misma carta a John B. Rust que he citado antes, Goytisolo, al hablar de William Goyen, cuya obra *The House of Breath* acababa de leer, y en general de los jóvenes novelistas americanos, dice : « Este lirismo, a la vez infantil y refinado, esta fuerza salvaje que respiran sus obras me han hecho sentir el estrecho parentesco que existe entre estos escritores y yo, y me animan a luchar por esta nueva concepción de la literatura, por desgracia tan olvidada en España. Hace algunos años, vino a mis manos la novela de Carson McCullers *The Heart is a lonely hunter* y su lectura fué para mí una revelación asombrosa... Las otras dos novelas que conozco de este autor *Reflections in a Golden Eye* y *The Member of the Wedding* no hicieron sino aumentar mis delicias y mi sorpresa. Lo mismo me ha sucedido con Truman Capote. *Other Voices other Rooms* : es una obra prodigiosa, escrita por un muchacho de veintidós años, y sus cuentos, así como *The Grass Harp*, me han dado la medida de las posibilidades de la generación americana actual (sin olvidar, naturalmente, a William Styron, cuya novela *Lie down in Darkness* hubiera hecho palidecer de envidia a Flaubert). En todos estos autores descubría yo la síntesis de la tradición europea y de la revolución norteamericana, esa síntesis a que aspiro yo mismo y de la que puede esperarse que nazca una verdadera edad de oro de la novela. » Y un poco más adelante, después de haber comparado *The House of Breath*

con *Nourritures terrestres*, Goytisolo, volviendo a las letras españolas, añade : « Esta nueva literatura que yo entreveía entonces y de la que empiezo a revelar los primeros síntomas hoy, presenta un íntimo parentesco con la de vuestro país. Tomemos como ejemplo los relatos y los cuentos de Ana María Matute que, por su sensibilidad y su fuerza lírica, se parece a Carson McCullers. (¿ Conocéis *Fiesta en el Noroeste?*). Y es lo que yo mismo he tratado modestamente de hacer, al pintar, en *Juegos de manos*, la adolescencia inquieta de nuestro tiempo .» A la luz de estas declaraciones, nos está permitido pensar que, si la literatura española de hoy es una literatura « en un recipiente herméticamente cerrado », si se mira con atención este recipiente, se ve que está roto, como el de Sully Prudhomme, si bien con una diferencia, y es que en vez de no tocarlo, lo que conviene, por el contrario, es aplicarse a hacerlo caer en pedazos.

—o—

El « Familias, os odio », de Gide, podría servir de epígrafe a *Juegos de manos*, libro que la banda que lo envuelve, en la edición española, define diciendo : « La apasionante historia de la juventud de nuestro tiempo ». Los personajes son adolescentes de uno y otro sexo, que incapaces de doblegarse a las disciplinas y a las tradiciones familiares, se encenagan poco a poco en la ociosidad y en el vicio, mientras ellos se figuran ser la fuerza del porvenir y que la futura sociedad no podría nacer sin las violencias que ellos preconizan. La razón de este odio familiar parece ser la misma para todos. Un exceso de cuidados, de atenciones, de unas madres demasiado tiernas y de unos padres demasiado burgueses, en su deseo de asegurar a sus hijos el bienestar y la tranquilidad que han convertido en su ideal. Lo que se conoce de la infancia de esos rebeldes hace pensar en lo que fué la de nuestros muchachos, o la de esos animales feroces que, en las grandes ciudades de los Estados Unidos, transforman las aulas de los establecimientos de segunda enseñanza en lo que una reciente película llama « una selva virgen del encerado » (*Blackboard jungle*). Los héroes de *Juegos de manos*, que son de más edad, han franqueado la fase preparatoria de las diversiones pueriles ; sus crímenes y sus culpas ya no son de la competencia de los tribunales para la infancia delincuente. La anarquía y la revolución constituyen su clima, o mejor dicho, sirven de tema a sus conversaciones en los cafés donde pasan los días y las noches bebiendo. Será preciso que uno de ellos retroceda ante el asesinato que se había comprometido a cometer, para que la mayoría advierta que, hasta cuando se tomaban más en serio, no cesaban nunca de entretenerse con juegos de villanos.

Hay razones sobradas para asombrarse de que la censura haya dejado imprimir un libro que describe con colores tan sombríos un grupo de estudiantes españoles. Pero uno de los aspectos más curiosos de esta novela sin ilusiones es que se halla situada fuera de tiempo. Como hizo observar José Luis Cano en un breve, pero acertado juicio sobre *Juegos de manos*, (*Insula*, 15 de marzo de 1955), solamente el hecho de que David se presente en casa de su futura víctima como redactor de *El Alcázar*, indica que se trata en efecto de un cuadro de costumbres de la España franquista. Por lo demás, la novela no tiene nada que sea típicamente español. Los aficionados al color local se sentirán defraudados. El drama sucede en Madrid, pero lo mismo podría suceder en París, en Berlín o en la pequeña ciudad italiana donde viven los Vitelloni. Es un documento de una época, pero su valor no estriba en esto. Reside totalmente en esta fusión, cuya naturaleza precisaba Goytisolo en la carta citada anteriormente. En efecto, bajo la dureza de la narración, al través del desarrollo de una trama novelesca que sube en un « crescendo » inexorable hasta el asesinato de David, pasan ondas, se esbozan sugestiones que prueban que Goytisolo no sólo es un narrador experimentado, sino también un psicólogo perspicaz. Varios críticos españoles han equiparado *Juegos de manos* a *Faux-monnayeurs*. Si existe un vínculo entre las dos obras, es el diablo quien lo ha establecido, ese diablo cuya presencia hubiera querido Gide que se sintiera en todas las páginas de su libro, y que yo vería de buena gana encarnado en el repugnante Páez y en el patético Uribe, tan verlainiano en el fondo, hermano trágico

de esos disfraces que « no parecen creer en su felicidad » y que, hasta cuando bailan, permanecen « casi tristes bajo sus ropajes fantásticos ». Aquí tocamos el aspecto poético de la obra que hace de *Juegos de manos* algo muy distinto de un suceso entre tantos otros. Los personajes viven más que en el Madrid de nuestros días, en los mundos que ellos imaginan. Su inquietud es la de los seres que aún son demasiado jóvenes para conocerse, y la autenticidad de su naturaleza tanto menos perceptible, cuanto que las bombas y las ametralladoras fueron las muñecas y los aros de su infancia aterrorizada. El « complot » urdido contra Guarner no es tanto consecuencia de convicciones fuertemente ancladas (salvo, quizá, en el caso de Ana), como un deseo subconsciente de llegar, por medio de este asesinato, al conocimiento de sí mismos. David traiciona, pues, doblemente a sus amigos, al reducir su crimen, lastimosamente abortado, a las ridículas proporciones de las mixturas y de los disfraces de « Tánger ».

¿Hasta qué punto corresponden a la realidad los personajes de *Juegos de manos* ? Ha conocido el autor a un Agustín, a un Páez, a un David o a una Gloria ? Eso tiene poca importancia. Basta que se nos impongan como seres de carne y hueso. Sobre este punto estoy enteramente de acuerdo con José Luis Cano, quien a la pregunta : « ¿ Acaso ha existido jamás una juventudasí ? » responde : « Si no ha existido, ha podido existir. Las guerras no suelen precisamente hacer desaparecer en absoluto a la juventud rebelde, sino que, por el contrario, la estimulan. Pero, ¿qué objeto tiene hacerse preguntas tan complejas, al margen de lo que es verdaderamente importante, a saber : el buen éxito artístico del libro ? » Ahora bien, en mi opinión este éxito es indudable. Aparece con la solidez de una intriga bien tramada, con la ayuda de personajes claramente dibujados ; se percibe en todo lo que debe leerse entre líneas y que da a los individuos una tercera dimensión, que una lectura superficial pudiera dejar pasar inadvertida ; se observa en ciertas complejidades de técnica naturales en un escritor que me confiaba, en una carta del 29 de junio de 1955 : « ...la novela de Faulkner *El ruido y el furor* fué para mí el hallazgo más interesante de la literatura americana ».

—o—

Tales habilidades de escritor no asombrarían en absoluto si surgieran de la pluma de un novelista encanecido en la profesión. Pero no debe olvidarse nunca, al leer *Juegos de manos*, que esta novela es la primera de un joven que la escribió a los veintiún años.

En efecto, *Juegos de manos*, si bien se publica en 1954, había sido escrita en 1952, y Goytisolo nació en Barcelona el 5 de enero de 1931. En esta ciudad nacieron también su padre y su madre. El es vasco por sus antepasados paternos, y por sus venas corre sangre catalana y andaluza, así como sangre francesa, que debe a una bisabuela oriunda de Bayona. Durante la guerra civil vivió refugiado en una pequeña aldea de Cataluña, de la que se acordará para escribir su segunda novela, *Duelo en el Paraíso*. Educado en un colegio de religiosos, hizo luego estudios de derecho en Barcelona y en Madrid. Pero la literatura tenía para él atractivos más poderosos que las Pandectas y el Código Civil. A los siete años ya escribía, y a los quince había adquirido la suficiente habilidad para componer una novela de aventuras del estilo « Far-West ». La sombra de su tío abuelo materno, el poeta catalán Ramón Vives, traductor de Omar Kheyyám, debió regocijarse de esta precocidad que, además, Goytisolo comparte con sus hermanos. Uno, mayor que él, es poeta, y otro, más joven, hace sus primeras armas escribiendo cuentos.

La primera novela de Goytisolo data de 1949. Dos años después obtuvo el premio « Joven literatura » por un relato cuya publicación fué prohibida por la censura. A esta época pertenece una larga narración publicada bajo el título de *El soldadito*.

En 1954, *Juegos de manos* alcanzó el tercer lugar en el concurso para el Premio Nadal. En dicho año, este premio fué ganado por Luisa Forellad con su novela *Siempre en capilla*, en competencia con *La gota de mercurio*, de Alejandro Núñez Alonso, dos obras mediocres, pero cuyos asuntos eran para el jurado mucho menos inquietantes que el de *Juegos de manos*.

En mayo de 1955 aparece *Duelo en el*

Paraíso, que obtiene el Premio Nadal. Es la historia de un grupo de niños que después de la retirada de las tropas republicanas quedan dueños de una aldea de Cataluña, en la que vivían en calidad de refugiados. Imitando a los adultos, a los que habían tenido tiempo de observar a sus anchas, asesinan a uno de sus camaradas, cuya lealtad les parecía sospechosa. Esta novela dolorosa marca un progreso sensible en relación con *Juego de manos* : composición más firme, poesía más profunda y más constantemente sostenida, sin que jamás se resienta de ello la intensidad trágica del realismo brutal que conviene al asunto.

El año 1956 nos trae *Fiestas*, novela construída enteramente sobre una vasta antítesis : por una parte, el barrio pobre de Barcelona, donde viven, en miserables rebaños, los « murcianos » ; por otra parte, la ciudad en alegre efervescencia con ocasión de un Congreso religioso. Mientras entre los ricos se suceden las diversiones, bendecidas por centenares de prelados y con el beneplácito de dignatarios cubiertos de entorchados, entre los pobres se traman los crímenes que estallan en el momento en que, para celebrar la visita del Nuncio, un castillo de fuegos artificiales hace llover sobre la ciudad en fiesta las mil luces de su ramillete. Al enviarme el manuscrito de esta novela, llena de color y de fuerza, Juan Goytisolo me explica sus intenciones en una carta fechada el 13 de abril de 1956 : « He tratado de combinar el realismo de la acción con una poesía que tiene sus raíces en la acción misma. El asunto de la novela debe ser el aislamiento de los personajes perdidos en el ambiente delirante del Congreso. He buscado una técnica que expresara mi idea : todo debía acabar en el fracaso, en la soledad, en la imposibilidad de romper los límites..., y el miedo debía ser el denominador común de todas estas vidas solitarias, zarandeadas, anegadas en los fuegos artificiales de una fiesta que no es la suya. » La publicación de *Fiestas* en España parece extremadamente problemática, porque el hisopo, más aún que el sable, es allí un motivo tabú. Sólo se publicó en junio último un fragmento del primer capítulo, en una revista de tirada reducida (*Papeles de Son Armadans*, junio de 1956).

Apenas había terminado *Fiestas*, y ya Goytisolo se entregaba de nuevo al trabajo. Dentro de algunos meses podremos leer *El circo*, cuya primera versión quedó terminada en octubre. También en esta novela se trata de una fiesta, pero celebrada en una aldea de la costa catalana. Otro volumen terminará después lo que, en el ánimo del autor, debe formar una especie de trilogía de la vida española contemporánea, trilogía que no estará unida por ningún otro lazo que el del amor a la tierra de España, pues aunque Goytisolo haga frecuentes estancias en París, aunque se le vea a veces en diferentes países de Europa, España es su verdadero clima. Vive en Barcelona y, de vez en cuando, a algunos kilómetros de la ciudad, en el Mas Golba, la casa de campo que se convierte en « El Paraíso » en su segunda novela. Si abandona Cataluña es para trasladarse a las provincias del Sur, a Murcia especialmente, donde busca los lugares más recónditos. Este escritor ha sabido realizar la unión, que a primera vista pudiera parecer paradójica, del arraigo tan estimado por Mauricio Barrés y del desarraigo predicado por André Gide. Su vida intelectual presenta la misma dualidad. Al que le pide que cite a los autores que le han ayudado en su formación de escritor, contesta : en España, los novelistas picarescos y, entre los modernos, Baroja y Valle Inclán ; en Francia, Laclos, Stendhal, Flaubert, Gide, Proust (que ha leído tres veces), Malraux... ; en Italia, Pavese y Vittorini. Ya sabemos la cosecha que ha sabido recoger en América.

El cosmopolitismo no tiene más virtud que la de ayudar a formar conciencia de la tradición nacional y a establecer una escala de valores. Tal es el caso de Juan Goytisolo.

MAURICE-EDGAR COINDREAU

Del prefacio de la edición francesa de Juegos de manos, *de Juan Goytisolo.*

MAJADA

POR JUAN GARCIA RIGAL

HAY en España muchos pueblos iguales a Majada.

Majada estaba situada en la ladera de un monte cubierto de tomillo. Desde cualquiera de sus callejuelas, viejas y retorcidas, podía contemplarse la inmensidad sitiadora del valle, cerrado como un cráter. Muy lejos, en los días claros (el valle estaba casi siempre cubierto por una niebla espesa, que se enredaba entre los tomillos y sólo terminaba de levantar en verano), alguien dotado de vista de lince habría podido entrever las tres o cuatro aldehuelas grises que había al otro lado. Pero los habitantes de Majada no las miraban : su vista estaba clavada en la tierra bronca, inmediata ; esa tierra a la que tenían que arrancar una a una las piedras, para que el trigo siguiese creciendo delgado, raquítico, como los mismos niños de Majada. La mirada de los hombres estaba ennegrecida por la tierra ; la de las mujeres, por el humo incesante del fogón, alimentado por hierbas secas del monte.

Majada era una aldea gris, confundidos en un montón los establos, y las casas, y la iglesia y el cementerio de tapias medio caídas. No tenía maestro : una vez vino uno, pero marchó a los pocos meses. Ni médico: el más próximo vivía en un pueblo mayor, fuera del valle, a muchas leguas de allí y ya había dejado de hacer su visita mensual a Majada. Porque en Majada los niños nacían solos y los viejos morían en silencio. Porque en Majada todo era silencio y sólo las campanas de la iglesia osaban, los domingos, atravesar la niebla del valle y repetirse, en un eco dominante, avasallador, desde el río que manaba en lo más hondo de los barrancos, hasta las crestas hirsutas de los montes solitarios.

Sí, el resto era silencio. Silencio de hombres descalzos que subían despacio las callejas empinadas, llenas de lodo. Silencio de niños astrosos reclinados contra las puertas sin goznes. Silencio de vacas estériles que pacían hierbajos en los muros de barro gris. Silencio de mujeres de ojos hundidos y vejez prematura.

Estrechas veredas partían desde Majada hacia los minúsculos campos de trigo. Otras atravesaban el valle, hasta el pueblo grande del otro lado. Por ella se iban los mozos al servicio militar y por ella volvían, después de haber visto, quizás por única vez en su vida, que había un mundo más allá de Majada, un mundo distinto y extraño, prohibido a su mentalidad; porque sabían que allí había cosas que ellos jamás podrían tener, cosas que les harían desear más y más lo prohibido, lo que sólo a aquel extraño mundo del exterior correspondía.

En Majada, estaba su vida, su vegetar incesante hacia la supervivencia. Allí vivían y allí habrían de morir, porque sus padres y sus abuelos y los abuelos de sus abuelos vivieron y se casaron y murieron en la aldea. Aquel era su mundo, su estanque seco de silencio, la perspectiva más remota de su mirada. Allí estaba represen-

tado, para todos ellos, el principio confuso de su existencia — su tierra — y el fin desconocido de su trabajo — su cementerio —. En aquellas piedras que hollaban cada mañana, estaba la razón potente de su vivir. Y en aquellas casas, pequeñas, sucias y malolientes, el sentido immediato de su trabajo. Y en el cementerio, de tumbas cubiertas por liquen y juncos montaraces, de cruces caídas, estaba la vivencia remota de sus recuerdos. Así, de la tierra a la casa y de la casa al cementerio, transcurrían los años, con la misma monotonía, con la misma potencia avasalladora y quieta de las campanas roncas de la iglesia, extendiéndose por el valle cada domingo.

(Y en invierno, cuando la nieve cubría los montes, el hosco morar de las gentes se detenía y el silencio era aún más intenso. Incluso el rumor débil del río que manaba en lo hondo del barranco quedaba acolchado por una capa de silencio blanco.)

Una vez, varios años antes, llegaron al pueblo unos hombres de la ciudad. Habían tomado medidas, contemplado el valle con grandes prismáticos y señalado con cal una enorme roca que se erguía mucho más arriba de la aldea. Luego, día tras día, los hombres de Majada escucharon un incesante retumbar de barrenos, detrás de los montes, turbando por instantes el silencio del valle. Los estampidos llegaron a ser un presagio ignorado y constante, una llamada tan intensa, tan dominante, tan remotamente desconocida como las mismas campanas de la iglesia.

Pronto fué como si, después de cada tronar repetido en cien ecos, el riachuelo se secase un poco. Y los campos exiguos de Majada comenzaron a sentir sed, y los matojos de trigo, siempre pequeños y raquíticos, dieron en crecer aquel año más diminutos, más encanijados que nunca; la cosecha sería apenas suficiente para calmar el hambre eterna de los pobladores de Majada. Fueron inútiles sus esfuerzos, los cubos de agua subidos a brazo desde el fondo del valle: las espigas granaron plomizas y el hambre, más fuerte que nunca, se enseñoreó de Majada, vaciando los graneros y llamando sin compasión en los estómagos hinchados de los niños. Poco a poco desaparecieron de las calles las esqueléticas vacas y se envolvió en un creciente silencio la ausencia de su rumiar triste, la ausencia hambrienta de voces cansadas, la ausencia de risas. Los hombres se enterraron en sus casas y ya no salían a trabajar los campos.

Luego, los truenos cesaron. Los hombres de Majada supieron que en el fondo del valle, más allá de los montes, había trabajo. Muchos fueron a trabajar a la presa, a la inmensa presa que cerraba el paso del río. Vieron como, hora tras hora, la presa subió más y más, deteniendo la débil corriente del barranco y haciendo ascender sus aguas hasta convertir el fondo del valle en un estanque largo que se perdía tras la continua cortina de niebla silenciosa. Y volvió la fertilidad a los campos, cuando ya nadie pensó que podría existir.

(Por las noches, los hombres regresaban a Majada con los pies cubiertos de cemento, con las mentes confusamente llenas de ignoradas amenazas, de palabras escuchadas a medias. Estaban construyendo un pueblo al otro lado del valle, detrás de los montes, cerca de la presa. Un pueblo de casas de ladrillo y de calles rectas y empedradas.)

Una mañana en que la niebla había levantado más temprano que de costumbre, una mañana en que el valle y el estanque — cada vez más ancho, cada vez más alto — podía ser contemplado en toda su extensión abrupta, unos hombres de la ciudad — vestidos con trajes que olían a limpio y a nuevo y a caliente — llegaron hasta Majada en automóviles que zumbaban como enormes abejorros a través de los campos. Aquellos hombres recorrieron Majada, casa por casa, establo por establo, y dijeron a todos que Majada tendría que ser abandonada, que las aguas del pantano cubrirían un día la aldea y que todos los vecinos habrían de trasladarse al nuevo poblado que se estaba construyendo para ellos al otro lado del valle. Les dijeron que allí tendrían campos mejores. Les aseguraron que las casas eran limpias y grandes, que cada vecino tendría su establo y que habría una escuela para los niños y un hospital para los enfermos.

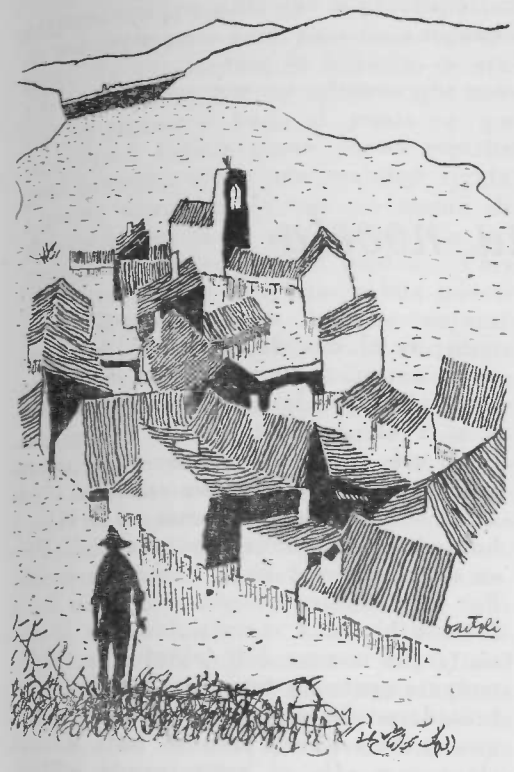
De pronto, ante la noticia, los hombres de Majada sintieron despejarse en su mente la niebla y vieron su aldea. Y la miraron por primera vez, gris en medio del valle; la vieron con sus callecillas retorcidas y

enlodadas, con sus muros de barro seco, cubierta de hierbajos que habían servido de pasto a las vacas. Vieron su iglesia menuda, dominante sobre las casuchas. Vieron sus tejados medio derruídos. Y vieron el cementerio, donde descansaba la raíz de todos los recuerdos, de todos esos recuerdos que permanecen — también ellos — silenciosos, hundidos en el lento transcurrir de los días opacos. Los hombres de Majada supieron que tenían que abandonar aquel lugar que, súbitamente, se les aparecía como su mundo en plena conciencia de propiedad.

No quisieron saber siquiera que el otro pueblo, el nuevo, fuera mejor. Ignoraron, desde los jóvenes hasta los más viejos, que era una orden la que habían recibido. Ignoraron que el nivel de las aguas del embalse subía cada día, que la presa era también cada día más alta, cada hora. Sólo sabían — sólo quisieron saber — que Majada era suya, *que eran* suyos *los campos violentos, cubiertos ahora de hierbas secas y tierra gris. Sólo supieron que ellos, y todos cuantos reposaban en el cementerio, habían arrancado una a una las piedras para que el centeno dorase en agosto, en su agosto. Supieron de pronto que sus pies descalzos habían construído las veredas que atravesaban el valle. Y supieron que allí, en la lucha incesante y agotadora con una naturaleza nunca doblegada, estaba la razón de su existencia, la suprema razón de su arrastrarse continuo, de su mirada ennegrecida, la suprema razón de su perviven-cia. Por primera vez vieron que Majada era* suya, *que los muertos y los campos y los muros de barro les pertenecían, habían nacido con ellos.*

No. Majada sería suya. Majada era su propiedad, su mundo, su universo sensible, su tierra y su tumba. Desde Majada, en los días en que levantaba la niebla, comenzaron a ver, allá donde los montes estuvieron separados un día, la inmensa mole blanca de la presa. Y, semana tras semana, vieron como las aguas invadían poco a poco sus campos, arrancaban su trigo raquítico, devoran las hierbas del monte, nuevamente lozanas. Pero ellos, aún siempre en silencio, contemplaban impasibles la conquista creciente de las aguas. Vieron como se hundió primero el prado y como se inundó luego la era comunal. Vieron como el agua derribó la tapia del cementerio y como las cruces de madera nadaban a poco hacia la presa, siempre en silencio.

Fué entonces cuando, a través de las veredas montañeras, llegaron los camiones; los grandes, los deformes camiones. Y supieron que su rebelión era vana, que los hombres o las aguas acabarían por conquistarles. Uno a uno, cada habitante de Majada subió a los camiones. Fueron embarcados los muebles, los paupérrimos muebles que les legaron, desde siempre, sus padres. Todos, uno tras otro, fueron dejando vacía su casa, su alma. Y las almas no pudieron ser embarcadas, porque las almas estaban quedándose en Majada, y Majada se hundía por momentos bajo las aguas del pantano. Aquello era el fin, el total aniquilamiento de su propiedad, la marcha a ciegas hacia lo nuevo, hacia lo ignorado, hacia lo temido. El temor se hizo ruido : monótono zumbar de motores ; seco chocar de féretros sucios de tierra — le habían arrancado a Majada hasta sus muertos, para trasladarlos, a ellos también, hasta su nuevo poblado de cruces blancas y tierra limpia de hierbas — ; chirriar de



viejos muebles desvencijados que abandonaban con inarticulada protesta las chozas de barro ; rumor, en fin, de mudas miradas de despedida, rumor de manos crispadas sobre regazos hambrientos, rumor de oidos que intentaban captar el lento y fatal crecer de las aguas. Y, en lo alto, el badajo de la antigua campana, que clamaba a la brisa por un soplo más fuerte que la hiciese sonar.

Los camiones transportaron a la gente hasta su nuevo hogar, allá lejos, fuera de las nieblas del valle. Allí las casas ya no eran grises, sino blancas ; no ya retorcidas, sino nuevas y rectas. Pero no eran suyas y se sentian ajenos a todo, a lo blanco, a lo aséptico, a lo nuevo, a lo recto. Porque su mundo era pobre, tal vez muy pobre, pero habia sido suyo. Y las casas nuevas y las calles rectas no les pertenecían : eran de aquellos hombres, con trajes que olían a limpio y a nuevo y a caliente, que pusieron trabas al paso del río. Para ellos era todo extraño y ajeno : la alcaldía — ¿ para qué, si nada era de nadie y los campos tenían límites que ellos mismos se habian marcado ? ; el hospital — ¿para qué, si la muerte les llegaba siempre en silencio ? ; la iglesia blanca y dorada — ¿para qué, si Dios debía estar más allá de sus muros, rociando su amor por cada árbol, por cada raicilla, por cada mirada perdida en la inmensidad ?

Si ; tal vez los jóvenes se acostumbrasen, los que tenían todavía su pequeño universo virgen de recuerdos, los que aún habían hollado pocas veces el tomillo y las veredas enlodadas. Pero los viejos, los que habían sabido conocer a ciegas cada piedra, cada matojo, cada brizna de triglo raquitico... Los viejos habían sido arrancados a su propia vida.

Una tarde, cuando el sol corría a ocultarse detrás del valle, un viejo — no el más viejo, sino uno cualquiera, uno de tantos que se habían sentado cada tarde en el pretil de la casa para escapar un instante al humo gris que invadía el hogar como otra hierba maloliente — subió de nuevo la cuesta del monte, en silencio, por la vereda que muchos años atrás le había conducido también de regreso a casa. Su paso, extrañamente joven, le llevó hasta la cumbre cuando la niebla volvía a caer, como cada día de cada año, sobre el valle ya invadido por las aguas. Y, desde la cumbre, descubrió la aldea. Majada le pareció más gris que nunca, rodeada de agua, medio hundida, casi derribada. Le pareció también más suya. Sólo suya. Por eso el viejo corrió en busca de su hogar. Sí : se quedaría allí, donde ya nadie le viera. Esperaría paciente a que las aguas cubriesen la última casa. Y él permanecería dentro, con su recuerdo, con su última mirada enganchada en los muros desnudos y grises que siempre había visto. Atrás quedaban las casas blancas y los jóvenes. El quería su casa, ya lo único que aún era él mismo. Vivió con ella y con ella quería desaparecer.

El viejo, cuando la sombra de los montes cayó sobre el valle, se sintió de nuevo en su hogar. Esta vez para siempre.

JUAN GARCIA ATIENZA

ARMAND PIERHAL

¿ Qué es una novela ?

LA PREGUNTA que aquí nos proponemos contestar, generalizada, es la siguiente : ¿ La novela es un género ? ¿ Es un arte ? Para responder a ella hemos querido centrarla en un ejemplo singular, muy ilustre, escogiendo a André Gide.

Podemos preguntarnos si la novela es realmente un género con respecto a tantas obras, presentadas como novelas en sus portadas, pero que, de hecho, tienen muy poco de tales. « — Entonces ¿ qué es lo que usted entiende por novela ? » Y henos aquí obligados de rondón a proponer una definición de la novela. « — ¿ Su definición ? » Naturalmente la nuestra, pero que no deseamos ser los únicos en aceptarla ; nuestra ambición, aquí, es la de lograr la aprobación del lector no preparado. Por otra parte, una definición de la novela nos permitirá orientar inmediatamente el debate evitando los rodeos, como acontece en las discusiones siempre que se empieza por no entenderse acerca del sentido exacto de los términos empleados.

Creemos que la primera tarea del novelista es la de presentarnos personajes dotados de suficiente existencia concreta para que el lector pueda interesarse por su destino. La verdad humana de estos personajes, su densidad viviente, vendrán después. Por de pronto es necesario, y basta, con que existan. Ojo de Halcón, Sherlock Holmes, Arsenio Lupin, pueden ser considerados como caracteres de una psicología algo esquemática, o como siluetas, pero existen. Así Fenimore Cooper, Conan Doyle, Mauricio Leblanc, fueron auténticos novelistas. ¿ Muy grandes ? Quizás no. ¡ Sin duda alguna, no ! Pero de todos modos eran novelistas.

Otro rasgo que caracteriza al novelista (naturalmente, según nuestro punto de vista) es el don de invención. Sus personajes son criaturas nacidas de su imaginación, igual que las aventuras que les suceden. Y el novelista es tanto más grande, tanto más verídico y profundo, cuanto sus personajes inventados se asemejen más a los seres que encontramos en la vida, y hubieran podido realmente existir. Pero es necesario que haya habido invención. Por esto el escritor que sólo fuera capaz de escribir una novela-clave no poseería (según nuestra definición) un auténtico temperamento de novelista. La novela inventada puede conseguir que se crea que es una novela-clave, pero se trata de una clave que *sólo* el autor puede utilizar. Recogiendo una observación de Pierre Mille, el novelista es, necesariamente, algo mitómano. Esta es la razón por la cual las mujeres descuellan con frecuencia en este género : desde Sheherezada hasta George Sand, George Eliot y Colette, la literatura universal cuenta muchas más grandes novelistas que ensayistas o poetisas.

Y he aquí lo que nos conduce inmediatamente a nuestro caso ejemplar : André Gide. ¿ Podemos considerarle como un verdadero novelista, cuando él mismo se declaraba incapaz de inventar nada ? (En uno de los fragmentos de su *Diario*, recientemente publicado, Paul Léautaud nos hacía esta misma confidencia.) Pensamos que semejante disposicíon de ánimo nos orientará naturalmente hacia una vocación de historiador, de moralista, de ensayista o de crítico, pero no de novelista. Se puede ser un gran estilista — y Gide lo era — sin ser un gran novelista. Y viceversa. Una vez quedé asombrado oyendo a Charles Bosch, que me confesaba que, para él, Balzac era ilegible. Y vemos en que sentido podía tener razón. Si admitimos que el novelista es ante todo un visio-

nario, es comprensible que la preocupación de una prosa bella pase, para él, a segundo piano. Ya que *inventa* su historia, es preciso que empiece por ese esfuerzo que consiste en alucinarse hasta el punto en que la realidad ficticia poseà en su espíritu tanta presencia como una realidad vivida, y pueda entregárnosla con ese acento de convicción que le dé posibilidades de hacernos creer en su posible verdad. Para aquel que escribe Memorias o una novela clave, la realidad se impone naturalmente a su espíritu con fuerza bastante para que no tenga otra preocupación que pintarla, mientras que en el novelista de imaginación el trabajo es doble : de invención y de transcripción.

Es muy cierto que vale más una novela-clave, en la que se respira la vida, que una historia inventada en la que no se cree. Pero sostenemos que el verdadero novelista es ese mitómano demiurgo que sabe dar a sus mitos fuerza concreta bastante para permitirles acercarse a la realidad posible. El talento del novelista se aferra a ese poder que tiene de dar un aire de verdad a las historias que inventa. En una novela, la credulidad no se mantiene por los hechos en sí, sino por el aspecto con que se han presentado. Un novelista torpe puede relatar una historia verdadera que nadie creerá, y un buen novelista podrá dar un aspecto de copia a un paisaje que haya inventado de cabo a rabo. Los que rechazan una novela por el pretendido carácter de inverosimilitud de los hechos que en ella se relatan, demuestran que no saben leer las obras de este género.

***

También contribuye a embrollar la discusión el querer clasificar como novelas otras obras que tienen muy poco de tales, como ya dijimos. Por ejemplo: poemas en prosa. Tengo un amigo que, dedicándose de lleno a la composición de una novela, había apostado consigo mismo no cometer ni un solo hiato perfecto en el curso de las 400 páginas que debían componer la obra. Y como su héroe se llamaba René, había que ver los equilibrios que tenía que hacer para no escribir : *René était...* o *René étendit le bras*. Lo más notable es que había logrado ganar su apuesta, pero una vez terminada y releída la novela con cierta perspectiva, advirtió que su impertinente preocupación de eufonía había dado a su prosa una tensión excesiva, un giro compuesto que no compaginaba de ninguna manera con el género.

Porque, repito una vez más, la novela es un género. Y es también un arte. Una novela podrá estar mejor o peor escrita, como otra obra cualquiera, pero las cualidades de un buen estilo novelesco no son las mismas que las de un ensayo, de una prosa poética o de un poema. La primera cualidad de un estilo novelesco nos parece que es la de un poder de evocación inmediata llevado al extremo. El estilista puede tener la aspiración de crear una lengua personal ; el novelista debe emplear en lo posible la lengua de todo el mundo, y su primera preocupación debe ser la de ajustarla constante e inmediatamente, en todo lo posible, a la realidad. Y debe conseguirlo empleando los medios más sencillos en apariencia. Porque una prosa demasiado rebuscada — o, mejor dicho, que lo deja ver — corta automáticamente el contacto con la fábula. Por eso un buen estilo novelesco, directo sin flojera, familiar sin vulgaridad, descriptivo sin ser recargado, preciso sin pedantería, evocador sin complicación, elegante sin afectación, es el más raro de los éxitos. Vemos a Stendhal en el Panteón y, entre los contemporáneos, un François Mauriac. Balzac escribía mal, estimaba Du Bos. Y aquellos que leen el ruso nos expresan la misma opinión acerca de Dostoiewski. Es que estos novelista, que figuran entre los más grandes, preferían lanzar por la borda algunas preocupaciones de escritura, antes que faltar a su vocación de testigos de un universo creado. « Quiero competir con el registro civil », decía Balzac. Y con mucha razón.

Por otro lado, si el estilo de un ensayo o de un poema pueden ser estáticos, el estilo de la novela debe tener constante movimiento, so pena de un fracaso. Es necesario que al abrir un libro, en cualquiera de sus páginas, se sienta uno instantáneamente cogido en sus redes, deseoso de seguir adelante y obligado a continuar. Por tanto, en una novela bien hecha, la página no tiene valor en sí. El novelista está obligado a hacer punto en cada párrafo y a preguntarse de dónde ha venido y adónde

ya. Un solo movimiento debe conducir al lector, sin remisión, desde la primera a la última línea. Por el contrario, en el ensayo y en el poema, el estilo debe retener al lector para obligarle a avanzar con paso meditado. A diferencia de la novela, que se engulle de un trago, el poema y el ensayo se absorben y se paladean. No se podrían leer sin trabajo muchas páginas de un tirón sin hastío. Y también añado que los que recusan un libro de ensayos o de poemas, bajo los efectos de la saciedad, demuestran únicamente que no saben leer este género de obras.

Un André Gide que también en sus novelas ambicionaba aferrar al lector a cada línea, a veces a cada palabra, no escribía bien para ese género. Es cierto que la novela perfecta ofrece asimismo incentivo a aquellos que la someten a la prueba de avanzar en ella a pasos mesurados, pero debe satisfacer ante todo a quienes prefieren correr... aún cuando se limitasen tan sólo a olerla. (Ellos se lo habrían querido.) La obra maestra novelesca es aquella en la que *también* sopla el viento de la carrera. Y esto es lo que Gide, pensador minucioso, pero con poco temperamento de novelista, no supo o no quiso lograr.

El novelista pierde más que cualquier otro escritor dejando traslucir su pretensión de ser un estilista, porque de esta manera atrae la atención sobre sí mismo, cuando por el contrario debe eclipsarse detrás de sus personajes. Por eso, un procedimiento de composición como el del « Diario de Eduardo », en *Los Monederos Falsos* — divertido desde el punto de vista literario — es la idea más absurda que se le pueda ocurrir a un verdadero novelista. En un plano análogo, un Chateaubriand, un Barrés, pensadores de estilo brillante, se sienten más incómodos en la forma novelesca. En cambio, son incomparables autores de Memorias, porque en las Memorias se escribe, como en los relatos, en primera persona : en ellas se encuentra automáticamente resuelto el problema de la unidad de la composición, a causa de que no hay más que un solo centro de visión en el que se nos cuenta la realidad tal y como la ve el personaje que dice « yo ». Y esto es precisamente lo que da a estos relatos un acento tan directo. No hay en ellos necesidad alguna de convención novelesca, ya que se cuenta una historia con toda naturalidad, o se la cuenta uno a sí mismo : « Yo estaba allí » « ¡ Me ocurrió esto ! » Los principiantes bien dotados lo advierten, con tanta claridad, que adoptan esta forma de narración a veces instintivamente. El novelista más ambicioso verá que esto es, a pesar de todo, un modo de facilitar la tarea, pero que no es saltar un obstáculo el darle un rodeo. En el Diario íntimo, donde el « yo » es pronombre de narración obligado, no hay problema. Por mi parte, también estoy persuadido de que la obra de Gide que, con más seguridad, pasará a la posteridad es su *Diario*. No porque *Los Monederos Falsos*, por ejemplo, no sea una novela de valor, si se considera que personajes como Bernard, Olivier, Lafcadio, y el propio Edouard están dotados de realidad. Pero, ¡ cuán torpe y falsa se ofrece ! De igual manera, *Los Desarraigados* son una obra novelesca importante, pero siempre me sentí molesto viendo a Barrés abrumar allí a algunos de sus personajes con un encarnizamiento que me parece que no concuerda bien con el verdadero novelista, que conserva para sus criaturas, aún las más viles, un afecto inconfesado de padre.

Paul Valéry se mostró mucho más consecuente, pues no se *aventuró* a la novela porque, como decía, se negaba a escribir : « ¡ La Marquesa salió a las 5 ! » Nosotros, que creemos en el arte novelesco, podríamos objetar que si esta frase es en sí muy trivial, el arte del novelista consiste precisamente en dotarla de un contexto que la dé tal resonancia, que el hecho de que la Marquesa salió a las 5 pueda tener un sonido de eternidad. Y si hay novelas en las que semejante frase se halla desprovista de interés, es a causa de que son malas novelas. En esto reside precisamente el genio del novelista que adorna los actos y las palabras de la vida cotidiana con una luz inmortal. Por ello puede contar también con la complicidad de ese milagro, gracias al cual la realidad rememorada adquiere una magia que no siempre tenía en el momento en que la presenciábamos, o en el que, demasiado absorbidos por la espera de la experiencia inmediata, no habíamos tenido tiempo para reconocerla o apreciarla, a pesar de que las palabras que relaten el acontecimiento pueden adquirir una poesía que el propio acontecimiento a

veces no tiene ni por asomo. En esto reside el triunfo novelesco, que se encuentra a veces muy pronto por los principiantes, a causa de cierta gracia de situación, o asimismo cuando nos relatan una aventura personal apenas transpuesta. Pero para un escritor maduro y lúcido, el triunfo novelesco puede ser tan raro y tan difícil como el triunfo poético.

*
**

Llegamos así a proponer esta definición, muy general, de la novela : por lo pronto, una historia, con un principio, un medio y un final, que pone en escena a varios personajes por cuyo destino puede apasionarse el lector. Como quiera que esta definición también se adapta a la del relato, del poema épico y del drama, es necesario que la concretemos más. El relato, en su forma clásica, nos muestra una composición en dibujo lineal, con una acción que se desarrolla a lo largo del tiempo. Se hace voluntariamente en primera persona, lo que, imponiendo un centro de visión única, permite, como ya hemos visto, darle una unidad completamente natural. *Buenos días, tristeza*, de Françoise Sagan, es sin duda alguna un relato. Gide, que poseía un sentido muy seguro acerca de estas distinciones, no dejaba de considerar *El Inmoralista* como un relato, en la lista de sus obras, (así como a *La Puerta Estrecha* e *Isabel*), mientras que se define a sus ojos como una novela *Los Monederos Falsos*. Y la considera así porque la novela, de un dibujo más complejo, puede tener muchas acciones sucesivas, o aun simultáneas, con otros tantos protagonistas. Hace entrar en escena personajes que pueden ser vistos cada uno desde el interior, lo que proporciona centros de visión múltiples, con una unidad de composición más difícil de lograr, pero también de mayor riqueza, y con una variedad más cercana a la vida real. De este modo, el relato se aproxima algo a la tragedia clásica por el rigor de su composición, mientras que la novela se acerca más a los misterios de la Edad Media, o al drama shakesperiano o al romántico, y también a la epopeya, de la cual es heredera natural.

Pero la novela no es, ni mucho menos, el poema épico, ni el drama, pues ni aquélla ni éstos emplean los mismos medios, aunque lleguen a tratar el mismo asunto. Carece de utilidad poner de manifiesto las diferencias que existen entre una obra escénica y la novela. Una novela que tan sólo contuviera diálogos no pertenecería propiamente a este género, sino que sería más bien una variedad híbrida, pariente muy cercano del teatro. Y del falso teatro, porque, en el verdadero, además del texto hablado hay todo lo que se le añade con la escenificación : las decoraciones, el movimiento de los actores ; realización, que es precisamente la que el novelista tiene el deber de suplir.

Además, el poeta épico busca una belleza formal, una eufonía de las que el novelista puede, y a veces debe, apartarse. Sin llegar hasta la paradoja, diremos que, en la novela, alguna negligencia en el estilo no tiene inconvenientes graves. Vemos, por ejempo, que *El Salario del Miedo* puede parecer escrita con una pluma a ratos negligente. Como prueba, esas « *puertas movibles* » de las que nos habla desde la quinta línea (como si toda puerta no fuera movible por su propia función). Sin embargo, por su intriga ceñida y su acción tratada a la baqueta, *El Salario del Miedo* es un triunfo novelesco que nos permite sostener que el buen éxito que la obra alcanzó está completamente justificado.

¿ Quiere esto decir que se debe descuidar el estilo en una novela ? ¡ No, repito ! Es cierto que el movimiento y la unidad del relato son lo primero, pero si se les añade la pureza del lenguaje, ese arte sutil que es el más difícil de alcanzar y del que un La Fontaine, en poesía, y un Molière, en el teatro, nos han dejado los modelos inimitables, la novela puede rivalizar con las formas más elevadas del arte.

Algunos podrán encontrar ociosas estas distinciones : « relato o novela, una historia es una historia ». ¡ Sin duda ! Pero en este caso no tenemos por qué entrometernos en teorizar. Lo que molesta es oír a veces legiferar acerca de estos asuntos a aquellos mismos que tienen de ellos la idea más confusa. La distinción de los géneros no es un tema de pasante de colegio. Responde a una realidad. Y en cuanto se diga o se haga hay que ajustarse a esta realidad lo más claramente posible.

ARMAND PIERHAL

JANOS KADAR

(Retrato de un jefe comunista)

POR GYORGY PALOCZI-HORVATH

La ultima vez que le vi en Budapest, Janos Kadar atravesaba precipitadamente uno de los pasillos del Parlamento. Era a mediados de noviembre de 1956, y la Unión de los Escritores Húngaros había mandado una delegación para protestar contra las detenciones practicadas en aquel mismo día. Kadar no tuvo tiempo para recibirla. Se había encerrado para hablar a solas con el jefe de su policía, y cuando ya nos condujeron a su presencia, él se disponía justamente a recibir a una de las « misiones técnicas » soviéticas, que le esperaba en otro despacho. Parecía extenuado. El rostro de una palidez cadavérica, la frente surcada de arrugas, los ojos febriles, los párpados temblorosos revelaban el agotamiento total de un hombre al que sólo un esfuerzo sobrehumano permitía permanecer en su puesto. Si no hubiésemos sabido cuál era la obsesión que le embargaba, hubiéramos sentido lástima por ese rostro que en otro tiempo fué hermoso, pero que los años de insinceridad y de doblez han hecho repugnante.

Cuando desapareció detrás de una puerta, pensé en aquel joven ebanista de aspecto franco, que unos veinticinco años antes se había afiliado al movimiento obrero. El hecho de que los cuadros del partido y los instructores del Komintern le hayan escogido para hacer de él un modelo de alto funcionario staliniano, ¿se debe tan sólo a la casualidad o ha sido en virtud de una disposición siniestra de su propia naturaleza ?

En noviembre último, en Budapest, el personaje no tenía para mí nada de insólito. Estaba perfectamente en su lugar en nuestro ambiente lúgubre y equívoco, entre tanques calcinados, consignas de doble sentido fijadas en los muros de edificios medio destruídos en ese Budapest que estaba convirtiéndose en el osario de una revolución. Pero hoy, en el momento de escribir estas líneas, en Londres, le veo con la mirada del hombre que vive en un mundo normal de seres humanos. ¡ Y qué difícil resulta hacer de él una descripción que sea comprensible para este mundo ! ¿ Cómo definir el « sadismo impasible » de una personalidad fundamentalmente pacífica y la despreciable cobardía de un hombre que en varias ocasiones ha sabido mostrarse valeroso ? ¿Cómo representar, en toda su complejidad, el mecanismo intelectual de un ser esencialmente primitivo ?

El punto de partida fué el acostumbrado. Un trabajador joven, salido de la clase obrera, que se siente impulsado a la lucha por la indignación moral. Entra a formar parte de un pequeño grupo ilegal de comunistas que se baten contra la injusticia social y por un mundo de paz y de abundancia. El hermoso fervor que irradia este pequeño grupo le conquista, le incita a estudiar. Se entrega con fe ciega a los dos o tres comunistas consumados con los que

entra en relación. A sus ojos tienen una confianza tranquila, un inmenso saber y la fuerza del fanatismo. Pueden darle la clave del porvenir : esa teoría marxista que ha de hacer invencible a la clase obrera. Penetra en el « pensamiento marxista », aun antes de haber tenido tiempo para aprender a pensar. Cuando todavía tiene una ignorancia completa del mundo, se ve lanzado a un universo de abstracciones. Antes de haberse sometido a los sortilegios nefastos de la lógica formal burguesa, emprende el estudio de la Lógica dialéctica, esa maravillosa lámpara de Aladino del movimiento comunista.

Lleva una existencia puritana. En esa época, los comunistas húngaros son unos « sectarios » (hasta las historias más recientes oficiales del partido lo reconocen). En general, constituyen una agrupación de gentes malhumoradas y en constante tensión. Se estimula a las muchachas afiliadas al movimiento a disimular en lo posible sus senos jóvenes y turgentes. Los camaradas son muy serios, muy dignos y extremadamente frugales en todas las manifestaciones de su vida, severamente fiscalizada por el partido. Este les vigila sin cesar. Con este régimen, no tardáis en tener dentro del cráneo vuestro propio radar de « vigilancia ». En el estante más elevado de vuestra inteligencia, un minúsculo agente de policía secreta empieza a observaros.

Todo esto es perfectamente conocido. El hecho de que Janos Kadar sea considerado por sus jefes como un camarada sólido y que « promete » demuestra que ha franqueado rápidamente todas las etapas de esta evolución. Pronto se convierte en una especie de jefecillo. En esa época, el advenimiento de Hitler y la guerra civil de España aportan pruebas tangibles a la teoría. Janos Kadar es aún relativamente normal. Puede decir en público lo que piensa en privado. Su pensamiento es monolítico. Las contradicciones son escamoteadas gracias a la « dialética ». Si algunas ligeras dudas logran abrirse paso, es porque *todavía* no se es bastante buen marxista.

Durante la segunda guerra mundial, Janos Kadar es ya uno de los diez hombres que dirigen el partido en Budapest. El jefe del partido clandestino, Laszlo Rajk, es amigo suyo. Rajk representa el ideal de Kadar. Aunque de origen obrero, se ha convertido en un « intelectual de formación universitaria », en un gran comunista, héroe de la guerra civil española. Rajk — al que se llama Kirgiz en la clandestinidad — es el más valiente entre los valientes. Lo mismo puede decirse de su mujer. En 1943, la Gestapo húngara la detiene y la tortura durante semanas enteras. Ignoran que es la mujer de Rajk, pero tienen vehementes sospechas de que conoce a los jefes clandestinos. La cuelgan por los pies y golpean su cuerpo desnudo con matracas de goma. Sólo quieren conocer dos nombres : el del jefe y el de su adjunto. Negándose a hablar, la esposa de Rajk salva la vida de su marido y la de Janos Kadar.

En 1944, Kadar trata de franquear la frontera para cumplir una misión cerca de Tito. Lo detienen, pero pronto se le pone en libertad. En 1944, cuando Budapest está ya sitiado por los rusos, el partido confía otra misión a Kadar. Debe atravesar las líneas enemigas y establecer el contacto con los rusos. Lo consigue, y entra en relación con el primer alto funcionario húngaro « moscovita » del partido, Erno Geroes, « el autómota humano ». Geroes es una de las personalidades más importantes de la jerarquía comunista internacional. Durante mucho tiempo — con el nombre de Singer — fué el instructor (es decir el interventor) delegado por el Komintern cerca del partido comunista francés. El Komintern le había encargado la organización de las purgas en las filas de los combatientes comunistas de España.

Este hombre sucedió a Rajk como profesor de Kadar, quien aprendió de él la práctica del comunismo, cuando el partido se encarga del poder. Más adelante debía aprender también mucho de Matyas Rakosi, célebre por sus dieciséis años de prisión, Rakosi pasaba, con razón, por ser el mejor discípulo de Stalin. Durante los años febriles de la postguerra — en el momento en que el partido comunista de Hungría, con el apoyo de los soviets y después de una larga serie de contubernios, de chantajes, de maniobras fraudulentas, lograba encaramarse en el poder mediante el crimen y el engaño — Rakosi amaestró tan bien a Kadar que pudo hacer de él uno de los cinco hombres encargados de la dirección del partido.

LOS CUADROS DEL PARTIDO se forman entrando en contacto con las « realidades » de la lucha política. Cuando llegan a esta fase, sigue habiendo un « radar » en el cerebro de cada militante leal del partido, pero su pensamiento ya no es monolítico. Su verdad íntima difiere constantemente de la « verdad » oficial, es decir, de la línea fijada por la propaganda del día. En lo que concierne a la verdad, se opera un conflicto mental entre las convicciones personales del militante y su actitud pública.

Este no es sino el primero de una larga serie de conflictos internos provocados por la « realidad » política. En el momento en que la mentira oficial organizada sustituye a la opinión pública se trata de comportarse honradamente, de ser leal para con los amigos, de no hacerse culpable de fraude, de robo, de calumnia o de crimen. Pero, en público, hay que aprobar todos estos actos, a poco que se propongan el bienestar y la felicidad de las generaciones futuras (es decir, el interés de la gran patria soviética). Si sois unos sencillos militantes, este divorcio moral no tiene grandes consecuencias. Si sois sinceros con vosotros mismos, os explicaréis vuestras dudas y vuestros temores teniendo en cuenta la influencia persistente del sentimentalismo burgués. Cuando vayáis ascendiendo en la jerarquía, tendréis menos tiempo para los escrúpulos, estaréis más sometidos al poder de sugestión hipnótica que se desprende de la proximidad de los grandes jefes.

Los intelectuales tienen a menudo la manía de intelectualizar la realidad, se complacen en reducirla a los « criterios generales ». Pero este defecto queda generalmente compensado con su cultura. Para los hombres del tipo de Kadar no existe este contrapeso. Han llegado a ser maestros en el arte de manejar el clisé, y si bien son excelentes maniobreros políticos, permanecen fundamentalmente incultos. Por considerarse a sí mismos como los valerosos combatientes del socialismo, enseñan a los demás a parecérseles.

En 1947 existe todavía un espíritu de cuerpo entre los comunistas. Algunos miembros de los otros tres partidos, que aún no han sido liquidados, participan en la vida pública. Los comunistas son leales entre ellos. Se anudan sólidas amistades, como la de Janos Kadar y Laszlo Rajk.

Kadar es ahora uno de los jefes del partido. Este miembro del comité central y del buró político es un hombre de modales afables, muy valiente y activo. Sin embargo, los que le conocen desde hace mucho tiempo, descubren, un cambio en su rostro. Sus ojos son más fríos, su mirada extrañamente impasible. En otro tiempo, Kadar « adoraba a la humanidad ». Este sentimiento se ha hecho más abstracto : se ha transformado en adoración a la humanidad de pasado mañana y en indiferencia por la suerte de los hombres de hoy.

En 1948, el partido comunista conquista el poder absoluto. Kadar es secretario adjunto del partido. Bajo la influencia de Rakosi, y a imitación del sistema soviético, los miembros del « politburó » pueden disponer de lujosos coches, de suntuosas viviendas y de villas en el campo. Todo miembro del politburó puede retirar, cuando le acomode, una *suma cualquiera* del Banco Nacional. En una palabra, estos jefes de la clase obrera vivían como laboriosos millonarios. Todos aprendían el ruso para tener un contacto más estrecho con sus colegas soviéticos.

Después de los años de vida dura y austera, Kadar se « expansionó » modestamente. Tenía una amiga procedente de la pequeña burguesía. El partido no le permitió casarse con ella, pero vivieron juntos como la más fiel de las parejas suburbanas, en medio de ese lujo aerodinámico dispensado a los miembros del politburó por la sección del partido especialmente destinada a este servicio. Los obreros no ocupaban entonces mucho lugar en la vida del camarada Kadar.

NOS HALLAMOS EN 1949. El partido está en el poder. La lealtad entre los comunistas es ya cosa del pasado. No obstante, la primeras purgas sólo traen consigo la exclusión. Pero el dictador Rakosi ya ha anunciado en un discurso que « los elementos hostiles que han logrado infiltrarse en el partido serán expulsados y encarcelados ». A Rajk, privado de sus funciones de ministro del Interior, se le confía el ministerio de Negocios Extranje-

ros, que es un cargo insignificante en Hungría. En el ministerio del Interior le sucede Janos Kadar.

En el terreno personal, Kadar y Rajk siguen siendo amigos. En la primavera, la Sra. Rajk da a luz un hijo. En la ceremonia del bautizo — estilo soviético — Kadar actúa de padrino. Algunas semanas más tarde detienen a Rajk. El general Bielkin, de la M.V.D. de Moscú, está en Budapest. Se detiene a decenas, después a centenares de comunistas de la vieja guardia, héroes de la guerra civil de España, marxistas conocidos y militantes que habían dado pruebas de su valor en la clandestinidad.

Janos Kadar, el afable ministro del Interior, pronuncia discursos y más discursos para declarar que Rajk es un espía innoble, un agente imperialista y titoísta, que ha empezado su carrera como confidente de la policía política húngara y que ha trabajado después para la Gestapo, el 2e Buró francés y la O.S.S. norteamericana.

Janos Kadar es ministro del Interior, y la Sra. Rajk, que se halla detenida en un sótano de la cárcel de la A.V.H., sufre de una inflamación del seno, porque le han quitado a su hijo por orden de las autoridades superiores. Los que ocupábamos las celdas inmediatas, creímos durante mucho tiempo que en la tragedia de Rajk, el papel del padrino de Laszlo Rajk hijo se había limitado a ordenar este rapto. Algunos años más tarde descubrimos que nos habíamos equivocado.

En 1951, Janos Kadar fué detenido a su vez. Esto debió de ser par él un gran golpe, mas no una sorpresa. Como íntimo de Rakosi, se le debía la organización de varios procesos urdidos sobre bases falsas. El no ignoraba, pues, que la vida del partido estaba constituída por una serie infinita de procesos, pequeños o grandes, preparados de antemano. El ejercicio de la crítica y de la autocrítica en la vida diaria del partido, ¿ qué es sino un sistema de procesos en miniatura, en los que los acusados fabrican y entregan por sí mismos las pruebas de sus « crímenes » ? Sin este sistema de confesiones, el partido no podría cambiar de línea constantemente, los miembros del partido no podrían estar con carácter permanente a merced de la dirección, y el jefe del partido ya no podría pasar por infalible.

Por otra parte, toda confesión de errores, toda retractación política, constituye un reconocimiento de culpabilidad en potencia, para instruir un futuro proceso arbitrario. En cuanto a los grandes procesos, basados en « confesiones espontáneas », que permiten desembarazarse periódicamente de personalidades destacadas, a la vez que dan a conocer la nueva línea política del partido, sirven para sostener el ambiente de terror indispensable al buen funcionamiento del sistema staliniano.

Todo esto lo sabía Kadar. Pero no creía que, después de haber sido durante tanto tiempo uno de los verdugos, llegaría un día en que él también habría de ser una víctima del sistema. No obstante, fué tratado con una extremada brutalidad. Después de su liberación, refirió ante el comité central del partido la forma en que había sido torturado. Su verdugo era una « personalidad » muy conocida en Hungría, el teniente coronel de la policía de seguridad, Vladimir Farkas, hijo de Mihaly Farkas, ministro de la Guerra y subsecretario adjunto del partido comunista. Vladimir Farkas golpeó a Kadar hasta hacerle desvanecerse. Cuando éste recobró los sentidos, Vladimir Farkas, de pie, orinaba sobre la cara de su víctima. (En 1954, Kadar añadió : « ¡ Camaradas, nadie podrá vivir en paz mientras subsistan tales métodos policíacos ! ¡ Son un peligro para todos ! »)

La tortura produce efectos distintos, según sean los individuos a los que se aplica. Nos hallamos reducidos a conjeturas, en cuanto al efecto que causó a Kadar. Probablemente fué el mismo que los dieciséis años de presidio habían producido a Rakosi : el de hacerle aún más inhumano — o infrahumano.

En 1951, yo era ya un prisionero demacrado y sin vigor en las mazmorras de la policía de seguridad de Vacs, cuando me llevaron en un furgón celular al cuartel general de la A.V.H., en Budapest. Allí, el teniente coronel de la A.V.H., Matyas Karolyi, me anunció que Kadar y algunos de sus amigos estaban acusados de « viles delitos » y que debían ser « liquidados ». Durante varias semanas fuí sometido a interrogatorios relacionados con Kadar y sus amigos. Al terminarse estos interrogatorios volví al lado de mi compañero de celda, el

conocido escritor húngaro Paul Ignotus, y permanecí varias semanas tendido sobre mi camastro, enfermo y destrozado. Paul Ignotus fué considerado también como posible testigo de cargo, pero él se negó igualmente a inventar acusaciones falsas contra Kadar. Guardábamos poco afecto para el antiguo ministro del Interior, bajo cuyas órdenes habíamos sido torturados durante más de un año ; pero no estábamos dispuestos en absoluto a facilitar la tarea de la A.V.H., ni del carnicero Rakosi, que ahora quería desembarazarse de su cómplice más importante.

A principios de diciembre de 1951, fuimos trasladados de nuevo al cuartel general de la A.V.H., y el día 11 se inició el proceso. Sólo asistían a él oficiales de la A.V.H.. Yo era el primer testigo. En el banquillo de los acusados se encontraban Kadar y otras tres personas, que nombraré más adelante. Los compañeros de Kadar habían sido torturados lo mismo que él. Pero su rostro conservaba cierta dignidad. El de Kadar era espantoso. Me observaba con los ojos atemorizados, sabiendo que yo tenía razones sobradas para detestarle. El conocía los métodos de la A.V.H. y estaba preparado para arrostrar lo peor. Los otros me miraban, como animándome. Uno de ellos sonrió. Hay hombres que tienen confianza en sus semejantes ; pero otros, no.

El innoble individuo que desempeñaba las funciones de juez, el Dr. Jonas (que algunos meses antes me había condenado a quince años de trabajos forzados, basándose en una acusación falsa), se creyó en el deber de leerme las preguntas preparadas por la A.V.H. Se agitó nervioso y pareció muy molesto cuando, en vez de hacer las declaraciones esperadas, respondí con generalidades, sin mencionar siquiera el nombre de los acusados.

VOLVAMOS AHORA A SU ROSTRO. Antes que el testigo declare, el presidente del Tribunal le ruega que mire a los acusados y que diga si los conoce. Les miro durante un buen rato. Yo había estado incomunicado por espacio de mucho tiempo, y después que me condenaron, apenas había visto a nadie más que a mis compañeros de celda y a un puñado de canallas : nuestros carceleros. En tales circunstancias, un rostro nuevo es un acontecimiento. Y la mirada se ha hecho mucho más receptiva y penetrante. Miré, pues, a esos cuatro hombres que me eran conocidos : Kadar y sus tres coacusados. Uno de ellos, bastante duro y poco sensible, había sido anteriormente funcionario del partido. Ahora, al cabo de meses de tortura y de una existencia de pesadilla, su cara se había vuelto extrañamente humana. La del último acusado, Sandor Haraszti, un viejo y ardiente revolucionario, era ahora de una belleza sorprendente. En cuanto a Kadar, su hermoso rostro estaba descompuesto. No había podido resistir a la prueba. Su expresión era al mismo tiempo cobarde y feroz.

Después de haber declarado frente al juez, me volví de nuevo hacia ellos, antes de salir, para contemplarlos por última vez. La mirada de los tres acusados reflejaba la amistad y la aprobación. En los ojos de Kadar no pude leer más que incomprensión y estupor.

Yo tenía la impresión de que las torturas no habían mejorado a Kadar. Más adelante, al saber que le mantenían incomunicado, esperé aún que la soledad le cambiara. Permaneció cerca de dos años solo en un calabozo. Nosotros sabíamos por experiencia que la reclusión solitaria constituye un purgatorio muy eficaz. Ofrece una oportunidad para la expiación, permite a cada uno enfrentarse honradamente consigo mismo y con su pasado. Allí es efectivamente muy difícil construirse una personalidad, mentirse a sí mismo de ninguna forma. Se renuncia a las ideas halagadoras que uno hubiera podido formarse de su propia « personalidad » ; por regla general el efecto de esta prueba es *catártico*, en el verdadero sentido de la palabra.

En la época del deshielo staliniano, en 1953, Imre Nagy pasó a ser primer ministro de Hungría, pero el stalinista Rakosi conservaba el predominio en el partido. Durante el período turbulento que siguió, Imre Nagy logró liberar de los campos de concentración y de las prisiones a unos noventa mil presos políticos. Kadar y su grupo figuraron entre los primeros — en el curso del verano de 1954 — y a principios de otoño me correspondió salir, al mismo tiempo que a otros millares de condenados.

Durante los dos años que transcurrieron

entre el verano de 1954 y el de 1956, lo mismo dentro que fuera del partido, pudimos asistir al desarrollo de un poderosísimo movimiento de opinión contra el dictador Rakosi y, en general, contra el terror stalíniano. Pero Janos Kadar, sin tomar jamás francamente posición contra Rakosi, trató de dar la impresión de que él también era hostil al terror. Defraudó las esperanzas de numerosos obreros que confiaban en que su glorioso pasado de comunista y los cuatro años de prisión le impondrían en cierto modo un papel de primer orden en la lucha contra el stalinismo. La casi totalidad de sus actos públicos tendió, por el contrario, a consolidar el régimen que le había encarcelado. Y sin embargo, él conocía muy bien este régimen. Sabía que no era solamente — como quisiera hacernos creer Kruschef — el « sadismo desaforado » de un Stalin o de un Rakosi el que había hecho correr torrentes de sangre, sino también el régimen de terror y de mentira oficial establecido por Stalin y aceptado por todos los dirigentes comunistas.

Imre Nagy, que por entonces era primer ministro, luchó contra este sistema. Por desgracia, su acción fué saboteada por el enorme aparato del partido — que seguía enteramente dominado por Rakosi, por la policía secreta y por los hombres de Rakosi, que detentaban las posiciones claves del Estado. Todos los antistalinistas del partido se agruparon alrededor de Imre Nagy ; pero eran pocos los que ocupaban cargos importantes. La gran mayoría de la población — que apenas tenía voz en el capítulo — así como numerosos pequeños funcionarios del gobierno y del partido, sostenían a Nagy. En esta lucha, el papel de Kadar fué decisivo, o mejor dicho, hubiera podido serlo. Sin embargo, toda su acción se limitó a pronunciar ante el comité central del partido comunista el discurso sobre la tortura, ya citado.

En 1954, después de salir de la cárcel, Kadar fué a visitar a la esposa de Rajk, que también acababa de ser liberada, al cabo de cinco años de reclusión. Le hizo una revelación asombrosa : él era quien, obedeciendo órdenes de Rakosi, había persuadido efectivamente a Laszlo Rajk para que hiciese confesiones falsas. Era él, Kadar, quien había prometido a Rajk que sólo perecería su nombre y que, bajo un seudónimo, podría vivir con su familia en algún país del Este.

— ¿ Puede usted perdonarme ? — le preguntó al fin Kadar. La esposa de Rajk permaneció silenciosa durante un momento, y luego dijo : — Le perdono. De todos modos, mi marido hubiera sido asesinado. Stalin, el general Bielkin y Rakosi habían decidido su desaparición. Si usted se hubiera negado, el « asesino calvo » (tal era el apodo de Rakosi en Hungría) hubiera encontrado otro instrumento más dócil que usted. La compañera de Rajk guardó silencio, y después añadió : — Pero, ¿ puede usted perdonarse a sí mismo ?... No me conteste... Hay otra solución : si quiere seguir viviendo como un hombre honrado, revele a toda Hungría, al mundo entero, el secreto del proceso Rajk y el papel que usted ha desempeñado en él.

Kadar no contestó. Y algunos minutos más tarde se fué. Hubiera podido hacer una declaración pública que hubiese puesto fin a la carrera política de Rakosi, contribuyendo de este modo al mejor éxito de la lucha antistalinista de Imre Nagy, que ya en esta época deseaba seguir « el camino de Gomulka ». Pero Kadar permaneció mudo. Claro está que una intervención de esta clase no carecía de peligro, ya que Rakosi seguía sosteniendo la tesis de la culpabilidad de Rajk. No obstante, para Kadar era la única posibilidad de expiar algunos de sus crímenes monstruosos. Su silencio representa algo más que una ocasión desperdiciada.

En 1955, Rakosi intensificó su campaña contra Imre Nagy. Janos Kadar (liberado por Nagy) no tuvo ninguna reacción cuando Rakosi expulsó a Nagy del gobierno y le hizo excluir del partido, en el que Kadar había vuelto a ser, en aquel tiempo, uno de los hombres más influyentes. Nunca utilizó esta influencia contra su antiguo cómplice y carcelero, Rakosi. A principios de 1956, el « asesino calvo » tenía el proyecto de organizar un proceso contra Imre Nagy. Kadar no hizo nada para evitarlo. Pero, en 1956, la corriente antistalinista había adquirido en Hungría una fuerza considerable. El movimiento de opi-

nión que pedía cuentas a Rakosi por los procesos prefabricados y los asesinatos en serie, se intensificaba cada día más. Los hombres del comité central y del politburó se daban cuenta de que debían sacrificar a Rakosi y a algunos miembros de su séquito, para poder salvar su propia piel. Pensaban en Kadar como en un posible sucesor de Rakosi. Es probable que Kadar les alentase en esta idea.

Pero Rakosi se enteró de estos proyectos y reaccionó inmediatamente. En la siguiente reunión del comité central, deslizó algunas observaciones acerca de « la imprudencia de que daba pruebas el camarada Kadar, uniéndose a las personas que reclamaban el castigo de los responsables del proceso Rajk ». Rakosi paseó entonces a su alrededor una mirada satisfecha, preñada de amenazas sobrentendidas; luego, por indicación suya, uno de sus secretarios trajo un magnetófono y lo puso en marcha. Todos los miembros del comité central — con muy pocas excepciones — fueron presás del horror y de estupefacción por lo que oyeron. Reconocieron dos voces : *la de Laszlo Rajk, asesinado en* 1949, *y la de Janos Kadar*. Se trataba de una larga conversación, — visiblemente registrada en el número 60 de la calle Andrassy, antiguo cuartel general de la A.V.H. Extraña conversación, en efecto, en la que Kadar trataba de persuadir a su mejor amigo, Laszlo Rajk, para que no se obstinara más y confesara todo lo que deseaban la A.V.H. y los hombres del general Bielkin.

En el curso de esta conversación, Kadar no pretendía un solo momento que Rajk hubiese cometido hecho alguno que fuera reprensible. En varias ocasiones insistía sobre la inocencia evidente de Rajk. Pero el movimiento comunista internacional necesitaba esta confesión de culpabilidad. « Es el único medio para desenmascarar a Tito. » El, Rajk, repetía Kadar, ¿ acaso no hubiera sacrificado de buena gana su vida por el partido ? Hoy no se le pedía tanto: no se trataba más que de una especie de suicidio moral. Sólo su pasado habría de sufrir por ello; sólo perecería su nombre. Se anunciaría su ejecución, pero en realidad se le conduciría a Crimea, con su mujer y su hijo, en cuanto se hubiese proclamado el veredicto. Ulteriormente, con un nombre supuesto, se confiaría a Rajk una importante función en el partido, en alguna región lejana. El partido sabría probar de este modo su reconocimiento.

La conversación demostraba que Rajk — incluso después de semanas de insomnio, de hambre y de torturas — no aceptaba fácilmente la lógica escalofriante de este argumento. Kadar halagaba, adulaba, hacía promesas ; Rajk no cedía. Replicaba que, de todos modos, el público no creería nunca que un comunista de toda la vida, con un pasado de luchador como el suyo, hubiera podido ser confidente de la policía y agente de media docena de servicios secretos, entre los cuales figuraba la Gestapo, — ¿ Por qué queréis hacer de mi un traidor desde el principio?— preguntaba Rajk. Si os empeñáis en vuestra conspiración, ¿ por qué no decir que he conspirado recientemente contra Rakosi ? Sería igualmente falso, pero al menos podrían creerlo algunas personas.

Al fin Rajk prometió reflexionar. Kadar le dió de nuevo su palabra de honor de que inmediatamente después del proceso sería enviado, en compañía de su mujer y de su hijo, a un maravilloso sanatorio soviético. (En este momento, la esposa de Rajk estaba en la cárcel ; su hijo le había sido arrebatado por orden de Kadar. El acta de nacimiento del niño fué destruída y éste colocado en una de las guarderías del partido, para niños abandonados.

Mientras el magnetófono seguía marchando, Kadar escuchaba abrumado, con la cabeza baja. Algunos años antes, él había sido humillado por los verdugos de la A.V.H. en sus calabozos. Ahora era su propio pasado el que subía a la superficie para humillarle ante cincuenta personas, y pronto lo sería ante toda Hungría. Creía truncada su carrera. Nunca más volvería a alcanzar el poder. La casualidad — o el destino, quizá — lo dispuso de otro modo. Uno de los hombres de mano de Rakosi, Erik Molnar, ministro de Justicia, pidió al funcionario que volviera a hacer pasar la cinta desde el principio. Debía haber un error en los preparativos de la reunión, porque el funcionario obedeció en seguida. Y así es como los asistentes pudieron oir el comienzo de la conversación que, no obstante, se había tenido interés en ocul-

tarles. Era Kadar el que hablaba : — « Querido Laci ; me dirijo a tí de parte del camarada Rakosi. Me ha pedido que te explique la situación. Claro está que todos sabemos que eres inocente, y es posible que todo este asunto hubiera podido llevarse con menos brutalidad. Pero el camarada Rakosi está persuadido de que tú lo comprenderás. Unicamente los camaradas muy grandes son elegidos para desempeñar un papel como el que te pedimos que aceptes. El camarada Rakosi me ruega te diga que, si aceptas hacer lo que espera de tí, prestarás un servicio histórico al movimiento comunista... »

El efecto de esta audición fué inesperado. Para cualquier asamblea de gentes normales, estas revelaciones — durante las cuales el rostro de Rakosi había enrojecido de cólera — sólo hubieran podido tener una consecuencia : la detención inmediata de Rakosi y de Kadar. Pero el comité central no era una asamblea de gentes normales. Viendo que se encontraba en un callejón sin salida, no tomó ninguna decisión. Muchos de los miembros presentes tenían sin duda motivos para temer revelaciones semejantes respecto de ellos mismos.

Pero estas revelaciones no tardaron en divulgarse a todos los medios políticos. Los miembros del comité central hablaron de ellas a sus mejores amigos, y pasando de unos a otros, pronto acabó por enterarse « todo el mundo ». Yo he oído esta historia de labios de la Sra. Rajk, que la conocía por uno de los miembros del comité central. Otros me la han contado también. Más tarde, durante la revolución, asistí a una reunión de nuestro comité, en la que tres miembros del comité central hicieron el mismo relato. Los detalles del diálogo Rajk-Kadar llegaron a conocimiento de millares de personas en Budapest, mucho antes de la revolución. Este incidente fué uno de los factores — entre centenares de otros — que provocaron la explosión.

EL EPISODIO del magnetófono tuvo lugar en mayo. El 18 de julio Rakosi era expulsado por Mikoyan. Ernest Geroe, el primer instructor moscovita de Kadar le sucedió en el puesto. Polonia y Hungría comenzaron a agitarse.

Muchas gentes se asombraron al ver que Kadar no abandonaba la política. Después de la revelaciones de mayo, esta obstinación resultaba, en efecto, sorprendente. Se tenía ya la prueba de que Kadar había salido de la cárcel sin haber cambiado, o si había cambiado había sido para empeorar. Había llegado a la mayor perfección en el desdoblamiento de la personalidad, lo que yo llamaré la « esquizofrenia controlada », o en otros términos, una mezcla consciente de ilusión y de cinismo, de obsesión y de oportunismo. Son numerosos los funcionarios superiores del partido afectados por esta misma neurosis. Algunos comunistas que han llegado a la cumbre consiguen desembarazarse de ella. Entonces se vuelven perfectamente cínicos, cesan de mentirse a sí mismos, no tienen más preocupación que la del poder.

Durante la revolución de octubre en Hungría, Kadar sucedió a Geroe en la jefatura del partido comunista. En esa época el partido no existía prácticamente. Los obreros comunistas de Csepel habían roto sus carnets de afiliados. Derribaron la enorme estatua de Stalin y, entre las botas, que se quedaron encima del zócalo, encendieron un fuego de alegría con los carnets del partido. La mayor parte del millón de afiliados con que éste contaba entonces se volvió contra el régimen. Kadar reconoció en sus discursos los errores y los crímenes cometidos por la antigua dirección. Proclamó que quería organizar el partido de la Verdad. El 30 de octubre, en su alocución radiada, dijo a sus camaradas : — « Hay que defender nuestros ideales puros y justos con medios puros y justos. »

Kadar formaba entonces parte del gobierno de Imre Nagy. En 30 de octubre, Nagy anunció por la radio la victoria de la revolución y terminó su discurso con estas palabras : « ¡ Viva Hungría libre, democrática e independiente ! » El discurso siguiente fué pronunciado por Janos Kadar : « Declaro que todos los miembros de la dirección del M.D.P. (partido comunista) aprueban plenamente las decisiones adoptadas por el primer ministro. Por mi parte, estoy enteramente de acuerdo con todo lo que han dicho los oradores que me han precedido : Imre Nagy, Zoltan Tildy y Ferenc Erdei, mis amigos y mis compatriotas, a quienes respeto profundamente. »

El dia 20 de octubre, Imre Nagy era para Kadar un « compatriota respetado ». El 31 de octubre y el 1 de noviembre, Kadar participaba en los trabajos del gobierno revolucionario. En la noche de este último día, abandonó súbitamente el edificio del Parlamento — donde se encontraban todas les oficinas gubernamentales durante la revolución — y se presentó al alto mando del ejército soviético. En ese momento, Moscú había decidido probablemente aplastar la revolución húngara, y Kadar le ofreció sus servicios.

Las tropas soviéticas desencadenaron su ofensiva general contra la capital húngara, a las cuatro de la madrugada del día 4 de noviembre. A las 8 h. 15, la emisora balcánica de Radio-Moscú anunciaba la formación del « gobierno» Kadar, y a las 8 h. 30, el programa en catorce puntos de este gobierno. El punto décimocuarto decía : « El gobierno revolucionario húngaro obrero y campesino ha pedido al cuartel general del ejército soviético que ayude a nuestro pueblo a destruir las fuerzas reaccionarias y a restablecer el orden y la paz en Hungría. » Ulteriormente Kadar debía repetir en diversas ocasiones que la segunda intervención soviética había tenido lugar a petición de su « gobierno ». Ahora bien, su gobierno, según declaraciones del propio Kadar, sólo se formó algunas horas después de la intervención. A nadie engañó esta mentira, que únicamente probaba que Kadar estaba dispuesto a cubrir cualquier agresión soviética.

En el momento en que la huelga general paralizaba toda Hungría, Kadar, utilizando su vocabulario acostumbrado, hablaba de un puñado de fascistas que incitaban a los obreros a levantarse contra el gobierno, al que sostenían, según sus declaraciones, todos los obreros demócratas. A esto se replicó con una frase humorística : ¡ Sí, claro, se decía en Budapest, claro que le sostienen *los seis*, puesto que son sus ministros !

A principios de enero de 1957, Kadar publicó su programa político tan esperado. Bastará con citar una frase del mismo : « La traición del gobierno de Imre Nagy ha abierto el camino a la contrarrevolución, que ha intentado derribar a la democracia popular húngara, para colocar al país bajo la dependencia de los fascistas, de los capitalistas y de los terratenientes. »

Sería difícil acumular más mentiras en una sola frase. La mayor parte de las familias húngaras conservaron los periódicos y los folletos de la etapa revolucionaria. Estos documentos suministran la prueba de que ninguno de los partidos o agrupaciones que surgieron durante la revolución deseaba la vuelta al sistema de latifundios, ni al capitalismo, y que todos eran de carácter resueltamente antifascista. Estos periódicos contienen también las declaraciones de Kadar en las *que reconoce los hechos.*

Janos Kadar tiene ahora poder para humillar, deshonrar y matar. Tiene la fuerza de un ayuda de cámara de los soviéticos. Puede asesinar y, en efecto, asesina a centenares de combatientes de la libertad. Muchachos y muchachas de veinte años son ejecutados por haber tomado parte en la revolución. Kadar prohibe la Unión de los Escritores, la Asociación de los Periodistas. Sus esbirros detienen a escritores, a periodistas, a sabios, a intelectuales, a estudiantes y a obreros por millares.

Imre Nagy, que le sacó un día de la cárcel y que había llegado a ser el hombre más popular de Hungría, se encuentra hoy en una cárcel soviética. Janos Kadar en persona fué quién persuadió a Imre Nagy y a las diecisiete personas que se habían refugiado con él en la embajada de Yugoeslavia en Budapest, para que abandonaran su asilo. El es quien había garantizado por escrito que podrían volver libremente a sus hogares. Su firma está al pie de un documento redactado en servio y en húngaro. En el instante mismo en que Nagy y sus compañeros salían de la embajada, eran arrebatados por la M.V.D. soviética.

Entre las personas raptadas, mencionemos en primer lugar a la Sra. Rajk, que está ahora encerrada ; Janos Kadar ya no tiene que temer su mirada. También lo están Frenc Donath y Sandor Haraszti, los antiguos coacusados de Kadar, que yo había visto a su lado durante su proceso. Están nuevamente encarcelados. Estos ya no podrán contar cómo se ha conducido Kadar en este proceso.

¡ Sí, Kadar está en el poder !

GYORGY PALOCZI-HORVATH

Conversaciones en Polonia

POR ERNST HALPERIN

El tren hizo su entrada a través de las tristes barracas que llevan el nombre de Estación Central de Varsovia. — Heme aquí pues — me dije — en la nueva Belgrado, en el segundo centro de la herejía del *comunismo nacional*.

Es una mañana gris, fría y húmeda del mes de enero. A ambos lados de las calles se ven escombros y construcciones provisionales de madera o inmuebles medio derruídos. Muchos bloques nuevos de viviendas y de edificios oficiales se hallan todavía sin terminar, sin revestimientos y muestran sus desnudos muros de ladrillo rojo. Varias de estas construcciones están aún ocultas tras los andamiajes, que ya había visto cuando estuve aquí, en agosto de 1955, con ocasión del Festival Mundial de la Juventud. De 1947 a 1952-53, se construyó mucho en Varsovia. Y sobre todo, se reconstruyeron, en su forma primitiva y con un cuidado conmovedor, extensos barrios de la Ciudad Vieja, numerosas casas burguesas y palacios barrocos. Pero los constructores tuvieron que desistir de su empresa, porque el esfuerzo realizado rebasaba las posibilidades del país. En el momento del Festival Mundial de la Juventud, todas las actividades relacionadas con la construcción se hallaban prácticamente paralizadas.

¡Cuán diferente me había parecido la ciudad de Belgrado, este primer hogar de la herejía comunista, cuando llegué allí en un día soleado de fines del verano de 1949! La carretera que va del aeropuerto a la ciudad nos había llevado a través de un grupo inmenso de edificios en construcción. En la confluencia del Save y del Danubio, en medio de un pantano desecado, se levantaba el nuevo centro administrativo del país, la ciudad-jardín de la Nueva Belgrado. La armadura de hormigón de la nueva Presidencia del Consejo se elevaba audazmente hacia el cielo. En el tajo hormigueaban los obreros, que no eran sino los jóvenes y las muchachas venidos de todas las regiones del país, agrupados en brigadas juveniles. Trabajaban entre risas y cantos, mientras que los altavoces, situados en todos los rincones, transmitían consignas y hacían oír los cantos de los guerrilleros. Después, pasamos por encima del puente que cruza el Save, a cuya entrada se levantaba un arco de triunfo adornado con la hoz y el martillo, y con una inscripción que proclamaba *urbi et orbi* que Yugoeslavia construía el socialismo. Al fin llegamos a la ciudad de Belgrado. Aquí también había por todas partes edificios en construcción, inscripciones entusiastas, banderas, cantos y columnas de trabajadores que desfilaban por las calles.

Es cierto que toda esta animación y todo este entusiasmo eran artificiales. Se trataba de sostener el ardor de los cuadros del partido y de impedir su desmoralización, mediante la propaganda del Kominform. Sin tenir en cuenta las dificultades financieras, a despecho del bloqueo económico decretado por los países del Este, a pesar de la penuria de divisas, el Gobierno yugoeslavo había emprendido la ejecución de proyectos tan inmensos como la Nueva Belgrado, la autopista Belgrado-Zagreb, el desecamiento del lago de Scútari y la construcción

de la central eléctrica de Jablanica. Esto debía acabar mal. Desde el verano de 1950, Yugoeslavia se hallaba al borde de la bancarrota. Fué preciso reducir considerablemente los objetivos del plan económico, frenar las inversiones, detener algunos trabajos de construcción en curso y hacer economías licenciando funcionarios.

Pero los jefes del partido comunista de Yugoeslavia fueron lo bastante hábiles para encontrar un procedimiento que, a pesar de la gravedad de la situación, permitiese mantener viva la moral de los cuadros, y para transformar una retirada económica en ofensiva ideológica de gran alcance. Se incluyó la reducción de las inversiones y del número de funcionarios en el programa de descentralización económica y administrativa ; se proclamó el principio de la gestión autónoma de las empresas y de los municipios. El conjunto de estas medidas fué presentado como una vuelta al leninismo auténtico, como el principio de esa mayor liberalidad del Estado que había anunciado Lenin en *El Estado y la revolución*. Esto permitió a los cuadros del partido conservar la conciencia tranquila. Ahora podía decirse que ellos eran los verdaderos marxistas-leninistas. El sistema soviético, con su centralización rígida, su planificación total y su monstruoso aparato burocrático, aparecía a sus ojos como un error y una deformación, como una desviación maligna de la doctrina sagrada.

En 1957, Polonia se encuentra en una situación no menos difícil. La planificación total ha fracasado lamentablemente. Una política errónea de inversiones ha agotado las fuerzas del país. La balanza comercial acusa un déficit inmenso. El Estado está amenazado de quiebra y será difícil impedir o detener la inflación. La adopción de medidas radicales y extremadamente penosas ha llegado a ser inevitable. Habrá que cerrar algunas empresas, despedir a muchos obreros y empleados. La crisis ideológica por que atraviesan los cuadros del partido viene a sumarse a todo esto. No se ha producido una ruptura franca con Moscú ; pero el informe secreto de Kruschef no ha sido, para los comunistas polacos, un golpe menos duro que la expulsión del Kominform, en 1948, lo fué para los comunistas yugoeslavos. La confianza que pudieran tener aún en la Unión Soviética, país del socialismo, ha sido completamente destruída por los acontecimientos que siguieron a dicho informe, por la política de péndulo de los dirigentes soviéticos, por la visible repugnancia de éstos a sacar las debidas conclusiones de los debates y de las decisiones del XX Congreso del Partido Comunista de la U.R.S.S. y a modificar el sistema que ha podido producir a un Stalin, así como su incapacidad para asentar sobre nuevas bases las relaciones con los Estados satélites.

Para sostener la moral del partido, Varsovia no ha recurrido a los métodos yugoeslavos de los años 1949-1950. Bastará, para convencerse de ello, echar una rápida ojeada a las calles de la capital polaca. Y sin embargo, en las intensas jornadas de octubre de 1956, la dirección del partido comunista polaco ha resistido a la presión soviética con una firmeza ejemplar. Es evidente que una actitud semejante sólo puede tener sus raíces en una gran fuerza moral. ¿ Cuál es esta fuerza moral ? ¿ Cuáles son los medios que los dirigentes polacos ponen en práctica para evitar la descomposición de la moral y de la disciplina del partido ? En una palabra, ¿ qué es el comunismo polaco ?

Desde mi llegada a Varsovia he buscado la respuesta a estas preguntas. Los primeros días son poco agradables en una ciudad que no se conoce bien. Es preciso ir a la Oficina de Prensa y presentarse a la Policía para proceder a las formalidades de prórroga del visado ; hay que recorrer les representaciones diplomáticas, con la esperanza de obtener alguna información inédita o al menos un criterio personal de algún consejero de embajada que, por lo general, es hostil y desconfiado en relación con los periodistas. Después, el enviado especial se vuelve a su habitación de hotel, cargado de montones de periódicos, de folletos y del boletín de prensa.

Y fué precisamente en una de estas revistas de prensa donde encontré una breve noticia que había sido publicada en un periódico de Varsovia algunos días antes de mi llegada. Dicha noticia comunicaba que la mitad de los empleados de la Comisión para la Seguridad del Estado (el antiguo Ministerio de Seguridad), recientemente disuelta, había sido trasladada en parte a los servicios de información del ejér-

cito y en parte a diversas secciones del Ministerio del Interior, y la otra mitad seguiría cursos preparatorios para pasar después a ocupar cargos civiles. Significaba esto que había dejado de existir la demasiado célebre U. B. (Oficina de Seguridad), en otras palabras, la policía política ? En mi escepticismo, pregunté a mis colegas extranjeros, así como a todos los polacos que pude encontrar. He aquí el resultado de mis investigaciones :

Es cierto que aún subsisten actualmente en Polonia los servicios de policía que se ocupan en las cuestiones politicas, lo mismo que el F. B. I. en los Estados Unidos, o la Oficina para la Defensa de la Constitución en la Alemania Occidental. Pero estos servicios dedican su actividad a objetivos estrictamente determinados. En Polonia ya no existe el sistema de vigilancia general, tan característico de los regímenes totalitarios. La población ya no está expuesta a las maniobras de los soplones ni de los confidentes. Por otra parte, ya no hay el intercambio de servicios entre el aparato del partido y la policía. Se ha terminado esa simbiosis del partido y de la policía, merced a la cual las células comunistas suministraban al servicio de seguridad informaciones sobre los ciudadanos sin partido; en la que el partido había pasado a ser un engranaje — el engranaje más importante — del sistema de vigilancia, en tanto que la policía, por su parte, representaba el brazo secular del partido, ya que la autoridad de sus funcionarios se fundaba esencialmente en su poder para hacer encarcelar a cualquiera de sus conciudadanos.

Merece tenerse en cuenta el hecho de que el régimen comunista polaco haya renunciado de este modo a su principal instrumento de coacción e intimidación, y que esto se haya producido en un momento de fuerte tensión política y de grave crisis económica. Es natural pensar que sólo un partido muy unido, muy disciplinado y perfectamente consciente de sus objetivos pudiera permitirse uu lujo semejante. ¿Cuál es el estado de cohesión, de unidad ideológica, de moral y de disciplina de los comunistas polacos ?

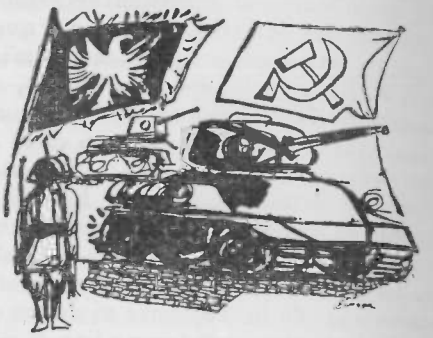
En el curso de mi visita a Varsovia, en agosto de 1955, yo había trabado amistad con un veterano del partido comunista polaco, que no tardó en manifestarse como partidario de Gomulka. En dicha época, Gomulka acababa de salir de la cárcel, y nadie pensaba en la posibilidad de su rehabilitación. Hacía una vida modesta de funcionario modesto. De ahí que la franqueza de mi interlocutor me llamase la atención. Yo estaba asombrado de que un miembro del partido diera a un extranjero no comunista informes y manifestara opiniones acerca de la situación interna del partido, y que se declarase adicto a un antiguo dirigente caído en desgracia. En aquella época, antes de que el XX Congreso del P.C. de la U.R.S.S. provocara tan profundo trastorno en la disciplina del P.C. polaco, una actitud de esta clase me pareció asombrosa y excepcional.

En enero de 1957, volví a ver a este amigo. — Actualmente — me dijo — el partido pasa por una grave crisis. El entusiasmo y la unión de las jornadas de octubre no han sido más que un breve instante de embriaguez. Ahora que la borrachera se ha disipado, vemos que el partido está dividido en varios grupos y tendencias. Convendrá decir que la crisis actual empezó realmente en julio último, inmediatamente después de los acontecimientos de Poznan. En dicha época aún no sabíamos muy bien cómo interpretarlos, ni cuáles eran las conclusiones que debíamos sacar de esa historia desagradable. Aunque no fuese más que por razones puramente técnicas, no era posible presentar las revueltas de Poznan como la consecuencia de un complot imperialista. Para poder presentarlas como tales, hubiera sido preciso arrancar confesiones falsas a las personas detenidas. Pero en el curso de los meses que habían precedido a los aconlecimentos de Poznan, se había destituído, y hasta detenido, a una serie de funcionarios de la policía política y de los juzgados, por haber obtenido por la violencia confesiones, durante la gran depuración llevada a cabo entre los años 1949 y 1953. Los servicios encargados de las investigaciones relativas al levantamiento de Poznan no tuvieron el menor deseo de exponerse algún día a sanciones semejantes. Así es que ni siquiera pensaron en emplear los métodos del período anterior. Suministraron informes perfectamente verídicos acerca de los resultados de la investigación, y en ellos

no se encontraba el menor rastro de maquinaciones de los agentes imperialistas.

A fines de julio — continúa — recibimos la visita de dos altas personalidades soviéticas : Bulganin y el mariscal Jukof. Estos nos hicieron una proposición sencilla y hábil. Se iban a explicar los motivos del levantamiento de Poznan. Había sido provocado por la situación económica desastrosa de los trabajadores, y la cólera del pueblo se había dirigido sobre todo contra la policía política. ¿Quién era responsable de la mala política económica del régimen ? ¡No podía ser sino el gran jefe de la planificación, el judio Hilary Dinc ! ¿Y quién ha ejercido, hasta hace poco, en su calidad de miembro del Politburó, la dirección de la policía política ? ¡El hombre más detestado del país, el judío Jacob Berman ! Para volver a conquistar la confianza de la población, bastaría con organizar un gran proceso y juzgar a Minc y a Berman. La mayor parte de los dirigentes del partido rechazaron esta solución. La séptima sesión plenaria del Comité Central decidió asumir colectivamente la responsabilidad de los acontecimientos de Poznan y prometer al país una modificación radical de las orientaciones políticas y económicas. Sólo una pequeña minoría, fiel a Moscú, que constituía el grupo de « Natolin », se negó a aceptar esta decisión y se comprometió a efectuar la propaganda antisemita, de conformidad con las instrucciones de Moscú.

Hasta el mes de octubre — prosigue — los *natolinianos* permanecieron completamente aislados. Pero entonces empezó a formarse un nuevo grupo de *conservadores :* por oposición a los *natolinianos*, que eran los de la vieja guardia staliniana, les llamaré *neo-stalinianos*. Se trataba de hombres que, en su mayor parte, habían acogido con entusiasmo la vuelta de Gomulka al poder, y que habían desempeñado un papel decisivo en la preparación y realización de la revolución de octubre. Pero una vez llevada ésta a cabo, creyeron conveniente frenar el curso de los acontecimientes. Temían que la democratización pudiese ir demasiado lejos y que, en lo referente a política exterior, acabara en una ruptura ideológica y política con el campo socialista, y en el interior, eliminando del poder al partido comunista. Los hombres de esta tendencia no tienen nada de común con los *natolinianos*, de los que también les separan enemistades personales. Entretanto, y en relación con determinados problemas concretos, se ha esbozado entre los grupos una colaboración, que se efectúa especialmente sobre la base de la oposición al programa agrario de Gomulka, destinado a garantizar a los campesinos la propiedad de las tierras que cultivan. Desde entonces, el fraccionamiento del partido no ha cesado



de acentuarse. Actualmente existen en su seno las tendencias siguientes : 1), los *natolinianos*, o viejos stalinianos ; 2), los neostalinianos, quienes, después de las jornadas de octubre, han abandonado la tendencia reformista (estos dos grupos tienen en sus manos la inmensa mayoría del aparato del partido) ; 3), los partidarios y simpatizantes personales de Gomulka, estrechamente unidos con los antiguos socialdemócratas, que gravitan alrededor del Presidente del Consejo, Cyrankiewicz, (están débilmente representados en el aparato del partido, pero cuentan con numerosos partidarios entre los simples militantes y, de una manera general, entre la clase obrera ; 4), los hombres en opinión de los cuales Gomulka no va bastante lejos en su política, que le reprochan haber tenido demasiados miramientos con la Unión Soviética, en cuanto a la política exterior, y respetar demasiado a los stalinianos, en los asuntos de política interna. Este último grupo se divide, a su vez, en dos tendencias : una que desea la instauración de un régimen parlamentario, con pluralidad de partidos, y otra que preconiza una transformación radical del sistema económico y político de Polonia, de conformidad con el modelo yugoeslavo, y que comprendería la autono-

mía de gestión en las empresas y en las administraciones municipales.

¿Corresponde a la realidad el cuadro esbozado por mi interlocutor ? ¿Está efectivamente dividido el partido ? — No se forje usted ilusiones — me dijo otro comunista que fuí a visitar. — El partido no está en modo alguno dividido. Entre los cuadros reina la unidad de criterio, sobre todos los problemas esenciales. No hay tendencias divergentes para las cuestiones de principio ; todo lo más podrían descubrirse actitudes diversas ante ciertos problemas técnicos concretos.

El hombre que me hablaba así era un viejo comunista de antes de la guerra, que había conocido las cárceles del régimen de Pilsudski y las luchas de tendencias en el seno del partido, entre 1930 y 1938. Mi amigo gomulkista lo había clasificado como uno de los jefes de fila de la tendencia neo-staliniana.

— ¡No haga usted caso de lo que le digan los estudiantes y los periodistas, o los demás intelectuales de la capital ! ¡No crea usted sus cuentos sobre las pretendidas divisiones en el interior del partido ! Esas gentes no representan en absoluto el estado de espíritu del partido. Los cuadros no piensan como ellos. La prohibición de formar fracciones organizadas en el seno del partido — continuó diciendo — constituye una necessidad absoluta para un partido revolucionario. Este principio prevalecerá de una manera o de otra, tanto si somos vencedores como si somos vencidos por esos jóvenes inexpertos, por esos mozalbetes que nos llaman stalinianos y adversarios de la democracia.

Así pues, tanto la lucha de las fracciones, como las divergencias de opinión sobre las cuestiones fundamentales existían dentro del P.C. polaco. Al principio de la conversación mi interlocutor había afirmado lo contrario, obedeciendo sin duda a la costumbre y por acatamiento de una disciplina, que los jóvenes ya no observan, y que prohibe toda discusión de los problemas internos del partido, con los que son ajenos a él. Tampoco estaba seguro de que su grupo fuera el más fuerte.

DESPUÉS VISITÉ a uno de los representantes de la joven generación, al que también me habían señalado como partidario de la tendencia neo-staliniana. Al principio, la conversación versó sobre la significación de los consejos obreros. Le pregunté si compartía la opinión de los yugoeslavos, para quienes la entrega de la gestión de las empresas a dichos consejos era el comienzo de esa menor intervención del Estado, prevista por Lenin.

— Los consejos obreros — contestó — son una cosa muy buena y necesaria. Pero es una tontería pretender que signifiquen una menor intervención del Estado. Cuando Marx, Engels y Lenin hablaban de esa disminución de la intervención del Estado, no pensaban en la organización de la industria, sino en el ejército, en la policía y en la justicia. Y en lo referente a estos órganos, usted sabe que en Yugoslavia la intervención del Estado no es menor, sino tal vez mayor que en nuestro país.

— Por otra parte — añadió — nosotros queremos, al contrario de los yugoeslavos, desembarazarnos de la mala costumbre staliniana, que consiste en dar una fachada ideológica a todas las medidas prácticas en el terreno político o en el económico. Los consejos obreros y la descentralización económica son problemas técnicos ; su objetivo es la utilidad económica de tal o cual solución. Por esto nosotros no nos lanzamos a implantar las novedades con tanta rapidez como los yugoeslavos. Los consejos obreros están todavía sometidos a ciertas experiencias que se proseguirán hasta que hayamos encontrado la fórmula más conveniente.

— En vista de que la organización económica, el problema de la centralización y de la descentralización de la economía planificada ya no plantean cuestiones de principio, sino tan sólo problemas técnicos — le pregunté — ¿qué considera usted, pues, como cuestión de principio ?

— El principio marxista de la dictadura del proletariado — respondió.

— ¿La dictadura del proletariado ejercida por un partido comunista monolítico ?

— ¡Ah, no ! — contestó, casi con violencia. — Ya tenemos bastante de la unidad monolítica. No queremos en absoluto ser un partido monolítico.

— Pero — objeté — si es usted leninista, ha de ser forzosamente partidario de la

prohibición de las fracciones en el seno del partido ?

— Es verdad que Lenin obtuvo del X Congreso la prohibición de las fracciones ; pero, en realidad, él no la aplicó nunca. Fué Stalin quien lo hizo.

— ¿Estima usted necesaria una depuración del partido ?

— ¡ Espere usted que se celebren las elecciones ! — contestó. — Después expulsaremos a todos los elementos sospechosos, que sólo se han afiliado para estar más cerca del pesebre. Entonces tendremos un partido mucho más pequeño, pero estará depurado y desembarazado de los privilegiados y de los oportunistas.

AQUELLA NOCHE vi en el comedor del hotel a un yugoeslavo que había conocido en Belgrado. Una delegación yugoeslava, dirigida por Svetojar Vukmanovitch, acababa de pasar unos días en la capital polaca. No había logrado lo que motivó su venida. Es cierto que los polacos le habían prodigado las promesas de cooperación amistosa, pero se habían negado a suscribir una denuncia en regla de los elementos stalinianos que había en Moscú y en el movimiento comunista internacional.

Me senté a la mesa del yugoeslavo y le pregunté su opinión acerca del los consejos obreros en Polonia.

— Todo esto no son más que charlas vanas — me dijo de mal humor. — Estas gentes no entienden nada de nada. Se entregan a experiencias particulares en ciertas empresas, sin querer comprender que se trata de una cuestión de principio y de doctrina, que tiende a introducir la libre competencia en la economía y a interesar materialmente al obrero en la producción.

— Y ¿qué piensa usted de la situación del partido comunista polaco ?

— ¿De qué partido ? — preguntó con ironía. — En Polonia ya no hay partido comunista.

Un juicio semejante podía parecer duro ; pero está lejos de ser falso, si se entiende por el vocablo « partido », un partido monolítico, dictatorial, como es el partido comunista yugoeslavo. En Polonia, ya no hay más que un millón y medio de afiliados al partido comunista, que constituyen una cantidad de grupos y grupitos, donde todo se discute, y un aparato del partido que lucha con la energía de la desesperación para conservar su posición, pero que desde la supresión del sistema de vigilancia policíaca, ya no tiene ningún poder ni ninguna autoridad sobre la población. Kruschef y Bulganin podrán enfadarse, pero nada puede ya cambiarse. Son los propios dirigentes soviéticos los que, con la desestalinización, han destruído la disciplina ideológica del partido comunista polaco. Ya no puede ser cuestión de restablecerla : la disciplina ideológica es una cuestión de fe y no se puede imponer por decreto.

Ante esta situación, ¿qué hace el Secretario general del Partido ?

— Gomulka es demasiado honrado, demasiado recto y demasiado bueno — me dice un dirigente estudiante, un colaborador de las revistas juveniles *Po Prostu*, *Nowa Kultura*, *Sztandar Mlodych* que, en octubre, fueron las que con más ardor reclamaron el regreso de Gomulka a la cabeza del partido. — Se niega a proceder a una depuración del partido, deja a los stalinianos en puestos que les permiten envenenar el clima. Afirma que no debemos recurrir a los métodos cuya aplicación habíamos reprochado a nuestros adversarios.

— Además — prosigue diciendo — Gomulka tiene la aversión característica de los obreros hacia nosotros, los intelectuales. Por esto no quiere comprender la importancia del trabajo ideológico. Nosotros hemos trabajado mucho en estos últimos meses, y hemos redactado una serie de artículos en los que examinamos el papel que ha desempeñado el sistema burocrático de la Unión Soviética en la génesis del stalinismo. Pero la censura no autorizó su publicación. Gomulka afirma que la publicación de tales artículos sólo daría por resultado hacer más difíciles nuestras relaciones con la Unión Soviética, sin ninguna ventaja para nadie. Pero, ¿cómo podremos combatir eficazmente a los stalinianos, si no se nos permite resolver, en primer lugar, una querella ideológica con el stalinismo ?

Terminó con unas palabras amargas sobre la diferencia que existe entre Yugoeslavia y Polonia : — En Yugoeslavia se puede escribir todo lo que se quiera contra la Unión Soviética y nada contra Yugoeslavia ; en Polonia, se puede escribir lo que se quiera contra Polonia y nada contra la Unión Soviética.

El secretario general del P. C. de Polonia no recibía a los periodistas extranjeros. No obstante, éstos tuvieron frecuentes ocasiones de verle de cerca, en el curso de las reuniones electorales y de las recepciones oficiales. Gomulka es un hombre de constitución débil, que parece más viejo de lo que es. Sus cabellos blancos adornan un cráneo casi calvo ; sus mejillas están sumidas y su rostro surcado por profundas arrugas. Si no tuviera unos ojos tan expresivos, se le podría tomar por el director de una caja de seguros sociales de una ciudad de provincias, en víspera de jubilarse. Sus ojos oblicuos, oscuros, no tienen la mirada dura y fría de un dictador embriagado por el poder ; pero, detrás de sus sencillas gafas metálicas, su mirada es extraordinariamente clara. atenta e inteligente.

Sus amigos dicen que los cinco años de cárcel le han transformado enteramente, hasta el punto de estar desconocido. Antes de su encierro era un hombre de partido. intransigente, un comunista fanático. Ac-

tualmente, es todo moderación y dulzura.

— Gomulka no tiene nada de blando — me ha dicho un hombre que le conoce bien.

— Cuando quiere, es capaz de ser muy duro y de no andar con rodeos. Y además es testarudo a más no poder.

Polonia estaba en vísperas de sus elecciones legislativas ; los comunistas de todas las tendencias veían con recelo acercarse esta fecha fatídica. Pues si bien, había sólo una lista única, en cambio el número de los candidatos era superior en más de un tercio al de los puestos que debían proveerse. Los comunistas no representaban sino la mitad de los candidatos, y el elector tenía la posibilidad de tachar todo nombre que no le gustara, a fin de hacerle pagar los años de terror y de errores económicos. El elector era dueño de quedarse también en su casa. Ninguna policía política podía ya conducirle a las urnas, ningún funcionario del partido tenía ya bastante autoridad para llevarle a ellas con amenazas, súplicas o protestas. Si la mitad de los electores se hubiera abstenido de votar, esto hubiera sido el fin del prestigio de Gomulka y del crédito del nuevo régimen, tanto en Moscú como en el Occidente ; hubiera sido el fracaso de la experiencia « del camino polaco hacia el socialismo ».

Cinco días antes de las elecciones, el episcopado polaco pidió a todos los fieles que cumplieran con su deber de ciudadanos. La política de conciliación de Gomulka, que había repuesto al cardenal Wychinski en sus funciones de primado de Polonia y había autorizado el restablecimiento de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas, comenzaba a dar sus frutos.

El peligro del boicoteo de las elecciones quedaba así eliminado. Pero los comunistas no habían llegado aún al fin de sus penas ni de sus temores. Los obispos podían llevar a los fieles a las urnas ; pero no podían prohibirles que tacharan los nombres de los candidatos comunistas. Se tenía el convencimiento de que gran parte de éstos, y en todo caso los representantes del aparato del partido, serían eliminados por los electores. Aún en el caso probable de que los comunistas continuaran siendo el partido más numeroso del Parlamento, ¿qué sucedería si el número de diputados comunistas resultaba inferior al de todos los demás parlamentarios no comunistas ?

La víspera de las elecciones, Gomulka pronunció un último discurso radiado. Pidió sin ambages al pueblo polaco que no tachara los nombres de los candidatos del Partido Obrero Unificado (comunista). Después de haber mencionado el peligro que constituía para Polonia el ejército alemán, declaró que en este país sólo sería posible un gobierno dirigido por dicho partido. Los que le acompañaron al estudio de la radiodifusión, aseguran que estaba pálido como la cera y que se leía la desesperación en su semblante cuando pronunció la frase siguiente : « Borrar de las listas a los candidatos del Partido Obrero Unificado es

borrar a Polonia del mapa de los Estados europeos. »

La significación de esta frase no escapó a nadie. Nadie había olvidado aún el círculo de acero que los carros soviéticos formaron alrededor de Varsovia el día 19 de octubre. Lo que había sucedido en Hungría, el 4 de noviembre, estaba presente aún en la memoria de todos.

Los resultados de las elecciones debían demostrar que la participación electoral había excedido del 90 por ciento. El mismo Gomulka obtuvo en su circunscripción el 99,4 por ciento de los sufragios depositados. Todas las demás personalidades dirigentes del partido comunista fueron reelegidas, muchas de ellas con más del 90 por ciento de los votos. Con sólo una excepción, todos los que figuraban a la cabeza de las listas comunistas resultaron elegidos. Y la excepción de que se trata no tiene un carácter propiamente político. En la circunscripción montañosa de Nowy Sadz, un candidato fué derrotado por haber tenido el valor de preconizar la construcción de un embalse, cuya realización hubiera tenido como consecuencia la evacuación de varias aldeas.

Gomulka había vencido. Demostró que no sólo era honrado, sino también más inteligente que todos sus adversarios.

Probó a sus adversarios de Moscú, de Praga y de Pankov que un jefe comunista podía afrontar la consulta electoral honrada (en el escrutinio habían participado demasiadas personas para que una manipulación pudiera alterar los resultados) y obtener el 99 por ciento de los sufragios. Logró demostrar que la democratización de un régimen comunista no conduce forzosamente a la contrarrevolución, ni al restablecimiento del antiguo orden.

Con respecto al aparato de su propio partido, en el que no se cesa de intrigar contra él y de tenderle cepos, Gomulka lo ha neutralizado hasta cierto punto. Aun estando en minoría en el Comité Central del Partido, ha opuesto a dicho Comité una autoridad sobre la que éste no tiene fuerza alguna, y que está por completo a la devoción de Gomulka : el grupo parlamentario del Partido Obrero Unificado.

En lugar de un partido desacreditado, dividido y que ya no representaba un instrumento utilizable, Gomulka ha dado al país y al gobierno una nueva autoridad, el Parlamento, en el que los ciudadanos no comunistas pueden también ahora expresar clara y públicamente sus deseos y sus reivindicaciones. Al mismo tiempo, ha dado al partido la posibilidad de adherirse al grupo parlamentario y de regenerarse, a condición, naturalmente, de que el partido esté dispuesto, en adelante, a prestar oídos a la voz del pueblo y a tratar de merecer la confianza de éste, en vez de contentarse con mandarle.

En Polonia, el problema no consiste hoy, como parecen suponer ciertos jóvenes y entusiastas doctrinarios comunistas, en crear alguna nueva ideología nacional-comunista, o algún super-titoismo. Tampoco se trata de que Polonia abandone el bloque oriental. Cualquier tentativa en este sentido sería una aventura loca e irresponsable ; los hombres que dirigen hoy este país no son unos aventureros. Lo más que puede desear el Occidente es que Polonia constituya en el interior del bloque oriental una fuerza capaz de actuar, en su propio interés, naturalmente, dentro de la moderación, del apaciguamiento y de la comprensión mutua.

Lo que se ventila en Polonia tiene un valor inmenso. Se trata nada menos que de la liquidación de una dictadura totalitaria, del establecimiento de la legalidad y de la democracia, ya que han sido adoptadas medidas decisivas para llegar a este fin. Claro está que la democracia en cuestión continuará bogando bajo la bandera de la « dictadura del proletariado » y bajo la « dirección » del Partido Obrero Unificado. Será, en cierto modo, una democracia disimulada. Otra cosa es imposible en la actualidad, si no se quiere, como dijo Gomulka, que « Polonia sea borrada del mapa de los Estados europeos ».

Desde hace más de veinte años, desde la época en que el Komintern, en su VII Congreso Mundial, fijó los principios de la estrategia del « frente popular », el totalitarismo comunista no había cesado de disimularse bajo las apariencias de la democracia. En Polonia sucede por primera vez que la democracia se disimula bajo las apariencias del comunismo.

ERNST HALPERIN

HONG-KONG
o el secreto de la coexistencia

POR PIERRE Y RENEE GOSSET

Hong-Kong posee uno de los últimos aerodromos del mundo, en los que aterrizar con un Super-Constellation o un D.C. 6 constituye todavía, y cada vez, una hazaña deportiva. En el resto del mundo, cuando ha sido menester alargar las pistas para permitir el despegue y el aterrizaje de los grandes navíos volantes modernos, se han limitado a abandonar el terreno del tamaño de un pañuelo de bolsillo de los tiempos heroicos y han ido a buscar más lejos el espacio que les permitiera evolucionar con holgura.

Todo el drama de Hong-Kong estriba en esto : en que ya no hay « más lejos ».

De modo que, en medio de la bruma, encontramos un agujero que deja paso entre las montañas, contorneamos, casi rozándolo, un pitón rocoso y amenazador, nos deslizamos entre dos muros de colinas abruptas — pasamos tan cerca que parece que las tocamos, y vemos en las terrazas de las casas los detalles de la ropa puesta a secar coqueteamos con las chimeneas mal situadas y nos posamos sobre el cemento, acortando en lo posible el impulso, porque el agua chapotea al otro extremo de la pista.

Pero no es el miedo, sino el paisaje, lo que nos encoge el estómago. En una bahía natural, tan bella que hace pensar tan pronto en la de Río, debido a la forma de las setenta y cinco islitas cónicas diseminadas en ella, como en la de Along, a causa de su color y de su vegetación tropical, a la que rodea un agua con el tono azul del pavo real, Hong-Kong se despliega como puede en una especie de perfección caótica, que no obedece en nada, absolutamente en nada, al urbanismo.

*

Cuando se llega en avión, se observa inmediatamente su topografía. Y más adelante uno se da cuenta de ella, ya que éste es el único modo de comprenderla. La ciudad de Hong-Kong está dividida en dos. Una mitad se extiende sobre una isla, Victoria, en forma de pilón de azúcar, cuyos ochenta kilómetros cuadrados son tan abruptos que, salvo en la orilla del mar, es difícil construir allí otra cosa que villas. La otra mitad es la península de Kowloon, que está enfrente, y es su cabeza de puente sobre el continente chino. Kowloon no tiene más que diez kilómetros cuadrados, pero salvo en los hormigueros, rara vez se ha visto más cantidad de industria sacando partido de tan poca superficie. Entre la península de Kowloon y la isla Victoria, un brazo de mar de cerca de una milla de anchura constituye la rada de Hong-Kong. Entre Kowloon y la China roja hay una especie de glacis erizado de nueve colinas, los Nueve Dragones, denominada los Nuevos Territorios, y que la China arrendó a la Gran Bretaña en 1898. Este arriendo no ha sido denunciado por Mao Tse Tung.

En la isla se mantienen firmes las viejas instituciones británicas, los bancos (varios de ellos han conservado el privilegio de

acuñar moneda y emiten a la vez el dólar local), las compañías de navegación, las de seguros, las empresas de Import-Export. Todas ellas llevan nombres respetados en otro tiempo en Asia : Jardine Matheson C°, China Engineers, Butterfield Swire, East Asiatic C°, Peninsular and Oriental. Viejos y sólidos edificios construídos desde hace cien años sobre la roca, frente al mar que les ha traído la riqueza, en espera de que la riqueza les diera la respetabilidad. Pues, ¿ quién piensa aún en recordar que los ingleses tomaron posesión de Hong-Kong en 1839, para servirse de él como base del comercio del opio con China ?

Y después, inmediatamente detrás de los bancos y de los Lloyds, se halla el hormiguero del barrio chino.

Enfrente, sobre la tierra firme, en Kowloon, se encuentran los grandes hoteles que datan de la época del « confort inglés » : el Peninsular, el Miramar ; los restaurantes que pululan — estilo cantonés, estilo pekinés, schezuan o de Shanghai —, docenas de sastres chinos, de maravillosa habilidad, que os visten de cachemira, de « tweed » o de pelo de camello en cuarenta y ocho horas y con tres pruebas, dos veces más barato que en cualquier otra parte ; centenares de tiendas, bazares, anticuarios, almacenes de *curios*, que os venden abiertamente el Rolleiflex menos caro que en Alemania, el Nikkon menos caro que en el Japón, pero se ocultan para enseñaros, sin esperanza de venderlos, algunos bellos ejemplares de Ming, que aún poseen. Porque, en efecto, al regreso (o al paso) del turista, las aduanas norteamericanas embargan implacablemente todo lo que en los equipajes les parece auténtico *made in China*. Aunque sea bajo el reinado de la dinastía Ming...

*

Claro está que si uno reside en Kowloon, se va precisamente a Victoria a buscar lo que necesita. Si reside en Victoria, no resiste al deseo de pasar a Kowloon. En una palabra, se pasa el tiempo en el *ferry* que las une, que hace esta travesía en diez minutos y que tiene la salida cada cinco.

Pequeño recuerdo de lo exótico : en el portillo hay una pizarra preparada para indicar la ruta probable, la intensidad y la hora del próximo tifón. Pues en caso de tifón no se atraviesa la rada. Se interrumpe el servicio y todos se resignan a permanecer en su casa...

*

En otro tiempo, Hong-Kong era una de las llaves del mundo, cuyo llavero poseía la Gran Bretaña. Algunas de ellas se han perdido, otras se han oxidado. Aquí la cerradura está sencillamente embotada. Esta roca victoriana, asaltada por las razas, este depósito hecho para el tránsito, el trueque y el intercambio, no tenía más razón de ser que su *hinterland* natural, la China a la que está adosada.

Cortado de China por la política, Hong-Kong debería lógicamente marchitarse, descaecer. Pero la buena lógica, y especialmente la nuestra, no tienen aplicación. Hong-Kong sigue siendo una de esas raras encrucijadas de la humanidad que llevan el sello de un hecho inexplicable. Sigue ejerciendo sobre los seres una fascinación que más bien aumenta que disminuye. Su innegable carácter precario debería bastar para que se vaciase. Pero continúa llenándose sin cesar...

Y si nuestra buena lógica no se cotiza aquí, si Hong-Kong se hincha en vez de agonizar, es que —con cortina de bambú o sin ella— todo proclama en él la presencia de China. ¿ Qué China ? Imposible precisarlo ; pero cuando se regresa de la nueva China se puede anticipar la hipótesis de que Hong-Kong — fuera de la revolución actual y bajo la protección del blanco — es la última ciudad de una tradición estilo vieja China, que se extingue.

La alegría china

En primer lugar, los ruidos. Mil estruendos callejeros, charangas de tocadiscos con música discordante, crepitar de « mahjong » como una ligera granizada, campanillas de los asnos grises, chirriar de la carretilla del aguador, carracas o címbalos de los vendedores de sopa, timbre de los *rickshaws*, disputas insignificantes que pronto se hacen histéricas, estampidos de petardos (para ahuyentar a los malos espíritus) y conversaciones en voz baja, el seco golpear de los zuecos de madera sobre el

pavimento o el deslizarse de las zapatillas de fieltro, ruidos de perlas que chocan con todos los boliches, con todos los mostradores; aquí todo es alegría en medio del ruido : estamos en China. Y para nosotros todo es tan desconcertante en estos sonidos como el azúcar en la salsa avinagrada que acompaña al cerdo.

*

Queen's Road es la arteria aorta del barrio chino de Victoria. La muchedumbre circula por ella con grandes y cálidas pulsaciones. Cada fachada es una tienda. Y el torbellino popular, la irresistible alegría china que flota en el aire, la actividad calmosa la convierten en una perpetua feria de ilusiones. A las muestras verticales laqueadas de rojo o de amarillo corresponde, en cada pilar de los arcos, el destello rojo o blanco de otros cien caracteres que encierran un sortilegio igualmente misterioso.

Admiramos el nuevo tipo de « pin-up » cantonesa que pulula por aquí, de pómulos salientes, pecho aplastado debajo de la túnica muy recta, muy ceñida, tradicionalmente abierta por el lado, pero mucho más abierta de lo que prescribe la tradición, hasta muy arriba del muslo, y que descubre descaradamente, hasta el borde de la media, la pierna moldeada en nylon.

Los chinos viejos refunfuñan y hablan de « taxi-girl ».

Pero los negocios son los negocios. Cuando la linda joven se detiene ante una de esas veinte, de esas cuarenta, de esas cien joyerías que se alinean una junto a otra, todas calcadas sobre el mismo modelo — media docena de mostradores-vitrinas de cristal —, seis rostros sonrientes se levantan detrás de su escudilla de arroz para acogerla.

En la acera, ante las joyerías, se ve cada veinte metros un « sikh » con turbante o un chino viejo, con barba de chivo, que pasean con aspecto feroz una escopeta de dos cañones muy antigua.

Las viejas « amahs », fieles al pantalón, hacen la compra en las callejuelas transversales, en las que se amontonan los puestos de verduras y frutas al aire libre, y llevan atados sobre la espalda niños dormidos que se balancean en una manta roja, sujeta por las cuatro puntas. En los escaparates se ven patos asados y aplastados como lenguados, pies de cerdo conservados en grasa, lechones abiertos de un hachazo, pescados secos, ensartados en una caña, que apestan el aire.

Los « coolies » con el torso desnudo, de color de barro cocido, lanzan exclamaciones roncas salidas del fondo de la garganta, para abrir camino a su balancín de grueso bambú. Con la rodilla muy doblada a cada paso, avanzan con un trote elástico y remolón, que es el andar del hombrecillo de Oriente y que han de sostener durante una eternidad.

No es posible cansarse de observar la calle china, con su prodigioso espectáculo. Pero lo que fascina sobre todo son las farmacias. Quisiéramos saber (con horror) lo que son esos polluelos nonatos que nadan en su jugo, esas cabezas de pato conservadas en la vasija immediata, esas serpientes, esos lagartos desecados. No, en rigor, es preferible no verlos...

*

Nos detenemos al azar, en casa de un cambista emboscado detrás de su ventanilla y debajo de la pizarra en que figura la cotización de todas la monedas del mundo (salvo la libra, ya que nos hallamos en una zona de la esterlina y que ésta es la lógica de nuestra época). Como en Tánger, como en Beyrut, el cambio es libre en Hong-Kong, y no como en nuestro país, donde constituye una especie de juego oficial, en el que el viajero pierde siempre cuando comete la imprudencia de dejarse coger en él.

Con una ausencia de expresión perfectamente oriental, el cajero toma el billete que Pedro le tiende. Sin una mirada, sin olfatearlo en todos sentidos, sin darle vueltas como si fuese un huevo dudoso, lo desliza en su cajón. Unas cuantas acrobacias con sus hábiles dedos en el ábaco, que aún no ha sido desterrado por la máquina de calcular, y empuja sobre el mármol un fajo de billetes locales, mitad de la « Hong-Kong and Shangai Banking Corporation » y mitad de la « Chartered Bank of India, Australia and China ».

Y ¿ nada más ? Nada más. Y no obstante, se trataba de un billete de quinientos dólares norteamericanos. Después de todo, un billete de doscientos mil francos no se encuentra en cada esquina. Pero el comercio chino está basado en la confianza.

El chino laborioso, honrado, cortés y eficaz, presta al pobre para sus necesidades, vende al rico para sus placeres, contentándose con un minúsculo margen de beneficio ; vive con nada de un negocio exclusivamente familiar. Así es como tiene en sus manos todo el comercio de Asia. Ningún blanco resiste ante el amarillo inexorable, que almuerza en el mostrador con un tazón de arroz, cena con un tazón de sopa o con una sandía y vive hacinado con otros nueve en una habitación minúscula, de la que emerge por la mañana fresco, sonriente y planchado. Allí donde el sirio, el judío y hasta el indio se enfrentan con él, se rompen los dientes...

En una tienda donde buscamos algunos recuerdos, nos dejan husmear hasta la saciedad alrededor de unos estantes. Pero al primer gesto, acuden cinco para vendernos el objeto que hemos mirado de soslayo. Desembalan toda la tienda, nos aconsejan con astucia, hacen un paquete admirable y una pequeña reducción espontánea en la cuenta. Y todo es depositado en nuestro hotel antes de nuestro regreso.

En la acera de la « Pan-American Airways », decenas de maletas de fibra esperan el cargamento. Las regala el sastre chino que envía de este modo los trajes encargados por marinos, aviadores y soldados norteamericanos, a los que había tomado las medidas durante su breve estancia en Hong-Kong. En los marbetes se ve : Tokio, Okinawa, Wake...

La invisible cortina de bambú

Pero hay otra cosa detrás de esta fachada, otra cosa debajo de la prosperidad de los tenderos de Kowloon. Esta China abrumadora, benévola, que hace sentir todo su peso, que está tan cerca que se la puede tocar, prosigue, con todas la uñas escondidas, este jueguecito del tigre con el ratón a que se dedica en Hong-Kong.

Es imposible no sentir la curiosidad de ir a ver la Cortina de Bambú que aisla la colonia de Su Majestad. Está a dos pasos. Se atraviesan los Nuevos Territorios y más allá de los arrozales que proveían antaño la mesa de los emperadores, más allá de las minúsculas granjas nuevas, en las que los chinos dan pruebas de ser unos horticultores tan prodigiosos como los de las orillas del Río Amarillo, más allá de las pequeñas fábricas optimistas recientemente construídas, se llega muy pronto a la frontera que separa el enclave de Hong-Kong de la China roja.

Esta frontera mide veintiocho kilómetros. Está formada en parte por el río Sumchun, en parte por un vulgar cercado y en parte por un sencillo sendero de tierra apisonada. En el burgo de Shataukok, la calle de la aldea constituye la única frontera. Según que se viva en el lado par o impar de la calle se pertenece al mundo de las democracias populares o al de las democracias sin apelativo. Esto es tal vez muy grave. Pero aquí esto no lo parece.

El espectáculo de la llegada del tren de Cantón os permite comprender definitivamente la situación. Cada día, un tren procedente de Cantón llega al lugar fronterizo de Lo Wu (en otro tiempo llegaba hasta la estación de Kowloon, pero la vía ha sido simbólicamente cortada en el puente internacional). Y cada día sale uno hacia Cantón, después de haber cambiado sus pasajeros con los del tren venido de Hong-Kong. En el lado del puente sobre el Sumchun, donde flota la bandera roja con cinco estrellas, bajo una paloma de Picasso, unos soldados con casco y la bayoneta calada, detrás de los caballos de Frisa, se esfuerzan por no ver al jefe de estación vestido de azul marino y a los pocos policías ingleses que, a veinte metros de distancia, al otro lado del puente, montan la guardia de manera idéntica, bajo la Unión Jack.

A la llegada del tren la avalancha se precipita. Encorvada bajo el peso de maletas, de cestos, de paquetes, de niños y de cargas equilibradas en el bambú que llevan en balancín sobre el hombro, la masa humana que constituye el cargamento del tren rojo se lanza a toda prisa para encontrar sitio en el tren inglés, mientras una corriente contraria se establece en el otro sentido, bajo la mirada indiferente de los centinelas encaramados en un mirador. Faltan por embarcar, transportados por unos cuantos grupos de « coolies », los grandes canastos que contienen una buena parte de los alimentos frescos destinados a Hong-Kong, que llegan de la China comunista. Y cada cual se vuelve hacia su destino.

¿ Quiénes son estos chinos que atraviesan de manera tan desenvuelta la cortina de bambú ? ¿ Refugiados ? ¿ Viajeros ? ¿ Habitantes de los lugares fronterizos ? Hacemos estas preguntas, y se nos contesta:

— Fronterizos, sí. Tienen derecho a ir y venir libremente. Refugiados también los hay, naturalmente. En el curso de los cuatro últimos años, ha llegado un millón de ellos a Hong-Kong. Si es que se les puede llamar refugiados...

Y como nosotros levantamos las cejas :

— La política no tiene gran cosa que ver en su caso. Vienen sencillamente a buscar trabajo a Hong-Kong, donde hay más posibilidades de encontrarlo y se paga mejor. Y dejan a sus familias al otro lado, porque la vida es allí menos cara. ¡ Oh ¡, entre ellos hay seguramente auténticos refugiados políticos. Pero, ¿ cómo es posible saberlo ? ¡ Si ustedes supieran la cantidad de gentes que desembarcan del tren de Cantón, simplemente para visitar a su familia, para asistir a una boda o a un entierro... !

— Y ¿ que una vez terminada la ceremonia, vuelven a la China comunista ? ¿ Les dejan entrar ?

— ¡ *Of course*, les dejan entrar !

*

Por la noche, una silueta conocida se destaca en el bar del hotel. Esa espalda ancha, esos cabellos de color gris de hierro, esa apariencia de elefante budista sólo pueden pertenecer a Jef Kessel. Lo que permite confirmar la teoría, vieja como el motor de pistón, de que siempre son las mismas cuatro docenas de personas las que se encuentran a través del mundo. Llegamos de Karachi, y él viene de una aldea de la montaña birmana, que es la única que produce todos los rubíes del mundo. Así pues, hablamos de amigos comunes de Kenia y del Congo belga, que habíamos encontrado hace seis meses. Al tratar de botas, nos cuenta que ha perdido el pasaporte en Calcuta. Nosotros perdimos precisamente allí nuestros certificados de vacunación. Calcuta es una ciudad imposible...

Con Jef Kessel se encuentra un joven chino vestido a la moda europea. Se llama Jorge, habla admirablemente el inglés. Jorge, un estudiante que vivía en Cantón, ha decidido tomar al tren para Hong-Kong. No lograba mantener a su familia. En

Hong-Kong encontró trabajo. Manda cada mes cuatrocientos dólares de Hong-Kong a su mujer. Es una pequeña fortuna que le permite tener teléfono y permanecer en contacto con su marido a través de la cortina de bambú, bajo las bendiciones conjugadas del gobernador británico y de las autoridades chinas comunistas.

Decididamente, Hong-Kong trastorna muchas de nuestras ideas preconcebidas. En adelante, cuando hablemos de la China roja, acentuaremos probablemente más la palabra China.

Jorge nos habla de la Universidad donde estudiaba :

— Diez por ciento de los estudiantes son comunistas, diez por ciento, « antis » y continúan siendo partidarios del Kuomintang, y ochenta por ciento son indiferentes. Como en todas partes...

— Y ¿ entre el millón de « refugiados » que han pasado a Hong-Kong, como usted?

— ¿ Por qué quiere usted que la proporción sea diferente ? dice Jorge extrañado.

*

La población de Hong-Kong excede, por kilómetro cuadrado, a la de París, de Londres o de Manhattan : cinco mil seres por hectárea. Por consiguiente, la crisis del alojamiento es atroz. Hay familias que ocupan un cuarto durante doce horas y lo ceden a otra familia durante las doce horas restantes. Un viejo chino subarrienda el espacio debajo de su cama.

Nos compadecemos de ellos :

— ¡ Todos esos desgraciados refugiados !

Una vez más se nos mira con impaciencia :

— No... Todos los refugiados están más o menos alojados. Los autóctonos son los que están en la calle. No han podido resistir a la tentación de alquilar sus viviendas a precio de oro...

*

Al apearnos del autobús en la pequeña aldea de pescadores de Aberdeen, al otro lado de la isla Victoria, hay una veintena de chinitas de dieciocho años, con pantalones de algodón y grandes sombreros de paja, todas a cual más encantadora, que se precipitan sobre nosotros como un enjambre de avispas. Chillan, empujan, agarran, gritan : « Sampán, sampán ! », moviendo la grupa y lanzando miradas de una manera desvergonzada.

Pedro, algo desbordado por este asalto, acaba por elegir a la más linda para que nos conduzca a uno de los restaurantes flotantes anclados en medio del pequeño golfo. Nos instalamos, pues, sobre los almohadones del sampán, mientras ella se afana por desenredar los cordajes. Después, en el último momento, sin dejar de sonreír, ¡ zas ! salta con ligereza al sampán vacino y pasa el bichero a una vieja espantosa, desdentada, que podría ser su bisabuela.

Y vuelve a marcharse con una graciosa carcajada hacia la próxima hornada de los nuevos bobalicones que se apean del autobús.

« Busines as usual »

El comercio con China era desde hace un siglo la razón de existir de Hong-Kong, a pesar de la busca prudente de otros mercados en el Sudeste asiático. Oficialmente se supone hoy que Hong-Kong vive y prospera gracias a esos mercados « ortodoxos » de Indochina, Indonesia, Filipinas, Malasia y Formosa, puesto que el embargo norteamericano sobre las mercancías destinadas a China ha puesto fin — oficialmente, desde luego — a los intercambios entre el Este y el Oeste, en esta parte del mundo. Todas las compañías sospechosas de comerciar con la zona comunista fueron inscritas en listas negras norteamericanas y sus cuentas bloqueadas en los Estados Unidos.

Al mismo tiempo que los norteamericanos empujaban de este modo a Hong-Kong a la ruina, le tendían una mano generosa, favoreciendo la actividad de los campesinos, impulsando la creación de pequeñas industrias locales y estimulando, por ejemplo, la cría de animales domésticos.

— Criad patos, propuso el consulado de los Estados Unidos a los campesinos de los Nuevos Territorios. En los Estados Unidos nos gustan mucho los patos. Os compraremos todos los que produzcáis.

Todo marchó bien hasta el día en que, llenos de orgullo, llevaron a una delegación de senadores norteamericanos a visitar una de las granjas modelo productoras de patos. Uno de los senadores, especialista en la materia, se fijó en las estadísticas y comprobó que las patas de Hong-Kong batían, en proporciones fabulosas, los records de puesta de todo el mundo. Los cincuenta y dos aduaneros que mantiene aquí el consulado de los Estados Unidos hicieron averiguaciones que les permitieron descubrir el misterio. Para aumentar su producción, las patas de Hong-Kong incubaban huevos puestos en China e importados subrepticiamente a través de la cortina de bambú. Los expertos examinaron seriamente la situación. Los patos concebidos en China por patas rojas, pero nacidos en Hong-Kong, bajo la tutela de las honorables patas de Su Majestad británica, ¿eran acaso patos comunistas o podían ser consumidos por un norteamericano leal ?

En la duda, por temor a una investigación macartista, los norteamericanos renunciaron a sus importaciones de patos de Hong-Kong. Decisión que los exportadores locales acogieron con la cara impasible del chino, cuando se divierte mucho.

El comerciante que nos vende un par de zuecos, el fondista venido de Shangai, que nos sirve pato laqueado, (sin duda sospechoso y, probablemente, desviacionista), el chófer de taxi cantonés que nos conduce, el pescador en su junco, ¿ son « rojos » o « blancos » ? Esos dos millones de chinos que viven, más amontonados que juntos, en Hong-Kong, sin que estalle nunca entre ellos un incidente político, sin que se asista jamás a una discusión, ni mucho menos a un altercado entre los « buenos » y los

« malos » chinos, ¿ son « blancos » o « rojos » ? Si M. Prudhomme desembarcara en Hong-Kong, en lo tocante al color, él vería sobre todo amarillos. Pero M. Prudhomme se atraería una vez más las burlas de muchas gentes por su falta de sutileza...

Digamos con moderación que, cualquiera que sea la procedencia de los chinos, el espíritu de cruzada no aparece entre los de Hong-Kong. El « vivir y dejar vivir » anglosajón, una vez dibujado con pincel, en caracteres mandarines, debe de ser muy bonito...

*

Por última vez nos detenemos un buen rato en la cumbre del pico Victoria (al que se sube en funicular), a la altura de las grandes villas de los cónsules o de los funcionarios británicos. El panorama de Hong-Kong es admirable, y la mirada alcanza sin dificultad hasta las montañas de China.

No, Hong-Kong no se muere. Este puerto que tenemos a nuestros pies y bajo nuestras miradas está bien vivo. Se extiende por todas partes y hasta parece agrandarse. Una ciudad moribunda no atraería todos esos buques mercantes sumergidos bajo una marea de « coolies » esos barcos atracados en la rada, rodeados de sampans, de balsas, de cisternas, de grúas flotantes, esos transatlánticos alineados en los muelles como juguetes de niños y que tienen todos destinos legítimos y cargamentos oficialmente dignos de toda confianza. En la bahía, de un azul violeta, los navíos de guerra ingleses y norteamericanos están rodeados de flotillas de pequeños sampans, con velas cruzadas de nervaduras. Son los barcos de pesca venidos de Aberdeen, del otro lado de la isla. Grandes juncos, con un alto castillo de popa, se hacen a la mar — ¿ para qué escala, esta noche ? — con las velas, donde se marcan las flacas costillas de los bambúes, desplegadas en forma de abanico. En Hong-Kong viven ciento cincuenta mil chinos en « sampans » y en juncos...

Es un espectáculo de prosperidad, muy tranquilo, muy apacible, y sólo un si es o no es cínico, a la manera china, es decir, sin pestañear. Púdicamente, un exportador con quien hemos hecho amistad y en cuya compañía tomamos un whisky, nos habla de Macao :

— Macao trabaja para la China comunista desde las seis de la tarde hasta las nueve de la mañana, hora en la que cada cual vuelve a su puesto en las oficinas encargadas de aplicar escrupulosamente el bloqueo.

Pero él, al darse cuenta de que son justamente las siete, se ve obligado a dejarnos. Tiene una cita con un hombre de negocios norteamericano. Un asunto de un resto de chatarra que es preciso recuperar y encontrarle un destino...

*

Evidentemente, si se mira con atención desde la cúspide del pico se distinguen, entre las islas y la costa, las redes que cierran la rada de Hong-Kong, no dejando entre ellas más que dos pasajes tortuosos. Y también se ven los grandes depósitos de agua que alimentan toda la ciudad y permiten vivir a cerca de dos millones y medio de seres humanos.

Observado desde arriba Hong-Kong, salta pronto a la vista su vulnerabilidad. Ni siquiera sería menester poner un cañón en batería enfrente, al otro lado de los Nueve Dragones. Bastaría un ademán, un ademán tan sencillo como es el de dar la vuelta a un grifo, bastaría con tender el brazo, para impedir el paso de las toneladas diarias de víveres...

Pero, ¿ quién tiene interés en ello ? ¿ Quién se aprovecharía impidiendo a Hong-Kong cumplir su vocación del « business as usual »? ¿ Es posible que, después de todo, hayan encontrado los chinos de Hong-Kong el secreto de la coexistencia ?

PIERRE Y RENEE GOSSET

(De *Terrifiante Asie*, editado por Julliard, Paris, 1956.)

Francia : Dos opiniones opuestas

POR FRANÇOIS BONDY

Sin duda no es una simple coincidencia — o por lo menos es una coincidencia providencial — que las dos actitudes fundamentales de los franceses que reflexionan hoy acerca del destino de Francia en el mundo contemporáneo se hayan expresado recientemente en dos « panfletos ». Se trata de dos libritos de una violencia provocadora que, mediante una negativa a aceptar un optimismo fácil y perezoso, llegan a conclusiones diametralmente opuestas. El uno exalta el pasado heroico de Francia y reclama un nuevo « milagro », capaz de restituir a esta nación su antigua grandeza, su gloria y su prestigio ; el otro, por el contrario, mira hacia lo porvenir e incita a los franceses a meditar sobre el destino de Francia, elevándose al nivel continental y universal, despidiéndose de muchos prejuicios y nostalgias, así como de toda esperanza de una salvación especial y de una grandeza aislada. Pero examinemos con más detenimiento estos libros, escritos por hombres de cuarenta años y que representan tan bien a las dos Francias.

Jean Dutourd, novelista y ensayista, que ha obtenido un éxito fácil evocando, con un humor enternecido y a veces con gracia verdaderamente picaresca, las tribulaciones de la pequeña burguesía de la postguerra, ha conseguido, con *Les Taxis de la Marne*, exactamente la misma resonancia que él hubiera podido esperar. Este libro de doscientas setenta páginas, que es una confesión y una profesión de fe, ha sido discutido, no solamente por críticos literarios, sino también por los editorialistas políticos de los grandes periódicos. Tanto en la derecha como en la izquierda, este libro ha sido objeto de vehementes ataques, pero también ha encontrado en ambos sectores defensores entusiastas, incluso en la prensa comunista. Si hubiéramos de convencernos una vez más de que los términos consagrados de derecha y de izquierda han perdido en Francia una gran parte de su significación tradicional, la acogida que se ha dispensado a este libro bastaría para demostrarlo. Y ya esto sólo hace que el interés de su publicación y de su éxito rebasen sus méritos propiamente literarios, que no son excesivos.

¿Qué dice Jean Dutourd? Se siente humillado e inconsolable por la vergonzosa derrota de Francia, en 1940, por la ineptitud de los generales, por la ausencia de heroismo combativo de los soldados, que se dejaron encerrar por millones, como un rebaño, en el redil de los campos de prisioneros. Dutourd, como muchos jóvenes de entonces, había identificado el patriotismo con todos los viejos prejuicios burgueses, de los que él se apartaba. Pero vuelve a encontrarlo en la Francia abatida y ocupada. Después de su propia experiencia lastimosa de soldado que no ha sabido disparar un solo tiro, piensa de nuevo en su padre y en toda la generación de los heroicos combatientes de Verdún, en su capacidad de sacrificio y en su tenacidad, y, sobre todo, en su victoria. Observemos que Dutourd no parece darse cuenta del papel que

desempeñaron los aliados en Francia en el curso de la primera guerra mundial y en la victoria, e incluso en la segunda guerra ve ante todo un duelo entre Francia y Alemania.

Dutourd, combatiente sin laureles y prisionero, se evade e ingresa, más tarde, en la resistencia. Dirige la mirada hacia el general de Gaulle, cuya aparición estima como un milagro comparable al de los taxis legendarios, con los que el general Gallieni pudo enviar oportunamente al frente los refuerzos que permitieron ganar la batalla del Marne (de ahí el título del libro). Y a lo largo de toda su obra reclama Dutourd un tercer milagro que eleve de nuevo a Francia hasta el nivel de uno de los Grandes, y quizá la convierta en la nación más grande, pues como escribe este autor, el espectáculo de un mundo que no esté dirigido por Francia le parece insoportable.

Jean Dutourd permanece fiel — demasiado fiel, sin duda — a la tradición « anticonformista » de los intelectuales parisienses. Su propio anticonformismo es la « rebelión contra la rebelión », y rechaza el anticonformismo fácil, vulgar y corriente de los intelectuales pacifistas e internacionales. Con un gesto de desafío, y por bravata, insiste en presentarse como patriotero. Pero su nacionalismo no es la voluntad de comulgar en una pasión colectiva con los demás franceses. El se afirma mediante un individualismo insensato. Dutourd dice en varias ocasiones que él es el único que aún cree en Francia, y convierte la pasión nacional en una cuestión particular, en su terreno personal.

Por lo demás, el término « nacional » tiene en Francia un curioso destino. Durante mucho tiempo fué un término « de derecha ». En la mitología política francesa, se opone a « internacionalista », a « rojo » y a veces hasta al partido radicalsocialista. La izquierda, por el contrario, reinvindica cada vez más el nacionalismo, como patrimonio exclusivamente suyo. Y cita en su apoyo la actitud de los jacobinos y de la Comuña de París (Jean Dutourd dedica su libro a un general de la Comuna fusilado), y se esfuerza por demostrar que las clases adineradas han traicionado siempre el interés nacional y han pactado con el extranjero y con el enemigo. Así, pues, el nacionalismo de Jean Dutourd no es específicamente « de derecha ». Lamenta que Francia, en 1936, no tuviera valor para hacer la guerra a Franco. En realidad, Dutourd exalta la aventura contra el estancamiento y se entusiasma por toda manifestación de energía francesa, por medio de la cual pueda realizarse el milagro de la nación resucitada. Lo que más sorprende en *Les Taxis de la Marne* es la negativa de su autor a concebir el pasado y el presente de Francia fuera de un sistema de referencias tradicionales, en las que Francia, al través de todas las vicisitudes de su historia, es una « persona », y los franceses sólo son admirables en la medida en que han servido bien el destino de esta persona. Dutourd no indica cual es el porvenir puramente nacional que Francia puede prepararse para ser una gran potencia semejante a Estados Unidos o a Rusia. Se enfurece al observar que Francia no sabe salvaguardar el conjunto de su imperio, pero su fe en el milagro ocupa el lugar que correspondería a un análisis razonado. Sin embargo, él sabe que existe una Francia que ha permanecido grande a causa de la idea que el mundo se forma de los valores humanos encarnados en su historia :

« Hay turcos, rumanos, egipcios, brasileños, negros que aman a Francia sin haberla visto, basándose en una simple idea, que ni siquiera corresponde a la realidad. Francia, a sus ojos, es el valor número uno del mundo. Víctor Schoelcher sigue en pie. Será menester que un día se estudie a esta Francia imaginaria y todavía tan poderosa, a este glorioso fantasma que planea por encima de la verdadera Francia, pequeña nación burguesa, cobarde y egoísta, que unos tontos suntuosamente instalados en los muebles de Napoléon, conducen hacia unos destinos miserables, y que ya sólo tiene para darle un poco de prez unos cuantos artistas, cuyo lenguaje apenas comprende. »

Pero Dutourd no se pregunta si la grandeza de Francia militar e imperial, que invoca en su anhelo, será idéntica a esta Francia universalmente amada. Nada hay tan clásico en la literatura política francesa como los lamentos de Dutourd sobre la « Francia traicionada » por sus políticos corrompidos, sus militares ineptos y por todas sus minorías selectas constituídas. Detrás de la violencia del lenguaje y de la agudeza de muchas observaciones particu-

lares, hay también un elemento de pasividad e incluso de pereza intelectual. Esta contradicción íntima es la que perjudica a este libro, que hace muchu ruido, pero que pesa poco. Más tarde se hará referencia a él como a un síntoma y no como a un análisis de la crisis por que atravesaba Francia. Entonces se verá en él, al través de todos los sueños de gloria, la imagen de una Francia que se repliega sobre sí misma, para cultivar sus llagas y sus resentimicntos, de una Francia hipnotizada por su pasado.

Pero esta Francia no es la única, ni lo ha sido nunca. El « panfleto » de François Fontaine, *La Nation frein*, publicado algunos meses antes, bastaría para testimoniar a favor de una Francia abierta, audaz, comprometida en varios proyectos y capaz de afrontar su porvenir, según la medida de un mundo transformado. La lucidez bajo su forma específicamente francesa — expresada en fórmulas sorprendentes y a veces paradójicas — aparece como la principal cualidad de este libro. Su autour no es, como Dutourd, un escritor profesional. Fué agregado al « Quai d'Orsay », antes de entrar a formar parte del equipo del Plan de Jean Monnet. Después ha seguido a su jefe en la Alta Autoridad del Carbón y del Acero, en Luxemburgo, y colabora asimismo en el proyecto del Euratom. Fontaine, lo mismo que Dutourd, pertenece a la « vieja Francia », con profundos vínculos provincianos. Y si denuncia a la « nación freno », si en su « folleto », lleno de reminiscencias de sus lecturas clásicas, hace un llamamiento a la solidaridad europea, si pide a Francia que se abra más a las grandes corrientes de ideas y de intercambios, no es seguramente por falta de raíces, de tradiciones, ni de reflejos patrióticos. Es por convicción ; pero también se siente inspirado por la pasión europea, a la que subordina la pasión nacional. En efecto, François Fontaine no cree en el porvenir de la misión francesa fuera de esta comunidad europea. Lo mismo que en el caso de Jean Dutourd, lo mejor de su libro no se encuentra en la tesis, que ya se ha expresado en tantos discursos y editoriales. Es la meditación personal sobre las instituciones y las costumbres francesas, es la mirada nueva que dirige a una realidad antigua.

Fontaine, como Dutourd, hace un llamamiento a los pesimistas. Ambos consideran el optimismo tranquilo como el somnífero por excelencia. Pero se da cuenta de que el estancamiento de un país puede perdurar tras un dinamismo aparente. « Para mantener inmovilizado a un país como el nuestro, en medio de la corriente del mundo, escribe, es menester que sus dirigentes se agiten mucho. » Fontaine confía más bien en la imaginación creadora que en el milagro. « Detrás de la pantalla de la grandeza nacional, el francés no prepara ninguna sorpresa. Su soledad le hace sufrir y vacila en reconocer a su familia, que es Europa. Se afirma con negativas. » Fontaine no se opone ni a los conformistas, ni a los anticonformistas. Procede a una autocrítica de Francia, que pone en litigio las ideas heredadas, y tiende hacia un sistema de referencias contemporáneas. En tanto que Jean Dutourd quiere restablecer el culto de la Nación, del que se cree ser, equivocadamente, el único sacerdote, François Fontaine rechaza decididamente este culto :

« Las tentativas hechas para organizar las relaciones entre los pueblos no son más que una forma de cortesía internacional, destinada a una sociedad de gentes honradas : al aceptar la ficción de la nación-persona, se cae en el cepo del antropomorfismo nacional, con sus transposiciones de vanidades y de rivalidades humanas. Que se diga : « Francia perdona », o « Alemania ha comprendido », yo no me siento más tranquilo. Francia, Alemania, evocadas de este modo, ya no son convencionalismos, son mitos ; ya no son figuras retóricas, sino figuras de mujeres sensibles, dotadas de personalidad propia, con reacciones difíciles de dominar. Ahora bien, si el alma colectiva, con caracteres humanos, es concebible para el primitivo, cuyo universo es la tribu, o incluso para el ateniense, que la ve palpitar en el ágora, ¿ cómo no he de ser una formidable prueba de orgullo para el ciudadano de un país moderno ? »

Como vemos, la oposición entre estos dos franceses de una misma generación no puede ser más completa. El extranjero que quisiera comprender ciertas contradicciones francesas no podría iniciarse en la crisis de conciencia francesa más que leyendo estos dos « panfletos », que tan bien representan dos anhelos que se disputan el alma francesa.

FRANÇOIS BONDY

I. IGLESIAS

B.D.I.C

España : La pervivencia de un régimen exhausto

Se ha dicho y repetido hasta la saciedad que España es el país de las paradojas. En todo caso, no deja de ser mayúscula la que ahora nos ofrece con un régimen anacrónico, exhausto, envilecido en grado sumo, despreciado por todos y renegado incluso por la casi totalidad de sus antiguos partidarios, mas no obstante en pie, tal vez por pura inercia y como consecuencia de ese horror al vacío que siente la historia.

¿Sufre quizás el franquismo ese desgaste lógico y natural que el tiempo provoca, inexorable, en todo gobierno y en todo régimen? No lo creemos. A decir verdad, el franquismo, régimen *sui generis*, no pasó de ser un engendro que halló vida merced a los fórceps de la guerra civil. A imagen y semejanza de su partido único, la Falange, fué y es aún fruto de esa guerra civil que tratando de acabar con la desunión de España terminó por dividir todavía más a los españoles ; careció siempre de un programa constructivo y jamás pudo ofrecer una base de convivencia al pueblo español, puesto que comenzó por establecer la noción de vencedores y vencidos. Su política en los diferentes órdenes político, económico y social ha sido estrictamente contrarrevolucionaria, es decir, negativa ; su mayor celo consistió en echar por tierra cuanto habían levantado prudentemente, temerosamente también, una Monarquía que quiso ser liberal y una República que ambicionó ser democrática. Mal puede, pues, existir desgaste en un régimen que no se ocupó en el quehacer cotidiano del gobernar en el buen sentido de la palabra. Por todo ello, al franquismo — que al contrario del fascismo o del hitlerismo no fué nunca un movimiento de masas, ni dispuso jamás de un verdadero partido, ni contó con auténticos jefes — se le puede definir más fácilmente por lo que ha dejado de ser que por lo que en realidad es. Pocas veces la historia nos ha deparado un caso semejante de indigencia, de « nadismo » puro y simple.

Una virtud — si virtud es — hay que reconocer al general Franco y a su régimen: el agudo sentido del oportunismo. La ausencia de toda ambición constructiva, de todo programa regenerador, ha permitido al franquismo hacer gala en todo momento de un oportunismo pragmático, gracias al cual le ha sido hacedero sortear las múltiples situaciones adversas, sin otro deseo que pervivir contra viento y marea. Reconozcamos que así pudo superar ciertos peligros. Pero digamos también que los problemas no se han resuelto. Cierto es que, desde hace siglos, en España los regímenes y los gobiernos vienen y se van sin pena ni gloria, mientras los problemas nacionales permanecen sin solución.

* * *

España, que no es un país rico, no obstante ciertas leyendas que sirven de consuelo más que de otra cosa, viene atravesando en estos últimos años la crisis económica más aguda de su historia. Diversos factores son la causa, entre otros los siguientes : la incapacidad congénita del régimen para solucionar el problema agrario ;

la permanente acción represiva contra la clase obrera, que ha motivado un estancamiento, cuando no un descenso, de la productividad y de la producción ; la política de facilidad que dió como resultado la insuficiencia y el anacronismo de los equipos industriales, los cuales no han sufrido la más elemental renovación ; el escandaloso boato del propio régimen, poco en consonancia con sus posibilidades reales y convertido además en monipodio, del que se aprovechan abundantemente todos sus paniaguados, y por último, la inflación que amenaza a todo el tinglado franquista.

Aguda crisis económica, repetimos, que las heladas del año último agravaron : la economía española, que depende en gran

parte de las exportaciones de cítricos, sufrió enormemente, pues la cosecha que se anunciaba muy buena quedó reducida apenas a la mitad. Como el alza de los precios generales se acentuó todavía más en los primeros meses de 1956, el 1 de abril el gobierno tuvo que decretar un aumento de salarios del 22 por 100, para aplicar en dos fases diferentes, comenzando por una del 16 por 100. Sin embargo, obligado es recordar que dada la compleja estructura de los salarios en España, el aumento real fué infinitamente menor. En la actualidad, el salario de un trabajador equivale a menos de la mitad de sus ingresos verdaderos. Por ejemplo, un obrero cuyo salario se eleva a 500 pesetas mensuales, puede percibir hasta 2.000 pesetas si es padre de una familia numerosa y lleva determinado número de años de antigüedad profesional. Las subvenciones familiares, los sistemas de primas, el tiempo de servicio etc., determinan que en numerosos casos el ingreso real de un cabeza de familia se eleve a un 150 por 100 en más del salario, gracias a esos suplementos, y el de un soltero a más del 75 por 100. Como el aumento en cuestión afectaba única y exclusivamente a los salarios, la elevación práctica de los ingresos normales no alcanzó ni tan siquiera el 2 por 100. Fué por lo tanto una solución que no resolvió nada, como todas cuantas suele ofrecer el régimen. Cuando en noviembre último decretó el segundo aumento, el coste de la vida había aumentado en ese breve intervalo de siete meses alrededor de un 30 por 100.

Las tendencias inflacionistas no han dejado de manifestarse. Los signos evidentes de la inflación, son : 1) la peseta, que durante los últimos años mantenía con respecto al dólar su cotización a 43, bajó en los meses pasados hasta 50 en los mercados de divisas de Tánger, Zurich y Nueva York. 2) la circulación fiduciaria pasó, en el curso del año 1956, de 47.000 millones de pesetas a 55.821 millones, según el último balance del Banco de España. 3) la elevación de los salarios ha motivado el lanzamiento, en el ya cargado circuito financiero, de 30 millones de pesetas. 4) los programas de inversiones han producido un déficit que el gobierno debe reabsorber, y el presupuesto del Estado superó el año pasado en unos 12.000 millones de pesetas la cifra fijada en 50.000 millones.

* * *

Mas el problema desborda el cuadro económico y afecta a la política del régimen en su conjunto. El Sr. Arburúa, ministro de Comercio hasta hace unas semanas, apuntó en un informe leído en un Consejo de Ministros y hecho público luego, que « el momento actual es el más difícil que España conoció desde unos años a esta parte, ya que antaño no existía ese estado de viva susceptibilidad política que, hace poco tiempo, traspuso sobre el plano del orden público la tensión social con el pretexto de razones económicas. » Aludía el Sr. Arburúa a las huelgas de estudiantes y de obreros de la primavera de 1956. Los recientes acontecimientos de Barcelona y Madrid, principalmente las manifestaciones estudiantiles y los movimientos contra la subida de las tarifas tranviarias, corroboran lo antedicho.

Sin embargo, una vez más el franquismo ha tratado de salvar la situación con los

recursos de la facilidad : la demanda de una ayuda exterior. El diario *ABC* (7.2.57), dió cuenta de una petición de ayuda extraordinaria, por valor de treinta millones de dólares, presentada a los Estados Unidos. Hace ya unos meses, el gobierno español había pedido, sin resultado, que le fuera concedida una cantidad semejante del fondo especial de cien millones de dólares de la Administración de Cooperación Económica para el actual ejercicio, acerca del cual se formularon numerosas demandas procedentes de otros países, si bien era sabido que la mayor parte de esa suma quedaba destinada a la ayuda de los refugiados húngaros. Ignoramos, claro está, si esa ayuda extraordinaria de treinta millones será concedida o no. Mas, en todo caso, no dejaría de resultar paliativo de poca duración, pues hay que tener en cuenta que las cifras del comercio exterior español correspondientes al primer semestre de 1956 mostraron que el déficit de ese período representa tres veces la ayuda económica norteamericana para todo el año. Sobre el poco peso de esta última se quejó el mismo *ABC* (1.2.57) en los términos siguientes: «... la ayuda norteamericana a España, aunque siempre merecedora de gratitud, es muy inferior a la que han disfrutado otros Estados. Italia, por ejemplo, no fué neutral en la última guerra, ni siquiera no-beligerante, y ha recibido, en virtud del Plan Marshall, 2.400 millones de dólares... No se trata de formular reproches. Pero sí de indicar que la ayuda no ha sido tan crecida como la concedida a otros países europeos, lo que equivale a decir que España, empobrecida por la guerra civil y un *boicot* injusto, no puede hacer milagros con 280 millones de dólares, equivalentes a unos 12.600 millones de pesetas, distribuídos a lo largo de varios años. »

Es indudable que las esperanzas que el actual régimen español puso en poder recibir una ayuda voluminosa procedente de los Estados Unidos se han disipado por completo. La operación comercial que trató de hacer gracias a las bases militares no resultó beneficiosa. La ayuda norteamericana, cuando se fué otorgando, resultaba mínima, casi insignificante en comparación a las necesidades españolas y en comparación también a la concedida a los otros países occidentales. Recuérdese que hace una docena de años, el Banco Urquijo estimaba necesarios mil millones de dólares para poder salir del atasco económico en que se halla España. Y téngase en cuenta que, hasta el día de hoy, España sólo recibió 280 millones.

* * *

El general Franco no ha tenido otro remedio que modificar su equipo ministerial, forzado a ello por la presión de circunstancias diversas. Una vez más ha recurrido a su método favorito : el de las combinaciones personales. Para rejuvenecer su gobierno y salir de la crisis económica, ha nombrado ministros a unos generales de la reserva y a un señor con teorías económicas de comienzos de siglo. En realidad quiso desprenderse de unos ministros en exceso desacreditados y dar satisfacción a esas dos grandes fuerzas que son el Ejército y la Iglesia. Y asimismo formar un nuevo equipo con el cual pueda pasar más o menos inadvertido en espera de tiempos mejores.

Si bien el nuevo gobierno no ha colmado las ilusiones de algunos, ni tan siquiera dado satisfacción a nadie, tampoco puede afirmarse que el alcance de los cambios operados es casi nulo en el plano político. Uno de los aspectos principales es el aumento de la participación de los militares en el seno

del actual gabinete, que adquieren uno de los Ministerios de mayor importancia : el de Gobernación. También la Iglesia ha obtenido provecho merced a los siete nuevos ministros procedentes en su casi totalidad del *Opus Dei*, especie de instituto secular, o sea organización con objetivos religiosos y cuyos miembros, tras haber hecho los tres votos de religión, continúan viviendo como laicos. (Digamos, aunque sólo sea de pasa-

da, que el *Opus Dei* agrupa a los católicos integristas de extrema derecha partidarios de una monarquía absoluta y de un feudalismo medieval.) En cambio, a pesar de la dosificación política efectuada por Franco con objeto de no romper el tradicional equilibrio entre falangistas y no falangistas, Falange ha salido disminuída. Era una operación que se imponía. El descrédito general que pesa sobre el partido único del régimen, lo condenaba de antemano. Día llegará en que el propio general Franco se desprenderá de él, achacándole todos los males habidos y por haber.

Mas no basta con reemplazar unos hombres por otros, ni tratar de atraerse el apoyo de ciertos militares a cambio de unas carteras ministeriales, ni de obtener el sostén de unos cuantos monárquicos que jamás se lo negaron al franquismo, ni jugar con las diversas tendencias que actualmente corroen el falangismo, para superar una crisis cuyas raíces se hallan en el régimen mismo. Todo esto resulta harto fácil y no responde a eficacia alguna. En realidad la suerte del franquismo se juega en el terreno económico-político. Buena prueba de ello es la absoluta indiferencia con que el pueblo español ha despedido el anterior gobierno y acogido el actual.

* * *

Los ejemplos históricos ofrecen algún valor en la medida en que no se intente superponer situaciones que corresponden a épocas distintas. Sin embargo, no estará de más el recordar los últimos años de la Monarquía. Entonces, el régimen entró en crisis definitiva por faltarle, no ya el sostén popular, que jamás tuvo, sino el de las clases elevadas : la burguesía industrial retiró su apoyo, el Ejército perdió su unidad, los estudiantes se soliviantaron. Y la Monarquía cayó cual un fruto podrido. Algo de esto comienza a sucederle al franquismo.

Comentando el momento actual, la revista *Razón y Fe*, editada en Madrid por los jesuítas, escribía : « En los últimos ciento cincuenta años los españoles se han visto más de una vez enfrentados los unos con los otros hasta llegar a las armas. ¿ Han sido ya extirpadas las raíces profundas de tales intolerancias mutuas ? No basta con haberlas recubierto con tierra a con haber podado sus brotes con mano dura según comenzaran a germinar en la superficie de nuestra patria. La paz profunda de España debe estar muy en el primer plano de las preocupaciones actuales : en haberla conseguido o no puede cifrarse el criterio fundamental para discernir la calidad de la nueva estructura que se quiere dar a España. » Que el régimen actual — régimen de guerra civil, repetimos — no la ha conseguido ni la conseguirá jamás es cosa sabida. Por eso su reemplazo se impone como una necesidad de carácter perentorio. La guerra civil se ha convertido con el tiempo en un episodio más de la historia de España, y el espíritu bélico anidado por pequeños sectores está resultando anacrónico. Las nuevas generaciones se han desprendido de la pesadilla de la guerra civil y reanudado las reivindicaciones de libertad de sus mayores. Quieren dar a España su verdadera plenitud política, económica y social. Cuanto más se tarde en dar una salida a la situación presente, más violenta y cruenta resultará.

En su *Discurso sobre la primera década de Tito Livio*, Maquiavelo examina la manera como puede introducirse un gobierno libre en un Estado corrompido : « Es preciso — escribe — recurrir a medidas extraordinarias, a la violencia, a las armas ; ante todo es necesario apoderarse totalmente del Estado y poder así disponer del mismo con toda libertad. »

I. IGLESIAS

E. GIRONELLA

Italia : Las posibilidades de una reunificación socialista

ACABA DE REUNIRSE en Venecia el 32º Congreso del Partido Socialista Italiano (P.S.I.). Setecientos delegados representado 700.000 afiliados, un grupo parlamentario de 75 diputados, una situación política excepcional en Italia y un hombre hábil — Pietro Nenni — situado por propia voluntad en una de las encrucijadas de la historia de su pueblo, han dado a este Congreso una gran importancia. La vida política italiana de estos últimos meses estuvo prácticamente suspendida y pendiente de los resultados de Venecia.

Cinco problemas fundamentales resumían las tareas y las preocupaciones de los delegados : ruptura con el Partido Comunista, reafirmación democrática, integración europea, reunificación socialista y alternativa socialista. El resultado de los trabajos podía suponer para Italia una etapa política enteramente nueva : retroceso espectacular y aislamiento del Partido Comunista, crisis de la coalición del centro democrático y del gobierno de Segni, disolución anticipada del parlamento y convocatoria urgente del cuerpo electoral, formación en torno a una fuerza socialista unificada de un cartel democrático de izquierdas capaz de disputar el poder a la democracia cristiana.

Nos parece prematuro afirmar que todas las previsiones acabarán por realizarse. En política la fatalidad no existe. Lo que si podemos afirmar es que el Congreso de Venecia dió una respuesta positiva a los problemas planteados. Los resultados son hasta tal punto inequívocos que muchos de los que en el pasado tildaban a Nenni de simple agente del comunismo internacional, niegan ahora sinceridad a sus palabras y a sus intenciones. Los mismos que ayer, para debilitar al comunismo, invitaban a Nenni a romper con Togliatti, hoy denuncian esta ruptura como si se tratase de una maniobra táctica destinada a provocar exclusivamente la crisis y el hundimiento del Estado democrático italiano.

Por nuestra parte no compartimos semejante actitud. En la evolución política de Nenni y del P.S.I. hay probablemente una gran parte de estrategia y de táctica, pero no ver en esta evolución otra cosa que táctica y estrategia sería cometer un error grave. Durante diez años la división y la crisis moral del socialismo italiano fué el símbolo de la división de Europa y de la crisis moral del conjunto del socialismo europeo. La rectificación de Nenni y del P.S.I. constituye a su vez el símbolo de una superación política de esta crisis. Bajo tal perspectiva debe ser analizado el Congreso de Venecia.

Ruptura con los comunistas

El socialismo europeo vivió prisionero durante cuarenta años de un complejo de inferioridad. Este estado permanente de crisis pasó por dos momentos particularmente graves : el momento siguiente de la guerra 1914-18 y la liquidación de la guerra 1939-45. El primero coincide con la victoria de la revolución rusa, el segundo con la formación al Este de una serie de repúblicas populares.

En el transcurso de los años que siguen a la primera guerra mundial el comunismo provoca y desafía al socialismo en el terreno de las ideas. La aceptación teórica y práctica del Estado democrático condena al socialismo a progresar lentamente a través de una serie de reformas sociales,

a menudo incompletas y parciales. En cambio, la llamada dictadura del proletariado permite al comunismo saltar las etapas intermedias y organizar sin concesiones ni controles de ninguna clase un Estado enteramente nuevo. En torno a esta polémica el socialismo pierde su ala más inquieta, más sensible y más combativa, que se convierte en el punto de partida de la Internacional Comunista.

El segundo encuentro tiene lugar en 1944-1945 y es mucho más grave. Frente a las viejas democracias, nacidas de la revolución industrial y burguesa, el comunismo toma la defensa de los países coloniales y económicamente rezagados, sedientos de industrialización y de progreso. La dictadura del proletariado se presenta como la expresión política de planes quinquenales ambiciosos y de un desarrollo económico a marchas forzadas. Una serie de países asiáticos y la mitad oriental de Europa se dejan tentar por la experiencia y se pasan sin condiciones al lado de la U.R.S.S. Los partidos socialistas de estos países, salvo pequeñas minorías intransigentes, aceptan colaborar con los comunistas y acaban siendo asimilados.

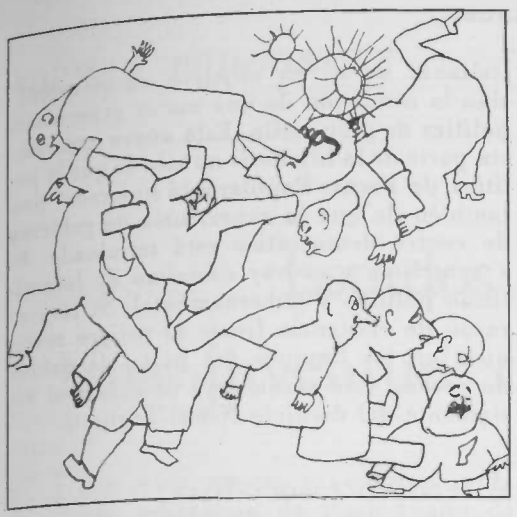
El Partido Socialista Italiano pasó por una experiencia en muchos aspectos parecida. Italia salió de la guerra y del fascismo en condiciones terribles : una economía en ruinas, 2 millones de parados, 7 millones de analfabetos, el 60 por 100 de la producción industrial en manos de monopolios privados o públicos, una reforma agraria imprescindible, una constitución vigente únicamente en los textos, etc. El socialismo italiano se escinde en 1947 : la minoría, con Saragat al frente, ofrece su colaboración a la democracia cristiana con la esperanza de salvar el Estado democrático ; la mayoría, con Nenni a la cabeza, se une a los comunistas mediante un Pacto de unidad de acción encaminado a preparar la sedicente revolución proletaria. Durante diez años, el P.S.I. vivió enfeudado al P.C. política, táctica y orgánicamente.

El Congreso de Venecia señala la liquidación de esta experiencia. Representa no sólo la ruptura con los comunistas, sino la primera derrota efectiva del comunismo ante el socialismo democrático. « *Los crímenes atribuídos a Stalin y a los dirigentes comunistas de las democracias populares* — dice Nenni en su informe al Congreso —, *las revelaciones relativas a las confesiones ante los tribunales, los métodos de terror de la policía política, las cicatrices en los senos de la viuda de Rajk, las uñas arrancadas a Kadar, el actual presidente del Gobierno húngaro, todo esto es terrible. Pero hay algo peor todavía : ¿Cómo se ha podido llegar hasta ahí ?* » Y en medio del silencio impresionante de una sala electrizada, Nenni cita una frase del Partido Obrero Polaco, relativa a los asesinatos cometidos por la policía política en las cámaras de tortura : « *Toda Varsovia lo sabía..., pero nadie hablaba de ello* ».

« *Sin democracia y sin libertad* — continúa Nenni— *todo se envilece, todo se corrompe, incluso las instituciones creadas por la revolución proletaria, incluso la transformación, privada o pública, de la propiedad de los medios de producción y de cambio... El fin del socialismo continúa siendo la liberación del hombre, del hombre que según Marx representa la más elevada criatura para el hombre. De aquí el imperativo categórico de destruir cuantas relaciones sociales lo convierten en un ser vil y despreciable.* » La ruptura con el P.C. es total y definitiva. Millares de trabajadores de la ciudad y del campo comparten la opinión del socialismo italiano, lo mismo que numerosos militantes comunistas. « *Los tanques soviéticos marchando sobre Budapest. la disolución el 9 de diciembre del Comité Central de los Consejos Obreros, la proclamación de la ley marcial, las ejecuciones no han resuelto los problemas de Hungría ni hecho progresar el socialismo. Muy al contrario, han rehabilitado al fascismo.* » El paréntesis abierto en 1919 por la experiencia del comunismo internacional acaba de cerrarse. El socialismo democrático está hoy en condiciones de superar su complejo de inferioridad.

Reafirmación democrática

La denuncia de la mentalidad y de la táctica comunistas supone naturalmente una reafirmación de fe democrática. « *Por democracia* — declara Nenni — *entendemos no sólo una finalidad, sino también un mé-*



LA UNIFICACION SOCIALISTA
(Dibujo de Mino Maccari)

todo al que intentamos ajustar nuestra conducta. Ella significa renunciar a la violencia, como sistema, salvo en el caso de salvaguardar el derecho inalienable de los trabajadores a oponerse a la violencia de las clases dirigentes, ya sea contra la existencia autónoma de la clase trabajadora, ya sea contra las libertades fundamentales. Por democracia entendemos la fidelidad al sufragio universal, al Parlamento, a la multiplicidad de partidos, al sistema representativo que nos ofrece cuantas garantías nos son necesarias para que la clase trabajadora pueda librar combate por la conquista del poder. »

La resolución final es todavía más tajante : « *El Congreso ha llevado nuestra evolución política a sus consecuencias lógicas : de una genérica voluntad subversiva a una acción revolucionaria concreta dentro de los límites de la legalidad. Si queremos obtener del país el respeto de nuestros derechos, debemos garantizarle el cumplimiento estricto de nuestros deberes. Y el primer deber cuyo imperativo nos parece urgente es el respeto de la democracia y de la libertad para con todos, incluso para con nuestros adversarios.* »

Integración europea

Durante diez años el P.S.I. sostuvo la política internacional de la Unión Soviética : denuncia del Pacto del Atlántico, oposición a toda influencia americana en Italia y en Europa, defensa sin condiciones del bloque de países llamados socialistas. La revisión de las concepciones tradicionales debía realizarse en primer lugar en el terreno de la política internacional. « *Una política europea debe impedir por todos los medios que Europa se convierta en el campo de batalla de una guerra atómica... De ahí la necesidad de unir las fuerzas europeas, no para ponerlas al servicio de un bloque militar contra el otro, sino al servicio de una política de paz y si es necesario de mediación... De ahí la necesidad de una cadena de países neutros que se interponga entre los bloques para crear una zona de calma, y la retirada de las tropas soviéticas de los países del bloque de Varsovia, y de las tropas americanas de los países del bloque atlántico...* » Sin embargo, el realismo clásico de Nenni no tardó en hacer su aparición : « *Se nos repite una y mil veces que los bloques militares son una realidad. Es evidente, y sabemos muy bien que debemos contar con esta realidad. Por ello afirmamos y repetimos que la política internacional italiano no puede limitarse a la denuncia del Pacto atlántico, sino a la interpretación y a la aplicación de este Pacto en terminos estrictamente defensivos.* »

Lu unidad europea se convierte poco a poco en el objetivo central de la política exterior del P.S.I. : « *Europa debe plantearse el problema de su unidad política, económica y militar como una construcción de paz y de acercamiento entre el Occidente y el Oriente. Una Europa semejante está llamada a precipitar la evolución democrática de los países del otro lado de la cortina de hierro, interrumpida en parte a causa de de la cristalización violenta de los dos bloques.* » « *El P.S.I. está dispuesto a colaborar a una política europea que, sólidamente apoyada en el movimiento socialista y obrero, convierta Europa en una fuerza de progreso democrático y social, de mediación internacional y de paz.* » En este sentido el P.S.I. acoge favorablemente iniciativas como el Mercado Común y el Euratom, cuyos tratados en preparación deben ser firmados por los gobiernos de la Pequeña Europa en el transcurso de las próximas semanas.

Reunificación socialista

Ruptura con el comunismo y reafirmación democrática, política occidentalista e integración europea, eran las premisas políticas a la reunificación de las fuerzas socialistas italianas. El discurso de Nenni y la resolución final no dejan lugar a dudas. El P.S.I. no se limita a una declaración de buena voluntad, sino que aprueba una política enteramente nueva, que podría fácilmente convertise en la plataforma de un movimiento socialista unificado. Y dirige al futuro Congreso del Partido Socialista Democrático un llamamiento cálido y fraternal en favor de la unificación.

Para justificar el viraje político realizado por su partido en estos últimos meses, Nenni exalta la comprensión y la madurez ideológica de sus cuadros, madurez que pone en parangón con la situación que precedió a la marcha fascista sobre Roma : « Mi memoria no recuerda año más trágico que el 1922. Mientras la noche de la dictadura y de la tiranía estaba para caer sobre el país, nosotros perdíamos el tiempo en frases revolucionarias en torno a la creación de los Soviets. » Con todo, Saragat y la mayoría de la dirección del P.S.D.I. no manifiestan ninguna prisa en decidirse en favor de la reunificación. Ni antes ni después del Congreso de Venecia. Argumentos tácticos no faltan. Sin embargo, las razones verdaderas son de orden político.

El Congreso de Venecia rompió sinceramente con el comunismo. La confusión de última hora, surgida en torno al nombramiento de la nueva dirección nacional, puede explicar el temor de una serie de funcionarios inquietos ante el peligro de ver sus puestos administrativos sacrificados en el altar de la reunificación socialista, pero de ninguna manera una marcha atrás en el terreno de las decisiones políticas. La ruptura moral y orgánica entre el P.S.I. y el P.C. es total y definitiva. Pero el Congreso de Venecia no rompió el comunismo para abrazar el reformismo, o sostener pura y simplemente la política gubernamental de Saragat.

La reunificación de las fuerzas socialistas italianas no es un objetivo en sí mismo, sino la condición de una nueva experiencia política de gran estilo. Esta nueva experiencia parte de la hipótesis no sólo de que la política de Frente Popular está superada, sino también de que la experiencia de gobierno de centro democrático está terminada. El « centrismo » es hoy sinónimo de inmovilismo político y gubernamental. Si tuvo su razón de existencia frente al peligro comunista en los tiempos del pacto de unidad de acción, esta razón dejó de existir al día siguiente del divorcio Nenni-Togliatti.

Alternativa socialista

La ruptura del P.S.I. con el comunismo acarrea lógicamente para el P.S.D.I. el abandono de la colaboración, gubernamental y la vuelta a la oposición, para poder proceder a la reunificación de las dos tendencias socialistas y a la elaboración de una política audaz, capaz de representar, frente a la democracia cristiana y a las fuerzas de conservación social, una verdadera alternativa socialista. El Congreso de Venecia formuló una serie de proposiciones que podrían constituir los elementos básicos de esta política : participar activamente a la realización en Italia de la segunda revolución industrial, plantear con carácter de urgencia el problema de la Italia meridional, realizar la reforma agraria, elaborar un proyecto de control democrático de los monopolios privados y de gestión de los monopolios públicos, nacionalizar las fuentes de energía eléctrica y nuclear.

Saragat y la mayoría de la dirección del P.S.D., temen las consecuencias realmente incalculables del nuevo curso inagurado por el Congreso de Venecia. De la respuesta de este partido dependen la suerte y el porvenir, no sólo del socialismo transalpino, sino de toda la política italiana. El momento es decisivo. Por primera vez, despues de muchos años, el socialismo democrático puede modificar la marcha de la historia. Esperemos que los hombres estarán a la altura de sus responsabilidades.

E. GIRONELLA

NORMAN PODHORETZ

Estados Unidos : ¿ Una juventud demasiado sensata ?

LO QUE HACE DIFICIL caracterizar a la joven generación de intelectuales de este país es que no ha habido quien la definiera. No ha encontrado los portavoces que expresaran sus protestas o proclamaran sus aspiraciones. Tampoco ha producido un *This side of Paradise*, ni un *Farewell to Arms*, en los que pudiera considerarse definida para siempre, en los que pudiera verse dramatizada y de los que pudiera derivar el sentimiento de su propia significación y de su peculiar misión en la historia. En efecto, esta generación es tan evasiva, que apenas se sabe dónde buscarla, y resulta difícil imaginarla como una verdadera generación. El hecho de que sus miembros no hayan creado entre sí un sentimiento de identificación lo bastante fuerte, que les permitiera surgir como grupo claramente definido y consciente, no hace sino aumentar la sospecha de que tal vez no exista entre nosotros lo que se denomina la « joven generación », de que quizá no haya más que un conjunto de individuos discretos, sin una identidad colectiva que merezca tenerse en cuenta : como si dijéramos una « generación informe ».

Es muy propio de una generación así el hecho de que la juventud que la constituye pueda distinguirse, en primer lugar, por una circunstancia negativa : ninguno de estos jóvenes había alcanzado la madurez durante la depresión económica. Esto significa que todos nacieron entre 1925 y 1935, y que en la actualidad tienen de veintiún a treinta y un años. Y significa igualmente que la experencia pública decisiva a que estuvieron sometidos fué la de la etapa que siguió inmediatamente a la segunda guerra mundial, con la complicada serie de acontecimientos que se conocen con el nombre de guerra fría. Si queremos comprender a esta generación es menester que sepamos de qué modo la guerra fría (empleo este término no en un sentido político limitado, sino para describir un clima moral, un estado de cultura) afectó a aquellos que, personalmente, no tuvieron nunca relación alguna con el radicalismo, que no se dejaron llevar, ni sacaron provecho de las ilusiones o de la seriedad que, conjuntamente, habían dado su fuerza peculiar a la vida intelectual de la época que se sitúa alrededor de 1930.

La joven generación creció en medio de lo que pudiéramos llamar un ambiente de revisionismo intelectual. En Norteamérica, gran parte de la lucha ideológica contra el comunismo no se efectuó mediante ataques directos a dicho sistema — esto hubiera sido demasiado fácil —, sino llevando a cabo una intensa campaña contra las convicciones del liberalismo norteamericano, que por razones que todos conocemos se había convertido en el último refugio de las ilusiones de aquella época. Pero el ataque contra el liberalismo no fué, ni podía ser, meramente político. Hubo teorizantes en sociología que estuvieron de acuerdo para demostrar cuan simplista era la concepción liberal de la sociedad. Hubo historiadores y economistas que se pasaron al marxismo; hubo sociólogos que rompieron el clisé relativo a la naturaleza de la vida norteamericana. Se publicó una serie de artículos y de libros que abrieron una nueva perspectiva a la cultura popular de este país, arguyendo que en lo referente al cine, a la televisión y hasta a las bandas ilustradas, la actitud de los liberales era una

mezcla de esnobismo mediocre y mal dirigido y de nociones vagamente stalinoides acerca de la función de la cultura; y finalmente hubo, lo que quizá fué más importante, los críticos literarios que implícitamente (los nuevos críticos), y explícitamente (Lionel Trilling), llevaron el descrédito total a la representación liberal de la naturaleza humana.

¿ Acaso es conservadora esta reacción? En un sentido literal, sí; pero convendrá ser cautelosos antes de afirmar que esa reacción recibió su mayor impulso del esfuerzo destinado a restablecer el equilibrio de la opinión, y no de la tentativa para sustituir el liberalismo por una ideología conservadora, si bien, como era natural, los excesos polémicos dieron origen en ciertas ocasiones a una ideología de apariencia conservadora, que a menudo se consideró equivocadamente como tal. Sea como fuere, el hecho cierto es que todas las incursiones discordantes contra el liberalismo empleaban la misma táctica : se esforzaban por demostrar que el liberalismo era la causa de que no se hubiera conseguido adoptar un criterio suficientemente complicado de la realidad. La complejidad se convirtió en el latiguillo obligado de los discursos de dicho período y llegó a ser una de esas expresiones que producen una impresión taumatúrgica en la imaginación de los jóvenes. Se decía que la mentalidad liberal concebía la realidad social y física como infinitamente manejable, por estar totalmente sometida al poder humano ; el revisionismo, con su conciencia inhibitoria de las limitaciones humanas y su « sentido trágico de la vida », se presentó como el defensor de un escepticismo más sutil. Sin perder de vista la insistencia de los liberales sobre los derechos del hombre, el revisionismo señalaba los deberes y las responsabilidades del hombre.

En general, podría decirse que la crítica del liberalismo contribuyó a la defensa de la sensatez en contraste con la especulación racional, y a la defensa de las cualidades de la *edad madura* frente a los valores de la juventud; pues, en el fondo, el liberalismo contemporáneo se representaba como un conglomerado de actitudes que sólo podían convenir a los ingenuos, a los inexpertos, a los novatos y a los atolondrados : en una palabra, a los que no habían alcanzado aún la madurez. Su concepción del mundo se consideraba como indigna y hasta peligrosa, era una *Anschauung* que podía defender la nación dirigente del Oeste; pero los Estados Unidos habían llegado a ocupar una posición de gran responsabilidad, y las actitudes de los norteamericanos debían ser adecuadas a la nueva situación jurídica del país. Pero, precisamente esta defensa de la edad madura, por disimular de manera solapada una finalidad política, por efectuarse en forma de polémica y por suponer a menudo una autosanción encubierta, tomaba un carácter de insistencia apasionada, poco en consonancia con una literatura cuyo objetivo era poner de manifiesto las virtudes de la edad y del pesimismo. Esta idea era estimulante y encerraba un sentimiento de extrañeza ante el descubrimiento de los tesoros perdidos; era un canto de amor a las sombras de la prisión y una bienvenida embelesada a los años que traen consigo una mentalidad filosófica; era probablemente la despedida más feliz y más entusiasta a la inocencia, que se ha conocido en la historia de la literatura.

*
**

Pero ya no se trataba solamente del liberalismo. La celebración de la madurez durante los años de la postguerra, constituyó también un ataque a la vida intelectual del cuarto decenio de este siglo. En todo caso, la juventud que hacía sus estudios dos lustros más tarde tenía la impresión de que en el seno de la cultura norteamericana se estaba librando una guerra entre dos estilos que se proponían afirmar la propia seriedad como intelectuales : el antiguo estilo de la « alienación », representado por una transacción entre el ideal de la Revolución y un alojamiento en Greenwich Village, por una parte, y el nuevo estilo de la « edad madura », por otra. El nuevo estilo no estaba muy claramente definido, pero es indudable que su forma y su color tenían que expresar la convicción de que en el seno de la sociedad « burguesa » era posible una vida dedicada a las ideas y al arte.

Desde el punto de vista de un socialista, esto se llama « conformismo », pero los jóvenes que se esforzaban por ajustar su vida al nuevo estilo. no creían haber transigido con el mundo que les rodeaba. Muy

al contrario, trataban de comprender las mejores y más profundas posibilidades de éste. Porque este estilo se basaba en el supuesto de que la verdadera aventura de la existencia se encontraba, no en la política radical o en la bohemia, sino en la « vida moral » del individuo, dentro del margen de sus esfuerzos para cumplir con su deber y asumir la propia responsabilidad en el mundo de los adultos. El error de 1930 había sido suponer que la sociedad pudiera llegar a ser nunca otra cosa que un mal negocio con el absoluto. La joven generación estimaba que, en su conjunto, la sociedad norteamericana constituía un ambiente razonablemente decoroso para los intelectuales. Habían aprendido de Harry James y de Jane Austen que los movimientos individuales en medio de un mundo (con cuyas premisas y normas básicas si no se estaba de acuerdo, por lo menos no se estaba en pugna) podían ser significativos, dignos y hasta estimulantes. Hawthorne, Hopkins, Donne, los teólogos agustinos, extraordinariamente populares durante dicho período, Hobbes y Burke (que suplantaron a Locke y a Mill como filósofos políticos predominantes) les hicieron descubrir que el « conformismo » no era forzosamente sinónimo de estupidez o de convencionalismo irreflexivo; que la lucha del hombre para conseguir la libertad *mediante* la sumisión a ciertas condiciones, tenía una gran belleza y una profunda significación. D. H. Lawrence les enseñó que el afán más importante, más exigente y más retador de la vida es la « ardua cuestión de las relaciones humanas », de la amistad y del amor, en tanto que Lawrence, considerado como enemigo de la sociedad industrial, no les causaba la menor impresión.

Así pues, se estimó más hábil dejar de censurar la vida con la petulancia de unos adolescentes y reconocer que la experiencia de los americanos del siglo XX tenía tanto valor e interés como la experiencia de un inglés del siglo XIX ; empezar observando la vida a nuestro alrededor, respetando lo que tiene de complejo y dramático, y dedicarse a las cuestiones propias de la vida adulta viviendo al mismo tiempo tan rápidamente como fuera posible. Y la joven generación se dedicó en efecto a las cuestiones propias de los adultos. Muchos de ellos se casaron pronto; otros se consagraron definitivamente a carreras completamente modestas, por ejemplo la enseñanza ; cultivaron el interés por la comida, los vestidos, los muebles y las buenas maneras, ya que esto representaba la base de la « riqueza » de la vida, de la cual la generación nacida entre 1930 y 1940 se había privado voluntariamente. Como hubiera correspondido a adultos responsables, en la vida de esos jóvenes no había ni alegría ni travesuras ; su presencia y su conducta anunciaban ya que se trataba de mujeres y de hombres serios, sin tiempo que perder en tonterías y diversiones, cargados con el sentimiento de la mortalidad y reconciliados con el triste hecho de la limitación humana. Muy conscientes de lo complicados y difíciles que eran todos los problemas, muy sensibles al peligro que encerraban las ideologías, los entusiasmos y las pasiones, muy persuadidos de que *la vérité reste dans les nuances*, adoptaron la actitud perfecta del adulto civilizado : equilibrado, sobrio, juicioso y prudente.

La joven generación no ha sido improductiva. Ha producido muchísimos poemas y gran número de novelas. Los poemas son extraordinariamente correctos, con una superficie tan impecable como el gusto de que dan pruebas los poetas en el modo de vestir y en sus maneras; son tan serenos como la conducta de sus autores en las moderadas fiestas a que asisten. Pero la paradoja está en que a pesar de haber contraído matrimonio en edad temprana y de haberse consagrado a sus carreras, estos jóvenes adquirieren la gravedad con facilidad excesiva, como ocurre cuando en vez de participar en la vida se la contempla como simple espectador. Todo lo que acontece a estos jóvenes parece inmediatamente desposeído de su « significación », aun antes de que haya podido producir efecto alguno ; todas las cosas deben ser comprendidas antes de que se pierda el dominio sobre ellas. Se observa el mundo a distancia, se le comenta con tranquilidad y sensatez ; nunca se lucha con él, ni se le arrostra francamente.

Las novelas escritas por la nueva generación tampoco llevan la señal de un contacto directo con la vida. Están llenas de ideas extraordinariamente complejas acerca de Dios, del hombre, de la sociedad, de la vida, de la muerte y de la sexualidad ; están magníficamente construídas y disci-

plinadas, y no obstante se siente que la disciplina ha sido impuesta obedeciendo únicamente a muy débiles impulsos. En efecto, la literatura producida en nuestro tiempo por escritores que apenas han pasado de los veinte años es uno de los fenómenos más notables de la historia de la cultura : es una literatura escrita por olímpicos que alcanzaron la cumbre de la montaña, no subiendo paso a paso por las resbaladizas laderas de las rocas y llegando magullados, llenos de rasguños y de sangre, sino como si hubieran sido depositados sanos y salvos en la cima por un helicóptero, y sin conocer nada de las altas sierras, excepto que el aire está allí enrarecido. Es una literatura de una madurez no merecida, una madurez completamente divorciada de la experiencia, y que es, en realidad, expresión del miedo a la experiencia; una madurez que se ha convertido en el medio de proteger la delicada existencia propia de las demoledoras incursiones de la experiencia.

Este miedo a la experiencia (que, en realidad, se traduce por el miedo de asumir ningún riesgo y por el terror concomitante a pasar por tonto) tiene indudablemente cierta relación con el hecho de que la virtud, en un período de guerra fría y de jaque mate atómico, ha de consistir forzosamente en la prudencia. Creo que es consecuencia también del enorme escepticismo que la misma guerra fría ha favorecido, porque se vivía en un mundo de posibilidades severamente limitadas, en un equilibrio precario al borde de un apocalipsis. En un mundo así había muy pocas cosas que pudieran saberse y muy pocas que pudieran hacerse.

Por lo tanto, puede calificarse justificadamente a la joven generación de informe; puede considerársela como una agrupación de personas que, a pesar del aparente dominio de sí mismas, del apresuramiento con que han ocupado sus puestos en la sociedad, de su adulteración y de toda su « madurez », no saben nada, no defienden nada, ni creen en nada.

Pero sería un error juzgar, sólo por las apariencias, la sobriedad y la sensatez de la joven generación, porque en realidad es una generación inquieta, y a medida que envejece aumenta su inquietud. Empieza a sentir que le han escamoteado la juventud y sospecho que éste es el significado de la reciente resurrección de su interés por el siglo XX. Por el hecho de haber pasado voluntariamente, sin transición, de la infancia a la edad madura, ha dejado de vivir la adolescencia. Sabido es que el hombre no puede prescindir de ésta, y lo que hace, cuando más, es posponerla. Y cuando toda una generación que está acercándose a los cuarenta años, rompe sus trabas y decide zambullirse a media noche en la fuente de la plaza, puede producirse algo maravilloso.

NORMAN PODHORETZ

HERBERT PASSIN

El Japón : Una nación de lectores

La célebre novelista lanzó una detenida mira en torno al aposento, decorado en estilo occidental, en el que yo la había invitado a cenar. Sus ojos ligeramente entornados fueron iluminándose poco a poco, como si emergiese de un lugar profundo. — « Tengo tanto que hacer — exclamó —, que ya ni me queda tiempo para pensar. Desayuno, por decirlo así, con un panecillo en la mano izquierda y un portaplumas en la derecha. Pero, a la hora actual... » A todos los escritores japoneses les ocurre lo mismo. Su rostro de enérgicos rasgos ofrece huellas de fatiga, que una espesa capa de polvos disimula con dificultad. — « La demanda es tan grande que se trata sencillamente de saber a dónde llega la resistencia física de uno. El más resistente será el que gane más dinero. Hay en el Japón más de un millar de escritores que ganan su vida, y que la ganan bien, escribiendo novelas. Todos tienen bastante dinero para disfrutar de una existencia cómoda y hasta lujosa. La mayor parte de entre ellos podrían comprarse un coche, si quisieran. (Un automóvil cuesta en el Japón, poco más o menos, el doble que en Europa.) La única razón por la que yo no lo tengo, es que no dispongo del tiempo necesario para comprar uno y para ocuparme de asegurarlo, del chófer, etc. ¿Existe un país en el mundo en que los escritores tengan tanto qué hacer y gocen de semejante prosperidad ? »

— Pero, ¿ cómo explica usted eso ? — le pregunté yo. ¿ Hay tal penuria de escritores en el Japón ?

— No — me respondió ella —. Eso depende, según creo, del hecho de que tenemos una enorme cantidad de lectores. Somos una nación de lectores. Y la razón es que las gentes son tan pobres que no pueden procurarse otras distracciones. Así, pues, leen...

Estimo que debe de haber otras causas de tal estado de cosas. Sin embargo, no es enteramente falso lo que esta escritora acaba de decirme, del mismo modo que hay mucho de cierto en la forma en que me han explicado familiarmente la cifra elevada de nacimientos en los países rurales y retrasados : como no hay electricidad y las gentes no tienen otra cosa que hacer por la noche... No obstante, no es tan sólo en el Japón donde las gentes tienen poco dinero y no saben cómo pasar el tiempo, y no en todos los sitios en que esto ocurre se sumergen las gentes obligadamente en la lectura. Además, si se lleva este argumento al extremo, habrá que deducir que a medida que la prosperidad aumenta en el Japón, se leerá cada vez menos. Pero, como todos podemos comprobar, no es esto lo que ocurre. El número de lectores japoneses, calculado con arreglo a la venta anual de publicaciones de todas clases, no cesa de crecer cada año. En el Japón se desenvuelve la industria del libro más floreciente del mundo entero, si no por los beneficios materiales, al menos por la producción de mayor número de palabras por habitante. Los escritores japoneses en sus momentos de sinceridad califican esta abundancia de « diarrea verbal », y es menester una producción literaria considerable para alimentar el torrente de palabras que brota al través de las revistas ilustradas, periódicos, libros, folletos, obras radiodifundidas y televisadas, películas y piezas de teatro.

Existen en el Japón cerca de 1300 revistas ilustradas, que tiran cerca de 360 millones de ejemplares en total. Los ferrocarriles nacionales transportan unas 14.300 toneladas de tales revistas. Si sumamos a ello las

3.000 toneladas transportadas por camiones y las otras 3.000 repartidas en el propio Tokio, alcanzaremos un total aproximado de 20.000 toneladas de revistas ilustradas, por mes. Si dividimos ese número por los 32.000.000 de ejemplares, teniendo en cuenta los embalajes utilizados para los envíos, comprobaremos que cada ejemplar pesa cerca de quinientos gramos por término medio.

Tengo en este momento ante mis ojos un « magazine » de pocas páginas que no pesa siquiera cien gramos, y tiemblo pensando en el peso que, como compensación, deberán alcanzar los otros « magazines » más considerables. Pero sean cuales fueren nuestras inquietudes a este propósito, no abandonemos aún el terreno de la estadística. A razón de 32 millones de ejemplares por mes, o sea de 360 a 400 millones por año, obtendremos un término medio aproximado de dos revistas ilustradas por mes y por familia, es decir alrededor de 24 por año. Fuere el que fuere el criterio que se adopte, esto prueba bien que los lectores son muy numerosos. Y si añadimos a ello 34 millones de ejemplares de periódicos diarios, o sea 2,2 periódicos por familia, y un término medio de algo más de 130.000.000 de libros publicados cada año, lo que equivale a 8 por familia poco más o menos, nos vemos obligados a admitir que, efectivamente, los japoneses dedican a la lectura gran parte de su tiempo.

No es cosa de admirar que, en una nación moderna y progresiva, las revistas destinadas al conjunto de la población — novelas fáciles, divulgaciones históricas, periódicos de cine y de deportes, revistas femeninas, etc. — alcancen gran difusión. El Japón no se exceptúa de esta regla. Una revista ilustrada que lleva el título poco afortunado de *Helbon* — que significa « mediocridad », « frivolidad » o « a lo que saliere » — alcanza la tirada máxima de 1.400.000 ejemplares por mes. Otra, destinada especialmente a las familias rurales, *Ie no Hiker* (La Luz del Hogar) le pisa los talones con una tirada de un millón mensual. La edición japonesa del *Reader Digest* ha llegado a conseguir 400.000 lectores.

Lo que sorprende es que las obras de escritores serios se publiquen en los « magazines » populares exactamente lo mismo que en las revistas más calificadas. La diferencia, tan clara en cualquier otro país, entre autores populares y autores « intelectuales » apenas tiene aquí importancia. No puede decirse que tal distinción no exista en absoluto ; pero el hecho es que un buen escritor japonés puede trabajar sin desdoro lo mismo para las publicaciones destinadas al vulgo que para las revistas más austeras y de prestigio.

Pero no es sólo de notar el hecho de que los periódicos de gran tirada son relativamente serios y abren plenamente sus columnas a los escritores solventes ; las revistas serias tienen asimismo una tirada muy amplia. Si entendemos por « serias » las publicaciones que tratan de las ideas, de la literatura, de la política, del arte, etc., podremos señalar muchas de estas publicaciones, de toda clase. Pongamos algunos ejemplos tomados al azar : existen 17 « magazines » de interés general, cerca de 60 de ellos dedicados exclusivamente a la literatura, 20 a la poesía moderna, 48 al poema japonés tradicional de 31 sílabas, el *tanka*, y 51 al *naiku*, poema de 17 sílabas. Hasta el *senryu* exótico ha encontrado 8 publicaciones que lo cultivan. La difusión de todas esas revistas debe de alcanzar aproximadamente el 10 por ciento del conjunto de la literatura periódica, y casi el 20 por ciento si se excluyen los semanarios y los periódicos para niños. La clase de los « magazines » de interés general, alcanza el 5 por ciento de la tirada total de las revistas ilustradas japonesas; pero en Tokio, centro cultural del país, tales publicaciones exceden en un 20 a un 26 por ciento a las destinadas a « distraer a las masas », y si no tenemos en consideración más que las revistas mensuales para adultos, la proporción, en Tokio, sería todavía más considerable.

Los Tres Grandes, los pesos pesados entre los « magazines » de interés general son *Bungei Shunju* (periódico literario) que tiene una tirada de 550.000 ejemplares; *Sekai* (Mundo), con 120.000, y *Chuo Koron* (Revista Central) con 110.000 aproximadamente. (Estas no son sino aproximadas. La verdadera tirada, que se considera como un secreto comercial y hasta político, no se indica jamás en el Japón.)

Para el lector verdaderamente intelectual, *Bungei Shunju* no pasa de ser un

« magazine » popular. Se avergonzaría de que le viesen leyendolo. Para comprender hasta donde llega el snobismo del lector japonés, hojeemos un ejemplar de esta publicación típica. En abril de 1956, por ejemplo, y en un número de 348 páginas, nos encontramos con 26 temas de extensión mayor — artículos, cuentos, temas de actualidad — además de una docena de temas diferentes, tratados de modo más breve. Cincuenta autores pueden encontrar obras suyas abriendo las páginas de esta revista. Allí están artículos como « La evasión psíquica en el espíritu moderno » por el profesor Nakaya, físico distinguido, especializado en las cuestiones de baja temperatura, y la mayor autoridad mundial en materia de cristales de nieve y hielo. Es muy solicitado como escritor y comentarista ; « La diplomacia, el ministerio de Asuntos Exteriores y los diplomáticos », por el finado profesor Otaka, de la Facultad de Derecho de Tokio ; una serie de artículos sobre la nueva política de la U.R.S.S., serie en la que participan un célebre economista, un especialista soviético y el director de la Casa Internacional ; « Relaciones entre las ciencias naturales y las ciencias sociales », por el profesor Tsuru, economista distinguido de izquierda ; « Los viajes de Ricardo », por el doctor Koizumi, antiguo presidente de la Universidad de Keio y en la actualidad preceptor del príncipe heredero ; etc... No podrá decirse que tal « magazine » adolece de falta de gravedad. La explicación de su popularidad se debe en parte a que *Bungei Shunju* no se mete a fondo en el izquierdismo, de moda entre los intelectuales, y en parte también a que se esfuerza en hacerse accesible a los lectores. Los escritores que trabajan para él se ocupan en cosas serias, pero las tratan en sus páginas con un estilo menos teutónicos, menos académico que de costumbre.

En el peldaño siguiente de la escala de las publicaciones es donde encontramos el alimento en serie de los intelectuales y de los estudiantes. *Sekai* es una revista ilustrada de la postguerra, que se halla actualmente en el décimo año de su vida y que sale a la luz respaldada económicamente por la poderosa casa editorial Iwanami. En octubre de 1951, después de algunos años de semioscuridad, alcanzó resonante triunfo con la publicación de un número especial en el que se dirigían ataques contra el Tratado de paz de San Francisco. De un golpe, su tirada de 10.000 ejemplares entonces, se elevó a la actual que oscila entre 100 y 200 mil. Profesa esta revista un neutralismo beligerante, nervioso, y se la considera con razón como una publicación del « campo socialista » en el « frente intelectual ». *Chuo Koron*, ahora en el 71 año de publicación, representó un lucido papel en la vida intelectual del Japón moderno. En general, se esfuerza por evitar todo partidismo, pero por el hecho de que es una publicación hecha por intelectuales japoneses y para ellos, no puede evitar en ocasiones convertirse en el reflejo de sus opiniones y humores del momento. Por consiguiente, desde el punto de vista político se parece mucho a *Sekai*.

***

No cabe duda que este estado de cosas hace del Japón el paraíso de los escritores, aunque gran número de éstos, ignorando acaso como viven sus colegas extranjeros, se pasen el tiempo formulando recriminaciones. Los escritores — y me refiero no sólo a los profesionales, sino también a numerosos profesores, diplomáticos, artistas y hasta hombres de negocios que obtienen de sus escritos buena parte de sus ingresos — reciben constantes solicitudes para que escriban artículos no sólo sobre sus peculiares especialidades, lo que es muy natural, sino también sobre temas perfectamente extraños a su competencia.

Así ocurre frecuentemente que un profesor de filosofía se ocupe en el reciente resultado de las negociaciones ruso-japonesas sobre la pesca, o que un autor de novelas de aventuras nos dé a conocer su opinión sobre los progresos del comercio entre el Japón y el Asia del sudeste. No cabe negar que todo ello reviste al periodismo japonés de cierta frescura y cierta vivacidad. Y este estado de cosas tiene por efecto perturbar un tanto el aislamiento de las universidades, que viven en su tradicional torre de marfil, puesto que los sabios se ponen ahora en contacto con el gran público y con sus problemas, a la vez que el gran público se familiariza con los sabios.

Pero no podríamos afirmar con tanta seguridad que ese ritmo frenético de la letra

impresa sea favorable a la calidad del estilo. Las revistas ilustradas no son evidentemente otra cosa que una etapa en el circuito febril de las publicaciones, que comprende también los periódicos diarios y los semanarios. Los escritores están de tal modo atareados en dar satisfacción a las múltiples demandas de original que se les formulan para estas publicaciones, que no tienen ya tiempo para leer, para estudiar, para cuidar su estilo, para pesar el pro y el contra. Y en las universidades se oye con frecuencia a los estudiantes, y hasta a los profesores menos favorecidos, quejarse de que los « leones » — los profesores escritores — descuidan la preparación de sus lecciones y de sus conferencias docentes. Otro aspecto que se presta a reflexión es que la mayor parte de los artículos son hechos por encargo. El periódico elige el tema y después encomienda a este o al otro escritor que lo trate. Véase, por ejemplo, el caso de mi amiga la novelista : el año pasado escribió tres novelas — dos de ellas insertas luego en folletón en revistas ilustradas y en un diario —, cuatro novelas cortas, veinte ensayos y artículos sobre asuntos de política, sociología, vida femenina, literatura y situación internacional, aparte 80 artículos aproximadamente en varios semanarios y en diversos diarios. Con todo ello, hace ya largo tiempo que no ha tenido holgar para sentarse ante su mesa a escribir sencillamente lo que de modo espontáneo se le ocurre. Y se pregunta uno, dónde queda la actividad creadora personal dentro de un régimen semejante.

No sería ello tan grave si estuviésemos ciertos de que el lector resulta a la postre tan favorecido como el escritor. Evidentemente se ofrecen al lector gran variedad de temas, reportajes bastante buenos sobre los acontecimientos mundiales y una gran diversidad de obras imaginativas; pero, ¿ se le da una visión de conjunto, bien ponderada, de la situación política ? Por desgracia la respuesta es negativa. En ciertos periódicos, eso que podríamos llamar el « antistalinismo prematuro » — desde que Kruschef y Mikoyan se han destapado — no tiene ninguna probabilidad de lograr buen éxito. El escritor que expresa con demasiada libertad sus opiniones políticas no conformes a la ortodoxia actual, corre el riesgo de no encontrar salida para sus obras. No es que todas las puertas se le cierren, por supuesto, pero se le cierran bastantes, sin embargo, para amenguar sus ingresos e incitarle a la prudencia. Por consiguiente, muchos escritores evitarán celosamente cualquier tema susceptible de chocar con las tendencias corrientes en las salas de redacción. De no ser así, se exponen a que les califiquen de reaccionarios — el insulto más temido por los intelectuales japoneses —, lo que daría además por resultado la disminución del número de encargos o pedidos y, por ende, de sus ganancias. En casos extremos, no vacilarán en disfrazar deliberadamente su verdadera opinión. Se han publicado sobre la Rusia soviética y la China comunista no pocos panegíricos escritos por gentes que, en privado, reconocen que todo eso es una patraña. El resultado de ello es una aparente uniformidad política en los principales periódicos serios, lo cual no sólo extravía a la opinión, sino que la perjudica. Redactores jefes, escritores y lectores, todos son prisioneros de este círculo vicioso. El escritor trabaja en cierto sentido porque desea que publiquen sus escritos ; el redactor jefe revela cierta parcialidad en la elección de los artículos porque tiene la impresión de contentar así a su público. Y el lector cree conocer la opinión de los espíritus más esclarecidos, puesto que lee a los autores más famosos en los periódicos más en boga.

Todo esto es acaso una consecuencia del *Zeitgeist*, de las condiciones políticas del tiempo en que vivimos. Críticas aparte, forzoso es admitir que los « magazines » japoneses « serios » son probablemente — y hasta realmente, si nos colocamos en el punto de vista del escritor — los más palpitantes y los más florecientes del mundo.

HERBERT PASSIN

Cinco pintores españoles

POR R. R.

SERIA DIFICIL encontrar un parisiense que no se queje hoy del « gigantismo » de su ciudad, de su centralismo egocéntrico, de la acumulación, de la proliferación y del aumento que se observa en todos los dominios de la vida — que trae como consecuencia el aceleramiento de su ritmo. La vida artística ha llegado a ser un torbellino y el aficionado, excesivamente solicitado (a la cadencia de una media semanal de quince « vernissages », de cinco a seis conferencias, de otras tantas obras especializadas con títulos prometedores, por no citar nada más que manifestaciones que se refieren a las artes plásticas), el « amateur », digo, tiene la penosa impresión de ver demasiado y demasiado poco y la nostalgia de una época en que el recogimiento no era todavía un lujo. El prestigio de París no cesa de atraer a los artistas de todos los países, para quienes una exposición en una galería parisina representa — a lo menos para su espíritu — el sésamo de la consagración.

Alrededor de esta ciudad repleta, que aspira tantas energías creadoras, existen centros regionales generalmente aislados y soñolientos hasta una época reciente... Para despertarlos ha sido preciso, al mismo tiempo que la acción descentralizadora (todavía indecisa) de organismos gubernamentales, los esfuerzos, en el plan económico, de los Museos de Francia, de los Comités de Turismo y la magnificencia de grandes festivales (cuyo número tiende a aumentar). Todos los años, y esto ha comenzado hace apenas un decenio, cada ciudad importante tiene « su » festival, adaptado al carácter local; las manifestaciones musicales, poéticas o teatrales van acompañadas de una exposición en el Museo, prolongada, a veces, por galerías particulares, a la que se invita a los artistas del país o a artistas consagrados por la capital, a grupos y a asociaciones. El público — hablo del gran público y no de los « amateurs » ilustrados — está todavía poco preparado para estas manifestaciones ; no está más que parcialmente informado sobre el arte contemporáneo y desconoce la mayor parte de los estudios. Hay una diferencia entre sus concepciones (Cézanne deforma brutalmente, los « fauves » tienen exageraciones incomprensibles, Picasso se burla del espectador, la abstración es una enfermedad del arte, los impresionistas son casi los únicos pintores que han adquirido la ciudadanía) y el arte vivo. Es cierto que para facilitar la comprensión es preciso multiplicar los contactos. La tarea bien vale la pena de que se dedique uno a ella.

La Asociación Francesa de los Amigos de la Libertad — que colabora con el Congreso por la Libertad de la Cultura y que irradia sus trabajos sobre la provincia con sus « Casas de la Libertad » — ha comprendido muy bien la importancia de este problema de descentralización y de información. Además de manifestaciones de un aspecto más severo, organiza desde hace dos años exposiciones en varios grandes centros de provincia (Burdeos, Niza, Saint-Etienne). En enero-febrero últimos, dicha Asociación presentó en Burdeos pinturas y dibujos de españoles que viven fuera de España. La iniciativa era buena. Se sabe, en efecto, que

aquella ciudad conserva muchos lazos culturales con España, que alberga numerosos refugiados del otro lado de los Pirineos y que los bordeleses, gracias a las magníficas e inteligentes exposiciones que desde hace varios años consagra su Museo al arte español, desde los primitivos hasta Goya, están particularmente interesados por sus aspectos contemporáneos.

* * *

Ante las telas de Eduardo Caruz-Bernal el visitante se ha encontrado en presencia de una realidad familiar, que inspira confianza y que sin caer en la facilidad anecdótica y sentimental, está marcada con el sello indeleble de España. No solamente en la inspiración (caras de torero ; campesinas con grandes ojos oscuros y tristes ; frutas mediterráneas alrededor de una raja de sandía), sino en la espontaneidad de esta expresión poética. Aquí el impulso excluye la meditación y el razonamiento ; si a algunas composiciones les falta rigor, están bañadas de una rara y preciosa frescura de sentimiento, y ésto compensa aquéllo. El rigor es lo que se encuentra en Francisco Bajén. Buscado con pasión por este joven pintor, aparece en el universo cerebral, todo tapizado de silencio, que construye. Tiene numerosas referencias, ciertamente, del Museo Imaginario (pienso, por ejemplo, en sus *Jugadores de cartas* — Cézanne visto por Léger — o en la *Figura acodada*, parienta de las mujeres de la cara trágica de Toulouse-Lautrec o de Picasso de la época azul). Pero la elegancia de su dibujo sintético, el brillo suntuoso de esmalte que hace resplandecer su pintura (*Nieve verde*) son muy personales. Poco conocido todavía fuera de círculo de amigos albigenses este artista sensible, este trabajador apasionado y paciente merecerá muy pronto, sin duda, un lugar entre los pintores representativos de las generaciones jóvenes.

Orlando Pelayo (Premio Othon Friesz 1956) acababa de exponer en Toulouse. El ha exaltado recuerdos de Africa del Norte. La luz era para él hace dos o tres años todavía, como para los impresionistas, la determinante de las formas. Hoy sus composiciones tienen una homogeneidad mucho más grande : líneas y volúmenes están sometidos al orden de los colores, partidos y recompuestos detrás de una red brillante donde se funden todos los oros. La representación se detiene : el espectador debe ir más allá de las colinas calcinadas, de los fogosos borriquillos y de las campesinas, ya no acariciados por los rayos del sol, sino hechos de sol.

Las costas del Caribe han venido a nosotros... al mismo tiempo que se alejaba toda visión de un mundo conocido. El surrealismo exuberante de Eugenio Granell vagabundea el hosque tropical que ha llegado a ser familiar en el curso de un largo periplo. El ojo vigilante descubre bajo la púrpura y la esmeralda auroras extrañas, seres extravagantes y llenos de humor... Se percibe el grito extraño de la gallina-máquina de coser, la sonrisa de la mujer-planta, el gran ojo fijo de un dragón mecánico. Granell, conocido en América Central gracias a numerosas exposiciones, ha fijado su residencia en Puerto Rico.

El envío de un familiar de los lectores de esta revista, Bartolí (actualmente en Nueva York) completaba la exposición. Sería superfluo extendernos sobre sus cualidades de dibujante y sobre el espíritu que anima cada uno de sus rasgos, pues ellos son bien conocidos de todos. Había allí un extracto de sus actividades artísticas y de reportaje : una tela (*Desnudo*) que ha figurado en su exposición parisiense, la *Cúpula de Milán*, trazado con un lápiz incisivo, *Campesinos mexicanos a caballo*, un viejo soñador negro y un estudio, a tinta, para un cuadro inédito : el trabajo representado por el choque acompasado de herramientas pesadas en los brazos de los esclavos.

Estos cinco nombres de la joven pintura española, estas cinco ramas de un tronco vigoroso, han recordado al público bordelés la importancia que tienen en el arte de hoy — después de los « grandes » Picasso, Gris, Miró, Bores-Par — los artistas de más allá de los Pirineos. De sus obras (que se llamen Granell, Bartolí, Caruz-Bernal, Pelayo o Peinado, Cavé, Montor, Francisco Sales, o si quiere abordar el dominio de lo informal, Nieva...) se desprende un indiscutible cuidado de expresar, en medio de las contiendas de nuestro tiempo, valores humanos muy auténticos.

R. R.

Dos libros políticos de dos hombres políticos

No es común, sobre todo en América, que jefes de partido y líderes de poderosos movitos populares en sus respectivos países (Perú y Venezuela), se resuelvan a volcar en sendos libros el resultado de sus experiencias y el esquema de sus empeños futuros. Sin embargo, tal es el caso que nos ocupa. Se trata de dos libros disímiles, unidos solamente por el común denominador de la pasión pública, y editados por el Fondo de Cultura Económica, de México. Aunque manejan ideas y hechos concretos, ambos tienen presente en todo momento su obligación primordial para con su gente. Los principios valen de suyo, mas no hay una sujeción esencial a éstos, sino una utilización sagaz de los mismos.

Son, además, y no es poco, dos libros polémicos. Cada cual con su cosa, pero dos libros de combate. El de Haya de la Torre, escrito en su asilo-prisión de la Embajada de Colombia en Lima, acusa a primera vista el impacto de esta circunstancia, en el vocabulario de los primeros capítulos, vocabulario a ratos demasiado desusado por exquisito y técnico ; el de Betancourt, redactado entre viaje y viaje por las Antillas, revela un peligroso contagio de las palabras gringo-latinas, que no siempre coadyuvan a dar realce a las ideas. Hay otro hecho que reúne a ambos autores y sus respectivos libros: la coincidencia ante el comunismo. De ambas experiencias resulta que, en los momentos más candentes, la reacción acusó a ambos dirigentes, sin fundamento, de procomunistas, siendo así que el comunismo fué implacable en atacarles cuantas veces estimó necesario.

Haya de la Torre no se dirige a ningún país, sino a todo el Continente. Sus premisas y conclusiones son muy sencillas. Con abundancia de citas, que él mismo considera excesivas, demuestra que el Apra se enfrentó con el comunismo desde su aparición y sobre todo desde 1927 ; que fué antifascista en todo momento y por eso se plegó a la política de los aliados ; que convirtió la lucha de clases en cooperación de clases explotadas ; que consideró al marximo como un método, pero que ya desde 1928, y sobre todo desde 1936, no vaciló en anunciar que la dialéctica « negaría » al marxismo, y que era absurdo seguir apegado a una teoría que, basada en la ciencia del siglo XIX, carecía de bases a la luz de los sucesos de nuestra época. Al mismo tiempo destaca el carácter democrático del aprismo, demostrando con citas propias que no se limitó solamente a la democracia política, sino que quiso añadir la economía dentro de la fórmula de « libertad con pan ». Por último, con respecto al anti-imperialismo, desde 1931 el Apra ha distinguido con toda claridad entre los intereses plutocráticos de Wall Street y los del pueblo norteamericano, habiendo cooperado con los elementos liberales del sindicalismo y de la intelectualidad norteamericana.

Betancourt hace, ante todo, una historia a grandes trazos de los antecedentes históricos de su gobierno y de la actual tiranía, basándose en la política petrolera. Los regímenes de Cipriano Castro, Juan Vicente Gómez, López Contreras y Medina Angarita, desfilan marcados por sus numerosas y profundas lacras. Pone en evidencia la contribución de los grandes consorcios petroleros al sojuzgamiento de Venezuela. Cuando entra a tratar de su

propio gobierno, hace varias revelaciones esenciales respecto a hombres y métodos; una de ellas, como el actual dictador venezolano fué, precisamente, quien buscó la alianza con Betancourt y su partido, para formar la Junta de gobierno de 1945. Los logros de esta Junta en el campo legislativo, económico, etc., están ampliamente expuestos en las páginas del libro. Es cuando se encara con los últimos días de su gobierno y con la conspiración castrense de 1948, cuando Betancourt recupera su tono polemista y traza un cuadro a fuego vivo de los sucesos de su patria. Los datos que aporta son de una elocuencia irrebatible. Resulta así que el petróleo es el personaje decisivo en la vida colectiva e individual del país de Bolívar, y que en torno suyo ha girado y gira el acaecer diario.

Es curioso que siendo ambos autores miembros de una misma cruzada, amigos sinceros y cofrades en su larga lucha, no haya menciones de uno ni otro en los respectivos libros. Betancourt hace dos cortas referencias al Apra. Haya no tiene oportunidad, por el carácter circunscrito de su libro, de mencionar a Acción Democrática. Se nos antoja que, desde el punto de vista más amplio de los vastos intereses continentales en juego, ni el uno debería haber callado la inspiración original bebida en el aprismo, ni el otro la coincidencia constructiva y la correlación ulterior con el movimiento del Norte. Hacemos esta observación sin suspicacia, pues sabemos las estrechas relaciones entre los dos hombres y los dos movimientos; mas pensamos que la insistencia en la fraternidad nunca está de más.

Creemos, en fin, que nadie podrá hablar con fundamento de los sucesos de América contemporánea sin leer estos dos libros. Sus autores han reunido en sus páginas vasta experiencia y profunda sinceridad.

S.

Víctor Alba : " Hungría, 1956 "

LA REVOLUCION HUNGARA ha puesto definitivamente en evidencia lo que desde hace mucho sabíamos, o sea, el carácter antiobrero, reaccionario e imperialista de la Rusia bolchevique. Y como el bolchevismo, además de realizar empresas de conquista de pueblos, proclama su aspiración a extenderse al mundo entero, natural es que los acontecimientos de Hungría hayan despertado profundo interés en todas partes, independientemente de las hondas razones humanitarias que para ello existen.

Los modernos medios de información universal fueron satisfaciendo en el público de Hispanoamérica el ansia de saber lo que sucedía en el país magiar a medida que los hechos se iban desarrollando, y gracias a ellos se formó en la conciencia colectiva continental un criterio más o menos justo sobre la índole del movimiento y sobre lo que significa su represión por las fuerzas armadas rusas. Pero es obvio que eso no bastaba y que conforme pasaban los dias, la opinión pública seguía solicitando elementos de juicio más serios para saber, si, en fin de cuentas, era o no verdad — como lo afirma el Kremlin — que la revolución húngara fué animada por levadura fascista e imperialista. Apreció entonces en México, con gran oportunidad, un libro de Víctor Alba titulado *Hungría, 1956. ¿Quién vencerá a Moscú?*, (Editorial Costa Amic, México, 1957), que probablemente es el primero que en castellano se haya escrito sobre el problema.

Pedir al autor imparcialidad en un hecho como el que trata, sería absurdo. Y él, por lo demás, afirma que no pretende tenerla y confiesa que escribió con pasión, aunque asegura también — como es cierto — que lo hizo objetivamente, sin apartase un punto de la verdad. Esto constituye la primera buena cualidad del libro; mas si importante es tal excelencia, quizá mayor sea la forma en que Alba diluye su personalidad casi por completo, escribiendo a base de una copiosísima información, siempre comprobable con documentos, en la que no falta ninguno de los datos que la radio y la prensa hicieron llegar a todos los rincones del mundo hasta el momento mismo en que la obra fué terminada, o sea en los primeros días de enero del año que corre, datos que hilvana con habilidad, logrando ofrecer al lector un cuadro a la vez apasionante y objetivo del drama húngaro.

Alba, por otra parte, no se limitó a recoger los episodios de la lucha armada que tuvo como teatro a Budapest y a toda la nación húngara, sino que sintéticamente explica antecedentes históricos de la revolución y el clima social y político que la gestó, sin dejar de usar para esto, como para todo lo demás, su sistema de acumular y acoplar documentación. Y como en fiel espejo, en su libro refleja también la pugna política, de mentiras por un lado y de hechos por el otro, en que con motivo de este acontecimiento casi toda la humanidad es beligerante. A esto se debe que haya incluído la polémica de Jean-Paul Sartre y su grupo con los escritores rusos que pretendieron defender al régimen que los amamanta, así como las opiniones de otros intelectuales europeos y las declaraciones de la intelectualidad americana y mexicana, lo mismo que las de los sindicalistas y socialistas de este último país contra los verdugos del pueblo húngaro. Al lado de estas brillantes pruebas de la más desinteresada y limpia solidaridad humana, ¡qué ignominiosa sombra proyectan los documentos de los asalariados de Moscú, que también se incluyen en el libro!

En Hispanoamérica, *Hungría*, 1956 es un documento que deben conocer y tener siempre al alcance de la mano todos aquellos que en el agitado mundo en que vivimos deseen blandir el arma de los acontecimientos de Hungría contra la sempiterna mentira comunista.

R. G. T.

A. Fernández Suárez : "Los mundos enemigos"

Llega este libro a nuestras manos en los momentos de tensión internacional que el mundo está atravesando, y esto ya es por sí sólo bastante para leer con acrecido interés la nueva obra del Sr. Fernández Suárez (editada por Aguilar, de Madrid), porque con los temas fundamentales que en ella estudia rinde el importante servicio de darnos a conocer lo que está ocurriendo y hacernos entrever lo que puede ocurrir, y que podría concretarse en esta pregunta : ¿Cuál de los dos mundos, el comunista o el anticomunista, tiene más probabilidades de prevalecer, sea en la competencia bélica, sea en la pacífica ?

Analiza detenidamente el autor los factores fundamentales que entran en el problema y que rigen la mecánica del conflicto existente entre aquellos dos mundos enemigos, y a este efecto hace un etudio detallado del potencial físicoeconómico de cada uno de ellos, de la energía emocional de que disponen, de la ciencia y de la técnica en ambos campos, del modo de poner en juego todos estos elementos de lucha, es decir, de la « organización » y de la energía emocional — la fe subideal — o sea el entusiasmo vital por la defensa de la libertad.

En la exposición de los diversos factores del problema se detiene especialmente en el referente a los pueblos marginales, que son los que desempeñan el papel de espectadores en el juego de la rivalidad entre el comunismo y el anticomunismo, aportando buen acopio de datos y de fundamentos políticos, históricos y geográficos que integran varios mundos : el de las naciones iberoamericanas, de civilización occidental, y el de los países del mundo árabe y asiático que se reunieron en Bandung, países que se han ido liberando y van accediendo a la vida internacional con intereses e iniciativas propios, pertenecientes a razas e ideologías diferentes — pero no occidentales — y animados de un fuerte espíritu nacionalista.

Pero dejando de lado a esos países marginales, sitúa el autor la gran tragedia entre el oriente comunista y el occidente anticomunista, en su pugna por el dominio de Europa, la cual, al perder su antiguo poderío, se ve obligada a sufrir el reflujo occidental de la ola americana y el oriental de la ola soviéticoasiática. El mundo libre sabe que tiene que enfrentarse con ese inmenso riesgo en el que están en juego la libertad humana, la civilización occidental y el destino de la humanidad, y empleará cuantos medios estén a su alcance para evitarlo.

Por esto, a las dos preguntas que el autor formula al final de su libro, sobre si podrá esta civilización de Occidente continuar desarrollándose, y si no llegará a trabarse y a perderse en sus propias obras, en su propio laberinto, señalamos la solución que apunta Julián Gorkin al final de su libro *Destino del siglo XX* : « No debemos ceder los beneficios de la libertad a los destructores y enterradores de la libertad. El principio de la libertad para todos, conquista revolucionaria del pasado, puede conducir a la supresión de la libertad y de su propio principio para todos aquellos que no piensen como los dictadores. La libertad y la democracia pueden y deben ser aumentadas y desarrolladas por aquellos — pueblos, partidos, sindicatos, individuos — que estén dispuestos a defenderlas. Me parece indispensable trazar en todas las latitudes una frontera entre enemigos y defensores de la libertad y de la democracia. Esta necesidad es hoy más imperiosa que nunca. Y ella no excluye, ni el disfrute de los derechos individuales, ni la competencia normal de los partidos políticos, ni la libre determinación de los pueblos, que resultarán así mejor garantizados y protegidos. »

C. de J.

Massimo Salvadori : "Democracia liberal"

Massimo Salvadori, profesor de Historia en el Smith College de Massachusetts y en el Bennington College de Vermont, se ha propuesto dar en esa obra « una respuesta liberal a los enemigos de la libertad », según reza el subtítulo de esta nueva publicación de la Editorial Agora, de Buenos Aires.

A pesar de su reducida extensión, la obra es bastante completa, sobre todo en su tratamiento filosófico y sociológico del tema ; en cambio, nos parece insuficiente en el aspecto político y sus derivaciones polémicas. El autor reconoce sinceramente que si « los liberales y los que se aprovecharon de la conquista de la democracia liberal ...hubiesen prestado mayor atención a lo que ocurría, probablemente no tendríamos que presenciar un imperio comunista que abarca un tercio de la humanidad »/

Por esto, sin desdeñar la importante contribución

del autor, no sólo en lo que se refiere a su acierto haciendo patente que los reproches que se suelen oponer a la democracia liberal están mucho más justificados en el caso de todos los totalitarismos, sino también en su excelente análisis del contenido genuino de la democracia liberal, nos parece que habría aumentado el valor de la obra alguna reflexión sobre los gravísimos errores políticos cometidos por Occidente, a los cuales se debe en gran parte esa expansión, sin precedentes en la historia universal, del imperio soviético. Nos referimos, principalmente, a la funesta política seguida en la Sociedad de las Naciones, ya desde sus primeros tiempos, pero muy particularmente en los años decisivos que presenciaron el ocaso del magnífico instrumento de Ginebra, ante problemas tan esenciales como el de Abisinia, las agresiones de Hitler y la guerra de España.

No pretendemos que sea conveniente emplear las mismas armas que el enemigo, pero no hay que desechar ninguna cuando el mundo liberal pueda emplearla sin claudicar de sus principios. Hay dos puntos esenciales que la reflexión liberal no debe olvidar: 1°, que la primera expansión rusa se debió al error del mundo occidental de no oponerse, en caso necesario con la fuerza armada, a las agresiones de los nazis y fascistas, pues desde entonces, para muchos ingenuos, el régimen soviético pudo presentarse como campeón de la justicia internacional contra las intrigas de las potencias capitalistas, gracias a las simpatías de los que no lograron despertar de ese sueño y sobre todo de los que adoptaron la posición de Sansón de hundir el templo; 2°, que ante el hecho, ya irreparable, de la expansión soviética, el mundo libre necesita unirse y organizarse, para lo cual se requieren instrumentos mucho más ágiles que las pesadas máquinas burocráticas.

No es este lugar indicado para exponer un programa de acción en tal sentido, ni tal vez lo fuera la obra que estamos comentando. Pero algo podría haberse dicho en ella, sobre todo como coronación del capítulo final que, por esta razón y la que expondremos al fin de este comentario, resulta un tanto trunco. Además, el autor, como la inmensa mayoría que comentan la crisis de la democracia liberal, parece olvidar que el modesto triunfo obtenido por ella a mediados del siglo XIX, era demasiado precario. El cansancio de las luchas anteriores hizo adoptar como solución poco menos que ideal lo que apenas era una tregua; por no haberlo entendido así, fué posible que los curanderos totalitarios explotaran, más que los problemas creados por nuestra modestísima libertad, aquellos que distaban mucho de haber sido resueltos cuando las conquistas constitucionales nos hicieron dormir sobre los laureles. El autor lo reconoce muy bien, aunque olvidando tal vez este precedente histórico, cuando dice: «...el liberalismo es la revolución permanente; permanente, desde luego, dentro de las instituciones que no pueden ni deben cambiar porque su función es garantizar la permanencia de la revolución e impedir el estancamiento que causa muerte».

La otra razón a que aludíamos es que el autor no se haya decidido a incluir en su obra la construcción de la libertad como institución fundamental de nuestra vida jurídica, construcción que no había sido posible antes de los triunfos del liberalismo a fines del siglo pasado y en el actual. La inercia nos impide considerar que los delitos contra la libertad sean tan punibles como los delitos contra la propiedad, sencillamente porque el concepto de propiedad lleva más siglos de vida y está más arraigado que el de libertad. Por eso a nadie se le ocurriría que se aprobaran los estatutos de una asociación para practicar el robo, pero hay todavía quien duda de si es liberal, o simplemente eficaz, declarar fuera de la ley a las asociaciones cuya finalidad consiste en atentar directa o indirectamente contra la libertad.

JOSE ROVIRA ARMENGOL

Nicolas Repetto: "Mi paso por la política"

CORONACIÓN BRILLANTE de una vida gloriosa por todos conceptos son los volúmenes de memorias que viene publicando el doctor Nicolás Repetto. Tras una dilatada existencia consagrada de modo ejemplar al servicio público, cuando las exigencias de su avanzada edad le constriñen a un semirretiro político, el doctor Repetto encuentra energías suficientes para recordar los hechos y reunir los documentos e informaciones referentes a la vida política argentina de los tiempos que le ha correspondido vivir y en los que ha tenido una intervención de primera línea.

Había publicado anteriormente el volumen relativo a sus actividades profesionales, bajo el título de *Mi paso por la medicina*, y acaba de salir a la luz pública el primero de los que han de recoger sus actividades en la esfera pública. Titúlase *Mi paso por la política* y comprende la época que va desde la revolución de 1890 hasta la segunda presidencia de Hipólito Irigoyen. Es decir, unos cuarenta años de vida política argentina.

La lectura del libro resulta por demás instructiva para conocer lo que fué la desdichada vida pública argentina durante varios decenios y lo mucho que se ha mejorado a lo largo de medio siglo en el adecentamiento y la democratización de las costumbres políticas, no en forma de un progreso regular y constante, sino con altibajos a veces muy acusados, con avances como los

conseguidos durante las etapas de los presidentes Roque Sáenz Peña y Marcelo Alvear y con retrocesos tan lamentables como los que provocaron las dictaduras militares de 1930 y de 1943 a 1955.

El doctor Repetto, afiliado al socialismo en plena juventud, cuando comenzaba a ejercer la medicina con éxito que le auguraba un espléndido porvenir, ha sido desde entonces un dirigente convencido y sagaz, un guía inteligente y seguro, un verdadero maestro orientador dentro del campo socialista. El fundador del partido en la Argentina, doctor Juan B. Justo, encontró en su colega el doctor Repetto un colaborador de inestimable valía, que le secundó con firmeza ideológica, con fe y entusiasmo en las duras tareas de crear una conciencia política y social, no sólo en el proletariado argentino, sino igualmente en importantes sectores de la clase media.

Entre los muchos rasgos que se admiran en esta vida fecunda y gloriosa, debe destacarse el tino político, la consecuencia consciente y la esclarecida percepción de los problemas. Merced a tan sobresalientes cualidades, el doctor Repetto pudo eludir los peligros de la demagogia y de las doctrinas falazmente extremistas a que tan expuestos se encuentran los hombres de los partidos avanzados.

Así ahora, al cabo de más de sesenta años de vida pública, el doctor Nicolás Repetto puede contemplar con legítimo orgullo un pasado en el que habría muy poco que rectificar y en el que abundan, en cambio, grandes servicios a la causa de la emancipación humana y a su patria argentina.

CARLOS P. CARRANZA

Tibor Mende : "Conversaciones con Nehru"

Por una de esas curiosas ironías del destino o de la casualidad, he aquí que el libro de Tibor Mende, *Conversaciones con Nehru* (Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1956), cayó en mis manos, presto para la lectura, justamente el mismo día en que los diarios del mundo entero publicaban la noticia de la anexión de Cachemira, llevada a cabo, no obstante la prohibición de la O.N.U., por el Gobierno del Sr. Nehru. Una vez más — ¡ay! — hemos podido comprobar la distancia casi astronómica que media entre las palabras de ciertos hombres y los actos de esos mismos hombres. Ya lo afirma el sagaz refranero español : « Del dicho al hecho hay un gran trecho.»

Cierto es que no fué necesario este acto de brutal imperialismo, remedo de los cometidos años atrás por Hitler y Stalin, para que el Sr. Nehru nos mostrara su verdadera faz. Hace sólo unos meses, con motivo de la revolución húngara y del aplastamiento de la misma por las tropas extranjeras procedentes de la U.R.S.S., ese falso apóstol del neutralismo, de la independencia de los pueblos y de la paz mundial, nos dió una inequívoca muestra de lo que en realidad valen sus palabras. Entonces, no tuvo reparos en inhibirse totalmente y dedicar todas sus energías a denunciar la acción anglofrancesa en Egipto, motivada por el conflicto surgido en torno al canal de Suez.

Ante estos hechos que acabamos de señalar tal vez un poco brutalmente, pero cuya realidad es incontrovertible y conocida de todos, ¿qué interés puede ofrecernos esas conversaciones con el dirigente político indio? Los actos son mucho más elocuentes que las palabras, si bien en ocasiones también las palabras presentan un valor innegable. Por ejemplo, las que el Sr. Nehru dedica a la política de la U.R.S.S. Dice en la página 112 del libro que nos ocupa : « Pero ¿quién soy yo para hablar de lo que — en un conjunto particular de circunstancias — hace otro país? No soy competente y en ningún caso puedo inmiscuirme. Así pues, lo tolero. » Ni más ni menos.

Pero cuando se trata de los países del Occidente, entonces nuestro hombre se vuelve intolerante, presume de competencia y estima obligatorio el inmiscuirse. El neutralismo y el pacifismo del Sr. Nehru presentan una dirección única, un sentido particular y una interpretación unilateral. La lectura del libro de Tibor Mende *Conversaciones con Nehru* permite comprobarlo irrecusablemente.

I. I.

E. Bagué y Juan Petit : "La Baja Edad Media"

Dos especialistas del medievo español, D. Enrique Bagué y D. Juan Petit, conocidos del lector estudioso merced a varias obras plenas de sugestiones, publicadas en los últimos años, nos han ofrecido recientemente, en la magnífica colección "Historia de la Cultura Española" que viene dando a la luz la Editorial Seix Barral, de Barcelona, un libro dedicado a presentar la Baja Edad Media. Se trata de una obra que comprende una parte literaria y una parte gráfica, ambas sustanciales, por decirlo así, a la especie de unidad que entre las dos constituyen.

En la primera parte, los autores han logrado compendiar en un texto breve y elocuente los rasgos más sobresalientes de ese mundo a la par complejo y variado de la sociedad española de los siglos XIII, XIV y XV, en lo cuales se desarrolla la cultura cristiana y entra en definitivo crepúsculo la cultura árabe. En sus páginas se trazan la trayectoria histórica de la cristiandad española en la Baja Edad Media, las grandes campañas de Reconquista del siglo XIII, la expansión aragonesa por el Mediterráneo, la unificación peninsular, la base espiritual de la sociedad española, los componentes todos de esta sociedad — el rey, los grandes y el naciente tercer estado, con sus clases urbanas y rurales — y, por último, la época final de la España musulmana.

La segunda parte del libro, en visión paralela a esa secuencia histórica, está formada por un riquísimo y variado conjunto de ilustraciones, gracias a las cuales el lector se introduce plenamente en el ámbito de la vida española del bajo medievo reflejada en el arte. Las ilustraciones del arte primitivo español, ofrecidas en gran número, son una verdadera revelación para los no especialitas en la materia, y examinándolas aparecen ante nuestros ojos la fe, la devoción popular, la visión del mundo exterior y la visión de la vida cristiana. El final de esta parte gráfica está dedicado a mostrarnos el arte en sí, con la gran aportación al mismo de musulmanes, judíos y mudéjares.

Los autores de *La Baja Edad Media* han realizado una labor cuya novedad radica, pues, en la íntima trabazón entre la información de carácter histórico y la documentación gráfica, formando un todo orgánico perfectamente estructurado en su intención y desarrollo. La información histórica permite recorrer a grandes zancadas el mundo hispánico de los siglos XIII, XIV y XV, y asistir a un pintoresco desfile del conjunto de las experiencias cotidianas. La documentación gráfica, rico corpus de reproducciones muy bien logradas, es como una proyección cinematográfica de la magnífica imaginería del medievo español y de la evolución del arte en tierra hispánica a lo largo de esos tres siglos que van del XIII al XV, pudiendo comprobarse además cómo a finales de este siglo último comienzan a manifestarse los primeros síntomas del Renacimiento en España, consecuencia de los contactos de Cataluña y Aragón con la próxima Italia.

La Editorial Seix Barral ha logrado un éxito bien merecido, puesto que el aspecto editorial y técnico de *La Baja Edad Media* es de las realizaciones mejor logradas de la industria gráfica española. También los autores han visto totalmente colmados sus deseos, al lograr ofrecer una obra que aúna la erudición y la amenidad.

I. I.

Estela Canto : "El estanque"

DESDE que se ha puesto en boga eso que llaman novela psicológica, viene sucediendo que la novela es cada vez menos novela en el sentido de obra de recreación y amena lectura que hasta no ha mucho tenía esta palabra, para convertirse en un estudio, en un análisis más o menos agudo del pensamiento, estados de conciencia y pasiones de unos personajes. En el fondo, son estas novelas un ensayo psicológico al que esos personajes sirven de armazón y pretexto. La acción desaparece, o casi, y todo se convierte en introspecciones, complicaciones sutiles y torturas íntimas. Y sin que llegue yo a decir, como un amigo mío, que en esto de la novela se impone un retorno *Los Tres Mosqueteros,* digo, sí, que el análisis psicológico es compatible con el movimiento y la acción intensa — véase a Stendhal —, o sino llamemos a estas obras nuevas de otro modo, porque en realidad se apartan ya tanto del canon clásico, que no son novelas, sino que constituyen un género nuevo al que podría dársele un nombre distinto para que nos entendiésemos.

Sin que se acuse tanto como en otras obras que recientemente hemos leído esta tendencia en *El Estanque,* de Estela Canto (Editorial Goyanarte, de Buenos Aires), donde al fin y al cabo hay acción, aunque lánguida, es indudable que pertenece a este nuevo género, y dentro de él hay que reconocerle el mérito de que está escrita con sencillez y con decoro literario. La autora supo crear en la apartada quinta en que coloca a sus personajes el ambiente de melancolía que al desarrollo de la obra conviene, realzándolo con la leyenda del estanque, que justifica el título y es a la par un arbitrio fácil para que Jacinta, una niña de once años que busca solución para la vida irregular de su madre (no se olvide que vivimos en la época de Minou Drouet y de las precocidades infantiles), se entere de la verdad de las cosas, pues se trata de un estanque encantado que refleja los momentos felices de los moradores de la vieja casa.

La figura de la niña, que recoge sus impresiones en un Diario — como Gide y Paul Léautaud — está delicadamente tratada, y no puede uno menos de lamentar su muerte, que se nos presenta como un sacrificio voluntario, particularmente si se piensa que, a pesar de todo, no remediará nada a la postre y que su mamá, doña Manuela Bulnes, no dejará de volver a las andadas, porque cuando la cabra tira al monte...

En fin, no queremos formular objeciones a la naturalidad con que se enfrentan la esposa del señor Green y su querida, la susodicha doña Manuela, porque somos ya viejos y hemos visto tanto

que ya nada nos parece inverosímil. De otro modo se nos antojaría la cosa un poco fuerte.

Digamos que lo más cabal y acertado de la obra es, a nuestro juicio, Gracia Ramos, la antigua servidora enraizada en la vetusta mansión, y su acendrado culto — su amor sublimado por la muerte y por el paso de los años — al recuerdo del antiguo amo, del viejo Green, padre de este otro Green a quien doña Manuela engaña tan lindamente con el primero que se presenta. Gracia Ramos es un carácter. Su afección a la niña, a la que cree nieta del viejo Green — equívoco mantenido hasta el final — es muy explicable y humana y está expresada con honda comprensión del alma femenina. Esta mujer, muy real siempre, en su aparente sequedad unas veces, en su contenida ternura otras, es lo más serio que pasa por las páginas de *El Estanque*.

Terminemos consignando, contra una nota que se incluye en la cubierta del libro, que no es exacto que en él se reflejen situaciones sólo posibles «en esta ciudad», « junto a este río de sueñera y de barro », etc. Nada hay allí que haga de esa obra una obra bonaerense. Puede uno figurarse que acaece en Cáceres o en Estrasburgo, y es lo mismo. En punto a irregularidades de esta clase no creemos que ninguna ciudad detente el magisterio. Como decimos allá, en todas parte cuecen habas.

CESAR ALVAJAR

José Luis Castillo Puche : "El vengador"

Hace un par de años, el nombre de José Luis Castillo Puche se dió a conocer con su novela *Con la muerte al hombro,* relato seguramente autobiográfico — como suele serlo la primera novela de un autor joven —, y que, pese a defectos de construcción y algunas ingenuidades, mostraba ya ese nervio narrativo que anuncia a un novelista. No conocemos otra novela publicada por Castillo Puche en la Argentina el pasado año, por lo que sólo vamos a referirnos a la que con el título de *El vengador* acaba de publicar la editorial barcelonesa Planeta, en su colección de novelistas españoles actuales.

El vengador nos depara, por lo pronto, una sorpresa. Una de esas sorpresas con las que a veces la censura española puede desconcertar a quien no conozca el fondo del asunto. Pues buena parte de la novela nos describe morosamente, y a veces sin la menor veladura, la represión que la Falange y el Ejército Nacional *liberador* llevan a cabo, terminada la guerra civil, en un pueblo de la provincia de Murcia, conquistado por las fuerzas nacionalistas. Nadie ignora la dureza y crueldad, de aquella represión, ni en España ni fuera de ella, pero es la primera vez que se alude a ella directamente en una novela publicada en España y de autor español. Hay momentos en que hasta el protagonista — un alférez nacional que regresa a su pueblo para vengarse del crimen cometido con su familia — se siente como insolidario de la represión que hacen los suyos, y un secreto y noble anhelo le lleva a distanciarse de ella. El alférez Luis, que ha llegado a su pueblo. — dominado por los *rojos* durante la guerra — con un propósito de venganza, y decidido a hacer la justicia por su mano, ante el impacto que supone encontrar a una parte del pueblo lleno de odio contra los *rojos,* con furor de venganza, va recaccionando lentamente, en un doloroso proceso de lucha secreta consigo mismo, hacia un movimiento si no de perdón al enemigo, sí de olvido y de paz. Pues el protagonista, el alférez Luis, busca la paz de su espíritu, y sabe muy bien que no la podrá alcanzar si no olvida su venganza.

Este lento proceso, que es el tema central de la novela, está contado por el autor con evidente vigor narrativo, y con muy poca literatura, es decir, con un estilo realista y seco, que recuerda al de algunos novelistas norteamericanos, por ejemplo Hemingway. El conflicto interior del protagonista nos ata desde el primer momento, porque sabemos que no es un juego sino una honda lucha vivida, y nos mantiene tensos hasta el desenlace final. A veces, sin embargo, se relaja la tensión por culpa de ciertas reiteraciones y desviaciones del conflicto central, defectos de construcción que perjudican a la novela. Pero en todo caso, José Luis Castillo Puche ha dado, con *El vengador,* un gran avance en su inicial carrera de novelista. Esta excelente novela hace que podamos confíar en el futuro de este joven autor.

A. D.

Juan Oropesa : "Del tiempo en que vivimos"

Cualquiera tiempo pasado fué mejor », dijo Jorge Manrique ; pero no es eso sin duda lo que piensa el Sr. Oropesa, que en este manojo de ensayos que nos ofrece en su pequeño libro *Del tiempo en que vivimos* (Ediciones Edime. Caracas-Madrid.), una de las primeras cosas que hace es « darle un palo », con mucha sandunga por cierto, a la « belle époque », mito de una perdida edad de oro, diciendo de ella que nunca hubo arte más huero, sociedad más frívola ni gobernantes más sordos al milenario clamor de justicia que no ha cesado nunca de brotar

espontáneo del alma popular. Este afán del Sr. Oropesa por deshacer los mitos le hace simpático. ¡Tarea le mando al distinguido venezolano si se pone seriamente a esa empresa como nuevo Quijote! Pero este ensayo suyo en que contrapone a esas *épocas bellas* las *épocas interesantes*, tan dolorosas ¡ay! para los que las vivimos, es de lo más lucido y original y valiente que ha brotado de su pluma. Ahí le pega el Sr. Oropesa a la manía de copiar lo yanqui, como a la manía de copiar lo francés, de que adolecen algunos de nuestros buenos amigos latinoamericanos, en lugar de acusar su propia personalidad, *la suya*, que es la que verdaderamente nos interesa.

No se libra, con todo, el autor de que haya en su obra una influencia predominantemente francesa, en la manera, en los giros, en los temas, y en las citas. Como que hasta en cierto lugar cita y admira a Paul Claudel — otro mito, Sr. Oropesa, otro mito, del que sus amigos elogian hasta las cosas de última hora, cuando ya chocheaba el pobre —. Y sin embargo, algunas de las páginas más vigorosas y brillantes del Sr. Oropesa son aquellas que, en su ensayo sobre las obras de arte, habla de España y del Greco. Cierto que los latinoamericanos, y los que no lo somos, le debemos algo a Francia; pero a España parece ser que también le deben ellos algo, aunque no sea más que este hermoso idioma en que ellos y nosostros nos expresamos, y bien está volver de vez en cuando allá los ojos, que no han de embelesarse sólo en el prestigio de Paris. Vaya dicho esto en general y no por el autor, que no se muerde la lengua y habla de todo con franqueza plausible.

Si hemos de ser francos nosotros también, diremos que lo que más nos interesó de su libro — todo él bien escrito y sugerente, aunque a ratos demasiado prolijo en materias que más piden « síntesis que fárragos » — son sus « Meditaciones americanas », en que muy donosamente se alza contra el calificativo de « nuevo mundo » aplicado a algunas de las más viejas comunidades de la tierra y en que dice a los norteamericanos y a los franceses, no diremos que « cuatro frescas », porque el Sr. Oropesa tiene un gran sentido de la ponderación y de la medida, pero sí unas cuantas verdades bien dichas y que les será a unos y otros muy provechoso escuchar. Ahí, en ese terreno, es donde el Sr. Oropesa habla con plena autoridad y donde emite juicios que, por ser de un escritor de América precisamente, tienen auténtico valor.

Estas someras líneas bibliográficas atestiguan que hemos leído con interés *Del tiempo en que vivimos* y que su lectura no nos ha dejado indiferentes, como tantas otras, sino que suscitó nuestras objeciones en algunos puntos y nuestra conformidad en otros, venturosamente los más, y los más esenciales.

C. A.

De los poetas a la poesía

El Fondo de Cultura Economica le ha publicado en México a Manuel Pedro González su ensayo acerca de *José María Heredia, Primogénito del Romanticismo Hispano*. Después de señalar la influencia de la escuela salmantina, especialmente de Cienfuegos, en la obra de Heredia, el autor pasa a mostrar el carácter romántico de ciertas composiciones salidas de la pluma del poeta cubano.

El romanticismo cuaja en España hacia 1834 gracias al germen fomentado por el regreso de los liberales exilados. Heredia, ciudadano español hasta 1826, es el precursor de ese romanticismo, pese a que su nombre no figure en las obras de Díaz-Plaja y García Mercadal sobre el romanticismo español. Precursor del romanticismo español, Heredia lo es, por añadidura, de todo el romanticismo de lengua española.

Para comprobar el romanticismo herediano basta con leer su poesía. El análisis de la presencia determinante del paisaje en su obra, de las antítesis características y de ciertas frecuencias y combinaciones en el uso de los adjetivos, hace sumamente convincente la demostración a que se entrega Manuel Pedro González. Su tesis triunfa palmariamente.

Aunque Heredia criticara en 1839 la escuela romántica con gran violencia, no cabe duda de que es el primogénito o uno de sus primogénitos, en los países de lengua española. Tal vez su crítica no fuera sino mera rebeldía de insatisfacción ante sus años mozos.

También de México nos llega el libro *Eternidad del Ruiseñor* del poeta colombiano Germán Pardo García. La obra anterior de Pardo García es copiosa. El ritmo de sus versos y la concepción de sus poemas corresponde a su fecundidad. Germán Pardo García es poeta que sabe identificarse con la comunidad, que se acerca a los hombres con ánimo fraterno. A los obreros les dice « os amo, compañeros, y soy uno de vosotros », y asegura más adelante, que « donde haya un indio abandonado y silencioso » allí está él. Nada sorprendente en un poeta que repite hasta la saciedad que es un hombre del pueblo. « Soy un hombre del pueblo y el menor de mis actos positivo y demócrata. » Germán Pardo García realiza la síntesis de épica y lírica con indudable generosidad. Ciertos adjetivos, un tanto culteranos, hacen que sus versos tengan estrías. Pardo García va construyendo una obra estimable y sumamente meritoria.

Desde Montevideo nos envía Walter González Penelas sus *Elegías y Otros Poemas*. El libro es corto, pero no le falta densidad. Se adivina tras sus versos un esfuerzo de introspección. La cali-

dad es, sin embargo, desigual. Las *Elegías* van más lejos que los *otros poemas*.

OTRO LIBRO desigual nos llega desde Badajoz, en donde le han publicado a Manuel Pacheco su *Presencia Mía*. La desigualdad está claramente delimitada en el poeta extremeño. Sus poemas amorosos nos parecen inferiores al resto. Se advierte, en general, una sensualidad intimista tras la que aparece su arrogancia sincera, su dignidad en el decir, que son sus elementos más positivos. Cierta disciplina en la expresión le ayudaría a superarse a Manuel Pacheco en el difícil camino que ha elegido.

También desde España recibimos un libro de la colección *Doña Endrina* titulado *La Muerte o la Vida*, del que es autor Manuel Pinillos. A lo largo de sus páginas se tiene la penosa impresión de presenciar un monólogo dicho en pleno páramo desierto. Monólogo un poco monótono y gris que culmina, sin embargo, en un poema de calidad cuando el poeta comprueba que *todo se va formando sin nuestra voluntad*.

LUIS LOPEZ ALVAREZ

Vicente Aleixandre : "Mis poemas mejores"

A LOS VEINTINUEVE años de aparecer su primer libro de versos (*Ambito*, 1928), publica Vicente Aleixandre la primera antología de su obra poética. Pero esta antología posee un especial interés para sus lectores, y es que ha sido el propio poeta quien ha llevado a cabo la tarea seleccionadora y ha escrito el prólogo que figura al frente de la selección. De aquí el título del volumen : *Mis poemas mejores*, con el que ha aparecido, inserto en la serie « Antología Hispánica », que, bajo la dirección de Dámaso Alonso, ha comenzado a publicar la editorial Gredos, de Madrid.

La intervención personal del poeta otorga, en efecto, un extraordinario valor al libro. En primer lugar, por la misma selección. Pues si un poeta que está empezando, que aún se halla lejos de la madurez, es posible y hasta probable que se equivoque al elegir sus mejores poemas, no suele ocurrir esto a un poeta en plena madurez, con una colmada consciencia crítica, desde la que ha vivido y contemplado largamente su propia poesía y la de los demás. Y este es precisamente el caso de Vicente Aleixandre. Pocos poetas conozco que posean una más exigente y certera sensibilidad crítica para con su propia obra. La depuración del gusto poético o literario es una conquista que a veces alcanza el escritor tras largos años de convivencia con las letras, pero que en Aleixandre parece un don connatural a su condición de artista. Es dudoso que el mejor crítico o gustador de poesía logre hacer, de la obra lírica publicada por Aleixandre, una selección tan acertada y feliz, tan característicamente representativa de cada uno de sus libros, como la que nos ofrece el volumen que comentamos, realizada por el poeta mismo. Lo cual no quiere decir que esta sea la Antología *definitiva* de la lírica aleixandrina. Como afirma en el prólogo el propio Aleixandre, la expresión « mis poemas mejores » no supone la menor declaración dogmática, sino sólo un título condicionado por la serie antológica en que ha sido editado el volumen. Para el poeta, en un momento dado, puede ser esta la selección mejor, y otra distinta en otro momento de su fluir humano. No hay un gusto estático para la poesía, como no lo hay para la vida. Pero, en cambio, de una cosa podemos estar ciertos, de que es en la madurez cuando el gusto actúa más depurado y acendrado.

Hemos aludido antes, de pasada, al interés que ofrece el prólogo escrito expresamente por Aleixandre para esta Antología de su obra. Bastará que el lector sepa que este prólogo, por otra parte no extenso, es una confesión personal, hecha desde la madurez colmada del poeta, sobre su propia poesía : su sentido metafísico, su desarrollo, sus objetivos últimos. Es, pues, una página de estética poética del más alto valor, que el estudioso de Aleixandre y aun de la poesía española contemporánea en general, no deberá ignorar. Pero al interés de este prólogo, tan apretado de experiencia poética, debe añadirse el de las notas que ha puesto también Aleixandre al frente de la selección de cada uno de sus libros, y que vienen a constituir una breve biografía de los mismos.

A. D.

H. Icaza Sánchez : "Poemas para cuerdas"

HABIENDOSE DADO A CONOCER en 1947 con el libro *Primeros poemas*, Homero Icaza Sánchez esperó casi diez años para publicar después un solo poema (*Envío de Navidad*, Río de Janeiro, 1955). Durante todo este tiempo, pocas veces tuvimos oportunidad de encontrar los poemas de este panameño en las publicaciones del Continente, no obstante ser uno de los mejores y más representativos poetas de su tierra, un verdadero poeta americano, digno continuador de la generación que dió a la lírica del Continente nombres como los de Rogelio Sinan, Roque Javier Laurenza, Ricardo Bermúdez, Eduardo Ritter Aislan o Demetrio Herrera S., este último fallecido en 1950.

Primeros poemas fué sin duda un buen estreno, un libro en el que ya se veía claramente un poeta que acierta a dominar de modo completo todos sus registros; pero también al mismo tiempo un poeta que no está dispuesto a hacer de su poesía ni un juguete fácil ni un mero pasatiempo. Para el lector acostumbrado a estas raras revelaciones poéticas y a los mensajes que se encuentran en estas obras, el libro editado en 1947 dejaba ver ya claramente que la poesía americana tenía aún mucho que esperar de este poeta panameño.

De nuevo fué el poeta artesano Manuel Segalá, editor del segundo libro de Icaza Sánchez, quien publicó su volumen más reciente, *Poema para cuerdas* (Río de Janeiro, 1956). No queremos dejar de manifestar que este bello libro, tal vez uno de los más bellos publicados en el Brasil en estos últimos tiempos, constituye una verdadera joya gráfica, y no solamente por la calidad de su papel, por el esmero de la composición, por los grabados en madera de singular inspiración, hechos por el propio Segalá, sino también por el conjunto de su presentación, tan grave, tan seria, tan trabajada como la propia poesía de Icaza Sánchez.

Estos diez años de labor poética, durante los cuales el poeta permaneció entregado a su oficio fueron, no cabe de ello la menor duda, muy provechosos para Icaza Sánchez, que se presenta en su último libro con todas las buenas cualidades de su colección inicial de poesías, y además con las huellas de una experiencia y de una profundidad que van más allá de las palabras.

Si encontramos en sus sonetos el tono de la grave y fuerte poesía española de tradición multisecular, sorprendentemente renovada por un arte que es ultramoderno en el mejor sentido del vocablo; si en estos sonetos, bellos y cincelados, la sombra de Góngora revive en forma "muy siglo veinte", hay también en esas páginas una familia de otros poemas, quizás poemas para otras cuerdas, donde Icaza se nos ofrece como un verdadero domador de palabras.

No queremos incurrir en el error, tan frecuente, de pretender expresar la belleza de un poema citando pasajes, esto es, cercenando. Unicamente deseamos llamar la atención de los lectores sobre un poeta de la nueva generación, que tan bellos efectos sabe obtener de este material de poesía que, en ocasiones, nos parece gastado y marchito.

Se nos brindan, sin embargo, en la segunda parte del libro, algunos poemas "muy Icaza Sánchez", poemas en cuyos versos el poeta panameño ha sabido unir un extraño romanticismo con un aire suprarreal, haciendo así, según nuestra opinión, su más auténtica y más definida poesía.

Este libro en que nos ocupamos, que cerró con llave de oro el año poético de 1956, es un libro americano por dos conceptos: primero, porque Homero Icaza Sánchez es, de verdad, un poeta de esta tierra, y segundo porque — coincidencia de profundo sentido — *Poemas para cuerdas*, libro de poeta panameño, compuesto por poeta español desterrado, salió a luz en el Brasil, como una prueba palmaria de que la verdadera poesía no conoce ni límites ni fronteras.

STEFAN BACIU

S. Serrano Poncela: "La Venda"

SERRANO PONCELA ha publicado en la Editorial Sudamericana de Buenos Aires ocho novelas cortas unidas entre sí, más que por un parecido ambiental, por una especie de analogía en los estados de ánimo y en las reacciones de ciertos protagonistas. El conjunto de las novelas lleva el título de la primera, es decir, *La Venda*.

Pese a los vasos comunicantes que existen entre los ocho relatos, no parece que sean todos ellos de igual calidad. Hay cinco perfectamente diferenciados de los otros tres. Cinco relatos que forman por sí solos un conjunto sobre el que podría intentarse la construcción de una novela sobre la generación que hizo la guerra civil española. Uno de ellos, titulado « El retorno », se lleva nuestras preferencias. El argumento es sugestivo: impresiones de un exilado que regresa clandestinamente a España. El efecto está plenamente conseguido.

En las ocho narraciones se advierte la misma afirmación de una personalidad un poco escéptica, pero que, en el fondo, sigue confiando en ciertos valores humanos vislumbrados en contadas ocasiones. Algunas afirmaciones, dispersas al través de las páginas del libro, dan peso específico al contenido total. Las situaciones en que se hallan los personajes son siempre situaciones marginales; no obstante, Serrano Poncela no ignora que *la verdadera medida del hombre sólo se da en lo cotidiano*. A menudo los personajes se sienten atacados de ansiedad, que no hay que confundir con la angustia metafísica. Se trata de algo más primario.

En general, en los relatos no abunda el matiz. Tal vez sea propósito deliberado del autor, que ha querido ofrecernos así un testimonio más subjetivo. El estilo está impregnado de cierto ligero barroquismo. Las frases son largas y revelan lo que tal vez sea el hábito de un pensamiento acostumbrado a una simultaneidad que resulta difícil de expresar.

La páginas de *La Venda* se leen con interés. El autor de *Seis relatos y uno más* se afirma en el arduo camino del cuento. No cabe duda de que S. Serrano Poncela representa un buen ejemplo de todo lo que puede dar de sí la creación artística de los españoles que viven fuera de España.

L.L.A.

Gabriel Sanhueza : "Santiago Arcos..."

EL POPULAR PERIODISTA Gabriel Sanhueza editorialista durante años de la gran revista satírica *Topaze,* ha publicado un erudito y simpático libro sobre la curiosa personalidad de Santiago Arcos Arlegui. Con el título de *Santiago Arcos comunista, millonario y calavera,* estudia minuciosamente la atormentada existencia y las actividades múltiples del notable chileno. Aunque pasó menos de tres años en su patria, en el lapso de 1848-1852, de los cincuenta y dos años de su vida, dejó una huella imborrable en su evolución social, por su actividad política, democrática y revolucionaria, en ese período, y por la publicacign de un documento sorprendente, su « Carta a Francisco Bilbao », fechada en la cárcel de Santiago, a 29 de octubre de 1852, y reproducida íntegramente en esta obra de G. Sanhueza. En el documento señalado verifica el más original y audaz análisis de la realidad social y política chilena y, al mismo tiempo, entrega una explicación racional del atraso social e institucional del país. En seguida, expone las reformas a su entender indispensables para sacar a Chile de su marasmo. Aquí se define como un socialista discípulo de Fourier y de los utopista franceses, y como un seguidor de los revolucionarios del 92, defensor del reparto de las tierras con el propósito de abatir la clase terrateniente.

Santiago Arcos no pudo ejercer influencia en Chile ni desatar una acción eficaz, aunque en 1850 dió vida fugaz a la Sociedad de la Igualdad, primer organismo democrático popular en Chile, a causa del atraso de la nación. Tuvo que huir pronto. Vivió largos años en Argentina, donde gozó de grandes simpatías e influencia. Más tarde, al heredar una cuantiosa fortuna de su padre, banquero de elevada situación en Francia, se instaló en París, viajando por Francia, España e Italia. Se suicidó en París, en 1874. En verdad fué un socialista francés del decenio de 1840 trasladado a Chile, todavía colonial. De ahí su desajuste y su fracaso. De todos modos, las nuevas generaciones chilenas de tendencias democráticas, reconocen en él un lejano y romántico precursor.

Gabriel Sanhueza manifesta que sólo el ensayista Julio César Jobet se ha preocupado de estudiar y prestarle atención a su vida e ideas, en un libro de cierta consideración. A su turno, G. Sanhueza, con su nuevo trabajo, realizado con talento, erudición y amenidad, provoca un real interés por aquella curiosa y simpática personalidad. Y es su mérito indiscutible.

J.

L A S R E V I S T A S

Francia

EN EL CURSO de los seis últimos años, las dos revistas más importantes de la intelectualidad « progresista » francesa se movieron dentro de la esfera del comunismo ; no hasta el punto de que les pasara totalmente inadvertida la realidad de los Estados y de los partidos comunistas y no ejercieran su crítica sobre algunas de estas realidades y ante todo, como es natural, sobre el anquilosamiento de los intelectuales del partido comunista francés. Pero no por ello dejaron de cifrar todas sus esperanzas para el porvenir en esa « marcha de la historia », que conduce inevitablemente al Estado comunista, hasta el punto de que, a pesar de las imperfecciones del imperio staliniano y de sus satélites, los presentaban como un ejemplo de este porvenir mejor, que se elevaba con un resplandor particular frente a los Estados Unidos de América « reaccionarios y belicistas ». Estas revistas adoptaban con preferencia las soluciones negativas del partido e identificaban decididamente a Moscú y a las Democracias Populares con el « campo de la paz ». Antes de la guerra, y bajo la dirección del malogrado y fogoso Emmanuel Mounier, *Esprit* se había convertido en el centro de atracción de una nueva conciencia, tanto desde el punto de vista religioso como del social, y había agrupado a su alrededor a una verdadera « comunidad », que se extendía más allá de las fronteras de Francia. Desde la muerte de Mounier, y especialmente durante los últimos siete años, *Esprit* adoptó un tono cada vez más estridente para combatir, en particular, las ideas supranacionales de unificación europea, en nombre del progreso y del nacionalismo.

Les Temps Modernes, revista fundada después de la guerra por el filósofo Jean Paul Sartre, había pasado por completo al campo comunista, precisamente en el momento en que el fanatismo de Jdanov alcanzaba su punto culminante, sobre todo en lo que concierne a los artículos del director,

quien, sin abandonar su propia filosofía, ni ingresar en el partido, sólo colaboraba prácticamente con los comunistas. Conviene tener presente que estas dos revistas, al lado de los trabajos ideológicos y políticos, sin duda discutibles y a menudo áridos, publicaban notables estudios e investigaciones sobre otras materias. (*Esprit*, sobre el régimen penitenciario, sobre Africa del Norte, sobre literatura infantil ; *Les Temps Modernes*, trabajos de Michel Leiris y de Claude Levy-Strauss). Este paralelismo de la sinceridad intelectual y de la estrechez dogmática es el que caracteriza precisamente la situación especial en que se encuentra una gran parte de la intelectualidad francesa de « izquierda » que, si bien se ha entregado por completo a la ideología política, sus mejores trabajos son los que tratan de cuestiones ajenas a la política.

El discurso de Kruschef sobre Stalin, los cambios sobrevenidos en la política de Polonia y, finalmente — lo que es más decisivo — la agresión de Rusia contra Hungría han traído la confusión entre los intelectuales adeptos de ambas revistas, y con frecuencia les han llevado a practicar un verdadero examen de conciencia. Así es como, en el mes de enero último, *Les Temps Modernes* publicó un volumen de quinientas páginas, dedicado en su mayor parte a dar a conocer documentos literarios correspondientes a la época anterior al levantamiento de Hungría, y que, por cierto, constituye la colección mejor y más completa de documentos de esta clase de que se ha dispuesto hasta ahora en Occidente. También figuran en dicho número los ataques de los « stalinianos » húngaros contra toda libertad artística y literaria, lo que permite comprender mejor la clase de adversarios con los que han tenido que luchar los escritores húngaros. Pero este cuaderno lleva como prefacio un estudio de más de cien páginas de Jean Paul Sartre, titulado « El espectro de Stalin », en el que el filósofo, si bien revisa muchas de sus anteriores concepciones, no deja por ello de presentar, como siempre, con un aplomo imperturbable, gran número de « tesis » que presuponen un conocimiento basado en la historia y en la economía, y que en su esencia están formuladas con su acostumbrado dogmatismo. Este ensayo oscila, con una chispeante locuacidad, entre la amenidad y la aridez y, en conjunto, no constituye una lectura edificante. Sartre ha modificado algunas de sus opiniones, pero a la vista de este ensayo, que carece sobre todo de disciplina intelectual, se advierte que no puede tratarse en absoluto de un « cambio » en el sentido de una retractación.

Esprit ya es otra cosa. Los ensayistas cristianos, en lo que concierne al empleo de un lenguaje sencillo y comprensible, están evidentemente muy por encima de los marxistas-existencialistas. El poeta Pierre Emmanuel es quien somete en la revista y en dos notables ensayos, la mentalidad « progresista » a un análisis de autocrítica implacable. Al contrario de Sartre, al que sólo los comunistas podían defraudar, porque sólo de ellos esperaba algo bueno, Pierre Emmanuel se muestra partidario de la existencia en la parte del mundo, « donde la política es el dominio de lo relativo y donde reside la posibilidad de una elección ». « Nosotros defendemos el mundo de los fines relativos y de la verdad, que poco a poco se va desprendiendo de sus errores, y no el de los fines absolutos, en el que la verdad no es más que la fachada monumental de la mentira. » No todos los artículos de *Esprit* tienen este tono, e incluso uno de sus colaboradores reprocha al redactor jefe, Domenach, el haber llevado la autocrítica más allá de lo que está permitido. Pero, en conjunto, se observan aquí los síntomas de una nueva creencia y el reconocimiento del carácter fetichista de la ideología política. Estaba reservado a un lírico el proclamar que, en política, es preferible la prosa sobria a la embriagadora fraseología de la evolución de los mundos.

Una de las revistas francesas más valiosas, *La Vie Intellectuelle*, ha suspendido su publicación. Es evidente que esta revista, dirigida por los dominicos, no ha podido resolver ciertos problemas internos relativos a la censura, por culpa de la cual sus artículos no podían tratar la actualidad con la independencia que hubiera sido menester. Aun cuando, en realidad, las revistas no escasean en Francia, *La Vie Intellectuelle* es una de las pocas, cuya desaparición deja un vacío lamentable.

F. B.

España

No obstante una creencia bastante generalizada, abundan en España las revistas de toda índole, particularmente las de carácter literario, la mayoría de ellas cobijadas en ciudades provinciales y de un tono más bien menor, con ese aire un tanto provinciano que es norma en todo lo español. Esto no es, en la situación política presente, nada sorprendente : ni las revistas pueden ser lo que tal vez quisieran, ni tampoco es recomendable el aire oficial de la capital española. Muchos núcleos de jóvenes prefieren sin duda poner a prueba sus ambiciones y deseos en la revistilla provinciana, de escasa difusión, en la que se ven más libres de esa espada de Damocles que es la censura. Así, pueden escribir con mayor libertad e igualmente tener menos responsabilidades ante su reducido público.

Ese gran escritor y magnífico novelista que es Camilo José Cela, que acaba de ser nombrado miembro de la Academia Española, fué a fundar

en Mallorca, la dulce y tranquila isla mediterránea, una buena revista literaria que ostenta el curioso título de *Papeles de Son Armadans*. Allí, alejada del ambiente oficial madrileño, esta revista prosigue desde hace un año su labor, ateniéndose fielmente al propósito fijado en las líneas preliminares del primer número, y en las que se decía : « *Papeles de Son Armadans*, como cualquier otra revista literaria que se precie, aspira a ser un poco un cajón de sastre, aunque, eso sí, un cajón de sastre ordenado y que lee los periódicos por la mañana, escucha la radio por la tarde y piensa, por la noche, en lo que en el mundo ocurre. *Papeles de Son Armadans* tendrá su ensayo, y su prosa, y su poesía, y su teatro, y su crítica. »

Otra revista literaria de valor es *Indice de Artes y Letras*, editada en Madrid bajo la dirección de Juan Fernández Figueroa, y que ya va por el número 97 no obstante los impedimentos de toda índole que ha venido encontrando. *Indice de Artes y Letras* presta la debida atención a las diversas manifestaciones literarias españolas, sin descuidar por eso las más importantes de cuantas acontecen en el extranjero. Hay en sus páginas un espíritu polémico y juvenil sumamente simpático, sobre todo por ir acompañado de un alto sentido de la responsabilidad. Esta revista publicó varios números extraordinarios, siendo los más importantes los dedicados a Pío Baroja y a Valle Inclán.

Y continúa suspendida, víctima de la arbitrariedad de los servicios de la censura española, la admirable revista *Insula*, que durante varios años representó una magnífica y gloriosa excepción entre un vasto coro de publicaciones oficiales o sumisas. *Insula*, de espíritu y conducta ejemplares, se esforzó en todo momento en tender desde España un puente al mundo europeo y americano, ofreciendo a su público las últimas novedades en el dominio de las letras e informándole sobre las nuevas corrientes literarias. Revista sin política, pero con buena literatura, procuró salvar en la medida de lo posible a las letras hispánicas del descrédito en que yacieron durante los años últimos. Mucha agua ha pasado bajo todos los puentes, y afortunadamente la literatura española de nuestros días ofrece un aspecto harto distinto, debido en buena parte a los esfuerzos de *Insula*. ¡Ojalá pueda reaparecer pronto y reanudar así su fructífera labor!

Aún quedan por citar, en esta brevísima relación de revistas españolas de carácter literario, ajenas a todo partidismo político, dos muy meritorias debidas al esfuerzo digno de encomio de varios profesores y a la ayuda que les prestan sus respectivas universidades. Nos referimos a *Cuadernos de la cátedra Miguel de Unamuno*, publicados por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca bajo la dirección del Sr. García Blanco, y a *Archivum*, que edita la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo y es dirigida por el Sr. Uría Ríu. Ambas ofrecen un alto nivel cultural y merecen contar con un vasto número de lectores. La última entrega de *Archivum* está íntegramente dedicada al estudio de la figura de Menéndez Pelayo, con motivo del centenario de su nacimiento. *Cuadernos de la cátedra Miguel de Unamuno*, por su parte, nacieron con el noble propósito de mantener continuamente despierto el testimonio de admiración y afecto por Unamuno y el estudio de las distintas facetas de su personalidad. No cabe duda de que es un propósito logrado, merced a los estudios, críticas, bibliografía y crónicas que ofrecen todos los números hasta ahora publicados.

I. I.

COLABORADORES

● *MAURICE EDGAR COINDREAU, profesor francés actualmente en Princeton (Estados Unidos), Traductor de Faulkner y revelador de la nueva novelística norteamericana, ha iniciado con la traducción de* Juegos de manos, *de Juan Goytisolo, y que acaba de ver la luz en París, su labor de traductor de los jóvenes novelistas españoles.*

● *JUAN GARCIA ATIENZA, joven escritor español, autor de varios cuentos y ensayos. Colabora en diversas revistas literarias.*

● *E. GIRONELLA, periodista español, dirigió hace años, en México, la revista* Mundo. *En la actualidad es secretario general del Movimiento Socialista por los Estados Unidos de Europa.*

● *ERNST HALPERIN, periodista alemán, corresponsal en Belgrado y Viena, de donde sigue con atención la situación de los países del Este, acaba de efectuar un viaje por Polonia. En su artículo recoge las impresiones de su estancia en Varsovia.*

● *LUIS IBARRA, profesor y escritor nicaragüense, es agregado cultural de su país en París, Se ocupa asimismo de temas musicales.*

● *GYORGY PALOCZI-HORVATH, publicista húngaro de ideas socialistas, estuvo seis años en la cárcel durante el régimen Rakosi. Fué uno de los colaboradores de* Irodalmi Ujmag, *órgano de la Unión de Escritores Húngaros.*

● *ARMAND PIERHAL, novelista francés, autor de una veintena de novelas, dirige asimismo la selecta Colección « Pavillos » en las ediciones Laffont, de París. La última novela de Pierhal,* La Chartreuse de Tonar, *salió a luz hace sólo unos meses y fué favorablemente acogida por la crítica francesa.*

NOTAS CULTURALES

UN PRIMER PREMIO PARA DON FRANCISCO ROMERO

Por primera vez desde la Revolución Libertadora, han sido concedidos premios a la producción científica y literaria en la Argentina. Tiene este hecho gran trascendencia — de recompensa y de reparación —, pues además de las obras salidas a luz en el plazo regular de tres años se invitó a presentarse a los autores que, desde 1946, habíanse negado a optar por estos premios concedidos por la dictadura peronista. En el Grupo A — Historia, Filosofía y Ciencias Sociales, Políticas y Jurídicas —, el primer premio nacional le fué otorgado a nuestro eminente colaborador y amigo don Francisco Romero por su *Teoría del hombre* (*Cuadernos* se ocupó a su tiempo en esta importante obra). Felicitamos sinceramente al presidente de la Sociedad Filosófica Argentina y vicepresidente de la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura.

JIRA DE CONFERENCIAS DE DON FRANCISCO AYALA

El conocido escritor don Francisco Ayala, profeso de la Universidad de Puerto Rico y uno de los animadores de la revista *La Torre,* aprovecha su año sabático para visitar Europa y Asia. Bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, ha explicado tres conferencias en Beirut y ha mantenido numerosas conversaciones con los intelectuales libaneses. Se han mostrado éstos extraordinariamente interesados por todo lo referente a los valores culturales latinoamericanos. La estancia de Ayala en el Líbano ha constituído un gran éxito. A continuación se propone visitar Karachi, Bombay, Nueva Delhi, Calcuta, en cada una de las cuales explicará diversas conferencias. De regreso a Puerto Rico, se detendrá asimismo en las Islas Filipinas. La jira de Francisco Ayala durará tres meses.

IMPORTANTE EXPOSICION EN MEXICO

Bajo el lema « Arte y Libertad » y el patrocinio de la Asociación Mexicana por la Libertad de la Cultura, se organiza una importantísima exposición en la Galería de la Ciudad de México. Durará ésta todo el mes de abril y será encabezada por los dos grandes pintores mexicanos Rufino Tamayo y Manuel Rodríguez Lozano. Concurrirán asimismo, entre otros, Federico Cantú, Antonio Ruiz, Agustín Lazo, Leonora Carrington, Nefero, Xochitiotzín, Meza, Vlady, Souto, Marín Busquet, Gironella, Mariano Paredes, Alfonso Michel, Ricardo Martínez, Pedro Coronel, Juan Soriano, José Luis Cuevas, Peregrina, Echeverría, Harold Winslow y Bartolí. Conviene observar que, por vez primera, los pintores extranjeros residentes en México podrán exponer sus obras junto a las de los pintores mexicanos, en esta importante Galería de la Ciudad de Mexicó. Nos ocuparemos debidamente de este acontecimiento artístico.

EL « DIA DE LA LIBERTAD »

Con fecha 14 de febrero, el diario *Excelsior* de México publicó una carta de don Roberto R. Rivera proponiendo que de la misma manera que el 1° de Mayo se considera el « Día del Trabajo », el 23 de octubre debe considerarse el « Día de la Libertad » en conmemoración de la revolución húngara. Los Grupos Socialistas de la República Mexicana se han apresurado a hacer suya esta iniciativa y la han sometido a la Internacional Socialista (Londres), a su Secretariado Latinoamericano (Montevideo), a la Federación Internacional de Juventudes Socialistas (Viena), al Partido Revolucionario Institucional de México y a las centrales sindicales de este país, de los Estados Unidos y de Europa.

« ENTRE LA LIBERTAD Y EL MIEDO »

Este libro capital de nuestro gran colaborador y amigo Germán Arciniegas ha alcanzado y sigue alcanzando una carrera triunfal. Se agotaron las ediciones hechas en México y más tarde en Chile. Noventa días después de aparecer la primera edición, debidamente ampliada y actualizada, en Buenos Aires, acaba de ponerse a la venta la segunda. Cada edición crece en tamaño y, por consiguiente, en contenido ; la que acabamos de recibir cuenta ya quinientas páginas. Viene constituyendo uno de los mayores éxitos de librería en los medios latinoamericanos. Se explica este éxito por el valor y la inteligencia que ha puesto Arciniegas al servicio de la causa de la libertad en esta vasta región del mundo. El libro ha tenido asisismo una calurosa acogida en los Estados Unidos. Se nos informa que no tardará en publicarse una edición francesa.

UN LIBRO DE BERTRAM D. WOLFE

El editor José Janés, de Barcelona, que viene especializándose en la publicación de libros de

Historia contemporánea, acaba de editar, en un grueso volumen magníficamente presentado, *Tres que hicieron una revolución*, de nuestro colaborador Bertrani D. Wolfe. Esta obra, fruto de diez años de investigación y de trabajo, apareció en los Estados Unidos hace cuatro años. Se trata de uno de los libros más serios y documentados de cuantos se han publicado hasta ahora sobre los orígenes y el desarrollo del bolchevismo, así como sobre la metodología y las tácticas leninistas. *Cuadernos* se propone dedicar un estudio próximamente a esta importante obra.

Señalemos que Bertram D. Wolfe acaba de publicar en Nueva York otro libro importante: *Kruschev and Stalin's Ghost*. Se trata del histórico informe Kruschev, ampliamente explicado y comentado.

EN TORNO A LA REVOLUCION HUNGARA

Agostada ráridamente la pimera edición, la Asociación Mexicana por la Libertad de la Cultura, por sus propios medios, ha hecho una segunda edición de *El crimen de Hungría y los intelectuales libres*, con trabajos de Rougemont, Sartre, Bondy, Camus, Sperber, Jules Romains, Nenni, Breton y Fryer. Todos ellos dan respuesta cabal a esta pregunta: « ¿Fué fascista la revolución húngara? » Este librito ha tenido un gran éxito de crítica y de público lector.

El Comité de Santiago de Chile ha hecho, por su parte, diversas publicaciones: una edición en español y francés de *La Gaceta Literaria*, órgano de los escritores húngaros, con el número salido a luz durante la insurrección (2 de noviembre), otra conteniendo el artículo de Jean Paul Sartre sobre los sucesos de Hungría, con un comentario de Alejandro Magnet; otra con el artículo de Milovan Djilas, titulado « La herida causada al comunismo por la revolución húngara no cicatrizará jamás », por el cual el autor ha sido condenado en Yugoeslavia a tres años de trabajos forzados, y otra, en fin, con el título « El socialismo español ante el genocidio soviético en Hungría », que difunde el acuerdo del Partido Socialista Obrero Español y de la Unión General de Trabajadores de España y un artículo de Rodolfo Llopis, publicado en *El Socialista* y titulado « El cinismo de los dictadores y los errores de las democracias ».

QUINTANILLA AL MUSEO DE ARTE MODERNO DE PARIS

En el número anterior de *Cuadernos* le dedicamos una crónica a la importante exposición que el pintor español Luis Quintanilla, refugiado en los Estados Unidos, acababa de hacer en una de las principales galerías de París. Una admiradora norteamericana del pintor adquirió uno de los mejores cuadros expuestos e hizo donación del mismo al Museo de Arte Moderno de París, que dirige nuestro colaborador y amigo Jean Cassou. El cuadro figura en buen lugar.

HOMENAJE A JORGE ARCHE

En el Lyceum de La Habana y bajo los auspicios de la Asociación Cubana por la Libertad de la Cultura, se celebró en febrero último una exposición de homenaje al gran pintor cubano Jorge Arche, con una selección de obras — principalmente retratos — que van de 1936 al 1955. Los visitantes han podido apreciar así la evolución pictórica del autor. Esta evolución — o esta madurez — se nota, por ejemplo, entre el retrato de Jorge Mañach, realizado en 1942, y el de Raúl Roa, que data de 1951. Esta exposición de homenaje la constituído un buen éxito. La prensa habanera le dedica cálidos comentarios, y *El Mundo* una página íntegra.

LA « POESIA VIVA » EN LA UNIVERSIDAD DE PUEBLA

La Asociación Mexicana por la Libertad de la Cultura y la Universidad Autónoma de Puebla inauguraron un ciclo de recitales poéticos sobre « La poesía viva ». El primer recital, en el Salón Barroco de la Universidad, corrió a cargo, de Josefina Esparza, distinguida poetisa mexicana. Seguirán otros importantes recitales.

IMPORTANTE ACTO JUVENIL EN BUENOS AIRES

Con la colaboración del Comité Juvenil de la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura, estudiantes de varios países latinoamericanos realizaron, el 6 de febrero, un importante acto en el céntrico local bonaerense de aquella entidad. Tenía por finalidad principal dicho acto exaltar la memoria de los ciudadanos colombianos y de los estudiantes venezolanos caídos hace un año en las capitales de ambos países defendiendo la libertad de sus pueblos. Al inaugurar el acto, el presidente del Comité Juvenil, Arno Pfaffe, dijo: « Queremos hacer de esta casa la casa amiga de todos esos muchachos que vienen perseguidos de sus países por defender principios que nosotros consideramos esenciales.» Tras un minuto de silencio en recuerdo de los caídos, se interpretaron los himnos argentino, colombiano y venezolano. Hablaron seguidamente el estudiante boliviano Marcelo Ostia Trigo, el venezolano Argenís Salcedo y el colombiano Alfonso Becerra. Se leyó asimismo un mensaje de los estudiantes paraguayos sobre la situación de su país. Este acto tuvo amplia resonancia en la prensa argentina.

B.D.I.C

CORRESPONDENCIA

Muy señores míos :

En el número 18 *de* Cuadernos *aparece una colaboración sobre México escrita por Luis Abad. Las ideas presentadas allí me parecen bastante superficiales. El autor dice que los mexicanos son muy espirituales, y dice también que hay una relación entre este estado y la forma de las pirámides de los indios, por ser los dos resultados de una « cultura vertical ». Lo raro de eso es que según el autor el hecho de ser espiritual quiere decir ser buen católico, aun cuando fué la iglesia la que destruyó en cuanto pudo la cultura de los indios precortesianos. Luego el autor sigue diciendo que lo indio es lo esencial de México. Si el autor piensa así de veras él debiera revalorizar sus ideas sobre lo que significa « espiritual ».*

THEODORE MANEELY

Los Altos, California (USA).

o o o

De mi consideración :

Soy un teutón que vive desde hace 30 *años en los países del Plata, compartiendo las inquietudes de sus nativos. Creo que en algo los he comprendido. Tengo mujer, hija de ellos. Y como me han tocado en una fibra sensibilizada por mi permanencia (las lamentaciones por la incomprensión del mundo respecto a la « cultura » latino-americana), me ha venido el deseo de decirles unas pocas palabras mías.*

Durante todos estos 30 *años he buscado afanosamente en estos países expresiones de cualquier índole que me induciría a escuchar, sea en las letras, en la plástica, en la música, en la arquitectura o en la ciencia. Me han llegado muy pocas voces, y he cavilado el porqué.*

¿ Qué mensaje pueden ofrecer al mundo ? En la Ciencia, lógicamente nada, por falta de edad y de medios. En el Pensamiento, nada; y no me vengan ahora con algunos escritos estrafalarios pues no tienen ni siquiera un Ortega o un Unamuno. En las letras, realmente nada que sobrepase la tercera categoría anglosajona o franco-italiana. En la Música, con la honrosa excepción de un real creador original como Villa-Lobos, nada. En la Pintura se destacan los mexicanos, felizmente. En la Arquitectura, los brasileños tienen clase internacional de buen grado, tal vez seguidos por los mexicanos; lo demás son horrores. ¿ En la Poesía ? Sí en la Poesía tendrían algo que comunicar, pero la comunicación por medio de la poesía es difícil.

¿ Qué es lo que tienen entonces los sudamericanos que decir al mundo ? ¿ Tienen un mensaje? ¡ Sí, lo tienen ! No de su intelecto, ni de su espíritu, sino de su corazón, de su sentir, de su buenaventuranza. Por eso sobresalen en la poesía.

Jamás conocí gente tan humana, gente de un comprender tan tolerante, gente de tanta caridad, gente sin odios raciales ni de otra clase, gente de un continuo perdonar, gente de amor al prójimo, gente de un supremo tacto, gente respetuosa del fuero ajeno, gente tan noble, gente internamente tan libre como los sudamericanos. El que no tiene oportunidad de tratarlos o no se ha dado cuenta, que lea simplemente la epopeya de un ser simple, el Martín Fierro. *Sé que existen precursores españoles de él. ¿ Y por qué no ? ¿ No es él acaso de origen español, y no son españoles sus virtudes y sus defectos ?*

¿ Porqué no mandan este mensaje al mundo, el mensaje de un humanismo real y de una profundidad ejemplar, por medio de su poesía y de sus novelas y ensayos, y también de su cine, de su plástica y de su música, de su arquitectura ? Un canto a los valores humanos, a los ideales y a la fe en ellos, ya que no sois materialistas, un canto al corazón y sus razones, un canto a la tranquila alegría del vivir y a la real amistad.

DR. ULRICH KLOHN

Montevideo (Uruguay).

o o o

De mi consideración :

Si con tanto empeño desde las páginas de esta revista se combate al comunismo y a los países que están bajo su esfera, ¿ por qué no se hace lo mismo con los que están aquí, en Occidente, en la esfera del dólar o la libra ? Una investigación clara de cómo a los países se les obliga a permanecer reducidos en todos los órdenes de la relación social, atados por la red de la Royal Dutch, Ford, Standard Oil, etc., mostraría que son tan macabras como lo que sucede con el Kremlin. ¿ Por qué no se condena con tanto orgullo los crímenes de Egipto y Argelia, así como los asesinatos en América, como se ha hecho con lo sucedido en Hungría ? Evidentemente en todo esto existe una parcialidad que es nociva para toda la humanidad, y es a los hombres de claro sentimiento social a quienes corresponde el deber de esclarecer, o por lo menos desenmascarar a los fariseos. Estas ideas me son sugeridas por los hombres señeros que figuran entre los colaboradores de esa revista, y que creo no son solamente una tarjeta de presentación.

OSCAR A. MATTIUSSI

Buenos Aires (Argentina).

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

PRECIOS

Francia y Unión Francesa : 900 francos — Otros países de Europa : 1.100 francos.

Países de América : 3 dólares USA.

Toda la correspondencia deberá ser dirigida a

CUADERNOS

23, rue de la Pépinière, Paris (VIII°), France.

Corresponsales :

ARGENTINA.

BUENOS-AIRES : Librería Madrid, Bmé Mitre 950 ; Sr. A. Palasi, Maipú 49. SAN MIGUEL DE TUCUMAN : Cervantes Centro del Libro, Crisóstomo Alvarez 580 ; Librería Editorial Yerba Buena, Avenida Sarmiento 925. ROSARIO : Librería Ruiz, Calle Córdoba n° 1281 ; Librería Ledesma, Calle Alem 1642. CORDOBA : Librería Assandri, Calle Deán Funes 61 ; Librería Miravet, Obispo Trejo 28-32 ; Librería Paideia, San Martín 41 ; Pasaje Central ; Librería Molina, Pasaje Muñz. MENDOZA : Librería « La Argentina ». San Martín 1122.

BOLIVIA.

COCHABAMBA : Los Amigos del Libro, Calle Perú, esq. España. LA PAZ : Gisbert y Cía, Casilla Correo 195 ; Sr. A. Tejerina, Casilla 834.

BRASIL.

RIO DE JANEIRO : Agencia Copacabana, Caixa Postal 89.

CHILE.

SANTIAGO : Editorial del Pacífico, Ahumada 57.

COLOMBIA.

BOGOTA : Librería Central Bogotá, Apartado nacional 2765. BARRANQUILLA : Librería Nacional Limitada, Carrera 43. N° 36-30. CUCUTA : Librería Zig-Zag, Calle 11, N° 4-20. POPAYAN : Instituto del Libro, Calle 5A, N° 5-08.

COSTA RICA.

SAN JOSE : Librería García Monge Limitada, Apartado 2610.

CUBA.

LA HABANA : Librería Económica, Pte. Zayas 507-7 ; Casi esquina a Villegas.

ECUADOR.

QUITO : Agencia General de Publicaciones, Mejía 446. GUAYAQUIL : Agencia Selecciones, Muñoz Hnos. y Cía., Casilla 10-24.

ESTADOS UNIDOS.

NUEVA YORK : Las Américas Publishing Company, 156 West 13 th Street, New York 11. LOS ANGELES : Hispano-American Publishing Agency, 129 South Broadway, Los Angeles 12, California.

GUATEMALA.

GUATEMALA : Librería Amenidades, 10 A. Av. Entre 7A. y 8A. Calles, Edificio Santa Rosa.

MEXICO.

MEXICO D.F. : Librería Ariel, Donceles 91 ; Fundación Editorial « Beatriz de Silva », Calle Leandro Valle 20 D. VERACRUZ : Librería Cimex, Arista 89.

PANAMA.

PANAMA : Librería Ibero-Americana, Avenida B. N° 32.

PARAGUAY.

ASUNCION : Mares e hijos, S. en C., Calle Estrella 430-438.

PERU.

LIMA : Distribuidora de Revistas Inca, Puno 264 (Bejarano).

URUGUAY.

MONTEVIDEO : Distribuidora Uraguaya de Diarios y Revistas, Ciudadela 1424 ; Feria del Libro, Avenida 18 de Julio, 1308 ; Oficina de Representación de Editoriales, Avenida 18 de Julio, 1333.

VENEZUELA.

CARACAS : Librería Suma S. A., Calle Real de Sabana Grande 102. SAN CRISTOBAL : La Casa del Libro, Calle 15 N° 241-B. MARACAIBO : Heladería y Librería Europea. Plaza Baralt.

Dir.-Gérant de la Publication : P. BOLOMEY — Imprimerie Réaumur - 100, r. Réaumur - Paris-2e

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

B.D.I.C

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO
Emilio FRUGONI, Rómulo GALLEGOS, Jorge MAÑACH,
Luis Alberto SANCHEZ y Erico VERISSIMO

Director de publicaciones : François BONDY
Redactor Jefe : Julián GORKIN
Secretario de Redacción : Ignacio IGLESIAS

COLABORADORES :

Xavier ABRIL, Pedro Vicente AJA, Víctor ALBA, Ciro ALEGRIA, Guadalupe AMOR, Luis ARAQUISTAIN, Rosa ARCINIEGA, Joaquín ARDERIUS, Raymond ARON, Anita ARROYO, Francisco AYALA, Carlos de BARAIBAR, Arturo BAREA, Rómulo BETANCOURT, Jorge Luis BORGES, Albert CAMUS, J. CARNER, Carlos P. CARRANZA, Jorge CARRERA ANDRADE, Benjamin CARRION, Joaquín CASALDUERO, Alfonso CASO, Alejandro CASONA, Jean CASSOU, Jaime CASTILLO, Marín CIVERA, Fernando DIEZ DE MEDINA, F. FERRANDIZ ALBORZ, José FERRATER MORA, Eugenio FLORIT, Waldo FRANK, Francisco GARCIA LORCA, R. GARCIA TREVIÑO, Jorge GUILLEN, Aldous HUXLEY, Roberto IBAÑEZ, Jorge ICAZA, Karl JASPERS, Julio César JOBET, Arturo KOESTLER, Juan LISCANO ,Rodolfo LLOPIS, Salvador de MADARIAGA, Mauricio MAGDALENO, Alejandro MAGNET, André MALRAUX, Juan MARICHAL, Joaquín MAURIN, Luis MERINO REYES, Czeslaw MILOSZ, Franscisco MONTERDE, Federica MONTSENY, Alberto MORAVIA, Victoria OCAMPO, Federico de ONIS, Antenor ORREGO, Octavio PAZ, Mariano PICON-SALAS, Salvador PINEDA, Susana REDONDO, Enrique L. REVOL, Eugen RELGIS, Alfonso REYES, M. RODRIGUEZ LOZANO, Francisco ROMERO, Denis de ROUGEMONT, Bertrand RUSSELL, E. SALAZAR CHAPELA, Claudio SANCHEZ ALBORNOZ, Eduardo SANTOS, José Ma. de SEMPRUN GURREA, Ramón J. SENDER, Enrique SERPA, S. SERRANO PONCELA, Ignazio SILONE, Stephen SPENDER, Manuel SUAREZ MIRAVAL, Manès SPERBER, Rufino TAMAYO, Hernando TELLEZ, Luis TERAN GOMEZ, Jaime TORRES BODET, Arnold J. TOYNBEE, Guillermo de TORRE, Rodolfo USIGLI, Fernando VALERA, Richard WRIGHT, María ZAMBRANO, y otros más.

El número : 180 f.

Printed in France

B.D.I.C

Julio - Agosto 1957

CUADERNOS

REVISTA BIMESTRAL

BIBLIOTECA DEL MUSEE SOCIAL

25

EDUARDO SANTOS
La O.N.U. en crisis

IVAN ANISSIMOV-IGNAZIO SILONE
Este-Oeste : Un diálogo difícil

JOSE FERRATER MORA
Las tres filosofías

ALBERT CAMUS
El huésped

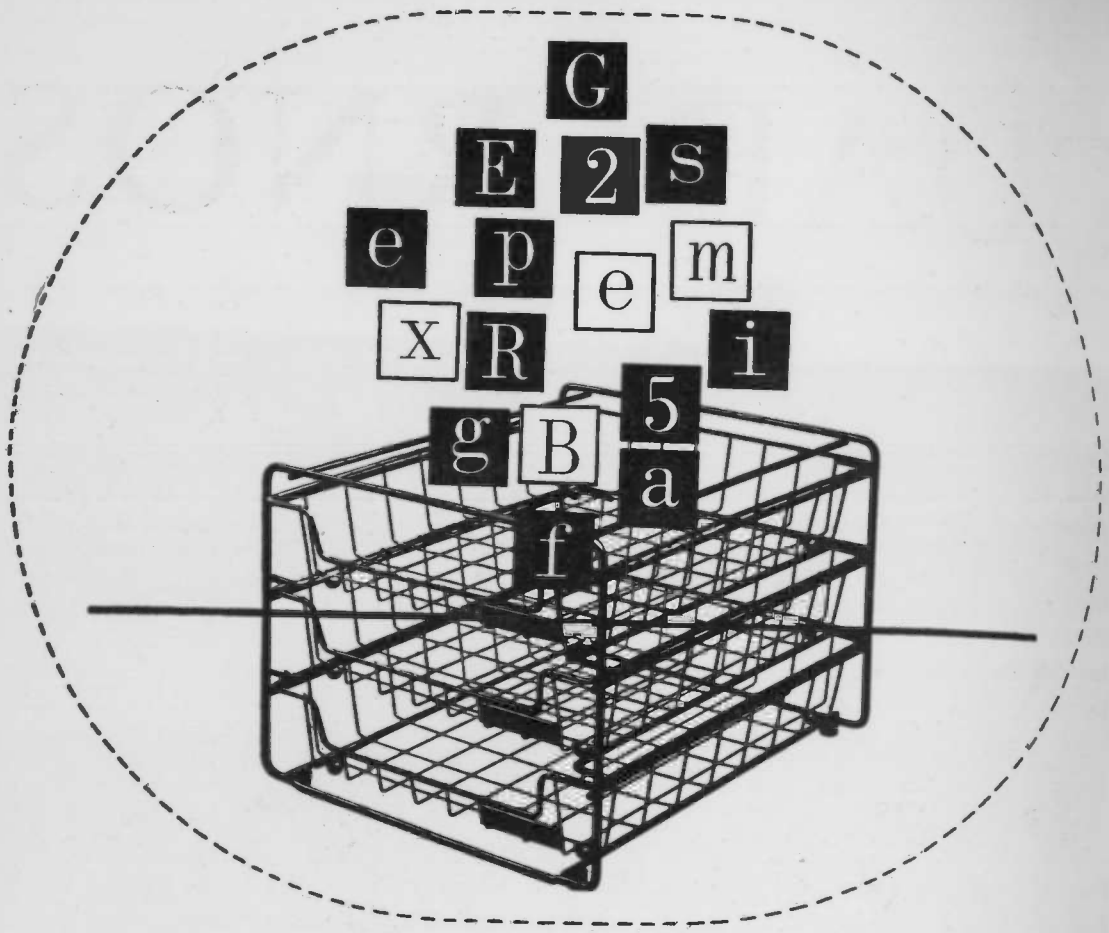
RAMON XURIGUERA
Picasso : Medio siglo de cubismo

ENCUESTA SOBRE LA JUVENTUD FRANCESA

Otros textos de :

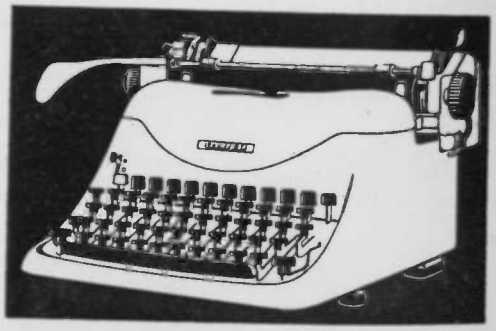
Germàn Arciniegas, Francisco Ayala, Carmen Conde, Salvador de Madariaga, Mariano Picón Salas, Alfonso Reyes, etc.

HP5926



Olivetti Lexikon

La Olivetti Lexikon es el modelo estudiado para el trabajo de oficina, en el que se requiere velocidad, exactitud y gran número de copias. Pero es también una máquina preparada con márgenes tales de seguridad para la tracción, la percusión y el uso, que puede garantizar, por muchos años, un rendimiento inalterable. Quien la adquiera efectúa un negocio seguro: y no somos nosotros que lo afirmamos, sino todas las naciones industriales que han reconocido en Olivetti Lexikon un producto excepcional de la mecánica de precisión.



Ing. C. Olivetti & C., S.p.A. - Ivrea (Italia)

SUMARIO

La O.N.U. en crisis	Eduardo Santos	3
« La República » de Platón	Alfonso Reyes	8
El huésped (Relato)	Albert Camus	11
Cosas y gentes	Salvador de Madariaga	18
Las tres filosofías	Jose Ferrater Mora	21
En un mundo de fugitivos (Poema)	Carmen Conde	35
Este-Oeste : Un diálogo difícil	Ivan Anissimov-Ignazio Silone	37
La melancólica rapsodia húngara	German Arciniegas	52

Crónicas y reportajes

Francia : Encuesta sobre la juventud	Henri Perruchot	55
España : El caso Ridruejo	B. F.	61
Hungría : Tibor Déry encarcelado	Tibor Meray	65
Rusia : Carta de un estudiante	X. X.	67
Cuba y Costa Rica en la actualidad americana.	J. M. Machin	71
Venezuela : Caracas 1957	Mariano Picon Salas	75
Líbano : Viaje por el país	Francisco Ayala	83
Egipto : Retrato de la intelectualidad	Georges Ketman	86

Bellas Artes

Picasso : Medio siglo de cubismo	Ramon Xuriguera	

Los libros. Las revistas. Notas culturales.

Fundada bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, la revista bimestral *Cuadernos* se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Esta libertad, consubstancial con nuestra razón de ser y de existir, será defendida por *Cuadernos* mediante una lucha tenaz contra todos los obstáculos y todas las trabas que traten de oponerse a la libre manifestación del espíritu crítico y del pensamiento, que constituyen la más preciada conquista del hombre y de los pueblos.

Nuestra revista cuenta con la colaboración de escritores de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre personal y bajo su exclusiva responsabilidad ; la revista sólo se hace responsable de los editoriales, documentos y notas sin firma.

Se ruega indicar la procedencia al reproducir total o parcialmente los trabajos contenidos en *Cuadernos*.

LA O.N.U. EN CRISIS

POR EDUARDO SANTOS

EL ASUNTO de que debo hablar hoy (« Las relaciones entre los pueblos y los Estados bajo los regímenes autoritarios ») puede considerarse desde puntos de vista muy diferentes.

Y en primer lugar, ¿qué pueblos?, ¿qué Estados? Un gran rey de Francia expresó alguna vez, en fórmula lapidaria, la convicción de todos los autócratas, tanto los que consideran su poder de origen divino como los que se arrogan el título de representantes y protectores de las fuerzas populares : « El Estado soy yo ». Ese es el sentimiento íntimo de los dictadores, siempre y en todas partes. Basta con mirar a nuestro alrededor para encontrar la prueba manifiesta de ello, en cualquier continente.

¿Cuáles son las relaciones que mantiene con *su* gobierno, con *su* Estado un pueblo sometido a un régimen autoritario? Pues, sencillamente, las peores. Son las relaciones entre el que manda como le da la gana, y los que deben obedecer siempre. Las fórmulas clásicas del fascismo sobre este particular son perfectas : « El Jefe tiene siempre razón »; para el pueblo, una consigna categórica y breve: *credere, obbedire, tacere* (creer, obedecer, callar).

Con el partido único, forzosamente expresión del pensamiento y de la voluntad oficiales, se suprime toda discusión libre, se excluye toda disidencia. Si yo debiese limitarme a hablar de las relaciones entre los gobiernos que se consideran a sí mismos como el Estado, y los pueblos que aquéllos han tomado bajo su tutela forzada, las fórmulas fascistas que acabo de recordar, o las idénticas fórmulas comunistas, podrían bastarme. Cuando el uno dispone de todas las armas para imponer su voluntad y el otro debe soportarlo todo (aunque en su conciencia no acepte nada), los comentarios son superfluos.

En el curso de la historia, los poderes de los dictadores sobre los pueblos no habían dispuesto nunca de medios tan variados y tan poderosos como en nuestro tiempo. A este respecto, resulta impresionante la comparación entre el siglo XX, nacido con la guerra de 1914, en la que, según un observador perspicaz, empezó dramáticamente el suicidio de la civilización europea, y el siglo XIX, que surgió entre las glorias y esperanzas de 1789.

Durante el siglo XIX, amante de la libertad, las luchas de liberación contra las agresiones del extranjero o de la tiranía, no sólo eran posibles, sino hasta relativamente fáciles. Los pueblos conservaban la capacidad de defenderse y de triunfar, como fué el caso en Francia, en 1830 y en 1848, o en Italia, durante el *Risorgimento*, o como tantas veces en España, y a menudo en casi todos los países de la América Latina. Ahora los progresos espantables de la civilización ponen en manos de los gobiernos totalitarios fuerzas aplastantes que dominan pronto todo levantamiento popular. La propaganda, que en otro tiempo era modesta y carecía de importancia, ha tomado proporciones gigantescas con la ra-

dio, la publicidad controlada, la censura, la campaña tenaz sobre los espíritus. Se crea así para los pueblos una prisión intelectual y moral, peor que todas. La lucha contra la mentira, que se quiere imponer siempre y en todas partes, se convierte en la más ardua de las contiendas, cuando a esa mentira que pudiéramos llamar motorizada se puede oponer una verdad amordazada, inerme, perseguida sin piedad y que apenas si puede hacerse oir en medio del estruendo de la propaganda oficial favorecida por todos los elementos del Estado.

Constituye, no obstante, el grande honor del alma humana, sedienta de libertad, el que sea capaz de resistir, a pesar de todo, a la tiranía ; el que se fortalezca bajo la opresión y resurja cuando ya se la cree casi muerta. Lo hace a veces con heroísmo magnífico, como en Hungría ; a veces, siguiendo las sendas de la prudencia inteligente, como en Polonia ; en otras partes espera con una paciencia inagotable y con una confianza mucho más fuerte que el poder de las peores dictaduras. Pero, ¡cuánto valor, cuánta fe y cuánta abnegación necesita para aguardar el día de la justicia prometida y merecida!

La vasta cuestión de las relaciones entre los pueblos libres — para emplear la expresión consagrada — y los Estados totalitarios — es la palabra exacta para designar a estos Estados que se llaman autoridades para disimular su verdadera naturaleza bajo la palabra siempre respetable de autoridad —, presenta dificultades de todo género.

La primera de estas dificultades, desde el punto de vista académico — en el que el valor de las palabras y la significación exacta de las frases tienen tanto peso — reside en la extraordinaria confusión que el interés ha sabido crear en la terminología de la vida política internacional. Esta confusión ha llegado a tal extremo, que las palabras han acabado por perder su verdadero sentido.

Piensen ustedes en los « pueblos libres », de los que se habla oficialmente con tanta frecuencia. La mayor parte de ellos no lo son, en absoluto, si es cierto que un pueblo libre es aquel donde reina la libertad, donde todos, sin excepción, pueden ejercer los Derechos del Hombre — mejor diríamos los derechos del ser humano — definidos en la Declaración aprobada el 10 de diciembre de 1948 por la Asamblea de las Naciones Unidas.

En otro tiempo, la palabra Democracia parecía muy clara, casi tan clara como la palabra Libertad tan maravillosamente cantada por Paul Eluard. Pero ahora tenemos « las democracias populares », de las que toda verdadera democracia está excluída ; y en la mayoría de los Estados totalitarios tenemos el elogio diario, no de la democracia y de la libertad sin calificativos, sino de la *buena* libertad, de la *verdadera* democracia, de la libertad *justa*. Se añade un pequeño adjetivo para disimular la muerte del substantivo, al que se ahoga con el pretexto de honrarlo.

La lectura atenta de la Carta de las Naciones Unidas, firmada en San Francisco en 1945, puede conducir al más peligroso de los escepticismos, si nos atrevemos a comparar esta fraseología elocuente con la realidad que nos sale al encuentro en todas partes, y tantas veces nos hiere.

En primer lugar, el preludio armonioso: « *Nosotros*, los pueblos de las Naciones Unidas... » ¿Nosotros, los pueblos ? Poco a poco, pero sin que sea posible el disimulo, las Naciones Unidas se han convertido tan sólo en una reunión de gobiernos, y resultaría escabroso examinar con demasiado detenimiento los derechos de estos gobiernos para representar a sus pueblos. Algunos representan un poder absoluto, para los cuales la Declaración de los Derechos del hombre constituye una falta de respeto o una quimera despreciable. Otros fingen acatar esta Declaración y la guardan desdeñosamente en su bolsillo... Apenas hay una minoría de estas Naciones Unidas que pudiera probar su fidelidad a los principios de la Carta, tan noblemente ofrecida a nuestra admiración y a nuestra dolorosa nostalgia; porque la visión de ese paraíso, soñado en medio del entusiasmo de la victoria, no corresponde a la dura realidad que, diez años después, nos rodea y nos oprime.

Uno de los principios esenciales de la Carta, proclama el « derecho de los pueblos a disponer de sí mismos ». Es tal vez el tema que se presenta más a menudo y con mayor insistencia. Después de leer atentamente la Carta de las Naciones Unidas, podría decirse que el espíritu de esta

institución, su objetivo primordial, es afirmar, preservar y defender por todos los medios « la paz », « el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos », « los derechos fundamentales del hombre », la dignidad y el valor de la persona humana », « las libertades fundamentales para todos ».

Si su Majestad Ibn Saud, rey absoluto si los hay, ha tenido tiempo de leer este documento, ha debido asombrarse de que le recibieran, con tan grandes honores y sin la menor reserva, en un templo elevado a la libertad y a los derechos que la libertad confiere a los hombres, « sin distinción de raza, de sexo y de religión ». ¿Su sagacidad oriental le ha permitido tal vez comprender a qué extremos llegan ciertos occidentales en su interpretación de la relatividad útil?

¿Cuál es la suerte reservada a estos principios, tan lindamente encuadrados en la Carta y que, en sus comienzos, la iluminaban con tanto esplendor? Por desgracia, la transformación que ha sufrido esta institución oscurece tales principios, hasta el punto de quitarles en gran parte su condición de normas que deben señalar una inflexible línea de conducta, y de relegarlos entre los vagos dioses a los que, de tarde en tarde, se rinde un culto nominal, a base de retórica y de insinceridad. Ya no puede decirse : « Nosotros, los pueblos... » La verdad es : « Nosotros, los gobiernos... » La diferencia no es desdeñable, y de ella se deriva, en gran parte, la actual crisis de la O.N.U. ; la desilusión que la rodea, después de la inmensa esperanza de 1945.

Porque la verdad innegable es que entre los principios esenciales de la Carta, precisados y definidos en la Declaración de los Derechos del Hombre, existe una correlación estrecha y necesaria. No se puede establecer una separación entre el « derecho de los pueblos a disponer de sí mismos » y « las libertades fundamentales », o « la dignidad y el valor de la persona humana ». No se puede reducir el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, a un derecho de dictadores impuesto por la fuerza, a disponer arbitrariamente de la suerte de los pueblos que los padecen.

Se dirá, y se ha dicho muchas veces, que todo esto lo impone el realismo. Que si quiere hacerse algo, hay que aceptar a los gobiernos y a los hombres tal como son, y tratar de salvar la paz y un poco del derecho con las armas de que se dispone. ¿Es posible creer aún en esta excusa para contradicciones que llenan de confusión, después de diez años de ensayos desdichados? ¿Es cierto o no que de este modo se crea en el mundo entero un escepticismo funesto con respecto al espíritu de la O.N.U. y un estado de alma cínico, infinitamente peligroso para la vida internacional?

Ya se dice corrientemente que la política internacional no puede siempre regirse por principios morales; que no debe ser inmoral (esto sería, al parecer, un grave pecado), pero que puede ser amoral (lo que viene a ser lo mismo), pragmática, dominada y obsesionada por las realidades ; aun en los casos en que estas realidades vayan en contra de los principios y algunas veces equivalgan a su propia destrucción.

Pero, ¿se ha obtenido acaso, gracias a esta sumisión a las realidades, es decir, gracias al olvido de lo que la Carta prescribe, algún resultado que pudiera compensar sacrificio tan grande ? Sería difícil creerlo. Se ha subordinado todo a cierta concepción estratégica, conforme con las angustias del momento ; pero la estrategia, por su misma naturaleza, es cosa pasajera, local, cuyos objetivos, siempre cambiantes, están dominados por una actualidad implacable. La estrategia es la ciencia de la guerra, no la de la vida ni la del derecho; es la servidora de la destrucción, no la matriz de donde puede surgir una humanidad nueva. Todo el fracaso de la gran política internacional de los diez últimos años proviene de que ha estado dominada por preocupaciones de estrategia y ha perdido de vista las normas espirituales inscritas en una Carta que parecía destinada a regir la vida internacional.

Y esto ha tenido una influencia decisiva sobre la actitud de los grandes Estados democráticos hacia los regímenes totalitarios, enérgicamente hostiles con algunos de ellos, tiernos con otros, benévolos e indulgentes con los demás. Todo esto se produce de conformidad con el interés estratégico primordial. No es una de las menores sorpresas de los tiempos modernos ver cómo una institución universal, fundada

« para instaurar mejores condiciones de vida, dentro de una mayor libertad », se aparta así tantas veces de su verdadero camino ideológico, y con gobiernos igualmente tiránicos adopta actitudes opuestas.

Pensarán ustedes que me equivoco ; que atribuyo a la O.N.U. faltas de las que sólo uno de sus miembros es responsable, o cuando más, algunos ; que cargo la culpa a la totalidad. ¿Tanto me equivoco? En la orientación general, seguida durante los diez últimos años, hay una diferencia real entre una de las partes, tan grande y tan fuerte, y en mi opinión, guiada a menudo por intenciones generosas, y una mayoría tan vaga, en la que algunos que se han creído efectivamente independientes acaban de chocar con una realidad dolorosa, hasta el punto de hacer pensar que en la O.N.U. cifras importantes, sesenta o setenta quizá, tienden a quedar reducidas solamente al angustioso número de dos.

En este hecho inquietante, y tan visible, en el que una parte aparece claramente más grande que el todo, y toma abiertamente el lugar de ese todo (sin duda con intención de evitar que otro lo haga), reside indiscutiblemente una de las anomalías más peligrosas de la O.N.U., que no podrá sobrevivir bajo la imposición y la coacción, sino mediante el libre acuerdo y la cooperación sincera y efectiva. Y cada día será más necesario observar con atención sostenida esta institución, criticarla con leal franqueza, precisamente porque, a pesar de todas sus faltas y de todos sus errores y deficiencias, continúa siendo indispensable.

Sigue ella siendo la posibilidad suprema, quizá la única, de salvaguardar la paz y de servir a la justicia. Su desaparición sería, para la pobre humanidad civilizada, el trágico comienzo de un rápido fin. Si ha abandonado algunas de sus tareas esenciales y ha dejado empañarse los principios que deben ser sus guías permanentes, también ha prestado servicios innegables. Ha sabido impedir algunas grandes desgracias. El hecho de que, en su balance de diez años, la parte favorable consista, sobre todo, en lo que ha evitado y no en lo que ha creado y producido, no podría hacer olvidar sus esfuerzos ni sus éxitos.

Pero la Sociedad de Naciones de Ginebra (tan mal conocida y, a veces, tan calumniada) tuvo también días de gloria y alcanzó éxitos espléndidos. Al principio, estaba sostenida por un idealismo admirable, por una fe conmovedora. Pero no se atrevió y, como dijo el poeta : el que no se atreve perece. No logró ser lo que su Carta le ordenaba. Se deslizó poco a poco hacia la política de bloques, hacia las tímidas transacciones y las debilidades mortales. No supo reformarse y acabó por naufragar tristemente en la tormenta.

Es preciso que la segunda edición de una Sociedad de Naciones no corra la misma triste suerte. Es menester que sepa resolver, dentro de la paz y de la sinceridad, el problema angustioso de las relaciones entre los pueblos libres, o que aspiran a serlo, y los gobiernos totalitarios.

Demos libre curso a los sueños, a veces mucho más prudentes y prácticos que las engañosas realidades de la hora que pasa. Hay que reformar la gigantesca O.N.U., adornada hoy, en su palacio de Nueva York, con todos los esplendores materiales, y ponerla de acuerdo con las ideas profundas que han presidido su nacimiento. Hay que detenerse en la vía burocrática de las reuniones de los gobiernos, de vida tan efímera cuando de dictaduras se trata, y pensar en la substancia. Acordarse de la primera frase de la Carta : « Nosotros, los pueblos... », y buscar, y encontrar, el medio auténtico de dar a los pueblos una representación efectiva.

Que no se queden a la puerta, sacrificados, como el heroico pueblo húngaro ; ignorados voluntariamente, en otras ocasiones no menos dolorosas, mientras que en el interior, los representantes de los opresores, rodeados de todos los honores, añaden el sarcasmo al ultraje mortal.

Esa es una necesidad que se hace sentir en todas partes, y a la que va unida la adhesión indispensable de los pueblos, en cuyo nombre se habla y se actúa. Hace unos días, el más ilustre de los humanistas portugueses, Antonio Sergio, que es también uno de los grandes europeos, me exponía con noble angustia la necesidad de hacer algo en este sentido. Es una idea de la que se habla mucho en América Latina. En Colombia, la valiosa asociación de jóvenes que, bajo el signo de la Nueva República, se esfuerza en encontrar los medios de renovar el Estado el día en que el Derecho,

la Constitución y la Ley regresen a la vida nacional, coloca en el primer plano de sus preocupaciones la necesidad de asegurar un puesto a los pueblos en una Sociedad de Naciones reformada. Y se piensa en designaciones hechas por las Universidades, las Academias, la Magistratura, los sindicatos, las asociaciones profesionales, los Parlamentos, que puedan dar realidad a la teoría de los hombres representativos de cada país.

Dirán ustedes que esto es muy difícil. ¡Claro está! Muy difícil, como todas las cosas grandes, pero no imposible. El don supremo de los hombres de Estado no es la erudición, ni la habilidad del político, ni la ciencia técnica... Es la imaginación creadora, la capacidad de realizar concretamente las aspiraciones generales, de dar cuerpo a las ideas que reflejan las necesidades auténticas, los deseos profundos de los pueblos que no pueden satisfacerse nunca siguiendo las sendas de la rutina burocrática.

El mundo entero espera una reforma de la nueva Sociedad de Naciones, reforma exigida por diez años de experiencia y por la necesidad de salvar un organismo sin el cual el caos podría determinar las peores catástrofes. No deben cerrarse los ojos ante las realidades permanentes, ante los hechos que es imposible disimular bajo una palabrería interesada. Un hombre de extraordinario talento, Adlai Stevenson, recordaba recientemente, al comentar los problemas internacionales, una fábula clásica, llena de significación. Se preguntaba a un oráculo cuál es el secreto esencial de la vida, y contestó : « No esperar demasiado ». No tener esperanzas excesivas, ni pensar en que todo puede conseguirse. Al reformarse, debería la Nueva Sociedad de Naciones tener presente esa admonición. No se puede pensar en hacerlo todo, pero sí en hacer bien unas cuantas cosas. No se pueden seguir todos los caminos : hay que escoger los mejores y no apartarse de ellos. Si la Sociedad de Naciones quiere, por ejemplo, convertirse en tribunal supremo, debe demostrar las cualidades propias del juez : el conocimiento exacto del asunto, la capacidad para apreciarlo objetivamente, la imparcialidad para dictar una sentencia, de la que estén ausentes la pasión y el interés sectarios. De lo contrario, se cae en los juicios parciales, en la caza de votos, determinados por este interés o esta pasión, que en un proceso jurídico se calificarían de prevaricación.

Hay que evitar los dos pesos y las dos medidas que el Evangelio execra : reservar todas las severidades de la Carta para las naciones que, por respetarla y creer en sus principios, aceptan las obligaciones que de ella se derivan, al mismo tiempo que se observa una actitud tímida y complaciente para los gobiernos que rechazan abiertamente estas obligaciones y se burlan de una ideología sin la cual la Sociedad de las Naciones no tendría alma.

Porque, si es cierto que la sabiduría eterna ordena no tener demasiadas esperanzas, también ordena no contentarse con demasiado poco y no sacrificar nunca lo esencial. Cuando se consagra la propia existencia a una tarea tan noble, tan grande, como es la de « instaurar mejores condiciones de vida, dentro de una mayor libertad » ; cuando se proclama « la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana », como razones de existir y como guía infalible, no puede olvidarse todo esto en los azares del camino. No se trata sólo de palabras, sino de un compromiso solemne de carácter obligatorio.

La cuestión de mayor magnitud en la vida internacional, « las relaciones entre los pueblos y los regímenes totalitarios », para alcanzar soluciones pacíficas y fecundas, exige una gran paciencia y una serie de medidas que puedan permitir la coexistencia fructuosa. De ésta surgiría al fin victoriosa la libertad, para bien de todos ; y los derechos del ser humano podrían a la postre estar garantizados contra sus enemigos de izquierda y de derecha. Pero es preciso para ello que la Carta de las Naciones Unidas, cuando dice : « Nosotros, los pueblos... » diga una verdad, y esté al servicio de esta verdad. Que la gran voz de todos los pueblos no siga ausente y algunas veces proscrita de esas Asambleas, donde debe forjarse el porvenir de la Humanidad, a la que sólo una paz hija de la Libertad y de la Justicia puede ahorrar desgracias indecibles.

EDUARDO SANTOS

"La República" de Platón

POR ALFONSO REYES

TRAS LO MUCHO que se la ha discutido ¿qué decir sobre *La República* de Platón? Para él la política debe ser al Estado lo que la moral es al individuo. Condición de la ciudad perfecta es el sacrificio de lo particular a lo general. Cada uno debe desarrollar en sí mismo aquellas de sus facultades que sean útiles a la comunidad y prescindir de las que la estorban. Como la moral empieza con la maraña de las facultades humanas, reacias a la razón que acude a reconciliarlas, así la política tropieza, en naciendo, con las divergencias entre los individuos. En la política como en la ética, Platón aspira a la unidad.

Imaginemos uno de esos lienzos cargados de figuras, sin desperdicio de un solo milímetro. Contrastemos las zonas de aire de Velázquez—las « veinte atmósferas » que decía Gautier refiriéndose a *Las Meninas*—con la intrincada organización de masas, sin vacíos, y los cielos sólidos del Greco, por ejemplo en el *Entierro del Conde de Orgaz*. Si la figura se desbarata, haría falta para recomponerla un matemático bizantino, como decía Valle-Inclán. Igualmente, en la idea platónica, la República Perfecta preexiste, ha existido fuera del tiempo y del mundo ; y en esta realidad terrestre, se nos da el problema desbaratado, hecho acertijo : los hombres, trazados originariamente por la divinidad para que sus concavidades y sus convexidades se ajusten en una perfecta armonía, en un instante precioso de equilibrio, andan todos por distintas partes, en estéril agitación, como si hubieran perdido su centro de gravedad, su lugar en el cuadro. Y Platón quisiera recomponer ese cuadro, la idea pura del Estado en su mayor aproximación terrestre, para llegar a la quietud de las cosas cabalmente realizadas, a la serenidad y a la paz.

La prueba del arte político, he dicho alguna vez, consistiría en lograr que — contra el antiguo adagio que todos conocen — cada senador sea, desde luego, un varón virtuoso, pero también el conjunto, el senado, sea un instituto virtuoso y no ya una « mala bestia » ; consistiría en lograr — cosa tan ardua en la matemática como en las sociedades, puesto que hay magnitudes negativas — que la suma nunca sea inferior a los sumandos.

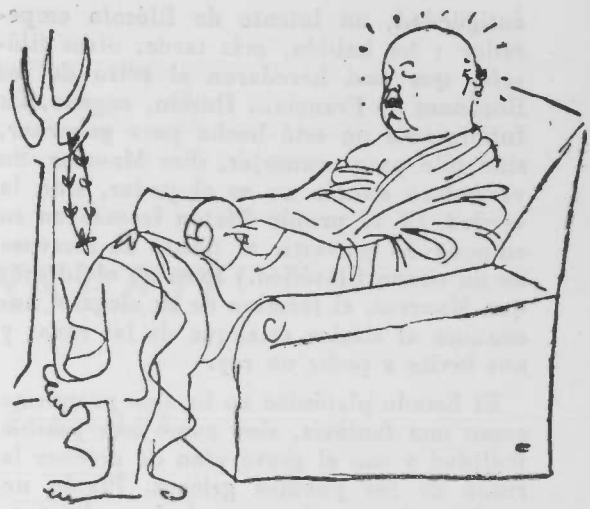
En *La República* este milagro se obtiene mediante una suerte de comunismo totalitario, para usar el lenguaje de hoy, y salvadas las diferencias de épocas y de criterios. « Todo debiera ser común a todos — ha dicho Platón en *Las Leyes* —, hasta los ojos, hasta las orejas y las manos. » Así se realiza el disparate filosófico de aquel soneto de Quevedo, en que el ciego conduce al cojo, y el cojo orienta al ciego. (También La Fontaine completa al ciego y al paralítico.)

Esta obra positiva de agregación, de suma, supone de paso una resta, una sustracción cruel de todo lo que estorbe al Estado. Entre el Individuo y el Estado hay dos causas de oposición : la propiedad y la familia. Ambas deben, pues, abolirse. Las

proles serán educadas por el Estado, quien asimismo cuidará de la procreación, tanto en la calidad (anticipación de la eugenesia) como en la cantidad (anticipación del maltusianismo). Las mujeres, iguales al hombre en todo lo demás, quedan nacionalizadas, requeridas por la república y puestas al servicio común en cuanto a sus funciones exclusivamente femeninas.

Ya se ve que, en el papel, se consienten ciertas reformas mucho más fácilmente que en la práctica de las sociedades. La nacionalización de la mujer es idea familiar entre los antiguos, y sin duda más aceptable para ellos que para nosotros, aunque nunca francamente aceptada. La Esparta de Licurgo, que se jacta de conservar costumbres muy viejas, hasta admite que el marido cansado escoja, en bien de la raza, un sustituto conveniente. Y Heródoto, entre las singularidades de los agatirsos, dice que entre ellos esta comunidad era regla. En asuntos matrimoniales, el repertorio de Heródoto registra peregrinos hábitos : las hijas de los lidios, dice, vendían su cuerpo para formarse una dote (casi como las *geishas*), y después compraban un marido a su gusto. Y había otros pueblos en que se ponían a subasta las mujeres bellas, para los que quisieran casarse, y con el dinero reunido se dotaba a las feas, condenadas a solteronas. En Heródoto hay historias para todos los gusto. ¿No nos deleitan aquellos persas que, antes de resolver sus negocios, los discutían primero en estado de embriaguez y luego en estado de sobriedad, para tomar una media proporcional entre todos los aspectos de la cuestión ? Por lo demás, la igualdad de la mujer y el derecho de la mujer entre los antiguos, aunque no eran prácticas corrientes, sí fueron teorías discutidas sin la menor cortapisa, como ya, antes de Platón, lo dejan ver las sornas de Aristófano ; y tales ideas cruzan también las tragedias de Eurípides. Ahora bien, estos autores teatrales debían contar necesariamente con un público que entendía sus discusiones y no se sorprendía demasiado.

Por de contado, el comunismo de Platón no se confunde con el moderno. Abuelo de los organicistas, Platón considera el Estado como un ser total, cuyas partes son los grupos humanos clasificados según sus actividades y aptitudes.



DIBUJO DE ELVIRA GASCÓN

A las tres zonas del alma y del cuerpo corresponden las tres castas principales de la república ; los magistrados son la cabeza y la razón ; los guerreros, el corazón y la fuerza ; los artesanos y labriegos, los brazos que proveen a los impulsos del apetito y las necesidades físicas. Y Platón realmente sólo legisla para las dos primeras castas, para los guardianes del Estado. Además, como toda política verdadera se entreteje con la educación, el Estado queda bajo el gobierno técnico de los sabios. La república perfecta, gobernada por los filósofos, cae bajo el tipo de las aristocracias intelectuales, vanidosas y tiránicas en su exclusividad racional, que con elocuente disgusto han examinado algunos escritores, nuestro Antonio Caso entre ellos a propósito de Renan.

Tal ensueño de sofocracia puede también corregirse con las observaciones de Charles Maurras (*El porvenir de la Inteligencia*), aunque este autor, como se sabe, inclina todos sus argumentos a la forzada defensa del monarquismo, de suerte que su tesis resulta una exposición, o más bien un simple anuncio u oferta de una utopía monárquica. Maurras, en clara síntesis, nos muestra las vicisitudes de la casta intelectual, siempre combatida entre el poder de la sangre, que lo es el Príncipe, y el poder del Oro, fuerza disolvente de nuestras plutocracias modernas. Cierto : hubo, en la

antigüedad, un intento de filósofo emperador ; ha habido, más tarde, otros filósofos que casi heredaron el cetro de los Borbones de Francia... Ilusión, engaño. La Inteligencia no está hecha para gobernar, sino sólo para aconsejar, dice Maurras. Su verdadero anhelo no es el poder, sino la verdad. (Y el propio Platón fracasó en su empeño de convertir al tirano de Siracusa en un tirano filosófico.) Pero no olvidemos que Maurras, al término de su alegato, nos conduce al clásico estanque de las ranas y nos invita a pedir un rey.

El Estado platónico no ha sido propuesto como una fantasía, sino como una posible realidad y con el grave afán de detener la ruina de los pueblos griegos. Platón no vacila en intervenir con audacia en los problemas del sexo y de la educación. Preocupado por armar una república, no duda en dictar la censura del pensamiento y aun la estrecha vigilancia de la poesía.

Hacia el fin de su vida, en *Las Leyes*, presenta otro plan menos ambicioso, menos « platónico » : una república agraria cuyo centro podría situarse, por ejemplo, en el corazón de Creta. La propiedad territorial estaría rigurosamente repartida para la explotación y el laboreo, pero el Estado conservaría el dominio eminente de todo el suelo. La separación entre gobernantes y gobernados sería menor que en la anterior utopía ; el trabajo, más estimado. El « comunismo » y sus beneficios se extenderían a todos los habitantes de la ciudad. Pero todavía no abarcaría a los esclavos, que lo son los trabajadores del campo. En la teoría y en la práctica son éstos los más sacrificados.

Ultimas palabras que he leído sobre *La República* de Platón, y que, para terminar, transcribo sin comentario. Proceden de una conferencia del desenfadado Bertrand Russell (*Filosofía y Política*) :

« Que *La República* de Platón haya sido admirada, en su condición de obra política, por la gente honesta, es tal vez el más asombroso ejemplo de snobismo que nos ofrece la historia. Examinemos algunos rasgos de este ensayo totalitario. El objeto principal de la educación, a lo que todo se subordina, es el valor en las batallas. A este fin, habrá una rígida censura de los cuentos que las madres y las nodrizas cuentan a los niños ; no se leerá a Homero, porque este versificador degenerado hace llorar a los héroes y reír a los dioses ; se prohibirá el drama, porque en él figuran villanos y mujeres ; la música sólo será de cierta clase, que corresponde a lo que hoy serían *Rule Britannia* o *The British Grenadiers*. El gobierno estará en manos de una pequeña oligarquía, que practicará la artería y la mentira : la artería para manipular los sorteos de los lotes en vista del plan eugenético ; y las elaboradas mentiras para persuadir a la población de que hay diferencias biológicas entre la clases altas y las bajas. Finalmente, habrá infanticidios en grande escala para las criaturas que no sean fruto de las maniobras del gobierno. —Que el pueblo sea o no feliz dentro de esta comunidad carece de importancia, según se nos asegura, pues la excelencia reside en el conjunto, y no en las partes. La Ciudad de Platón es una copia de la Ciudad eterna que él sitúa en su cielo. Tal vez en el cielo disfrutaremos de esta manera de existencia, pero si ella no nos complace aquí en la tierra, tanto peor para nosotros. »

ALFONSO REYES

EL HUESPED

POR ALBERT CAMUS

El maestro miraba a los dos hombres que subían hacia él. Uno iba a caballo, el otro a pie. Aún no habían empezado a subir la empinada cuesta que conducía a la escuela, construída en la ladera de una colina. Avanzaban penosa y lentamente sobre la nieve, entre las piedras, en la inmensa extensión de la alta meseta desierta. De cuando en cuando, se veía tropezar al caballo. Aún no se le oía, pero se veía la vaharada que entonces salía de sus narices. Por lo menos, uno de los dos hombres conocía el terreno. Seguían la pista que, no obstante, había desaparecido hacía algunos días bajo una capa blanca y sucia. El maestro calculó que no llegarían a lo alto de lo colina antes de media hora. Hacía frío ; entró en la escuela para buscar un jersey.

Atravesó la sala de la clase, vacía y helada. Sobre la pizarra, las cuatro ríos de Francia dibujados con cuatro tizas de diferente color, corrían hacia sus estuarios hacía tres días. La nieve había caído en abundancia a mediados de octubre, después de ocho meses de sequía, sin que la lluvia hubiese traído ningún alivio, y ya no venía a la escuela la veintena de alumnos que habitaban en las aldeas diseminadas por la llanura. Había que esperar la vuelta del buen tiempo. Daru no se ocupaba de calentar más que la única pieza que constituía su alojamiento, al lado del aula, y que también tenía una ventana al Este, sobre el llano. Otra ventana daba al mediodía, como las del aula.

Después de haberse calentado un poco, Daru volvió a la ventana desde la que había visto, por primera vez, a los dos hombres. Ya no se les veía. Sin duda habían empezado a subir la empinada cuesta. El cielo estaba menos oscuro : durante la noche la nieve había cesado de caer. La mañana había comenzado con una débil luz, que apenas aumentó a medida que la capa de nubes se elevaba. Pudiera decirse que hasta las dos de la tarde no empezaba el día. Pero esto era preferible a los tres días en que la nieve caía en abundancia, en medio de constantes tinieblas, con pequeñas ráfagas de viento que sacudían la doble puerta de la clase. Daru aguantaba entonces con paciencia largas horas en su habitación, de la que no salía más que para ir bajo el cobertizo a dar de comer a las gallinas y a echar mano de la provisión de carbón. Afortunadamente la camioneta de Tadjid, el pueblo más próximo en dirección Norte, había traído el suministro dos días antes de la tormenta. Y volvería dentro de cuarenta y ocho horas.

Había, además, medio de resistir un asedio, gracias a los sacos de trigo amontonados en la pequeña pieza y que la administración le confiaba como reserva para distribuir entre los alumnos cuyas familias habían sido víctimas de la sequía. En realidad, la desgracia había afligido a todos, puesto que todos eran pobres. Cada día Daru distribuía una ración para los pequeños. Bien sabía que ésta les había faltado durante aquellos días aciagos. Quizá alguno de los padres o de los hermanos mayores vendría esta noche y podría abas-

tecerles de grano. Era preciso empalmar con la próxima cosecha ; esto era todo. El momento más penoso había pasado, porque ahora empezaban a llegar de Francia barcos con trigo. Pero difícil sería olvidar esta miseria, este ejército de fantasmas harapientos, errantes bajo el sol, las llanuras calcinadas un mes tras otro, la tierra poco a poco resecada, materialmente requemada, en la que cada piedra se deshacía en polvo bajo la presión del pie. Los carneros morían entonces por millares, y de vez en cuando también algunos hombres, sin que se conocieran todos los casos.

Ante esta miseria, él, que vivía como un monje en su escuela aislada, contento además con lo poco que tenía y con esta vida ruda, se había considerado un señor entre aquellos muros enjalbegados, con su estrecho diván, sus estantes de madera sin pintar, su pozo y el abastecimiento semanal de agua y de alimentos. Y de pronto había empezado a nevar inesperadamente, sin el alivio de la lluvia. El país era así, cruel para la vida, aun sin los hombres que, no obstante, no resolvían nada. Pero Daru había nacido allí. En cualquier otra parte, se sentía desterrado.

Salió y avanzó hacia el terraplén que se hallaba delante de la escuela. Los dos hombres se hallaban ya en la mitad de la cuesta. Reconoció en el que iba a caballo a Balducci, el viejo gendarme, al que conocía hacía mucho tiempo. Balducci sujetaba una cuerda a cuyo extremo llevaba maniatado a un árabe que marchaba detrás de él, con la cabeza gacha. El gendarme hizo un ademán de saludo, al que Daru no respondió, atento tan sólo a mirar al árabe vestido con una chilaba que debió de haber sido azul, los pies con sandalias, pero protegidos con calcetines de gruesa lana color de barro y la cabeza cubierta con un fez estrecho y corto. Ya se acercaban. Balducci llevaba su caballo al paso para no fatigar al árabe, y el grupo avanzaba lentamente.

Cuando se hallaron al alcance de la voz, Balducci gritó : « Una hora para recorrer los tres kilómetros de El Ameur hasta aquí ! » Daru no respondió. Les miraba subir. Abrigado con su grueso jersey, se destacaba su silueta achaparrada. Ni una sola vez el árabe había levantado la cabeza. « ¡ Salud ! — dijo Daru, cuando llegaron a lo alto del terraplén. — Entrad a calenturas. » Balducci se apeó con dificultad de su caballería, sin soltar la cuerda. Sonrió al maestro bajo su enhiesto bigote. Sus ojillos oscuros, muy hundidos bajo la frente curtida, y su boca rodeada de arrugas le daban aspecto atento y afanoso. Daru cogió la brida, condujo el caballo al cobertizo y volvió al encuentro de los dos hombres, que le esperaban ahora en la escuela. Les hizo entrar en su habitación. « Voy a calentar la sala de la clase — dijo —. En ella estaremos más cómodos. » Cuando entró de nuevo en su habitación, Balducci estaba encima del diván. Había desanudado la cuerda que le ataba al árabe y éste se encontraba acurrucado cerca de la estufa. Con las manos aún atadas, el fez inclinado ahora hacia atrás, dirigía la mirada a la ventana. Daru, en un principio, no vió más que sus enormes labios gruesos, tersos, casi negroides ; la nariz, sin embargo, era recta, los ojos oscuros, febriles. El fez descubría una frente obstinada y, bajo la piel tostada, pero un poco descolorida por el frío, toda la cara tenía una expresión a la vez inquieta y rebelde, que impresionó a Daru cuando al árabe, volviendo su rostro hacia él, le miró fijamente a los ojos. « Pasad aquí al lado — dijo el maestro —, voy a prepararos té con menta. » « Gracias — dijo Balducci — ¡ Qué penoso trabajo ! ¡ Qué ganas tengo de que me jubilen ! » Y dirigiéndose en árabe a su prisionero : « Tú, ven. » El árabe se levantó y, lentamente, con las muñecas atadas delante, entró en la escuela.

Daru trajo una silla, al mismo tiempo que el té. Pero Balducci ya se había instalado sobre el primer pupitre de los alumnos, y el árabe se había acurrucado junto a la tarima del maestro, frente a la estufa, situada entre la mesa y la ventana. Cuando tendió el vaso de té al prisionero, Daru vaciló ante sus manos atadas. « Quizá le podría desatar. » « Ciertamente — dijo Balducci —. Era necesario para el viaje. » Hizo ademán de levantarse. Pero Daru, colocando el vaso en el suelo, se había arrodillado junto al árabe. Este, sin decir nada, le miraba con ojos febriles. Con las manos ya libres, se frotó las muñecas hinchadas, tomó el vaso de té y bebió a sorbos cortos y rápidos el caliente líquido.

— Bien — dijo Daru —. Y ¿ a dónde vais así ?

Balducci, retirando su bigote del té, contestó :

— Aquí, hijo.

— ¡ Extraños alumnos ! ¿ Dormiréis aquí ?

— No. Vuelvo a El Ameur. Y tú entregarás al compañero en Tinguit. Le esperan en el Municipio mixto.

Bolducci miraba a Daru con sonrisita amistosa.

— ¿ Qué me cuentas ? — dijo el maestro —. ¿ Te burlas de mí ?

— No, hijo. Son las órdenes.

— ¿ Las órdenes ? No soy... — Daru se detuvo vaciante ; no quería ofender al viejo corso. — En resumidas cuentas, ése no es mi oficio.

— ¡ Eh ! ¿ Qué quiere decir eso ? Durante la guerra, se hacen todos los oficios.

— ¡ Entonces, esperaré la declaración de guerra !

Balducci asintió con un movimiento de cabeza.

— Bien. Pero ésas son las órdenes, que también te conciernen. Parece que hay agitación. Se habla de un próximo levantamiento. Estamos movilizados, en cierto modo.

Daru conservaba su expresión obstinada.

— ¡ Escucha, hijo ! — dijo Balducci —. Yo te estimo mucho, pero hay que comprender. Somos una docena en El Ameur para patrullar por el territorio de un pequeño departamento, y debo volver. Me han dicho que te confíe esa cebra y que vuelva sin tardar. No se le podía guardar allí. Su aldea se agitaba. Querían apoderarse de él. Tú debes conducirle a Tinguit durante la jornada de mañana. Una veintena de kilómetros no pueden preocupar a un hombre fornido como tú.

Detrás del muro se oía al caballo resoplar y golpear el suelo con los cascos. Daru miraba por la ventana. Decididamente el tiempo se levantaba, la luz se extendía sobre la meseta nevada. Cuando toda la nieve se hubiese derretido, el sol volvería a reinar y a quemar una vez más los campos de piedra. Durante días, el cielo inalterable seguiría derramando su luz seca sobre la extensión solitaria, donde nada recordaba la existencia del hombre.

— En fin — dijo volviéndose hacia Balducci — ¿ qué es lo que ha hecho ? Y antes de que el gendarme hubiese abierto la boca, preguntó : — ¿ Habla francés ?

— No, ni palabra. Le buscábamos hacía un mes, pero le ocultaban. Mató a su primo.

— ¿ Está contra nosotros ?

— No lo creo. Pero nunca se está seguro.

— ¿ Por qué lo mató ?

— Asuntos de familia, supongo. El uno debía grano al otro, según parece. Eso no está claro. En resumen : mató a su primo con un podón. Sabes, como a un carnero... ¡ ras... !

Balducci hizo el gesto de pasar un cuchillo por la garganta ; y el árabe, a quien este gesto había llamado la atención, le miraba con cierta inquietud. De pronto invadió a Daru una súbita cólera contra aquel hombre, contra todos los hombres y su repugnante maldad, sus odios infatigables, su locura de sangre. Pero el puchero cantaba sobre la estufa. Volvió a servir té a Balducci, dudó, después sirvió de nuevo al árabe que, por segunda vez, bebió ávidamente. Sus brazos levantados hacían entreabrirse la chilaba y el maestro advirtió su pecho flaco y musculoso.

— Gracias, amiguito — dijo Balducci —. Y ahora me largo.

Se levantó y se dirigió al árabe, sacando una cuerdecita de su bolsillo.

— ¿ Qué haces ? — preguntó secamente Daru.

Balducci, extrañado, le enseñó la cuerda.

— No vale la pena.

El viejo gendarme dudó :

— Como quieras. Claro, ¿ tú estás armado ?

— Tengo la escopeta.

— ¿ Dónde ?

— En el baúl.

— Deberías tenerla al lado de la cama.

— ¿ Por qué ? No tengo nada que temer.

— ¡ Estás loco, hijo ! Si se rebelan, nadie estará exento de peligro..., todos estaremos en el mismo saco.

— Yo me defenderé. Tengo tiempo para verles venir.

Balducci se echó a reir ; después su bigote vino a cubrir de pronto sus dientes aún blancos.

— ¿ Tienes tiempo ? Bueno. Es lo que yo decía. Siempre has estado un poco chalado. Por esto te quiero ; mi hijo era así.

Al mismo tiempo sacaba su revólver y lo ponía encima del escritorio.

— Guárdalo, yo no necesito dos armas de aquí a El Ameur.

El revólver brillaba encima de la pintura negra de la mesa. Cuando el gendarme se volvió hacia él, el maestro sintió su olor de cuero y de caballo.

— Oye, Balducci — dijo Daru súbitamente —, todo esto me da asco, y este hombre, en primer lugar. Pero no lo entregaré. Me batiré, si es necesario. Pero eso no.

El viejo gendarme estaba de pie ante él y le miraba con severidad.

— Haces tonterías — dijo lentamente —. A mí tampoco me gusta esto. A pesar de los años, uno no se acostumbra a poner una cuerda a un hombre, y hasta da vergüenza. Pero no se puede dejar que hagan lo que quieran.

— Yo no le entregaré — repitió Daru.

— Es una orden, hijo. Te lo repito.

— Eso es. Repíteles lo que te he dicho : yo no le entregaré.

Era evidente que Balducci hacía un esfuerzo de reflexión. Miraba al árabe y a Daru. Al fin se decidió.

— No. No les diré nada. Si quieres dejarnos, allá tú ; yo no te denunciaré. Tengo orden de entregar al prisionero, y lo hago. Ahora vas a firmarme el papel.

— Es inútil. Yo no negaré que me lo has dejado.

— No seas malo conmigo. Sé que dices la verdad. Tú eres de aquí, eres un hombre. Pero debes firmar, es la regla.

Daru abrió su cajón, sacó una botellita cuadrada de tinta violeta, el portaplumas de madera roja, con la plumilla de sargento de plana mayor que le servía para trazar los modelos de caligrafía, y firmó. El gendarme dobló cuidadosamente el papel y lo metió en su cartera. Después se dirigió hacia la puerta.

— Voy a acompañarte — dijo Daru.

— No — contestó Balducci —. No vale la pena hacer cumplidos. Me has hecho una afrenta.

Miró al árabe, inmóvil en el mismo sitio, aspiró el aire con una expresión de pena, se volvió hacia la puerta y dijo : « Adiós, hijo. » La puerta golpeó tras él. Balducci surgió ante la ventana, y después desapareció. La nieve apagaba el ruido de sus pasos. El caballo se agitó detrás del tabique, las gallinas se asustaron. Un momento después, Balducci volvió a pasar ante la ventana, tirando del caballo por la brida. Avanzaba hacia el atajo, sin volverse ; primero desapareció él y luego, le siguió el caballo. Se oyó una gran piedra rodar blandamente. Daru volvió hacia el prisionero, que no se había movido, pero que no le quitaba los ojos de encima. « Espera », dijo el maestro en árabe, y se dirigió a su cuarto. En el momento de pasar el umbral, cambió de parecer, fué al escritorio, tomó el revólver y lo introdujo en su bolsillo. Después, sin volver la cabeza, entró en su habitación.

Permaneció mucho tiempo tendido sobre su diván, mirando como el cielo se cerraba poco a poco, escuchando el silencio. Este silencio era el que le había parecido penoso en los primeros días que siguieron a su llegada, después de la guerra. Había pedido un empleo en la pequeña ciudad al pie de los contrafuertes que separan del desierto las altas mesetas. Allí, las murallas rocosas, verdes y negras al Norte, rosadas o malvas al Sur, marcaban la frontera del verano eterno. Le habían nombrado para un puesto más al Norte, en la misma meseta. Al principio, la soledad y el silencio le habían parecido duros en estas tierras ingratas, solamente habitadas por las piedras. A veces los surcos hacían pensar en cultivos, pero habían sido abiertos para descubrir cierta piedra útil para la construcción. Aquí sólo se labraba para recoger pedruscos. En otro tiempo, se arañaban unas débiles capas de tierra, acumulada en las concavidades, y con ella se abonaban los pobres huertos de las aldeas. Era así ; los guijaros cubrían por sí solos las tres cuartas partes del país. Allí nacían las ciudades, brillaban y después, desparecían : los hombres pasaban, se amaban o se mordían la garganta, después morían. En este desierto, nadie, ni él ni su huésped eran nada. Y no obstante, fuera de este desierto, ni uno ni otro, Daru lo sabía, hubieran podido vivir verdaderamente.

Cuando se levantó, no llegaba ningún ruido de la sala de clase. Se asombró de sentir esa alegría franca que nacía en él sólo ante la idea de que el árabe hubiera podido huir y que él iba a encontrarse solo, sin tener que decidir nada. Pero el prisionero estaba allí. No había hecho sino ten-

derse cuan largo era, entre la estufa y el escritorio. Miraba el techo con los ojos muy abiertos. En esta posición, se veían sobre todo sus labios gruesos que le daban un aspecto malhumorado. « Ven », dijo Daru. El árabe se levantó y le siguió. En la habitación, el maestro le indicó una silla cerca de la mesa, bajo la ventana. El árabe tomó asiento sin dejar de mirar a Daru.

— ¿ Tienes hambre ?

— Sí — dijo el prisionero.

Daru colocó dos cubiertos. Tomó harina y aceite, amasó una torta en un plato hondo y encendió el pequeño hornillo de « butagás ». Mientras la torta se cocía, salió para traer del cobertizo queso, huevos, dátiles y leche condensada. Cuando la torta estuvo cocida, la puso a enfriar en el borde de la ventana, hizo calentar la leche condensada, después de haberla aclarado con agua y, para terminar, batió los huevas para hacer una tortilla. En uno de estos movimientos, tropezó con el revólver metido en su bolsillo derecho. Dejó el tazón, pasó a la sala de clase y puso el revólver en el cajón de su mesa. Cuando volvió a la habitación caía la noche. Dió la luz y sirvió al árabe : « Come », le dijo. El otro tomó un pedazo de torta, se lo llevó rápidamente a la boca y se detuvo.

— ¿ Y tú ? — preguntó.

— Después de tí, yo también comeré.

Los gruesos labios se entreabrieron un poco, el árabe titubeó y después mordió resueltamente la torta.

Cuando acabó de comer, el árabe miraba al maestro.

— ¿ Eres tú el juez ?

— No, yo te guardo hasta mañana.

— ¿ Por qué comes conmigo ?

— Tengo hambre.

El otro se calló. Daru se levantó y salió. Trajo una cama plegable del cobertizo, la extendió entre la mesa y la estufa, perpendicularmente a su propia cama. De una gran maleta, que estaba de pie en un ángulo y servía de estantería para los expedientes, sacó dos mantas que dispuso sobre la cama plegable. Después, se detuvo, se dió cuenta de que estaba ocioso y se sentó en su cama. Ya no había nada que hacer ni preparar. Era forzoso mirar a aquel hombre. Le miró, pues, tratando de imaginar este rostro excitado por el furor. No lo lograba. Sólo veía la mirada a la vez sombría y brillante, y la boca animal.

— ¿ Por qué le mataste ? — dijo con una voz cuya hostilidad le sorprendió.

El árabe desvió la mirada.

— El se escapó. Yo corrí tras él.

Levantó los ojos hacia Daru y estaban llenos de una especie de interrogación apenada.

— Ahora, ¿ qué van a hacerme ?

— ¿ Tienes miedo ?

El otro se irguió, al mismo tiempo que apartaba los ojos.

— ¿ Lo lamentas ?

El árabe le miró con la boca abierta. Era evidente que no comprendía. La irritación se había apoderado de Daru. Al mismo tiempo, arrinconado entre las dos camas, se sentía torpe y cohibido dentro de su corpachón.

— ¡ Acuéstate aquí ! — dijo con impaciencia. Es tu cama.

El árabe no se movía. Llamó a Daru.

— ¡ Oye !

El maestro le miró.

— ¿ El gendarme vuelve mañana ?

— No lo sé.

— ¡ Tú vienes con nosotros ?

— No sé. ¿ Por qué ?

— ¿ Por qué ? — repitió Daru, de pie ante la cama.

El árabe abrió los ojos bajo la luz cegadora y le miró, esforzándose por no mover los párpados.

— ¡ Ven con nosotros ! — dijo.

Era media noche, y Daru no dormía aún. Se había metido en la cama, después de haberse desnudado por completo : habitualmente dormía desnudo. Pero cuando se encontró sin ropas en la habitación, titubeó. Se sentía vulnerable, y tuvo la tentación de volver a vestirse. Después se encogió de hombros ; había visto cosas peores, y si fuera menester partiría en dos a su adversario. Desde su cama, podía observarle, tendido sobre la espalda ; seguía inmóvil y con los ojos cerrados bajo la luz violenta. Cuando Daru apagó, las tinieblas parecieron congelarse de pronto.

Durante la noche, el viento aumentó. Las gallinas se agitaron un poco, después se callaron. El árabe se volvió de lado, presentando la espalda a Daru y éste creyó oirle gemir. Acechó después su respiración, que se hizo más fuerte y regular. Escuchaba este respirar tan cercano y soñaba

despierto, sin lograr dormirse. En la habitación, en la que desde hacía un año dormía solo, esta presencia le estorbaba. Pero le estorbada también porque le imponía una especie de fraternidad que él conocía bien y que rehusaba en las circunstancias actuales : los hombres que comparten las mismas habitaciones, soldados o prisioneros, contraen un vínculo extraño, como si al quitarse los vestidos se quitaran también su armadura, y se reunieran cada noche, por encima de sus diferencias, en la vieja comunidad del sueño y de la fatiga. Pero Daru se agitaba, no le gustaban estas tonterías ; había que dormir.

Sin embargo, cuando un poco más tarde el árabe se movió imperceptiblemente, el maestro no dormía aún. Al segundo movimiento del prisionero, se irguió, en estado de alerta. El árabe se levantó lentamente sobre los brazos, con un movimiento casi de sonámbulo. Sentado sobre la cama, esperó inmóvil, sin volver la cabeza hacia Daru, como si escuchara con toda atención. Daru no se movió : acababa de pensar que el revólver se había quedado en el cajón de su mesa. Valía más actuar en seguida. No obstante, siguió observando al prisionero que, con el mismo movimiento silencioso, ponía los pies en el suelo ; esperó todavía ; después empezó a levantarse lentamente. Daru iba a interpelarle, cuando el árabe se puso en marcha, esta vez con paso natural, pero extraordinariamente silencioso. Iba hacia la puerta del fondo, que daba al cobertizo. Movió el pestillo con precaución y salió empujando la puerta tras él, sin volver a cerrarla. Daru no se había movido : — Se escapa — pensó tan sólo —. ¡ Buen viaje ! Sin embargo, aguzó el oido. Las gallinas no se movían : así pues, el otro estaba en el terraplén. Entonces llegó hasta él un débil ruido de agua, que no comprendió hasta el momento en que el árabe se introdujo de nuevo por la puerta, la cerró con cuidado y volvió a acostarse sin ruido. Entonces Daru le volvió la espalda y se durmió. Más tarde aún le pareció oir, desde el fondo de su sueño, pasos furtivos alrededor de la escuela. — ¡ Sueño, sueño ! — se repetía. Y volvía a dormirse.

Cuando se despertó, el cielo estaba despejado ; por la ventana mal ajustada entraba un aire frío y puro. El árabe dormía, encogido ahora bajo las mantas, con la boca abierta, totalmente entregado al sueño. Pero cuando Daru le sacudió, tuvo un sobresalto terrible, y le miró sin conocerle, con ojos de loco y expresión tan asustada que el maestro dió un paso atrás. — ¡ No tengas miedo ! Soy yo. Hay que comer. El árabe sacudió la cabeza y dijo : — Si. La calma había vuelto a su rostro, pero su expresión continuaba siendo ausente y distraída.

El café estaba preparado, Lo bebieron, sentados ambos encima de la cama plegable, mordiendo sus pedazos de torta. Después llevó al árabe bajo el cobertizo y le enseñó el grifo bajo el cual él se lavaba. Volvió a la habitación, dobló las mantas y la cama de campaña, hizo la suya y puso orden en el cuarto. Entonces salió al terraplén pasando por la escuela. El sol subía ya por el cielo azul : una luz tierna y viva inundaba la meseta desierta. La nieve que cubría el atajo se derretía ya en ciertos sitios. Las piedras iban a aparecer de nuevo. Acurrucado al borde del terraplén, el maestro contemplaba la llanura desierta. Pensaba en Balducci. Le había apenado, le había despedido, de cierta manera, como si no quisiera estar en el mismo campo que él. Aún oía el adiós del gendarme y, sin saber por qué, se sentía extrañamente vacío y vulnerable. En este momento, al otro lado de la escuela, el prisionero tosió. Daru le escuchó, casi a pesar suyo : después, furioso, lanzó un guijarro que silbó en el aire antes de hundirse en la nieve. El crimen imbécil de aquel hombre le indignaba, pero entregarle era contrario al honor : sólo pensar en ello le enloquecía de humillación. Y maldecía a la vez a los suyos que le enviaban a este árabe, que se había atrevido a matar y no había sabido escaparse.

El árabe, inclinado sobre el suelo de cemento del cobertizo, se lavaba los dientes con dos dedos. Daru le miró, después le dijo : — ¡ Ven ! Entró en su habitación delante del prisionero. Se puso una cazadora sobre su jersey y se calzó unas botas de campo. Esperó en pie a que el árabe se hubiese puesto su fez y sus sandalias. Pasaron por la escuela y el maestro invitó a salir a su compañero. — ¡ Anda ! — le dijo. El otro no se movió. — Ya vuelvo — , dijo Daru. El árabe salió. Daru entró en su habitación e hizo un paquete con tostadas, dátiles y azúcar. En la sala de la

escuela, antes de salir, titubeó un momento delante de su mesa, después franqueó el umbral de la escuela y cerró la puerta. — Por aquí —, dijo. Tomó la dirección del Este, seguido del prisionero. Pero, a poca distancia de la escuela, le pareció oir un ligero ruido tras de él. Volvió sobre sus pasos, inspeccionó los alrededores de la casa : no había nadie. El árabe le miraba, y no parecía comprender. — ¡ Vamos ! — dijo Daru.

Anduvieron durante una hora y descansaron junto a una especie de roca calcárea. La nieve se derretía cada vez más de prisa, el sol evaporaba en seguida los charcos, limpiaba rápidamente la meseta que, poco a poco, se secaba y vibraba como el aire mismo. Cuando reanudaron la marcha, el suelo resonaba bajo sus pasos. Alguna que otra vez un pájaro hendía el espacio delante de ellos con alegre piar. Daru absorbía, con profundas aspiraciones, la luz fresca. Una especie de exaltación surgía en él ante el gran espacio que le era familiar, ahora casi enteramente amarillo, bajo su casquete de cielo azul. Anduvieron todavía durante una hora, descendiendo hacia el Sur. Llegaron a una especie de prominencia achatada, formada de rocas deleznables. A partir de aquí, la meseta descendía por el Este, hacia una llanura baja donde podían distinguirse algunos árboles raquíticos y, por el Sur, hacia unos amontonamientos rocosos que daban al paisaje un aspecto atormentado.

Daru inspeccionó las dos direcciones. En el horizonte sólo había el cielo, ne se divisaba un solo hombre. Se volvió hacia el árabe, que le miraba sin comprender. Daru le tendió un paquete : — Toma — le dijo. Son dátiles, pan y azúcar. Tienes para sostenerte dos días. He aquí también mil francos. El árabe tomó el paquete y el dinero, pero mantenía sus manos llenas a la altura del pecho, como si no supiera qué hacer con lo que se le daba. — Ahora, mira — dijo el maestro, y le mostraba la dirección del Este —, ésta es la carretera de Tinguit. Tienes dos horas de marcha. En Tinguit están la administración y la policía. Te esperan. El árabe miró hacia el Este, sujetando aún contra su pecho el paquete y el dinero. Daru le cogió por el brazo y bruscamente le hizo volverse hacia el Sur. Al pie de la altura donde se encontraban se adivinaba un camino apenas trazado. — Esta es la pista que atraviesa la meseta. A un día de marcha de aquí, encontrarás los pastos y los primeros nómadas. Ellos te acogerán y te protegerán, según su ley. El árabe se había vuelto ahora hacia Daru y en su rostro empezaba a aparecer una especie de pánico : — Escucha — dijo. Daru sacudió la cabeza : — ¡ No, cállate ! Ahora, te dejo. Le volvió la espalda, dió dos pasos largos en dirección de la escuela, lanzó una mirada indecisa al árabe inmóvil y siguió andando. Durante unos minutos no oyó más que su propio paso, sonoro, sobre la tierra fría, y no volvió la cabeza. Al cabo de algún tiempo, no obstante, se volvió. El árabe continuaba allí, al borde de la colina, con los brazos caídos ahora y miraba al maestro. Daru sintió que la garganta se le anundaba. Pero lanzó un juramento de impaciencia, hizo un ademán amplio y reanudó su marcha. Ya estaba lejos, cuando se detuvo de nuevo y miró. Ya no había nadie en la colina.

Daru dudó. El sol estaba ahora bastante alto y empezaba a devorarle la frente. El maestro volvió sobre sus pasos, al principio algo inseguro, después con decisión. Cuando llegó a la pequeña colina estaba bañado en sudor. Trepó por ella a toda marcha y se detuvo, sin aliento, en la cumbre. Los campos de rocas, al Sur, se dibujaban claramente sobre el cielo azul, pero de la llanura, al Este, subia ya una bruma de calor. Y en esta ligera bruma, Daru, con el corazón encogido, descubrió al árabe que avanzaba lentamente por el camino de la prisión.

Algo más tarde, de pie ante la ventana de la sala de clase, el maestro miraba, sin verla, la luz nueva que caía de las alturas del cielo sobre toda la superficie de la meseta. Detrás de él, sobre la pizarra, entre los meandros de los ríos franceses, se extendía, trazada con yeso, por una mano poco hábil, la inscripción que acababa de leer : « Has entregado a nuestro hermano. Lo pagarás. » Daru miró al cielo, la meseta y, más allá, las tierras invisibles que se extendían hasta el mar. En este vasto país, que tanto había amado, estaba solo.

ALBERT CAMUS

SALVADOR DE MADARIAGA

COSAS Y GENTES

QUIEN *no recuerda aquellos versos de Bécquer :*

Qué es poesía ?, dices mientras clavas
En mi pupila tu pupila azul.
¿ Qué es poesía ? ¡ Y tú me lo preguntas !
Poesía eres tŭ.

Así, a primera vista, no parece más que una galantería de lujo. La de los ojos azules puede haberse quedado satisfecha. Pasa a la inmortalidad, y tan sólo le cuesta una mirada dulce y una pregunta ingenua. Pero si se para uno a considerarla un poco más, esta galantería de lujo no deja de tener su intríngulis.

Como definición de la poesía es desde luego algo atrevida, así, tomada al pie de la letra. Mucho se le puede perdonar a un poeta enamorado, pero en fin... ¿ Si en vez de poeta hubiera sido banquero, y la niña le pregunta : ¿ qué es un Banco ? ¿ habría contestado: el Banco eres tú ?Bien es verdad que un banquero no pierde los estribos tan fácilmente como un poeta, aun bajo una mirada azul. Así pues, Bécquer fué un poco lejos, y es de esperar que recibiría digna recompensa. Pero si tomamos su respuesta como símbolo, ya no está tan mal. Aquella niña de ojos azules, entonces lozana, poco antes inexistente, hoy muerta ; aquella niña además hermosa ; y aquella niña que no sabe — que cree no saber — lo que es poesía : he aquí ya no pocos elementos de lo poético.

El cuarto verso del madrigal de Bécquer es quizá el más significativo. Porque la niña preguntó qué era poesía, es decir qué cosa era poesía ; y Bécquer contestó « tú ». Ahora bien, « tú » no es una cosa, sino una persona, y concreta y viva, y cerca del poeta, ante él. De este modo acusa ya Bécquer el rasgo quizá esencial de la poesía : es un instante vivo del tiempo-espacio. A la pregunta ¿ qué es poesía ?, pregunta que requería una respuesta abstracta, el poeta contesta con lo más inmediato y concreto y vivo que hay : tú.

Así que el diálogo podría también interpretarse de este otro modo : Pregunta : ¿ Qué es poesía ? — Respuesta : No hay poesía. No hay más que poemas. No hay más que momentos de vida intensa vividos por seres sensibles — sensibles a qué, ya lo veremos — y que cuajan en cristales verbales de nitidez singular. Esto es lo que se da. Y la palabra poesía *es la etiqueta abstracta que les ponemos a todos ellos, o mejor aún a su conjunto.*

Claro que el decir « no hay poesía, no hay más que poemas » arrastra otro paralelo : « No hay poesía, no hay más que poetas » ; puesto que, lo acabamos de ver y hacer constar, los poemas son momentos de vida intensa vividos por seres sensibles. ¿ A qué ?

Aquí empieza Cristo a padecer. Cada cual habla de la feria según le va en ella, y cada crítico y cada poeta define según su ser aquello para lo cual es sensible el poeta. San Juan de la Cruz, Shakespeare, Milton, Valéry, Alberti, el pueblo español, son todos poetas, pero los dominios que abarca su poesía difieren tanto como ellos mismos. Es como si cada poeta fuera un espejo, pero un espejo selector, que sólo reflejara ciertas formas y ciertas formas y ciertos colores ; o si el poeta fuera como una caja de resonancia que seleccionara entre los temas naturales aquellos que armonizasen con su música interior. Así lo expresó Victor Hugo :

Mon âme aux mille voix que le Dieu que [j'adore
Mit au centre de tout comme un écho so- [nore.

Una es la vida, pero tan rica en substancias y niveles que cada cual puede hallar en ella lo que en sí trae. La poesía brotará, pues, cuando se venga a producir un como acorde musical entre el poeta y el mundo en que baña su ser sensible. Así se resuelve la extrema variedad de poesía, de poemas y de poetisas.

Pero ¿ lo común a todos ? Pues lo esencial. Aquí no vamos a andar con promedios y estadísticas. Lo común es la esencia. Y aquí si que, de haber divergencias, hay que condenar las erróneus. Hay quien sostiene que lo esencial es causar placer. Wordsworth cae a veces (no siempre, porque no es consistente) en este error. Se puede causar placer con temas verbales, hasta versificados, sin que haya poesía. Ejemplo : no pocas doloras *de Campoamor.*

Sin el amor que encanta
La soledad del ermitaño espanta,
Pero es más espantosa todavía
La soledad de dos en compañía.

He aquí un teorema de psicología tan admirablemente formulado que nos causa placer, un placer literario, de buena ley, por su misma perfección. Pero ¿ poesía ? No.

A este género literario, rico en obras felices y logradas, pertenecen un sinnúmero de mal llamadas poesías. Son epigramas, son madrigales, son sátiras, no son poesía. No dan esa honda sonoridad del acorde espiritual entre un alma particular y la vida universal sin el cual no hay poesía.

Otros han querido alegar que lo esencial es cierta dignidad del asunto y que la poesía no puede descender a cosas triviales. Posición que también, por cierto, toma Wordsworth. Defendiéndose contra los que le acusaban de demasiada sencillez, cita una cuarteta del Dr. Johnson :

I put my hat upon my head
And walked into the Strand,
And there I met another man
Whose hat was in his hand.*

« ¿Dónde está la diferencia ? » — pregunta Wordsworth. Y contesta él mismo : — « No en el metro, ni en el lenguaje, ni en el orden de las palabras : sino en que el asunto expresado en la estrofa del Dr. Johnson es despreciable. »

Pero o Wordsworth se expresa mal o yerra. Porque un asunto en sí no es poético ni antipoético. Ante el poeta vive toda la vida, cualquiera de cuyos momentos puede servirle a él de motivo para un poema. Daré una prueba doble. He aquí una copla española que es poesía y de la buena, sobre un asunto que apenas si difiere del de la cuerteta chabacana tan justamente despreciada por Wordsworth :

Por la calle abajito
Va quien yo quiero.
No le veo la cara
Por el sombrero.

He aquí ahora una cuarteta deleznable y chabacana, y sin embargo dedicada a uno de los temas más sublimes que cabe imaginar :

Vino Jesús al mundo
En un pesebre.
Donde menos se piensa
Salta la libre.

Preguntémonos ahora, como Wordsworth, de dónde viene la diferencia, es decir por qué el asunto trivial del sombrero da poesía, y el sublime del nacimiento de Jésús da ridículo. Todo está en el estado de ánimo del poeta. *La poesía nace, pues, cuando un momento de la vida repercute en un momento del poeta y da un acorde de música espiritual. Y claro está que para que tal ocurra, el poeta deberá hallarse, o entrar, en un estado de ánimo o humor propicio para el poema. El Dr. Johnson no lo estaba. El desdichado autor de la Biblia en verso no lo estaba. El poeta anónimo de la copla española, sí.*

Habrá, pues, sobre toda poesía un primer juicio de calidad, que nos hará decir que tal obra es más poética que tal otra. Quizá se resuelva este criterio de calidad en dos criterios componentes : uno de nivel, de intensidad el otro. Complejo el ser humano, el poeta podrá vivir más espontáneamente a tal o cual nivel de su ser. San Juan de la Cruz vive más alto que Góngora ; Góngora más alto que el Arcipreste de Hita. Pero no sería fácil extender estos juicios sencillos a otros poetas, porque casi todos crean a diferentes niveles y aun en niveles distintos a la vez. Espiritual, inte-

* Me puse el sombrero en la cabeza — y me fuí de paseo al Strand — y allí me encontré con otro — que llevaba el sombrero en la mano.

lectual, emotivo, pasional, infantil, animal, de todo hay en la poesía de casi todos los poetas. Aun así, esta escala permite cierto juicio de calidad.

Pero sin olvidar que el criterio de nivel que lo inspira se combina y complica con un criterio de intensidad. ¡Cuánta poesía mística se ha escrito, pero cuando se lee a San Juan de la Cruz, qué pálida es casi toda ! La diferencia estriba en la intensidad de la unión entre el momento de la vida y el del poeta. No estamos ahora comparando más que mística con mística. El nivel es el mismo. Pero falta en los más de los casos la intensidad de la unión. (Y escosa muy notable y muy de meditar que haya habido místicos de gran empuje espiritual que, sin embargo, no lograron expresar poéticamente una unión que, en lo puramente religioso, era sin duda intensa.)

Otro tanto ocurre a cualquier otro nivel. ¿Os acordáis del « Pirata » de Espronceda ?

Con diez cañones por banda,
Viento en popa a toda vela,
No corta el mar sino vuela
Un velero bergantín...

Bien. Tiene el aire del mar, y el movimiento, y la luz. Es un cuadro que no se olvida. Pero leed ahora « La Corrida de Toros » de Alberti :

De sombra, sol y muerte, volandera
grana zumbando, el ruedo gira herido
por un clarín de sangre azul torera.

Abanicos de aplausos, en bandadas
descienden, giradores, del tendido,
la ronda a coronar de los espadas.

Se hace añicos el aire, y violento,
un mar por media luna gris mandado
prende fuego a un farol que apaga el viento...

Aquí se da una unión tan perfecta del momento de la vida universal con el momento del alma personal, del momento fuera con el momento dentro, que no sabe uno si está contemplando la corrida o el poeta. Esta es poesía de gran calidad por gran intensidad. Poema, es decir, acorde perfecto de los dos momentos.

No en vano viene constantemente a la imaginación esta palabra : acorde. *Que al fin y al cabo, la quintaesencia de la poesía, como la de todas las artes, es musical. Léase un poema, mírese un cuadro, una escultura, un edificio, y si son de verdad obras de arte, el poso último que dejan en en alma será musical. Ya lo dijo Verlaine :*

De la musique avant toute chose...

Comencemos, los del partido musicalista en poesía, por reconocer que a veces se ha abusado de la mera música verbal. Nuestros poetas hispánicos de ambos lados del mar, versificadores fáciles casi siempre, han cedido a veces a la tentación de dar por poema cualquier melopea verbal por vacía que fuese de contenido poético, de vida vivida. Decía Nietzsche que hay poetas que llevan en el coche de la poesía ideas que no tienen fuerza para viajar a pie. Algo de eso ocurre con la mera musicalidad de no pocos poetas. Pero insistiendo en mera.

Porque es difícil, si no imposible lograr la gran poesía sin la melodía y la armonía del lenguaje. Y aun a veces cabe pensar que el mero hecho de estar expresado melodiosamente confiere a un pensamiento cierta dignidad poética... Por ejemplo, este epitafio de Mathurin Régnier :

J'ai vécu sans nul pensement,
Me laissant aller doucement
A la bonne loi naturelle.
Si, je m'étonne fort pourquoi
La mort daigna penser à moi
Qui ne pensai jamais à elle.

Al instante se echa de ver que esta melodía no procede del mero juego de los sonidos que da la lengua francesa manejados con mayor o menor habilidad ; sino de algo más sutil e íntimo, algo como el humor o estado de ánimo que en un compositor habría inspirado una melodía. Este es sin duda el secreto de la musicalidad poética de buena ley. No se hallará en la mera técnica del versificador, como lo prueba el hecho de que los mejores versificadores no son los mejores poetas. Zorrilla, versificador asombroso, no es tan poeta como Unamuno, mediano versificador. Pero es que la música poética mana a un nivel más hondo que el mero sonido.

SALVADOR DE MADARIAGA

Las tres filosofías

POR JOSE FERRATER MORA

IMAGINÉMONOS viviendo y profesando en Europa en los albores del siglo XIII ; supongámonos deambulando, a la usanza de los maestros de la época, de un convento al otro, de una universidad a la otra. Nos hemos topado con muchos maestros, hemos asistido a muchos debates, hemos aguzado nuestras armas dialécticas en numerosas ocasiones. Nos hemos dado cuenta de que las opiniones abundan, los argumentos proliferan, los problemas aumentan a un ritmo más rápido que las soluciones. Con todo, aspiramos a desbrozar la selva intelectual de la época y concluímos que lo más adecuado a tal efecto es bosquejar un panorama de la filosofía coetánea. ¿Qué camino seguiremos ? Al principio nos limitamos a compilar un mero catálogo de opiniones : la doctrina de la unidad de las formas ; la tesis de la pluralidad de formas ; el platonismo de Chartres, el misticismo intelectual de los victorinos, etc. Pronto advertimos que, a menos de adoptar un esquema previo, corremos el riesgo de que nuestro panorama se convierta en un caos. Probamos entonces varias pautas : órdenes religiosas, grupos universitarios ; por fin, llegamos a la conclusión de que acaso algún problema fundamental nos sea más útil para nuestro propósito. Tras unos instantes de vacilación, elegimos como pauta la doctrina de los universales ; es improbable, pensamos, que no produzca los resultados deseados. Pero cuando, llevada a cabo nuestra tarea, presentamos, con un suspiro de alivio, el resultado de nuestras fatigas, comenzamos a sospechar que éstas fueron, a pesar de todo, penas de amor perdidas. Tan pronto como volvemos a echar una mirada furtiva al horizonte intelectual de la época descubrimos que un cierto número de importantes tendencias filosóficas quedaron fuera de nuestro marco. Nuestro panorama de la filosofía coetánea era, por lo visto, tan provincial como bien ordenado. Pues, de hecho, nos habíamos ocupado de filosofías que divergían entre sí considerablemente, pero que poseían la característica común de ser « cristianas ». Ahora bien, tras ellas emergen ciertas opiniones filosóficas que no pueden ser calificadas de aquel modo. ¿Era legítimo ignorar a Isaac Stella o a Maimónides simplemente porque nos habíamos afanado en describir las opiniones de San Bernardo, de Hugo de San Víctor o de Pedro Lombardo? ¿Era justo prescindir de Abentofail o de Averroes sólo porque habíamos interpretado tan cuidadosamente a Abelardo, a Juan de Salisbury o a David de Dinant ? Los propios historiadores actuales de la filosofía medieval se hallan un tanto desazonados por la incómoda coexistencia de las filosofías cristianas y no cristianas durante aquel período ; en vista de ello, deciden por lo común agrupar las últimas en uno o dos capítulos cuya misión casi única consiste en recordar al lector que había en aquellos tiempos algunas filosofías que no encajaban dentro de los marcos cristianos. Y, sin embargo, no sería difícil mostrar que esa mayor complejidad

de la filosofía medieval puede resultar a la postre más provechosa que perniciosa con el fin de llevar a cabo el citado programa de introducir algún orden en el aparente caos. Ya no será necesario desde ahora preocuparnos por las sutiles diferencias existentes entre el realismo que hizo famoso a San Anselmo y la doctrina agustiniana de la iluminación divina, entre los residuos del nominalismo del siglo XI y los esfuerzos realizados por Abelardo para desarrollar un conceptualismo moderado. Todas estas diferencias se desvanecen ante la más importante distinción que debe ser establecida entre tres grandes grupos de filosofías que por sí solas bosquejan el panorama de la filosofía de aquella época. Muchas opiniones filosóficas había en los albores del siglo XIII, pero sólo tres filosofías subsistían : la cristiana, la árabe y la judía.

No pretendo, por cierto, que las diferencias entre estas filosofías fueran tan acentuadas, que resultara imposible juntarlas a no ser de modo apresurado o descuidado. Cada una de ellas forjaba métodos, desarrollaba ideas y elaboraba conceptos en numerosos respectos similares a las otras ; aunque concentradas en áreas geográficas bien definidas, parecían, además, irse acercando entre sí más cada día, y hasta en algunas zonas, como España o la Italia meridional, marchar codo a codo. Pero en general aparecían —o, lo que aquí viene a ser lo mismo, creían aparecer— como independientes e irreconciliables : pensar como cristiano, como mahometano o como hebreo eran tres muy distintos modos de pensar y, en rigor, tres muy diferentes maneras de entender a Dios, al mundo, al individuo humano. Los cristianos estaban acosados por el problema de la personalidad — la de Dios y la del hombre — ; los mahometanos, por la cuestión del hado ; los judíos, por los embrollos del Pacto. No es sorprendente que cada uno de ellos usara las mismas palabras con el fin de hablar distintos, y aun opuestos, lenguajes. Solamente en el curso de las cinco o seis décadas que siguieron al año de gracia de 1200 cambiaron las condiciones hasta el punto de resultar posible edificar un sistema que tuviese en cuenta algunos de los rasgos de las tres filosofías considerados hasta entonces como inasimilables. Precedido por cierto número de esfuerzos parciales e insuficientes, la edificación de tal sistema fué la gran hazaña de Santo Tomás de Aquino. Santo Tomás no temió enfrentarse con los problemas suscitados por Averroes o los averroístas, hasta el punto de que pudo a veces ser « denunciado » como averroísta, justamente porque creyó que había realmente « superado » al averroísmo. Hizo cuanto estuvo en su mano para olvidarse de cuestiones « locales » y para afrontar problemas realmente universales. Siguió siendo, por supuesto, un cristiano, pero se aprovechó al máximo de las especulaciones árabes y judías. No forjó, ni pretendió forjar, una síntesis completa de las tres tradiciones, pero después de él ya no fué posible ignorar que, no obstante sus diferencias mutuas, dichas tradiciones planteaban, desde el punto de vista filosófico, muy similares problemas.

Mi interés por la filosofía del siglo XIII, o más bien por los problemas que tenía que afrontar un hipotético historiador de la « filosofía contemporánea » en tal siglo, no es inmoderado ; en rigor, me atrae bastante más la filosofía del siglo XX y lo que podría decir acerca de ella un filósofo de nuestros días. Ahora bien, la situación filosófica en torno al año 1200 es en ciertos respectos tan semejante a la nuestra, que una rápida incursión en la primera puede proyectar viva luz sobre la segunda. Pues si pedimos a un filósofo actual que nos ofrezca un panorama de la filosofía contemporánea, lo más probable es que por lo pronto obtengamos una respuesta no sólo confusa, mas también parcial. La confusión será debida al hecho de que las opiniones sustentadas hoy en materia de filosofía aparecen a muchos como divididas en grupos entre sí irreconciliables. La parcialidad surgirá como consecuencia de la frecuente e inconsciente retracción del panorama a un área tan amplia como bien demarcada de nuestro planeta.

Si pedimos a un filósofo de París, Roma o Bonn que nos presente un cuadro de la filosofía contemporánea, las tendencias que con toda seguridad emergerán a un primer plano serán la fenomenología, el personalismo, el existencialismo, acaso el neohegelianismo : los nombres de Heidegger, Jaspers, Marcel, Croce, Sartre, Husserl se mencionarán con tal frecuencia que al poco rato tendremos

la impresión de que son los únicos que gozan de suficiente, o merecido, crédito en nuestra materia. Tal filósofo no ignorará la existencia de una filosofía inglesa o norteamericana, pero tendrá la tendencia a colocarla en una zona vaga y distante, refiriéndose tal vez cortésmente a Russell, a Moore o a C. I. Lewis, pero sin pretender discutir a fondo sus doctrinas y posiblemente sin alcanzar a comprenderlas. No prescindirá del marxismo, pero lo más probable es que esté poco al corriente de los desarrollos concretos de la filosofía soviética. Si pedimos a un filósofo de Oxford o de Nueva York que nos presente su panorama del pensamiento filosófico actual, hay pocas dudas de que habrá en él abundante información sobre las más sutiles variedades del llamado « análisis filosófico » : las doctrinas al respecto de Russell, Gilbert Ryle, A. J. Ayer, Quine y otros ocuparán un lugar prominente, en tanto que la fenomenología y el existencialismo serán mencionados con desmayo, sino con displicencia. Si pedimos a un filósofo soviético que lleve a cabo una tarea similar, se abstendrá de mencionar las tendencias o los nombres antes señalados por los hipotéticos pensadores de París, Roma, Bonn, Oxford o Nueva York, excepto para calificarlos de idealistas, decadentes o pequeño-burgueses, y esto aun teniendo en cuenta la relativa indulgencia engendrada por la « desestalinización » en el reino de la cultura. Ello no presupone, ciertamente, una ignorancia completa por parte de cada uno de los aludidos grupos de la existencia de los otros. Estos son a veces citados — con cortesía o con desdén —, pero la comprensión de sus posiciones intelectuales se halla casi siempre tan cercana a la incomprensión, que podemos llegar a la conclusión de que prácticamente se ignoran mutuamente. Ello no significa, por lo demás, que en cada una de las áreas geográficas mencionadas, con la probable excepción de la Unión Soviética y de sus más o menos fieles satélites, falten representantes de todas las posibles — y a veces imposibles — tendencias. Aun cuando no siempre alardeen de tales, hay existencialistas en Cambridge y hasta en Filadelfia, filósofos analíticos en Marsella, Hamburgo o Milán, y, por supuesto, neoescolásticos, o mejor aún neotomistas, dondequiera. Lo que importa, empero, no es la mera existencia, sino el predominio. Podemos, pues, concluir que el planeta se halla actualmente escindido en tres colosales imperios filosóficos, y que aunque las relaciones entre ellos no estén totalmente ausentes, resultan casi siempre inoperantes.

Apenas necesito indicar cuáles son las áreas geográficas que abarca cada uno de estos imperios filosóficos. Se trata de las siguientes : la Europa occidental, excluyendo la Gran Bretaña y la mayoría de los países escandinavos ; el mundo anglosajón, incluyendo los Estados Unidos de Norteamérica : el universo soviético, con todas las excepciones que permite el actual indeciso estado de cosas. Cada uno de tales territorios posee un sólido núcleo y un número mayor o menor de « zonas de influencia ». El núcleo de la Europa occidental está representado por Francia y por la Alemania del Oeste. El mundo anglosajón tiene, de hecho, dos núcleos : Gran Bretaña y los Estados Unidos. El núcleo del mundo soviético es Rusia. Las principales « zonas de influencia » son : para la Europa occidental, la América hispana y lusitana ; para Gran Bretaña y los Estados Unidos, los países escandinavos, Nueva Zelandia, Australia y, en general, muchas de las zonas donde ingleses y norteamericanos han dejado huellas de su lenguaje o de su cultura ; para Rusia, las naciones que de un modo o de otro pueden considerarse como sovietizadas. Estas regiones a veces se trasladan ; sus fronteras son con frecuencia indecisas y fluctuantes. Pero en general han conservado por bastante tiempo una estabilidad notable. Ahora bien, con el fin de no sobrecargar el vocabulario aquí empleado, me referiré desde ahora simplemente a los « europeos », a los « angloamericanos » y a los « rusos ». Cada uno de estos grupos será considerado como el principal representante de un cierto número de tendencias filosóficas, y en particular como el paladín de un cierto número de intereses intelectuales. Resumiré oportunamente tales tendencias y las calificaré respectivamente de « humanistas », « científicas » y « sociales ». No pretendo que estos nombres sean apropiados, o siquiera medianamente adecuados ; no sólo son el resultado de una consciente

simplificación de la realidad, sino que al usarlos no parece tenerse en cuenta el hecho de que en el grupo « científico » hay no pocas tendencias que podrían merecer el calificativo de « humanistas », y que en el grupo « social » hay bastantes elementos que son, o pretenden ser, de carácter « científico ». Aun inadecuados, sin embargo, tales nombres pueden servir para designar lo que con más evidencia resalta en la producción intelectual de cada una de las citadas áreas geográficas.

Comencemos con el grupo de tendencias intelectualmente más flaco y menos matizado : el de los rusos. La piedra angular del pensamiento filosófico ruso es el marxismo, o, mejor dicho, una extrema simplificación del *corpus* de doctrinas filosóficas, históricas, políticas y económicas legadas por Marx y Engels y transformadas por Lenín. Aunque la fachada del marxismo soviético parezca harto pulida y, como algunos de sus admiradores se complacen en advertir, « monolítica », tan pronto como penetramos en el interior del edificio descubrimos una mezcla harto confusa de estilos, esto es, de supuestos filosóficos. He aquí algunos de ellos : el materialismo metafísico (todo se reduce a « materia »); el realismo epistemológico ingenuo (el conocimiento es casi una reproducción fotográfica de la realidad) ; el evolucionismo simplificado (de la nebulosa al hombre), la dialéctica hegeliana (en el seno de la cual los contrarios son llamados contradictorios), ciertas vagas y a la vez crudas formas de hilozoísmo (todo, incluyendo la materia, está « animado »). Dos pilares se destacan en este gravoso edificio : el materialismo décimonónico y la dialéctica hegeliana. Estos pilares no están, al parecer, firmemente anclados uno al otro ; destacar el primero conduce a una muy temida heterodoxia, el « mecanicismo » ; llamar la atención sobre el segundo desemboca en una posición acaso más heterodoxa todavía, el « idealismo ». La « línea general » de la filosofía soviética consiste en gran medida en el intento de mantener un equilibrio constante entre ambas « desviaciones », las cuales son consideradas a la vez como dos formas peligrosas de « occidentalización ». El vocabulario filosófico empleado por los rusos se basa casi enteramente en esta pretendida necesidad de resolver la gran cuestión que plantea la fidelidad a la « ortodoxia ». Vocablos impregnados de significación política o, mejor dicho, « político-religiosa », tales como « desviación », « condena », « retractación », y otros similares, reinan como indisputables maestros en los artículos, los libros, los informes, los congresos de los filósofos soviéticos. A veces el vocabulario usado parece tan agresivo que llega a producir náuseas : « espías contrarrevolucionarios », « víboras imperialistas », « fautores de guerra capitalistas », « payasos profesorales », « charlatanes », etc., constituyen algunas de las expresiones más frecuentemente empleadas con el fin de calificar — y con ello « denunciar » — a los filósofos no soviéticos. Ello se debe, ciertamente, al hecho de que ni la subjetividad ni la objetividad son consideradas por los pensadores soviéticos oficiales como características deseables de las ideas filosóficas. La subjetividad es, en su opinión, el rasgo típico de todo individualismo anarquizante, en tanto que la objetividad es el resultado de un universalismo y cosmopolitismo indeseables. Así, esa subjetividad que, desde Kierkegaard, caracteriza algunas de las tendencias humanistas, y esa objetividad que constituye una especie de constante de todas las corrientes científicas, deben ser sustituídas por el espíritu de partidismo ; la consigna más frecuente de este tipo de filosofía es expresada por medio de un término tan poco humanístico como poco científico : « *Partiinost* ».

En vista de lo dicho, grande es nuestra tentación de declarar que el pensamiento soviético marxista es cualquier cosa menos una filosofía. Es, en efecto, demasiado arbitrario, excesivamente confuso y remendado. Y, con todo, hay en él algo que la filosofía ha procurado con frecuencia fomentar : el sincero y denodado esfuerzo de unir la teoría con la práctica, de considerar que ningún sistema filosófico es completo a menos que pueda explicar los principos de la acción humana tanto como las estructuras de la realidad. Sin embargo, con el fin de alcanzar esta finalidad los rusos han adoptado un punto de vista tan valioso como parcial : el punto de vista de la sociedad. Los problemas filosóficos son discutidos en términos de las fuerzas sociales que se supone los sustentan

y explican. Más que materialista, la filosofía soviética es « sociologista » ; en todo caso, el llamado materialismo dialéctico es más un resultado que una base del materialismo histórico.

El pensamiento filosófico de los europeos parece muy vario. Por lo pronto, un número sorprendente de tendencias ocupa el escenario de la filosofía europea. Múltiples formas de fenomenología, infinitas variedades de existencialismo, sutiles matices de escolasticismo, residuos de idealismo, neokantismo y positivismo, filosofías de la vida, de la historia y de la acción, vitalismo, problematicismo, personalismo : he aquí algunas de las filosofías que batallan entre sí sin tregua, que se lanzan mutuamente ataques y contraataques, que preparan potentes ofensivas, hábiles retiradas estratégicas, peligrosas escaramuzas, traidoras emboscadas. Parece imposible poner orden razonable en tan abrumador desorden. Sin embargo, tan pronto como examinamos con atención lo que nos dicen los varios representantes de las citadas tendencias, nos damos cuenta de que, no obstante sus pretensiones en contrario, hay un cierto número de temas que vuelven una y otra vez, dominando el clamoroso tumulto de la filosofía europea. Estos temas son predominantemente metafísicos y, como algunos pretenden, ontológicos. El ser y la nada, la esencia y la existencia, la trascendencia, lo absoluto y lo relativo, la temporalidad y la intencionalidad, la infinitud y lo finito, la mediación y la intuición, la vida y la muerte, la racionalidad y la irracionalidad, el acto y el cumplimiento... ¿Es necesario mencionar otros temas para mostrar que la especulación metafísica ha invadido verdaderamente la escena europea ? Aun los que comienzan con el examen de problemas muy alejados de la esfera metafísica terminan al final por hablar el lenguaje metafísico, y no simplemente en el sentido de que toda teoría filosófica — y, en general, toda teoría — implica ciertos supuestos metafísicos. Así, si bien la fenomenología comenzó siendo una detallada investigación de índole epistemológica, los fenomenólogos parecen hoy incapaces de hacer nada sino ocuparse de problemas ontológicos fuertemente teñidos de conceptos metafísicos. El creciente entusiasmo por la investigación de « la realidad en cuanto tal », de « la estructura del ser », de « lo inteligible y lo trasinteligible », de « lo óntico » y de « lo ontológico », así como innumerables otros temas de igual sutil carácter hace casi inevitable asentir a la idea de que estamos asistiendo en Europa a una vigorosa « resurrección de la metafísica » tras un período de « árido » y « estéril » positivismo epistemológico. A la vez, estos temas y aspiraciones metafísicas giran en torno a la verdadera obsesión de los filósofos europeos, alrededor de los únicos problemas que permanecen tras la discusión incesante sobre el ser y la existencia, la nada, la ciencia, la moral y la política : el problema del hombre y de la condición humana.

Llega siempre, en efecto, un momento en que todos los problemas aludidos acaban por desembocar en una cuestión central y omnipresente : ¿qué es el hombre ?, y en cierto número de cuestiones íntimamente relacionadas con ella : ¿cuál es la estructura del hombre ?, ¿cuál es su condición, su situación, su destino ? En sus libros, artículos, reuniones, « diálogos », « conversaciones » y todos los demás medios usuales de comunicación filosófica, los filósofos europeos se sienten a sus anchas sólo cuando se llegan a formular conclusiones acerca de la existencia, la historia, la cultura y el destino del hombre. La frecuente reducción de las filosofías europeas a la tendencia existencialista es, sin duda, el resultado de una simplificación y vulgarización excesivas, pero es también una consecuencia muy comprensible de la innegable tendencia manifestada por los filósofos europeos a afrontar los problemas filosóficos en términos de existencia humana. La corriente existencialista y las afines a ella no constituyen todo el ejército filosófico europeo, pero son, por decirlo así, su punta de lanza y, por lo tanto, su porción más visible y agresiva. La inmensa variedad de opiniones sustentadas acerca de « la verdadera existencia » del hombre importa poco ante el hecho de que tal existencia es el santo y seña de los filósofos europeos. El hombre puede ser concebido por ellos de muchas maneras : como una criatura de Dios, como un hijo de la cultura, como un miembro de la sociedad, como un resultado de la historia, inclusive como un producto de la naturaleza.

Puede ser descrito asimismo como un gran triunfo o como un lamentable fracaso. En todos los casos, empero, el hombre se convierte en tema de investigación incesante, en blanco de una infatigable valoración, desvaloración, revaloración. No es sorprendente que entre las disciplinas filosóficas alcance con frecuencia el primado la llamada antropología filosófica, y que en torno a ella giren las demás disciplinas : la metafísica, la ontología, la filosofía de la ciencia y de la historia, la ética, la teoría de los valores, inclusive la teoría del conocimiento y la lógica. Algunos filósofos prefieren discutir el gran tema del hombre en un lenguaje sobrio y desapasionado ; otros admiten sólo lo que puede ser expresado en un lenguaje dramático y patético, pero en ninguna ocasión se desvanece enteramente dicho tema. Puede a veces parecer quedar sumergido, pero sólo para emerger al poco con sorprendente vigor y renovada porfía.

Esta pertinaz « humanización » de los problemas filosóficos se revela dondequiera, pero sobre todo en la elección del lenguaje. Los términos favoritos de los rusos son « clase social », « dialéctica », « instrumentos de producción », « paso de la cantidad a la cualidad ». Las expresiones más frecuentemente usadas por los europeos son : « humanismo », « creación », « experiencia », « angustia », « renovación », « situación », « conversión », « compromiso ». He aquí, ciertamente, un « lenguaje humano », esto es, un lenguaje que hinca sus raíces en problemas humanos y que desde ellos se extiende para abarcar cualesquiera otros problemas u objetos. Cuando no se emplea un lenguaje humano en sentido estricto, ello obedece a que un lenguaje no humano ha quedado previamente « humanizado ». El argumento ontológico que solía aplicarse a Dios ha sido secularizado y se ha usado una y otra vez para describir lo que se imagina ser el inevitable carácter existencial del ser del hombre. Los vocablos que alcanzaron gran predicamento en la metafísica y en la ontología clásicas adquieren un giro subjetivo y un innegable sentido antropológico. Pero como se supone que este sentido es distinto del que los mismos vocablos tienen dentro de la psicología y de las ciencias morales y políticas, como se declara que tal sentido es « ontológico » y « trascendental », resulta que el humanismo en cuestión es, de hecho, un « humanismo metafísico » que supone la transposición continua de las categorías del ser a las de la existencia humana y viceversa. Los « temples de ánimo » o « talantes » se convierten en fundamento de intuiciones metafísicas, y a su vez los conceptos metafísicos son manejados como si se tratara de descripciones de « talantes ». Los existencialistas, que representan con más claridad que nadie esta tendencia « humanista », declaran que tal ocurre porque los vocablos « experiencia », « angustia », « náusea », « situación », « conversión » y otros similares designan realidades que no son ni meramente psicológicas ni estrictamente metafísicas, sino precisamente « existenciales » y, por ende, « previas » tanto a la descripción científica como a la especulación metafísica. Mas como la única base posible de tales realidades es, a su entender, la existencia humana, nos vemos obligados a concluir que el mismo Pope estaría lejos de satisfacer las expectativas de los existencialistas y, en general, de los europeos al manifestar que el más adecuado tema de estudio de la humanidad es el propio hombre.

Se ha puesto a veces de relieve que en contraste con la casi caótica variedad de filosofías que pululan en el escenario europeo, las tendencias filosóficas angloamericanas ofrecen un espectáculo más mesurado y compuesto. Algunos proclaman que ello se debe a sobriedad intelectual ; otros, que tiene su causa en la falta de imaginación. Estimo que ambas presunciones carecen de fundamento. Pues aun cuando el mundo intelectual de los angloamericanos sufra de diversas escaseces, no sufre de escasez en lo que toca a las tendencias filosóficas. Pragmatismo, positivismo, empirismo, realismo, neo-realismo, operacionalismo, inclusive idealismo y diversas formas de existencialismo...; sería difícil mencionar una corriente filosófica que no fuese representada por algún bien intencionado pensador o que no hubiera hallado su refugio en algún recinto universitario. La idea usual de que sólo la filosofía analítica y ciertas formas más o menos extremadas de empirismo lógico han logrado sentar sus reales en la mentalidad angloamericana es,

por consiguiente, tan falsa como la suposición de que un filósofo europeo tiene que ser por fuerza un existencialista. Sin embargo, una vez admitida la variedad de las tendencias angloamericanas, hay que reconocer dos hechos. Uno es el hecho innegable de que las tendencias analíticas y lógico-empíricas antes mencionadas son, después de todo, aclamadas en el mundo angloamericano como las más representativas del mismo y, en algunas secciones de dicho mundo, como las únicas dignas de mención. Otro es el hecho poco dudoso de que cualquiera que sea la filosofía defendida por los angloamericanos, suele ser presentada en un lenguaje más afín al vocabulario analítico y empirista (o ambos) que a cualquier otro de los usados por los filósofos contemporáneos. Por consiguiente, debe admitirse que más acá de la variedad de referencia subsiste en la filosofía angloamericana un núcleo de convicciones filosóficas predominantes y de que dominan en ella, además, ciertos intereses que la separan característicamente tanto de las tendencias sociales como de las tendencias humanistas.

Los rusos piensan — o creen que piensan — en términos de sociedad. Los europeos juran por el hombre y prestan oído atento a cuantos problemas suscitan las situaciones humanas. Tentados estamos de obedecer al principio de simetría y de manifestar que los angloamericanos prescinden de las cuestiones relativas al hombre y a la sociedad con el fin de consagrar su atención exclusiva al tercer gran tema de la historia de la filosofía moderna : el tema de la Naturaleza. Sin embargo, la fidelidad a la simetría implicaría desobediencia a la realidad, pues aunque es poco dudoso que el vocablo « naturaleza » aparece con más frecuencia en los escritos de los filósofos angloamericanos que en los de los rusos y, en particular, que en los de los europeos, la preocupación por el problema — o, mejor, por los problemas — de la naturaleza no es en modo alguno exclusiva de los ingleses o de los norteamericanos. Tampoco puede argüirse que todos los angloamericanos sean naturalistas, aun si se tiene presente que el naturalismo sigue ejerciendo sobre muchos de ellos una notoria influencia. Mejor es, pues, abandonar la simetría y reconocer que si los problemas planteados por la naturaleza ejercen una especial atracción sobre numerosos pensadores angloamericanos, ello se debe a que les brindan una excelente oportunidad para encaminar a la filosofía, como Kant había tan ansiosamente pretendido, « por el seguro sendero de la ciencia ». Cierto es que tales pensadores consideran a veces que la actividad filosófica no es equivalente a la investigación científica, pues si ésta se ocupa en última instancia de hechos, la primera consagra su atención al estudio de los pensamientos — o, en todo caso, al de los conceptos, las ideas, los términos o las expresiones del lenguaje —. Pero aun entonces, el modo como afrontan sus problemas es, por lo menos en intención, más afín a la actitud científica que a la literaria o a la artística. Por añadidura, los filósofos angloamericanos prestan a la investigación científica que hoy se lleva a cabo una atención más vigilante de la que puede observarse en sus colegas europeos y, no obstante su jactancia de ser realmente « científicos », en sus colegas rusos. La metafísica, la estética, la ética, la filosofía de la religión y de la historia no están, ciertamente, en barbecho en la Gran Bretaña y en los Estados Unidos. Pero en contraste con lo que acontece en Europa, aun en ellos se adopta una actitud que las más de las veces quiere ser realmente científica. Este interés angloamericano por la ciencia explica, dicho sea de paso, el hecho de que la lógica, la epistemología y la filosofía de la ciencia florezcan en los países anglosajones en una proporción que habría suscitado la envidia de los filósofos seiscentistas. Por lo tanto los angloamericanos manifiestan poca inclinación a deplorar el hecho de que haya más cosas en el cielo y en la tierra de las que sueña la filosofía; más bien cuidan de que no haya en la filosofía más cosas de las que existan en la tierra y en el cielo. Consecuencia natural de tal actitud es la hostilidad a la especulación y la creciente simpatía por el análisis, inclusive cuando el tema propuesto es declaradamente metafísico. Se argüirá acaso que no siempre sucede lo antes descrito, por cuanto algunos filósofos angloamericanos tienen muy en cuenta la existencia de las esferas ideales y trascendentales. Pero el papel que tales esferas desempeñan en su pensar es tan escaso compa-

rado con el que se descubre en la mayor parte de las filosofías de la Europa continental, que parece justo suponer la existencia en las mentes angloamericanas de una especie de muro de separación entre las convicciones personales del filósofo y las ideas y argumentos que éste propone y emplea. Cuando un ruso no es un materialista, tiene que ser, a su propia costa, un idealista. Cuando un europeo es un naturalista, se le hace a cuestas ser al mismo tiempo un trascendentalista. En cambio, un angloamericano puede arreglárselas para ser todas estas cosas a un tiempo, justamente porque sus creencias no se funden necesariamente con sus pensamientos o con sus enseñanzas filosóficas. El « todo de la experiencia » a que tantos filósofos europeos tan fácilmente se entregan, la « experiencia de lo ideal » en torno al cual giran tantas de sus digresiones filosóficas, son considerados con suspicacia por los pensadores de Inglaterra y de los Estados Unidos. Tales « experiencias » ofrecen, en la opinión de éstos, contornos demasiado vagos y demasiado susceptibles de no ofrecer presa a la experiencia científica. Por si fuera poco, se hallan sobrecargados de estructuras metafísicas, de modo que si alguna vez llegan a aceptarlas lo hacen con repugnancia o con desgana. No parece necesario demostrar que en la base de una considerable porción del pensamiento angloamericano se afinca un cierto « naturalismo », no forzosamente ligado a las llamadas « tendencias naturalistas » al uso. Así, numerosos filósofos angloamericanos estarían hasta dispuestos a admitir, siguiendo a Dilthey, que el hombre no es exclusivamente un ser natural, sino que es, o es también, un ser histórico ; llegarían hasta a afirmar, a tenor con los existencialistas, que el hombre es un ente que se crea a sí mismo y que se abre camino en un mundo dominado por la contingencia. Pero cuando se tratara de deducir todas las consecuencias de tales afirmaciones, la vacilación, la repugnancia, inclusive el puro y simple rechazo emergerían pronto a la superficie ; los angloamericanos decidirían, al final, no romper por completo los eslabones que unen los fenómenos sociales e históricos con los fenómenos naturales. Menos aún estarían dispuestos a aceptar que los conceptos resultantes de la descripción metafísica de la existencia y de la historicidad humanas son en cierto modo previos a los empleados en el análisis epistemológico de las ciencias naturales. Ningún pensador angloamericano que se estimara se atrevería, por ejemplo, a mantener que es posible decir algo filosóficamente iluminador sobre el espacio y el tiempo sin prestar antes alguna atención a los resultados al respecto de la ciencia física ; hablar del espacio como « orientación existencial » y del tiempo como « el horizonte del ser » es algo en que tales pensadores no pueden comulgar sin una previa enérgica protesta.

Ahora bien, esta tendencia a tener cuidadosamente en cuenta los resultados y los métodos de la ciencia, y a refinar el vocabulario filosófico de tal modo que describa sólo cuanto pueda ser probado o comprobado, constituye en el fondo la consecuencia de una intensa aversión angloamericana hacia cualquier extremada « personalización » de las ideas y argumentos filosóficos. Se supone, en efecto, que la filosofía debe ser « objetiva » o, cuando menos, que debe llegar a ser lo más objetiva posible del mismo modo, aunque no en la misma proporción, en que tal acontece con la geología. El filósofo angloamericano medio no cree que su vida está ligada a la filosofía — y menos aún a su propia filosofía — más de lo que el físico cree que su vida está ligada a la física. Las ideas filosóficas injustificadas o injustificables son aceptadas por dicho filósofo más como supuestos inevitables que como « decisiones » existenciales. Si el filósofo introduce en su filosofía algunas de sus convicciones personales, ello ocurrirá por lo común sólo después de haberlas « despersonalizado » y convertido en objetos de una investigación racional intersubjetiva. Hay siempre, en suma, una cierta distancia — acaso un cierto abismo — entre el pensador angloamericano y su pensamiento. En tanto que ser pensante, el filósofo puede a lo sumo convertirse, a su entender, en objeto de indagación psicológica, social o histórica, pero no en tema fundamental, y menos aún en acontecimiento básico, de los enunciados filosóficos que presenta.

La tendencia de los rusos a defender sus teorías, incluyendo, cuando menos en su intención, sus teorías científicas, a base de mostrar la operación de las fuerzas sociales,

y la inclinación de los europeos a explicar el sentido de sus pensamientos en términos de situaciones y decisiones (existenciales), son, pues, considerados con escasa simpatía, por no decir con aversión franca, por la mayor parte de los filósofos angloamericanos. El ideal de objetividad que se hace tan patente en la investigación científica impregna en considerable medida la actividad filosófica angloamericana. No es sorprendente que cuando se lleva tal ideal a un extremo el filósofo muestre una creciente repugnancia a ocuparse de cosas o de problemas — difíciles de aprehender o de manipular — y revele un entusiasmo cada vez mayor por examinar el lenguaje — o lenguajes — en los cuales se describen tales cosas o se plantean tales problemas. El resonante triunfo alcanzado por el talante analítico, inclusive entre quienes se complacen en desahogarse contra toda reducción de la filosofía a un hablar sobre el habla, es un resultado comprensible de la situación descrita, una consecuencia casi inevitable del constante temor que sienten ciertos filósofos a formular enunciados vastos o generalizaciones precipitadas. No ignoro que dentro del propio dominio del pensamiento analítico hay notorias diferencias de opinión entre algunos filósofos británicos y algunos otros filósofos norteamericanos. Mientras aquéllos, en efecto, han dado en la locura del minucioso análisis conceptual, éstos han caído en el frenesí de la investigación epistemológica sobre el lenguaje científico y de la construcción de lenguajes formalizados. Sin embargo, estas diferencias no bastan para extirpar el hecho de que entre los dos grupos hay un acuerdo básico. Común a ambos es, en efecto, el desvío hacia la especulación y la casi infinita paciencia para el análisis. De vez en cuando alguno de los filósofos que habitan el orbe anglosajón comienza a sospechar que la actitud antiespeculativa puede haber alcanzado ya límites intolerables. Así, el propio Bertrand Russell ha declarado que puesto que la única definición del vocablo « metafísica » que ha encontrado capaz de responder a todos los requisitos de sus colegas es la siguiente : « una opinión filosófica no mantenida por el que está hablando », es mejor pensarlo dos veces antes de « acusar » a nadie de hacer metafísica. Pero éste es, en rigor, un disparo desenfadadamente asestado contra la alharaca producida por algunos de sus colegas oxonienses y tiene todos los visos de ser una disputa de familia. Por lo general puede decirse que aun cuando se critican entre sí, los filósofos ingleses y norteamericanos se entienden también mutuamente. Cada uno entiende cuando menos lo que su crítico quiere decir, suceso harto raro cuando ingleses y norteamericanos juntamente despachan sus asuntos filosóficos con sus colegas europeos o rusos. Entonces ni siquiera tiene lugar un desacuerdo, porque, como veremos luego, cada grupo no alcanza a comprender aquello de que el otro está hablando.

Las distinciones antes recalcadas podrían expresarse de muy otras maneras. Apenas necesita decirse, por ejemplo, que tienen su paralelo en las respectivas funciones ejercidas por la actividad filosófica en cada una de las referidas tres grandes áreas geográficas. Así, los rusos han llegado a considerar que la filosofía es una forma de acción política. La producción filosófica es controlada de modo muy severo, pues se supone que debe aprestar armas intelectuales para el combate contra las llamadas ideologías burguesas decadentes. La filosofía se halla entonces en la misma situación que las demás actividades de propaganda, destinadas a proporcionar combustible para la destrucción del « imperialismo occidental » y a acarrear sólidos bloques para la construcción del « socialismo ». De tal modo la filosofía se hace activa, popular y beligerante; los ejemplos aducidos por los filósofos que siguen estas consignas pertenecen entonces por lo común al campo de la política, de la economía y de la sociología. Los europeos gustan de considerar la actividad filosófica como un compromiso personal que impregna la vida del filósofo y hace posible hurgar en sus más recónditas raíces y en su último destino. La propia verdad impersonal es concebida entonces como el resultado de ciertas « situaciones » básicas, de modo que no puede ser amputada de las mismas. Con todo, la filosofía no es siempre entendida como una empresa estrictamente solitaria, confinada a unos cuantos ociosos; por el contrario, se subraya con frecuencia que la filosofía es misión personal de cada

hombre, aun cuando a la vez reconozca que no todos los hombres son igualmente capaces de llevar a cuestas una vida filosófica. Los ejemplos citados por los filósofos europeos son por ello sacados con frecuencia de las situaciones humanas, y como tales situaciones se traslucen con particular claridad y vivacidad en la literatura, no es sorprendente descubrir que las obras literarias proveen de abundante material para las discusiones de tales filósofos. Algunos de éstos llegan inclusive tan lejos en este sentido que escriben novelas u obras de teatro a modo de ilustración filosófica. Los angloamericanos tienden a concebir la filosofía como si fuese una estricta actividad académica; por lo usual, los filósofos hablan para otros filósofos y no pretenden — aun cuando posiblemente no rechazarían — ser comprendidos por gentes fuera de su oficio. De tal guisa la filosofía suele confinarse en recintos universitarios, en reuniones y congresos. Cuando entablan relaciones con los que no son filósofos, los pensadores angloamericanos aspiran como máximo a entrar en contacto con gentes que trabajan « en otros campos »: con historiadores, matemáticos, antropólogos, acaso hasta críticos literarios. Los fanáticos del análisis del lenguaje común no se apartan de esta norma; constantemente dan ejemplos sacados del uso lingüístico ordinario, pero no pretenden (espero) ser seguidos por más que una reducida porción de sutiles razonadores u (ocasionalmente) por un grupo de corteses radioescuchas del célebre « Tercer Programa ». Podríamos continuar en este tren y hallar algunas otras diferencias entre los tres grupos de filósofos. Ha llegado ya el momento, empero, de plantear el problema que tales diferencias han estado implícitamente sugiriendo, es decir, el problema que consiste en saber si las diferencias en cuestión son fortuitas, efímeras o artificiales, o de si revelan la existencia de hendeduras profundas y permanentes en el mundo de la filosofía.

Mi respuesta a esta cuestión es — como es de rigor en toda respuesta cautelosa — doble: las grietas en cuestión no son permanentes en un sentido, aunque sean, o tiendan a ser, irreparablemente profundas en el otro. Antes de poner en claro esta respuesta quiero, sin embargo, advertir que cuanto he venido diciendo hasta ahora pretendía describir sólo la situación presente en filosofía; en manera alguna he supuesto que lo que ocurre hoy ha acontecido de igual modo en el pasado o seguirá sucediendo exactamente igual en el futuro. Las tendencias naturalistas, científicas, pragmáticas, operacionalistas, analíticas y otras análogas no han prevalecido siempre en la filosofía angloamericana; hubo un tiempo, en verdad, en que los filósofos angloamericanos se distinguieron en el cultivo del pensamiento personalista, idolatraron a Hegel o dedicaron algunos de los mejores años de sus vidas a la elaboración de grandiosos sistemas metafísicos. Los filósofos europeos no han estado siempre obsesionados por la psicología trascendental, por la descripción fenomenológica o por la especulación existencial; algunos de ellos han sido inclusive los promotores de las más violentas corrientes analíticas y antimetafísicas. En un pasado más remoto, los pensadores rusos ensayaron muchas posturas filosóficas, tanto materialistas como idealistas, místicas no menos que positivistas, y algunos perspicaces observadores de la vida soviética sospechan que si las riendas se aflojaran en Rusia, el marxismo y el leninismo perderían casi todo su anterior prestigio y serían barridos por una ola o de positivismo o de existencialismo. Por consiguiente, el problema suscitado por la coexistencia de tres vastos y casi independientes orbes filosóficos puede perfectamente quedar resuelto algún día por la simple marcha de las cosas. Mas como no podemos solucionar los problemas del presente transfiriéndolos a un desconocido futuro, la cuestión de la relación o falta de relación entre los tres grupos sigue planteándose todavía.

I. Las diferencias entre los tres imperios filosóficos no parecen ser irremediablemente permanentes cuando consideramos con más atención sus correspondientes afirmaciones filosóficas. Ciertas relaciones « indirectas », manifestadas por medio de una especie de « acuerdo negativo », se ponen de relieve tan pronto como comparamos cada una de las tres tendencias principales con cualquiera de las dos otras. Cotejemos a este respecto el cientificismo con el humanismo, el humanismo con el marxismo, y el marxismo con el cientificismo.

El cientificismo y el humanismo se contraponen en muchos respectos, pero coinciden en su común hostilidad hacia el racionalismo tradicional. La fe casi ilimitada que los racionalistas tradicionales habían depositado en la razón en tanto que facultad capaz de descubrir por sí misma o las « verdades eternas » o un « sistema completo de categorías » ha sido descartada casi completamente tanto por las filosofías científicas como por las humanistas. Las primeras mantienen que el racionalismo en el sentido tradicional es demasiadamente abstracto; las segundas señalan que tal racionalismo es incapaz de dar cuenta de lo concreto. Este rechazo del racionalismo tradicional fué ya precedido por algunas escuelas filosóficas. Así, por ejemplo, el neokantismo, a la vez que luchó con gallardía contra el alud irracionalista, no consideró que el racionalismo clásico pudiera prestar gran ayuda en esta lucha, de modo que terminó por predicar una « ampliación del racionalismo » capaz de tener en cuenta los hechos históricos y sociales que habían permanecido opacos frente al análisis racional hasta entonces usado. La concepción tradicional de la razón que había alcanzado máximo predicamento en autores como Descartes o Hegel, fué desarticulada; no había, pues, más remedio que sustituirla por otra o proceder a reconstruirla. Ahora bien esta oposición al racionalismo tradicional ha sido proseguida, bien que por distintos motivos, tanto por los filósofos de tendencia cientificista como por los de orientación humanista. Aquéllos defienden aún la razón, pero lo que entienden por el vocablo « razón » tiene poco que ver con la concepción tradicional; la razón no es ya una facultad o una substancia, sino un método o más bien un imperativo — el imperativo del orden y de la claridad. Estos manifiestan escasísimo entusiasmo por la razón, pero reconocen que es cuando menos una forma de experiencia entre otras. Así, las filosofías científicas y las humanistas pueden ser consideradas como reacciones contra el racionalismo tradicional cartesiano y como esfuerzos por ensanchar el radio de la experiencia. Sólo cuando proceden a definir el significado del término « experiencia » se apartan de su propósito común y desembocan en conclusiones distintas, por no decir opuestas.

El humanismo y el marxismo, asimismo hostiles entre sí en numerosos respectos, coinciden con frecuencia en algunos puntos. Ante todo, ambos se oponen, cuando menos teóricamente, a lo que Marx llamaba *Verdinglichung*, esto es, a la autoenajenación de la existencia humana. En segundo término, ambos predican el « salto a la libertad » — por medio de la autoliberación personal en un caso, a través de la transformación social en el otro —. En tercer lugar, ambos consideran que la naturaleza es una especie de tablado donde tiene lugar el desenvolvimiento histórico humano — con frecuencia concebido al modo de un drama —. Este último aspecto es significativo, pues muestra hasta qué punto el humanismo, en particular cuando se presenta bajo la forma del existencialismo, y el marxismo, sobre todo cuando hurga en sus propios fundamentos, hincan sus raíces en la tradición cristiana, especialmente en tanto que tal tradición ha sido previamente secularizada. Aun cuando adopta la extrema forma atea, el existencialismo no puede prescindir de conceptos teológicos cristianos. En cuanto al marxismo, hay buenas razones para pensar que es una especie de cristianismo vuelto del revés. Los dos van, en efecto, en busca de un « hombre nuevo », de un hombre que en lugar de separar la teoría de la práctica hace lo posible — y lo imposible — para fundirlas. He aquí, dicho sea de paso, la razón por la cual ni el humanismo ni el marxismo conciben a la filosofía como una « mera » actividad intelectual íntegramente consagrada a la investigación desapasionada de la verdad — de una verdad impersonal, segregada de las creencias, necesidades y acciones humanas —. Al entender de ambos, el filósofo no puede dejar de comprometer su vida en su propia filosofía. La filosofía se convierte en tal caso en resultado de una « decisión » meta-racional (o acaso pre-racional), que depende, según los casos, de la situación personal o de la condición social. Tanto para el humanista como para el marxista la razón no es una facultad independiente, aislada, o que se basta a sí misma; se encarna en situaciones concretas y se las ha de continuo con situaciones concretas. El rechazo de la « abstracción » y la vuelta a lo « concreto » son considerados por los representantes de las dos tendencias como

sólidas adquisiciones del pensamiento contemporáneo; sólo cuando se subrayan los elementos que constituyen la existencia concreta — tiempo, cambio, contradicción, acción, paradoja, historia — puede el hombre, según dichos representantes, recobrar su propio ser, arrancarlo de los peligros de la abstracción y de las ansiedades de la alteración.

Es curioso comprobar que el cientificismo y el marxismo parecen menos afines entre sí que cualesquiera de los otros grupos citados. Desde la época de Lenín hasta nuestros días los marxistas han consagrado más tiempo y energía en la lucha contra las teorías cientificistas que en la batalla contra los sistemas de tendencia metafísica. Ello es hasta cierto punto comprensible. Mientras los metafísicos de toda laya, incluyendo los existencialistas kierkegaardianos, se enfrentan, con simpatía o con aversión, con la tradición hegeliana, los filósofos científicos no creen que sea posible siquiera discutir con ella; de hecho, tal tradición es, a su modo de ver, uno de los ejemplos más notorios de disparate filosófico. Tan abundantes son los párrafos que los filósofos contemporáneos angloamericanos han producido con el fin de burlarse de las ideas de Hegel, que no sería difícil compilar a base de ellos una abultada, y a ratos entretenida, antología. Por otro lado, los filósofos científicos, en particular los de confesión positivista, son para los marxistas, una colección de obstinados « abstraccionistas » y de peligrosos « mecanicistas ». absolutamente ciegos para la « verdadera marcha » de la historia. A su vez, los filósofos científicos suelen declarar que los marxistas son mentes confusas, carentes de objetividad y atentos sólo a sustituir la filosofía por abundantes dosis de autoritarismo. A su modo de ver, los marxistas subordinan la ciencia a la historia, la investigación objetiva a las necesidades políticas y — el más grave de los pecados — la lógica formal a la dialéctica. Y, sin embargo, los filósofos científicos y los marxistas marchan con frecuencia, sépanlo o no, codo a codo, especialmente cuando ambos se enfrentan con las tendencias más resonantes del humanismo. Así, ambos se niegan terminantemente a admitir que el espíritu humano es una actividad espontánea y que el hombre se hace a sí mismo en un acto de libertad absoluta; ambos muestran inquebrantable hostilidad hacia toda discusión acerca de la trascendencia; ambos rechazan la idea de que el fracaso, la angustia existencial y la contingencia constituyen elementos fundamentales en la existencia humana. Si se estima que estas coincidencias en lo negativo son insuficientes, no es difícil descubrir acuerdos de carácter más positivo. Por ejemplo, la creencia de que todo aparece *sub specie naturae*, una « naturaleza » que para unos está sometida a leyes, mecánicas o estadísticas, y que para otros recorre un proceso dialéctico.

Debemos concluir, por consiguiente, que las tres filosofías están más próximas entre sí de lo que puede hacer esperar la descripción de sus respectivas enemistades. Intersectan, de hecho, en varios puntos decisivos, aun cuando lo que haga posible tal intersección sea casi siempre la coincidencia en ciertas diferencias más bien que el acuerdo en ciertas simpatías. Pero como el acuerdo en la común hostilidad es harto frecuente y no siempre estéril entre los hombres, podemos esperar que un más detallado análisis del « acuerdo en el desacuerdo » será capaz de acarrear cierto progreso encaminado a la producción de un tipo más positivo de coincidencia — siempre que, por supuesto, se estime que semejante progreso es deseable —. He aquí la razón por la cual afirmé antes que el abismo entre los tres imperios filosóficos no es incurablemente permanente cuando se tienen en cuenta sus respectivos argumentos. No sería imposible que los pensadores siguieran discutiendo interminablemente acerca de las virtudes o de los vicios de cada una de las grandes tendencias sin por ello tener que destruir por entero sus vínculos intelectuales o sin verse obligados a desembocar en un callejón sin salida, resultado de una incomprensión completa de las doctrinas de sus enemigos. Si la conservación de tales vínculos parece aún improbable en las relaciones entre filósofos rusos y pensadores europeos y angloamericanos, puede esperarse que sea más que probable en la relación entre angloamericanos y europeos — y muy en particular entre norteamericanos y europeos —. Después de todo, no es inverosímil que en algunos escritos filosóficos norteamericanos se hallen análisis favorables, bien que a la vez crí-

ticos, de tendencias tales como el existencialismo, la fenomenología y hasta el hegelianismo, o que en ciertas áreas de Europa se descubra la existencia de un interés creciente por los problemas que los ingleses y los norteamericanos ventilan en sus debates o en sus publicaciones periódicas. Así, aun la actual coincidencia en lo negativo puede producir en el futuro un acuerdo positivo; cuando tal acontezca ya no será posible filosofar sin tener de verdad en cuenta la ciencia o sin prestar cuidadosa atención a las voces de las grandes tradiciones metafísicas en el pensamiento de Occidente.

2. Si las perspectivas en lo que toca a las ideas defendidas y, por tanto, en lo que respecta a los problemas suscitados, son más bien alentadoras, el horizonte se presenta mucho más cerrado cuando consideramos el lenguaje o modo de expresión filosófico usado por cada uno de los tres grupos de filosofías. Quienes hayan tenido la oportunidad de hablar a representantes de los diversos grupos, o quienes estén familiarizados con las actuales publicaciones filosóficas de las zonas tantas veces referidas, habrán observado — con las correspondientes excepciones que confirman la regla — que tras un primer benévolo acercamiento al mundo espiritual del contendiente, llega un momento en el cual el diálogo no puede continuar, en que se convierte en una especie de diálogo de sordos. El representante de uno de los grupos, en efecto, oye y a veces hasta escucha cortésmente, las palabras proferidas por el representante de otro grupo. Pero que tales palabras lleguen a él saturadas de significado, es ya asunto harto debatible. El universo lingüístico en el cual se mueve cada filósofo constituye, pues, el máximo obstáculo para la prosecución del diálogo. En este respecto los Congresos internacionales de filosofía forman parte de las experiencias más desanimadoras que cabe hallar en la incomprensión internacional filosófica. Basta hojear la vasta colección de comunicaciones engendradas por tales Congresos durante los últimos quince años para darse cuenta de que si todo lo que contiene semejante colección puede recibir el nombre de « filosofía », ello es sólo porque los encargados de ella han decidido dilatar hasta límites intolerables el significado del antedicho vocablo. Muy frecuente comentario de la opinión de un colega no es, en efecto, « Esto es falso », « Esto es inexacto » o « Esto necesita prueba », sino « Esto no tiene sentido ». No tiene sentido para la mayoría de los filósofos europeos proponer que se establezca una distinción entre « proposición » y « enunciado ». No tiene sentido para la mayor parte de los filósofos angloamericanos declarar que « debe distinguirse entre lo óntico y lo ontológico ». Los europeos proclaman que los angloamericanos son gentes superficiales y de mente angosta ; los angloamericanos juzgan que las ideas de los europeos son vagas, precipitadas o inútilmente emotivas. Tanto los europeos como los angloamericanos manifiestan que los rusos son ingenuos o dogmáticos, y éstos acusan a aquéllos de ser incomprensivos o escolásticos. A veces ciertos grupos parecen hallar ocasionales motivos de concordia. Por ejemplo, puesto que tanto los filósofos de tendencia lingüístico-analítica como los pensadores de orientación existencialista rehuyen las teorías generales demasiado abstractas y muestran decidida inclinación hacia los ejemplos particulares, grande es la esperanza de que prosigan indefinidamente por este común sendero. Pronto, empero, se separan para no volver a encontrarse, pues los « ejemplos » aducidos por unos tienen poco o nada que ver con los « ejemplos » manifestados por otros. Unos se esfuerzan por desarrollar argumentos racionales ; otros penan por crear una atmósfera espiritual. Las perspectivas de acuerdo se hacen, pues, cada vez más improbables, pues escaso, o nulo, es el acuerdo que puede obtenerse entre contendientes cuando éstos se niegan a obedecer las mismas reglas del juego.

He dicho « se niegan », pues no puedo dejar de pensar que en la cuestión que nos ocupa la voluntad desempeña un papel capital. Si alguien desea llegar a la conclusión de que lo que dice un colega carece de sentido, no le será difícil mostrar que efectivamente carece de sentido; un leve toque, una hábil pincelada, y pronto se puede ver que Platón era un sofista, Aristóteles un charlatán, Hume un farsante, Kant un pedante, y que Heidegger es un embaucador o Carnap un pelmazo. Pronto se descubre, además, que cuanto más grave y completa sea

una filosofía, tanto más fácil será convertirla en una caricatura. Es probable que gran parte de la actual incomprensión filosófica se deba a que entre los pensadores pese más la deformación caricaturesca que el honesto examen. Ello no significa, por cierto, que haya que calificar todas las ideas de todos los filósofos de profundas, interesantes o siquiera juiciosas. Ciertos árboles filosóficos son demasiado frondosos para que no haya urgente necesidad de podarlos. Mas esta última operación debe llevarse a cabo con gran cautela, pues el propio árbol que se procede a podar puede resultar indispensable. Lo primero que cabe hacer, pues, es penetrar en el universo espiritual del contendiente filosófico y ver si hay, en efecto, un universo espiritual y si las ideas que formula tienen sentido dentro del mismo. Si lo tienen, el universo en cuestión deberá ser sometido a severa crítica y, si necesario es, eliminado. Si no lo tienen, entonces, pero sólo entonces, puede concluirse que lo que el contendiente arguye no merece incluirse dentro del orbe de la filosofía. Ahora bien, con el fin de llevar a cabo semejante programa es necesario emplear un lenguaje filosófico que nada deje que desear en punto a precisión, distinción, claridad, pues tan pronto como este ideal pierde su vigencia la imagen resultante se hace borrosa, confusa, nebulosa, rondada por espectros que suelen ser confundidos con la verdadera imagen. Desde este punto de vista estimo que los requisitos propuestos por la filosofía angloamericana (y no sólo la de nuestros días) son los más adecuados y prometedores; quienquiera haya sido adiestrado en ellos se da cuenta muy pronto de que es penoso regresar a formas de expresión menos estrictas. Opino asimismo que la preocupación angloamericana por la ciencia y sus problemas no podrá ser descartada fácilmente, pues si bien la ciencia no lo es todo, constituye la contribución mayor del espíritu moderno al mundo de la cultura. No hay, por supuesto, ninguna originalidad en esta pretensión mía, pues los verdaderos grandes filósofos de la época moderna, desde Descartes hasta Kant, participaron de la misma opinión y saturaron de ella sus propias filosofías. Pero estos grandes filósofos no creyeron — y me adhiero sin reservas a tal convicción — que una filosofía que tenga en cuenta la ciencia deba por ello apartar con displicencia el resto del *globus intellectualis* — por ejemplo, el estudio de las condiciones que hacen la ciencia posible —. Pero reconocer la eficacia de los temas angloamericanos y proclamar las ventajas del modo de expresión angloamericano en filosofía no debe cegarnos a la comprensión de que hay otros mundos filosóficos posibles y, por supuesto, « traducibles ». En particular no justifica el extraño supuesto, tan común entre los angloamericanos, según el cual cuanto ha acontecido en filosofía antes de 1938, de 945 o hasta de 1956 es anticuado o prehistórico. Destaca simplemente el hecho de que de las tres filosofías citadas hay cuando menos que, siempre que no se encierre en sí misma, puede resultar capaz de rendir justicia y tributo a las otras. No estoy nada seguro de que, por el instante al menos, los rusos puedan hacer otro tanto, pero tengo la convicción de que los europeos marchan, cada vez en mayor cantidad y con más plena conciencia, por el mismo camino de universalidad y traducibilidad filosóficas. Los angloamericanos suelen proclamar que lo que puede decirse en filosofía debe decirse claramente. Los europeos insisten en que hay en filosofía mucho que decir. De la unión de estos dos postulados puede emerger rejuvenecida, una vez más, la filosofía.

JOSE FERRATER MORA

CARMEN CONDE

"EN UN MUNDO DE FUGITIVOS..."

« En un mundo de fugitivos el que toma la dirección opuesta parece que huye. »
(T.S. ELIOT.)

ATRAVESAR *el desierto. Atravesarlo en manada,*
en grupo compacto de criaturas que se juntan,
para sentirse las unas a las otras...
O en parejas, apretándose costados y sienes
en un avanzar unísono...
O en soledad. Un hombre solo, una sola mujer que camina
solamente por la tierra.

El desierto está allí, a los lados, delante, detrás.
Tierra abrasante y abrasada, tierra sin agua, sin árbol.
Desierta tierra para un ser que solo,
o en pareja,
o en manada,
lo camina angustiadamente, para apurarlo y encontrarse
al final, ¡qué espeso moverse de criaturas !, con la muerte,
la única tierra poblada.

Sí. Es el desierto. ¿La vida, quizá...? La vida
nunca está desierta. Parejas, multitudes, solitarios
y tierra ; mucha tierra alrededor.
Se va dejando atrás lo mismo : el desierto ;
y se le recorre, se le da fin, se aboca una a la muerte.
Era la vida, ¡qué cosa sin sentido, tan inútil,
que sea la vida esto de andar por el desierto,
con otros, con uno, consigo misma...!

Es verdad que camino, pero no lo entiendo ; aunque voy
y vengo de él, no sé para qué sirve tánto desierto.

¡HAY *dolores flúidos, del color de la sangre,*
que transcurren del pecho dulcemente, ligeros,
Y hay dolores oscuros, sinuosos, tan lentos
que poco a poco empapan hasta un henchirnos ebrio.
¡Dolores de locura, como vinos malditos
que nos arrojan, ciegos, a la plétora turbia
de una angustia sin ley, sin un fin, sin un eco !

¿Y ese dolor viscoso, como un líquido negro,
y espeso, y resbalante, sangre densa, ya muerta,
que avanza por el suelo de nuestro ser...,
que avanza y deja frío el marmóreo piso
que somos, rezumándolo, los que estamos dolientes?

Dolores que acribillan esta piel vulnerable
del alma en desamparo, cuando El no la escuda ;
dolores que nos hacen poco a poco insensibles,
dolores sin un pliegue, dolores de coraza.

¿Y ese dolor compacto, cuajarón de betunes
que el fuego derritió y ahora va despacio
dejándonos teñidos de una noche sin alba?

¡Ese dolor del preso, del que espera su muerte
cogido por grilletes, por cadenas sin quiebro ;
ese dolor del cuello que se espera tajado
por un hacha que corta aunque una madre rece!
Este dolor tan ancho, tan creciente, es el mío:
el que mi nuca sufre quedándose sujeta
por la masa de sangre negra, muerta, incesante...

¡Parad el mundo ciego, paradlo en la mañana
de una mañana abierta como una rosa entera !
¡Pararos, por piedad, que mi dolor se vuelca
y toda soy un charco de gritos de agonía !

DESDE *el principio del mundo viene corriendo ese muerto.*
El que empezó siendo intacto muchacho sacrificado
por su hermano el maldito, y que luego
se puso viejo y tan duro como el metal más sombrío.
Las naciones le abren paso, le dejan que asiente su peste
y crezca la podredumbre porque él recorre caminos.
¡Ah, muerto inmenso y pavoroso, ineludible hombre impuro
que nos hiedes con tu olor y con tu empuje de horrible brío !

Todos le precipitan niños y mujeres embarazadas
para que no se acabe nunca y coma blandas criaturas
con sus mandíbulas hueras, y coja desde las órbitas
de su calavera las imágenes y rompa el sabor de la vida.

Muerto. Muerto. Muerto... Te repetirán milenios
y tú seguirás andando por encima de los días
y de los mundos de este mundo, comiéndote a los vivos
que si temen que les muerdas con tu vacía dentadura
gustan sádicamente de tí, de tu contacto,
y mienten que te llaman, pero se arrojan a oleadas
para que los pises y carcomas, gran podrido diabólico !

CARMEN CONDE

IVAN ANISSIMOV-IGNAZIO SILONE

Este-Oeste : Un diálogo difícil

Hace meses dimos cuenta de un encuentro de intelectuales soviéticos y occidentales, organizado en Venecia por la Sociedad Europea de Cultura, y publicamos (Cuadernos, *n°* 21) *la intervención de Silone. El diálogo allí preconizado halla ahora su corolario en la correspondencia que reproducimos a continuación, cruzada entre el escritor ruso Anissimov y nuestro colaborador.* (*N. de la R.*)

Carta de Iván Anissimov

LE ESTOY RECONOCIDO, señor Silone, por haberme invitado a discutir, y pienso que una conversación sincera sobre los problemas que recíprocamente nos interesan podrá contribuir a aclarar las complejas contradicciones de la cultura contemporánea.

Quisiera no sólo contestar a sus preguntas, sino también hacerle yo algunas. Pero, ante todo, es necesario exponer ciertas consideraciones de carácter general.

Independientemente del hecho de que esto guste o no guste a algunos, el capitalismo y el socialismo *coexisten* hoy en nuestro planeta. De esto hay que deducir todas las consecuencias, y las concepciones políticas contemporáneas carecen de sentido si no tienen en cuenta esta característica dominante de nuestra época. Y aunque las divergencias ideológicas entre los dos sistemas coexistentes sean profundísimas, es extremadamente importante hacer de modo que el diálogo no se vea interrumpido, ni aun en momentos como el actual, en que han vuelto a aparecer todos los espectros de la « guerra fría », y las fuerzas más negras de la reacción internacional trabajan con sus calumnias, sus hachas y sus instrumentos contundentes.

La reacción aprovecha hoy los acontecimientos de Hungría para lanzarse a una persecución desenfrenada contra el frente socialista. Cada día aparece con más claridad que la reacción había arriesgado mucho en la partida de Hungría. Afortunadamente para el mundo, ha perdido esta jugada. Conozco demasiado bien el precio de la sangre derramada en Hungría por los defensores del socialismo y del porvenir, para que yo saque deducciones prematuras. Pero estoy seguro de que, cuando usted considere esos acontecimientos a la luz de la verdad y no a la de las insinuaciones malévolas y desenfrenadas, estos hechos contribuirán a nuestra mejor comprensión. En realidad, estos acontecimentos han demostrado con espantosa claridad que entonces (a fines de septiembre de 1956), en Zurich, nos encontrábamos a dos pasos del horror fascista, y que el enemigo más feroz se había escondido detrás de la puerta junto a la que estábamos hablando. Si no nos damos cuenta de las maquinaciones, verdaderamente monstruosas de la reacción, podemos caer en una situación muy trágica. He aquí por qué el artículo de J.-P. Sartre, publicado en el *Express*, sobre los acontecimientos de Hungría, produce una impresión tan triste. Ni su inteligencia ni su talento literario pueden sal-

var a Sartre en el momento en que se lanza de cabeza al foso de la calumnia. Pero no vamos a augurar lo que espera a Sartre en lo porvenir, si será un hundimiento ulterior en el pantano o una tentativa cualquiera de mirar a la verdad cara a cara (queremos creer en esta última hipótesis).

Usted, señor Silone, que ha participado en la lucha contra el fascismo, comprende lo que significa oponer el pecho a los avances del fascismo : los defensores húngaros de la democracia popular y los soldados soviéticos se han visto en la necesidad de hacerlo y no han titubeado. Ellos han salvado al mundo y a Hungría, sobre la que se levantaba la sombra funesta de los epígonos de Horthy. Sin dejar de lamentar las víctimas caídas entre los defensores de la paz, del socialismo y de la democracia, no olvidemos que nuestro deber es defender su memoria de la calumnia.

Usted habrá observado seguramente bajo qué aspecto los periódicos mendaces presentan los acontecimientos de Hungría y de Egipto, cómo se esfuerzan por disimular la verdad, lo mismo aquí que allá, cómo los imperialistas tratan de justificarse, mientras todo el mundo ve que son ellos los delincuentes que han llevado a cabo una agresión contra Egipto, que es propia de bandidos, y cómo se fingían amigos del pueblo húngaro, cuando querían sofocarlo, y cómo han intentado mancillar a los defensores de la democracia popular húngara y a la Unión Soviética.

No creo que haya sido inútil esta digresión sobre los problemas actuales. Cumplido esto, paso inmediatamente a responder a la serie de preguntas de su cuestionario.

Todo el que se acerca a la literatura soviética desde fuera debe saber que los criterios a que está acostumbrado en su país están muy lejos de ser universales. La literatura soviética nació de un gran trastorno social y se distingue por muchas características, que al principio no registraban siquiera los sismógrafos más sensibles de la crítica. Hay en ella muchas cosas nuevas que a menudo parecen incomprensibles. Es *absolutamente* necesario profundizar en esta lectura, y también es *absolutamente* necesario acercarse a ella sin prejuicios.

El primer concepto, sin el cual es imposible formarse una imagen exacta de la literatura soviética, es el principio de la *incesante extensión* de su esfera de acción, principio estrechamente ligado a la naturaleza socialista de nuestra literatura. El afirmar que ésta es la literatura de las clases populares no es vana palabrería, sino la expresión de su naturaleza más profunda. No podríamos descubrir la originalidad estética del realismo socialista, si olvidáramos que tenemos ante nosotros una literatura de *influencia sobre las masas*, con una amplitud nunca vista.

El ejemplo de nuestro Mayakovsky nos muestra claramente que la *popularidad* de la poesía no se opone de ningún modo a su *excelencia artística*, a la busca de un impulso original, a la más compleja técnica literária, de la que suele decirse : las masas no la comprenderán. La fidelidad y el respeto más profundo por las aspiraciones y las exigencias de las masas son la característica imprescriptible del realismo socialista.

¿ Acaso no impide todo esto que el artista se revele a sí mismo ? No, al contrario ; le ayuda a encontrarse, después de haber abandonado los razonamientos del individualismo burgués. Los ejemplos de Eluard, Aragón y Pablo Neruda son muy preciosos desde este punto de vista.

Ahora paso a contestar sus preguntas.

1. Michail Cholojov no ha conformado nunca su crítica, en relación con los escritores, a las consignas de Estado. Imagino que alguien habrá inducido a usted en error, señor Silone. A propósito de la posición de Cholojov sobre este punto, permítame citar un fragmento de su discurso, pronunciado con ocasión del segundo congreso de los escritores soviéticos, y que ha sido publicado también en los periódicos : « De nosotros, escritores soviéticos, los enemigos venenosos de allende la frontera dicen que escribimos de conformidad con los dictados del partido. Los hechos son muy distintos : cada uno de nosotros escribe de acuerdo con los dictados del propio corazón, y nuestros corazones pertenecen a nuestro partido y a nuestro pueblo, al que nosotros queremos servir con nuestro arte. »

Quizá convenga dar, sobre este punto, una aclaración de carácter general : el realismo socialista no comprende por completo toda la literatura que existe en la Unión Soviética. Se trata de un nuevo método de

creación y, naturalmente, no todos los libros han sido escritos a base de este método. Este realismo se encarna en las mejores obras de vanguardia, en las cuales se revela este anhelo de novedad que impulsa hacia adelante a la literatura y enriquece al hombre con valores morales recientemente descubiertos. Tales son las obras de Gorki, de Mayakovsky, de nuestro extraordinario Furmanov (del que tan poco se conoce en Occidente); tales son las obras de Fadeev, Cholojov, las de Aleksei Tolstoy y Michail Prisvin (escritores que han llegado hasta nosotros desde las lejanías del pasado y que, en cierto modo, han atravesado un período de renacimiento)

Conviene no perder de vista que el concepto de literatura soviética es bastante más amplio que el concepto de realismo socialista. Continúan existiendo las viejas formas presocialistas de realismo, a las que se refiere, por ejemplo, la obra del escritor Sergeev-Chensky, muy apreciado entre nosotros, obra que no ha pasado por la profunda transformación que, en cambio, se ha manifestado tan poderosamente en *La Calle de los Tormentos*, de Aleksei Tolstoy, o en su novela histórica, *Pedro I*. Ello no obstante, Sergeev-Chensky, que ha publicado numerosas novelas nuevas bajo el régimen soviético, es uno de nuestros escritores más notables y respetados.

Naturalmente, también tenemos muchas novelas y muchas obras poéticas que, a pesar de las buenas intenciones de sus autores, no van más allá de los límites de un simbolismo naturalista, sin alas, ingenuo, a ras del suelo. La mayor parte de las obras, cuya característica es la que en nuestro país se llama satíricamente « barniz » de realidad, pertenecen precisamente a este tipo de naturalismo. Es evidente que existen también obras eclécticas, en las que a veces se advierten los influjos más dispares.

El realismo socialista, con toda su originalidad, con su atrevida exigencia, con su impulso hacia el futuro, con su seguridad en el triunfo de los ideales socialistas, con su sabia comprensión de la vida y su capacidad de penetrar en sus contradicciones más complejas, se encarna naturalmente en las grandes conquistas de la literatura soviética y no es en absoluto una cualidad suya autómaticamente garantizada. Nosotros rechazamos la « receta » del realismo socialista, lo mismo que cualquier otro dogma.

2. La literatura soviética se encuentra en este momento en una situación compleja de tensión creadora. La liquidación de las consecuencias del culto de la personalidad y un atento estudio de las experiencias de nuestra vida son las causas del nuevo ascenso de nuestra literatura. A nosotros nos parece que nos encontramos ante un porvenir que aportará grandes conquistas a la literatura soviética ; pero usted mismo, como escritor, sabe bien que la época del nacimiento de tales obras no puede preverse con exactitud, ya que no estamos hablando de una obra efímera y sensacional, que nunca falta, sino de obras dignas de una valoración exigente.

¿ Tenemos motivos suficientes para un pronóstico tan rico en promesas ? Sí ; las posibilidades del escritor soviético no tienen límites, puesto que ha de describir los cambios ocurridos en torno suyo y mostrar lo que sucede en el seno de la vida del pueblo y además mostrarlo con esa despiadada fuerza de verdad y penetración que es característica de las mejores obras de los escritores que nosotros consideramos como los clásicos de la literatura soviética : Gorki, Mayakovsky, Aleksei Tolstoy, Fadeev, Cholojov ; y que deberá sin duda superarlos.

En nuestro país se discute muy a menudo, con sinceridad y calor, sobre literatura, pintura y ciencia histórica. Todas estas discusiones tienden a liberar nuestra literatura, nuestro arte y nuestra historiografía del dogmatismo, al cual estaba indisolublemente vinculado el culto de la personalidad, para echar fuera todo lo que hay de muerto y de falso, todo el polvo que oscurece el horizonte. Durante cierto período, el ambiente histórico ha obligado a la literatura soviética a vivir en las condiciones desfavorables del culto de Stalin. No hay duda de que esto le ha causado graves perjuicios. Pero esa literatura no es en absoluto la literatura del pueblo. Y del mismo modo que el desarrollo socialista de toda nuestra vida no se ha detenido en el período del culto de Stalin, tampoco la literatura soviética podía quedar paralizada en su desarrollo socialista. En dicho período fueron terminadas *El Don apacible*, de Cholojov, y *La calle de los tormentos*, de Aleksei Tolstoy ;

fueron escritas *La joven guardia*, de Fadeev, las últimas novelas de Constantin Fédin y las novelas del joven Jurij Krimov, muerto en la guerra.

Muchas voces se habían extinguido o habían enmudecido para siempre, y ahora vemos con profunda emoción reaparecer muchos nombres y muchas obras en las filas de la literatura soviética. Muchas obras de mérito (como *Felicidad*, de Piotr Pavlenko) han sufrido la « intrusión » de los motivos del culto de la personalidad, absolutamente inconcebibles en el realismo socialista. Pero no debe olvidarse que una buena parte de estos motivos del culto habían sido intercalados por los escritores sinceramente, sin segunda intención, puesto que Stalin era para ellos la personificación del pueblo y de un ideal elevado. Esto ha dado a los errores de muchos escritores un carácter que dista mucho de cualquier servilismo y los ha salvado de la bancarrota artística.

También ha habido, como es natural, muchos que han visto en la difusión del culto de la personalidad una situación ventajosa. Abundan los casos de este estilo, sobre todo entre los pintores de retratos. La representación superficial, sin profundidad, de la realidad soviética era un fenómeno muy extendido ; representación que ignoraba la complejidad, y sobre muchas de sus manifestaciones flotaba, en definitiva, una representación de un solo plano. Estas obras no merecieron una evaluación crítica justa. Pero la fuerza de la literatura soviética no se mide sobre la base de estas obras. Esta fuerza se encuentra en las obras que aportan algo nuevo, como la *suite* poética de Alexander Tvardovsky, *Lejos, más lejos*, la primera narración de Sergei Antonov y el último diario de Michail Prisvin, así como muchas otras conquistas del realismo socialista, que fueron bastante importantes para la literatura del país, hasta en los años difíciles en que dominaba el culto de Stalin.

Sobre la base de estas conquistas hay que medir la literatura soviética de dicho período y no perder de vista la continuidad de su gran tradición. Esto es muy interesante también para formarse una idea de las modificaciones por que ha pasado la literatura soviética después del abandono del culto de Stalin. Esta ha adquirido una nueva posibilidad de desarrollo, sus esfuerzos creadores no están comprimidos ahora por las ilusiones ni por los dogmas inherentes al culto de la personalidad, lo que no puede dejar de reflejarse en la vitalidad y en el ímpetu de su ascenso.

3. El concepto de « deshielo » de que se sirve usted, y que está muy extendido en la prensa de la Europa occidental, no ha penetrado, ni penetrará nunca, en nuestra prensa. No hay razón para tomar el título de un relato (que ha sido, a mi entender, un fracaso artístico de un excelente escritor) como símbolo de las grandes y profundas transformaciones que se han producido en la Unión Soviética después de la eliminación del culto de Stalin. No hay que buscar las palabras para expresar tales transformaciones en los boletines meteorológicos. Los grandes acontecimientos requieren grandes conceptos, grandes imágenes que aún no han sido dadas por la literatura, ni se darán en forma sensacional. En este momento se edita mucho ; ha sido necesario crear muchas revistas nuevas para satisfacer esta exigencia ; pero este torrente no se ha extendido todavía en toda su anchura y su corriente no ha regado aún los terrenos preparados para las copiosas cosechas que infaliblemente habrán de recogerse. Nosotros las esperamos.

En nuestra literatura, que por su misma naturaleza se halla íntimamente vinculada a la vida de la sociedad, domina la convicción de que ahora se han abierto efectivamente nuevas posibilidades, y no hay duda de que habrá de dar, después de un período de dificultades, un paso decisivo hacia adelante. Hoy, como nunca, en nuestra literatura se abre camino de manera irrestible el afán de comprender más profundamente la gran tradición propia, de apoyarse en ella y desarrollar todas las posibilidades que encierra, a fin de que cada palabra de nuestras obras sea viva, valiente, autorizada y digna de su gran significación. ¿ Promesas ? Sí, promesas ; pero usted, como escritor, sabe que las evoluciones que marcan las épocas en la literatura no se miden con los términos del calendario.

La frase final de su pregunta es evidentemente el resultado de una mala información. Es difícil que exista otro país en el que se traduzca tanto de idiomas extran-

jeros. A usted no le gustan las cifras y, por consiguiente, no se las daremos, aun cuando sean demostrativas. Si editamos lo que nos gusta, estamos en nuestro derecho y en todo caso aquí se editan no sólo « libelos antiamericanos » (¿ tal vez alude usted también con estas palabras a la edición de las obras completas de Theodor Dreyser, publicadas en nuestro país antes que en Norteamérica ?), sino también una enorme cantidad de literatura contemporánea de todos los países. Por lo que se refiere a su deseo de ver publicadas aquí las obras de la « izquierda independiente », en principio no tenemos nada que objetar a ello ; sin embargo, es necesario que usted nos indique los nombres y las obras, y esperamos que las editoriales soviéticas querrán seguir su consejo, siempre que se trate de obras buenas e interesantes para nuestros lectores.

4. De los autores y de las obras de que usted habla no estoy muy enterado, y sólo podré comentarlos cuando los conozca. De antemano le doy las gracias por su ofrecimiento de mandarme los libros que indica en su cuarta pregunta.

5. En cuanto a Hungría, Polonia, Yugoeslavia... Empiezo a contestar por el fin. Nuestras relaciones políticas con Yugoeslavia se han regularizado, con recíproca satisfacción, aun cuando queden algunos puntos dudosos, sobre los cuales se discute todavía. Las relaciones literarias se han hecho más sinceras e íntimas, a pesar de que no tenemos el mismo punto de vista sobre todos los autores rusos y yugoeslavos.

Las relaciones con Polonia, después de las recientes visitas recíprocas de los hombres políticos de ambos países, han llegado a ser particularmente cordiales. Todos los equívocos se han aclarado. Las primeras manifestaciones literarias de la Polonia actual tienden, por el momento, a ejercer una crítica bastante borrascosa de este « decenio », cosa que muchos de nosotros no aprobamos, pues consideramos que si hay hechos que merecen ser condenados, ha habido en cambio otros muchos dignos de alabanza ; que un fenómeno nuevo no puede nacer de manera tan sencilla ; que el dogmatismo y la preponderancia de los burócratas en las organizaciones de los escritores no han paralizado, ni podían hacerlo, los esfuerzos sinceramento socialistas de nuestra literatura. Los periódicos y las revistas de Polonia tienen una vasta difusión en la Unión Soviética, y por esto las reacciones ante las discusiones literarias polacas son muy vivas en nuestro país, y no es raro que nuestras revistas y nuestros periódicos tomen parte con sus críticas en esas discusiones. De todos modos, nos parece que los amigos polacos deben meditar de nuevo sobre muchas cosas y evaluar todavía otras muchas, antes de llegar a descubrir la verdad.

Por ahora, parece prematuro sacar ninguna deducción acerca de las perspectivas inmediatas y ulteriores de la nueva literatura polaca. En todo caso, deseamos cordialmente buen éxito y prosperidad a la literatura de Polonia. Y consideramos que si ésta llegara a ser el portavoz de su propio país socialista, esto mismo le indicaría infaliblemente el camino que debe seguir. En lo que concierne al realismo socialista, contra el cual tantas acusaciones falsas se han lanzado en los últimos tiempos en Polonia, siguiendo el impulso del momento, el porvenir nos demostrará quién tiene razón y quién va más lejos.

Por lo que se refiere a nosotros, siempre hemos sido y seguimos siendo partidarios del realismo socialista, ya que en este concepto se concentra, a nuestro entender, todo lo que de nuevo, de intrépido y de vanguardia la época socialista aporta a la literatura. Y quisiéramos subrayar que el concepto de realismo socialista es el concepto de la síntesis universal, que permite reunir en su rico arco lo mismo a Gorki que a Mayakovsky, a Cholojov y a Tvardoosky, así como a Fedeev, a Prisvin, a María Puimanova, a Aragón y a Bronevsky, Eluard, a Nezval y a Pablo Neruda. Creemos que la unión de la consciencia socialista del mundo con el movimiento de las masas que tienden a la victoria del socialismo creerá la posibilidad de tal literatura, de un grado tal de desarrollo artístico como no lo ha conocido aún la humanidad. Y esta literatura es la que nosotros llamanos del realismo socialista. Es la literatura que pertenece al pueblo y expresa sus aspiraciones, la literatura de una poderosa influencia social nunca vista. Para los que ven todo en forma esquemática, esta nunca vista popularidad de la literatura aparece como una amenaza a cierto sagrado misterio de la

creación. Pero estas fábulas sólo pueden contarse a los niños pequeños, puesto que ya existe una imponente literatura del realismo socialista, y a los nombres citados podrían añadirse otros muchos de gran reputación.

Y finalmente Hungría, por cuya vida literaria nos hemos interesado menos, por no conocer la lengua, ya que los lazos históricos que existen, por ejemplo, entre las literaturas eslavas eran en este caso menos intensos. Ahora que, mirando hacia atrás, nos enteramos de lo que sucedía en la literatura húngara, durante los meses que precedieron a los hechos de octubre, nos aparece con toda claridad que muchos escritores húngaros habían perdido el terreno bajo sus pies, y estaban dispuestos a repudiar, junto con los errores de Rakosi, la reorganización socialista de Hungría, y precisamente de esto se ha aprovechado la reacción. Estos mismos estados de ánimo prendían el fuego en el Círculo Petöfi, en las organizaciones de los escritores y en su órgano *Irodalmi ujmag*.

Ahora, después del terrible golpe que ha sufrido Hungría, es prematuro querer decir cuáles son las perspectivas del desarrollo ulterior de su literatura y qué escritor querrá tomar ésta u otra posición. Una cosa está clara : en un país socialista, la literatura sólo puede ser popular, sus vínculos con el pueblo son sus arterias vitales, y si éstas se cortan, la literatura está condenada a muerte.

Y finalmente, señor Silone, desearía hacerle también algunas preguntas :

¿ Qué piensa usted de la situación de la literatura en el mundo actual y, particularmente, en Italia, como es lógico ?

¿ Cuál es su opinión respecto a las manifestaciones de la literatura que están claramente vinculadas a la lucha de la clase trabajadora por la reorganización socialista de mundo ?

¿ Cómo evalúa usted el hecho indiscutible de que esta literatura se desarrolle cada día de manera más impetuosa ?

¿ Cuál es su actitud ante la lucha de las dos corrientes fundamentales de la literatura contemporánea : en pro o en contra del socialismo ?

En relación con estas preguntas, nos interesaría saber qué lugar atribuye usted a la « izquierda independiente », de la que habla en las preguntas que nos ha dirigido, y cuáles son las perspectivas de su porvenir.

Le estaré muy agradecido si quiere contestar a estas preguntas mías.

IVAN ANISSIMOV

Moscú, diciembre de 1956.

La respuesta de Silone

A PESAR DEL RETRASO con que usted, Iván Anissimov, ha contestado a las preguntas que le dirigí en Zurich, en septiembre último, no puede decirse que éstas hayan perdido en modo alguno actualidad o interés. Las condiciones de vida de los escritores en Rusia y, en general, las condiciones de la actividad cultural de ustedes, más bien parecen en realidad haber empeorado, y además el sentido de algunas de sus contestaciones confirma por desgracia este retroceso. No obstante, como podrá usted comprobar, su texto aparece integro, tanto en *Tempo presente* como en *Lettres Nouvelles*. Y puesto que usted expresa en las primeras líneas el deseo de que nuestro intercambio de opiniones prosiga y pueda, en adelante, extenderse a todas las complejas contradicciones de la cultura contemporánea, tenga la seguridad de que no seremos nosotros los que lo interrumpamos.

A este propósito, permítame que le pregunte una vez más si nuestras cartas aparecerán íntegramente, como sería natural, en su revista *Inostrannaja Literatura*. Francamente no sé cómo podría justificarse una negativa, ya que, bien o mal, los asuntos que tratamos no son cuestiones privadas, e interesan sin duda a sus lectores tanto como a los nuestros.

Le estoy agradecido, Iván Anissimov, por haber empezado en su respuesta exponiendo claramente su criterio, que es, des-

pués de todo, exactamente el criterio ya conocido de su gobierno, sobre los acontecimientos de Hungría en los últimos meses. Este argumento no estaba en mi cuestionario, que databa del mes de septiembre ; pero usted se ha dado cuenta, con razón, de que estos hechos habrán de encontrarse en lo sucesivo forzosamente en el orden del día de los intercambios de opiniones entre nosotros, y es probable que sigan así durante muchos años. Convengo en que es un asunto palpitante y del que no podremos hablar con serenidad e indiferencia ; pero en casos como éste, una polémica, aunque sea dura, es preferible a una hipócrita reticencia.

Permítame, pues, que le diga en seguida, Iván Anissimov, que el haber encontrado en su carta, en relación con la reciente insurrección del pueblo húngaro, la escandalosa tesis de su gobierno, me ha llenado de indignación y de disgusto, y quiero esperar que usted me hará el honor de tomar al pie de la letra estas palabras mías. En cambio, la actitud que usted se atreve a reprochar a J.-P. Sartre le ha honrado altamente a nuestros ojos. A costa de contradecir lo que él había predicado en los últimos años, Sartre ha demostrado, en esta ocasión decisiva, ser lo bastante honrado para preferir la verdad al amor propio. Pero ustedes están mal informados si creen que él ha sido el único en desengañarse entre los llamados « progresistas », y en vano podrían ahora tratar de aislarle para montar contra él la indecente campaña de difamación que, en su tiempo, llevaron a cabo con éxito contra André Gide. Se puede, por el contrario, afirmar sin exageración que, a pesar de las numerosas divergencias de ideas y de gustos que dividen a los hombres de cultura y literatura llamadas de izquierda, todos los que de entre ellos merecen alguna consideración y respeto (me refiero, entiéndase bien, a los que viven en países en los que una información libre de los acontecimientos de Hungría ha sido posible) esta vez se han encontrado unidos, se han solidarizado abiertamente con los insurgentes y han condenado la intervención militar rusa. Todas sus insinuaciones tardías contra el desinterés y la sinceridad de un grupo de escritores tan numeroso y calificado, que hasta hace poco tiempo, cuando militaba entre los « partidarios de la paz », ustedes adulaban, serían no sólo ultrajantes, sino sencillamente idotas.

Del mismo modo son arbitrarias y privadas de fundamento sus vagas alusiones a una verdad acerca de los acontecimientos de Hungría, que ustedes tienen seguramente en su poder y que, en cambio, a nosotros, al parecer, se nos escapa. ¿Por qué habrían de privarnos de esta luz las autoridades de su país ? Usted sabe perfectamente que en los nuestros existe une abundante red de periódicos, de revistas y de publicaciones cuya finalidad esencial es la difusión de las noticias y de las consignas del gobierno soviético, sin contar las emisiones de su radio en lenguas extrajeras, que pueden ser escuchadas libremente por todo el mundo. Pues bien, he aquí otro resultado de los acontecimientos de Hungría : el prestigio del costoso aparato periodístico del comunismo en nuestros países (que a los ojos de las personas provistas de espíritu crítico, nunca ha sido brillante), ha caído ahora directamente en el ludibrio, tanto por la enormidad y desfachatez de sus mentiras, como por la posibilidad de comprobarlas, que en nuestros países está al alcance de todos. Las mismas mentiras, Iván Anissimov, encuentro ahora en la base de sus juicios, tan perentorios como absolutos.

Así pues, nosotros conocemos con todos los detalles, gracias a la penosa lectura de la prensa comunista, la versión de los hechos de Hungría, hilvanada por el gobierno soviético, y podemos refutarla, mientras que ustedes ignoran la documentación auténtica procedente de la Unión de los Escritores Húngaros y de los Consejos revolucionarios de los obreros. De manera que ustedes carecen de los elementos indispensables para un verdadera crítica. La malsana obstinación de ustedes en hablar de complot fascista demuestra, sin embargo, que ignoran la verdadera génesis de aquella vasta revuelta del pueblo. Ignoran un fenómeno extraordinario que ha dado nuevo lustre y gloria a la profesión de las letras : cómo el pueblo húngaro, disgustado de un marxismo degenerado en ideología de miseria y de dictadura, y privado de una idea o teoría democrática autóctona, ha encontrado en las obras de imaginación de sus poetas, novelistas y dramaturgos la inspiración y el impulso para redimirse.

Ustedes ignoran lo que todo el mundo

sabe, y es que el epicentro de la rebelión no fué el episcopado, sino la Universidad y la fábrica Czepel, y que los insurgentes recibieron las armas de su propio ejército. Ustedes ignoran (y esto es una laguna más grave que las otras) que varios millares de soldados rusos, enviados para realizar la acción represiva, desertaron e hicieron causa común con los insurrectos. Probablemente ustedes no pueden darse cuenta, Iván Anissimov, de todo el valor que tiene para el buen nombre del pueblo ruso el gesto sencillo y heroico de estos soldados. Diríase que ustedes ignoran finalmente las informaciones de un observador neutral, como es el embajador de la India, que han sido publicadas por Nehru. Pero lo que ustedes no deberían ignorar en absoluto son los testimonios, fuera de toda sospecha, procedentes de sus propias filas : por ejemplo, lo que han escrito sobre los orígenes y sobre el carácter de la sublevación húngara el corresponsal comunista del *Daily Worker*, Peter Frey, el corresponsal comunista del diario *Il Paese*. Giorgio Bontempi, y el corresponsal comunista del semanario *Vie nuove*, para no citarle más que los casos observados por mí. Pero, ¿ conocen siquiera los testimonios de los escritores comunistas polacos, que tuvieron la suerte de encontrarse en Budapest ? Aunque careciésemos de otras pruebas, lo que los comunistas polacos Antoni Slonimsky, Jan Kott, Adam Schaff y Vladislav Bienkovsky han escrito valientemente sobre los hechos de Hungría bastaría por sí sólo para demostrar la falsedad de la versión aderezada por el gobierno soviético.

A causa de un conocimiento verídico de los hechos, es actualmente grave el desasosiego moral que se observa en amplias capas de los partidos y de los sindicatos comunistas de Occidente. Muchos indicios nos permiten creer que las repercusiones de estos hechos se dejarán sentir todavía durante mucho tiempo ; es posible que sean más importantes, profundas y renovadoras que las de la guerra civil de España. Sabido es que la guerra de España agudizó solamente el viejo antagonismo que existía ya entre la derecha y la izquierda ; en tanto que la insurrección de Hungría, al llevar al álveo de la libertad a muchas fuerzas captadas anteriormente por el comunismo, podrá dar nacimiento a una nueva izquierda.

De todos modos, Iván Anissimov, es grave que los escritores rusos deban ignorar estos hechos fundamentales. ¿ Cómo es posible una crítica marxista de un acontecimiento cualquiera, sin conocerlo en todos sus detalles y en todas sus relaciones?

Añada usted a esto que el conocer cómo se originó y desarrolló la insurrección húngara sería bastante más instructivo para ustedes que para nosotros. Les serviría para encontrar la prueba de la injusticia y del fracaso de su sistema político. La manera como el Estado ruso ha sofocado el movimiento de los « soviets » húngaros ha revelado su verdadera naturaleza mejor que cualquier análisis científico, tanto más cuanto que no ha sido una intervención improvisada, sino meditada, discutida, calculada, expresión de toda una concepción y de toda una práctica políticas. Pero los escritores rusos han demostrado un exceso de celo, del que espero algún día se arrepentirán. Cuando treinta y seis de éstos, para defender la versión mendaz de su gobierno han dirigido una carta abierta a escritores franceses, su mensaje fué reproducido por un gran número de periódicos, y no solamente los comunistas ; viceversa, la réplica de los escritores franceses no fué publicada nunca en Rusia y todavía es ignorada por una parte de los destinarios. Realmente, tienen ustedes un extraño modo de entender el diálogo.

Cuando se cae a este nivel, ninguna fórmula de cortesía nos puede impedir que califiquemos como se merece la situación en que ustedes viven. Todo se pone en acción para separarles materialmente de la verdad. Ni su inteligencia, ni su buen sentido, ni su sentimiento humano pueden, sin peligro, ponerse en contacto con los hechos reales. Es bien evidente que en su país, sólo la propaganda gubernativa continúa teniendo curso legal. Cierto número de escritores sufre y acepta esta coacción: para distinguirles de aquéllos que se atreven a correr riesgos, debería llamárseles los escritores-funcionarios de Estado. Por lo tanto, a nosotros no nos está permitido, al menos por el momento, entablar relaciones con ellos. Sólo estos escritores-funcionarios obtienen el pasaporte para el extranjero y vienen a nuestras conferencias. Todos nosotros recordamos de qué modo éstos trataron de demostrarnos, en su tiempo, que

Tito, Rajk, Slansky y consortes eran traidores, espías, agentes del imperialismo mundial ; más tarde, nos han comunicado la contrario, con mucha desenvoltura. Por esto, algunas, veces llegamos a preguntarnos : ¿ vale la pena « dialogar » con gente así ? Quizá sí, si el diálogo fuera público.

El objetivo principal de mis preguntas, Iván Anissimov, era orientar nuestra conversación en el sentido de puntualizar algunos hechos importantes de la historia literaria de Rusia, con un interés universal. Pero al hablar vagamente del período a que yo me refería, ha logrado usted el *tour de force* de no dejar escapar ni una sola vez el nombre de Zdanov. ¿ No pretenderá usted negar que, en aquel período negro, él ha sido un personaje de cierta influencia sobre las letras y las artes soviéticas ? Además, en cierto sentido, Zdanov es para nosotros, escritores, más importante que Stalin. El era el inquisidor especializado en la sofocación del espíritu creador.

Y ahora le pregunto sin rodeos : desde el momento en que, comúnmente, y también en su país, se ha definido dicho período como superado, ¿ no sería posible saber de una vez, y enteramente, qué sucedió entonces al arte, a la literatura, al teatro y a la historiografía rusos ? Mi propósito, fíjese usted bien, no sería detenerme en consideraciones psicológicas y morales sobre los escritores-funcionarios de Estado, que entonces mostraban un exceso de celo, ni sobre los que, como ha recordado Simonov, « nadaban a favor de la corriente » ; los que me interesan son los demás. Usted me recuerda que también en esa época se publicaron libros de valor. Sí, y ¿ por qué asombrarse de ello ? Nosotros sabemos que cuando es necesario, el espíritu conoce los subterfugios del contrabando, y más que en ningún otro país eso debe conocerse en Rusia, donde, también bajo la astuta *Okrana*, se publicaban las obras maestras que todo el mundo admira. Pero tampoco es necesario exagerar y adornar al cuervo con plumas que no le pertenecen. Ustedes hacen esto cuando atribuyen a la era de Zdanov-Stalin *El Don apacible*, de Cholojov, y la trilogía de Aleksei Tolstoy. Pero, repito, aunque yo haya encontrado en su carta, a propósito de ciertos libros, algunos argumentos que sugieren la reflexión estética que, en otra ocasión, me gustaría ver desarrollarse en medida más amplia, por ahora son los « otros » libros los que me interesan, los no publicados.

Usted sabe mejor que yo que la mayoría de los escritores rusos que, hacia 1932, disfrutaban de cierta notoriedad en su país, fueron víctimas del terror. Para muchos de ellos, todavía no es posible establecer hoy de manera cierta si fueron procesados, muertos, deportados o simplemente abandonados al hambre con la inicua prohibición de escribir. ¿ No podría promover ahora la Unión de los escritores rusos una investigación detallada sobre aquel inmenso exterminio de hombres de valor ? Se sabe casi todo de los políticos y de los generales, víctimas de las mismas « purgas » ; ¿ por qué ha de permanecer en las tinieblas el destino de los escritores y de los artistas ? Lo que nosotros (hablo de nosotros, los que estamos en el extranjero) sabemos es fragmentario, aproximado e incierto. Por ejemplo, usted, Iván Anissimov, cita a Gorki ; pero ya sería hora de que, para empezar, se aclarase el misterio de su muerte. De acuerdo con la acusación y el reconocimiento oficial de un proceso de marzo de 1938, Gorki murió envenenado por la policía política. ¿ Se ha hecho nunca una revisión de dicho proceso ? ¿ Fué realmente envenenado Gorki ? ¿ Cómo es posible dejar en suspenso una duda semejante ? ¿ Qué cuentan ustedes, sobre este punto, a los jóvenes que se acercan a la obra del último gran escritor de la vieja generación soviética ? El reciente suicido de Fadeev nos ha recordado los precedentes de Mayakovski, Essenin, Vladimir Piast, Andrei Sobol, Kuznietzov, Marina Tavietayeva ; pero nunca se han hecho públicas las inquietantes circunstancias de algunos de ellos.

Según una información de Ilya Ehrenburg, Boris Pilniak fué seguramente fusilado, mientras que Isaac Babel murió en un campo de concentración. También hay indicios de haber sido rehabilitados hace poco algunos de los escritores misteriosamente desaparecidos (Kirscion, Jasensky, Kotsov, Tretiakov). ¿ Debo citar a los demás ? De la larga lista de escritores hebreos condenados y ejecutados bajo la grotesca acusación de « cosmopolitismo », no tengo más que estos nombres : D. Bergelson, Perez Markisc, Itzik, Feffer, Der Nis-

tar, Mosce Kolbak ; pero ¿ y los restantes ? He leído con horror hace tiempo el artículo de Bernard Turner, titulado « Con los escritores hebreos en Siberia », publicado en la revista *Di goldene Keyt*, de Tel-Aviv, en el que precisa, entre otras cosas, la actividad de Ehrenburg como delator.

También es larga la lista de los escritores, de los que sabíamos vagamente que seguían vivos, pero con la prohibición absoluta de escribir ; y recientemente nos hemos enterado con satisfacción de que algunos de ellos ,Anna Aklmatova, Boris Pasternak, Michail Zoscenko, Yuri Olescia, M. Bulgarov, N. Erdman) han reaparecido. Persiste, sin embargo, una gran incertidumbre acerca de si pueden publicar sus obras. Y ¿ los demás ? Ivan Anissimov, ¿ cuál ha sido la suerte de sus colegas en la crítica y en la historia literaria : Leopold Averbach, Gorbatejov, Selevic, Lesenev ? Dónde han terminado los escritores marxistas : V. Nevsky, D. Riezanov, N. Popov, A. Anichev, S. Piontkovsky, G. Stiejlov, Friedland, Zeidel ? ¿ Cómo han muerto los hombres de teatro : Meierold, Liadov, Arkadin, Rafalsky, Auraglobeli, Nathalie Salz ? Y hay otros que han desaparecido también, sin dejar más vestigios que sus viejas narraciones y sus ensayos, que no han vuelto a imprimirse : Ossip Mandelstam, Iván Katayev, Zamyatin, Alexander Voronsky, A. Voloscin, U. Kuyev, A. Vesyoli, P. Orgescia, S. Klitekov, Tarasov-Redyonov, P. Romanov, G. Serebriakova, M. Oksman.

Me detengo aquí. Nuestros lectores encontrarán monótona esta lista de muertos, con nombres extraños, impronunciables, alineados sobre el papel, uno junto al otro, como las cruces todas iguales de un cementerio militar. Pero usted sabe, Iván Anissimov, que éstos no eran hombres fabricados en serie: eran escritores, artistas, pensadores, hombres llenos de espíritu, de brío, algunos también de gran talento, destrozados en pleno florecimiento de su genio ; cada uno de ellos era por sí solo un mundo de sensibilidad y de imágenes, un cosmos que no se repetirá. ¿ Se ocupa alguien de recoger al menos sus recuerdos, los manuscritos de sus obras, sus proyectos, sus apuntes ? ¿ No podremos los escritores de todos los países del mundo constituir, con nuestras aportaciones, un fondo especial para este fin ? Permítame que le diga que por uno de estos hombres, si el delito se hubiese perpetrado en un país con una opinión pública libre (quiero decir : por un solo poeta fusilado a causa de sus ideas no conformistas), la cólera popular hubiera levantado los adoquines y el asfalto de las calles. Pero no crea, Iván Anissimov, que al decir esto quiero acusar al pueblo ruso de inhumanidad o de inercia moral. La verdad es que ese pueblo ha visto ya demasiadas cosas ; y nosotros sabemos que el exceso de horror embota la sensibilidad, y el que no se vueve loco, se hace apático.

¿ Cómo se arreglan ustedes, Iván Anissimov, los historiadores de la literatura rusa contemporánea, para asignar a cada uno de aquellos pobres espectros el lugar que le corresponde en la esfera del arte ? No pretendo en absoluto que no se pueda formular un juicio sobre una obra, sin conocer el *curriculum* social y político de un autor ; pero precisamente es a esto, ustedes no pueden negarlo, a lo que les obliga su teoría del arte, que considera la posición político-social del escritor como el punto de partida obligatorio para juzgar la calidad y el valor de su creación. Por lo tanto, no debería ser de ningún modo indiferente, para su labor de crítico marxista, saber si el número aterrador de escritores rusos asesinados, deportados o amordazados bajo la acusación de ser fascistas, degenerados, víboras, ricachones, perros rabiosos, eran verdaderamente culpables. Imagino que no es divertido ocuparse en Rusia de historia de la literatura. Para un hombre honrado debe ser en verdad más fastidioso que el trabajo forzado en Siberia.

Sin embargo, el tono general de su carta parece el de un hombre tranquilo, en una sociedad estable y segura. ¿ Cómo es posible ? La explicación se encuentra tal vez en el pasaje de la misma en el que usted niega la existencia en su país del estado crítico de transición, que en los últimos tiempos solía llamarse « deshielo ». Si quiere decir que nunca ha existido resolución alguna del partido en la que se mandara o autorizara el « deshielo », tiene razón ; pero no me sería difícil demostrarle que esa consigna ilusoria ha sido difundida en Occidente por la propaganda de sus amigos « progresistas ». Nosotros tam-

bién la hemos aceptado porque nos alegraba, y sobre todo porque nos parecía que esa expresión meteorológica era la más apropiada para designar una mejora del clima político y cultural en un país sin opinión pública. Por otra parte, aunque usted rechace los términos de « deshielo » y de « destalinización », cuando insiste en algunos hechos recientes de su vida literaria, demuestra que admite, en parte por lo menos, lo que con estas palabras se indicaba. Para hablar solamente de las cuestiones más relacionadas con nuestra conversación, está fuera de duda que en los últimos tres años se ha permitido a sus escritores y hombres de teatro apartarse algún tanto del optimismo obligatorio y expresarse un poco más libremente, por ejemplo, sobre las fechorías de la burocracia y sobre el cinismo y la indiferencia de la nueva generación.

Por desgracia, esto sólo ha sido una fugaz primavera. En los últimos meses, y más precisamente en las últimas semanas, parece que una nueva oleada de frío siberiano ha hecho marchitarse esos tiernos brotes de un arte libre Así, cuando Simonov pidió en un artículo suyo que se cese de prescribir a los literatos el realismo socialista como método, limitándose a recomendarlo como un recurso subsidiario, se le ha reprendido oficialmente y se le ha llamado al orden. No en balde se ha llevado a la dirección de todas las actividades culturales de ese país (el puesto del célebre Zdanov) a Molotov, después de haber sido apartado del gobierno con la política del pasado. Por esta razón, la cultura ha tenido el desagradable privilegio de servir de refugio y reserva para el stalinismo, en el período en que, por motivos complejos, era objeto de acusaciones. No hay duda de que las severas instrucciones dictadas públicamente por Molotov sean la exacta repetición de las de Zdanov, que nosotros creíamos abolidas después del XX Congreso del Partido Comunista de la U.R.S.S. Las desagradables consecuencias no han tardado en manifestarse. La novela de Dudinziev *No se vive sólo de pan*, a pesar de la calurosa acogida de los lectores, fué súbitamente condenada ; después le tocó el turno a Granin, por su cuento *La propia opinión* ; a Evtuschenko, por su poema *Los demás* ; a Kirsanov, por su poema *Los siete días de la semana*.

Pero quizá sea inexacto hablar en el mismo sentido de vuelta al zdanovismo, ya que en algunos sectores, que son esenciales para juzgar el grado de civismo de un régimen, ustedes no se han apartado prácticamente nunca de él. Me refiero al antisemitismo y, más exactamente, a la persecución de los intelectuales hebreos, de su lengua, de su prensa, de su literatura, de su teatro. La fuente, en la cual hemos obtenido la información más exacta sobre la persistencia de una persecución de la cultura hebraica en Rusia, no puede serles sospechosa, puesto que se trata de un informe de una delegación del partido comunista inglés, publicado en el semanario oficial del partido, *World News*, el 12 de enero de 1957 : « Los primeros hechos concretos — se puede leer en dicho informe — se han producido durante una visita a la Biblioteca Lenin, del Estado... Resultó que no se encontraba nada en lengua *yiddish* de fecha ulterior a 1948, y por lo tanto hay que deducir de esto que en aquel año cesó la publicación de los periódicos y revistas en lengua *yiddish*. La Enciclopedia soviética que, en su edición de 1932, consagraba unas ciento sesenta columnas a los hebreos, en la edición de 1952 ha reducido el asunto a cuatro columnas. Se han quitado las biografías de muchos hebreos eminentes. En la de Marx, ya no se hace mención al hecho de que era hebreo. Los volúmenes encuadernados de la revista *Heimland*, en lengua yiddish, se hallaban en la Biblioteca hasta los tomos de 1948, y de aquí no pasan. La colección de las obras de Halkin y de Vergelis, poetas yiddish aún vivos, se encontraba completa hasta 1948, y después de esta fecha, nada. »

La delegación comunista inglesa se preocupó de buscar algún escritor hebreo entre los que se decía que estaban en libertad, « y con este fin — se lee en el informe — hubimos de cursar peticiones oficiales ». Este es un procedimiento que en los países más reaccionarios del Occidente se utiliza tan sólo para visitar a los detenidos en espera de ser juzgados. ¿ Cómo fué acogida aquella petición oficial ? « Se nos dijo — refiere el informe — que no era posible verles, porque todos estaban de vacaciones, a excepción de Halkin, que se encontraba en su domicilio, pero demasiado enfermo para recibir visitas. Este

último hecho — observa el informe — resultó exacto ». Pero no todos los hebreos estaban de vacaciones o moribundos ; algunos se encontraban también por la calle o en locales públicos. Continúa diciendo el informe : « A través de las conversaciones privadas del compañero Levy (el profesor Hyman Levy, miembro de la delegación) con algunos hebreos, descubrimos que entre ellos calificaban la etapa transcurrida entre 1948 y 1952, de *años negros* : durante aquel período los hebreos fueron destituídos de sus empleos, los poetas y los escritores hebreos eran detenidos, acusados de traición y ajusticiados ». Hecho nuevo en la historia de Rusia, al antisemitismo oficial no correspondía un antisemitismo de la población : « Muchos sectores de la clase obrera soviética — dice el informe — hicieron todo lo posible para demostrar simpatía y solidaridad hacia los hebreos en desgracia ».

Después de la muerte de Stalin, ¿ han cesado las persecuciones ? Sí, dice el informe, algunos escritores fusilados fueron rehabilitados, pero la asimilación forzosa de los hebreos continúa, y para hacer la posible se niega a los hebreos toda posibilidad de expresión cultural. Las escritores y los poetas hebreos ya no pueden expresarse en su propia lengua, y he aquí por qué en las bibliotecas no se encuentra nada de fecha posterior a 1948 ; el teatro hebraico, que había conquistado una fama mundial, permanece cerrado.

Una confirmación de estas persecuciones nos llega de otro origen y éste tampoco es sospechoso : I. B. Salzberg, uno de los exponentes del partido comunista del Canadá. El año pasado Salzberg fué a Rusia con una misión de su partido y sostuvo una conversación de dos horas con Kruschef, relativa a las persecuciones antisemitas. Kruschef no las desmintió en modo alguno y, finalmente, las justificó con el argumento obsesivo de que los hebreos serían de todos modos desleales en caso de guerra. Quizá también sabe usted que el bárbaro principio del « peligro objetivo », o potencial, ha sido siempre la base de todas las matanzas de inocentes.

¿ Puedo preguntarle ahora si estos documentos de los comunistas ingleses y canadienses son accesibles al público ruso ? A propósito del público ruso, usted tuvo la deferencia de preguntarme qué escritores de « izquierda independiente » de los de más países, que no hayan sido aún traducidos al ruso, merecerían serlo. Antes de contestar a esta pregunta, debo decirle que no me es difícil admitir que realmente en Rusia se ha traducido mucho y de todas las lenguas. A pesar de esto, si tenemos la ocasión de conversar con algún ruso de la nueva ortodoxia, aunque sea instruido, recibimos la impresión de que sabe muchas cosas del resto del mundo, pero no lo esencial.

Para descartar una falsa hipótesis política, debo añadir que la dificultad para llegar a una comunicación profunda aparece también entre los intelectules rusos y los marxistas occidentales. Esta incomprensión tiene una causa bastante clara: en los países capitalistas, el marxismo es todavía una teoría de oposición, una herejía; en Rusia, eso es exactamente lo contrario, es una ideología de gobierno, una ley. Conscientes de ello, ustedes, los rusos, se limitan a traducir de la literatura marxista occidental sólo aquella parte que se presta para un uso conservador, y repudian el resto, los fermentos que pondrían en duda la fatalidad de las normas adoptadas por el poder en Rusia después de la revolución. De manera que ustedes pueden permitirse el lujo inocente de traducir a su lengua muchos libros reaccionarios para exhibirlos como prueba de su falta de prejuicios; pero aún no se han atrevido a traducir la mayor parte de los libros de Lukacs, ni los trabajos de crítica y de filosofía de Antonio Gramsci, para no citar más que dos casos destacados.

Se me ha señalado ahora esta frase extraída de un reciente número de su revista, que confirma cuanto acabo de manifestar : « Puede parecer paradógico — se lee en el número de diciembre de la *Inostrannja Literatura* —, pero los dramas de Brecht no se representan en la U.R.S.S. » A ustedes puede parecerles paradójico, pero es bien comprensible, si se piensa en la virulencia de ciertas escenas de Brecht, y en la probabilidad de que éstas suscitaran un entusiasmo peligroso entre las muchedumbres soviéticas.

Por motivos todavía más importantes, es de temer que sus fronteras permanezcan

cerradas para las obras más significativas de los « independientes de izquierda », hasta el día en que el Estado soviético pierda su carácter totalitario. Es evidente que ustedes pueden, o podrían, traducir capítulos, ensayos, páginas escogidas de Bernanos, Camus, Sartre, Orwel, Simone Weil (le cito sin orden a diversos y opuestos autores, para subrayar la multiplicidad de expresiones que supone en Occidente la crítica independiente de la sociedad), pero no un texto que contenga fielmente el significado del conjunto de la obra de uno de ellos. La resistencia de ustedes no tiene más que una explicación. Se dan cuenta de que el reconocimiento de la existencia de una pluralidad de crítica en la sociedad burguesa, y de una pluralidad de perspectivas para una sociedad diversa, quita toda justificación moral a su monopolio político, al cual sólo le quedaría la explicación de la fuerza y del hecho consumado. Pero de este modo ustedes reducen a un esquema abstracto su visión del mundo de las ideas en nuestra época. La tan ponderada amplitud de sus traducciones es un *trompe-l'œil*.

Nosotros tenemos bastante a menudo la impresión, al observar a los intelectuales rusos que trasponen la cortina de hierro, de que admiran sobre todo las novedades técnicas del Occidente y de que están ávidos de conocer el origen, la publicación y los métodos y cosas similares. He aquí por qué ustedes nos parecen más próximos de los americanos que de los europeos; pero, volviendo a los escritores independientes, y por el motivo ya indicado, no creo que ustedes pudieran traducir más que algunos insignificantes fragmentos de Edmund Wilson, Lionel Trilling o Dwight Macdonald. Su anticonformismo sería contagioso. Dicho esto, pienso que ustedes no esperan ya de mi parte una determinada lista de autores para traducir. Estoy persuadido de que la mejor selección podrían hacerla sus mismos estudiantes, si los libros ahora prohibidos pudieran llegar libremente a sus manos en la lengua original y si las revistas de cultura del extranjero se encontrasen en los escaparates de sus librerías y en las salas de lectura públicas, como sucede en nuestros países con los periódicos soviéticos.

Sólo me queda ahora contestar a las preguntas que me dirige al final de su carta, a las que usted ha dado un carácter personal. Ya he escrito en otras ocasiones declaraciones de fe y le confieso que considero esto un género literario desagradable. Así pues, seré breve. Un escritor está en sus libros ; al menos de él puede decirse con certeza que será juzgado por sus obras y no por su fe. Pero, ya que no puedo pretender que usted lo sepa, me limitaré a contestar que soy socialista desde mi juventud, y realista desde que escribo libros, y que por esta razón detesto lo que ustedes llaman el « realismo socialista ». A mi modo de ver, el « realismo socialista » de ustedes usurpa esta denominación y sería « realista » llamarle « realismo de Estado », para expresar con mayor sinceridad lo que representa. ¿ Qué otra calificación merece en realidad una dirección estética que obliga al literato y al artista a dar una imagen optimista de una sociedad en la que el hombre está, más que en otra parte, expuesto a la opresión y al horror ? Que yo sepa, sólo hay una obra de autor ruso que pudiera ser clasificada en rigor como perteneciente al realismo socialista, y es el « informe secreto » de Kruschef ; pero éste ha sido publicado por los norteamericanos y, lo que es peor, parece que está a punto de ser repudiado por su autor. Tal es la incompatibilidad que existe entre el régimen político de ustedes y cualquier representación realista de la condición social.

El realismo presupone la libertad de la visión crítica, y el socialismo moderno, un dilema que, en otro tiempo, estaba sencillamente entre los pobres y los ricos, en tanto que ahora está cada vez más entre los oprimidos y la razón de Estado. Sea como fuere, ningún compromiso social exonera al escritor de la probidad en su profesión, que consiste en el empleo honrado de la inteligencia. En tanto que socialista y escritor, pienso que mi mayor mérito es el haber dado un mentís práctico a la aserción habitual entre ustedes, que aterroriza a muchas buenas conciencias : el que abandona el partido comunista pasa fatalmente al fascismo. Hay también otras fatalidades que yo niego, y que son inherentes a su modo de pensar, propio de « marxistas vulgares ». No es precisa ya una gran perspicacia mental para reconocer la influencia

inevitable que ejercen sobre cada expresión del hombre cierto número de determinismos sociales ; pero es verdaderamente estúpido dividir la literatura, como la ciencia o el arte, en dos campos, uno capitalista y otro proletario. Esta subdivisión es sobre todo irreal, por confundir las condiciones de existencia y de trabajo del escritor con su inspiración, y finalmente, es reaccionaria, porque procura coartadas a la pasividad y a la irresponsabilidad de los espíritus más débiles. En cambio, es más preciso que nunca, después de los acontecimientos de Hungría, reclamar de los escritores el sentido de la nobleza y de la responsabilidad de su profesión.

IGNAZIO SILONE

Nueva carta de Ivan Anissimov...

Señor Silone : He recibido su larga carta y, en cuando empecé a leerla, me asaltó la duda de si usted se habrá equivocado de destinatario: los ejercicios literarios de este estilo se transmiten a diario por la estación de radio « Europa Libre » y por otras semejantes. Después he llegado a la conclusión de que usted ha perdido la cabeza y la capacidad de hablar en otro lenguaje. En Zurich, donde se inició nuestro diálogo, usted se condujo de modo distinto.

Debo decirle, señor Silone, que su carta, irritada hasta el punto de falsear deliberadamente los hechos y la perspectiva, ásperamente adversa al socialismo y al marxismo, demuestra de manera evidente que sus fines son las más reaccionarios y que los grandes cambios sociales que se producen en la vida de la humanidad contemporánea le son odiosos y le repugnan. A todo, todo lo que usted escribe se puede aplicar el título de « revolucionario independiente » y de « socialista » en un sentido caricaturesco. Su carta es un completo desenmascaramiento.

Confieso que en Zurich no me forjé grandes ilusiones, en cuanto al carácter de su « revolución independiente ». Pero su misiva, en la que una indecente desenvoltura va unida a un nerviosismo febril (provocado evidentemente por el hecho de que en el juego de la contrarrevolución, la carta húngara, cuyo triunfo usted también esperaba, ha perdido la partida), revela su personalidad con luz más real, y el cuadro que de ella se deduce — preciso es decirlo — no tiene nada de bello.

Usted, señor Silone, rebasa los límites permitiéndose hablar de mi país con un tono casi irreverente ; permitiéndose calumniar la organización socialista soviética, que está dirigida por la voluntad de un pueblo de doscientos millones de habitantes.

Usted, señor Silone, rebasa los límites, al querer dar lecciones a los representantes de la literatura soviética.

Usted sabe que, después de una carta como la que se ha permitido dirigirme, el diálogo entre nosotros ya no es posible. Su carta demuestra que usted mismo no quiere, e incluso teme, que se prosiga este diálogo, puesto que sabe que, no obstante los furiosos ataques de la reacción, el mundo socialista es cada día más fuerte y que la nueva oleada de calumnias antisoviéticas y anticomunistas, en cuya formación usted participa con tanto ardor, está ya cayendo y es inevitable que así sea. La verdad recobra sus derechos.

He aquí por qué usted, señor Silone, se excita tanto; y por qué la grosería y los insultos no abandonan su pluma.

IVAN ANISSIMOV

Moscú, 3 de abril de 1957.

...y nueva respuesta de Ignazio Silone

Señor Anissimov : Cierta experiencia mía en la interpretación de las cartas procedentes de los países totalitarios, me ha permitido descubrir que en la suya del 3 de abril hay dos hechos importantes que usted no niega.

Se deduce de ella que, a pesar de todo,

usted escucha todos los días las emisiones de la radio « Europa Libre » y de otras estaciones occidentales. Esto me agrada y, francamente, no porque yo crea que tales estaciones representen la « voz de la verdad », sino porque se aproxima uno más fácilmente a la verdad mediante una confrontación sistemática de las opiniones opuestas. Si es cierto lo que se cuenta, es decir, que ahora en Rusia se escuchan con más frecuencia las radios extranjeras, especialmente entre los estudiantes, esto es sin duda alguna un hecho positivo. En Italia se produjo el mismo fenómeno en los años que precedieron al término de la dictadura.

El segundo hecho, que usted admite también y que es aún más importante (y al que las pintorescas y truculentas frases de fingida indignación de su carta, dan un gran relieve) es que, por desgracia, usted no está en condiciones de contestar a ninguna de mis preguntas, a pesar de estar inspiradas por el sincero deseo de mejorar las relaciones entre los escritores rusos y los escritores occidentales. Entretanto, para empezar, y a pesar del compromiso contraído en Zurich, usted no ha publicado mi carta en su revista, mientras que nuestros lectores han podido leer íntegramente la suya, que, accediendo a mi deseo, fué también traducida a varias lenguas. ¿ Cómo habré de juzgar la conducta de usted ? Aunque sólo sea para disculparle, quiero pensar que se lo han impedido.

Pero me entristece mucho más el hecho de que no se le haya autorizado a recoger mi invitación para celebrar una confrontación pública de nuestras informaciones y de las suyas, sobre los orígenes y el carácter de la insurrección húngara de octubre de 1956 y sobre su represión por las fuerzas armadas rusas. ¿ Por qué renuncia usted a descubrir la verdad ? Es evidente que sus jefes temen una controversia sobre esta materia.

Pero el silencio que usted mantiene sobre la suerte de un gran número de eminentes personalidades de su país : escritores, historiadores, críticos y dramaturgos desaparecidos de la circulación en la época staliniana, sin dejar huellas, suscita una duda siniestra sobre la condenación oficial de aquel período horroroso. Me extraña, por ejemplo, que usted no se encuentre aún en condiciones de darnos una versión definitiva de la muerte de Máximo Gorki. ¿Cuánto tiempo habrá de transcurrir aún antes de que se comunique si murió o no envenenado, de conformidad con una sentencia que ninguno de sus tribunales ha revocado nunca ? ¿ Y cuándo se hará la luz sobre los demás, sobre los deportados, sobre los condenados a muerte sin haber sido sentenciados ?

Es grave, Sr. Anissimov, que no le hayan autorizado a aceptar mi proposición de recoger donativos entre los escritores demócratas de todos los países, para constituir un fondo especial reservado a honrar la memoria de los intelectuales rusos, víctimas del terror staliniano, publicando sus recuerdos, sus escritos inéditos, los testimonios de su martirio, relatados por los compañeros que han sobrevivido. ¿ No le preocupa que, al transcurrir los años, esta acción reparadora que todos nosotros debemos a su memoria, vaya haciéndose cada día más difícil ?

Y finalmente, ¿por qué no se le ha permitido explicarnos los motivos de la clausura, todavía en vigor, del teatro hebraico de Moscú, y de la prohibición de todas las publicaciones en lengua *yiddish* ? ¿ Sus superiores se dan cuenta de que estos actos son vergonzosos e inconfesables ? Perdóneme : casi se me había olvidado que usted no puede contestar.

En esta condiciones, señor Anissimov, tiene usted razón : el diálogo entre nosotros es imposible y no tendría sentido. La censura le obliga a fingirse sordo. Así, pues, el diálogo entre nosotros sólo se reanudará cuando usted se encuentre en condiciones de responder a las preguntas que le he dirigido, y a las otras que tengo en reserva, como yo he contestado y estoy siempre dispuesto a contestar a las suyas.

Con la esperanza de que esto no tarde demasiado, le ruego que acepte mis saludos.

IGNAZIO SILONE

Roma, 10 de abril de 1957.

GERMAN ARCINIEGAS

La melancólica rapsodia húngara

COMENZABAN a llegar los refugiados húngaros, cuando fuí al campamento que se les había preparado, el « Camp Kilmer », a una hora de Nueva York. Sentía yo la necesidad de una aproximación humana, muy distinta de la que ofrece la lectura de los diarios. Me sorprendió no haber visto a un solo periodista ninguna de las veces que fuí. Se habían contentado con recoger las impresiones dramáticas del desembarco. Escenas de gente atolondrada que no salía del estupor de esta extraña aventura que los arrancaba de repente de su tierra de toda la vida, desajustaba las familias, precipitaba en la América de habla inglesa a sencillos trabajadores que sólo sabían su magiar y no habían soñado jamás en cruzar el Atlántico, y mucho menos para darle la espalda, quizás para siempre, al viejo paisaje de sus abuelos.

Cuando comencé mis visitas, unos ocho días después de haber llegado los primeros grupos, empezaba a producirse el cambio. Con todo lo que tenía de brutal ver el derrumbamiento de su patria, no podían ocultar, ni trataban de hacerlo, la alegría del hombre que se ha jugado la vida y ha salvado el pellejo. Reían al referir las astucias a que acudieron para cruzar la frontera. Reían pensando lo cerquita que tuvieron la muerte, y los lejos que la habían dejado. Un chófer me ofreció un cigarrillo. Me alargaba el paquete recién abierto de rubios « Camel » con gesto de gran señor. ¡De un señor capaz de ofrecer un cigarrillo a un amigo! Era la primera vez en su vida que podía darse un lujo semejante.

♣

Conversé con un fotógrafo. « Cuando usted vuelva al campamento — me dijo — le enseñaré vistas que tomé en los días de la revolución. » Dos o tres días más tarde le encontré de nuevo y corrió a sacar de su maletín un paquete. Eran fotografías, un poco grises, mal desarrolladas, pero mejores que cuantas he visto después. El hombre había registrado en la única forma en que lo ha hecho toda su vida los sucesos de la ciudad. Ahí estaba el edificio del parlamento en el momento en que los estudiantes y los obreros habían trepado a los tejados para arrancar los emblemas comunistas, la hoz y el martillo. Pronto se fueron arremolinando en torno nuestro muchachos, obreros que querían revivir el recuerdo de su gran jornada. Uno de ellos reconoció en seguida el cuadro. « Yo estaba ahí, ahí mismo » — decía. Tomó la fotografía en su mano y comenzó a buscarse. Se encontró. ¡ Todos le vieron en ese instante ! Le brillaba en los ojos el « eso no puede morir » que queda siempre flotando como la ilusión de los que no creen que la injusticia haya de triunfar definitivamente en el mundo.

En otra fotografía estaba la escena de la muchedumbre que se agolpó a volcar el monumento de Stalin. Y luego, una serie de episodios, hasta llegar al momento en que la estatua va inclinándose en el tope de la altísima columna, y cae. Al menos, ese testimonio quedará para siempre como el de la voluntad de un pueblo que quiere ser dueño de su propio destino, que expresa de manera simbólica su voluntad de sacudir el yugo de la potencia imperialista que lo oprime por la fuerza bruta. Una niñita sólo se trajo de Hungría un recuerdo : un pedacito de la piedra del monumento. Nos lo enseñaba como otros niños traen la muñeca para que veamos cómo abre los ojos, cómo cierra

los ojos. A esta niñita, el único juguete que le regaló el destino, para alegrarle su infancia en Budapest, fué el trocito de piedra en que se veía toda una historia de ráfagas de ilusión y eternas noches de zozobra.

♣

El niño de Hungría no trepó a las ramas del cerezo para ver rodar las nubes, desenredar el hilo de la cometa. El niño de Hungría no se durmió oyendo lindas historias de magia iluminada . No bailó la ronda alegre en el patio de la escuela. Con el oído despierto, sorprendía en los últimos instantes de sus vigilias palabras en secreto en que sus padres desataban los nudos de sus miedos para repasar el hilo de la tristeza. Había en el campamento una pareja que no se dió cuenta el primer día de la revolución que ya tenía levantado a Budapest : estaban obligados a trabajar hasta el último instante en el piso diminuto en que vivían. Vecina ya la noche, hicieron que la hijita fuera a comprarles cualquier cosa. Unos instantes después, volvió ella con sus doce años convertidos en una Marsellesa. El pueblo se había echado a la calle. Había banderas en las ventanas. La liberación cantaba de esquina a esquina y enloquecía a todo el pueblo. Los estudiantes habían hecho el milagro. Los niños de Hungría estaban cantando en las calles como si de repente las heladas plazas de la ciudad se hubieran trocado en patios de recreo...

♣

Fueron unas horas en que dominó ese absurdo del reino de los niños. La clarinada de la revolución la dieron los estudiantes, ellos saltaron de las clases a las calles, se agolparon frente al edificio de la radiodifusora a pedir que les permitieran poner en el aire su mensaje... y, claro, esperando alegres a que les tramitaran el permiso, recibieron de repente una lluvia de plomo y de fuego. Los estudiantes soltaron al aire la primera canción, y entregaron la primera cosecha de cadáveres. La hoz no cortaba trigo sino cabezas. El martillo no cantaba en el yunque, sino reventaba frentes altivas, nobles corazones. Son las maneras tradicionales del despotismo. Siempre ha sido igual. Así segaban y martillaban los zares, y así ha tornado a expresarse el nuevo imperio. Lo mismo fueron los blancos inviernos de San Petersburgo, lo mismo son los veranos de candela de Moscú.

Aquí en « Camp Kilmer » he visto a los estudiantes, he conversado con ellos. Son idénticos a los de mi tierra, a los de Cuba, a los de Argentina, a los de Chile. Aquí han arreglado su campo de pelota frente a la barraca en donde se instaló una sala de juegos para los refugiados. Saltan para atrapar el balón, lo hacen rebotar altísimo, cada golpe que le dan suena sabroso, como un triunfo de la destreza y del vigor juveniles. Unas semanas antes, tiraban de los cables para echar por tierra los símbolos del invasor.

♣

Casi siempre tuve que hablar con estos magiares a través de algún intérprete. Soldados americanos, hijos de emigrantes húngaros, me servían con eficacia. Pero dí con un refugiado que había sido dueño de un restaurante en Budapest y hablaba francés. Tenía esa locuacidad que es propia del oficio, y no sólo me relató sus aventuras, sino que me sirvió de intermediario para que los otros me contaran las suyas. Por él supe la vida de ratones que durante ocho días llevaron en los sótanos de Budapest cuantos pudieron refugiarse en ellos, mientras en la superficie maniobraban los tanques derrumbando edificios, aplastando insurgentes. Mucha gente murió en las ratoneras. A los ocho días se había hecho tan densa la atmósfera, eran tal el hambre y la fatiga, que salieron a buscar lo que fuera : un rayo de sol, un poco de aire fresco, o la muerte. El salió a ver su restaurante, y encontró que no era sino una pirámide de escombros. Dialogué con un actor de teatro y su mujer, actriz de cine. El, alto, de una hermosa figura. Representó muchas veces a Cyrano en Budapest. Luego, tuvo que irse acomodando a cabarets, a teatros de lance, porque los rusos imponían a sus propios actores. La misma suerte corría ella, que debe de ser en las tablas deliciosas. Con todas las fatigas y dramas de estos tiempos, los dos tienen esa buena estampa y ese « algo » que hace irresistiblemente atractivos a los actores. Luego he sabido que los dos ocupaban un sitio señalado en el teatro húngaro. Tie-

nen un repertorio muy limitado de palabras inglesas, pero con la ayuda del exdueño del restaurante, hablamos. Ahora el destino les ha cortado la lengua a estos actores. Tendrán que comenzar en otro idioma, aproximarse a otros públicos. Los magiares, en su mundo íntimo, tenían cosas propias que decirse, historias que recordar, canciones que cantar, y estos dos actores eran sus intérpretes. El invasor ha dicho : « Llévense ustedes su alma a otra parte. Lárguense de su tierra que ya no es suya. Vayan a nacer a otras tierras, y que no les vuelvan a oír las gentes de su pueblo, ni resuenen sus canciones en el mundo que fué de sus mayores. »

Al campamento van llegando centenares de nuevos refugiados. El primer día, mientras les vacunan, les preparan papeles de identificación, les matriculan oficialmente, se les ve silenciosos, como sonámbulos, sus ropas viejas, y en un atado, anudados en una pañoleta, los bienes que lograron salvar : unas pocas miserias. Al segundo día ya circulan libremente y van descubriendo cosas, y revoloteando frente a una cartelera en donde se ofrece trabajo. Un hombre de unos treinta años, obrero, tipo resuelto que mantuvo los trabajos de resistencia en campos vecinos a Budapest, que sabía cómo se hacen circular las noticias clandestinas y cómo se llegaba al lugar desconocido en donde se oían las transmisiones de la radio libre, me dice : « Yo no pido nada para mí, ni me importa. He llegado a país que ustedes aseguran que es libre y estoy convencido de que encontraré un trabajo y tendré cómo vivir con decencia. Pero en Hungría han quedado millones de gentes, que son las que me importan. Hungría es mi tierra, y aquí vengo a vivir en suelo prestado. Que nos den una ayuda, y mañana mismo me vuelvo a pelear, a estar con los míos, a estar con mi mujer

***

Habló el mozo con energía, y se volvió a los otros que estaban con nosotros. Les pregunté : ¿Ustedes volverían a pelear ? » Y todos a una : « ¡Claro que sí ! »

En el fondo, es la misma declaración que ha venido haciendo el mismo pueblo a través de los siglos. En 1848 tuvieron la ilusión los revolucionarios de que con la libertad de prensa, con un comienzo de democracia, con la liberación de los campesinos y la destrucción o abolición de los privilegios de los terratenientes, ganarían ese pedacito de tierra firme indispensable para seguir adelante en la lucha por la justicia social, por la dignificación del hombre libre. El poeta Petofi, con un poema que se cantó como la Marsellesa de Hungría, hizo entonces lo que los mozos de Budapest en nuestros días. Vino la contrarrevolución, volvió el imperio, volvió Viena con sus reyes a pesar sobre los ilusos desilusionados. En los silencios de los campos de Hungría el árbol que más ha crecido es el de una esperanza insatisfecha. Cuando la bota de Hitler golpeó en Budapest, aún seguían los mismos campesinos esperando. y se redobló entonces el peso de la servidumbre. Cuando vino Rusia y los liberó, pasó una cuenta, por el trabajo, de trescientos millones de dólares, y además se quedó, haciendo cada vez más larga la jornada de trabajo, más escasa la ración de pan, más angosto el estrecho corredor de la libertad. Los húngaros quisieron ser como los pueblos libres, que disponen de sus cosas, ordenan sus gobiernos, dicen lo que piensan. Los tanques soviéticos les enseñaron que Rusia mantiene su posición imperial de déspotas militares reaccionarios. Y ahí están otra vez los campesinos con más peso a las espaldas, y los estudiantes con la lengua cortada.

A « Camp Kilmer » han llegado ya 30.000 personas. Y decenas de miles andan por otras tierras, por los países más apartados de Hungría. A Colombia, a mi pobre tierra, ha llegado un centenar que nunca antes supo nada ni del nombre de ese país, que no pronuncia palabra de español, en el más absurdo peregrinaje de este diabólico mundo enfurecido. El que ame a su tierra, que la deje. El que quiera hablar, que se largue. Sólo a Rusia le queda el privilegio de saber qué es lo que les conviene a los húngaros, en qué deben trabajar y cómo deben pensar. Jamás se ha podido tener una idea más baja de la dignidad del hombre humilde, ni una convicción más atrevida de los derechos de un imperio irresponsable.

GERMAN ARCINIEGAS

Francia : Encuesta sobre la juventud

POR HENRI PERRUCHOT

Qué es la juventud de hoy? ¿Cuáles son sus vocaciones? ¿Qué quiere? Sus modos de pensar, de actuar y de reaccionar, ¿son radicalmente distintos de los de las generaciones que la precedieron? ¿Cómo enfoca los graves problemas que se plantean al hombre en nuestro siglo tan turbulento? Quisiera esforzarme en contestar estas preguntas, casi innumerables, y tal es el motivo de esta encuesta que bien pudiera titularse: *Juventud de hoy, Francia de mañana*. Porque, en efecto, preguntar a la juventud, es interrogar al porvenir. Lo que desearíamos sería ver perfilarse el futuro de nuestro país al través de esta juventud, que es la que precisamente deberá asumir la responsabilidad de ese futuro.

Debemos decir, antes de nada, que semejante indagación presenta grandes dificultades. Al lado de las disciplinas tradicionales, existen en nuestros días tantas escuelas especializadas, tantas salidas distintas, que sería imposible, en la órbita de una indagación como ésta, hacer una exposición de todas ellas. Con toda seguridad incurriré en muchas omisiones, de las que me disculpo por anticipado.

Dicho esto, pienso, sin embargo, que como consecuencia de contactos múltiples, la presente encuesta reflejará con bastante fidelidad la fisonomía de la juventud actual.

La casualidad me deparó primero el encuentro con estudiantes de historia; así es que empezaremos por éstos.

La joven a quien interrogo — llamémosla Isabel — está casada; acaba de terminar su licenciatura en historia; ahora va a preparar su diploma de estudios superiores, y después pensará en lograr regentar una cátedra. Es una alumna brillante, que cuando estudiaba en el liceo obtuvo un accésit al concurso general. Isabel va a dedicarse al profesorado, ya que, al parecer, obedece con ello a una vocación imperiosa.

— Siendo muy niña — me dice —, soñaba ya con la enseñanza y trataba de enseñar a leer a mi hermano menor. Después intentaron desanimarme diciéndome que la carrera docente estaba mal retribuída. Pero esto no me disuadió de mi propósito.

Su pasión por la historia se afirmó al mismo tiempo que su inclinación a la enseñanza. Y sin embargo, no hay ningún historiador en la familia; pero el ambiente culto en que se crió (su padre es escultor y todos los suyos leen mucho) ha contribuído, sin duda alguna, a favorecer ampliamente el desarrollo de sus tendencias naturales. Más tarde, si fuera posible, desearía dedicarse, además de la enseñanza, a investigaciones de archivos ; lamenta, a este respecto, que el Centro Nacional de la Investigación Científica disponga de tan pocos créditos. Pero sea lo que fuere, Isabel desea ante todo llegar a ser una buena profesora: éste es su principal objetivo.

— Estimo, dice, que es muy importante que los alumnos tengan buenos profesores. Y quisiera ser uno de éstos. Desearía hacer que a mis discípulos les gustara la historia. Si las gentes conocieran mejor la historia,

comprenderían también mejor los acontecimientos que viven.

La historia moderna la apasiona ante todo, y singularmente las cuestiones sociales, el sindicalismo y los movimientos populares. Sueña además con una sociedad en la que predominen sentimientos de fraternidad y no impulsos de lucha. Sin embargo, le gusta Blanqui y juzga a Proudhon como un utópico. Cierto es que confiesa que no tiene todavía una cultura filosófica suficiente. Estudió a Kant con señalado interés, leyó a Marx, pero desconoce casi por completo a Schopenhauer y a Nietzsche. Los programas son demasiado exigentes.

— ¿Por qué — dice — estamos obligados a atestar nuestra memoria con un fárrago de hechos y de fechas que se pueden encontrar en el primer libro que caiga en nuestras manos?

Estos programas desmesuradamente hinchados han impedido hasta hoy extender el ámbito de su cultura como hubiera deseado. No lee mucho, y tiene poca afición a la literatura moderna. No le gusta ninguno de los autores que le cito: ni Sartre, ni Camus, ni Montherlant, ni André Breton, ni Simenon. Los pocos escritores que aprecia son poetas: Eluard, Desnos...

Recién casada, Isabel, a consecuencia de las actuales circunstancias, se ve en la necesidad de vivir en casa de sus padres, quienes, por ventura, ocupan un piso bastante amplio cerca de la Plaza de la República. Isabel es enemiga resuelta del concepto de la « mujer en el hogar ». Si un día tuviera hijos no dejaría por ello de ejercer su profesión, y entregaría la educación parcial de aquéllos a sus propios padres, casas cunas, etc.

— No se debe tener a los hijos colgados de las faldas, concluye. Es menester acostumbrarles muy temprano a vivir en medio de otros niños.

El marido de Isabel, profesor, trabaja a trescientos kilómetros de París. Su joven esposa desea que, un día cercano, sendos puestos docentes en la misma localidad les reunan definitivamente.

— Entonces — le digo — comenzará usted su verdadera vida. Llegado ese momento ¿cuáles son las cosas que le parecerán más importantes?

— En primer término la profesión. Ejercer **bien mi función.** Naturalmente, desearía tener las mayores comodidades posibles: un coche, un aparato de televisión, pero no quisiera adquirirlas con detrimento de lo esencial. También me agradaría viajar. ¡Quisiera ir a todas partes!, — exclamó.

Al comenzar esta encuesta no sospechaba yo que iba a oír formular este deseo con tanta frecuencia.

EL JOVEN a quien ahora interrogo acaba de terminar su licenciatura en historia (de un golpe logró en junio tres certificados) después de haber pasado por la Escuela de Ciencias Políticas. Por su parte, no se contenta con viajar: especialista en el « auto-stop » recorrió ya toda Europa salvo Portugal e Islandia. Llegó incluso a Turquía atravesando Yugoeslavia, y siempre por medio del « auto-stop »; lo cual, en opinión de los que lo practican, constituye una marca notable.

Su vocación es más bien geográfica que histórica. Además, la enseñanza sólo le atrae como medio para asegurar, quizás pasajeramente, su existencia material. Preparará su cátedra, pero también él, aspirando a poder dedicarse algún día, de un modo o de otro, y exclusivamente, a la investigación.

— ¿Por qué la geografía?

No lo sabe. Los orígenes de esa profunda inclinación se pierden para él entre las brumas de la infancia. Además, sus padres estimularon esa afición. Le regalaban libros de geografía y mapamundis. En el curso de nuestra conversación, mi interlocutor me habló incidentalmente de los cuadros de Vermeer, que vió en Holanda, y que, por curiosa asociación de imágenes, compara con los mapas geográficos.

Educado en un ambiente muy intelectual (entre sus ascendientes me cita universitarios, directores de periódicos, pintores), aprovechó desde el principio circunstancias que no pueden ser más favorables. Leyó y reflexionó mucho. Geógrafo ante todo, considera como esencial en la historia lo concerniente a los pueblos y a su evolución, y con preferencia la más reciente, la que nos afecta de modo más directo. Consecuentemente critica la enseñanza de la Sorbona, demasiado preocupada en general, según él, de un pasado sin relación verdadera con nuestro presente:

— Lo que importa — exclama — es una sociedad para nosotros. La ciencia histórica que proporciona la Sorbona es, a lo sumo, exclusivamente europea en demasía. ¿ Qué se nos enseña de la India o de la China?

Avido de conocer el mundo de su tiempo, le atrae todo aquello que le permite aumentar y concretar estos conocimientos: por ejemplo, en el cine las películas evocadoras de un medio determinado. También le deja bastante frío la literatura. Por lo demás, hoy lee más periódicos y revistas que libros. Si manifiesta interés por la arquitectura (se muestra celoso partidario de las obras de Le Corbusier), es porque la arquitectura responde a realidades sociales y humanas precisas.

Después, el geógrafo se desliza forzosamente hacia las cuestiones políticas. De origen burgués (me recibe en un lujoso piso), ésto no le impide ser un adversario decidido del capitalismo. Pero no acepta a Marx, ni el marxismo. Sus autores predilectos son Bakunin, Víctor Serge y Eliseo Reclus, entre otros. Cree que el parlamentarismo ha fracasado totalmente.

— Vivimos una fase de transición — dice —, una fase penosa de la historia de la humanidad. Los nacionalismos, los estatismos son más violentos que nunca. Pero a pesar de todo sigo siendo optimista. Es cierto que no será siempre fácil actuar en este mundo. Por mi parte, fuí un militante europeo convencido. Participé en distintos Congresos internacionales. Esto me agradaba. Veía a Europa. Después me dí cuenta de que era extremadamente peligroso...

EL ESTUDIANTE con quien hablo hoy da una entera impresión de equilibrio. Se expresa fácilmente, con una seriedad que no excluye cierto humorismo.

A punto de terminar una licenciatura libre, en letras, en las que la historia constituye la base, acaba de ingresar en el servicio de las *public relations* de una importante compañía petrolífera. ¿Su sueño dorado? Llegar a convertirse más tarde, si le es posible, en un periodista, en un reportero de altos vuelos.

El viaje constituye su pasión, igual que para muchos jóvenes de nuestra época. En tres ocasiones presentó trabajos para obtener las becas de Zellidja: con este motivo visitó a Italia del Sur, el monte Athos y una parte del Oriente Medio.

Sus aspiraciones tienen como origen una curiosidad constantemente despierta y una viva inclinación a la independencia. Su medio familiar no influyó en él (su padre, fallecido hace dos años, era un ingeniero salido de la Escuela Central). Por el contrario, más bien ha actuado contra ese medio.

— No me siento — dice — profundamente arraigado en él.

Igual que muchos otros, atribuye su vocación al influjo de algunos de sus profesores; y fué gracias a ellos como se dió cuenta de sus verdaderas inclinaciones.

Muchas veces haremos notar que la importancia de los maestros es considerable, y con frecuencia decisiva, en la orientación de los jóvenes. No dudamos que el porvenir de un país se cifra ampliamente en ellos.

— Cursaba yo « filo » (filosofía). Dos profesores nos hicieron ver hasta dónde podíamos llegar. Nos señalaron horizontes. Mi curiosidad intelectual se despertó...

Entonces se produjo en él una verdadera mudanza ayudada, como casi siempre, por numerosas lecturas. Lecturas muy diversas, que abarcaban tanto a Saint-Exupéry o Malraux como a Spengler, Simone Weil o Jaspers.

Aquí asoma lo que denominé humorismo de mi interlocutor; cierto espíritu sarcástico, formado en el fondo por mucho escepticismo, que nació en él durante las horas de la ocupación.

— Me doy cuenta — dice — de que he quedado profundamente afectado por esos tiempos sombríos... Pero — continúa —, este escepticismo no debe confinarme en una torre de marfil. Hoy día esta torre de marfil es imposible. Me siento necesariamente comprometido. No es que quiera militar en un partido político. El compromiso político me parece que con frecuencia no es más que conformismo. Además, desprecio profundamente las proporciones de fuerzas; y también desprecio la mentira y la hinchazón de las palabras, que constituyen parte de los grandes males que sufrimos. Por esto — añadió — nuestro poder político me inspira desconfianza. Sería necesaria una representación parlamentaria más sana; sería menester exigir el respeto

a los compromisos, y suprimir eso que merece con tanta frecuencia el nombre de estafa electoral.

Actualmente, apremiado por sus múltiples ocupaciones, lee poco, pero espera que en breve plazo podrá ampliar su cultura literaria.

Si la pintura no le emociona mucho (le gustan Guardi, Tiépolo y los retratos del Tiziano; el renombre de algunos artistas modernos le parece muy exagerado), si en el cine le atraen sobre todo las películas de chiflados y los dibujos animados (« el dibujo animado es una forma de arte completamente nueva »), en cambio la música le procura un constante e inmenso placer y — añade — « reconozco cierta dignidad al placer ». Me refiere que formó parte como contrabajo en una orquesta de estudiantes.

No le gusta el jazz ni poco ni mucho; se declara un fanático de Wagner, y tiene también acusada inclinación hacia Mozart.

— Mozart satisface en mí una necesidad de pureza; en constraste con Wagner, es una especie de contraveneno.

También le gustan los modernos como Prokofiev o Chostakovitch, que conceptúa sanos, al contrario de un Bela Bartok, que le parece enfermizo.

— Después de todo — me dice para terminar —, ¿quién sabe? Me casaré. El matrimonio quizás será para mí una traba. Ignoro en definitiva lo que haré más tarde. Pero, a pesar de todo, desearía tener una profesión bastante independiente para que me permita ser yo mismo.

La joven R..., a la que ahora interrogo, prepara una licenciatura de inglés. ¿Aspira al profesorado?

— La enseñanza — me contesta — sería para mí lo peor. Lo que desearía es traducir libros.

La joven R... justifica en el acto su deseo: le gusta la literatura y tiene gran aptitud para los idiomas. Desde los once años habla corrientemente el inglés. Es verdad que en su infancia residió un año en los Estados Unidos, donde tiene familia. También habla el hebreo; en efecto, es judía e hizo un viaje a Israel.

Pero, ¿ser traductora es una carrera verdaderamente remuneradora y estable? La señorita R... me lo confiesa: le gusta tener « lo necesario » y no aceptaría el riesgo en este aspecto. Tal vez, cuando haya reflexionado bien, se hará profesora: la enseñanza le garantizará un vivir decoroso y con él relativa libertad.

No dejemos a la joven R... sin mencionar algunos de sus gustos literarios; éstos corresponden a tendencias bastante generales. Además de Dostoyevski, que es su autor predilecto, siente apasionada admiración por Shakespeare. Debo reconocer que antes de comenzar mi encuesta no esperaba oír con tanta frecuencia este nombre. Me rindo a la evidencia: Shakespeare atrae el interés de gran parte de la juventud. Las representaciones del Teatro Nacional Popular influyen mucho en ello, según me dicen.

Otro sentimiento que la señorita R... comparte con gran número de sus camaradas es la estima por Albert Camus, cuya maestría, arte en la construcción, mesura y humanismo, aprecia mucho. De todos los autores contemporáneos, Camus es hasta ahora el que citan con más frecuencia; y de sus obras, prefieren siempre *La Peste*.

Créanme ustedes que no todos los estudiantes se prestan con agrado a satisfacer la curiosidad del reportero. Algunos se niegan resueltamente a responder. Otros aceptan en principio, pero contestan con muchísimas reservas. Desde el instante en que empieza a interrogárseles intentan sustraerse. Es difícil sacar en limpio algo concreto. Pero, a decir verdad, ¿es que opinan « concretamente » algo? ¡Cuántas veces tengo la impresión de hallarme frente a seres que todavía no se han descubierto a sí mismos, que vacilan, que andan despistados!

He aquí, como ejemplo, una joven. Tiene los cabellos largos conforme a la moda de Saint-Germain-des-Prés, y parece como si quisiera ocultarse detrás de ellos. Desde la primera palabra que cruzamos estoy seguro de que no se establecerá ningún contacto entre ambos. Hay en su voz no sé qué agresividad.

Hasta estos últimos tiempos preparaba también una licenciatura de inglés. — Es necesario vivir — me dice —. Hubiera podido llegar a ser intérprete, dar lecciones. Pero fracasó en sus exámenes. De la Sorbona pasó la la Escuela de Bellas Artes.

— Podría ser pintora — me dice —.

— ¿Esta vocación le vino de repente? — le pregunto asombrado —.

— No, no. Siempre busqué un medio artístico de expresión. Confieso a usted que a los diecisiete años cultivé la música y toqué el violoncelo.

Pero esta afición no llegó a cuajar.

El violoncelo, la licenciatura de inglés, la pintura... No puedo comprender bien las relaciones que unen esos elementos tan dispares. Por desgracia, la joven elude mis preguntas.

— Sería demasiado largo explicar todo eso — alega —.

Me ciño a lo que concierne a la pintura.

— Señorita, ¿qué es lo que desearía hacer? (Hay en su rostro una mueca evasiva). ¿Cuáles son sus gustos, por lo menos? ¿Le gustan Van Gogh, Cézanne?...

— Sí; me gustan Van Gogh y los retratos de Cézanne. En un cuadro me gusta todo aquello que caracteriza al hombre: lo psicológico.

Por aquellos días la joven había visitado una exposición de Guerrier.

— Encuentro muchas cosas en Guerrier — afirma —.

No sacaré de ella nada más en limpio.

DEBO CONFESARLO? Desde que ese joven (llamémosle Andrés) se sentó frente a mí, me sedujo. Se desprendía de todo su ser una impresión de nitidez.

De mediana estatura y vestido con esa corrección discreta que constituye la verdadera elegancia, Andrés se expresa pausadamente y sin rodeos. Su mirada brilla detrás de los cristales de sus gafas. Un collarcito de barba rubia da dulzura a su fino rostro.

Inicio la conversación:

— ¿Acaba usted ahora una licenciatura en psicología?

— Sí; termino mi licenciatura al mismo tiempo que sigo los cursos del Instituto Nacional de Orientación Profesional.

Andrés hizo parte de sus estudios en provincias, en el Norte. Los termina en París.

— ¿A qué carrera va a dedicarse?

— Entraré en un centro de orientación profesional, o bien en la industria particular, como psicotécnico. Por mi gusto preferiría dedicarme a la orientación profesional pura. Sin embargo, tal vez me veré obligado, por necesidades estrictamente materiales (tengo novia y voy a casarme pronto), a elegir el segundo camino, donde la retribución es mayor.

— ¿Hace tiempo que le atraen la orientación profesional y la psicología?

Un instante de duda. La mirada centellea detrás de las gafas.

— Le hablaré con franqueza — me contesta Andrés con una voz que de repente se hace más grave. Mi primer deseo fué ser sacerdote. Estuve cinco años en el seminario. Pero no tragué la escolástica. Me dí cuenta de que me equivocaba. De acuerdo con mis profesores, renuncié a mi propósito y decidí volver a la vida laica. No crea que lamento absolutamente nada, se apresura a añadir. Por lo demás adquirí en el seminario una preparación excelente.

El sacerdocio, la orientación profesional... ¿no serán en resumidas cuentas la misma vocación profunda, que intenta realizarse por medios distintos?

— Seguramente — me dice —. Además, no soy el único que está en ese caso. Todos los años acuden a la orientación profesional jóvenes que, con escasa diferencia, han vivido una experiencia igual que la mía.

Se concibe que el regreso a la vida laica no careció de dificultades. Era necesario encontrar de nuevo el equilibrio, acostumbrarse a nuevas perspectivas de porvenir.

— Me ayudaron algunas amistades a dar ese paso delicado. Hoy estoy presto para afrontar mi vida de hombre. Creo que podré ser útil. Sí; quisiera ser útil — afirma Andrés con energía.

— ¡Oh! no considero mi futura profesión de un modo administrativo. Me atrevo a decir que tengo de la orientación profesional una concepción dinámica. Desconfío mucho de lo abstracto. Me interesa mucho más la práctica que la teoría. Y querría mantener contactos humanos, lo más estrechos posible, con los seres con quienes tendré que encontrarme. En efecto, para mí la orientación profesional es, ante todo, un medio de ayudar a los demás a lograr sus designios, de hacer que se desarrolle lo mejor de sí mismos. La profesión que elegí está cargada de responsabilidades... Además desearía completarla con una acción social.

— ¿Qué entiende usted por eso? ¿Tiene proyectos políticos?

— De ningún modo. Siento más bien asco de la política. No podría vivir más que en un clima de confianza; y la vida política significa, con gran frecuencia, otra cosa completamente distinta. No; lo que entiendo por acción social es un trabajo de cooperación a una vida mejor en la ciudad. Problema de la vivienda, ayuda mutua, difusión de la cultura... ¡Hay tantas cosas que hacer en esos aspectos!

Andrés continúa siendo muy creyente. Aunque católico practicante, no intentará, sin embargo, imponer a nadie sus propias creencias. Lo que ante todo considera en un semejante es su valor humano, moral.

— Se diría — añade — que hemos perdido la noción del interés común. Vemos prevalecer en todas partes los intereses personales sobre el interés general. Esto me parece muy grave. Y termina diciendo con brío: — Es necesario que reaccionemos en sentido contrario.

ESTA TARDE veo a la señorita V..., que ciertamente no se preocupa de las mismas cuestiones que Andrés. Esta joven prepara un licenciatura libre, de letras, de inglés y alemán, simultáneamente.

— Pero me aburre preparar los exámenes.

— Siendo así, ¿por qué estudia?

— Porque una mujer de nuestros días debe, si lo necesita, poder ejercer una profesión.

En el curso de la conversación me he dado cuenta en seguida de que el verdadero fin de la señorita V... es el matrimonio. Sin embargo, ella querría ejercer durante uno o dos años una profesión. Ser, por ejemplo, secretaria bilingüe. La cosa, en efecto, le parece una excelente preparación psicológica para el matrimonio.

— Esto sólo puede aprovecharnos — me dice —. Esto nos mete en la danza social, nos pone en contacto con gentes distintas y nos acostumbra a sujetarnos a un horario. Una mujer que ha trabajado, sabe mejor lo que es un empleo y será más comprensiva con su marido cuando éste regrese de la oficina.

La señorita V... es hija de un diplomático. Por esta razón viajó mucho, y de ahí, en cierto modo, su afición a los idiomas. Pero prefiere la enseñanza de la calle a la de la Sorbona. Su gran pasión es el alemán. Un día, en Atenas, donde su padre ocupaba un cargo, un pianista del otro lado del Rin pronunció en el escenario algunas frases en alemán. Esto fué para ella un verdadero flechazo: la sonoridad de ese idioma le pareció maravillosa. Empezó por devorar un manual « Asimil » y después partió para Alemania.

Morena, bastante alta, vestida con sencillez, la joven V... habla con desparpajo y con mucha seguridad. No intenta disfrazar sus sentimientos ni sus opiniones. Critica con mucha dureza los métodos y los programas de la Sorbona:

— Allí enseñan cosas que no servirán estrictamente para nada. Además hay demasiados estudiantes. Sería necesario que la propedéutica fuese más severa. En las universidades alemanas los estudiantes son infinitamente menos numerosos; pero en cambio, el porcentaje de los buenos éxitos en los exámenes es mucho más elevado. Verdad es que en Alemania no hay la misma concepción de la enseñanza superior que en Francia. Los estudios cuestan allí relativamente caros; y en definitiva sólo estudian aquéllos que quieren hacerlo de veras. He visto estudiantes alemanes trabajar como mineros durante el verano para poder pagar sus gastos de escolaridad. Mientras que en Francia... Se llega ahora hasta a hablar de dar un presalario a los estudiantes. ¡Esto me parece inaudito! El número de los estudiantes es actualmente tan considerable que ya no existe absolutamente ningún contacto entre los profesores y sus alumnos. Y en cuanto a los propios estudiantes tampoco se conocen entre sí.

Y la señorita V..., evocando nostálgicamente las universidades inglesas, el trabajo en pequeños grupos, las charlas amistosas, las afectuosas entrevistas con los profesores, termina diciéndome:

— Aquello es mucho más humano.

HENRI PERRUCHOT

(*De la encuesta publicada por* Les Nouvelles Littéraires, *de París, con el título :* « *Jeunesse d'aujourd'hui, France de demain* ».)

España : El caso Ridruejo

POR B.F.

Milovan Djilas ha sido condenado en Yugoeslavia a tres años de trabajos forzados por la publicación en Nueva York de un artículo que no ha sido dado a conocer a la opinión de su país. El gran escritor Tibor Déry ha sido encarcelado en Hungría por su actitud independiente frente a Kadar y a los opresores de su pueblo. El poeta español Dionisio Ridruejo ha sido detenido y sometido a proceso por haberle expuesto sus opiniones a un periodista cubano, opiniones cuya publicación ha sido prohibida en España. Los tres casos guardan una semejanza incontestable frente a tres tipos de totalitarismos harto semejantes asimismo por sus métodos. Hemos publicado en el nº 23 de Cuadernos *el artículo de Djilas ; publicamos en este mismo número un artículo sobre Déry. Y sobre el caso Ridruejo, ofrecemos la siguente crónica de Madrid, con conceptos que caen bajo la responsabilidad del autor. (N. de la R.)*

HASTA EL SABADO 20 de abril, la prensa española no pudo publicar la noticia de haber sido detenido Dionisio Ridruejo. La información se limitaba a consignar : « El ex director general de propaganda D. Dionisio Ridruejo fué detenido por la Policía y entregado a la jurisdicción competente, por haber vertido en un diálogo publicado en la revista *Bohemia*, de la Habana, en que intervienen exilados políticos, conceptos injuriosos. »

Dicha nota aparecía a los nueve días de la detención, verificada en la calle y sin mandato judicial. Entre tanto, silencio absoluto de todos los medios de información. Esos nueve días comprendían los de la Semana Santa y se contaba con la dispersión de los corresponsales extranjeros para retrasar la difusión del hecho y la consiguiente protesta internacional. Por otra parte es evidente la mala fe con que está redactada la escueta noticia. Al especificar, hablando de Ridruejo, « el ex director general de Propaganda » se pretende establecer el equívoco falangista. Ridruejo ha de pasar ante la opinión pública y, particularmente, el extranjero, como un falangista disidente, un totalitario resentido que se opone a la *liberalización del Opus Dei.* Malignidad y torpeza, porque, ¿ quién puede llamarse a engaño en España sobre la actual personalidad política de Ridruejo ? Unicamente los interesados en impedir por cualquier medio el entendimiento de las fuerzas de oposición al régimen franquista. Y entre ellos nadie con tanto empeño como la reacción « opusdeísta ».

El motivo de la detención pudo ser el artículo de *Bohemia*, donde se transcribían fielmente sus declaraciones a un corresponsal de esa revista, como cualquier otro. Había que hacer un escarmiento en Ridruejo, el más significado de los intelectuales que combaten a Franco desde el interior de España, y amenazar así a quienes se sintieran tentados de seguir sus pasos. Mas, ¿quién es en realidad ese hombre que se atreve a arrostrar las iras del franquismo,

que no ha vacilado en desafiar la política del todopoderoso *Caudillo* desde la calle y el periódico ?

Dionisio Ridruejo no cuenta hoy sino cuarenta y cuatro años. Fué a los veinticinco una de las mayores promesas de la Falange. Amigo de José Antonio Primo de Rivera, excelente poeta y gran orador, se vió pronto exaltado a puestos de responsabilidad política en el naciente Estado de Salamanca y Burgos, llegándosele a confiar la Dirección General de Propaganda. Aquí fué donde comenzaron sus primeras discrepancias con Franco. Ridruejo, como otros jóvenes falangistas, confiaba en una política social de vasto alcance, tal como Primo de Rivera la esbozara en algunos de sus escritos y discursos, y en lugar de ello se encontraba con la mezquina realidad de una burguesía atrincherada en estrechos prejuicios y tristes privilegios. Alguna vez Ridruejo ha relatado cómo Franco le definió las aspiraciones del pueblo español : « Convénzase — le decía durante la guerra civil —, todo se arreglará cuando cada español tenga su bicicleta. »

Poco a poco, el entusiasta falangista fué comprendiendo la trágica equivocación: Franco había unificado en provecho propio a quienes muy poco tenían en común : a la Falange y al Requeté, anulando así la legítima sucesión revolucionaria de Primo de Rivera. El general, símbolo de una de las dos Españas en lucha sin cuartel, no tenía más visión ni programa políticos que el siempre detentamiento del poder. Se iba forjando su « arbitrismo providencialista », que Javier Conde trataría de convertir en pueril y risible « doctrina del caudillaje ».

Una vez terminada la guerra, Ridruejo abandonó la Dirección de Propaganda. Entre el inaprensible y cazurro gallego y el apasionado y nervioso castellano no había comprensión posible. A Franco le molestaba la prisa de Ridruejo, su creciente preocupación social, sus llamamientos a la pacificación moral del país. Le estorbaba, como siempre le ha estorbado, toda fuerte personalidad que pueda confrontarse con la suya.

Ridruejo se alistó en 1941 en la División Azul. Herido en el frente ruso, fué evacuado a un hospital de la retaguardia y de allí a España, a donde regresó en precario estado de salud. Apenas repuesto, escribió una carta — mejor estaría decir pliego de cargos — al Generalísimo, que le valió su confinamiento por cinco años en Ronda y en un pueblecito de la costa catalana. Hasta 1947 no se reintegró a la vida madrileña, y de entonces a 1955 se extiende el período que Ridruejo ha calificado de « equívoca oposición ». Creía aún que el Régimen podía evolucionar desde dentro, mediante la presión de algunos elementos comprometidos en la dirección sindical y administrativa. Y día tras día fué comprobando la inutilidad de sus esfuerzos. Quienes hoy prometían colaboración en sus proyectos, mañana se replegaban nuevamente a la acomodaticia pasividad. El desaliento y la cobardía filtraban sus viscosos humores a la vida entera del país. La inepcia y la venalidad sofocaban todo intento de reintegrar España a la convivencia y el diálogo. Un inmenso lápiz rojo tachaba cuanto de auténtico y profundo intentaba decirse. Bien es verdad que estaba aumentando la renta nacional, pero ello no hacía sino acentuar la injusticia de su distribución. El salario real de la masa trabajadora era inferior al de 1936. Y Franco, tentado de la megalomanía que es común a toda clase de dictadores, se entregaba a realizar delirantes y ruinosos proyectos de industrialización estatal. La catástrofe económica no podía tardar en producirse. Había, sí, que hacer algo. Pero, ¿ el qué?

En noviembre de 1955, en vísperas de las jornadas de febrero del año siguiente que han abierto el proceso de desintegración del franquismo, Ridruejo pronunció una violenta requisitoria contra el Régimen. Fué en el Ateneo de Barcelona. Denunció allí el « progresivo envilecimiento de la vida nacional desde la dirección del Estado ». Todas sus amarras con sus ex compañeros de Falange estaban rotas. Instaba a una activa rebelión, a un desasistimiento absoluto a la política oficial. Los primeros en escucharle fueron los universitarios. Habían decidido organizar un Congreso Libre de estudiantes, que revocara los mandos falangistas del Sindicato Español Universitario (S.E.U.), y deseaban que Ridruejo presidiera sus deliberaciones y centrara sus aspiraciones. La reunión de los estudiantes,

a la que fueron invitados a asistir algunos intelectuales, tuvo lugar en el círculo de « Tiempo Nuevo ». Ridruejo aprovechó la ocasión para exponer, en breve síntesis, su concepto de la política actual de España, los peligros que entraña, la necesidad de buscar un cauce al espíritu de las nuevas generaciones que no las sitúe nuevamente en el riesgo de otra guerra civil. Palabras prudentes y ardientes a un tiempo. Ridruejo sabía, y así lo hizo constar, que el franquismo, es decir, Franco, no aceptaría la celebración de aquel Congreso, pero era preciso intentar la empresa, y marchó a su casa diciendo : « Antes de una semana estaremos todos detenidos. »

Aclararé, sin embargo —sigue diciendo Dionisio Ridruejo —, que hasta fecha relativamente reciente yo mismo no he creído que hubiera otra solución aceptable que la de la reforma sustancial de las estructuras, de los principios y de la conducta del régimen, para ir a un cambio radical de situación, generando tal cambio en el régimen mismo. Por eso mi trabajo de oposición ha sido intenso entre 1951-55, pero tan equívoco como intenso. Mis críticas, exigencias y peticiones se dirigían al régimen y, principalmente, a su clientela. ¿En qué se fundaba mi posición? ¿ Qué pretendía conseguir? Ante todo, unos y otros, el régimen y sus enemigos francos, los excluídos por la guerra, seguían, a mi juicio, planteando el problema en torno a la guerra misma. Pero la guerra y el aplastamiento subsiguiente eran hechos consumados y, como tales hechos, irreversibles. La tesis franquista de que se debe sostener la victoria, con su peso coercitivo, hasta que ya no queden vencidos en España, hasta que las generaciones no participantes tengan cincuenta años y todos los excombatientes hayan muerto, es, aparte de una brutalidad, una quimera. Porque resulta que los vencidos engendran vencidos y no sólo los engendran sino que los anexan. Al cabo de tantos años, muchos de los que fuimos vencedores nos sentimos vencidos. Queremos serlo. Sin embargo, no era menos absurda la tesis contraria, la de la revancha, la vuelta atrás: hacer vencedores a los vencidos de ayer y vencidos y represaliados a los antiguos vencedores. Era abrir nuevamente el proceso. Lo cual podría ser hasta justo, pero políticamente inaceptable. Porque también en tantos años los que están aquí, sea cual sea su ideología, se han acomodado a la postguerra, han ido dejando de ser de la guerra.
Revista BOHEMIA (31-3-57).

Así fué. Antes de una semana, la Falange había asaltado la Universidad, violando el fuero universitario. El ministro de la Gobernación había abandonado la calle a la druejo, más de veinte estudiantes fueron y la chulería mercenarios. Y, junto con Rillamada Guardia de Franco, al pistolerismo encarcelados. Sin embargo, los tiempos habían cambiado substancialmente. España se disponía a ingresar en las Naciones Unidas; hacía ya tres años que había sido aceptada en la UNESCO ; los Estados Unidos tenían concertados con ella tratados militares y económicos. España estaba entre caballeros y debía portarse con comedimiento. Los detenidos fueron juzgados públicamente, y Gil Robles tuvo ocasión, en su magistral informe de defensa, de cubrir de ridículo a quienes en realidad deberían haberse sentado en el banquillo de los acusados.

Lo importante era que el pueblo español había oído, al cabo de casi veinte años de oprobioso silencio, la voz de su conciencia. España se despertó en febrero de 1956 de la larga hibernación a que la tenía sometida Franco. Por todo el país comenzaron a reunirse grupos de gentes llevadas por un mismo designio : superación de la guerra civil. Socialistas, católicos independientes, demócrata-cristianos, republicanos, exfalangistas, sindicalistas, todos iniciaron la movilización de sus efectivos potienciales.

Ridruejo, ya en la calle, se entregó en seguida a la labor de relacionar esas fuerzas, de buscar entre ellas puntos esenciales de coincidencia y limar los de disidencia, fruto casi siempre de resabios personalistas. « Lo que urge ahora — gusta de decir — no es construir esquemas de programa como si el poder fuera a incumbir a un solo partido o facción, sino arbitrar los medios para que el desplazamiento de Franco no acarree mayores males al país. Buscar a éste su equilibrio democrático. »

Para ello, Ridruejo, que es todo lo contrario de un ideólogo, cree no ha de repudiarse la instancia monárquica. Considera que la Monarquía estaría en mejores condiciones de garantizar con el Ejército un estatuto provisional de apertura democrática que un gobierno institucionalmente anfibio, que actuaría lógicamente bajo el temor de la actitud militar y se vería obligado a llevar a cabo un plebiscito prematuro y de

dudosos resultados. En efecto, ¿podría el elector actuar con plena consecuencia moral haciendo caso omiso de la actual experiencia franquista? ¿Qué garantías podrían acordársele de que se respetarían los resultados auténticos de tal plebiscito ? Ello requeriría el control de los medios electorales por los partidos políticos y éstos, al cabo de veinte años de proscripción, necesitarían de un amplio plazo para reconstruirse y manifestarse en plenitud democrática con su verdadera y no supuesta fuerza. Por otra parte, es indudable que todo proceso de « democratización » habrá de desembocar en unas Cortes Constituyentes. Si la Monarquía aceptase celebrar esas Constituyentes dentro de un plazo dado, de hecho se sometería a la voluntad del país, pues, qué duda cabe que si la nación española llevase a su Parlamento una mayoría republicana, la institución monárquica vería prescritos sus poderes.

Lo que Ridruejo pretende no es otra cosa que la formación de un amplio frente nacional que comprenda todos los partidos y grupos políticos que han surgido estos meses en España, entre ellos el suyo propio, *Acción Democrática* ; frente nacional que negocie con la Monarquía la modalidad de su instauración y las garantías de liberalización del país.

Semejante pretensión no podía menos de alarmar al actual Gobierno Español, integrado por la extrema derecha del Opus Dei, y que desea transferir a la Monarquía toda la gravosa herencia del franquismo. ¿Podrá conseguirlo? ¿Aceptará don Juan el poder en esas precarias condiciones? Ridruejo y su grupo político piensan que no, y, en cualquier caso, creen su deber agotar todas las posibilidades monárquicas antes de contemplar otras más azarosas y peligrosas.

Al nuevo Gobierno de Franco le aguardan difíciles jornadas. Los obreros de hoy no son los de hace diez años. Tienen conciencia de su fuerza, como lo han demostrado con la huelga de usuarios de transportes en Barcelona y Madrid, y con la reciente huelga en la cuenca minera asturiana. Los estudiantes tampoco son los mismos de entonces. Como es sabido, la agitación cunde en las aulas universitarias de toda la nación. Y la economía del país acusa una creciente inflación y retraimiento del mercado. ¿Cree Franco detener con la detención de Ridruejo la ineluctable marcha de los acontecimientos? España no es vecina de la Unión Soviética. La insurrección civil no podrá ser aplastada impunemente como lo fuera en Hungría. Y Ridruejo podrá seguir encarcelado, o ser asesinado por los exquisitos procedimientos de la Brigada Social o la Guardia de Franco, que su ejemplo, como el de todos los hombres que arriesgan su vida por la libertad de sus pueblos, tendrá fructuosa y victoriosa simiente.

B. F.

Hungría : Tibor Déry encarcelado

POR TIBOR MERAY

TIBOR DÉRY acaba de ser detenido. No sé si estas palabras tendrán alguna significación para el público de otros países. Pero en Hungría significan : se ha detenido al maestro indiscutible de la prosa húngara, a un verdadero humanista, a un abnegado militante de la democracia socialista ; en suma, la literatura, el pensamiento y el progreso acaban de ser recluídos detrás de rejas.

No podría decirse que esta noticia nos haya sorprendido como el estampido de un trueno en un cielo sereno. El cielo de Hungría está cubierto de negros nubarrones. Pero cuando el rayo hiere al roble más majestuoso de un bosque, el hecho de que la tormenta sea general no disminuye la pena que se siente. Durante los últimos cinco años, en la Hungría « libre y feliz » de la edificación socialista, se llevó a cabo una campaña sin tregua contre Déry. Hace cinco años que Déry tenía razones para temblar cada vez que en su casa sonaba la campanilla por la noche, cada vez que oía la llamada del lechero. Rakosi y sus comparsas, que le dedicaban un odio inextinguible, le sancionaron tres veces mediante « resoluciones del partido », hicieron confiscar sus libros, después de su brillante intervención en el Círculo Petöfi, le sometieron a una vigilancia constante, pero no se atrevieron a detenerle.

No es la primera vez que Déry es sometido a prisión. La tragedia de Déry representa la de todo un pueblo. Había sido encarcelado como « comunista », bajo el régimen de Horthy, y hoy lo es por Kadar, como « contrarrevolucionario ». Su gran novela *La frase inacabada*, escrita antes de la segunda guerra mundial, permaneció durante varios años en estado de manuscrito, que nos pasábamos de mano en mano, pues durante la etapa del fascismo ningún editor húngaro podía pensar en publicarla. Quince años más tarde, los maravillosos relatos de Déry que se titulan *Amor, Detrás del muro de ladrillo* y *Niki, la historia de un perro*, sólo pudieron ser conocidos, en forma de manuscrito, por centenares de lectores, pues mientras Rakosi estuvo en el poder, nadie hubiera intentado su publicación.

Recuerdo nuestro último encuentro. Fué a fines de noviembre, después de haber sido aplastada la insurrección. Un día, al amanecer, me despertó una llamada telefónica : era la mujer de uno de mis amigos. Su marido acababa de ser detenido por la policía política. Me contó que, en el curso del registro acostumbrado, uno de los inspectores quiso hacer una gracia y dijo : « Su marido era una persona irreprochable, hasta el día en que sucumbió a la influencia de Déry ». Y mi interlocutora me previno, con voz temblorosa : « Déry está peligro, avisele usted ».

Poco después nos encontramos en las colinas de Buda. El frío otoñal, el barro de los caminos impregnaban de tristeza el paisaje. Déry escuchaba en silencio lo que yo tenía que decirle. No parecía sorprendido ni aterrorizado. Sabía que estaba vigilado, pero sabía también que, en último término,

su detención dependía únicamente de consideraciones de orden político y que, en caso afirmativo, estas mismas consideraciones serían las que determinarían la fecha de esta detención. Sin preocuparse de su propia suerte, me preguntó acerca de mi situación personal : ¿ Teníamos en casa comida y combustible para calentarnos ? Me contó que acababa de hacer cola para comprar pan, que un amigo le había procurado algunos kilos de patatas y me aseguró que las compartiría de buena gana conmigo.

Durante un buen rato le seguí con la mirada, mientras se alejaba por un camino cubierto de hojas muertas. Apenas habían transcurrido tres semanas después de la derrota de la revolución. El parecía haber envejecido diez años. La mirada de sus ojos de color de avellana era más apagada, sus cabellos estaban en desorden, su rostro demacrado, y como un hombre transido de frío, se subía el cuello del abrigo. Estaba enfermo y agobiado por inmensa amargura. Su perra, la graciosa y blanca Niki, la « heroína » de su última narración, trotaba dócilmente a su lado. ¡ Pobre Hungría — me dije —, qué desgracia para la literatura húngara !

Tengo ante mis ojos el último texto de Déry que se ha publicado. Lo escribió durante la revolución y salió de las prensas la víspera de la intervención soviética : « Soy viejo — más de sesenta y dos años —, he participado en dos revoluciones. En 1945, pensaba yo que los obreros y los campesinos, todos los que habían permanecido al margen de la nación, acababan de encontrar una nueva patria. Pero durante diez años, nos han robado nuestro país trozo a trozo. Creíamos edificar el socialismo, cuando en realidad se nos encerraba dentro de unos muros impregnados de sangre y de mentiras. Yo me sentía responsable de ello, pues mis ojos se abrieron mucho más tarde. Una vez el hecho consumado, yo me reprochaba el no haber hecho uso de mis palabras — o de mi silencio — de modo que todo el mundo hubiese comprendido. No obstante, nosotros los escritores húngaros tenemos una excusa : es cierto que hemos comenzado muy tarde la lucha abierta contra la tiranía, pero al menos hemos sido nosotros los que hemos dado la señal para ello ».

Es posible que estas frases figuren en el acta de acusación que se levante contra Déry. En todo caso, sé que algún día figurarán en la historia de las letras húngaras.

Al escribir estas líneas, me siento aterrado. ¡ Como si me despidiese de un muerto ! Pero, no, Tibor Déry vive. Vive, y no debemos permitir que desaparezca, en las cárceles neostalinianas. Es un hombre viejo y está enfermo. Es un hombre honrado y un gran escritor. Somos responsables de él ante nosotros mismos y ante los demás.

TIBOR MERAY

Estoy contento y orgulloso de haber oído, el primero, con mis camaradas escritores, la voz de la nación y de haberla registrado. Esta revolución, la más grande de la historia húngara, ha sido también nuestra primera revolución victoriosa. No fué la obra de algunas personas o de algunos grupos políticos ; no nació de actitudes o de opiniones particulares ; nació y se desarrolló bajo la presión de la voluntad popular. Sólo ahora me doy cuenta, horrorizado, de esto de lo que no teníamos más que una idea o un presentimiento vaguísimo, de esto de lo que sólo hablábamos a medias palabras. Es tan sólo ahora cuando trastornado hasta la médula, logro medir la espantosa crueldad de la opresión de que este pueblo fué víctima. Opresión a tal punto intolerable que el pueblo se ha levantado en un impulso unánime contra ella, desnudas sus manos contra los tanques. « La revolución de los « jovencitos » se la ha nombrado. Desde entonces, para mí, la palabra « jovencitos » es sagrada. Hacía tiempo que esperaba ansiosamente una reacción de la juventud húngara. Pero ésta parecía sumida en una completa letargia. Mas el 23 de octubre se levantó súbitamente y salvó el honor de la nación. Trastornado de emoción y respetuoso, yo la saludo aquí. Tal como lo he deseado tantas veces, una nueva juventud se ha revelado en 1956, digna de la de 1848.

. . . . . .

Amigos míos : si mis palabras os merecen algún crédito, escuchadme: proteged la revolución. Hasta ahora, ha conservado la dignidad que sólo la verdad puede dar a una idea o a una forma. Digámonos que no es la hora de la venganza la que ha sonado sino la de la jnsticia. Los culpables deben responden de sus crímenes ante los tribunales. Pero no atormentéis a los desorientados; no olvidemos que cien mil personas se han engañado porque se las ha engañado.

TIBOR DERY : « Mensaje a mis amigos ».

Rusia : Carta de un estudiante

La prensa mundial ha venido haciéndose eco de la viva inquietud que los acontecimientos de Hungría provocaron en los medios intelectuales soviéticos y, muy especialmente, entre los jóvenes universitarios. La revista *Forum* de Viena, que ve la luz mensualmente bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, publicó recientemente una interesante carta de un estudiante de Moscú, que reproducimos a continuación. (N. de la R.)

LAS ESTACIONES DE RADIO occidentales y una noticia de Radio Varsovia nos autorizan a suponer que los acontecimientos que han tenido lugar en la Universidad Lomonossov de Moscú han llegado también a conocimiento de los países de occidente. Sin embargo, hemos podido comprobar que en estos países no se ha interpretado debidamente el desarrollo ni la amplitud de los mismos.

Para nosotros, estudiantes rusos, el día 30 de noviembre de 1956 es una fecha memorable, y muchos afirman que es una fecha histórica. Después de la conferencia obligatoria sobre marxismo-leninismo del profesor B.E. Siroyechkovich, se celebró la acostumbrada controversia, durante la cual un estudiante planteó una cuestión de importancia capital, que pudiera muy bien ser decisiva para nuestro marxismo. En primer lugar defendió el irrecusable criterio leninista, según el cual la huelga general es el arma del proletariado, y en determinadas circunstancias históricas, la huelga general económica puede adquirir un carácter político y transformarse finalmente en rebelión armada. Después de haber analizado esta tesis de Lenin y de añadir que la huelga general no podría ser nunca el arma de la clase explotadora, preguntó : ¿ Cómo es posible que en el Estado socialista, y concretando más, en la democracia popular húngara, haya podido llegarse a desencadenar una huelga general, ya que este hecho es imposible cuando un gobierno comunista de obreros y campesinos ocupa el poder ?

El profesor Siroyechkovich sólo supo contestar a esta pregunta con los mismos argumentos que había dado nuestra prensa diaria. Para una controversia, que tenía lugar en el ámbito de la universidad, esta respuesta era insuficiente. Empezó hablando del terror impuesto por los oficiales fascistas de Horthy y de las maniobras de diversión de los imperialistas occidentales ; pero sus palabras se perdieron en el clamor de las protestas de los estudiantes, quienes le demostraron, con una oleada de citas de Lenin, que había eludido la verdadera cuestión... Finalmente se citó la fórmula clásica de Lenin sobre la misión del « partido de nuevo tipo », cuyo deber es recoger y orientar las aspiraciones de los trabajadores proclamadas en la declaración de huelga general. Pero el partido de nuevo tipo no deberá oponerse nunca a una huelga general, valiéndose de los métodos del Estado burgués explotador, de los tribunales de guerra, de la fuerza de las armas y de la disolución forzosa de los consejos de trabajadores. Al llegar a este punto, la discusión degeneró en un escándalo atronador y el profesor prefirió retirarse.

Este hecho cundió rápidamente en los medios estudiantiles fuera de la Universidad. Prosiguieron las discusiones hasta altas horas de la noche, en que se fué a sacar de la cama a los estudiantes húngaros,

huéspedes de Rusia, para que informasen acerca de la situación de su país.

Los húngaros, al parecer, no estaban acostumbrados a unas manifestaciones tan francas, y a consecuencia de los cambios políticos sobrevenidos entre tanto en su patria rehuyeron contestar esas preguntas espinosas. No obstante, lo qué declararon proporcionó material suficiente para hacer comparaciones con la situación en la U.R.S.S. Y poco a poco fué cristalizándose

una pregunta que, para el sistema del « socialismo realizado » es de la mayor importancia, a saber : la burocracia del partido, a pesar de no poseer oficialmente ningún título de propiedad sobre los medios de producción de la sociedad, ¿no se ha convertido ya en una clase explotadora, en el sentido marxista original, gracias a su dominio efectivo sobre dichos medios y a la utilización de los mismos, sobre la distribución de la mano de obra y merced a la intervención que ejerce sobre los salarios?

⁂

Al día siguiente aparecieron en los tableros de anuncios del Konsomol de la Universidad de Lomonossov unas hojas escritas a mano, en las que se pedía una información verídica sobre los acontecimientos de Hungría y se proponía la celebración de un debate libre sobre los mismos.

La reunión se celebró en el Club Ostrovsky, y el Secretario del Komsomol, Linkov la inició con una observación que produjo el efecto de una provocación en la mayor parte de los allí reunidos. Declaró que el deber del Komsomol era evitar en lo sucesivo los « humillantes excesos que habían tenido lugar en el recinto académico » el día anterior. A consecuencia de ello se originó inmediatamente un nuevo « exceso ». Mediante una rápida votación improvisada, se fijó como único punto del orden del día « la cuestión de Hungría a la luz del marxismo-leninismo », y de este modo se sustrajo la discusión al control de los funcionarios. En seguida habló el primer orador de un « aparato superburocrático », que se apartaba de las masas y, por esta razón, trata ahora de mantenerse en el poder con los ya conocidos métodos de Beria. Esta alusión se refería a Hungría, pero no era difícil adivinar la comparación con la Unión Soviética, y hasta llegó a decirse claramente : ¿Cabe preguntarse si el menosprecio de las resoluciones del XX Congreso del Partido puede también dar lugar algún día entre nosotros a acontecimientos semejantes, y si nuestros trabajadores pueden levantarse, bajo la bandera de Lenin, contra los explotadores aburguesados y burocratizados?

Por la noche, un grupo de jóvenes escritores y estudiantes prosiguió la controversia en la « Casa de la Literatura ». Los acontecimientos de Hungría ya no constituyeron el eje de la discusión, sino que se presentaron únicamente como ejemplos de una fase de la evolución, para la que existen las condiciones previas en todas partes, incluso en la Unión Soviética. Esto dió origen a una nueva pregunta relativa a la pretendida ausencia de clases en la sociedad soviética. Casi todos los que participaban en esta discusión opinaban que la fórmula oficial, que habla de una « alianza de los obreros y de los campesinos con los intelectuales bajo la dirección de la clase trabajadora », no corresponde a la verdad, y que en el Estado soviético subsiste el antagonismo entre los explotadores y los explotados. Sólo ha cambiado el signo distintivo de la clase explotadora : el título de propiedad individual de los medios de producción. Pero el actual derecho de propiedad de los trabajadores sobre los medios de producción no es sino de pura fórmula ; y la preferencia que el partido da a la industria pesada, apoyada en un sistema de administración centralista, ha fijado también jurídicamente el carácter de clase de la sociedad soviética : los que se benefician de esta situación han creado, para protegerse, la misma justicia de clase que existe en la sociedad burguesa para la defensa de la clase explotadora. En el

nuevo sistema socialista, lo mismo que en el antiguo sistema capitalista, toda oposición contra los beneficiarios de esta justicia ajena al espíritu de clase se califica de alta traición y está sometida a sanciones.

Era inevitable que los jóvenes escritores allí presentes llegasen a hablar de la libertad intelectual y artística. Partiendo de las resoluciones destinadas a combatir el culto de la personalidad, juzgaron la literatura soviética aparecida desde 1930 como un producto del mecanismo de propaganda, sometido a la influencia de dicho culto y dirigido por secretarios del Partido enemigos de la cultura. También fueron objeto de discusión los « diferentes caminos para llegar al socialismo », aprobados en principio por el XX Congreso del Partido. Una vez que los pueblos de Yugoeslavia y de Polonia se habían lanzado por estos caminos, mereciendo prácticamente el reconocimiento de la Unión Soviética, era justo también que se admitieran para cada uno de los pueblos de la U.R.S.S., que habían venido a participar en la construcción del socialismo, bajo condiciones distintas.

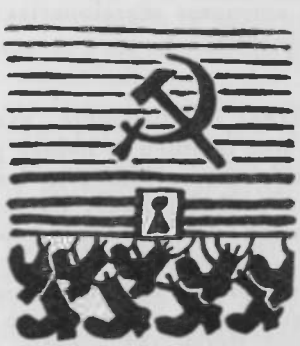
***

Al día siguiente circularon relatos sobre la reunión que el Comité del Komsomol de Moscú había convocado para tratar de los sucesos de la Universidad de Lomonossov. Se decía que los dirigentes del Komsomol habían pretendido dilucidar, en primer lugar, si dichos acontecimientos deberían considerarse en sí mismo como positivos o como negativos. El miembro del Comité de Moscú, Artemov, se declaró opuesto a tomar medidas contra los demagogos exagerados, pero estimó conveniente juzgar los hechos como positivos, ya que eran muy apropiados para arrancar al movimiento juvenil de su estancamiento demasiado persistente. Pero el criterio de Artemov no prevaleció. El Comité resolvió proponer al Rector de la Universidad de Lomonossov que excluyese de dicho Centro a cierto número de estudiantes, cuya lista de nombres le suministraría el Komsomol. Al mismo tiempo censuró severamente a los secretarios del Komsomol universitario por « contacto deficiente con los estudiantes y faltas graves en el trabajo ideológico ».

El día 3 de diciembre, el rectorado publicó la relegación efectiva de un total de 140 estudiantes, motivada por « *chuligantsvo* » (conducta brutal), y dió a conocer asimismo que los cursos de marxismo-leninismo quedaban suspendidos hasta después de las fiestas de año nuevo.

Era la primera vez en la historia de la Universidad de Moscú que el rectorado se veía obligado a suspender unas clases, por no estar los profesores en condiciones de discutir ciertas cuestiones que pudieran suscitarse. Los estudiantes consideraron estos hechos como un triunfo obtenido sobre el Komsomol. En contra de las esperanzas de los secretarios del Komsomol, que confiaban en el apaciguamiento de los espíritus, las discusiones se prosiguieron en los clubs y en las residencias de estudiantes.

En el curso de estos debates nació la consigna de la « revolución socialista contra el Estado seudosocialista ». El propio Lenin había creado las bases ideológicas para ello, describiendo exactamente los métodos y la táctica de la lucha. Sobre todo los estudiantes de nacionalidad rusa se apropiaron la nueva consigna, porque veían en ella la posibilidad de mantener la unidad estatal. En cambio, los que pertenecían a otras nacionalidades defendieron la tesis de los diferentes caminos para llegar al socialismo, con lo cual resurgieron,



con toda su virulencia, los antagonismos tradicionales entre los rusos auténticos y los que procedían de otros pueblos.

Al parecer, sólo somos capaces de mantener en pie el socialismo de manera permanente aplicando de una u otra forma la consigna de la « revolución socialista contra el Estado seudosocialista ». Pero se teme que la fórmula de los diferentes caminos para llegar al socialismo, a pesar de haber sido creada por los actuales diri-

gentes soviéticos, pueda dar lugar a una nueva evolución, que no conduciría a una renovación del socialismo, sino que favorecería la formación de agrupaciones autónomas, e incluso soberanas, cuyo nacionalismo exagerado haría estallar la constitución unitaria del Estado y, por consiguiente, contribuiría a la destrucción de sus instituciones socialistas.

La importancia que el Komsomol atribuía a los debates iniciados en la Universidad tuvo como consecuencia notable que se entablaran discusiones semejantes en otros lugares. A mediados de diciembre hubieron de reunirse los activistas del Komsomol del distrito militar de Moscú para tratar de hechos parecidos que se habían registrado en el seno de las guarniciones. En la resolución adoptada durante esta conferencia se dice textualmente :

« En los últimos tiempos, elementos demagógicos de las filas de la juventud han rebasado los límites de la democracia interna del partido, en el curso de diversas reuniones ; han abusado del derecho de crítica y han dirigido ataques en masa, generalmente injustificados, contra funcionarios locales y centrales del Partido, contra su dirección y hasta contra el propio sistema. Estos ataques, llevados a cabo bajo consignas revolucionarias, se han transformado en amenazas reaccionarias y contrarrevolucionarias... »

***

A mediados de diciembre, averiguamos en Moscú que también se habían producido hechos de la misma índole en las Escuelas Superiores de Leningrado. Los estudiantes de esta ciudad, de conformidad con la vieja tradición revolucionaria de Leningrado, han ido mucho más lejos que nosotros. Publican regularmente un periódico estudiantil, *Goluboi Buton* (El capullo azul), tirado en multicopista, que no está controlado por el rectorado ni por el Komsomol, y en el que se polemiza sobre cuestiones de marxismo contemporáneo, sobre la creación artística y otros temas por el estilo. El hecho de que no se haya tomado ninguna medida contra los editores de este periódico, a pesar de los duros ataques que les han dirigido las autoridades del Komsomol de Leningrado, produjo una profunda impresión en Moscú.

Una de las medidas adoptadas últimamente para poner fin a estos hechos, fué la de prohibir, a fines de diciembre, a los estudiantes bálticos, que hasta ahora habían asistido a las Escuelas Superiores de su país, que prosiguieran los estudios en la Universidad de Lomonossov. Para justificar esta medida se dijo que el afán generalizado de discusión había alcanzado también a las Universidades de los países bálticos, pero que los debates se habían concretado casi exclusivamente a la teoría de los « diversos caminos para llegar al socialismo », lo que contribuye no obstante a despertar ideas nacionalistas, antirrusas, burguesas y separatistas.

Tenemos noticias de que en las Universidades de Kiev, Jarkov, Sverdlovsk, Novosibirsk y hasta en la de Tachkent, en el Asia Central, se desarrollan animados debates. Se hacen más insistentes cuando se trata del dilema que ya se había suscitado en Moscú, a saber : o bien se establece una auténtica realidad socialista, por medios revolucionarios, si es menester — los que defienden esta tesis son principalmente los rusos —, o bien se llega al socialismo por diversos caminos — tendencia representada sobre todo por los pertenecientes a nacionalidades no rusas, quienes alegan que ha sido sancionada, no sólo por las resoluciones aprobadas en el curso del XX Congreso del Partido, sino también por la práctica.

Las orientaciones del Komsomol y las medidas que éste adopta, con excesiva precipitación, dan a los diversos grupos el convencimiento de que no están solos y de que casi toda la juventud soviética se siente arrastrada por este nuevo afán de controversia. En este caso se trata indudablemente de uno de los movimientos políticos más interesantes que se han producido desde la muerte de Stalin. Pero conviene tener presente que este movimiento no ha sido desencadenado « desde arriba », por las fuerzas que están en el poder, sino que ha surgido de manera espontánea en el seno del campo socialista. Es de suponer que la solución se encontrará también en el seno de dicho campo, solución que puede favorecerse desde arriba, pero que difícilmente podrá evitarse.

J. M. MACHIN

Cuba y Costa Rica en la actualidad americana

PARA GENTES DESPREVENIDAS y con ojos nublados de prejuicios políticos, América — América Latina o Hispana o Ibérica, o simplemente Indo-América — continúa siendo tierra de permanente « revolución ». Pero el término no lo aplican en el sentido que puede dársele de transformación constructiva o de cambio lógico, producido y deseado, por las ansias renovadoras de los pueblos, sino que es tomado en el muy restringido y despectivo significado de « motín, alboroto, desorden ». América — parecen decir esas gentes misoneístas — nació bajo el signo del embrollo, de la turbulencia o perturbación.

Sin embargo, apartando las intenciones que se esconden en ese modo de mirar los hechos — que no es la finalidad de esta crónica entrar en el análisis de los « deseos deliberados » —, América, es decir, el pueblo americano, corresponde, a nuestro parecer, a las realidades de su presente situación. No está divorciado de su historia pasada ni de los anhelos de su porvenir, ni quiere gozar de la fórmula de lo democrático por ilusoria o impositiva idea, sino porque ésta concuerda con sus verdaderos y naturales sentimientos.

La lucha que los pueblos latinoamericanos libran, en la actualidad, contra las dictaduras establecidas en algunos de sus países obedece a su afección esencial, esto es, a su vocación por la libertad.

***

El presidente Batista, de la República de Cuba, restableció el 16 de abril próximo pasado algunas de las garantías constitucionales suspendidas después de varios meses. Pero antes de restablecerlas declaró a un grupo de periodistas que el pueblo cubano se había visto privado de sus derechos a causa de « los terroristas y perturbadores financiados desde el extranjero ». La tradicional manera de justificar las medidas ilegales fué, pues, nuevamente expresada por el llamado « hombre fuerte » de la nación caribeña.

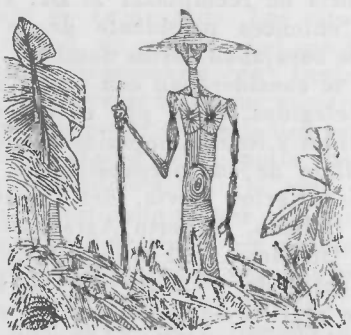
Lo cierto es que Cuba vive en los actuales momentos bajo la amenazante extensión de una guerra civil. La razón de tal estado no se debe a que haya en los cubanos la innata psicología del « alborotador ». La raíz de semejante situación se encuentra en el nacimiento mismo del régimen batistiano. El general Fulgencio Batista tomó el Poder por medio de un golpe de Estado. El tildado « madrugón » del 10 de marzo de 1952 se produjo por sorpresa, sin el consentimiento popular. Se debatía antes de esa fecha la sucesión presidencial. Públicamente, garantizado por las leyes, el pueblo se preparaba a escoger el candidato que habría de reemplazar al Dr. Prío Socarrás, entonces presidente de la República. Se barajaban varios nombres, y entre los que se consideraban con probabilidades de ser elegidos, tanto por el respaldo de sus partidos y fuerzas organizadas como por el prestigio de sus personalidades, se encontraban Carlos Hevia, del Partido Auténtico Cubano, Roberto Agramonte, del Partido Ortodoxo, y el propio Batista, bajo las banderas del Partido Liberal. Este no obstante prefirió adelantarse a los votos libres de las urnas electorales y escogió el camino de la conspiración, apoyado por un grupo castrense.

Desde ese día, la opinión pública le ha sido adversa al General y mandatario.

Con todas las críticas que se le pudiera

hacer al régimen constitucional que presidió Prío Socarrás, y a pesar de que en muchísimos aspectos éste no satisfizo las aspiraciones populares, los cubanos preferían sustituírlo por el libre juego electoral. Cuba estaba contenta, y hasta se enorgullecía con razón, de su democracia política. Pero el movimiento de la madrugada inesperada, cambió el panorama del país.

La oposición que Batista ha encontrado durante el tiempo que ha gobernado demuestra que el pueblo cubano no ha querido aceptar la forma como se le trató de imponer, contra su voluntad, la dirección de los asuntos del Estado. No por simple apego a la « turbulencia » ha rechazado el ejecutivismo batistiano, sino porque, dentro de las actuales circunstancias históricas, el régimen del General no se conforma a la realidad política ni se acomoda al deseo de la gran mayoría de los cubanos. De nada, por eso, valió la máscara constitucional que quiso darle cuando llamó a elecciones, después de su *coup d'Etat*, para designar al Primer Magistrado de la nación, presentándose él mismo como candidato. El pueblo se mostró indiferente ante tales elecciones, sabedor de que era un nuevo engaño, y el único candidato opositor que se le presentó, el Dr. Grau San Martín, tuvo que retirarse a última hora ante la evidencia de la falta de garantías y ante el comentario extendido de que sólo le estaba haciendo el juego al exsargento del 33. Como de nada tampoco han valido las cifras económicas ni la fiebre de construcción de obras monumentales para de-



mostrar que el progreso de Cuba se ha hecho patente bajo su gobierno. El aumento y venta de azúcar a buenos precios, el rendimiento de la cosecha de café, las exportaciones de minerales y el mejoramiento en los ingresos del Estado, han sido presentados por los círculos oficiales como pruebas de la eficacia gubernamental. En 1956, en realidad, la economía cubana mejoró, considerada en su conjunto, de un 5 a un 10 % con respecto a 1955. Sin embargo quedaba por debajo de las cifras alcanzadas en 1951 y 1952.

Y es ese sentimiento de oposición a un régimen que no se consustancia — lo decimos objetivamente — con los deseos populares lo que ha permitido los actos de violencia que se han registrado, de modo creciente, en los últimos meses. Los partidos cubanos, ciertamente, están divididos. Las ambiciones personales, realmente, han predominado en muchas consideraciones. El sectarismo ha opacado, infinitas veces, las buenas intenciones para solucionar el problema que confronta el país. Batista ha sabido aprovechar esa falta de unidad entre las organizaciones partidistas para consolidar su Poder y para distraer y confundir, en la medida de lo posible, a la opinión pública. Pero su régimen, afincado únicamente en el respaldo de los cuarteles y de la pequeña clase conservadora — que no son la expresión del país, sino minorías — no ha querido atender a las soluciones que, con loable manifestación pacifista y de compromiso, le han presentado representantes de diversos sectores, tales las protagonizadas reiteradamente por el Bloque Cubano de Prensa y la Sociedad de Amigos de la República. En muchas ocasiones, el esclarecido patricio don Cosme de la Torriente — civilista y demócrata, muerto ha poco — ofreció su mediación y buenas disposiciones para encontrarle un desenlace saludable al problema. En la tarde del 10 de enero del año próximo pasado, don Cosme se entrevistaba con el General en el Palacio Presidencial. El pueblo esperaba que la entrevista fuera fructífera y lleno estaba de esperanzas. El balance de la charla, no obstante, defraudó la ansiedad pública. Batista declinó la discusión directa que el llamado « plenipotenciario de la concordia » le proponía para arreglar, en bien de todos, la crisis política cubana.

El 13 de marzo último, la entrada que hacía un grupo de cubanos al mismo palacio presidencial no revestía las características pacíficas de la que un año antes había realizado el prócer de la República.

Esta vez eran las ametralladoras las que querían hablar el lenguaje de las soluciones. Durante más de una hora, en el propio corazón de la vida política y administrativa de la nación, en su propia capital, La Habana, el fuego de las balas manifestaba el descontento, la angustia que se ha apoderado de la Isla. Se quería con este acto matar al general Batista, creyéndose que de este modo el régimen también desaparecería. El Presidente logró dominar la situación como había dominado la insurrección de Moncada y el Goicuria. Pero en todas las ciudades reina un movimiento de resistencia, pasiva en unas partes, activa en otras. En la Sierra Maestra — el empinado rincón oriental de la Isla — se desarrolla una auténtica guerra de guerrillas. Desde el 2 de diciembre de 1956, el joven abogado Fidel Castro desembarcó en Playa Colorada con un contingente de guerrilleros. E informaciones bien fundadas dan cuenta de la lucha que en todo Oriente se libra entre fuerzas militares del gobierno y huestes populares « fidelistas ». La Herradura, La Plata, La Gloria, Cienaguilla y Palma Mocha han sido teatros de combates. Y como los jóvenes cubanos ven en el antiguo expresidente de la Federación de Estudiantes, la rebeldía de la libertad, hacia sus tropas acuden. Escolares y liceístas cantan en las calles de La Habana y de Santiago la parodia del Jingle bell norteamericano :

Jingle bell, jingle bell,
ya viene Fidel...

¿Hasta cuándo perdurará esa situación casi de guerra que atraviesa la patria del grande José Martí? La pregunta es difícil de contestar. Aferrado a la presidencia, Batista no ha querido ceder. Cuando la oposición pidió elecciones generales en todo el país, se hacía correr las voces de que el gobierno aceptaría unas elecciones parciales. Admitidas éstas, se recurrió a otros subterfugios para posponerlas. En fin, el « impasse » continúa. Pero el pueblo, expresándolo por todos los medios quiere el restablecimiento de la democracia. No es que ama el « desorden », sino que desea que sus derechos sean reconocidos. No es que recurre al « motín » por apego a la violencia o al terror, sino que quiere ver restablecidas sus libertades y, especialmente, garantizado el precepto constitucional de darse el gobierno propio, nacido del libre sufragio universal.

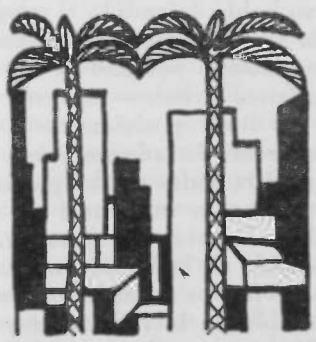
Cuba quiere hacer uso de sus derechos democráticos, tal como lo hace otro pueblo americano : la república de Costa Rica. Para esto es necesario que el general Fulgencio Batista — si en verdad no desea derramamiento de sangre y anhela la prosperidad del país — se adapte a otra política diferente a la que hasta ahora ha practicado y bajo el respeto de la ley y con el pueblo se llegue a una justiciera solución.

♣

Costa Rica, en efecto, ha comenzado ya la campaña electoral para designar el nuevo presidente que habrá de regir los destinos de la nación en el período 1958-1962 y los representantes a la Asamblea Nacional y cuerpos municipales.

Dentro de las normas estipuladas por su Constitución y de acuerdo con la ley de elecciones, esa campaña se desarrolla conforme a la mejor tradición civilista de ese país. Porque vivo ejemplo de que los pueblos de Latino-América están preparados para el ejercicio de sus derechos, cuando son respetadas sus instituciones y cuando no intervienen para socavarlas fuerzas negadoras del ideal democrático, no lo da esta pequeña región centroamericana.

Costa Rica ha sido considerada certeramente como modelo de democracia política. En su historia republicana, pocos períodos dictatoriales ha padecido. Breves han sido estos períodos, que la acción de-



terminante de su pueblo ha extinguido. Precisamente, su actual presidente, José Figueres, afrontó en 1948, con el calificado Movimiento de Liberación Nacional, la lucha abierta que habría de derrocar el in-

tento de dictadura que quisieron implantar Calderón Guardia y Teodoro Picado, apoyados por la extraña composición conservadora-comunista. (Extraña sí, pero no irreal: en América, igual que en otros Continentes, las fuerzas extremas de derecha e izquierda han formado las más evidentes y monstruosas coaliciones.)

Pero frustrados los intentos dictatoriales de Calderón y Picado, Costa Rica continuó su honorable camino constitucional. Otilio Ulate dirigió legalmente el país de 1949 a 1953. Y en este año Figueres fué elegido popularmente, por una considerable mayoría de votos, para el período que está a punto de finalizar.

Las fuerzas que concurren a la elección presidencial están, en la hora presente, totalmente definidas. La oposición al gobierno presenta dos candidatos : por Unión Nacional, Mario Echandi es el representante de los núcleos conservadores y de la vieja oligarquía costarricense ; por el Movimiento Independiente, Jorge Rossi aglutina ciertos sectores también oligárquicos, católicos fanáticos y hombres de diferentes tendencias generalmente de derecha. El partido al cual pertenece Figueres, Liberación Nacional, lanzó a Francisco Orlich, quien defiende un programa de progresista contenido social.

Echandi y Rossi se unen bajo un mismo slogan : « contra el continuísmo de la política figuerista ». Y ambos, recientemente, introdujeron ante los Magistrados del Tribunal Supremo de Elecciones varias acusasiones contra el Presidente porque éste en un discurso había defendido el programa de su partido y, por ende, indirectamente, se había pronunciado por uno de los candidatos — Francisco Orlich — en presencia. En criterio de los oposicionistas, Figueras como Primer Magistrado no puede intervenir en las actividades de los partidos políticos ni utilizar la influencia de su cargo en beneficio de ninguna persona. En tal sentido pedían al Tribunal Supremo Electoral interpretar los artículos pertinentes de la Constitución de la República y del Código de Elecciones y dictar su fallo al respecto.

Figueres respondió igualmente con un documento al Tribunal Electoral, exponiendo las razones jurídicas que sirven de base a su punto de vista político. En la carta de introducción a ese documento expone : « Veo que nadie discute el valor moral de la tesis que he sostenido durante varios años en manifestaciones públicas, según la cual el Presidente está obligado a mantenerse fiel a la ideología de su partido, dentro del mayor respeto e imparcialidad para todas las tendencias electorales. Sin embargo algunos ciudadanos aducen razones legales en contra de esa tesis... Corresponde al Honorable Tribunal Supremo de Elecciones dictar las normas que deben seguirse dentro de la legislación actual. »

El fallo del Tribunal fué adverso a la tesis sustentada por Figueres y su reacción inmediata fué la de acatar lo dispuesto por el Supremo cuerpo. Acatamiento que — no obstante lo discutible de la disposición tribunalicia — honra al Primer Mandatario tico, porque con este ejemplo ha probado sus virtudes ciudadanas y de auténtico demócrata al respetar las decisiones de dos magistrados encargados de interpretar la ley.

En países donde los fundamentos democráticos son aceptados y aplicados, el hecho de ser Presidente no quita el derecho de que éste se pronuncie por la doctrina de un partido, máxime cuando a ese partido se pertenece. Nadie como el Presidente de los Estados Unidos interviene en la contienda electoral de modo tan declarado y a favor de uno de los programas y candidatos que se disputan los votos del pueblo. Lo mismo sucede en las democracias europeas. Sin que por ello se considere como atentatorio a la imparcialidad que debe guardar el Poder Ejecutivo. El Presidente es un ciudadano como cualquier otro. Lo peligroso es cuando se abusa de los resortes gubernamentales para imponer un criterio o para desconocer un limpio triunfo. Pero en una buena democracia — tal es el caso de Costa Rica — este peligro no existe. Con todo, bien hizo Figueres al someterse democráticamente al dictamen del Tribunal Electoral. Su partido en la calle sabrá recoger los frutos de su labor revolucionaria al frente del gobierno.

No hay dudas de que esta vez, como siempre, el pueblo costarricense, con su declarado espíritu cívico, habrá de ir a las urnas para escoger los gobernantes que regirán la nación en el período 1958-1962.

J. M. MACHIN

MARIANO PICON-SALAS

Venezuela : Caracas 1957

La nueva Caracas que comenzó a edificarse a partir de 1945 es hija — no sabemos todavía si amorosa a cruel — de las palas mecánicas. El llamado « movimiento de tierras » no sólo emparejaba niveles de nuevas calles, derribaba árboles en distantes urbanizaciones, sino parecía operar a fondo entre las colinas cruzadas de quebradas y barrancos que forman el estrecho valle natal de los caraqueños. Se aplanaban cerros ; se les sometía a una especie de peluquería tecnológica para alisarlos y abrirles caminos ; se perforaban túneles y pulverizaban muros para los ambiciosos ensanches. En estos años — de 1945 a 1957 — los caraqueños sepultaron con los áticos de yeso y el papel de tapicería de sus antiguas casas todos los recuerdos de un pasado remoto o inmediato ; enviaron al ovido las añoranzas simples o sentimentales de un viejo estilo de existencia que apenas había evolucionado, sin mudanza radical, desde el tiempo de nuestros padres. Se fué haciendo de la ciudad una especie de vasto — a veces caótico — resumen de las más varias ciudades del mundo : hay pedazos de Los Angeles, de San Pablo, de Casablanca, de Johanesburgo, de Jakara. Hay casas a lo Le Corbusier, a lo Niemayer, a lo Gino Ponti. Hay una especial, violenta y discutida policromía que reviste de los colores más cálidos los bloques de apartamentos. Se identifica la mano de obra y el estilo peculiar de cada grupo de inmigrantes en ciertos detalles ornamentales : los buenos artesonados de madera de que gustan los constructores vascos ; ciertos frisos de ladrillo contrastando con el muro blanco como en las « masías » catalanas y levantinas ; los coloreados y casi abusivos mármoles de los genoveses. Hay otros edificios que parecen, con sus bandas verticales pintarrajeadas, enormes acordeones. Nos dan ganas de ejecutar en ellos trozos de ópera o alegres tarantelas.

Hay dentro de la ciudad, pequeñas ciudades italianas como Los Chaguaramos y el novísimo barrio de La Carlota ; hay calles que se « aportuguesaron » con sus pequeños hoteles, fondas y bodegas de lusitanos, y hay trozos muy yanquis con « supermercados » y bombas de gasolina que recuerdan a Houston, Texas, Denver, Colorado, Wichita, Kansas. El primer símbolo de esa transformación fué una inmensa bola de acero que se mostraba a los caraqueños allá por 1946 y que en dos o tres enviones convertía en miserable polvo o suelta arcilla arquitecturas entonces tan celebradas como el « Pasaje Junín » o el « Hotel Majestic ». Los caraqueños iban a contemplar el extraño boxeo que libraba con los muros, como verían los romanos las proezas de un gladiador venido del Ponto o de Bitinia.

Nada más semejante a los monstruos de la mitología inicial de América — a los jaguares de enormes colmillos de las pirámides aztecas — que estas máquinas dentadas de la tecnología estaounídense que en pocos segundos devoran un pedazo de cerro y se ahitan de pedruscos y terrones y nos asustan en los caminos como si de pronto resuscitara un plesiosauro. Han sido nota determinante del paisaje venezolano en los últimos años ; quisieron modificar la obra de Dios, sirvieron a los inversionistas para crear nuevas barriadas, cavar las bases de construcciones gigantes, cruzar de blancas autopistas el contorno de la ciudad. Y el viejo monte Avila, cimera tutelar del valle, antiguo bastión contra los piratas, bosque

autóctono que aún recordaba los días de los indios, orquideario natural y productor de fresas, moras y duraznos silvestres, también fué invadido por la tecnología ; se le surcó de cables para disparar un teleférico. Se ofrecen allí por cuatro bolívares crepúsculos y panoramas inauditos. Une fiesta comenzada en el valle puede continuarse, pocos minutos después, mil metros más arriba. Desde la eminencia del monte los ojos de los caraqueños se proyectan sobre los húmedos y floridos abismos de Galipán, sobre las innúmeras quebradas del valle, y por la otra vertiente, hacia los promontorios flecados de rabioso mar azul de la costa de La Guaira y Macuto. En la cima de la montaña hay una pista de patinaje sobre hielo, y el hotel Humboldt coronado de nubes nos elevó desde el trópico caliente a una fresca y ventosa zona alpina.

Retrato de un caraqueño

Así como los pintores flamencos destacaban en el marco de una vidriera gótica, con los árboles del campo y los torreones medievales al fondo, la silueta de sus eclesiásticos, humanistas, príncipes o mercaderes, pudiéramos imaginar el retrato arquetípico de un caraqueño de hoy. Mientras escribo con la ventana abierta, mirando y oyendo los autos que pasan por la avenida incesantemente ruidosa, observo, también, en la calle lateral un inmenso montículo de tierra removida. Es alto mediodía y los obreros que trabajan en la construcción (predominan los italianos y portugueses) suspendieron un rato la tarea para tomar su pequeño refrigerio. Empinan las botellas de innocua pepsicola y muerden el largo panetón aviado con lonjas de cochino y de queso. Al fondo también descansa la máquina dentada que durante toda la mañana engulló tierras y trituró pedruscos como si fueran avellanas. Tiene cara de tigre y gigantesca cola de dragón. La tierra excavada se amontona en un extremo, con la simetría de una pirámide egipcia. Las sombras del mediodía parecen abocetar el rostro de una esfinge invisible. Dentro de unos minutos habrá de reanudarse en todos los barrios de la ciudad el ruido de las palas mécánicas, la misma trituración o levitación de materiales. Nos cubrimos del polvo de las demoliciones ; somos caballeros condecorados por el escombro, para que comience a levantarse — acaso más feliz — la Caracas del siglo XXI.

Y el retrato más peculiar de un caraqueño sería el del hombre que, sentado en su mesa de ingeniero, contempla desde la ventana « funcional » el paisaje de estructuras arquitectónicas inconclusas que tiene de fondo el perfil de una « caterpillar ». Si el pintor que hiciera el retrato se inclinase al detallismo fantástico — a lo Bruhgel el Viejo o a lo Jerónimo Bosch — habría que pintar como en otras bandas panorámicas las varias gentes que suben por las escaleras o están tocando a las oficinas. El caraqueño puede haber abrazado la lucrativa profesión de contratista, y allí llaman a la puerta obreros de pesados zapatos que desembarcaron apenas hace dos días del vapor portugués ; maestros y capataces italianos, delineantes españoles o bachilleres verbosos que dicen tener psicología y elocuencia para las relaciones públicas. No faltará, tampoco, un periodista colombiano o de las Islas Canarias que ofrezca, como otra mercancía, los adjetivos de un reportaje.

Y en extraña dualidad, en conflicto de valores y estilos parece ahora moverse el alma del habitante de Caracas. Hace apenas dos o tres lustros se le educó al tradicional modo romántico suramericano, en que el mundo de las emociones contaba más que el mundo de los cálculos. La dimensión de la hombría la daba el coraje y la prodigalidad, la listeza y el ingenio ; los éxitos en el amor y la popularidad con los amigos. Era un ideal estético — aunque no estuviera desprovisto de cinismo — en que el hombre más perfecto era el capaz de exponer la vida o derrochar el dinero ;

en que el mejor camino de la conducta no parecía el análisis prudente sino el impulso irracional de la « corazonada ». Y aupado en un dulce viento de cinismo o de simpatía, la vida se deslizaba sin mayor sorpresa en el fácil y pequeño universo de gentes conocidas. Muchos venezolanos reclamaban, en la hora de los repartos, que eran descendientes de próceres ; que una prima suya casó con un ministro ; que, en su familia, a través de largas generaciones, todos tuvieron puestos públicos. Pero otro espíritu de mudanza y áspera aventura empezó a soplar en los últimos años. Ya era imposible reconocer en una sala de cine a los nuevos y bulliciosos espectadores, y como hormigueros diligentes salían de los sótanos, subían por los andamios de las estructuras arquitectónicas, compraban giros en los bancos, negociaban y vendían las más desconocidas gentes. Las escotillas de los barcos arrojaban en el terminal de La Guaira o en los muelles de Puerto Cabello millares de inmigrantes. Y el que fué hace diez años obrero, ahora puede ser propietario de una empresa de construcción. A los ricos por herencia, bonanza política o linaje, se opusieron los nuevos creadores de fortuna. Aun los venezolanos más privilegiados tenían que despertar de su antiguo ritmo sedentario y correr en esta nueva maratón de empresas y aventuras.

Quizás estemos ahora en un momento transitorio que pulirán los tiempos, ya que el dinero se ha trocado en el casi exclusivo valor social. E innumerables caraqueños toman su matinal café con leche leyendo el movimiento de acciones en la bolsa, los avisos de venta de terrenos, las urbanizaciones que se proyectan. Hay otros de fantasía más distante que apuestan a las hazañas económicas que se cumplirán en los bosques de Guayana cuando ya esté produciendo la Siderúrgica o se arremansen en gigantescas turbinas la caídas de agua del Caroní, o cuando en el húmedo valle de Morón, en tierras de Yaracuy, se yerga el vasto conjunto industrial de la Petroquímica. Y no hay que olvidar en el cardumen de negocios y rentas con que muchos quieren detener la muerte y asegurar el futuro, otras inversiones en distintos puntos estratégicos del territorio venezolano : Puerto la Cruz ha de ser el mayor puerto petrolero del Oriente ; El Tigre se parece a aquellas ciudades-hongos que surgían en el siglo pasado en los Estados Unidos cuando se conquistaba la frontera y se marchaba en busca del oro de California ; Punto Fijo, mero punto en el calcinado desierto de Paraguaná hasta hace dos lustros, hoy es centro bullicioso y pobladísimo; Puerto Ordaz, centro exportador del hierro, se fundó hace tres años ; Acarigua y Barinas son pequeñas capitales de la madera y el algodón ; Calabozo y otros pueblos llaneros resucitan con la represa del Guárico ; Maracaibo, Barquisimeto, Valencia, Maracay multiplican cada año sus cifras económicas y demográficas. ¿Ha de seguir aquí una civilización de tipo latinoamericano con nuestro amor por las formas estéticas, nuestro orden emocional, nuestra simpática « corazonada », o habitaremos, más bien, en un aséptico y reglamentado mundo tecnócrata donde lo colectivo y abstracto predomina sobre lo personal e individualizado?

Hace diez años pensábamos que aquí, ineludiblemente, se prolongarían todos los estilos y formas económicas del Estado de Texas. Si el impacto norteamericano no iba a consumir nuestra pequeña civilización mestiza. Si no terminaríamos por ser demasiado sanos y demasiado optimistas. Si el viejo ideal de señorío y sosiego a la manera hispánica, « el sentimiento trágico de la vida », no sería reemplazado por el dinamismo del ranchero o del millonario texano. O el individualismo criollo — para tener una norma colectiva — adoptaría la de los « clubs » de hombres de negocios de los Estados Unidos. Si domesticarían con agua helada, deportes, comida sin especias, tiras cómicas y confort absoluto nuestro orgullo y casi nuestro menosprecio hispanocaribe ; esa mezcla de senequismo español y de rudeza a lo Guaicaipuro que fuera tan frecuente en algunos viejos venezolanos. Quizás la inmigración europea — principalmente de Italia y de España — esté modificando aquel esquema y acentuará, más bien — como en la Argentina —, una nueva latinidad.

El caraqueño que en el retrato imaginario miraba desde la ventana el cráter de las demoliciones, dejó de escribir o trazar líneas en su achurado papel topográfico ; bajó por el ascensor y se detuvo en el pequeño café italiano a saborear un concen-

trado « expresso ». Le sirve una muchacha rubia que parece escapada de « La Primavera » de Botticelli. El consumidor pregunta :

— *¿Lei è di Firenze, Signorina?*

— *Di Prato* — contesta la muchacha.

Y si el venezolano es culto, tiene frescos sus estudios de Liceo y hace poco viajó por Italia, acaso recuerda que Prato queda en la ruta de Bolonia a Florencia por la *direttissima*. Es ciudad industrial con un *campanile* de Giovanni Pisano y un *Palazzo Pretorio* donde se guardan madonas de Filippo Lippi y mayólicas de Giovanni della Robbia.

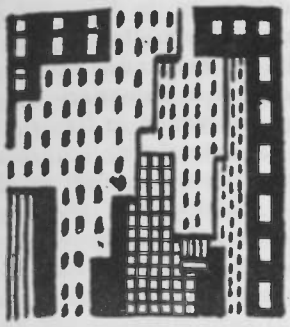
Y el gusto del café fuerte, la melodiosa voz de la muchacha y su semejanza con las musas y las madonas renacentistas, hace pensar al venezolano que se mantendrá en este país — con las audacias y aventuras tecnológicas que permita el siglo — una emocionada y conversadora civilización latina. Preferimos el encanto de esa muchacha al más prometedor plano topográfico. Nos conmueven más Botticelli y Filippo Lippi que aquel feroz ingeniero norteamericano que inventó el sistema Taylor.

Varios meridianos

El movimiento y color de la ciudad se reparte en varios meridianos. Hay todavía lo que queda de ciudad vieja en las calles adyacentes a la Plaza Bolívar. El límite de las dos Caracas se fijaba hasta hace pocos años en el añoso parque de la Misericordia, más allá del cual comenzaban las calzadas más amplias que se empezaron a edificar por 1930. Entre la Caracas tradicional y el « Country Club » o los Palos Grandes — lejanas urbanizaciones en la década del 30 al 40 — mediaban haciendas y trapiches, los bucares más rojos y los mijaos más corpulentos del valle. Ahora las Avenidas de Sabana Grande y la Miranda enlazan ya los extremos. Las tiendas más hermosas y los comercios más abastecidos se trasladaron hacia el Este. El prolongamiento oriental de la ciudad invade el Estado Miranda; se tragó los antiguos burgos mirandinos como Sabana Grande, Chacao y Petare, donde los caraqueños de hace apenas dos décadas iban a « temperar » ; ocupa otros pueblos laterales como Baruta y El Hatillo y amenaza descender por las abruptas rampas que conducen a las tierras más cálidas de Guarenas y Guatire. Cuando las autopistas completen su tarea de circunvalación y enlace de los más varios niveles, tendremos una ciudad que en su diseminado conjunto urbanístico ha de ofrecer los más diversos climas. Los moradores de El Junquito y San Antonio de los Altos, los turistas del Hotel Humboldt encenderán en las tardes los leños de sus chimeneas y se vestirán de ropas invernales, mientras en la caliente Guarenas puede recomendarse en un día de agosto poner en movimiento los ventiladores eléctricos. Quizás ninguna otra ciudad del mundo ofrezca en tan pocos kilómetros semejante antología de temperaturas. « Caracas, capital de todos les climas », es un sencillo y expresivo *slogan* que pudiéramos vender para sus próximos carteles a una agencia de turismo.

Quizás el mayor problema de la gran urbe en proceso es la falta de un eje central desde donde se determine el nacimiento de las calles, la clara matemática de un buen ordenamiento urbanístico. Por eso, en el laberinto de las urbanizaciones, es la ciudad del mundo donde parece más difícil encontrar una dirección desconocida. Como a veces no basta el nombre de la calle se da también el de la casa, pero hay más de dos « Avenidas Los Cedros », varias « Acacias » y un millar de quintas puestas bajo la advocación de la « Virgen de Coromoto ». A veces un telegrama enviado del exterior resulta costosísimo, pues sólo la dirección del destinatario comprende varias frases : « barrio de El Paraíso, frente a la puerta de campo del Hipódromo Nacional ». En otras capitales de América los moradores de los barrios periféricos van al « centro » que puede ser la Avenida Madero en México, la calle Florida en Buenos Aires, el Girón de la Unión en Lima, las calles Estado y Ahumada en Santiago de Chile. Pero ¿ cuál es el verdadero centro de Caracas? Hasta 1930 o 1935 parecía la Plaza Bolívar siguiendo el plano en damero de las ciudades coloniales. Después se pensó que iba a ser el parque de Los Caobos o aquella encantadora frontera entre lo viejo y lo nuevo que fijaba la plaza de los Museos. En 1945 otro núcleo quiso establecerse en la plaza de « El Silencio » desde donde partiría la Avenida Bolívar. Cinco

años después había surgido un nuevo meridiano en la plaza Venezuela con las bonitas tiendas y comercios de la Gran Avenida. Quizás para 1960 el eje central imaginario habrá que correrlo hasta la plaza de Alta-



mira. Y por el momento, Caracas es como una confederación de burgos y urbanizaciones separadas por árboles, túneles, quebradas y colinas. Las pocas parroquias que mencionaba en su « Guía de Venezuela para el año 1904 » don Nicolás Veloz Goiticoa se multiplicaron en nuevos y desordenados conjuntos urbanos. Hasta 1925 los caraqueños nacían o morían en Catedral, Altagracia, San Juan, La Pastora, San José, Candelaria, Santa Rosalía, El Paraíso, y los más proletarios en un arrabal de la entonces pobrísima Catia o en un cerro como el Monte de Piedad. Treinta años después Catia es la más congestionada área industrial de la metrópoli ; las parroquias foráneas se unieron a las urbanas y ni el caraqueño más avezado pudiera definir todos los lugares y toponímicos de la nuestra cambiante geografía administrativa. Ya pertenece al folklore de un pasado reciente aquello de que se vivía en La Pastora por su buen clima, propicio para las dolencias del pulmón ; de las ventanas de la calle de Candelaria con sus castos idilios románticos; de la agresividad de San Juan con sus valentones siempre dispuestos a una pelea a cabezazos; de la altísima burguesía de El Paraíso con sus jardines y villas a la francesa, sus pequeños castillos de Amboise y las gentiles institutrices que enseñaban a la familia pasos de baile, modos de saludar y lenguas extranjeras. Toda una estratificada división de estilos, castas y fortunas comenzó a romperse y abigarrarse con el desarrollo económico y urbano después de 1936. Y como emancipándose de la tradición, otra Caracas se aleja y embellece hacia las faldas del Avila, las colinas de Bello Monte o las Mercedes o la Avenida Miranda, que cada día recuerda más a Los Angeles, en California.

Los trescientos mil vehículos de motor que según una estadística reciente circulan por el territorio venezolano, algún día del año parecen darse cita en Caracas y producen una marejada de ruido y combustible quemado, que quita a los peatones el higiénico deseo de las caminatas. El caraqueño es hombre motorizado y la misma dispersión de las cosas en los más opuestos barrios, anula el gusto de andar a pie. No hay, como en otras capitales de América que conservaron dentro de su desarrollo moderno parte de la estructura colonial, portales de plateros y botoneros, de mercaderes y escribanos. No hay calles exclusivas para cafés, teatros y platerías como en México o en Lima. Un comercio abigarrado prolifera en todas la zonas y junto a un garage puede colocarse una pastelería vienesa. A veces el acierto de un arquitecto que planificó los edificios de una calle, logra que florezca un conjunto de cierta gracia y armonía urbanística y descubrimos de pronto que la Avenida Wollmer se puso muy bonita con sus cuidados árboles, las terrazas de sus hoteles y restaurantes, el espléndido edificio de « La Electricidad de Caracas » y los pequeños cafés y pastelerías. O vagamos por las tiendecillas, librerías, peluquerías, logradas con tan sobria y clara gracia en el gran bloque del Edificio Galipán. O un amigo nos hace subir por casi medrosa rampa a la modernísima casa que se edificó en Bello Monte o Alta Florida, desde donde el valle luce condecorado de autopistas, de mazos de verdor, de hormigueros de automóviles, de collares de luces. « Caracas allí está », pero no como en la paz casi agraria y añorante de la vieja elegía de Pérez Bonalde, sino como la más desvelada, quizás la más demoníaca ciudad del Caribe.

Personas y lugares

Salgamos a pasear y detengámonos en algunos sitios de la ciudad que reflejan su ritmo y alma presente. Si consultásemos una guía turística o formásemos parte de

aquel cortejo itinerante que desembarca cada miércoles, haciendo su « crucero » por el Caribe en los vapores de la Compañía Grace, el cicerone bilingüe nos ofrecería un programa demasiado conocido. Nos llevaría, por ejemplo, a la Casa del Libertador, al Salón Elíptico del Palacio Federal, al Panteón, a los Museos, y por último a refrescarnos el gaznate en la terraza del Hotel Tamanaco, frente a las sensuales bañistas que flotan y bracean en una piscina extremadamente azul. Pero la Catedral, el Panteón, la Casa de Bolívar, pertenecen a la inalterable historia de Caracas, y tiempos y personas pasan por ellas sin cambiarlas sensiblemente. Son como el último y más tenso hilo de Historia que une a las nuevas y viejas generaciones. El patio de los granados con su pequeña alberca, la neoclásica y severa tumba del Libertador cuyo buen gusto se salva frente a otros monumentos heroicos que se irguieron después, son sitios que invitan a la meditación y nos transportan a otras zonas de la conciencia. Y el caraqueño de estos días casi no tiene ganas de meditar o prefiere dispararse con la luz de cada mañana a donde le espera un torrente de negocios, transacciones y aventuras. Un paseo tan añosamente caraqueño como El Calvario casi no es concurrido por los venezolanos, y sirve, en cambio, para que conozcan la flora tropical y cobijen sus primeros romances amorosos los inmigrantes recién llegados. Si acaso, sube hasta allí, a repasar sus tablas de logaritmos un estudiante de Matemáticas cuando llega la temporada de exámenes. Los caraqueños se han hecho excesivamente cómodos, y cuando se les invita a una excursión urbana inquieren primero si encontrarán sitio para estacionar el automóvil. Prefieren al paseo despacioso que saborea todos los detalles, la marcha frenética por las autopistas. Y ya los carruajes girarán por una immensa cinta blanca, sin detenerse en ningún sitio. Otra generación ha de nacer que utilice sus piernas y se entregue al gratuito deleite de descubrir y gustar cosas a medida que las acendra la mirada. Crepúsculos, auroras, noches de luna, se prefieren ahora velocísimas, sin que interfieran con alucinaciones y con sueños el tránsito cabal de las carreteras.

Debemos ver, pues, otra Caracas que gesticula, negocia o actúa. Entrar, por ejemplo, a mediodía en los bares y comedores del Hotel Tamanaco. Con su arquitectura de pirámide azteca no sólo es espléndida balconería de la ciudad, sino animado foro de relaciones públicas. Concurrido de inversionistas de todas partes, de magnates del hierro y del aceite, la dinamita y el rayón, de banqueros y estrellas de cine y aun de solicitantes de amistades útiles, el vitaminado *lunch* del « Tamanaco » crea lo que en la jerga mercantil se llaman los « contactos ». Es antesala de empresas y negocios. Después de un *martini* en el bar o un refrescante *whiskey and soda*, la ensalada tropical acompañada de camarones frescos permite el buen trato humano sin alterar la disgestión. El ingeniero puede mostrar allí al capitalista — sin que parezca inelegante — el croquis somero de una urbanización ; el abogado, el proyecto de una compañía anónima. Se puede telefonear à New York sin que se interrumpa el almuerzo. Y en las salas de conferencias se reunen los directorios de compañías y asambleas de accionistas o se dan cursos que enseñan el difícil arte de vender y de negociar, de contratar seguros, combatir la timidez y salir por el mundo como alígero halcón en busca de su presa económica. Ese « Tamanaco », tan mercantil del mediodía, es diferente ya del de la noche, que congrega, en las pistas de baile o en los saloncillos más penumbrosos, la más granada y alegre juventud. Para el extranjero ambicioso que viene a Venezuela y puede afrontar los gastos de las primeras semanas, el « Tamanaco » es una necesaria batalla social. Desde allí se inicia la red de las relaciones, y cuando se tiene cálculo y estrategia puede ser el anchuroso vestíbulo de la fortuna. Para quienes saben descubrirlo y conocen las palabras mágicas, Aladino va, a veces, por las calles de Caracas con su lámpara de milagro que ofrece concesiones mineras, terrenos por urbanizarse, empresas por crear.

La plaza Bolívar es punto de encuentros rápidos para los inmigrantes que no podían llegar a hoteles costosos, y salieron con sus gruesos zapatos de obreros y labriegos, sus chaquetones de pana, después de comer la « fabada » dé la fonda portuguesa, a tomar también contacto con el ruido y la luz del extraño valle. Andan todavía desconcertados ante el excesivo

brillo del sol y la coloración de los árboles. En grupos atraviesan las calles de la vieja ciudad, tropezando y agazapándose frente a los andamios de los edificios en construcción. Pero, por fin, llegan al pie de la patinada estatua donde el caballo del héroe se encabrita para saltar quién sabe qué abismo. Un Bolívar demasiado teatral y barroco al gusto grandilocuente de la época guzmancista ; venerable reliquia de 1874. Hay allí un diálogo babélico de todas las lenguas; el Libertador parece proteger la inmigración y diríase que a él se encomiendan como a un nuevo San Jenaro, las gentes que buscan trabajo. Acude un contramaestre que solicita albañiles para una empresa de construcción, o se leen, casi en comunidad las largas columnas de avisos económicos con oferta de empleos. Hay entre los inmigrantes — y esto sí resulta trágico — uno que fué profesor de Latín y lenguas clásicas en la venerable universidad de Cracovia o un actor cómico de la Opera de Budapest. ¿Dánde colocarlos? A veces terminan de vendedores en un puesto de gasolina o de « contables » en una casa de abastos. O emprenderán desde Caracas un camino de azar que puede concluir, ejerciendo los oficios y profesiones más varios, en Acarigua, Estado Portuguesa, o en San Fernando, Estado Apure.

Era la Plaza, antiguo Agora de conversación venezolana. Los viejecillos que no tenían para pagar las cuotas de un club, acudían a la caída de la tarde a establecer sus anacrónicas tertulias que parecían traídas y extraídas de las boticas provincianas, en el tiempo de las sillas de suela y los faroles de gas. Se evocaba allí una Venezuela de fines del siglo pasado o de comienzos del presente con sus revoluciones y guerras civiles, sus cuentos de caudillos, sus lances difíciles o inverosímiles. O se hablaba con la mayor erudición heráldica de las familias de Zaraza, de Trujillo o de Mérida. Se contaban chistes políticos que ya habían aparecido en las crónicas costumbristas de 1895 o en las caricaturas de « El grito del pueblo » en 1909. Era la historia de una Venezuela de pocas personas que se conocían, por lo menos de vista o referencia, y repasaban sus recuerdos como quien hojea un álbum de retratos. Con sus bastones de vera, sus trajes de dril o de alpaca, sus desusados relojes y leopoldinas, eran estos viejecitos los últimos depositarios de la tradición más coloreada y cuentera. Las biblias de su añejo sabor autóctono eran la *Historia Contemporánea* de González Guinán o la *Gran Recopilación* de Landaeta Rosales. Pero la oleada inmigratoria comienza a correrlos de la plaza, y ahora cuando logran encontrarse e improvisar un pequeño corrillo, denigran de esas gentes nuevas que ya nadie conoce y que según su primario nacionalismo emocional les arrebatan el derecho al sol, a la sombra de los árboles, a sus intraducibles anécdotas.

— ¿Qué va a ser de este país? — preguntan nostálgicamente.

Pero en la emulsión y trituración de sangres y corrientes culturales que vienen a sumarse a nuestro tricolor mestizo, nadie podría aventurar la profética respuesta.

Sigue el paseo

El paseo por Caracas buscando lugares y gentes significativas del nuevo estilo de existencia, nos llevaría muy lejos y acaso no requiera el lápiz enunciador de un cronista, sino una fantasía diabólica y descubridora como la de Balzac. Habría que revisar sitios tan contrarios como las casas y los salones elegantes y las oficinas de Policía, donde identifican a una banda de ladrones de automóviles que cambiaba las placas de los vehículos usurpados y los iba a vender de contrabando a la República de Colombia. O el retrato del falso conde europeo que vendía condecoraciones imaginarias a los coleccionistas de títulos y medallas. O la muchacha húngara y francesa que para que fuéramos perfectamente civilizados fundó una « cava » existencialista con chicas voluntariamente desgreñadas, músicos y cantantes de sexo indeciso, en un tranquilo barrio rural. O el italiano que vive en una covacha, pero que firma escrituras en el Registro por más de cuatro millones. O los transeúntes que a la media noche del sábado se acumulan en los « Sellados del 5 y 6 » a adelantar su conjuro hípico para las carreras del domingo. O la historia inaudita, que empapa los periódicos del lunes, del que acertó a las patas de los caballos y con un cuadro de ocho bolívares obtuvo ochocientos mil, y los reporteros le

preguntan qué piensa hacer en su nueva profesión de millonario. Y entre tantos éxitos, el suicidio del inmigrante inadaptado que trajo de la guerra o de su antiguo campo de concentración un trauma irremediable. Gentes, rostros, problemas para que los analicen sociólogos, economistas y psiquiatras.

Junto a los ricos y aventureros, las multitudes más pacíficas y estoicas que pueblan los autobuses o habitan los grandes bloques de apartamentos en los cerros. El pueblo matinal que madruga, y la sociedad próspera que sale en la madrugada de las fiestas opulentas. La igualitaria democracia que se aglomera, después de la media noche en las ventas de tostadas y criollísimas « arepas » donde nuestro viejo pan cumanagoto adobado con queso y chicharrón acerca en su fragancia conciliadora a todas las clases : al caballero de « smoking » que viene del baile y al conductor de camiones y gandolas que parte a las lejanas carreteras.

La abundancia de divisas trae no sólo un cosmopolitismo humano, sino otro de productos y prodigalidad. Las tiendas de Caracas, con frecuencia empachadas de mercancías, son como anticipo y prefiguración de las exposiciones universales. *Made in Germany*, *Made in Italy*, *Made in Japan*, y alguna vez « Hecho en Venezuela ». Se puede comprar en la misma tienda una porcelana de Sajonia y un biombo japonés. Frente a comercios muy feos que aún recuerdan la decoración del extinto pasaje Ramella en los días del 1900, hay tiendecillas que pudieran estar en París, Viena o Florencia. Los modistos franceses exhiben los modelos más caros. Aunque haya calor, se pueden vender armiños y martas cibelinas. Hay también el cosmopolitismo del olfato y del gusto. Los vidriados y niquelados « Super-Market » a la norteamericana contienen la más varia antología del sabor. Se consumen por igual sardinas de Margarita y esturiones del Mar Negro. Los alimentos yanquis ofrecen su infantil y entretenida manipulación mágica. Se echa un poco de agua o de leche y se pone al horno el polvillo que contenía el sobre, y dentro de pocos minutos veremos como se esponja — sin perder su olor de química y farmacia — un pastel de limón o de chocolate. Hay abundantes e inverosímiles juguetes de niños para escape de nuestra curiosidad o nuestro derroche, para ocupación de almas vacías.

Naturalmente que dentro del inmenso prisma de apariencias que es la vida caraqueña de 1957 ; de la luz de neón que nos inunda de anuncios comerciales, de la invitación a un perenne viaje por islas encantadas con palmeras de oro y danzantes cubiertas de flores, a que nos conminan las agencias de viaje ; de las esmeraldas y diamantes de las joyerías, de los automóviles de todas las marcas que corren como galgos de lujo por las autopistas, hay también un mundo de más desgarrada realidad, de inalterable esencia. Todavía los caraqueños conocen el amor y la muerte, la angustia de vivir y la zozobra de comprender. Una droga que se ha generalizado en ciudad tan presurosa y que se llama « ecuanil » no logra calmar del todo la cavilación de las gentes.

Con equiparables choques, con los misterios de un subconciente colectivo que aún no asciende a la comarca clara de la percepción, se está aún formando el espíritu de esta ciudad de Caracas que a pesar de sus cuatro siglos de fundada, nunca lució tan terriblemente adolescente. Sigue creciendo y edificándose sin tregua ; en el día y en la noche, en las horas de vigilia y en las horas de sueño. La amamos y también nos querellamos con ella porque resume en su dinamismo y perplejidad, la esencia de una patria en ebullición que todavía gira sobre el futuro. El monte Avila se recuesta en la ciudad con la turgencia de un pecho amoroso o fija sobre el valle, cambiante y agitado, su cimera de eterno granito. Hermosearla a la escala del servicio y el amor humano, pulir su alma para la solidaridad, la justicia y la belleza, debe ser su prospecto moral que se concilíe, con el plan técnico de los ingenieros. Sólo el espíritu habrá de salvarla de la excesiva tensión de la aventura y aun de las demasías del dinero.

MARIANO PICON-SALAS

B.D.I.C

Líbano : Viaje por el país

POR FRANCISCO AYALA

Los BUENOS OFICIOS de mi amigo Beschara Ghorayeb, que dirige en Beirut las actividades del Congreso por la Libertad de la Cultura, han permitido que mi visita al Líbano resultara para mí, no sólo grata, sino también fructífera desde el punto de vista espiritual ; pues he tenido oportunidad de reunirme con muchas y muy diversas personalidades representativas, de modo que mi impresión general del país es bastante más completa de lo que en principio era legítimo esperar de tan breve permanencia.

Beirut es la puerta, o una de las puertas, del oriente árabe ; a mi juicio, y por un conjunto de circunstancias que en seguida detallaré, el verdadero punto de unión, para esta parte del planeta, entre nuestra civilización occidental y otra de las grandes culturas que aún viven sobre la tierra : la islámica. Y como uno de los objetivos de este viaje consiste en tratar de averiguar un poco más de cerca el contenido del nacionalismo árabe que tanta efervescencia está mostrando, he creído que la única manera a mi alcance de escrutar por debajo de las manifestaciones públicas era entablar contactos personales y beneficiarme así de las facilidades que la plática amistosa ofrece a la comprensión. Para tal fin, mi experiencia del Líbano ha resultado inapreciable. Conviven en esta pequeña república aproximadamente igual cantidad de árabes musulmanes y de árabes cristianos, respetando escrupulosamente, desde 1943, la especie de pacto tácito sobre cuya base existe el país como un Estado independiente. De hecho, la actividad política se desenvuelve dentro de una situación estatutaria por la cual cada uno de los diversos grupos pertenecientes a ambas religiones posee una participación bien delimitada, y hasta delimitada en exceso, a juicio de muchos, pues traba dentro de una especie de anquilosis el libre juego de capacidades y posiciones.

Probablemente esta crítica está bien fundada : se trata de un país demasiado pequeño para permitirse el lujo de una distribución rígida de los cargos públicos entre los diversos grupos culturales, tanto más, cuanto que, aquí como en todas partes, la confesión religiosa no pasa de ser, para mucha gente, otra cosa que débil tradición doméstica. Pero en cambio de dichos inconvenientes, ese equilibrio de grupos sociales tiene la ventaja, a mi entender, de dar pie a una gran variedad en el desarrollo de individualidades. En efecto, ha sido para mí una ocasión de grata sorpresa la diversidad de puntos de vista y de actitudes emocionales que presentan los círculos dirigentes de la sociedad libanesa, diversidad que creo puede atribuirse a aquella complejidad social, pero no en el sentido de que los individuos sean meros exponentes de su respectivo grupo, sino en el de que, al salir de él hacia una vida intelectual libre en gran medida de las pautas tradicionales, cada hombre se beneficia de aquella multiplicidad de perspectivas para configurar sus propios rasgos en términos individuales.

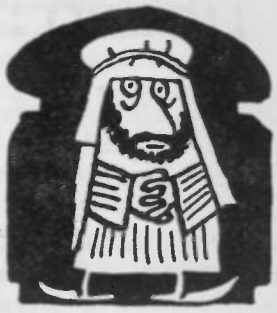
Por lo que se refiere al nacionalismo, y

dejando aparte los infinitos matices que pueden descubrirse, existen allí tres principales corrientes : el nacionalismo libanés, el nacionalismo sirio, y el nacionalismo panárabe. De entre las muchas conversaciones que he sostenido en Beirut, voy a referirme a algunas en particular, a través de las cuales he creído darme cuenta del contenido real de cada una de esas tendencias, que, sin embargo, insisto, se encuentran en la práctica muy tornasoladas y adaptadas a la actitud propia de cada cual.

El nacionalismo libanés

El nacionalismo específicamente libanés, cuyos adherentes son en su mayoría los cristianos partidarios de la occidentalización, sostiene la tesis de que el Líbano, tal cual ahora se encuentra delimitado, constituye una unidad geográfica, histórica, cultural y de sentimiento, o — según lo define el partido demócrata-social, también llamado de las falanges libanesas — « un alma, un principio espiritual ». He hablado ampliamente con el presidente de esa organización, la más importante dentro de la tendencia aludida, Sr. Pierre Gemayel ; y a juzgar por lo que me dijo — muy en concordancia, como es lógico, con los textos y formulaciones oficiales del partido —, bajo ese nacionalismo alienta el deseo de preservar a los árabes cristianos dentro de sus actuales condiciones de paridad política, paridad que desaparecería mecánicamente si este país se uniera a Siria ; y al mismo tiempo, de mantener en vigor los principios culturales, los rasgos de orden espiritual tanto como material, que han dotado al país de una fisonomía propia, haciéndolo — como también se dice en el documento de referencia — « de oriente y de occidente » a un tiempo mismo. Resulta claro que, mediante el nacionalismo libanés se pretende, no sólo garantizar a la población el equilibrio alcanzado dentro de normas de libertad, sino también salvaguardar una misión de compromiso e inteligencia entre dos culturas, misión cuyo valor no puede nadie desconocer en un mundo tan conturbado como el que vivimos.

Cierto es que, para instrumentar este « nacionalismo » se echa mano, según es de práctica en todas partes, a aquellos elementos del pasado que, con más o menos visos de justificación, pueden servir de aglutinante. La tradición nacional libanesa quiere hacerse remontar a los fenicios; cosas tales se han visto en otras partes... Pero, con eso y todo, lo que importa es que, al menos en el pensamiento de quie-



nes guían el partido de las falanges, prevalecen los valores humanistas por encima de cualquier otra consideración, centrándose el interés en la persona individual, verdadero y único sujeto de la libertad, cuya protección es el fin razonable del poder político.

El nacionalismo sirio

El nacionalismo sirio pretende, en cambio, que el Líbano es una parte de la nación siria, cuya magnitud prevista resulta variable, a su vez, según la versión de distintos portavoces. Descontando las pretensiones más exageradas, la Gran Siria comprendería, junto con el territorio de la Siria actual, a Palestina, Jordania, el Líbano e Irak — si bien es frecuente oír a quienes propugnan en el Líbano la reintegración de este país, que no sería sin que su autonomía quedara garantizada dentro del conjunto. Por lo demás, éste presentaría la suma de factores que se estiman decisivos para formar una nación. Así me lo ha expresado, por ejemplo, el Sr. Ghassan Tueni, un líder joven e inteligente, que, al mismo tiempo, y en otro giro de la conversación, apuntó al hecho de que el nacionalismo haya llegado tardíamente a los países árabes, cuando ya declina, como doctrina y como práctica, en Europa. Esta resuelta

afirmación — cuya verdad me parece, desde luego, indisputable, pero que no deja de chocar en labios de un jefe nacionalista — me hace pensar que la doctrina es un instrumento aceptado a falta de otro mejor para articular la repulsa de los pueblos árabes contra el colonialismo de Occidente.

El nacionalismo pan-árabe

Todavía reforzó esta impresión mía, por cuanto se refiere al nacionalismo árabe en general, mi entrevista con el Dr. Manuel Younes, hombre muy culto, versado en las disciplinas filosóficas bajo el magisterio del pensador español D. García Bacca, cuyos cursos siguió durante varios años en Venezuela. El Sr. Younes distinguió, al describirme la situación, entre el impulso de las multitudes que, en sus atrasadas condiciones de existencia, reaccionan contra el Occidente soñando acaso con tradiciones culturales caducas, y la voluntad más consciente de una minoría ilustrada y progresiva que desea encauzar ese movimiento irrefrenable hacia la completa modernización del mundo musulmán, hasta ponerlo en condiciones de igualdad con los pueblos de Occidente. Que el nacionalismo árabe esté, como lo está, dirigido contra el Occidente, resulta, según él, muy explicable en cuanto que las masas no lo conocen sino bajo figura de explotación y de dominación militar. Es posible — concuerda — que una política como la que parecen esbozar los Estados Unidos por iniciativa del Presidente Eisenhower tenga la virtud de alterar en el futuro dicha actitud y permita un desarrollo constructivo... Pero si en el terreno de los hechos políticos mi interlocutor fué muy explícito, se abstuvo en cambio de incurrir en los habituales lugares comunes de la teoría nacionalista, abstención que supongo muy intencionada, pues inclusive se mencionó, en términos generales, la falta de un pensamiento filosófico-político adecuado a las nuevas estructuras que se dibujan en nuestra época, y la necesidad de elaborarlo...

En complementeo de esta actitud, típica de un intelectual muy *à la page*, terminaré refiriéndome a las palabras de un anciano patriarca musulmán, jefe de una de las grandes familias del Líbano, el Sr. Mohamed Gamil Beyhum, quien, al decirle yo que en opinión de algunos la fidelidad a los principios fundamentales del Islam era una rémora para la indispensable « modernización » e incorporación de los árabes al orden de la técnica avanzada, me respondió, con toda cortesía, que el fanatismo religioso de muchos pueblos occidentales no les había impedido semejante desarrollo, y menos podía impedírselo a los mahometanos, cuyo libro sagrado proclama que un día de buen trabajo vale más que cuarenta años de plegarias.

Cierto es que entre las minorías cultas y las multitudes, se encuentran los líderes políticos corriendo los albures de la acción inmediata, y despertando con ello esperanzas y temores; y también frente a sus arriesgadas aventuras se irisan en el Líbano las opiniones, desde la condenación más seria, hasta la exhibición entusiasta de efigies sonrientes en barberías y mercados...

Creo, como resumen de mi visita, que el gran interés de esta comunidad radica en su misión de punto de encuentro entre el Oriente árabe y el Occidente, que no pueden vivir ignorándose el uno al otro una vez terminada la etapa de las relaciones colonialistas, que definitivamente parece haber pasado ya para dar entrada a una nueva fase histórica de convivencia y coordinación de todos los pueblos de la tierra sobre unos supuestos de igualdad y de respeto.

FRANCISCO AYALA

Egipto : Retrato de la intelectualidad

POR GEORGES KETMAN

HASTA HACE ALGUNOS MESES, cuando un intelectual extranjero, de paso en el Cairo, deseaba entrar en relación con sus colegas de la intelectualidad cairina, se le presentaban ciertas figuras que la guerra de Egipto ha privado súbitamente de toda significación. Eran indudablemente una minoría constituída por coptos, judíos o libaneses, cuyos antepasados se habían establecido en Egipto un siglo antes, por lo menos, o bien por esos híbridos, que en árabe familiar se designan con el término peyorativo de « bazramitas ». Tenían la tez cetrina u olivácea, o acaso esa palidez descolorida y marfileña que sólo se encuentra en Oriente. Hablaban en su mayor parte un francés exquisito, aprendido en el colegio de los Padres Jesuitas de Faggalah, o un inglés asombrosamente oxfordiano, que les habían inculcado a menudo sus ayas británicas, en la provincia negra de Asiut. Estaban muy al corriente de la actualidad internacional, leían *Foreign Affairs* o *Botteghe Oscure*, habían digerido perfectamente autores tan dispares como Marx, Heidegger o Stirner y conocían también, lo que es mucho menos común de lo que se cree, a Hallaj y a Djabârti. Además, algunos de ellos iban todos lo años a París, Roma o Ginebra, para reanudar el contacto con los mejores cerebros de Occidente, como Jaspers, Abellio o Papini. El que haya estado en Egipto en épocas más serenas y democráticas habrá reconocido ya, por lo menos, a Georges Henein, a Munir Hafez, a Magdi Wahba, a Lutfallah Soliman o a Ali El Chalakani.

Estos petersburgueses de una nueva especie pretendían no limitar su capacidad a la asimilación. Durante los primeros años de la guerra, Georges Henein, por ejemplo, amigo de André Breton, fundó un periódico de lengua árabe, *Al Tattawor*, en el que se mezclaba el comunismo con el surrealismo. Un movimiento también surrealista agrupó, aproximadamente en el mismo período, a los más destacados escritores y artistas con que contaba Egipto, tan rico en intelectuales refugiados en este pequeño Edén privilegiado. Es cierto que, salvo los que hemos citado más arriba, y Cosséry, ninguno de los talentos que han nacido en esa atmósfera de estufa, en que los más exaltados iban a la cárcel con el mismo entusiasmo con que escribían versos incendiarios, ha sobrevivido a la dispersión del cenáculo. De las producciones de ese período, sólo quedan recuerdos ardientes, tres o cuatro hermosos dibujos de Ramses Yunan y, sin que incurramos en injusticia, hermosos folletos y breves textos, en los que brillan, aquí y allá, algunas lentejuelas. Esta llamarada sólo había sido superficial. Los negocios, la paz en peligro y la vida diaria fueron para ella como un chorro de agua fría.

Más adelante, una publicación no periódica, titulada con lucidez singular *La parte de la arena*, trató de establecer un puente entre los supervivientes y ciertos occidentales filosóficamente apatridas, como Jean Grenier, o Jean Wahl, Henri Michaux o Ponge, por ejemplo. Con ocasión de su aniversario, se publicaron bajo su égida tres

cuadernos de homenajes, uno consagrado a Nietzsche, otro a Kafka y el tercero a Kierkegaard. Fué entonces cuando, a la luz de los acontecimientos políticos, se reveló la tara profunda del espíritu que había presidido su redacción : la artificialidad. Estos cuadernos publicados por un grupo ya muy restringido y dedicados a un número ideal de *happy few*, no respondían a ninguna necesidad, no se dirigían a ningún público determinado y aspiraban, no sin cierta presunción, a dar lecciones al Occidente sobre sus propios pensadores. Una calidad excepcional hubiera justificado este punto de vista de Sirio, pero aquí no era éste el caso. Esto por lo que se refiere al fondo. En lo que concierne a la oportunidad, estos escritos podían, con justicia, parecer intempestivos, ya que, después de todo, estaban redactados en una lengua extranjera, casi enemiga, por antiguos feudales o pseudo-europeos que nos ocultaban, la mayor parte de las veces, su nostalgia del tiempo de las capitulaciones o su angustia ante un porvenir gravado por un nacionalismo creciente.

Estos intelectuales-editores daban pruebas a la vez de la inconsistencia propia de su clase y de la agonía de ésta. Eran poco más o menos los mismos que, en pleno avance socialista y mientras la reforma agraria estaba en todo su auge, continuaban coleccionando pinturas de la escuela de París, tapices antiguos y baratijas ruinosas de Fabergé. Sin preocuparse por la gigantesca metamorfosis social y política que se iniciaba bajo sus ojos y anunciaba, sin la menor duda, si no su exterminio, por lo menos su decadencia moral y económica, creían perpetuar a una distancia de veinte siglos las minorías selectas de Alejandría ; reivindicaban, como si fueran de los suyos, a los Kavafis y a los Ungaretti, y ese brote excepcional llamado Cosséry. Pero olvidaban que si las colonias heterogéneas del siglo VI hablaban griego en Alejandría es porque esta lengua era la más extendida en la región del Mediterráneo oriental ; olvidaban también que el cosmopolitismo no florece más que en medio de la tolerancia y a la sombra de imperios poderosos, y que el Islam es esencialmente xenófobo. Por último, no comprendían, al parecer, que sus preocupaciones metafísicas, sus ensayos sobre el dandismo, Julián el Apóstata o los sefirotas constituían, frente a une nación con un ochenta por ciento de analfabetos, una paradoja seductora, pero escandalosa.

Entonces sobrevino el desgarramiento ; las tendencias de la política revolucionaria egipcia no permitían de ningún modo la disyuntiva : fué preciso elegir entre el Occidente o Egipto, o sea, precisando más, un Egipto, en el que la mayor parte de sus habitantes sólo hablaba la lengua del país con dificultad, donde empezaban a salir a la superficie unas capas sociales hostiles al mundo que esos intelectuales representaban. Algunos se expatriaron a Europa ; pero quedaban otros que, hasta el momento de producirse los acontecimientos de Suez, se encontraban en una situación totalmente excepcional, es decir en el punto geográfico y moral en que el Este y el Oeste se afrontan. Cierto sentimiento de culpabilidad, el que condena el colonialismo, el que aplaude la liquidación de la guerra de Indochina y desea la salida de los franceses de Africa del Norte, ofreció a estos mandarines la solución que buscaban. Estos hijos de los embajadores de Faruk, de los grandes terratenientes, de las grandes modistas de la alta sociedad y de los diputados wafdistas se declararon partidarios de las doctrinas de izquierda, pero lo hicieron en francés, esa lengua oficialmente aborrecida, la de los parásitos, cuyo predominio se terminó con la Revolución. Optaron por la política de izquierda precisamente cuando la república de Nasser les prohibía prácticamente toda actividad política, les amenazaba con nuevas nacionalizaciones, parcelaba los campos de golf de su club y vendía en pública subasta las colecciones de la familial real, esta familia cuyos salones habían frecuentado y en los que habían alternado con los príncipes; esa familia real de la que los ingleses en otro tiempo habían separado a sus padres y con la que a veces estaban incluso emparentados. No, Kropotkin no es un fenómeno exclusivamente ruso.

Al contrario de sus predecesores, los representantes de la nueva intelectualidad no hablan varias lenguas : han leído — muy poco — malas traducciones de Dostoyevski y de Sartre, en su mayor parte ; están mal vestidos, no llevan gafas y han pasada hambre. Casi todos ejercen el periodismo ; algunos de ellos hacen guiones para el cine.

La incultura parece ser el rasgo más característico de estos nuevos intelectuales y está en proporción con sus reivindicaciones sociales. Para leer mucho, hay que tener tiempo libre y dinero, pues en el Cairo los libros, cuando vienen del extranjero, cuestan vez media o dos veces más que el precio que se indica en el catálogo, y estos intelectuales disponen de poco tiempo y de casi ningún dinero. Además, hay pocas traducciones al árabe de las obras maestras de la literatura o del pensamiento mundiales; y las que se han traducido, lo están muy mal. Leer las obras de Dostoyevski en sus versiones francesas, o las de Stendhal en el texto original, supone un conocimiento del francés — o del inglés, si se trata de Toynbee o de Joyce — que casi ninguno de estos nuevos intelectuales posee más allá de unas nociones elementales.

El hecho de que hayan pasado hambre por ser hijos de campesinos o de modestos funcionarios pobres, explica sus ideas sociales y su actitud frente a las gentes que se trasladan a Europa para descongestionarse el hígado y que fueron los explotadores de sus padres. Esto es una apreciación nuestra. Hoy todavía, bajo un régimen que utiliza sus servicios, no tienen mucho más dinero del que hace falta para vivir almorzando con un estofado, del que emerge un trocito de carne, y cenando con un plato de habas y una ensalada. Su carencia de dinero es casi metafísica. Podríamos decir, empleando una frase de Cosséry, que son los « eternos ladradores en el mejor de los mundos ». Toleran los automóviles americanos y los refrigeradores de color de rosa que cuestan cuatrocientos mil francos y con los que los Estados Unidos inundan el mercado egipcio, pero en realidad consideran que todos los que los poseen hoy los han adquirido con recursos inconfesables. Su única autoridad proviene, no de su situación de intelectuales — los que tienen esta « chaladura » no son muy estimados en Oriente, donde sólo los poetas y los periodistas alcanzan cierto prestigio—, sino del hecho de compartir su condición social con la mayor parte de los oficiales « suministrados » por el nuevo régimen.

Aquí será conveniente hacer una aclaración relativa al vocabulario. En Occidente el término « intelectual » designa a un determinado tipo de hombre inteligente capaz de tratar los problemas generales aplicándoles un criterio nuevo. Pero éste no es el caso de los miembros de la nueva intelectualidad cairina. El ensayo es para ellos un género difícil, ingrato y en resumen podría decirse que les es completamente ajeno. Los artículos de los periódicos que tratan, por ejemplo, de la influencia de la cultura occidental sobre los estudiantes egipcios, lo que constituye uno de los temas más arduos que puede afrontar un periodista « nacionalizado », tanto por la limitación de sus conocimientos, como por el nivel cultural de sus cien mil lectores, son casi desconsoladoras compilaciones de lugares comunes y de anécdotas amalgamados de cualquier manera. Uno de los raros teóricos del nuevo régimen, quizá el único, que ha meditado con cierto detenimiento sobre los problemas del Egipto moderno, ¡es Gamal Abdel Nasser!

Los oficiales que le secundan no se reservan para mejorar su cultura ningún tiempo del que consagran al ejercicio del poder. Los dos « intelectuales », Salah Salem y Khaled Mohieddin, son los redactores jefes de los periódicos sostenidos con fondos vitalicios, *Al Chaab* (El Pueblo) y *Al Massa* (La Noche). Khaled Mohieddin, que como se recordará fué autor de un golpe de Estado fracasado de inspiración comunista, es el único que manifiesta alguna curiosidad. Esto pudiera explicarse tal vez por la influencia que ejerció sobre él un periodista francés, muy enamorado de Lawrence y que en el curso de una visita a Egipto ascendió a la categoría de instructor para revoluciones. Su periódico es el único que da pruebas de cierta corrección. ¿Qué son entonces los « intelectuales » que no son ni pensadores, ni periodistas, como Mohamed Hassenein Heykal o Ibrahim Amer ? Narradores : como Yusef Idris, Ihsan Abdel Koddus, Lutfi El Kholy, Neguib Dahfuz y Yusef Amin Ghorab. El medio social que eligen para sus relatos es, naturalmente, el de la muy pequeña burguesía o el de los campesinos. Su nivel intelectual no es extraordinario. Neguib Dahfuz, con su *Zuqua el Medak*, puede ser considerado como discípulo de Eugenio Sue o del Víctor Hugo de *Los Miserables*. Lutfi El Kholy y Yusef Amin Ghorab pueden compararse a mediocres escritores po-

pulistas, inspirados por el espíritu del 48. La sosería desoladora de las novelitas de Ihsan Abdel Koddus hace pensar con razón en Max du Veuzit, reproducido por Delly. Unicamente Yusef Idris, ex yerno del pintor Diego Rivera, ha manifestado en *Arkhas layali* (Las noches de cuatro ochavos) un talento que le hace digno de ocupar el lugar de uno de los dos « grandes » de la literatura egipcia : Tewfick Hakim o Taha Husein. Mencionemos que once meses de cárcel, sin juicio, infligidos por haber asistido a un congreso de la Juventud comunista, que se celebró en Siria hace tres años, han frenado sin duda sus impulsos definitivamente. Como se ve, estos intelectuales no pueden calificarse de pensadores.

Esta laguna que, por lo menos, es impropia de una intelectualidad, tiene sus orígenes en una época muy anterior a la aparición de los problemas que dominan en el Egipto moderno. Su razón principal es la ausencia de toda literatura árabe propiamente dicha, fuera de la religiosa o la científica, si es que se pueden considerar como literarias las notas a la manera de Vinci, de Ibn Sina o de Avicena. *Las Mil y Una Noches* sólo constituyen una excepción insuficiente. Los poetas islámicos son únicamente líricos sensualistas ; y ni los textos del sufismo ni el Corán, principal obra literaria del Islam, suministran un fondo suficiente para una evaluación intrínsecamente oriental de los problemas del mundo moderno. Este abismo formidable que separa el nacimiento del Islam del renacimiento del Egipto contemporáneo, hace que toda veleidad del pensamiento árabe esté destinada a perderse en la nada o en la angustia. El occidental algo culto sabe que el inventor del cerebro electrónico es en su origen un pensador religioso atormentado, llamado Pascal, y que el automóvil y el aire condicionado han sido inventados por Leonardo de Vinci. Entre el camello y el Cadillac, no existe para el egipcio más que un vacío, que su ignorancia colma con gran dificultad. La pobreza más grande del Islam en el mundo moderno es su incapacidad para dominar el lenguaje de la técnica. Cuando se conocen los lazos que unen la filosofía y la sociología a la técnica, se comprende por qué la reducida minoría selecta de Egipto sigue siendo vasalla del Occidente. ¿Debemos asombrarnos, después de esto, de que la asociación religiosa de los Hermanos Musulmanes considere como instrumentos del demonio los ascensores y los autos, y prohiba por impío el sistema bancario ?

Otra causa de la pobreza del pensamiento egipcio reside en la poca flexibilidad de la lengua árabe. Su gramática es relativamente sencilla, pero su lectura es difícil y exige una gran costumbre. Se sabe que es prácticamente imposible enterarse con una simple ojeada de una página de texto árabe, como sucede con las lenguas impresas en el alfabeto latino o siquiera cirílico. Es una lengua casi exclusivamente destinada a servir de instrumento para el conocimiento, la meditación y la recitación del Corán. De ahí, el poco tiempo que los intelectuales egipcios pueden dedicar a la lectura y el poco espacio impreso, si es que puede decirse así, que les es posible recorrer, en comparación con el francés o el inglés.

Esta pobreza de una lengua que, además, es imprecisa, como todas las lenguas forjadas por los poetas o los predicadores, se transforma en parálisis merced a la intransigencia de que da pruebas el Azhar, universidad religiosa y Sorbona del Islam entero, frente a todo proyecto de modificación.

La única oportunidad que se ofrece al porvenir de la intelectualidad egipcia reside, pues, en su total ateísmo presente, único capaz de romper la estructura arcaica, vestigio de la dominación otomana y de una sociedad feudal y, hasta estos últimos meses, escandalosamente plutocrática. Por otra parte, este ateísmo está muy extendido entre la juventud universitaria y los modestos funcionarios, a los que bien o mal, probablemente mal, los años de gobierno revolucionario han dado una conciencia política. Hasta el advenimiento de la revolución, estos dos medios donde se reclutan pobremente, es cierto, los nuevos intelectuales, no consideraban la política más que desde el punto de vista del cinismo y de la indiferencia. Sus preocupaciones esenciales consistían en hacerse admitir en una facción del partido que estuviese en el poder y hacerse designar para un empleo superior al que ocupaban hasta entonces. Las mañanas en el café, el hachich y el cine absorbían su tiempo libre ; y *Rose El*

Yusef, el semanario criptocomunista, que agrupa hoy a la nueva izquierda, no publicaba entonces más que chismes mundanos.

Los recursos principales de estos proletarios, casi tan desprovistos de cultura como de dinero, proceden de las traducciones y de las compilaciones para uso de los ciudadanos y de los provincianos, a los que se quiere inculcar la inquietud por los problemas sociales. La palabra compilación es muy moderada, y si los fines de estos escritores fuesen lucrativos, podría emplearse el término « plagio ». Este sería aplicable a la obra de Ahmed Auda, titulada *Al cyn al chaabia*, es decir, La China popular. El autor, como es natural, no estuvo nunca en China, y su libro está formado de retazos de diversos reportajes.

El lector habrá observado que toda esta gente se sitúa a la izquierda ; y en efecto, Marx, Lenin y Engels, así como todos los dialécticos comunistas, constituyen el pasto diario y el centro de las discusiones y de las lecturas de estos emancipados. Tal simpatía por una izquierda no trotskista, sino staliniana, puede explicar el interés ingenuo con que fué acogido el siniestro Siqueiros, sicario, en efecto, y pintor mexicano, autor de un fracasado atentado contra Trotsky ; Siqueiros tuvo incluso derecho a una entrevista con el Presidente, en plena crisis de Suez. Sin embargo, estas convicciones son muy a menudo superficiales y de un idealismo que difícilmente se adapta a las variaciones de la política exterior soviética. Sin duda, para evitar que unas masas inflamadas al rojo caigan en la confusión, así como para no desconcertar a un grupo selecto nuevecito y que le apoya casi sin reservas en su política antioccidental, la censura de Nasser ha prohibido en la prensa toda alusión a los acontecimientos de Hungría.

Si no es posible compartir este sentimiento, cuando sólo se ha entrevisto la inmensa miseria de Egipto, puede uno asombrarse de que algunos egipcios, que pretenden tener cierta lucidez, hayan abrazado una política diametralmente opuesta a la de la reforma social. Estos saben muy bien que el nivel de vida del fellah y del proletario urbano no se elevará vendiendo algunas obras de arte en pública subasta, gastando para propaganda en Jordania y en el Sudán los millones de los fondos secretos, y sobre todo, dedicando la producción del país y sus pobres reservas a la adquisición de bienes improductivos, tales como las armas. Es verdad que un gran número de estos intelectuales estima que el régimen de Nasser no constituye más que una transición y que, en un porvenir más o menos próximo, le sucederá un gobierno auténticamente socialista.

Este error fundamental les traiciona doblemente : descubre su poca clarividencia y el carácter esencialmente sentimental de su formación. Comparten este error con los estudiantes, cuyo nivel de estudios es bastante bajo y a quienes una purga, llevada a cabo hace dos años, ha vuelto a la calma, y también con los oficiales « pensadores ». Para unos y otros, la aventura revolucionaria fué una ocasión de desquite ; para los intelectuales musulmanes de la pequeña burguesía fué un desquite contra el Occidente, que no comprendió gran cosa de sus problemas y les abrumó con una condescendencia insoportable ; para los intelectuales levantinos, fué un desquite contra un Occidente con el que no conseguían asimilarse verdaderamente, y para los oficiales, como todo el mundo sabe, fué un desquite contra la Gran Bretaña y Francia, sus antiguas dominadoras, y contra Israel, que les derrotó en 1949.

Puede afirmarse que el comunismo de esta intelectualidad, que por otra parte no ejerce ninguna influencia sobre los gobernantes y no actúa sobre la opinión pública más que en el sentido deseado por Nasser, es una careta transparente ; se la lleva sobre todo porque asusta al Occidente, que les ha defraudado. El intelectual levantino — y esta etiqueta cubre también al intelectual egipcio — no se diferencia mucho del oriental sin apelativo : sonríe siempre al hombre que esgrime la espada, pero al mismo tiempo es un soñador. En lo más encarnizado de la guerra, muchos egipcios eran, y siguen siendo, partidarios de los nazis. En el Cairo, Rommel es considerado como un verdadero héroe. Este tipo de intelectual no se ha desprendido aún de su antigua condición de escriba funcionario.

GEORGES KETMAN

Picasso :
Medio siglo de cubismo

RAMON XURIGUERA

LAS CINCUENTA PINTURAS de Picasso expuestas recientemente en la Galería Louise Leiris, corresponden a la producción de este artista de los años 1955-1956. El conjunto de los lienzos no es homogéneo, como tampoco lo es su obra. Pero pueden señalarse en él las direcciones mayores que la han fecundado y que parecen constantes a través de innovaciones fortuitas y de derivaciones momentáneas.

Nos hallamos, pues, ante la última etapa de un proceso, y por consiguiente, dada su repercusión en la evolución artística actual de un interés indudable.

Añádase a ello la circunstancia de que esta exposición corona cincuenta años de expresión cubista, medio siglo de trastorno como quizás no lo haya experimentado jamás el mundo de las artes. Pues todo parte del cubismo. Siquiera todo lo ha transformado, todo lo ha desprendido del clásico mimetismo dando acceso a un mundo libre e insospechado. Así el carácter de estos lienzos desborda el de una mera representación y adquiere valor de significado.

Cuando una obra, en cierto modo dispar, acusa ciertos elementos que persisten a través de numerosos abandonos, de múltiples modificaciones, resurgiendo periódicamente ya idénticos a su creación, ya animando protéicas prolongaciones, es que estos elementos son de base, son los que definen la obra, los que caracterizan la expresión.

Tales son el cubismo : el analítico y el recomposicionista, la figuración estatuaria, el expresionismo superrealista, la tenaz imbricación.

Ante estos factores primordiales, los demás componentes del arte de Picasso son recursos o experiencias que una ya dilatada perspectiva inclina a tomar como accidentes, sin arraigo sustancial en la parte significativa del mensaje.

Así aparecen el período de los papeles pegados, los atisbos de abstracción, el remedo de la producción ajena y el retorno al orden clásico.

No es que no representen deseos de intensidad, intentos de renovación a sencillamente aparezcan como efectos generados por el juego o el azar, cosa bastante usual en todo arte y más en la escuela española, dando valor actual a la anotación de Menéndez y Pelayo relativa a la pintura de los siglos XVI y XVII, fruto de artistas « fogosos e indisciplinados, de naturalistas empedernidos, que no conocen medio entre lo trivial y lo sublime ». Pero su acción es menos repercusiva, corresponde a la categoría de tendencia momentánea que si influye episódicamente en una época, no determina la evolución de una estética por los fermentos esenciales que en ella infiltra.

Esta penetración es privativa del cubismo. Y lo es por encima de las demás innovaciones picassianas. El cubismo es un nuevo canon. Aparece como una represen-

tación virgen en la historia de la plástica. Y lo virgen es lo único que merece la auténtica mención de creado.

Para afianzar la creación y por ende desplegarla, reúne la deformación de Ingres y las licencias de Cézanne, consiguiendo la expresión estatuaria. La estatuaria añade al canon de nuevo cuño surgido del cubismo otro aspecto de la percepción insólita de lo real. Así, con el deseo de intensificar mediante la deformación del uno y la deformación por impotencia del otro, elabora el lenguaje emancipado con el cual aspira a suplantar el orden clásico.

Asimismo extrae del superrealismo el expresionismo sin trabas que le desliá del objeto racional.

Tal grado de libertad, lleva estos elementos a unirse y a preservarse, a apoyarse entre sí, a imbricarse, enlazando y combinando cuantas formas pueblan el espacio. La imbricación constituye una dirección constante en la obra de Picasso. Ya imbrica en el cubismo analítico. Imbrica asimismo en el sintético. Y en el gigantismo estatuario, en la tentativa abstracta y aun en los retrocesos a la figuración lógica. Quizás porque imbricar implica a la vez asociar y suprimir, aspirar a la condensación de los valores esenciales, al destierro de la descripción por la contundencia de la síntesis.

Como es de ver, el fin de semejante proceso es llegar a una óptica nueva, sustituir la representación usual del objeto mediante una percepción inédita. Y es en este sentido como el arte de Picasso reviste una significación.

TENDENCIAS constantes y factores pasajeros, imagen lógica y expresión irracional, anotación trivial e intuición certera, técnica ducha, factura desigual, acento propio, ilustración ajena, de todo hay en estos cincuenta lienzos expuestos en la sala de Louise Leiris : desde el primitivismo negro simplificado y pueril, a los sabios planos anatómicos que recuerdan los toros y los caballos de « Guernica » ; desde el cuadro monocromo al tema multicolor ; de lo abstruso a lo legible ; de la negligencia del espacio a su diestra organización. Aparece el claroscuro alternando con diseños lineales proyectados en la tela sin asomo de color. Aunque, en general, la representación sea plana, surge de vez en cuando la presencia de los negros para dar la ilusión de la profundidad.

Pueden seriarse versiones de un mismo motivo : ya movidas por el sentimiento de la forma ya regidas por la idea del color. Series legibles, ordenadas con elementos apacibles, series barrocamente interferidas, con insólitos factores cuya existencia no se explica si no es para suscitar el estupor. Hay la línea, la mancha, la representación modelada y plena. Tal aparecen las series de « talleres » de los que el artista muestra treinta y cinco réplicas.

En cuanto al color, se deslindan la serie dominada por el rosa, la que imprime el predominio de los ocres y los sienas (ambas pertenecientes al grupo de « talleres »), la policroma de las mujeres ataviadas a la turca, y la aunque varia menos viva de los temas dispares. Pero en general se observa que Picasso continúa fiel al viejo sentimiento que el color distrae de los verdaderos problemas de la forma y de sus relaciones espaciales.

Lo que indica un retroceso neto en esta exposición es la violencia. No parece sino que las audacias, las sorpresas, el cariz agresivo de la expresión picassiana hayan sido relegados. No es que falten osadías, trabazones ditirámbicas, pero ya no sobrecogen. Quizás porque no son nuevas. Quizás porque acusan una merma de sus dotes explosivas.

Junto a ese retroceso adquieren mayor relieve las figuraciones apacibles. Estas se repiten con frecuencia en las series de « talleres ». Son unas composiciones íntimas, con un aliento romántico que las colma de sosiego. Glosan el taller del artista del que emergen interiores, ya bañados por el sol, ya envueltos de penumbra pero siempre sumidos en un ambiente de remanso. Y cuanto más se suavizan más se aproximan a la expresión de Matisse. Picasso ha parafraseado deliberadamente este procedimiento de desnudar mediante el trazo sugerido y la mancha, caro a Matisse. El remedo de lo ajeno es una de las constantes de su arte. Pero lo ha hecho prescindiendo del sentimiento metódico del color que es en aquel una exigencia dominante. No lo prolonga pues, así como tampoco lo devasta, ya que cuanto comenta, carece, como otras veces, del acicate drástico.

Lo primordial de esta exposición en re-

lación con la historia del arte, continúan siendo las formas imbricadas, la figuración estatuaria y las representaciones simultáneas nacidas del cubismo.

Estas tendencias, incesantemente combinadas, conservan al acento picassiano, la intensidad de los mejores tiempos de su creación respectiva.

CUAL ES, pues, el poder de sugestión, la virtud plástica del cubismo que tan profundamente contribuye a la evolución del arte contemporáneo ?

Por encima de todo el de ser una expresión de libertad. Esta innovación que nació como un rigor y que fué adoptada como una disciplina, resultó ser el mortífero elemento que desplazó la tutela tradicional. Precipitó la transformación de las artes que el impresionismo inició, que prosiguieron Cézanne y Seurat, que Van Gogh y el « fauvismo » llevaron al borde de la emancipación. Faltaba dar el paso decisivo, hallar la clave del lenguaje que había de liberar la expresión. Y este hallazgo le correspondió a Picasso, pues esto fué « Les demoiselles d'Avignon ».

El cubismo nace en 1907. Pero como si al umbral de la frontera franquenda hubiera habido al acecho los artífices ya dispuestos a explotar las perspectivas de tan sorprendente innovación, el arte se trastornó con una celeridad pasmosa.

En 1909 Larinov hace « rayonismo » en Rusia. En 1910 Kandinsky se desensualiza en Munich produciendo una pintura « espiritualista ». En 1912 Delaunay ejecuta las relaciones móviles de las « Ventanas » y los « Discos ». El mismo año aparecen los signos poéticos de Klee. Dos años después las obstracciones geométricas de Piet Mondrian y de Van Doesbourg.

La aventura de concebir la obra de arte desde el plano de una libertad absoluta, empezaba. Mientras Picasso, Braque, Gris, Léger hacían nuevos adeptos y su obra suscitaba teorizantes al par que mantenia móvil el curso de la expresión y la ramificaba, una transformación radical se agitaba en el proceso evolutivo del arte.

Pero antes de representar una libertad en la pintura, el cubismo fué una libertad para Picasso. Hasta entonces había producido arte clásico. Y todo intento para emanciparse de él le arrojaba a otro mimetismo tan socorrido y trillado. Si aspiraba al primitivismo, tropezaba con el idealismo de Gauguin, el arte egipcio, y más tarde con la escultura negra. Si quería sorprender lo vivo con trazos breves y concisos, se interponía Steilen. Si afeaba y deformaba, caía en Toulouse-Lautrec. Si simplificaba, en Puvis de Chavannes. Todo se revelaba completo y perfectamente rotulado. Nada de senderos nuevos. Ensayó el impresionismo y, muy pronto, avivando en tal grado el cromatismo que parece anunciar el de los « fauves » (Véase « Bibi la Purée », 1901). Pasó por la gama monocroma suprimiendo acerbamente el accidente y cargando las imágenes de intención expresionista (épocas azul y rosa).

Pero todo ello eran apariencias, lo exterior de la realidad, y él anhelaba un vocabulario inédito que captara, más allá de lo aparente, lo que permanecía oculto a la figuración clásica.

Era presentir la libertad. Y cuando la halló se lanzó a ella como una tromba.

EL CUBISMO, en su origen, fué una reacción contra lo fugaz, contra lo variable de la realidad impresionista. El mundo impresionista no era un mundo de esencia, sino un envoltorio aparente, un mundo tal como se manifestaba. La luz era su móvil mayor y la luz era precisamente lo exterior, lo que residía fuera del objeto, pero que lo disolvía y lo desnaturalizaba. Para el criterio cubista, en busca de permanente, el acecho para sorprender la Naturaleza era como someterse al accidente. Lo real era lo inalterable, lo que quedaba al abrigo de toda variación superficial. Así, el cubismo, desechó la complacencia de la imagen y se dedicó a desentrañarla.

Su deseo era restituir el objeto, presentarlo según sus propiedades y no alterado por datos circunstanciales. Para ello se propuso restaurar el sentido del volumen y del plano. Quizás contribuyera a este intento la óptica del Mediterráneo tan propicia a lo preciso y a lo concreto, así como su luz clara que parece absorber las medias tintas y propende a los contornos netos.

Mucho se ha hablado del influjo de la geometría de Cézanne y aun del imperio de las matemáticas en el nacimiento del cubismo y muy poco de que el cubo constituye una propensión mediterránea. Cúbi-

vo es el principio de la construcción greco-romana. Y al cubo atribuye Lulio (« Arte Magna ») la plenitud con respecto a todas las dimensiones que lo eleva a base de todas las artes. Cúbica es la arquitectura gótica de las Lonjas que se erigen a orillas del Mediterráneo hispánico. Con el cubo se compenetran Vitrubio y Palladio y él fecunda la boga renacentista que sucede al gótico en España. Quizás sin el cubo, sin su seducción arraigada, la fisonomía del Escorial hubiera sido muy otra. Pues bien sabido es que Herrera, partidario del sentimiento greco-romano de la forma, asociaba a él el sentido lógico que Raymundo Lulio atribuía al cubo, según expone en su tratado Discurso sobre la figura cúbica.

Mediterránea es aun el ansia de libertad del creador, de la que todo artista participa, que si bien es cierto que conduce a la rebeldía, no lo es menos que sin inconformismo no hay verdadera intuición.

Que Picasso usara de su libertad acudiendo a las vivencias de la forma de la tierra en que nació y se formó, nada parece tan natural. ¿ Qué más da que fuera el arte negro el que le indujo a la revelación ? La disponibilidad ya existía. Y la necesidad, que la había preparado, era aun anterior.

Así, esta libertad, lo era sobre todo de la forma. Toda la obra de Picasso es un problema de forma : de combate ante la forma periférica en pos de una forma interior. Y la subversión a que ha dado lugar, continúa siendo esencialmente una subversión de la forma. El cubismo no ha considerado jamás la figura como tal, no ha pretendido dar de ella una visión, sino que la ha examinado como un objeto. Así no ha temido desnudarla, fragmentarla, proyectarla en varias direcciones, aislada, interferida, cercenada o desplegada en simultáneas versiones.

El furor de la libertad redimió al arte de todas las convenciones que le vedaban el uso de ciertas materias. Así aparecieron en el lienzo los elementos más ruines y deleznables : alambres, envoltorios de cajetillas de tabaco, pelos, recortes de periódico, arena, trapos...

Pero ¿ no era esto tergiversar el propósito de aquel flamante lenguaje que había de restituir la vida diluida del objeto ? ¿ No era contradictorio recuperar descomponiendo ? Pues con el análisis no se construye ; ni es una expresión fértil el recurrir a todo trance a materiales ajados y comunes.

Por otra parte, tras el afán de renovar la forma se relegaba el color. El color del cubismo analítico es neutro, a base de grises, blancos, ocres y — paradoja para un arte que se estimaba rabiosamente sincero —, de claroscuro. ¿ Claro está, el color no constituía el fundamento, la entraña del objeto ! Además, el impresionismo había abusado tanto ya de él que incitaba el cubismo a oponerle un cromatismo severo.

Pero, ¿ es que hay pintura sin color ? Además, ¿ es que verdaderamente se reintegra cuando se destruye ?

Así, el nuevo credo cambió de dirección : realizó la materia y pasó a ser sintético.

A ESTA RECTIFICACION debe, quizás, el haber asegurado su destino. Pues a partir de la reconstrucción, las posibilidades que la modalidad naciente contiene en potencia, aparecen infinitas. Y desde entonces no han hecho más que desplegarse, a tal extremo, que invaden la producción de nuestros días.

La invaden y la han condicionado. En primer lugar fecundando otras corrientes. Luego creando una óptica que domina todo el post-impresionismo.

El primer efecto, de carácter inmediato, producido en la formación del surco post-impresionista, lo acusa la rápida evolución del « fauvismo », en gran parte de resabio puntillista. De la rebelión cubista toma raíces Dada, y muy particularmente de la fase descomposicionista. El expresionismo alemán tiene un fondo de protesta y a la vez de libertad, así como una proyección interior de sentimiento cubista. Y cubista es el impulso que anima el realismo mágico, con su representación estática — muchas veces inspirada en el gigantismo picassiano — sus síntesis y las leyes del espacio sometidas a los planos.

También el superrealismo debe acentos al cubismo. André Breton refiere la impresión que le causaron durante su adolescencia « Les Soirées de Paris » presentadas por Guillaume Apollinaire. Aquella sucesión de innovaciones — de Derain, de Matisse, de Picabia, de Picasso — estable-

cen la base de la independencia del superrealismo, que refuerza en gran parte la audacia de la expresión cubista con su desprecio de la lógica sensible y su pronunciada tendencia a fragmentar.

Influye asimismo los grupos que pugnan por desprender la expresión plástica de toda figuración objetiva, como STIGL orientado por Hans Harp y « Cercle et Carré » dirigido por Theo Van Doesbourg secundado por Torres García, haciendo avanzar un paso más a la tendencia que conducía la pintura a la plena libertad del arte abstracto.

Pero no solamente el cubismo ha despejado el terreno que ha conducido al arte abstracto sino que ha penetrado profundamente en el figurativo. El espíritu de síntesis que lo anima, la disciplina que implica, han impuesto un sello rigorista a la escritura sensorial, aun a la menos contenida. Arboles que son trapecios o conos, casas que sólo son cubos, aparecen en no pocos lienzos del más conformista molde clásico.

Así, el singular destino de este lenguaje desapacible, es el de haberse introducido en todas partes. Todos le han reconocido algo. Los unos porque es arte representativo. Los otros porque toma el objeto como un plano.

Mucho se ha señalado ya del cubismo en aspecto pictórico. Nada o casi nada se ha dicho de sus rastros en la obra literaria. Pues ahí también se ha infiltrado — en las formas del lenguaje, en la imagen, en el ritmo, en los sesgos del asunto — como es natural que suelan ir de par las tendencias coetáneas de la literatura y de la plástica.

Todo, pues, induce a resumir que si, al cabo de medio siglo, el cubismo, franco o transformado, oculto o visible, moderado o agresivo, sigue manifestándose vivo, es porque constituye una estética. Y porque es una estética admite varios estilos.

No hay riesgo de que puedan confundirse las obras de Picasso con las de Léger o con las de Gris o con las de Braque, y recíprocamente. Y ello puedo extenderse a Gleizes, a Metzinger y a tantos otros cubistas notables. Esta escuela de libertad lo ha sido en primer lugar para la sensibilidad de cada uno de los artistas que a ella se han consagrado a despecho de elaborar formas comunes. Braque ha permanecido inclinado a las relaciones de color, Gris — a quien la muerte prematura impidió toda evolución — a una expresión severa de rancio abolengo español, Léger a figuraciones planas de elíptica composición, Picasso a una escritura proteiforme.

Porque el cubismo se ha diversificado, guarda una vasta capacidad de penetraciones. Y de esta diversificación Picasso es la proa indiscutible y móvil. Su arte es esencialmente dinámico y aún hoy conserva el estímulo de la exploración arriesgada, del buceo de las zonas vírgenes que lo caracterizaron al principio. Sin perder de visita jamás la realidad, efectúa retrocesos a la imagen clásica desde el seno de la azarosa aventura, quizás para no extraviarse en el piélago de la innovacciones. Así nace ya, en pleno cubismo analítico (1910), « Jeune fille à la mandoline » que nada tiene de análisis y si un suave sentimiento de intimidad y de sosiego.

En general, el cubismo picassiano es agresivo, y ello quizás porque rara vez en él constituye una aplicación, sino que continúa siendo un elemento de investigación activo. ¡ Cuán lejos el reposo, el equilibrio de las recientes formas de Braque de la producción de Picasso, agitada y revulsiva ! ¡ Cuán lejos también el espíritu concentrado y estático de Gris del carácter agitado y revulsivo de la obra picassiana ! Bien es cierto que Braque se produce según el comedimiento francés. En cuanto a Gris y a Picasso existe entre ellos la diferencia de las zonas geográficas en las que vieron la luz y que es la misma que traducen las pinturas rupestres de Altamira y las de las cuevas del litoral mediterráneo.

¿ Será algún día armonía el cubismo de Picasso tal como pudiera desprenderse de la perfección del cubo y de su significación greco-romana resucitada por Lulio cuando el mundo del Mediterráneo parecía haberse olvidado de su gusto ?

Puede que no sea esa su vocación. Lo que en cambio se revela inalterable en su pintura, es su tendencia interior, este acecho del realismo del alma que es lo propio de la pintura española.

RAMON XURIGUERA

"Dos ensayos", de Américo Castro

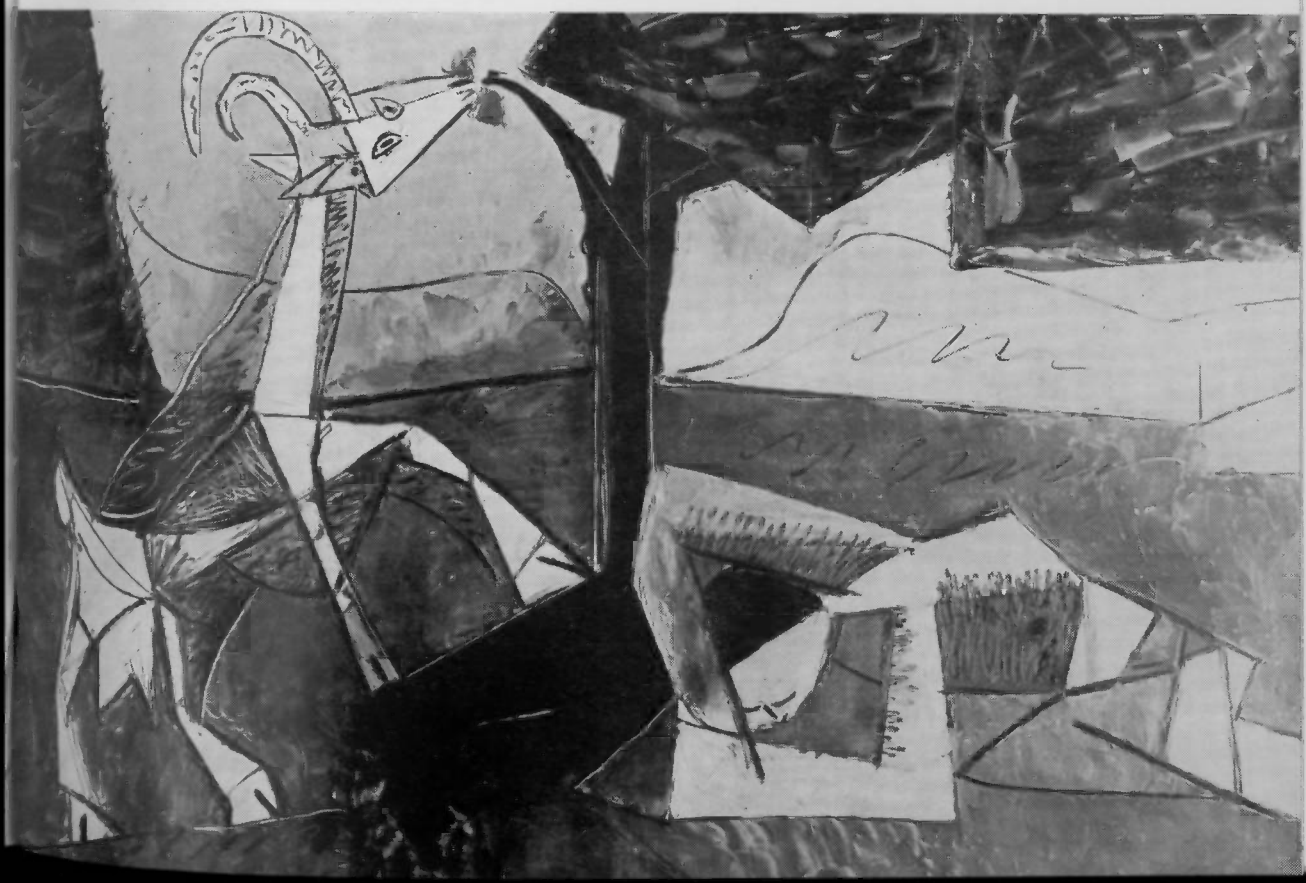
POR E. SALAZAR CHAPELA

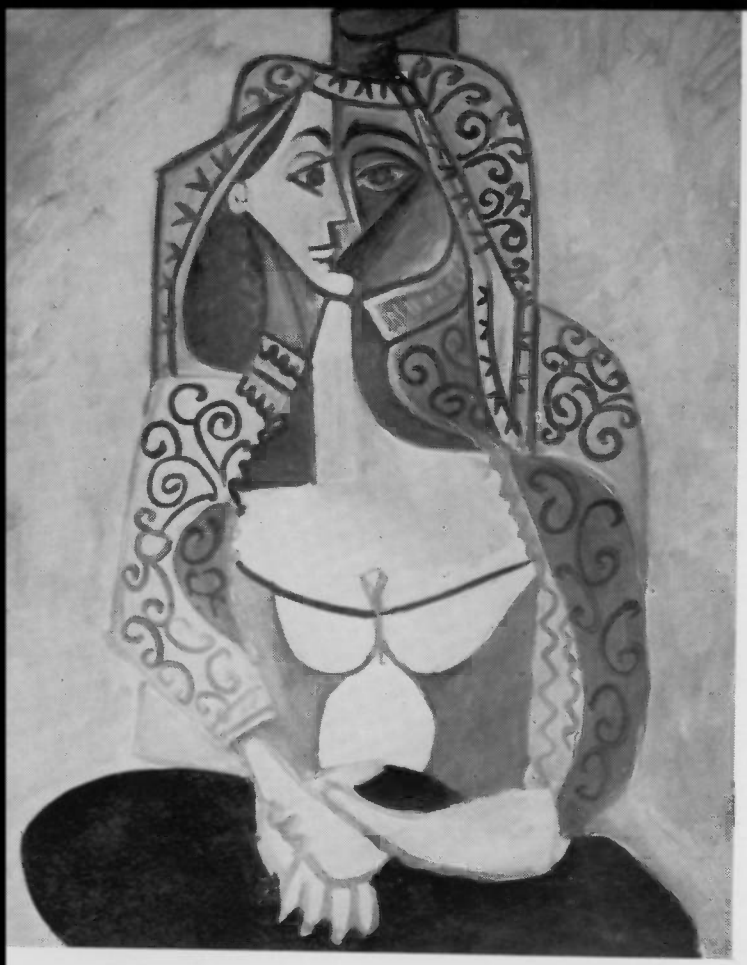
Los dos ensayos a que se refiere el título de este nuevo libro de don Américo Castro son « Descripción, Narración, Historiografía », versión « muy modificada y precisada », como aquí se dice, de las observaciones preliminares a *La Spagna nella sua Realtà Storica* (Florencia, 1955) y « Discrepancias y mal entender ». Todo nuevo trabajo del profesor Castro viene a iluminar mejor su teoría — y también podemos decir su práctica — del enfoque histórico, al mismo tiempo que conduce esta práctica y aquella teoría a extremos más delicados, agudos y fecundos. Así ocurre ya con el primero de estos ensayos, donde Castro establece una distinción, dentro del estudio del pasado, entre lo meramente describible, lo que ya tiene categoría de narrable y « la suprema forma de vida humana », historiable a la vez que narrable. La distinción no es aquí una clasificación académica, sino un método de acercarnos a la vida pretérita y, antes que nada, una afirmación de que los esquemas abstractos que se han venido haciendo hasta ahora no bastan por sí mismos para explicar la realidad histórica. Tales esquemas, unas veces sólo de tiempo (Antigüedad, Edad Media por ejemplo), otras de un movimiento espiritual situado en un determinado lapso (Renacimiento, Romanticismo) no pueden conducir a juicio de don Américo a la verdadera realidad de la historia, puesto que prescinden de sus agentes creadores : los hombres que la hicieron posible de diferente modo desde una diferente « morada vital ». En el caso, por ejemplo, del Renacimiento (dice Castro) vemos que éste cobra una forma distinta en cada grupo humano según las aptitudes o posibilidades de cada uno de ellos. « La obra de Ariosto es italiana, la de Lutero alemana, la de Garcilaso española ; cada una de ellas es impensable, como realidad histórica, en la vida de los otros dos pueblos. » « El esquema abstracto unifica pero desvivifica. »

La obra del historiador, tal como la concibe aquí don Américo, es más compleja que colocar los hechos por orden de su aparición, aceptarlos sin más, atarlos atropelladamente en grupos y colocar a éstos una etiqueta. En opinión de Castro se ha de partir del « sujeto agente » en relación con « la estructura » de su vida para encontrar « los valores » por los cuales un grupo humano adquiere « dimensión histórica ». « La conjunción de esas tres exigencias (sujeto agente, estructura, valor) permite construir una forma de historia en la cual mantenga la vida su dinámica movilidad. » Además, este procedimiento hace posible ver el pasado en los tres diferentes niveles jerárquicos antes mencionados : lo describible, lo narrable y lo auténticamente historiable o digno de ser tomado como tema historiográfico. En lo meramente describible, esto es, en lo que basta describir para abarcar y comprender la realidad del vivir de una colectividad, coloca don Américo a aquellos grupos humanos cuyas acciones — bélicas, intelectuales, artísticas — resultan pobres o mínimas si se las compara con las de los grupos creadores de nuestra cultura. Por encima de la vida describible está la vida de tipo narrable, aquella que posee acontecimientos de

Picasso : El taller (1955).

Picasso : La primavera (1956).





PICASSO : Mujer con chaquetilla turca (1955).

PICASSO : El hombre de la camiseta rayada (1956).

importancia que afectan a la existencia del grupo de que se trate o a la de otros. « A este tipo de vida le aplicaría el calificativo de *importante* y su forma expresiva sería la crónica o la *eventografía,* no la historiografía propiamente dicha. » Finalmente y por encima de todo coloca don Américo el pasado digno de historia, cuyos valores siguen imponiéndosenos desligados de las circunstancias en que se dieron o fueron creados y cuyas dimensiones espirituales no cabrían en los límites de la crónica. (« Homero, la Revolución francesa, la expansión de los españoles por el Nuevo Mundo, Hegel, Florencia y multitud de otros fenómenos humanos de análoga valía son indudablemente temas historiográficos. ») El profesor Castro nos advierte de la dificultad y los riesgos que supone hacer descansar lo historiable en un juicio de valor, el cual nunca se presentará en historiografía con la evidencia de los valores morales ni tan incuestionable como el descubrimiento científico, sino sujeto a la finura de visión del valorante. A veces, incluso entrará por mucho en aquellos juicios la propia experiencia vital del historiador. (« La batalla de Ayacucho (1824), perdida por los españoles, significa un desastre para éstos y una gloria para los hispanoamericanos. La dominación española es para unos grandeza heroica y maravilla civilizadora; para otros, tiranía e incultura. ») Pero las dificultades y los problematismos inevitables que lleva consigo tal método no nos eximen de acometerlo, « si el juego de la historiografía ha de ser jugado limpiamente ».

En este primer ensayo don Américo rechaza de pasada varias de las malas interpretaciones que se han hecho de su idea de la « morada vital ». Un intrépido erudito condena al historiador por « haber *congelado* a los españoles », afirmación reveladora de que su autor no ha entendido ni una palabra de *La realidad histórica de España.* Precisamente, si hay un procedimiento histórico donde no se emplea nunca la cámara frigorífica es éste del profesor Castro, puesto que nada se presenta en sus interpretaciones con el frío inerte de las cosas, sino en su misma formación y creación, partiendo del modo de « funcionar » interiormente una colectividad (en aquel caso la colectividad española) para explicar por ese modo sus hazañas y sus inhibiciones. Con el procedimiento de don Américo la historia cobra sentido vivo, extraordinaria vida. No es que veamos la historia descrita o pintada como en un cuadro : es que la vemos levantarse empujada de abajo arriba por los mismos resortes vitales —y por las mismas circunstancias— que la hicieron posible. Por otra parte, si aquel modo de « funcionar » hispano, no interrumpido hasta hoy, da unas consecuencias que encontramos en muchos aspectos lo mismo en el siglo XVII que en 1957 (por ejemplo, « la historia de España como una inseguridad »..., genial descubrimiento), ello no debe tomarse como que los españoles estén congelados, ni mucho menos como que don Américo se haya complacido en meternos en un frigorífico... Por el contrario, eso debe tomarse como lo que es en efecto, como una demostración de la certera y agudísima visión del historiador.

Pero en este primer ensayo don Américo no insiste mucho sobre aquellas deficientes interpretaciones que se han hecho a veces de su obra. Las alusiones —más explicativas que polémicas— a tergiversaciones e ignorancias, las encontramos principalmente en el segundo de estos trabajos, « Discrepancias y mal entender », donde el profesor Castro arrolla con todo su saber objeciones sobre la conversión de Recaredo, sobre los antecedentes dioscúricos de las parejas de santos cristianos, sobre la inseguridad de los hispanos ya en el siglo XVII, sobre Séneca, amén de una crítica del Padre Ziegler publicada en la revista *Speculum* (1956). En aquellas objeciones se mezclan la ignorancia, la dura mollera y también el *foul play,* como Castro llama con sobrada razón a estas actitudes nada limpias. Las páginas finales, « Una discrepancia con Menéndez Pidal », reproducen un artículo publicado en la revista italiana *Filologia Romanza,* escrito después de meditar (y disentir) sobre unas observaciones de don Ramón en torno al castellano escrito por inspiración de Alfonso el Sabio. Para don Américo aquella prosa docta en la Castilla del siglo XIII es una expresión más de lo que él llama « el integralismo español », « un acontecimiento local, no internacional », una forma de la resistencia española a universalizarse culturalmente. Nuevamente vemos por este enfoque —ya expuesto en varias páginas de *La realidad histórica de España,* a las cuales las observaciones de Menéndez Pidal eran objeciones— hasta que punto interesa al profesor Castro explicar los hechos históricos desde dentro y por dentro, como expresiones de una disposición especial de vida en el círculo en que se movían los hispanos. « De ahí mi resistencia (dice Castro) a proyectar sobre los españoles enfoques que no iluminan su vida ni su historia. Me interesa esta última como una floración valiosa de un proceso humano cuya integridad, avalorada, se nos da en aquélla. »

Ambos ensayos son tan instructivos y ricos de pensamiento como admirables de prosa. Digamos para terminar —para terminar disculpándonos— que aquella misma riqueza de contenido es un placer y a la vez un torcedor para el comentarista y reseñista. Siempre que hemos intentado sintetizar un trabajo del gran historiador nos ha quedado el descontento de no haber dicho más que una mínima parte de sus ideas ni haber elogiado tampoco —con el detenimiento que merece— su tan comunicativo, vibrante y magnífico estilo.

E. SALAZAR CHAPELA

" Tres que hicieron una revolución "

CUANDO APARECIO hace cinco años la edición norteamericana de este libro, traducido año y medio después al francés, llegué yo a la convicción de que, con el *Stalin* de Boris Souvarine, constituía la contribución más documentada y seria — al menos hasta ahora — al estudio de los orígenes y del desarrollo del bolchevismo. He hecho constar esta convicción en dos de mis libros ; me es grato reafirmarla aquí, al comentar la reciente edición española de tan importante obra. (1)

Diez años le ha consagrado el probo y concienzudo Bertram D. Wolfe a este trabajo. Diez años de documentación y de lectura de una montaña de textos, de investigación y de interrogatorio, personal o epistolar, de numerosos testigos — o actores — de los acontecimientos que narra. Es curioso que una obra tan documentada, cuya lectura debería parecer árida, resulte, por el contrario, sugestiva y fácil como una gran novela histórica. A mí me ha apasionado. Quizá porque está estupendamente estructurada y escrita. A la probidad intelectual se une aquí un estilo fácil y flúido. Será este libro de obligada referencia — como lo viene siendo el de Souvarine — cada vez que se quiera abordar seriamente el tema.

La edición española que comentamos presenta una novedad : un prólogo escrito en julio de 1956 y que no tiene desperdicio. Empieza con la famosa anécdota atribuída al espadón Narváez cuando, en su lecho de muerte, le preguntó su confesor : « ¿Perdona usted a sus enemigos ? », a lo que respondió el terrible general y gobernante : « Yo no tengo enemigos : los he fusilado a todos. » Wolfe dice que si Stalin hubiera sido creyente hubiera podido responder lo mismo. Ilusión de los totalitarios : cuantos más enemigos fusilan, más aumenta el número de sus enemigos. Es como ciertas plantas que cuanto más se las corta, más fructifican. Díganlo si no las sombras de Hitler y de Mussolini. Y dígalo ese supersanguinario Narváez que es Franco. La herencia de Stalin se condena a sí misma, como lo demuestran dramáticamente los acontecimientos en el universo comunista que han seguido a su muerte.

Una síntesis del largo y minucioso estudio de Wolfe — 650 páginas tiene la edición española — exigiría todo un ensayo. Ante la imposibilidad de dedicárselo, nos limitaremos a lo que nos parece fundamental : a la línea de continuidad que va de Lenin a Kruschev. Durante largos años hemos asistido a un debate de interés universal : ¿el mal de origen estaba ya en el fundador y primer jefe del bolchevismo o se ha producido después de su muerte ? Es decir : ¿debe ser considerado el stalinismo un producto natural y lógico del leninismo o representa, por el contrario, una traición al leninismo ? La aplastante mayoría de los ex comunistas, que viven en la añoranza de los « tiempos heroicos » — y con ellos no pocos comentaristas burgueses —, afirman esto último. Contribuye Wolfe como nadie a esclarecer esta cuestión. Sobre la base de una documentación irrebatible, demuestra que ya desde el Congreso socialdemócrata de 1903 empleó Lenin métodos de organización, de centralización y de disciplina perfectamente totalitarios. Plejanov y Martov le acusaron de jacobino y Trotski de « egocentralista » ; este último y Rosa Luxemburgo en 1904 profetizaron que tales métodos sólo podían conducir un día a la dictadura totalitaria y personal, a lo que hoy se llama « el culto de la personalidad ».

« Donde dos o tres coincidían con Lenin, estaba ya presente el bolchevismo », afirma Wolfe. Pero a los que no coincidían con él, a los que no se le sometían ciegamente — compañeros de la propia fracción o adversarios de ésta —, los eliminaba tajantemente. ¿Qué de extraño tiene que, triunfante el bolchevismo en 1917, se dedicara a neutralizar y a destruir, generalmente por medio del terror, todas las otras fracciones de la democracia obrera ? ¿A dónde podía conducir este monopolio del poder por un solo partido, falsamente calificado de dictatura del proletariado ? Al monopolio del Comité Central sobre el Partido y sobre el Estado y, finalmente, al monopolio del Jefe sobre el Comité Central. Es decir, a la dictatura totalitaria y personal. En este sentido Stalin resulta el hijo natural de Lenin como Kruschev resulta el hijo natural de Stalin.

Se nos habla ahora de « dirección colectiva » o « colegial ». « Pocos recuerdan que así estableció Lenin su dictatura personal — dice nuestro autor —. Y en ello se fundó Stalin desde que en 1923 la enfermedad quitó de la escena a Lenin hasta que en 1929 empezó el « culto de la personalidad ». ¿Ha corregido todo esto el nuevo equipo del Kremlin ? Wolfe demuestra en su prólogo, justificación y actualización de todo su libro, que desde la muerte de Stalin se han registrado no menos de treinta ejecuciones de grandes mili-

(1) Colección « Los libros de nuestro tiempo », Editorial José Janés, Barcelona.

tantes, la más notoria de todas la de Beria, y que se han producido varios cambios de « troikas » hasta llegar a la dictatura casi monolítica de Kruschev. Y esta afirmación lapidaria : « el saber es poder » ha sido reemplazada por « el poder es saber ». Kruschev hoy, como Stalin ayer, lo sabe todo e interviene en todo : en la arquitectura, en el cultivo de las tierras vírgenes, en la manera de ordeñar las vacas, en la producción industrial y tecnicológica, en la inspiración literaria y artística, en las relaciones con los países satélites y en la determinación de toda la política exterior... Todo ello en nombre de la supresión del culto de la personalidad... de su antecesor y del retorno al « marxismo-leninismo ». El totalitarismo tiene su propia lógica : un poder totalitario no se comparte durante largo tiempo y no es posible la existencia real de una « dirección colectiva » en un régimen en el que no existe ninguna auténtica vida colectiva. O cuando ésta intenta manifestarse, como ocurre con los intelectuales y con los jóvenes universitarios de la URSS, en la Polonia de Gomulka y en la Hungía de octubre de 1956, entra inmediatamente en conflicto con la dictatura totalitaria.

Lo que está en tela de juicio no son los individuos que encarnan la dictadura totalitaria, ejérzala ésta Lenin, Stalin o Kruschev, sino los métodos, el sistema, el régimen. Sea cual fuere el totalitarismo. Lo plantea claramente Wolfe cuando dice : « Si Hitler, cruel y paranoico, pudo mandar sobre un gran pueblo y aterrorizarlo ; si Stalin, cruel y paranoico, mandó y aterrorizó a otro gran pueblo, sin que fuera posible hacer nada hasta que intervinieron la violencia y la muerte, ¿no quiere ello decir que hay algo de paranoico en el propio sistema ? » La respuesta queda implícita en la propia pregunta.

No obstante su volumen, la obra de Bertram D. Wolfe alcanza apenas a la guerra mundial número uno y los prolegómenos de la revolución de 1917. Con la misma conciencia y el mismo método está trabajando en la segunda parte. La aguardamos convencidos de que será digna de la primera.

JULIAN GORKIN

Nuevos libros brasileños

Comienza a acrecentarse el número de libros publicados en los diferentes países de América con respecto a las actividades ejercitadas por los agentes peronistas, encaminadas a lo que podríamos llamar peronización del Continente. Pero si bien las excelentes obras del escritor chileno Alejandro Magnet tienen amplia difusión, debido a que están escritas en español, y constituyen un documento fundamental para el estudio de este asunto, no acontece lo mismo con otros libros de igual valor, publicados en idiomas que no ofrecen análogas facilidades de circulación.

Entre las contribuciones más importantes a esta literatura política, no podemos dejar de mencionar el reciente libro de João Neves da Fontoura, miembro de la Academia Brasileña de Letras. Efectivamente, su libro *Depoimentos de um exministro : Peronismo, Minerais atômicos, Política externa* (Organizações Simoês-Editora, Rio de Janeiro, 1957), constituye un elemento de capital importancia para el esclarecimiento de ciertas cosas y de muchos hechos que hasta ahora permanecían desconocidos o poco claros.

João Neves da Fontoura representa, sin ningún género de duda, uno de los tipos más acabados del diplomático y del intelectual, y su actuación es ventajosamente conocida mucho más allá de las fronteras del Brasil. En su calidad de ministro del Exterior del último gobierno de Getúlio Vargas, Neves da Fontoura tuvo oportunidad de conocer y estudiar hechos que no habían podido ser conocidos no ya sólo por lo que llamamos el gran público, sino también por los círculos políticos, a causa del sigilo y cautela en que los interesados los habían envuelto.

El testimonio del exministro sobre el peronismo en el Brasil, escrito con una sinceridad y una abundancia de documentación realzadas por el magistral estilo de este fino escritor, significa seguramente una aportación de las más esenciales para el estudio de la política latinoamericana durante estos tres últimos lustros.

Ni se abstiene Neves da Fontoura de llamar a las cosas por su verdadero nombre, ni se muestra dispuesto a guardar secreto sobre ciertas otras que de ningún modo deben quedar enterradas en los archivos para no contrariar esa tradición legendaria de la discreción diplomática, que tantos perjuicios ha causado a la política internacional. Citando nombres y hechos, documentos y cartas de sus archivos personales, presta un inestimable servicio a la democracia americana, precisamente en estas horas en que estamos asistiendo, de nuevo, a un recrudecimiento de las actividades peronistas, especialmente en el Brasil.

Depoimentos de um exministro es una obra que recomendamos a todos los que estudian las

cuestiones políticas de América Latina y cuya traducción al español reportará grandes beneficios a la causa de la democracia y de la libertad.

El « 1900 » literario, que tantas obras útiles y pintorescas inspiró en Francia, preocupa actualmente a varios investigadores de la vida literaria brasileña, que están sacando a la luz pública artículos y ensayos en los que se evocan hombres y hechos ya enterrados por la marcha implacable del tiempo. Superando con mucho estas actividades puramente superficiales, pero ligadas a la crónica pintoresca, el escritor y crítico literario Brito Broca acaba de publicar un libro que ofrece interés singular en el panorama de las letras del Brasil.

En efecto, *La vida literaria en el Brasil*-1900, editado por el Servicio de Documentación del Ministerio de Educación y Cultura, es un libro tan ameno y tan cautivador que se le puede comparar a cualquiera de las novelas más interesantes en boga.

Es sin duda alguna Brito Broca el hombre más versado en lo que concierne a la vida literaria del Brasil. Pero hasta ahora sus trabajos quedaban perdidos, con vida efímera, en las colecciones de las revistas y periódicos, o acaso en alguno de esos libros en que suele escribir prefacios o ensayos sobre los escritores clásicos. Casi nada de lo que él escribió fué recogido en libro aparte, y quien sale perdiendo con ello es la literatura nacional, en la que este hombre es un caso verdaderamente singular.

La publicación de este libro a que nos referimos compensa, no obstante, esta lamentable omisión, en gran parte, pues este volumen, presentado en excepcionales condiciones gráficas e ilustrado con gran número de reproducciones de la época, es sin exageración alguna algo tan raro y tan bello a la par, que todos los elogios nos parecen cortos.

Brito Broca lo planeó como el tercero de una serie que constituirá el gran fresco de la vida literaria brasileña. El primer volumen, en el telar todavía, abarcará el período colonial y el romanticismo. El segundo estará especialmente dedicado al período naturalista. Y el cuarto al modernismo (término que en el Brasil corresponde a lo que se llama movimiento de vanguardia en otros países de América Latina. Por motivos puramente circunstanciales, el tercer volumen fué el que se terminó más pronto.

No conocemos hasta ahora un trabajo que por su amenidad y substancia pueda igualársele ni en el Brasil ni más allá de sus fronteras. (Quienes se interesan por este género de literatura pueden pedir ejemplares del libro escribiendo al Servicio de Documentación del Ministerio de Educación del Brasil, en Río de Janeiro, servicio a cargo del doctor José Simeão Leal, que distribuye los ejemplares a cuantos sienten amor por la cultura, realizando con ello un trabajo de intercambio americanista digno de todo encomio.)

Pablo Ronai es un escritor húngaro que vino al Brasil durante la segunda guerra mundial, huyendo de la invasión nazi que asolaba a su patria. Es ya autor en la hora presente de varios libros de crítica y de ensayos, además de encargado responsable de la edición brasileña de las obras completas de Balzac, y traductor de una excepcional antología del cuento húngaro.

Su último libro *Cómo aprendí portugués e outras aventuras*, (Instituto Nacional del Libro, Río de Janeiro, 1956), está formado por una selección de artículos y ensayos publicados en su mayor parte en la prensa literaria del país. Reunidos ahora en un libro, estos artículos ofrecen no sé qué de unidad y de coordinación tan perfectas, que el trabajo de Pablo Rónai parece haber sido escrito conforme a un plan y de un solo plumazo.

Hay de todo en estas páginas : memorias de un mundo extinguido después de la segunda guerra mundial, recuerdos y semblanzas de escritores y poetas ya arrastrados por la corriente del tiempo, críticas muy acertadas sobre obras clásicas y modernas, pero ante todo y sobre todo encontramos en este libro pasajes impregnados por un aire de tristeza o de nostalgia que solamente los escritores inadaptados son capaces de dar a sus obras, tal vez sin proponérselo.

Este breve libro, elaborado con una infinita dosis de tristeza y de melancolía, se destaca con valor propio en el panorama literario del Brasil, pues con un acento fuera de lo común, que conmueve y espanta al propio tiempo, es un grito de alerta y de angustia de toda una clase de hombres que, impedidos de vivir en su propia tierra, encontraron una nueva patria en el « sexto continente ».

STEFAN BACIU

F. Cossío del Pomar : "Aretino, azote de príncipes"

Este *Aretino, azote de príncipes* que Cossío nos presenta erguido en toda la ancha miscelánea de sus promiscuidades, de pie en sí mismo y a veces aparentemente contra sí mismo, pero siempre muy amarrado al mástil de su navío, grimpolario de su propia bandera ,es distinto ,muy distinto de aquel otro que, de tópico en tópico, rodando por la ruta de los lugares comunes, ha circulado por manuales e historias, acuñada la faz equívoca y blasfema en medalla que no le trasuntaba, en vigor de verdades, la verdad del alma.

Este es un Aretino distinto. Pero el gran acierto, el valor de este ser distinto estriba en que es precisamente el verdadero. Cossío del Pomar nos ha acuñado verdad en la medalla. Y esto que, tratándose de personaje tan complejo en sus sentimientos y en sus motivaciones, tan recurvado en sus itinerarios, tan misceláneo en sus actividades prolíficas, tan sensual a la vez y tan adicto a lo anímico, a un mismo tiempo tan frenético como sereno, es de dificultad suma, lo ha cumplido el biógrafo con un poder magnífico de captación a cuyo influjo el libro, breve y sustancioso, es de una claridad suasoria, de una sencillez suntuosa.

Sin entrar en un análisis detenido y metódico ni en una exposición informativa que alargaría esta recensión bibliográfica, algunas notas serán quizá suficientes para señalar el valor y el interés del libro.

Ya el título, uniendo al nombre del biografiado su condición de « azote de príncipes » es elocuente en cuanto al intento del autor. No se ha acercado inútilmente al espíritu del biografiado. Al hacerlo, barrido de prejuicios el camino, al poner orden en el desorden, espíritu recto en el escándalo, le ha visto el espíritu a través de los escándalos. Le ha mensurado la estatura y le ha palpado, en los latidos del corazón, las razones de la mente.

Lo que más vale en este libro de Cossío es precisamente el gran acierto con que ha centrado su método biográfico en el contraste o la concordancia del hombre Aretino con los hombres — Pontífices León X y Adriano VI, Marqués de Mantua, Juan de Médicis, etc. — y las mujeres — por ejemplo, su hija y Pierina, tratadas de modo que en el vigor destacan los primores — que insertaron su influjo o su circunstancia en la vida de Pietro Aretino.

En líneas generales, el libro, en su interior vertebración como en su estructura exterior, está compuesto obedeciendo a este propósito. La realidad, viva y vivaz de la relación humana entre Aretino y su prójimo. Para llegar a entender como para el prójimo, en última instancia, en celo de furores, en furor de celos; en demasía de abundancia y en abundancia de demasías, a la vez violento y justo; múltiple en sus actividades, poeta, crítico, satírico, dramaturgo, moralista y relapso, entendió vivir, sin mesura en la vehemencia, aquel hombre tan representativo.

A este propósito es singularmente fascinante, en el libro de Cossío la parte en que narra, analiza, clarifica la amistad de su biografiado con Ticiano. Exhibe el autor de *Aretino, azote de príncipes* un penetrante don analista. Define con certeza y sin recargo de razonamientos, y en despojo de fárfara inútil, se adentra hasta el cogollo mismo de lo humano, para tocar tuétano de historia.

Bastará que copiemos un párrafo, singularmente suasorio a este respecto. Dice, en efecto, Cossío del Pomar a propósito del parangón — y del contraste — que establece entre Ticiano y Aretino :

« En los retratos de Aretino pintados por Ticiano, aquél de la Galería Frick de Nueva York, y en el autorretrato de Ticiano — aquél del Prado — los literatos pueden anotar, en uno la rudeza mercenaria, la pasión brutal de un soldado hecho duque; en el otro, la altiva nobleza, la arrogancia serena. Perturbadora psicología en uno, burguesa continencia en el otro. Pero la suma total será : Ticiano más Aretino igual a Hombre del Cinquecento. »

En este certero y sutil y penetrante párrafo puede advertirse como el buen catador de arte ayuda al biógrafo en su tarea ; como el buen entendimiento de lo estético le lleva a sentir el valor existencial de los testimonios que utiliza y manipula con seguro gesto hábil.

Admirable libro que, en síntesis difícil y bien lograda, cumple con brillantez el propósito reivindicativo que lo ha inspirado.

RAFAEL MARQUINA

María Elena Sodi : "Historia de una obra pía"

Bellamente impreso por la Editorial Botas y con el título que precede, María Elena Sodi ha lanzado un nuevo libro, en el cual ha reflejado la historia del Hospital de Jesús, siguiendo las vicisitudes de la vida mexicana.

Tiene este trabajo de notable que se van apreciando en él todos los cambios de la nación mexicana en un organismo vivo. Cada piedra, cada transformación del mismo, presenta los cambios de la vida política, religiosa, social, así como de la medicina y ciencias con ella relacionadas de la antigua Nueva España.

En el prefacio su autora nos dice estas palabras: « La importancia de la historia del Hospital de Jesús es extraordinaria; en ella se puede seguir, siglo tras siglo, la fusión de razas y de culturas precortesianas con la cultura occidental, que es el origen de nuestra nacionalidad. » No creo haya otro organismo en México, desde que fuera Tenotchtitlán, en que las voluntades se hayan ido enlazando de modo tan riguroso y estrecho, como en el Hospital de Jesús, el más antiguo de América, y que fué fundado por Cortés en 1523.

En el Templo y en el Hospital de Jesús se realizó durante siglos, nos dice la escritora, una función asistencial, educativa y religiosa. Al venir la Independencia de México se abolió el Señorío del Marquesado del Valle de Oaxaca, que era el de los descendientes de Cortés, se disolvieron las

capellanías vitalicias de los señoríos y los censos perpetuos quedaron incautados. Y en 1857, con las leyes de Reforma, cuyo centenario se celebra actualmente con enorme entusiasmo en este bello México, la situación del Templo de Jesús cambió radicalmente, teniendo que someterse a los reglamentos generales de todas las iglesias. Años después el Templo fué separado del Hospital y nacionalizado.

Según la autora de este libro, dos hechos importantes ocurrieron en el Templo de Jesús : uno el haber ordenado el Gobernador del Estado en 1789 que se separase el Templo del Hospital, otro el haberse permitido en 1941 que las bóvedas de la iglesia fueran decoradas por el pintor José Clemente Orozco, el artista de universal prestigio.

El libro contiene fotos de sus patios, fuentes y jardines. Hay una soberbia reproducción de la escalera monumental que existe entre los dos patios con sus arcos esbeltos y severos. También aparecen fotos de pinturas antiguas hechas en el encorazado de las vigas del segundo piso, que a pesar de ser de familiares de Cortés, dan la impresión de ser pinturas de Modigliani. Aparecen reproducciones múltiples de documentos del archivo del Hospital.

El libro de María Elena Sodi de Pallares es un trabajo paciente, metódico, y al propio tiempo lleno de pasión y de gracia. En sus páginas se ven los más certeros juicios acerca de los más fútiles documentos. Y muchas veces se leen exactísimas interpretaciones de las vidas mexicana y española. Y todo va envuelto en un lenguaje pulcro, elegante y sensible.

L. A. C.

F. J. de Landaburu : "La causa del pueblo vasco"

CUANDO LA RAZON NOS ASISTE, basta con exponerla claramente y puede uno permitirse la elegancia de renunciar, para reivindicarla, a las expresiones estentóreas. Por eso, a pesar de que la causa vasca —como la gallega y la catalana—, exacerbada ya por la incomprensión monárquica, se ha enconado más aún bajo la hostilidad del régimen franquista, el libro que sobre este asunto publicó recientemente don Francisco Javier de Landaburu es un libro ponderado, sereno y sin estridores.

La Causa del Pueblo Vasco es una obra dirigida preferentemente a la juventud de aquel país y se encamina a probar la justicia y honradez de las aspiraciones vascas, de su sentimiento liberal y nacionalista, que encontró fórmula política viable bajo la República española en la autonomía. Pero la República, pronta a reconocer la personalidad de los pueblos hispánicos, erró acaso en no declararse federal. Porque el federalismo —receta ahora para la unión de Europa— une sin uniformar, alía y armoniza sin fundir ni confundir y es, por lo tanto, el sistema ideal para un Estado como el español, que en el hecho mismo de sus variedades nacionales tiene uno de los fundamentos de su fuerza, a condición de que estas variedades se armonicen por el consenso de todos, en lugar de imponerse por la fuerza, porque las uniones forzadas son antinaturales y de nocivos efectos a la larga.

Una restauración de la República acarrearía la del Estatuto de autonomía vasca de octubre de 1936 —« adaptación en tono menor de las antiguas libertades vascas », le llama el Sr. Landaburu—; pero si esa restauración automática no pudiera darse, estima el autor que la comunidad vasca, incluída Navarra, quedaría en libertad de contratar su forma de convivencia con el nuevo Estado. Esta forma podría ser, y a ello se inclina francamente el Sr. Landaburu, un Estado confederal. A quienes creen que Confederación equivale a disociación, responde que la autoridad del Estado y su prestigio en el exterior ganan cuando su representación es plural, y ahí están para demostrarlo, entre otros, los ejemplos del Commonwealth y de la Unión Francesa. Y a quienes juzgan que la Confederación se opone a un criterio histórico, les recuerda hechos múltiples y concretos que demuestran lo contrario.

Frente a la concepción de esos centralistas a ultranza, que con su cerrazón mental realizan una labor disociadora (se ha hablado mucho de los separatistas, apenas existentes, y muy poco de los separadores, por desgracia copiosos y nocivos), el Sr. Landaburu nos dice lo que debe ser un Estado confederal, democrático e internacionalista, y por contera amable, cómodo y moderno, en una estampa pintoresca de contraste con el Estado-covachuela, que es una crítica muy donosa de éste y una acertada página literaria.

El nacionalismo, tal como el autor y sus correligionarios lo entienden —distinto y distante del otro nacionalismo, del que se habla ya en un sentido peyorativo— se complementa con el federalismo europeo, al que naturalmente el autor se muestra favorable en un capítulo en el que concluye que Euzkadi es un país europeísta, con anhelos continentales, como lo son probablemente otros pueblos de España que no pueden hoy manifestarse libremente en este ni en varios aspectos que atañen a su porvenir.

La Causa del Pueblo Vasco, libro que une a sus méritos el de una exposición muy clara, acordada con un estilo airoso y llano, merece ser leído con sosiego, no sólo por los jóvenes vascos a quienes está especialmente dedicado, sino por todos los españoles de buena voluntad que, desechando prejuicios rutinarios, tratan de comprenderse para abordar la patriótica tarea constructiva que les

reserva un porvenir no muy lejano según todos los barruntos. La obra del Sr. Landaburu es un buen elemento para esta comprensión y aparte su valor informativo y doctrinal, hay que agradecer al distinguido escritor y diputado vasco que haya tratado con tanto comedimiento de forma una cuestión sencilla en sí misma, pero envenenada por la terca intolerancia de los devotos del Estato clásico, enemigos de las libertades populares.

C. A.

"Desarrollo económico de Chile"

El Instituto de Economia, centro de investigación dependiente de la Universidad de Chile, acaba de publicar un minucioso trabajo de conjunto sobre el desenvolvimiento contemporáneo de la democrática república del Pacífico Austral : *Desarrollo económico de Chile*, 1940-1956. Constituye un panorama y balance completos de la realidad económica chilena, indispensable para la exacta comprensión de sus diversos y complejos problemas sociales. La obra indicada, después de presentar un bosquejo claro y substancioso de las tendencias y cambios en la economía chilena en sus últimos quince años, analiza en forma bastante amplia el complicado problema de la inflación, de especial gravedad en Chile. Asimismo estudia todos los grandes aspectos de la actividad nacional : el sistema bancario y la expansión monetaria, el comercio exterior, la población y la educación ; la agricultura y pesca, la industria y minería, la energía y combustibles, y el transporte, y las finanzas públicas. Abundantes cuadros estadísticos y valiosos gráficos ilustran la obra y facilitan su comprensión. Por su método científico, abundancia de información, seriedad de las fuentes consultadas y claridad de exposición, es una monografía de gran valor e inestimable para el conocimiento y apreciación de los asuntos estructurales de Chile. Su lectura permite señalar que la producción y el ingreso nacionales se han duplicado a partir de 1940 ; que el proceso de industrialización ha seguido un ritmo acelerado, y la industria ha sobrepasado ampliamente a la agricultura en su calidad de contribuyente al ingreso nacional ; que el eslabón más débil en el desarrollo económico del país lo constituye la agricultura, cuyo crecimiento es limitadísimo ; que la productividad, a pesar de su incremento apreciable, está muy por debajo del aumento exigido por una nación todavía subdesarrollada, a fin de reducir la brecha entre sus niveles de vida y los de los países más avanzados ; que este fenómeno, como otros, se ha visto agravado por la inflación, factor de menoscabo de la eficiencia del obrero por la intranquilidad que provoca ; que mientras el obrero chileno se distingue por su iniciativa y capacidad para aprender, el leve progreso alcanzado por la educación primaria ha obstaculizado la facilidad de la población activa para absorber nuevos conocimientos, adquirir destreza y adaptarse a nuevas técnicas en el proceso productivo. (De cada cinco chilenos mayores de quince años, uno no sabe leer ni escribir, y una tercera parte de los niños entre 7 y 14 años de edad no recibe preparación escolar alguna.)

La obra comentada es de gran utilidad. Permite conocer en forma ordenada y completa los numerosos problemas económicos y sociales de Chile y los aspectos más notables de su evolución, como país subdesarrollado, hacia una economía diversificada y moderna. El éxito que consiga en sus propósitos se traducirá, sin duda, en el afianzamiento y ampliación de su democracia.

J.

J. L. Salcedo-Bastardo : "Revisión de Bolívar"

El joven escritor venezolano, doctor J. L. Salcedo-Bastardo acaba de publicar una nueva obra sobre el Libertador : *Visión y Revisión de Bolívar*, título bastante significativo y que encierra en sí el interesante contenido y la manera como trata la personalidad integral del Grande Hombre de América.

No es ése un libro más sobre Simón Bolívar. En verdad, del genial luchador de la independencia americana mucho se ha escrito. Pero la gran mayoría de los historiadores y escritores se han dedicado a hacer resaltar en el Libertador los aspectos político, militar y cuando más jurídico de su enorme y grandiosa empresa. En el análisis, sin embargo, han olvidado — ya intencionalmente o por una prejuiciosa formación ideológica — lo esencial de su acción, su profundo espíritu social. Generalmente se ha querido descubrir su pensamiento a base de citas entresacadas de sus discursos o escritos, de anécdotas contadas, presentándose así un Bolívar guerrero, hábil político, de devoción republicana, pero aristocrático y partidario, en mucho, de los « gobiernos fuertes ». Salcedo-Bastardo se levanta contra tal interpretación, y como estudia detenida y analíticamente « lo total » del Gran Hombre, puede decir que « en los documentos del Libertador hay elementos no bolivarianos, es decir, que no puede imputársele como característicos ». Precisamente aquí radica el mérito de la obra del escritor venezolano ; él examina al Bolívar integral ; en las diversas facetas del conocimiento — en lo económico, en lo político, en lo jurídico, en lo socio-

lógico e histórico — presenta, con objetividad científica, las huellas del ideal bolivariano.

Bolívar — dice Salcedo-Bastardo — « intentó hacer en el campo económico una obra paralela a la realizada en el orden político, a la anhelada en el ámbito social y jurídico, y a la anhelada en las esferas de lo espiritual y de lo histórico », lo que « revela su integridad revolucionaria ».

Este nuevo libro sobre la obra y pensamiento del libertador americano es uno de los más completos y dignos de leerse por su valor innegable. Lo permanente y esencial de Bolívar es allí analizado con criterio metódico y bien fundamentado.

J. M. M.

Víctor Alba : "Coloquios con Tamayo"

El pintor Rufino Tamayo es hoy día, mal que les pese a los amigos políticos de los Diego Rivera y otros Alfaro Siqueiros, la figura más representativa del arte mexicano, con ganada proyección mundial. Por tal motivo, esta obrita que nos ofrece Víctor Alba — inquieto periodista atento siempre a los más leves latidos de la actualidad — presenta un interés indudable, acrecentado por el hecho concreto de que en México los problemas de orden artístico se han injertado siempre en las cuestiones sociales.

Coloquios en Coyoacán con Rufino Tamayo (Editorial Costa-Amic, México, 1956) nos permite conocer las ideas principales de Tamayo sobre el arte de nuestro tiempo — « La pintura moderna busca expresar el tiempo. Introducir la cuarta dimensión en los cuadros. Tiempo o movimiento, poco importa como se llame, pero es la misma cosa : la presencia de la realidad en una sucesión de instantes... »—; sobre mexicanismo y universalidad — « Para el artista, aún más importante que ser mexicano, paraguayo o francés, es ser universal. Para llegar a algo realmente original, nuevo, se ha de conocer, previamente, lo que otros han hecho antes y lo que otros están haciendo en cualquier rincón del mundo. Ignorar esto es condenarse al estancamiento. Este estancamiento del cual ha sufrido el arte mexicano en nuestra época y del cual comienza a salir, precisamente porque ha empezado a entrar en contacto con el arte de otros países, con el arte a secas. » —; sobre el arte en México — « La pintura mexicana se estancó. Lo que en su tiempo fué acaso una forma de expresión contemporánea, hoy está superado, no impresiona ni emociona a nadie. El mundo ha cambiado, el hombre ha cambiado... y la pintura mexicana sigue como antes del cambio. » —; sobre la pintura de caballete y la pintura mural — « La pintura mural es una técnica, no es un arte especial. Del mismo modo que el bajorrelieve es una técnica de la escultura y no un arte especial. » —; sobre el llamado realismo socialista — « Una táctica más bien que una teoría artística. » —; sobre los secretos de su trabajo — « Trato de eliminar lo superfluo, de llegar a la esencia. Esto es un esfuerzo característicamente contemporáneo. Mi paleta, por ejemplo, es muy reducida : cuatro o cinco colores : azul, rojo, negro, ocres, verde. » —; y, finalmente, sobre el porvenir del arte moderno — « No sé lo que ocurrirá. Lo que sé es lo que está ocurriendo. Y ocurre que el arte moderno se halla todavía en sus comienzos. Mientras no alcance su objetivo fundamental, el que lo define (la introducción de la dimensión tiempo en la plástica) el arte moderno seguirá vivo, es decir, creando. ¿Se logrará esto rápidamente o tardará décadas, o acaso siglos en conseguirlo? Es imposible decirlo. » —.

Lo transcrito da una idea de la importancia de estos *Coloquios con Rufino Tamayo,* librito de un centenar escaso de páginas, pero de contenido denso. El gran artista mexicano nos dice lo que piensa, sin tapujos, claramente, a veces con el inevitable tono polémico impuesto por el propio clima artístico de su país.

I. I.

Romualdo Brughetti : "Prometeo"

Romualdo Brughetti, notable crítico de arte y escritor argentino, autor de varias obras en las que nos ha dado fehacientes pruebas de su vasta cultura y de la agudeza de su pluma, se enfrenta ahora con el protagonista de la obra de Esquilo, héroe mitológico que tantas veces ha servido para simbolizar el misterioso drama humano de todos los tiempos.

¿Qué significa actualmente Prometeo ? Ya Albert Camus señaló que aquel rebelde que se alzó contra los dioses es el modelo del hombre contemporáneo, y que la protesta surgida hace miles de años en los desiertos de la Escitia, se acaba hoy en una convulsión histórica que no tiene igual. Pero — añadió Camus — hay algo que nos dice que aquel perseguido continúa siéndolo entre nosotros, sordos todavía al gran clamor de la rebelión humana, de la que Prometeo dió la señal solitaria.

Para Brughetti, Prometeo es « el espíritu que no cesa », el espíritu siempre ávido de justicia, especie de antorcha viviente de la civilización y de la libertad en su perenne metamorfosis. En *Prometeo,* el autor nos hace recorrer toda la mitología helénica, la literatura oriental y los libros hebreos hasta llegar a nuestra época, en la cual el héroe

de Esquilo deja de ser un símbolo para convertirse en una realidad concreta que destaca su vigorosa presencia entre los infinitos problemas que atenazan al mundo contemporáneo.

Prometeo (Editorial Mandrágora, Buenos Aires, 1956) está escrito con lúcido estilo poético y deja en el lector un acusado gustillo de libertad espiritual, hoy más necesario que nunca.

I. I.

Manuel Olguín : "Alfonso Reyes, ensayista"

Al finalizar el año 1955, el mundo de las letras rindió un merecido homenaje al gran polígrafo mexicano don Alfonso Reyes, en conmemoración de su medio siglo de incansable dedicación a las letras. Como no podía menos, la revista *Cuadernos*, en la que el veterano escritor colabora asiduamente, se asoció con entusiasmo al mencionado homenaje en su número 15, correspondiente al bimestre noviembre-diciembre de dicho año.

Por los mismos días, más exactamente en el mes de octubre de 1955, el profesor de la Universidad de California, doctor Manuel Olguín, terminó de escribir su libro *Alfonso Reyes, Ensayista. Vida y Pensamiento,* publicado por las Ediciones Andrea, de México. ¿Cuál fué el propósito de este escritor chileno al escribir dicho libro? Aunque no nos lo dice, la coincidencia de la fecha en que terminó de escribirlo con la de la proximidad del cincuentenario literario de Reyes, nos induce a pensar que lo escribió y publicó con la idea de rendir su homenaje al Maestro, poniendo de manifiesto su fecunda y vastísima obra literaria.

El profesor Olguín ha realizado un estudio crítico muy completo de esa labor verdaderamente monumental por su extensión y por su variedad. Inicia su libro con unos preliminares en los que se hace un sucinto esquema biográfico de Alfonso Reyes, seguido de un concepto muy completo del ensayo literario, conforme a su definición debida al profesor Medardo Vivier, en la cual éste destaca en primer plano algunas notas que el propio Reyes dió como distintivas del « ensayo moderno »; y termina dichos preliminares con una reseña de las obras del fecundo escritor, desde la breve nota hasta el extenso trabajo doctrinal, sobre los más variados tópicos de la experiencia y de la cultura: humanidades clásicas, erudición hispanista, literaturas europeas y americanas, historia, geografía, crítica literaria, sociología, economía, ciencias y filosofía de la cultura, crónicas de viajes, reminiscencias de ciudades, ambientes, personalidades, autobiografía, etc., obras y trabajos que examina en el curso de su libro con criterio cronológico, siguiendo el orden de las fechas de su aparición, para lo cual las distribuye en cuatro etapas : México, España, Francia e Hispanoamérica y regreso definitivo a México, que tuvo lugar en 1939.

El profesor Olguín califica a Reyes de ensayista, y no hay duda de que acierta en el calificativo. En efecto, el gran literato mejicano es ensayista en grado sumo, porque sus obras reunen todas las características esenciales de este género literario, por la amplitud del espacio temático en que se desenvuelve, con una libertad de movimientos que no puede emplear el tratadista, que está obligadamente mucho más sujeto al rigor metódico que es propio del « tratado », el cual exige además una especialización, con plan severo, respecto de un tema determinado, en tanto que el ensayista utiliza criterios muy personales en el desarrollo de los temas más variados, procurando dar a su expresión un atractivo literario.

El doctor Manuel Olguín llevó a cabo un enorme trabajo de investigación en la búsqueda y reunión de los materiales que le fueron necesarios para hacer un estudio tan completo como el que realizó de la obra literaria de don Alfonso Reyes, y escribir este libro de crítica que se lee con el mayor agrado. Libro que, como ya dijimos, constituye a nuestro juicio un homenaje al gran escritor mexicano que, como buen liberal, es también un ferviente amante de la paz, amor que demostró explícitamente cuando, aprovechando la oportunidad que se le ofreció de dirigir una salutación a la UNESCO, dijo que este organismo internacional constituía « un gran paso hacia la paz por la inteligencia ».

CARLOS DE JUAN

A. Fernández Suárez : "El tiempo y el hay"

Se trata de un ensayo de A. Fernández Suárez, con prólogo de F. Fernández Figueroa, editado por la revista *Indice*, de Madrid. El autor medita, en lenguaje claro y sencillo, sobre los problemas del tiempo, del devenir, de la eternidad. Para ello se sale de las leyes corrientes, empleando una técnica un tanto bergsoniana. Fernández Suárez llega así a conclusiones de interés subyugante, como todo lo que se refiere a la lucha del hombre contra las limitaciones del tiempo y del espacio.

El « *hay* » es el espacio intemporal en que se sitúa la verdad. El « *hay* » sirve *para designar un campo de hechos que no acontecen en el orden donde opera lo físico*, campo en el que se hallan los hechos del pasado y del futuro, juntos con los del presente.

Según Fernández Suárez, todo lo que ha sucedido deja una especie de surco vacío. Todo cuan-

to ha de acontecer tiene preparado también su surco que todavía no ha llenado la coagulación de la realidad, como lo tiene lo que podría suceder o lo que podría haber sucedido. El hombre puede elegir entre los surcos o moldes posibles en la esfera del « *hay* », su libertad de elección da un sentido trascendente a su existencia. En cierto modo, todas las formas posibles de vida se ofrecen en el « *hay* ». El hombre puede elegir, puede mezclar, pero no puede inventar nuevas formas. De esta manera se llega a la conclusión de que no existe infinito en el campo de las posibilidades humanas, pero que tampoco se hallan encerradas en un determinismo estrecho. Insiste, por el contrario, el autor, en la cantidad innumerable de posibilidades que se ofrecen en la zona del « *hay* ».

En apoyo de su tesis expone Fernández Suárez hechos, cosas, elementos más o menos conocidos. Lo hace con propiedad y certeza, pero sería de desear que, en lo futuro, ampliase y profundizase sus reflexiones.

L.L.A.

De los poetas a la poesía

Las Ediciones de Cultura Hispánica le han publicado a Carlos García Prada, en Madrid, su *Antología de Poetas Modernistas Hispanoamericanos.*

Además de las certeras notas críticas que acompañan a los autores seleccionados, lleva el libro una introducción. Garcia Prada traza, en esa introducción, un cuadro completo y sugestivo en el que sitúa el modernismo hispanoamericano en relación, sobre todo, con el simbolismo y el movimiento parnasiano. Garcia Prada hace hincapié en la revolución que supuso el modernismo al aportar a la poesía de lengua española el aire fresco de su cosmopolitismo y de su eclecticismo filosófico.

El autor de la antología trata de destruir ciertas creencias erróneas que envuelven a las figuras de los poetas modernistas. Se eleva contra el sambenito de afrancesamiento que se les ha querido poner encima y afirma que Francia no representaba para ellos más que la ventana abierta a las otras culturas. París aparece a sus ojos como el alambique en que la alquimia occidental reune y depura todas las esencias.

García Prada se afirma como conocedor, no sólo de lo que son y representan los poetas iberoamericanos, sino del conjunto de los poetas occidentales. Asimila noblemente las aportaciones de otros autores tales como Federico de Onís o Alfonso Reyes, pero diríase que su personalidad crítica es más sintética que analítica.

García Lorca, Vida y Obra es el tercer trabajo de María Teresa Babín sobre el gran poeta andaluz. El primero fué un ensayo escrito dentro del marco de sus estudios en la Universidad de Puerto Rico y el segundo una tesis doctoral preparada en la Columbia University. El tercer trabajo sobre Lorca nos llega desde Nueva York, la ciudad que ocupa un lugar tan importante en la iconografia lorquiana.

María Teresa Babín divide su libro en cuatro partes. En la primera, después de hacer una breve biografía de Lorca, va situando sus obras dentro de un orden cronológico y de acuerdo con su valor intrínseco. En la segunda parte analiza la relación del poeta y la realidad, señalá la unidad del mundo poético de Lorca, examina la presencia en el mismo de la naturaleza y el paisaje, y nos habla del hombre y de la realidad social en ese conjunto. En la tercera parte María Teresa Babín estudia los grandes temas lorquianos : el Tiempo y la Muerte ; Narciso, la Pasión amorosa y el Niño ; el Gitano, el Negro y el Torero. Termina la obra con una cuarta parte en la que se sitúa la personalidad de Lorca dentro del mundo artístico del siglo XX.

El libro de María Teresa Babín, pese a ser un libro de examen crítico, no es árido nunca y se lee con interés. La autora va derecha al grano, sin perderse por las hojas.

En Mexico se ha publicado *Hay piedras como lágrimas,* que reune cincuenta sonetos de Germán Pardo García. *Hay piedras como lágrimas* constituye un nuevó peldaño en la amplia obra ascendente de Pardo García. ¡Bien se ve el oficio del poeta mexicano a través de sus sonetos! Algunos son de una rara belleza formal. Todos están tallados cuidadosamente. El conjunto nos deja un sabor áspero y agreste y una impresión de huella parnasiana.

Del poeta argentino Alberto Hidalgo nos llega su nuevo libro *Espaciotiempo.*

La poesía de Hidalgo es poesía de aportación, de búsqueda, de auténtica labor creadora. Alberto Hidalgo nos ayuda a liberarnos de los límites de tiempo y espacio, prolonga nuestra ilusión de infinito y, desplazándonos de nuestro sitio habitual, nos hace considerarnos extraños a nosotros mismos.

Poesía también de trascendencia, que aspira a « cambiar la vida ». No en vano nos habla Hidalgo de « cuando el día y la noche pierdan su condición de consecuencias y se hagan actos de la voluntad ». Puede decirse de Hidalgo que logra, paradójicamente, sin descargar sus versos de tensión ni de misterio, objetivar las situaciones. Esta cualidad del gran poeta argentino corresponde a su visión del tiempo y del espacio y a su vocación de universalidad.

LUIS LOPEZ ALVAREZ

Manuel Arce : "Testamento en la montaña"

El joven poeta español Manuel Arce, aguijoneado sin duda por el noble afán creador, ha tentado una nueva experiencia literaria con esta primera novela suya, *Testamento en la montaña,* editada recientemente por las Ediciones Destino, de Barcelona.

La novela de Manuel Arce desenvuelve un tema humano y verosímil : el secuestro, en una montaña santanderina, de un indiano, regresado a su aldea natal con el propósito de casarse y vivir tranquilamente el resto de sus días, gracias al dinero ganado en América. Dos individuos se apoderan de él y se lo llevan montaña arriba, para pedir luego a la mujer del mismo una fuerte suma por su rescate, con la amenaza de que si no entrega el dinero en un breve plazo, aquél morirá. Transcurren dos días de angustiosa espera, durante los cuales se dibujan claramente los caracteres de los tres personajes principales, es decir, el raptado y los raptores, pues por la mente de todos ellos desfilan las imágenes precisas del pasado. Sin embargo, el verdadero quid dramático se plantea sólo en la segunda parte, y bien entrada, de la novela. En efecto, todos dudan entonces de la fidelidad de la mujer, que es la que tiene que dar el dinero del rescate. ¿ Pagará o preferirá dejar que maten a quien puede ser un estorbo para su futuro ? La respuesta nos la da el autor de *Testamento en la montaña* en las últimas páginas : la mujer no entrega el dinero exigido por los raptores y se limita a poner el hecho en conocimiento de la Guardia Civil, a sabiendas de que obrando así condena al marido a una muerte cierta. Pero los dos secuestradores, comprendiendo que la única beneficiaria de la operación sería a final de cuentas la esposa infiel, no llevan a cabo sus amenazas y dejan en libertad al prisionero. Así termina la historia, sin cerrarse, en su momento más difícil.

Testamento en la montaña es la primera novela de un narrador en ciernes, escrita en excelente prosa, aunque en ocasiones se nos antoje un poco imprecisa y blanda. Lo mejor del libro son las descripciones del paisaje y del estado anímico de los personajes, en las que se deja ver claramente el poeta. Manuel Arce no nos ha ofrecido una gran novela, pero sí nos ha mostrado en este primer intento suyo que tiene fibra de novelista. Esperamos con interés una segunda novela, para ver si logra superar sus primerizas imperfecciones y ocupar así un puesto bien ganado entre ese grupo de jóvenes — Juan Goytisolo, Ana María Matute, Rafael Sánchez Ferlosio, etc. — que están creando nada menos que una nueva novela española .

I. I.

Robert G. Mead : " Breve historia del ensayo hispanoamericano"

El Profesor Robert G. Mead, actualmente catedrático de la Universidad de Connecticut (Estados Unidos), ha mostrado siempre un particular interés por los temas relacionados con la literatura hispanoamericana. No puede pues sorprendernos el que haya abordado ahora (« Manuales Stadium » de las Ediciones Andrea, México, 1956) la cuestión referente al ensayo literario en América Latina.

A grandes rasgos, como es obligado en todo Manual, pero a la par en forma precisa y documentada, el Profesor Mead comienza por mostrar los ejemplos más característicos de la prosa durante la Colonia y la Emancipación, para señalar acto seguido a los grandes precursores y a los primeros ensayistas : éstos fueron el ecuatoriano Juan María Montalvo y el puertorriqueño Eugenio María Hostos, pertenecientes ambos a esa segunda generación romántica que abarca a los nacidos en Hispanoamérica entre 1845 y 1865. A continuación se refiere a la posterior generación de 1880, la cual nos dió figuras tan sobresalientes como el peruano Manuel González Prada, los cubanos José Martí y José Enrique Varona, el mexicano Justo Sierra, el columbiano Carlo Arturo Torres y el argentino Alejandro Korn. Sigue luego el estudio del ensayo durante el modernismo, cuyas figuras cumbres fueron el nicaragüense Rubén Darío, el uruguayo José Enrique Rodó, los venezolanos Manuel Díaz Rodríguez y Rufino Blanco Fombona, el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, los argentinos José Ingenieros, Manuel Ugarte y Carlos Octavio Bunge, el boliviano Alcides Arguedas y el colombiano Baldomero Sanín Cano. Viene luego el período posmodernista, con los mexicanos José Vasconcelos, Antonio Caso y ese gran ensayista contemporáneo que es aún Alfonso Reyes, los argentinos Ricardo Rojas y Francisco Romero, el dominicano Pedro Henríquez Ureña y el peruano José Carlos Mariátegui. Por último, el Profesor Robert G. Mead cierra su breve y denso estudio con una ojeada sobre el ensayo de hoy, practicado principalmente por los argentinos Ezequiel Martínez Estrada, y José Luis Borges, el cubano Jorge Mañach, los peruanos Luis Alberto Sánchez y Victor Raúl Haya de la Torre, el colombiano Germán Arciniegas y el venezolano Mariano Picón Salas.

Breve historia del ensayo hispanoamericano es un estudio panorámico bien logrado, que no dejará de servir a profesores y estudiantes de guía útil para sus clases de literatura. I. I.

LAS REVISTAS

TEMPO PRESENTE, la revista italiana dirigida por Silone y Chiaromonte, ha formulado tres preguntas a cierto número de intelectuales italianos y extranjeros:

1) ¿ Cree usted que se puede identificar aún la causa de la libertad y de la humanidad con la de un partido, de un Estado o de una organización cualquiera ?

2) ¿ Piensa usted que se puede seguir dando más importancia a las consideraciones de oportunidad política que al impulso profundo que lleva a cada uno de nosotros a reconocer ante todo la verdad de los hechos ?

3) Si no lo piensa usted, ¿ cree que el intelectual debe expresar, en todas las circunstancias, su opinión personal sobre los acontecimientos ? O bien, ¿ considera usted que, ante la gravedad de los acontecimientos, y teniendo en cuenta la insolvencia de las fuerzas políticas en las que puede confiarse, no le queda otra solución que continuar trabajando él solo, aislado, lo mejor que pueda ?

Se ha reprochado al cuestionario de *Tempo Presente* el tener un carácter tautológico. Pero la contestación dada a la encuesta por el comunista ortodoxo italiano Carlo Salinari, en un editorial de la revista *Contemporaneo,* demuestra la conveniencia de colocar a los eruditos « comprometidos » entre la espada y la pared... aunque sea tautológicamente.

Salinari responde, en efecto, con toda tranquilidad, que no está permitido identificar la causa de la verdad con la de un partido, de un Estado o de una organización ; que no hay un « campo de la paz » que pueda identificarse a priori ; que no se puede conceder más importancia a la oportunidad política que a la evidencia de los hechos. Pero añade : « Todo consiste en examinar los hechos desde el punto de vista histórico y en entenderse acerca de lo que es la verdad. » He aquí, evidentemente, una respuesta hábil : basta con una restricción mental, que permita al Partido Comunista decidir acerca de la historia y de la verdad, para que el comunista pueda responder que no identifica la causa de la verdad con la de su partido... De este modo se rechazan las apariencias del « campo de la paz, » creadas para las necesidades de la causa por los comunistas, para afirmar únicamenre una apariencia de « objetividad » y de « independencia », derivada del mismo mecanismo.

Ciertas respuestas, como las de Domenach, de Agnoletti, de Parri, contienen una pregunta sobrentendida, que Chiaromonte formula de la manera siguiente :

« ¿ Cuál es la verdad que autoriza a condenar sin apelación la doctrina y la práctica del comunismo y que no permite conservar respecto de él una actitud de liberalismo comprensivo y de esperanza en su evolución interior ? »

Sin embargo, podría parecer que no se debe confundir la esperanza justificada en una evolución interior del mundo comunista con la indulgencia para los crímenes y las mentiras del comunismo.

Franco Venturi contesta a *Tempo Presente* invocando los acontecimientos de Hungría y de Polonia :

« En esta situación, que pudiéramos llamar « cerco socialista de la U.R.S.S. », nuestro deber es claro : comprender y formular lo que la mentalidad comunista ya no está en condiciones de comprender ni de expresar ; conocer y dar a conocer los problemas, las ideas y los hechos, que han sido enterrados por los acontecimientos y que empiezan a emerger ; separar enérgicamente lo que está muerto de lo que está vivo ; todo ello basándose en una razón bien fundada y en un propósito de llamar las cosas por su nombre. Y sin olvidar que entre los que están « cercados », en la misma U.R.S.S., existen las mismas fuerzas intelectuales, morales y políticas que están en acción en los países que constituyen este « cerco socialista ». Debemos ayudar a las fuerzas vivas de Rusia, a las que presentimos como fraternas... »

Ello Vittorini subraya el daño que los intelectuales hacen al mismo partido que se proponen servir, al transferir a éste su propia capacidad de juicio :

« El que ha escogido definitivamente tiene la ilusión de asegurarse un lugar eterno en el seno un historia, cuando en realidad no es sino un perezoso que se excluye de ella por sí mismo. No sólo se hace daño a sí propio, sino también al partido con el que se identifica. Porque es precisamente con hombres paralizados como él, con los que se constituye esta fuerza de inercia, gracias a la cual un partido político puede cesar de preocuparse de todo lo que le es extraño, puede no renovarse y degenera, se « fascistiza » y muere... »

A su vez, Nicolas Chiaromonte sugiere que buscando circunstancias atenuantes para las contradicciones, los errores y las ambigüedades en los que se encuentra enredado el intelectual comunista, no se puede estimular esta capacidad de liberación interior, que es propia de todos los hombres, sino más bien insistiendo sobre su gravedad y haciendo cada vez más incómodo el remordimiento que los acompaña.

K.-A. J.

NOTAS CULTURALES

FALLECIMIENTO DE DON LUIS EDUARDO NIETO CABALLERO

Acaba de morir en Bogotá, a los 69 años de edad, este ilustre cuidadano colombiano, uno de los más grandes y prestigiosos escritores de la América Latina, demócrata ejemplar y gran periodista. Su muerte ha causado unánime pesar en Colombia, donde se le han rendido los más grandes homenajes.

Uno de sus más grandes adversarios en vida, don Silvio Villegas, le ha dedicado un encomiástico y justiciero artículo, del que entresacamos los principales conceptos. Dice así : « Con Luis Eduardo Nieto Caballero desaparece toda una época de la vida colombiana. De él bien puede decirse que fué el alma de la generación del Centenario, quien representó mejor su temperamento y sus ideas. Discípulo de Renán, de Guyau, de Emilio Faguet, enemigo de las verdades absolutas, llegó a aquella equidad suprema que legitima todas las doctrinas excluyendo todos los fanatismos. » « Fué una especie de filósofo alejandrino, empeñado en buscar la síntesis de todas las ideas y el bien y la belleza en todas partes. » « Nieto Caballero fué el más fecundo de todos los escritores colombianos. Sólo don José María Samper puede equiparársele en este campo. Los libros que escribió forman una copiosa biblioteca. Entre ellos pueden citarse : *Le cours forcé et son histoire en Colombie, Haz de recuerdos, Murillo, escritor, Colombia joven, El dolor de Colombia, Ideas Liberales, Frente a los Jesuítas, Colinas Inspiradas, Por qué soy liberal, Vuelo al Amazonas, Vuelo al Orinoco* y muchos otros. En su labor periodística era infatigable : escribía editoriales, notas, crónicas, lo que fuera necesario para darle amena y grata lectura a un público insaciable. Es uno de los escritores que han ejercido más preponderante influjo en varias generaciones colombianas. » « El recio varón de combate, el atlético luchador, fué tierno, tolerante y bueno. Tenía algo de Sócrates y de San Francisco de Asís. Era un héroe y casi un santo. Con él desaparece un pasado casi legendario : la edad de oro de Colombia. »

Es el mayor elogio que podía discernírsele al ilustre desaparecido, gran amigo de nuestros amigos Eduardo Santos y Germán Arciniegas y, por lo tanto, nuestro. Nos inclinamos respetuosamente ante sus restos mortales y ante su memoria.

IMPORTANTE REUNION EN BUENOS AIRES

Durante los días 4 y 5 de mayo se celebra en Buenos Aires, en el céntrico local de la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura, una importante reunión con delegados de los Comités de este último país, del de Chile y del del Uruguay. Como miembro del Comité Ejecutivo Mundial y representando al Comité peruano en formación, asistirá asimismo a esta reunión el profesor e historiador Luis Alberto Sánchez. El orden del día comprende importantes puntos de interés para los países de la América del Sur. Daremos cuenta de los acuerdos que se adopten en nuestra próxima edición.

SOLIDARIDAD CON LOS ESTUDIANTES DE BARCELONA

Sabido es que las autoridades españolas han desencadenado una incalificable represión contra los estudiantes de Barcelona —entre los de otras Universidades españolas— por haber protestado contra la falta de libertad educativa y de libertad en general en la España de hoy. Se han tomado sanciones contra unos 600 estudiantes, de los cuales 270 han perdido el derecho de asistencia a los cursos y 23 han sido detenidos y sometidos a proceso. Añadamos que 300 de ellos han sido condenados a pagar por segunda vez sus derechos de inscripción y que el gobernador de Barcelona, por su parte, ha impuesto multas que van de 2.000 a 20.000 pesetas.

Con este motivo las figuras de mayor prestigio de la intelectualidad española han elevado escritos al ministro del ramo pidiendo la inmediata anulación de las sanciones. Estos escritos fueron firmados por miles de intelectuales y de jóvenes universitarios en todas las grandes ciudades españolas. En solidaridad con este movimiento del interior, un gran número de intelectuales europeos y americanos han suscrito otro llamamiento contra las sanciones. Lleva éste, entre otras firmas de gran prestigio, las siguientes : Albert Camus, Roger Martin du Gard, André Breton, Georges Altman, André Philip, Manès Sperber, Eduardo Santos, Germán Arciniegas, Luis Alberto Sánchez, Victoria Ocampo, Francisco Romero, Ignazio Silone, Stephen Spender, Benjamín Carrión, José Vasconcelos, Jaime Benítez, Jean Cassou, François Mauriac, Francisco García Lorca, Angel del Río, etc.

Por su parte, el Consejo Federal Español del Movimiento ha suscrito un documento de protesta.

LA DETENCION DEL POETA DIONISIO RIDRUEJO

En este mismo número de *Cuadernos* publicamos una crónica de Madrid que se refiere a la personalidad del poeta español Dionisio Ridruejo

y a las circunstancias de su detención. Concedió éste una interviú al corresponsal de la gran revista *Bohemia,* de Cuba, explicando su evolución del falangismo a una posición decididamente democrática y antifranquista ; ha bastado esto para que se le sometiera a proceso, con graves cargos que pueden dar lugar a una condena. Le han dirigido a este escritor un mensaje de cordial simpatía Claude Aveline, Jean Cassou (Director del Museo de Arte Moderno), Jean Cayrol, J. M. Domenach (Director de *Esprit*), Luis Martin Chauffier (Presidente del Comité Nacional de los Escritores por la Verdad) y Georges Suffert (Director de *Témoignage Chrétien*). Al mismo tiempo la han dirigido una protesta al gobierno franquista Simone de Beauvoir, Claude Bourdet (Director de *France-Observateur*), Georges Lambrichs (Director de *Monde Nouveau*), André Lhoté, André P. de Mandiargues, Matta, Maurice Nadeau (Director de *Les Lettres Nouvelles*), Jean Paulhan (Director de *La Nouvelle Revue Française*), Jean-Paul Sartre (Director de *Temps Modernes*) y Jules Supervielle. En nombre de los escritores húngaros en el exilio, han suscrito otro mensaje los escritores Paul Ignotus, Gyorgy Paloczi-Horvath y Faloudy.

Añadiremos que la revista *Preuves* publica en francés la interviú concedida por Ridruejo a *Bohemia* y que ha provocado su procesamiento.

JIRA DE DON SALVADOR DE MADARIAGA POR SURAMERICA

Durante todo el mes de junio próximo, y tras una estancia de un par de semanas en Nueva York y Washington, nuestro ilustre colaborador y amigo don Salvador de Madariaga realizará una jira de conferencias por los siguientes países : Brasil, Argentina, Chile, Uruguay y Perú. Explicará conferencias en los centros universitarios y en los locales de las Asociaciones del Congreso por la Libertad de la Cultura. En todos los países antes mencionados se organizan importantes agasajos en su honor.

UNA EXPOSICION DE FRANCISCO BAJEN

Hemos tenido ocasión de apreciar recientemente las más flamantes telas de nuestro amigo y colaborador Francisco Bajén, refugiado español que se ha revelado en Francia y que exponía por vez primera en la Galería René Drouet de París. Los treinta cuadros que expuso fueron una verdadera revelación para los críticos y para el público parisienses, que no conocían aún las sólidas cualidades de su personalísimo arte. Sus magníficos paisajes, inspirados por la campiña de Albi, donde reside el pintor, al lado de las poéticas evocaciones de la vida íntima del artista : una pareja, los rincones de la casa con su runruneante felino, el taller... Familiarizado desde hace años con las técnicas del cristal, en las que trabaja, Bajén le da a su paleta los extraños y bellos coloridos de estos materiales : la luz parece irradiar de la tela y animar las formas simplificadas que aprisionan las curvas y contracurvas de un poderoso grafismo. Esta exposición, organizada por el crítico artístico Jean Bouret y presentada al público por Jean Cassou y Julián Gorkin, ha alcanzado un excelente éxito. Felicitamos sinceramente al pintor refugiado Francisco Bajén y esperamos de él nuevas manifestaciones artísticas.

« ESPAÑA, INCOGNITA HISTORICA ».

Durante largos años trabajó el gran historiador español don Claudio Sánchez Albornoz en esta obra monumental. Por fin le dió remate y hemos tenido sumo gusto en verla editada en dos gruesos y primorosos volúmenes, con una estupenda selección de ilustraciones. Se debe la edición a la conocida Editorial Sudamericana de Buenos Aires, ciudad donde reside y profesa Don Claudio. Ya *Cuadernos* publicó un capítulo de esta obra fundamental.

« HISTORIA GENERAL DE AMERICA »

Las Ediciones Ercilla, de Santiago de Chile, acaban de poner a la venta la sexta edición, corregida y puesta al día, de la fundamental obra en dos tomos de nuestro colaborador y amigo don Luis Alberto Sánchez *Historia General de América.* El profesor Sánchez, miembro del Consejo de Honor de *Cuadernos* y del Comité Ejecutivo Mundial del Congreso, es uno de los primerísimos historiadores literarios latinoamericanos ; la obra a que nos referimos le acredita como gran historiador americano en general.

« ESPAÑA, SINTESIS DE SU CIVILIZACION »

Esta importante obra, del Dr. Jerónimo Mallo, ha sido publicada recientemente por Charles Scribber's Sons de Nueva York (1957). Según un crítico norteamericano, « este libro excelente, junto con otro : *Cumbres de la civilización española,* de Gloria Giner de los Ríos y Laura de los Ríos de García Lorca, publicado en 1955 por Holt, ensancha grandemente el conocimiento de España entre los círculos universitarios estadounidenses y, sobre todo, hace justicia a los problemas peninsulares del siglo XX. »

« LOS SOVIETS FRENTE A LA EXPANSIÓN ECONOMICA DE ASIA »

Para responder al desafío lanzado por los Soviets a los países subdesarrollados, en el terreno económico, durante una semana, a comienzos de abril, se reunió una importante Conferencia internacional en Tokio. Una treintena de economistas de renombre mundial, en representación de

treinta naciones occidentales y asiáticas, asistieron a esta Conferencia, examinando principalmente los peligros que corre la libertad ante la aplicación de ciertos proyectos de expansión económica y tratando de determinar el grado de desarrollo de los países subdesarrollados, en el cuadro de la democracia.

La Conferencia fué presidida por el Profesor W. Arthur Lewis, titular de la cátedra Stanley Jevons de la Universidad de Manchester. Entre los economistas que participaron en esta importante reunión citaremos los siguientes : Bertrand de Jouvenel (Francia), Colin Clark (de Oxford), Abram Bergson (de Harvard), M. L. Dantwala (de la Universidad de Bombay), D. R. Gadgil (Director del Instituto de Ciencias Políticas de Paona, India), Rudolf Bicanic (de la Universidad de Zagreb, Yugoeslavia), Profesor Das Gupts (de la Universidad de Ceylán), Ichiro Nakayama (Presidente de la Universidad Hitotshubashi, Japón), Dr. D. Sumitro (Decano de la Universidad de Indonesia) y Jayaprakah Narayan, líder socialista hindú. Dirigió los debates el sociólogo Daniel Bell, Director de Conferencias de la Universidad de Columbia.

Por primera vez, una reunión de esta importancia pudo tratar los problemas de la planificación y de la libertad en los países subdesarrollados. Ha podido celebrarse esta Conferencia gracias a un donativo especial de la Fundación Ford de Nueva York. Ha sido auspiciada, en fin, por el Congreso por la Libertad de la Cultura.

ACTIVIDADES DE LA ARGENTINA

Con un excelente éxito de público — y de prensa — el profesor y líder socialista Américo Ghioldi inició el 23 abril, en la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura, un ciclo de conferencias sobre « Le Reforma Constitucional ». Se explica el interés despertado por este ciclo : dicha reforma está planteada desde la desaparición del régimen peronista. A Ghioldi le seguirán en la tribuna de la Asociación las más destacadas figuras de los partidos democraáticos argentinos : Manuel V. Ordóñez, Santiago I. Nudelman, Carlos Sánchez Viamonte, Segundo V. Linares Quintana, Oscar Rebaudi Basabilbaso, Julio A. Noble, Juan A. González Calderón y otros.

Por su parte el Comité Juvenil inicia, en el mismo local, tres importantes cursos : 1) Desarrollo y sentido de la Filosofía moderna, a cargo de D. Francisco Romero ; 2) Economía Política, a cargo de D. Carlos P. Carranza, y ; 3) Tres generaciones en dos siglos de Literatura española, a cargo de D. Guillermo de Torre.

ACTIVIDADES EN MEXICO

Bajo los auspicios de la Asociación Mexicana por la Libertad de la Cultura y de las Galerías « Excelsior », el escritor D. Ricardo Garibay explicó a fines de marzo una interesante conferencias de tipo cultural.

Con el patronato de la misma Asociación y de la Universidad Autónoma de Puebla, el profesor Antonio Esparza, catedrático de Literatura de dicha Universidad y director de la Biblioteca Lafragua, ofreció un recital poético correspondiente al ciclo « La Poesía Viva ». Seguirán a éste otros importantes recitales .

Añadiremos que ha tenido muy buena acogida la publicación « Letras por la Libertad », que bajo la dirección del poeta Othon Lara y Barba edita dicha Asociación. Forman el Consejo de Redacción Salomón de la Selva, Mauricio Gómez Mayorga, Rodrigo García Treviño, Margarita Michelena, Francisco Monterde, Eunice Odio y Germán Pardo García.

COLABORADORES

● *BARTOLI, el gran dibujante, tan estimado por los lectores de* Cuadernos, *es el autor de casi todos los dibujos que ofrecemos en este número.*

● *ALBERT CAMUS acaba de publicar en francés, con el título* L'Exil et le Royaume, *un volumen de novelas cortas, al cual pertenece la que ofrecemos a nuestros lectores en este número, expresamente autorizados por el autor.*

● *CARMEN CONDE, gran poetisa y prosista española. Publicó* Júbilos — *con prólogo de Gabriela Mistral* —, Pasión del verbo, Ansia de la gracia, Mujer sin Edén, En manos del silencio, Cobre, *etc. Con el seudónimo de « Florentina del Mar » publicó asimismo varios volúmenes de novela, biografía y ensayo.*

● *JUAN GARCIA ATIENZA es el autor del relato « Majada », publicado en nuestro número anterior, y que por error hemos atribuído a Juan García Rigal.*

● *GEORGES KETMAN ha pasado varios años en Egipto y habla corrientemente el árabe, por lo que conoce muy bien los problemas de aquel país. Ha publicado en francés dos novelas y colabora en diversas revistas europeas.*

● *TIBOR MERAY, escritor húngaro, fué redactor de* Szabad Nep, *el órgano central des partido comunista de Hungría. Actualmente se halla refugiado en Francia.*

● *EDUARDO SANTOS, nuestro insigne colaborador y amigo, nos ha facilitado el texto de una conferencia que pronunció hace unas semanas en la Academia de Derecho Internacional, de París, y que reproducimos con el título « La O.N.U. en crisis ».*

B.D.I.C

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO
Emilio FRUGONI, Rómulo GALLEGOS, Jorge MAÑACH,
Luis Alberto SANCHEZ y Erico VERISSIMO

Director de publicaciones : François BONDY
Redactor Jefe : Julián GORKIN
Secretario de Redacción : Ignacio IGLESIAS

COLABORADORES :

Xavier ABRIL, Pedro Vicente AJA, Víctor ALBA, Ciro ALEGRIA, Guadalupe AMOR, Luis ARAQUISTAIN, Rosa ARCINIEGA, Joaquín ARDERIUS, Raymond ARON, Anita ARROYO, Francisco AYALA, Carlos de BARAIBAR, Arturo BAREA, Rómulo BETANCOURT, Jorge Luis BORGES, Albert CAMUS, J. CARNER, Carlos P. CARRANZA, Jorge CARRERA ANDRADE, Benjamin CARRION, Joaquín CASALDUERO, Alfonso CASO, Alejandro CASONA, Jean CASSOU, Jaime CASTILLO, Marín CIVERA, Fernando DIEZ DE MEDINA, F. FERRANDIZ ALBORZ, José FERRATER MORA, Eugenio FLORIT, Waldo FRANK, Francisco GARCIA LORCA, R. GARCIA TREVIÑO, Jorge GUILLEN, Aldous HUXLEY, Roberto IBAÑEZ, Jorge ICAZA, Karl JASPERS, Julio César JOBET, Arturo KOESTLER, Juan LISCANO ,Rodolfo LLOPIS, Salvador de MADARIAGA, Mauricio MAGDALENO, Alejandro MAGNET, André MALRAUX, Juan MARICHAL, Joaquín MAURIN, Luis MERINO REYES, Czeslaw MILOSZ, Franscisco MONTERDE, Federica MONTSENY, Alberto MORAVIA, Victoria OCAMPO, Federico de ONIS, Antenor ORREGO, Octavio PAZ, Mariano PICON-SALAS, Salvador PINEDA, Susana REDONDO, Enrique L. REVOL, Eugen RELGIS, Alfonso REYES, M. RODRIGUEZ LOZANO, Francisco ROMERO, Denis de ROUGEMONT, Bertrand RUSSELL, E. SALAZAR CHAPELA, Claudio SANCHEZ ALBORNOZ, Eduardo SANTOS, José Ma. de SEMPRUN GURREA, Ramón J. SENDER, Enrique SERPA, S. SERRANO PONCELA, Ignazio SILONE, Stephen SPENDER, Manuel SUAREZ MIRAVAL, Manès SPERBER, Rufino TAMAYO, Hernando TELLEZ, Luis TERAN GOMEZ, Jaime TORRES BODET, Arnold J. TOYNBEE, Guillermo de TORRE, Rodolfo USIGLI, Fernando VALERA, Richard WRIGHT, María ZAMBRANO, y otros más.

El número : 180 f.

Printed in France

BIBLIOTHEQUE DE LA CHAMBRE DES DEPUTES

Septiembre - Octubre 1957

B.D.I.C

CUADERNOS

REVISTA BIMESTRAL

26

MIGUEL SANCHEZ-MAZAS
LAS *NUEVAS GENERACIONES ESPAÑOLAS*

ROMULO GALLEGOS • GERMAN ARCINIEGAS
El ejemplo de Colombia

VLADIMIR DEDIJER
Experiencias y realidades soviéticas

RAYMOND ARON
La era termonuclear

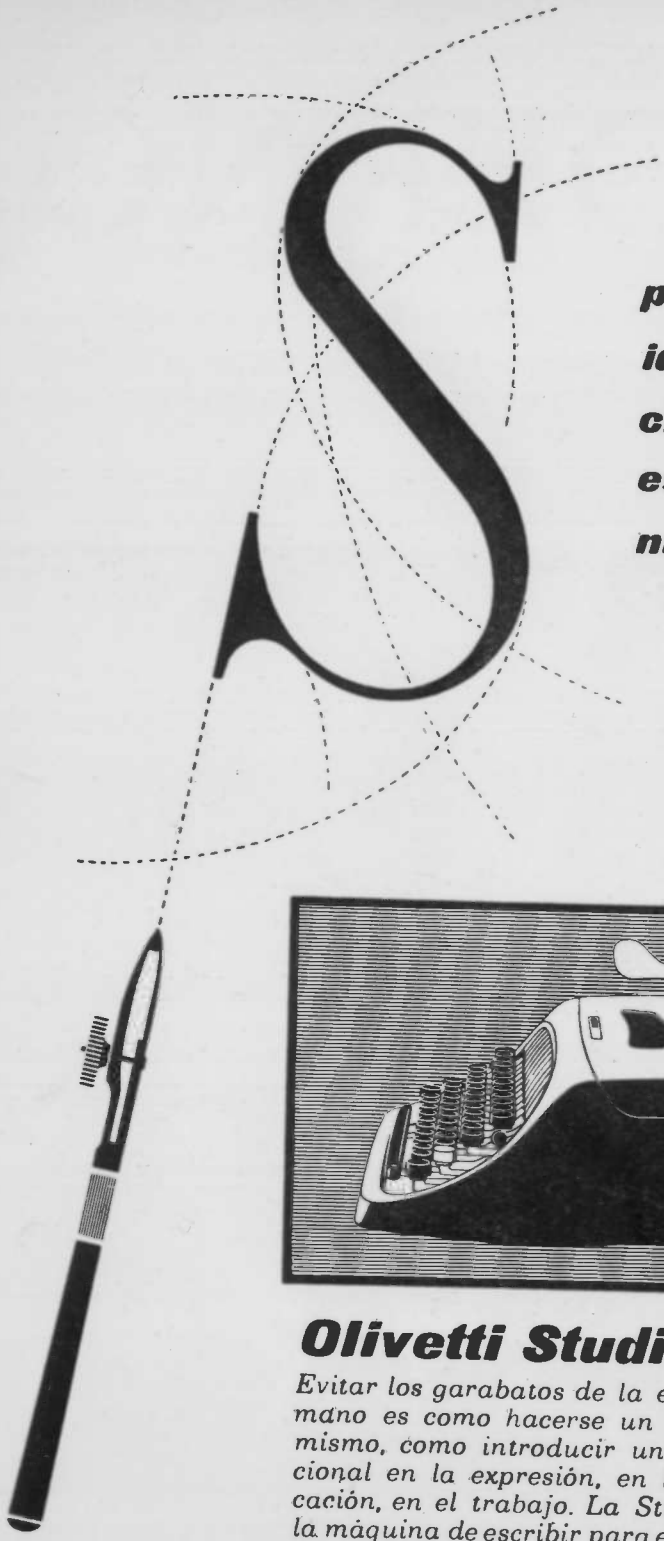
JORGE GUILLEN
Poemas

Crónicas de Chile, Bolivia, Francia, Japón, etc...

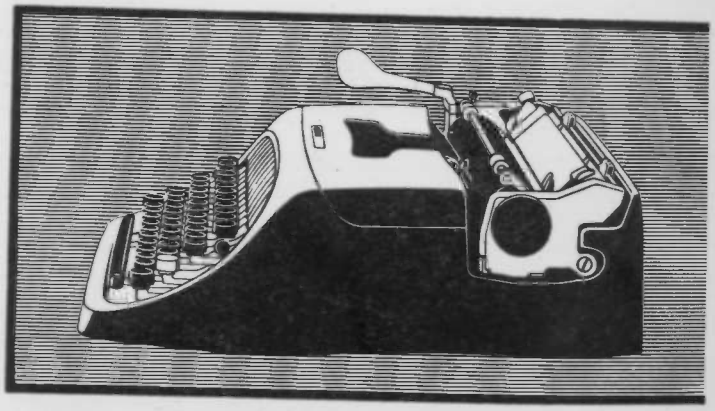
En suplemento :

INFORME DE LA O.N.U. SOBRE HUNGRIA

4° P 5926



para
ideas
claras
escritura
nítida



Olivetti Studio 44

Evitar los garabatos de la escritura a mano es como hacerse un favor a si mismo, como introducir un órden racional en la expresión, en la comunicación, en el trabajo. La Studio 44 es la máquina de escribir para el despacho particular, la que pondrà la reluciente energia de sus aceros al servicio de un pensamiento seguro.

Ing. C. Olivetti & C., S.p.A. - Ivrea (Italia)

SUMARIO

BIBLIOTHÈQUE * MUSÉE DE LA BOLÉRIE *

La Esfinge : La existencia histórica de España.	MARIA ZAMBRANO	3
La actual crisis española y las nuevas generaciones	MIGUEL SANCHEZ MAZAS	9
Siglo XX (Poemas)	JORGE GUILLEN	24
Itinerario de la emoción colombiana	GERMAN ARCINIEGAS	27
Colombia, ejemplo para América	ROMULO GALLEGOS	29
La televisión : teatro grande y vacío	WALDO FRANK	31
Carl Sandburg y el mito de América	MARIO MAURIN	35
Barba Jacob, el alucinado	GALO RENE PEREZ	41
« Dominicus autocratos » (Cuento)	S. SERRAÑO PONCELA	44
Rusia en el banquillo de los acusados	LUIS ARAQUISTAIN	47
Experiencias y realidades soviéticas	VLADIMIR DEDIJER	53
La era termonuclear	RAYMOND ARON	59

Crónicas y reportajes

Santiago de Chile : Realidades y perspectivas chilenas	CARLOS DE BARAIBAR	64
Siles Zuazo se impone en Bolivia	J. M. MACHIN	68
San Juan de Puerto Rico : Siete mañanas pintando a Casals	LUIS QUINTANILLA	71
París : Poder y belleza del dinero	PIERRE SCHNEIDER	75
Londres : El despertar de Africa	BASIL DAVIDSON	79
Nueva Delhí : Una victoria comunista en la India	A. D. GORWALA	83
Tokio : Diálogo entre economistas	BERTRAND DE JOUVENEL	87

Bellas Artes

La danza moderna mexicana	JULIO ANTONIO COSS	92

Los libros. Las revistas. Notas culturales.

4° P 5926

Fundada bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, la revista bimestral *Cuadernos* se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Esta libertad, consubstancial con nuestra razón de ser y de existir, será defendida por *Cuadernos* mediante una lucha tenaz contra todos los obstáculos y todas las trabas que traten de oponerse a la libre manifestación del espíritu crítico y del pensamiento, que constituyen la más preciada conquista del hombre y de los pueblos.

Nuestra revista cuenta con la colaboración de escritores de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre personal y bajo su exclusiva responsabilidad ; la revista sólo se hace responsable de los editoriales, documentos y notas sin firma.

Se ruega indicar la procedencia al reproducir total o parcialmente los trabajos contenidos en *Cuadernos*.

LA ESFINGE :

La existencia histórica de España

POR MARIA ZAMBRANO

NINGUNA SITUACION tan singular como la de España en la historia. Un ritmo diferente parece marcar sus acciones, un signo distinto presidir sus conflictos, no más sangrientos e irracionales que los que agobian a la Europa en que está enclavada. La vida española es anacrónica respecto al concierto de las demás naciones, concertadas siempre, aun en sus discordias, pues la discordia brota sobre un terreno común, necesario para que los conflictos — todo lo dramáticos que se quiera — estallen.

Diferencia de ritmo, de « tempo » histórico. Diferencia de sentido en toda su actuación. España habla un lenguaje propio, ininteligible para los pueblos de Occidente, donde está, aunque singularmente, también enclavada.

Tratándose de la vida humana, lo que importa es el sentido. Si se trata de conocer la vida psíquica, por ejemplo, bien poco nos dirá el conocimiento psicológico y aun fenomenológico de los actos de conciencia, si no descubre al mismo tiempo su estructura, el sentido, ese algo más allá de todo acto y estructura, — « más allá » de todo, como si la vida se fuese a buscar a sí misma detrás de sus fenómenos. Y si se trata de la historia, todavía resulta más visible esta primacía del sentido sobre los hechos y sobre la acción. Por eso España, aun pronunciando las mismas palabras y ejecutando acciones análogas, tiene ritmo y sonido propio en la historia ; gesto y voz. Ritmo y tono expresan fielmente el sentido, brotan, como todo lo que es expresión, de modo espontáneo y no pueden ser sometidos ni enmascarados. Ritmo y sonido, son los signos de la autenticidad.

La cultura occidental ha desdeñado cada vez más lo que no es contestable por la razón. Lejos estamos del saber que los antiguos egipcios revelan, cuando entienden por decir la verdad « decir la palabra exacta con la voz justa ». La verdad, por muy abstracta que sea su condición, al ser enunciada por un hombre se transforma en algo vivo — transforma también la vida de quien lo dice —, debe ser dicha según se merece. Y la historia que se hace con palabras y con acciones, tiene su ritmo y sonido propio, que rara vez hemos sabido percibir.

Une acción verificada antes que otra que parezca la misma acción, no es, no puede ser la misma ; en el fluir constante de la vida, la mismidad no puede estar constituída por la acción recortada de su tiempo. El tiempo histórico no es el espacio vacío donde todo puede suceder o no ; es el tiempo de la oportunidad. Las acciones tienen su momento ; de ahí lo dramático de las cosas humanas, para las cuales no es igual el haber sido realizadas antes o después.

Y España va siempre antes o después, y hasta antes y después que Europa ; su tiempo es otro tiempo. ¿Su vida será otra vida y su mundo otro mundo ? Visto desde

afuera, el estilo histórico de España es la irrupción ; estilo marcado por su huella desde que era la arisca provincia del imperio romano. Irrumpe cargada de designios que quedan sumidos en el misterio. Si a los demás pueblos occidentales las acciones históricas les revelan poniendo de manifiesto su voluntad, a España, por el contrario, el actuar la deja encerrada en el misterio. Y es más hermética tras de haberse expresado históricamente, al cabo de su larga lucha, que en la aurora de los tiempos cuando era sólo ímpetu virginal.

Vivir en la historia es ir creando una figura. Los venerables signos totémicos nos muestran que la vida necesita de una imagen. Vivir es ir creando una imagen, y los signos misteriosos que en la aurora de un pueblo se alzan como señal de su unidad avisan al mundo que algo se presenta, que alguien se presenta. La vida humana es propia de un alguien, y ser alguien es tener un rostro, una figura propia.

Los seres vivos no humanos, parecen tener sobre el hombre un privilegio : su figura les es dada y no se altera con el tiempo ; de ahí que parezcan no padecerlo. Los humanos, en cambio, padecemos el tiempo, porque al vivir dibujamos en su arena una imagen que no siempre resulta ser la nuestra ; que no siempre sentimos coincidir con aquella que avanzaba delante de nuestro paso y cuya sombra parecía protegernos, esa imagen invisible que la fantasía creadora ha personalizado en un genio tutelar. Al ir avanzando por la vida, esa imagen nos conduce ; mas cuando miramos nuestros pasos dibujados en el tiempo, no la solemos reconocer. ¿Qué se hizo de ella ? ; ¿dónde quedó ? El tiempo huidizo guarda, sin embargo, la figura de nuestras acciones, como si solamente estuviese ahí para dejarse imprimir y presentárnosla, pero no como una tablilla de cera, sino como vivo testimonio. El tiempo parece ser — el remordimiento bien lo grita — un alguien también ; un alguien o el espejo de un alguien.

Este drama entre la imagen invisible y la lograda y visible, se manifiesta también en la vida histórica de los pueblos. Quizá sea aún mayor la necesidad de una imagen cuando el sujeto de la vida, el alguien que la vive, participa en grado menor de la unidad. Y un pueblo tiene menos unidad real que una persona, es menos persona. Por ello, necesita su insignia, su enseña, prefiguración de la imagen que ha de lograr si sus acciones se desarrollan con fortuna. El vivir en el tiempo nos hace crear una imagen previa, origina y produce otra dibujada en su arena de circunstancias ; y exige después que esa imagen producida, « histórica », sea confrontada con el más íntimo sentir. La historia es un espejo inexorable en que hemos de verificarnos.

Pero no todas las imágenes son de la misma especie. Su estudio y reconocimiento no ha tenido lugar en el racionalismo prevalente desdañoso de la imagen tanto como del ritmo y de la voz. Hay imagenes adecuadas, aunque incompletas ; aquellas que reflejan con cierta fidelidad — en el tiempo todo es relativo — el anhelo que las produjo. Hay otras que enmascaran y aprisionan, imagen del enigma que es toda vida vacilante. Y el arte lo ha sabido bien al crear ciertas imágenes ; una de ellas parece convenir a España : es la Esfinge.

España se nos aparece en su vida histórica encerrada bajo esta imagen de la Esfinge ; es su rostro en el espejo de la historia. Pero ¿qué es una Esfinge ?

La Esfinge

La Esfinge es el símbolo de lo vencido, de lo que ha sufrido la derrota mayor ; quedar ininteligible para todos y también para sí mismo. Nada más enigmático que un rostro petrificado, máscara de algo que ha pretendido existir, que quizá llegó a la existencia. Mas, ¿sería posible que lo que logró su plenitud se convirtiera en enigma ? Por el contrario, la muerte esparce la mayor claridad sobre quien en vida jamás la tuvo. La muerte, al acabar la vida, la muestra en su más secreto fondo ; la revela. La estatua fiel es más imagen de muerte que de vida. Y de ahí que la escultura se haya hecho tan imposible desde que fué ganada por la pretensión de representar la vida irrepresentable.

¿Qué género de imagen es la Esfinge ? Está cerca de la imagen sagrada, siempre enigmática ; como ella crea alrededor un círculo de silencio ; parece una imagen de otros tiempos, con los que no existe ya

comunicación, deidad cuyos fieles desaparecieron sin dejar huellas descifrables.

Quiza toda imagen necesite y pida ser destruída. Y las imágenes cargadas de vida pidan ser destruídas para ser liberadas, llevadas a la vida sin imagen, donde su esencia entre en contacto directo con las otras en el río de la transformación perenne que es el vivir.

La Esfinge, rostro de lo enigmático, es la que desata, más que ninguna imagen, esa furia de destrucción, por que despierta la desesperada esperanza de que aparezca la divinidad prisionera en ella, de que al fin se revele, — pues el hombre no puede pasar demasiado tiempo sin sufrir una revelación.

La Esfinge nos mira con una mirada que parece dirigida desde otro mundo, propia de alguien que ha visto desaparecer lo que le era familiar, y ha permanecido ahí como testigo en los tiempos nuevos con los que nada de común tiene. La Esfinge es la imagen, entre todas, de un superviviente. Y es el remordimiento el que induce a los hombres que viven bajo su mirada a realizar la piadosa tarea intermitente de extraerla de la arena que la amenaza de asfixia. Mínima tarea de las que la Esfinge semienterrada en el desierto hace necesarias. Toda Esfinge está en un desierto, imagen del vacío, de la falta de espacio vital donde su figura sería inteligible.

Ser superviviente en la historia, es haber quedado detenido en un modo de ser, en una forma de vida distinta en su estructura más íntima ; eso que la mirada de la Esfinge nos hace sentir como « otro mundo ».

« Otro mundo » ha sido España para el habitante transpirenaico. Y como otro mundo fué descubierta en los avatares del romanticismo. Gentes ávidas y comprensivas, dispuestas a entender todo lo exótico, llegaron a su áspera meseta, pasearon por sus encantados jardines y se miraron en los puros espejos de sus aguas que parecían no reflejar ya la historia. Se la descubrió al mismo tiempo que se descifraban los jeroglíficos egipcios, y se comenzaban a excavar los desiertos de Siria. El europeo, en el esplendor de su cultura racionalista, sentía la necesidad de desenterrar viejos dioses, aprender sus nombres vertidos en las letras sagradas. Europa padecía hambre de lo sagrado.

La aparición de las antiguas y venerables culturas — el año de 1822 Arturo Champollion lee la palabra *Ramses*, mil cuatrocientos años velada a los ojos humanos — desviaron quizá la atención despertada por la Esfinge-España. Y ella misma había despertado, al parecer, agitada por una furia impropia de su condición de piedra.

¿Desde cuándo España se había hundido en el silencio? ; ¿desde cuándo miraba a la espléndida Europa desde « otro mundo » ? Durante un tiempo decisivo fué el centro de esa cultura a la que se aparecía ahora como Esfinge. La poesía nos da el instante de este cambio en la conciencia española. Quevedo, escritor y hombre de acción, se sentía en el centro del mundo. Y Quevedo siente ya la petrificación de España. De ese sentir quizá le venga la exasperación de su poesía, fuego que aspira a ser eterno. Las palabras « ceniza », « polvo », « nada », « consumirse » y « fuego » tienen realidad plástica, casi de obsesión.

Fuego que alumbra desesperadamente entre la ceniza que le abre ya sepultura. Quevedo parece recoger este sentir del momento de España cuando clama su amor de hombre: « *Serán cenizas, mas tendrán sentido/ polvo serán, mas polvo enamorado* », proclama la permanencia del sentido de esas entrañas, « *médulas que humor a tanto fuego han dado* ». Pero, el sentido queda preso cuando el fuego ha cesado de arder y se esconde en la piedra. La transfiguración no roba jamás el sentido ; nada que sea destrucción de la forma, porque es metamorfosis y hasta transubstanciación. La piedad de los pueblos amigos de dar sepultura en la tierra a sus muertos lo sabe muy bien. Y quizá la historia proceda de la misma manera ; lo que se destruye en su substancia conserva su sentido ; lo que se petrifica en su figura, no. Porque la petrificación es la defensa última de una vida que se retira sin transformarse. Por eso, la Esfinge es la imagen de la supervivencia; supervivencia que es petrificación, máscara que toma la vida al detenerse en un instante de su proceso.

No es petrificación la muerte. Puede engañarnos el hecho de la belleza perfecta que aparece en el rostro del que ha muerto en su momento justo, del que ha muerto

de « su muerte » ; deja ver, en los instantes que siguen al último soplo de vida, su rostro verdadero, que parecía estar bajo todos los rostros de su vida, unidad íntima bajo la deconcertante pluridad de los días. Mas esta belleza no es de piedra, aunque la piedra la refleje, cuando acierta. Es la que anima la piedra, huella y señal que se posa en la estatua y la hace perdurable. La muerte consagra la vida.

El proceso de petrificación es muy otro. No es la muerte, sino la vida que se defiende de la muerte en esta última forma de retirada. ¿Y no habría de ser España la que se retirase así, ella, maestra en retiradas, en últimas y desesperadas resistencias? La petrificación es la última resistencia ante la muerte y por ello toma su forma; es mimética de la muerte, tal vez para engañarla.

Límite entre la vida y la muerte, la petrificación era propia de España, maestra en vivir en situaciones liminares ; límite entre isla y tierra firme; límite del continente europeo, límite de occidente. Acusada de amar lo desmesurado, parece maestra y aun heroina del detenerse a tiempo. Milagrosamente se detuvo en piedra para no ceder al imperio de la muerte : « *Miré los muros de la patria mía/ si un tiempo fuertes hoy desmoronados* ». Pero no, los muros se cerraron ; la vida detenida, se fijó, máscara de sí misma y el desierto se hizo a su alrededor.

Pero, ¿puede una vida quedarse interrumpida en un instante de su proceso ? ¿Hasta dónde puede llegar la inhibición? ¿Es posible acaso vivir « como si se viviera » ? Este « como si » ha sido el modo de vivir de España desde que quedó petrificada : « *Fantasma soy en penas detenida* ».

España en « este mundo »

España se va sintiendo extraña al mundo ; va sintiendo al mundo como « este mundo » y a sí misma « fantasma en penas detenida ». La mirada del español cambia, porque cambia la imagen que tiene de sí mismo.

Prosiguiendo el combate, España se ha retirado desentendiéndose del mundo, y su esfuerzo tendrá el sentido de una cuestión de honor, algo así como el cumplimiento de una palabra empeñada ; su acción es persistencia ; pronto su vivir será supervivir, sin más.

El retirarse trae consigo otro modo de verse a sí mismo. En realidad, toda retirada al interior del ánimo es para mirar o trae, aunque no sea para mirar, una mirada diferente, pues la mirada está definida por el lugar de donde sale y al retirarse del mundo desengañada, España se ve frente a sí misma, se convierte en su obsesión, en su proprio antagonista. España frente a España.

El doble histórico

Cuando España se « retira » de la historia, « del mundo », de una parte se ensimisma ; el caudal de vitalidad, ese ímpetu irruptor que cubrió la historia toda de su hora, fué absorbido por no se sabe qué misteriosa fuente. Pero no se puede afirmar que entra en sí misma, a modo de una persona que se detiene en lo más decisivo de su acción, en el punto más dramático de su proceso. Entra en sí misma, pero se desintegra. Comienza a vivir como superviviente.

Y el superviviente mira el mundo que le rodea, como « otro mundo ». « Otro mundo » quiere decir una realidad, no sólo nueva, por cambiante, sino extraña. Una realidad, un mundo que en parte le debe su existencia. Un mundo, una realidad en la que se encuentra la impronta de la propia acción. Y que ahora le devuelve rota y deformada su propia imagen.

Y esa imagen recibida del mundo extraño, el superviviente, el — preciso es ya llamarlo así — vencido, no puede aceptarla. No la puede aceptar por ser imagen devuelta por un medio : el histórico, donde tan raramente el humano se reconoce. Y cuando se ha sido vencido, porque lo vencido, la confunde aun involuntariamente ; la calumnia con su luz adversa. ¿Cómo reconocernos en la imagen que el vencedor nos arroja? Y más aún en las modernas victorias, pues las antiguas se conformaban con aniquilar al vencido o simplemente con asegurarse de su impotencia.

Las victorias históricas de esta Era de la Conciencia, en cuyo umbral España se retira, tienen de nuevo una larga, insistente, prolija justificación. Y el vencido-superviviente recibe así, no sólo una imagen, sino un concepto. Un concepto que circunda al enterrado vivo aislándolo, produciendo en torno suyo un vacío. Y cuando por momentos se despierta, tropieza con este concepto como con un guardián que le hubieran puesto mientras dormía. Un guardián o algo más ; un molde en el que debe entrar para ser reconocido, una documentación que le impondrán siempre que hable. Y si no la acepta no será reconocido, ni siquiera escuchado ; sus palabras se perderán absorbidas por el vacío y ni el eco le será devulto ; él mismo las irá olvidando. Al encontrarse sin lugar donde hacerse oir, donde moverse, se sentirá extraño a sí mismo. Y comenzará la obsesiva pregunta ¿Qué, no me conoces?, palabras que vuelven al lugar desde donde fueron pronunciadas — vaciadas de cuerpo — y surgirá la pregunta sobre sí mismo. Y extraviado dentro de sí, se preguntará sobre sí mismo, se preguntará por sí mismo. No ya ¿ quién soy, quién fuí?, sino ¿ qué se hizo de mí ?, ¿ acaso existo, existí alguna vez, no fué todo sueño ? ¿No será que la razón está allí, que la realidad está allí, en ese mundo, donde la entrada no es posible sino a través de la imagen-concepto inhabitable, irrespirable.

Y entre la angustia sin término de no hallar ese lugar propio que todo ser viviente necesita, el superviviente se extraña, se vacía de sí mismo, habla a solas y a solas se dirige a su enemigo, y a ese su yo perdido. Va del uno al otro, pasando del uno al otro la culpa. No puede detenerse y no puede avanzar ; privada de movimiento y de reposo, la vida del superviviente se aniquila. Pronto cae en ese terrible proceso de devorarse a sí mismo.

Pues la vida humana, la personal y la de un pueblo o una cultura, requiere dos condiciones esenciales: un lugar donde estar, un receptáculo, sede de la intimidad, y un espacio más amplio, el de la convivencia, donde se encuentra con los otros alguien a quien referirse. Y así, el que se retira — enterrado vivo por abandono de la voluntad o por condena del destino histórico — se ve privado primeramente del espacio de la convivencia ; goza entonces de un momento de ensimismamiento que bien poco le dura, al sentir la privación de ese medio, de ese aire natural a la vida humana ; cuando se encuentra cercado por ese « mundo » otro, extraño, del que no le es posible formar parte si no acepta convertirse en otro. ¿No es esto estar enajenado ?

Enajenado por la historia, enajenado en la historia... ¿Cómo le será posible revelar a la Razón histórica subyacente en toda historia humana sin desentrañar estos complicados laberintos donde alguien pierde su identidad, esa identidad que, tratándose de la historia, es siempre relativa; esa « identidad relativa » que es casi locura ya desde el principio? ¿Cómo podrá la Razón histórica no recoger estos delirios, estos plurales delirios del personaje y su doble : la historia y la contrahistoria...?

La Razón histórica sólo podrá revelarse, irse revelando cuando hablen, cuando vayan hablando a medida que encuentren su palabra y con ella su « ser », los supervivientes-vencidos, los condenados por la razón histórica momentánea ; cuando el tiempo del vencido se derrame sobre el tiempo del vencedor, quizá para salvarlo de su victoria ; cuando el que haya delirado a solas más largo tiempo, encuentre su palabra al fin : esa que sólo se encuentra cuando se es escuchado. Y haya dejado de ser atormentado por el peor de los tormentos conocidos : el de estar perseguido por un « doble ». Ese que invita y logra al fin ser imitado, ocupando el lugar no ya de la imagen verdadera, sino del cuerpo viviente. Ese « doble » que engendra la historia mimética.

El conflicto

España se retiró en el umbral de este mundo, del que comienza con Galileo y Descartes. Mas conviene no olvidar que este mundo es también el del Estado uno, el del descubrimiento, exploración e incorporación de las tierras desconocidas hasta establecer la unidad del Planeta. Y estas dos unidades fueron traídas en primer tér-

mino por España. Lejos estaba, pues, de ser ajena a este mundo llamado moderno, que sin su acción no hubiera podido existir, que no existiría a lo menos en esta forma. ¿Por qué se retiró, por qué en tan breve tiempo pasó a ser su superviviente, su Esfinge?

No lo hubiera sido, si no hubiese participado tan decisivamente en la historia que se la volvió extraña. Su vivir como superviviente hubiera sido de otro género, puesto que se puede sobrevivir de diversas maneras. El protagonista de un confilcto o de una tragedia histórica, no sobrevive del mismo modo que quien solamente ha sido allanado, sometido, que no tiene sino incorporarse o quedar vivo, mas inexistente.

En ser « Esfinge » sólo puede parar el protagonista por excelencia, el sujeto del conflicto. Y así, España vino a ser el culpable entre todos y aún... ¿Quién se atreve a disputar a Felipe II el lugar del reo entre todos, del reo por definición?

Supervivir, ser superviviente porque un nuevo mundo ha nacido, cuando se ha apurado el propio destino, lleva a convertirse no en una Esfinge, sino a permanecer en el olvido y a ser reiteradamente invocado, y hasta reanimado, como es el caso de la Grecia madre. Le hubiese acontecido a España, aunque su maternidad sea muy otra, si un conflicto, un conflicto propio, no la hubiera apartado del mundo histórico, de « este mundo », en la hora en que tenía que haberse hecho cargo de él, de ella misma en su historia.

Había llegado el momento en que, tras de haberse lanzado al quehacer histórico, tenía que aceptar su propia imagen; aceptarla viviendo, es decir, desbordándola. Mientras vivimos estamos más acá y más allá de nuestra imagen; coincidir con ella es la muerte; pretender coincidir absolutamente es la fijeza que imita la muerte.

Y cuando acaecen sucesos tan graves, hay que preguntarse no ya por un conflicto teórico, sino por un conflicto trágico, es decir, por una acción. Por una acción de esas que hechizan la voluntad, que paralizan el ánimo, sumiéndolo en una especie de ensueño bajo el cual no se es ya libre, porque el tiempo no corre. Los conflictos trágicos dejan a su protagonista fuera del tiempo.

Y mientras no se desate el nudo, la historia será un eterno retorno. Una y otra vez se apurará el mismo ciclo.

Cuál sea este conflicto, este nudo trágico y cuál la acción que lo provocara. Existe toda una tradición de pensamiento en España sobre el tema. Diríase que ha sido el tema entre todos del último período de España. Y que al compás de su cada vez más declarado planteamiento, España comenzara a desencatarse, a despertar. Había ya despertado, dejando su condición de superviviente, disponéndose a entrar en sí misma, a sobrepasar su imagen. Mas, « este mundo », el que ella misma ayudara a erigirse — el del Estado absolutista — le cerró el paso, como en una pesadilla. ¿Será el umbral el último que la separe de su vuelta a la vida?

Sea cual sea el conflicto que a España mantuvo encerrada durante tres siglos en su secreto de Esfinge, algo aparece claro : que España no ha sufrido nunca una decadencia, que el suceso no ha sido un ocaso, sino un alba interrumpida. Un alba interrumpida antes, en el umbral del Mundo Moderno ; un alba interrumpida ahora, ayer, en el umbral de la recuperación de sí misma, de esa que nunca pudo ser, ni casi soñarse ser. No se le permitió ni precisar su sueño, dibujar su designio. El conflicto desdoblándose en el tiempo ; el conflicto y su doble. Y para que el alba lo sea de verdad y no sea también un « doble », habrá que adentrarse en lo más hondo de la conciencia y del sentir. La Esfinge está ahí y demanda respuesta : una íntima acción, una « conversión » quizá del tiempo, del tiempo histórico de España.

Y queda para más adelante el intento de abordar cuál sea, en qué consista esta acción que « convierta » nuestra historia.

MARIA ZAMBRANO

La actual crisis española y las nuevas generaciones

POR MIGUEL SANCHEZ-MAZAS

ESPAÑA SE ACERCA en estos meses, paso a paso, a una de las periódicas crisis de su atormentada historia. A una de esas crisis inevitables, fatales, que sólo el instinto del pueblo que sigue, día a día, sufriendo y observando en silencio, desde la base misma del edificio social, el curso de los acontecimientos y de las actitudes colectivas sabe presentir con precisión, antes y mejor que las «cancillerías», antes y mejor que los «observadores» políticos, nacionales y extranjeros. Como el pobre albañil que desde lo alto de la obra advierte, gracias a su sentido empírico de las resistencias, que va a hundirse la chapucería que un contratista avaricioso y criminal le mandó levantar, para enriquecerse pronto y fácilmente, y luego, ocurrida la catástrofe, repite, con las costillas rotas, a los compañeros fieles que le sostienen, en un continuo quejido: ¡Lo estaba diciendo!; así nuestro duro pueblo, desde su choza de pastor o de peón rural, desde su chabola de suburbio o desde su cuarto realquilado de empleaducho percibe el derrumbamiento cercano del régimen, siente ya crujir sus heterogéneos y mal ensamblados materiales y correr sobre su cabeza un viento de libertad y de revuelta. Y al ver que, después de tantos lustros de represiones brutales contra obreros, comienzan las detenciones de jóvenes burgueses que, eligiendo libremente, prefieren la persecución a la infamia, comprende que el día de sus reivindicaciones se aproxima. El pueblo lo sabe y lo dice en un murmullo que el que quiere puede oír: una tiranía de veinte años se acaba.

Si el pueblo no grita aún al mundo, claramente, su fundada creencia es porque teme los últimos coletazos brutales de la bestia herida, las ensangrentadas porras que desfiguran la cara y rompen los dientes en los calabozos de la policía, y la angustia mortal de los campos de concentración para «detenidos preventivos» —como el tristemente famoso de Nanclares de Oca— con el llanto de la mujer sola y el hambre de los hijos de rebelde. Y además —¿por qué no decirlo, si es verdad?— porque siente también, en una imagen aún confusa del futuro próximo, la gravedad del cambio que se avecina, para el cual se le ha dejado deliberadamente desarmado : sin preparación política ni ciudadana, sin jefes representativos, sin cuadros sindicales. En su inquieta espera se mezclan, así, la alegría por la liberación inminente y la ansiedad por el posible caos social que acecha a la vuelta de la esquina; aunque todas las fuerzas democráticas españolas, de derecha e izquierda, luchan desesperadamente por prevenirlo, ya desde su actual acción clandestina, aliándose en torno a principios co-

munes, que hagan posible la convivencia en la libertad, única salida positiva después de una experiencia dolorosa para todos —salvo unos pocos privilegiados— y que no deja nada sólido tras de sí, en ningún orden de la vida nacional. Porque las dictaduras preparan —y ellas mismas lo anuncian con descaro— un pavoroso vacío ante sí —un temible Valle de los Caídos, extendido al territorio entero— al cual van a caer, para ser enterrados en él, muchos de sus protagonistas y muchos también de los que pretenden sucederles como herederos, hasta que el valle se ha rellenado de cadáveres. Las dictaduras tienen el privilegio de seguir haciendo víctimas hasta después de muertas.

Pero, sea como fuere, en medio de un marasmo social, económico, universitario y político creciente, al régimen le está llegando su hora. El «Caudillo de los españoles» ha dado comienzo ya, por la fuerza de las circunstancias, a la penosa tarea que consiste en desmontar, pieza a pieza, su propia construcción, hecha de habilidades y contrapesos que garantizaban, mientras se mantuviesen, su absoluto poder personal. Hace poco, acaba de serrar por sí mismo, aunque presionado por el Ejército, la Banca y el «Opus Dei», una de las patas doradas del trono en que se sienta: la Falange, esa desgraciada organización que ha sido, a la vez, responsable y traicionada, perseguidora y víctima, mercenaria y rebelde, según los casos, según las personas y según los tiempos, y que todos los españoles debemos mirar, una vez vencida, una vez descubierto el fenomenal equívoco, con horror y con lástima, como al protagonista de un drama griego, en su fatal y esperado desenlace. Porque ha llegado a todo lo contrario de lo que sus fundadores querían, aunque alguno de sus pocos sobrevivientes quiera obstinarse, en una mezcla de terror y de esfuerzo desesperado por autojustificar su vida, en ver blanco allí donde hasta los chiquillos de la calle ven negro, proclamándolo ya todos a gritos, como en el cuento de Andersen «El traje del emperador». Y las promociones más jóvenes y puras de la misma Falange, sin responsabilidades a la espalda, aunque sí con una triste historia de engaños, mitos ridículos y claudicaciones continuas, están ya haciendo méritos para ser admitidas en los cuadros de la oposición a la Dictadura, ya sean sindicalistas, socialistas o liberales. Al propio tiempo, Franco se ha visto arrebatar a su disciplina, en tres trimestres, a toda la generación universitaria, en su integridad, salvo un grupito de delatores resentidos del «Opus Dei» —que esperan cobrar estos «servicios» en cátedras y puestos a los que, de otro modo, no llegarían— y de policías matriculados que, por otra parte, todo el mundo conoce. El fracaso del régimen en las aulas universitarias, a pesar de las porras de la Guardia de Franco, ha sido tal que tanto el general Acedo, Gobernador de Barcelona, como el nefasto Director General de Enseñanza Universitaria, Torcuato Fernández Miranda, tuvieron que confesar, al unísono: «Hemos perdido la Universidad para siempre.» «Aunque no importa —se consolaba Fernández Miranda—, España puede vivir muy bien un año sin Universidad.»

Las cartas se escapan, pues, de la baraja del tirano, escasean cada vez más los oros malgastados, que huyen ahora cobardemente al extranjero, al tiempo que las copas, los cálices eclesiásticos, se elevan cada día de peor gana en su nombre —sobre todo por parte del clero joven, de inquietudes liberales y sociales, que le juzga severamente y lucha por «deshipotecar» la Iglesia española (difícil tarea)— y las espadas militares ocultan cada día más en la empuñadura la reserva y la duda, teniéndose que recurrir demasiado a la sota de bastos policíaca, cuyo uso y abuso merma siempre más el ya escaso prestigio del franquismo ante la opinión interior y exterior. Las cartas que quedan son pocas, tan pocas, que el reciente gobierno ha tenido que ser ya, por fuerza, «monocolor». Todos los ministros son prácticamente del mismo palo, pues los que figuran como « residuos » falangistas, o son comparsas claudicantes o pertenecen de hecho, como Arrese (muchos no lo saben), al movimiento del «Opus». Ese palo es, en efecto, el tradicionalismo integrista y autoritario, rabiosamente antieuropeo y anti-democrático, cuyo apoyo más firme es la famosa «congregación política», cada día menos secreta, paladín del absolutismo teocrático medieval, aunque con técnica represiva moderna, orwelliana: el «Opus Dei», llamado por los católicos normales el «Opus Diaboli». Jugado ese palo

—ese vilísimo palo de la última hora— se acabó el régimen, se acabó Franco, se acabó esta tiranía. No hay piezas de recambio posibles.

En esta crisis general de la vida española, bajo el régimen de Franco, que la nueva generación se ha propuesto denunciar a fondo, después de tantos lustros de vergonzoso silencio colectivo, convergen aspectos muy distintos, prácticamente todos los aspectos fundamentales de la existencia nacional, es decir, *el social*, *el religioso*, *el universitario y científico*, *el profesional*, *el técnico*, *el colonial y de soberanía*, *el económico*. Todos estos aspectos se hallan simultáneaente en crisis, como el mundo ha podido comprobar en estos últimos meses, por debajo de la intensa propaganda franquista.

El estallido de la crisis *social*, latente y ahogada por el terror durante los años pasados, en un levantamiento general de los obreros y de la clase media, progresivamente proletarizada, como consecuencia de un aumento galopante del coste de vida, frente a unos sueldos y salarios casi congelados, o que aumentan a paso de tortuga en relación con aquél, lo tenemos realmente encima. El hambre y los sufrimientos acumulados de millones de familias de obreros industriales, de jornaleros del campo, guardas y pastores, de pescadores, de ferroviarios, de obreros de la construcción, de maestros, de pensionistas, de pequeños empleados e incluso de pobres policías armados, para recordar panorámicamente el cuadro de la miseria española, pueden contarse bruscamente y romper, en la primera coyuntura favorable, en una huelga general que proclame una decisión solidaria del pueblo entero de obtener reivindicaciones sociales básicas: y ésto, a pesar de la represión imperante, pues, para la psicología popular, la luz verde o señal de avance colectivo ha aparecido desde el momento en que las juventudes procedentes del mismo régimen, de familias burguesas, se han abrazado a la causa general, sin más contemplaciones, y consideran un honor ir a la cárcel o al exilio para testimoniar ante el mundo la existencia de una injusticia social sin precedentes en nuestro país.

Después de estar actuando durante veinte años —¡cuatro veces el plazo que se concedió a la República, y más de lo que estuvieron en el poder Napoleón o Carlos III!— esa famosa «revolución nacional-sindicalista» que prometía la *reforma agraria* radical, la inmediata *nacionalización de la Banca*, la *supresión de los parásitos de la vida nacional* y tantas hermosas cosas más, después del incesante cacareo de la prensa oficial sobre «nuestra legislación social y laboral, la más avanzada del mundo» (¡en el papel!), lo cierto es que nuestro país ha retrocedido positivamente en el orden de la justicia social, como ha llegado a reconocer la misma Iglesia española, desembocando en los años 1956 y 1957 en una situación en que la concentración del capital y de la renta nacional en pocas manos ha alcanzado un grado tan alto, y la capacidad adquisitiva de las grandes masas de población uno tan bajo, que difícilmente se concibe que el contraste entre las clases sociales pueda aumentar aún. El capitalismo español lo reconoce descaradamente, incluso algunas veces en la misma prensa: jamás los beneficios de las grandes empresas han sido tan crecidos —bajo ningún régimen—. Jamás el lujo desatado, la acumulación de tierras, palacios, coches costosos, criados y copiosas cuentas en Bancos extranjeros ha coincidido con mayor número de chabolas miserables en el cinturón de las grandes ciudades, con mayor escasez de viviendas baratas, con mayor número de «realquilados», con más bajo consumo de carne, de huevos o de tejidos de algodón por parte del pueblo y de la clase media, con mayor huída de españoles de una patria hosca, o con mayor emigración interior, o abandono de provincias enteras por los jornaleros hambrientos de regiones ricas.

Para medir con acierto esta crisis social pueden adoptarse indiferentemente dos criterios que, en realidad, se complementan: el criterio que podríamos llamar intuitivo, que consiste en valorar el aumento del descontento popular por las manifestaciones directas o indirectas del mismo, como plantes obreros, huelgas, «boycotts» ciudadanos, reclamaciones y reivindicaciones en asambleas y reuniones sindicales, expresiones de protesta en la escasa prensa —sindical o católica— por donde respiran nuestros pobres proletarios un poco o, final-

mente, declaraciones de personalidades autorizadas —como las Jerarquías eclesiásticas—, es el primero; el criterio que llamaríamos científico, que consiste en guiarse por las estadísticas de salarios, consumo, distribución de la renta industrial o agrícola, en comparación con épocas anteriores de España o con los datos de otros países, es el segundo. Pero con cualquiera de estos dos métodos o criterios, objetivamente aplicados, llegaremos al mismo resultado. Desolador resultado.

Las huelgas de Navarra, del País Vasco y de Cataluña en la primavera de 1956; la protesta masiva contra la política social del régimen que representó el «boycott» de los transportes públicos en Barcelona y Madrid, a principos de este año 1957; el plante, esta primavera, de los bravos mineros de Asturias en el fondo de los pozos de carbón y la manifestación de sus valientes mujeres en las carreteras de esos ricos valles, donde detuvieron la circulación; la continua denuncia oral y escrita de la escandalosa situación en las chabolas de los crecientes suburbios de Vallecas y otros distritos de Madrid, por parte del heroico jesuita Padre Llanos, enterrado en el «Pozo del Tío Raimundo», al servicio de los miserables inmigrantes de Jaén, Ciudad Real y Cáceres; las autorizadas conferencias del también jesuita Padre Díez-Alegría sobre la injusticia radical de los salarios que se pagan en España —incluso de los que paga la Iglesia—, así como de la falta de libertad sindical, el carácter revolucionario y demagógico de los artículos que aparecen tanto en las revistas y boletines de las Hermandades del Trabajo (católicas) y de las Juventudes Obreras de Acción Católica, como en los órganos de la C. N. S. (*Afán*, etcétera), y finalmente, las declaraciones tajantes de los profesores del Instituto Social Léon XIII y de algunos Obispos, son materia de meditación más que suficiente para quien dude que en España existe un profundo, invencible descontento popular y una crisis social a punto de estallar. Así lo reconocía el Obispo de Málaga, don Angel Herrera, cuando, refiriéndose a la actitud anti-social de nuestra oligarquía, en su Pastoral del 12 de enero de 1956, decía: «Nuestras clases altas parecen atravesar un período de aguda inconsciencia colectiva. No se dan cuenta del escándalo diario que ofrecen a la nación. No tienen idea, ni remota, del ambiente que su insensata conducta fomenta en las fábricas, los campos, la Universidad y los medios profesionales.» Refiriéndose en la misma Pastoral a la distribución de la renta nacional entre las distintas clases sociales, el Obispo decía: «La falta de justicia, y, en gran parte, de misericordia, mantiene un sistema de reparto de la riqueza nacional que acumula en una minoría la mayoría de la renta y mantiene una multitud innumerable en la pobreza. Acentúa la gravedad del mal el hecho de que no se repara en medios para enriquecerse y de que los poderosos, poco atentos en su conjunto a los dictados de la caridad, forman el cuadro para defenderse de las obligaciones sociales.» Hasta aquí el santo Obispo.

Pero si ahora examinamos el panorama social de España a través de algunos datos estadísticos significativos, todos ellos publicados por el Estado mismo, por nuestros Bancos más importantes o por organismos de las Naciones Unidas, veremos que las manifestaciones singulares o colectivas de que acabamos de hablar pecan más bien de prudentes y moderadas que de demagógicas. En efecto, basándose, en primer lugar, en el cuadro publicado por el Banco de Bilbao en el informe de su Consejero-Director General, don Gervasio Collar, a la Junta General de Accionistas del 24 de marzo de 1956, sobre la distribución de la renta nacional, y en los datos oficiales sobre la distribución en la agricultura, se llega a la siguiente conclusión:

— El 7,9 % de perceptores de rentas percibe el 36 % de la renta nacional (capitalistas y burguesía);

— el 9,3 % de perceptores de rentas percibe el 18,4 % de la renta nacional (clase media actual);

— el 82,8 % de perceptores de rentas percibe el 44,6 % de la renta nacional (proletariado).

Sumando las cifras correspondientes a las clases superiores, resulta que, mientras el 17,2 % de los perceptores pertenecientes a las mismas se reparte el 55,4 % de la renta nacional, la enorme masa de 9 millones 753 mil proletarios, que constituyen el 82,8 % de perceptores debe contentarse con el 44,6 % restante. Los datos se refieren al año 1954. Desde entonces, el panorama ha

empeorado aún más, si se juzga por la distribución de la renta industrial, cuya evolución es como luego veremos siempre más favorable a los empresarios, en detrimento de los trabajadores.

Según otros datos oficiales, hechos públicos en una conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid por el anterior Secretario de Información y Turismo, don José Luis Villar Palasí, la situación es aún más grave: *El último nivel rentístico, que comprende el 73 % de la población española, solamente disfruta del 30 % de la renta nacional, pero satisface el 60 % del total de contribuciones.*»

Para tener idea del tipo de remuneración que recibe el obrero español de la industria, baste pensar que el sueldo medio que resulta de dividir la cantidad destinada en 1954 a la remuneración de todo el personal de la industria transformadora, en su mayor parte especializado (siderúrgicos, metalúrgicos, maquinaria), es decir 6.053 millones de pesetas por el número de obreros de la misma, o sea 278.000 (datos del Estudio Económico del Banco Central, 1956, página 108) es, una vez deducidos los seguros, ¡de menos de 1.500 pesetas mensuales! Al mismo tiempo, los beneficios de las empresas en esta industria, en que el grado de monopolio es, como se sabe, muy alto, correspondiendo aquéllos, por lo tanto, a muy pocas personas, fueron, en el mismo año, de 5.674 millones de pesetas (cifra oficial).

Pero acaso el panorama más angustioso nos lo ofrece la agricultura, donde en vez de la prometida reforma agraria encontramos la permanencia crónica de una injusta distribución de la tierra, de unos bajísimos salarios, de un paro estacional que no se ha intentado atenuar, de unos métodos viejos de cultivo y de unas extensiones de regadío prácticamente estacionarias o en progreso mínimo, en comparación con cualquiera de los países que se han propuesto realizar una reforma agraria, partiendo de una economía en ciertos aspectos como la nuestra (por ejemplo, Italia, en su Plan del «Mezzogiorno»).

He aquí la distribución actual de la tierra española en tres categorías de propietarios, y para cada uno de los tres tipos fundamentales de tierra productiva, es decir, montes y pastos, secano y regadío, según datos oficiales del Instituto Nacional de Estadística («Estadística de Propietarios de Fincas Rústicas de España». Cuaderno Cuarto):

Montes y pastos

El 2,8 % de los propietarios posee el 79,8 % de la tierra,
el 10,1 % de los propietarios posee el 10,8 % de la tierra,
el 87,1 % de los propietarios posee el 9,4 % de la tierra.

Secano

El 18,1 % de los propietarios posee el 60,7 % de la tierra,
el 7,3 % de los propietarios posee el 10,7 % de la tierra,
el 74,6 % de los propietarios posee el 28,6 % de la tierra.

Regadío

El 2,1 % de los propietarios posee el 34,7 % de la tierra,
el 17,6 % de los propietarios posee el 35,6 % de la tierra,
el 80,3 % de los propietarios posee el 29,7 % de la tierra.

¿Qué salarios se pagan en el campo? Mejor que entrar en el estudio de las tarifas teóricas que, en una visión panorámica, tienen el triple inconveniente de que varían de región a región, no se sabe el grado en que se aplican y, sobre todo, no tienen en cuenta el período efectivo de trabajo anual de los trabajadores del campo (o sea, el paro estacional), será meditar sobre la parte de la renta nacional que el estudio sobre la distribución de la renta del Banco de Bilbao, antes citado, atribuye a los obreros agrícolas no calificados, y dividir esa cantidad por el número de obreros agrícolas de esa categoría que calcula el mismo Banco (quedándose en todo caso, corto en la estimación, si se tienen en cuenta otras fuentes). Pues bien, de ese estudio resulta que:

Dos millones de obreros agrícolas no calificados se reparten 18.884 *millones de pesetas* (*año* 1954). *La media del salario resultante es, pues —según los patronos—, de unas* 9.000 *pesetas anuales, o sea, de* 25 *diarias, independientemente del tiempos que estos hombres logren trabajar.* ¿Es preciso algún comentario, cuando se sabe que el precio de un kilo de carne oscila entre 35 y 65 pesetas?

Bastarían estos datos para hacer comprender las causas profundas del malestar social que hoy grita España. Trabajadores agrícolas, proletariado industrial, empleados, tienen razón de quejarse amargamente al ver descender el nivel de vida de sus familias, año tras año, sin que la libertad que se les arrebata tenga siquiera una mínima compensación en grandes planes de reforma social, en redistribución más justa de la renta, en más eficaces servicios públicos, sino sólo en palabrería, adulación y propaganda.

Un camino moderado y pacífico para atenuar los efectos de la desproporción entre los ingresos de las clases sociales, para modificar un poco las excesivas desigualdades en la distribución de la renta nacional, sería la reforma fiscal, el establecimiento de un sistema de impuestos más equitativo que hiciera pagar más a quienes tienen más y menos a quienes tienen menos. Pero aún aquí se ha seguido el camino inverso, llegándose a la inconcebible monstruosidad de reducir, proporcionalmente, los impuestos directos correspondientes a los grandes perceptores de rentas, y aumentando, en cambio, los impuestos que paga la clase media y el proletariado, los impuestos indirectos sobre el consumo y las Utilidades, que afectan principalmente al pueblo menudo y a los pequeños empleados y profesionales.

En relación con esta inaudita opresión económica de la mayoría de la población de nuestras ciudades, de nuestros pueblos y de nuestro campo se halla el nivel de consumo de los productos básicos, de los alimentos, de los tejidos, el cual no sólo es muy inferior al de la mayor parte de los países europeos, sino en muchos casos está por debajo también del nivel de consumo de nuestro pueblo en los años anteriores a 1936, por ejemplo en los años de la República.

En efecto, el consumo anual medio de manufacturas de algodón ha descendido en España desde los años de la República hasta hoy en un 30 a 40 % por habitante, pues de los 3,7 kilos por habitante en 1932, 3,4 en 1933, 3,5 en 1934 y 3,4 en 1935 hemos bajado a los 2,3 en 1955 no habiéndose alcanzado nunca, en ningún año del régimen, la media de 3 kilos, aunque sí se ha descendido, en 1950, hasta 1,5 kilos, según datos del Banco Central. La prueba de que este hecho no obedece a ninguna otra causa más que a descenso del poder adquisitivo de nuestro pueblo está en que «el consumo nacional no absorbe nuestra producción algodonera», según declaraciones recientes de los representantes del Sindicato Nacional Textil (*Ya*, 5 de junio 1957), al paso que nuestra exportación de tejidos de algodón desciende de modo alarmante, pasando de un valor de 16 millones de dólares en 1952, a 7 millones en 1956. Comparando con otros países, vemos que los habitantes del Reino Unido consumen, en media 7,8 kilos anuales, los de Francia 6,7, los de Alemania occidental 5,3 y los de Italia 3,6. Nuestro pueblo apenas puede vestirse.

En alimentos, el panorama es desolador. Nuestro consumo de azúcar era en 1932 de 11,5 kilos por habitante al año, y no ha alcanzado jamás esa cifra en todo lo que llevamos sufriendo de régimen franquista, no llegando siquiera a los 5,24 kilos hasta 1948, y siendo en 1955 todavía sólo de 9,4 kilos (Datos del Banco de Bilbao). La media del consumo español de carne fué, según el Banco Central, de 12 kilos por habitante en la zona rural y de 17 en la urbana, en el mismo año 1955 en que Francia consumía 72 por habitante, Inglaterra 65, Alemania occidental 46, Holanda 37, Estados Unidos 88, Yugoeslavia 21, Italia 19, etc. ¿Para qué seguir? Menos leche, menos huevos... Para no prolongar esta ya larga lista, concluiremos diciendo que, según estadísticas de la F. A. O. —y aparte el consumo de proteinas, en lo cual quedamos aún peor—, el consumo medio de calorías de los españoles es inferior al de los habitantes de Dinamarca, Australia, Irlanda, Nueva Zelanda, Noruega, Suecia, Suiza, Islandia, Estados Unidos, Reino Unido, Luxemburgo, Canadá, Finlandia, Yugoeslavia, Francia, Bélgica, Países Bajos, Alemania, Austria, Bulgaria, Argentina...

El mismo Banco Central reconoce en su Estudio Económico 1956 —y suponemos que habrá utilizado para el cálculo los salarios teóricos españoles más favorables— que para ganar lo preciso para comprar un kilo de pan el obrero español debe trabajar 59 minutos, mientras que para conseguir el mismo resultado en su patria el obrero suizo o norteamericano debe traba-

jar 11 minutos, 12 el inglés, 19 el holandés, 21 el francés, 26 el alemán, 28 el sueco, 41 el italiano. Un kilo de carne hace trabajar 1 hora y 2 minutos al americano, 1 hora 37 minutos al inglés, 2 horas al alemán, 2 horas 16 al suizo, 2 horas 28 al holandés, 2 horas 58 al sueco, 5 horas 13 al francés y 8 horas 12 al español.

A un obrero en estas condiciones se le obliga a pertenecer a un Sindicato único oficial que, como se ve por los resultados, no representa sus intereses, sino que le vigila y tiene encadenado, prohibiéndole la huelga, el camino por el que sus hermanos de todos los países democráticos han logrado un mejor tratamiento. Si nuestro obrero, frente a todas las advertencias y amenazas va a la huelga, se le castiga como a un delincuente, se le obliga a trabajar en plan militar —como se ha hecho recientemente en Asturias—, se le trata con dureza, y puede ir incluso a los campos de concentración de que hemos hablado al principo. Esto ocurre en un momento en que España pertenece a la Organización Internacional del Trabajo, que, en su reciente Conferencia Internacional del Trabajo del mes de junio de 1957 acaba de condenar del modo más tajante todas las formas abiertas u ocultas, explícitas o implícitas de «trabajo forzoso» u obligatorio.

Los representantes de Franco en la O. I. T. se han comprometido a respetar y cumplir este convenio. Es una hipocresía, un acto más de cinismo. ¿Cree alguien que están cumpliendo su palabra? Responde a ésto adecuadamente el profesor de Política Económica, don Higinio París Eguilaz, distinguido economista español, en una carta dirigida al antiguo Director de *El Debate* y actual Obispo de Málaga, don Angel Herrera Oria (cuyo hermano, por cierto, acaba de ser encarcelado por el régimen franquista por actividades demócrata-cristianas):

«Hoy el obrero no es un sujeto activo de la economía española, sino que carece de personalidad. Sus salarios se fijan por reglamentos dictados oficialmente por el Ministerio de Trabajo, ya que en la práctica han desaparecido tanto el contrato colectivo como el individual. Los sindicatos intervienen siendo oídos en la preparación de dichos reglamentos, pero los altos mandos sindicales, que son los que intervienen, no son nombrados por los obreros, sino que son altos burócratas o empresarios nombrados por la Delegación Nacional de Sindicatos. La argumentación del gobierno, difundida en los discursos oficiales y en los editoriales de prensa de que la actual disminución del nivel de vida se debe a nuestra guerra civil y a la guerra mundial es falsa y debe ser rechazada. La renta nacional media por habitante se ha recuperado... y por lo tanto no hay razón para que el nivel de vida de obreros y clase media haya descendido hasta un 60-65 por ciento... El fracaso de la política económico-social del gobierno se demuestra en que la baja de la renta real de la población obrera y de la clase media ha sido proporcionalmente mucho mayor que la baja de la renta real total. La consecuencia final es el despojo del nivel de vida de los obreros, empleados y clase media en beneficio de los propietarios, especuladores y alta burocracia. Lo que pudiera considerarse como pasos normales contra el abuso del poder no actúa en el sistema actual. La censura de prensa que se ejerce no tolera la menor crítica, ni siquiera la exposición de hechos, que sería suficientemente elocuente; no se pueden dar conferencias señalando los defectos del sistema; no se pueden constituir asociaciones de ninguna clase, ni siquiera para fines culturales; las Cortes no tienen eficacia alguna para señalar los defectos del sistema económico y proponer medidas que puedan corregirlos, y, ni siquiera hay, como en la Alemania nazi, oficina de quejas y terribles sanciones contra los burócratas inmorales, que en España quedan en completa impunidad o con sanciones insignificantes. Si los que sufren las injusticias de las medidas se dirigen a los ministros, o no son recibidos o se los considera «rojos» o desafectos al régimen, y el resultado es que la población ha adoptado el sistema de defenderse por su cuenta..., todo lo cual va transformando a cada español en un ser inmoral sin dignidad y en camino de degradación... Pues bien, el sistema que acabamos de describir de manera objetiva, sin ninguna exageración, recibe oficialmente el nombre de reino católico-social.» Hasta aquí la carta del economista París Eguilaz al Obispo de Málaga, cuya valentía y claridad honra a su autor.

EL DOLOR DEL PUEBLO español, dolor material de hambre, dolor espiritual de ignorancia forzada y abandono, dolor moral de dignidad humillada, es el hecho central que orienta nuestra conciencia de España, la conciencia, despertada en estos años, de una nueva generación, educada sin embargo largamente en una imagen falsa, deliberadamente deformada, de la realidd social del país. Si hemos dedicado tan extensa parte de este artículo a un penoso recorrido documental y estadístico del panorama económico-social de la España de hoy, ha sido para dejar claramente sentado que las causas del profundo malestar de nuestra mayoría, que las causas de la crisis social a punto de estallar con violencia no son vagas, confusas o imprecisas, sino claras, evidentes, y perfectamente conocidas por nosotros. Es preciso que la protesta de la nueva generación ante et trágico Carnaval de la España franquista esté siempre apoyada en datos de este tipo. Hubiéramos podido coleccionar aquí casos particulares escandalosos, inmoralidades administrativas, anécdotas picantes, frases cínicas de ministros y altos funcionarios, declaraciones periodísticas grotescas, episodios menudos aunque graves y significativos de los que, por millares, esmaltan la trayectoria tragicómica del régimen. Pero no hemos querido. No queremos hacer concesiones a la galería del chiste, por mucho público que ésto tenga en España. Queremos ir al fondo de la injusticia sustancial del régimen, y ésta se resume en tres colosales delitos contra el país: *despojo económico-social del proletariado y la clase media en favor de una oligarquía, división permanente del país en buenos y malos utilizando como medio la deformación de la religión y de la historia de España, y supresión de las libertades esenciales del hombre, reconocidas en todos los países democráticos.*

Todos los restantes aspectos de la crisis actual española están vinculados estrechamente a la crisis económico-social básica y son interpretados por nuestra generación en función de ésta, en función del dolor del pueblo que contribuyen a agudizar de distintas maneras. Así, la que muchos llaman crisis religiosa no es otra cosa que la crisis de conciencia de multitud de católicos sinceros y honrados, de multitud de sacerdotes y religiosos consecuentes ante el escándalo inaudito de una religión utilizada cínicamente —deliberadamente en algunos responsables principales, por inercia egoísta en muchos cómplices menores y cobardes—, al servicio de los fines políticos del régimen o de los fines económico-sociales de la oligarquía, que pretende seguir caciqueando, con Dios por bandera, una España miserable y atrasada. Que esa utilización del catolicismo es un acto criminal, que la religión no puede servir para dividir al país en buenos y malos, para mantener privilegios escandalosos, para amordazar la voz de los miserables, para justificar la supresión de las libertades esenciales, lo están diciendo en todos los tonos y por todos los medios a su alcance católicos, seglares y sacerdotes, catedráticos y estudiantes, jóvenes y viejos. Lo proclama valientemente el ilustre profesor de Etica de la Universidad de Madrid, José Luis L. Aranguren, cuyas obras y artículos interesan cada día más en España y en Europa, por lo que tienen de autenticidad y de dignidad, en contraste con la vil apologética católico-oficial, vuelta de espaldas a los problemas y a las injusticias de la nación. Lo proclama también otro riguroso profesor de Etica de la Facultad de Filosofía de los Padres Jesuítas, el Padre Díez-Alegría, en sus conferencias y artículos, que el régimen «católico» prefiere ignorar. Lo declaran de un modo tajante y sin contemplaciones los doce valerosos firmantes del documentado «Informe sobre la situación del catolicismo español en la sociedad actual» —siete conocidos sacerdotes, dos abogados, un catedrático y dos obreros— que ya corre de mano en mano entre los católicos escrupulosos de toda España, llamados a dar testimonio de lo que es, en realidad, su fe frente a las falsificaciones que la envilecen, la ensucian y la exponen al odio de las clases trabajadoras que, a falta de otros ejemplos, se ven forzados a juzgar de la religión católica por lo que leen en la prensa oficial y por las actitudes públicas y privadas de quienes, oprimiéndoles y escandalizándoles, dicen servir a Dios.

Para que el lector tenga la medida de esta crisis de conciencia en el seno del catolicismo español, vamos a reproducir algunos breves párrafos significativos del citado «Informe»: «La posesión exclusiva

del ámbito económico por una parte de una clase social acaba por convertirse en posesión exclusiva de todos los demás: del cultural, del político y, como no podía menos de suceder, del religioso. Resultado: en un momento dado, una clase social ha desalojado de la sociedad a las demás... Nuestro catolicismo ha sido calificado por una voz autorizada, la del Excmo. Sr. Arzobispo de Zaragoza, de «catolicismo aburguesado»... Toda la violencia y la desmesura que desembocaron en el año 1936 fueron, por tanto, las consecuencias forzosas de una inveterada situación de injusticia, cuya fermentación vinieron a apresurar, desviar y, por último, enloquecer gérmenes de determinadas doctrinas sociales e ingerencias políticas. Pero la burguesía era totalmente incapaz de comprender que en aquella violencia sin freno la razón era mucho más voluminosa que la sinrazón; completamente ajena a la angustia verdadera del pueblo y a su significado, y sin ocurrírsele otra cosa que lamentar los desmanes cívicos, para los que siempre tuvo a mano la fácil explicación de los manejos más o menos misteriosos de determinadas fuerzas subversivas, hay que reconocer que resbaló siempre sobre las verdaderas causas de la situación, sin ver en ella otra cosa que un problema de orden público cuya solución podía ponerse en manos de la Guardia Civil... Pues bien: sostenemos enérgicamente que éste fué el sentido *social* —subrayamos la palabra— de la guerra española: un sentido burgués. Esta afirmación hoy mismo ha de parecer a muchos intolerable. Tantos velos se interponen todavía entre nosotros y nuestra propia historia cercana. Todas las explicaciones que demos parecerán pocas. Y, sin embargo, mantenemos la afirmación y exigimos que se haga un esfuerzo para entenderla... Jamás el Capital anónimo ha gobernado, ni soñado siquiera en hacerlo, en las proporciones crecientes de estos veinte años... La mentalidad de «cruzada», el dar por hecho inconcuso que el triunfo de las armas era algo así como un «juicio de Dios», una prueba de que «Dios estaba con nosotros», o sea, con todo lo que nosotros éramos y representábamos... se aliaron para crear un clima de seguridad cerrada, impermeable a cualquier suposición, a la más leve sospecha de que existían todavía posibilidades y radicales exigencias de mejora. Naturalmente, que una situación como ésta adquiría toda una tremenda cohesión defensiva: los valores fundamentales y los más extremos conservadurismos de toda laya se volvían idénticos e idénticamente intocables. Calcúlense ahora las consecuencias, y en particular la prisa que habrían de darse a explotar el negocio que se les venía a las manos todos los que no gozaban de buena conciencia. Pensar en el cúmulo de barbaridades de todo género cometidas o consentidas con toda tranquilidad de conciencia, y en el cúmulo, todavía mayor, y cada día mayor, de las llevadas a cabo con mala conciencia, pero a favor de la buena conciencia colectiva, es algo aterrador... Queramos o no, nos resulte simpática o antipática la frase, nos encontramos frente a frente con dos Españas, con dos realidades españolas: una «oficial» y otra «vital»... El resultado final no puede menos de ser un escándalo de proporciones sociales incalculables.» Y los valerosos sacerdotes, profesionales y obreros católicos concluyen su impresionante alegato coincidiendo con tantos otros grupos y sectores sociales españoles en la exigencia fundamental que tanto hace temblar a nuestra egoista y mal acostumbrada oligarquía: « Los pasos para la restructuración económica de la sociedad son dos básicos: redistribución de la renta nacional y descenso de los márgenes de ganancia.»

La crisis universitaria, cultural, artística y de salidas profesionales constituye indudablemente otro de los aspectos fundamentales del amargo panorama de la vida española en 1957. Sobre ella hemos venido hablando, escribiendo y discutiendo antes y después de nuestro manifiesto universitario del 1 de febrero del año pasado, que marcó la conversión de una situación de descontento difuso, de rebeldías individuales y aisladas en las aulas y en los sectores culturales, en un plan decidido de reivindicaciones concretas y de lucha organizada contra el régimen, para obtener, de grado o por fuerza, las condiciones mínimas exigidas por la dignidad del hombre, del universitario y del intelectual. Naturalmente, que en la crisis universitaria y cultural nuestra generación no ve sólo un problema de exigencias espirituales de una minoría dedicada a la creación, a la investigación y a la crítica, ni siquiera un problema de dere-

chos vitales de un sector profesional, sino mucho más: la raíz profunda del atraso, de la miseria y de la injusticia de la sociedad española, el impedimento fundamental para poner a España en línea con Europa, en línea con la civilización moderna, en el orden técnico, jurídico, económico, de estilos sociales, de hábitos de ciudadanía. Mantener una Universidad vieja, un sistema de control inquisitorial sobre las tendencias espirituales, de eliminación de maestros insignes por el mero hecho de sus ideas políticas o religiosas, de *numerus clausus* en las profesiones técnicas, de selección clasista por la pobreza de las becas, por la carestía de los estudios o por tantas otras circunstancias, es mantener un país viejo, en perpetuo aislamiento de Europa, como en los peores tiempos de Carlos II o de Fernando VII, y en perpetua esclavitud o sumisión a una oligarquía que se repite sin cesar.

El paisaje universitario y cultural que ha rodeado dolorosamente a las nuevas generaciones españolas, en el que éstas han tenido que formarse entre 1939 y 1957, ha sido un paisaje sobrecogedor por su mediocridad y falsedad, resultante de un conjunto de operaciones negativas: mutilaciones, falsificaciones, retrocesos y humillaciones. Se había mutilado, en primer lugar, a la Universidad y a la cultura española porque se suprimió y alejó de ellas, de un modo o de otro, al 60 por ciento del escalafón de catedráticos, fusilando, asesinando, encarcelando, obligando a huir o prohibiendo enseñar a una parte considerable de la minoría intelectual y docente de nuestra patria. Desde pegar dos tiros en una esquina —como al Rector de Oviedo, Leopoldo Alas, hijo de Clarín— por razones «ideológicas», hasta el aceite de ricino; desde la expulsión del país hasta las amenazas de muerte, si el profesor o intelectual en cuestión había sido ahorrado por las «depuraciones» anteriores, todo se hizo desde 1936 hasta hoy para reducir a esa minoría a su más ridícula expresión, poniéndonos en vergüenza ante Europa por la escasez de nuestros prestigios realmente «respetados» en su país, cuando por el mundo andaban, dispersos y desarraigados, pero a menudo beneficiando a estudiantes y discípulos de otra estirpe o nacionalidad, historiadores como Américo Castro o Salvador de Madariaga, filósofos como García Bacca, Gaos o Ferrater Mora, juristas como Sánchez Román o Jiménez de Asúa, biólogos como Severo Ochoa o Rodríguez Delgado, matemáticos como Rey Pastor, novelistas como Arturo Barea, poetas como Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas o Alberti, músicos como Pablo Casals, pintores como Pablo Picasso, cuya obra se denigraba, se silenciaba, se empequeñecía, se ridiculizaba ante los nuevos universitarios como representación de la anti-España cultural. Mutilaciones porque desde que acabó la guerra se suprimieron de las Universidades, bibliotecas y librerías obras importantes, revistas, folletos representativos de todo un mundo cultural, de toda una tradición universitaria de la que quería hacerse «tabla rasa», a partir del famoso «auto de fe» celebrado ante el ministro de Educación Nacional en 1939, en el cual se quemaron solemnemente multitud de colecciones de la *Revista de Occidente*, *Cruz y Raya* y otras del mismo interés y valor. Se enseñó a las nuevas promociones a despreciar obras pedagógicas y culturales de la importancia de las realizadas por la Institución Libre de Enseñanza o por la Residencia de Estudiantes, asociando su nombre con el diablo. Falsificaciones, porque se deformó sistemáticamente la historia de España, no sólo la reciente, con el fin de hacer aparecer el nuevo régimen como salvador de nuestra existencia física, intelectual y moral frente a «la irremediable decadencia» en que nos había hundido el «liberalismo», sino la de siglos atrás, presentando a los estudiantes el siglo XVIII, por ejemplo, de tan importantes progresos técnicos, culturales, sociales y ciudadanos, como un siglo nefasto y anti-español. Retrocesos, porque se pretendió volver a implantar la filosofía escolástica más adocenada como fundamento de todo el saber científico, ignorando o atacando todas las posiciones filosóficas modernas, a menudo como cuestión de orden público, ya que el anti-escolasticismo ha jugado un papel preponderante en la caracterización de muchos estudiantes como subversivos en potencia, y aparece en los informes del «Opus Dei» a la policía como pieza de prueba para el encarcelamiento de muchos jóvenes universitarios. Retrocesos, porque etapas enteras de nuestra investigación en distintas ciencias fueron ignoradas o eludidas porque

eran fruto de investigadores de «la orilla de enfrente». Humillaciones, finalmente, porque jamás la función de la inteligencia, el papel del universitario y del intelectual, los derechos del espíritu fueron tan pisoteados, burlados, ridiculizados, utilizados para fines propagandísticos y de baja apologética como en este nefasto período.

El malestar difuso de las nuevas generaciones ante esta situación, el asco invencible ante la represión y envilecimiento del mundo de las ideas que llevaba a muchos jóvenes licenciados a emigrar a países democráticos, movieron a algunas autoridades académicas con cierta buena intención a un estudio y exposición de tan grave problema a los más altos Poderes de la nación. Son indudables los esfuerzos de comprensión y apertura del ministro Ruíz-Giménez, que le hicieron enseguida una víctima de Franco, cuya soberbia inaudita se veía humillada por tener que reconocer un error tan grave. El informe del Rector liberal Pedro Laín Entralgo («Sobre la situación espiritual de la juventud universitaria») representa un paso más —un valiente paso— en esa peligrosa dirección. A fines del año 1955 —época de la primera «denuncia nacional» de liberales por parte del «Opus Dei»— se dibujaba ya en el seno del gobierno español una clara inquietud por la evolución del problema universitario y, a la vez, en el círculo de «incondicionales» a Franco, una decisión terminante de resolverlo *manu militari*. Comenzando por las manifestaciones que siguieron a la muerte de Ortega, varios actos universitarios de distintos tipos constituyeron auténticos plebiscitos en favor de un viraje liberal de la política cultural española; pero, al rechazar el poder de un modo radical esta transición más que razonable, después de veinte años de ridículas medidas «inquisitoriales», las nuevas generaciones fueron abriendo de un modo cada vez más rápido los ojos sobre todos los aspectos de la injusticia y de la fealdad moral del régimen, al tiempo que crecía la inquietud por los problemas sociales, con un ritmo tan vivo que compensaba, al menos en parte, la larga ceguera anterior de la mayoría universitaria (ya que minorías inquietas y rebeldes, aunque no plenamente conscientes del verdadero sentido del régimen, las hubo siempre). El informe de José Luis Pinillos, profesor de Psicología social, resultado de una rigurosa encuesta sobre las ideas y tendencias políticas de los universitarios, llegó a demostrar, ante el asombro, en parte, del mundo democrático, que no se lo esperaba —el informe fué publicado y comentado por el *New York Times* y luego por periódicos europeos—, que las nuevas generaciones, educadas en la dictadura y su «mística», habían descubierto, sin embargo, la superioridad de la democracia.

De cuanto ha ocurrido en el mundo universitario y cultural a partir de febrero de 1956 no es preciso hablar en detalle, por ser de todos conocido : la transformación de la Universidad de Madrid y de Barcelona en dos grandes cuarteles, por la disciplina militar impuesta en ellas por el Director General y el Gobernador de Barcelona; por el cobarde sistema delatorio establecido por los catedráticos «integristas» u «opusistas» y los alumnos que les adulan y sirven; por la imposibilidad de publicar revistas culturales que no se adapten a la filosofía oficial; por la barrera práctica que se interpone entre los opositores de valor e ideas liberales y las cátedras —gracias, en parte, a la doctrina expuesta, primero, por algunos miembros de la tan repetida «congregación» y, después por el Padre Guerrero, en *ABC*, y según el cual, todo tribunal de oposiciones debe elegir preferentemente a los opositores «católicos» que a los «capacitados» científicamente (doctrina rebatida por el Padre Díez Alegría en interesantes artículos); y finalmente, por los «ángeles de la guarda» o policías matriculados que siguen a los estudiantes y profesores «peligrosos» a donde quiera que vayan.

Y, ¿qué diremos del caciquismo, arbitrariedad y sistemas anticuados que rigen en las Escuelas Especiales de ingeniería, o de la frivolidad que domina en la Enseñanza Media, donde no hay planes «formativos», sino de un «enciclopedicismo» memorista, abigarrado y asnal, en el que las grotescas «formaciones políticas» y «religiones» sólo sirven para arrancar de las mentes juveniles toda posibilidad efectiva de un futuro sentido de la ciudadanía? ¿Qué diremos —en el otro extremo de la escala docente— de nuestra tremenda crisis escolar, comen-

zando por la situación verdaderamente lamentable de nuestros pobres sesenta mil maestros, tratados sin el respeto que merece su dignísima y abnegada labor y pagados de modo irrisorio; siguiendo por la imposibilidad de obligar a una forzada escolaridad —por mucha severidad que se emplee— a millones de niños del campo y de los pueblos, que con sus raquíticos bracitos de subalimentados ya tienen que ayudar sin embargo, dejando la escuela, a sus fatigados padres y madres? ¿Cómo justificar, teniendo todo el poder en la mano desde 1939, la presencia en España de cuatro millones de analfabetos mayores de diez años, confesados recientemente por el Director de Enseñanza Primaria, Tena Artigas, al tiempo que señalaba un déficit actual de veinticinco mil escuelas, más diecisiete mil que necesitan una reparación fundamental? Cuando el suprimido ministro de Educación Nacional, Joaquín Ruíz-Giménez, proclamó, hace dos años, como problema de vida o muerte de nuestra cultura media, como problema de dignidad nacional primaria, la construcción de esos miles de escuelas, Franco y los ministros de la extrema derecha le negaron los créditos, diciéndole que no es bueno que el pueblo sepa leer demasiado y que las escuelas han sido siempre en España un tema de «concesión a las izquierdas». Sin comentario.

Es así perfectamente explicable que tras veinte años de un régimen que tiene esta actitud frente al mundo de la cultura, el consumo español medio de papel impreso no sólo no haya aumentado, como en todos los países cultos, a partir del año 1935 (República), sino que incluso ha retrocedido (0,8 kilos por habitante en el período 1946-1951, 0,9 en 1952, frente a 1,2 kilos en 1935, según datos del *Statistical Yearbook* de las Naciones Unidas), siendo hoy de los más bajos del mundo. A título comparativo, diremos que el Reino Unido consumía en 1952 14,5 kilos, Suiza 10,4, Suecia 17,1, Francia 7,0, Holanda 6,8, Dinamarca 10,8, Bélgica y Luxemburgo 8,8, Italia 2,5, Alemania 4,7, etc. Y es que no siempre «la letra con sangre entra». Sino que, a veces, sale.

¿Hemos de pasar al estudio de lo que el general Franco, después de gritos xenófobos, declaraciones imperialistas y fanfarronadas inútiles y dañinas para nuestro prestigio —pues éste se basa siempre en hechos, y no en palabras— ha acabado haciendo en el orden de nuestra soberanía? ¿Qué piensa el Ejército de las bofetadas africanas, contestadas con una sonrisa por el mismo dictador que no vacila en emplear la mayor violencia frente a las más modestas y legítimas reclamaciones de su pueblo? ¿Qué dice de la ya innegable multiplicación de los «Gibraltares» en nuestro suelo, y de los fueros que conceden extraterritorialidad a los abusos de las fuerzas norteamericanas? ¿Hay, efectivamente, crisis militar? ¿No está ya el Ejército plenamente con Franco? Esto no puede saberse aún: el día que se sepa, será por el anuncio del fusilamiento de unos generales por parte de Franco —como los que ejecutó en la guerra (y ésto se recuerda muy pocas veces): Aranguren en Valencia, Batet en Burgos, Bernal en Cartagena, Campins en Granada, Caridad Pita en La Coruña, Escobar en Extremadura, Gómez Morato en Melilla, López Viota en Sevilla, Núñez de Prado en Zaragoza, Romerales en Melilla, Salcedo en La Coruña y Villagrile en Sevilla, además de los almirantes Azarola en El Ferrol y Molins en Cartagena—. O también, por el anuncio del fusilamiento, o mera «deposición» de Franco por parte de unos generales.

¿Hay que aludir a la crisis económica, con la baja de la peseta en todas las bolsas de divisas del mundo, la pérdida de mercados de exportación, el aumento increíble de la circulación fiduciaria —la inflación— la evasión de capitales, el crecimiento del déficit de nuestra balanza comercial —de 528,8 millones de pesetas oro en 1955 a 1.000 millones de pesetas oro en 1956, según estimaciones del Banco Central, publicadas en el Informe de Villalonga de 6 de abril de 1957, página 8—, y el estancamiento de nuestra industria siderúrgica?

Pero, entre todos estos aspectos de la crisis, permítaseme decir que ninguno es tan grave, tan decisivo, tan sin vuelta atrás, como la crisis moral que agita al régimen de Franco y conmueve la conciencia más profunda de una nueva generación por él educada y, al fin, horrorizada del engaño y de la estafa de que ha sido víctima. Lobo con piel de cordero, el franquismo, que no

recataba su verdadero rostro ante el mundo de los vencidos, de los desgraciados obreros y de los exilados, había puesto el mayor cuidado, la más exquisita atención en el tratamiento de la juventud de las clases del régimen minando, adulando a esta juventud hasta el límite del ridículo, ocultándole las represiones, los campos de concentración, presentándole un cuadro risueño de la sociedad, entre cánticos e himnos que hablaban de flechas y de rosas, borrándole la media España dolorida, como si no existiera, o fuera un sueño de gentes excitadas. Se practicaba la división, la discriminación entre españoles, y se hablaba a la juventud de unidad; se achicaba la historia de España, se reducía su prestigio y su soberanía y se hablaba a la juventud de grandeza ; se realizaban sangrientas represiones contra obreros por su simple pertenencia a la Unión General de Trabajadores, se suprimía la libertad sindical, se ejercía una censura que eliminaba toda posibilidad no sólo de crítica, sino aun de iniciativa independiente, y se hablaba a la juventud de libertad. Pero este engaño debía acabarse algún día.

* * *

En el cuento que escribí y envié a las autoridades y a los periódicos el 7 de febrero de 1956 —tres días antes de ser encarcelado con Dionisio Ridruejo, Javier Pradera, Ramón Tamames y otros de la primera «hornada»—, en un momento en que toda la prensa española nos insultaba a los «hijos del régimen» por nuestra «falta de lealtad» al mismo, expliqué perfectamente el proceso de la nueva generación que ha acabado por rebelarse contra Franco no sólo por su injusticia con la media España «enemiga», sino por su traición a sus propios «ideales» y «principios», por su estafa a sus propios «amigos» y «servidores», entre ellos, en primer lugar, la Falange. Aun juzgado desde su propio punto de vista, Franco es un estafador: sólo se ha servido a sí mismo. Ha utilizado la «casa» —España— como mero instrumento o pretexto para enriquecer su propio «andamio» —el Régimen—, y ha reducido, finalmente, a éste, a un mero círculo de intereses, vacío de doctrina y de programa nacional, vinculado por razones egoístas y de defensa frente a toda eventual exigencia de responsabilidades, a su persona. A su triste persona.

En los interrogatorios de Carabanchel, el juez instructor de nuestro proceso —un verdadero caballero, con sentido del Derecho, en medio de aquella cábila africana de la Guardia de Franco, que nos había «condenado a muerte», y de la Brigada Social— me preguntó si «El andamio y la casa» era un cuento mío y qué sentido tenía. Le dije claramente que sí era mío y que representaba una alegoría del régimen. Se sonrió, creo que con algo de amargura, y volvió la página. La fuerza moral de nuestras razones hace callar a los jueces honrados, aunque los intente coaccionar el régimen.

El carácter esencialmente ético, espiritual, desinteresado, de la actual rebeldía de la nueva generación española puede comprobarse del modo más definitivo leyendo el patético documento colectivo, hoy ampliamente difundido por España, titulado «Tetimonio de las generaciones ajenas a la guerra civil». En este escrito, fechado en la primavera de 1957, se pasa revista, con toda objetividad y precisión, a los distintos sectores y actividades de la vida española, demostrando en este recorrido lo insostenible de una situación social en que «las funciones no son desempeñadas por sus verdaderos protagonistas», «no hay participación del pueblo en el quehacer nacional» y «se viola el derecho a la verdad». En este generoso y admirable «testimonio» se proclama la decisión de las nuevas generaciones de superar la guerra civil, restablecer la verdad de las funciones sociales, hacer participar a todas las clases sociales en la gestión del país, sacar del pueblo una nueva clase dirigente, convertir a España en una democracia industrial, integrar a nuestro país en la Europa progresiva y liberarlo de la oligarquía secular que lo ahoga. En él se demuestra que la juventud surgida de febrero no se mueve por reivindicaciones de clase «media» o apasionamientos particularistas, sino por España entera, y especialmente, por su clase obrera, con hambre de siglos.

Hace unos tres años, mi padre, en uno de los furores antifranquistas a que su sentido de la dignidad humana le llevaba con frecuencia —y que espero le vuelvan, antes del fin— me decía que si había en España una docena de ciudadanos de honor, pro-

cedentes del bando vencedor, capaces de ir a la cárcel por razones morales, más allá de toda exigencia particular y egoísta. Franco estaba perdido. Yo estuve de acuerdo con mi padre, esa vez, y en efecto, al año y medio, hubo esos doce españoles, entre ellos su hijo, y después otras docenas, y otras, y otras. Los hijos de los vencedores se han mezclado en este tiempo en las cárceles con los hijos de los vencidos, y las razones morales son evidentes: los primeros renuncian a los privilegios y facilidades que el régimen actual les brinda en favor de la justicia para todos los españoles; los segundos renuncian, en cambio, a su odio, a su venganza, en favor de lo mismo: de la paz civil, del respeto de unos españoles para con los otros, de la hermandad entre las regiones y entre las clases, fundada en la libertad. Yo creo que Franco está efectivamente perdido. Y España, ganada.

Este descubrimiento del dolor de España, de la miseria del pueblo, de la división deliberada del país, del oportunismo y falta esencial de patriotismo de Franco y la oligarquía, de la arbitrariedad policíaca y de la falta de libertad cultural y social, del papel equívoco y servil de la Falange, y de la amenaza de caos nacional, no ha sido un descubrimiento repentino y localizado en el tiempo de la nueva generación. Todo lo contrario, ha sido el resultado de un penoso proceso, desde las «consignas» oídas con entusiasmo hasta la oposición militante y radical. Hace más de diez años, encontrándonos aún en el sistema de ideas y de principos «falangistas», atacábamos ya al sistema que empezábamos a ver lleno de arbitrariedades, incoherencias e injusticias. Es importante que quede constancia de este proceso de auto-transformación, por autenticidad y conciencia moral, el cual tiene un doble valor: frente a los españoles de fuera, afirma la independencia del movimiento, la falta de estímulos, impulsos o ayudas «exteriores», la voluntad de reunir a los españoles por puro imperativo «de dentro»; frente al régimen, deja bien sentado que hemos jugado limpio, que le hemos dado, en tanto que generación, multitud de ocasiones de rectificar su conducta, de venir a nuestro encuentro, o mejor, al encuentro de España entera, y no las ha aprovechado.

Cuando, al redactar el manifiesto del 1 de febrero de 1956, que iba a desatar definitivamente la crisis, lo comencé con aquellas palabras: «Desde el corazón de la Universidad española...», casi idénticas a las de aquél otro manifiesto universitario de 1947 (la primera protesta de nuestra generación impresa y repartida en las aulas desde 1939), sabía muy bien lo que hacía. Estaba decidido a dejar constancia de quienes éramos, de nuestro proceso y nuestra razón moral; quería que el régimen, si tenía memoria —que no la tiene— «reconociese la caligrafía», es decir, comprendiese que la juventud que en 1956 le pedía un Congreso Nacional de Estudiantes y una Universidad democrática, estaba cargada de razón, porque era la misma, o venía de la misma que en 1947, nueve años antes, le había pedido libertad de crítica, honradez administrativa, lealtad al pueblo, justicia social, desde su propio sistema de ideas... En efecto, nuestro manifiesto-ultimátum tenía expresiones como éstas: «La juventud está unida en función de algo que trasciende y desborda la realidad del Estado. Está unida con el Estado, sin el Estado, contra el Estado, a pesar del Estado, por encima y más allá del Estado... El fin del Estado no es su propia permanencia ni su propia seguridad... La juventud no tiene como misión guardar directamente al Estado... Ha de obedecer al Estado en el caso de que éste no dicte leyes claramente contrarias al interés del país, pero también ha de ir juzgando lo bueno y lo malo del Estado.» Criticaba a la generación del régimen con estas palabras : «En el egoísmo de su posición asegurada ha olvidado que el sacrificio de tantos miles de vidas españolas perseguía la liberación total del país, la salvación del bienestar moral y material de todas las clases sociales ; especialmente de las que llevan siglos clamando pan y justicia... Han utilizado los restos de prestigio de ciertos símbolos, formas y organizaciones para emplearlos en servicio de intereses personales o de grupo.» Y también : «Es necesaria la total renovación de España, realizando en su interior los valores fundamentales de Justicia... La voz de la juventud ha de ser atendida antes de poner a disposición de un contendiente, en la próxima guerra mundial, la intacta energía de nuestro brazo... Nadie puede redu-

cir a la juventud, por medio de disciplinas irracionales y absolutas a personas y organizaciones..., a ciegas fuerzas de choque, al servicio cada día de un designio diverso de política oportunista... Esta declaración nuestra contiene una llamada al Jefe del Estado y a sus consejeros inmediatos: la coacción violenta del espíritu y de las aspiraciones —aspiraciones para España— de la juventud, el prohibirle medios de expresión propia y desarmar su iniciativa es atentar gravemente contra el interés presente, y en especial futuro, de la Patria.» Finalmente: «Afirmamos que la pugna actual de la juventud española es una trágica farsa en la que todos los personajes pretenden lo mismo: una España mejor, más libre y más justa. Pero detrás de la juventud en primera línea están los autores de la farsa defendiendo sus intereses propios.»

Ninguno de los nueve firmantes de aquel manifiesto es ahora precisamente franquista, que yo sepa. Ni ninguno de los amigos. Los hombres que a los veinte años ya estaban asqueados de algunas arbitrariedades y personalismos del régimen —sin haber visto otra cosa— y pedían libertad de crítica y justicia para el pueblo hambriento, a los treinta, hoy, unidos a todas las generaciones siguientes, que exigen cada día más, se presentan como una fuerza cargada de razón.... Pues nadie ha presentado nunca al régimen un ultimátum tan generoso como el nuestro dándole un plazo de diez años. En esos diez años, ¡cuántos esfuerzos por hacernos oír, a través de una censura de plomo; cuántos proyectos de periódicos, de círculos, de seminarios de estudios sociales abortados violentamente por la represión! ¡Cuántos cables lanzados, desde nuestra ingenuidad, que abría los ojos cada día a una injusticia nueva, a un sistema cada día más avaricioso, soberbio, inconsciente!... Tengo ante los ojos las pruebas de docenas de artículos «prohibidos» por la censura desde el título hasta la firma, los últimos —que escribí para «ABC»— titulados « Aguda espina dorada» y «Hombres para la Patria». Y, ¡cuántos españoles sinceros y llenos de buena voluntad han hecho lo mismo, durante años! Un dia se publicará todo lo censurado y nadie, absolutamente nadie, podrá decir que la nueva generación no tuvo toda clase de contemplaciones y miramientos para con el régimen, antes de empezar a atacarle de frente.

Ahora un régimen herido de muerte —repetimos, con plena conciencia, que la herida más grave es la moral— bien quisiera volver al diálogo que nos negó a mitad de camino, en 1947. Bien quisiera corregir lo que le pedíamos que corrigiese entonces. Nos daría la luna si fuéramos en 1957 los de 1947. Siempre con retraso, Ahora ya no es tiempo de corregir, sino de rendirse. Hemos descubierto que no sólo hay injusticias y fealdades aisladas, como sabíamos en 1947, sino que la base misma del régimen está podrida por el personalismo, la corrupción, la avidez, la falsificación de la religión, la mentira, la falta de palabra, la humillación de los derechos humanos elementales. Como en un nuevo juicio de Salomón, Franco y su oligarquía han demostrado que prefieren dominar sobre media España cadáver a dejar que, toda entera, viva y progrese. Ahora Franco tendrá que luchar de firme, porque hemos decidido acabar con él, pura y simplemente.

MIGUEL SANCHEZ-MAZAS

SIGLO XX

POR JORGE GUILLEN

LOS INTRANQUILOS

SOMOS LOS HOMBRES INTRANQUILOS
En sociedad.
Ganamos, gozamos, volamos.
¡Qué malestar!

El mañana asoma entre nubes
De un cielo turbio
Con alas de arcángeles — átomos
Como un anuncio.

Estamos siempre a la merced
De una cruzada.
Por nuestras venas corre sangre
De catarata.

Así vivimos sin saber
Si el aire es nuestro.
Quizá muramos en la calle,
Quizá en el lecho.

Somos entre tanto felices.
Seven o'clock.
Todo es bar y delicia oscura.
¡Televisión!

EL ENGAÑO A LOS OJOS

Con qué nobleza se revuelven
Todos juntos esos muchachos
Y claman por una justicia
Perturbando, vociferando,
Tan inocentes los carrillos,
Tan fieros el porte y los pasos,
Con la mirada en dirección
De un porvenir extraordinario,
Pero a la vista ahora, ahora,
Presente ya sobre el asfalto
De las calles estimuladas
Por los rumores calculados
De esa tan filial muchedumbre,
Coro de gargantas y brazos,
Crédulamente fiel y dócil
— Candor por alud — al dictado
De los mayores en edad,
En crueldad y en aparato,
Aun carceleros de una cárcel
Donde todo queda murado,
Sin salida a ningún futuro:
Ni a ese que van anhelando
Los que, por fin, desfilan, jóvenes,
Magníficos, frente al tirano.

... QUE NO

Edificios y gentes, la premura, la calma,
El bisel de la esquina, todo está asegurado.
Negociantes colmenas, de vidriados alvéolos
En grises muros lisos como láminas límpidas,
Vertical de un vigor sin vértigo suspenso,
Todo está asegurado contra el mal y sus duendes.
Los cruces en que el tiempo palpita, verde o rojo,
Dóciles peatones, coches entre rumores,
Todo está asegurado. Y... ¿quién es el hostil?
(Grupos de silenciosos en lóbregas tabernas
Miran y escuchan raudos movimientos de imágenes.)
A los negros sonoros con una voz caliente
De niño envejecido que sonríe temiendo,
A las mujeres, fausto de rubias clamorosas
Donde el cabello es júbilo que la piel abalanza,
A toda la ciudad, a su carne y su piedra,
¿Quién está amenazando mientras promete glorias
De jardín en retiros de cielos asequibles?
(Tensión de una riqueza por la tensión de todos.
Triunfa una voluntad ilimitada siempre.)
Pero ¿será posible? Atómicos suicidas,
Más aseguradores, quisieran arrojarse
Desde el último piso de la Mansión al suelo.
— Posible sí sería. — ... Que no. — Tal vez. — ¡No, no!

LOS HIJOS

Después de aquellos desfiles
Alardeados en aire
Jovial de sol y victoria
Con gallardetes y sables,
Por avenidas y plazas
Van sin desfilar — no es tarde
Nunca para convivir
De veras — los más joviales,
Esparcidos o agrupados
En una ilusión que nace
Sobre las desilusiones
Con vertical implacable.
Un relámpago, de pronto,
Convierte el silencio en trance
De rumor que es choque y lucha.
Las esperanzas combaten
A los solemnes embustes,
Y puños de mocedades
Esgrimen Historia clara
Que ilumina porque arde.
Resistiendo están las fuerzas
Forzadas. Se ve la sangre.
Entre tumultos se yerguen
Estaturas de estudiantes.

TODOS LOS HOMBRES

Mientras muchos nos amenazan
Y otros nos muerden,
Los hay que en sus cálculos cuentan
Con... nuestra muerte.

¡Qué puras así nuestras vidas,
Siempre al servicio
De una mortandad planeada
Con lápiz fino!

Oíd, directores del mundo:
Agradecemos
—Rehusando— todo ese amor
A grito en cuello.

¿No nacimos para llenar
Nuestro vivir
Y responder a su demanda
Con un gran Sí?

Dejad que nuestra sangre corra
Donde se mueve,
Dejad que sea nuestra vida
Más que su muerte.

JORGE GUILLÉN

Itinerario de la emoción colombiana

POR GERMAN ARCINIEGAS

Nueva York, 10 de Mayo. — *A las seis de la mañana repica el teléfono. Es un amigo que me llama de Miamí para decirme: —«Acabamos de hablar con Bogotá. Cayó Rojas Pinilla. ¡Viva Colombia libre!»*

A las ocho de la noche mi departamento está atestado. Estudiantes de Colombia, amigos de Cuba y Venezuela, el grupo de lor argentinos. A media noche, cantábamos el himno colombiano. A un mexicano se le hacía un nudo de pena en la garganta : —«Me avergüenza —dijo— no saber cantar el himno de Colombia.»

En la mañana le dirigí un telegrama a Eduardo Santos, a París, con el primer verso del himno colombiano : «¡Oh gloria inmarcesible!». Media hora más tarde recibía su respuesta, con el segundo verso de la misma canción: «¡Oh júbilo inmortal!».

13 de Mayo. — *Las primeras cartas de Colombia. Me escribe mi hermana: « A las cinco de la mañana comenzaron las llamadas por teléfono. Los niños saltaron de la cama, se vistieron de carrera y fueron a despertar a los vecinos, pero ya todo el mundo estaba en pie. Salimos en el automóvil y nos metimos en el río humano. A la seis de la mañana ya era una fiesta universal, un carnaval. Todos los automóviles en la calle haciendo con las bocinas un ruido glorioso infernal. A mediodía la manifestación iba desde la avenida de Chile (calle 12) hasta la plaza de Bolívar (calle 10), llenando completamente en todo el trayecto dos avenidas. Jamás hemos visto nada semejante. »*

Buenos Aires, 23 de Mayo. — *He llegado y los amigos me cuentan cómo la caída del dictador colombiano se convirtió en una fiesta argentina. En Buenos Aires hay mil estudiantes de Colombia que se echaron a la calle. Se les juntaron los compañeros argentinos, venezolanos, peruanos, chilenos. Al pie de la Pirámide de Mayo levantaron tribuna. Esa noche se iluminó y embanderó el Palacio del Ayuntamiento. Las embajadas de Colombia y Venezuela pidieron protección a la policía. Los estudiantes se limitaron a desfilar cantando los himnos de sus patrias. En La Plata se declaró día de fiesta en la Universidad y en las escuelas.*

26 de Mayo. — *Ha venido a verme un mecánico argentino, del Rosario, que estuvo en Colombia hace dos años, y dejó una amiga en Bogotá. Ella le viene informando de todo en una serie de cartas que bastarían para hacer la crónica de los sucesos vista por una persona común. El mecánico me deja dos de esas cartas. Estas líneas pertenecen a una del 9 de mayo: «Como el padre Velásquez iba a pronunciar su sermón en la Porciúncula fuimos allá, a la misa de once. La iglesia estaba atestada, y lo mismo la calle. Había varios miles de estudiantes que se dieron cita. Cuando el padre dijo: «¡Maldito sea el tirano que hace infeliz a Colombia! ¡Malditos los que*

con la injusticia esclavizan a nuestro pueblo!», todo el mundo agitó al aire los pañuelos. Luego vino el momento de la elevación y en coro hubo diez mil voces que entonaron el himno de Colombia. La policía arrojó entonces, dentro del templo, bombas de gases lacrimógenos. La gente tuvo que salir en fuga, atacada por estos gases que producían un efecto terrible en los ojos y en la garganta. Creció la confusión porque con mangueras de apagar incendio echaba la policía chorros de agua teñida con anilina roja. Cuando salí ví a los estudiantes haciendo barricadas con los automóviles para entorpecer la marcha de los policías. Se trababan verdaderos combates en que los muchachos sólo disponían de sus puños y de sus piernas para correr y los otros les perseguían con sus bolillos. Ví caer a un muchacho sobre el cual se fueron los policías para reventarlo a patadas. Un grupo de compañeros corrió a salvarlo, y más muerto que vivo lo sacaron bajo una lluvia de bastonazos... »

La resistencia civil

Para justificar su dictadura, como jefe de las fuerzas armadas, Rojas Pinilla había dicho: «Si permito el libre juego de los partidos políticos, Colombia volverá a la guerra civil.» Era una invención. Cuarenta años vivió Colombia con plena libertad y en esos cuarenta años hubo menos muertos que en un mes del «orden» de la dictadura. Pero había que quitarle hasta la apariencia de la verosimilitud a las palabras del déspota. El líder del liberalismo, Alberto Lleras, salió un día para España, se entrevistó con el jefe de los conservadores, Laureano Gómez, que estaba desterrado en España, y firmaron un pacto de unión nacional, comprometiéndose a deponer toda querella para lanzar un candidato único a la presidencia. Regresó Lleras con el pacto, lo apoyó todo el país y se acordó la candidatura del conservador Guillermo León Valencia.

Todo gesto del apoyo a Valencia se declaró subversivo por el gobierno. Se fijó el alcance del material clandestino, único en que podían los partidos hacer circular sus informaciones. Tres años de prisión y diez mil pesos de multa eran el castigo para quien hiciera circular las hojas mimeografiadas. El decreto vió la luz en los diarios en la mañana, y al mediodía las señoras de Bogotá repartían en el centro de la ciudad las hojas prohibidas, a vista y presencia de la policía. A unas cuantas, entre ellas a la señora de Alberto Lleras, se las llevó a la cárcel. Era demasiado, y el dictador ordenó en seguida su libertad. La señora de Lleras se negó a salir. No salgo —dijo— hasta que ustedes no me den explicaciones de por qué me han detenido y venga mi marido a sacarme de acá. La policía quedaba desarmada y humillada.

Guillermo León Valencia fué a Popayán —su propia casa— y como el gobierno no permitiera la reunión de sus partidarios que querían proclamarlo, lo hicieron en el palacio del arzobispo. Luego, el candidato fué a Cali, y allí su casa se vió cercada de tropas —tanques, artillería, infantería—, se le notificó orden de no seguir a Bogotá y regresar a Popayán: «Regreso a Popayán —les dijo— muerto o amarrado: ahora mi camino es Bogotá.» Lo único que tenía en su bolsillo era una pistola con seis cartuchos. —«Estos seis cartuchos bastan para un caso de honor », dijo Valencia. El arzobispo le ofreció asilo en el palacio. Aprovechó su automóvil Valencia para pasar por en medio de las tropas e ir a decirle: — «Mil gracias, Su Ilustrísima: no acepto su asilo y vuelvo a mi casa, pero le ruego recibir mi confesión como fiel católico.» Valencia se confesó, recibió la comunión y volvió a su casa. Dos sacerdotes le acompañaron. Cali parecía un campamento en vísperas de una batalla. La batalla a un gobierno armado por los Estados Unidos, representado en esa ciudad por el oficial que había capitaneado las tropas colombianas en Corea, contra un solo hombre.

¿Contra un solo hombre? No. Contra todo hombre civil. Los estudiantes se echaron a la calle. De Cali corrió la voz a toda Colombia. No quedó mozo en ninguna escuela. Se cerró el comercio. En todo el país se cegaron las vitrinas de las tiendas clavándoles tablas. Se convino desde Bogotá en cerrar los bancos. Ya nadie pudo en todo el país retirar de su cuenta un centavo. Amenazó el gobierno con que reclutaría para el ejército a los empleados bancarios y abriría con la tropa y el pueblo las oficinas. No aparecieron los empleados y

cuando militarmente se ocupó el Banco de Bogotá no se pudieron abrir las arcas tricla-ves. Se paralizó la industria. Ni una fábrica, ni un taller. Los gerentes dijeron a los obreros: —«Váyanse para sus casas, que seguirán ganando sus salarios como si vinieran al trabajo. Ahora, quienes vamos a salir a la calle seremos nosotros.» Pero quienes llevaban en la República la voz de su Marsellesa, eran los estudiantes. Dos de ellos fueron fusilados en Bogotá en el momento en que de sus gargantas salían las estrofas del himno nacional.

Y cayó la dictadura. Reconozcámosle la gloria al joven director del liberalismo colombiano, a Alberto Lleras, de haber descubierto un sistema que le permitió a un pueblo inerme derrotar a un grande ejército, y restaurar la vida civil en un país sin que hubiera corrido la sangre hasta las rodillas. Si en Colombia se hubiera acudido a otra forma de lucha, decenas de miles de muertos cubrirían su suelo ensangrentado. A Rojas Pinilla —que visto ahora en traje de civil es un pobre diablo— se le colocó al centro de un círculo de silencio. Y huyó espantado, como si le hubiera salido al encuentro su propia conciencia.

GERMAN ARCINIEGAS

ROMULO GALLEGOS

Colombia, ejemplo para América

Muy distinguido amigo D. Eduardo Santos:

A las primeras noticias de lo felizmente ocurrido en su patria fué hacia usted mi pensamiento, por la grande y justa estimación en que personalmente le tengo y por lo que usted representa en el ámbito político de nuestra América, como valor de honestidad y de eficacia cuando estuvieron en sus manos los destinos de su pueblo, así como también en los dominios de la ideología trascendente, gracias al gallardo y vigoroso aporte de sus letras a la culturización de los modos de la democracia.

Yo no estoy todavía en capacidad de juzgar si real y prácticamente lo acontecido en Colombia con el derrocamiento de la dictadura militar que la oprimía y le infería ultraje a su bien mantenida tradición de civismo —con la cual conservaban vigencia las palabras de nuestro Libertador, que la definieron como tierra estéril para las dictaduras—, ha sido una solución que no le deja cabida a los recursos del pesimismo; pero en todo caso el acto de presencia unánime de pueblo que allá le ha puesto término, de la noche à la mañana, al atropello de las instituciones de su patria y a la vejación frenética de los derechos de su gente, es ya, sin duda alguna, reivindicación ejemplar de la dignidad de todo un pueblo, lograda con sacrificio de vidas y, por añadidura, en un tiempo que sólo quiere ser propicio a las ejecutorias de la fuerza armada, según las varias y afortunadas experiencias de ello que han venido ensombreciendo la historia de los pueblos de nuestro espíritu y nuestra lengua. Mas no sólo por modalidades características nuestras, sino porque en las eminencias del poder predominante en esta porción del mundo, parece estar en las previsiones de un futuro inmediato la necesidad de que en dichos pueblos —nuestra sangre y nuestro espíritu, nuestra posición en la vida y nuestro derecho a figurar dignamente en la historia del mundo— no se acaricien ganas de que se les respete dignidad y se les garanticen derechos. Para lo cual, sin duda alguna, nada más fácil,

cómodo y eficaz que el imperio de dictaduras militares.

Que no sólo Colombia tenía infausta suerte echada con el insólito modo de meterle mano irrespetuosa a su Constitución, a fin de plegarla a allanarse a unas apetencias de continuísmo dictatorial, sino que el escandaloso ejemplo habría cundido dentro de otras fronteras con apariencias de justificación a la desvergonzada tesis de sociología mercenaria, según la cual no sean los pueblos mismos, sino sus ejércitos, los poseedores del derecho de soberanía política para darse instituciones y gobiernos.

No quiere decir esto que yo considere a los militares, personalmente, como hombres incapaces de gobernar pueblos con rectitud y eficacia; pero la antedicha suplantación, puesta en práctica ya, en mi país por lo menos, es totalmente inadmisible, pues si los procedimientos de la democracia son imperfectos y aún quizás en ninguna parte dejen de ser causa de males políticos, a ningunos otros mejores, indiscutiblemente mejores, pueden recurrir los pueblos de hoy sobre la tierra para conservar dignidad, incluso en los desaciertos posibles, pero rectificables en los progresivos ejercicios de responsabilidad. Y menos aún a los que faciliten las apetencias continuístas de los gobernantes, cualquiera que sea la importancia práctica de la obra administrativa que ellos hayan iniciado y que bien puede llevarse a cabo dentro de las formas de la alternabilidad republicana, mantenedora de equilibrio social, pues ya es experiencia dolorosa y vergonzosa que por los caminos del continuísmo sobrevienen los despotismos.

No se le escapará a usted que al cumplir el deber de consecuencia amistosa que me ha movido a dirigirle estas palabras, estoy procurando a la vez que ellas lleguen hasta mi pueblo, que en singular ocasión de su vida política puso en mí su confianza y en esta nueva encrucijada de sus destinos seguramente espera de mí prueba fehaciente de que me mantengo en el compromiso que con él he contraído, de no serme ajena la suerte que él esté corriendo.

Allá estaban, en el país de usted y en el mío, sus respectivos gobernantes, de parejo origen espurio, dispuestos a celebrarse mutuamente el buen éxito de sus aspiraciones continuístas, mediante análogos aprovechamientos de docilidad legislativa; pero en el de usted, afortunadamente, hubo ya el acto de presencia de pueblo y hoy el ejemplo que Colombia puede darle a su hermana Venezuela es todo lo contrario de lo que se confabuló. Cierto es que no se complacen todas las exigencias del patriotismo —que algunas pueden ser hasta de vanagloria no más, según la calidad de espíritu en que anide ese sentimiento— cuando la realidad obliga a admitir que al pueblo propio otro puede darle ejemplo digno de imitación; pero tampoco se satisfacen las formas elevadas del amor patrio cuando no se aspira a que en el suelo natal también germinen las buenas semillas que el viento traiga desde otro ajeno. Y la suerte de la democracia —libertad, dignidad y responsabilidad— ya se sabe que en estos azarosos tiempos del mundo no puede estar bien asegurada dentro de unas particulares fronteras solamente.

¿Vuelve en realidad Colombia a los ejercicios del civismo que le dieron categoría de ejemplo para los modos decorosos de la alternabilidad republicana ? Yo debo y quiero creer que sí, pues del actual entendimiento entre sus partidos políticos para ponerle fin a los atropellos de la dictadura no puede surgir con sentido de responsabilidad patriótica sino apaciguamiento de la pugna partidista, eliminados de ella arrebatos de violencia, a los que no puede ni debe conducir ninguna posición de pensamiento dirigido a miras interesadas. O mejor dicho: subordinadas al logro de felicidad de pueblo para mayor dignidad de patria.

Yo confío especialmente en que la vuelta de usted a la suya y a la actividad política, irrenunciable para hombre de la historia y de la fina calidad humana de usted —así dicha actividad haya de limitarse a la labor periodística, orientadora de opinión— será un precioso aporte al clima de serenidad que hoy se requiere para el mejor desarrollo de la situación política creada en su país con el derrocamiento de la dictadura.

Por todo ello, por lo acontecido y por lo cordialmente esperado de usted y de quienes con usted comparten posición de responsabilidad de muy especiales exigencias, le envía un abrazo de congratulación, su admirador y amigo,

RÓMULO GALLEGOS

La televisión : Teatro grande y vacío

POR WALDO FRANK

Hay en los Estados Unidos cuarenta millones de aparatos de televisión. Puesto que cada uno sirve, al menos, para una familia, o para infinidad de bares y cafés, o para los internos de los hospitales y demás instituciones, sin omitir los presidios, es obvio que la mayoría de la nación — adultos y niños, hombres y mujeres, sanos y enfermos — constituye un público teatral permanente tan vasto que la más atrevida imaginación de los griegos, de Shakespeare o de Molière nunca hubiese podido presentir.

Además, el teatro ciclópeo tiene recursos tan enormes y variados como su público. Supera en riqueza a los ensueños de Creso: mil dólares por « función » es una cifra corriente de remuneración para el empresario, el director, el actor, el autor y el anunciante. Con su riqueza puede comprar — y compra — los talentos de la gente más capaz y mejor informada, de los más famosos actores, de los autores más ambiciosos. Se trata de un múltiple teatro, con varios escenarios: cada red nacional, cada televisión local da representaciones desde la costa del Atlántico a la del Pacífico y desde el amanecer a medianoche. Nunca está parado. Puede poner en marcha una representación de cualquier género para el campesino que se desayuna antes del alba, para la dueña de casa cuando atiende a sus labores matinales en la cocina, para el fatigado obrero de la fábrica, para el nervioso hombre de negocios al anochecer, para los niños al regresar de la escuela al hogar, para toda la familia antes de acostarse, para el noctámbulo, para el trabajador nocturno...

Si ha habido alguna vez *arte popular*, ése es. Y con la aceptada teoría de que el teatro popular es nutrido, vigorizado, profundizado con las energías vitales del pueblo, ¡qué teatro debe ser!... Walt Whitman no fué el primero en decir que los grandes poetas necesitan un gran público, y que, por consiguiente, el gran público produce grandes poetas.

Desde luego, una gran parte del tiempo de la televisión está acaparada por las representaciones que no pretenden ser dramas o « teatro ». Hay noticiarios e informaciones meteorológicas. Hay discursos políticos, ceremonias públicas, programas de « preguntas y respuestas » en los que gana miles y miles de dólares el « genio » que dice al mundo que el sol sale por el Este y que el hombre es un bípedo. Hay «clínicas» públicas en las que hombres y mujeres desgraciados exponen, ante un auditorio nacional, sus infortunios a un «perito psicólogo», que les da « consejos» con una certidumbre tan arrogante que ningún salvaje curandero podría igualar. Y naturalmente, está la publicidad: los « comerciales», a menudo en forma de ballets y «escenas dramáticas». Omitiendo todo eso, y reservando las grandes comedias para otra vez, queda un gran número de funcio-

nes de «estudio» y de «teatro» (generalmente denominadas según su patrocinador) que representan obras originales que pretenden ser serias.

Son el teatro moderno, equivalente al drama de los tiempos de Isabel, cuyos gigantes — Shakespeare, Marlowe, Ben Jonson, Beamont, Fletcher y otros — fueron sólo los primeros entre docenas de poetas dramáticos cuya fuente de vitalidad fué toda Inglaterra; o al teatro ateniense, al cual asistía todo ciudadano y todo esclavo. Puesto que un enorme y poderoso pueblo americano ha creado ese teatro popular, ¿no revelará la profundidad, el aliento y el espíritu de su origen

Precisamente, ocurre todo lo contrario. La primera — y la última — impresión que uno saca de los dramas de la televisión, es su pequeñez. Son anticuados en ideas, convencionales o artificiales; técnicamente, chapuceros. Sus temas, con frecuencia buenos, nunca llevan a cabo su potencial, como si los autores (los mejor pagados del mundo) fueran demasiado frívolos y apresurados para respetar su material. La escenificación está hecha por peritos que pueden ganar en una semana mas que un hombre de ciencia en un año. Los actores son la flor y nata de la «cosecha». Sin embargo, las representaciones son francamente malas. La vociferación reemplaza a la fuerza; el gesto torpe sustituye a la sutilidad y a la precisión. Las líneas mal escritas son pronunciadas como si el diálogo fuese una sucesión de titulares de diario. Las imágenes en la pantalla de la televisión, naturalmente, son inferiores al tamaño natural. Aunque esto es una clase de limitación que cualquier arte puede superar sin esfuerzo. El teatro chino, por ejemplo, «crea» un caballo y un jinete con un gesto del brazo, y un palacio, con un palo. Si los personajes de la televisión son enanos es porque el espíritu, la emoción y la voluntad que los crean son pequeños.

Hay ciertas razones técnicas para una representación de bajo grado, que el tiempo remediará. Después de todo, la televisión es un nuevo medio que apenas cuenta diez años. Escritores, actores y directores, acostumbrados a otros medios, no han logrado dominarlo todavía. La formidable máquina de grabación, moviéndose siempre arriba y abajo, cerca y lejos, roba espontaneidad a su trabajo. El promedio de ensayos (ocho o nueve por función) es demasiado reducido: esto es en gran parte un problema económico que puede ser estudiado y resuelto. Pero temo que la enfermedad de este descomunal arte popular tenga causas más profundas.

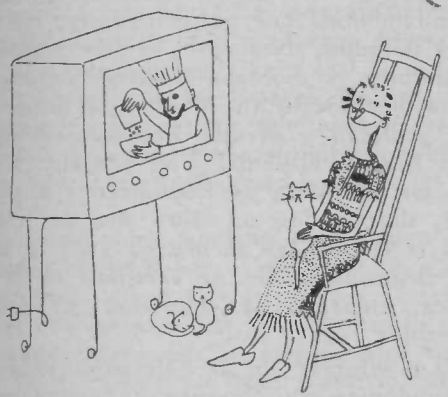
Ahora bien, el factor primordial en cada función televisada es el patrocinador comercial. Sólo los Grandes Negocios (*Big Business*) pueden comprar tiempo en la televisión por millones de dólares, y únicamente pueden proceder de ese modo si la función les ayuda a hacer más millones de dólares. La obra teatral no es el objeto, como en tiempos de Shakespeare; la obra es el pretexto. Este axioma domina y satura las representaciones de la televisión. La obra teatral está cortada por intermedios para vender el producto del patrocinador, presentado por vendedores y vendedoras cuyo salario anual puede variar de 50.000 a 150.000 dólares. En la mayor parte de las funciones, la misma «vedette» vende la mercancía del patrocinador. Pero no en el «drama serio». Esto ha engañado a los críticos superficiales induciéndoles a creer que el «comercial» está separado, y así el arte popular puede ser libre para respirar y crecer.

Esto significa una profunda dislocación del lazo entre el artista y el público. En cualquier buen arte popular, los principales motivos de la existencia del hombre: amor y misterio, dicha y aflicción, hacen su aparición; la misión del artista es articularlos; el público los comparte fácilmente porque están en lo más íntimo de sí mismo. Pero ahora, entre esta fusión del artista y el público se interpone una fuerza extraña, superficial, pero poderosamente omnipresente y exigente: el frigorífico, la máquina eléctrica de afeitar, la loción para el cabello, el nuevo automóvil, que el público debe comprar. La saturación del reino estético con estos motivos comerciales es una patología cuyo síntoma más peligroso es que el público y la mayor parte de los artistas americanos no se dan cuenta de ello. Además, se trata de una enfermedad que todas las habilidades técnicas compradas con dinero y todos los dólares del mundo probablemente no pueden curar. El impulso básico espiritual-estético, que es la médula de todo buen arte, está corrompido en nuestra

televisión, y la corrupción se encuentra en el centro de todo el sistema. Nada puede extirparla ni borrarla, a menos de una completa transfiguración de los motivos sociales y psicológicos que producen el sistema — nuestro sistema capitalista.

*
**

Es evidente que la distracción más popular en la televisión no es el drama; además de las «funciones con distribución de premios» son los programas de un pequeño grupo de comediantes y cantantes (*crooners*). Cuentan con el mayor público, calculado en decenas de millones; reciben los más fabulosos estipendios. Y puesto que sus funciones, no encuadradas por las convenciones del «drama», son libres y flexibles, es de ahí de donde podría esperarse el arte más expresivo de la television, el más espontáneo y revelador.



Varían considerablemente de uno a otro. Jackie Gleason triunfa como personaje en una específica situación cómica. Jack Benny es siempre él mismo. Bob Hope es la clásica «vedette» monologuista del viejo vodevil, disparando chistes al ritmo de una ametralladora. Sid Caesar hace escenas para exponer su talento como payaso de pantomima. Arthur Godfrey y Ed. Sullivan son simples maestros de ceremonias, sosteniendo sus funciones sólo mediante su personalidad. Bing Crosby, el rey de los cantantes, tiene una hermosa voz y un verdadero talento de actor; pero su más famoso joven sucesor, Perry Como, que también canta tonadillas sentimentales, no tiene voz ni talento, fuera de su pose como astuto y apuesto muchacho, con apenas suficiente energía, parece, para mantenerse en pie. Groucho Marx, con su cigarro de viajante de comercio y sus chistes de viajante de comercio, es tan grosero y enfadoso como Perry Como es correcto. George Gobel es el proverbial pequeño bufón, un vago y gordito eco de Charlie Chaplin. El parpadeo de Como es astuto, de muchacho travieso que mira como un ángel, pero cuyos repentinos movimientos angulares no sugieren reservas de energía. Por otra parte, Godfrey es simplemente un perezoso, auto-indulgente, probando y vendiendo una determinada marca de alimentos con un chasquido de labios sensuales, que envía a las amas de casa, por millones, a la próxima tienda de comestibles. Sullivan como Godfrey, sin talento, ha alcanzado las alturas principalmente por su llamamiento al esnobismo; en sus funciones, uno presiente que está en compañía de la «mejor gente» — gente de poder (económico, político y militar) — apareciendo en el escenario mezclado con ventrílocuos y volatineros.

Realmente, todas esas «grandes personalidades» de las funciones de comediantes y cantantes son Grandes Negocios. Ganan millones de dólares para sus patrocinadores y entran en sus bolsillos millones de dólares. Como «artistas», en el mejor de los casos, son los herederos de las humildes compañías del viejo vodevil, ni mejores ni peores. Su diferencia se debe, no a una superioridad de talento, sino al público que ha hecho posible la electrotecnia — un vasto público de compradores potenciales. Sin embargo, esa docena o menos de «Grandes» han llegado a la cima porque la gente, al escoger entre centenares de candidatos, ha «votado» por ellos y, según parece, se complace mirándolos en la pantalla semana tras semana. Esa preferencia debe reflejar algo acerca del pueblo americano.

*
**

Veamos si podemos encontrar alguna tendencia psicológica en esa popularidad, que revele algo nuevo acerca del pueblo.

La canción sentimental acerca del «muchacho y la chica» o de «mamá» o del «dulce hogar» es tan vieja como el ir a pie. El cantor necesitaba tener voz, pero sobre todo talento y vitalidad para cautivar al público. Esas condiciones se dieron en cantantes como Bing Crosby, arquetipo de la gene-

ración anterior a la televisión. Bing no gritaba, pero estaba dotado de pasión y su voz tenía timbre. Los jóvenes cantantes, tipificados por Como, se esfuerzan por no tener pasión y difícilmente se puede decir que canten. ¡Tan pobres y débiles son sus voces! A veces, los viejos cantantes (Eddie Cantor y Al Jolson por ejemplo) variaban el sentimiento de sus canciones con bufonerías. La bufonería principal de los nuevos favoritos es la burla de toda emoción, el desdén socarrón por la pasión.

La comedia popular de las épocas preelectrónicas estuvo siempre cerca de la sátira social. Incluso el payaso era un crítico social : ejemplos, el genio de Chaplin o los hermanos Fratellini. En los días de la radio, los mejores comediantes fueron con frecuencia satíricos : Fred Allen y Henry Morgan se mofaban de la sociedad, de la política e incluso de los Grandes Negocios y sus propios patrocinadores. Es muy significativo que esos dos cómicos no lograran pasar de la radio a la televisión. Steve Allen, una figura presutuosa y pseudo intelectual de la televisión, ha tenido el atrevimiento de escribir : «Por alguna razón todavía desconocida, la televisión es el primer medio en la historia que no sólo pone a bajo precio el humor crítico, sino que prácticamente lo excluye por completo». « Desconocida », ¿ por quién ? Cierto : la sátira se ha desvanecido de la televisión porque los Grandes Negocios la encuentran contraria a la compra.

Pero continuemos : en los viejos comediantes, como Hope, Cantor, Gleason, todavía hay chorro de energía vital : la repentina irrupción en el tablado de hombres y mujeres dando «todo lo que tenían» en los quince minutos de su número, es lo que hacía el vodevil tan recompensador. Esa lírica auto-dedicación se esfuma. Jimnie Durante todavía la ofrece, pero también él se eclipsa. Gleason, situado a un nivel más bajo que Durante, como Durante lo está con relación a Chaplin y Jolson, aún la expone; pero tampoco durará mucho. Algo está reemplazando esto. Groucho Marx, figura de transición, suprime su propia vitalidad con una rudeza de cafetín. Gobel nos da la « aplastada oruga » de Chaplin, aunque sin la correspondiente mariposa. Pero Sullivan, sea lo que se quiera fuera del escenario, desempeña el papel de un lánguido y aburrido caballerete exudando mala salud, mientras que Como hace de la indolencia y la azucarada tranquilidad la nota principal de su programa. Desapareció la loca dulce alegría de los grandes cómicos. La línea de Como es no hacer ni sentir nada. Artur Godfrey — un hombre sin talento, excepto el aplomo de la impudencia y un insaciable afán de dinero — cínicamente limita más y más su contribución a la función bebiendo té o probando una exquisita marca de ravioli.

¿Tiene todo esto una determinada finalidad? Temo que sí. El gran público americano, sosegado por millones de máquinas para hacer la vida cómoda, regimentado por millares de voces que predican complacencia, y al mismo tiempo excitado nerviosamente por el ritmo de la competencia para poder sobrevivir, se desliza en la dirección de una desvitalización fundamental. Los patrocinadores, que son los Grandes Negocios y que realmente conducen y moldean nuestra civilización, han descubierto que el arte que ornamenta la realidad y arrulla haciendo dormir a un tiempo el sentir y el pensar, crea la mejor atmósfera para comprar. Y el público, después de un duro día de trabajo en la fábrica, en la oficina y en la calle, al llegar la noche, se arrellana en la butaca, enciende la televisión y se deja arrullar.

Los dramas de la televisión producen abundancia de choques y excitaciones : crudas explosiones de energía para entretener nuestro reprimido amor por la violencia y el crimen. Pero las atracciones máximas — dejando a un lado los programas que simplemente dan dinero — son los cantantes que vaporizan y emasculan la emoción, los comediantes que hacen divertidas la somnolencia y la pasividad.

Desde luego, una corriente no es una finalidad. Puede cambiar. Puede ser superada y dirigida en otro sentido. Hay una minoría de síntomas de tal cambio en el mundo americano. Pero no es probable que triunfe, a menos que la voluntad del pueblo despierte dándose cuenta del peligro, o que los acontecimientos mundiales le obliguen a cambiar.

WALDO FRANK

Carl Sandburg y el mito de América

POR MARIO MAURIN

En un pais cuya historia ha empezado hace apenas dos siglos y cuya transformación se ha llevado a cabo con una rapidez sin igual, la longevidad está aureolada de respeto. Un anciano de nuestros días puede haber vivido casi la mitad de la historia de los Estados Unidos. Se comprende, por lo tanto, que la admiración colectiva se oriente hacia aquellos hombres cuya vida se confunde con el pasado de la nación.

En poesía, dos nombres se imponen en seguida: el de Robert Frost y el de Carl Sandburg.

Los dos son ancianos. El primero es octogenario; el segundo, lo será pronto. Aunque los dos gozan de igual prestigio, cada uno de ellos tiene su público particular. Sus diferencias contribuyen precisamente a aproximarlos ante la afectuosa deferencia de que son objeto en su país. Se completan maravillosamente. La obra de Frost está totalmente asociada a la Nueva Inglaterra, donde ha vivido casi toda su vida: región de pequeñas granjas, de cercas y vallados, de bosques de álamos y de árboles frutales, magníficos bajo la dorada capa del otoño y el blanco manto del invierno. El hombre trabaja allí su tierra por cuenta propia. Su vida está reglamentada por la rotación de las estaciones, y cada uno de sus movimientos adquiere significación y peso. Matizadas de indulgente ironía, expresadas en una lengua simple y familiar, las meditaciones de Frost son las de un hombre que gusta de dar toda su resonancia a los gestos de convivencia diaria que la naturaleza exige de los agricultores y campesinos. De esta poesía que asciende apaciblemente en versos regulares brota — y ahí radica su valor — una impresión de prudencia y de perdurabilidad.

Sandburg, en cambio, representa la efervescencia, la metamorfosis. Su visión es panorámica, animada de un dinamismo que no se eclipsa nunca. Su América es la de las grandes ciudades, de los rascacielos, de las fábricas, de los altos hornos, de los obreros y empleados que en ellos trabajan, al mismo tiempo que la de las vastas llanuras del Middle West en donde transcurrió su juventud. Así, mientras Frost sugiere una continuidad, una obscura coherencia entre el hombre y los elementos, Sandburg es discontinuo, abrupto. Yuxtapone los detalles sin escoger ni ahondar. Es un testigo: su método es el reportaje. Y, sin embargo, lo que de su obra emerge, como un inmenso continente perfilándose en la bruma, no es otra cosa que América entera, en la encrucijada del tiempo y del espacio. Leyéndolo, se piensa en las catedrales de Monet. De cerca, un caos de manchas y de toscas paletadas; de lejos, una fachada vibrante y cálida, chorreando sol, con su pórtico, su roseta, su pueblo de estatuas, y el impulso de sus torres. Bastaba, para distinguirla, con retroceder unos pasos.

Carl Sandburg nació en 1878 en Galesburg, estado de Illinois, en el seno de una

familia de inmigrantes suecos. El pueblo, fundado apenas cuarenta años antes al abrigo de tierras feraces, pasó a ser un centro ferroviario importante. El padre de Sandburg era herrero en los talleres de los ferrocarriles. Trabajaba diez horas diarias, seis días à la semana. No sabía ni escribir su nombre, pero supo criar sin desmayo a su numerosa prole. Carl fué el mayor de los hijos varones.

Creció en ese medio simple, rudo, luterano y trabajador, que ha resucitado admirablemente en la autobiografía de su juventud, *Always the Young Strangers* (1953). Las primeras tareas que recuerda eran simples: ir en busca de agua y de carbón. En invierno, la bomba se helaba en el huerto y le correspondía a él regarla con agua hirviente hasta que funcionaba de nuevo.

Durante cinco años, asistió a la escuela. Las epidemias se llevaron a un hermano y a una hermana, pero la familia seguía siendo numerosa. Encontrándose el padre en difícil situación económica, Carl abandonó la escuela y empezó a trabajar. Tenía once años: comenzaron entonces sus verdaderos años de aprendizaje. Repartió diarios; más tarde, distribuyó leche. Barrió oficinas y lavó escupideras. Trabajó en una fábrica de ladrillos. Hizo de jardinero. Fué limpiabotas en una barbería.

Al mismo tiempo, leía vorazmente. Sus primeras lecturas fueron ruines biografías de hombres célebres, insertas como anuncios en los paquetes de cigarrillos. Luego leyó los diarios y cuanto caía en sus manos. Se había hecho grave y reposado. Repetía las frases de las personas mayores, cuya conversación escuchaba atentamente. Le gustaban ya las expresiones populares y llenas de colorido. Se instruía intensamente.

Cuando llegó a los dieciocho años, decidió marcharse de Galesburg y ver mundo. Viajó en vagones de mercancías, como los vagabundos, durmiendo a la intemperie, ajustándose cuando encontraba un trabajo de corta duración, con dificultad, a veces, de ganar el dinero para poder comer. Añadió nuevos oficios a su repertorio: aserró madera, fué buzo, cortó bloques de hielo en invierno, se dedicó a las faenas de la recolección en verano. Se rodeó de hombres de toda clase y procedencia: pobres, mendigos, obreros, campesinos, tenderos. Aprendía a conocer a América.

Volvió a su casa al cabo de un año y se hizo pintor de brocha gorda. Apenas había regresado a Galesburg cuando estalló la guerra hispano-americana (1898). Aunque no tenía veintiún años, se alistó. Cuando su unidad llegó a Cuba, después de unas semanas de ejercicios, la guerra ya había terminado. Sandburg no disparó ni un solo tiro; pero la fatiga, la suciedad y los mosquitos hicieron mella en él. Conservó un mal recuerdo de su vida militar y se sintió feliz cuando se refugió de nuevo en Galesburg.

Ahora, en vez de buscar un nuevo empleo, logró que lo aceptara Lombard College, no obstante lo sumario de sus estudios. Para subvenir a sus necesidades, se convirtió al mismo tiempo en bombero. Cuando sonaba el timbre de alarma, abandonaba la clase para ponerse el casco y acudir con la manguera al lugar del incendio.

Aquí es donde se detiene la autobiografía de Sandburg, como para significar que entonces se abre un segundo período en su existencia. De su lectura se desprende esto: en el momento en que entra en la universidad, no conoce más que la vida. Nada hasta entonces ha dejado prever lo que va a ser. Ni la menor huella de vocación. Se ha contentado con almacenar. Ha visto la miseria de cerca, y ha reflexionado tanto como ha podido. La política empieza a interesarle depués del célebre proceso de los anarquistas de Chicago. Ahora bien, la instrucción que recibe en Lombard College le da precisamente los medios de lucha contra los abusos de que ha sido testigo y a veces víctima. De ahora en adelante sabrá expresar y exponer su pensamiento. Descubre que la lengua es una fuerza; su energía hará lo demás.

Terminados sus estudios, comienza en seguida a escribir artículos y folletos. Le gusta poner ideas en circulación. Pronto va a arengar a los peatones en las esquinas de las calles. ¡Con qué entusiasmo evoca la libertad! Pero las palabras no le bastan. Se convierte en organizador del partido socialista en Milwaukee. Durante dos años será el secretario del alcalde de la ciudad. Por fin, en 1917, entra de redactor en el *Chicago Daily News*, uno de los grandes diarios de los Estados Unidos. Permanecerá allí cerca de treinta años, sin que su actividad de periodista le impida viajar por el

país, dando conferencias, cantando canciones folklóricas cosechadas en el curso de sus excursiones, acompañándolas él mismo con la guitarra, recitando, en fin, sus poemas como los trovadores de antaño.

♣

Su primera colección de poemas apareció en 1914. Sandburg tiene entonces treinta y seis años. El trozo que abre los *Chicago Poems* obtiene el premio Levinson; quizá hubiera sido mejor que no lo recibiera. Dió el tono a los antologistas, que después se han contentado con espigar ahí cada vez que ha sido necesario dar un ejemplo de la manera del poeta. Esta invocación a «Chicago, salchichero del mundo» no carecía de vigor; pero tuvo el inconveniente de asombrar a los críticos y persuadirlos que la violencia era la única cuerda natural de Sandburg, cegándolos para otros aspectos de su talento.

Los *Chicago Poems* chocaron, desde el comienzo, a un gran número de críticos Era poesía a puñetazos y a martillazos: reaparecía el hijo del herrero. Sandburg había recogido las voces de las ciudades y las máquinas, de los trabajos y los días. Sus preocupaciones sociales se exponían con candor e inquietante lozanía de expresión. Ya Whitman había preguntado: «Creéis, por ventura, que las libertades y la musculatura de estos Estados no tienen que habérselas más que con palabras delicadas para damas, palabras para acicalados caballeros enguantados?» Sandburg ponía en la puerta de la calle a doña Rima y doña Prosodia, y acogía a la jerga callejera. Pasaba simplemente a la aplicación de lo que predicaba desde 1907: «Me gusta el arte, pero yo decido por mí mismo qué es el arte. »

Esos poemas seguían la inspiración de Walt Whitman, con la excepción de su egocentrismo y de su optimismo imperturbable. En cada una de sus páginas se traslucían la compasión y la facultad de captar los menores ritmos de la actividad cotidiana. Sandburg no retrocedía ante ninguna descripción: las colas de los obreros sin trabajo, los huelguistas, los empleados de los mataderos, la tubería de plomo de un rascacielos. Abría así a la poesía dominios hasta entonces desdeñados, y que casi inmediatamente parecieron trillados. Creaba en verdad una lengua poética independiente. En compañía de Edgar Lee Masters y de Vachel Lindsay, que comenzaron casi al mismo tiempo que él, consiguió colocar el Middle West en el mapa literario de los Estados Unidos. En efecto, gracias a él y a *Poetry*, la revista de Harriet Monroe, Chicago pudo parecer la capital de las letras norteamericanas.

En los *Chicago Poems*, Sandburg cantaba la ciudad. Las colecciones siguientes, *Cornhuskers*, *Smoke and Steel*, celebraron la pradera y los trabajos de este interminable cinturón dorado que cubre el centro de los Estados Unidos, y de nuevo la industria, los obreros y las fábricas. En 1935, por fin, *The People, Yes* afirmó sobre una escala aún más vasta esa paradoja y crisol que es América: afirmación desordenada, pero sagaz; cursiva, pero lírica; inmenso repertorio de temas típicamente norteamericanos, expresiones, bromas, incidencias, caracteres, tendencias y fuerzas del país. Es seguramente la obra más ambiciosa de Sandburg como poeta. Poco ha añadido después; pero sus poesías completas, un grueso volumen de 674 páginas, fueron finalmente reunidas en 1950 y permiten formular una apreciación general sobre el conjunto de su obra.

Lo que en primer lugar sorprende en ella es la ausencia de evolución. De 1914 a 1935, la voz del bardo ha seguido siendo la misma. A lo sumo ha ganado en seguridad lo que ha perdido en frescor. Uno se pregunta si, a medida que ha adquirido conciencia de su estilo, Sandburg no ha sucumbido a la tentación de imitarlo y, por consiguiente, de extraer de él un sonido más acrisolado que el de sus comienzos. Imposible poner en duda la autenticidad de su folklore. Pero en vez de quedar absorbida y fundida con el soplo de la poesía, la inspiración popular se convierte cada vez más en programa. «¿Por qué mito reemplazaríais al pueblo?», pregunta agresivamente Sandburg. Ama la tierra. Ama el trabajo de los hombres. En su estilo rudo y místico, canta la paciencia de la humanidad obstinada en vivir, a pesar del sufrimiento y de la injusticia, comfiando en que el tiempo mejorará su suerte. El pensamiento de Sandburg es fundamentalmente generoso. No evita siempre, sin embargo, los desfallecimientos expresivos. Como Whitman, tiene

una fe total en su pueblo. Pero mientras Whitman es, sobre todo, un visionario, Sandburg sigue siendo un testigo. Uno tiende a la profecía; el otro, a la historia. Sandburg no es casi nunca pomposo o pedante. Consigue evitar el simbolismo panorámico de Saint John Perse o la poesía relamida de MacLeish en sus *Frescoes* y su *Conquistador*.

Ahora bien, cuando sustituye la observación por la visión, se pierde, como todos los idealistas, en la vaguedad. Sus procedimientos son a veces ingenuos: la virtud se identifica indefectiblemente con los trabajadores; los ricos son inevitablemente perversos. La voluntad de propaganda hace entonces cojear el poema.

El presente sigue siendo un caos hirviente de vida que el poeta trata de organizar. *Smoke and Steel:* en la poesía de Sandburg hay ciertamente acero; pero también la humareda del ensueño. Está completamente seguro de que la historia tiene un sentido. ¿Cuál? Es lo que trata de determinar sin lograrlo. Parece encaminarse hacia un Juicio Final, tras el cual el paraíso reinará en la tierra; pero cada vez está obligado a interrumpirse: el camino conduce al vacío, y los interrogantes subsisten. En Hugo, a quien recuerda a veces, una magnífica certidumbre en ese Juicio asentaba sobre bases indestructibles el discurso poético. Sandburg no da esta impresión de solidez inquebrantable. ¿Es porque su nombre significa «castillo de arena»? Da la impresión de reconstruir incansablemente lo que cada noche el viento amenaza destruir.

América del Norte es, en efecto, un vasto mar de sargazos, un hormiguero de formas vivientes e irreconciliables. Así, la poesía de Sandburg. Su doctrina se esfuma cuando se intenta asirla. Se disuelve en movimientos tumultuosos, de los que únicamente se desprende la seguridad reiterada de que conducen hacia la sociedad utópica de mañana y hacia la Nueva Jerusalén. Otro poeta norteamericano, Harl Crane, ha ensayado evocar asimismo el mito de América. Si, como Sandburg, tampoco lo ha logrado, y murió de su fracaso, es debido quizá a que América *es* su propio mito. Tratar de sintetizarlo, es condenarse a una dispersión irremediable. Todo pensamiento y toda forma precisa quedan excluídos.

Con ello se explica la suelta prosodia de Sandbourg. Masters y él, rompiendo con la lengua poética tradicional, llegan, con perjuicio de la forma, a una especie de compromiso con la prosa. La realidad se identifica con lo incidental. Ya no hay integración ni análisis. Su significación es raramente lúcida, ajustada; es el lector quien debe penetrarlo. ¿No es curioso que Sandburg tenga entre sus familiares a uno de los fotógrafos más famosos de los Estados Unidos? Pues la afinidad entre sus técnicas respectivas es indudable: los poemas de Sandburg se parecen a un álbum de excelentes fotografías reunidas un poco al azar. Cada uno de los retratos es un éxito; el parecido en los detalles es asombroso. Pero el conjunto carece de composición. La materia prima no basta: el arte exige una purificación, una elección, una síntesis, a las que no se ha prestado el simple inventario de la nación.

Los nombre propios, nombres de batallas o de ríos, de montañas o de ciudades, invocados como talismanes, ¿iban, pues, a fracasar, a confesarse impotentes de dar a Norteamérica conciencia de sí misma, en su doble realidad geográfica e histórica? En el momento en que Sandburg se encaraba con esta pregunta, era urgente contestarla. Convenía que se afirmara un nuevo nacionalismo ante los síntomas cada vez más alarmantes de la crisis mundial. El propio gobierno, inquieto, terminó por organizar el *Federal Writers Project*, consagrando a todos los escritores disponibles al recuento de las riquezas de la nación. Pero Sandburg, que diera poco antes el ejemplo en esa dirección, ya había empezado a desbrozar un camino nuevo. Existía un nombre, cuyos sortilegios no se habían aún agotado, cuya eficacia de representación había quedado intacta, y quizás agrandada, el nombre más importante de la historia del país: el de Lincoln. Y Sandburg se volvió hacia él.

***

Sandburg había crecido en Illinois, donde Lincoln pasó una gran parte de su vida. Lo mismo que él, había empezado por el trabajo manual. El recuerdo del alto hombre flaco en traje negro seguía vivaz por doquier. En Galesburg se recordaba el debate

público entre Lincoln y su adversario político Douglas. El primer poema que el joven Carl se aprendió de memoria era el que le gustaba particularmente a Lincoln. A medida que pasaban los años, el llamado se fué haciendo cada vez más claro.

Se trataba para Sandburg de suscitar América, de hacerla consciente de sí misma, de subrayar su diversidad y, al mismo tiempo, de redescubrir su unidad. Para semejante tarea precisaba un centro, un símbolo de convergencia. Los trabajos de Helen Tarbell ayudaron, ciertamente, a la lenta cristalización que se producía en Sandburg. Tras las investigaciones biográficas de los historiadores se perfilaba la vasta calma de la vida rural norteamericana y lo que ella podía contribuir en la formación de un hombre como Lincoln: coraje, afán de independencia, sentido del humor, astucia, amor a la patria.

Sandburg se dió cuenta de que Lincoln era un «hombre representativo» por excelencia, el producto de la multiplicidad de influencias y tendencias que explican a los Estados Unidos. Comprendió que Lincoln había sido muy sensible a las palabras y a las costumbres de las gentes que le rodeaban. Por lo tanto, esas gentes, sus hogares, sus ocupaciones, sus canciones, proverbios, escuelas, iglesias, opiniones políticas debían ser descritos con la incesante sugestión de la transformación que acompaña sin descanso la vida de los pioneros. Ese fué el telón de fondo sobre el que se desarrolló, creció y se acabó la vida de Lincoln — vida que fué a la vez modeladora y modelada. El retrato de un hombre iba, pues, a convertirse al mismo tiempo en retrato de una nación.

Sandburg puso manos a la obra. Seguía trabajando en el « Chicago Daily News ». Se reservó tres meses por año para hacer jiras de conferencias o recitales de canciones populares, y organizó sus itinerarios de modo que se encontrara cerca de todos los centros de documentación posibles a propósito de Lincoln. Leyó cuanto se había escrito sobre una personalidad cuyos comentaristas no son inferiores en número a los de Napoleón y Bismarck. Compró miles de libros. Cuando encontraba páginas susceptibles de servirle, las arrancaba y amontonaba los esqueletos de esos volúmenes en el granero. Los amigos que iban a visitarle en verano, lo encontraban en el jardín, trabajando en pantalones cortos, sandalias y visera.

Los dos volúmenes de *Prairie Years* (*Años de la Pradera*) aparecieron en 1926. Trece años después aparecieron otros cuatro volúmenes, los *War Years* (*Años de Guerra*). En conjunto, más de 3.000 páginas, la obra más importante que se haya consagrado a Lincoln.

Tristes especialistas se lamentaron: Sandburg había hecho más obra de poeta que de historiador; había acumulado testimonios sospechosos; se había servido de materiales cuya autenticidad no había comprobado; atribuía a Montesquieu una frase de Tocqueville; cometía otros varios errores de ese género; había demasiadas frases pegadas las unas a las otras mediante punto y coma; en una palabra, como siempre, el mineral no había sido extraído de su ganga.

La mayor parte, sin embargo, se rindió a la evidencia: era una obra monumental. Sandburg no la había escrito para los historiadores, sino para el gran público. Quería hacerle conocer los años de la Guerra Civil que habían marcado la crisis de crecimiento de la nación. En efecto, es toda una época la que resucita en esos interminables volúmenes retumbantes de tumultos y de confusión, época braceada, empujada, pateada por los hombres que la habían vivido. En el centro de ella, Lincoln. No como lo había legado a la nación una tradición ya acreditada, sino viviente, con toda su dignidad, su bondad, su humor, su paciencia cortada por brusquedades, sus vacilaciones y su gran obstinación, las dificultades, las responsabilidades, el aburrimiento y la terrible monotonía de su carga. Un hombre del terruño y del cielo azul, curvándose bajo el peso de su tarea, pero no abandonándola nunca.

Sandburg ha hecho de la vida de Lincoln una saga, a la manera de sus antepasados nórdicos. No ha olvidado que su héroe era el hijo de un carpintero, y que fué asesinado un Viernes Santo. Todo lo que ha oído durante su juventud en Galesburg o recogido después viajando por el país, está presente en su obra. Ni un solo eco, ni una anécdota son omitidos. El texto está dispuesto en secciones breves a fin de facilitar

la lectura. Hay en cada página expresiones reveladoras, que iluminan de golpe al personaje. El método sigue siendo el mismo: un impresionismo por acumulación. El conjunto brota de los detalles incansablemente superpuestos. Abundan las largas listas homéricas. Sandburg se deja arrastrar por la embriaguez de las cosas y de los hombres con la misma energía que en su poesía. Pero aquí la prosa robusta y sabrosa, la simplicidad de la presentación, la rapidez de un movimiento que triunfa sobre toda dilatación consiguen imponer un estilo. Por eso ha podido decirse que el *Lincoln* de Sandburg es la primera epopeya americana.

Whitman había igualmente escrito y cantado para el pueblo. Si, en su conjunto, ha sido más escuchado que su sucesor, a pesar de una doctrina tan vaga como la suya, es seguramente porque su personalidad se ha proyectado en seguida sobre el primer plano, y porque su brillantez ha disimulado todas las imperfecciones de la obra. Su voz nos habla directamente, su mensaje se dirige a cada uno de nosotros. Tenemos así la impresión de participar en un poderoso diálogo y de ser el objeto de un interés particular que nos arrebata y nos colma.

Sandburg, más modesto, se ha eclipsado demasiado a sí mismo. El periodismo ha acentuado su tendencia al reportaje. Como resultado de ello, su poesía no ha obtenido el público que esperaba. Incluso entre las clases instruídas, ha encontrado escasa resonancia. Los modelos del momento son distintos, reservados, aristocráticos, abstractos. Norteamérica se encuentra todavía en su período simbolista: la poesía demasiado «comprometida» no le interesa. Sandburg ha ejercido una considerable influencia literaria; pero es sobre todo por su técnica del reportaje rápido, discontinuo, y por la generosa acogida que ha hecho en su obra al lenguaje palpitante y cotidiano. Poetas, como MacLeish, Langston Hugues, quizá Stephan Vincent Benét y Kenneth Fearing, novelistas como Dos Passos, han sabido sacar partido del ejemplo que les había sido propuesto.

Whitman había escrito: «El pueblo de estos Estados, en la conversación, en los discursos y los escritos populares, apetece la soltura sin frenos, la grosería, el vigor, los epítetos henchidos de vida, los expletivos, las palabras de oprobio, de resistencia.» Sandburg ha respondido a ese llamamiento; y ha satisfecho ese apetito. Su poesía en mangas de camisa, brutal y humana a la vez, desfila interminablemente, como antaño los grandes rebaños de bisontes frente a los trenes inmovilizados.

Sería un error no ver en ella más que masa y repetición. Sandburg es también un poeta de brumas, de matices, con una paleta delicada y casi oriental. Su poesía, a menudo sinuosa, flúida y cantante, sabe cuando conviene ser gnómica y lapidaria. En los mejores momentos, brota de ella un frescor concentrado, una visión inocente y poderosa de la civilización o de la naturaleza. La influencia del misticismo nórdico se conjuga con la vulgaridad visionaria y con el vigor juvenil de la era industrial americana. Y esta poesía que se busca a sí misma es quizá, más todavía de lo que ha sospechado Sandburg, la imagen fiel de un país que todavía no ha cobrado conciencia de su propio ser.

Por eso es justo que los Estados Unidos amen y veneren a este hombre alto y flaco como Lincoln, de rostro curtido e irónico, de cuerpo encorvado por el hábito del trabajo, de frente cruzada por dos blancos mechones. Sandburg ya tiene su parte de gloria. Ha obtenido dos veces el Premio Pulitzer. Su casa natal fué comprada y transformada en museo por sus admiradores, y en 1953 la población entera del Estado de Illinois celebró el aniversario del viejo trovador. Si, como muchos esperan, obtiene un día el Premio Nóbel, el país celebrará una vida y una obra fecundas, en las que reconoce confusamente su inmensa realidad cambiante, y en las que encuentra razones de amar y de confiar en su futuro.

MARIO MAURIN

GALO RENE PEREZ

Barba Jacob, el alucinado

LUGAR NATIVO de la melancolía, pero también de la voluntad, Santa Rosa de Osos, el pueblecito de Barba Jacob, álzase trabajosamente en lo más esquivo del breñal antioqueño. Frecuéntalo la niebla que sube desde la cañada, ya para cegarlo todo con su venda de ausencia y olvido, ya para ir despertando, en el alma todavía ternezuela de Barba Jacob, un idéntico impulso sombrío y trashumante.

Radicaron allí, como en toda la Antioquía colombiana, gentes hebreas cuya guisa del ánimo era enérgica y adusta. Pero entre la rudeza de sus maneras y al amparo de esa atmósfera como de duermevela del viejo caserío, extendíase, con acogedora dulzura de fronda, una bondad patriarcal. Allí crecieron los antepasados de Porfirio Barba, alimentados por la misma reluciente y poderosa savia de las columnas vegetales de la región. «Mi abuelo Emigdio —dice el poeta— era como un roble de la montaña y tenía algo del hombre de Tolstoy.» Vigoroso el continente, franca la voz, claro el corazón, aquellos patriarcas eran como la encarnación de ese punto de la geografía palpitante de América : su voluntad era la del torrente; la lontananza, el saudoso marco de sus silencios; el agua en éxtasis y el metal de los luceros definían su diafanidad y su riqueza interior; el temblor de las espigas era su temblor, y la onda de su instinto era como enejenado y delirante colmenar. La figura pálida del río, ¡oh, Heráclito!, rodando como los días, las vacadas que avanzan presurosas, como transfiguradas por el azul de la amanecida; la mies abatida por el arma lunada de los campos; el éxodo taciturno de los rebaños vespertinos; el tiempo estremecido en las campanas y la plática familiar en torno de la lumbre: tales caracteres concertaban el mundo azoriniano de esos hombres. Y mientras, otrora, desapacibles cueros de res servíanles para el descanso de la noche, hoy la piel rugosa de aquel paisaje roquedo tiéndese sobre la obstinada permanencia de sus duras calaveras.

Pero, explícita en el sortilegio poético de Barba, y en los rasgos de su personalidad toda, aún puede percibirse el alma de esos sus lejanos progenitores, al mismo tiempo que el clima bucólico de su comarca nativa. A pocos escritores ha caracterizádoles tan hondo este como misticismo geográfico. Sus versos y sus frecuentes remembranzas en prosa constituyen una rapsodia vibrante, dulce y enternecedora de su aldeorro de Santa Rosa. Casi no hay poema de los suyos en que no se pulse esta emoción de la tierra ; y lo confiesa el propio Barba cuando dice: «Yo entrego mi trigo, seguro de que va en él la savia de su campo.»

Gobernados por su abuela Benedicta, de quien nunca olvidó «los zafiros de su misericordia», ni «los crisoberilos de su bondad», discurrieron los años de su adolescencia. Poeta desde entonces, desorientábale el dédalo de las matemáticas, y adivinaba cómo los números se le encrespaban, ásperos y huraños. Gustaba, en cambio, de la deleitable contemplación de los ríos cercanos, que murmullaban entre zuribios y palmares, como invitándolo a platonizar soledades, apurando los encendidos mostos del romanticismo, ensayando sus primeros versos, purificando sus conocimientos para la humilde docencia escolar. Allí encontró un día a Teresa, y su desafortunado amor por ella volvió más grave su ingénita esquivez, su propensión huidera, su pasión de giróvago, y ya nadie le podría retener. El redoble del bridón por la llanura solitaria dejaba apenas el eco de un éxodo que

iba a ser definitivo y que aventaba su vida hacia la desolación y el azar. Pero la amable presencia de los campos no se borraría jamás de la órbita de sus versos, y como imantada por la añoranza palpitaría con ingenuo encanto.

La parábola de su fuga no parecía obedecer a orientación alguna: anublado el espíritu por más de un desengaño, era el azar quien imprimía impulso a su extraño vagabundeo. Cumplíase en él aquella metáfora, de Alfonso Reyes, de que «partir es revivir un poco, porque todo viaje es un alivio moral.» Llegó a Kingston y encontró la mañana luminosa y fragante, «como el beso de América en la frente de Cristóbal Colón ». Fué saltando de isla en isla en su alucinado periplo, arrebatado siempre por una delirante embriaguez de los sentidos.

Con salidas imprevistas, pero breves, buena parte de su vida transcurrió en ciudades y villorrios mexicanos. ¡Pero con qué melancólico acento, con qué enternecedora insistencia, echó de menos el regalado encanto de su solar nativo! Pocos antioqueños habrán dirigido miradas más cargadas de amor a sus lontanas serranías. Cuando él aseguraba que por boca de sus abuelos hablaba el campo, tal vez no presentía que, decenios más tarde, por el temblor de su pávida voz, de su queja tremenda, de su alarido, habría de expresarse también el paisaje paradójico de su región, en donde, junto al énfasis sombrío de la cordillera, balancéase el azúcar frutal de sus huertos, ondea mansamente el trigo y se percibe el acongojado discurso de los ríos. Incurable mal es el de la nostomanía, en verdad. Se aposenta en el alma del viajero y no lo abandona jamás. Por eso, «ni todo el vacío de las distancias ni toda la extensión de los tiempos», según lo encarece el propio Barba Jacob, podría hacerle olvidar el pueblecito de sus mayores.

Pero la conmovedora insistencia de Barba en interrogar por todo aquello que, habiendo sido tan caro a su infancia, ha cambiado de fisonomía y espíritu o se ha disuelto en la pálida fluencia de los días, establece un clima de desolación en sus poemas: es la desolación que nos comunica el convencimiento de la fugacidad de los seres y las cosas. En vano retorna Porfirio Barba a la granja que fué de «Ricard», a su granja, a las amables reconditeces de su paisaje de antaño; en vano busca la grata presencia de la atmósfera que presidió su niñez; en vano expresa su leit motiv de que todas las mansas criaturas rurales, la acequia que serpeaba dulce, sosegada, casi sonámbula, con una como sagrada penumbra interior, la rueda fragante del molino, la palma, el zuribio y el pomar, siguen manteniendo la vida bucólica de su noble heredad; en vano se obstina en degustar la terneza y la dulzura de antes, porque todo, todo lo han abatido o transformado los años. Grave comprobación es esa de que cuanto constituyó el objeto de nuestras afecciones no se hallaba situado en el nítido contorno del espacio, sino en la huidera corriente del tiempo, cuya acción obra en nosotros mutaciones tan hondas, que el retorno a los lugares que hemos amado ya no consigue despertarnos las mismas cálidas sensaciones de otrora. Pueden comparecer en la memoria imágenes de ese pasado, pero nuestra íntima naturaleza ya ha cambiado, como la onda del río, tan inconsistente y voluble.

Más que la gloria del momento, buscada con tan irritante desenfado por aquellos a quienes levanta la garrulería colectiva, interesábale a Barba la conquista de la conciencia futura. Su filiación poética no era, no podía ser nunca la de los escritores repentistas, que aunan en su obra inspiración y espontaneidad: más claramente, congrua necesidad de decir y viciosa negligencia.

A Barba Jacob se le alcanzaba bien que los príncipes de la lengua, «los clásicos de ayer», podían entregarle el secreto de la armonía perfecta, del primor y dulce balanceo de las palabras; pero no se le ocultaba que el alma moderna, con su estremecimiento, con su desolación suprema, con su alarido, y, sobre todo, con su agoniosa posesión de libertad, tenía que ser el aliento con que renovara la ideal eternidad de las cosas. «Creo —decía— que una técnica apta no puede romper a muerte ni con las formas ni con el espíritu de la tradición.» Pero aclaraba que «la lírica hispanoamericana necesita dilatar el imperio de sus libertades.»

No hay casi producción de las suyas en que deje de percibirse como su don más fluyente, un aire sutil de melodía, grato por extremo al oído. Casi todos sus poemas se resuelven en música. Nadie podía tomar

más derecho de dulzura, de pasión por la armonía, el arpa que dejaran convulsa, como temblando, las manos febriles de Rubén. ¡Con qué exaltada maestría le arrancaba matices inesperados, con qué embriaguez la pulsaba, con qué alma delirante gozaba Porfirio Barba de esa onda de pureza y fulgor!

«Yo, pomposo, yo romántico, yo engreído, yo delirante, yo prestidigitador», se decía.

Y tal era él, efectivamente.

De su breve acervo poético, que no pasa de ochenta composiciones, solamente diez o doce han conquistado el difícil don de perdurabilidad, y eso ya lo previó el mismo Barba, que tan clara conciencia tenía de sus glorias y fracasos. Morosamente decantados sus versos, era natural que no pasasen de un número casi insignificante: es tan dura y paciente la brega del estilo, tan incontrolable la esquivez de las palabras. Por desventura, su culto de la normación ortodoxa y del alarde formal lo llevó, a las veces, a la fatuidad del oribe, a la gala presuntuosa. En ese entusiasmo barroco de buena parte de su poesía está el germen de su prematura caducidad. Exaltó Barba las bondades de la renovación y la libertad, y a pesar de ello no se desciñó de los cánones y la tradición; quiso huir de la total explicitación lírica, y sin embargo fué muchas veces discursivo; proclamó la máxima austeridad de la forma, pero casi siempre fué grandílocuo y ampuloso; obsedióle la pasión de la melodía, mas, al desviarse de la rima, le fué casi inevitable el despeño; Góngora pareció invitarle con aquella exhortación que dice: «Goza, goza, el color, la luz, el oro», pero él extremó sus afanes produciendo un estallido de matices lacerante.

Por fortuna, como un contrahaz vigoroso, por el que circula, intensa y conmovedora, toda la trágica desolación de Barba, y la turbulencia de sus pasiones, y el aliento perenne de su gracia poética, surgen sus contadísimas producciones maduras. Cualquiera de ellas podría exaltarle al rango de los autores clásicos de nuestra lengua, por su linfática tersura de estilo y su rica densidad humana.

GALO RENE PEREZ

CANCION SIN NOMBRE

Decid cuando yo muera... ¡y el día esté lejano!:
— Soberbio y desolado, lúbrico y turbulento,
de mortales deliquios en tiniebla insaciado,
era una llama al viento.

Vagó, sensual y libre, por las islas de América.
En los pinos de Honduras vigorizó el aliento.
En México hubo impulsos de ardor y rebeldía
y libertad y fuerza... Era una llama al viento.

De simas no sondadas subía a las estrellas.
Un gran dolor humano vibraba por su acento.
Fué sabio en su delirio, y humilde, humilde, humilde,
porque no es nada una llamita al viento.

Y supo cosas lúgubres, tan hondas y letales
que nunca humana lira jamás esclareció,
y nadie aún ha medido su afán y su lamento.
Era una llama al viento y el viento la apagó.

PORFIRIO BARBA JACOB

S. SERRANO PONCELA

"Dominicus autocratos"

Una mañana Robinsón Crusoe se despertó sudando; había tenido una pesadilla. Soñó que de nuevo naufragaba y de nuevo alcanzaba las costas de la isla desierta; las mismas rocas, palmas, pájaros y luna, pero con cierta diferencia inaprensible al principio y que sólo a lo largo del sueño pudo percibir. Cuando se despertó, su fiel Domingo le golpeaba cadenciosamente con un látigo sobre los riñones; tenía puesta una argolla al cuello, signo indudable de esclavitud, y el loro, su fiel loro educado en lengua inglesa, repetía con insistencia machacona: Dominicus autocratos, Dominucus autocratos... *— ¡Cómo! —dijo Robinson— ¿tú, que fuiste pedazo de arcilla en mis manos, pretendes rebelarte contra tu amo? (había comprendido, de golpe, el sueño y la situación subsiguiente). — Nada permanece inmóvil en la rueda del Señor — respondió Domingo — y los que se humillan acaban por ser ensalzados, tal como me enseñaste. Robinsón acudió plañideramente al loro y éste, abstraido en picotear una banana, le repudió. — ¡Hágase la voluntad de Dios! — dijo Robinsón. Y Domingo: — No habrá otra voluntad que la mía. Con lo cual, aplicándole un puntapié, acabó de despertar al dormido, haciéndole entender por medio de este lenguaje universal que una era nueva comenzaba en aquella isla feliz y alejada del trato mundano.*

A partir de ese día Robinsón comenzó a construir con piedras y barro y troncos de árbol una complicada torre cuyos planos ya existían en la mente de Domingo. Y no una torre cualquiera sino una torre en el vértice de la loma, inaccesible para todos los habitante de la isla: para Robinsón que la construiría, para el loro que le traicionaba y el perro innecesariamente envilecido. Como todo estaba cuidadosamente planeado desde tiempo atrás, bastó aquel ligero cambio personal para poner en movimiento la nueva situación. También Domingo había soñado aquella noche. Soñó que un pájaro, cansado de depositar guano durante milenios en los mismos enormes almacenes de roca, alzaba su vuelo formando grandes anillos concéntricos, cada vez más grandes y más lejanos, hasta confundirse con la línea recta. Entonces despertó, una hora antes que su amo; le puso la cadena al cuello y estableció la nueva dinastía. En cuanto al loro, estaba de acuerdo con él desde tiempo atrás, porque la conspiración como posibilidad próxima o remota se había iniciado a partir del momento en que Robinsón encontró a Domingo vagando por la playa. Domingo, en ausencia de su amo, reeducó al pájaro en la nueva lengua. El acto del perro fué espontáneo y servil.

Así Robinsón se vió obligado a trabajar en las tareas más viles. Conforme la torre se elevaba, la autoridad de Domingo crecía. Robinsón, metido hasta la cintura en el barro y acarreando piedras en las horas más fuertes de la canícula, recordaba sus bondades para con Domingo; cómo éste le abrazó las rodillas perdido y aterrado en la soledad de la isla; cómo le vistió y alimentó y concedió asiento en su choza; cómo le manumitió de la ignorancia. Ahora Domingo le devolvía tantos favores a su modo. El descubrimiento de esta conexión ética produjole viva alegría. Tuvo lugar una mañana, mientras daba órdenes Domingo con su varita de hueso. Así es como todo se explica —pensó Robinsón aliviado—, le hice persona y él me hace persona; los dos partimos de una misma ecuación. Cuando él subió, ya bajé; ahora él baja y yo subo. Se ajustó a las espaldas, sujetándola con tren-

zas de liana, la piedra que desollaba sus salientes costillas. El loro, acostado al fresco gozoso de un barrizal donde crecían largas espadañas, le vió pasar y estiró desdeñosamente un ala — ¡Dominicus autocratos! — dijo. Y corrigió su carraspera repitiendo una octava más agudo: — ¡Dominicus nostrum! (Robinsón, en tiempos, había enseñado latín a Domingo y éste traspasó sus lecciones al loro. Aquella soledad de años fué beneficiosa para los tres.)

Domingo se comunicaba con Robinsón a través de tan simpática bestezuela y en situaciones especiales, cuando tenía que darle órdenes perentorias, por medio de la varilla de hueso. El loro conocía une serie de palabras injuriosas o cuando menos viles, que organizadas al azar producían frases de fácil manejo. Esta era toda la conversación entre los tres. A veces Robinsón dormía y el loro, con el artero instinto de su especie, se llegaba como antaño a su oído para susurrar: « Esclavo, esclavo ». Robinsón, entonces, aparentaba dormir con mayor nobleza y reposo y llegó a acostumbrarse de tal modo que confundía la voz del loro con la voz de su conciencia, lo que aumentó su tranquilidad de ánimo.

Conforme los días pasaron y la cabaña fué quedando atrás, perdida en la lóbrega selva, creció el torreón hasta más allá de los propósitos de Domingo. Es decir: al llegar a cierta altura prevista por la nueva dinastía Robinsón, entusiasmado, en vez de cesar, reinició su acarreo de piedras y lodo. Desde arriba, cubierto por una costra de barro seco, legamosa la barba, contemplando la corteza vegetal, su mar oscuro, apenas si alcanzaba a oír, en el silencio, los aullidos cortesanos del perro. A esas horas Domingo andaba de cacería. Sentándose entonces en la cúspide trunca y siempre inacabable, sacaba de entre sus pellejos de cabra une piedra marina en forma de teja y rascándose con ella, imitaba voluntariamente a Job. Llagas, picaduras de mosquitos, ronchas de ácaros, pequeños nidos de arácnidos, caravanas de hormigas, pozos suterráneos de niguas, toda la variedad selvática le acompañaba entre cuero y carne. Al son monótono de la teja, Robinsón cantaba y era feliz. Al principio, Domingo no entendió. Estaba saturado de poder y recorría las playas y los claros de la selva tocando el cuerno (temeroso instrumento que se había generado en cierto chivo salvaje), seguido por el perro que aullaba de alegría. Después, sentado frente a Robinsón, dejaba pasar las horas y los días en silencio viéndole rascarse y trabajar porque la torre progresaba lentamente pero progresaba. Al fin, Domingo descubrió que ya no le interesaban la torre, ni el poder, ni la dinastía, ni el cuerno de caza, ni Robinsón como tales. Lo que le interesaba y le enfurecía era las indiferencias, el desdén y la ausencia de Robinsón. Porque Robinsón con sus ácaros y las nubes de mosquitos voltigeando en torno a su cabeza, cantaba salmos y cargaba piedras como un feliz cualquiera.

Al fin le pareció encontrar la solución de aquello, el modo de devolver a Robinsón la carga humillante. Golpeándole al regresar desde el lejano e inaccesible lugar donde Robinsón se hallaba fuera del tiempo y del torreón. Cuando lo tuvo frente a sí, despierto por un instante, le hizo saber que la obra había terminado. (Por tal motivo, la torre de la nueva dinastía se encuentra inacabada, trunca, mucho más temerosa.) Bajaron a la llanura los cuatro. Había comenzado la época de las lluvias, su gran nube caliente y fantasmal. Domingo trazó con la vara un inacabable círculo alrededor de lo que fué su antigua cabaña. — Aquí — le dijo — cavarás un hondo foso. Y así fué. Robinsón se aprestó a la obra tranquilamente.

El paisaje quedó invertido durante meses. Ahora Robinsón estaba abajo en el llano legamoso y Domingo arriba, sentado en la pequeña puerta de la torre contemplando el mar. Domingo veía las aguas oscuras, el disco solar y la sucesión de las noches, mientras Robinsón contaba las gordas lombrices expulsadas de sus agujeros, los sapos intranquilos y la historia de todo lo enterrado, ahondando en su zanja hasta convertirla en un pasadizo. Al principio, el loro visitaba las oscuras galerías; después fué sintiendo miedo porque se le humedecían las alas y no podía volar hacia lo alto, así que se contentó con gritar desde lejos : ¡Dominicus autocratos!, sin comprender claramente las razones que permitían a Robinsón permanecer apaciblemente en la cueva ya que Robinsón, como antes al aire libre, rascábase con la teja y cantaba, todo viscoso y lleno de diminutas raíces, mientras el perro ejecutaba sus diarias cabriolas aullando de fe-

licidad, definitivamente hallado en el buen asiento que su vida perruna reclamaba.

Aunque la construcción de cualquier foso termina alguna vez, aquello no hubiese acabado nunca, pero un día del calendario (ahora era Domingo quien tallaba la viruta diaria en el cañizo, habiendo establecido una sucesión de efemérides festivas, meses de irregular dimensión y años bisiestos), Robinson se sintió débil, no precisamente enfermo; más bien traslúcido, lleno de materia cristalizante. Comenzaron los síntomas por sus pies y así fué llegando la cristalización hasta las vísceras como si la humedad profunda en que vivía, ya familiarizado con ella, significase para su cuerpo algo parecido al proceso de transformación que sufre el carbón en las profundidades hasta convertirse en diamante. Esto era algo con lo que Domingo no contaba, y al saberlo le poseyó un ímpetu de furia. Porque Domingo, sucesivamente protegido, liberado, entronizado y deificado creía estar a punto de conseguir la última jerarquía del poder: ese lugar secreto donde Robinsón se refugiaba apretándose cada día más contra sí. Bajó entonces hasta el foso que no había visitado nunca y encontró a Robinsón muriendo y tranquilo. — ¡Tu sueño! le dijo al oído, sin que nadie, ni el perro, ni el loro, ni las húmedas paredes oscuras le oyesen. — ¡Dame tu hermoso sueño! El apacible cavador no contestó. Había en sus ojos esa lejanía inmóvil que caracteriza a los santos y a los tontos. Domingo levantó la vara de hueso y golpeó con ella la cabeza del recalcitrante. — ¡Dame tu secreto y te perdono! Robinsón arrodillado rascaba el légamo con sus uñas, duras como pequeñas palas. Domingo le derribó y le puso un pié en el cuello. — ¡Dame tu secreto! gritó por tercera vez. Las paredes reblandecidas del foso apagaron su voz y Robinsón siguió cavando. — ¡Tu verdadero sueño, tu milagro; cámbiame tu milagro por mi poder! Domingo se arrodilló junto a Robinsón. —Mírame — le imploró —, ahora no puedes dejarme solo. ¿Es que piensas morirte aquí mismo? Robinsón cantaba un himno bautista y sus pequeños ojuelos, tras de la barba inculta, brillaban con sorna. Entonces Domingo salió del oscuro fango que se prolongaba sin sentido y en espiral alrededor de la cabaña y entrando en ésta, regresó con el arca de leño repleta de amables esparcidas por la tierra. Y los carbones una piel de oveja, una condecoración: — Todo es tuyo, Robinsón; te lo devuelvo; puedes usarlo. Robinsón siguió cavando suavemente, casi con un frotamiento inaudible, en el suelo viscoso, pero sus orejas se habían tornado traslúcidas. Entonces Domingo salió de nuevo y trajo consigo el calendario de caña: — Tú eres mi señor — dijo (e hizo una reverencia); has ganado. Puso el calendario en las rodillas de Robinson. En aquel momento ya no hubo ni torre, ni foso, ni adentro, ni afuera, ni amo ni siervo. El loro y el perro escaparon a la selva. — ¡Dame tu ensueño! ¡Dame tu ensueño! ¡Dame la clave de todo

Sucedió lo siguiente: Robinsón sabia que lo que él soñaba no podría soñarlo nunca Domingo aunque le transmitiera el deseo; aunque fueran amigos amantes o señor el uno del otro. Así, no hizo ningún gesto de entrega ni de armisticio, no obstante sentir como se desgarraba su corazón, porque en su desgracia había aprendido a comprender a los hombres en general; esas cosas innobles tesoros: la brújula, arpones de hierro, se fueron cristalizando por debajo de su piel, mientras Domingo, con la cabeza casi enterrada en el barro, gemía — ¡Tu secreto, tu secreto! — Ya digo: Robinsón sabía que todo aquello resultaba imposible porque Robinsón era simplemente una memoria. Una memoria que fué libre antes de ser esclava y esta libertad conocida y gozada no podría nunca transmitirla a quien siempre fué esclavo. El pasado de Robinsón, su riqueza arrinconada e inútil, pero riqueza al cabo y suya propia, de iluminación inaccesible, no podía heredarla nadie. Esa libertad nutría los sueños que él sabía que soñaba; le transportaba fuera de la torre más allá de ella, fuera del foso circular y aún más lejos. — Lo siento — dijo — ni yo mismo puedo abandonar mi libertad. Te perdono, Domingo, pero no me es posible.

Cuando murió, Dominicus autocratos *ya sin enemigo, reinó largos años sobre la soledad y el loro. Como el perro estaba viejo y le goteaban desagradablemente los lagrimales, poco después del suceso anteriormente narrado, Domingo le atravesó el cuello con un arpón mientras el noble animal cortesano aullaba de alegría.*

S. SERRANO PONCELA

Rusia
en el banquillo de los acusados

POR LUIS ARAQUISTAIN

NUNCA SE HABIA INDIGNADO TANTO el mundo libre con un país como Rusia por sus recientes atentados contra la independencia y los derechos humanos del pueblo húngaro. Esos atentados no eran ninguna novedad. Por lo visto ignoramos u olvidamos la historia de Rusia. No hay Estado más consecuente que el Estado ruso. Todos los otros Estados europeos han sido alternativamente yunques y martillos de sus pueblos limítrofes. Sólo a Rusia le estaba reservado el triste papel de ser siempre martillo o verdugo de sus vecinos. Para comprobarlo, no es menester galopar a los lomos de milenios por el inmenso perímetro de sus territorios, que abarcan media Europa y media Asia, desde el Báltico y el mar Negro hasta el Pacífico. Basta recordar brevemente sus relaciones durante dos siglos con dos países nada más: el uno precisamente Hungría y el otro Polonia.

Rusia concurre a las tres particiones de Polonia en 1772, 1793 y 1796, en colaboración con Prusia y Austria; pero en las tres es la patriarcal Rusia la que se lleva la parte del león. En 1830, los polacos, excitados por las revoluciones liberales de Francia y Bélgica en ese año, se sublevan en Varsovia contra el dominador ruso; pero son aniquilados sin piedad por los cosacos zaristas. Vuelven a rebelarse en 1863 y otra vez vuelven a ser aplastados. La primera guerra mundial (1914-1918) hace el milagro de devolver a Polonia su independencia. Como la naciente Rusia soviética no asiste a la conferencia de la paz, no era fácil fijar sus límites con Polonia. En Versalles, los vencedores trazan en el mapa una línea divisoria llamada «línea Curzon», en homenaje al político de ese nombre que tuvo el capricho de tal demarcación. Los polacos pedían la frontera de 1772, antes de la partición de ese año, que estaba más al Este de la línea Curzon. Nada más justo : era el modo de reparar el inícuo despojo de Rusia. Pero suponiendo, no sin motivo, que el nuevo zarismo soviético no sería más benigno que el viejo zarismo monárquico, decidieron ocupar por la fuerza los territorios que históricamente les pertenecían.

Cientos de miles de polaços voluntarios habían combatido contra Alemania y Austria, los dos verdugos que con Rusia habían desmembrado su patria: dieron su sangre por la independencia y por la frontera occidental de su martirizada nación. No pudieron hacer otro tanto, durante la guerra, contra la Rusia zarista, por ser aliada de las democracias occidentales. Pero era natural que, firmada la paz, la Polonia independiente procurase arrancar por las armas a la Rusia soviética, heredera legítima en política internacional de la Rusia zarista, lo que ésta le había arrebatado por las armas en 1772. Se trataba no sólo

de una restitución territorial, sino también de un desquite moral por tres brutales particiones y dos represiones no menos brutales. La guerra ruso-polaca, comenzada a mediados de 1920, terminó el 16 de marzo de 1921 por el tratado de paz de Riga. Durante ella, las tropas bolcheviques llegaron hasta las puertas de Varsovia; pero una vigorosa contraofensiva polaca los arrojó mucho más allá de la línea Curzon, y esa línea de fuego fué la nueva frontera definitiva entre los dos países.

Mejor dicho, nada hay definitivo en historia. Lenin y su sucesor Stalin no olvidaron nunca la derrota que en septiembre de 1920 les infligieron los despreciados polacos y esperaron también el día de su desquite. No necesitaron esperar siglo y medio, como los polacos. El día de su desquite fué el 23 de agosto de 1939, en que Ribbentrop y Molotof, ministros respectivos de relaciones exteriores de Hitler y Stalin, firmaron en Moscú el pacto nazi-soviético. Todavía algunos historiadores se están rompiendo la cabeza para explicarse por parte de Rusia ese pacto, considerado entonces y aun hoy como monstruoso, por antinatural y sobre todo por su perfidia, urdido secretamente mientras los hombres del Kremlin fingían negociar una alianza con los diplomáticos y militares ingleses y franceses que por aquellos días de agosto habían ido expresamente a Moscú para eso.

Nada menos oscuro, a mi juicio. Stalin realizaba con ese pacto de no agresión dos grandes objetivos: por una parte, le dejaba a Hitler con las manos libres contra Polonia y así le propiciaba, en recompensa además de haber traicionado él, Stalin, a la República española, para que Alemania e Italia pudieran estrangularla rápidamente, condición indispensable para que el jefe nazi pudiese llevar a cabo su gran sueño paranoico, la expansión alemana por el Este de Europa, el clásico «Drang nach Osten» pangermanista; por otra parte, el zar Stalin se vengaba de la victoria polaca de 1920 contra el zar Lenin. Como se descubrió en los procesos de Nuremberg a los criminales de guerra alemanes, el pacto de 1939 contenía un anejo secreto por el cual Alemania y Rusia se dividían las zonas de influencia en la Europa oriental y se repartían amigablemente Polonia mediante una línea que pasaba cerca de Varsovia. Era la cuarta partición de este desdichado país. El zarismo soviético continuaba la historia imperial del viejo zarismo. Era el mismo zarismo de siempre, destructor de pueblos y nacionalidades, pero con otro nombre.

Sin el pacto con Stalin, que de momento alejaba la pesadilla de la guerra en dos frentes, es dudoso que Hitler se hubiera decidido a abalanzarse sobre Polonia. De modo que, de la segunda guerra mundial, tan responsable por lo menos fué Stalin como Hitler. Pero el botín del pacto criminal de 1939 le duró poco a Rusia. Hitler, el hombre por quien Stalin había traicionado a la España republicana y de quien se fiaba más que de las democracias occidentales, atacaba a Rusia en junio de 1941. Entre traidores andaba el juego: un traidor traicionaba a otro. Lo sentimos entonces por el sufrido pueblo ruso, pero no por el zar Stalin, vengador de la derrota del zar Lenin en 1920, ni por su cerril fámulo Molotof, firmante de aquel pacto contra natura, ahora licenciado, hay que esperar que definitivamente, como ministro staliniano incorregible.

Rusia y Hungría en 1848 y en 1956

Las relaciones de Hungría con Rusia apenas son menos trágicas que las de Polonia. Varían los hechos externos, pero el papel de verdugo de pueblos, una constante en la historia de Rusia, es siempre el mismo. En octubre y noviembre de 1956, el pueblo húngaro, estimulado por las huelgas polacas de liberación unos meses antes (Polonia y Hungría han sido siempre las hermanas cenicientas del imperialismo ruso), se levanta en favor de su independencia. Una vez más, como en el caso de Polonia, se repetía la trágica historia. Hacía algo más de un siglo, en 1848, los húngaros se sublevan también contra una tiranía extranjera, bajo la inspiración del gran patriota Luis Kossuth y del joven poeta Petoefi, muerto en la batalla de Segesvar en 1849, a los veintiséis años de edad. Hay una diferencia en los dos levantamientos: en 1848, el opresor extranjero es el imperio austríaco ; pero impotente para reprimir por sí mismo la rebelión, solicita la ayuda del zar ruso, que se la presta presuroso y ahoga en sangre la patriótica insurrección hungara. Fué

la última victoria de la vieja Santa Alianza, creada en 1815 por el zar Alejandro, para mantener el absolutismo tradicional en Europa.

En 1956, la potencia ocupante de Hungría no es ya Austria, sino la propia Rusia, eternamente predatoria, ahora disfrazada de patria del socialismo; pero, con maquiavélica astucia como siempre, recordando tal vez la invitación austríaca ciento ocho años antes, finge que es el propio gobierno húngaro quien la requiere a intervenir contra los rebeldes, y en su nombre, por segunda vez en un siglo, sus tropas y sus tanques y los consejos de guerra sumarísimos, que los rusos controlan, aplastan a millares de estudiantes y obreros, que sólo piden la independencia de su patria, y encarcelan o deportan a los supervivientes. Estos son sumariamente los hechos de la tragedia húngara (en otro lugar de este número de *Cuadernos* los encontrará el lector con más detalle).

Pero el año de 1956 no era el año de 1848. La conciencia del mundo libre se había hecho más sensible a las tropelías de los Estados despóticos. Esa conciencia había cristalizado en la organización de las Naciones Unidas. Ya no se podía conquistar un país impunemente y además pretender que se obraba conforme a derecho, como pretende la Rusia soviética. La Carta de las Naciones Unidas exige que sus miembros adopten medidas de seguridad colectiva cuando uno de ellos es víctima de una agresión externa. A fines de 1956, la Asamblea general adoptó varias resoluciones reclamando que Rusia retirase sus tropas de Hungría, que no siguiera deportando a sus ciudadanos y que el gobierno húngaro admitiera en su territorio observadores de las Naciones Unidas.

Rusia negaba todos los derechos y el gobierno de su vasallo Kadar se negaba a permitir en Hungría observadores que pudieran comprobar si esos hechos eran ciertos o no. En vista de estas negativas y a petición de veinticuatro Estados miembros, el 10 de enero de 1957, la Asamblea de las Naciones Unidas nombró un comité especial encargado de recoger datos relacionados con la intervención armada de Rusia en Hungría. Integraban ese comité cinco países: Australia, Ceilán, Dinamarca, Túnez y Uruguay.

Al comité no se le consintió entrar en Hungría, por alegar su gobierno que todo lo ocurrido en aquel país desde octubre de 1956 eran asuntos interiores o que caían dentro de la jurisdicción del tratado de Varsovia y que por lo tanto nada tenían que hacer en él los representantes de las Naciones Unidas. Ahora las agencias de propaganda soviética aseguran que el informe de ese comité carece de valor por no haber tomado declaraciones a los húngaros del interior, olvidando que fué Rusia, por boca de la persona interpuesta de Kadar, quien se opuso a esa visita. Al parecer, los conquistadores soviéticos esperaban que, cerrando las puertas de Hungría al comité, no habría informe. Pero le hubo. De Hungría salieron huyendo cerca de doscientas mil personas al mundo libre. Durante cinco meses, el comité estuvo en contacto con muchas de ellas en Nueva York, Londres, Ginebra, Viena y Roma, y tomó declaraciones a numerosos actores y testigos de los acontecimientos de 1956.

Durante la estancia del comité en Ginebra, se dió una representación privada en el Palacio de las Naciones Unidas de esta ciudad, de una cinta cinematográfica sobre la represión rusa en Hungría, a la que tuve el honor de asistir acompañado del profesor Enrique Fabregat, delegado del Uruguay en dicho comité. Allí conocí también a sus otros compañeros de comité y entre ellos al australiano Keith Shann, ponente del formidable informe. La película es de las que no se olvidan jamás. La mayor parte de las escenas ocurrían en Budapest, virtualmente convertida en un montón de escombros por los bombardeos soviéticos. Los tanques rusos ametrallaban a la población civil, que se pegaba a las paredes de los edificios y a los quicios de las puertas. De vez en cuando, algunos guerrilleros heroicos iban a rastras hasta los tanques con materias inflamables y los incendiaban, reduciéndolos a esqueletos metálicos. A mi lado, un fugitivo húngaro lloraba de dolor e ira ante aquel espectáculo único de barbarie invasora.

Seguramente habrá otras películas más atroces como imágenes de devastación bélica; pero no creo que ninguna iguale a ésta como alarde de inhumanidad, de guerra sin cuartel entre el ejército ultrameca-

nizado de una gran potencia militar y un pueblo que no disponía de otras armas que su valor sin límites y su decisión de morir antes que someterse al yugo de los invasores. Este documento gráfico es la acusación más abrumadora que se puede hacer contra la conducta de los rusos en Hungría y nada podría ilustrar más eficazmenée el informe de los cinco cuando se imprima.

El hecho capital de este informe es que los estudiantes y obreros húngaros se rebelan espontáneamnte, sin ninguna influencia fascista, ni interna ni externa, como han alegado las trompetas de la propaganda rusa, contra dos negaciones flagrantes de la soberanía y la independencia húngaras: contra la presencia de tropas soviéticas en Hungría y contra la política terrorista del gobierno de Hegedüs, de Matías Rakosi y de Gerö, primer secretario del partido comunista húngaro, todos ellos instrumentos serviles del ejército ruso de ocupación. Eso es lo que esencialmente piden los estudiantes húngaros en su gran manifiesto del 22 de octubre: que se retiren las tropas rusas de Hungría. Piden también que el comunista húngaro independiente Imre Nagy reemplace en la presidencia del gobierno al lacayo de Moscú Hegedüs. Le sustituye, en efecto, el 24 de octubre: es el triunfo de la revolución nacional, de la independencia de Hungría, contra la dominación soviética. Pero el 4 de noviembre, de madrugada, el ejército ruso derriba el gobierno nacional de Nagy y monta el gobierno fantasma de Kadar, no menos servil que el de Hegedüs y Rakosi. La víspera, a las nueve de la noche, el ministro de Defensa Pal Maletér y varios oficiales del Estado mayor húngaro, invitados por los jefes del ejército ruso, se dirigieron al cuartel general soviético, para negociar la retirada de las tropas rusas. Allí fueron secuestrados y nada se ha vuelto a saber de ellos hasta la fecha. Se había consumado plenamente la doble felonía contra Nagy y Maleter, con las agravantes de alevosía y nocturnidad. Ciento veintiséis años antes, en 1830, las fuerzas armadas de Rusia, después de aplastar la insurrección polaca de aquel año, proclamaron gloriosamente que «el orden reinaba en Varsovia». La frase se hizo proverbial. También ahora, por los mismos métodos, el orden reinaba en Budapest. La historia seguía repitiéndose.

¿Por qué las tropas rusas estaban en Hungría?

¿Cuáles eran los antecedentes del estacionamiento de tropas soviéticas en territorio húngaro? Esta es la clave del gran crimen de Rusia, por segunda vez en poco más de un siglo, contra la independencia de Hungría. Los rusos, viendo contradichas sus falaces palabras de presuntos liberadores de pueblos por sus actos positivos de conquista, han tratado de justificarse de mil maneras, oficial y oficiosamente. La más cínica sin duda es la declaración del gobierno soviético con fecha del 30 de octubre de 1956, en el mismo momento en que los tanques rusos destruían Budapest y asesinaban a sus inermes habitantes. «Se recordará —dice tal declaración— que, de acuerdo con el tratado de Varsovia, y los convenios entre los gobiernos, hay unidades militares soviéticas estacionadas en las Repúblicas húngara y rumana.»

Esto falsea los hechos por lo que se refiere a Hungría. La presencia de tropas rusas en territorio húngaro es muy anterior al año de 1955, fecha del tratado de Varsovia. El 10 de febrero de 1947, las Naciones Unidas firmaron el tratado de paz con Hungría. Por el artículo 22, los ejércitos aliados se obligaban a retirar sus tropas de ocupación del territorio húngaro, dendel plazo de noventa días, o sea, a partir del 15 de septiembre de 1947. Se hacía una excepción: a Rusia se le autorizaba a conservar tropas en Hungría, para mantener la línea de comunicaciones con su ejército de ocupación en Austria. Esto explica la tenaz resistencia de Rusia, durante tantos años, a firmar las paces con los austríacos; ello le hubiera obligado a retirar sus tropas no sólo de Austria, donde estaban muy a gusto, sino también de Hungría, donde estaban más a gusto, si cabe.

Pero por fin la paz de las Naciones Unidas con Austria se firma el 15 de mayo de 1955. Las fuerzas de ocupación aliadas habían de retirarse en el plazo de noventa días a partir de la fecha en que el tratado entrase en vigor, y en todo caso no más tarde del 31 de diciembre de 1955. Al cesar la ocupación rusa en Austria, ya no eran necesarias las tropas soviéticas en Hungría para mantener la mencionada línea de co-

municaciones. Pero, extraña coincidencia, el tratado de amistad, cooperación y ayuda mutua entre Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, República Democrática Alemana, Rumanía y Unión Soviética se firma en Varsovia el 14 de mayo de 1955, es decir, un día antes del tratado de paz con Austria. Me sorprende que la muy alerta Comisión Internacional de Juristas, en su colección de documentos y excelentes alegatos sobre los crímenes de Rusia en Hungría desde el punto de vista del Derecho internacional, publicados con el título de *The Hungarian Situation and the Rule of Law* (La Haya, 1957), no señale este curioso sincronismo entre el tratado de paz con Austria y el tratado de Varsovia. Pues salta a la vista que ambos instrumentos diplomáticos están reveladoramente relacionados entre sí.

Por la letra, el tratado de Varsovia es una réplica al Pacto del Atlántico y a la Unión Europea Occidental; pero en sus segundas y terceras intenciones es todo lo contrario del pacto de seguridad colectiva para la Europa oriental que pretende ser. Se coloca, claro está, bajo la advocación de las Naciones Unidas y se invocan, en frases sonoras, principos sagrados, «los principios de respeto por la independencia y soberanía de los Estados y de no intervención en sus asuntos internos». Pero el busilis del tratado está en el artículo 5 y en un anejo al final: por ellos se crea un mando conjunto de fuerzas armadas, cuyo «Estado mayor tendrá su cuartel general en Moscú». Es decir, por este tratado Rusia adquiere el derecho de estacionar sus ejércitos en los siete países consignatarios, en teoría para defenderlos contra una posible agresión del pícaro Occidente, pero en realidad para sofocar cualquier revolución interna contra la dominación soviética por el estilo de las huelgas polacas y la insurrección húngara.

En rigor, el tratado de Varsovia no es más que un artificio diplomático nacido del tratado de paz con Austria. Rusia no deseaba retirar sus tropas de Hungría, como le obligaba ese tratado de paz, previendo, con razón, que en cuanto se alejase el ejército soviético, el pueblo húngaro se sublevaría fatalmente. Para evitarlo, urdió el tratado de Varsovia, que le permite prolongar por veinte años en Hungría el estacionamiento de fuerzas armadas que se le había autorizado para mantener sus comunicaciones con Austria. Ya vimos más arriba que, en su declaración del 30 de octubre de 1956, invoca el tratado de Varsovia para justificar el estacionamiento de sus tropas en Hungría y Rumanía. Y añade en el mismo párrafo: «Las unidades militares soviéticas en la República polaca están allí de acuerdo con el convenio de Potsdam de las cuatro potencias y con el tratado de Varsovia. No hay unidades militares soviéticas en las otras Democracias del Pueblo » (léase satélites de Rusia).

La confesión es preciosa. Si el tratado de Varsovia respondiese a objetivos estratégicos contra una posible agresión externa, lo natural sería que las fuerzas soviéticas estuviesen distribuídas por todos los países signatarios de ese tratado. No lo están más que en Hungría, Polonia y Rumania, no porque esos tres países sean geográficamente los más expuestos a una agresión externa, sino por ser los más insumisos a la dominación rusa, los más impacientes por recobrar su independencia, sobre todo los dos primeros, como se vió por sus levantamientos populares en 1956. De hecho, el tratado de Varsovia no tiene por objeto proteger a sus pueblos contra sus posibles enemigos occidentales, sino dejarlos indefensos frente a su protector soviético e impedir que se liberen de sus garras.

El tratado de Varsovia es una nueva Santa Alianza

En realidad, el tratado de Varsovia es una resurrección, agravada, de la Santa Alianza que se formó en 1815 por iniciativa del zar Alejandro I de Rusia. La Santa Alianza (Rusia, Prusia, Austria y Francia) o sindicato de monarcas, como también se la llamó, envía en 1821 un ejército expedicionario austríaco a Nápoles y en 1823 los Cien mil hijos de San Luis franceses a España, para derribar los nacientes gobiernos constitucionales en esos países y restaurar el absolutismo. Cumplida su misión absolutista, las tropas expedicionarias se retiraron a sus patrias. La Santa Alianza de Varsovia no necesitó despachar ejércitos expedicionarios en 1956 a Polonia y Hungría: ya estaban allí, como en país con-

quistado. Cumplieron también su misión, mucho más grave que la de la vieja Santa Alianza: no ya restablecer un absolutismo después de todo nacional, como era el de Nápoles y el de Fernando VII en España, sino limitar el movimiento de independencia de Polonia y exterminar totalmente el de Hungría. Y cumplida la ignominiosa misión, no se retiraron. Allí siguen y allí seguirán hasta 1975, fecha en que expira el tratado de Varsovia, a menos que se prorrogue, como es probable. Por eso dije antes que la Santa Alianza de Varsovia es un renacimiento de la antigua Santa Alianza de los congresos de Troppau (1820), de Laybach (1821 y de Verona (1822) pero agravada, muy agravada.

A todo esto, los rusos y los húngaros bucelarios de Moscú como Kadar insisten en que lo ocurrido en Hungría cae exclusivamente en la jurisdicción interna de ese desventurado país. No se trata de una intervención armada de Rusia, sino de una simple operación de policía realizada bondadosamente por las tropas soviéticas a solicitud del gobierno amigo de Hungría, fraternalmente asociado en Varsovia. Es como si mañana, en alguno de los países donde los Estados Unidos tienen bases militares, no en virtud de un pacto impuesto como el de Varsovia, sino por tratados bilaterales libremente convenidos, estallase una revolución contra el gobierno del país, en España, por ejemplo, y las tropas norteamericanas, requeridas por el general Franco, la sofocasen a sangre y fuego. ¿Qué dirían entonces los rusos?

Dirían que era un acto intolerable de intervención en los asuntos internos de otro país, lo que sería verdad. Dirían lo que ya tienen dicho en un documento que presentaron a las Naciones Unidas el 25 de agosto de 1953 como proyecto de definición de lo que es un agresor en Derecho internacional. Es tal vez la definición más completa que se ha elaborado hasta ahora. La agresión, se dice allí, puede ser directa o encubierta. El artículo 6 especifica los numerosos casos que de ningún modo justifican la intervención de un país en otro. Entre otros se citan los siguientes: «cualquier movimiento revolucionario o contrarrevolucionario, guerra civil, disturbios o huelgas; el establecimiento o conservación en cualquier Estado de cualquier sistema político, económico o social». Intervenir por cualquiera de esos motivos es un acto de agresión, a juicio del gobierno ruso en 1953. O sea, que aun en el caso de que la insurrección húngara hubiera sido un movimiento contrarrevolucionario, no se justificaba que los rusos, por su propia definición del agresor, intervinieran para sofocarla.

El informe de los cinco y el libro citado de la Comisión internacional de Juristas prueban hasta la saciedad que el levantamiento húngaro de 1956 no fué contrarrevolucionario, sino simplemente nacional, en pro de la independencia del país. Pero aunque hubiera sido contrarrevolucionario, repito, ahí está la definición rusa del agresor en 1953 desmintiendo la declaración del 30 de octubre de 1956 y todos los alegatos aducidos para justificar sus innumerables violaciones del Derecho de gentes en Hungría. Y es que, en suma, una cosa es predicar y otra dar trigo. Los rusos predican mucho, pero no dan trigo, sino metralla. Siempre han sido así, como hemos visto en lo que antecede. ¿Lo serán siempre? No le neguemos a nadie las posibilidades de perfectibilidad humana. El nuevo zar Kruschef, que no cesa de desestalinizar el régimen en Rusia, es decir, de eliminar uno a uno sus rivales, tenía ahora una ocasión excelente para demostrar al mundo que Rusia quiere desestalinizarse también más allá de sus fronteras, liquidando la Santa Alianza de Varsovia y retirando sus tropas de sus países vecinos y vasallos. ¿La aprovechará para confundirnos a sus críticos escépticos? Ojalá. Nunca celebraríamos tanto habernos equivocado.

LUIS ARAQUISTÁIN

Experiencias y realidades soviéticas

POR VLADIMIR DEDIJER

AHORA HEMOS DE ABORDAR uno de los problemas principales de esta conferencia (1) :

¿Es posible que un orden social como el que domina en la U. R. S. S. dé también origen a tendencias expansionistas, que persiguen la integración de otros Estados por medio de la hegemonia? ¿Qué clase de orden social existe en la U. R. S. S.? ¿En este país se ha liberado la sociedad de la explotación del hombre por el hombre, o es que esta explotación tiende, por lo menos, a disminuir de intensidad allí? ¿Se trata, sí o no, de un orden socialista, conforme con su definición científica? Estas preguntas son tanto más interesantes cuanto que, por una parte, los rusos proclaman oficialmente que han realizado la sociedad socialista y que están en el período que conduce al comunismo, y por otra parte, han transcurrido cerca de cuarenta años desde la Revolución rusa de 1917, esa revolución que significó para mí el triunfo del altruísmo sobre el egoísmo, sobre la extrema injusticia y el despotismo de la sociedad zarista.

En 1917, por primera vez en la historia de las relaciones humanas, Rusia tuvo que resolver, en la escala de un gran país, el problema clave de la evolución social contemporánea, de la teoría contemporánea del socialismo: el de la armonización de los intereses del individuo y los de la sociedad.

¿Cuáles son los resultados de esta experiencia en la U. R. S. S.?

En primer lugar, la idea preponderante de estos últimos cuarenta años en la Unión Soviética ha sido que el «Estado constituye la encarnación de una conciencia todopoderosa, capaz de dirigir las fuerzas económicas en sus menores detalles.»

La tarea de llevar a la práctica esta teoría ha impedido que el poderío económico, que bajo el régimen zarista detentaban algunos, fuese transmitido al conjunto de la sociedad, lo que sin embargo era el objetivo esencial del socialismo. Es cierto que el antiguo aparato del Estado fué derrocado y los medios de producción nacionalizados; pero el nuevo aparato del Estado, en lugar de pasar a ser el servidor de la sociedad, se convirtió en su amo. El funcionamiento de un Estado así centralizado depende sobre todo de su aparato administrativo y de las fuerzas de represión de que dispone. Así es como la máquina del Estado asumió las funciones que hubieran debido incumbir a los productos directos, y se encargó de la planificación y de la distribución de la plusvalía. Para poder funcionar debidamente, el sistema recurrió al incentivo de los salarios elevados, convirtiéndose de este modo en explotador de la sociedad. Los verdaderos productores —los obreros— no formaban parte del sistema, no tenían voz

(1) Conferencia pronunciada recientemente en el Instituto de Asuntos Internacionales de Estocolmo, de la que ofrecemos a continuación un largo extracto. La revista *Preuves* publicó en francés el texto íntegro.

en el capítulo. Ellos no son más que el objeto de la historia, pero no son sus sujetos. La escala de los salarios en la U. R. S. S. ofrece mayor desigualdad que en muchos de los países sometidos al capitalismo de Estado. Los funcionarios de este aparato de represión perciben sueldos extraordinariamente elevados. Por lo tanto, el gran problema del socialismo —el modo de estimular el celo del individuo para hacerle producir— no ha sido resuelto. Stalin confiaba en la fuerza bruta y en la coacción. Las condiciones de vida en la U. R. S. S. demuestran perfectamente que la nacionalización no significa la eliminación de la explotación. El verdadero socialismo sólo puede ser instaurado después de las nacionalizaciones.

En el plan teórico, los cuarenta años de régimen soviético demuestran que en un sistema de economía nacionalizada no se puede desdeñar de hecho la condición del individuo como tal, sin que de ello resulte automáticamente la alienación del hombre en relación con la sociedad, sin que surjan graves conflictos entre los intereses individuales y los sociales, así como una serie de crisis políticas insolubles, a no ser que se recurra a la violencia más dura. El presente orden social de la Unión Soviética está minado por profundas contradicciones entre su base material y su superestructura.

Así pues, podemos decir que, en la práctica, los hechos que hemos registrado —y que se hallan confirmados por las fuentes soviéticas más dignas de crédito, como el informe secreto de Kruschef ante el XX Congreso del Partido Comunista— demuestran lo siguiente:

— En la U. R. S. S. se ha creado un super-Estado, cuyo monopolio todopoderoso no fué jamás igualado en la historia de las relaciones sociales; se ha establecido una forma particular de capitalismo de Estado totalitario, en la cual la explotación del hombre por el hombre es una realidad de todos los días;

— Esta sociedad no ha logrado crear una ética nueva, de tipo superior, que sin embargo, hubiera debido ser inseparable de la construcción del socialismo. El enorme capital moral acumulado por la Revolución rusa de 1917 se ha agotado hace tiempo. La mayoría de los revolucionarios que tomaron parte en los acontecimientos de 1917 han sido asesinados por Stalin, como lo confirman oficialmente las cifras dadas por Kruschef durante el XX Congreso. En sus puestos se han instalado algunos de sus antiguos colegas que supieron plegarse a los deseos de Stalin, echando así por la borda toda especie de moral social y reforzando el predominio de la burocracia. En la sociedad soviética actual, los principios morales han sido olvidados y se da preponderancia a la coacción o a la amenaza de coacción. Tal es el método que está en vigor en la legislación soviética del trabajo. Por el hecho de que el Estado disfruta de un monopolio absoluto sobre todas las actividades del país, de él depende que un hombre encuentre trabajo o se muera de hambre. Esta arma ha servido para destrozar a muchos hombres valerosos. La psicología de las «almas vendidas» de que hablaba Gogol es una realidad concreta en la Rusia de hoy, mucho más aún que en tiempo de los zares. En las relaciones morales, el egoísmo ha prevalecido al fin, tanto en el terreno personal como en el nacional.

La evolución de la sociedad soviética actual demuestra que una moral altruísta es indispensable a toda sociedad que quiera evitar la degeneración y la descomposición. Todo movimiento que haga caso omiso de la moral siembra los gérmenes de su propia destrucción. La experiencia soviética ilustra, bajo una forma clásica, un fenómeno que ya se ha producido varias veces en el curso de la historia de los hombres. los cuales, después de haberse afiliado a un movimiento sólo porque tenían hambre, se apresuraron a abandonar los principios por los que habían luchado tan pronto como llegaron al poder y lograron saciar su hambre. Estos hombres representan un peligro para la sociedad cuando ésta no puede pedirles cuentas por la diferencia que existe entre sus palabras y sus actos, y no dispone, por lo tanto, de medios de fiscalización. Por no existir en la Unión Soviética esta posibilidad de fiscalización, la desigualdad entre los salarios es tan acentuada que en las grandes ciudades se encuentran barrios reservados a los dirigentes, y hasta ciertas calles especialmente «gubernamentales». En la Unión Soviética hay una barrera física que separa al pueblo de sus jefes, y el conjunto de estas condiciones materiales ha creado una psicología peculiar,

la psicología burocrática, cuya característica esencial es la intolerancia.

En nuestra época de capitalismo de Estado, este fenómeno se explica por la naturaleza misma de las relaciones sociales, y sus manifestaciones no se registran solamente en la Unión Soviética. También se producen, de una manera específica, en el seno de ciertos partidos políticos, de ciertos sindicatos e incluso de ciertos «Estados-providencia», debido a la ausencia en el interior de estos organismos de un sistema democrático capaz de frenar este comportamiento egoísta.

James Carey, presidente de la *International Union of the Electrical Workers* de los Estados Unidos, al hablar recientemente del caso de Dave Beck, puso el dedo en la llaga de este problema capital:

«Es de temer un riesgo de corrupción —dijo— cuando los funcionarios sindicales son hombres que consideran su organización, no como una asociación sagrada, no como una fraternidad, o como la primera etapa hacia la realización de un ideal, sino como una empresa comercial.

«Hay riesgo de corrupción cuando se acentúa desmesuradamente la diferencia entre el nivel de vida de los miembros del sindicato y el de los jefes sindicales, cuando éstos empiezan a poseer grandes empresas comerciales, inmuebles, cuadras y caballos de carreras.

«Hay riesgo de corrupción cuando los funcionarios sindicales, consciente e inconscientemente, llegan a considerar el movimiento obrero como una fuente de enriquecimiento personal: cuentas enormes en los bancos, piscinas en los patios de sus casas y surtidores en el comedor.»

Es indudable que este cuadro se parece singularmente al de la vida en la Unión Soviética y al de una parte de la población de los Estados Unidos, con la diferencia considerable de que Walter Reuther y J. Carey han tenido el valor moral de denunciar estos abusos del comportamiento social egoísta en sus propias organizaciones, mientras que en la Unión Soviética estas tentativas hubieran sido condenadas inmediatamente como ataques a la «dictadura del proletariado».

Por esta razón concedo tanta importancia a los principios morales que animan los movimientos de la clase obrera en todos los países del mundo. Este es para mí el problema clave del socialismo actual, que no podría desdeñarse sin exponerse a graves peligros.

La gran fuerza de Marx no reside tanto en el aspecto racional de su doctrina como en su aportación afectiva, en su voluntad de hacer todo lo posible para ayudar a los oprimidos en su lucha por la igualdad. Pocos hombres hay en la historia que hayan superado a Marx en este aspecto de su actividad, que le ha permitido ayudar a los obreros a construir sus organizaciones políticas y económicas y a crear sus movimientos de masas.

Los dos elementos esenciales de la civilización europea deben avanzar siempre a la par: Gomulka ha comprendido perfectamente la importancia de este factor y lo expresó admirablemente hace poco en Polonia, no sólo en su declaración de principios políticos, sino también en su conducta de ser humano, en su integridad intelectual y en su racionalismo.

Pero volvamos al tema principal de esta parte de mi conferencia: la naturaleza del sistema social en la Unión Soviética ha engendrado inevitablemente, en el terreno de las relaciones internacionales, una tendencia al expansionismo y a la hegemonía.

Así pues, prácticamente, la cuestión de las relaciones entre el individuo y la sociedad en el nuevo orden social, y de la armonización de sus intereses, no ha sido resuelta en la U. R. S. S.

Lenin reconoció teóricamente la tesis de Engels sobre el carácter inevitable de la «debilitación del Estado», desde el momento en que éste llegue a representar realmente al conjunto de la sociedad.

Es indudable que esta teoría extrae su valor moral de principios elementales, como la eliminación de la explotación del hombre por el hombre, la libre asociación de los productores, la lucha por las libertades democráticas, etc.

Una vez planteada así esta teoría, ¿cuál es, en primer lugar, la verdadera significación de esta «debilitación del Estado» en el contexto ideológico del sistema soviético De una manera general, esta tesis ha sido defendida, de un modo abstracta, filosófico, hegeliano, por Marx y Engels, que no han sabido, o no han querido dar a esta fórmula hegeliana un contenido más con-

creto, ni la han analizado ni alimentado.

En la U. R. S. S., esta cuestión ha estado siempre automáticamente ligada a toda la estructura de la sociedad soviética y a la teoría de la dictadura del proletariado, tal como fué formulada por Lenin, y después, por Stalin. Desde los primeros días de la revolución rusa, Rosa Luxemburgo tocó el fondo de este problema de la democracia para una sociedad de este orden. A partir de este momento, nos está permitido preguntarnos si la propia estructura del sistema soviético, así como los límites que impone a las libertades sociales e individuales, son compatibles con el proceso de la «debilitación del Estado».

Después de la muerte de Lenin, Stalin aplastó a todos los que se le oponían en este terreno y proclamó un argumento tendencioso, según el cual el Estado soviético no podía debilitarse ni en el interior ni en el exterior, «en tanto que el cerco capitalista no hubiera desaparecido». Así, la «debilitación del Estado» ha quedado aplazada *ad infinitum* y no ha conservado más que un valor de propaganda — el del Segundo Advenimiento del Mesías, más improbable hoy que hace cuarenta años.

A mi modo de ver, no es la discusión dogmática de ciertas teorías abstractas o filosóficas la que permitirá resolver el problema de la armonización de los intereses individuales y sociales en la U. R. S. S.

Los términos del problema son muy distintos, y no deberían considerarse únicamente en relación con la sociedad soviética, sino a la luz de la orientación general de la evolución mundial de nuestra época y, sobre todo, del papel que actualmente incumbe al Estado en la sociedad. En nuestra fase histórica —en la que predomina siempre la fuerza del Estado— estas tendencias se dibujan de la manera siguiente:

— Nos hallamos en presencia de una concentración intensa de medios de producción, fenómeno que trae consigo, casi automáticamente, su socialización, y tiende a asignar cada vez más al Estado la función esencial en el terreno económico, no sólo desde el punto de vista administrativo, sino también del técnico.

— Paralelamente a esta concentración económica se opera la concentración de poder político en las manos del Estado.

— Como consecuencia de estos dos factores, se establece un desequilibrio entre el individuo y la sociedad, desequilibrio que se traduce por un nuevo tipo de crisis políticas, que abren el camino a diferentes sistemas dictatoriales y a movimientos democráticos.

De todo lo que antecede se desprende, en primer lugar, que la cuestión del «debilitamiento» del Estado es uno de los problemas claves de la evolución social contemporánea; en segundo lugar, que la solución de este problema no podría tener ninguna relación orgánica con las formas totalitarias del poder. Así pues, no es una casualidad que la cuestión del «debilitamiento del Estado» haya quedado en la ideología soviética como una fórmula vacía de contenido; en tercer lugar, el fondo de este problema del «debilitamiento del Estado» es la parte esencial de lo que el socialismo moderno ha conservado de la teoría clásica. No se trata de la extinción dogmática y filosófica del Estado, sino de una tarea que consiste en establecer instituciones fundamentalmente democráticas:

— La instauración de una asociación, realmente libre, de los productores directos; y esto debería hacerse a partir de la formación del nuevo aparato del Estado, teniendo en cuenta que la democracia no se administra a pequeñas dosis, sino que es total, o de lo contrario no existe.

— La garantía constitucional y efectiva del derecho de todos los productores a una participación entera y por igual en la distribución de la renta nacional.

— Los derechos del productor no deben limitarse a la distribución de la plusvalía de su trabajo, sino que deben extenderse igualmente a su participación en los negocios del Estado, que sólo puede estar asegurada por una garantía constitucional y por la práctica efectiva de las libertades democráticas fundamentales de reunión, de organización y de expresión del pensamiento. Este es, a mi entender, el camino que evitará los obstáculos de los diferentes tipos de estatismo y que conducirá a la instauración de la sociedad de «productores libremente asociados», de que hablaba Marx, subrayando al mismo tiempo que la cuestión del desarrollo socialista se confunde esencialmente con la de la democracia.

Permítanme una observación más perso-

nal: quisiera llamar la atención sobre el hecho de que, en mis opiniones teóricas, lo mismo que en mi conducta diaria, he tratado siempre de atenerme todo lo posible a la definición del socialismo que di en 1952, al final de mi último libro:

El socialismo es una sociedad... «en la que ya no existe la explotación del hombre por el hombre, en la que el individuo se ha liberado de las cadenas del Estado y disfruta plenamente de todas las libertades económicas, sociales y políticas...»

Yo no sé si he logrado llevar a la práctica estos pincipios, pero sí he hecho lo posible para ello, sabiendo que la honradez intelectual y el acuerdo entre los actos y las palabras son la fuente de un mayor bienestar humano.

En esta charla no quiero extenderme sobre los esfuerzos concretos emprendidos por algunos países, como Yugoslavia, China, Polonia, Israel y otros, para resolver los problemas evocados anteriormente, ni sobre los resultados que han obtenido hasta la fecha, pues sería apartarme de mi asunto, que concierne a la integración de Europa.

Creo que en los análisis precedentes han quedado expuestas las razones del estancamiento o de la descomposición del sistema soviético; y creo también que estas observaciones, hechas desde un punto de vista esencialmente materialista, dan cuenta en gran medida del expansionismo de la U. R. S. S. y de su tendencia a anexarse otros países por la fuerza.

Además, entiendo que la forma actual de las relaciones sociales en la U. R. S. S., no está consolidada para siempre. Esta conclusión sería muy poco científica. Después de la muerte de Stalin, se han revelado numerosos hechos (tales como el regreso de millares de desterrados de Siberia, las medidas destinadas a suprimir la arbitrariedad del aparato policíaco, mayor libertad artística, nuevos métodos para la destitución de los dirigentes: Malenkov no ha sido asesinado, tampoco ha desaparecido, ni siquiera ha sido detenido o simplemente separado de sus funciones, sino que se le ha autorizado a permanecer en el gobierno...), que indican que en la sociedad rusa, están produciéndose grandes cambios. Una consecuencia importante de esta evolución interior es un aflojamiento de la tensión en la guerra fría, que satisface a todos los hombres sensatos del mundo.

Pero estos cambios cesaron de pronto en otoño último, lo mismo en la vida interior de la U. R. S. S. que en ciertos aspectos de su política exterior, como lo prueban abundantemente los acontecimientos de Hungría. De modo que los movimientos que han surgido en la U. R. S. S. después de la muerte de Stalin no han logrado transformar la naturaleza misma del sistema social; pero en el seno de la casta dirigente se han producido, no obstante, ciertos cambios, uno de cuyos rasgos más característicos quisiera yo subrayar aquí:

En tiempo de Stalin, el verdadero poder político estaba en manos de la burocracia y de la policía, que dominaba hasta en el Partido. Gracias al terror, ésta desempeñó un papel importante en la aplicación del programa fundamental de la economía soviética, que es la creación de una industria pesada.

Después de la muerte de Stalin, la influencia de los tecnócratas se ha hecho sentir más claramente. Estos reclamaban una sociedad estable y un mínimo de legalidad. ¿Cómo podría llevarse a buen término una operación técnica complicada, con las manos temblorosas de un ingeniero que se pregunta si aún estará en libertad al día siguiente? Los dirigentes de la U. R. S. S. han comprendido, además, que no podrían competir con los países económicamente más avanzados, sin la ayuda de un número considerable de técnicos, cuyas condiciones de vida deberían suponer cierta estabilidad. Estas han sido las exigencias del Ejército soviético, que tiende cada vez más a desempeñar el papel de los antiguos «junkers» prusianos. Aparte este rasgo, hoy en día no existe una gran diferencia entre un soldado y un tecnócrata.

Esta evolución no ha acarreado una transformación radical del sistema social en la Unión Soviética, que sigue siendo para mí el capitalismo de Estado. En cuanto a la descentralización iniciada en estas últimas semanas, tampoco significa una consolidación del socialismo, puesto que el derecho de los productores a disponer de la plusvalía de su trabajo no se ha reconocido. Nada indica una atenuación del dogmatismo ni de la rigidez, que son la regla en todos los aspectos de la vida soviética. La re-

ciente descentralización me parece una concesión a los tecnócratas locales, que tienden a remplazar la burocracia centralizada con una multitud de pequeños señores regionales, gracias a lo cual aumentará un poco, pero muy poco, su poder. Esta « descentralización », a la que no acompaña ningún aumento sensible de los derechos democráticos para los productores, sólo puede conducir a un sistema corporativo y no al socialismo. El problema clave queda todavía sin resolver en la U. R. S. S.: se trata de saber «si los medios de producción deben estar en las manos del aparato administrativo del Estado o si deben estar dirigidos por los órganos colectivos del gobierno, que representen democráticamente a los trabajadores, es decir, a los productores mismos».

Sin embargo, resultaría poco científico afirmar que en principo las fuerzas socialistas no tienen ninguna probabilidad de progresar en la Unión Soviética. Pero, por otra parte, sería igualmente ingenuo pretender que ya se manifiestan y que la sociedad soviética evoluciona en el sentido del socialismo. Las duras realidades de la política rusa, tanto en el interior como en el exterior, distan mucho de permitir una conclusión de este género.

Además, las profundas contradicciones existentes en la Unión Soviética, entre la realidad material y la superestructura, dan lugar a una lucha constante entre las clases, que allí son de un tipo especial y complejo. Se trata de un proceso enteramente nuevo en su género, que se halla aún en la fase embrionaria, y cuyo desarrollo será largo, pero inexorable. No existe ninguna barrera, no hay ninguna fuerza en el mundo que pueda resistir a la marcha de la historia. El soldado ruso que en Budapest se ha negado a tirar sobre los obreros húngaros, ha demostrado que los principios esenciales de la civilización europea no han sido destruídos en Rusia, a pesar, no sólo de los «dos minutos de odio», de que hablaba Orwell, sino de los «veinticinco años de odio» y de terror staliniano. El espíritu de los Decabristas, de Bielinsky, Werzen, Tolstoy, Chaikovsky, Dostoyevsky, Bakunin, Kropotkin y Bukarin sigue vivo en el corazón del pueblo ruso.

Existe una teoría según la cual la Unión Soviética será probablemente el teatro de una lucha entre una fracción staliniana y una fracción antistaliniana. No creo que los jefes de lo que se ha convenido en llamar la fracción antistaliniana obedezcan a preocupaciones profundamente morales, al deseo revolucionario de volver a encaminar a la Unión Soviética por el sendero del socialismo. No es posible haber permanecido durante veinte años como auxiliar de Stalin, haberle ayudado a cometer algunos de los crímenes más atroces de la historia de la humanidad, sin haber perdido al mismo tiempo la moral humana. Las medidas adoptadas depués de la muerte de Stalin fueron sencillamente una habilidad política: existía una contradicción profunda entre la realidad soviética y su superestructura, y había llegado la hora de aflojar un poco las riendas. Esta necesidad no ha sido comprendida por todos los dirigentes soviéticos, y en particular por los que no querían abandonar su dogmatismo o que no eran tan sutiles como algunos de sus colegas. Pero el grupo que está a la cabeza se ha equivocado al evaluar las consecuencias que podría tener la revelación de los crímenes de Stalin, en el curso del XX Congreso. Por una parte, ha dado origen en Rusia y en la Europa oriental a un impulso popular para reivindicar más libertad, los cuadros del Partido han sido liberados de un tabú, y como este tabú no ha sido sustituído aún por ningún otro, ha podido darse libre curso a todas las ideas. Por otra parte, esta reacción popular ha surtido el efecto de una advertencia dirigida a los burócratas, los cuales han comprendido que sus intereses de clase estaban en peligro. De este modo, la fracción staliniana ha podido reforzar sus posiciones y ha practicado un endurecimiento de su política, tanto en el interior del país, como en relación con los países satélites. El informe de Kruschef ha desempeñado, en este aspecto, el papel de los gansos del Capitolio, al advertir indirectamente a la burocracia del peligro que amenazaba su situación y sus privilegios de clase. Pero en la Unión Soviética, la lucha de las tendencias se prosigue en el seno de la casta dirigente; es, al mismo tiempo, una lucha por el poder, y el que sea capaz de asegurar el predominio del Ejército, será sin duda el vencedor.

VLADIMIR DEDIJER

La era termonuclear

POR RAYMOND ARON

Las derivaciones previsibles de la revolución militar son de tal naturaleza que pueden modificar las ideas fundamentales de la diplomacia planetaria en la era atómica? Los progresos que los peritos nos anuncian son: el perfeccionamiento de los cohetes, cuyo alcance es cada vez mayor, la multiplicación de los tipos de bombas H, comparable a la de los tipos de bombas A, las unas de potencia aumentada, las otras de potencia menor (con supresión del polvo radioactivo), hipotéticamente, por lo menos, y el descubrimiento de medios de defensa contra los cohetes. En el aspecto político, el cambio decisivo podría ser la generalización del armamento atómico, de modo que los Estados fuesen entrando, uno tras otro, en el club atómico que hoy se halla reducido a tres Estados.

***

La diversidad de las bombas H actuará en el mismo sentido que la diversidad de las bombas A; suscitará la misma controversia sobre la posibilidad de emplear bombas H « pequeñas » sin provocar el empleo de las « grandes ». El enriquecimiento del arsenal modifica los elementos técnicos del problema, pero no sus elementos políticos.

El perfeccionamiento de la defensa contra los cohetes no parece traer consigo consecuencias revolucionarias. No se carece de defensa contra los bombarderos o los cazas bombarderos; pero el tanto por ciento de los aparatos derribados no bastaría para impedir la devastación del territorio. La defensa debe completarse con la amenaza de represalias, y ésta a su vez debe fundarse en medios suficientemente abundantes y lo bastante dispersos para que el agresor no pueda abrigar ninguna esperanza de impunidad.

Con el perfeccionamiento de los cohetes, la ventaja del ataque sobre la defensa debe aumentar; pero la posibilidad de impunidad, es decir, la ventaja que la sorpresa confiere, debe disminuir. En lo porvenir, la proporción de los cohetes interceptados será probablemente inferior a la proporción de los bombarderos derribados. El progreso no modificaría notablemente la relación actual entre el obús y la coraza. En cambio, reforzaría de modo considerable la defensa, al quitar la esperanza de destruir de un solo golpe los instrumentos de represalias del enemigo. En la hora actual, se ha llegado a concebir aeródromos volantes, o sea el mantenimiento en los aires, de manera permanente, de algunos bombarderos estratégicos, con el fin de excluir la posibilidad de un nuevo *Pearl Harbour* sobre las bases de la aviación estratégica. Pero con las rampas de lanzamiento de cohetes, estas precauciones resultarían inútiles. Un agresor eventual sabrá que no tiene ninguna probabilidad de paralizar de un solo golpe a su rival o a sus rivales.

Es cierto que esta ventaja habrá de pagarse cara. La intervención que se proyecta actualmente sobre los aeródromos, los lugares de concentración y los centros de co-

municaciones sería ineficaz. Ningún síntoma revelaría de antemano la preparación del ataque. No habría preparativos militares propiamente dichos. El cohete con cabeza termonuclear caería del cielo a una velocidad supersónica, sin que nada hubiese prevenido al país atacado y sin que éste conociese siquiera el lugar de procedencia del proyectil, ni el país responsable de la agresión.

No creo que éste sea el porvenir probable. La primera explosión atómica, que se produjo en la Unión Soviética, y la primera explosión termonuclear no han sido las que han sembrado la angustia por todo el planeta, sino la guerra de Corea. Diríase que la humanidad ha decidido, de una vez para siempre, vivir como si el peligro atómico o termonuclear, aéreo o balístico no existiesen. Reacciona ante las crisis políticas lo mismo que reaccionaba ayer; finge ignorar la acumulación de los medios de destrucción y la multiplicación de los vehículos para transportarlos. ¿El ajuste definitivo de los cohetes intercontinentales acabará con esta extraña seguridad y nos hará entrar en la era de la angustia? Nadie podría responder con certidumbre; pero aun a riesgo de parecer cándido, me inclino por la negativa. Los riesgos de aniquilamiento se considerarán normales, como ha ocurrido sucesivamente, o simultáneamente, con los riesgos creados por las fuerzas cósmicas o la violencia de los hombres. ¿Acaso se les considerará mayores a medida que se multipliquen los medios de ataque, o menores, a medida que se multipliquen los medios de tomar represalias? Cada cual puede decidir estas cosas por su cuenta. Lo probable es que los hombres, lo mismo mañana que ayer, oscilen sin motivo serio entre el terror y la tranquilidad.

La posesión de armas atómicas, no ya por tres, sino por un gran número de Estados, abrirá una nueva era. Los primeros Estados capaces de fabricar bombas son los europeos (Francia, Alemania, Suiza, Suecia). La distancia entre «grandes» y «medianos» se verá reducida; en cambio, las posibilidades de neutralidad aumentarán. Los Estados Unidos estarán obligados a contar más con sus aliados; los europeos volverán a encontrar un arma que no poseen los pueblos no occidentales. Pero no nos forjemos ilusiones: esta ventaja se pagará relativamente cara. Si los Estados Unidos hubiesen puesto sus armas a disposición de la alianza, los europeos hubieran podido evitarse el gasto de decenas de miles de millones para adquirir los conocimientos que los norteamericanos ya poseían. Y hubieran podido dedicar esas sumas al desarrollo de los recursos de la comunidad atlántica entera. Finalmente, el arma atómica no será menos útil para los europeos, en sus relaciones con el Africa o el Próximo Oriente, que lo ha sido para los Estados Unidos, en sus relaciones con la Unión Soviética.

Esta primera ampliación del club atómico no aumentará sensiblemente la probabilidad de una explosión. Los gobernantes de Europa calcularán las consecuencias de sus actos, como lo hacían sobre poco más o menos los de los Estados Unidos y de la Unión Soviética. Sin embargo, cuanto más numerosos son los Estados poseedores de armas nucleares, más disminuirá matemáticamente, inexorablemente, la improbabilidad de decisiones insensatas, más se alejará la perspectiva de un acuerdo internacional. ¿Cómo esperar que los Estados rivales se pongan de acuerdo, si los Estados aliados no llegan a compartir sus secretos, que ya no lo son?

Esta primera etapa nos permite suponer lo que puede ocurrir dentro de una decena de años. De aquí a veinte o veinticinco, lo más tarde, el club de los poseedores de armas termonucleares se ampliará a su vez, y entonces pertenecerán al club de las «pequeñas potencias atómicas» Estados no europeos. ¿No será menester un milagro para evitar que tantas bombas almacenadas en todos los rincones del planeta hagan explosión solas? ¿Cómo evitar que surja cierto día un dictador que apriete el gatillo?

¿La carrera de los armamentos en el seno de la alianza atlántica llevará acaso a los Estados Unidos y a la Unión Soviética a tomar medidas comunes para prohibir la ampliación del club atómico? No nos atrevemos a creerlo (o a temerlo). La competencia para atraerse a los países no comprometidos se pone de manifiesto mediante ofrecimientos repetidos de los dos Grandes (ofrecimientos de materias fisibles, de recetas o de conocimientos). El día de mañana las bombas serán un subproducto de la utilización pacífica de la enegía atómica, y

todos los países necesitan esta fuente de energía. Para evitar la fabricación de bombas, hubiera sido menester que, desde el primer día, la industria atómica hubiese sido enteramente internacionalizada. A partir del fracaso inicial, cuya lógica hemos demostrado ya, los acontecimientos siguieron su curso. Un acuerdo parcial sólo hubiera sido aceptable a condición de no favorecer a ninguno de los dos Grandes. Una vez cumplida esta condición, hubiera sido necesario que los técnicos y los hombres de Estado tuvieran el convencimiento de que esta igualdad de sacrificios era efectiva. El acuerdo hubiera debido ser técnicamente controlable. La limitación de las explosiones termonucleares no está excluída, precisamente por responder a dos exigencias. En cambio, la limitación de las experiencias de cohetes intercontinentales es muy difícil de controlar.

No es posible afirmar que el desarrollo lógico llegue a su término, ni que todos los países posean, de aquí a un siglo, bombas nucleares y cohetes intercontinentales. Quizá la Unión Soviética y los Estados Unidos, bajo el temor de una amenaza común, se aproximen hasta el punto de imponer a la humanidad la dominación de dos reyes. Pero esto sería una gran suerte. Lo más probable es que el club de las potencias atómicas, primero, y el de las potencias termonucleares, después, se amplíen, y que hagan lo mismo las potencias dotadas de vehículos de transporte, tales como aviones o cohetes, capaces de descargar sobre una ciudad cualquiera del Estado vecino el proyectil monstruoso. Esta situación, peor que la precedente, no invita al desánimo: pero prohibe abandonarse a las semiverdades categóricas, o a las alternativas rápidas. Nos muestra, una vez más, prescindiendo de todo fanatismo, el único camino de la prudencia.

Hay un hecho que nos parece casi cierto: la posesión del explosivo nuclear por la mayor parte de los Estados hará pensar con nostalgia en el tiempo de la coyuntura bipolar.

*
**

Desde que los hombres existen y se baten, se han escrito centenares de libros para condenar la guerra o para cantarla, para buscar sus causas o analizar sus especies. No es seguro que esta montaña de libros sea mucho más instructiva que una mirada sobre el mundo actual.

Los israelíes ocupan las tierras que los árabes de Palestina consideran como suyas. Están dispuestos a luchar hasta la muerte, los unos para conservar su territorio y los otros para reconquistarlo; los unos para defender su Estado, en el lugar mismo escogido por la historia o por la Providencia, y los otros para destruír este Estado usurpador, favorecido primero por la connivencia de las autoridades mandatarias y forjado después por la violencia. No nos preguntemos quién tiene razón o quién no la tiene. Los judíos y los árabes tienen buenos argumentos. Han podido construír un Estado único o un Estado federal, pero no quieren aceptar el reparto. Provisionalmente, las grandes potencias les impiden resolver sus querellas con las armas; si se les dejara solos, se batirían.

La coyuntura palestiniana de 1956 es única. También es singular la vuelta de los judíos dispersos hacia la tierra de sus antepasados míticos (los judíos de Europa, en su inmensa mayoría, no descienden de los judíos expulsados de Palestina, sino de las colonias judías de la cuenca del Mediterráneo o de Europa, es decir de individuos convertidos al judaísmo). Pero lo mismo si los judíos se han visto impulsados hacia Palestina por el hambre, como por la aventura o la presión de los «bárbaros», volvemos a encontrar un caso elemental, tantas veces repetido a través de la historia: Tribus o pueblos que chocan sobre una tierra que acabará perteneciendo al más fuerte; y el más débil se hallará condenado a desaparecer, a emigrar o a constituír la clase inferior de una sociedad compleja. En el otro extremo, la Grecia del siglo V ofrece el caso de una guerra a la que el genio de Tucídides dió la grandeza y la pureza de un modelo ideal, y que no tenía ninguna relación con las necesidades fundamentales ni con los antagonismos insensatos. La conciencia de su helenismo común hubiera debido hacer desistir a Atenas y a Esparta de una lucha a muerte, en la que una u otra de estas ciudades debía sacrificar su porvenir; pero cada una se sentía amenazada por la otra. La potencia de Atenas ponía en peligro las libertades de las demás ciudades, y Esparta, al observar

que la talasocracia ateniense continuaba extendiéndose, temía ver llegar el día en que ya no fuese capaz de salvaguardar su propia independencia. Hubiera sido más razonable dividir a Grecia en zonas de influencia. Hubiera sido razonable concluír una paz de transacción. Pero, una vez desencadenada, la guerra llegó a ser un destino más fuerte que la voluntad.

Pero nuestra mirada no se aparta del mundo actual. Los Estados de Europa, en 1914, tampoco estaban condenados a desgarrarse mutuamente. De conformidad con un cálculo razonable, tenían más intereses comunes que intereses opuestos. Ninguna nación europea quería realmente la muerte de la otra. Más tarde se ha descubierto que el pangermanismo animaba sólo a una fracción de la clase dirigente de la Alemania imperial. En su conjunto, ésta era ambiciosa, pero también veleidosa; más amante de gloria que de conquistas. Sin embargo, el día en que se desencadenó la guerra, ambas partes tuvieron el sentimiento de que se lo jugaban *todo*. La victoria de los imperios centrales hubiera dado a Alemania una hegemonía que los ingleses no consentían en reconocerle y que hubiera consumado la decadencia de Francia. Una victoria decisiva sobre los imperios centrales exigió el concurso de las potencias extraeuropeas. Alemania sucumbió ante los esfuerzos de las democracias coligadas; el zarismo no resistió a la prolongación de las hostilidades. La guerra desvió súbitamente la tendencia hacia el liberalismo; veinte años después de la victoria de las democracias, casi toda Europa estaba sometida a despotismos. Cuando estos últimos hubieron desencadenado la segunda guerra europea del siglo, o si se prefiere, el segundo episodio de la «guerra de Europa», después de una especie de armisticio de Nicias, las naciones amenazadas esta vez de destrucción o de vasallaje por el III^{er} Reich, no tuvieron más recurso que luchar hasta el fin, dispuestas a aliarse con quien fuera, a pagar cualquier precio para abatir la tiranía hitleriana. El precio fué la sustitución de la tiranía parda por la tiranía roja, sobre la mitad del continente.

Tal fué, en Grecia y en Europa, la guerra-destino, la que parece alimentarse de sí misma, extenderse indefinidamente, a la vez misteriosa y evidente, pasional y lógica. Buenas o malas, las decisiones adoptadas en cada momento por los actores son producto de la razón. Los propios acontecimientos, considerados en conjunto, dan el sentimiento de una fatalidad. ¿Cuál es el sentido humano de esta fatalidad, si no que los Estados prefieren la muerte a la esclavitud y ven en el ascenso de un rival el anuncio de esa esclavitud?

La guerra-destino, en la que aparentemente se ventila la hegemonía de uno solo, en el interior de un sistema definido tradicionalmente por el equilibrio entre varios, no parece justificarse con ninguna explicación, ya sea el exceso de población, la falta de recursos o las rivalidades económicas. Es posible que Grecia padeciera o dispusiera de un excedente de hombres. Es posible que las ciudades buscaran fuera de sus límites tierras o riquezas (este no era el caso de Esparta). En todo caso, las circunstancias favorecieron la explosión de las hostilidades.

La guerra por el territorio que uno solo posee y la guerra por el imperio que no se comparte parecen excluir las soluciones por medio de negociaciones o de transacciones, que pueden concebirse fácilmente cada vez que la suerte de una provincia o el trazado de una frontera están en litigio, o en que el orgullo dinástico o el placer de pelear son la causa de un conflicto. Sólo existen otros dos tipos de hostilidades, si no de guerra, que sean en apariencia tan rebeldes al espíritu de paz: los que conciernen a la existencia de los Estados y a las creencias de los ciudadanos. Rara vez el constructor de un Estado ha podido prescindir de la fuerza para reducir las resistencias. Los gobernantes de Jakarta, apenas se habían hecho independientes de Holanda, cuando ya lanzaban expediciones para someter a las poblaciones que no aceptaban sus leyes. La división de la India británica, para formar los nuevos Estados de India y Pakistán, fué acompañado de matanzas y de una semiguerra. En cuanto a la fe comunista, es (o era) el alma de una especie de cruzada permanente, puesto que proclama la necesidad de la lucha de clases y confunde la salvación con el triunfo de un partido que no hace distinciones entre la victoria y la liquidación física de sus adversarios.

¿Nuestra época es acaso menos rica en

ocasiones de conflicto por la tierra, por el imperio, por el Estado o por la idea, que lo fueron las épocas precedentes? Nadie podría afirmarlo. En rigor, el caso de Palestina puede juzgarse como único y anacrónico. Alrededor de las civilizaciones ya no subsiste nada equivalente a la invasión del imperio romano por los germanos o a la conquista de la China por los manchúes. Los germanos y los manchúes estaban tan bien armados, y a veces tan bien organizados, como las legiones romanas o las tropas de la sociedades sedentarias. Hoy los bárbaros necesitan conocer los secretos de la ciencia y de la industria antes de medirse con los pueblos de civilización técnica.

Una vez hecha esta reserva —y aún hace falta para ello cierto optimismo—, las sociedades del siglo XX no presentan ninguna diferencia en relación con las del pasado, en lo que concierne a las causas aparentes de guerra. Ya se trate de crear Estados, de propagar una idea o de disputar un imperio, el siglo XX representa la suma de los siglos pasados; no contiene siquiera las primicias de un avance fuera de los límites.

¿Por qué rehusamos, pues, escuchar a los profetas de la catástrofe? ¿Por qué rechazamos la disyuntiva de los optimistas, que no ven ninguna esperanza fuera del Estado Universal y de la paz definitiva? Nuestra confianza no se funda en el hecho único, indiscutible, de que la técnica, mejor que el botín, pueda curar los males de la pobreza o del exceso de población. Es cierto que los pueblos belicosos o imperialistas fueron a menudo demasiado numerosos, en proporción a los recursos de que disponían en su época. El incremento de las clases jóvenes contribuye probablemente a la vitalidad agresiva y al espíritu marcial de las colectividades. Cualquiera que sea la responsabilidad que se atribuya a estas fuerzas ciegas, sería igualmente un error contar con el progreso económico para asegurar la paz, o temer que el descenso de la mortalidad provoque la guerra. Las sociedades no son juguete de causas que ignoran, sino que se ven arrastradas por las que no han cambiado: las circunstancias diplomáticas, los instrumentos de combate son distintos. Esta mezcla de lo que es igual y de lo que es distinto es el mundo en que vivimos. La pesadilla de los pesimistas es que las pasiones estallen en una guerra a muerte, a la que la humanidad no sobreviviría. El sueño de los optimistas es que las circunstancias y los instrumentos transformados modifiquen la marcha de la política.

La guerrilla es el argumento de las sociedades o de los partidos que no poseen armas clásicas eluden la alternariva de la vos nucleares. Los conflictos locales con armas clásicas eluden la alternativa de la pasividad ante la agresión o el apocalipsis. Las armas de destrucción en masa dan a los Estados técnicamente más avanzados un poderío que en la mayor parte de los casos son incapaces de utilizar.

En todas las épocas, la técnica de la guerra se refleja en la estructura política de las naciones. Los Estados son a imagen de sus ejércitos. Pero los ejércitos del siglo XX son tan diversos como los modos de combatir y como las organizaciones estatales. En los países promovidos recientemente a la independencia, los jefes de Estado han sido, o hubieran podido ser, jefes de guerrillla. En los países de Occidente, los jefes del Estado son los que conquistan los sufragios. En los países divididos entre la papeleta de votación y el pronunciamiento, los jetres de los partidos y los jefes del ejército alternan en el poder. Los jefes revolucionarios dominan en el campo de la lucha ilegal, los jefes parlamentarios dominan en la tribuna, los jefes militares dominan en el ejército. Cuando el tiempo ha gastado el entusiasmo popular y la violencia pacífica, los jefes de una revolución temen lo mismo la evolución hacia el reinado del ejército, como la evolución hacia el reinado del sufragio libre.

Los únicos técnicos de la guerra que no parecen destinados, en nuestro siglo, a los honores supremos son aquellos que los soñadores imaginaban antaño en primera fila: los jefes de laboratorio. A este respecto, la historia es más sabia que las novelas de anticipación. No se gobierna a los hombres con armas que rebasan los límites humanos. Las armas demasiado eficaces se ven restringidas por la limitación de su posible empleo. En la era termonuclear, las sociedades amenazadas ya no serán forzosamente militaristas.

RAYMOND ARON

Realidades y perspectivas chilenas

POR CARLOS DE BARAIBAR

POR SU PROPIA VIOLENCIA —inusitada en país tan mesurado y legalista como Chile— y por la obscuridad en que continuan sumidos importantes aspectos de su gestación y desarrollo, los graves sucesos ocurridos en Santiago y Valparaíso en el pasado mes de abril, han despertado en el exterior sentimientos de inquietada expectación respecto a su futuro inmediato. Y bien se puede afirmar que la reacción está justificada cuanto que el primer efecto producido en el país por los sangrientos hechos aludidos fué el de una completa desorientación, peligrosamente propensa al caos, que tuvo evidentes manifestaciones tanto en la conducta de las autoridades directamente responsables del mantenimiento del orden, como en la totalidad de las formaciones políticas nacionales.

Gracias, en efecto, a la sorpresa causada por el giro y vuelo tomados por los acontecimientos durante el atardecer del día 2 de abril, la capital del Estado quedó a merced del furor de turbas sobre las que ni siquiera el Partido Comunista y la Central Unica de Trabajadores —colonizada por él— ejercían ya control, como sinceramente ha reconocido aquél en el reciente informe de su secretariado ante el pleno de su Comité Central, celebrado durante la segunda quincena de mayo en la cómoda clandestinidad de que el comunismo se beneficia en Chile. Y la desorientación subsiguiente fué tan completa, y tan desconcertantes sus manifestaciones, que casi en horas el gobierno pasó de contar con el apoyo de la totalidad de los partidos, menos la alianza social comunista del llamado Frente de Acción Popular, para defender al régimen, al aislamiento total en que hoy se encuentra, concentrándose ahora la atención pública, en cuanto al discernimiento de las responsabilidades en torno a tan graves hechos, en un proceso por el asalto, saqueo y destrucción de la imprenta donde se editaba la prensa comunista, proceso en el que está envuelto lo más granado de la policía política chilena.

No creemos, sin embargo, que la perspectiva de Chile sea tan sombría como la que naturalmente puede desprender un desconocedor de su historia y de su ambiente, de esta sumaria exposición de antecedentes inmediatos, forzosamente tan incompleta, sobre todo si considera, además, a la delicada crisis económica que está padeciendo el país, y el constante deterioro de su tono moral y de la solidaridad nacional, notoriamente perceptibles en la etapa histórica que vivimos. Por fortuna, hay importantes factores básicos que contrarrestan las circunstancias de la presente y delicada coyuntura. Ante todo, la sinceridad del sentimiento liberal y democrático de la inmen-

sa mayoría del país, acompañado de un respeto no menos generalizado a la ley y de una natural propensión al encuentro de tolerables soluciones de compromiso, si los antagonismos se encrespan. En los años últimos, por ejemplo, el Ejército se ha negado reiteradas veces al golpe de Estado que solicitaban gobernantes y opositores, alegando patrióticas razones que hacen de él una admirable excepción en el mundo hispanoamericano. Y hemos visto también aquí, al borde de una huelga general revolucionaria, a los supremos dirigentes de la Central Unica de Trabajadores —bajo control comunista— acudiendo al Arzobispado para pedir la mediación conciliatoria de S. E. el Cardenal Caro.

* * *

Con todo, hay un factor permanente para mantener viva la inquietud respecto al futuro del país: el atraso de su desarrollo económico y la incapacidad de superarlo por sí solo abandonado a sus propias posibilidades de hoy si, al propio tiempo, ha de darse satisfacción a los anhelos de mejor nivel de vida, ansiosamente deseados por la masa. Chile, que dió ejemplo a toda la América latina con la precocidad y solidez de sus instituciones jurídicas y culturales, con su progreso político, económico y social, no puede resignarse al estancamiento de su bajo nivel de vida de hoy. Pero, al propio tiempo, como insinuábamos, carece de capacidad para autofinanciar su desarrollo, y de una conciencia cívica de la disciplina y sacrificios que el resurgimiento exige, incluso para merecer o garantizar las ayudas exteriores que precisa.

Es una situación, desde luego, dramáticamente difícil de superar en un régimen democrático, de libertad absoluta de crítica y de oposición, como el que disfruta Chile, máxime teniendo al flanco uno de los partidos comunistas más aguerridos y eficientemente infiltrados del mundo. De aquí cierta propensión a estimar que en Chile pudieran estar indicados los métodos de las «repúblicas populares» para acelerar el desarrollo económico, incluso en estos momentos en que se palpa el fracaso de la economía «socialista» en el Este de Europa, cínicamente negado por la propaganda comunista latinoamericana. Pero la situación es tan oscura que no faltan quienes piensen —incluso sin ser comunistas— que si no se puede crear una conciencia nacional, con su mística de progreso por el trabajo, y la solidaridad económica internacional no suministra los capitales y la técnica precisos para acelerar vigorosamente el ritmo del desarrollo hasta que la autocapitalización baste, sólo quedan dos perspectivas: hundirse progresivamente en la desilusión y la miseria, camino de un puro caos, o aceptar los brutales métodos «populares», con su mística del sacrificio impuesto por hipnotización, su disciplina a latigazos y su capitalización a expensas de un nivel de vida más bajo aún, durante todos los años necesarios, para la masa privada de libertad y dignidad.

Evidentemente, Chile no se merece esto y creemos que, por las condiciones de carácter a que antes hicimos mención y por su propia virilidad, no toleraría nunca que se implantase aquí un régimen semejante. Pero ¿cuál es su realidad económica? ¿Hay serias probabilidades de mejorar, para asegurar su estabilidad institutional y futuro políticosocial más venturoso? Todo depende, en gran parte, del éxito o del fracaso de la lucha contra la inflación, emprendida tarde y a destiempo por la Administración presente, sin la resolución necesaria para mantener una línea precisa ni para dar ejemplo con la austeridad en los gastos públicos, razones por las que ya no cabe esperar un aclaramiento de la perspectiva hasta después de las próximas elecciones presidenciales, es decir, hasta que una nueva Administración reoriente con mayor eficacia el combate. Y esto no empezará a verse, prácticamente, hasta 1959. Mientras tanto, lo más probable es que las inquietudes persistan, si bien cada día parece más generalizada la resolución de llegar pacíficamente a ese momento, para salvar las instituciones democráticas que el país ama con tante evidencia. Habrá, por consiguiente, uno o varios ministerios de transición, sobre cuya composición nada se puede predecir, pero que se verán imposibilitados para toda obra fecunda.

En el orden estrictamente económico, la situación es asaz ingrata. La inflación hizo tremendos estragos en la descapitalización

del país, sin que en momento alguno tuviera la virtud —contra lo que no pocos ignorantes opinaban— de servir, al menos, de instrumento de justicia social para la redistribución de la renta. Al contrario, después de la relativa euforia provocada por Administraciones de frente popular mediante elevaciones de salarios (justas como aspiración, pero casi nunca respaldadas por aumentos de la producción y la productividad), los sueldos y los salarios han resultado, en general, especialmente perjudicados en su capacidad adquisitiva, a causa de la inflación. Y, al presente, el tono vital de la economía chilena es tan bajo que en 1956 su producto bruto se redujo en un 2,5 por ciento con respecto a 1955, confirmando la tendencia a su estancamiento, en tanto que el conjunto de la economía latinoamericana progresa, aunque a ritmo insuficiente. En realidad, teniendo en cuenta el aumento de la población, el ingreso bruto total chileno —que fué igual en cifras absolutas al de 1953— ha resultado menor por habitante en 1956 que en los años anteriores.

No hay posibilidad de entrar aquí en detalles sobre la orientación y modalidades de la lucha contra la inflación, que era una necesidad absoluta emprender, puesto que el alza del costo de la vida llegó a ser ya del orden del 72 por ciento en 1955, siendo todavía del 56 por ciento en el pasado año. Pero sí es posible vaticinar que el futuro inmediato de Chile pende de la tenacidad e inteligencia con que se prosiga la lucha. Por desgracia, si, como decíamos, ésta se emprendió tarde y a destiempo, la coyuntura política es ahora menos favorable que nunca para sacrificios y uniones: en vísperas casi de elecciones presidenciales, hay mucho riesgo de que las diferentes corrientes políticas se inclinen a la demagogia para atraer clientela. Apenas hay esperanzas, pues, de que en los meses inmediatos se intensifique la lucha contra la inflación, ni de que se adopten auténticas medidas de fondo para sanear el país y preparar el aumento del ritmo de su desarrollo económico.

* * *

Sin embargo, sería absurdo abandonarse al pesimismo al enjuiciar el futuro inmediato del país. Ciertamente, Chile no figura entre los que puedan considerarse fabulosamente ricos por naturaleza, como es el caso de varios países latinoamericanos cuya población media está más atrasada, cultural y materialmente, que la chilena de hoy. Pero tiene todos los elementos necesarios para desarrollar una economía ejemplarmente diversificada y compensada, que le asegure, al menos, la *aurea mediocritas* horaciana. En efecto, con una población todavía escasa (alrededor de 8 habitantes por kilómetro cuadrado), sus tierras de cultivo, que es necesario distribuir mejor y laborar más técnicamente, dan todo género de productos, por la variedad de climas, desde cereales a frutas, y pueden sostener una ganadería mucho más desarrollada que la actual, si el espejismo de la industrialización a todo trapo encauza equilibradamente los grandes capitales necesarios para volver al país a las tradiciones del tiempo en que fué incluso exportador de trigo y carne. El rudo revés que significó el desplazamiento del nitrato natural por el sintético, no sólo puede ser parcialmente compensado con nuevos métodos químicos —si existen los capitales precisos— sino que ha sido superado por el enorme auge del cobre, al que acompañan en Chile toda suerte de minerales interesantes: hierro plomo, cinc, azufre, carbón y, al parecer, los codiciados radioactivos. El desarrollo de la industrial petrolera, aunque no a escala fabulosa, sólo aguarda, como todo, la precisa inyección de capitales. Y aun queda por impulsar, una de las más grandes reservas de riquezas marítimas del mundo —con su estupenda gama de peces, mariscos, ballenas y algas— y la mejor reserva forestal del orbe quizás —guardadas las proporciones— para la producción de papel. En Chile, por ejemplo, están listos todos los planes, en espera de capital, para que en media docena de años la industria maderera produzca tanto en divisas fuertes como hoy la gran minería del cobre, principal sostén de la economía nacional.

Chile no es un país fácil para enriquecerse, aun cuando en la desmoralización reinante se hayan hecho rápidas fortunas con la especulación y otros manejos sucios. Pero en la época inicial en que el atraso técnico hacía tan dura la lucha para crear una nación próspera, la alta moral de tra-

bajo de su capital humano, colocó a esta nación despoblada a la cabeza de América latina. No hay razones decisivas para imaginar que los descendientes de aquellos enérgicos creadores de la nacionalidad chilena vayan a persistir indefinidamente en las tendencias desintegratorias que han ido haciendo del país un conjunto informe de egoístas grupos de presión, afanosos de mejorar sus intereses parciales, con peligroso menosprecio de los más elevados del conjunto. Pero, a decir verdad, aun no se percibe una clara decisión de elevar la puntería sobre las querellas corrientes y los apetitos mezquinos, para crear una mística colectiva capaz de arrancar a Chile de su depresión actual. Excusado es subrayar el papel que juega el comunismo en empeorar el cuadro.

* * *

Ahora bien: aun suponiendo que la reacción se produzca —como cabe imaginar dados los antecedentes expuestos—, nadie puede esperar que la situación mejore de manera substancial sin una poderosa ayuda financiera exterior, para acelerar el ritmo del desarrollo económico hasta que, como decíamos, elevada la capacidad de autocapitalización, el país sea capaz de mantener por sí solo un adecuado nivel de vida. En su último estudio anual sobre la economía latinoamericana —base de las trascendentales deliberaciones que acaba de celebrar en La Paz la Comisión Económica para América Latina— la crisis chilena evidenciada durante el primer período de su lucha contra la inflación ha sobresalido como ejemplo de las graves dificultades «que encuentra una política anti-inflacionista cuando no puede sustentarse en una amplia cooperación financiera internacional».

Chile —y gran parte de la América latina— se debate en una angustiosa falta de capitales, que la está manteniendo en su triste condición de continente subdesarrollado, cuando la realidad es que cuenta con enormes riquezas potenciales, todavía en tranquilizadora desproporción con su población escasa. El esfuerzo, pues, para salvar a estos pueblos de la desesperanza de que son reflejo sus periódicas convulsiones y sus lamentables dictaduras, es harto menor que el necesario para tratar de impulsar los hormigueros humanos de Asia o para mantener la carrera de armamentos. A los países más ricos del área democrática toca discernir si les interesa o no hacer el sacrifico adicional o la reducción congrua en sus actuales programas de ayuda para salvar a América latina de su situación presente, dado que, además, la inversión puede y debe ser rendidora para todos, en el estricto plano financiero.

Lo que sí parece claro es que el desarrollo económico de América latina no debe seguir retrasándose, incluso porque hay no pocos síntomas de que sus pueblos no pueden ni quieren esperar más. Para nosotros es un áspero deber decirlo. Pero la verdad es que América latina, que ha visto, esperanzada, el prodigioso despertar de la Europa libre, no hará tranquilamente la cola hasta que el Asia no sovietizada se desarrolle, si puede desarrollarse. En rigor, a la Euramérica más próspera corresponde la histórica decisión.

CARLOS DE BARAIBAR

J. M. MACHIN

Siles Zuazo se impone en Bolivia

No ha mucho América —y Europa, donde también la noticia corrió ampliamente— fijaron sus ojos atónitos hacia la hermosa configuración geográfica que forma la nación boliviana. El presidente Hernán Siles Zuazo —quien gobierna a Bolivia desde el 17 de junio de 1956— asumía una actitud que el mundo no había contemplado después de la muerte del Mahatma Gandhi: iniciaba una huelga de hambre frente a una de las crisis que se le presentaba al país a causa de una huelga decretada por determinados líderes obreros. Posteriormente, el mismo presidente anunciaba a un corresponsal de una agencia internacional de noticias que «tomaría una decisión importante en el lapso de treinta y seis horas». Se le atribuía la determinación de renunciar de su alto cargo si continuaban las críticas que se hacían contra el plan económico elaborado por su gobierno. La opinión pública mundial especialmente la latinoamericana y particularmente la boliviana, se encontraba impresionada ante posturas tan poco comunes en un gobernante.

Quienes conocen el carácter de Siles Zuazo explican esas actitudes como una consecuencia directa de su sinceridad. Hasta sus más encarnizados opositores le atribuyen una franca honradez, puesta a prueba en diferentes ocasiones. El papel que él jugó en el llamado movimiento revolucionario de 1952 y que llevó al Poder al M. N. R., fué decisivo para el triunfo de su partido y de sus ideales. Y su vida ha sido siempre la de un constante hombre de lucha que ha tomado una posición definida frente a los problemas de su patria y del continente americano. Posición con la cual se puede estar en desacuerdo, pero que, indudablemente, merece el respeto de sus conciudadanos.

El presidente Siles forjó su madurez política bajo las banderas del Movimiento Nacionalista Revolucionario, organización partidista que nació en plena guerra mundial, en 1941. Sin embargo, puede decirse que el M. N. R. es un producto de la Guerra del Chaco.

«La guerra infausta», como la califican los bolivianos, desangró terriblemente a Bolivia y Paraguay. Sobre todo la primera quedó desquiciada en su política interior. De sus huellas dolorosas se proclamó la necesidad de transformar la vida nacional de acuerdo con las modernas corrientes políticas, económicas y sociales, mas, tomando en cuenta las realidades propias. Los combatientes que volvieron de los campos de batalla se sentían profundamente decepcionados de lo que se denominaba «la vieja politiquería» y pedían un cambio radical en el aparato estatal del país. Un innegable y vehemente nacionalismo invadió las esferas populares al mismo tiempo que un declarado anhelo de derrocar la minoría dominante que, si numéricamente era insignificante, económicamente era poderosa.

El M. N. R., nutrió sus fuentes de ese nacionalismo. Su programa levantaba igualmente el estandarte de la abolición de los privilegios. «Afirmamos —decía su Declaración de Principios— nuestra fe en el poder de la raza indomestiza; en la solidaridad de los bolivianos para defender el interés colectivo y el bien común antes que el individual, en el renacimiento de las tradiciones autóctonas para moldear la cultura boliviana y en el aprovechamiento de la técnica para construír la Nación en un régimen de verdadera justicia social, sobre bases económicas y políticamente condicionadas con sujeción al poder del Estado.» Y un bien organizado golpe que triunfó en

diciembre de 1943 llevó al solio presidencial a su jefe de entonces, el teniente coronel Gualberto Villarroel.

Excepción hecha de Argentina, todas las demás Repúblicas del Hemisferio —con Estados Unidos a la cabeza— negaron, al comienzo, el reconocimiento del nuevo régimen establecido. Se le imputaba vivas simpatías con el nacifascismo reinante en la época, no obstante que, desde el principio, manifestó su adhesión a las Naciones Unidas y que mantuvo la declaración de guerra contra el Eje. Hábilmente explotada, en la campaña de descrédito al gobierno de Villarroel, al lado de los poderosos de las «rosca», de los llamados «barones del estaño» se encontraban los comunistas, los dóciles sovietizantes que eran implacables adversarios de los líderes del M. N. R. Y solo, después de numerosas solicitudes diplomáticas, el gobierno de Villarroel fué al fin reconocido por las naciones occidentales.

Aciertos y errores caracterizaron el régimen del Movimiento Nacionalista Revolucionario en su primer período. En materia social implantó leyes de reconocido tinte progresista y dictó medidas tendientes a favorecer las condiciones de vida de los obreros, de los indios y de la clase media de la población. Su acción encaminóse a atacar los grandes monopolios, principalmente los de las grandes empresas mineras sostenidas por propietarios feudales. En el plano político, sin embargo, la aplicación de ciertos métodos contra opositores que no podían ser catalogados de reaccionarios, desdecía del gobierno del teniente coronel. Lo cierto es que en julio de 1946, Villarroel cayó sangrientamente: su cuerpo fué colgado en el farol de una plaza pública.

La muerte de Villarroel y los acontecimientos posteriores permitieron que la oligarquía boliviana recobrara la totalidad del Poder. Los Patiño, Hochschild y Aramayos eran los verdaderos mandatarios, y constituían un Estado dentro del Estado. Presidentes, ministros, senadores, diputados, diplomáticos, etc., eran —valga la frase— empleados de los «señores del estaño». La economía del país, deformada, giraba alrededor de las exportaciones de minerales y como el ochenta y seis por ciento de esas exportaciones estaban acaparadas por las manos de las tres familias nombradas, la suerte total del pueblo dependía de la agiotista voluntad oligárquica. Esto explica por qué los obreros y campesinos, en diversas oportunidades, insurgieron contra la situación imperante. Pero en vez de satisfacer las necesidades nacionales, de mejorar las condiciones de las masas populares, las manifestaciones de reivindicación social eran dominadas o aniquiladas por el empleo de la fuerza.

Seis años de inestabilidad política corrieron de 1946 à 1952. El gobierno del presidente Herzog dimitió en favor del vicepresidente Mamerto Urriolagoitía. En las elecciones de 1951, el candidato del Movimiento Nacionalista Revolucionario —de nuevo en el escenario público— doctor Víctor Paz Estensoro resultó electo por abrumadora mayoría frente al candidato oficial. Para evitar su acceso al Poder, una Junta Militar presidida por el general Ballivián dió un *coup d'Etat* que oscureció la de por sí inquieta situación. Entre los días 9 y 11 de abril de 1952 el pueblo se echó a las calles en las ciudades de la Paz y Orruro, y estudiantes y mineros armados llevaron a cabo una revolución. Fué en esta revolución en la cual Siles Zuazo —quien clandestinamente había regresado de su exilio en Chile— tomó parte preponderante y determinante.

La Junta Militar contaba con el respaldo de sus equipados regimientos del Ejército, comandados por el general Torres Ortiz. Los revolucionarios dirigidos por el hoy presidente de la República y por el general Saleme —quien se había comprometido con los rebeldes— establecieron su cuartel general en la Universidad de la capital. Y en un momento en que éste quiso rendirse, después de un duro batallar en que creyó la causa perdida, Siles Zuazo replicó y dijo a sus partidarios: «Hasta tanto yo no muera la lucha continuará.» En efecto, poco más tarde, los regimientos leales al gobierno comenzaron a pasarse a las filas revolucionarias y la Junta Militar que comandaba al país tuvo que abandonar el Poder. Paz Estensoro, el ganador de las elecciones del 51, principiaba así su período en la presidencia de Bolivia.

La administración de Paz Estensoro, además de otras medidas, tomó dos que constituían —según sus propios redactores—

puntos fundamentales en el Programa del Movimiento Nacionalista Revolucionario: la nacionalización de las minas y la reforma agraria.

Ambas medidas tropezaron con la fuerte oposición de sectores adversos al Movimiento y, particularmente la primera, con los poderosos intereses de los Patiño, Hochschild y Aramayo. Pero si se quiere ser objetivo, tendrá que reconocerse que fueron recibidas con júbilo popular. El pueblo boliviano deseaba gozar de mejoras en su nivel de vida. Los «barones del estaño» y los «poseedores de la tierra» por llevar anteriormente una política que sólo atendía a particulares ganancias, sin oír el clamor colectivo, y por haberse empecinado en negar las lógicas y justas reivindicaciones de los obreros y campesinos, radicalizaron las aspiraciones populares.

En un discurso pronunciado en un acto celebrado en su honor por el Consejo de los Estados Americanos, el entonces Canciller del régimen de Paz Estensoro, Dr. Walter Guevara Arze, explicaba así el significado de las medidas que comentamos:

«Hemos nacionalizado las minas de tres grandes empresas que eran las que oprimían al país mediante la violencia interna y el engaño internacional. Esa nacionalización no importa una línea política, sino un hecho concreto dirigido pura y exclusivamente contra esas tres compañías que no dudaron en internacionalizarse para obtener ayuda extraña. Con esa medida recuperamos para el país las riquezas que, como un río de estaño originado en nuestras montañas, iba a desembocar en las bóvedas de los grandes bancos internacionales. Destruímos automáticamente el poderío político que esas empresas ejercían dentro del país y estamos resistiendo la campaña de propaganda y desprestigio que han organizado contra nosotros en el extranjero particularmente aquí, en los Estados Unidos de América...» «Hemos puesto las bases legales e institucionales indispensables para implantar la Reforma Agraria. Esa Reforma importa la liberación de más de dos millones de campesinos, del régimen de servidumbre feudal al que se hallaban sometidos y la destrucción de las trabas que impedían el desarrollo de nuestra economía agrícola. La trascendencia de esta medida puede juzgarse mejor si se tiene en cuenta que Bolivia importa la mayor parte de los alimentos que consume, todos los cuales pueden ser producidos en el país y que no lo eran porque el régimen de tenencia de la tierra y de trabajo de los campesinos estaba atrasado en siglos con relación a las formas de producción de nuestros tiempos.»

Por otra parte, Paz Estensoro logró establecer con los Estados Unidos relaciones diplomáticas y entendimientos comerciales en un plano de cordial amistad y de respeto mutuo.

Esa política la ha continuado el actual presidente Hernán Siles Zuazo. Pero la situación económica de Bolivia no es brillante. Siles ha querido remediar dicha situación y últimamente propuso un Plan de Estabilización Económica elogiado por economistas de renombre mundial. Según los peritos del Fondo Monetario, el mencionado Plan es el único que puede abrir el camino hacia la prosperidad. No obstante, dentro de su propio partido ha encontrado resistencia para su aplicación. Los dirigentes Juan Lechín y Nuflo Chávez han criticado el Plan presentado por el presidente Siles Zuazo, llegándose a creer —por las divergencias existentes— que el Movimiento Nacionalista Revolucionario está en peligro de dividirse, lo que es esperado en los círculos de la oposición con verdadera ansiedad.

El gobierno, en efecto, (fuera de las tendencias aparecidas dentro del M. N. R.) tiene como adversarios decididos, y quienes han preparado algunas conspiraciones sin éxito, a los *falangistas* —del Partido de la Falange Boliviana— que forman las fuerzas derechistas de Bolivia, y a los comunistas, facción pequeña, pero ruidosa que adapta sus consignas de acuerdo con los vaivenes del Kremlin.

Hernán Siles Zuazo cuenta, según parecer del Instituto Boliviano de Encuestas de Opinión Pública, con el setenta por ciento de la población que apoya su Plan de Estabilización. Pero en muchas mentes una interrogante flota : ¿logrará, en lo político, dominar la campaña oposicionista? Solo el tiempo podrá responder.

J. M. MACHIN

Siete mañanas pintando a Casals

POR LUIS QUINTANILLA

En 1938, en aquel otoño en que dió Pablo Casals su maravilloso concierto —para algunos, su mejor concierto— en Barcelona atacada por el fascismo internacional, yo hablé con él rogándole me permitiese pintar su retrato, y el accedió gustoso. Pero los acontecimientos nos distanciaron; él se instaló en Francia, yo en los Estados Unidos, y al saber este invierno que ya residía en San Juan, a seis horas de vuelo desde Idlewild y sin molestias de documentos viajeros, le escribí diciéndole que en estos últimos 19 años había aumentado mi ilusión artística de pintarle. Me contestó que fuese en seguida.

Conocí a Casals de manera pintoresca en París, en 1921. Era mi segunda época en la capital de Francia, y aún alternaba en mi vida la bohemia. Una tarde, en Montparnasse, me buscó otro español amigo, compositor de música, para decirme que aquella noche tocaba Casals. Los dos reunimos nuestros escasos francos, dispuestos a no cenar por oír el concierto. Fuimos a pie al teatro; todas las entradas estaban vendidas, pero aunque hubiesen quedado dos localidades de las más baratas, no disponíamos de lo bastante para comprarlas. Yo escribí dos líneas al Maestro explicándole quiénes éramos y nuestra situación. No encontramos ningún samaritano que se ofreciese a entregárselas. La llegada de la pareja de bomberos que hacen guardia en los escenarios nos sugirió la idea de sincerarnos con ellos, y aquellos dos hombres sencillos nos prometieron hacer llegar nuestro papelito a las manos del Maestro. Poco después, por la misma puerta de servicio en que entraron los bomberos, salió un vejete, nos preguntó si éramos los artistas españoles y nos llevó a un rincón del escenario; así oímos al gran Casals.

Nos habíamos citado para empezar el retrato al mediodía del lunes 11 de marzo, en su casa de San Juan. Don Pablo vive en un tranquilo rincón a cinco pasos de la playa atlántica. Su casita es sencilla y bonita, rodeada de un jardín alegrado por abundantes flores, al cual encierra une reja baja. A cada lado de la puerta de la reja colgaba un gran cartón de caja de embalaje donde estaba escrito con toscas letras: « Cuidado, no pasar, hay perros furiosos.» Leyendo estos letreros comprendí que llegaba a la casa de un artista de buen humor, obligado a protegerse contra inoportunos admiradores.

Casals terminaba de dar una lección a su discípula preferida, Martita Montáñez, y al oír mi voz salió a abrazarme cordialmente. Entramos en el saloncito donde haría el retrato. Es una habitación de mediano tamaño, luminosa y agradable, con un piano vertical, dos enormes ampliaciones fotográficas en las paredes, una del viejo San Juan y la otra de Mayaguez como recuerdo materno, un aparato especial de televisión regalado por el fabricante al Maestro, muebles metálicos, la bandera catalana y abundantes ramos de flores, dando la impresión de que el genial músico está de paso y quiere animar la alquilada casa con estos detalles personales.

Después de mutuas preguntas y respues-

tas, con efusiva nerviosidad, miró don Pablo mi cuaderno de apuntes diciendo: — Bueno, ¿qué hacemos?

— Aunque he pensado mucho el retrato, vamos a ver qué pasa observándole a usted. ¿Quiere usted tocar?

Don Pablo salió corriendo con la ligereza de un muchacho, e inmediatamente volvió con su violoncelo y el arco. Pusimos dos sillas en medio de la habitación, la del Maestro enfrente de la ancha ventana bañándole en suave luz. Luego, pasó el arco por las cuerdas y me miró, preguntándome —¿Qué toco?

El que el consagrado Casals me hiciese esa pregunta me emocionó; era tan inesperada que reaccioné pensando en su madre y en la canción folklórica catalana que ella le cantaba de niño, «El Cant dels Ocells», (El canto de los pájaros). e lo dije, y empezó a tocar. La melodía de la canción corresponde a la dulzura del título; siguiéndola con mis oídos, pude dibujar el conjunto del cuerpo y el instrumento, también un apunte de la cabeza, y en seguda sentí otra emoción artística. Antes de salir de Nueva York había dicho a un amigo que concebía el retrato de Casals como un cuadro en el que sólo se viese su cabeza, sus manos tocando y el cello; un retrato fantástico representando al genial músico sin detalles accesorios: quizá se pueda hacer y quizá con esta idea se logre un interés de estética intelectual. Pero al contemplar a don Pablo tocando a dos pasos de mí, vestido con una remangada camisa blanca, al ver al músico y al hombre, a Casals con su profunda y sencilla humanidad, la realidad me cautivó y triunfó sobre mi concepto premeditado en mi estudio de Manhattan: mi trabajo artístico sería estilizar lo que don Pablo me ofrecía como modelo. El Maestro terminó la canción, y yo le enseñé los apuntes. Sonrió contento y me dijo, paternal: —Veo que sabe usted dibujar... Pero, ¿va a pintarme tocando?... Oh, es muy difícil pintar el violoncello; los que intentan fracasan.

— Bueno, don Pablo, el arte o es relativamente fácil o imposible.

— Conformes y adelante. Me quitaré las gafas. Cuando toco de verdad cierro los ojos. ¿Qué quiere usted que toque?

— Algo de Juan Sebastián.

Casals inició una suite de Bach. Yo le oí por última vez en el concierto de Barcelona, delante de una orquesta de más de ochenta profesores, y Casals, con su violoncello dominaba la orquesta. Ahora, los dos solos en la pequeña habitación, su sonido se ajustaba tan perfecto al reducido ambiente, que la música parecía un bálsamo que me envolvía. También cerré los ojos y olvidé el retrato. Don Pablo siguió tocando, hasta que el anuncio de la comida suspendió el concierto.

Al día siguiente, en casa del buen amigo Antonio Pérez, dibujé la composición en la tela y la manché, a la vez que meditaba en mi complicada situación motivada por el dilema de que si le oía no pintaba, y si no le oía perdería varios extraordinarios conciertos para mí solo. Habíamos acordado que yo empezaría a trabajar en casa de Casals a las diez de la manaña, y él posaría de doce a una. El miércoles me instalé con caballete, tela y demás adminículos de pintar en el saloncito de su casa; vi que don Pablo empleaba esas horas de la mañana en despachar su numerosa correspondencia y que tenía gran curiosidad por ver lo que yo iba haciendo; a menudo entraba con una carta y me hablaba de amigos comunes, de arte, anécdotas de su vida y preguntas de la mía; mi problema estaba resuelto : durante esos momentos de conversación le observaría y pintaria; a partir de las doce le oiría, y pintaría sólo en los intérvalos en que él descansaba.

El jueves me recibió, animado por la buena traza que llevaba el retrato. Los dos bromeamos y yo le dije que su verdadera edad era de 35 años; él me explicó que en México le reconocieron varios médicos, diciéndole que el estado de su organismo representaba esa edad justamente. Don Pablo se animó más al decirle yo que iba a empezar a pintar el instrumento; le di mi cuaderno de apuntes rogándole que anotase el origen del mágico instrumento. Casals escribió: «Carlo Goffriler, autor de mi violoncelo, hecho en el taller de Bergonzo en 1733, en Cremona. A los 35 años firma Pablo Casals (mentira, tengo 80 cumplidos). Yo reí tan contento como el niño que recibe un precioso regalo, y él fué a buscar su inseparable compañero. Volvió a la habitación levantándolo en el aire y enseñandomelo orgulloso. —Se lo compré a un banquero de Lille —Francia— hace más de cincuenta años. ¿Qué le parece? Los dos co-

mentamos la romántica forma y la riqueza de color del «Cremonessi», y yo le dije que los violoncelos corrientes me parecían algo así como mesitas de noche al lado del suyo; pudimos compararle con otro que había en la casa y acerté. El de Carlo Goffriler es un poco más pequeño que los violoncelos actuales, sus líneas son más finas y armoniosas, y su color, por sí solo le convierte en un modelo de *stille-life* de primera calidad. La parte posterior se ha dorado de estar abrazada por el Maestro, y la anterior, la que pinté, tiene una infinita gama de rojos y violetas con reflejos azules. Necesité emplear el carmín puro para conseguirlos. Los dos seguimos hablando del mágico instrumento y le humanizamos llamándole «la fiera», porque el Maestro lo ha domesticado. De las cuatro cuerdas tres son metálicas y la prima es de tripa, y al observar yo que a la prima le salían barbas, me dijo Casals: —Sí, ya está en sus últimos momentos, ya va a morir, y es cuando mejor suena, es su canto del cisne. Por primera vez pintaba un violoncelo, y era éste el de Pablo Casals, con 224 años de existencia.

Tres mañanas necesité a mi vez para dominar a «la fiera» con los colores. El tiempo, gran artista y mejor crítico, le dió una pátina que casi emite luz, y en otros sitios la roña de la vieja madera tiene la calidad mate de un roído terciopelo. Casals estaba más interesado en mi interpretación de su inseparable compañero que en su retrato. A menudo entraba en el saloncito andando silencioso como un gato, acariciando su pipa y mirándome de reojo, y si yo paraba de pintar se acercaba a mi espalda haciendo comentarios muy atinados, que me sirvieron de ayuda, pero sólo con relación al cello. Antes de empezar el concierto del mediodía posó, para las manos, y, cosa curiosa, posó con ellas muy quietas sin perder el sentido del movimiento. Entonces me dijo don Pablo: —Los prejuicios son otra impertinente manifestación de la estupidez humana. Los maestros que nos enseñaban en mi juventud tenían el prejuicio de conservar la rigidez del cuerpo mientras se toca. El mío hasta me obligaba a sostener un libro bajo mi brazo derecho, apretado al pecho, y la mano derecha, precisamente la que con la máxima soltura debe manejar el arco, debíamos forzarla a una violenta posición de gancho, parecida a la mano contraída de algunos paralíticos; todavía en el Conservatorio de Música de París siguen esta fea equivocación. En arte todo debe ser bello; la manera física de tocar forma parte de la belleza. Mire usted la diferencia... Y don Pablo tocó unos acordes con los brazos contraídos, que dan un aspecto grotesco, para volver a tocar luego con su natural manera, y es cuando yo estudié la elegancia de sus movimientos. —Afortunadamente, desde niño he huído de los prejuicios —añade— y así cambié la técnica de tocar el violoncelo.

El haber estado durante 70 años practicando varias horas diarias la gimnasia de tocar, le ha desarrollado los brazos y las manos dándoles un tamaño y fuerza atléticas, en contraste con los pies pequeños que heredó de su madre, y aun los dedos de su mano izquierda son más largos que los de la derecha. Sus ágiles movimientos no tienen nada de brusco, resultan una continuación del ritmo; únicamente cuando se desafina una cuerda, aprieta la clavija con energía y con un gesto de amenaza a «la fiera».

Pablo Casals me enseña un álbum de fotografías de su casa en San Salvador, cerca de Tarragona, y me dice: —Los de Franco me la saquearon; se llevaron cacharros de cocina, plumas estilográficas, trajes, máquinas de escribir y fotográficas. Por fortuna eran ladrones vulgares y no se llevaron los cuadros, entre ellos un Zurbarán y el retrato que me hizo Eugène Carrière. De las fotografías de San Salvador pasa a enseñarme las de su casita en Prades y las de la hermosa iglesia donde se celebran sus festivales musicales. Don Pablo ama a Prades y a sus habitantes, entre cuya sencillez se encuentra muy contento. Me invita a que vaya allí a pasar una temporada, ponderándome los paisajes y el clima en el verano. En una de las fotografías de una habitación me señala un cuadro, preguntándome quién creo que lo pintó. La fotografía es muy borrosa, pero fijándome le digo que me parece un Watteau. El, con su efusión muy española, me coge un brazo diciendo: —Exacto, un Watteau. Lo compré en Londres durante la primera guerra mundial. Necesita quizá limpiarle, pero no me atrevo a encargárselo a un restaurador de pintura; dudo de ellos. Por querer de-

jar los cuadros muy bonitos los estropean. Yo le explico la receta para limpiarlo, y, como es muy sencilla, le parece perfecta, disponiéndose a ser él quien restaure el Watteau con el barniz que yo le mande. Para Casals, la sencillez es una de las virtudes que más estima, y partiendo de este principo hablamos de arte.

— Mire usted —me dice volviendo a cogerme efusivo del brazo—, tenemos que gritar: ¡No, no y no!... La mayor parte de lo que se considera como el arte de hoy, el llamado arte contemporáneo o muy moderno, ni es moderno ni es arte. Es un engañatontos por otros más tontos que los engañados, y como en el fondo y en la forma esa manifestación estética no es más que una molestia de los sentidos a la cual podíamos llamar el anti-arte, todos los rastacueros hacen gestos de admiración para que se les crea los elegidos. Magnífico el deseo de originalidad, pero sin la obsesión forzada para encontrarla, que lleva a los desatinos. Ni Bach ni Hændel se preocuparon exclusivamente de ser originales. La gran obra del uno y del otro puede ser comprendida fácilmente porque primero se siente, y después se ve su originalidad. Berlioz suprimió lo que le parecieron vulgares procedimientos, porque tenía un temperamento genial, una gran intuición artística, y realizó con naturalidad una obra, entre ella «La Condenación de Fausto», admirable. El presente caos lo rechaza el público sensato al sentir que le falta el calor humano, el alma. Yo quiero saber qué es el progreso en arte. La única explicación que encuentro es la de la continuidad intentando mejorar lo precedente. ¿No le parece a usted estúpido renunciar a la magnífica herencia que hemos recibido de tantos siglos por querer presentarse en las plazuelas presumiendo de ser Adán? El impresionismo en música fué ya un paso hacia la decadencia. Es un arte gracioso, amable, un juego lleno de ligero encanto. Ravel, siendo él muy joven, me dió a leer su « Pavane pour une Infante Défunte», y le dije sinceramente que era «una pequeña obra maestra». No podemos comparar las mejores composiciones de Debussy y Ravel, los dos maestros del impresionismo, con las de Bach o Beethoven. ¿Es que no sucede lo mismo en la pintura?

— Sí, la misma diferencia encontramos con Cézanne y El Greco o Renoir y Velázquez. Renoir dijo que el artista de su tiempo capaz de pintar una nueva Infanta Margarita, la que está en el Prado, sería su maestro.

— Después del impresionismo, el recurso al escándalo para llamar la atención se ha convertido en el *leit-motiv* de muchos que se titulan artistas. Es una inmensa equivocación confundir al artista que trabaja afanoso en un experimento, como Schoenberg, con el último que llega metiendo ruido.

— Conocí a Schoenberg en Hollywood el verano de 1940. Recuerdo que me habló de usted con admiración.

— Fuimos buenos amigos. El mismo Schoenberg me dijo que se lanzaba por el camino de la atonalidad y los «doce tonos», igual que el minero con su pico buscando el filón de la mina, y su finalidad no fué romper con el pasado, sino aumentar el tesoro musical con las nuevas posibilidades de sus investigaciones. El fué absolutamente sincero, incluso admiraba a Donizetti. Cualquier arte que no es expresivo no tiene razón de ser. Schoenberg no ignoraba este principo fundamental. Y no olvidemos que cualquier clase de nuevas ideas es aprovechable para los que tienen algo que decir. Pero reducir el arte a una serie de impresiones vagas, carece de sentido, y es absurdo convertir esto en sistema. La innovación es una cosa, la anulación otra.

El sábado, antes del mediodía, terminé de pintar el violoncelo. Don Pablo le miró con ojos paternales y exclamó: —Es una victoria.

Dispuesto a no perder el concierto de las doce, le dije que aún debía observarle, y Casals retiró el instrumento de las almohadas y tocó. Sabiendo yo su ensimismamiento tocando, también cerré los ojos. El lunes y martes siguientes trabajé en lo principal del retrato, su hermosa cabeza y sus manos, aunque para él eran algo menos importante que su inseparable compañero. El retrato quedó terminado la séptima semana. Y como premio, siete conciertos.

Don Pablo me felicitó y me hizo la única observación de que debía prolongar una pulgada más el arco. Yo dí la pincelada, de una pulgada justa, y él quedó contento, escribiéndoselo a mi mujer.

LUIS QUINTANILLA

B.D.I.C

PIERRE SCHNEIDER

Poder y belleza del dinero

HAY UN ASUNTO sobre cuya importancia todos estamos de acuerdo : el dinero. Y, no obstante, hay pocos que se vean tan descuidados e ignorados. «Yo no he visto el color de mi dinero», dice el adagio. Y es literalmente verdad. Pues, ¿quién se acuerda exactamente de los matices de un billete de cien francos? El dinero, se dice, no tiene olor. Esto es un error : tiene un olor, hasta tiene ciento. Los billetes de banco franceses huelen a bolsillo; los ingleses huelen a cartera. Es evidente que los pueblos latinos no detestan el dinero sucio, mientras que los anglosajones sienten por él la misma repugnancia que por otros fenómenos higénicos, tales como las salsas demasiado ambiguas, demasiado ricas y las tuberías defectuosas. Lo que un norteamericano denomina suciedad, un francés lo llamará pátina. La razón de esta diferencia podría ser muy bien que los latinos son de tradición esencialmente católica; ahora bien, el catolicismo borra las manchas al rescatarlas, incluso la mayor de todas : el pecado original. El protestantismo, por el contrario, pone en contraste lo negro con lo blanco, y destierra lo gris : en él la mancha es difícilmente redimible. Quizá si Enrique VIII no hubiese roto con Roma, el Banco de Inglaterra no destruiría automáticamente todos los billetes que hacen referencia a dicho monarca —gesto oneroso, exagerado, metafísico—, sino que volvería a poner en circulación buena parte de ellos, como lo hace el Banco de Francia. En una palabra, el dinero nos instruye acerca del caracter nacional, del mismo modo que lo hacen otras instituciones.

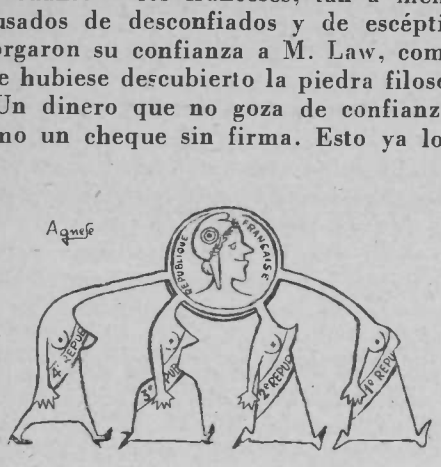
Pero también nos enseña otras muchas cosas. En nuestros días se tiende a desesperar del hombre. Y se hace con excesiva rapidez, a mi modo de ver. ¿Qué le distingue, en efecto, del resto de la creación? El corazón y la inteligencia. Es decir: la aptitud para la confianza y el don de abstracción, de simbolización. Así pues, cuando un símbolo es debidamente interpretado y se la da crédito, y además esta doble operación es inmediatamente realizada por todos los seres humanos, ¡qué homenaje más caluroso puede ofrecerse a la grandeza del hombre!

¿El dinero? Es una confianza inteligente, que se remonta a los albores de la civilización. Los antiguos, como Midas, podían transformar, según su voluntad, los bienes en oro y, escapando a la maldición del rey de las orejas de asno, reconvertir el oro en bienes. El prestigio de las monedas era tal que el *solidus* sirvió, durante muchos siglos, de testigo, de embajador y de propagandista del poder y de la estabillidad del imperio bizantino. Se podría objetar, no obstante, que las monedas hechas de metales más o menos preciosos *son*, en una gran medida, lo que representan: substancia real, no sombra simbólica. A decir verdad, su valor efectivo ha disminuído con el tiempo. ¿Quién reconoce hoy en el sueldo al descendiente descalificado del glorioso *solidus?* Poco a poco, las piezas fueron teniendo un valor menos intrínseco que simbólico, hasta tal punto que, finalmente, fué necesario inscribir su importe en la periferia:

Pero la verdadera conversión se produjo con ese acto de fe que es la creación del billete de banco. Fué Suecia quien empezó, en 1661, aunque la hubiera precedido China en unos quince siglos, lo que es normal. Inglaterra la siguió por este camino en 1694, y Francia en 1716. Nunca se vió la fe brillar con llama tan clara como en el siglo de la Razón. Esta fe llegó incluso a ser exce-

siva: en Suecia, el papel echó fuera del reino al metal, y fué necesario suprimirlo. En cuanto a los franceses, tan a menudo acusados de desconfiados y de escépticos, otorgaron su confianza a M. Law, como si éste hubiese descubierto la piedra filosofal.

Un dinero que no goza de confianza es como un cheque sin firma. Esto ya lo sa-



bían los chinos. Un billete que lleva la fecha del año 1375, el más antiguo que ha llegado hasta nosotros, proclama que todo falsificador será castigado con la muerte. Una medida de esta clase estimula a las gentes a no rehusar su confianza. Pero ¿qué es lo que les impulsa a otorgarla? El billete chino responde también a esta pregunta. Se declara «en circulación para siempre y siempre». La confianza se gana de muchas maneras, pero no se mantiene más que de una sola : con la estabilidad. Aquí también la misión de las piezas es relativamente fácil. El metal dura. La moneda tiene peso, nos agujerea los bolsillos. No sucede lo mismo con los billetes: con ellos ya no hay cuestión de peso ni estabilidad física. Por suerte, el hombre es un animal pensante y confiado: su inteligencia suple las insuficiencias de sus sentidos. El peso y la estabilidad de los billetes se sugieren con imágenes.

Por esto la elección de emblemas permanentes es de una importancia capital. Algunos son comunes a todos los países, tales como las divisas en latín. ¿Acaso no tiene el latín la reputación de ser imperecedero y hasta el sonido de lo inquebrantable? Otras razones del mismo orden mantienen la Cruz sobre las monedas occidentales, hasta en pleno siglo XVI. No hubiera podido recurrirse a un garantizador francés más seguro que el Garantizador de la raza humana. Obligado a renunciar a lo eterno, el dinero se aferra a lo mejor que había tras él: el pasado. Se descubren en nuestros billetes discretos ecos de los buenos tiempos pasados: la decoración de la libra esterlina evoca el confort de las amplias camas de talla de la era victoriana, y algo del estilo de principios de este siglo sobrevive en la orla de ciertos billetes franceses. A juzgar por el dinero contemporáneo, el pasado vale más que el presente, y cuanto más lejano sea este pasado, mejor nos parece. Se observa una verdadera obsesión de la Edad de Oro: cuernos de la abundancia, haces, campos pletóricos juegan insidiosamente con nuestra nostalgia involuntaria. Las alusiones al reino de Saturno se deslizan en los contextos más extraños. En el último billete de quinientos francos, por ejemplo, han tomado la forma de un limonero que crece valientemente entre los adoquines de la plaza del Panteón.

Además de estos símbolos universales, la noción de lo estable y de lo sólido varía según los países: el dinero refleja fielmente estas diferencias. Inglaterra es ultraconservadora. El billete de cinco libras no ha cambiado desde 1694; diríase que acaba de ser arrugado por los delicados dedos de un dandy. Este prejuicio rígido, en relación con los progresos constantes de la falsificación, no deja de ser temerario. Se juraría que la superficie inmaculada del billete de cinco libras es una *carta blanca* tendida a los monederos falsos. Pero, como lo ha demostrado Inglaterra en otras circunstancias, la confianza en sí mismo, cuando se lleva hasta el absurdo, intimida el adversario. La profunda convicción de Inglaterra ha convencido con frecuencia a los demás. A los ojos de los italianos, por ejemplo, es todavía el símbolo de lo sólido. Así se explica que no hayan encontrado otro tema más respetable, para pintar en sus billetes, que dos matronas solemnes, en medio de un decorado que evoca irresistiblemente la imagen de dos damas británicas que pasan las vacaciones en un hotel viejo, pero decente, a orillas del Lago Mayor.

¡Esconded vuestro dinero, porque os traicionará! La mezcla tan conocida del sentimentalismo romántico y de la eficacia tecnológica se refleja en los billetes alemanes: miradlos atentamente y veréis las fábricas que vomitan humo entre las formas amplias y bucólicas de las plácidas Gretchen, expuestas en el primer plano. En cambio,

Escandinavia está devorada por el fuego de la conciencia moral: sus preferencias van hacia señores de aspecto eclesiástico, que parecen salidos de un drama de Ibsen. En cuanto a las naciones jóvenes, están habitadas por el soplo épico: América del Sur desarrolla sobre su dinero los episodios más heroicos de su historia. Y cuando la historia falta, se recurre a la leyenda.

Lo pintoresco de los billetes franceses ha sufrido mucho por el hecho de que, desde la edad del dinero de papel, Francia tuvo, sobre todo, gobiernos republicanos. Los regímenes autocráticos exaltan la personalidad; los regímenes democráticos se fundan en la fuerza anónima y colectiva, que sólo puede ser representada por figuras abstractas. Los primeros billetes puestos en circulación en 1750, cuando Francia era todavía oficialmente una monarquía, representan a Luis XVI. Dos años más tarde, éste fué reemplazado, no por el retrato de Robespierre, de Dantón o de Saint-Just, sino por una efigie alegórica de la República. A partir de mediados del siglo XIX, Mariana será casi siempre la única persona que figurará en las monedas. De ello resulta cierta monotonía, apenas atenuada por los cambios de estilo por que pasan su cabello y sus vestiduras. Lo mismo sucede con los billetes, donde los dioses y los héroes mitológicos se ocupan sempiternamente en sostener las balanzas o en levantar el globo terráqueo. La alegoría ofrece ventajas evidentes sobre la representación realista: difícilmente podría hacerse pasar a los presidentes, a los ministros y a los generales franceses por símbolos de poder o de permanencia.

Sin embargo, las gentes están cansadas de las viejas alegorías, tal vez porque asocian la persistencia con el estancamiento de la Tercera República. Resulta sintomático que sea en 1939 cuando el Banco de Francia emitió por primera vez un billete en el que se mostraba un personaje histórico. Después han seguido otros. Naturalmente, aparecen en primera línea los genios políticos y financieros. Hubo un Jacques Cœur, que contribuyó a levantar a Francia después de la guerra de los Cien Años. Luego fué Sully, que se esforzó por materializar el deseo de Enrique IV de poner una gallina en el puchero de cada francés (a ello siguió una matanza, en la que debió perecer la que ponía los huevos de oro). Finalmente, llegó el turno de Richelieu, el gran centralizador, gracias al cual el tren más rápido entre Burdeos y Marsella pasa por París. No por ello ha dejado de reservarse un pequeño lugar a la descentralización. Cuando los billetes de cinco, diez, veinte y cien francos, que estuvieron en uso hasta una fecha reciente, se entregan al folklore provincial: era el beso paternal depositado, por el senador en jira, sobre la frente de la pequeña campesina vestida al estilo del país, que se encuentra en la primera fila del comité de bienvenida. Pero en el billete de diez mil francos no se atrevería a aventurarse ninguna granjera ruborizada, ni ningún pastor torpe. Sobre este último billete se ha visto aparecer, hace pocos días, a Napoléon, o mejor dicho, a un Bonaparte joven, lechuguino, victorioso. Hasta para el dinero respeta Francia el escalafón de las precedencias.

En este escalafón, la pluma pesa más que la espada; los buenos éxitos intelectuales pesan más que los materiales. Por una parte, esto es la consecuencia de una selección, por otra, de una necesidad. El francés cree firmemente que en su patria nacieron la mayor parte de las ideas que los demás pueblos han adoptado o llevado a la práctica, y gracias a las cuales se han enriquecido, mientras Francia permanecía conmovedora, pero pobre. La presencia, en un billete de cincuenta francos, de Leverrier,

el astrónomo que descubrió a Neptuno, fué para mí misteriosa, hasta el día en que supe que dicho sabio había hallado la existencia del planeta a consecuencia de complicados cálculos. Como era demasiado pobre para comprar el telescopio poderoso que hubiera necesitado para comprobar su hipótesis, escribió a un colega alemán, mejor equipado, rogándole que hiciera las observaciones en su lugar. Seis meses más tarde

llegó la respuesta: « Señor, su planeta existe». Sin duda alguna, un francés vería melancólicamente en este episodio un símbolo de la situación de Francia en el mundo moderno.

Es un mundo, se dice suspirando, en el que el dinero destruye la cultura. La cosa peor distribuída en el mundo no es el buen sentido, sino la efigie malhumorada de Descartes, en su billete de cien francos. Chateaubriand continúa su interminable «bostezo» en el viejo billete de quinientos francos, mientras que el autor de *Los Miserables* ostenta su elocuencia patriarcal en el nuevo.

Nos complace decir que el arte tampoco ha sido olvidado en los nuevos billetes de banco franceses. El Víctor Hugo es agradable, el Richelieu es bonito y el Bonaparte es un verdadero encanto para los ojos. Este dinero es casi demasiado hermoso para ser verdadero. Cuando yo lo enseñé a un viajero inexperto de allende el Atlántico, exclamó: «¡Estos papeles son para jugar al Monopoly!» Una vez más encontramos aquí el divorcio entre lo que Sismondi llamaba el Norte y el Mediodía. Cuando los billetes franceses buscan evidentemente la belleza y el buen gusto, éstos se ven atropellados en los billetes de origen anglosajón, a excepción del billete de cien libras de que he hablado antes (y que nació, además, durante la época más continental que Inglaterra ha conocido). Víctor Hugo está rodeado de adornos apropiados, tomados de Notre-Dame. En cambio no es raro contemplar en los billetes fabricados por los impresores británicos una batalla de indios y españoles, que se desarrolla en un cuadro sorprendente de columnas, cuyos capiteles han sido copiados de los órdenes clásicos. Y esto, en el mejor de los casos, ya que las orlas pueden muy bien estar atiborradas de arquitecturas nacidas, al parecer, de las pesadillas de un hombre, cuyas ventanas se abriesen sobre el monumento que la Reina Victoria, desconsolada, hizo levantar al Príncipe Alberto. La razón de este contraste es sin duda que, según el gusto de los francesa «una cosa bella es un placer para siempre», como dice Keats, y que, por consiguiente, de conformidad con la fórmula china, puede continuar «en circulación para siempre y siempre», mientras que los pueblos anglosajones o nórdicos consideran la belleza efímera, vagamente inmoral e irremediablemente frívola —y por tanto debe estar inexorablemente desterrada del diro. Cuando más feo es éste, más confianza le conceden los ingleses o los norteamericanos. Son gentes positivas. Ellos se fían de la ciencia y no del arte. Por eso sus billetes están protegidos contra los falsificadores con esos complejos encajes matemáticos dibujados a máquina, que se llaman arabescos..

En cambio, Francia confía en la creación humana más bien que en la producción técnica. El arte manual, no el dibujo mecánico, caracteriza a estos billetes. Pero no cualquier arte, naturalmente. El arte «moderno» está excluído, no por motivos de estética, sino porque el dibujo simplificado y el color liso de un Van Gogh o de un Matisse son más fáciles de imitar que los cromos de tres dimensiones de un Bonnet o de un Borguereau. En general, la escuela lineal de Ingres es más apropiada para el dinero que la tendencia colorista de Delacroix.

Para nosotros, epígonos de una civilización, es muy fácil pensar que son las necesidades de la vida las que hicieron adoptar al dinero los refinamientos del arte. Vean, por ejemplo, el color. El azul celeste hizo su aparición en los billetes franceses hacia 1860, a fin de compensar los progresos de la falsificación, que disponía ya de la fotografía. En 1888, por la misma razón, se añadió el rosa, y en 1908 aparecieron otros dos colores. Por su parte, la composición y la ejecución no cesaron de hacerse más complicados. El resultado es elocuente: los billetes franceses, al contrario del dólar, se falsifican muy poco. El arte ha vencido a la ciencia en su propio terreno: el de la eficacia práctica. David, el tañedor de arpa, derrotó a Goliat. Modestamente, el dinero francés ha realizado un milagro semejante. Sepan que este pedacito de papel arrugado encarna los dones esenciales del hombre: la fe, la inteligencia y la belleza. Salúdenle dignamente. Por mi parte, me he jurado no ser nunca tan bárbaro como para rehusar un billete en el que estén impresos los rostros de Víctor Hugo, de Chateaubriand, de Richelieu e incluso el de Bonaparte.

PIERRE SCHNEIDER

El despertar de Africa

POR BASIL DAVIDSON

Solo las cifras pueden darnos una idea de la importancia del cambio que se ha operado en la parte de Africa situada al sur del Sahara. Ya en 1946, no menos de una sexta parte de los africanos del Congo vivía fuera de las regiones donde residían sus tribus, es decir que ya no estaban sometidos a la autoridad de sus jefes tradicionales. La mayor parte de este millón y medio de personas se hallaba en las ciudades bajo la administración directa de los funcionarios europeos. Pero la corriente de emigración hacia los centros urbanos, registrada durante los años de guerra, cuando el Congo empezó a disfrutar de una subida inusitada en los precios de la materias primas, fué insignificante si se la compara con la masa de indígenas que afluyó a las ciudades en los años que siguieron al fin de la guerra y en los que la prosperidad fué todavía mayor.

En 1953, el número total de los habitantes del Congo que se habían emancipado — y por lo tanto, vivían alejados de sus tribus — ascendía a 2.350.000. Casi la cuarta parte de los congoleños reside ahora, de manera más o menos permanente, en las aglomeraciones urbanas. Entre 1940 y 1950, la población africana de Leopoldville pasó de 46.000 a 190.000 personas, llegando a unas 250.000 en 1954, año en que esta corriente migratoria empezó al fin a amainar. Otras grandes ciudades, como Elisabethville, Stauleyville y Coquihatville, denotan un aumento parecido; y en todas partes la proporción de este crecimiento de la población ha sido elevada.

Ha sido elevada en toda Africa. «El problema de la hora actual —escribía un observador, a principios de 1953, refiriéndose al Camerún francés—, es el problema de un proletariado que está emergiendo. Al sudoeste de Duala el campo se vacía.» En Kenia, la población de Nairobi ha experimentado un aumento desde 53.000 almas, que tenía en el año 1945, hasta 95.000, en 1952; y lo mismo ha ocurrido en las ciudades de Rhodesia, del Africa Occidental Francesa y de la Unión Sudafricana, donde millones de personas están cambiando de residencia.

* * *

Esta situación tiene evidentemente muchos puntos de semejanza con cierta época de la evolución europea. Entre 1801 y 1831, en las ciudades de la región occidental del Yorskshire, donde se había establecido la industria de tejidos de lana, la población casi llegó a duplicarse; y estos nuevos centros manufactureros absorbieron por completo la población de las campiñas circundantes, con la agravante de que esos campesinos llegaron rápidamente a considerar intolerable la vida rural.

Los traslados convulsivos de la población, llevados a cabo en una proporción tan elevada, han producido generalmente en el ánimo de los que los presenciaron o los padecieron la impresión de un caos irremediable. Y esto es lo que se ha producido en el Congo. Bastará escuchar los lamentos nostálgicos de los africanos que residen ahora en los centros urbanos y que

echan de menos su vida anterior en las aldeas, a pesar de que, si se les pusiera en el trance de regresar a ellas, se negarían a hacerlo. Los administradores y los misioneros han visto la rapidez con que sus administrados desaparecen, evadiéndose entre el ocaso y el amanecer, y no han sabido qué hacer, si impedirles que se fueran o apresurar su marcha. Hace tiempo que los observadores sentían acercarse esta situación. Otros la han fomentado más o menos conscientemente, y en particular las grandes compañías mineras. Pero ahora que ya es un hecho, los administradores se ven a menudo paralizados por la disparidad de criterios entre los que la consideran como una solución beneficiosa de la crisis rural y los que estiman que la desintegración de la vida de la tribu en tan gran escala, sólo puede traer consigo trastornos sociales más graves aún.

Ya no existe duda alguna en lo que concierne a la desintegración. Se ha hecho patente de mil modos: en la desaparición de las costumbres tribales, en la asombrosa inflación de los precios de las esposas, en la prostitución. La desintegración tiene efectos perniciosos para la agricultura africana. Precipita la ruina de la vida del campo. Al principio, los belgas trataron de evitar que se reclutara más de la cuarta parte de los «varones adultos aptos» para trabajar fuera de sus poblados; o más exactamente, establecieron un cupo teórico del diez por ciento de los «varones adultos aptos» que pudieran reclutarse para trabajar fuera de la tribu, y otro quince por ciento para trabajar dentro de ella. Pero estas proporciones han sido rara vez respetadas. En muchas partes del Congo han sido rebasadas ampliamente desde hace tiempo, de modo que el gobierno se ha visto en la necesidad de aplicar un decreto por el que se prohibe en absoluto todo reclutamiento en las regiones donde la proporción de los nacimientos es excepcionalmente baja.

En decenios anteriores, los colonos europeos que querían mano de obra africana tenían que ir generalmente a buscarla ellos mismos, valiéndose de la fuerza, del engaño o de otros medios más o menos recomendables. Primero se había empleado la coacción. Después, en Africa del Sur y en Rhodesia, lo mismo que en el Congo, se recurrió a la habilidad de aplicar tributos en dinero a los indígenas que no vivían dentro de un régimen económico a base de numerario, es decir que cultivaban o elaboraban los productos necesarios, que luego trocaban entre ellos. Al obligar a estos indígenas a pagar impuestos en dinero — a los que no cumplían este precepto se les castigaba por lo general a un trabajo forzado —, se les puso en el trance de tener que trabajar por dinero. De acuerdo con este procedimiento, los agentes reclutadores recorrían los poblados prometiendo bicicletas y mantas, promesas que nunca se cumplían, una vez que los hombres se hallaban bien seguros «en la mina»; y cuando se trataba de individuos recalcitrantes, el administrador local solía acompañar a los agentes para amedrentar al jefe o al cabecilla, obligándole a «encontrar» el número necesario de hombres. En todas las colonias ha sido menester recurrir al trabajo más o menos francamente forzado para lograr vencer la natural resistencia de la sociedad tribal, y que los hombres empezaran a ir espontáneamente en busca de trabajo remunerado con dinero.

La resistencia de las tribus a trabajar por un salario está ahora más o menos quebrantada. «Ahora la fuerza ya no es necesaria— comenta el Padre van Wing, que es una autoridad en esta materia.— Los jóvenes acuden en tropel, voluntariamente, a las ciudades, y les acompañan los niños. Hace algunos años, otra autoridad belga decía que tampoco puede afirmarse ya que los jefes de tribus las administran realmente; las agrupaciones ya no permanecen intactas en parte alguna. Los lazos que, en otro tiempo, unían a los miembros de una misma tribu entre sí, y en relación con el jefe común, se han relajado en todas partes y a menudo se han roto». Esta opinión se manifestó en el año 1946; desde entonces, estas rupturas de los vínculos se han multiplicado a tal extremo, que son muy pocos los que permanecen intactos. «En el Congo ya no quedan tribus —dice esta misma autoridad— cuya vida se desenvuelva hoy del modo que hace cincuenta años. En todas partes y en todo momento, la administración, las misiones, la enseñanza, la industria y el comercio han favorecido una evolución que rebasa los estrechos límites de la vida tribal.»

Son muchos los que han lamentado este cambio, y ahora, al descubrir que las vir-

tudes de la vida tribal africana van desapareciendo, se dan cuenta de lo que representaban para ellos; y no les falta razón, porque estas virtudes eran considerables. La tribu constituía una sociedad que, en el mejor de los casos, se aproximaba a la idea de la comunidad, en la que «lo tuyo» y «lo mío» habían perdido su fuerza perniciosa. «Cuando el niño bantú contempla el mundo desde su propia casa, comprende donde puede ir a solicitar la hospitalidad y las ayudas de todas clases; y donde, también, en caso de necesidad, tendrán derecho a exigir de él que preste su asistencia. Las barreras de la reserva, que separaban a unos seres humanos de otros, han desaparecido en gran parte, por lo que se refiere a las relaciones de parentesco, que alcanza a muchos grados, puesto que lo mismo en los momentos de pena que en los de alegría, el hombre se vuelve en busca de ayuda económica y de consejo amistoso hacia esas categorías naturales, que son la esencia misma del pueblo con el que el individuo se siente estrechamente ligado, desde su nacimiento, mediante derechos y deberes recíprocos.»

En realidad, ésta era una barbarie feliz. Según escribe Mónica Wilson, acerca de uno de los pueblos situados en la frontera entre Nyasalandia y Tanganyka, «uno de los valores a los que más importancia conceden los nyakyusa es el de *ukwangela*, que en su sentido primitivo significa «el placer de la buena compañía» y, por extensión, la ayuda y la simpatía mutuas que brotan de la amistad personal. Esto implica maneras corteses y una cordialidad que se manifiesta comiendo y bebiendo juntos, no sólo en animada y alegre conversación, sino también en la discusión entre iguales que los nyakyusa consideran como la forma primordial de la educación.» Y sigue diciendo la profesora Wilson : «Aún cuando los nyakyusa pongan de relieve la cordialidad y alaben a un hombre por ser «muy sociable», también admiran la dignidad (*u busisya*). Ser *nsisya* (digno e impresionante) es uno de los atributos de los jefes y de los cabecillas de aldea.» Este pueblo admirable, que podría sin duda dar lecciones de comportamiento en los clubs y en los cafés de toda Europa, es también ejemplar en otro aspecto. Nunca estuvo sujeto al comercio de esclavos. Constituye, pues,

un ejemplo de lo que debió de ser en otros tiempos la vida de las tribus, antes que esa maldición las asolara.

Pero de nada sirve argumentar indefinidamente sobre esta cuestión. Es inútil lamentar la desaparición del noble salvaje. Una vez que la dominación europea se hubo consolidado en estas tierras, dejó de existir la disyuntiva entre conservar al noble salvaje o degradarle hasta la condición de obrero más o menos esclavizado.

Es indudable que en teoría había que optar entre degradar al africano hasta someterle a la condición de obrero más o menos esclavizado o elevarle hasta que tuviera conciencia de la dignidad y de la igualdad, tal como se conciben en el mundo moderno; pero el colonialismo, fiel a su naturaleza, debía dar preferencia a la primera solución. Sin que ello sirva de excusa para la estupidez y la codicia, se puede llegar todavía a la conclusión de que este proceso era necesario. Para poder salir de su ignorancia, de su enorme atraso en el camino de la igualdad, los africanos tendrían que integrarse en el mundo moderno. Era forzoso que la ocupación europea resultase excesiva y odiosamente penosa; pero, en definitiva, para los africanos, su efecto ha sido obligarles a salir de una sociedad incapaz de incorporarse al progreso, y desde este punto de vista, la ocupación europea ha sido une ventaja innegable.

Una vez aclarado este punto, la revolución urbana empieza a aparecer con toda su significación esperanzadora. Existe incluso la posibilidad de que los europeos de Africa comprendan el valor de esta transformación y mediten acerca de estos problemas, esforzándose por resolverlos de una mane-

ra inteligente, que al mismo tiempo sea beneficiosa para los africanos.

La revolución urbana significa que los africanos que se han visto privados de su antiguo sistema de vida, pueden ahora, aunque tal vez sea a costa de duras luchas, adquirir otro. Quizá logren evitar convertirse en una mano de obra más o menos esclavizada; pero mientras se reclutó a los africanos para trabajar en las minas o en otras empresas de los europeos, aplicando el sistema de la «mano de obra migratoria», esta solución fué imposible. Se les impidió entrar a formar parte de una nueva organización social. No consiguieron ser asalariados libres, capaces de tomar un nuevo rumbo dentro del mundo capitalista, ni organizar su propia defensa. Habían perdido el pasado, pero se les negaba el porvenir. El cordón umbilical que mantenía unido al individuo con su tribu o con su comunidad había sido cortado; pero no se le procuraron otros medios para su alimentación social. El feto de una nueva cultura africana parece destinado a morir en el seno de una civilización que no puede o no quiere alimentarlo.

Por penosa que sea la evolución hacia una vida urbana más o menos permanente, se empieza ya a poner fin a esa desdichada oscilación entre lo antiguo y lo moderno, y a introducir a millones de africanos directamente, y para muchos de ellos de manera definitiva, en el mismo mundo en que viven sus patronos. Con esto dan un gran paso hacia su propia redención.

Se puede llegar a la misma conclusión siguiendo otro camino. En el fondo, la economía de casi toda el Africa colonial ha sido sencilla en extremo. Existe, por una parte, la inversión de capital europeo en las empresas mineras y en otras formas de producción primaria, donde se emplean grandes cantidades de mano de obra migratoria. Con tales empleos, estos obreros no pueden ganar nada que tenga valor permanente para ellos mismos : esta clase de trabajo deja a la mayor parte de ellos del mismo modo que los encontró. No hay una verdadera difusión de ideas, ni una transición efectiva de la cultura. Además hay las vastas regiones clasificadas como Reservas de Indígenas, y en ellas se encuentra confinada la mayoría de la población de Africa —detrás de un rótulo generosamente humanitario, que lleva por nombre Administración Indirecta— que vive allí sobre la base de su antigua economía de subsistencia, cultivando, elaborando o trocando los productos que le son necesarios.

Como consecuencia de este sistema, ha surgido la fábula, tan cómoda para los europeos, según la cual «Africa es pobre». Europa ha tenido la posibilidad de extraer de dicho continente, con una mano, enormes beneficios, mientras que con la otra señalaba, con un ademán triste, la pobreza de Africa. Se ha calculado últimamente que los ingresos del gobierno de Rhodesia del Norte, un territorio particularmente «pobre», no son mayores que las sumas de dinero que anualmente salen de allí, con destino a los accionistas extranjeros. En 1951, los ingresos del gobierno del Congo fueron de 5.322 millones de francos belgas; los beneficios que exportó la *Union Minière* — sin contar las cantidades para el fondo de reserva y para las reinversiones— fueron de 2.560 millones de francos. En cuanto a la industria minera de la Costa de Oro, un organismo oficial digno de crédito estima que, de las exportaciones de oro efectuadas en 1949, y que se valoran en 6,4 millones de libras esterlinas, puede calcularse que tres millones, por lo menos, han sido enviados fuera del país.» En 1954, el gobierno de Africa del Sur redujo las sumas destinadas a la enseñanza de los africanos; y sin embargo, las grandes sociedades sudafricanas realizaron beneficios nunca alcanzados hasta entonces. Evidentemente, «Africa es pobre», pero no en el sentido intrínseco de la palabra, sino solamente en lo que concierne a su herencia social de experiencia y conocimientos industriales, así como en capital acumulado; es «pobre» porque el sistema colonial la empobrece y la mantiene en este estado.

El «noble salvaje» estaba muriéndose en pie. Pero el obrero industrial africano, ese portento del porvenir, no sólo no se muere en pie, sino que está lleno de nueva energía y de ideas nuevas, y además se multiplica rápidamente.

Este hecho tan significativo no se advierte en ningún sitio mejor que en el Congo belga.

BASIL DAVIDSON

NUEVA DELHI :

Una victoria comunista en la India

POR A. D. GORWALA

Por qué han triunfado los comunistas en Kerala ? ¿Cómo es que de los 100 puestos a que aspiraban lograron 60, mientras que el Partido del Congreso no obtuvo más que 43 de los 124, y los socialistas Praja 9 de los 62? Las razones son múltiples, porque todos los factores de orden geográfico, histórico, político y económico han desempeñado un papel. A este respecto circula una anécdota, tal vez de dudosa autenticidad : cuando en las altas esferas gubernamentales de Delhi se discutió el informe de la Comisión para la organización de los Estados, que había propuesto que la región de idioma tamil del antiguo Travancore fuera separada del futuro Estado de Kerala, al que en cambio se le añadiría la región *malabar* de Madras, un ciudadano del Travancore hizo observar que esta medida equivaldría de hecho a colocar el nuevo Estado bajo el control comunista, ya que, separando la región *tamil* del Kerala, el Partido del Congreso perdería una importante plaza fuerte, mientras que daría una a los comunistas adjuntando el Malabar a esta circunscripción. Pero un miembro de la Comisión de reorganización de los Estados, que era originario del Travancore, argumentó que estos temores eran infundados y que, de todos modos, era preferible que el conjunto de la población de lengua *malayalam no* constituyese más que un solo y mismo Estado. De esta manera se repararía una injusticia muy antigua y, como quiera que una medida tan hábil emanaría de un gobierno dirigido por el Partido del Congreso, éste vería aumentar, más bien que disminuir, su popularidad en el Estado de Kerala. Parece ser que el gobierno central se adhirió a esta opinión. De manera que hoy nos encontramos en presencia de esta situación paradójica : el gobierno, rechazando aplicar el principio de la división lingüística en el Estado de Bombay y separar el Maharashtra del Gujerat, ha reforzado a los comunistas en esta región y les ha permitido ganar buen número de puestos, que jamás habrían obtenido de otro modo, mientras que respetando este mismo principio lingüístico en el Estado de Kerala ha reforzado igualmente a los comunistas, permitiéndoles alcanzar el poder.

La población de los antiguos Estados principescos del Travancore y de Cochín — principales elementos constituyentes del actual Kerala — es la más instruída de la India : el 56,6 por ciento sabía leer y escribir, 1.500.000 niños frecuentaban las escuelas y el número de estudiantes en las universidades excedía de 25.000. Sin embargo, económicamente era una de las regiones más desfavorecidas del país. La falta de industrias condenaba al paro a las capas instruídas de la población, paro que también sufrían periódicamente los campesinos, dada la escasez de tierras cultivables. En el período que precedió a la independencia, no escaseaban los conflictos entre la población y el gobierno del maharajá. La

unificación de Cochín y del Travancore en un solo Estado acentuó aún más la tensión a consecuencia de las rivalidades que suscitaron la integración de los servicios administrativos, la elección de la capital y de la sede del Tribunal Supremo. Este estado de cosas contribuyó a convertir a Kerala en un terreno propicio para la agitación comunista. Su tarea fué facilitada por la impotencia y las discordias que se habían manifestado anteriormente en los gobiernos dirigidos por el Partido del Congreso, y por la incapacidad en que éste se encontró, después de su derrota, para apoyar al gobierno del Partido Socialista minoritario que le había sucedido. En Kerala, el Partido del Congreso se mostró efectivamente tan indeciso y tan desprovisto de sentido político, que el propio gobierno central, dirigido por el Congreso, no tuvo otro recurso que el de suspender el gobierno parlamentario en el interior del Estado y administrar los asuntos públicos por medio del gobernador, que es su representante directo.

Por consiguiente, el buen éxito de los comunistas en las elecciones no puede causar la menor sorpresa. No cabe duda que la mayoría de los que votaron en su favor no aprobaban ni sus ideas políticas, ni sus principos económicos. Pero estaban hartos de los demás partidos, ninguno de los cuales se había mostrado a sus ojos digno de confianza, y no querían ya por más tiempo la autoridad del gobernador, que probablemente estimaban como ofensiva para su amor propio de ciudadanos iguales a los de cualquier otro Estado. De manera que en último extremo votaron por los comunistas. El Congreso, que obtuvo más votos que los comunistas (38,2 por ciento contra 36,5 por ciento) es, por orden de importancia, el segundo partido del Parlamento, y constituye la oposición. Los partidos socialistas han sufrido un grave fracaso: el tanto por ciento de los votos del Partido Socialista Praja que en las elecciones anteriores había sido del 20,3 por ciento, pasó al 10,8 por ciento. No se le agradeció su pasado gubernamental, que había sido tan honroso. Se manifestó una clara tendencia a la reagrupación de los votos: los electores, conscientes de la incapacidad en que se hallaban los socialistas o los demás pequeños partidos para formar un gobierno estable, rechazaron visiblemente dejar que sus votos se perdieran.

Por primera vez en la historia, un partido comunista llegó al poder por el camino ordinario de unas elecciones democráticas y libres. ¿Qué uso hará del poder que le ha caído en suerte? Antes de sugerir una respuesta es necesario considerar la naturaleza del poder en cuestión. No se trata de la autoridad de un Estado soberano, con el derecho de controlar las fuerzas armadas, de declarar la guerra o de hacer la paz, de regir la moneda y la economía, de recaudar impuestos y de concertar tratados comerciales con países extranjeros. Es un poder limitado, a causa de que Kerela no es un país independiente, sino un Estado miembro de una Federación; su autoridad y sus atribuciones no rebasan aquellas que por la Constitución se confieren a los demás Estados miembros. El mantenimiento

del orden, el respeto a la ley, la policía, la administración de los asuntos interiores, la agricultura, el riego, la pequeña industria y los problemas de interés local corresponden, no obstante, a la competencia de esta autoridad que, por consiguiente, no es insignificante ni mucho menos. Un gobierno decidido a hacer buen uso de ella podría, sin duda alguna, aumentar considerablemente el bienestar del pueblo. Obtendría ya un buen resultado si consiguiera suprimir totalmente la corrupción en todas las categorías administrativas. Una organización juiciosa de los créditos y de los mercados provocaría de igual manera una sensible mejora del nivel de vida y de la productividad de los campesinos. La falta de capitales hace difícil el pleno empleo de las capas educadas de la población; pero con la colaboración del gobierno central debe ser posible encontrar igualmente un co-

mienzo de solución a este prolema. El gobierno de Kerala no carecerá de trabajo si acepta ser un gobierno regular y reformista.

Algunos indicios hacen pensar que sus ambiciones se limitarán a estos objetivos, por lo menos provisionalmente. Así, algunos de sus emisarios, miembros del Partido Comunista Indio, visitaron a ciertos capitalistas de Bombay e hicieron presión sobre ellos para que establezcan nuevas industrias en Kerala, ofreciéndoles discutir las condiciones. Se han adoptado algunas decisiones tendientes a suspender la desposesión de los agricultores que habían usurpado las tierras gubernamentales y que las cultivaban desde hacía algún tiempo. Se han presentado proyectos encaminados a reducir los sueldos de los ministros, y algunos de sus privilegios, como el de la concesión de vehículos personales. Se ha sugerido que los ministros, los funcionarios, los miembros de los órganos legislativos y municipales se reunieran para encontrar rápidamente soluciones a los conflictos planteados y remedios a las quejas formuladas. Pero, según ciertos indicios, el gobierno no se limitará a estos objetivos puramente utilitarios; tenderá también a una acción que responda a preocupaciones específicamente comunistas: por esto, uno de los primeros proyectos iba dirigido a la nacionalización de todas las plantaciones poseídas por extranjeros; a ello objetó el gobierno central que no podría realizarse una nacionalización sin la indemnización correspondiente; que dudaba que el gobierno de Kerala estuviera en condiciones de hacer frente a esta obligación; y que el gobierno central —que no juzgaba que esta medida fuera oportuna— no estaba dispuesto a ayudarle. De igual manera, el gobierno de Kerala sugirió recientemente el aumento del 25 por ciento en los salarios de los trabajadores industriales y de los funcionarios de todo el país; tal vez el gobierno central examinará esta proposición, pero con toda seguridad no podrá aceptarla con carácter general. Corre el rumor de que el gobierno de Kerala se propone entretanto aumentar los salarios en aquellos establecimientos que están bajo su control. Como quiera que la hacienda del Estado no es nada próspera, cuenta probablemente con un aumento de las subvenciones que le concede el gobierno central. También proyecta hacer obligatorio el aumento de los salarios en las empresas privadas del interior del Estado.

Estamos tan sólo al comienzo de la legislatura y cualquier conclusión definitiva acerca de la futura acción del gobierno comunista de Kerala podría resultar no ya prematura, sino también falsa. Sin embargo, hay motivos para prever que su objetivo esencial será doble; por un lado, el gobierno actuará para mantenerse en el poder el mayor tiempo posible, y por otro, procurará organizar la vida del país de tal manera que se haga imposible desalojarle. Para alcanzar el primer objetivo es probable que evite cualquier conflicto abierto con el poder central, por lo menos todo conflicto grave que pueda obligar a éste a intervenir en Kerala y a suspender al gobierno. Por consiguiente, presentará proyectos que defenderá con insistencia y a veces encarnizadamente, pero nunca hasta el punto de provocar una crisis, todo ello dando a sus proposiciones la más amplia difusión, con el fin de conseguir la máxima popularidad entre los electores.

La actividad de un partido comunista, cualquiera que este sea, siempre es doble; es pública y clandestina al mismo tiempo. Su posición a la cabeza del Estado permitirá al Partido Comunista de Kerala realizar hasta el extremo esta doble actividad, y es muy probable que cuando lleve dos años en el poder, todos los cargos de importancia estratégica estén en manos de sus simpatizantes. La policía será objeto de atención especial: los elementos poco seguros serán eliminados de ella con cualquier pretexto. Tal vez la magistratura podrá conservar cierta independencia, ya que el Tribunal Supremo no depende del gobierno del Estado, pero es dudoso que las universidades y la enseñanza puedan continuar libres de cualquier ingerencia gubernamental; la presión irá aumentando poco a poco, la propaganda se irá intensificando, y el resultado final será la sumisión total a las orientaciones del Estado, no sólo en materia de educación, sino también en todos los demás terrenos de la vida pública. Por consiguiente, si el partido se mantiene en el poder hasta las próximas elecciones, es poco probable que tropiece con fuerte oposición en el país o que pierda algunos puestos, aun en el caso de que la libertad de

elección sea completa. Se habrá observado que ni siquiera se prevé la posibilidad de una derrota comunista en la Asamblea legislativa, aunque los comunistas no disponen en ella —con los independientes que les apoyan— más que de 65 puestos de los 126 que la integran. Pero la disciplina interna del partido es tan sólida, que hay muy pocas posibilidades de que se produzcan defecciones, y además sería sorprendente que todos los demás miembros de la Asamblea pudieran unirse para votar contra él ; lo más probable es que, en los próximos meses, algunos de entre ellos se dejen persuadir de un modo o de otro, ya que no para unirse a los comunistas, por lo menos para concertar una alianza con ellos.

Pero si el presidente decidiera, con un motivo justo, suspender el gobierno comunista después de uno o de dos años de ejercicio, los recursos que este último habrá empleado y las precauciones que se habrá apresurado a adoptar harán muy difícil la administración del país. Es posible que el empleo generalizado de una táctica de violencia del tipo Telenga pueda llegar a producirse y haga necesarias importantes medidas; cualesquiera que sean, en efecto, las profesiones de fe del gobierno, sería completamente insensato esperar que los aparatos clandestinos permanecieran inactivos y no se aprovechasen en los dos años próximos de una situación extremadamente favorable. A la élite comunista no hay nada que la produzca mayor regocijo que esta esperanza, mezclada de terror, expresada por algunas personalidades del Congreso o de los partidos socialistas, de ver a los comunistas convertirse en un partido constitucional, respetuoso de los métodos parlamentarios, por el solo hecho de que han aceptado gobernar en la órbita de una Constitución democrática a la cual prestaron el juramento acostumbrado.

Tal es, por consiguiente, el dilema de Kerala y mejor aún el de toda la India. Habiendo dado la población de Kerala la mayoría de los puestos a los comunistas, estos tenían que sentirse autorizados para formar un gobierno. No es menos cierto que sigue siendo peligroso en grado sumo dejarles gobernar efectivamente. La voz de la democracia ha hablado. Ellos gobiernan. Falta saber si la democracia debe ser democrática hasta el punto de dejarse amenazar gravemente en su propia existencia. La contestación democrática a esta pregunta es difícil. Tal vez en el presente caso debería decir : « Sí; corramos el riesgo, pero recordemos que la libertad sólo se conserva con una vigilancia incesante. » Por consiguiente, corresponde al gobierno de la India seguir de cerca y sin descanso todas las actividades, públicas o secretas, del gobierno y del Partido comunista en Kerala, y no dudar en intervenir a tiempo si la situación lo exige. Debe velar igualmente para que la población de Kerala esté completamente informada acerca de la naturaleza, del desarrollo y de los métodos del comunismo en su país de origen y en todo el resto del mundo. Esperemos que no descuidará ninguna de estas tareas. En lo que se refiere al Partido Central del Congreso, tiene el deber de reforzar, favorecer y estimular al Partido del Congreso de Kerala, para permitirle asumir el papel de verdadera oposición, vigilante y resuelta a hacer públicos todos los abusos; acercándose al pueblo, debe también demostrarle que el Congreso se interesa por él y que desea fomentar su bienestar.

A. D. GORWALA

Diálogo entre economistas

POR BERTRAND DE JOUVENEL

TUVE LA BUENA FORTUNA de participar en la discusión sobre el desarrollo económico que se celebró en Tokio. Esta discusión fué organizada por el Congreso por la Libertad de la Cultura, admirablemente preparada por Daniel Bell y magistralmente presidida por Arthur Lewis. Al ver los nombres de mis veintiséis compañeros, yo esperaba mucho de esta reunión; pero los resultados han superado todas las esperanzas. Fué la más animada y constructiva a que asistí.

Sin duda ha sido bueno que los dieciséis voluminosos informes de gran valía que se habían sometido a la Conferencia, se hayan distribuído con suficiente antelación para que su substancia fuese asimilada y que resultase innecesario oírlos exponer oralmente. Además, el procedimiento adoptado por Lewis ha dado pruebas de ser excelente. Después de distribuir a los informantes por sesiones, según la naturaleza de los asuntos, concedía a cada uno cinco minutos para recordar lo esencial de su texto, e invitaba a continuación a que se expresaran sugestiones relacionadas con los temas de los informes. Después de esto, enunciaba con claridad los puntos principales que debían discutirse y el orden de la discusión, programa que siempre se seguía exactamente.

El hecho es que todos hemos sentido la importancia vital de los problemas debatidos. Nuestros colegas del Sur asiático (procedentes de la India, del Pakistán, de Indonesia, de Ceilán, de Birmania o de Siam) se dedican activamente a la inmensa tarea de transformar sus países respectivos. Los errores en la dirección de esta transformación pueden no sólo retardar la posibilidad de mejorar la suerte de millones de seres, sino también empeorarla. No quisiera expresarme con énfasis; pero estos colegas nos comunicaban un sentimiento de lucha apremiante contra una penosa realidad, que nos obligaba moralmente a limitar nuestras intervenciones a lo que pudiera ser pertinente a sus dificultades.

Lo que ha realizado la unidad moral de nuestra Conferencia es que los participantes occidentales han tenido el sentimiento de encontrarse ante una carga muy pesada que nuestros colegas asiáticos se esfuerzan en levantar, de suerte que, para nosotros, no había más actitud posible que la de prestarles ayuda. Ellos son, más que nosotros, los que han determinado el curso de la discusión.

Por tratarse de poblaciones muy densas y que crecen rápidamente, es innegable que el problema primordial para los asiáticos es el de aumentar su provisión de alimentos. Al visitar las granjas japonesas, cuya superficie media no llega a una hectárea, nos ha parecido evidente que el cultivo intensivo de las pequeñas explotaciones hace rendir a la tierra mucho más que el cultivo extensivo de las grandes. El mérito de estas últimas es economizar mano de obra (aquí superabundante), pero en cambio la producción por hectárea es menor. Por ser

tan rara la tierra en el Japón, nada sería tan inoportuno como constituir propiedades importantes para dedicarlas al cultivo extensivo, lo mismo si fueran de propiedad individual, como en los Estados Unidos, que colectiva, como en la Rusia soviética.

Por consiguiente, nos hemos puesto fácilmente de acuerdo para rechazar por absurda, en estas circunstancias, la colectivización rural a la rusa, así como para recomendar la estricta atribución de la tierra a los campesinos. En la India, se nos ha dicho, la escasez de la tierra permite a los proprietarios exigir de los arrendadores entregas que pueden alcanzar hasta el cuarenta o el cincuenta por ciento del valor de la cosecha. En el Japón, estos abusos han cesado: nadie puede ser proprietario de la tierra, si no la explota directamente él mismo, y la amplitud de una propiedad está limitada a lo que una familia puede trabajar con el sistema de cultivo intensivo —es decir, tres hectáreas, cifra que es por sí solo una prueba de la situación y de los métodos, que contrastan mucho con los que conocemos en Occidente.

Al pronunciarnos resueltamente por la propiedad familiar de la tierra, en beneficio de los que la cultivan, hemos aprobado el sistema de venta por medio de cooperativas, y el de enseñanza técnica por medio de estaciones de consejeros agrícolas, diseminadas por todo el Japón.

Si el suministro de alimentos constituye un problema palpitante, se deduce fácilmente que la primera función de la industria es aportar a este suministro un complemento procedente del extranjero. Esto supone una producción industrial orientada, por lo menos en parte, hacia la exportación. Y de una manera general, esta necesidad se acentúa en la medida en que la industria requiere la importación de materias primas. Por lo tanto, no hay lugar para imitar la autarquía voluntaria de la Rusia soviética.

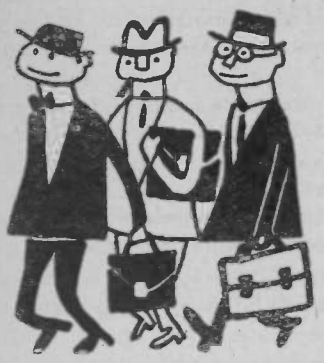
La necesidad de exportar incita a dar mayor impulso al desarrollo industrial en las direcciones en que el país disfruta de una ventaja relativa, prescindiendo del prejuicio soviético en favor de la prioridad para la industria pesada, o del prejuicio contrario, cuando las dotaciones naturales son propicias para ella, como sucede en el caso de la India.

Si es cierto que los congresistas adoptaron a este respecto una actitud conforme con la doctrina liberal clásica, hay que reconocer que estuvieron lejos de mostrarse seducidos por ella en todos sus aspectos. Se recordó que hasta en el Japón, donde la economía se halla casi por completo en manos de empresas privadas, su incremento se inició gracias a la construcción de fábricas por el Estado, que éste vendió después. Los congresistas hubieran estado sin duda muy divididos en cuanto a los valores de preferencia que deben atribuirse a la empresa privada, en comparación con la empresa pública; pero al tratar este problema concreto convinieron en que un rápido desarrollo de las industrias privadas presuponía una considerable actividad económica del Estado (por ejemplo, el desarrollo de los medios de comunicación). Algunos de ellos afirmaron, sin contradicción que para favorecer un crecimiento rápido, el sector público debía ser muy amplio al principio, y de una manera general parecía que lo que se imaginaba era un plan totalmente opuesto al de Marx.

Se manifestaron preferencias opuestas, en cuanto a la financiación de la industria. Nuestros amigos japoneses, cuya economía se ha desarrollado en el siglo XX en un clima intelectual postricardiano, han insistido en el papel que desempeña la reinversión de los beneficios; nuestros amigos de la India, cuya economía se desarrolla en un clima postkeynesiano, han hecho hincapié en las inversiones públicas financiadas por el impuesto. Pero, en vista de que para conseguir un desarrollo rápido es preciso dedicar una parte importante del Producto Nacional a las inversiones, todos convinieron en que las amplias reinversiones de los beneficios exigen abundantes gastos públicos productivos, financiados con los impuestos. Lewis (de Mánchester) insistió sobre la insuficiencia de los presupuestos en la mayor parte de los países que se hallan en vías de desarrollo (8 por ciento del Producto Nacional, en la India). Se dijo también que el proceso de desarrollo suponía un clima ligeramente inflacionista.

La orientación hacia los problemas sociológicos fué uno de los rasgos más destaca-

dos de esta conferencia. Los economistas puros disfrutaban en ella de una preponderancia numérica aplastante, pero se guardaron bien de subordinarlo todo al simple progreso de los índices de volumen de un conjunto dispar de bienes. Abram Bergson (de Harvard), el reputado especialista de la economía soviética, estaba allí para re-



cordar que tales índices globales pueden dar una idea muy exagerada del progreso en la disponibilidad de bienes destinados a los consumidores; Peter Bauer (de Cambridge) recordó que, aún dedicándose únicamente a los bienes y servicios destinados a los consumidores, conviene distinguir todavía si dichos bienes se han calculado de conformidad con la estimación que de ellos harían los consumidores, si hubieran podido elegirlos libremente; Amlan Datta (de Calcuta) intervino para reclamar que se tuviesen en cuenta los gastos sociales exigidos de los hombres, en relación con los progresos en volumen.

De hecho, todos los congresistas manifestaron la misma tendencia en las ideas. Estos economistas, que hubieran podido considerarse hombres de cifras y de modelos abstractos, se mostraban obsesos por las relaciones humanas concretas, por las situaciones reales en las que se encuentran las personas vivas.

Esta actitud dió una brillantez particular a la discusión entablada por Hoselitz (de Chicago), en lo concerniente a las ciudades «tentaculares». La historia de la civilización europea ha sido marcada por el gran número de ciudades que son lugares de culto y de mando, en cuyo seno se ha desarrollado las industrias artesanas y cuya organización corporativa tendía a frenar las posibilidades de inmigración. Cuando se han derribado estas barreras y el sistema de las fábricas ha hecho un llamamiento a la mano de obra, la afluencia humana desde el campo se ha repartido entre las ciudades que ofrecían una gama armónica, de las pequeñas a las mayores. En Asia, aún antes de la revolución industrial, no había una gama armónica de las ciudades, sino un contraste muy acentuado entre el campo y la gran ciudad. Esta última se ha convertido en el único lugar de atracción para los emigrantes rurales, con consecuencias materiales muy marcadas. Un hacinamiento humano excesivo para la eficacia del centro urbano, una afluencia demasiado precipitada para que el personal pudiera ser absorbido y la formación de los «suburbios insalubres».

Pero las consecuencias psicológicas y morales son más graves todavía. El migrante procede de la célula familiar y de la sociedad tradicional de vecinos, en la que estaba estrechamente integrado, y no pasa de esta integración a la «civilidad» de la ciudad, que constituiría también un modo de integración, sino que se encuentra abandonado a sí mismo, en medio de una inmensa agrupación de desconocidos. A las relaciones fundadas en la tradición suceden relaciones de pura utilidad. Y el hombre, obligado a acomodarse a estas circunstancias, se convierte en un extranjero, tanto por los sentimientos como por las actitudes, para los habitantes rurales de cuyo seno ha salido, y en este momento aparecen los antagonismos que revisten expresiones políticas.

Molinari (de Roma) ilustró con cifras sorprendentes el inconveniente puramente económico del hacinamiento en las grandes ciudades. De los estudios realizados en la Italia meridional resulta que para emplear a un recién llegado en la industria manufacturera hace falta un capital (dos millones de liras), equivalente al que la gran ciudad ha de invertir para asegurar al hogar de este recién llegado los servicios urbanos normales; pero el gasto edilicio desciende a la mitad de esta cifra cuando se trata de una pequeña ciudad.

La conferencia ha concedido una gran importancia a este problema. Ha reconocido que la instalación de una fábrica aislada es en general, poco económica, y hace falta crear complejos industriales. Pero estos

complejos no necesitan ser de tales dimensiones que exijan estar vinculados a una ciudad gigante. La conferencia ha manifestado una tendencia muy franca a la descentralización industrial y urbana, materialmente condicionada por el desarrollo de las comunicaciones, y económicamente condicionada por la descentralización de las finanzas públicas. Cuanto mayor es la autonomía financiera de las autoridades locales, tanto mayores son sus posibilidades de atraer a las industrias.

El espíritu general de la Conferencia no se ha manifestado nunca mejor que en el debate sobre la enseñanza, iniciado por Ogunsheye (de Nigeria) y Shils (de Chicago). Ogunsheye había presentado en su informe una comparación muy documentada y apasionante de los esfuerzos hechos para estimular la enseñanza en la India, en Ghana y en Nigeria, observando que en los dos países africanos se concedía a la enseñanza, en los gastos públicos una prioridad mucho mayor que la que se le otorga en la India. y discutiendo las diferencias de estructura de los diferentes esfuerzos realizados, Shils había insistido en los peligros que encierra el divorcio de lenguaje entre los intelectuales dirigentes occidentalizados y las masas sin instrucción y en la necesidad, tanto más urgente cuanto que el papel del Estado es mayor. de una crítica constructiva y de una fiscalización democrática, que son imposibles sin una formación intelectual suficiente. A este respecto, había formulado un programa preciso.

Quereshi (de Pakistán) prestó aquí el gran servicio de exponer con claridad una tesis que indujo a cada uno de nosotros a descubrir sus preferencias profundas. Quereshi recordó que los gastos sociales entran en competencia con los gastos productivos, a tal punto que uno de los medios empleados por la U. R. S. S. para precipitar el desarrollo del aparato industrial ha sido el de sacrificarle el alojamiento. Pasando a hablar de la enseñanza, afirmó que convenía distinguir la que contribuye directamente al progreso de la producción, a la que por lo tanto de reconocerse el carácter de una inversión productiva, de la enseñanza que, por no servir directamente al progreso de la producción, debe ser considerada como un servicio prestado a los consumidores y que entra en competencia con otros bienes y servicios de consumo.

Entonces se desarrolló un debate de gran alcance, cuya publicación íntegra considero muy deseable. Se presentaron hechos que encierran en sí el mayor interés. Kimura (de Tokio) describió el antagonismo que existe en el Japón entre los hombres de cultura tradicional y la intelectualidad occidentalizada; Sumitro (de Indonesia) afirmó la necesidad de hacer progresar la enseñanza, pasando de la superior a la segunda y de la segunda a la primaria, por temor de que una enseñanza primaria mal orientada engendre únicamente la capacidad de adherirse sin crítica a los enunciados de los comunicados gubernamentales. Datta (de Calcuta) dió a conocer que una investigación practicada en su ciudad había puesto de manifiesto un tanto por ciento de desempleados que ascendía al seis por ciento solamente entre los que no saben leer, mientras que este tanto por ciento se elevaba a nueve entre los que han recibido la segunda enseñanza, y a deiciséis por ciento, entre los que han recibido una instrucción superior, y que, por lo tanto, hay que tener cuidado con la naturaleza de la enseñanza que se proporciona. Pero afirmó con insistencia que la instrución destinada específicamente a servir el acrecentamiento de la producción puede favorecer las tendencias dictatoriales. Y esto es lo que parecía pensar el conjunto de la Conferencia. Lewis resumió el sentir general, asegurando que la enseñanza es un bien, en sí, muy superior a los otros bienes.

Pero Dantwala (de Bombay) hizo observar que la participación popular en la discusión de los planes de desarrollo es una utopía. «Yo no puedo imaginar —dijo— un grado de instrucción pública que capacite a todos los individuos a emitir juicios sobre la elaboración de una sociedad tecnológicamente muy compleja. Hay que escoger entre una sociedad de esta clase y un grado elevado de participación efectiva en el gobierno». Asoka Mehta (diputado en el Parlamento de la India) subrayó que la dificultad de explicar a las masas lo que se quiere hacer lleva a emplear lo que Orwell ha llamado el «double talk» (el lenguaje doble), que es una presentación de los hechos falsa y desmoralizante para todos.

Miss Hinden (de Londres) se quejó de

que, en la India y en otros países que se encuentran en el mismo estado de revolución económica, hay una instrucción muy insuficiente, mucha centralización y una preponderancia excesiva del partido gubernamental, que se prevale de sus servicios en la Resistencia. Afirmó que la democracia es incompatible con la planificación centralizada y pidió la descentralización del trabajo.

Sobre la posibilidad de una tal descentralización, Gadgil (de Poona) aportó ideas claras, fundadas en la experiencia, que causaron impresión. El sentimiento que los occidentales sacaron de esta discusión fué que si las técnicas de producción no pueden ser transplantadas sin ciertas adaptaciones que requieren un esfuerzo intelectual original (Bergson), lo mismo puede decirse *a fortiori* de las prácticas políticas.

Desde el principio de la Conferencia, Rita Hinden (de Londres) había suscitado la cuestión de la igualdad material. ¿La busca de esta igualdad es compatible con la política de crecimiento? La pregunta había recibido una respuesta afirmativa de casi todos nuestros colegas asiáticos, para quienes la reivindicación de la igualdad era primordial en sus países respectivos. Daniel Bell (de Columbia) preguntó si sería preferible, suponiendo que ello fuese incompatible, la supresión de los márgenes de desigualdad interiores, o la disminución del margen de desigualdad con los países más avanzados, pregunta que quedó sin respuesta. Pero Bicanic (Yugoeslavia) afirmó que, en los países socialistas se había adquirido la convicción de que la busca de la igualdad material era incompatible con el desarrollo. Rosenstein-Rodan (Massachusetts Institute of Technology) demostró que la igualdad material no podría ser más que un mito, pero capaz de ejercer como tal efectos favorables. Gadgil (de Poona) hizo observar que un grado elevado de inversiones implicaba negar satisfacciones inmediatas a los trabajadores, negativa que debía ser compensada con sacrificios visibles por parte de las categorías mejor dotadas.

Pero la feliz propensión de la Conferencia a huír de los torneos ideológicos abrevió este debate, que no carecía de equívocos, ya que los occidentales pensaban principalmente en las desigualdades que eran consecuencia del proceso de producción, y los otros tenían presentes las desigualdades tradicionales anteriores, ajenas a dicho proceso.

Fué más concluyente el debate sobre la ayuda financiera del extranjero, suscitado por una proposición de Rosenstein-Rodan (M. I. T.). Inmediatamente se vió con claridad que entre nuestros amigos asiáticos reinaba el escepticismo en cuanto a esta ayuda, que además se miraba con desconfianza. La actitud que adoptaron todos era que cada país debía asegurar su desarrollo con sus propios medios. Pero, ¿y la asistencia técnica? Ya ha dado pruebas de su valor entre los países del Asia, puesto que la productividad de los arrozales de la India ha aumentado mucho gracias a la ciencia japonesa. Sin embargo, incluso en lo que se refiere a la cesión de técnicos asiáticos en Asia misma, como lo propone el Japón, Sumitro (de Indonesia) expresó su preferencia por los envíos de profesores capaces de formar peritos locales.

En conjunto, la impresión que se sacaba de la Conferencia era la siguiente: en cuanto al modo de desarrollo de la producción, la actitud adoptada por todos era pragmática, sin huellas de prejuicios doctrinales. Además, todos convinieron en que este desarrollo tiene por fin y medida, no la potencia o el «record», sino el bienestar de los hombres. Pero este bienestar no es sólo función de las obtenciones materiales: también intervienen en él las condiciones materiales de esta obtención y el clima psicológico y moral. Es posible aislar conceptualmente el proceso de aumento de las obtenciones y esto es muy útil para el análisis de los fenómenos. Muchos congresistas son maestros en esta materia, empezando por el gran «pionero» Colin Clark, y no necesitaban demostrar su virtuosismo, que ya está confirmado. Han manifestado, por el contrario, su preocupación por los valores no comprendidos en los cálculos económicos. Y lo más notable es que los participantes de todas las procedencias se interesaban por los mismos valores.

BERTRAND DE JOUVENEL

La danza moderna mexicana

POR JULIO ANTONIO GOSS

SI BIEN ES CIERTO que el nacimiento de la danza moderna mexicana se debió a la labor realizada por Waldeen y Ana Sokolov, es necesario no olvidar que este surgimiento pudo llevarse a cabo merced a ciertos antecedentes observados en nuestro ambiente de danza. A raíz de la revolución de 1910 y las visitas esporádicas de compañías de ballet europeas, se despertó en el corazón de los mexicanos el espíritu dancístico, que por aquel entonces se encontraba aletargado. Pero todas las manifestaciones coreográficas que se realizaban no respondían ni al verdadero sentido de la danza ni a un pasadero nivel profesional. El elemento meramente pintoresco, así como la adaptación de éste al ballet clásico (tal vez un resultado de la impresión que causó la Pavlova al bailar el «Jarabe Tapatío» de puntas), eran la máxima aspiración de aquellos artistas. Fué necesario que por la segunda década del siglo se agruparan destacadas personalidades par ir en busca de la esencia de la danza mexicana. Así, las Misiones Culturales, realizadas principalmente por Marcelo Torreblanca, y el Chato Acosta, se dedicaron a recorrer todos los ámbitos de la República con el fin de estudiar las características de las danzas folklóricas. Con estos antecedentes pudo surgir, en 1935, el ballet de masas «30-30», del que fué creadora Nellie Campobello. Esta obra constituyó ya el primer intento serio para imprimir a la danza clásica un carácter nacional y hasta cierto punto moderno. Además, gracias a la labor pedagógica de Nellie y Gloria Campobello, fundadoras y directoras desde 1932 de la Escuela Nacional de Danza, fué posible que Waldeen y Ana Sokolov pudieran contar con bailarines que, dueños ya de una técnica clásica, fueron capaces de asimilar las enseñanzas impartidas por estas dos coreógrafas norteamericanas. Sin embargo, la labor realizada por las hermanas Campobello y sus creaciones posteriores, entre las que sobresalen «Umbral» (1943), «Ixtepec», (1945) y «Alameda 1900» (1945), quedaron rezagadas por el dinámico impulso de la danza moderna, que abolió todas las trabas formalistas y conceptuales del ballet clásico.

WALDEEN Y ANA SOKOLOV

En 1939 llegaron a México, casi simultáneamente, dos conocidas figuras de la danza moderna: Waldeen y Ana Sokolov. Las dos poseían una sólida técnica y una verdadera preparación intelectual, que tanta falta le hacían a nuestra dnza. Pero fué Waldeen quién se identificó más con la tradición y la realidad social de nuestro país, siendo ella la que creó, en la verdadera acepción de la palabra, la danza moderna mexicana. Ana Sokolov, por lo contrario, vino a imponer su técnica y no se preocupó en beber de nuestras fuentes. Por ello, aun

cuando aportó elementos valiosísimos a nuestro arte, sus obras quedan como simples documentos, carentes de ese fuego interno que es característico de la obra de Waldeen. Ya en México, Ana Sokolov formó el Grupo Mexicano de Danzas Clásicas y Modernas, con el cual logró sus primeros buenos éxitos.

Entre el numeroso grupo de artistas e intelectuales que acogieron con entusiasmo la labor de Ana Sokolov, se encontraban Celestino Gorostiza y Armando de María y Campos. Ellos propiciaron la actuación en el Teatro de Bellas Artes, del Grupo encabezado por Ana Sokolov. El Ballet de Bellas Artes —nuevo nombre con que se conoció al Grupo Mexicano de Danzas Clásicas y modernas—, representó «Los pies de pluma», con música de Couperin, Frescobaldi, Mattheson y Rameau, «Entre sombras anda el fuego», con música de Blas Galindo, y «Don Lindo de Almería», con música de Rodolfo Halffter. Estas representaciones originaron la creación de una sociedad de carácter privado que respondió al poético nombre de «La paloma azul». Fué entonces, en septiembre del mismo año —1940—, cuando se presentó «Antígona», con música de Carlos Chávez, que constituyó un verdadero acierto coreográfico. Y fué en esta memorable temporada cuando se representaron también «La madrugada del panadero», con música del Rodolfo Walffter y «El Renacuajo Paseador», con música del genial Silvestre Revueltas, el cual moría esa misma noche. Desgraciadamente, la lucha por satisfacer intereses personales disolvió ese grupo, que tantos frutos prometía. Pero del mismo salieron, levantando su propio vuelo, las figuras de Rosa Reyna, Ana Mérida, Raquel Gutiérrez y Martha Bracho.

Waldeen, por su parte, presentó, en noviembre de 1940, su temporada. En ella se estrenaron «Seis danzas clásicas», con música de J. S. Bach, «Procesional», con música de Eduardo Hernández Moncada, «Danza de las fuerzas nuevas», con música de Blas Galindo, y «La coronela», con música de Silvestre Revueltas. Estas obras, principalmente «La coronela», marcaron una nueva etapa, que señalaba el nacimiento de nuestra danza moderna mexicana. De la presentación de estas coreografías datan todos los esfuerzos posteriores para imprimir a la danza un carácter nacional, tratado de una manera realista.

Waldeen, al través de su producción, y sobre todo en «La coronela», verdadera obra maestra de nuestra danza, nos enseñó a no ser ajenos a nuestros problemas y a no despreciar nuestra tradición. Nos enseñó que el valor real de ésta no radica en su aspecto pintoresco, sino en su dinámica. Pero este conocimiento no lo hizo recurriendo a disecados postulados, ya que ella, ante todo, es una artista y como tal ha vertido todas sus convicciones estéticas y humanas en coreografías que responden a un alto nivel profesional. Posteriormente estrenó «Elena la traicionera» (1945), con música de Rodolfo Halffter, «En la boda» (1945), con música de Blas Galindo, «El hombre es hecho del maíz» (1952) y «Homenaje a Federico García Lorca» (1949), basado en la célebre obra del mismo nombre, cuyo autor fué Silvestre Revueltas. Actualmente trabaja en un nuevo ballet que llevará por título «Angangueo».

LA ACADEMIA DE DANZA MEXICANA

Como sucede con todos los bailarines, poseedores del complejo de «vedettismo», los grupos de Ana Sokolov y de Waldeen tenían frecuentas pugnas entre sí, las que se acentuaron al regresar estas dos coreógrafas a su patria. Cada grupo, ya sin guías, se subdividió en múltiples fracciones que dedicaron todo su tiempo a boicotearse mutuamente. Fué entonces cuando el Instituto Nacional de Bellas Artes fundó, allá por febrero de 1947, la Academia de Danza Mexicana, que reunió en una institución de tipo profesional todos los elementos dispersos. Las directoras de la Academia fueron Guillermina Bravo y Ana Mérida. Sin embargo surgieron disensiones internas y Guillermina Bravo se separó de la Academia fundando el Ballet Nacional.

A pesar de las temporadas que se presentaron en esos años, así como el elaborado Plan de Trabajo de la Academia, la unidad y el profesionalismo todavía estaban distantes. Pero ni Germán Cueto ni Fernando Wagner pudieron modificar esa situación. Duró este estado de cosas hasta que en 1950 se nombró a Miguel Covarrubias como jefe

del difícil Departamento de Danza del Instituto Nacional de Bellas Artes. Sobre la actuación de Covarrubias se ha discutido mucho, quizás demasiado, y hay quienes consideran que su período fué la «época de oro» de la danza moderna mexicana. Pero ésto es falso, pues que en aquella época, en estado meramente experimental, no podía darse el caso de un florecimiento. Además, la actuación de Covarrubias se limitó a una simple labor de burocratismo. Lo curioso es que esas medidas burocráticas, a más de los encargos a «fechas fijas», dieron resultado. Los bailarines y los incipientes coreógrafos se olvidaron de sus disputas y se pusieron a crear, y si la mayoría de esos ballets no son ahora más que obras caducas, es necesario involucrar el valor experimental que ellas mismas tuvieron. Pero cuando parecía que esa etapa se había superado y la meta se encontraba al alcance de las manos se importó al coreógrafo norteamericano Xavier Francis, el que precedido de una falsa aureola ha precipitado a gran parte de los coreógrafos mexicanos en la ruina artística. A pesar de ello existen los que, fuertemente arraigados en nuestras tradiciones y poseedores de un sentido claro de lo nuevo han podido, con su técnica bien cimentada, hacer frente a esa influencia nefasta. Y es del todo probable que en poco tiempo la endeble técnica de Xavier Francis se desmorone completamente.

Era necesario, en aquellos años, que los coreógrafos estuvieran más en contacto con la danza moderna y con sus principales exponentes. Para ello, el INBA invitó, en septiembre de 1950, a José Limón, quien con su compañía y su maestra, Doris Humphrey, ofreció una temporada inolvidable. De entre las obras presentadas destacaron, sin duda alguna, «La pavana del moro», con música de Purcell-Sadoff, «Un día en la tierra», con música de Aaron Copland, «Historia de la Humanidad», con música de Novak, «La Malinche», con música de Lloyd y «Los desterrados», con música de Schoenberg. Después se presentaron otras temporadas en las cuales se dieron a conocer también obras de los jóvenes coreógrafos mexicanos. De entre los ballets presentados los mejores fueron «Tonantzintla», con música de Soler-Halffter y coreografía de José Limon y «La Manda», con música de Blas Galindo y coreografía de Rosa Reyna.

Este período, como se ve, fué de intensa actividad creadora y aun cuando se concibieron obras que nunca debieron haber nacido, al lado de ellas se crearon otras que, a más de haber dado un jalonamiento decisivo a la danza moderna mexicana, constituyen verdaderas obras de arte.

EL BALLET NACIONAL

Las diferencias que existían entre Ana Mérida y Guillermina Bravo, obedecían a razones puramente ideológicas, pues que la línea seguida por la segunda era de una tendencia claramente marxista. Posteriormente optó por una actitud revisionista, interpretando los puntos del marxismo de una manera muy personal. De aquí partió el camino seguido por Guillermina. Para ella no importa el nacionalismo, pues cree que esta corriente, a más de ser una característica burguesa, podía ofrecer diferentes significados. En aras del «nacionalismo» los capitalistas mexicanos sacrifican al obrero, al campesino, al intelectual, hun-

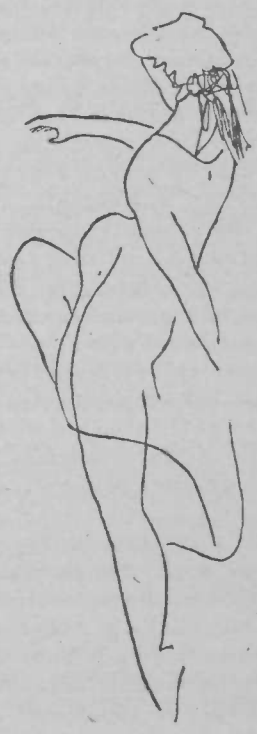
diendo al país en la miseria y creando, por consiguiente, economías artificiales. (Unicamente sobre este punto Guillermina Bravo tiene completa razón.)

Un grupo de bailarinas, aun cuando disentían en muchos aspectos de la peculiar ideología de Guillermina, se unieron a ella, pues que su línea artística ofrecía innumerables puntos de contacto. La figura más importante es, indudablemente, Josefina Lavalle.

La labor llevada a cabo por el Ballet Nacional (nombre paradójico si tomamos en cuenta lo anterior), ha sido por demás saludable ya que ha realizado extensas jiras por todos los rincones del país, llevando representaciones populares a obreros, campesinos y niños. Ahora, en cuanto al valor de las coreografías producidas, puede discutirse mucho su mérito o la falta de él. A mi parecer se han logrado verdaderos aciertos, como «El Zanate» (1947), coreografía de Guillermina Bravo y música de Blas Galindo, «Danza sin turismo 2». «El demagogo» (1956), coreografía de Guillermina Bravo y música de Bela Bartok, «La maestra rural» (1953), coreografía de Josefina Lavalle y música de Carlos Jiménez Mabarak, «Emma Bovary» (1953), coreografía de Josefina Lavalle y música de Vivaldi-Bach y esa joya de la danza moderna mexicana que se denomina «Juan Calavera» (1955), coreografía de Josefina Lavalle y música de Silvestre Revueltas. Y es aquí donde hay que señalar un hecho: mientras que Josefina Lavalle se encuentra en una de las etapas más maduras de nuestra danza, la labor de Guillermina Bravo es brusca y acusa en la actualidad serios problemas. El realismo, meta soñada por Guillermina, se va retirando, cada vez más, de su vista, dando paso al abstraccionismo y el formalismo. Ello puede ser el resultado de falsear su natural inclinación, llevándola hacia metas deformadas por ella misma. «Danza sin turismo 1» y «Rescoldos» prueban lo anteriormente dicho. Y aun en el demagogo» puede observarse esta rápida transformación. Ojalá que Guillermina Bravo pueda alejarse a tiempo del pantano en que está a punto de submergirse y penetre más a fondo en la realidad de los problemas sociales y políticos que trata, haciendo también el justo equilibrio entre forma y contenido.

ENTRONQUE CLASICO

El entronque clásico es característico en las coreografías de Ana Mérida, Guillermo Keys Arenas y Rosa Reyna. Sus obras, aun cuando nos ofrecen cierto arte figurativo y cierta esencia nacional, resultan amaneradas, artificiales y marcadamente formalistas, prevaleciendo en ellas los convencionalismos del ballet clásico. «La balada del venado y la Luna» (1949), coreografía de Ana Mérida y música de Jiménez Mabarak, es un ejemplo cierto. Toda la acción coreográfica está supeditada a una serie de pasos y actitudes con marcado corte clasicista que sólo sirve para subrayar el marco formal y la destreza de los bailarines. Además, las partes mejor logradas —la danza del venado y la de su muerte— aun cuando resultan de una frescura y un hondo sentido dramático admirables, se encuentran encerradas dentro de los límites del arte meramente figurativo. El caso de Guillermo Keys es parecido, con la diferencia de que su desarrollo coreográfico es inferior. Su única obra que todavía se representa, «El Chueco» (1951)), con música de Bernal Jiménez, basa su existencia en el tratamien-



to de la mímica y en su argumento romanticón.

Las obras de Rosa Reyna, entre las que destacan —por su valor intrínseco y como aportaciones valederas al movimiento de la danza moderna mexicana— «La Manda» (1951) y «La hija del Yori» (1952), ambas con música de Blas Galindo, se nos presentan con ciertas peculiaridades. Se nota en ellas el mismo entronque clásico que reina en las coreografías de Ana Mérida, pero el elemento dramático mexicano es más potente. Sin embargo, sus personajes olvidan frecuentemente la composición y realizan grandes lucimientos personales. Además se observa cierta movilidad que va en desacuerdo con el movimiento continuo que es característico de la danza. La formación de los bailarines, por ejemplo, es defectuosa y desesperantemente simétrica, y cuando la atención recae en un personaje determinado, los demás o dejan de bailar o se limitan a un simple acompañamiento, rompiendo, de esa manera, la secuencia del movimiento.

ASPECTOS DEL NACIONALISMO

El elemento arqueológico, basado en las imitaciones de «poses» de antiguos códices y murales, es la característica primordial de Elena Noriega. Estas «resurrecciones», como es de suponer, resultan convencionales, pues que esas «poses» que se observan en los citados documentos históricos, son el climax de un movimiento. Movimiento que no ha sido encontrado por Elena Noriega. Por ello, «El invisible» (1952) puede considerarse un interesante experimento, pero de ninguna manera una obra hecha. En cambio «Tierra» (1951) y «Tres juguetes mexicanos» (1954), a pesar de los defectos que las caracterizan —que son el resultado de lo anteriormente dicho—, revelan el talento de la coreógrafa, si aun inexperta, con grandes perspectivas en el futuro.

El aspecto pintoresco está representado por las obras de Evelia Beristáin. «Sones jarochos» (1953), «Titeresca» (1953), «Domingos en provincia» y «Leyenda» (1956) nos muestran un fresco talento. «Antesala» (1952) de Guillermo Arriaga, así como esa obra de arte que se llama «El sueño y la presencia», también de Guillermo Arriaga, entran en esta clasificación.

NUEVOS HORIZONTES

Al través de estos 17 años que han visto crecer a la danza moderna mexicana, muchas y muy variadas influencias y modalidades han imprimido su sello en la fisonomía de este arte, siendo las principales los diversos aspectos del nacionalismo. Pero desde hace algunos años se hace patente la necesidad de comprender lo que es el nacionalismo para después trasponerlo. Y si bien es cierto que en la corta historia de nuestra danza se han producido obras de alto valor artístico, ninguna ha alcanzado las proporciones de madurez de «Zapata», coreografía de Guillermo Arriaga y música de José Pablo Moncayo. Y es que Guillermo Arriaga ha comprendido que no sólo es necesario conocer nuestras tradiciones y nuestra realidad, sino que es menester compenetrarse con ellas. Así el artista podrá crear un arte profundamente nacional que sea comprendido en el mundo entero por ser el alma de una civilización. Para ello es necesario desterrar el sentimiento puramente romántico hacia lo indígena, que ve sólo el lado pintoresco de éste y se deslumbra, como cualquier turista, con las fiestas domingueras. Sí, es preciso conocer el folklore de las diversas regiones de nuestro país, pero no basta con ello; es necesario ser parte integrante de él. Es necesario convivir con él, pero sin pedirle prestados elementos.

Si existen todavía los que añoran las grandiosas civilizaciones prehispánicas, deben percatarse de que las ruedas de la historia no pueden retroceder. Cierto es que un solo siglo de cultura maya, náhuatl o tarasca, ha sido más fructífero que cinco de dominaciones. Pero también es cierto que no podemos rehuir la realidad, por más amarga que ésta sea. Lo que sí podemos hacer es procurar modificarla, como lo hicieron Hidalgo o Morelos, como lo hicieron Juárez, Vallarta, Heliodoro Valle, Ocampo y tantos otros liberales que con su sangre forjaron una patria, o bien, como lo hizo Zapata, que en medio de una era de demagogias alzó su voz exigiendo justicia.

JULIO ANTONIO COSS

Dos representantes de la nueva literatura española

POR I. IGLESIAS

CUANTOS NOS ESFORZAMOS por seguir paso a paso la producción literaria española, particularmente la novelística, tropezamos con un escollo que rompe a veces nuestra buena voluntad: la proliferación del novelista irresponsable, o mejor dicho, del irresponsable que se cree novelista por el solo hecho de haber tenido la suerte de hallar un editor benévolo. En efecto, abundan en demasía las malas novelas, resultando pues dificilísimo avanzar por el dédalo que nos impone esa especie de inflación literaria. O nos cansamos pronto o bien arriesgamos estragar nuestro paladar. Y lo más lamentable del caso es que muchas de esas malas novelas —pésimamente escritas, ñoñas, inactuales— nos llegan con el atractivo perifollo de un máximo galardón obtenido en cualquiera de los concursos literarios que ahora tanto abundan en España.

Una de las notas características de esa producción literaria, tomada en su conjunto y sin parar mientes en las sobresalientes excepciones que por fortuna existen, es que pocos novelistas españoles actuales tienen un sentido moderno de la literatura, de su alta función artística y de su gran misión social. Campea a sus anchas la inactualidad, de manera tal que en no pocas ocasiones nos preguntamos en qué mundo vive el autor, pues las situaciones y los problemas que nos presenta a través de sus personajes se hallan archisuperados en nuestros días. Y así acontece que la mayor parte de esos novelistas noveles, junto con otros que ya no lo son, atraviesan el difícil y tortuoso campo de la novelística con paso quedo de sombra, silenciosos, cual corresponde a gentes que huyen deliberadamente de las complicaciones y que jamás piensan en comprometerse, aunque sólo sea para ponerse a tono con nuestro tiempo.

Mas, por suerte, existen las excepciones que nos compensan ventajosamente de las ratos de hastío, fruto de tanta lectura intrascendente y baldía. Si bien es cierto que hasta el presente la cantidad continúa imperando sobre la calidad, se apuntan empero ciertos casos de nuevos novelistas que parecen prometernos días mejores. ¿Saldrá al fin la novela española de ese marasmo en que, por causas mil que en este momento no es cosa de analizar, yace desde hace bastantes años? Dejemos la respuesta, si respuesta puede haber, para otra ocasión. Y limitémosnos a señalar gozosos a dos de esos jóvenes novelistas que más que simples promesas son realidades de la que pudiéramos denominar nueva literatura española. Uno de ellos se halla en el destierro y pertenece a la joven generación que hizo la guerra civil; el otro vive en España y era aún niño cuando la guerra estalló. Sus nombres son Segundo Serrano Poncela y Juan Goytisolo, respectivamente.

* * *

Segundo Serrano Poncela se encontraba, repetimos, en el período moceril de su vida cuando se produjo en España la ruptura nacional de tan incalculables consecuencias, ruptura todavía sin restañar. La diáspora española hizo de Serrano Poncela un profesor universitario. Y en la Universidad de Puerto Rico profesa desde hace unos años literatura española, a la par que acompaña sus tareas docentes de una brillante labor de crítica literaria. Frutos sazonados de esos quehaceres literarios son sus obras *El pensamiento de Una-*

muno, donde analiza la vida y la obra de aquel gigante del pensamiento ibérico que se llamó Miguel de Unamuno; *Antonio Machado, su mundo y su obra,* en la que ofrece una completísima exposición de la obra y del mundo de los poetas más puros y hondos de todos los tiempos; y, finalmente, *Prosa moderna en lengua española,* libro didáctico en el que el autor traza con pluma magistral las semblanzas literarias de los principales prosistas hispanoamericanos. En estas obras, Serrano Poncela se nos montró como uno de los críticos más penetrantes de cuantos escriben en castellano, merced a su fuerza de análisis y de síntesis realmente extraordinaria.

Inesperadamente —al menos para nosotros— Serrano Poncela realizó una primera salida al campo de literatura de ficción con un librito de pocas páginas, pero de mucho valor —*Seis relatos y uno más*— que nos sorprendió al mismo tiempo que nos mostraba una faceta nueva de la obra de nuestro autor. ¿Respondían esos relatos imaginarios a un deseo hondamente sentido de emprender nuevos rumbos en su labor literaria o era algo así como un simple devaneo, con el solo propósito del crítico de mostrar que, al fin y al cabo, no era tan difícil hacer literatura de ficción? (Sabido es que el crítico literario abunda más en capacidad analítica que en espontaneidad imaginativa, y que aquélla, por lo general, suele poner fuerte freno a ésta.) En realidad, la respuesta a la anterior interrogante nos la dió últimamente mediante un nuevo libro titulado *La Venda,* integrado por una serie de ocho novelas cortas. Ya no cabe la menor duda: el crítico literario se nos ha doblado en novelista. Serrano Poncela es un novelista auténtico, completo y maduro.

Estas novelas cortas engloban estados de ánimo y modos de ser de gente española, con embriones de personajes y de actitudes, pero completos y cerrados. Así vemos en «La Venda», que da título al libro, a un sacerdote en estado de soberbia para quien se abren de súbito, tras haber pecado contra la pureza creyendo con ello hacer un acto caritativo, las fuentes verdaderas de la humildad; en «Amore Amaro» se trata del tardío e intenso amor de un novelista, ya maduro, por una muchacha norteamericana, cor la desaparición de ésta y el suicidio de aquél; siguen cuatro novelitas que tienen como asunto episodios de la guerra civil española o que están directamente relacionados con ella («El encuentro», patético aislamiento del hombre en perpetuo destierro; « Prisioneros de guerra», estampa de los momentos postreros de la retirada de los soldados republicanos; « El retorno», el emigrado encarcelado a su regreso a España y que con sus creencias políticas hace ejercicios espirituales; y «Fraulein Inka» aventura amorosa de una espía alemana y un joven oficial republicano); en «El Incubo» se patentiza un agudísimo sentido del humor al presentar el mundillo literario con sus falsos intelectuales y sus escritores desportillados; por último en «Un susto», que cierra la serie de las ocho novelas cortas, nos encontramos con una sórdida historia de familia sorprendida en su intimidad.

No sólo Serrano Poncela ha triunfado plenamente, sin fallo alguno, en ese género de veras difícil que es la novela corta, sino que se nos presenta como un gran novelista, del que esperamos en un futuro próximo la novela grande que establecerá su definitiva y merecida consagración en la novelística española.

* * *

Juan Goytisolo tenía seis años cuando la guerra civil española se desencadenó con toda su violencia. Su madre murió en uno de los bombardeos de aviación sufridos por Barcelona, y su padre fué encarcelado. A los seis años, pues, Goytisolo se encontró en la calle, sin hogar, junto con sus otros hermanos, hasta ser recogido y enviado con otros niños sin familia ni recursos a un pueblecito catalán casi abandonado, donde vivió los cuatro años de la guerra en estado de absoluta libertad. Fruto de esa temprana experiencia infantil es la novela *Duelo en el Paraíso,* escrita apenas a los veintitrés años. Mas dos años antes, Goytisolo había escrito otra —*Juegos de manos*— que le reveló súbitamente al lector español. Henos aquí, por lo tanto, ante un caso de precocidad que choca con la general creencia de que la novela es género de experiencias vitales, por lo que el buen novelista comienza a escribir sus obras cuando cuenta en su haber con suficiente vida vivida, es decir, con una rica experiencia humana.

Juegos de manos acaba de ser vertida en lengua francesa con un excelente éxito, no obstante las cuatro mil novelas que las editoriales parisienses ofrecen cada año al público francés. Se trata de un libro en el que se refleja de manera violenta, viva y apasionada la «juventud terrible» del Madrid de la postguerra, compuesta por estudiantes que no estudian, procedentes en su mayor parte de las clases pudientes. Es el mal de la juventud española, en la que únicamente el odio y la cólera —cólera y odio contra todo y contra todos— anima unas vidas que no disponen de un ápice de ideal o de sana pasión. Son rebeldes sin causa a la que dedicar su rebeldía; brutales que ocultan su debilidad... El personaje que mejor simboliza a esa juventud sin norte es el verlainiano Uribe, un joven que vive en huída permanente de sí mismo, perdiéndose en fugaces apariencias; pelele gesticulador que se desintegra cotidianamente en la bebida y en el disfraz. Juega con la vida sin vivirla, lo mismo que todos los otros. A través de los personajes de *Juegos de manos* se nos muestra el aspecto total o totalitario de una angustia sin apelación posible, puesto que en sus tinieblas no penetra un solo rayo de luz y la existencia únicamente les ofrece lo que rechazan. El

mundo de esa «juventud terrible» no es más que fachada. Y detrás de la fachada, nada.

El gran mérito de Juan Goytisolo es habernos ofrecido, apenas entrado en la primera juventud, dos novelas —*Duelo en el Paraíso* y *Juegos de manos*— en las que ha acertado plenamente. Ahora aguardamos con impaciencia una tercera novela que pronto verá la luz en Buenos Aires, puesto que la censura española la prohibió: *Fiestas*. No abundan los verdaderos talentos literarios precoces en la novela, género máximo que exige más reflexión que intuición y por lo tanto poco propicio para los jóvenes. Pero Juan Goytisolo es una excepción. Reune todas las condiciones para ser un gran novelista y lo será. Yo así lo creo.

I. IGLESIAS

José F. Montesinos : "Valera o la ficción libre"

La revaloracion de Valera no es cosa reciente. No arranca sino de la fecha del centenario (1924), a partir de cuyo momento Manuel Azaña dedica una serie de notables estudios a Valera y su obra. En esa revaloración, creo que la publicación de los ricos epistolarios valerianos ha tenido no pequeña parte. La figura de Valera aparece cada vez más atractiva y sugerente, y sus cartas, sabrosísimas, constituyen, no sólo una deleitosa lectura, sino un arsenal de noticias sobre su vida y su obra, y sobre la vida literaria y social de su tiempo. Como es natural, su obra de novelista también ha suscitado últimamente el interés de los críticos, y este libro del profesor Montesinos —uno de los críticos más agudos y sensibles de nuestra hora —viene a subrayarlo de nuevo.

En el proyecto, en parte ya intentado, de una vasta historia de la novela española moderna, que acaricia Montesinos desde hace años, y del que ya ha anticipado una espléndida Introducción, y algún capítulo —un volumen dedicado a Alarcón—, no podían faltar las páginas a Valera. Montesinos confiesa en el prólogo de este libro suyo (*Valera o la ficción libre. Ensayo de interpretación de una anomalía literaria.* Editorial Gredos, Madrid, 1957) la « inmensa simpatía » que le ha inspirado siempre el autor de *Pepita Jiménez,* pero ni por un momento se deja arrastrar por esa simpatía para ofrecernos un libro ditirámbico y apasionado. Su estilo crítico es siempre objetivo y sereno. No se apasiona por su autor, pero sí le interesa hallar el secreto de su obra, los móviles que inspiraron su creación artística, y analizar los medios empleados en ella, fuesen o no acertados. En el caso, tan interesante, de Valera, lo primero que hace Montesinos es indagar y aclarar el concepto que de la novela tenía el autor de *Doña Luz,* como novela « en libertad», es decir, libre de trabas, reglas y límites, temporales o espaciales. Era la suya una concepción antirrealista de la novela, sentida ya desde muy joven, y mantenida a lo largo de toda su carrera de novelista y de crítico. Ya en *Mariquita y Antonio* (1861), como subraya Montesinos, está en germen esa concepción valeriana de la novela, que luego el propio Valera se cuidó de exponer ampliamente en sucesivos textos críticos, sobre todo en sus *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas* (1886-1887). Los textos antirrealistas que espiga Montesinos en la obra de Valera, y en sus cartas, son reveladores. Véase alguno, como ejemplo: « Prefiero la peor novela de Walter Scott a toda la *Comedia Humana* » (carta a H. García de Quevedo); nada le irritaba más que « la indecencia docente y humanitaria de los naturalistas » (carta a Campillo), y en otra carta a Campillo : « También deseo escribir más novelas para seguir en mis trece de dejarme llevar de la inspiración y poner por escrito lo que se me ocurra, burlándome de este arte nuevo del realismo, moda ridícula y vanidad que han importado de Francia. »

En suma, Valera era decidido partidario del arte por el arte, y en su consideración de la novela se mostraba rabiosamente fiel a ese principio. Sólo señaló una limitación al derecho de novelar libremente: la de no caer en lo feo y en lo torpe. De no haberla señalado, su idea de la novela podría considerarse hoy muy actual: es decir, la novela como cajón de sastre, donde todo es permitido, incluso la mezcla de otros géneros. Pero, como advierte muy bien Montesinos, la posición antirrealista de Valera se alejaba bastante de los gustos y aficiones de su época: una época en que triunfa, por cansancio y agotamiento del romanticismo, el arte realista, y su derivación más brutal: el naturalismo. No se comprende bien, escribe Montesinos, cómo Valera, aspirando a ser un autor popular, concretamente un novelista popopular —porque de su popularidad como poeta se desengañó pronto, no s i n amargura—, podía, sin embargo, pensar de esa manera, y defender a capa y espada su, en aquel momento, anacrónica concepción del arte. El adjetivo no es nuestro, sino del profesor Montesinos, que ve en Valera, a ratos, un escritor del siglo XVIII, más que del XIX. Conocida es su impermeabilidad al romanticismo. Su poeta preferido no fué Zorrilla o Espronceda, aunque los elogiase sin tasa, sino... Quintana.

El examen detenido que hace Montesinos de las principales novelas de Valera, y la indagación analítica que intenta de sus objetivos artísticos y de los medios que utilizó para lograrlos, prueban esa concepción de la novela « en libertad », que, según Montesinos, es una creación típica del autor de *Pepita Jiménez*, y al mismo tiempo una anomalía literaria. Valera necesitaba de esa libertad para ejercer, aunque fuese inconscientemente, su

vocación de moralista, entendida la palabra a la francesa: un escritor entregado al estudio del hombre, de sus actos y de sus móviles. Pero, cosa curiosa, todas las cuestiones morales que se suscitan en la obra de don Juan arrancan de problemas de amor.

El libro del profesor Montesinos es, sin duda, una de las más logradas aportaciones a los estudios valerianos, un libro de crítica iluminadora y penetrante.

A. D.

Manuel Lamana: "Otros hombres"

HENOS AQUI ANTE UN LIBRO que escapa a la clásica definición de la novela y que entra de lleno en esa literatura, bastante pródiga en nuestros días, que es ante todo y sobre todo testimonio directo, a la par que alegato y protesta. Esta literatura es reflejo o expresión de una realidad que nadie puede ignorar: la triste situación de los hombres que se han visto privados por la violencia de sus libertades más elementales. Nuestro mundo civilizado ofrece múltiples ejemplos.

Otros hombres (Editorial Losada, Buenos Aires, 1956) tiene por temática la acción clandestina llevada a cabo en España a partir de 1945 —el año de las grandes ilusiones perdidas, puesto que la liberación de Europa dejó sin resolver, contra toda lógica, el problema español— por un grupo de jóvenes estudiantes anhelosos de recuperar lo que su mayores perdieron, es decir, la libertad. Con un estilo directo las más de las veces —sólo en ocasiones resulta un poquito moroso, tal vez intencionadamente— y sin esa especie de hojarasca seudoliteraria de la que suelen usar y abusar los escritores noveles, Manuel Lamana nos ha pintado un cuadro del angustioso drama de las nuevas generaciones españolas, yacentes en el mayor de los desamparos por no disponer ni de un presente ni de un pasado, sabiendo bien lo que no quieren, pero ignaros aún de lo que desean, salvo ese afán de libertad. Por eso el libro toma a veces cierto tono polémico, sobre todo cuando se refiere a las posibles soluciones del problema político español. Más añadamos inmediatamente que ese tono no causa perjuicio alguno al relato, sino todo lo contrario; al fin y al cabo es la forma de expresión de un joven comprometido que nos refiere sus experiencias tal como las vivió y sufrió. Así gana en sinceridad, que no es cosa de poca monta.

Desde las primeras páginas de *Otros hombres* vemos cómo la juventud española —al menos un sector de ella: el universitario— se siente dominada por una angustiosa sensación de vacío, de vida marginal, sin mucha fe y con poca esperanza, buscando en la acción un medio de escapar a ese estado letárgico. Uno de los personajes lanza esta afirmación amarga y dolorosa: «Tal vez lucho porque no tengo nada en qué creer.» Efectivamente, ¿en qué podían creer aquellos jóvenes, hijos de la mayor de las derrotas nacionales? El pasado no lo conocían y les resultaba inservible; el presente lo odiaban justamente por conocerlo harto bien. Su única convicción era que respecto a sus mayores —los vencedores y los vencidos— ellos resultaban otros hombres. De ahí el título del libro.

Resumamos a grandes rasgos la trama de *Otros hombres*: Un grupo de jóvenes estudiantes había montado una organización clandestina, que poco después es descubierta por la policía. Unos van a la cárcel y otros logran ocultarse. Javier y Rivas —dos de los principales personajes— logran huír a Francia gracias a la ayuda de unas muchachas norteamericanas Y en Francia, donde esperaban hallar la libertad y la comprensión, sufren toda clase de dificultades materiales y la decepción que les producen los viejos políticos republicanos expatriados. Javier es víctima de la abulia y un día se deja caer en las aguas del Sena; Rivas se encierra en una soledad metafísica. Así termina la aventura de dos jóvenes representantes típicos de su generación. El libro se ha desarrollado, pues, entre la esperanza y la desolación, entre la ilusión y el desengaño.

Otros hombres merece ser leído y meditado. Tal vez el valor estrictamente literario del libro sufra algunos altibajos, sobre todo a causa de un final un poco forzado y lacio. Pero está escrito con sencillez y resulta un documento de primer orden.

I. I.

Susana March: "Algo muere cada día"

SI BIEN EL NOVELISTA español muestra una profunda repugnancia ante todo cuanto suponga exploración por los íntimos entresijos del yo —el francés, dicho sea de paso, lo hace con delectación casi morbosa, para mayor gloria de la novelística de su país—, en cambio se recrea fácilmente contando una infancia real o ficticia. ¿Por qué? Pregunta fácil, de difícil respuesta. En todo caso, cada pueblo es como es y resultaría pueril ponerse a establecer comparaciones que nada aclararían.

Todo esto viene a cuento de la novela de Susana March, *Algo muere cada día* (Editorial Planeta, Barcelona, 1955), llegada a nuestras manos con un retraso que somos los primeros en lamentar. En ella se cuenta de manera amena y fácil la niñez de una muchacha, apenas distinta de todas las niñeces, con los sueños y ensueños propios de

la infancia y las realidades oscuras impuestas por la vida al través de los quehaceres cotidianos. Trátase de una niña un poco solitaria, como tantas otras, a la que vemos crecer y entrar en la adolescencia, luego en la juventud, con el consiguiente matrimonio, el amor, el desengaño, las tentaciones, los renunciamientos y, finalmente, la estoica o fatalista resignación final. Es, pues, una vida como multitud de otras vidas, vida de mujer que se cree incomprendida, quizás por que lo es, como lo son todos o casi todos los seres humanos. Digamos que el fondo narrativo está constituído por breves y elocuentísimos episodios de la guerra civil, si bien el tema principal no es la guerra en sí. Ya queda dicho que de lo que se trata en realidad es de contar al lector una vida cualquiera.

Algo muere cada día debe de tener no pocos rasgos autobiográficos, cual suele acontecer cuando se abordan esta clase de temas, y sus páginas nos descubren a la notable poetisa que es Susana March. La lectura es fácil y muy amena, merced al estilo llano empleado por la autora, la cual se nos muestra como fina narradora. El libro ofrece dos características altamente meritorias: sencillez narrativa y presencia directa de la vida. Verdad es que *Algo muere cada día* rezuma cierto pesimismo, como lo indica el propio título, pero es un pesimismo sin grandes gestos ni actitudes descomedidas, más bien sereno y simple. Hay en esta novela de Susana March mucho de verídico y de conmovedor.

En el prólogo se nos cuenta el retorno del marido ausente durante varios años. A continuación, la vuelta al pasado, es decir, la vida de la mujer desde la niñez hasta que el esposo vuelve al hogar, con la vasta serie de sucesos que llenan toda existencia. En este caso que nos relata Susana March tropezamos con un fracaso esencial: el fracaso del amor. Y el libro se cierra con este párrafo final: « Ir amontonando ruinas es vivir.» Por eso algo muere cada día. Título acertado de una novela bien lograda.

I. I.

Alberto Escobar : "La narración en el Perú"

En un volumen de anchos márgenes y apretada tipografía (editado por Letras Peruanas, Lima, 1956), Alberto Escobar, joven poeta peruano, ha reunido una interesante galería de narradores peruanos, desde la Conquista hasta nuestros días. Son 82 autores. Quizá mucho para las letras de un joven país. Pero, es que el concepto de narración que usa Escobar sobrepasa lo literario. Cubre diversos tipos narrativos, inclusive los históricos, de manera que en sus páginas figuran nombres literarios y otros muchos que no lo son. Por otro lado, no se reduce a presentar los más valiosos, sino que recoge aun aquéllos que no lo son tanto. De ahí que, muy lejos de una selección, esta compilación o galería deba ser considerada cuantitativamente al par que cualitativamente. Desde el primer y segundo punto notamos que entre los narradores peruanos faltan algunos de evidente nombradía: Aurelio Arnao, Augusto Aguirre Morales, José Carlos Chirif, José Santos Chocano, Enrique Casterot y Arroyo, Raymundo Morales de la Torre, Antonio Garland, Juan Bautista de Lavalle, Sor Folie (Isolina Soto), Sor Presa (Angela Ramos), Juan Seoane, Luis Alberto Sánchez, Ismael Silva Vidal, José Carlos Mariátegui, Eduardo Zapata López, que no pueden ser omitidos, como tampoco lo podría ser Fausto Gastañeta, autor de uno de los pocos tipos perdurables de la literatura peruana, el de Doña Caro. Pero, dejando de lado estas evitables omisiones, el libro es de una manifiesta utilidad y el primero en su especie. Se le podría tan sólo objetar que es demasiado ancho, que concede en exceso al circunstancial valor de los escritores ahí comprendidos, y que no cautela como debiera el valor literario, sino que permite innecesarias filtraciones de otros manantiales absolutamente extraliterarios. Escobar, en cambio, se revela como fino crítico y notable estudioso en el prólogo, donde pasa estricta revista al género narrativo en su país. Libro recomendable, digno de estímulo y aplauso.

S.

Miguel de la Mata : "Vagancia"

El primer libro de Miguel de la Mata, «líder» sindical y político peruano, a la par que inquieto hombre de letras, se titula *Vagancia*. Es un reto a lo consabido. Pocos libros son tan tensos, tan amargos en su fondo y tan livianos y alegres en su forma como éste. De la Mata, que fué preso político muchas veces, tenía los originales de su obra guardados desde hacía 16 años. Salen ahora, cuando él bordea los 50. Presentan, sin duda, a uno de los más vigorosos narradores del Perú. Posiblemente, si persiste, a un gran novelista.

El libro no tiene, en apariencia, una trama. Se limita a mostrar « postales », es decir, estampas, Cada una de ellas es sencillamente magistral. Sin retórica, pero con gran intensidad de estilo y de penetración psicológica, de la Mata hace desfilar ante nosotros un submundo extraordinario. Frente a él, los demonios humanos de Dostoyewski, los subhombres de Gorki, tienen poco que decir. Sin exageración, el libro de Miguel de la Mata es uno

de los preludios de escritor más logrados que conocemos en toda la literatura americana. Nos parece que supera las expectativas en torno a *Hombres y Rejas* de Juan Seoane, *La prisión* de Gustavo Valcárcel, *Hombres sin mujer* de Carlos Montenegro, *Hombres sin tiempo* de Alfredo Pareja Díez Canseco, y el libro par del de de la Mata, *Kilómetro* 83 de José Díez Canseco, inserto en el volumen *Estampas mulatas.*

El tema de *Vagancia* es, como era de suponer, los vagos, que en el Perú se encuentran sometidos a una ley especial, verdadera espada de Damocles pendiente sobre cualquier ciudadano que no indique sus fuentes de ingreso. La vida en la cárcel es el hilo conductor de la obra. Hay personajes de un relieve dantesco. El escritor no exagera. No prepara. No comenta. Le basta con describir, con un estilo de alta tensión poética pese a su prosaismo.

Impreso con excesiva modestia, creemos que este libro es de los que deben recomendarse, reeditarse y proseguirse. Es el compromiso que ha contraído con sus recientes lectores el ya cincuentón «líder» sindical y ahora escritor social Miguel de la Mata, oriundo de Huánuco, en el Perú, la ciudad desde donde, hacia 1620, escribía a Lope la hasta hoy anónima Amarilis, poetisa de las mejores de su mundo y de su edad.

S.

Pierre Darmangeat : "Antonio Machado"

El hispanista francés Pierre Darmangeat ha publicado, en la Librería de las Ediciones Españolas de París, un estudio que titula *L'homme et le réel dans Antonio Machado.*

¿Qué se propone Darmangeat con su obra? Alzarse contra el sambenito de irrealismo que se ha querido colgar sobre la poesía y la ética de Machado. Sambenito semejante sólo puede venir de quienes no conozcan la obra machadina a fondo o que, conociendo ciertas partes, ignoran todo o casi todo de otras. Darmangeat, por su parte, conoce a fondo la trayectoria total del poeta.

Para sistematizar en cierto modo su análisis, divide Darmangeat sus páginas en varios capítulos que titula respectivamente *El Universo en su conjunto, El mundo exterior, La tierra y el hombre, El medio social y el retratista.* De esta forma vamos viendo la presencia de las cosas externas en la poesía machadina y su conciencia de la división entre las dos Españas. Tenía Machado sumamente desarrollada su sensibilidad histórica. Sus sueños se hallan, en efecto, mezclados con elementos históricos, o se desarrollan sobre un telón de fondo histórico que no puede ser más real. Vislumbra incluso, el gran poeta andaluz, la posibilidad de un cambio, de poder influir sobre los acontecimientos. Se da cuenta de que todavía puede salvarse la España cubierta de *sucios oropeles* que vive amancebada con el señoritismo.

Al llegar la guerra civil, el poeta, en vez de internarse por las escondidas galerías que le llevasen a una torre de marfil, se lanza de lleno a la calle. Su orientación política en favor del socialismo no deja lugar a dudas. Así se cerraba una evolución lógica en un poeta que amaba al pueblo entrañablemente, sin asomo de demagogia.

No existe en el estudio de Darmangeat un rígido cartesianismo al que hubiera podido llegar fácilmente de habérselo propuesto. Darmangeat, por ser poeta él mismo, sabe muy bien cómo hay que presentar a un poeta. Para ello abraza el oficio de prestidigitador de feria. Darmangeat va sacando ante nuestros ojos atónitos las mil maravillas que encierra el saco sin fondo de la poesía machadina.

A manera de apéndice Pierre Darmangeat prolonga su libro estudiando más a fondo el poema de *La tierra de Alvargonzález.*

Darmangeat nos había mostrado igual conocimiento exhaustivo del tema tratado en un libro sobre Pedro Salinas. Diríase, no obstante, que en la obra que nos ocupa, Darmangeat es menos profesor. La figura de Antonio Machado le inspira un cariño más familiar. Ciertas observaciones que hace en su libro no pueden ser fruto mas que de reflexiones prolongadas, de diálogos, de poeta a poeta, con Juan de Mairena.

El objetivo que el autor buscaba con su libro queda alcanzado desde las primeras páginas. El resto sirve para deleitarnos con consideraciones de jugoso humanismo.

L. L. A.

Roberto F. Giusti : "Poetas de América"

La Editorial Losada, de Buenos Aires, nos ofrece en su colección contemporánea un pequeño volumen que reune varios estudios críticos sobre poetas americanos, debidos a la prestigiosa pluma del escritor argentino Roberto F. Giusti, cuyos cincuenta años de labor literaria fueron celebrados no ha mucho en forma adecuada por sus numerosos seguidores y amigos.

Abarca el libro doce trabajos sobre otros tantos poetas, en los que junto al análisis de su obra se nos brinda una jugosa semblanza personal, muy acertada y perspicaz de cada uno de ellos —con sus virtudes y flaquezas—, encuadrándolos en el ambiente y en el período en que vivieron, lo que da ocasión al autor para trazar, como de pasada,

unos cuadros de época siempre evocadores y a veces pintorescos, que forman la parte anecdótica y más amena del libro. Y decimos la más amena, porque, a decir verdad, ameno es todo el libro. El dilatado y profundo conocimiento que tiene Giusti de las letras hispanoamericanas, de la fisonomía personal y literaria de sus cultivadores, de las circunstancias y azares que alentaron o condicionaron su producción, de sus cambios de rumbo en la vida, que inevitablemente se reflejan en la obra de cada cual, de sus influencias y motivos de inspiración, le permite hacer una crítica llena de calor humano, en la que el hombre y la obra van como fundidos, una crítica vital, palpitante, muy alejada de esa otra crítica que es mera disección y seca exposición, que podrá tener también sus méritos, pero que adolece de una aridez desoladora.

Giusti, que no es un apologista de los poetas hispanoamericanos, sino un crítico que en ocasiones carga la mano en la censura —díganlo sus severas reprobaciones a Santos Chocano en el ensayo que le dedica, si justas las dirigidas al hombre que «convertía en moneda sus ideales políticos», acaso extremosas, aunque no pueda decirse que infundadas, las que van contra sus versos—, sustenta en algunas de sus páginas opiniones favorables a sus biografiados, en pugna con otras opiniones muy generalizadas. Tal ocurre, por ejemplo, cuando reivindica, con mucha agudeza, para el romántico argentino Esteban Echeverría la calidad de poeta de inspiración, que comúnmente se le niega, considerando su obra como de estudio y de paciencia tan sólo, o cuando señala lo provechoso de la crítica de Grousac para los estudios históricos argentinos, proclamando la veracidad —tan discutida— del conjunto de su obra en este aspecto, a despecho de algún pormenor erróneo o de algún juicio apasionado.

Todos, todos los ensayos que forman el libro *Poetas de América,* en que nos ocupamos, suscitan la atención y el interés del lector apenas comenzadas las primeras líneas: lo mismo aquel tan breve y substancioso en que hace notar la vigencia del *Ariel,* de Rodó, medio siglo después de haber visto la luz pública y no obstante la rápida carrera que ha hecho desde entonces la humanidad, como el que inicia el volumen con la silueta literaria y política de José Joaquín de Olmedo; el que dedica al poeta de la libertad, José Mármol, como el que consagra al arte y a la concepción artística de Rafael Obligado, el poeta de la nostalgia. Pero entre ellos nos ha complacido especialmente la lectura del primoroso y pintoresco capítulo en que la figura originalísima y bohemia de Alberto Gerchunoff destaca su aire galante, socialista y graciosamente doctoral, sobre un fondo de recuerdos de juventud del autor de *Poetas de América* —tertulias familiares o literarias, redacciones de viejos periódicos desaparecidos ya, acogedores restaurantes frecuentados por las gentes de letras, etc.—, que dan a este ensayo el atractivo de una estampa de época encantadora, pintada como al desgaire, pero de mano maestra.

Poetas de América es un excelente libro de crítica y de biografía, utilísimo para el más acabado convencimiento del representativo grupo de poetas a que se pasa revista en sus páginas. Y no sólo se aprende mucho con su lectura, en los autorizados juicios de Giusti, tan penetrantes y sutiles, sino que tal lectura es un deleite, una fiesta para el espíritu.

C. A.

De los poetas a la poesía

Insula le ha publicado en Madrid a Carlos Bousoño su *Noche del Sentido.* La poesía de Bousoño es un estado de ánimo que se prolonga. El poeta no trata de formular una concepción del mundo ni intenta siquiera explicar las cosas. Su empeño es más humilde. Bousoño espera buenamente. En el fondo le agradaría que algo cambiase, pero no hace el menor esfuerzo por provocar el cambio. En *Noche del Sentido* se trata, más bien, de expresar una insatisfacción descendente y un sentimiento de inutilidad del esfuerzo, que confieren a su poesía una elegancia estética indiscutible.

Poesía la suya más de abandono que de iniciativa, más pasiva que activa. Su ideal parece consistir en dejarse arrastrar suavemente a la deriva. De no ser porque en la experiencia mística el abandono se conquista, podría asimilarse su poesía a la de los místicos. De no ser porque el desprendimiento de los estoicos no se logra sino tras un difícil proceso de lucha, diríase que su poesía tiene algo de estoica.

En la *Noche del Sentido* la amada arranca al amado de la melancolía y tiende un velo en torno suyo para protegerle contra la realidad de las cosas. La amada es luz y guía. El poeta no tiene mas que dejarse llevar de la mano como un niño.

En la *Noche del Sentido* no existen posibilidades histórica ni sociales. El poeta ama a España aunque *su latido de amor es vano.* Una España fantasmagórica que debe permanecer, como todo lo que ama; en un reino de niebla. Todo afán por una patria mejor parece inútil : *Pretendemos hacer a España hermosa/ cual trabajar en nuestra propia caja/ de muerto. España; que en la luz se cuaja/ como un sepulcro funeral.* Inútil avanzar; imposible retroceder, difícil mantenerse. ¿Qué hacer, pues, en medio de esa patria *extinguida?* ¿Corresponde ese estado de ánimo a toda una generación ?

A pesar de su refinamiento, de su elegancia, de su lirismo distante, se adivina en Bousoño un alma generosa que busca a su manera.

Esperemos a Bousoño en su próximo libro.

LEJANA PATRIA se titula el libro que desde Bogotá nos envía Helcias Martán Góngora. *Lejana Patria* va precedida de *Las Bocas Fieles*. Hay mucho camino recorrido desde *Las Bocas Fieles* a *Lejana Patria*. En el primero se advierten todavía influencias que en el segundo desaparecen para dar paso a una voz más personal. El poeta adquiere así mayor dimensión sin renunciar por ello al ritmo interno de *Las Bocas Fieles* que tanto encanto tiene.

EL MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA PERUANO ha editado *Poesía* de Demetrio Quiroz-Malca. Cultiva deliberadamente Quiroz-Malca cierto tipo de arcaismo poético. Arcaismo, más por la expresión y por el ambiente que por las palabras empleadas. El dominio de la forma y la capacidad de adaptación de Quiroz-Malca son realmente sorprendentes. Su refinamiento estético sumamente meritorio.

AGRADECEMOS A LA GRAN POETISA uruguaya Dora Isella Russell el envío de parte importante de su obra. Nadie ignora, en el mundo de habla castellana, los méritos y virtudes de la poesía de Isella Russell. Esperamos con gran interés sus próximas creaciones que no harán, sin duda, más que confirmar su trayectoria.

L. L. A.

Luis Alberto Sánchez : "Historia de América"

PROLIJA ES LA LABOR del conocido escritor Luis Alberto Sánchez. Hombre de bien formada cultura, de pensamiento ordenado, sus libros en América —y sus diversas colaboraciones para diarios y revistas— han servido de guía para el conocimiento de hechos, problemas, personajes, y, en general, para las diferentes manifestaciones del proceso histórico y cultural del nuevo continente.

La Editorial Ercilla de Chile publicó, últimamente, la sexta edición de *Historia General de América* que, hace algunos años, lanzó a la luz pública y por primera vez el mencionado y distinguido intelectual. Pero ahora la obra está totalmente puesta al día y corregida de acuerdo con las nuevas concepciones de la pedagogía. En esto, precisamente, merece destacarse —sobre todo— el libro que ligeramente comentamos.

Luis Alberto Sánchez, además de sus dones de escritor y de ensayista, es un buen profesor. Ha dictado cursos en la Universidad de San Marcos de Lima, en el Instituto Nacional de Panamá, en el Lyceum de La Habana, en el Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires, en la Universidad de Quito y en la Facultad de Filosofía y Pedagogía de Santiago de Chile. Su versación en materia histórica ha sido apreciada por numerosos Institutos americanos, siendo miembro correspondiente de la Academia de la Historia del Ecuador. Su libro, por lo tanto, es fruto en mucho de su experiencia profesoral, pedagógica.

Dividido en ocho partes, estudia a América desde la época aborígen hasta nuestra presente actualidad (1956). Pero cada clasificación que hace no es la descripción de simples acontecimientos en los cuales, generalmente, se enredan los historiadores, sino que buscando las causas para la explicación y entendimiento de cada etapa americana, introduce, mejor, juzga indispensable hacer referencia a elementos que, como él bien dice, son «a menudo pospuestos»; tales serían el aporte económico, la evolución del trabajo, el papel de la mujer, la significación de la calle, el tono de la cultura, las relaciones internacionales. Por otra parte, a través de toda la *Historia General de América* su autor manifiesta ese amplio «patriotismo continental» que es esencia de su formación humana, espiritual.

Libro sin duda escrito para los estudiantes americanos, es necesario para quienes deseen —con justo interés— conocer la forma como se ha ido formando la personalidad del continente nuevo. Luis Alberto Sánchez —en su breve introducción él lo explica— «ha tratado de evitar todo escollo de índole particular. Ni patrioterismo ni tampoco innocuidad. Si el exceso de pormenores sobre lo que constituye la crónica policial de la historia, esto es, las guerras, representa un obstáculo para establecer una armonía durable, también se debe tener presente que el angelicalismo profesional, el no considerar la existencia de ningún conflicto, aparte de falsificar la historia, da como resultado un relajamiento de vínculos internos que no deben perderse. Juzgamos nuestro único mérito sabernos sobreponer al campanario y, a la vez, tratar de recoger el clamor de la tierra », termina diciendo.

J. M. M.

Carlos Dávila : "Nosotros los de las Américas"

CARLOS DAVILA E. fué uno de los periodistas más hábiles y mejor informados de América. Desarrolló su vastísima labor en Chile, su patria, y en los EE. UU. Su influencia periodística lo llevó a ligarse a la política, participando en sucesos extraordinarios de su país, y esta actividad política, a su vez, le procuró el conocimiento profundo de los grandes problemas nacionales y del continente, y al mismo tiempo le facilitó la visión directa de los poderosos intereses que juegan en el trasfondo de la política americana, todo lo cual enriqueció y robusteció su labor periodística.

Carlos Dávila dirigió *La Nación*, en su tiempo el diario más importante de Chile ; más tarde fué designado Embajador ante los EE. UU., donde descolló como uno de los más inteligentes diplomáticos. A raíz de los turbulentos acontecimientos de 1932 llegó a ocupar durante cien días la jefatura del gobierno en Chile. Derribado del poder, fundó la excelente revista semanal *Hoy*. A poco de dejarla en buen camino se radicó en los EE. UU. donde se hizo respetar como periodista sagaz y dinámico. Regresó a su patria al cabo de veinte años de ausencia, volviendo a tomar la dirección de *La Nación*. Debió abandonarla para asumir el cargo de secretario de la O.E.A. Desgraciadamente falleció en 1955, en plena faena americanista.

En medio de sus tareas informativas, Carlos Dávila compuso su denso libro *Nosotros los de las Américas*, de extraordinaria calidad socio-económica y de vigorosa crítica constructiva en favor de la integración continental y de su progreso armónico. La Editorial del Pacífico ha lanzado una secunda edición y, de nuevo, desatará polémicas ardorosas.

Este libro analiza con una lucidez y franqueza admirables todos los aspectos de la confusa situación de América y los rasgos más acusados de las curiosas relaciones de los países latinoamericanos con los EE. UU. Para él, el hemisferio occidental ha debilitado, en parte, su misión al no organizarse como entidad única, poderosa e independiente, para dirigir los asuntos mundiales en vez de ser arrollado por ellos. Reconce y exhibe la culpabilidad de los países indo-americanos, pero acusa con gran calor a los EE. UU. de no haber llevado a cabo, de manera amplia y sincera, una política de cooperación con América Latina, para encaminar su desenvolvimiento efectivo, diversificado y sólido. ¿ Por qué ? Según Dávila, uno de los motivos decisivos en el retraso de una acción intensa de los EE. UU. en favor del progreso rápido de América Latina ha sido la desfiguración sistemática de las relaciones económicas entre ambas secciones del continente. Examina de manera impresionante, por los hechos, datos y argumentos acumulados, todo el cuadro de las relaciones de los EE. UU. con América Latina, de los esfuerzos verificados por modificarlas en un sentido positivo, de beneficio para ambos y para el mundo, y su fracaso constante.

Su análisis de la realidad mundial y la lucha de intereses en su seno, como su enfoque de la pugna ideológica, donde traza un paralelo de las concepciones liberal-individualista y marxista-comunista, a las cuales rechaza por deterministas e inhumanas, es de gran audacia y penetración. Frente a aquellas ideologías presenta la concepción pragmática norteamericana. En seguida, lleva a cabo un paralelo entre Norteamérica y Latinoamérica, de gran franqueza y exactitud. Termina proclamando la urgencia de la unidad e integración de América con razones y perspectivas irrefutables.

J.

José L. Romero : "El ciclo de la revolución"

GRAN TRABAJO DE SINTESIS tuvo que realizar sin duda el autor de este libro —distinguido profesor en la Universidad de La Plata— para ofrecernos en bastante menos de doscientas páginas de un pequeño volumen de la Biblioteca Contemporánea (Editorial Losada, S.A., Buenos Aires) todo el proceso de la revolución política y social de nuestro tiempo, llevándonos como de la mano, por entre la complicada maraña de los hechos, a la búsqueda de una explicación histórica de la época que vivimos, época que, a trueque de miserias y dolores, reviste «una grandeza que acaso no comparta sino con pocas épocas pretéritas, aquellas que han prometido una creación fundamental ».

No cabe, ni aun someramente, hacer una referencia de una obra de tal índole, que es ya en sí misma un esfuerzo de condensación. Digamos, sí, al recomendársela al lector como muy esclarecedora y provechosa, que no se trata meramente de un libro de historia —carece del rigor y de la objetividad que suele caracterizar a ese género—, ni tampoco de un libro de eso que llaman sociología, sin que nadie sepa a ciencia cierta en qué consiste esa flamante disciplina, sino de un «film» histórico social pleno de interés, que abarca desde la actividad de los grupos sociales que hacia fines del medievo constituyeron la primitiva burguesía, al socaire de ciertas transformaciones económicas, hasta los problemas candentes de nuestros días, suscitados en gran parte por el golpe recibido por la conciencia burguesa en Rusia a fines de la primera guerra mundial, con la revolución bolchevique, que si tiene importancia por su significación, la tiene mayor aún, en el sentir del Sr. Romero, como punto de arranque para una revisión a fondo del orden social en todo el Occidente.

En el estudio que del vasto ciclo de la revolución contemporánea hace el autor, abundan, entremezcladas con la exposición e interpretación de los hechos, las opiniones personales, de las que reciben estas páginas aliento y vitalidad que las animan considerablemente. Tanto más, cuanto que —contra lo que es habitual en trabajos de esta clase, cuyos autores propenden a convertirse en profetas de desventuras— el tono de estas opiniones es sereno y más bien consolador.

Sin que desconozca ni oculte el Sr. Romero la

gravedad y los peligros de la hora dramática en que estamos —y más grave aun que el riesgo de una nueva guerra, le parece, a la larga, «la crisis de las estructuras sobre las que se vive y la pérdida de aquellos valores tan entrañables que la vida se hace deleznable sin ellos»—, se trasluce del conjunto de su obra la esperanza de que en esta crítica edad del Occidente, los hombres de buena voluntad están a tiempo aún —y sabrán cumplir su misión— de salvar los bienes de la cultura contra quienes exaltan frente a ellos las fuerzas primigenias de la tierra, la sangre y los instintos.

Libro plausible este en que nos ocupamos, por su clara síntesis, y de confortadora lectura, porque sin caer en un optimismo frívolo, no opone ninguna barrera al natural anhelo que todos sentimos de que la humanidad pueda enveredarse por buenos caminos a un porvenir mejor, más estable y más claro que el angustioso presente en que nos ha tocado la suerte —la mala suerte— de vivir. Y sobre todo, libro de copiosa información y sustancia.

C. A.

Un nuevo libro de Denis de Rougemont

HAY MIL SIGNOS que atestiguan que el siglo XX dejará huella por haber asimilado la conciencia occidental. Habiendo llegado en un momento de crisis de extrema gravedad, el Occidente, y todavía con más precisión, la conciencia europea, debe enfrentarse con esta aventura que se confunde con su civilización de hace dos mil años. La obra de Denis de Rougemont, titulada *La Aventura Occidental del Hombre,* publicada en francés por Albin-Michel, tiene por esto una significación muy singular, hasta el punto en que en ella el autor describe y analiza, no la civilización occidental en sí, sino la actitud humana que condiciona esta civilización occidental.

Por esa misma razón, se trata de cosa muy distinta a un balance de la civilización occidental, puesto que Denis de Rougemont no se contenta con responder a la pregunta previa: « ¿De dónde venimos?» Lleva más adelante sus investigaciones y se pregunta: « ¿Dónde estamos? », y sobre todo contesta a la interrogación angustiada de tantos y tantos hombres del Occidente: « ¿A dónde vamos? »

Para contestar estas tres preguntas fundamentales y para que las respuestas sean satisfactorias, era muy necesario que quien las aportase fuera un hombre como Denis de Rougemont, director del Centro Europeo de Cultura, organismo que tiene por misión poner de manifiesto y confirmar la herencia cultural de Europa. Denis de Rougemont es, por definición, lo que podemos llamar un director de conciencia de este Occidente que, desde hace veinte siglos, asume el papel esencial en la marcha hacia adelante de la humanidad.

Europa —hoy amenazada, convulsa por pasiones externas y por contradicciones internas— tiene necesidad, para continuar existiendo, de darse cuenta de su pasado, de su presente y de su posible porvenir. Desde ahora, gracias al libro de Denis de Rougemont, la satisfacción de esta necesidad queda ampliamente facilitada. Pero era preciso realizar una síntesis de todos los aspectos del conocimiento: la historia de las religiones así como de los pueblos; la historia de las ciencias, así como de los técnicos; la geografía política y humana, así como todas las disciplinas filosóficas.

Por consiguiente, el verdadero valor de esta empresa consiste en una suma verdadera de cultura, ya que, y digámoslo una vez más, esta empresa tiende nada menos que a una suma de conciencia. Porque no basta hacer notar una vez más la crisis de conciencia del Occidente. De lo que se trata es de describir exactamente una aventura pasada, presente y futura del hombre en Europa, de su actitud en el tiempo y en la conquista del espacio, de sus relaciones con ese Extremo-Occidente que es América del Norte, así como de su situación con respecto al Oriente que la amenaza, al comunismo totalitario que acecha su ruina y, sobre todo, frente a sus contradicciones internas que le han arrastrado a un momento de crisis. Esto es precisamente lo que acaba de hacer Denis de Rougemont: describir al hombre de Occidente, perfectamente reconocible, perfectamente caracterizado en relación con el hombre de Oriente y con el hombre comunista, en la medida en que confiere a la persona humana la categoría de valor esencial de civilización.

F. DUMONT

Carmen Aldecoa : "Del sentir y pensar"

EN ESTE VOLUMEN, bien editado en México por Costa-Amic, Carmen Aldecoa —española exilada— recoge una serie de breves artículos que tratan de diversos temas, junto con varios extractos de conferencias y un largo ensayo que abarca más de la tercera parte del libro. La autora es presentada por el profesor Federico de Onís, lo cual ya es toda una garantía.

En la introducción, Carmen Aldecoa nos dice que el título *Del sentir y pensar* es, «en cierto modo, el guión de la futura tarea, ya que hasta su estructura me propongo mantener». Cuando

sentir y pensar se armonizan es lícito esperar resultados óptimos, sobre todo teniendo en cuenta que este libro es «fruto primerizo pero ya maduro», dicho sea con palabras de Federico de Onís.

Si dispusiéramos de mayor espacio, podríamos señalar muchas de las cosas buenas contenidas en *Del sentir y pensar*, libro escrito por una expatriada que guarda la nostalgia de su país y no se ha dejado disolver en el nuevo medio en que le tocó vivir, como desgraciadamente ha ocurrido con no pocos de sus compatriotas. Señalemos, no obstante, su «19, Chemin du Greillon», donde se refiere con emoción a una colonia de niños españoles establecida en Francia, en los alrededores de Lyon.

La parte para mí más sugestiva del libro es el extenso ensayo «Herramientas y Letras», en el que se adentra por un terreno casi virgen en España, la historia de la literatura obrera. De esta literatura sólo conocemos en España dos intentos de sistematización, bibliográfica. El primero vió la luz en la revista *Leviatán*, que en Madrid dirigió Luis Araquistáin; el segundo es el libro de René Lambret *L'Espagne* 1750-1936, publicado en 1953. Sin embargo, obligado es señalar que ambos ofrecen lagunas dignas de ser colmadas.

Carmen Aldecoa ha incorporado algunos de los libros que vieron la luz durante la guerra civil y más tarde en la emigración. Continúan, pues, existiendo las lagunas. Verdad es que el ensayo de Aldecoa no tiene la pretensión de ser un estudio exhaustivo del tema, afirmándonos su «propósito de insistir en la tarea». Esperemos que más tarde nos ofrecerá el capítulo de historia de la literatura obrera que, como ella dice acertadamente, «no figura en las historias de la literatura española».

J. A.

Adolfo Muñoz Alonso: "El bien común de los españoles"

La Editorial Euroamérica de Madrid, ha emprendido una serie de opúsculos acerca de la concepción cristiana de « El Bien Común ». El sexto de los que han visto la luz lleva por título *El bien común de los españoles*, del que es autor el catedrático de Filosofía de la Universidad de Valencia, don Adolfo Muñoz Alonso.

En este trabajo filosófico-literario define el autor los presupuestos metafísicos del *bien común* y explica que la causa de restringir el concepto de este tema a los españoles se debe a que éstos andan más necesitados que otros pueblos de una realización del bien común. Después de analizar lo que es el *bien* y la incomodidad que para el hombre puede suponer la condición de que sea *común*, explica la interdependencia que existe necesariamente entre *bien* y *bien común*, en razón a que este último se impone al hombre por significar que es el bien de la persona humana en sentido social.

Afirma más tarde que el bien común es la razón que legitima a la autoridad; la que fundamenta a la sociedad, y la que justifica a la ley, que el santo de Aquino definía como « la ordenación de la razón encaminada al bien común por el que tiene el cuidado de la comunidad, después de haber sido solemnemente promulgada ».

Después de un somero estudio de los antecedentes indicados aplicados a España, da como solución presente la del « Estado autoritario, fuerte, nacional, frente a un Estado tiránico inspirado en la ausencia u olvido de la misión que tiene que cumplir. No se puede proclamar un Estado por el Estado mismo, sino que habrá de fortalecerse, después de darle a España la conciencia de una unidad firme y alegre, y hacer ver a los españoles que es algo superior a las minúsculas competencias de clases, grupos o partidos. »

Acusa a continuación al actual Estado español de « haber incorporado a su corriente social, e incluso política, a hombres en quienes el bien común como bien personal de la comunidad, no se ha visto confirmado siempre. Para encauzar esta corriente se precisa una exaltación estatal que expresa lo contrario que una «divinización del Estado». Es decir, que lo que el autor sugiere es que el Estado goce de la autoridad necesaria para que el hombre se integre a su patria por completo, en cumplimiento del bien común de los españoles. Pero ¿es que esto es posible en el actual Estado español? No lo creemos, porque si la autoridad « condiciona » el bien común por medio de la ley, la *unanimidad* que se manifiesta en su cumplimiento o en la obediencia exterior a sus dictados —en los que la colectividad no tomó parte alguna— no significa de suyo la conformidad de la ley al bien común, sino que aquel acatamiento unánime obedece generalmente a los conocidos motivos y procedimientos comunes a los regímenes totalitarios, comunistas o no, ya que en todos ellos sus doctrinas son humillantes para la persona humana, en igual grado y en virtud de la oposición contradictoria de su falsa concepción del bien común.

En el último capítulo de este libro, trata el señor Muñoz Alonso del bien común de los españoles en relación con la sociedad española, así como de su realización social en relación con el capital, la propiedad y el trabajo, sentando como conclusión final, « que el bien común de los españoles se verá cumplido cuando no faltando a nadie lo necesario no le falte a nadie nada ».

C. de J.

gravedad y los peligros de la hora dramática en que estamos —y más grave aun que el riesgo de una nueva guerra, le parece, a la larga, «la crisis de las estructuras sobre las que se vive y la pérdida de aquellos valores tan entrañables que la vida se hace deleznable sin ellos»—, se trasluce del conjunto de su obra la esperanza de que en esta crítica edad del Occidente, los hombres de buena voluntad están a tiempo aún —y sabrán cumplir su misión— de salvar los bienes de la cultura contra quienes exaltan frente a ellos las fuerzas primigenias de la tierra, la sangre y los instintos.

Libro plausible este en que nos ocupamos, por su clara síntesis, y de confortadora lectura, porque sin caer en un optimismo frívolo, no opone ninguna barrera al natural anhelo que todos sentimos de que la humanidad pueda enveredarse por buenos caminos a un porvenir mejor, más estable y más claro que el angustioso presente en que nos ha tocado la suerte —la mala suerte— de vivir. Y sobre todo, libro de copiosa información y sustancia.

C. A.

Un nuevo libro de Denis de Rougemont

HAY MIL SIGNOS que atestiguan que el siglo XX dejará huella por haber asimilado la conciencia occidental. Habiendo llegado en un momento de crisis de extrema gravedad, el Occidente, y todavía con más precisión, la conciencia europea, debe enfrentarse con esta aventura que se confunde con su civilización de hace dos mil años. La obra de Denis de Rougemont, titulada *La Aventura Occidental del Hombre*, publicada en francés por Albin-Michel, tiene por esto una significación muy singular, hasta el punto en que en ella el autor describe y analiza, no la civilización occidental en sí, sino la actitud humana que condiciona esta civilización occidental.

Por esa misma razón, se trata de cosa muy distinta a un balance de la civilización occidental, puesto que Denis de Rougemont no se contenta con responder a la pregunta previa: « ¿De dónde venimos?» Lleva más adelante sus investigaciones y se pregunta: « ¿Dónde estamos? », y sobre todo contesta a la interrogación angustiada de tantos y tantos hombres del Occidente: « ¿A dónde vamos? »

Para contestar estas tres preguntas fundamentales y para que las respuestas sean satisfactorias, era muy necesario que quien las aportase fuera un hombre como Denis de Rougemont, director del Centro Europeo de Cultura, organismo que tiene por misión poner de manifiesto y confirmar la herencia cultural de Europa. Denis de Rougemont es, por definición, lo que podemos llamar un director de conciencia de este Occidente que, desde hace veinte siglos, asume el papel esencial en la marcha hacia adelante de la humanidad.

Europa —hoy amenazada, convulsa por pasiones externas y por contradicciones internas— tiene necesidad, para continuar existiendo, de darse cuenta de su pasado, de su presente y de su posible porvenir. Desde ahora, gracias al libro de Denis de Rougemont, la satisfacción de esta necesidad queda ampliamente facilitada. Pero era preciso realizar una síntesis de todos los aspectos del conocimiento: la historia de las religiones así como de los pueblos; la historia de las ciencias, así como de los técnicos; la geografía política y humana, así como todas las disciplinas filosóficas.

Por consiguiente, el verdadero valor de esta empresa consiste en una suma verdadera de cultura, ya que, y digámoslo una vez más, esta empresa tiende nada menos que a una suma de conciencia. Porque no basta hacer notar una vez más la crisis de conciencia del Occidente. De lo que se trata es de describir exactamente una aventura pasada, presente y futura del hombre en Europa, de su actitud en el tiempo y en la conquista del espacio, de sus relaciones con ese Extremo-Occidente que es América del Norte, así como de su situación con respecto al Oriente que la amenaza, al comunismo totalitario que acecha su ruina y, sobre todo, frente a sus contradicciones internas que le han arrastrado a un momento de crisis. Esto es precisamente lo que acaba de hacer Denis de Rougemont: describir al hombre de Occidente, perfectamente reconocible, perfectamente caracterizado en relación con el hombre de Oriente y con el hombre comunista, en la medida en que confiere a la persona humana la categoría de valor esencial de civilización.

F. DUMONT

Carmen Aldecoa : "Del sentir y pensar"

EN ESTE VOLUMEN, bien editado en México por Costa-Amic, Carmen Aldecoa —española exilada— recoge una serie de breves artículos que tratan de diversos temas, junto con varios extractos de conferencias y un largo ensayo que abarca más de la tercera parte del libro. La autora es presentada por el profesor Federico de Onís, lo cual ya es toda una garantía.

En la introducción, Carmen Aldecoa nos dice que el título *Del sentir y pensar* es, «en cierto modo, el guión de la futura tarea, ya que hasta su estructura me propongo mantener». Cuando

sentir y pensar se armonizan es lícito esperar resultados óptimos, sobre todo teniendo en cuenta que este libro es «fruto primerizo pero ya maduro», dicho sea con palabras de Federico de Onís.

Si dispusiéramos de mayor espacio, podríamos señalar muchas de las cosas buenas contenidas en *Del sentir y pensar*, libro escrito por una expatriada que guarda la nostalgia de su país y no se ha dejado disolver en el nuevo medio en que le tocó vivir, como desgraciadamente ha ocurrido con no pocos de sus compatriotas. Señalemos, no obstante, su «19, Chemin du Greillon», donde se refiere con emoción a una colonia de niños españoles establecida en Francia, en los alrededores de Lyon.

La parte para mí más sugestiva del libro es el extenso ensayo «Herramientas y Letras», en el que se adentra por un terreno casi virgen en España, la historia de la literatura obrera. De esta literatura sólo conocemos en España dos intentos de sistematización, bibliográfica. El primero vió la luz en la revista *Leviatán*, que en Madrid dirigió Luis Araquistáin; el segundo es el libro de René Lambret *L'Espagne* 1750-1936, publicado en 1953. Sin embargo, obligado es señalar que ambos ofrecen lagunas dignas de ser colmadas.

Carmen Aldecoa ha incorporado algunos de los libros que vieron la luz durante la guerra civil y más tarde en la emigración. Continúan, pues, existiendo las lagunas. Verdad es que el ensayo de Aldecoa no tiene la pretensión de ser un estudio exhaustivo del tema, afirmándonos su «propósito de insistir en la tarea». Esperemos que más tarde nos ofrecerá el capítulo de historia de la literatura obrera que, como ella dice acertadamente, «no figura en las historias de la literatura española».

J. A.

Adolfo Muñoz Alonso: "El bien común de los españoles"

La Editorial Euroamérica de Madrid, ha emprendido una serie de opúsculos acerca de la concepción cristiana de « El Bien Común ». El sexto de los que han visto la luz lleva por título *El bien común de los españoles*, del que es autor el catedrático de Filosofía de la Universidad de Valencia, don Adolfo Muñoz Alonso.

En este trabajo filosófico-literario define el autor los presupuestos metafísicos del *bien común* y explica que la causa de restringir el concepto de este tema a los españoles se debe a que éstos andan más necesitados que otros pueblos de una realización del bien común. Después de analizar lo que es el *bien* y la incomodidad que para el hombre puede suponer la condición de que sea *común*, explica la interdependencia que existe necesariamente entre *bien* y *bien común*, en razón a que este último se impone al hombre por significar que es el bien de la persona humana en sentido social.

Afirma más tarde que el bien común es la razón que legitima a la autoridad; la que fundamenta a la sociedad, y la que justifica a la ley, que el santo de Aquino definía como « la ordenación de la razón encaminada al bien común por el que tiene el cuidado de la comunidad, después de haber sido solemnemente promulgada ».

Después de un somero estudio de los antecedentes indicados aplicados a España, da como solución presente la del « Estado autoritario, fuerte, nacional, frente a un Estado tiránico inspirado en la ausencia u olvido de la misión que tiene que cumplir. No se puede proclamar un Estado por el Estado mismo, sino que habrá de fortalecerse, después de darle a España la conciencia de una unidad firme y alegre, y hacer ver a los españoles que es algo superior a las minúsculas competencias de clases, grupos o partidos. »

Acusa a continuación al actual Estado español de « haber incorporado a su corriente social, e incluso política, a hombres en quienes el bien común como bien personal de la comunidad, no se ha visto confirmado siempre. Para encauzar esta corriente se precisa una exaltación estatal que expresa lo contrario que una «divinización del Estado». Es decir, que lo que el autor sugiere es que el Estado goce de la autoridad necesaria para que el hombre se integre a su patria por completo, en cumplimiento del bien común de los españoles. Pero ¿es que esto es posible en el actual Estado español? No lo creemos, porque si la autoridad « condiciona » el bien común por medio de la ley, la *unanimidad* que se manifiesta en su cumplimiento o en la obediencia exterior a sus dictados —en los que la colectividad no tomó parte alguna— no significa de suyo la conformidad de la ley al bien común, sino que aquel acatamiento unánime obedece generalmente a los conocidos motivos y procedimientos comunes a los regímenes totalitarios, comunistas o no, ya que en todos ellos sus doctrinas son humillantes para la persona humana, en igual grado y en virtud de la oposición contradictoria de su falsa concepción del bien común.

En el último capítulo de este libro, trata el señor Muñoz Alonso del bien común de los españoles en relación con la sociedad española, así como de su realización social en relación con el capital, la propiedad y el trabajo, sentando como conclusión final, « que el bien común de los españoles se verá cumplido cuando no faltando a nadie lo necesario no le falte a nadie nada ».

C. de J.

LAS REVISTAS

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS (N° 90, junio de 1957), editados por el Instituto de Cultura Hispánica, publican un enjundioso ensayo de Pedro Laín Entralgo sobre el cristianismo en el mundo moderno, así como un largo estudio de la obra novelística del chileno Alberto Blest Gana, debido a la autorizada pluma del crítico literario Raúl Silva Castro. También ofrece, además de otros varios artículos, las habituales secciones de notas y bibliografía.

LA JIRAFA (N° 6, mayo-junio de 1957), la revista literaria que ve la luz en Barcelona, reproduce la crónica de Alberto Moravia con las impresiones de su viaje a Moscú publicada por nosotros hace unos meses. Junto con varios artículos de temas varios se publican comentarios sobre libros, sobre cine, sobre teatro...

HUMANIDADES (N° 17, año 1957), editada por la Universidad Pontífica de Comillas, Santander, presenta en su sumario, entre otros temas, una larga introducción a la «Atlántida» de Verdaguer y su ensayo sobre el proceso evolutivo de interiorización lírica en Juan Ramón Jiménez. Según Joaquín María García de Dios, S. I., que estudia la «Atlántida», «el poema, montado todo él sobre el armazón de la mitología y los sucesos fabulosos, no queda desvirtuado lo más mínimo por las inexactitudes geológicas que, evidentemente, contiene; para Ceferino Santos, S. I., que analiza la poemática del reciente Premio Nóbel, «el poeta puede prescindir de las realidades exteriores a él, sin pretender negarlas», no siendo otra, a su juicio, la posición actual de Juan Ramón Jiménez.

RAZON y FE (N° 713, junio de 1957), publicada en Madrid por Padres Jesuítas, ofrece un interesante artículo editorial en el que se enfrenta con el problema de la información en España. Del mismo son estas líneas harto elocuentes: «El artículo 12 del Fuero de los Españoles, dice: «Todo español podría expresar libremente sus ideas mientras no atenten a los principos fundamentales del Estado». Parece llegar ya el momento en que este derecho, reconocido en ley fundamental, llegue a su pleno ejercicio legal dentro del marco general del bien común. No puede dejarse en manos de un cualquiera la dirección de la opinión pública.»

REVISTA DE ESTUDIOS POLITICOS (N° 92, marzo-abril de 1957) del Instituto de Estudios Políticos de Madrid, publica distintos estudios, entre los que cabe señalar uno sobre la problemática de la teoría del Estado, obra de Mario Lins, y otro de Manuel Fraga Iribarne respecto al impacto de la energía nuclear en la sociedad contemporánea.

ARBOR (N° 137, mayo de 1957), revista general de investigación y cultura, con sede en la capital de España, ofrece un interesante estudio sobre población y economía en los momentos actuales, del que es autor Angel Vegas Pérez; otro colaborador, Alberto Sols, trata del estado actual de la bioquímica en España. También pueden verse las habituales secciones de cultura española y de bibliografía.

NUESTRO TIEMPO (N° 35, mayo de 1957), revista mensual editada en Pamplona por el Estudio General de Navarra, presenta un abundante sumario con ensayos, notas de nuestro tiempo, crónicas y libros. Este número se abre con un ensayo de Valentín Vázquez de Prada: «La Historia, ciencia de actualidad».

REVISTA DE FILOSOFIA (N° 60-61, enero-junio de 1957), publicada por el Instituto de Filosofía «Luis Vives» de Madrid, está íntegramente dedicada, salvo la parte destinada a bibliografía, a estudiar la obra de Ortega y Gasset. Señalemos el estudio de Juan Zaragüeta sobre «El vitalismo de Ortega» y el que José Camón Aznar dedica a «Ortega ante el arte», así como las notas de Manuel Mindán referentes al último curso pronunciado por Ortega en 1936 en la Universidad de Madrid.

INSULA (N° 125, 15 de abril de 1957), reaparecida tras un largo silencio impuesto por la censura, continúa en la misma línea conocida de revista bibliográfica de ciencias y letras. En este número que nos ha llegado, vemos un estudio de Enrique Lafuente Ferrari sobre el libro de Marañón *El Greco y Toledo*, un ensayo de Julián Marías, comentarios sobre Valery Larbaud y varias notas de interés sobre la actualidad literaria.

INDICE DE ARTES y LETRAS (N° 100-101, mayo-junio de 1957), dirigida por Juan Fernández Figueroa, continúa viendo la luz en Madrid. En este número dedica tres de sus páginas a Eugenio d'Ors. Asimismo publica cuarenta aforismos de Heidegger, que son algo así como «la destilación última del pensamiento» del filósofo alemán. Abundan los comentarios literarios y las notas críticas sobre música, pintura, cine, teatro, etc., todo lo cual hace de esta revista una de las de mayor interés de cuantas se publican en España.

NOTAS CULTURALES

«LA O. N. U. EN CRISIS»

A demanda de la Academia Diplomática Internacional de París nos es grato señalar que el interesante trabajo que encabezó el número anterior de *Cuadernos* e intitulado «La O. N. U. en crisis», recogía la conferencia íntegra que nuestro colaborador y amigo el Dr. Eduardo Santos pronunció en la tribuna de dicha institución. Antes de emprender viaje para Nueva York y Bogotá, el propio Dr. Santos corrigió las pruebas.

DOS IMPORTANTES CONFERENCIAS DEL CONGRESO

En el presente número de *Cuadernos* publicamos una crónica del economista y escritor francés Bertrand de Jouvenel sobre la Conferencia en torno al desarrollo económico, celebrada en Tokio, en abril último, bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura y de su Comité japonés. Asistieron a la misma treinta eminentes economistas pertenecientes a doce países asiáticos y occidentales. Actuó de presidente W. Arthur Lewis, profesor de Economía en la Universidad de Mánchester y autor de la fundamental obra *La teoría del desarrollo económico*. Se trata de la primera reunión privada que se celebra de este género y de tal magnitud; ha podido llevarse a efecto gracias a la ayuda de la Fundación Ford. Los documentos presentados y discutidos en el curso de esta Conferencia revisten una extraordinaria importancia, sobre todo de cara a los países subdesarrollados, como se verá por el artículo de Bertrand de Jouvenel.

Del 24 al 29 de junio se ha reunido otra Conferencia no menos importante que la anterior, ésta en el St. Antony's College, de Oxford, en torno a los cambios sobrevenidos en la sociedad soviética, principalmente desde la celebración del XX Congreso del Partido Comunista en febrero de 1956. Patrocinó esta reunión, junto con el citado St. Antony's College, el Congreso por la Libertad de la Cultura, gracias asimismo a la ayuda de la Fundación Ford. A ella asistieron treinta y cinco de los más eminentes especialistas del mundo en las cuestiones soviéticas. Sobre tan importante reunión publicaremos un trabajo en el próximo número de *Cuadernos*.

LA «DECLARACION» DE BUENOS AIRES

En nuestro número anterior dimos cuenta sucinta de la reunión celebrada en Buenos Aires, durante los días 4 y 5 de mayo, de los Comités suramericanos de nuestro Congreso. Presentada y firmada por Roberto F. Giusti, presidente; J. J. Carvajal Victorica, vicepresidente, y Carlos de Baráibar, secretario, la reunión aprobó por unanimidad la siguiente declaración:

«Los delegados de Chile, Perú, Uruguay y Argentina, miembros del Congreso por la Libertad de la Cultura, reunidos en Buenos Aires,

Considerando:

1) Que el fin perseguido por esta institución de orientar la acción de todos los pueblos por la obra de los hombres de pensamiento en favor de la reivindicación de la libertad en toda su trascendencia de dignificación personal y colectiva para afirmar el valor de la persona humana en consonancia con la democracia política;

2) Que todas las delegaciones del Congreso defienden la independencia de las naciones dentro de los límites impuestos por la cooperación internacional y la solidaridad entre los pueblos y reafirman la dependencia de todos los Estados bajo la moral y el derecho internacionales;

3) Que la Carta de las N. U. obliga a todos los Estados a asegurar el respeto de los derechos humanos y de las libertades de los pueblos, y que el mismo deber impone la Carta de la O.E.A. ;

4) Que la instauración del totalitarismo, en cualquier Estado, constituye, por la tanto, una violación del orden público internacional que, según procesos históricos notorios, además de desconocer los derechos humanos arrasan las libertades públicas sin las cuales no existe la democracia social, aparte de crear peligros para la paz y la seguridad de las naciones ;

5) Que el despotismo, con los medios de dominación que utiliza en el Estado moderno, puede anular la resistencia a la opresión del pueblo tiranizado, si a éste no se le presta ayuda por la solidaridad internacional,

Declaran :

Es de imprecindible necesidad estimular un movimiento de opinión en favor del control internacional adecuado de la vigencia de los derechos humanos, de las libertades fundamentales y de la solidaridad que debe unir a los pueblos para luchar con eficacia contra todos los regímenes totalitarios, sea cual fuere su orientación política y social, y defender, con los derechos individuales, las libertades políticas y sindicales.

Buenos Aires, 5 de mayo de 1957.

LIBRO BLANCO SOBRE LA REVOLUCION HUNGARA

Primorosamente editado, ha aparecido hace unas semanas en Londres, en Secker y Warburg, *La revolución húngara,* un voluminoso Libro Blanco preparado para el Congreso por *Der Monat,* bajo la dirección de Melvin J. Lasky. Según este último, se trata de « una tentativa única para sorprender el vuelo de la historia, para observar una revolución y una guerra con mil ojos ». Reune este Libro Blanco una extensísima colección de documentos, de informaciones, de emisiones radiofónicas y de testimonios húngaros, así como de una selección de relatos de enviados especiales y de corresponsales en Budapest. Esta edición inglesa, que contiene además numerosas fotografías originales, lleva una introducción histórica del profesor Hugh Seton-Watson, de la Universidad de Londres, comentando e interpretando el curso de la historia húngara desde 1945.

De este Libro Blanco se preparan ediciones en varias lenguas y posiblemente será publicado en español por una editorial argentina.

PROTESTAS CONTRA EL TERROR EN HUNGRIA

La condena a muerte en Hungría del escritor Joszef Gali y del periodista Gyula Obersowski ha provocado una viva reacción de protesta en el mundo occidental. Incluso el escritor comunista Louis Aragon y el pintor Pablo Picasso, así como la viuda del poeta Paul Eluard y numerosos « compañeros de ruta » del comunismo, han enviado telegramas pidiendo las suspensión de las ejecuciones. La Unión de Escritores por la Verdad (Francia) envió telegramas a Tito, Mao Tse Tung, Nehru y Gomulka solicitando su inmediata intervención. Por su parte el Congreso por la Libertad de la Cultura, con la firma de su presidente Denis de Rougemont, le dirigió un telegrama a Alsing Anderson, presidente del Comité Especial de Investigación sobre los Acontecimientos de Hungría cerca de las Naciones Unidas, pidiéndole, con referencia a la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, el planteamiento con toda urgencia de este asunto ante la O.N.U. Todos los Comités del Congreso — y en un lugar de honor los latinoamericanos — se han movilizado una vez más en solidaridad con los condenados. Como se sabe, Kadar no se ha atrevido a ejecutarlos y ha hecho conmutar las condenas por las de cadena perpetua para Gali y la de quince años para Obersovski. Penas por demás escandalosas por un simple derecho de opinión contra la invasión de su país y el totalitarismo que lo oprime. Quiere ello decir que la campaña de solidaridad en favor de los intelectuales y del pueblo húngaros debe proseguir sin descanso.

CAMPAÑA CONTRA LA REPRESIÓN EN ESPAÑA

Después de las campañas realizadas en favor de los estudiantes de Barcelona y del poeta Dionisio Ridruejo, el Congreso por la Libertad de la Cultura ha llevado a cabo otra en favor de Enrique Tierno Galván, Raúl Morodo Leoncio, Fermín Solana, Antonio Menchaca, Francisco Herrera Oria y demás personalidades detenidas en España por su oposición al régimen totalitario franquista. A esta campaña se han sumado inmediatamente, entre otras organizaciones, « Ciencia y Libertad » (Londres) y la Comisión Internacional de Juristas (La Haya). El Congreso ha enviado telegramas en tal sentido a sus numerosos Comités y comunicados de prensa a los periódicos democráticos. En estos últimos ha puesto de relieve los dos principales motivos de la acusación : el carácter europeista de la mayoría de los detenidos y, sobre todo, el deseo de todos ellos de procurar, con la llamada España peregrina, la reconciliación de los españoles para la reconquista y el afianzamiento de la libertad en España. La campaña ha sido tal que los dictadores se han visto obligados a poner en libertad a varios de los detenidos. Sin embargo otros muchos — entre ellos Ridruejo — siguen encarcelados y sometidos a proceso y la campaña debe proseguir hasta la obtención de la libertad de todos los detenidos.

EN FAVOR DEL ESCRITOR MOCHTAR LUBIS

En una reciente Conferencia celebrada en Amsterdam, el Instituto Internacional de la Prensa protestó ante la larga detención — cerca de ocho meses ya — del escritor y periodista indonesio Mochtar Lubis, miembro del Centro Indonesio del Congreso por la Libertad de la Cultura. Con fecha 31 de mayo, el Comité Ejecutivo, con las firmas de Denis de Rougemont y Nicolás Nabokov, les dirigió el siguiente telegrama al Primer Ministro, al presidente del Parlamento y al presidente de la Asamblea Constitucional de Indonesia :

« Con la convicción de que la libertad individual es un derecho humano indispensable y que la garantía de un juicio público y rápido es una de las piedras angulares de la democracia, el Congreso por la Libertad de la Cultura, constituído por escritores, estudiantes y artistas de todo el mundo protesta vigorosamente contra la prolongada detención de Mochtar Lubis y solicita de usted su liberación o que sea juzgado inmediatamente en juicio público e imparcial. »

UNA EXPOSICIÓN DE PINTURAS DE LA EMIGRACIÓN ESPAÑOLA

Bajo los auspicios del P.S.O.E. y de la U.G.T. del Sena se ha efectuado, durante los días del 4

al 26 de mayo y en una de los salones de la C.G.T.-F.O. de París, una interesante exposición de pinturas de la emigración española. Que sepamos, ha sido ésta la primera exposición del género que se celebra. Ha reunido en total setenta y siete obras. Muchas de ellas distan de ser buenas, pues proceden de trabajadores — la mayoría jóvenes — que sólo como aficionados empuñan el pincel o el lápiz. Destacan entre ellas las obras de dos muy buenos pintores, de los que nos hemos ocupado con ocasión de haber expuesto en importantes galerías de París : Luis Quintanilla y Francisco Bajén ; el primero expone seis lienzos y el segundo cinco. Destacan asímismo una tela de Vivancos, que expuso también hace unos meses en París, y dos de Miguel Hernández. Gilberto Corbi se ha esforzado por traducir, en colores severos, el dramatismo de la España negra y del éxodo republicano. Esperamos que esta exposición de pintores de la emigración española no será la última.

GERMAN ARCINIEGAS EN LA ARGENTINA

Con motivo de haber recibido el Premio Sarmiento-Alberdi, concedido por *La Prensa* de Buenos Aires, nuestro colaborador y amigo Germán Arciniegas ha intervenido en importantes actos culturales en la capital argentina y en Córdoba bajo los auspicios de nuestro Congreso. Aprovechando el viaje a Córdoba, en compañía de Juan Antonio Solari (Secretario de la Asociación Argentina) y de Carlos P. Carranza (Delegado del Comité Mundial), ha quedado constituida una filial en dicha ciudad, compuesta por el Dr. Enrique Barros, Presidente ; los Dres. Gumersindo Sayago y Santiago Montserrat, Vicepresidentes ; la Srta. Isabel Cabezas y el Sr. Norberto Ciaravino, Secretarios, y en calidad de vocales el Dr. Santiago Beltrán Gavier, el Profesor Alfredo Cahn, la Profesora María Luisa Cresta de Leguizanón y los Dres. Rafael Escuti, Ceferino Garzón Maceda, Reginaldo Manuvente Calvet, Jorge Orgaz, Mario Piantoni, Silvestre Raúl Remonda, Mauricio Yadarola.

LA JIRA DE DON SALVADOR DE MADARIAGA

Invitado por las secciones del Congreso por la Libertad de la Cultura, el ilustre escritor y polígrafo don Salvador de Madariaga ha visitado, durante todo el mes de junio, los siguientes países : Brasil, Uruguay, Argentina, Chile y Perú. Ha sido una jira verdaderamente triunfal, multiplicándose en todos ellos los homenajes en su honor. En todos ellos ha celebrado conferencias de prensa y registrado charlas radiofónicas, haciendo discursos en las diversas recepciones. Los dos principales temas que ha desarrollado han sido los siguientes : « La familia ibérica ante la familia universal » y « El mundo libre ante el mundo totalitario ». Este último tema, transmitido por la raradio, lo desarrolló en el Gran Teatro Cervantes de Buenos Aires, quedándose centenares de personas en la calle no obstante la extraordinaria capacidad del local. El Gobierno argentino lo recibió y despidió oficialmente y el presidente de la República, General Aramburu, le ofreció una comida. Además del homenaje y la adhesión de la intelectualidad y de la masa popular de cada uno de los países visitados, don Salvador ha recogido por doquier el calor unánime de los españoles refugiados. Esta jira ha afianzado aún más el prestigio de que goza el Congreso por la Libertad de la Cultura en la América del Sur.

ACTIVIDADES DEL CONGRESO EN LATINOAMERICA

Argentina. — Terminado el brillante ciclo sosobre la Reforma constitucional en el local de la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura, y mientras prosiguen los cursos de Francisco Romero (Filosofía), Carlos P. Carranza (Economía política) y Guillermo de Torre (Literatura española), organizados estos últimos por el Comité Juvenil, doña Victoria Ocampo, Directora de *Sur*, inauguró el 20 de mayo un ciclo de veintidós conferencias de divulgación sobre la estructura de las Naciones Unidas, versando la suya sobre la « Misión del intelectual ante la comunidad mundial ». Dicha Asociación ha organizado asímismo un gran homenaje con ocasión del centenario del Natalicio del Dr. Agustín Alvarez, al que han dado su adhesión numerosísimas entidades y personalidades.

Chile. — El Comité chileno ha organizado diversos actos para tratar de esclarecer la situación en Cuba, Venezuela y Colombia, aprovechando la presencia en Santiago de estudiantes de los dos primeros países. El Profesor de Derecho Constitucional de la Universidad de Chile, señor Mario Bernaschina, ha inaugurado un importante ciclo de conferencias sobre la reforma electoral, siguiéndole semanalmente en la tribuna otras importantes personalidades. Asímismo bajo los auspicios del Comité, la gran educadora doña Amanda Labarca, el ex-ministro de Educación Nacional don Eliodoro Domínguez y el profesor Germán Sepúlveda han constituido una comisión para preparar las bases de un ciclo de conferencias sobre el problema de la educación juvenil.

Cuba. — En la Casa Continental de la Cultura y bajo los aùspicios de la Asociación Cubana por la Libertad de la Cultura, se han realizado dos interesantes conferencias, presididas por el ilustre Dr. José Manuel Cortina, con los siguientes temas : « Venecia, paloma y cristal », a cargo del destacado periodista don Luis Amado Blanco, y

B.D.I.C

« Sobre un libro de Julián Gorkin », a cargo del prestigioso profesor don Calixto Masó.

México. — El ilustre bardo centroamericano don Salomón de la Selva ocupó la tribuna principal de la Universidad de Puebla en el importante ciclo sobre la « Poesía Viva » que se desarrolla bajo los auspicios de la filial en dicha ciudad de la Asociación Mexicana por la Libertad de la Cultura. Auspiciada por la misma filial se ha celebrado, en la Galería Toussaint, una importante exposición con obras de los pintores Barreda, Peregrina y Xochitiotzin. Bajo la dirección del poeta Othón Lara Barba y con colaboraciones de Margarita Michelena, Rodrigo García Treviño, Pedro Gringoire, Luis Sandi y otros, ha aparecido el número 2 de *Letras por la Libertad*, que auspicia la Asociación Mexicana.

Urugay. — La democracia uruguaya le rindió un afectuoso homenaje al embajador argentino y gran militante socialista don Alfredo L. Palacios, Presidente de Honor de nuestra Asociación Argentina. Nuestro Comité Uruguayo, con las firmas del Dr. Emilio Frugoni y del escritor F. Ferrándiz Alborz, se ha sumado al mismo y le ha organizado otro homenaje simbólico, pronunciando con tal ocasión un magnífico discurso el gran poeta Sabat Ercasty.

QUADERNI IBERO-AMERICANI

Actualidad cultural
de la Península Ibérica
y de la América Latina

●

Publicada por la Asociación
de Relaciones Culturales
con España, Portugal y América Latina

●

Director : G. M. BERTINI,
de la Universidad de Turín

Dirección y administración :
Turín, V. Po, 19, Palacio Universitario

Suscripción a 4 fascículos $ 3

Un fascículo $ 0,75

COLABORADORES

● RAYMOND ARON es de sobra conocido entre nuestros lectores. El trabajo que publicamos en este número corresponde a uno de los últimos capítulos de un libro suyo que acaba de ver la luz en París : *Espoir et peur du siècle.*

● JULIO ANTONIO COSS, mexicano, colaboró en el número extraordinario de *Cuadernos* dedicado a la cultura latinoamericana con un interesante ensayo sobre música.

● VLADIMIR DEDIJER, compañero de lucha y biógrafo de Tito, es al mismo tiempo amigo de Milovan Djilas, el brillante teórico del comunismo yugoeslavo, actualmente encarcelado en su país. Apartado de todo puesto oficial a causa de esta amistad, Dedijer dedicó estos años últimos al estudio de los problemas económicos y sociales de los países ocidentales, así como de las realidades soviéticas.

● A. D. GORWALA dirige actualmente el Banco de Estado de la India. Economista distinguido, ha desempeñado importantes cargos en servicios comerciales y financieros oficiales, y publicó diversas obras consagradas a cuestiones de administración pública. Es también autor de un libro titulado *India without illusions* (La India sin ilusiones).

● LUIS QUINTANILLA, pintor español, reside desde hace varios años en los Estados Unidos. Ultimamente tuvo lugar en París una importante exposición suya, que alcanzó un buen éxito de crítica y de público.

● MIGUEL SANCHEZ-MAZAS es, en plena juventud, uno de los mejores cultivadores de la Filosofía Matemática. Fué hasta hace poco secretario del Departamento de Filosofía e Historia de la Ciencia del Instituto « Luis Vives » de Madrid. Organizador del movimiento estudiantil de oposición al actual régimen político español, fué detenido y encarcelado el año último. Ahora reside en Suiza.

● PIERRE SCHNEIDER, escritor francés, publicó recientemente dos libros que merecieron los elogios de los críticos : *Jules Renard par lui-même* y *Les Saisons*. Colabora en *Preuves* y otras revistas de París.

SUR
Revista bimestral
Dirigida por
VICTORIA OCAMPO
●
Redacción y Administración :
San Martin 689 - BUENOS AIRES

CUADERNOS

publicará en sus próximos números :

CAMILO JOSE CELA

Recuerdo de don Pío Baroja

S. SERRANO PONCELA

Los "Demonios" de Dostoievski

RICARDO PASEYRO

El mito de Pablo Neruda

ENRIQUE SERPA

Estampas cubanas

GILBERT CHASE

Problemática de la música americana actual

ADOLFO P. CARPIO

Riesgos del filosofar

MIGUEL SANCHEZ-MAZAS

La crisis económico-social española

Y UN TEXTO INÉDITO DE IMRE NAGY

Dir.-Gérant de la Publication : P. BOLOMEY

Imprimerie Réaumur - 100, r. Réaumur - Paris-2e

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

B.D.I.C

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO
Emilio FRUGONI, Rómulo GALLEGOS, Jorge MAÑACH,
Luis Alberto SANCHEZ y Erico VERISSIMO

Director de publicaciones : François BONDY
Redactor Jefe : Julián GORKIN
Secretario de Redacción : Ignacio IGLESIAS

COLABORADORES :

Xavier ABRIL, Pedro Vicente AJA, Víctor ALBA, Ciro ALEGRIA, Guadalupe AMOR, Luis ARAQUISTAIN, Rosa ARCINIEGA, Joaquín ARDERIUS, Raymond ARON, Anita ARROYO, Francisco AYALA, Carlos de BARAIBAR, Arturo BAREA, Rómulo BETANCOURT, Jorge Luis BORGES, Albert CAMUS, J. CARNER, Carlos P. CARRANZA, Jorge CARRERA ANDRADE, Benjamin CARRION, Joaquín CASALDUERO, Alfonso CASO, Alejandro CASONA, Jean CASSOU, Jaime CASTILLO, Marín CIVERA, Fernando DIEZ DE MEDINA, F. FERRANDIZ ALBORZ, José FERRATER MORA, Eugenio FLORIT, Waldo FRANK, Francisco GARCIA LORCA, R. GARCIA TREVIÑO, Jorge GUILLEN, Aldous HUXLEY, Roberto IBAÑEZ, Jorge ICAZA, Juan Ramón JIMÉNEZ, Julio César JOBET, Arturo KOESTLER, Juan LISCANO, Rodolfo LLOPIS, Salvador de MADARIAGA, Mauricio MAGDALENO, Alejandro MAGNET, André MALRAUX, Juan MARICHAL, Joaquín MAURIN, Luis MERINO REYES, Czeslaw MILOSZ, Franscisco MONTERDE, Federica MONTSENY, Alberto MORAVIA, Victoria OCAMPO, Federico de ONIS, Antenor ORREGO, Octavio PAZ, Mariano PICON-SALAS, Salvador PINEDA, Susana REDONDO, Enrique L. REVOL, Eugen RELGIS, Alfonso REYES, M. RODRIGUEZ LOZANO, Francisco ROMERO, Denis de ROUGEMONT, Bertrand RUSSELL, E. SALAZAR CHAPELA, Claudio SANCHEZ ALBORNOZ, Eduardo SANTOS, José Ma. de SEMPRUN GURREA, Ramón J. SENDER, Enrique SERPA, S. SERRANO PONCELA, Ignazio SILONE, Stephen SPENDER, Manuel SUAREZ MIRAVAL, Manès SPERBER, Rufino TAMAYO, Hernando TELLEZ, Luis TERAN GOMEZ, Jaime TORRES BODET, Arnold J. TOYNBEE, Guillermo de TORRE, Rodolfo USIGLI, Fernando VALERA, Richard WRIGHT, María ZAMBRANO, y otros más.

El número : 180 f.

Printed in France

Noviembre - Diciembre 1957

B.D.I.C

CUADERNOS

BIBLIOTHÈQUE DE LA GUERRE

REVISTA BIMESTRAL

27

JUAN RAMON JIMENEZ
Poema inédito

FEDERICO DE ONIS • JERONIMO MALLO
Estudios sobre Ortega

ROBERT CRAFT
Conversación con Stravinsky

MILOVAN DJILAS
La tiranía sobre el espíritu

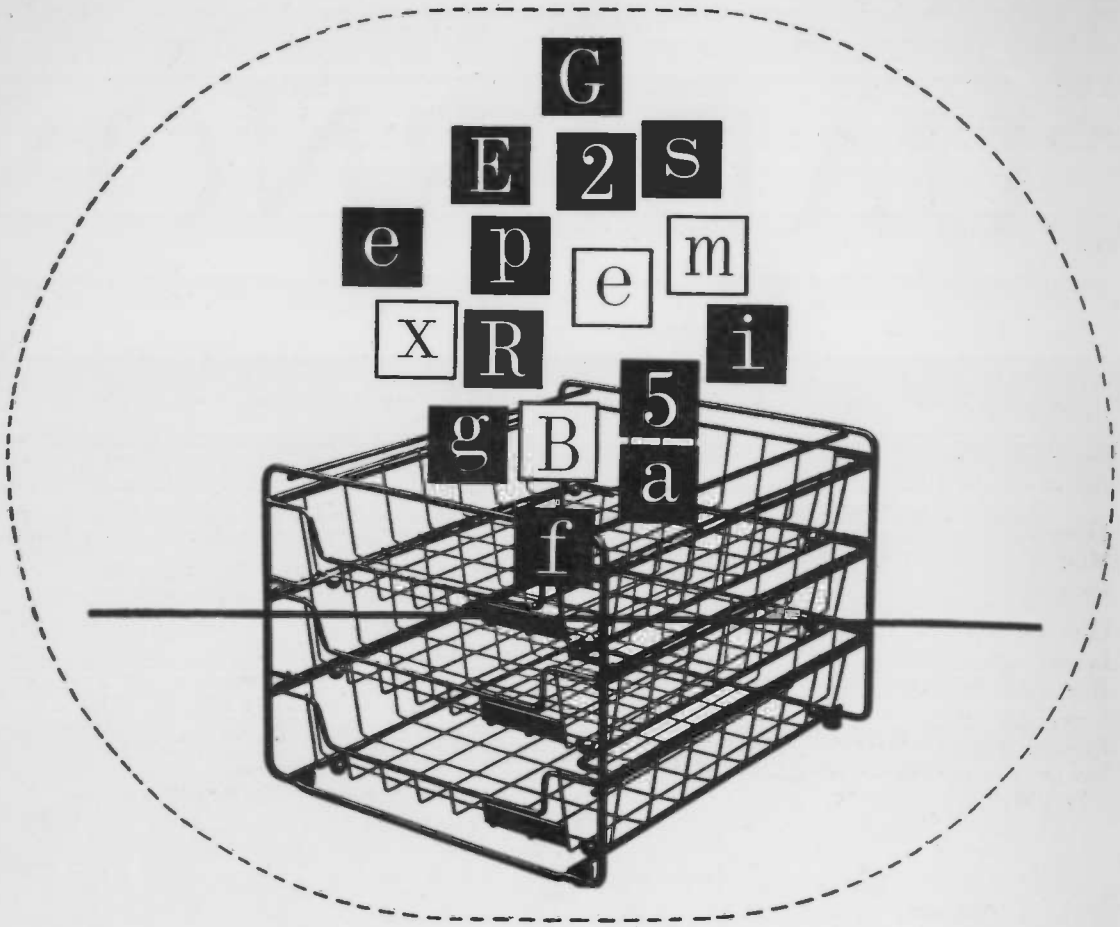
BORIS SOUVARINE
Octubre de 1917

Crônicas de Creta, Argentina, Venezuela, etc.

OTROS TEXTOS DE :

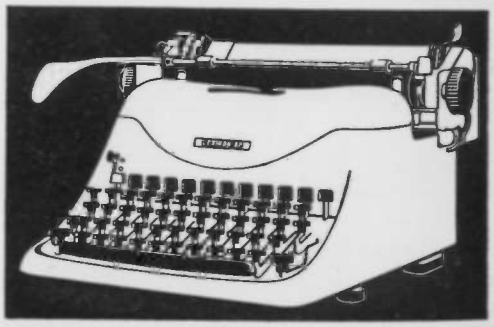
Jorge Carrera Andrade, F. Díez de Medina, Salvador de Madariaga, Morgan Phillips, Alfonso Reyes, etc.

HP 5926



Olivetti Lexikon

La Olivetti Lexikon es el modelo estudiado para el trabajo de oficina, en el que se requiere velocidad, exactitud y gran número de copias. Pero es también una máquina preparada con márgenes tales de seguridad para la tracción, la percusión y el uso, que puede garantizar, por muchos años, un rendimiento inalterable. Quien la adquiera efectúa un negocio seguro: y no somos nosotros que lo afirmamos, sino todas las naciones industriales que han reconocido en Olivetti Lexikon un producto excepcional de la mecánica de precisión.



Ing. C. Olivetti & C., S.p.A. - Ivrea (Italia)

SUMARIO

BIBLIOTHÈQUE DE LA GUERRE MUSÉE

De tu primavera, mayo (Poema)	Juan Ramon Jimenez	3
Ortega y Gasset, joven	Federico de Onis	4
Ortega y el catolicismo español	Jeronimo Mallo	13
El «octubre» soviético: ficciones y realidades	Boris Souvarine	18
Milovan Djilas: el rebelde y el preso	Morgan Phillips	29
La tiranía sobre el espíritu	Milovan Djillas	33
Conversación con Stravinsky	Robert Craft	42
Los antiguos manuscritos	Alfonso Reyes	49
Huayna Cápac, gran constructor de Quito	J. Carrera Andrade	53
Cosas y gentes	Salvador de Madariaga	61
Ricardo Rojas, adalid de América	Fernando Diez de Medina	65
Los jóvenes novelistas españoles: Rafael Sánchez Ferlosio	Maurice Edgar Coindreau	67

Crónicas

La Conferencia de Oxford sobre los problemas de la U. R. S. S.	Leo Valiani	72
Deambulando por Creta	M. G.	77
Impresiones de Centroamérica	Victor Alba	81
¿Elecciones libres en Venezuela?	J. M. Machin	85
Recuperación democrática en Argentina	Carlos P. Carranza	89

Bellas Artes

Elemento y unidad en la pintura de Luis Fernández	Ramon Xuriguera	94
Bartolí. Michelle Stuart	R. R.	97

Los libros. Notas culturales.

Fundada bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, la revista bimestral *Cuadernos* se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Esta libertad, consubstancial con nuestra razón de ser y existir, será defendida por *Cuadernos* mediante una lucha tenaz contra todos los obstáculos y todas las trabas que traten de oponerse a la libre manifestación del espíritu crítico y del pensamiento, que constituyen la más preciada conquista del hombre y de los pueblos.

Nuestra revista cuenta con la colaboración de escritores de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre personal y bajo su exclusiva responsabilidad; la revista sólo se hace responsable de los editoriales, documentos y notas sin firma.

Se ruega indicar la procedencia al reproducir total o parcialmente los trabajos contenidos en *Cuadernos*.

JUAN RAMON JIMENEZ

De tu primavera, mayo

(Con Moguer)

La nube negra me coje
la cabeza con sus manos,
manos de brazos desnudos
de tu primavera, ¡mayo!

Me alza por aires libres,
me envuelve con sus relámpagos
y en la immensidad abierta
me da un beso firme, un rayo.

Ortega y Gasset, joven

POR FEDERICO DE ONIS

UN DIA DE ENERO DE 1916 se despidió Ortega formalmente de su juventud, desde su mirador del Escorial. Fué en el prólogo de su libro *Personas, obras, cosas...*, en el que recogió « los trabajos menos imperfectos» entre los que había publicado en diversos periódicos en los nueve años anteriores entre 1904 y 1912. Con su tono habitual, de énfasis y reserva al mismo tiempo, dijo:

«Al dar este tomo a la imprenta me ha parecido, pues, que me despedía de mi mocedad. Y en esa hora patética ha habido un instante peligroso: toda mi juventud se ha adelantado turbulenta en mi memoria, como legionarios de Roma en el día de su licenciamiento. He necesitado algún esfuerzo para que este prólogo no cayera en la tentación de dar solemnidad a la despedida, concediendo así injustificada importancia a esta escena vulgar del hombre que dice «adiós» a sus primeros fervores y dolores.»

No está claro cuál es el año al que se refiere como fin de su juventud, pues aunque la despedida está fechada en enero de 1916, los artículos coleccionados como su obra de juventud van desde 1904 a 1912, período de nueve años, que un momento después se convierten en diez, cuando dice: « Esos mis diez años jóvenes». Habiendo nacido el 9 de mayo de 1883, tenía en 1912 veintinueve años.

Estos cómputos habría que rectificarlos, si tenemos en cuenta los artículos de juventud recogidos en sus obras completas. En la primera colección publicada en 1932 con el título *Obras* no incluyó nada anterior a 1914, fecha de publicación de su conferencia *Vieja y nueva política* y de las *Meditaciones del Quijote*, con las que inicia el gran volumen de sus obras, y que en efecto fueron el principio de su producción madura genuinamente grande y original. En la nueva colección publicada en 1946 el título cambia de *Obras* a *Obras completas* y se dice que es la «primera edición». En ella se añaden, además de las obras escritas después de 1932, muchos artículos de distintas épocas, al mismo tiempo que se suprimen algunas de las obras contenidas en la primera edición de 1932. Mientras se publica una edición verdaderamente completa, habrá que consultar todas para conocer su obra. La de 1946 retrotrae el principio de su producción literaria juvenil al año 1902 y lleva su fin hasta 1913, es decir, un período de once años, desde sus diecinueve a sus treinta. En el clima español, es una juventud más bien tardía, de desarrollo lento, y por eso su producción literaria muestra desde el principo señales de madurez y no está claro el momento en que su juventud termina.

Cuando publica su primer artículo, «Glosas», el 1 de diciembre de 1902 en *Vida nueva*, una de las revistas efímeras del modernismo, ya era Licenciado en Filosofía y Letras, y dos años después, en 1904, ya era doctor. Sus estudios del bachillerato y la Universidad los había hecho, como otros hijos de buena familia ma-

drileña, bajo los jesuítas, en el Colegio de Miraflores del Palo, cerca de Málaga, donde fué *emperador* seis años, y en la Universidad de Deusto. Todos esos años de su adolescencia y juventud apenas aparecen en su obra y las referencias que en ella se encuentran llevan un dejo de despecho y asco. Estas palabras fuertes son las que él emplea en el artículo que en 1910 escribió « Al margen del libro *A. M. D. G.*», de Ramón Pérez de Ayala, y en el prólogo a sus *Obras* (1932), donde al hacer « ese gesto de echar el brazo atrás y recoger el pasado», que significa una nueva parada en su vida, nos dice: «Por fortuna, yo siento aún un extraño asco al recuerdo» y «el roce con la piel de mi pasado me repugnaba».

Dejemos esos años anteriores a su licenciatura, que él no quiere recordar, y que, por lo que sabemos de ellos, se reducen a su infancia madrileña, en una familia típica de la Restauración, distinguida en las letras, el periodismo y la política, tanto por el lado Ortega como por el lado Gasset. Su padre, don José Ortega Munilla, a quien conocí como presidente, en su calidad de académico, del tribunal de las oposiciones a cátedras que hice en 1910, era un perfecto caballero y un novelista con personalidad y valor propios en la pléyade de la Restauración, y dirigía *El Imparcial*, gran rotativo madrileño liberal, que en su sección titulada *Los Lunes* daba acogida a la literatura, incluso la de los nuevos escritores de la generación modernista, quienes a través de ella pudieron llegar al gran público. La formación de Ortega es por lo tanto enteramente madrileña y su educación en los colegios de los jesuítas no la interrumpió, puesto que volvería a casa durante las vacaciones hasta que terminó su carrera en la Universidad de Madrid en 1902.

En ese mismo año empezó a escribir ; pero a pesar de las facilidades que tenía para publicar lo que escribiera, vemos que no tuvo prisa en hacerlo, pues solamente publicó un artículo en 1902, ninguno en 1903 y sólo cuatro en 1904, año en que se doctoró con una tesis sobre el milenio, que no se publicó. En estos años decisivos, en los que, terminada su educación, fué dueño de sí mismo, nos interesa, para entender su formación, más que lo poco que escribió lo mucho que sin duda hizo. En su primer artículo hay ya rasgos del estilo de Ortega e indicios de los problemas ideológicos que le van a preocupar toda la vida. Empieza con esta frase que anuncia una actitud típicamente orteguiana: «Hablaba ayer con un amigo mío, uno de esos hombres admirables que se dedican seriamente a la caza de la verdad, que quieren respirar certezas metafísicas: un pobre hombre». Esta primera frase que escribió Ortega a los diecinueve años indica ya que una necesidad interna de su ser le llevaba a ser filósofo, aunque con reservas irónicas. En el resto del artículo trata de lo personal y lo impersonal en la crítica, del individuo y la masa, tema bien orteguiano. En los cuatro artículos de 1904, publicados en *La Lectura* y *El Imparcial*, trata de temas literarios: uno, bellamente escrito, sobre «Las ermitas de Córdoba» es el primero de los que toda su vida escribió sobre tierras y paisajes españoles ; los otros tres versan respectivamente sobre libros de Valle-Inclán, Maeterlinck y la Condesa de Noailles. Se ve que por entonces su formación y sus lecturas son predominantemente francesas, su gusto se inclina más hacia la literatura a pesar de su otra vocación filosófica, y su interés se dirige a los escritores españoles que pocos años antes habían irrumpido en la literatura: Valle-Inclán, Azorín, Baroja, Unamuno, Maeztu, Antonio Machado, con los cuales inició su amistad desde entonces como un amigo más joven.

¿Qué hacía en esos años en que escribió tan poco? Aquí tengo que conjeturar, porque yo no le conocí personalmente hasta 1908, ni tampoco conocía el mundo literario de Madrid hasta que fuí allá en octubre de 1905 a estudiar para el doctorado. Tengo que hablar de mí mismo, porque mucho de lo que he de decir sobre la juventud de Ortega está basado en el conocimiento adquirido a través de nuestra amistad personal. Creo que desde 1902 a 1905, es decir de los diecinueve a los veintidós años, a pesar de sus múltiples relaciones sociales y literarias en el entonces pequeño gran mundo madrileño, vivió recogido en sí mismo, consagrado intensamente al estudio, sobre todo de la filosofía. En esos años adquirió los fundamentos de su extraordinaria cultura y llegó a las de-

cisiones que iban a regir toda su vida posterior. La primera era la de adquirir una cultura normal europea antigua y moderna en su plano más alto y más amplio ; la segunda era llevar a cabo la incorporación de España a la cultura universal. Para el conocimiento de la cultura europea antigua necesitaba la lengua griega, que había empezado a estudiar en Deusto con el entonces Padre Julio Cejador, que luego salió de la Compañía y por quien siempre guardó Ortega un respeto difícil de explicar por ser Cejador el defensor más típico y enérgico del casticismo español frente a todo intento de europeización. Supongo que acrecentaría por entonces su dominio del griego leyendo a los filósofos, y que al mismo tiempo estudiaría el alemán para el conocimiento de la cultura europea moderna y como preparación para el viaje de estudio a Alemania, que emprendió deliberadamente después de doctorarse y que duró dos años, de 1905 a 1907. En estos años aparecen en *El Imparcial* unos pocos artículos suyos, cuatro en 1906 y dos en 1907. Esta producción aumenta considerablemente a partir de 1908, después de su regreso a España.

Entonces fué cuando le conocí, en circunstancias que tienen importancia para entender en qué consistía la fuerza y el valor personal que Ortega tuvo siempre, desde aquel tiempo en que no había hecho apenas nada, y que nacía de una seguridad modesta y sincera en la superioridad propia, tal, que era aceptada por los demás. Lo conocí en Salamanca, por casualidad, en un viaje que hice allá desde Oviedo, para algún asunto personal. Como siempre que regresaba a Salamanca, fuí a ver a Unamuno, y me llegué a su casa al oscurecer, cuando sabía que él estaría allí de vuelta de su paseo cotidiano. Le encontré con un joven desconocido, a quien me presentó, y poco después nos despedimos, porque Ortega había estado todo el día con él y yo no tenía nada especial que decirle aparte de saludarle. Salimos juntos y pasamos varias horas caminando por las viejas calles de Salamanca. Para mí era bien conocido el nombre de Ortega y no sé si él sabía algo de mí; pedo el caso es que hablamos y hablamos como si nos conociéramos de toda la vida. Me habló de Alemania, de España, de lo que había que hacer, de lo que hacíamos en el Centro de Estudios Históricos, etc. ; pero guardó un extraño silencio acerca de lo que había hablado con Unamuno y del objeto de su viaje. El regresaba aquella noche a Madrid, yo iba a ir allá dentro de pocos días, y quedamos citados para vernos, como lo hicimos y lo seguimos haciendo diariamente hasta mi salida para los Estados Unidos en 1916. Este primer encuentro con Ortega debió de ser hacia marzo de 1908 y fué el principio de una estrecha amistad, expresada por él al dedicarme un ejemplar de sus *Meditaciones del Quijote* con las palabras: «Cómo si fuera a mí mismo ».

Tenía entonces Ortega veinticuatro años y yo era año y medio más joven. Recuerdo la impresión de simpatía y de respeto que causó en mí toda su persona, como creo ocurría con todos los que le conocían y con los públicos que le escuchaban. Muchas de sus cualidades, incluso físicas, como la voz, la mirada, los gestos, continuaron toda su vida ; algunas pasaron con la edad, como el pelo ondulado y espeso, que entonces tenía y que poco después fué pasando por las varias fases de una prematura calvicie. Recuerdo, en cuanto a la indumentaria, que llevaba aquel día un sombrero negro de alas anchas, como se usaban por entonces en París, y supongo que en Alemania, por los literatos y artistas.

Lo ocurrido en la entrevista con Unamuno, sobre lo que ambos guardaron silencio, lo puedo reconstruir ahora por cosas que supe después y por la actividad pública y privada de los dos. Creo que es de primera importancia para entender a Unamuno y a Ortega y la significación de ambos y cada uno en su época, conocer las relaciones entre los dos hombres que significan más en la España moderna, y que representan el pensamiento español fuera de ella, en el mundo contemporáneo. Me limitaré ahora a sus relaciones primeras durante la juventud de Ortega. Datan éstas del principio mismo de la actividad literaria de Ortega, que sin duda por su edad leyó cuanto Unamuno había escrito hasta entonces. Pero no se limitó a la lec- con Unamuno, de la que hay constancia en un artículo de éste titulado «Almas de jóvenes», de mayo de 1904, donde Unamuno transcribe y comenta dos cartas, dice, «de mi joven amigo J. O. G., que ha hecho ya,

y con aplauso de los buenos, sus primeras armas». Es significativo este reconocimiento inmediato por parte de Unamuno del valor del joven Ortega, que no había escrito más que los cinco artículos a que me he referido antes, y lo es también el hecho de que tan pronto hubiese entre los dos esta relación epistolar, en la que Ortega muestra una actitud de respeto hacia el maestro, al mismo tiempo que una independencia en la que ya están claras las divergencias que habían de hacerles incompatibles toda la vida. No extracto aquí estas cartas, porque pueden leerse en las *Obras completas* de Unamuno.

La primera expresión pública de esta divergencia vino tres años más tarde en un artículo de Ortega «Sobre los estudios clásicos», publicado en *El Imparcial*, el 28 de octubre de 1907, en el que dice: «Dejo para unas disputas que estoy componiendo contra la desviación «africanista» inaugurada por nuestro maestro morabito don Miguel de Unamuno...» Sigue mirando a Unamuno como maestro y por primera vez le aplica la denominación de morabito. Con todo esto, cuando al volver a España tiene Ortega conciencia clara de que el propósito y razón de ser de su vida ha de ser la salvación de su patria mediante su incorporación a la cultura europea, y se siente naturalmente llamado a dirigir y encauzar las fuerzas españolas con las que se ha de realizar esta obra, no duda un momento de que la mayor de todas es la personalidad de Unamuno, y por eso su primer paso es ir a Salamanca a recabar la colaboración del maestro en la obra común. No podemos saber lo que hablaron aquel día, pero por lo que escribieron desde aquella fecha podemos colegir que en aquella entrevista no se llegó al acuerdo que Ortega buscaba, sino a un disentimiento radical que cada uno manifestó a su manera. La de Unamuno consistió, como era natural en él, en empezar desde entonces a escribir contra la actitud de Ortega, sin nombrarle nunca ni referirse abiertamente a sus escritos. Unamuno escribía por rachas sus innumerables artículos de periódico, que sólo en muy pequeña parte se han coleccionado en sus *Obras completas*. A raíz de la entrevista con Ortega empezó una racha en la que con su insistencia y terquedad características repite incansablemente el mismo tópico de la «Kultura con K mayúscula», con todas las frases que acuñaba para expresar sus actitudes polémicas. Estos artículos escritos durante varios años en la prensa no han sido recogidos en sus *Obras completas*, y no es posible ni necesario citarlos.

En cambio Ortega trató de ser reservado, circunspecto y hasta conciliatorio, y durante más de un año no contestó a los ataques de Unamuno. Así, en un artículo publicado en la revista *Faro* el 20 de septiembre de 1908, dijo:

«Hoy mismo —quiero cuanto antes quitarme este peso— he publicado unos párrafos en *El Imparcial* acerca del último discurso de Unamuno. Creía haber compuesto en ellos una apología prudente de la acción política que con tanto nervio y firmeza va ejerciendo sobre la muerta nación el rector de Salamanca. No podía hacer yo otra cosa cuando las ideas políticas de Unamuno son exactamente las mismas que trato de defender con la ruin lancilla moderna de mi pluma. Sin embargo, algunas personas han querido ver en aquellos párrafos no sé qué invectiva contra el gran publicista que pretendían honrar y aplaudir... Unamuno, el político, el campeador, me parece uno de los últimos baluartes de las esperanzas españolas y sus palabras suelen ser nuestra vanguardia en esta nueva guerra de independencia contra la estolidez y el egoísmo ambientes. A él sólo parece encomendada por una divinidad sórdida la labor luciferina —Aufklärung— que en el siglo XVIII realizaron para Alemania un Lessing, un Klopstock, un Amman, un Jacobi, un Herder, un Mendelssohn. Y aunque no esté conforme con su método, soy el primero en admirar el atractivo extraño de su figura, silueta descompasada de místico energúmeno que se lanza sobre el fondo siniestro y estéril del achabacanamiento peninsular, martilleando con el tronco de encina de su yo sobre las testas celtíberas... El espíritu de Unamuno es demasiado turbulento y arrastra en su corriente vertiginosa junto a algunas sustancias de oro, muchas cosas inútiles y malsanas.»

Esta larga cita muestra la actitud razonada y política que Ortega quiso mantener después del fracaso de su entrevista con Unamuno, usando el procedimiento de una de cal y otra de arena y dejando la puerta

abierta a una imposible reconciliación. Unos meses después, en abril de 1909, en un artículo sobre Renán, vuelve Ortega a hablar de Unamuno, y allí dice con más claridad algunas de las diferencias de ideas y de método que les separan. Son éstas:

«Los que aplican promiscuamente tal palabra [genialidad] a Newton y a Santa Teresa cometen, a mi modo de ver, un pecado de lesa humanidad... Si para la historia del planeta Tierra valen lo mismo las *Moradas* que los *Philosophiæ naturalis principia mathematica* será que el mencionado planeta marcha en pos de lo absurdo.»

«Un síntoma extremo de achabacanamiento puede descubrirse en el afán de sinceridad que ahora sentimos todos; es una moda que se nos ha impuesto, a cuyo éxito no ha contribuído poco D. Miguel de Unamuno, morabito máximo que entre las piedras reverberantes de Salamanca inicia una tórrida juventud en el energumenismo... No, no seamos sinceros, ni espontáneos, ni románticos... Los románticos nos retrotaen a la inocencia originaria y edénica, y como Federico Schlegel en su *Lucinda* nos ofrecen el elogio de la Insolencia o de la Pereza... o como el Sr. Unamuno nos invitan a la africanización de España.»

Pero Unamuno que, como él decía, llevaba un zorro dentro y a su modo pasional era también político, continuó impertérrito su campaña contra la Kultura, Europa y el germanismo, es decir, contra el programa de Ortega, aunque sin nombrarle. Y como Unamuno, para quien no había diferencia entre lo público y lo privado utilizaba, para dar a sus ideas la fuerza de la repetición, no sólo sus innumerables artículos periodísticos, sino sus cartas más numerosas aún, y el eterno monólogo que era su conversación, un día una de sus cartas privadas dirigida a Azorín fué publicada por éste en el *A B C*, y Ortega no tuvo más remedio que darse por aludido y contestar a los ataques de Unamuno en forma que equivalía a una ruptura pública. Este artículo, titulado «Unamuno y Europa, Fábula», apareció en *El Imparcial*, el 27 de septiembre de 1909, hizo mucho ruido y puede leerse en las *Obras completas*. Hay en él palabras fuertes, como «filósofo soez», «usos jaquescos», «romper las reglas de la buena educación». D. Miguel de Unamuno, energúmeno español, ha faltado a la verdad. Y no es la primera vez que hemos pensado si el matiz rojo y encendido de las torres salmantinas les vendrá de que las piedras venerables aquellas se ruborizan oyendo lo que Unamuno dice cuando a la tarde pasea entre ellas.»

Las diferencias son las dos mismas señaladas antes y están en los párrafos que copio:

«Cierto que el Sr. Unamuno me alude en esa carta: habla de «los papanatas» que están bajo la fascinación de «esos *europeos*». Ahora bien, yo soy plenamente, íntegramente uno de esos papanatas; apenas si he escrito, desde que escribo para el público, una sola cuartilla en que no aparezca con agresividad simbólica la palabra: Europa. En esta palabra comienzan y acaban para mí todos los dolores de España.»

«¿A qué, pues, contestar la carta del rector de Salamanca? ¿Qué dice en ella, al fin y al cabo? "Si fuera imposible que un pueblo dé a Descartes y a San Juan de la Cruz, yo me quedaría con éste"... ¿Qué otra cosa es sino preferir a Descartes, el lindo frailecito de corazón incandescente que urde en su celda encajes de retórica extática? Lo único triste del caso es que a D. Miguel, el energúmeno, le consta que sin Descartes nos quedaríamos a oscuras y nada veríamos, y menos que nada el pardo sayal de Juan de Yepes.»

«Pero el Sr. Unamuno no es hombre que se ande en medias tintas: como Juan de Yepes es superior a Descartes, es en no pocas otras cosas superior España a Europa.»

Pero todavía termina el artículo diciendo:

«Y sin embargo, un gran dolor nos sobrecoge ante los yerros de tan fuerte máquina espiritual, una melancolía honda... *Dios, qué buen vasallo si oviese buen señor.*»

Después Ortega no vuelve a escribir sobre Unamuno, salvo alguna alusión sin importancia, hasta el artículo que le dedicó con motivo de su muerte en 1936, en el que dice algo de la relación personal que volvieron a tener en los años de la República. La amistad de Ortega y Unamuno fué un hecho importante y decisivo en la juventud de Ortega y para penetrar más a fondo en las causas de la incompatibilidad entre los

dos hombres que tan tenido mayor influencia en la España moderna, voy a acudir a datos más íntimos contenidos en la correspondencia privada que tuve con ambos. Como cada uno sabía la amistad que me unía con el otro, a veces se comunicaban a través de mí, sobre todo después de su ruptura en 1909. Como yo estuve mucho más tiempo en Madrid esos años al lado de Ortega, son menos las cartas de éste que las de Unamuno.

Ortega se refiere a Unamuno en carta del 27 de septiembre de 1912, tres años después de su ruptura:

« Sí, di en Vitoria con Unamuno. Charlamos seis horas seguidas. Las dos primeras estuvo a la defensiva previendo alguna abrupción de mi parte. Mas al notar que yo no pretendo morder a las gentes y que, además, soy cuando menos el segundo en reconocer aquellos defectos míos que lo son, fué el hombre entrando en cordialidad hasta el punto de que si no yerro se llevó de mí muy grata impresión. Le encuentro débil, blando, entregado sobre todo con poca actividad ideológica, aprovincianado. Anteayer me envió un artículo suyo.»

Las cartas de Unamuno dan más luz para entender las fases de su amistad y las causas hondas de su incompatibilidad. En una carta del 12 de diciembre de 1910 hay un párrafo dedicado a Ortega, por el que se ve que no se escribían. Acababa de ganar Ortega su cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid, y me encarga que le dé la enhorabuena en su nombre. Dice así:

«A Pepe Ortega dale la enhorabuena y dile que si no le escribo directamente es porque no tengo nada objetivo que decirle y no quiero molestarle con mis arbitrariedades y querellas. Que Dios, el Dios del engaño, le dé luces y fuerzas para engañar a sus discípulos con la filosofía, e infundirles la suprema ilusión.»

Después de todo lo que sabemos, se verá que cada palabra de este párrafo quiere decir mucho más de lo que dice.

En otra carta del 18 de enero de 1913 hay un ataque a Hermann Cohen, el maestro de Ortega en Marburgo, y al idealismo neokantiano, que era por entonces la filosofía de Ortega, a quien no menciona:

«Me acaba de irritar mi reciente lectura de obras del monstruoso saduceo de Marburgo, Cohen. Ese idealismo, ese poner la idea sobre el hombre, y el hombre-idea sobre el hombre de carne y hueso, subleva mis entrañas. Es cosa de sentimiento y no podemos con-sentirnos, aunque nos entendamos y estimemos. Si el hombre individual y concreto, si yo, pierdo mi conciencia de mí mismo al morir, si de aquí a cien, a mil, a un millón de siglos, siempre, no me acuerdo de tí, de Salamanca, de cuanto he vvivido, me importa nada todo lo demás. No siento más que la inmortalidad del alma al modo popular católico. La ciencia me da miedo y tristeza. Es decir, me da miedo y tristeza la verdad.»

No sé lo que yo le escribí, contestando a la carta anterior ; pero pocos días después, el 28 de enero de 1913 me escribe insistiendo sobre el mismo tema:

«Sí, acaso tengas *razón* en todo lo que dices, pero es que la razón no me basta sino que me atormenta. No consiento más que dos posiciones, la del cristiano positivo (católico, protestante, etc.) y aún mahometano, que cree a pie juntillas en la otra vida como continuación de ésta, o la del incrédulo que sufre y se desespera por dentro y es pesimista. Y es esa desolación y rabia interior la que me lleva a mis campañas todas, sean de saneamiento moral, sean de agitación agraria. Y por eso dejo que me llamen reaccionario los unos, anarquista los otros, y loco no pocos. Y creo que para nuestro pueblo no es remedio la Kultura. Pero esto es largo.»

En esa carta sale la Kultura con K mayúscula, que él atribuía a Ortega. Cuando éste inició su actuación política con su conferencia en el Teatro de la Comedia el 23 de marzo de 1914 y la fundación de la Liga de Educación Política, sin duda yo escribía a Unamuno invitándole en nombre de Ortega a participar en ella, y en la revista *España* que Ortega iba a fundar. Y me contesta el 6 de mayo, en forma, como se verá, recelosa y ambigua:

«De la Liga de Educación Política sé poco. Sólo temo, como te dije, que se duerma en la suerte de la propedéutica y que en la pregunta de «¿qué se debe hacer?» no haya nada. En los casos de urgencia —y el de España es uno— el cirujano no debe perder tiempo en inquisiciones complicadas y largas, sino hacer una hipótesis y operar conforme a ella. También vi lo de la revista popular. Desde luego, si se cree que

yo puedo ayudar en algo, aquí estoy. Son más las cosas que me unen con el espíritu de esa Liga que las que pueden separarme de ella. (Y no sé cuáles sean éstas, pues tal vez me equivoque respecto a lo que sea.) Ayudaré, pues, en lo que me permitan mis trabajos obligados.»

Y más adelante, al fin de la carta, ya nombrando a Ortega expresamente:

«A Ortega y Gasset que formule cuanto antes una hipótesis —naturalmente, provisoria siempre y siempre modificable— y recete en concreto sin esperar al resultado de inquisiciones problemáticas. Una vista clara que recorre lo que a uno le rodea vale muchas veces más que cien estadísticas y el buen músico no necesita saber acústica ni matemáticas para templar la lira y distinguir una disonancia.»

Hubo otro momento en el que Ortega se dirigió personalmente a Unamuno y fué al ser éste destituído del cargo de Rector de la Universidad de Salamanca. Con este motivo me escribió una carta el 3 de agosto de 1914 en la que, entre otras cosas referentes a su destitución, me decía:

«De las muchas cartas que he recibido hay dos que me han confortado y animado mucho, la de D. Paco Giner y la de Pepe Ortega (ésta generosísima y muy noble). Y he aceptado las ofertas de éste.»

Todo fué inútil. Había entre los dos demasiadas semejanzas para que pudieran estar cerca sin hacerse sombra. Por eso creo que les separaron más las semejanzas que las diferencias, pues éstas no fueron obstáculo para que Ortega desde su juventud tuviera siempre muchos amigos y colaboradores. Veamos algo de cómo empezaron en su juventud estas relaciones, que luego iban a extenderse enormemente cuando desde 1914 empezó a desarrollar en grande sus varias actividades públicas, como escritor, como político y como hombre de acción.

Desde su primera juventud tuvo una amistad, que él llamaba fraternal, con Ramiro de Maeztu, que fué interrumpida después de su viaje a Alemania porque Maeztu se quedó viviendo en el extranjero por muchos años. Continuó su amistad íntima con los Maeztu que estaban en España, Gustavo, el pintor, y sobre todo María que vino de Bilbao a Madrid para ser directora de la Residencia de señoritas desde que se fundó. Otra amistad de aquella época, la de Pío Baroja, continuó sin interrupción toda la vida. Sería difícil concebir un hombre más distinto de Ortega que Baroja, hombre hosco y solitario que no se llevaba bien con nadie y menos que con nadie con Unamuno, y sin embargo, Ortega y él se buscaban para gozar mutuamente de su conversación inagotable y desinteresada paseando sin objeto por las calles y más adelante en la redacción de *España*. Otros amigos antiguos por los que tuvo siempre predilección en el terreno íntimo fueron hombres del mundo intelectual que poseían cualidades más modestas, entre ellas el talento unido a la bondad y la simpatía personal, tales como Francisco de Alcántara, crítico de arte de *El Imparcial*, y Luis Bello, que publicó algunas revistas como *Europa* y la *Revista de Libros*, en las que Ortega colaboró.

Ortega no era hombre de café ni de tertulia (hasta que fundó la suya en la *Revista de Occidente* muchos años después). En aquellos años de su juventud, desde 1908 a 1914, no se sumó a ninguno de los grupos y centros de reunión que había entonces, aunque los visitase ocasionalmente. Su centro era su casa, un piso modesto de la calle de Zurbano, en el barrio de Chamberí, donde vivía con su apacible, fina y santa esposa Rosa Spottorno y sus hijos, y libre de cuidados, podía consagrarse enteramente a su trabajo intelectual. Siguió manteniendo las relaciones familiares y sociales anteriores en la medida en que fueran compatibles con la concentración en sus estudios y su producción escrita, que aumenta considerablemente a partir de 1908 y da como resultado los libros que empieza a publicar desde 1914. Entretanto han ido aumentando sus amistades nuevas y su vida exterior no era tan quieta como acabo de decir. El 2 de octubre de 1910 me escribía: «Estoy tan atareado que no puedo escribir a V. más largo», y el 4 de noviembre: «No he podido escribir a V. antes porque he estado de oposiciones. Las de V. están convocadas según creo, para el 15 de este mes.» En efecto, en aquella fecha empezó otra de sus actividades, la profesoral, como catedrático de Metafísica, en la vacante que dejó don Nicolás Salmerón, que aumentó la zona de su influencia poniéndole en contacto con varias generacio-

nes de jóvenes que fueron luego sus discípulos. Pero su enseñanza no empezó aquel año, porque el 3 de enero de 1911 me escribía: «Yo salgo el lunes para Marburg ; ya le enviaré mis señas.» Este viaje fué más corto que el anterior, pues regresó a Madrid para empezar su primer curso en la Universidad el 1 de octubre de 1911.

Asistí a este curso como estudiante, a pesar de que ya era catedrático, cosa que no tenía nada de particular en aquella ocasión porque yo era el más insignificante entre las cuarenta o cincuenta personas que asisteron al curso. No recuerdo a todos, pero desde luego el más importante era don Francisco Giner de los Ríos, con su barba blanca venerable, sentado allí día tras día como un párvulo. Sin citar nombres, diré que allí estaban personas de los campos más diversos y entre ellas se destacaban algunas de las más ilustres de España en la ciencia: físicos, biólogos, juristas, historiadores y filólogos. Podría decir mucho de aquel curso, del que conservo las notas que tomé. Me limitaré ahora a decir que trató de la teoría de las ideas, a base de la lectura y comentario de un diálogo de Platón, el *Theaetetus*, y de la *Crítica de la razón pura* de Kant. Aparte de la innata maestría del joven Ortega, es de la más alta significación para entender la calidad de su persona, más que de su saber, este hecho de que hombres viejos y jóvenes, que cada uno en su disciplina eran superiores a él, reconociesen la superioridad de Ortega desde el mismo momento en que éste empezaba a darse a conocer. Había en ello algo así como un culto al joven brillante que traía la buena nueva de la filosofía y la cultura europeas bebidas en sus fuentes, algo que, si era europeo en el contenido, era todo lo contrario de lo europeo en la actitud de fondo casi religioso que nos unía en torno a él, algo como lo que Ortega señalaba en Unamuno cuando le llamaba morabito, a pesar de que sabía bien que era el hombre de aquel tiempo que poseía mayor cultura europea antigua y moderna. Otro morabito superviviente de la generación anterior era don Francisco Giner, el fundador de la Institución Libre de Enseñanza, con su iglesia y sus dogmas ; como lo habían sido antes don Julián Sanz del Río, el introductor del krausismo, otra religión, y don Nicolás Salmerón, predecesor de Ortega en la cátedra, moro de Almería que no necesitó escribir para ser tenido por un gran filósofo, y como lo fué después don Joaquín Costa, almogávar de Aragón y profeta de la europeización de España. Lo que eran todos era españoles, y Ortega, para su honra, tanto como el que más.

Pero dejando esto, que requeriría un estudio total de la personalidad de Ortega tal como se manifiesta en su obra posterior, quiero solamente decir algo de su vida en esos años poco conocidos a causa de la escasez de su producción. Esta se limitó por entonces a los artículos que siguió publicando en mayor abundancia y variedad de temas entre 1908 y 1911, sobre todo en *El Imparcial* y algunos en las revistas *Faro* y *Europa*. Los reunidos en sus obras completas son diez en 1908, cuatro en 1909, catorce en 1910 y nueve en 1911. Luego bajan a tres en 1912, uno en 1913 y ninguno en 1914. Esta sencilla estadística nos hace ver cómo desde 1912 su creación se va orientando hacia la producción de los libros que empezará a publicar desde 1914 y que significan el principio de su madurez.

El centro de su vida en esos años era su casa, sus libros y su trabajo, salvo algunos viajes cortos por tierras de España, de esos de andar y ver, entre los que recuerdo uno que hicimos juntos a Sigüenza, vieja ciudad que visitó otras veces y sobre la que escribió. El círculo de sus relaciones aumentó considerablemente, porque a las antiguas, a las que siempre fué fiel, añadió otras nuevas, que vinieron a ocupar el primer plano de su interés. Le fué fácil entrar en este nuevo mundo más amplio, porque por aquel entonces la vida intelectual de España se había organizado por primera vez gracias a la Junta para Ampliación de Estudios y los centros e instituciones que ella fundó. Toda esta gran obra estaba inspirada en ideas de la Institución Libre de Enseñanza, que había sido antes y siguió siendo un organismo cerrado, abierto sólo a los iniciados. Ortega, que nunca fué un institucionista, mantuvo siempre relaciones amistosas con las personas de la Institución, de don Francisco Giner para abajo, quienes vieron en él al maestro indiscutido de la nueva genera-

ción. Tampoco perteneció Ortega a la Junta ni a ninguno de sus centros de investigación y de enseñanza ; pero en todos ellos era mirado como maestro y prestó a las personas que en ellos trabajaban su constante consejo y colaboración. Nadie como Ortega podía hablar a todos los científicos, como filósofo, por ser la filosofía la ciencia de las ciencias, y como político, que veía en la organización de la cultura la fuerza principal para la creación de una nueva España. Les daba lo que ellos no tenían y no vacilaron en reconocerle como maestro.

Trabajaba en su casa y a la tarde solía aparecer por el Centro de Estudios Históricos, donde trabajaban Menéndez Pidal, Hinojosa, Gómez Moreno, Asín, Ribera y sus jóvenes discípulos. Hablaba con todos, midiendo siempre las distancias; pero la verdadera amistad en el sentido personal la guardaba para unos pocos, que trataré de recordar. Entre las personas a quienes quiso y apreció de veras están Angel Sánchez Rivero, cuya muerte temprana cortó su carrera de originalísimo escritor apenas comenzada ; Manuel García Morente, que se reincorporaba a España después de una educación en Francia y Alemania, y que fué su constante colaborador en el campo de la filosofía ; Fernando Vela, a quién conocí en Oviedo como empleado de Aduanas y que se trasladó a Madrid para conocer a Ortega y luego colaboró con él en toda su obra posterior ; José Moreno Villa, que volvía de Alemania donde fué a estudiar ciencia y negocios y en Madrid se dedicó a investigador de arte en el Centro Histórico y a poeta, para cuyo primer libro de poesía escribió Ortega un prólogo tan largo como el libro ; Alberto Jiménez Fraud, que había venido de Málaga, traído por don Francisco Giner, para dirigir la labor, más delicada que ninguna otra desde el punto de vista institucionista, de dirigir la educación de los jóvenes en la recién creada Residencia de Estudiantes.

Podría citar otros, pero los nombrados son los más representativos. Quiero decir algo más del último, porque la Residencia de Estudiantes, que él dirigía, fué uno de los centros cotidianos de la vida de Ortega por entonces. Cuando salíamos del Centro Histórico al atardecer solíamos pasear por Recoletos y la calle de Génova y de Almagro hasta llegar a la primitiva Residencia, donde encontrábamos a Alberto Jiménez y hablando en el jardín se hacían los planes para los trabajos que la Residencia desarrolló. Entre aquellos pocos residentes, que no eran más de doce o catorce, había uno que no era estudiante, Juan Ramón Jiménez, a quien se le dió un cuarto donde vivió hasta que salió para casarse en Nueva York en 1916. Llegaban por allí otras personas interesadas en la obra de la Junta para ampliación de estudios y se sumaban a la conversación general en torno a Ortega. Aquellos proyectos se tradujeron en la organización de algunos cursos fundamentales para los residentes, dados al principio por Negrín y Artigas. Se organizó también una serie de conferencias, que tenían la ventaja de que algunos conferenciantes de fuera vivieron en la Residencia con los estudiantes, como por ejemplo Unamuno, que siempre que venía a Madrid se alojaba allí. Algunas de aquellas conferencias se publicaron en libro como una de Eugenio d'Ors, otra de Luis de Zulueta y una mía, titulada *Disciplina y Rebeldía*. Con ellas se iniciaron, bajo la dirección espiritual de Ortega y la tipográfica de Juan Ramón, las publicaciones de la Residencia, que significaron la afirmación de ciertos valores supremos españoles al recoger y publicar la primera obra de Ortega, *Meditaciones del Quijote* y por primera vez los *Ensayos* de Unamuno y las *Poesías completas* de Antonio Machado.

Esta base, un poco subterránea de la vida de Ortega, se ensanchó enormemente a partir de 1914, cuando fundó sus centros propios de acción pública, como la Liga de Educación Política y la revista *España*, donde reunió a los amigos privados de las varias fases anteriores de su pasado, con los nuevos amigos, discípulos y colaboradores que cada día se le sumaban. Pero todo esto que es bien conocido y que vino a culminar muchos años más tarde en la *Revista de Occidente*, significa el fin de la juventud de Ortega y por lo tanto debe quedar fuera de este artículo.

FEDERICO DE ONIS

JERONIMO MALLO

Ortega y el catolicismo español

CUANDO EN OCTUBRE DE 1955 las agencias difundieron la noticia del estado de gravedad de Ortega, decían que el ilustre filósofo, antes de entrar en el final período de inconsciencia, se había reconciliado con la iglesia católica. Días después circuló por la prensa la noticia de su fallecimiento. Nada se dijo más en cuanto a la rectificación de sus ideas antireligiosas, pero sí se afirmó que al estar su cadáver yacente tenía entre las manos un crucifijo, y que habría de ser enterrado en un cementerio católico, junto a la tumba de su padre, el notable periodista —muchos años director de *El Imparcial*— don José Ortega Munilla.

¿Volvió Ortega y Gasset, ya en el umbral de la muerte, a las creencias religiosas de su infancia? No insistió la prensa española, controlada oficialmente, en la reconciliación de don José con el catolicismo. Sólo se dijo que en los últimos días de su enfermedad había sido visitado por el jesuita P. Félix García, amigo personal suyo. Este sacerdote, en un artículo necrológico publicado inmediatamente de la muerte, no hizo referencia alguna a la supuesta rectificación ideológica del filósofo. Tampoco la mencionó Julián Marías, a quien tanto hubiera complacido, en un artículo escrito con tanta emoción que al final expresa la esperanza de ver y oir otra vez a su maestro el día de la resurrección de los muertos.

¿Se reconcilió Ortega con el catolicismo en los últimos días de su vida? Yo no concedo importancia a este punto. Hay quien piensa que la proximidad de la muerte da a los hombres una gran clarividencia que avalora el significado de las conversiones religiosas. No participo de semejante parecer. Al enfrentarse con el gran misterio, lo que predomina es la emoción, turbadora de la serenidad de juicio. La inteligencia funciona mejor cuando el hombre está en pleno vigor intelectual y físico, sin que la angustia lo deprima ni lo desvíe en su razonamiento.

Pudo Ortega en el estado de gravedad física rectificar sus opiniones anticatólicas. Pero no hay motivos para pensar que lo haya hecho. Que se colocara en sus manos un crucifijo y que fuera sepultado con pompa religiosa, nada significan. Es la familia quien dispone el ceremonial de los entierros.

¿Qué dijo la prensa? Los periódicos se ajustaron, como era ineludible, a las instrucciones del gobierno circuladas con fecha 18 de octubre de 1955. Fueron éstas. «En relación con la muerte de don José Ortega y Gasset pueden publicarse hasta tres trabajos: la biografía y dos artículos. Título de la información, como máximo a dos columnas. Si se hace un comentario de su filosofía, deberá hacerse con altura, sin violencia contra él, aunque destacando sus errores en materia religiosa. Pueden publicarse en la primera página fotografías de la capilla ardiente, de la mascarilla o del cadáver, pero no de don José vivo. En páginas interiores podrán publicarse dos fotografías de Ortega vivo.» Estas instrucciones se comentan por sí mismas. Sólo deseo subrayar la orden de que *debían destacarse sus errores en materia religiosa*. Si

Ortega se hubiera reconciliado con la iglesia católica este hecho se habría destacado todavía más, pues tales serían las órdenes del gobierno.

¿Cuál fué la trayectoria de las ideas religiosas de Ortega? Muy semejante a la de la mayor parte de los intelectuales españoles de los últimos cien años. Nacido en el seno de una familia católica, recibió en su infancia una primaria educación religiosa. Para cursar la segunda enseñanza, lo envió su padre, con el hermano mayor, Eduardo —que ahora vive exilado en Venezuela—, al Colegio de Jesuitas de Miraflores de El Palo, provincia de Málaga. Parece algo extraño que un escritor liberal como Ortega Munilla —liberal-conservador como el diario que dirigía— educara a sus hijos en un colegio de jesuitas, pero se explica por el ambiente «social» de la España de entonces. También se explica lo que José dijo a su hermano cuando salieron del colegio: «De buena nos hemos librado. Si continuamos allí habríamos terminado por ser como los indios de las misiones del Paraguay, autómatas cuyos movimientos estaban regidos por la campana que tocaba uno de los reverendos. Creo que los males de España se originan en el predominio de esta enseñanza que no enseña y de esta educación que tampoco educa » (1).

No muchos años después, ya con prestigio de escritor, reiteró Ortega su actitud antijesuítica. Al publicarse la novela de Ramón Pérez de Ayala titulada *A.M.D.G.*, que refleja la vida en un colegio de jesuitas, don José escribió una reseña crítica de esta obra y al final de los comentarios expresa su profundo desprecio por tal orden religiosa.

En un libro publicado en España se dice que la «pasión anticlerical» de Ortega y Gasset le impidió apreciar las buenas obras de los religiosos. Su hermano Eduardo rechaza en absoluto el calificativo de anticlerical aplicado a don José (2). Y me parece muy fundada la repulsa. Puede un hombre ser anticatólico, y como tal oponerse a la influencia del clero y de la iglesia en la vida política, cultural y social del país. Pero no se concibe en quien sea católico que censure la influencia de los sacerdotes de la religión que él profesa. Sin embargo, hubo en España individuos que por no atreverse a declarar que habían dejado de ser católicos, o por efecto de su inconsistencia mental, decían muy solemnemente que eran anticlericales. No es preciso decir que Ortega en nada se parecía a semejantes fantoches.

Ortega y Gasset fue católico hasta un día de su juventud en que perdió la fe religiosa. En un folleto que contra él publicó en 1953 el jesuita P. Juan Roig Gironella, le atribuye estas manifestaciones : «Yo, señores, no soy católico y desde mi mocedad he procurado que hasta los humildes detalles de mi vida privada queden formalizados acatólicamente» (3). (Discurso sobre «Rectificación a la República», pronunciado en el cinema de la Opera, de Madrid, el 6 de diciembre de 1931.) Desde la Universidad norteamericana donde ejerzo la docencia no me es posible comprobar la autenticidad de la cita de estas frases, que no están incluídas en la edición de las *Obras completas* de Ortega. Sin embargo, la tengo por auténtica. Probablemente dejó de ser católico cuando cursaba sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. Como Unamuno y tantos otros intelectuales, si bien don Miguel volvió más tarde al catolicismo por corto tiempo.

Fue notorio que Ortega no tuvo contactos con la iglesia ni con el culto católico. No es posible imaginarse a don José en la actitud cínica de Ramón de Campoamor, quien a la pregunta de un amigo que se asombraba de verle entrar a misa contestó: —«¡Qué quiere usted! Me cuesta menos trabajo «oir» misa que «oir» a mi mujer.» No. Ortega ajustó siempre sus actitudes y su conducta a su modo de pensar.

¿Y cuál fué su modo de pensar respecto del catolicismo y su actitud frente a la iglesia? No tuvo una palpitación agónica como la de Unamuno. Ni un silencio des-

(1) Eduardo Ortega y Gasset : « Mi hermano José», *Cuadernos Americanos*, mayo-junio de 1956, México,

(2) Ibid.

(3) P. Juan Roig Gironella: *Lo que no se dice. Con una antología teofánica de textos de Ortega y Gasset.* Instituto Filosófico de Balmesiana. Barcelona, 1953.

deñoso como el de «Azorín». Ni una enemistad violenta como la de Baroja. Ni un agnosticismo sereno como el de Machado. Es preciso examinar sus escritos para comprender su posición.

El ilustre escritor, que tanto se preocupó por el problema de España, pensaba que la influencia del catolicismo ha perjudicado al desarrollo cultural de los españoles. «Por los años del 70 quisieron los krausistas, único esfuerzo medular que ha gozado España en el último siglo, someter el intelecto y el corazón de sus compatriotas a la disciplina germánica. Mas el empeño no fructificó porque nuestro catolicismo, que asume la representación y la responsabilidad de la historia de España ante la historia universal, acertó a ver en él la declaración del fracaso de la cultura hispánica y, por tanto, del catolicismo como poder constructor de pueblos. Ambos fanatismos, el religioso y el casticista, reunidos, pusieron en campaña aquella hueste de almogávares eruditos que tenía plantados sus castros ante los desvanes de la memoria étnica.» (*Obras completas*, segunda edición, vol. 1, pág. 212). No perteneció Ortega al krausismo, escuela filosófica anterior a él, pero —al contrario de Unamuno, que lo desdeñaba un poco—, estimaba la importancia del sentido de libertad intelectual y de dignidad moral que los krausistas introdujeron en la cultura española.

Aun sin creer en el origen divino de la religión cristiana, reconociendo la importancia del cristianismo en el desarrollo de la civilización occidental por haber inspirado a millones de católicos y protestantes de Europa y América, pensaba Ortega que la obra educativa del gran movimiento religioso sería mayor y más eficaz si la iglesia católica modificara su rigidez dogmática. «Una iglesia católica amplia y salubre, que acertara a superar la cruda antinomia entre el dogmatismo teológico y la ciencia, nos parecería la más potente institución de cultura: esta iglesia sería la gran máquina de educación del género humano. Por eso, todo intento que fomente la venida de esa iglesia parecerá simpático, tendrá derecho a que le ofrezcamos el rescoldo caliente de nuestros deseos y esperanzas.» (*Ibid.*, pág. 432).

Y con el mismo criterio dice poco después: «No cabe pedir a la reforma modernista mayor nobleza, más fino sentido para lo que constituye la esencia tradicional de la moralidad y de la razón humanas. Es preciso, de un lado, podar el árbol dogmático, demasiado frondoso para el clima intelectual moderno, dar mayor fluidez a la creencia, sutilizar la pesadumbre teológica: se hace forzosa una reforma de la letra católica.» (Ibid., páginas 433-434).

Nuevamente rechaza el cerrado dogmatismo de la iglesia en otro texto. «Imaginémonos que hemos nacido en torno a 1400. ¿Cómo se presenta para nosotros el asunto que es vivir ? Creemos en la religión cristiana, es decir, creemos que la vida depende en definitiva de un ser infinito que exige de nosotros durante nuestro breve paso por este mundo un determinado comportamiento intelectual y moral, o lo que es igual, tenemos que pensar ciertas cosas y cumplir ciertos actos u omitir otros. El repertorio de eso que tenemos que pensar sobre Dios y eso que tenemos que hacer u omitir no podemos averiguarlo por nuestra cuenta y medios. No es cuestión de razonamiento. Dios lo ha revelado a la iglesia. Los dogmas y los mandamientos son absurdos, pero son un hecho bruto con que tenemos que contar.» (Vol. V. premiera edición, página 144).

Partiendo de sus principios no católicos y al tratar de la pedagogía social como programa político hizo Ortega tres declaraciones precisas: «Lo que ciertamente es antisocial es la iglesia, la religión particularista.» «La escuela confesional frente a la laica, es un principio de anarquía, porque es pedagogía disociadora.» «Todo lo que la religión puede dar, lo da la cultura más enérgicamente» (Vol. 1, segunda edición, páginas 519 y 520).

La actitud anticatólica de Ortega queda definida de un modo que no admite dudas en las manifestaciones copiadas. Ignoro si tenía preferencia o simpatías, aun sin creer en ellas, por otras sectas cristianas en que hay un sentido de mayor libertad como consecuencia de un dogmatismo menos rígido. Pero, evidentemente, su modo de pensar rechazaba en absoluto toda profesión religiosa fundada en la existencia de un Dios personal, uno o trino. Veamos algunos textos por los cuales no se podía

estar más lejos del catolicismo. «Dios queda disuelto en la historia de la humanidad ; es inmanente al hombre ; es, en cierto modo, el hombre mismo padeciendo y esforzándose en servicio de lo ideal. Dios, es una palabra, es la cultura. «Tú eres mi mejor yo», canta una vez Shelley a la mujer que inspira sus canciones ; podría decirse que Dios es el conjunto de las acciones mejores que han cumplido los hombres.» «Dios es lo mejor del hombre, lo que le enorgullece, lo que intensifica su energía espiritual, la herencia científica y moral acumulada lentamente en la historia.» (Vol. 1°, segunda edición, pág. 135). «Las guerras y las emigraciones de los pueblos, los cambios de los imperios, las revoluciones, los azares de la humanidad al hilo del tiempo, representan las inquietudes de un Dios que se está haciendo. La historia es la embriogenia de Dios y, por lo tanto, una especie de teología ; recordar, hacer memoria del pasado, se transforma de este modo en un misterio religioso.» (Ibid., página 136).

Debo hacer una aclaración. No soy yo quien declara heterodoxos los citados textos de Ortega y Gasset, heterodoxos desde el punto de vista católico. Carezco de autoridad para ello. Todos figuran entre los 64 textos anticatólicos que el P. Roig Gironella reunió en el mencionado folleto, tratando de elaborar con ellos una bomba de mano que en la España de ahora pulverizara el prestigio del gran pensador y escritor. No lo consiguió, y por el contrario hizo que surgiera entre los intelectuales un movimiento de cordialidad respetuosa hacia el maestro. Claro es que yo podría espigar en las obras de Ortega muchos más textos anticatólicos, pues realmente todo su pensamiento es contrario a la iglesia, pero he preferido que fuera la autoridad ortodoxa quien hiciera los pronunciamientos.

Verdaderamente ha sido Ortega el pensador español de este tiempo que estuvo más lejos del catolicismo. Unamuno vacila en la negación de un Dios personal ; así dice en el Salmo I:

¿Tú, Señor, nos hiciste
para que a Tí te hagamos,
o es que te hacemos
para que Tú nos hagas?

La misma idea inspira la «Profesión de Fe» de Antonio Machado:

Yo he de hacerte, mi Dios, cual Tú me [hiciste
y para darte el alma que me diste
en mí te he de crear.

Por lo menos, la emoción lírica los lleva a personalizar a Dios. Ortega se mantiene siempre en la precisión filosófica y nunca acepta la existencia de un Dios personal. Por ello me parece que ha sido el pensador más distante del catolicismo, el que rechazaba de un modo más absoluto a la iglesia. Volvió don José a España después de haber pasado unos diez años en el exilio, al que fue al principiar la guerra. España, en 1945, era ya otra. Se encontró Ortega como un extranjero, o como un emigrado en su propia patria. No quiso establecer el más mínimo contacto con el régimen franquista. Tuvo Franco vacante la cátedra que Ortega había desempeñado antes de la guerra en la Universidad, creyendo quizá que el filósofo podría claudicar y someterse atraído por su vocación de profesor, que no acierta a vivir sin contacto con sus discípulos. Cuando don José llegó a los setenta años, edad de jubilación forzosa para el profesorado español, el ministro dispuso el nombramiento de un nuevo catedrático. Claro es que Ortega no pensó ni por un momento reintegrarse a su cátedra bajo un régimen político que ha entregado toda la enseñanza a la iglesia, sometiendo a los profesores a la constante inspección de los obispos. Así lo dice de manera inequívoca el artículo 26 del Concordato que rige por acuerdo de Franco y el Papa: «En todos los Centros docentes de cualquier orden y grado, sean o no estatales, la enseñanza se ajustará a los principios del dogma y la moral de la iglesia católica. Los ordinarios (obispos) ejercerán libremente su misión de vigilancia sobre dichos centros docentes en lo que concierne a la pureza de la fe, las buenas costumbres y la educación religiosa.» Por encima de la ciencia, de la filosofía y de la razón, los obispos. Ortega no podía aceptar semejante servidumbre.

Pero aún habiendo sido el pensador moderno que en España ha estado más distante del catolicismo, es interesante recordar que los más distinguidos filósofos católicos de

ahora se formaron intelectualmente bajo la inspiración y el magisterio de Ortega y Gasset. Le han profesado siempre respeto y amistad. Basta citar a Javier Zubiri, a Julián Marías y a José Luis L. Aranguren. Este último es catedrático de la Universidad de Madrid y prestigioso escritor sobre temas religiosos. También sienten gran admiración por Ortega «camisas viejas» —y además «limpias»— de Falange, como Pedro Laín, que fue rector de la Universidad de Madrid, y el escritor Dionisio Ridruejo. Ello, sin duda, revela el sentido de tolerancia y comprensión que es propio de los intelectuales cuando alcanzan verdadera altura.

Pero el hecho que ha reflejado más plenamente la significación de Ortega fue, a mi parecer, el silencioso homenaje de respeto y devoción que le dedicaron los estudiantes de la Universidad de Madrid, cuando después de cruzar reunidos las calles de la capital visitaron el sepulcro del insigne maestro para leer allí, con resonancias de emoción, párrafos significativos de sus obras. No turbó la retórica de circunstancias el sentido de dignidad de aquel acto sincero. En silencio salieron del cementerio, después de dejar constancia de su adhesión al hombre que, frente a una «circunstancia» hostil y ante la deserción de tantos intelectuales, había tenido el valor de mantener sus convicciones.

Esta magnífica movilización estudiantil suscita algunas reflexiones. ¿Cómo y por qué se produjo? Ortega no había sido un escritor popular, pues en todos los países, filósofos, pensadores y ensayistas tienen un reducido círculo de lectores. Había cortado su relación con la Universidad diecinueve años antes, cuando ni siquiera existía la mayor parte de aquellos estudiantes. Su comunicación con el público, brillantemente iniciada en el Instituto libre de Humanidades, tuvo que suspenderla al poco tiempo. ¿Por qué los jóvenes universitarios lo consideraron, al morir, como paradigma del intelectual y símbolo de los ideales de la juventud española?

No es difícil intuir la respuesta. Ortega había sido, a través de toda su obra de catedrático y de escritor, el más alto exponente de la libertad del pensamiento y de la cultura, rechazando en absoluto todo dogmatismo religioso que en su dirección católica ha sido siempre en España signo de encadenamiento de la razón. Mantuvo la independencia de su magisterio hasta el fin, sin aceptar la teocracia educativa que Franco ha impuesto en las Universidades y en todos los establecimientos de enseñanza. La juventud universitaria, a pesar de los cursos obligatorios de religión y de falangismo, se ha pronunciado, a través de una famosa encuesta, en un setenta por ciento enemiga del régimen franquista, del falangismo, de la iglesia, de los jefes del ejército y de la mayoría de los actuales profesores. Era natural y lógico por ello que se sintiera íntimamente unida a quien con nobleza, sinceridad y valor proclamó siempre su independencia de los dogmatismos religiosos y de la tutela de la jerarquía eclesiástica, porque esa independencia constituye precisamente el ideal de una juventud humillada y oprimida por una intolerancia cuya rigidez sólo es comparable a la del totalitarismo soviético.

Tuvo Ortega el valor de proclamar su «acatolicismo» en una España donde todo el poder —no sólo el poder político, sino el *poder* en todas sus manifestaciones— se hallaba en manos de quienes, si efectivamente no creían, por lo menos aparentaban creer, por su conveniencia, en la iglesia católica. El riesgo de verse aislado era grande. Sin embargo —y ello ha sido tan sorprendente como satisfactorio—, su personalidad se impuso y su valía excepcional fue reconocida aun por aquellos que lamentaban su falta de fe religiosa. Una aureola de respeto y admiración le rodeó siempre. Es cierto que muchas de sus opiniones no encontraron general asentimiento y otras fueron rechazadas. Pero nadie con alguna responsabilidad intelectual desconoció la magnitud de su aportación al conocimiento de muchos problemas de varia naturaleza, ni su talento extraordinario, ni su asombrosa cultura. Fue en el campo de la filosofía, de las humanidades y de la alta especulación ideológica uno de los cuatro o cinco hombres egregios de este siglo y entre los grandes pensadores de nuestro tiempo el que con más belleza literaria expresó sus ideas. Católicos y no católicos consideran a Ortega como un gran español.

JERÓNIMO MALLO

El "Octubre" soviético : ficciones y realidades

POR BORIS SOUVARINE

EL 7 DE NOVIEMBRE DE 1917 (25 de octubre del calendario ruso), a las diez de la mañana, el Comité militar revolucionario que presidía y dirigía Trotski, órgano del Soviet de Petrogrado, del que aquél era también presidente y líder, anunciaba en una proclama: «*El gobierno provisional ha sido depuesto. El poder ha pasado a manos del Comité militar revolucionario, órgano del Soviet de Petrogrado, que se halla a la cabeza del proletariado y de la guarnición de Petrogrado*».

El mismo día por la tarde, el Soviet de Petrogrado celebraba una sesión extraordinaria, de la que *Isvestia*, del día siguiente y otros periódicos bolcheviques dieron un informe que empezaba así:

«*La sesión se abre a las 2 horas 35 de la tarde. Trotski está solo en la mesa de la presidencia* ».

«Declaración de Trotski: *En nombre del Comité militar revolucionario, declaro que el gobierno provisional ya no existe.* (Aplausos.) *Algunos ministros han sido detenidos.* (Bravo.) *Los demás lo serán dentro de algunos días o de algunas horas.* (Aplausos.) *La guarnición revolucionaria, que está a la disposición del Comité militar revolucionario, ha disuelto el Preparlamento.* (Vivos aplausos. Gritos: ¡Viva el Comité militar revolucionario!)»

Era, pues, un Comité militar que disponía de las tropas acuarteladas en Petrogrado, de destacamentos obreros armados y de «guardias rojos». el que había tomado el poder en la capital de Rusia en el curso de la noche del 6 al 7 de noviembre. No tuvo que vencer, por decirlo así, ninguna resistencia : «*Los habitantes dormían apaciblemente y no sabían que en aquel momento un nuevo poder substituía al antiguo* », dijo Trotski. Más tarde Lenin lo confirmará en estos términos: «*Era fácil iniciar la revolución en un país así. Fué más sencillo que levantar una pluma* ».

En este primer discurso pronunciado en nombre del nuevo régimen, Trotski prosiguió: «*Los primeros actos del nuevo poder deben ser: el armisticio inmediato en todos los frentes, la transmisión de la tierra a manos de los campesinos, la convocación con la mayor rapidez posible de una Asamblea constituyente verdaderamente democrática*». Y al terminar saludó e hizo aclamar a Lenin, quien después de tres meses de vida clandestina acababa de entrar en la sala.

En este momento, el Comité militar revolucionario sólo era dueño de una parte de Petrogrado y no había tomado aún el Palacio de Invierno, sede del gobierno. En la noche del 7, se inauguró el segundo Congreso de todos los Soviets y los diversos grupos socialistas no bolcheviques protestaron contra el golpe de Estado militar que estaba llevándose a efecto. Martov, en nombre de los socialdemócratas, depositó una resolución cuyo primer punto manifestaba: «*El golpe de Estado que en Petrogrado confiere todo el poder al Comité militar re-*

volucionario un día antes de la apertura del Congreso, ha sido organizado por un solo partido mediante una conspiración militar». Otras intervenciones denunciaron la *conjuración militar* que usurpaba el papel de la futura Asamblea constituyente, resolviendo la cuestión del poder.

Lo que los bolcheviques han llamado *revolución de octubre*, y hasta *revolución proletaria*, fué en realidad una acción a mano armada contra un gobierno sin defensa, un golpe de Estado llevado a cabo por un Comité militar revolucionario que actuaba por cuenta de un partido minoritario. Todos los textos de la época lo demuestran. Fué más tarde solamente cuando se impuso una revolución ordenada desde arriba a los pueblos del Imperio que, es cierto, deseaban la paz, a los campesinos que, en efecto, ansiaban la posesión de la tierra, pero que no pensaban en absoluto ni en el socialismo ni en el comunismo.

***

Al frente del Soviet de Petrogrado y de su Comité militar, Trotski había llevado a la práctica una decisión adoptada en 23 de octubre por el Comité Central del Partido bolchevique. Lenin y Zinoviev, que se ocultaban desde el mes de julio para evitar todo riesgo de ser detenidos, habían salido de sus escondrijos a fin de tomar parte en la sesión. Desde mediados de septiembre, Lenin había inscrito la insurrección en el orden del día, repitiendo y explicando la frase de Marx según la cual la insurrección debe ser *considerada como un arte*. Después del 15 de octubre apremia a sus camaradas para que pasen a la acción, sin esperar la reunión del segundo Congreso de los Soviets, convocado para el 7 de noviembre y, lo que es peor, sin esperar la Asamblea constituyente.

Por diez votos contra dos, el Comité central decidió preparar la *insurrección armada*. A ello se oponían Zinoviev y Kamenev, dos de los auxiliares más inmediatos de Lenin. Después de su regreso a Rusia (abril de 1917), éste había tenido mucha dificultad para hacer aceptar sus puntos de vista a los principales militantes leninistas. Al principio de la revolución, la mayor parte de ellos tendía a sostener al gobierno provisional; después trataron de formar una coalición con los demás partidos socialistas. Lenin no interpretaba el criterio de su partido, ni tampoco las aspiraciones profundas del proletariado. Antes de triunfar, necesitará convencer a sus seguidores más fieles.

Según el testimonio de Stalin : «*Todo trabajo de organización práctica de la insurrección se efectuó bajo la dirección inmediata de Trotski, presidente del Soviet de Petrogrado. Puede decirse con certeza que, en lo que concierne al hecho de que la guarnición se pasara rápidamente al lado del Soviet, y a la hábil organización del trabajo del Comité militar revolucionario, el partido debe agradecerlo ante todo y sobre todo al camarada Trotski.*» Stalin censuró estas líneas en la reimpresión de sus escritos, pero a pesar de ello subsisten.

El Comité militar revolucionario, al ejecutar las instrucciones de Lenin, tomó sus disposiciones a la vista de todo el mundo, sin encontrar obstáculos. «*En el centro de este trabajo de movilización se hallaba el Soviet de Petrogrado, que de manera evidente había elegido para la presidencia a Trotski, el tribuno más brillante del levantamiento proletario*», escribe Bujarin, que relata en estos términos la escena del 7 de noviembre, en el Soviet de Petrogrado:

«*Trotski, tribuno espléndido y valeroso del levantamiento, apóstol infatigable y ardiente de la revolución, declaró en nombre del Comité militar revolucionario al Soviet de Petrogrado, bajo los atronadores aplausos de los asistentes, que el gobierno provisional ya no existía. Y como prueba tangible de este hecho, apareció en la tribuna, saludado por una formidable ovación, Lenin, que la nueva revolución liberaba del misterio de que había tenido que rodearse*».

Así pues, Stalin y Bujarin rendían aún homenaje al Comité militar de Petrogrado, famoso en su tiempo y olvidado después, y hacían asimismo justicia a Trotski en los primeros años del régimen soviético. La leyenda de la revolución proletaria y la mitología de Octubre han sido elaboradas mucho después. Los herederos de Lenin y de Trotski son los que van a falsificar la historia y atribuirse toda suerte de méritos imaginarios. A decir verdad, los dirigentes en jefe fueron los primeros responsables de ello, por haber despersonalizado demasiado

su éxito en beneficio de un proletariado ficticio y del partido bolchevique anónimo, mientras sus adversarios políticos denunciaban de antemano el poder *de Lenin y Trotski*, o mejor dicho, de *Trotski y Lenin*.

Evocando sin cesar *los horrores de la guerra*, Lenin supo explotar con maestría unas circunstancias excepcionalmente propicias: los soldados campesinos no querían combatir más y aspiraban al reparto de las tierras; la guarnición de la capital prefería seguir a los bolcheviques antes que ir al frente; las masas populares incultas se dejaban seducir de buena gana con promesas irrealizables: en todo esto no había la menor huella de socialismo ni de comunismo.

*
**

El Comité Central del Partido había justificado con cuatro argumentos la resolución que originó la insurrección armada: 1.— «*La rebelión en la flota alemana, expresión extrema del desarrollo de una revolución socialista mundial en toda Europa;* 2.— *La amenaza de una paz entre los imperialistas, que tenía como fin ahogar la revolución en Rusia;* 3.— *La intención evidente de la burguesía rusa y de Kerenski y compañía de entregar Petersburgo a los alemanes;* 4.— *La conquista de la mayoría en el seno de los Soviets por el partido del proletariado...*» Estas cuatro afirmaciones eran falsas, pero su falsedad no iba a impedir que se resolviera por la fuerza la cuestión del poder.

En efecto, las sublevaciones en la marina aleman atestiguaban un cansancio, una hostilidad hacia la continuación de la guerra, no una voluntad de revolución socialista mundial. Los «imperialistas» no estaban en absoluto dispuestos a concertar una paz de transacción para ahogar la revolución rusa. Kerenski no tenía evidentemente ninguna intención del género que le atribuían Lenin y Trotski, sino muy al contrario. Todo esto no merece siquiera discutirse. Acerca del cuarto punto, todavía son necesarias algunas precisiones.

Los bolcheviques habían obtenido la mayoría en los Soviets de Petrogrado y de Moscú, así como en otras ciudades; pero los Soviets perdían poco a poco su carácter espontáneamente representativo y, por otra parte, la llamada mayoría estaba por la paz y no por el socialismo o el comunismo. La extrema izquierda tumultuosa y vociferante hacía huir a los delegados socialistas de todos los matices, mientras que unos y otros eran designados al azar de las improvisaciones y en medio de una arbitrariedad indescriptible. Los soviets no tenían existencia legal ni estatutaria, sus miembros eran elegidos más o menos regularmente por el procedimiento de manos levantadas, por un número impreciso de votantes, y nadie podía verificar los mandatos. Todas las actas de las sesiones mencionan impugnaciones de carácter representativo cada vez que un orador desagrada a una fracción apasionada de la Asamblea. En estas condiciones, la «conquista de la mayoría» no refleja más que una realidad ilusoria. Tampoco Zinoviev y Kamenev se dejaban embaucar por las mayorías engañosas, y para protestar contra la decisión del Comité central, relativa a la insurrección, escribían: «Se dice: 1.— *Hemos tenido la mayoría del pueblo en Rusia;* 2.— *La mayoría del proletariado internacional está con nosotros. Por desgracia, nada de esto es exacto... Estamos seguros, por ejemplo, de que si las elecciones para la Constituyente tienen lugar, la mayoría de los campesinos votará por los socialistas revolucionarios*». El porvenir debía darles la razón, pero creyeron haberse equivocado, porque su Partido permaneció en el poder renegando de sus principios y de sus promesas.

Con objeto de comparar más adelante la teoría del bolchevismo con la práctica, es necesario dirigir una mirada retrospectiva sobre las opiniones políticas de Lenin y de Trotski, incluso sin remontarse más allá del texto que se ha hecho célebre bajo el nombre de «Tesis de abril» y que es el primer escrito de Lenin después de su regreso a Rusia, seis meses antes de los acontecimientos de octubre.

*
**

«*Rusia es hoy el país más libre del mundo*», comprueba Lenin en dicha tesis, y pronto repetirá en un folleto: «*Hoy en día, no hay en el mundo un país más libre que Rusia*». En vísperas del golpe de Estado insiste aún: «*Nosotros, que tenemos decenas de periódicos, libertad de reunión, la mayoría en los Soviets, nosotros... que es-*

tamos en la situación más privilegiada del mundo...» ¿qué esperamos para tomar el poder?

Lenin preconiza: «*La supresión de la policía, del ejército, del funcionarismo. El sueldo de todos los funcionarios, elegidos y revocables en todo momento, no ha de exceder del salario medio de un buen obrero*». Entonces quiere «*la substitución del ejército permanente por el armamento general del pueblo*, e instaurar un nuevo tipo de Estado «*tomando por modelo la Comuna de París*», (y la Comuna de París, donde predominaban los prudhonianos mutualistas y los jacobinos blanquistas, ignoraba el marxismo). Finalmente, no tiene confianza más que en los Soviets, sin los cuales «*la convocación de la Asamblea constituyente dista mucho de estar asegurada y su éxito es imposible*».

Inmediatamente después trata de la «*dualidad del poder*», oponiendo la influencia de los Soviets a la autoridad del gobierno, y lo hace en los términos siguientes: «*La dictadura revolucionaria, es decir un poder que se apoye directamente en la acción revolucionaria, en la iniciativa inmediata de los de abajo, del pueblo*, y no en una ley *promulgada por una autoridad gubernamental centralizada... Este poder es del mismo tipo que la Comuna de París de* 1871... En la medida en *que los Soviets existen, en la medida en que constituyen el poder, existe en Rusia un Estado* del tipo *de la Comuna de París*».

Sin embargo, precisa, «*para convertirse en poder, los obreros conscientes deben conquistar la mayoría: mientras no se emplee la violencia contra el pueblo, no hay otro medio. Nosotros no somos blanquistas, partidarios de la toma del poder por una minoría*». No tardará en olvidar este principo para contentarse con arrastrar tan sólo a una minoría activa de sus partidarios. Por otra parte, en una «*Carta sobre la táctica*» observa que «*el poder efectivo en Petrogrado pertenece a los obreros y a los soldados; el nuevo gobierno no les hace violencia, ni puede hacerla, pues por encima del pueblo no hay policía, ni ejército separado de la nación, ni burocracia omnipotente.*»

Obsesionado por el precedente de la Comuna de París e irritado por la acusación de blanquismo, sostiene que la experiencia de la Comuna «*ha excluído absolutamente el blanquismo, ha garantizado absolutamente la dominación pura y sencilla, inmediata e incondicional de la mayoría, y también la actividad de las masas, únicamente de conformidad con la intervención* consciente *de esta mayoría*». Cita a Engels, según el cual en París los blanquistas y los prudhonianos hicieron lo contrario de lo que prescribían sus doctrinas.

Tampoco quiere que se le tome por un anarquista. «... *Yo* defiendo *la necesidad del Estado... solamente, de conformidad con Marx y con la experiencia de la Comuna de París, no del Estado parlamentario burgués ordinario, sino de un Estado* sin *ejército permanente*, sin *policía opuesta al pueblo*, sin *cuerpo de funcionarios instalado por encima del pueblo*».

A su manera, hace una distinción entre democracia y democracia: «*La democracia es una de las formas del* Estado. *Ahora bien, nosotros los marxistas somos los enemigos de todo Estado*». Pero también establece una diferencia entre Estado y Estado: «*El marxismo se diferencia del anarquismo en que reconoce* la necesidad de un Estado *para preparar el socialismo, solamente...*, no de un Estado *del tipo de la democracia burguesa ordinaria, sino del tipo de la Comuna de París*».

La Comuna, siempre la Comuna: «*La Comuna, es decir los Soviets de diputados, obreros y campesinos, no «decreta», ni cuenta, ni debe decretar* ninguna *reforma que no haya madurado absolutamente, a la vez en la realidad económica y en la conciencia de la mayoría aplastante del pueblo*». Pero se contradirá al reconocer por otra parte, «*la escasa importancia numérica del proletariado ruso, su falta de conciencia y de organización... otro lado de la medalla*». El proletariado no era sino una pequeña minoría del pueblo ruso, y los bolcheviques no han representado nunca entre sus filas más que una ínfima minoría, dentro de esta pequeña minoría.

En su folleto, *¿Los bolcheviques conservarán el poder?* escribe, con una seguridad creciente, cuando su partido ha triplicado ya sus efectivos: «*Después de la revolución de* 1905, *ciento treinta mil nobles administraron a Rusia, ejerciendo constantes violencias contra ciento cincuenta millones de hombres... Y los doscientos cuarenta mil*

miembros del partido bolchevique ¿no podrían acaso dirigir a Rusia, en interés de los pobres y contra los ricos? Estos doscientos cuarenta mil hombres ya tienen ahora un millón *de adeptos por lo menos... Ya estamos, pues, en posesión de un «aparato estatal» de un millón de hombres cuya abnegación para el Estado socialista se basa en razones de orden moral...»*

Así pues, los doscientos cuarenta mil seguidores de Lenin y un hipotético millón de seguidores de estos seguidores son los que constituirán el Estado futuro, un Estado sin policía, sin ejército, sin funcionarios profesionales: «*La substitución de la policía por una milicia popular es una reforma que se deriva de toda la marcha de la revolución... No hay más que un medio para impedir el restablecimiento de la policía: formar una milicia popular fusionada con el ejército... En esta milicia entrarán todos los ciudadanos y todas las ciudadanas de quince a sesenta y cinco años...*»

Lenin escribe entonces *El Estado y la Revolución* para argumentar más a fondo, citando copiosamente a Marx y a Engels, en el sentido de la necesaria supresión de la policía, del ejército y de la burocracia: «*Desde el momento en que es la mayoría del pueblo la que reprime por sí misma a sus opresores,* ¡ya no es necesaria *una fuerza especial de represión! En este sentido es como el Estado* empieza a debilitarse». La Comuna adoptó una medida particularmente notable al reducir los sueldos «*de todos los funcionarios al nivel del* salario de un obrero». Hay que destruir «*el Estado parásito*», mediante la dictadura del proletariado, que es la transición hacia la supresión de todo Estado, sin olvidar «*que el debilitamiento del Estado es el debilitamiento de la democracia*». Entre el capitalismo y el comunismo, el socialismo sirve de transición, después de la cual el Estado debe desaparecer.

*
**

Tales eran las ideas doctrinales de Lenin, que será preciso comparar con las realidades soviéticas ulteriores. En lo referente a los problemas planteados por la actualidad palpitante, las soluciones leninistas no dejaban nada que desear en cuanto a claridad y sencillez categórica.

«*Sólo*» el proletariado en el poder pondrá fin a los «horrores de la guerra», afirma Lenin, que se identifica con el proletariado. «*Nosotros queremos rehacer el mundo. Nosotros queremos terminar la guerra mundial imperialista*». Pero, ¿cómo? «*El gobierno soviético propondrá inmediatamente una paz justa a todos los Estados beligerantes y... como consecuencia de ello, obtendrá según todas las probabilidades, un armisticio seguido de una paz rápida*». Esta paz será mil veces definida por Lenin y Trotski como «*honrada*», sin anexiones ni indemnizaciones de guerra, y asegurará a los pueblos el derecho a disponer de sí mismos. Y si, a pesar de todo, ¿la Alemania imperial e imperialista no accediera a una paz de este género?

Pero Lenin juzga improbable la eventualidad de una negativa alemana: «*Para una guerra verdaderamente revolucionaria, Rusia tiene todavía recursos materiales y morales inmensos. Así pues, hay noventa y nueve probabilidades contra ciento de que los alemanes nos concedan un armisticio, por lo menos. Ahora bien, obtener un armisticio ahora es vencer* al mundo entero» (subrayado por Lenin).

Al acusar a «*los imperialistas anglo-franceses de estar preparando el reparto de Rusia, mediante una paz separada*», afirmación notoriamente inexacta, Lenin considera, no obstante, la posibilidad de lo peor: «*Al proponer inmediatamente una paz sin anexión, al romper inmediatamente con los imperialistas aliados y con todos los imperialistas, obtendremos inmediatamente un armisticio, o bien la adopción de la defensa por el proletariado revolucionario, bajo cuya dirección la democracia revolucionaria dirigirá entonces una guerra verdaderamente justa y revolucionaria*».

Este empeño de hacer la guerra, si Alemania no suscribía una paz «*honrada*», lo renueva Lenin bajo la forma siguiente: «*Si se realiza la cosa menos probable, es decir si ninguno de los Estados beligerantes acepta siquiera un armisticio, la guerra nos habrá sido verdaderamente impuesta, y entonces será para nosotros una guerra verdaderamente justa y defensiva*».

Pero cuando propone su decreto sobre la paz al segundo Congreso de los Soviets, su lenguaje se templa con prudencia: «*Es cierto que vamos a defender por todos los me-*

dios nuestro programa de paz, sin anexiones ni indemnizaciones... Discutir no es aceptar. Haremos referencia a la Constituyente, que tendrá el poder de decidir, en definitiva, qué condiciones son aceptables y cuáles son aquéllas a las que no se puede acceder». El decreto autorizaba al gobierno soviético a «*comenzar inmediatamente las negociaciones relativas a una paz justa y democrática*». Sin perder tiempo, Trotski hizo presentar a los embajadores de los países interesados una «*proposición de armisticio y de paz democrática, sin anexiones ni indemnizaciones, sobre la base del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos*».

Sólo faltaba el asentimiento de los beligerantes. A falta de éste, Lenin contaba con la revolución en todos los países: «*No existe en el mundo una fuerza capaz de impedir que los bolcheviques*, si no se dejan asustar, *se adueñen del poder y lo conserven hasta la victoria de la revolución socialista universal*». En su artículo «La crisis está madura», afirma que «*el fin de septiembre marca el comienzo de una era nueva en la historia de la revolución rusa y, muy probablemente, de la revolución mundial*». Y más afirmativo aún, concluye: «*La duda ya no está permitida; estamos en vísperas de la revolución proletaria mundial*».

Cuando Lenin decía: «*La duda ya no está permitida*», Trotski le hacía eco: «*No hay ninguna duda*». Y como Marx había pronosticado: «*El francés empezará, el alemán terminará*», Lenin parafraseaba: «*El ruso ha empezado, el alemán, el francés y el inglés terminarán...*» En «El espantajo de la guerra civil», repite: «*El desarrollo y la ineluctabilidad de la revolución socialista universal están fuera de duda*», y prevé «*la revolución victoriosa del proletariado socialista en el mundo entero*». Califica despectivamente de « Luis Blanc» a todos los socialistas que no comparten sus convicciones.

***

Poco después de su llegada a Petrogrado, en abril, Lenin lanzaba una acusación contra el gobierno provisional: «*Ya crea toda suerte de dificultades. Ni siquiera ha fijado aún la fecha de la convocación de la Constituyente... No ha publicado los tratados secretos*», etc. El partido bolchevique hacía suya la reivindicación de una Asamblea constituyente, al mismo tiempo que reclamaba el poder para los Soviets. Después del fracaso de un motín, en julio, Lenin cambia de táctica y renuncia a la consigna: «*Todo el poder para los Soviets*». Prefiere ésta: «*Todo el poder para la clase obrera, dirigida por el partido bolchevique*». En resumen, exalta a los Soviets cuando con ello cree ganar la voluntad de la mayoría, pero si la mayoría le es adversa, entonces no quiere saber nada de ellos.

«*No son los Soviets, en general, los que están en tela de juicio, sino los Soviets actuales*», subraya, «*Los Soviets actuales se han derrumbado, han fracasado por completo, porque están dominados por los partidos socialista revolucionario y menchevique*.» Pero al siguiente mes, cambia una vez más de opinión: su periódico exige, a fines de agosto, la abolición de la pena de muerte, la publicación de los tratados secretos, la convocación de la Constituyente; y Lenin admite una fórmula de transacción, repitiendo la vieja consigna: «*Todo el poder para los Soviets. Formación de un gobierno con socialistas revolucionarios y mencheviques, responsable ante los Soviets*». Y sigue diciendo: «*Convocación de la Asamblea constituyente a fecha fija, sin ningún retraso, e incluso en un plazo más inmediato*».

Entonces, ¿cómo concibe Lenin la vida política? En «El Espantajo» lo explica así: «*El desarrollo pacífico de la revolución sería* posible y probable *si todo el poder fuera entregado a los Soviets. En el seno de los Soviets, la lucha de los partidos por el poder puede desarrollarse pacíficamente, a condición de que éstos Soviets sean plenamente democráticos...*»

No ve contradicción alguna entre el poder eventual de los Soviets y la reunión de la Constituyente. En una *Carta a los camaradas* reprende a Zinoviev y a Kamenev: «*¿Es realmente tan difícil comprender que*, si el poder *se encuentra entre las manos de los Soviets, la Asamblea constituyente* y *su éxito* están asegurados? *Esto es lo que han repetido hasta la saciedad los bolcheviques... la convocación de la Constituyente* y la eficacia *de esta última dependen de la toma del poder por los Soviets: vieja verdad bolchevique...*»

Lenin llega hasta a escribir un artículo titulado: «Como asegurar el éxito de la Asam-

blea constituyente» (28 de septiembre), en el que, recordando sus declaraciones anteriores, preconiza la incautación de las imprentas y de las existencias de papel, así como el monopolio estatal de los anuncios, para publicar en millones de ejemplares periódicos y folletos destinados a la población campesina inconsciente o inerte. El poder disponer el Estado de estas imprentas y de las reservas de papel, en común con todos los partidos y grupos de ciudadanos capaces de reunir un cierto número de firmas, «*sería la verdadera libertad de la prensa para todos, y no sólo para los ricos*».

A tantas bellas promesas, añade otras destinadas a las minorías nacionales: «*En la cuestión nacional, el partido del proletariado preconizará ante todo la proclamación y la realización inmediata de la libertad total de separarse del Estado ruso, para todas las naciones y todos los pueblos oprimidos por el zarismo, anexionados o mantenidos por la fuerza a este Estado*».

En *¿Los bolcheviques conservarán el poder?* pretende que *sólo* el proletariado, o en otras palabras, el partido bolchevique, asegurará «*la restitución inmediata e íntegra de su libertad a Finlandia, a Ucrania, a la Rusia Blanca, a los musulmanes, etc.*» Y en « Las tareas de la revolución» afirma: «*Tenemos el deber de hacer justicia inmediatamente a la situación de los ucranianos y de los finlandeses, de asegurarles, así como a los «alógenos» que habitan en Rusia, una libertad completa, hasta llegar incluso a la libertad de separación; aplicar los mismos principios* al conjunto *de Armenia, comprometernos a evacuarla, lo mismo que los territorios turcos ocupados por nosotros, etc.*»

Por último, en materia agraria Lenin había cambiado varias veces de programa, para formular al fin, en 1917, el punto principal del modo siguiente:

«*Debemos reclamar la nacionalización de todas las tierras, es decir su entrega en plena propiedad al poder central... La* disposición *de la tierra, la fijación de las* condiciones locales *de posesión y disfrute deben depender entera y exclusivamente, no de la burocracia y de los funcionarios, sino de los Soviets locales y regionales* de diputados campesinos». Renuncia, por consiguiente, a la socialización de la agricultura, a fin de conciliarse la voluntad de los campesinos, se limita a la confiscación de las grandes propiedades, dejando a los comités campesinos locales el cuidado de repartir la tierra y de hacer el inventario, y aplaza la solución definitiva hasta la reunión de la Asamblea constituyente.

Parece pues que toma en serio la Constituyente, lo que contradice su prisa por adueñarse del poder aun antes de que se celebre el segundo Congreso de los Soviets. He aquí como justifica Trotski esta prisa, él que, en contra de la opinión de Lenin, hubiera preferido esperar la reunión de este Congreso: «*Se nos dice: no habéis esperado el Congreso de los Soviets. Nosotros hubiéramos esperado, pero Kerenski no ha querido; los contrarrevolucionarios vigilaban*». Las obras impresas de Lenin desmienten la aserción de Trotski. En verdad, es Lenin quien no ha querido esperar: los tomos 24, 25 y 26 de sus *Obras completas* están aquí para probarlo.

*
**

¿Cómo iban a cumplir sus compromisos los bolcheviques? El segundo Congreso de los Soviets, que ha ratificado el golpe de Estado, ne reflejaba en absoluto la opinión del país por las razones ya expresadas. Según *Isvestia*, del 8 de noviembre, el Congreso estaba formado por 860 delegados, de los cuales sólo 513 estaban inscritos, 250 bolcheviques, 159 socialistas revolucionarios, 60 mencheviques, una treintena de «diversos» y 347 desconocidos. Según *Pravda*, del 11, la Comisión de los mandatos había contado 670 delegados, 300 bolcheviques, 193 socialistas revolucionarios, 68 mencheviques, etc.; 100 o 150 delegados habían abandonado el Congreso. Estas dos versiones dan una idea de este extraño caos y del poco valor representativo de esta reunión informe, que dió carta blanca a Lenín. Después de la partida de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios de derecha y del centro, sólo quedaban al lado de los bolcheviques, alianza efímera, sus aliados socialistas revolucionarios de izquierda y algunos socialdemócratas internacionalistas que todavía no habían perdido todas las ilusiones.

Ninguna oposición era posible en estas condiciones, ni siquiera ningún verdadero debate. Las tímidas objeciones no encon-

traron eco en el Congreso, y las protestas elevadas fuera de él por los partidos democráticos quedaron sin efecto, por falta de fuerza material para traducirlas en actos. Lenin logró hacer aprobar por unanimidad sus decretos relativos a la paz y a la propiedad de la tierra.

Es de suponer que se hicieron oír críticas a propósito del decreto agrario, puesto que Lenin ha respondido a ellas: «*Se elevan voces diciendo que este decreto y este mandato han sido redactados por los socialistas revolucionarios. Pues bien, ¿qué pasa? ¿Qué importa quién los ha redactado? Siendo un gobierno democrático, nosotros no podemos eludir la decisón de las masas, incluso si ésta no concuerda con nuestras opiniones...*» Y un día se jactará de su palinodia: «*Los bolcheviques vencedores... copiaron palabra por palabra el programa electoral agrario de los socialistas revolucionarios*». Lo esencial para él no era, pues, la fidelidad a los principos, sino la conquista y la conservación del poder a toda costa.

El decreto de Lenin concerniente a la prensa, publicado el 10 de noviembre, que confirmaba las medidas tomadas por el Comité militar para suprimir los periódicos de oposición culpables «*de envenenar*» los espíritus y de «*perturbar la conciencia de las masas*», estipulaba, no obstante: «*Tan pronto como esté consolidado el nuevo orden, toda presión administrativa sobre la prensa cesará, una libertad completa de la prensa será establecida, dentro de los límites de la responsabilidad ante la ley, según la legislación más generosa y más progresiva*».

Ocho días más tarde, se entabló una discusión sobre este asunto en el seno del Coté ejecutivo de los Soviets, entre los bolcheviques de diferentes matices y los socialistas revolucionarios de izquierda (en esta fecha aún eran posibles tales discusiones, pero esto no duró mucho tiempo). Larin propuso que se derogara el decreto de Lenin y que cesaran las persecuciones arbitrarias, diciendo: «*Las medidas adoptadas contra la prensa podían explicarse en el curso de la lucha, pero ya no deben aplicarse en el momento presente. La prensa debe ser libre, sólo puede exigirse de ella que no incite a la rebelión*».

Karelin, socialista revolucionario de izquierda, protestó en estos términos: «*Hace tres semanas, los bolcheviques reclamaban la libertad de la prensa. Sus argumentos recuerdan el punto de vista de la Unión del Pueblo Ruso (reaccionario extremista) y de los censores del régimen zarista, incluso en el estilo, pues aquéllos hablaban también del envenenamiento del pueblo*».

Trotski que, en su calidad de presidente del Comité militar era el autor de las medidas tomadas contra la prensa disidente, hizo frente a las críticas: «*Debemos confiscar las imprentas y las reservas de papel, y declarar que son propiedad social.* (Voces en la sala: *Propiedad bolchevique*). *Sí, nuestro objetivo es hacer de ello una propiedad social. Todos los grupos pueden disponer del papel y de las imprentas, todos los soldados y campesinos... Decís que nosotros hemos reivincado la libertad de prensa para la* Pravda. *Pero entonces las condiciones eran de tal clase que reclamábamos el programa mínimo. Ahora queremos el máximo.*»

Por 34 votos contra 24, el Comité ejecutivo aprobó las medidas arbitrarias del poder. «*En minoría votan los socialistas revolucionarios de izquierda y, de la fracción bolchevique, Riazanov y Lozovski. Al explicar su voto, Riazanov declara que no puede votar por una restricción de la libertad de la prensa, pues él es partidario de la libertad de la prensa para los anarquistas también.*» (*Novaya Jizn*, 18 de noviembre). Era evidente que, una vez en este camino, los bolcheviques, obsesionados por el poder, iban a aniquilar toda posibilidad de expresión no conformista. Pero su partido no estaba aún domesticado: siguiendo el ejemplo de Riazanov y de Lozovski, un grupo de «leninistas» eminentes manifestó por última vez veleidades de resistencia al vértigo de la dictadura. Conviene hacer resaltar su tentativa.

*
**

La cuestión de una inteligencia entre los partidos socialistas para formar un gobierno de coalición interino, hasta la sesión de la Asamblea constituyente, y para evitar la guerra civil, era discutida permanentemente en las altas esferas del Partido, no obstante el *non possumus* de Lenin y de Trotski, que sentían sólo desprecio por los «conciliadores». En el curso de una conferencia de la

organización del Partido en Petrogrado, Lenin declaró claramente: «*En cuanto a dicha inteligencia... ni siquiera puedo hablar seriamente de ella. Trotski ha dicho hace tiempo que la unión es imposible. Trotski lo ha comprendido y, desde entonces, no hay mejor bolchevique que él.*»

Después de la sesión del Comité ejecutivo, que aprobó las medidas contra la libertad de prensa, los socialistas revolucionarios de izquierda habían decidido retirar a sus representantes de todos los órganos del poder soviético y sólo permanecer en el Comité ejecutivo en calidad de observadores. Diez días después del golpe de octubre, ya era la desilusión y casi la ruptura. Entonces, varios miembros del Consejo de los Comisarios del Pueblo y del Comité central del Partido dimitieron para protestar contra el sectarismo de sus líderes, del que pronosticaban funestas consecuencias.

Noguin, Rikov, Miliutin y Theodorich hicieron pública una declaración sobre «*la necesidad de constituir un gobierno socialista con todos los partidos soviéticos*», explicando su dimisión del Consejo de los Comisarios: «*Nosotros creemos que fuera de este camino, sólo queda otro: la conservación de un gobierno puramente bolchevique por medio del terror político. El Consejo de los Comisarios del Pueblo se ha lanzado por este camino. Nosotros no podemos, ni queremos, seguirle*». Riazanov, Derbychev, Arbuzov, Yureniev, Fedorov y Larin se asociaron a esta declaración y a la dimisión. Chliapnikov suscribió la declaración, pero sin dimitir. Lunatcharski había pretextado ya un bombardeo de catedrales y del Kremlin en Moscú para retirarse del gobierno: «*Ya no puedo más*», escribía.

El mismo día, 17 de noviembre, Kamenev, Rikov, Miliutin, Zinoviev y Noguin dimitían del Comité Central del Partido, que había excluído toda posibilidad de transacción «*en lo concerniente a la constitución de un gobierno soviético socialista con los partidos que participaban en los Soviets*». Su declaración deplora «*una serie de actos que prueban claramente que él* (el grupo que dirige el Comité Central) *ha decidido firmemente no tolerar la constitución de un gobierno de los partidos soviéticos, así como defender a toda costa un gobierno puramente bolchevique, sin contar las víctimas entre los obreros y los soldados que esto podría costar*».

Así pues, había entonces discípulos de Lenin capaces de comprender que un gobierno exclusivamente bolchevique no podría durar, a no ser por el «*terror político*» y «*sin contar las víctimas*»; y capaces también de sostener su convicción, renunciando a las ventajas personales. Los acontecimientos debían darles la razón más allá del pesimismo más sombrío. Pero los protestantes que preferían los principos a las satisfacciones del poder, tropezaban con una convicción más fuerte que la suya y sobre todo con la voluntad inquebrantable de Lenin y de Trotski, los dos jefes cuyo temperamento se imponía en este caso y que tomaban sus intuiciones como si fueran ciencia. Antes de octubre, «*sólo Lenin y Trotski eran partidarios de la insurrección*», ha escrito John Reed, en un libro cuyo prefacio es de Lenin. Después de octubre, eran los únicos, o casi los únicos, que estaban resueltos a ejercer el poder sin compartirlo con nadie. Su intransigencia acabó por triunfar, primero en el Partido, y después en el país.

*
**

Lenin y Trotski han demostrado que, en un concurso de circunstancias único, en un determinado momento preciso, el partido bolchevique podía adueñarse del poder. «*Si no hubiésemos tomado el poder en octubre, no lo hubiésemos tenido nunca*», ha reconocido Trotski. Según una frase de Lenin, todo había estado suspendido «*de un cabello*». Después, una vez ya en el poder, este partido ha demostrado que podía mantenerse efectivamente en él, por el terror y sin contar las víctimas. Pero nada más.

El gobierno bolchevique sólo ha mantenido su promesa de divulgar los tratados secretos: esto no ha cambiado en nada el curso de los hechos ni es bastante para justificar la «*revolución de Octubre*». Pero ninguna de las demás promesas de Lenin ha sido cumplida y, por el contrario, el régimen fruto del golpe de Estado no ha cesado de hacer exactamente lo opuesto al contenido de su propio programa.

Inmediatamente después de octubre, un antiguo amigo de Lenin, tan íntimo como lo era Gorki, hubo de indignarse de los procedimientos que el gobierno ponía en prác-

tica: «*Lenin, Trotski y sus adeptos están ya intoxicados por el veneno del poder, como lo prueba su actitud vergonzosa en lo referente a la libertad de palabra, del individuo y de ese conjunto de derechos por cuyo triunfo ha luchado la democracia*», escribía. Trataba a los bolcheviques de «*fanáticos ciegos, aventureros sin conciencia*», y al bolchevismo de «*calamidad nacional*». Denunciaba «*la vanidad de las promesas de Lenin*» y al gobierno soviético como una «*autocracia de salvajes*».

Pero las especulaciones de Lenin y de Trotski sobre la revolución europea, o quizá «mundial», demostraban ser vanas. Era muy sencillo pedir un armisticio y exigir una paz «honrada», pero en resumidas cuentas resultó imposible obtener de los alemanes otra cosa que un ultimatum y unas condiciones de paz inaceptables, como las que Lenin había jurado no soportar, sino, antes bien, hacer una guerra defensiva y revolucionaria. Sin embargo, fué preciso firmar lo que Lenin en persona llamaba una paz «*vergonzosa*», una paz «*infame*». Y no eran los imperialistas de la Entente occidental los que meditaban una paz separada con Alemania, a expensas de Rusia: al contrario, su voluntad inflexible de guerra «hasta el fin» fué la que quebrantó durante algún tiempo al imperialismo alemán y salvó al régimen soviético, que no hubiera sobrevivido a una victoria alemana. En contra también de todo lo que había pensado Lenin, el presidente Wilson tomó abiertamente la defensa de la revolución bolchevique en nombre del... «imperialismo» norteamericano; y fué la intervención americana en la guerra la que decidió la derrota del Kaiser, sin la cual no hubiera tenido lugar ninguna revolución en Alemania.

Lenin se había equivocado de cabo a rabo y no quería reconocerlo: «*Se dice que hemos claramente* prometido *la guerra revolucionaria... y que firmar una paz separada sería traicionar nuestros compromisos. Esto es falso. Nosotros hemos hablado de la* necesidad, *para un gobierno socialista, en aquella época, de* preparar y dirigir *la guerra revolucionaria;... pero nosotros no nos hemos comprometido a empezar una guerra revolucionaria sin tener en cuenta las* posibilidades de hacerla...» Mentía al replicar así a sus lugartenientes, que le habían seguido hasta entonces, pero que ya no le seguían, y hasta se levantaban contra él, formando «la oposición de izquierda». Evidentemente tenía razón al no querer contentarse ya con palabras, al comprobar la imposibilidad de resistir a una invasión alemana, pero sin duda había cometido un error al prometer su guerra defensiva y revolucionaria.

«La oposición de izquierda» tomaba en serio, y hasta por lo trágico, la promesa prefiriendo la derrota y la muerte al «deshonor» y a la « ignomina». Agrupaba a la mayoría del Comité Central, en el que figuraban Bujarin, Piatakov, Radek, Bubnov, Preobrajenski, Dzerjinski, Pokrovski, Ioffe, Krestinski, Uritzki, Ossinski, Kollontai, Sapronov y otros muchos, sostenidos por los socialistas revolucionarios de izquierda. El mismo Trotski se separó esta vez de Lenin, por respeto a la palabra dada, por fidelidad a los principios, y llegó a dimitir de todas sus funciones en el Partido y en el Estado, siendo imitado por varios dirigentes de la izquierda, mientras que Riazanov y Kollontai rompían incluso con el Partido. Estuvo a punto de producirse una escisión por haber adoptado Trotski, al fin, la opinión de Lenin, y porque la fuerza militar alemana había disuadido a la oposición de crear la disidencia.

En todas las cuestiones, en las que los bolcheviques pretendían aportar una solución original, hubieron de actuar en contra de sus convicciones anteriores. Para mantenerse en el poder, perdían poco a poco toda razón de existir, por lo menos en lo que se refiere a sus tesis y a sus doctrinas. Cuando celebraron un Congreso, en marzo de 1918, y tomaron la etiqueta de «comunistas», subordinaron toda ideología a la necesidad primordial de vivir como potencia. Cien mil afiliados y militantes habían abandonado el Partido, pero éste iba a reclutar millones de funcionarios y de parásitos.

*
**

Los comunistas habían reclamado a grandes voces las elecciones para la Asamblea constituyente: no supieron hacer sino aplazarlas, luego disolver la Asamblea después de una sesión escandalosa en la que su fracción formaba sólo una minoría intolerante y vociferante, es decir la cuarta parte aproximadamente de los diputados

elegidos bajo la presión de la dictadura. «*Sometemos todas las proposiciones de paz a la decisión de la Constituyente*», había dicho Lenin. Y Trotski añadía: «*El país sólo puede salvarse mediante una Asamblea constituyente*». Encontraron argucias para desdecirse, dispuestos a emplear la violencia contra los que protestaran.

Los comunistas se habían pronunciado contra la pena de muerte en el ejército; pero la restablecieron pronto, después de haberla abolido, y la decretaron tanto para los civiles como para los militares. En ningún país y bajo ningún régimen ha habido tantas víctimas políticas condenadas a muerte sin ninguna garantía de justicia, fusiladas en serie o exterminadas en masa bajo los pretextos más arbitrarios.

Los comunistas habían prometido: «*Si los Soviets tomasen el poder, podrían ... asegurar el desarrollo pacífico de la revolución, la elección pacífica de sus diputados por el pueblo, la concurrencia pacífica de los partidos en el seno de los Soviets, la experimentación del programa de los diferentes partidos, la transmisión del poder de un partido a otro*». (Lenin *dixit*). Uno cree soñar al releer estas palabras. Muy pronto fueron suprimidos todos los partidos, todos los programas y hasta toda oposición del partido único.

Los comunistas debían conceder a las nacionalidades «alógenas» el derecho a disponer de sí mismas, de separarse eventualmente de Rusia: las incitaron al separatismo para someterlas después, de viva fuerza, por el Ejército Rojo. Sucesivamente Ucrania, Georgia, Armenia, el Turkestán musulmán, que disfrutaban de libertades relativas bajo el zarismo y que esperaban más de la revolución, perdieron toda oportunidad de autonomía, por no hablar de independencia, cuando el Imperio soviético se hizo «concentrador de tierras». Resulta penoso rememorar lo que Lenin prometía a este respecto, hasta el día en que se retractó: «*Los intereses del socialismo pasan antes que el derecho de las naciones a disponer de sí mismas*».

Los comunistas habían prometido la tierra a los compesinos, renunciado a la expropiación general del suelo; habían «tomado» de los socialistas revolucionarios su proyecto de confiscación de las grandes propiedades rurales en beneficio de los campesinos pobres: no tardaron en requisar los productos del campo, luego en colectivizar la agricultura, mediante la coacción, preludio de los horrores incalculables de la colectivización general bajo Stalin.

Los comunistas se habían comprometido a suprimir la policía, el ejército permanente, el funcionarismo profesional para llegar al debilitamiento, a la extinción del Estado. No desautorizan lo que Lenin en textos célebres ha convertido en teoría en nombre de ellos. Pero han creado la policía más monstruosa, el militarismo más monstruoso, la burocracia más monstruosa, el Estado más totalitario que pueda concebirse. Ningún crítico del socialismo, ningún adversario del comunismo se hubiera atrevido a describir por anticipado, bajo aspectos tan repugnantes, la sociedad futura idealizada por los revolucionarios.

Bajo todos los aspectos, el régimen soviético presenta la antítesis sorprendente y chocante de lo que varias generaciones de reformadores sociales habían elaborado bajo el nombre de socialismo y de comunismo. Todas las realidades consecutivas a octubre, sin excepción, desmienten las ficciones de octubre. La explotación desvergonzada del hombre por el hombre en el capitalismo del Estado soviético, la planificación utópica, la desigualdad cívica y económica, la mentira oficial obligatoria para todos, la opresión política, las «elecciones» unánimes, las persecuciones inhumanas, el conformismo intelectual, el «chauvinismo» descarado constituyen otras tantas características de «la experiencia» que pretende seducir al mundo. No se acabaría de citar, para su confusión póstuma, a los principales autores, irrecusables para los comunistas, en contraste implícito con las «realizaciones» de que se jactan sus epígonos. Pero ya hemos de terminar, que sea por lo menos con dos citas de Lenin. útiles para los defensores de una civilización en peligro:

«*La historia demuestra que la paz es una tregua entre dos guerras; la guerra es un medio para obtener una paz algo mejor o algo peor.*»

«*Nosotros tenemos muchos enemigos, pero están desunidos o no saben lo que quieren...*»

BORIS SOUVARINE

MILOVAN DJILAS : el rebelde y el preso

POR MORGAN PHILLIPS

LA PRIMERA VEZ QUE ENCONTRÉ a Milovan Djilas en Belgrado, en el año 1950, di por descontado que nuestras conversaciones tendrían el mismo carácter reservado y solemne que por aquellos días parecía ser la forma típica adoptada en todas las dictaduras comunistas. En primer lugar, hubo las acostumbradas seguridades dadas a mis colegas de la delegación del Partido Laborista de que estábamos en libertad para hacer las preguntas que quisiéramos y discutir sobre todas las cuestiones que estimásemos oportuno. Por razones de amistad resistimos a la tentación de hacer constar que nos interesaban más sus respuestas sinceras que las preguntas que tan cuidadosamente habíamos preparado. Y en efecto, nuestra prudencia se vió bien recompensada, pues nada me había sorprendido nunca tanto como la franqueza crítica titubeante de los hombres de Estado comunistas que durante tres años habían seguido las huellas de la línea ortodoxa de Stalin.

Esto sucedía poco tiempo después de la ruptura de Yugoeslavia con el Cominform, pero la réplica de Tito a las denuncias de Stalin había sido en aquella época tan moderada que no parecía excluída una reconciliación. Sin embargo, Djilas destruyó esta ilusión por completo. No sólo atacó despiadadamente el «sagrado» centralismo de Rusia, sino que su evidente entusiasmo por la importación en su país de un sistema más verdaderamente democrático contribuyó a despejar un poco el extraordinario misterio que rodeaba la dramática disputa de los dos grandes dirigentes comunistas.

La guerra fría estaba en su período más agudo. La cortina de hierro había caído estrepitosamente a través de Europa, dividiendo al mundo en dos campos. Parecía como si se hubieran terminado los preparativos para el próximo conflicto; y entonces precisamente fué cuando se produjo la gran ruptura entre Tito y Stalin. ¿Qué significaba este desacuerdo? ¿Cuál era la causa de que el imperio comunista tambalease tan violentamente? Después de los dos días de entrevistas con Djilas, que por entonces era el intelectual más destacado del triunvirato que rodeaba a Tito, ya no me quedaba la menor duda de que su encarnizada y crítica resistencia a la dominación aplastante de la Unión Soviética había sido la que inspiró la ruptura.

Desde aquella memorable entrevista he vuelto a encontrar varias veces a Djilas, y en cada nueva ocasión salía más impresionado por su notable personalidad. Vigoroso, erguido, pero sosegado, discurría con tranquila facundia sobre los problemas de su país. Cuando trató de la disputa con la Unión Soviética, su expresión se hizo más sardónica que de costumbre. Tomé nota de los siguientes pasajes de sus declaraciones, para demostrar que ya en 1950 había resuelto decididamente en qué lado estaba su deber:

«Ahora hablo como comunista. Nosotros

formábamos un partido comunista y el nuestro era el que con más fervor se había adherido al partido bolchevique de la Unión Soviética. Confirmamos esta actitud durante la guerra. Creíamos firmemente las palabras de los bolcheviques acerca de la igualdad entre los pueblos, de la igualdad entre los movimientos obreros, que la Unión Soviética no tenía ansias de hegemonía, etc. Naturalmente, durante la guerra ya empezamos a sentir ciertas diferencias entre ellos y nosotros, pero después de la guerra, cuando se trató prácticamente de las relaciones entre Estados, estas diferencias tomaron un carácter mucho más serio. Al darnos cuenta de lo que se trataba, a pesar de encontrarnos solos y de ser un país pequeño e insuficientemente desarrollado, nos dijimos: —El pueblo nos otorgó su confianza cuando le llamamos para pelear en la guerra por su independencia. En esta guerra ha hecho enormes sacrificios. No tenemos derecho a traicionar esta lucha por razón de ciertas frases acerca de la potencia que ha de dominar en el mundo del socialismo y acerca de la solidaridad socialista con los rusos, y otras cosas por el estilo.»

Pero me parecieron todavía más importantes sus puntos de vista sobre la democracia, que indudablemente son los que le han llevado a la cárcel donde languidece ahora. En aquellos días, uno de sus temas favoritos era el desarrollo de la democracia en un Estado con un solo partido (desde entonces ha revisado considerablemente sus ideas). Rechazando la necesidad de un Estado multipartidista, declaró:

«Me parece que la esencia de la democracia está en otra parte, y consiste en lo siguiente: en que las masas estén realmente en condiciones de expresar sus opiniones; en que haya una garantía de que pueden elegir libremente a los que estimen dignos de representarles bien, y que sea posible entablar con toda libertad la lucha de opiniones. ¿Qué condiciones reinan en un régimen capitalista? El capitalismo no impide ninguna batalla de opiniones, mientras ésta no ponga en peligro la propiedad capitalista de los medios de producción. No comprendo por qué esta batalla de opiniones no ha de poder desarrollarse en nuestro país sobre la base de la propiedad socialista.»

Es indudable que hace tiempo que ha lamentado la deplorable ingenuidad de esta declaración, pues precisamente por el hecho mismo de expresar sus ideas, demostraba sentir la injusticia del sistema comunista, que no tolera ninguna oposición.

En su libro *La Nueva Clase*, que escribió unos seis años después y que ha logrado hacer llegar a los Estados Unidos para su publicación, expresa una noción anacrónica de la necesidad constante que sienten los comunistas de tratar al Estado como un instrumento de fuerza. En el Estado comunista —dice— no puede existir la legalidad, mientras el poder judicial no sea independiente del gobierno. Incluso si los dirigentes comunistas lo quisieran, no podrían crear nunca una situación de legalidad sin poner en peligro su propio poder totalitario.

«Un poder judicial independiente y el dominio del derecho —considera con cierta amargura—, harían imposible inevitablemente la aparición de una oposición. Las leyes, en el sistema comunista, garantizan toda clase de derechos a los ciudadanos y se basan en el principio de un poder judicial independiente. Pero, en la práctica, eso no existe.»

En esta sola frase final resume Djilas la terrible lección que el Estado monolítico —una gran parte de él es obra suya— le ha enseñado.

En la primavera de 1954, después de su ruptura definitiva con Tito, por diversos orígenes tuve conocimiento de la deliberada e implacable campaña de denigración y humillación contra el hombre que había sido vicepresidente de Yugoeslavia.

Después de un proceso espectacular celebrado en enero de 1955, se le retiró la pensión y se sacrificó a su familia. El, su madre y su hijo se vieron obligados a vivir, hasta su encarcelamiento, con el sueldo de su mujer, que trabajaba como funcionaria, así como de la venta de sus bienes personales. Las gentes que estaban en relación con Djilas eran inmediatamente objeto de interrogatorios por parte de la policía, y se les ordenaba que se apartasen de él o que actuasen de informadores. La policía secreta ocupaba un piso frente al suyo y fotografiaba a todos los que iban a visitarle. Le seguían a todas partes y constantemente se intentaba provocarle, así como

a su mujer, para inducirles a cometer actos de violencia física.

En abril de 1954, supe que su persecución se intensificaría con tentativas para comprometerle públicamente mediante hechos de carácter moral, con objeto de destruir su matrimonio y su vida de familia. A tal efecto, algunas semanas después, en una calle de Belgrado una mujer se dirigió gritando a Estefanía Djilas, su esposa, declarando que era la amante de Djilas y pidiéndole que facilitase el divorcio de su marido. Intervino la policía y a continuación se entabló un proceso ante los tribunales.

Tantos informes de esta clase llegaron a mis oídos que me sentí impulsado a hacer todo lo posible para aliviar los sufrimientos de un hombre al que no sólo consideraba como un amigo, sino que en una ocasión había traído personalmente al gobierno laborista de Inglaterra la esperanza de un nuevo espíritu de libertad en los territorios situados al Este de Europa.

Me unía una amistad personal con el Mariscal Tito, de quien habíamos sido huéspedes, mi familia y yo, en la isla de Brioni, en 1952. Por consiguiente, pensé que una carta dirigida personalmente a él, para expresarle mi pena y mi sentimiento verdaderos por lo que sucedía le causaría una impresión más profunda que una declaración pública y oficial. Esta carta no ha sido nunca publicada, y la única contestación que recibí fué un ataque brutal, violento y prolongado en la prensa y la radio yugoeslavas; pero esta contestación se refería esencialmente a la cuestión de la libertad personal, y ya no quise intervenir en otras cuestiones políticas.

En mi carta a Tito insistía yo en que era doloroso tener que escribir sobre un asunto así, pues hacía seis años que me había interesado de un modo particular por las experiencias que hacía Yugoeslavia y había hecho amistad con muchos de los líderes de dicho país, gracias a las relaciones personales que había entablado con ellos. Siempre había apreciado la naturaleza y la amplitud de los problemas que habían tenido que superar, pero las noticias que había recibido recientemente me habían apenado.

Recordaba al Mariscal que, cuando Djilas y Dedijer fueron procesados, Mr. Sam Watson y yo habíamos hablado en privado con nuestros amigos yugoeslavos de Londres. Habíamos explicado que, a nuestro entender, ésta era una prueba que daría a la opinión progresiva de todo el mundo la medida de los avances realizados por Yugoeslavia hacia una verdadera democracia socialista. Sentimos un gran alivio al conocer el resultado del proceso; pero ahora temíamos que nuestra satisfacción hubiese sido inoportuna.

Me habían informado que Djilas se había visto privado de su pensión de guerra; que algunos miembros de su familia habían sido despedidos de sus empleos. Esta medida se había hecho extensiva al marido de una de las hermanas de Djilas. Otros parientes más lejanos habían sido también expulsados del ejército, después de numerosos años de servicio, porque habían visitado a la familia de Djilas. Hice hincapié, y pedía que se hiciera algo para que pudiera ganarse honradamente la vida.

Confesaba estar aterrado al ver que el país que desde 1950 yo defendía en artículos y discursos, se había deslizado hacia el camino pernicioso de los que pertenecían al Cominform. Terminaba expresando la esperanza de que Yugoeslavia, en sus relaciones con los individuos, demostraría al mundo la superioridad fundamental de un sistema socialista y rogaba que se reflexionara sobre estos puntos.

La respuesta principal a esta carta tomó la forma de un ataque feroz contra mí por Veljko Vlahovic, presidente de la Comisión de Relaciones Extranjeras de la Alianza Socialista del Pueblo Obrero de Yugoeslavia, en el periódico *Borba*, (20 de mayo de 1956). Este ataque tenía la forma acostumbrada de una «salida por la tangente» o de una diversión del asunto hacia supuestos puntos débiles de la historia del Partido Laborista.

La larga parrafada terminaba con la solemne reprensión siguiente:

«El público yugoeslavo, y no sólo la Iglesia yugoeslava, están muy disgustados por el internamiento de Makarios, por no hablar de las ejecuciones en la horca, que han tenido lugar en Chipre, o de la cifra terrible que se publicó recientemente de las ejecuciones en Kenia. No lo menciono con mala intención, sino porque los yugoesla-

vos, como hombres que desean perfeccionar el aspecto humano del gobierno, están muy apenados por los sufrimientos y las desgracias de otros pueblos, así como por cierta pasividad y por la impotente resignación del partido dirigido por Morgan Phillips, en relación con las tragedias humanas de este género.»

La única importancia de esta grotesca deformación de la verdad es la desesperación con que ha debido escribirse. Es evidente que estaba tan sólo destinada a ser leída por los que ignoraban la cuestión, y únicamente cabe suponer que el pueblo yugoeslavo no ha sido informado de las declaraciones públicas del Partido Laborista en lo concerniente a los acontecimientos de Chipre y de Kenia. No puedo comprender por qué se ha procedido así; pero nunca es demasiado tarde para enmendarse, ni tampoco para publicar las felicitaciones que el Partido Socialista de Grecia dirigió al Partido Laborista en el curso del Congreso de la Internacional Socialista en Viena, sobre su modo de tratar la cuestión de Chipre.

La publicidad inusitada que se concedió en Rusia y en los países de la Europa oriental a la denuncia de mi «interferencia» hecha por Vlahovic, habla por sí sola.

Pero esta tensión llegó al colmo con motivo de la tragedia húngara. A pesar de la severa vigilancia de las actividades de Djilas, éste aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para expresar su disgusto por la aceptación pasiva de la intervención rusa en Hungría de que había dado pruebas el gobierno yugoeslavo. En una declaración a la Agencia de Prensa Francesa, Djilas atacó la decisión yugoeslava de abstenerse de votar en las Naciones Unidas cuando se tratase de inscribir, en el orden del día de la Asamblea, la intervención militar soviética en Hungría.

«Esta actitud, por parte del gobierno yugoeslavo —decía Djilas— constituye el abandono de los principios de soberanía y del derecho de todas las naciones a resolver por sí mismas sus cuestiones internas.» Hungría estaba amenazada por «el mismo imperialismo que amenazaba la independencia de Yugoeslavia ».

Inmediatamente fué detenido Djilas bajo la acusación de «actividades contra el régimen» y, después de un proceso secreto, sentenciado a tres años de cárcel, que ahora está purgando en la misma prisión de Sremska Mitrovica en la que el anterior gobierno fascista de Yugoeslavia le mantuvo encerrado durante tres años. No me cabe la menor duda de que la ironía de la situación no habrá pasado inadvertida a la sutil inteligencia de Djilas. En sus últimos escritos está bien claro que ha reconocido que la historia de Milovan Djilas, revolucionario intelectual, dirigente comunista, teórico no ortodoxo y, finalmente, cabeza de turco, resume el clásico dilema que es la expresión de nuestros días y de nuestra época. Los hombres de buena voluntad de todas las clases de la sociedad han apoyado el establecimiento de regímenes comunistas en muchos países en la creencia sincera de que eventualmente surgiría, de modo pacífico, de una situación revolucionaria una sociedad libre y democrática. El Estado, como ha prometido Lenin, «iría debilitándose» y los hombres realizarían la fase final de la civilización, en la que serían efectivamente dueños de sus destinos. Djilas, como otros muchos antes que él, ha buscado seriamente el camino engañoso del comunismo para llegar a una sociedad libre, pero se ha equivocado.

¿Ha rechazado finalmente el punto de vista materialista que sostienen todos los comunistas, según el cual el fin justifica los medios? Conociéndole como le conozco, me atrevería a decir que sí, y en una historia personal indiscutible ha demostrado activamente que, por el contrario, los medios determinan el fin y que el comunismo es, en efecto, una enfermedad que es incurable desde dentro.

Esta voz que llega de la celda de una cárcel en Europa Central tiene aún poca resonancia, y sin embargo, puede trastornar el mundo.

MORGAN PHILLIPS

La tiranía sobre el espíritu

POR MILOVAN DJILAS

LA TIRANIA QUE LOS COMUNISTAS, cuando están en el poder, ejercen sobre el espíritu con el refinamiento propio de los grandes cirujanos, sólo extrae de su ideología una parte de su rigor. Es muy posible que el materialismo histórico sea actualmente la más rígida de todas las visiones del mundo; es también muy posible que él haya incapacitado a sus secuaces para comprender cualquier otra visión del mundo. Pero fuera de la ideología que le es propia, fuera del sistema, existen formas específicas de gobierno y de propiedad a las que se hallan vinculados los métodos monstruosos de opresión y de destrucción que el comunismo ha puesto en práctica contra el espíritu humano, y estas formas tienen su origen en el comportamiento mismo de los fundadores del comunismo.

Toda ideología, todo sistema coherente de opinión, intenta presentarse como el único intérprete auténtico y perfecto de la realidad. Este es uno de los rasgos inherentes al pensamiento humano, y lo que a este respecto distingue a Marx y a Engels no corresponde a la naturaleza de la idea, sino a sus procedimientos de comprobación — los de los redactores del *Manifiesto Comunista* tenían algo de terrorista. Estos hombres han negado todo valor científico, socialista y progresivo al pensamiento de sus contemporáneos, ejecutando sumariamente como «burguesas» las ideas de los demás y prohibiendo de antemano, con este procedimiento, todo estudio y toda discusión serios.

Lo que había en Marx y Engels de especialmente rígido y exclusivo, y que más adelante fué la causa principal de la intolerancia comunista, es la incapacidad de tomar en consideración el valor real de un pensador, de un investigador o de un artista en el terreno que les es propio, haciendo abstracción de su tendencia política. Basta ser clasificado entre los adversarios de Marx para quedar descalificado científica, moral, intelectual y hasta fisiológicamente.

Esta actitud de los dos amigos no puede atribuirse enteramente a la resistencia que las clases adineradas y dirigentes opusieron, desde el principio, al «espectro del comunismo». El origen y la persistencia de su sectarismo proceden de otro factor que se encuentra en la raíz misma de su formación mental. Persuadidos de haber sondeado el fondo de cada filosofía, después de haberse convencido de que nadie puede lograr un resultado significativo sin tomar como base de estudio y de enunciación su propia concepción del mundo, Marx y Engels llegan a pensar que todo lo que difiere de ellos mismos o del movimiento con el que se identifican es desdeñable o conde-

---

El interesante libro de Djilas La nueva clase, *del cual ofrecemos un capítulo a nuestros lectores, verá próximamente la luz en lengua española, editado por la Editorial Sudamérica, de Buenos Aires.*

nable, incluso desde un punto de vista estrictamente objetivo. O dicho con otras palabras, nada de lo que es independiente de la corriente marxista puede ser tomado en consideración.

Como consecuencia de ello avanzan, acorazados de incultura, con la ignorancia sistemática acerca de los espíritus más grandes de su época, y con un desprecio completo de las objeciones suscitadas por sus propios compañeros de lucha. Sus escritos no hacen mención alguna de un filósofo como Schopenhauer o de un historiador sociólogo como Taine; desconocen a los escritores y a los artistas más notables de su tiempo; ni siquiera aquéllos de sus contemporáneos que se encuentran arrastrados en la misma corriente ideológica y social parecen dignos de su atención. Además, se desembarazan de sus predecesores, de sus émulos y de sus rivales en el campo socialista, de una manera tan feroz e inflexible, que todo el desarrollo de las ideas y de las luchas sociales, particularmente en Francia, queda marcado por su polémica contra los partidarios de Proudhom y los amigos de Bakunin. Marx, al asesinar las ideas de Proudhom en su *Miseria de la Filosofía*, se deja arrastrar por un furor ponzoñoso totalmente injustificado. Engels y él procedieron del mismo modo con el socialista alemán Lassale y destruyeron todo lo que, dentro de su propio partido, se oponía a su fanatismo o a su ambición.

Esto no quiere decir que desdeñaran todos los fenómenos intelectuales de su tiempo. Reconocen la importancia de Darwin. Se adhieren hábilmente a las corrientes del pasado —antigüedad y renacimiento— de las que se deriva la cultura humanista europea. En sociología, toman las ideas de los economistas ingleses (Smith y Ricardo); en filosofía se inspiran en los grandes clásicos alemanes (Kant y Hegel); y en política social, utilizan a los socialistas franceses, así como las corrientes de ideas que se manifestaron en la Revolución de 1789-1794. Todo esto compone los grandes panoramas científicos, intelectuales y sociales de los que irradia el clima democrático y progresivo en Europa y en el resto del mundo.

En el desarrollo del comunismo hay una especie de lógica y de coherencia en la degradación. Marx, como teórico, es todavía capaz de objetividad científica. Lenin, que es ante todo un militante formado a imagen del absolutismo imperial, en el seno del capitalismo semicolonial de Rusia, acentúa la rigidez y la parcialidad de su maestro, al que interpreta como si fuera el manantial de toda verdad.

Apoyándose en Marx, Lenin enseña que el materialismo ha sido, a través de toda la historia, el elemento progresivo, frente a un idealismo que sigue siendo reaccionario. Esta visión no sólo es limitada e inexacta, sino que representa además una forma acentuada de la parcialidad de Marx. Es igualmente la consecuencia de un conocimiento insuficiente de la historia de las filosofías. En 1909, cuando Lenin escribió su *Materialismo y empiriocriticismo*, no estaba aún familiarizado con ninguno de los grandes filósofos clásicos ni modernos. Lenin, movido por la necesidad de acabar con algunos de sus opositores, cuyas opiniones, según él, constituyen un obstáculo para el desarrollo del partido, ataca las ideas de éstos cuando no coinciden con su propio marxismo. Para él nada tiene valor ni sentido fuera del marxismo dogmático y original. Aparte de esto, sus obras son ejemplos impresionantes de dogmatismo lógico y persuasivo.

Stalin va más lejos aún en el « desarrollo» de la exégesis de Lenin, pero sin poseer la erudición ni la profundidad de éste. Si se estudia con detenimiento a este tirano filósofo (que Kruschef no vacila, aún hoy, en llamar el «mejor marxista de su tiempo»), se llega a la conclusión de que no ha leído *El Capital*, la obra más importante de Marx. Es cierto que un espíritu práctico como el suyo, sostenido por un dogmatismo extremado, no necesita siquiera familiarizarse con los estudios económicos de Marx para construir el «socialismo» de filiación marxista. Stalin no ha estudiado profundamente a ningún filósofo. Su posición respecto de Hegel es sólo de desprecio, pues le atribuye «la reacción del absolutismo prusiano frente a la Revolución francesa ».

Stalin se contenta con conocer a fondo la obra de Lenin. Se apoya en la autoridad de su predecesor mucho más que Lenin en la de Marx. Stalin sólo retiene de la historia lo que afecta directamente a la política (en primer lugar, a la política rusa) y posee a este respecto una memoria extraordina-

ria. Para desempeñar el papel que ha escogido no necesita más. Todo lo que no entra en sus propósitos ni en sus necesidades lo rechaza como «hostil» y lo prohibe al universo staliniano.

Así pues, estos tres hombres —Marx, Lenin y Stalin— contrastan por su personalidad y su método de expresión. Marx no es solamente un revolucionario, sino también un hombre de estudio que se expresa como tal. Su estilo es pintoresco, barroco, audaz y agudo, con algo de olímpico. Lenin parece ser la encarnación misma de la lucha revolucionaria; su palabra y sus escritos son inflamados, incisivos y de una lógica implacable. Stalin identifica sencillamente su poder con la satisfacción de todos los deseos humanos, y su pensamiento con la suprema expresión de la realidad humana. Carece de color y de variedad en su lenguaje, pero su simplismo silogístico y su dogmatismo, en cuanto a los principos, crean la convicción de los conformistas y del vulgo. Recurre con preferencia al lenguaje seneillo de los Padres de la Iglesia, no tanto en recuerdo de su paso por el seminario, como porque este modo de expresión está de acuerdo con las condiciones primitivas de un comunismo dogmatizado.

Y finalmente, los herederos de Stalin no tienen siquiera esta grosera coherencia interior ni este vigor de convicción fundado en el poder. Sin embargo, estos hombres, que son medianías en todos los aspectos, poseen con una perfección poco común la técnica del poder. Si son incapaces de engendrar sistemas o ideas nuevos, en su apego tenaz al heeho vital burocrático son capaces, en cambio, de ahogar o de desviar con habilidad la creación de cualquier cosa nueva.

Tal es la evolución de la ideología comunista en su aspecto dogmático exclusivo.

La secta propietaria

La afirmación de que el marxismo es un método universal, afirmación que los comunistas han de tomar obligatoriamente como base, no puede conducir, en la práctica, más que a la tiranía en todos los campos de la actividad intelectual.

¿Qué pueden hacer los desdichados físicos, si los átomos, al no comportarse de conformidad con la dialéctica hegelo-marxista, desmienten la identidad de los contradictorios y del hecho de haber sido superados por formas sintéticas? ¿Qué será de los astrónomos, si el cosmos no obedece a las leyes del determinismo, tal como lo ha concebido el siglo XIX? ¿Qué sucederá a los biólogos, si los planetas son rebeldes a la teoría lysenko-staliniana del ejemplo y de la emulación en una sociedad «socialista»? Como es imposible que los investigadores mientan descaradamente, deben valerse de astucias y sufrir las consecuencias de sus herejías. Para que sus descubrimientos sean aceptados, deben hacer comprobaciones teóricas que «confirmen» las fórmulas y los métodos del marxismo-leninismo. Los laboratorios se hallan constantemente ante el peligro de que sus investigaciones y sus hallazgos perjudiquen al dogma oficial, y por este hecho se ven forzados a recurrir, frente a la ciencia, al oportunismo y a las transacciones.

Y lo mismo sucede en todos los campos de la inteligencia. En muchos aspectos, el comunismo contemporáneo recuerda la estrechez de miras de las sectas religiosas en épocas pasadas. Así es como las observaciones del poeta servio Jovan Duchich sobre el calvinismo, parecen aplicables al ambiente mental de un país bolchevizado:

«Calvino, legista y dogmático, supo endurecer en el alma del pueblo ginebrino todo lo que no ha quemado en la hoguera. Introdujo la tribulación religiosa y la piadosa renunciación en esas casas que, hoy todavía, siguen llenas de frialdad y de tinieblas; sembró el odio a todo abandono indolente y a toda alegría, y condenó por decreto la poesía y la música. Como jefe religioso y tirano político al frente de la República, forjó sus leyes de hierro, como si fueran dogales que aprisionan la vida en el Estado y reglamentan los sentimientos familiares. De todas las figuras que ilustró la Reforma, la de Calvino es probablemente la más dura, y su Biblia constituye el manual de vida más sombrío...»

El comunismo contemporáneo contiene efectivamente algunos elementos heredados del fanatismo dogmático que distinguió a los puritanos bajo Cromwell y a los jacobinos bajo Robespierre. Tiene, sin embargo, diferencias esenciales : los puritannos están estrechamente vinculados a la Biblia

y los comunistas pretenden estarlo a la ciencia. El poder de los comunistas es, por lo tanto, infinitamente más absoluto que el de los jacobinos. Además, las diferencias entre los dos regímenes son el resultado de su capacidad de intervención en la vida; ninguna religión, ninguna dictadura, ha estado hasta ahora en condiciones de aspirar a un poder tan total e ilimitado como el de los sistemas comunistas.

La convicción que tienen los jefes comunistas de hallarse en el camino que conduce a la felicidad absoluta y a la sociedad ideal aumenta en la misma proporción que su poder y sus posibilidades de coacción. Se dice bromeando que han creado una sociedad comunista *para ellos mismos*. En realidad, se identifican con la sociedad y sus aspiraciones, hasta el punto de sustituirla. El despotismo absoluto se equipara a la creencia en una felicidad absoluta, cuando este despotismo es una tiranía total y universal.

Los jefes soviéticos se vieron quizá obligados, al principo por lo menos, a utilizar esas promesas hueras de una democracia «para mañana». Hoy se contentan con afirmar que esta libertad ya se ha establecido en la U.R.S.S., pero en realidad se dan perfecta cuenta de que la libertad no ha salido del estado de proyecto. Entretanto, no cesan de «aguijonear» la conciencia que impulsa a los hombres a «producir». Atiborran los cerebros con áridas fórmulas marxistas y con las no menos áridas opiniones políticas de los jefes. Y lo que es peor, obligan constantemente a los individuos a hacer acto de devoción al socialismo y de fe en la infalibilidad o en la realidad de las promesas de sus dirigentes. El ciudadano del mundo comunista vive, bajo el peso de angustias continuas que cargan su conciencia, y con el temor de haber desobedecido, está perpetuamente inquieto ante la necesidad de demostrar que no es en absoluto enemigo del socialismo, del mismo modo que en la Edad Media había de probarse constantemente la fidelidad a la Iglesia.

No ya sólo el sistema escolar, sino toda la actividad social e intelectual, tienden a estimular esta forma de comportamiento. Desde el nacimiento hasta la muerte, cada individuo se halla rodeado de la solicitud tutelar del partido dominante, solicitud que concierne ante todo a la conciencia y a la salvación del alma. Periodistas, ideólogos, escritores a sueldo, cursos especiales, ideas revestidas de la aprobación oficial, apoyadas en métodos materiales formidables, todo esto se halla organizado, todo es utilizado para dar «impulso al socialismo». Con este propósito, los periódicos, la radio y los demás medios de comunicación psicológicos están permanentemente movilizados.

Pero, aun bajo el comunismo, los hombres piensan, a pesar de todo, pues no es posible dejar de hacerlo. Y lo que es más, piensan de modo distinto del que les está prescrito. Su pensamiento tiene dos caras: una para ellos mismos, que es la verdadera, y otra para el público, que es la careta oficial.

Hasta en el mundo comunista se encuentran hombres a quienes la propaganda uniforme no ha llegado a embrutecer hasta el punto de impedirles descubrir las ideas nuevas y llegar a la verdad. En el terreno intelectual, sin embargo, el plan de la oligarquía no consiste tanto en la producción dirigida, como en el estancamiento, la corrupción y la decadencia sistemáticamente alimentados.

Esta minoría selecta de los redentores de almas, de los protectores vigilantes del pueblo que cuidan de que el pensamiento humano no se desvíe por las sendas «criminales» o «antisocialistas». Estos proveedores sin escrúpulos de una mercancía de pacotilla, pero que es la única que se pueden procurar, estos campeones de ideas anticuadas, invariables y sempiternas retrasan y hielan en la inmovilidad el impulso intelectual del pueblo. Extraen de su pensamiento las palabras más inhumanas que dicen «arrancadas a la conciencia de la humanidad» —y añaden el gesto a la palabra exactamente como si se tratara de espinos o de raíces en lugar de actos de la inteligencia. Al castrar la conciencia de los demás y al emascular su propio pensamiento, por temor de que adquiera fuerza y valor, se han vuelto grises, han perdido las ideas y son totalmente incapaces de sentir el entusiasmo intelectual que inspira una meditación desinteresada.

No faltan razones para comparar el comunismo de hot con las sectas religiosas más adormecedoras de épocas pretéritas. Y no obstante, todos los países comunistas rea-

lizan progresos técnicos considerables; pero éstos son de una naturaleza especial y están limitados a períodos determinados, si bien es innegable que existen y traen sus consecuencias.

La exaltación de los pigmeos

La industrialización artificialmente acelerada crea una vasta intelectualidad técnica, de la que emana un ambiente cultural bastante vulgar por su calidad, pero que atrae a los talentos y aviva el espíritu de inventiva. Los estimulantes que permiten activar la industrialización en las ramas específicas de la economía son tan excitantes para los investigadores como para los hombres de ciencia. En lo referente a la tecnología de guerra, la U.R.S.S. no se ha visto distanciada de manera sensible por ninguna potencia, ni durante la segunda guerra mundial ni después. Así es como sigue de cerca a los Estados Unidos en el desarrolllo de la industria atómica.

Es cierto que, por su misma naturaleza, los sistemas burocráticos no tienden menos a paralizar la adopción de las novedades; las patentes de invención duermen con frecuencia, durante años, en las arcas de los establecimientos del Estado, y el espíritu rutinario que predomina en el mecanismo de producción, amortigua más aún la iniciativa innovadora. Sin embargo, los jefes comunistas, en su calidad de hombres prácticos, no vacilan en asegurarse el concurso de los técnicos y de los sabios, sin conceder demasiada atención a los «prejuicios burgueses» de estos compañeros de ruta. En el espíritu de los jefes está bien claro que la industrialización no puede progresar sin la ayuda de los técnicos, y que esta clase de técnicos no es peligrosa en sí misma. Pero no todo se paga con dinero.

A pesar de un elevado nivel técnico general, es un hecho que ningún gran descubrimiento moderno ha visto la luz bajo un gobierno comunista. A este respecto la U.R.S.S. es probablemente muy inferior a la Rusia zarista, en la que surgían innovaciones científicas que hacían época, a pesar del atraso tecnológico. Incluso si, en este caso, las razones particulares hacen difícil el descubrimiento propiamente dicho, las causas de esta dificultad son ante todo sociales. La nueva clase está profundamente interesada en que nada amenace su monopolio ideológico. Todo gran descubrimiento científico es el resultado de la modificación de una visión del mundo en la mente de su iniciador. Y una nueva visión del mundo es contraria a las formas establecidas de la filosofía oficial. En el sistema comunista es necesario, por lo tanto, que todo investigador se detenga en seco ante el hecho o el peligro de «la herejía», tan pronto como sus teorías dejan de coincidir con el dogma confirmado, prescrito y reconocido como deseable.

Trabajar sobre la base de innovaciones teóricas es tanto más arduo cuanto que, de conformidad con la doctrina generalmente impuesta, el marxismo, o materialismo dialéctico, constituye el método más eficaz, en todos los aspectos, de la actividad científica, intelectual, artística, etc. En la U.R.S.S. no existe un solo investigador conocido que no haya tenido por esta causa inquietudes de orden político. Estas inquietudes son de carácter diverso, pero la más común es un conflicto con la línea oficialmente trazada. En Yugoeslavia, el número de casos de esta especie es bastante reducido; pero existen, en cambio, numerosos ejemplos de favores oficiales concedidos a «sabios» cuya devoción por el régimen sólo es comparable a su incapacidad.

Por consiguiente, el sistema comunista fomenta el progreso técnico, pero paraliza, por otra parte, toda actividad en las investigaciones importantes que requieren iniciativa, continuidad en las ideas y sosiego en el investigador. Esto puede parecer contradictorio, pero no deja de ser exacto.

Las ciencias sociales y el examen objetivo de los problemas que ellas estudian son las actividades del intelecto y las investigaciones más descuidadas. Estas disciplinas apenas tienen una apariencia de vida. Todo lo que afecta a las cuestiones sociales y a la sociedad es interpretado de conformidad con las teorías de Marx y Lenin, y el monopolio de esta interpretación corresponde a los jefes del partido. La historia, y en particular la autohistoria —el estudio del período comunista, considerado como pasado — no existe en absoluto. El silencio impuesto y la falsificación obligatoria no son hechos esporádicos, sino fenómenos gene-

rales. Así es como se confisca radicalmente la herencia intelectual de un pueblo. Los monopolizadores actúan como si toda la historia se hubiese desarrollado tan sólo para permitir que ellos hiciesen su aparición en el mundo, y cesar después. Juzgan el pasado y todo lo que éste contiene, a través de su propia imagen; miden a todos con la misma vara, clasificando en conjunto los hombres y todos los acontecimientos de los seres y de los fenómenos en dos categorías : «los progresistas y los reaccionarios». Así es como derriban o erigen monumentos. Exaltan a los pigmeos y destruyen a los titanes, en particular a los de su propia época.

La cultura como propaganda

La misma justicia distributiva se practica en el terreno de las artes. Aquí se dispensan los favores, cada vez en mayor medida, a las formas que no suscitan controversia y a las obras de mediana calidad. Esto es muy comprensible: sin *idea* no hay arte, como no es arte lo que no produce efecto alguno en la *conciencia*. Ahora bien, el manejo de las ideas, la formación de la conciencia son prerrogativas que se arrogan los gobernantes. Los comunistas son tradicionalistas en arte, debido ante todo a la necesidad de mantener su monopolio sobre los cerebros del pueblo, pero también a su ignorancia y a su parcialidad congénita. Algunos de ellos han admitido una especie de privilegio democrático para el arte moderno —por el hecho de reconocer que no lo comprendían y, por consiguiente, no veían ningún peligro en él. Así es como Lenin llegó a tolerar el futurismo de Mayakovsky.

Sin embargo, no podría negarse que, bajo el régimen comunista, los pueblos atrasados conocen cierto renacimiento artístico, al mismo tiempo que un impulso técnico indiscutible. Se les hace más accesible la cultura, aun cuando sólo se les distribuya bajo forma de propaganda.

La nueva clase tiene interés en la difusión de la cultura, porque la industrialización introduce a la vez la necesidad de un trabajo más especializado y la de cierta instrucción general. La red de escuelas y de centros de formación profesional se extiende en este caso muy rápidamente y a veces va incluso más allá de las necesidades y de las capacidades efectivas.

Después de una revolución, pero antes de que la nueva clase dirigente haya consolidado su monopolio cultural, aparecen generalmente obras de arte de una gran significación. Este hecho es el que se ha verificado en la U.R.S.S. por los años 1920, y en nuestros días se verifica en Yugoslavia. Es como si la sacudida social que han experimentado hubiese despertado a los talentos dormidos —aunque el despotismo que nace de la propia revolución sea para el arte una causa de asfixia.

Los dos métodos fundamentales de opresión artística en la U.R.S.S. consisten en condenar los aspectos intelectuales-idealistas de una obra, así como las innovaciones formales que trae consigo.

Bajo el dominio de Stalin, las cosas habían llegado al punto en que *todas* las formas de expresión artística se hallaban condenadas, excepto aquéllas que Stalin prefería personalmente. Y no puede decirse que Stalin tuviera un gusto particularmente bueno. Era algo duro de oído, de aquí su amor por los octosílabos y los alejandrinos. Deutscher ha registrado el hecho de que el estilo staliniano se convirtió de este modo en el estilo nacional. La adopción de los criterios oficiales acerca de las formas artísticas era tan imperiosamente obligatoria, como la aceptación de las ideas oficiales en materia de sociología o de política.

No siempre sucede así en los regímenes comunistas, y no es inevitable que suceda. En 1925, fué aprobada en la U.R.S.S. una resolución, por la que se establecía que «el Partido, en su conjunto, no puede manifestar en absoluto ninguna preferencia en lo que se refiere a la forma literaria; pero esta medida no significa que el Partido renuncie a su papel de ayuda ideológica»; es decir, de intervención ideológica y política sobre los artistas. Pero les dejaba en libertad de escoger por sí mismos los medios de agradarle y de obedecerle. Este ha sido el máximo de democracia a que ha llegado el comunismo en el terreno del arte. Los dirigentes yugoeslavos se hallan hoy en esta situación de repliegue, desde el fracaso de los elementos más primitivos y oscurantistas. Estos habían emprendido una verdadera persecución contra los intelectuales «pequeño-burgueses», proscribiendo en

absoluto el arte «formalista». Pero, de la noche a la mañana, todo el mundo intelectual yugoeslavo se volvió contra el régimen, que debió batirse en retirada y anunciar, mediante uno de los discursos de Kardelj, que el partido no podía prescribir por sí mismo la forma de una obra, pero que no permitiría el contrabando ideológico antisocialista, es decir, la expresión de opiniones o de sentimientos que el régimen considera hostiles e indeseables. Sin embargo, la actitud personal de la mayor parte de los dirigentes yugoeslavos no había cambiado lo más mínimo. En su fuero interno continuaban considerando a la totalidad del mundo de la inteligencia y del arte como «peligroso», como sospechoso de desviación «pequeño-burguesa», o por lo menos, como contaminado de «confusiones ideológicas». En el periódico más importante de Yugoeslavia (*Politika*, 25 de mayo de 1954) pueden leerse estas palabras «inolvidables» de Tito: «Un buen manual vale más que cualquier novela».

El « realismo socialista »

La teoría del «realismo socialista» reina en todos los Estados comunistas. En Yugoeslavia, esta teoría se ha derrumbado y sólo cuenta con el sostén de los dogmáticos más reaccionarios. En este aspecto, como en tantos otros, el régimen ha sido lo bastante fuerte para evitar el desarrollo de teorías inaceptables, pero demasiado débil para imponer sus propios puntos de vista. Esto mismo es aplicable a los demás países del Este europeo.

La teoría del «realismo socialista» no es siquiera un sistema completo. Gorki fué el primero que utilizó esta fórmula, inspirada sin duda por su propio método. Quería hacer saber que, en las rudas condiciones contemporáneas de la lucha por el socialismo, el arte debía inspirarse en las ideas nuevas, describiendo al mismo tiempo la realidad tan fielmente como fuese posible. Todo lo que después se ha añadido a esta teoría —representación típica, insistencia en la ideología, en la solidaridad del partido, etc.— se ha tomado de otras fuentes o se ha incorporado en razón de las necesidades políticas del régimen.

El «realismo socialista», por no haber evolucionado nunca hasta formar una teoría completa, equivale prácticamente al monopolio ideológico por los comunistas. Recurre a los artistas para que revistan de ropajes las ideas rígidas y retrógradas de los jefes y para que rodeen de romanticismo y de panegíricos sus acciones importantes. Todo esto conduce a una justificación farisaica del dominio que el régimen ejerce sobre las ideas, y de la censura, mediante la cual la burocracia niega las exigencias mismas del arte.

Las formas de este dominio y de esta censura varían de un país comunista a otro, en consonancia con las arbitrariedades del partido y con su influencia ideológica. Yugoeslavia, por ejemplo, ha prescindido siempre de los censores. La dominación se ejerce del modo siguiente: en el seno de las empresas de edición, de las asociaciones de artistas, de las redacciones de periódicos y revistas, etc., los miembros de partido someten a las autoridades competentes todo la que consideran « sospechoso». La amputación, y más a menudo aún, la autoamputación, son la consecuencia de esta presión difusa. Hasta cuando los miembros del partido logran hacer pasar algo que exprese su posición personal, están obligados a disimularlo y a proceder servilmente con insinuaciones. Esto es lo que se llama el progreso, la «democracia socialista» que se opone al despotismo burocrático. Por lo demás, tanto en la U.R.S.S., como en los otros países comunistas, la existencia de la censura no exime a los artistas del deber y de la necesidad de censurarse a sí mismos. Se ven forzados a ello por su estatuto y por la realidad de las relaciones sociales. La autocrítica concebida de este modo es, en realidad, la forma principal del control ideológico ejercido por el partido bajo un régimen comunista. En la Edad Media, los hombres tenían que adivinar cuál sería, ante su obra, el criterio de la Iglesia, sus intenciones, su juicio. Del mismo modo, bajo el sistema comunista, es necesario, en primer lugar, imaginarse lo que el partido desea que se haga y, muy a menudo, conocer con certeza el gusto de los jefes.

Las persecuciones, las prohibiciones, la imposición de formas y de ideas, las humillaciones y los insultos, y la tiranía doctrinaria que los burócratas sin desbastar ejercen sobre el talento y el genio —todo

se hace en nombre del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. El «realismo socialista» de los bolcheviques no difiere ni siquiera en esto del nacional-socialismo de Hitler. Un autor yugoeslavo de origen húngaro, Erwin Sinko, ha podido establecer del modo siguiente un paralelo interesante entre los teóricos del «arte» bajo ambas dictaduras:

«Tinnofieit, teórico soviético, escribe en su *Teoría de la Literatura:* «La literatura es una ideología que ayuda al hombre a conocer la vida y a darse cuenta de que participa en ella».

Los *Grundprinzipien von der national-sozialistischen Kulturpolitik* (Principios fundamentales de la cultura política nacional-socialista) declaran: «El artista no puede ser sólo artista, es también educador».

Baldur von Schirach, jefe de las *Juventudes Hitlerianas*, establece como principio: «Toda verdadera obra de arte concierne al pueblo entero».

Jdanov, miembro del Politburó del Comité Central del Partido Comunista de la U.R.S.S., subraya: «Todo lo que es creador es comprensible».

Todos los despotismos, hasta cuando se hacen la guerra, se justifican de la misma manera, y al hacerlo no pueden evitar siquiera servirse de las mismas palabras...

Política de corrupción

La oligarquía comunista, enemiga del pensamiento en nombre de la ciencia, enemiga de la libertad en nombre de la democracia, sólo puede conducir al espíritu a su completa corrupción. En otro tiempo, los magnates capitalistas y los señores feudales, con el propósito de realzar su prestigio, de acrecentar su poder y de satisfacer sus deseos, acostumbraban a incorporar a su séquito a artistas y sabios, servidores intelectuales, a quienes sus mecenas ayudaban a vivir, al mismo tiempo que los domesticaban. En los regímenes comunistas, esta corrupción forma parte integrante de la política de Estado.

Aun prescindiendo de los medios de corrupción más cínicos, tales como los «Premios Stalin» y otros favores subvencionados que los poderes existentes otorgan, y dejando a un lado el servilismo de los intelectuales ante los altos funcionarios, que constituye un aspecto extremo del sistema, subsiste el hecho de que éste acaba por dar un carácter mercenario a la inteligencia y, más particularmente, al arte. Hasta se pueden suprimir las recompensas directas distribuídas por el régimen, como se puede abolir también la censura, sin que desaparezca el espíritu de corrupción y de opresión.

Este espíritu se halla fomentado, en primer lugar, por el monopolio que ejerce la burocracia del partido, tanto material como espiritualmente. El intelectual sólo puede dirigirse a esta burocracia; ella le distribuye al mismo tiempo las ideas directrices, los medios de su realización, los elogios y el pan. Y aunque esta fuerza puede no ser directamente la del gobierno, engloba a todas las instituciones y a todas las organizaciones sociales. En último término, todas las decisiones se encuentran entre sus manos.

El régimen comunista persigue a todos los elementos más creadores que caen bajo su dependencia, recela de ellos y los somete a la autocrítica. Ofrece a sus sicofantes «condiciones de trabajo» envidiables y honorarios magníficos, premios literarios, villas, residencias de vacaciones, reducciones en el precio de sus compras, automóviles, cargos diplomáticos, el apoyo de las organizaciones de agit-prop y toda suerte de «intervenciones generosas». Así pues, en conjunto, favorece a los mediocres, a los serviles y a los estériles. No debe extrañar, por lo tanto, que en estas condiciones, los mayores talentos hayan perdido la brújula y se hayan encontrado sin fe y sin valor. El suicidio, la desesperación, el alcoholismo, el libertinaje, la pérdida de la capacidad de engendrar y de la integridad interior, porque el artista se ha esforzado por mentirse a sí mismo y a los demás: tales son los fenómenos más frecuentes, bajo un régimen comunista, que se producen entre los que tienen efectivamente la necesidad, el deseo y la facultad de crear.

La libertad de pensamiento

Se cree, en general, que la dictadura comunista practica con sus súbditos una brutal discriminación de clases. Esto no es

del todo exacto. Si examinamos la historia del nuevo régimen, vemos disminuir las discriminaciones de clase y aumentar las ideológicas. La ilusión de que el proletariado está en el poder no debe engañarnos, ni tampoco la idea preconcebida de que los comunistas persigan a nadie solamente por ser burgués. Las medidas oficiales no hieren de manera excesivamente despiadada a los miembros de las clases caídas, ni a la burguesía en particular; así sucede que los que pertenecían a las antiguas clases dominantes, si ahora capitulan o encuentran su camino de Damasco, se aseguran por este mismo hecho empleos lucrativos y preciosos favores.

La persecución de que es objeto el pensamiento democrático y socialista, en desacuerdo con la oligarquía dominante, es siempre más feroz y completa que aquella de que son víctimas los partidarios más reaccionarios del antiguo régimen. Esto se comprende sin dificultad: el pasado no tiene sino muy escasas probabilidades de reaparecer, como tampoco las tienen sus partidarios de volver a tomar el poder.

La ideología totalitaria no es en absoluto la sencilla resultante de formas particulares de gobierno y de la propiedad. Es más bien la ideología la que, de todas maneras, participa en su creación. La sumisión de la sociedad en función de la ideología es una condición de existencia y de permanencia para el sistema comunista.

Sería erróneo pensar que las demás formas de discriminación —por razones de raza, de casta, de nación, etc.— son peores que las discriminaciones ideológicas. Pueden parecer más brutales en su aspecto exterior, pero no son tan refinadas, ni tan totales. Además, sólo conciernen a las actividades sociales que tienden a jerarquizarse por este medio, mientras que el criterio ideológico pesa sobre la sociedad entera y sobre cada individuo en particular. Otros tipos de criterio pueden ser motivo del aplastamiento físico del ser humano, pero el criterio de la fe alcanza a cada hombre en el reducto íntimo de su personalidad.

La tiranía sobre el espíritu es la más completa y feroz de todas: por ella empiezan todas las demás tiranías, y con ella terminan.

Por una parte, la discriminación ideológica, en régimen comunista, tiende a prohibir las ideas de los demás, y por otra parte, trata de imponer las suyas. Son dos formas de una misma tiranía total, inaudita.

El pensamiento es la mayor fuerza creadora. Descubre lo que es nuevo. Los hombres no pueden vivir sin la contemplación, ni producir sin la especulación intelectual. Hasta cuando pretenden lo contrario, los comunistas se ven obligados a admitir este hecho en la práctica. Por esto se arreglan para impedir que prevalezca cualquier otro pensamiento que no sea el suyo.

Cualesquiera que sean los renunciamientos que acepte el hombre, éste necesita perseguir un pensamiento y siente el anhelo profundo de expresar el resultado de este empeño. Nada deprime tanto como verse obligado al silencio, cuando se impone la necesidad de exteriorizar el ser íntimo; y no existe peor tiranía que la de forzar a los hombres a pensar de modo distinto del que les es propio, y a expresar opiniones que no son las suyas.

La limitación de la libertad de pensamiento no es sólo un ataque contra ciertos derechos políticos y sociales, sino una provocación al ser humano como tal. Las aspiraciones imperecederas del hombre hacia la libertad de pensamiento aparecen siempre bajo formas concretas. Si aún no se han manifestado bajo los regímenes comunistas, esto no quiere decir que no existan. Hoy yacen todavía en la oscura resistencia apática y en las esperanzas informes de los pueblos. Es como si la universalidad de la opresión borrase toda diferencia entre las capas sociales de la nación, soldando a todos los seres en su exigencia de la libertad de pensamiento y de la libertad en general.

MILOVAN DJILAS

Conversación con Stravinsky

POR ROBERT CRAFT

PREGUNTA. —*Usted hace resaltar que es un hombre de acción y no un pensador; que componer no es una cuestión de pensamiento abstracto, sino más bien que escribir música es natural en usted; que compone de una manera espontánea, no por un acto del pensamiento o de la voluntad. Unas cuantas horas de trabajo, durante un tercio poco más o menos de cada uno de los días de sus últimos cincuenta años, han producido una cantidad de obras suficientes para demostrar que componer es un acto que corresponde verdaderamente a su naturaleza. Pero, ¿cómo se estimula para ello a la naturaleza? ¿Sobre qué se dirige la concentración? ¿Necesita ejercitarse y empieza usted tocando algo, por ejemplo, obras de antiguos maestros, o bien se produce, como ya afirmó usted anteriormente, una reacción de Pavlov, de una especie más elevada, mediante la cual el sonido de su piano actúa como catalizador sobre el material primitivo, que habrá de transformarse?*

STRAVINSKY. — *¿Cómo se estimula a la naturaleza? Esta es la pregunta más importante de todas. Cuando he determinado mi tema principal, sé ya a grandes rasgos la clase de material musical que requerirá. Empiezo por estudiar este material, unas veces interpretando música de antiguos maestros, para ponerme en movimiento; otras veces, también, empezando a enlazar directamente, en una improvisación, unidades rítmicas con una serie provisional de notas (que puede convertirse en una serie definitiva). Así formo mi material de construcción.*

PREGUNTA. — *Cuando termina usted una obra, en cuya creación ha trabajado, ¿tiene usted siempre la seguridad de poder considerarla inmediatamente como acabada, o necesita revisarla algunas veces, durante un largo período?*

STRAVINSKY. — *Por lo general, me doy cuenta de que he encontrado algo. Pero cuando no estoy seguro de ello, no me siento satisfecho aplazando la solución y confiando en el porvenir. El porvenir no me da nunca la seguridad de lo verdadero, como la recibo del presente.*

PREGUNTA. — *Ha declarado usted con frecuencia que la época de los descubrimientos armónicos ha pasado ya y que la armonía no está abierta a la investigación ni a la explotación. ¿Podría usted explicar mejor esta idea?*

STRAVINSKY. — *La armonía, es decir la teoría de los acordes y de las combinaciones de acordes, ha tenido una historia brillante, pero breve. Esta historia muestra la manera como los acordes fueron abandonando paso a paso su función de dirección armónica y empezaron a seducir con la brillantez de cada uno de sus efectos armónicos. Actualmente ha terminado la posibilidad de toda renovación armónica. La armonía, como medio de construcción musical, ya no ofrece ningún manantial en el que inspirarse, ni en el que pudiera buscarse beneficio alguno. El oído (y el cerebro) contemporáneo*

IGOR STRAVINSKY
(Dibujo de Picasso)

exige un camino totalmente distinto para llegar a la música. Una peculiaridad de la naturaleza es que a menudo nos sintamos más próximos de generaciones remotas que de la generación que nos ha precedido inmediatamente. Por esta razón, los intereses de la generación actual tienden hacia la música anterior a la «era de la armonía». Los elementos de la construcción musical, que han de estudiarse hoy, son el ritmo, la polifonía rítmica y la construcción melódica o interválica.

PREGUNTA. — *¿Cómo ha actuado sobre el pensamiento armónico de usted la composición serial (la técnica cromática y sus variaciones)? ¿Trabaja usted del mismo modo, es decir oye usted las relaciones y las combina después?*

STRAVINSKY. — *Oigo ciertas posibilidades y las selecciono. Puedo organizar mi selección, en el sistema de composición serial, del mismo modo que puedo hacerlo en la forma tonal de contrapunto. Mi modo de oír es naturalmente armónico y compongo de la misma manera de siempre.*

PREGUNTA. — *En todo caso, la «Jiga del Septeto» y los cánones corales del «Canticum sacrum», son esencialmente más difíciles de oír, desde el punto de vista armónico, que ninguna otra música anterior de usted. Entonces, ¿el componer con series ha influído efectivamente en su dominio armónico?*

STRAVINSKY. — *La técnica serial que empleo me obliga a una mayor disciplina. Evidentemente, la música de que usted me habla es más difícil de oír, desde el punto de vista armónico, que mi música anterior; pero toda música serial que debe oírse verticalmente es de audición más difícil. En lo que se refiere al rigor, las reglas y la limitaciones de la escritura en serie se distinguen poco de las que son propias de las grandes escuelas contrapuntistas del pasado. Al mismo tiempo, amplían y enriquecen el círculo armónico : se empiezan a oír más cosas que antes y se oyen de otra manera.*

PREGUNTA. — *¿Cuándo reconoce usted como tal una idea musical?*

STRAVINSKY. — *Reconozco las ideas musicales en que empiezan a ocupar, en cierto modo, el sentido del oído. Pero mucho antes de que las ideas tomen forma, empiezo a trabajarlas, relacionando rítmicamente los intervalos entre sí. Esta exploración de las posibilidades se produce, lo mismo en mi caso que en el de Webern, estando ante el piano. Hasta que no he establecido mis relaciones melódicas y armónicas, no procedo a la composición, que constituye un nuevo despliegue y una nueva orientación del material.*

PREGUNTA. — *¿Se presenta siempre ante sus ojos, con toda claridad, desde la primera aparición de la idea, la forma de composición que saldrá de ella? ¿Y aparece siempre con claridad qué timbre instrumental hará resaltar esa idea?*

STRAVINSKY. — *No debe usted creer que en cuanto surge en la imaginación la idea musical, se ve inmediatamente, con más o menos claridad, la forma que adoptará ulteriormente la composición, como tampoco se establece en seguida el matiz del timbre. Pero cuando la idea musical es sólo un prupo de notas, un motivo que cruza de pronto por la mente, se combina con frecuencia en seguida con el timbre que le conviene.*

PREGUNTA. — *Al componer, ¿piensa usted alguna vez en el auditorio? ¿Existe el llamado problema de la comunicación?*

STRAVINSKY. — *Cuando compongo alguna cosa no llego a imaginar que pueda reconocerse y comprenderse como algo distinto de lo que es. Utilizo el lenguaje de la música, y lo que yo expreso, de conformidad con mi gramática, será comprensible para todo músico que haya estudiado la música*

hasta el punto a que yo y mis contemporáneos la hemos llevado.

PREGUNTA. — *¿Cómo interpreta usted la observación de Webern: «No escribas exclusivamente con el oído; tu oído te dirigirá siempre bien, pero también debes saber por qué»?*

STRAVINSKY. — *Desde cierto punto de vista, al acto pasivo de oír no satisfacía a Webern. Reclamaba del que le escuchaba, ya fuera compositor o simple oyente, que se diera cuenta conscientemente de lo que oía: «Debes saber por qué». Obliga al oyente a convertirse en auditorio. Le invita a una participación activa en la música, sin la cual no existe absolutamente ninguna relación verdadera con ella.*

PREGUNTA. — *Valery decía: «Sólo podemos construir ordenadamente con la ayuda de una serie de convenciones.» ¿Pueden reconocerse estas convenciones, por ejemplo, en las canciones de Webern para clarinete y guitarra?*

STRAVINKY. — *No. En las canciones de Webern se ha encontrado un principio de ordenación completamente nuevo que, con el tiempo, será admitido y se transformará en convención. Pero las manifestaciones de Valery que, en lo esencial, son de orientación clásica, no prevén que puedan crearse nuevas convenciones.*

PREGUNTA. — *En sus obras de asunto griego, como «Apollo», «Œdipus», «Orpheus», «Persephone», los ritmos punteados desempeñan un gran papel (así por ejemplo, en el preludio de «Apollo»; en el intermedio de «Orpheus», compuesto de acuerdo con los cánones; en la «música infernal» de «Persephone»; en los acordes iniciales de la segunda parte, en el solo de oboe, en el motivo de harpa; en el aria en fa mayor de «Œdipus»). ¿El empleo de estos ritmos es acaso una referencia estilística consciente al siglo XVIII?*

STRAVINSKY. — *Los ritmos punteados son característicos del siglo XVIII. Cuando los utilizo en éstas o en otras obras de ese período, como sucede en el preludio del concierto para piano, constituyen una referencia estilística consciente. He intentado construir una música nueva, basada en el clasicismo del siglo XVIII, empleando los principios constructivos de dicho clasicismo que no quiero definir aquí, y evocándolo directamente con medios tales como el de los ritmos punteados.*

PREGUNTA. — *Un escritor, Christopher Isherwood, refiriéndose a usted, se quejó cierta vez de una dificultad técnica en el campo de la representación épica. Entonces le aconsejó usted que buscase un modelo. ¿Cómo se procura usted los modelos en la música?*

STRAVINSKY. — *Del mismo modo que acabo de describir para el caso de los ritmos punteados del siglo XVIII. Sólo he convertido en modelo este medio rítmico convencional para poder «construir ordenadamente».*

PREGUNTA. — *La famosa «Tentativa para hallar una definición de la melodía» de Busoni (1922), ¿no es acaso un anticipo bastante exacto del concepto de la melodía de muchos jóvenes compositores de hoy? «Una serie de intervalos repetidos, ascendentes y descendentes, que contiene en sí misma una armonía rítmicamente ordenada y movida, una armonía latente que reproduce un estado de ánimo, que puede permanecer y permanece, independiente de las palabras del texto, como expresión, e independiente de las voces del acompañamiento, como forma, y en cuya realización la elección del tono y del instrumento no introduce ningún cambio esencial.»*

STRAVINSKY. — *Los dos últimos puntos son los más notables en boca de Busoni. La idea de que la altura efectiva del tono no es tan importante, en un sentido absoluto, no ha sido sustituida a mi entender por la idea de que la altura del tono sólo adquiere importancia por el intervalo. Un compositor ya no piensa hoy en notas aisladas, sino en la posición de los intervalos dentro de la serie, en su dinámica, en su octava, en el matiz sonoro. Fuera de la serie las notas ya no representan nada. Dentro de ella, su repetición, su tonalidad, su dinamismo, su matiz sonoro y su relación rítmica determinan la forma.*

PREGUNTA. — *¿Qué pieza de un compositor de la nueva generación le ha cautivado más?*

STRAVINSKY. — *«Le Marteau sans Maître» de Boulez. La dificultad más corriente con que tropiezan casi todos los músicos para enjuiciar a compositores como Bulez y Stockhausen estriba en que no ven sus raíces. Estos compositores aparecieron de pron-*

to con toda su grandeza, mientras que en casos como el de Webern, por ejemplo, se puede encontrar su origen en las tradiciones musicales del XIX y aun en otras anteriores. Pero la inmensa mayoría de los músicos desconoce a Webern. Este músico hace preguntas por el estilo de ésta: «¿Qué clase de música escribirían Boulez y Stockhausen si se les invitara a escribir música tonal?» Aún pasará mucho tiempo antes de que se reconozca el valor de «Le Marteau sans Maître». Por ahora no explicaré las razones de mi admiración por esta obra y diré sencillamente: «Me gusta oír a Boulez », como contestó Gertrude Stein cuando le pidieron su opinión acerca de los cuadros de Picasso: «Me gusta verlos».

PREGUNTA. — *Auden describe a usted como un apolíneo y ocasionalmente también como un erizo puro, en tanto que la crítica le ha calificado erróneamente de zorro puro, en el sentido de la distinción que hace Arquíloco al decir: «El zorro sabe muchas cosas pequeñas, pero el erizo sabe una cosa grande». ¿Reconoce usted también el otro aspecto de su música, el dionisíaco? ¿Es que se ha hecho una apuesta en la que una vez gana Apolo y otra Dionisio: el primero, por ejemplo, en la «Sinfonía en do», y el segundo en la «Sinfonía en tres frases»; Apolo, en «Persephone» y Dionisio en el «Concierto para dos pianos»?*

STRAVINSKY. — *En toda mi música reconozco elementos apolíneos y dionisíacos. Por ejemplo, en «Orpheus» la primera parte es apolínea y la última dionisíaca.*

PREGUNTA. — *¿Conoce usted la posición que ocupa en la actualidad su música en los países situados al Este de la O.T.A.N.?*

STRAVINSKY. — *Algunos amigos míos que participaron en octubre último en la Conferencia de Varsovia sobre música contemporánea, me cuentan que allí mi música es boicoteada públicamente; pero que, no obstante, en la esfera soviética hay compositores que la han acogido con entusiasmo. En los países situados al Este de la O.T.A.N. no puede obtenerse mi música, no se encuentra una sola obra bajo ninguna forma, ni en discos ni en partitura impresa. Esta medida se aplica no sólo a mi música, sino también a la de Webern, Schönberg y Alban Berg. El aislamiento musical de Rusia —que allí se denominará probablemente «nuestro» aislamiento— ya dura treinta años, por lo menos. Oímos hablar mucho de la existencia en Rusia de violinistas, pianistas y orquestas virtuosos. Pero surge en seguida la pregunta: ¿En qué son virtuosos? Los instrumentos, considerados en sí mismos, no son nada; sólo tienen razón de ser por la literatura que se ejecuta con ellos. La mandolina y la guitarra, por ejemplo, no existían como instrumentos de orquesta hasta que Schönberg los concibió, de una manera completamente nueva, para su «Serenata». Una nueva obra de arte musical de este género significa la necesidad de que puedan formarse músicos para ejecutarla. La literatura de que dispone el virtuoso soviético no pasa del siglo XIX.*

Se me pregunta a menudo si yo estaría dispuesto a dirigir una orquesta en la Unión Soviética. No podría hacerlo por motivos musicales. Las orquestas soviéticas ejecutan la música de los tres vieneses antes citados, pero no la mía, y seguramente serían incapaces de resolver los sencillos problemas de la estructuración rítmica que nosotros introdujimos en la música hace cincuenta años. También les resultaría extraño el estilo de mi música. Estas dificultades no pueden vencerse en unos cuantos ensayos; requieren una tradición de veinte o treinta años. En la Alemania de la postguerra encontré una situación parecida. Después de los numerosos años de régimen hitleriano, en el que estuvo prohibida mi «Historia del Soldado», el «Pierrot Lunaire » de Schönberg, y toda la música de Berg y de Webern, los músicos fueron durante mucho tiempo incapaces de interpretar estas nuevas obras. Es indudable que desde entonces ya se habrán puesto al corriente. Lo mismo puede decirse del ballet. Un ballet vive quizá con más fuerza de su repertorio que de la perfección técnica de sus bailarines. En Rusia el repertorio consta sólo de unos cuantos ballets del siglo XIX, que con las ramplonerías en tecnicolor, realistas o sentimentales, son todo lo que los soviéticos pueden presentar. Pero en nuestro siglo el ballet significa el repertorio de Diaghilev y las creaciones de los pocos buenos coreógrafos que le han sucedido.

PREGUNTA. — *¿El gran público se siente en todas partes ajeno a la música contemporánea, creada desde 1909 aproximadamente, como en la Unión Soviética?*

STRAVINSKY. — *En todas partes, no. De Alemania, donde las variaciones para orquesta, de Schönberg, por ejemplo, se presentan en público tan a menudo como «Till Eulenspiegel» en los Estados Unidos, no puede decirse eso. El año* 1909 *representa la «atonalidad», y la atonalidad ha abierto en efecto un abismo que tardará mucho tiempo en desaparecer. Pero ningún razonamiento marxista podrá explicar por qué la atonalidad ha dado un impulso irresistible al arte. Toda explicación que tenga como punto de partida una presión externa o un fermento social no pasará de ser una simple metáfora. Los desarrollos musicales no pueden explicarse desde fuera.*

PREGUNTA. — *¿Quiere usted decir algo acerca de los mecenatos y de las subvenciones?*

STRAVINSKY. — *Todos los medios destinados a dar mayor impulso a las obras musicales pueden ser mejores o peores que la subvención sistemática, pero siempre serán terriblemente insuficientes. De este modo se ha «engendrado» toda la música de Schönberg, Webern, Bartok y hasta la mía, aun cuando nuestras obras en su mayor parte no han sido «engendradas» en absoluto sino que se han escrito sencillamente para que más adelante, abandonadas a sí mismas, pudieran competir en el mercado libre, con sus «formas» musicales inconfundibles. Esta es, en parte, la razón de que cuatro de estos compositores hayan muerto en la mitad del siglo XX en condiciones bastante lamentables. En el sistema de mecenato y de subvenciones nada ha cambiado en el transcurso de los últimos* 150 *años, si no es que en la actualidad parecen ser menos frecuentes.*

PREGUNTA. — *¿Qué piensa usted al decir que los críticos no son competentes?*

STRAVINSKY. — *Quiero decir que, para juzgar, ni siquiera poseen el armazón, la gramática de nuestro idioma. No ven cómo se construye una frase musical, no saben cómo se escribe la música: en una palabra, no están versados en el idioma musical contemporáneo. Un crítico norteamericano moderno compara, por ejemplo, mi «Rake's Progress» con «Wozzek», que califica de obra cromática. Los críticos inducen al público en error y obstaculizan su comprensión. Por culpa de los críticos hay muchas cosas de valor que llegan demasiado tarde. ¡Cuántas veces leemos críticas sobre la interpretación de obras musicales que se presentan por primera vez, es decir, de música desconocida cuya interpretación el crítico alaba o censura pero es más frecuente que la alabe! En realidad, sólo puede interpretarse algo; la interpretación no puede existir por sí misma, independientemente de la música que trata de reproducir. Entonces, ¿cómo puede saber un crítico si una obra que no conoce ha sido bien o mal interpretada?*

PREGUNTA. — *¿Podría usted decir cómo era Rimsky-Korsakov, en su calidad de maestro?*

STRAVINSKY. — *Un maestro sumamente extraordinario. A pesar de que enseñaba en el Conservatorio de San Petersburgo, me aconsejó que no entrase en él; pero en los años* 1903-1906 *me hizo el valiosísimo regalo de su inolvidable enseñanza privada. Las lecciones duraban generalmente algo más de una hora y tenían lugar dos veces por semana. La parte central de las mismas estaba dedicada a la teoría y a la práctica de la orquestación. Me hizo orquestar sonatas de Beethoven para piano y cuartetos y marchas de Schubert; y a veces hasta su propia música, siempre que no se hubiera publicado ya su orquestación. Cuando yo le llevaba el trabajo que había hecho me enseñaba la partitura de su propia orquestación, la comparaba con la mía y me explicaba por qué lo había hecho de otra manera. Además de estas clases, yo continuaba asiduamente ejercitándome en el contrapunto, pero por mi propia cuenta, porque no podía resistir las aburridas clases de teoría y contrapunto que me había dado un antiguo discípulo de Rimsky-Korsakov.*

PREGUNTA. — *¿Qué conocía Rimsky-Korsakov de la música de usted? ¿Qué opinaba de la música nueva, de Debussy, Strauss, Skriabin?*

STRAVINSKY. — *El conocía bien mi «Sinfonía en mi bemol mayor», que le está dedicada, así como mi Suite vocal «Faune et Bergère». Ambas obras fueron interpretadas en un concierto organizado con su ayuda y bajo su dirección. Había visto el manuscrito de mi «Scherzo fantastique», pero su muerte le impidió oírlo. Nunca me dirigió elogios. En su trato con los alumnos parecía siempre malhumorado y poco*

pródigo en alabanzas. Pero después de su muerte, algunos amigos me dijeron que había hablado en tono elogioso del «Scherzo». Al preguntársele una vez si quería ir a un concierto para oír música de Debussy, dijo: —«Ya la he oído. Prefiero no ir; podría acostumbrarme a ella y acabar encontrando gusto en esa música.» Odiaba a Richard Strauss, pero sin duda por razones infundadas. Su actitud respecto de Skriabin era distinta: no le gustaba nada la música de este compositor, pero a los que se indignaban por ello contestaba en el acto: «La música de Skriabin me gusta mucho.»

PREGUNTA. — *Cuando era usted discípulo de Rimsky-Korsakov, ¿apreciaba usted a Chaikovsky, como le apreció entre* 1920 *y* 1930?

STRAVINSKY. — *Entonces, lo mismo que después, me irritaba la vulgaridad demasiado frecuente de esa música, pero al mismo tiempo gozaba con la auténtica frescura del talento de Chaikovsky y la riqueza de su inventiva instrumental, especialmente cuando le comparaba con el insípido naturalismo y el diletantismo de los «cinco»* (1).

PREGUNTA. — *¿Cuándo se dió usted cuenta de su vocación de compositor? ¿Puede describir esta «toma de conciencia»?*

STRAVINSKY. — *No recuerdo cuándo ni cómo me consideré, por primera vez, compositor. Sólo puedo acordarme de que muy pronto en mi infancia empecé a pensar en ello, mucho antes de dedicarme en serio al estudio de la música.*

PREGUNTA. — *¿Era muy grande en Diaghilev la capacidad para enjuiciar la música? ¿Cuál fue, por ejemplo, su reacción ante el «Sacre du Printemps», cuando lo oyó por primera vez?*

STRAVINSKY. — *En Diaghilev no era tanto su juicio musical como su enorme sagacidad para descubrir las posibilidades de éxito de una obra musical o de una obra de arte en general. A pesar de su sorpresa, cuando ejecuté ante él en el piano el comienzo del «Sacre» (Les augures printaniers), a pesar de su actitud irónica al principio ante la larga serie de acordes repetidos, reconoció pronto que había otro motivo para ello que mi incapacidad para componer una música más entretenida: en seguida vió la seriedad de mi nuevo idioma musical, su importancia y la posibilidad de hacer algo con ella. En mi opinión, es esto lo que debió imaginar cuando oyó el «Sacre» por primera vez.*

PREGUNTA. — *¿A cuál de los contemporáneos de sus primeros tiempos debe usted más? ¿A Debussy? ¿Y cree usted que Debussy se ha transformado gracias a su contacto con usted?*

STRAVINSKY. — *En mis primeros años me hallaba trabado por ciertas influencias que restringían mi técnica de compositor —me refiero al academismo del Conservatorio de San Petersburgo, del que afortunadamente me liberé pronto—. Pero los músicos de mi generación y yo mismo debemos mucho a Debussy. No creo que se produjera ningún cambio en él como consecuencia de nuestras relaciones. Al leer las amables y elogiosas cartas que me dirigía («Petruchka» le gustaba mucho), se siente uno algo desconcertado cuando se encuentra en algunas de sus misivas a sus colegas de aquella época una impresión muy distinta en relación con mi música. ¿Es una falta de sinceridad, o es que le irritaba el no poder asimilar la música del «Sacre», mientras que la joven generación la aprobaba con entusiasmo? Hoy todavía, al cabo de cuarenta años, resulta difícil saberlo.*

PREGUNTA. — *Ahora, haga el favor de describir su encuentro con Schönberg en Berlín, en* 1912. *¿Hablaba usted alemán con él? ¿Era cordial o se mostraba altivo con los que le rodeaban? ¿Fue en Berlín un buen director para su propio «Pierrot»? ¿Se acuerda usted de él? Usted ha escrito algo acerca de la instrumentación de esta obra, pero no sobre el empleo en ella de un riguroso contrapunto, ni sobre su polifonía atonal. ¿Qué impresión le produjeron entonces estas innovaciones?*

STRAVINSKY. — *Diaghilev invitó a Schönberg a oír mis ballets «El pájaro de fuego» y «Petruchka»; y Schönberg nos invitó a su vez a escuchar su «Pierrot Lunaire». No puedo acordarme si fué Schönberg, Scherchen o Webern el que dirigió los ensayos que oí. Diaghilev y yo hablábamos alemán con Schönberg, que era amable y cordial, y tuve la impresión de que*

(1) *Bajo esta denominación se comprende a los compositores rusos más conocidos de dicha época: Balakirev, Kui, Mussorgsky, Rimsky-Korsakov y Borodin.*

se interesaba por mi música, especialmente por «Petruchka». Al cabo de cuarenta y cinco años, es difícil acordarse de las propias impresiones, pero sí recuerdo con mucha claridad una cosa: que el contenido instrumental de «Pierrot Lunaire» me impresionó extraordinariamente. Y al decir «instrumental» no me refiero sólo a la instrumentación de dicha música, sino a toda la estructura polifónica y contrapuntística de esta brillante obra de arte instrumental. Por desgracia no puedo acordarme de Webern, si es que alguna vez he llegado a encontrarme con él.

PREGUNTA. — *Puesto que trata usted ahora de estos recuerdos, ¿podría hablar de su último encuentro con Proust?*

STRAVINSKY. — *Después del estreno de «Mavra» y «Renard», en junio de 1922, acudí a una reunión en casa de una amiga mía, la princesa Violette Murat, en donde se encontraba también Marcel Proust. La mayor parte de las personas allí reunidas había asistido al estreno de mis obras en la Gran Opera, pero Proust acababa de salir de la cama, ya que como de costumbre se había levantado muy entrada la noche. Estaba pálido y vestía al estilo francés, muy elegante, llevando guantes y bastón. Hablamos de música y él expresó su gran entusiasmo por los últimos cuartetos de Beethoven, entusiasmo que yo hubiera compartido sin duda si no hubiera sido un lugar común entre los intelectuales de aquella época y no representara una afectación literaria más bien que un juicio sobre el valor musical.*

PREGUNTA. — *Klee, Kandinsky y Busoni se hallaban presentes en Weimar, en el año 1923, durante el estreno de «La historia del Soldado». ¿Recuerda usted algo de esos tres autores en dicha época?*

STRAVINSKY. — *Yo estuve muy poco tiempo en Weimar, sólo el preciso para los ensayos y el estreno de «La historia», que fue dirigida por Hermann Scherchen. De los tres artistas que usted menciona sólo conocí a Busoni, que se encontraba en el mismo palco que yo durante este estreno. Parecía muy fuertemente emocionado por esta obra; pero no era fácil distinguir si esta emoción era debida al texto de Ramuz, a mi música o a ambas cosas a un tiempo, sobre todo sabiendo que yo era para él «la oveja negra» de la música. Por desgracia no vi a Klee allí, ni tuve ya nunca ocasión de encontrarle. Más adelante, tuve la fortuna de conocer a Kandinsky en París, por los años próximos a 1930. Permanecerá siempre en mi recuerdo como un aristócrata, un* homme de choix.

PREGUNTA. — *¿Está usted de acuerdo con Schönberg en que una buena composición sólo puede interpretarse a un ritmo determinado? (Según el criterio de Schönberg, el himno nacional austríaco del Cuarteto Imperial de Haydn, es un ejemplo de una pieza musical de ritmo indeterminado.)*

STRAVINSKY. — *Yo creo que cada composición musical ha de tener forzosamente su ritmo original, su pulso; la diversidad de los ritmos tiene su origen en ejecutantes que a menudo no conocen bien el ritmo de la composición que tocan o que relacionan algo personal con sus conciertos. Así, en el caso de la famosa melodía de Haydn, si hay inseguridad acerca de su ritmo es culpa de la conducta inquietante de sus numerosos intérpretes.*

PREGUNTA. — *¿Qué música le complace más?*

STRAVINSKY. — *Yo interpreto siempre las obras de los virginalistas ingleses con un placer que no falla nunca. También ejecuto con igual placer las de Couperin, y muchas Cantatas de Bach, tantas que apenas puedo distinguir unas de otras; sin contar los numerosos madrigales italianos, la «Sinfonía sacrae», de Schütz, las misas de Josquin, Ockeghem, Obrecht y otros. Los cuartetos y las sinfonías de Haydn, los cuartetos y las sonatas de Beethoven, y sobre todo sus sinfonías, como la segunda, la cuarta y la octava, tienen todavía para mí todo su encanto y toda su frescura. De la música de este siglo me subyugan aún con preferencia dos períodos de Webern: las obras instrumentales de su última época y las canciones que escribió después de las doce primeras obras y antes del Trío; una música que ha escapado al peligro de hacerse excesivamente preciosista, que se descubre en sus primeras piezas y que representa quizá lo más rico que Webern ha escrito. No quiero decir con esto que las últimas cantatas sean un descenso —muy al contrario— pero su sensibilidad me escapa y prefiero las obras instrumentales.*

ROBERT CRAFT

LOS ANTIGUOS MANUSCRITOS

POR ALFONSO REYES

SOLIAN DECIR los maestros del siglo XIX que la filología latina era muy distinta de la filología griega, refiriéndose singularmente al acervo de manuscritos que provienen de la Antigüedad. Pues —afirmaban— en tanto que el material latino representa una herencia de transmisión continua para los pueblos occidentales, el material griego es una aportación venida de fuera. Y es cierto que el copista latino se encuentra en condiciones de inferioridad con respecto al copista griego. Este transcribía textos de su propia lengua; salvo excepciones, los entendía con facilidad. Aun rechazando lo más posible hacia el pasado el uso del griego medio y hasta del moderno, las obras griegas y bizantinas pertenecen al idioma mismo del escriba. Pero el occidental, que es el copista de los textos latinos, si —en el mejor de los casos— habla una de las lenguas romances o neolatinas (español, francés, italiano, etc), o si, en el peor supuesto, habla alguna lengua sajona o germánica, está copiando una lengua ajena, una lengua de cultura, por mucho que haya logrado apropiársela.

Sin embargo, esta consideración para nada afecta realmente la disciplina, la técnica, el conocimiento de los materiales manuscritos. Las observaciones y reglas que valen para los textos latinos, valen también para los griegos. Más aún, los mismos métodos pueden y deben aplicarse a los manuscritos que proceden del dominio oriental.

Es, pues, lícito exponer en conjunto algunas reflexiones sobre los manuscritos clásicos —griegos o latinos— que sostuvieron y alimentaron la cultura de la Edad Media antes de la aparición de la imprenta, y tal síntesis ha comenzado ya a intentarse. Pero, en muchos casos, estas reflexiones pueden extenderse también a los manuscritos modernos.

Así, por ejemplo, uno de los más famosos manuscritos modernos contiene la obra de Pascal y se conserva en la Biblioteca Nacional de París. Es un conjunto de notas escritas por Pascal o por él dictadas, y se lo ha llamado sus *Pensamientos*. Estas notas, pegadas de cualquier modo en unos cuadernos, se copiaron después de la muerte del filósofo y no son realmente una obra de Pascal, sino un hacinamiento de las páginas que él dejó sobre diversos asuntos. Entresacando y zurciendo éstos y los otros pasajes, Couchoud ha reconstuído recientemente lo que él llama *Discurso sobre la condición del hombre*. Poco después, Brunet ha reconstruído la célebre «Apuesta» (*Pari de Pascal*). Todo ello se ha hecho mediante la aplicación de los métodos elaborados desde hace un siglo por la filología clásica. Ultimamente, Bogerhoff (*The Sewanee Review*, LXV, 1, invierno de 1957) ha explicado la posibilidad de desentrañar en las notas pascalianas una apología del cristianismo que puede resultar metódica, coherente y concebida como un trabajo de retórica, en el sentido noble y erudito del término, o sea un trabajo de persuasión.

B.D.I.C

Y todavía, para los que pretenden fijar la fecha de aquellas notas, falta despegarlas todas y examinar el papel y la filigrana de cada una.

Durante mi estancia y viajes de varios años por Europa, entre recuerdos, estudios proyectados, anotaciones en mis diarios y otros trabajos dispersos a los que, en oca-

siones, la pluma parece entregarse por sí sola, y con lo que he venido a encontrarme del año 1939 en adelante (es decir, desde que me fué dable establecerme en México con todos mis libros y papeles), he juntado algunas noticias, que luego se han ensanchado mediante la lectura de ciertas monografías.

Los manuscritos modernos conservados en las grandes bibliotecas son, a veces, meros atados de papeles, y es el caso más lamentable ; otras, son hojas montadas y encuadernadas en cartivanas, como los billetes de Napoleón a la emperatriz María Luisa, en la Nacional de París ; ya son verdaderos tomos escritos de modo continuo ; ya, en fin, dactilogramas para los escritores más recientes que usan la máquina. Y aun hay casos extravangantes, como cuando Anatole France —por afición a los manuscritos que algunos llamarán «idolización del pasado»— hacía copiar a mano, en formato grande, papel escogido y hermosa escritura, algunos de sus libros ya impresos, *ad usum amicorum*.

En el París de mis tiempos, aparecía *Le Manuscrit Autographe*, revista que publicaba autógrafos de Víctor Hugo, Musset, Mallarmé, y de otros escritores contemporáneos, franceses y extranjeros. Yo mismo di a esa revista algunos de mis poemas, escritos de mi puño y letra y acompañados por traducciones de poetas franceses. Y ciertas librerías exponían en los escaparates et texto autógrafo de tal o cual novela a la moda, y lo vendían a precio subido como un complemento de ganancia para el autor. Prácticas recomendables sin duda, pero de que no he logrado convencer por aquí a ningún posible editor de revistas ni a ningún librero.

En rigor, la noción filológica del manuscrito sólo se aplica a la escritura manual, pero no abarca todo lo escrito a mano ; pues no podría designar, por ejemplo, las hojillas de sicómoro que sirven de etiquetas a las momias de los museos. Y, desde luego, el término «manuscrito» sólo asume su sentido actual cuando se descubre la imprenta, la escritura mecánica. Tanto es así que el término griego *cheirógraphon* y el latino *manuscriptum* son, podemos decir, de creación reciente. Cuando los hallamos en el siglo II a. C. para el griego, y en el III d. C. para el latín, más bien significan «lo auténtico», «lo autógrafo», y no precisamente el carácter manual.

Ya se comprende que, para el filólogo clásico, «manuscrito» quiere decir lo mismo que «libro», lo que hoy llamamos «libro». Y la diferencia que hoy tenemos por fundamental entre «libro manuscrito» y «libro impreso», aún durante mucho tiempo después del albor renacentista, carecía del sentido actual, pues el libro impreso se consideraba en cierto modo como un sucedáneo o sustituto nada más del libro manuscrito. De suerte que, para los humanistas del siglo XV y aún algunos del XVI, en muchos casos la palabra *libri* designaba todavía los manuscritos.

La Antigüedad conoció dos formas de libros : el *volumen* o rollo y el *codex*. Y lo que hoy llamamos «volumen» es más bien un *codex*, nuestro libro. Pero esta palabra, en las lenguas romances, amén de su sentido primero que aún se conserva en español («códice»), ha dado derivaciones para el derecho, la farmacopea, la policía carretera, los mensajes cifrados.

Con excepción de algunos textos griegos y latinos de la Edad Media, ninguna obra antigua nos ha llegado en su forma origi-

nal, ejemplar de autor o siquiera de amanuense. Es decir que, en el estudio de la Antigüedad, nunca nos encontramos con una obra autógrafa. El caso excepcional de San Nilo de Grottafermata, más que un autógrafo original, parece una transcripción temprana. Pero generalmente entre una obra antigua y sus copias conocidas ha transcurrido un tiempo considerable. Jenofonte escribía en la primera mitad del siglo IV a. C., y sus copias más antiguas datan del siglo XII de nuestra era. La *Germania*, *Agricola* y el *Diálogo de los oradores*, de Tácito, sólo aparecen en manuscritos de nuestro siglo XV. Las obras de los grandes clásicos griegos anteriores al siglo IV a. C. por lo común se escribieron según grafías y letras que hoy ni siquiera utilizamos. Al estudiar, hace muchos años, los textos de Góngora, señalé el hecho de que ningún libro de sus poemas fué publicado por el autor, que dichos textos ofrecen problemas de tradición oral, que ninguno se conserva en autógrafo, y que aun el manuscrito gongorino más autorizado (el Chacón), escrito bajo la vigilancia del autor, se resiente todavía de irregularidades debidas a la ausencia de textos escritos por el mismo Góngora. Casi en nuestros días, tenemos el caso —entre otros— de Víctor Hugo, que no se edita hoy con la grafía del autor, quien además cambió de sistema durante su vida dos o tres veces. No es de extrañar: muchos conservamos aún nuestros manuscritos de la época en que se acentuaba la disyuntiva o, por ejemplo ; y en estos momentos hay quien, autorizado por las nuevas reglas académicas (así en la ediciones del Fondo de Cultura Económica), no acentúa ya la palabra *fue*.

En asunto de filología clásica, estamos, pues, siempre ante una copia. Luego el primer problema que se nos ofrece es el problema de la copia. Por suerte este problema nos es inmediato y lo conocemos por dentro, pues todos, más o menos, hacemos todos los días labor de copistas o revisores de copias, y conocemos por experiencia personal los caprichos, los errores involuntarios, repeticiones, omisiones, que se deslizan en nuestros originales, a máquina o a mano, y los que luego se encuentran en nuestras copias.

Comprendemos, pues, perfectamente que el oficio del escriba —que generalmente era también un calígrafo— es un oficio delicado. El escriba debe precaverse contra las faltas de transcripción y contra las inevitables distracciones. Entregado a la reproducción de un modelo, no sólo se siente embarazado por los errores que el mismo modelo puede presentar, sino también por las peculiaridades de grafía, acentuación y puntuación que no le son propias. Corre el riesgo de rejuvenecer la copia sensiblemente, de uniformarla a su manera, y aun padece la tentación de corregirla. Ya he contado en alguna parte que, al cuidar en Madrid la impresión del manuscrito gongorino de Chacón, impresión que gobernaba desde París el eminente hispanista Raymond Foulché Delbosc, se produjo uno de estos casos de tentación de uniformidad, pues el sabio maestro se empeñó en que sólo usáramos acentos graves y nunca agudos, y que en los casos de diptongo disuelto usáramos una combinación de agudo y grave, como un circunflejo partido en dos. Lo cual distaba de ser regla en el manuscrito Chacón y más bien parecía una arbitrariedad esporádica, acaso comparable a la indiferencia con que ciertas ediciones de la época ponían acentos graves en vez de agudos (tal vez porque los tipos estaban

hechos para las ediciones latinas, en que de alguna manera se procuraba distinguir las sílabas largas de las breves). En fin, aunque la atención del escriba se enfoque pertinazmente en su tarea, el escriba no es un *robot:* es un ser humano como los demás, rodeado por las mil solicitaciones y provocaciones del mundo.

Entre los copistas que se permiten co-

rrecciones arbitrarias en los textos, los autores citan a cierto Angel Vergecio, escriba cretense que ejercía su oficio en Francia bajo el monarca Enrique II (siglo XVI), tan hábil y estimado por los demás que para él se acuñó la frase « escribir como un *ángel*».

Pues ¿cuáles han de ser las condiciones del buen copista? (De paso, no lo confundamos con el editor crítico, que es cosa distinta, como sin duda lo era Foulché-Delbosc, aunque lo citamos antes para dar ejemplo de una uniformación violenta, ya que no perjudicial en el caso. Y, desde luego, como todos lo saben, la crítica de los textos es práctica lícita e indispensable, cuyas primeras reglas tal vez aparecen en *De Grammaticis* de Suetonio: *distinguere*, *emendare*, *adnotare*.) ¿Cuáles han de ser, pues —repetimos— las condiciones del buen copista? El buen copista debe reproducir fielmente aun las faltas de su modelo, como en una fotografía ; al modo de aquel obrero japonés (muy anterior al Japón actual) que reprodujo el tanque de gasolina de un auto exacta y puntualmente, pero también copió la avería, el agujerito por donde se vaciaba la esencia ; o al modo del joven Solalinde (más tarde gran erudito y especialista en Alfonso el Sabio), cuando, recién llegado a Madrid, reprodujo un esquema que le dió el arqueólogo Gómez Moreno con todos los errores e irregularidades del original.

Algunos escribas llevaron su escrupulosidad a tal extremo que aun se esforzaban por imitar ciertas singularidades en la letra del original. Ello nos recuerda el editor de ya no sé qué poeta español del Siglo de Oro —meticuloso editor—, que hizo fundir, para su edición, una colección de *íes* sin punto, porque descubrió que su poeta nunca ponía los puntos sobre las *íes*, al revés de lo que manda la frase hecha.

El filólogo moderno tiende a juzgar de la copia tan sólo por el mecanismo de las faltas. Constantemente encontramos la fórmula acusatoria: *Negligentia librarii*. Es una injusticia. Aquella casta de hombres era mucho más paciente que nosotros, y le debemos mucho. A veces, hasta es sorprendente la fidelidad con que han venido transmitiendo, de siglo en siglo, ciertas formas de palabras ya desusadas. Algunos escribas, al final de su copia, se jactan de su cuidado y de su exactitud. Otros, al contrario, piden disculpas al lector por sus posibles deficiencias. Todos fueron beneméritos servidores de las letras, y merecieron, como suelen solicitarlo en las últimas líneas de los manuscritos, que roguemos a Dios por la salvación de su alma. Pues, según abundantes y candorosos testimonios de los escritores ascéticos, el oficio de copista —oficio de monje como se sabe, puesto que debemos a los monasterios el caudal de textos clásicos que hasta nosotros ha llegado— era de los más expuestos a caer en el pecado de orgullo y, así, a rodar por los abismos de la condenación eterna.

ALFONSO REYES

HUAYNA CAPAC

gran constructor de Quito

POR JORGE CARRERA ANDRADE

Los conjurados repartían secretamente las armas, ocultas en cestos de hojas de coca. La abundancia de esta planta en el reino de Quito desvanecía cualquier sospecha ante el gran número de personajes y hombres del pueblo que parecían de pronto no tener otra ocupación que masticar las prodigiosas hojas verdes, otorgadoras de la insensibilidad ante el sufrimiento y de la resistencia a la fatiga.

Por los caminos que conducían a la «ciudad santa del sol» transitaban recuas de llamas cargadas de cestos de hojas de coca, guiadas por hombres que hablaban el dialecto de los caranquis o de los pansaleos. Se veían menos cargadores de leña, menos mujeres que recorrían los caminos con su trotecillo monótono, mientras hacían girar entre las manos el huso con que hilaban la lana.

Los «orejones», inconfundibles aún desde lejos por los discos de oro que colgaban de sus orejas, observaban con curiosidad los ajetreos de ese intenso y misterioso tráfico de hojas de coca. Los guardias encargados de vigilar el camino del norte, en las inmediaciones de Quito, siguieron a una recua de llamas y vieron entregar cautelosamente su carga a un grupo de hombres, en un escondite del monte Ichimbía. Los conspiradores fueron sorprendidos y apresados ; pero, cosa extraña en verdad, pocos días después salieron libres por orden del regente Apoc Hualpaya, encargado del gobierno hasta que Huayna Cápac viniese del Cuzco a ocupar el trono.

Algunos «orejones» al servicio del Visitador del Inca o Michí de Chinchasuyo descubrieron varios depósitos de armas en la colina del Yavirac y en los propios Baños construídos por el Inca en las estribaciones del Pichincha. Vieron también que los principales señores emparentados con la familia de los Duchicelas se reunían con el regente, en secretos conciliábulos, y comunicaron su hallazgo, sin perder tiempo, al Michí de Chinchasuyo. Este funcionario encontró la clave del misterio: todos los pueblos del reino de Quito estaban prontos a levantarse, instigados por el regente Apoc Hualpaya. Con gran secreto llevaron la noticia al Cápac Apo los más veloces *chasquis* o correos incaicos. El viejo y fiel Guamán Achachi —que había acompañado a Túpac Yupanqui al descubrimiento de las «Islas Encantadas» y había obtenido la mano de la hija de este Inca para su propio hijo mayor— se hallaba ejerciendo el cargo de Cápac Apo o Teniente General del Imperio. Alertado acerca de la conspiración que se tramaba contra el poder real, hizo matar por sorpresa al regente y fué implacable en el castigo de los conspiradores. En todo el país se llevaron a cabo ejecuciones sumarias y muchos infelices perdieron la vida en los pavorosos encierros, conocidos con el nombre de «sancay» o pozos de alimañas.

A pesar del llamamiento insistente de los pueblos, Huayna Cápac, heredero del trono incaico, no tomó el cetro del Tahuntinsuyo hasta la muerte de su madre Topac Palla, quien le había enseñado a amar el reino de Quito. Después de los solemnes funerales de la anciana princesa Cañari, nombró gobernadores del Cuzco a Guamán Achachi y Apo Hilaquita y se puso en camino hacia su tierra natal. En las cercanías de Tomebamba, hizo construir un edificio, Ingapirca —sobre los cimientos de una antigua fortaleza — para señalar de una manera memorable el lugar de su nacimiento. Emprendió asimismo la reconstrucción del palacio de Mullucancha —donde se guardaba el «oráculo hablador»— y ordenó tapizar sus paredes con caracolillos y placas de oro y plata. En el interior, hizo erigir la estatua de oro de su madre.

La ciudad de Quito recibió a Huayna Cápac con grandes festejos. El soberano, que había adoptado el título de «Pastor de los Rebaños del Sol», trajo a la ciudad elegida la estatua de Manco Cápac, que debía acompañarle siempre, aun en «la otra vida». Esta figura protectora tenía metro y medio de alto y estaba esculpida en un solo bloque de piedra.

En la colina del Yavirac se presentó el Inca luciendo en su diadema real la borla carmesí de sus antepasados juntamente con la esmeralda de los Shiris y Duchicelas, y ofreció un sacrificio al Sol por la prosperidad de los dos reinos, fundidos en el gran Tahuantinsuyo. Luego dictó las disposiciones más convenientes para el embellecimiento arquitectónico de la ciudad, la construcción de acueductos y otras obras.

Hizo levantar Templos del Sol en Quito, Latacunga, Mocha y Tomebamba. No olvidó de efectuar las reparaciones necesarias para salvar de la acción destructora del tiempo los palacios y monumentos de los Duchicelas. Mandó construir aposentos reales a lo largo de los Andes y erigir «miradores del Inca» y relojes agrícolas de piedra que marcaran el tiempo de la siembra y de la cosecha. Ordenó restaurar la calzada que atravesaba el reino de Quito y que existía desde una época muy anterior a la invasión incaica, y al mismo tiempo abrir nuevos caminos y levantar andenes o terrazas que impidieran la erosión de las tierras andinas. «En la época en que las carreteras europeas eran verdaderos barrancos —dice Yvar Lissner— las calzadas incaicas eran las mejores del mundo.»

Huayna Cápac fué el monarca de las obras públicas, amante de terrazas, jardines y estatuas. Mandó levantar su propia estatua en Tomebamba y dispuso la construcción de casas de placer en varios lugares del reino. Se cuenta que hizo trasladar una casa de cantería de piedra a Zaranguro, lugar de recreo. En el curso de una tempestad ecuatorial, un rayo partió en dos la gran piedra labrada del dintel, y los obreros dejaron abandonados los bloques pétreos a orillas de la calzada.

Entre las innovaciones aportadas por Huayna Cápac figura la implantación de un servicio de transporte en los lagos de la Sierra, para lo que hizo traer las embarcaciones de madera de balsa, provistas de velas, que empleaban los indios de Manta. También impuso la rueca, de origen mochica, con la que dió gran impulso a la industria doméstica de los tejidos en el reino de Quito.

Pero la paz no era todavía una realidad. Los guerreros de la Isla Puná atacaban sin descanso a los habitantes de la región de Túmbez, mientras los caranquis —con lo que restaba de las fuerzas militares, mandadas por el propio rey de Quito, Cacha Duchicela— dominaban todo el norte del país. Más aún, la hija de ese rey, heredera legítima del trono, a quien los invasores llamaban «la princesa de los quillacos» o «la reina de Cochasquí», al frente de tropas aguerridas, hacía frecuentes incursiones en el territorio ocupado por las avanzadas incaicas y se había fortificado en las orillas del río Pisque.

Huayna Cápac resolvió abrir la campaña y proseguir la conquista de los pueblos del norte. Al frente de numerosas tropas, dirigió en persona las operaciones. Delante del ejército marchaban los honderos cubiertos de armaduras de algodón prensado y yelmos de madera. Luego, los flecheros con sus escudos de palma de chonta o de piel de venado. En el centro iba el Inca sobre sus andas de oro, armado con una maza de cinco puntas. Detrás venía el grueso del ejército con sus lanzas, porras y venablos arrojadizos. Los soldados conducían «enormes escudos de tela que cubrían cien

EL EMPERADOR HUAYNA CAPAC

hombres contra las piedras de las hondas». En su expedición, organizada minuciosamente, Huayna Cápac siguió el consejo de sus mejores generales, y en particular, de sus hermanos Auqui Atavalo, Auqui Chicllo Callo y el viejo Huanca Auqui Tomac a quien nombró Capitán General del Ejército.

Las tropas expedicionarias avanzaban cautelosamente, siguiendo las indicaciones de algunos espías —originarios de las tribus de los Paltas— que solían preceder a los soldados del Inca y que, en esta ocasión, habían logrado penetrar en las líneas enemigas, disfrazados de cargadores de leña. Estos espías señalaron las posiciones de los quillacos que se hallaban emboscados en la orilla del río, detrás de grandes pedruscos. Huayna Cápac puso fuego a los pastos secos y a la maleza, y muchos enemigos perecieron quemados o fueron victimados a flechazos al querer escapar por el río.

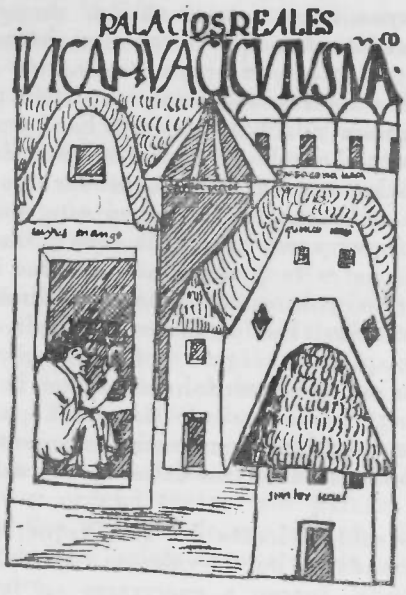
La noticia de esta victoria llegó muy pronto a Quito y a los otros pueblos y revistió al Inca con la aureola de la leyenda. Se dijo que Huayna Cápac había recibido del sol «un arma terrible que consistía en tres cristales de roca y una honda, y que al encontrar al enemigo había disparado uno de esos cristales contra una gran piedra rodeada de maleza. Entonces —prodigio inaudito del sol— el cristal, al chocar contra la piedra la había roto en pedazos con un estallido, produciendo fuego que había consumido la maleza y al mismo tiempo los soldados ocultos en ella.»

Huayna Cápac, en su calidad de pastor o sacerdote del sol, llevaba un brazalete «con una placa de oro, cóncava, que concentraba los rayos del sol sobre una mota de algodón y la hacía arder». Ese poco algodón estaba colocado en el brasero de los sacrificios que se solía encender de este modo. ¿Huayna Cápac aplicó este método para hacer arder la hierba seca? Sin embargo, no es la primera vez que los incas recurrían a la estratagema del «incendio a distancia». En los anales de Pachacútec se lee que éste «lanzó con su honda una piedra caliente para hacer arder la maleza». ¿O acaso se sirvió Huayna Cápac del espejo de metal que, según Sarmiento de Gamboa, llevaban los incas en sus campañas?

Los sobrevivientes del río Pisque, siempre mandados por la valerosa hija del Rey de Quito, fueron a encerrarse en la fortaleza de Cochasquí para continuar la resistencia ; pero el ejército incaico se impuso por el número, y, en el tremendo asalto, los defensores que no perecieron bajo la flecha y la lanza fueron hechos prisioneros, entre ellos la princesa guerrera, obligada desde entonces a seguir en el cortejo del vencedor.

Huayna Cápac marchó con gran celeridad sobre la fortaleza de Caranqui, donde parecía hallarse el centro vital de la resistencia del enemigo. Durante la batalla que culminó en la toma de esta fortaleza, los «orejones» que sostenían las andas reales perecieron bajo una súbita lluvia de flechas y Huayana Cápac cayó al suelo escapando de morir a manos de los soldados caranquis. La oportuna intervención de los capitanes incaicos que le rodearon escudándole con sus cuerpos, evitó un acontecimiento que hubiera cambiado la historia del Reino.

El «monarca afortunado» creyó finalizada la guerra contra los caranquis y decidió regresar a Quito, dejando al frente de las fuerzas al general Auqui Tomac. En su decisión habían influído quizás otros motivos: su caída de las andas, que le había dejado el cuerpo maltrecho, y la belleza de la princesa cautiva, que le había robado la paz de su corazón. Además quería tomar algún reposo antes de emprender la campaña contra los huancavilcas y los habi-



LOS PALACIOS REALES DEL INCA
(Del códice de Guamán Poma.)

tantes de la Isla Puná que se habían sublevado contra la dominación incaica.

La primera providencia que tomó el Inca en Quito, fué enviar al sur un ejército numeroso bajo el mando del general Xucalmanco. La campaña de la costa se facilitó grandemente por el camino que el Inca había hecho construir hasta Baba. Xucalmanco llegó hasta las orillas del río Guayas y allí ordenó a todos los habitantes de la región que ayudasen a sus soldados a construir un puente de balsas y de grandes troncos de otros árboles tropicales, atados con cuerdas, para facilitar el paso a la orilla opuesta. Terminada la obra de ingeniería, el ejército comenzó a pasar, cuando de pronto atacaron los huancavilcas y cortaron las cuerdas del puente. Muchos soldados incaicos perecieron ahogados y los que salieron a la orilla perdieron la vida bajo las lanzas de sus enemigos. Sólo escapó con vida Xucalmanco en compañía de unos cuantos capitanes y un puñado de hombres.

Cuando se supo esta noticia en Quito, el Inca se puso a la cabeza de tropas de refuerzo y marchó con presteza hacia la costa. En pocos días bajó como una avalancha de las alturas de la Cordillera y atacó por sorpresa a los huancavilcas causando en ellos gran mortandad. Los supervivientes se atrincheraron en la orilla opuesta del río Guayas. Huayna Cápac, aprovechando de la lección de Xucalmanco, mandó construír un paso a través del río, pero esta vez con tierra y piedras. Esta obra no pudo terminarse, debido a la profundidad y fuerza de la corriente, por lo que Huayna Cápac abandonó su empresa. No obstante, desde entonces se designó a ese lugar con el nombre de Paso de Huayna Cápac.

El Inca hizo armar una gran flota de balsas y atacó las posiciones del enemigo. Luego de hacer varios desembarcos en la costa y ocupar las plazas fuertes de los huancavilcas, navegó por el golfo hasta las islas. En la toma de la Isla Puná se distinguió el general Xucalmanco que perdió la vida durante la última escaramuza, destinada a dar el triunfo a las tropas incaicas sobre los isleños. Huayna Cápac le decretó solemnes funerales dignos de un dios e hizo colocar la estatua del jefe leal junto a las de los ídolos Casipoma y Huaraqui.

Una noche tórrida y húmeda, mientras el ejército victorioso dormía a orillas del golfo de Guayaquil, bajo las tiendas de campaña, confeccionadas con telas de algodón, Huayna Cápac, que no había podido conciliar el sueño, velaba en compañía de uno de sus generales y de algunos amautas y orejones, junto a las aguas que apenas rizaba un soplo de brisa, cuando fué víctima de una singular alucinación que algunos creen fué un acceso de delirio causado por la fiebre palúdica: vió su campamento asediado por millares de fantasmas, «espíritus de los vivos», como si fueran a atacarlo. Estremecido de pavor, el Inca dió a su ejército la orden de regresar a Quito. Había permanecido un año en Guayaquil, dedicado a la pacificación de los pueblos de las islas y del litoral y tenía prisa en llegar a la alta ciudad de los Andes. Entró en Quito en el mes de diciembre y el pueblo le recibió con grandes sacrificios de llamas y vicuñas, porque en esos días se celebraba la festividad de Cápac Raymi o la Gran Pascua Solemne del Sol. En tal ocasión, las vírgenes del sol participaban en las ceremonias de la iniciación de los jóvenes, que comprendían muchos días de danza y libaciones de chicha. En el último día se celebraba un gran sacrificio en el cerro del Yavirac y el Inca ofrecía al Sol

la tradicional bebida de maíz en un vaso de oro.

Huayna Cápac recibía diariamente, en su palacio de Quito, las noticias que le traían los «chasquis» de la situación militar en el norte. Los caranquis, aliados con los cayambis y otros pueblos, habían presentado batalla a las tropas incaicas en Pesillo, logrando ponerlas en derrota, pero después de varios incidentes, con la ayuda de nuevos refuerzos, el general Auqui Timac había podido avanzar hasta las cercanías de la fortaleza de Hatuntaqui.

La campaña se desarrollaba con lentitud. A raíz de un ataque infructuoso a la fortaleza, los soldados del Inca emprendieron la retirada. Atacaron otra vez con mayores bríos y se vieron obligados de nuevo a volver las espaldas. El rey Cacha Duchicela hizo una salida, con gran parte de los defensores de la fortaleza y alcanzó al enemigo frente al campamento de Auqui Atavalo, donde dió la batalla, con singular bravura. En esa acción pereció el general Auqui Tomac con la flor del ejército incaico.

Huayna Cápac resolvió tomar personalmente el mando del ejército y avanzó contra Cacha Duchicela. El Inca destruyó todo a su paso en la tierra de los cayambis y se presentó frente a la fortaleza con gran número de tropas, mandadas por sus mejores generales, entre ellos el propio Michí de Chinchasuyo. La fortaleza de Hatuntaqui era el símbolo de la integridad del Reino, y todos los esfuerzos de los pueblos indómitos se dirigían a mantener incólume este último reducto. Huayna Cápac lo comprendió así y se valió de una estratagema que resultó eficaz: mientras fingía retirarse con sus tropas ante las fuerzas enemigas que salían arrolladoras y confiadas de la fortaleza, mandó al Michí de Chinchasuyo que atacara por la retaguardia y entrara en la plaza custodiada. Luego, el Inca se detuvo para hacer frente a sus enemigos y logró la victoria. En medio de ese ataque furibundo en campo abierto, el rey de Quito pereció de un lanzazo en el pecho. Al ver el cadáver de su monarca, los defensores de la fortaleza perdieron el ánimo y abandonaron esos lugares, buscando refugio en la Cordillera.

El Michí de Chinchasuyo aconsejó al Inca marchar inmediatamente contra el cacique de Cayambe, que se había retirado en compañía de los capitanes Píntac y Cántoc a ciertas posiciones situadas en un lago. Las tropas incaicas llegaron a las orillas y vieron muchas balsas tripuladas por sus enemigos. Huayna Cápac hizo traer de un lago vecino —que se conocería medio siglo más tarde con el nombre de San Pablo— las pequeñas embarcaciones de junco, llamadas por su forma «caballitos de totora», y embarcó en ellas a sus tropas, trabándose luego la batalla acuática entre los dos ejércitos: ¡Batalla lacustre sin igual en la historia americana! El valeroso capitán Nasacota Puento, cacique de Cayambe, había hecho construir andamios en los árboles y en el mismo lago, y en esas improvisadas fortalezas aéreas había apostado muchos hombres de armas que disparaban sus flechas y sus hondas contra los soldados del Inca.

Huayna Cápac ordenó a los tripulantes de las embarcaciones de totora que fueran a cortar los árboles, de donde partía la muerte sin descanso en la flecha o el proyectil de piedra. Los árboles fueron abatidos y cayeron con gran estruendo sobre los invasores incaicos matando a sus mejores capitanes. Huayna Cápac, con el corazón entristecido por esta pérdida, mandó no dar cuartel a sus adversarios, y así los

ALBAÑILES Y AMOJONADORES

(Del códice de Guamán Poma.)

que no perecieron ahogados fueron pasados a cuchillo. En su lenguaje pintoresco, Juan Santacruz Pachacuti Yamqui cuenta la victoria incaica: «...hasta hacen gran matanza a los cayambis ; así por ellos se huyen muy pocos ; hasta treinta mil hombres, a recogerse a las montañas de donde el Inca hace cerco haciendo gran estrago ; después de algunos días echa de dentro de las montañas de Otabalo, así los enemigos se recogen a una laguna en donde había un sauce temerario y totorales y allí cércales y hace gran matanza en ellos...»

Píntac y Cántoc escaparon de morir entre los juncos de ese lugar siniestro que desde entonces se llamó Yahuarcocha o Lago de Sangre, por el gran número de víctimas que tiñeron de púrpura sus aguas. Píntac, al frente de mil soldados consiguió romper el cerco sangriento y formó una guerrilla con la que hostilizó infatigablemente a los invasores ; pero acosado por fuerzas más numerosas, se vió obligado finalmente a rendirse.

Huayna Cápac mostró una crueldad inaudita con sus enemigos. Mandó desollar al capitán Píntac y ordenó hacer con su piel un tambor. Dió orden de degollar a todos los adultos de la región de los cayambis, y congregando à los demás habitantes, les dijo: «Ya no sois sino una nación de niños.» Este acto inútil y sangriento no produjo el resultado que esperaba: los niños se volvieron hombres y siguieron la tradición de sus mayores, oponiendo una resistencia moral y material a la penetración incaica y permaneciendo como un islote de cultura cara en medio de los nuevos usos y costumbres implantados por los invasores.

El Inca vencedor llegó hasta el Angasmayo, o Río Azul en lengua aborigen, extremo límite septentrional del reino de Quito, y allí señaló con estacas de oro la frontera del imperio. Luego, se dedicó a consolidar sus conquistas. Su primera medida fué aplicar severamente la ordenanza real que prohibía en toda la extensión del territorio hablar otra lengua diferente del quechua. Reglamentó el cultivo de la coca. Hizo de Caranqui —región de gran belleza natural— su residencia de campo, en donde disfrutó de la paz en compañía de aquella princesa, hija del último rey de Quito y un tiempo su cautiva, de quien había

LAS ANDAS REALES DEL INCA
(Del Códice de Guamán Poma.)

hecho su esposa a pesar de la oposición de los familiares del Inca que la acusaban de costumbres disolutas y de haber mantenido relaciones amorosas con varios capitanes de su padre, Cacha Duchicela. Más aún, pretendían que la «reina de Cochasquí y de los Quillacos» había hecho construir un pozo donde hacía perecer ahogados a sus favoritos en desgracia. Montesinos que cuenta este hecho, dice que el nombre de esta princesa era Quilago. El Padre Oliva, que la supone de hermosa figura y de singulares dotes intelectuales, la llama Huallara. Juan Santacruz Pachacuti Yamqui la da el nombre de Tocto Oello. Los historiadores Niza y Velasco la llaman Paccha Duchicela y le conceden un misterioso atractivo, llegando a sugerir que su amor animó la vida batalladora del capitán Píntac.

De la unión de la princesa quinteña con el Inca nació Huaypar Titu Yupanqui, a quien se le llamaría más tarde Atahualpa. El historiador Montesinos afirma que este nombre fué tomado de la nodriza Ata-Hualpa, que significa «virtud de la bondad o fuerza de la dulzura».

*
**

Mientras el soberano se encontraba ocupado en la obra de la organización de las ricas tierras de Quito, los chiriguanos ata-

caron el Imperio de Tahuantinsuyo desde el sudeste, dirigidos por el español Alejo García que, abandonado en las costas del Brasil por sus compañeros de navegación, les había enseñado las técnicas europeas y el uso de la pólvora. Asimismo, un año antes de la muerte del Inca —o sea en 1526— algunos españoles capitaneados por el piloto Bartolomé Ruiz desembarcaron en las costas de Esmeraldas y Manabí. Los habitantes de Atacames vieron en aquellos días el primer caballo, y su figura fogosa y resoplante les pareció la de un ser sobrenatural y les llenó de pavor. Las tradiciones antiguas afirman también que varios indios de México llegaron a Quito a advertir al Inca del peligro de la conquista extranjera. Los cronistas afirman que Huayna Cápac llamó a su ejército del norte porque había recibido noticias de la costa «de que el agua había arrojado monstruos marinos, semejantes a los hombres, que se mueven en el mar en grandes casas.»

De este modo, el Inca se dió cuenta de la nube que aparecía sobre su pueblo, presagiando el fin del imperio del sol. Sin embargo, no ordenó la defensa del país ni instruyó a sus súbditos acerca de la actitud que deberían tomar, dejándoles en la ignorancia del porvenir. Se limitó únicamente a confiar a Atahualpa el secreto de la próxima destrucción de esos pueblos, sin que el joven príncipe hiciese nada tampoco para escapar a su destino. Esto se puede explicar por las profecías del oráculo de Mullucancha y la opinión unánime de los astrólogos y adivinos que anunciaron el fin ineluctable del Imperio del Tahuantinsuyo. La presencia de los españoles en México, Centroamérica y el Mar de las Antillas, y de los portugueses en el Brasil, formaba un cerco de hierro al imperio incaico. La derrota final, la exterminación de tribus enteras, el sacrificio de los monarcas, el reparto de la tierra entre los extranjeros: todos estos hechos sucesivos los veía Huayna Cápac claramente en el futuro. El astrólogo Chalco le había predicho en Quito éstos y otros acontecimientos.

Cierto día en que Huayna Cápac, agobiado ya por la edad, descansaba en su palacio o «casa de placer» que poseía en su ciudad amada, en las estribaciones del volcán Pichincha, llegó un mensajero de la costa. El extraño «chasqui» se cubría con una capa negra y traía en las manos un cofrecillo herméticamente cerrado. En presencia del Inca, le dijo que venía en nombre de Pachacámac y que sólo el emperador del Tahuantinsuyo podría abrir el cofrecillo. Huayna Cápac levantó la tapa, y del interior se escapó una nube de moscas y falenas que desaparecieron en el aire. Pachacuti Yamqui, que cuenta este hecho misterioso, afirma que esos insectos causaron millares de víctimas en el Imperio, entre ellas el hijo mayor de Huayna Cápac, el príncipe Ninan Cuyochi —o sea el «resplandeciente», heredero presunto del trono incaico— y Apo Hilaquita, Gobernador del Cuzco, cuya muerte había dejado el poder en manos del Teniente General Guamán Achachi, Consejero de Huáscar.

Entre tantas calamidades que se anunciaban en el Imperio, apareció sobre el cielo de Quito, —para mayor espanto de sus habitantes— una señal luminosa de color verde, y los amautas predijeron el próximo fallecimiento del soberano del Tahuantinsuyo. En realidad, los muchos años y el paludismo contraído en la costa, cuando la campaña del Golfo de Guayaquil, acabaron con la vida de Huayna Cápac. Algunos cronistas aseguran que el monarca fué víctima de una epidemia de viruela, pero esta enfermedad no existía aún en América. Guamán Poma de Ayala, nieto del general Guamán Achachi, afirma que el Inca se había deformado de manera espantosa con la enfermedad, y que, por esta razón, se escondió de los hombres en un recinto cavado en la piedra, de donde le sacaron después de muerto. Antes de morir, el soberano, que había cumplido ochenta años de edad, se trasladó a Tomebamba y fué a prosternarse en Mullucancha ante la estatua de su madre. Luego, dispuso que su hijo mayor, Huáscar, gobernase el Cuzco y sus provincias, y que su hijo menor, Atahualpa, heredara el trono de Quito. Como Atahualpa era aún muy joven, debía encargarse del gobierno su ayo y tío Colla Túpac. Además, el Inca mandó que su corazón «se enterrara en Quito en un vaso de oro, por el amor que tuvo a aquel reino ».

Todas estas disposiciones fueron dictadas por la prudencia y la sagacidad política. A pesar de tantos años de guerra, el

Inca no había podido sojuzgar completamente el reino de Quito. En cualquier momento podían encenderse otra vez las fogatas de la sublevación en diversos lugares del país. Faltaba únicamente la ocasión y ¿qué mayor pretexto que la muerte del Inca? El Sinche de Quito, es decir el representante del Gobierno incaico en esa ciudad, no disponía de los medios necesarios para sofocar un levantamiento de grandes proporciones. Había necesidad de conservar la paz, dándoles a los pueblos del reino de Quito un gobernante de su agrado. Nadie podía reunir mejores condiciones que Atahualpa, nacido en ese reino y que tenía como madre a la soberana legítima de esas tieras. Así, el viejo Colla Túpac, que de todos modos sería el Sinche de Quito, ejercería sus funciones como representante del propio monarca quiteño. Como sabio estadista que era, Huayna Cápac dejó su corazón en herencia a sus nuevos súbditos para edificar sobre ese símbolo la unidad del imperio, pues sabía muy bien que sólo el amor proporciona a las obras humanas una garantía de perduración.

En cuanto a la política exterior, era igualmente aconsejable no dejar el reino de Quito en manos de un funcionario subalterno —es decir del Sinche—, puesto que un nuevo peligro aparecía en los confines marítimos del Imperio con el desembarco de una raza desconocida de hombres que poseían armas mil veces más mortíferas que las incaicas. Las costas del reino de Quito estaban particularmente amenazadas y había necesidad de darle al país la posibilidad de defenderse sin tener que recurrir a los auxilios remotos del Cuzco. Para ello, Quito debía guardar su importancia de capital, gobernada por un hombre enérgico que fuera seguido fanáticamente por su pueblo. Ese hombre sería Atahualpa, mozo que despertaba la admiración por su inteligencia y se hacía amar por su carácter.

No podía prever el anciano monarca que la incomprensión y la insensatez de Huáscar y de sus consejeros destruirían su obra. En efecto, el rey del Cuzco, aconsejado por sus cortesanos, trataría de someter a su cetro el reino de Quito, para dominar todo el Tahuantinsuyo y provocaría una guerra estéril e inoportuna que duraría varios años, desorganizando el país, desmoralizando a sus habitantes y entregándoles inermes a las huestes de hierro de los invasores españoles.

Huayna Cápac fué legislador y filósofo como Pachacútec. A semejanza del gran Inca, quiso dejar un código moral para su pueblo. Sus máximas son profundas, especialmente cuando se refieren a la psicología colectiva, como aquella que dice: «Un pueblo sin trabajo está maduro para la insurrección.» A este propósito, se cuenta que hizo trasladar una colina de un lugar a otro, en la ciudad de Quito, para dar ocupación a gran número de sus vasallos. En realidad, parece que mandó levantar un gran terraplén al sudeste de Quito para construir sobre él un Templo del Sol, ya que la tradición mandaba que la orientación de esta clase de edificios destinados al culto del Inti había de ser hacia un punto meridional del Levante.

A Huayna Cápac no se le ocultaron los abusos de autoridad de los Incas y la obediencia de las muchedumbres. Dictó un código de mandamientos para los monarcas —según se afirma en los Quipos de Quito, tantas veces invocados por Francisco de Chávez— en donde hay sentencias como ésta: «Ningún rey debe ser considerado como Dios.»

Pese a su carácter reflexivo y dado a filosofar, Huayna Cápac no despreciaba las riquezas y la jerarquía. En la recámara de su palacio de Quito, decorada con gigantescas estatuas de oro, se sentaban los dignatarios en banquillos altos o bajos, según su posición en la corte. Todos los aposentos del palacio estaban adornados con una fauna y flora de oro, cincelados con un realismo prodigioso.

La momia del gran constructor incaico rué transportada desde Tomebamba al Cuzco, en medio de inmensas muchedumbres que se lamentaban, según la forma característica de esa raza, entonando un canto plañidero en el que proclamaban las virtudes y las hazañas del muerto. Los pueblos salían al encuentro del monarca embalsamado, cubierto con las más lujosas vestiduras y las insignias imperiales —la diadema de la esmeralda y la borla carmesí, junto a la pluma fosfórica del curiquingue sagrado— y le rendían el último homenaje.

JORGE CARRERA ANDRADE

COSAS Y GENTES

POR SALVADOR DE MADARIAGA

AL CABO DE ESTE VIAJE *de seis semanas por otras tantas naciones de Hispanoamérica, surge un tropel de ideas y de impresiones que en su día habrá que ordenar. A guisa de prólogo a todas ellas vaya por delante lo que la ocasión me dictó al rogarme la Radio Mundial de Lima que ocupase una noche su famosa Cátedra del Espacio.*

*
**

Como español que soy, aprendí a decir que algo muy valioso valía un Perú, antes de saber que el Perú existía. Tal es la fuerza del símbolo que ha hecho del Perú el modelo, el colmo, la cumbre de la riqueza. Bien es verdad que la expresión se popularizó sobre todo después de descubierto el Cerro de Potosí, entonces parte del Perú y hoy boliviano. Pero aun sin el Potosí era ya famoso el Perú por sus inmensas riquezas. Y no sólo en España, sino en todo el planeta. Así ha sido siempre. Perú y riqueza *son en todas las lenguas vocablos equivalentes.*

Así pues, ¿cómo expresar mi sorpresa al oír decir a mis amigos peruanos: «Somos un país pobre»? ¡Pobre, el Perú! —me decía; y recordaba aquella copla:

Soñé que la brasa helaba,
Soñé que la nieve ardía,
Mira si soñé imposibles
Que soñé que me querías.

El amante desdeñado que soñaba imposibles pudo haber añadido a la lista de sus sueños: «Soñé que el Perú era pobre ». La copla no hubiera perdido nada de su vigor. Perú pobre, brasa helada, nieve ardiente..., imposibles.

¿Y no será que los que me decían: «Este país es pobre» estarían soñando como el amante de marras? Claro que a primera vista las cosas que uno ve en el Perú parecen darles la razón a estos pesimistas. El nivel de vida de las clases pudientes no tiene nada que envidiar al de las clases pudientes de otros países; en cambio el nivel medio general podría ser mejor; y el de los pobres es misérrimo. Pero no se trata de evaluar lo que vale el país hoy y en efecto; sino lo que vale intrínseca y potencialmente. Lo que se podría hacer con el país: lo que se podría hacer con el país cuando los peruanos quieran.

¿Riqueza mineral? A la vista hay enormes centros: acaba de descubrirse otro. ¿Cuántos más quedan por descubrir? Mis pesimistas me dicen: « Ah, pero los explotan los gringos; y andan por ahí otros gringos buscando más. —Bueno —respondo yo—, pero eso no es pobreza mineral del Perú. El Perú es rico en minerales. Y conviene que quede constancia de ello para que no vayan Uds. repitiendo: «Este es un país pobre».

¿Riqueza agraria? Yo no sé de estadísticas. No me gusta mentir, pero si hubiera que hacerlo escogería medios menos compli-

cados que la estadística. Por lo tanto no me voy a entretener en dar cifras de hectáreas de cultivo, cultivables y demás. Pero basta darse un paseo por el Perú y mirar un mapa para darse cuenta de que lo que sobra en el Perú es tierra de cultivo y lo que falta son cultivadores; como antes nos encontramos con que lo que sobraba eran minas y lo que faltaba eran ingenieros.

Ah, pero la irrigación, los caminos..., la maquinaria para las minas, los tractores para la agricultura..., todo eso es capital y... somos un país pobre.

¿Es seguro que lo que falte sea capital? No lo creo. Lo que falta es crédito. Y el crédito falta porque..., bueno, recordemos el latín que nos enseñaron antaño. Parece que crédito *viene de* credere *que quiere decir* creer. *La gente que tiene dinero prefiere creer en gentes con técnica y eficacia administrativa. Las hay, a Dios gracias, en el Perú; pero no bastan, porque el Perú es muy grande. Yo sospecho además que no son sólo los capitalistas extranjeros los que prefieren confiar en técnicos de fuera; sino los mismos capitalistas peruanos. Volvemos a la misma conclusión. El país vale un Perú, pero le falta gente.*

*
**

Siete millones de personas no bastan para un país que vale un Perú. Para que este país valga un Perú de veras, tiene que tener sesenta o setenta millones de hombres que le pueblen la selva y la sierra, le irriguen y pueblen la costa y le denuncien y exploten las minas. Cuando este país tenga setenta millones de habitantes valdrá un Perú.

Hay que traer todos los años muchos miles de españoles e italianos, que son los que se peruanizan con más facilidad. Pero no hay que traerlos como lo hacían antaño las compañías navieras, como ganado humano arrojado a tierra sin orden ni concierto. Hay que organizar la inmigración, trayendo familias y aun grupos enteros de familias para poblar pueblos ya preparados para recibirlos, y para entregarse a cultivos que les sean ya familiares. Primero, escoger el valle y su cultivo, luego hacerle sus caminos y sus moradas, y finalmente hacer venir el grupo inmigrante, que así arraigará en el campo y no se escurrirá a los tres meses para ir a aumentar la densidad de población de la Plaza San Martín de Lima.

Hay que crear una gran escuela técnica peruana, análoga al admirable Polytechnicum en Zurich —¿y por qué no un suizo para dirigirla?— y hasta atraer aquí a gentes de los países que dan buenos técnicos —eso se lleva en la sangre— suizos, franceses, alemanes, escandinavos, italianos. ¿Pero cómo los vamos a atraer si no tenemos dinero?, exclaman los pesimistas. ¿No ve Ud. que somos un país pobre? Ah, queridos amigos pesimistas, yo no soy quien para meterme en casa ajena, pero estoy seguro de que en un presupuesto como el del Perú no sería difícil hallar gastos... bueno, digamos menos útiles que los que propongo. Y ya está el dinero a mano.

Pero (me dicen los pesimistas), todo eso requiere estabilidad política y... ya ve Ud. La estabilidad política... Decía Lamennais que hace falta un mínimo de bienestar para la virtud. Copiemos este diseño: hace falta un mínimo de agua y un mínimo de población para la estabilidad política. No ya el Perú: toda Hispanoamérica —Indoamérica querrá Ud. decir. — No. Quería y quiero decir Hispanoamérica, y luego hablaremos de eso también; pero ahora andábamos en la inestabilidad política. ¿Cómo quieren Uds. que haya estabilidad en países casi vacíos? Haga Ud. la maleta, que va de viaje. Va casi vacía. La pone Ud. de pie —o parada, como Uds. dicen— y todo se revuelve, y a cada paso que da se revuelve más. Pero llénela bien y verá que modosito y ordenado se queda todo, cada cosa en su sitio. Los países de Hispanoamérica están vacíos. Son como gases, cuyas moléculas andan siempre moviéndose porque se aburren. Hay países menos vacíos —España, por ejemplo. Son como líquidos. Todavía se mueven demasiado. Y luego vienen los países sólidos, que son los más poblados —todo, claro está, en igualdad de carácter. El nuestro es díscolo y levantisco y ha menester de gran densidad. Volvemos a lo mismo. Cuando el Perú tenga setenta millones de habitantes valdrá un Perú.

*
**

«No se canse Ud.» me réplican los pesimistas. « Esos sesenta y pico de millones

que Ud. quiere añadirnos serían casi todos de estirpe europea, y nosotros aspiramos a volver al Inkario. La prueba es que hasta lo escribimos con k. Y no sólo escribimos con k Inkario e inka, sino inkaiko, que alguno de nuestros indigenistas escribe con dos kas, una en kai *y otra en* ko, *para que..., bueno, para lo que él sabrá; que vaya Ud. a saber por qué al escribir en castellano se le puede ocurrir a nadie emplear la letra más antipática y «rebarbativa» del alfabeto. La k parece uno de esos caballetes que los militares construían en la segunda guerra mundial para cerrar el paso a los carros de asalto, con sus dos barras erguidas en ángulo, como un terco y tesonero «no pasarán». Yo he visto ya nombres peruanos, que resultan lindos con c, erizados de kas y aun de kas dobles que es para desgarrarse la garganta.*

Esta epidemia de kas parece proceder de una huída de lo español. Pero en el quechua, que desde luego ya hay quien escribe con k y aún con w, en el quechua no había k... ni ce tampoco, ni letra alguna; de modo que todas esas kas sólo pueden ir a parar al alemán o al inglés... o al ruso. Y no se ve que ventaja sacarían los kaístas *(así llamo yo a los que a la c prefieren la k, la k sencilla por supuesto) no sé que ventaja, digo, sacarían los kaístas como no fuera orientar el Perú hacia Washington o hacia Moscú. Quizá explique esta observación el hecho notable de que en el Perú comunistas y gringos, que en todo se pelean, coincidan en eso del Inkario con k. Dios los cría y ellos se juntan.*

Estamos aquí en el centro mismo de nuestro tema. El país vale un Perú. ¿Pero es seguro que el país quiera valer un Perú? O, en otros términos, ¿el Perú quiere de verdad ser peruano?

Gran indignación. ¿Con qué derecho, Ud. que...? Un momento. Yo no sé nada. De mis viñas vengo. Me pidieron esta hora en la Cátedra del Espacio y si no me la hubieran pedido no hubiera dicho oxte ni moxte. Pero si me piden que hable, ¿de qué voy a hablar? ¿De Sofía Loren? No soy competente. En cambio del Perú, no es que sea así atrozmente competente, pero, en fin, me gusta, me gusta con verdadera fascinación; lo creo un país de incalculable interés humano, en la encrucijada de su destino, y por eso, con plena conciencia de lo falso de mi posición —yo, desterrado de un país sin libertad, atreviéndome a dar mi opinión sobre un pueblo libre— digo lo que siento ex abundantia cordis.

¿Quiere de verdad ser peruano el Perú? Yo me lo pregunto porque veo y leo y oigo cosas que me desconciertan. El Perá es un injerto de España en un tallo indio. El Perú es en su vera esencia mestizo. Sin lo español, no es Perú. Quien quita del Perú lo español mata al Perú. Quien quita al Perú lo indio mata al Perú. Ni el uno ni el otro quiere de verdad ser peruano. Uno sueña con hacer de Lima un Madrid; otro sueña con volver a ver un koskko con tres kas, que él se imagina inca.

Pero el Perú tiene que ser indoespañol, hispanoinca. Los kaístas tienen que reconciliarse con la c; y aceptar que hoy el indio sea ya un ser fuertemente cristianizado, es decir, europeizado, cuya evolución ascendente hacia la universalidad sólo puede hallar camino en el ambiente hispánico. Por eso me parece tan peligrosa para el Perú la convergencia de fuerzas antihispánicas que hoy actúan sobre su ambiente.

Todo un sector del pensamiento político peruano prefiere «Indoamérica» a Hispanoamérica. Es muy de lamentar, porque «Indoamérica» no cubre a toda Hispanoamérica; y porque no se funda en nada objetivo, sino en un error español (el de tomar por indios de la India a los aborígenes de América), de modo que por huir de la verdad hispana cae en el error español; y finalmente por ser cosa en el fondo inspirada más que por la razón por el resentimiento.

Este resentimiento, ¿contra quién va? — Toma, contra los españoles. — ¿Seguro?... Vamos a verlo. Hace veintidós años, una dama de Lima, apenas presentada, me espetó: — «Uds. los españoles se apresuraron mucho a destruir todo lo inca». — Yo, señora, no he destruído nada. Mis antepasados tampoco, porque se quedaron en España. Los que destruyeron lo inca fueron los antepasados de Ud.» Se quedó la dama limeña como quien ve visiones. No se le había ocurrido que los conquistadores se habían quedado aquí y eran los padres de los criollos. Y en este pequeño detalle de la historia del Perú está el peligro de tanto resentimiento contra el conquistador. Que divida al Perú

de España es triste; pero que divida al Perú indio del Perú blanco es grave.

*
**

Este es el peligro arcaizante, más o menos infiltrado de comunismo. Luego viene el peligro modernizante, no menos atentatorio a la esencia del Perú. Estos modernizantes están destrozando a Lima y amenazan destrozar al Cuzco y a tantas otras ciudades (por ahora Arequipa se resiste bien) con sus grandes avenidas, sus edificios cubistas, el lamentable descuido de las casas de estilo que se observa en Lima, todo ese avulgaramiento que aspira a hacer de las ciudades peruanas Chicagos en miniatura. Saludamos de pasada la Compañía de Hoteles del Perú, que tanto en Arequipa como en el Cuzco ha sabido ser moderna sin ofender la armonía del conjunto. Pero ¿qué decir de esas casas estilo Düsseldorf que un arquitecto vándalo ha edificado en el Cuzco, al pie de la calle del Mesón de la Estrella? No podría haberse ido a las afueras con sus malas imitaciones de tan incongruente modelo? ¿Y qué decir del estilo americanizante de la prensa y de la aviación? Romance *por* idilio, énfasis *por* hincapié, emergencia *por* socorro (*y menos mal que no dicen* éxito de emergencia *por* emergency exit), evidencia *por* pruebas *y tantos otros dislates debidos a traducciones apresuradas y a lecturas mal digeridas... Y los nombres... los nombres... ¡Qué revelación de un grave complejo de inferioridad! Ya en Chile me encontré con Raúles, Renés, Gastones y hasta Walters. Aquí en Lima las hay que se llaman Elisabeth, cuando Isabel es tan bonito, y Mary, cuando María es tan hermoso; y sobre todo, ah, sobre todo, Martha, con h... Esa h de Martha se me antoja la vertiente gringa de la k de koshkko.*

Perseverar en su ser. ¿Quiere el Perú perseverar en su ser? ¿O quiere ser otra cosa, una especie de Inkario de ultratumba, síntesis de comunismo inka y soviético; o un New Mexico o Texas del hemisferio sur? Y si quiere perseverar en su ser, ¿por qué cierra sus puertas a la inmigración europea y en especial a la española? Los Estados Unidos llegaron a su pujanza presente abriendo de par en par sus puertas a los europeos más afines. Los países de Hispanoamérica están hoy en el período de expansión que vivió Norteamérica en el siglo XIX. Pero como Norteamérica hoy, saturada, cierra sus puertas a la inmigración, toda Hispanoamérica hace lo mismo creyendo imitarla, siendo así que no la imita, puesto que Hispanoamérica cierra cuando Norteamérica abrió.

Este país vale un Perú en potencia. Para que lo valga de hecho tiene que querer perseverar en su ser. El Perú valdrá un Perú cuando quiera ser peruano.

SALVADOR DE MADARIAGA

F. DIEZ DE MEDINA

Ricardo Rojas, adalid de América

UNA ARDIENTE JUVENTUD. Una madurez luchadora. Una memorable senectud. Nada más que un gran escritor, nada menos que todo un hombre. Desde su patria argentina, este amauta de América se proyectó al continente. Por eso ahora, desde el golfo de México hasta el cabo de Hornos, los hombres del Nuevo Mundo evocan su vida y su obra singulares.

Fué Ricardo Rojas un místico de la tierra y de la raza americanas. Perteneció a la promoción espiritual de Ingenieros, de Lugones, de Ugarte, de Palacios, de Capdevila, de Bunge, que en las primeras décadas del siglo ejerció la rectoría del pensamiento continental. Sobrepasando a políticos, sociólogos y poetas, Rojas ancló en pensador. Quiso ser el intérprete de la naciente cultura americana. Si el investigador da a sus libros un fondo arquitectural, orgánico, respaldado por el documento y la severidad analítica, el soñador y el idealista se remontan al juego de los símbolos. Sintió el llamado de la tierra, recogió el clamor de sus muchedumbres irredentas, supo la ciencia fuerte que traba la angustia dinámica de occidente con el pausado misterio de las zampoñas indias.

Así, profesor y taumaturgo, ingeniero y poeta de una construcción civil, fué Ricardo Rojas un varón del Plata que llegó a encarnar la conciencia de la nueva América. Con mano firme y levantado numen compuso los cuatro libros del ciclo que él mismo llamó «la filosofía de la nacionalidad». Cuatro obras señeras, no muy extensas, pero cuajadas de penetración y novedad: *La Restauración Nacionalista*, *Blasón de Plata*, *Eurindia* y *Argentinidad*. Abre la segunda con estas palabras proféticas: «Argentinos, hermanos míos, leed este libro que pretende esclarecer, como en un mito heráldico, el nombre augural de nuestra tierra, de nuestra raza, de nuestra civilización.»

Lo interesante, lo excepcional en Rojas es que, cuando se refiere a su morada nacional, está pensando siempre en el ámbito continental; por ello sus ideas tienen vigencia y repercusión inmediatas en todos los pueblos americanos.

Formando en disciplinas clásicas, el pensador se dispara al horizonte. En *Blasón de Plata* se ocupa de la raza. En *La Argentinidad* del Estado. En *La Restauración Nacionalista* de la escuela. En *Eurindia* de la formación del alma por la sabiduría y la belleza. Dijérase un espíritu socrático sin la acidez del ateniense.

Llueven los libros de la pluma fecunda: *País de la Selva*, *Cervantes*, *Retablo Español*, *Un Titán de los Andes*. Para el teatro *Elelín* y *Ollantay*. Esa *Historia de la Literatura Argentina* famosa ya, en marcha a su cuarta edición, que no obstante críticas y reparos sigue siendo el primer estudio metódico y científico que enlaza el hecho literario con el proceso político y social. Luego las deslumbrantes biografías: *San Martín o el santo de la Espada* y *Sarmiento o el profeta de la Pampa*. Y ese *Archipiélago*, acaso su obra mejor porque está escrita con la ira santa del proscrito y fué revelación para la Argentina y mensaje para América.

Nadie exaltó su patria con más dignidad que Ricardo Rojas. Nadie intuyó el continente con amor tan entrañable. Por ese genio terruñero y universalista al mismo tiempo, pudo el maestro alzarse a los cielos límpidos de *Eurindia*, su libro más difundido y discutido. *Eurindia*, como teoría científica, corre el destino de otro libro célebre: *La Raza Cósmica*, de Vasconcelos. No es postulado válido para hoy, tiempo de premuras y ligámenes increíbles, tiempo de transfusión en que lo nativo y lo cosmopolita se confunden y se pierden en síntesis novísimas. Pero admiremos su generoso idealismo, la búsqueda desinteresada, prieta de hallazgos y mensajes. Si no nos sirve

RICARDO ROJAS

para vivir, al menos sirve para soñar. Y el ideal euríndico del gran argentino, negado o aceptado, es un astro errante en la cultura americana.

Superando el exotismo pedante y el indinamismo sentimental, Ricardo Rojas propone una fuerza nueva, compuesta de ambos, pero en su mejor sentido: el creador; fuerza que los unimisma y los trasciende en la unidad de un nuevo ser. ¿Qué es, en verdad, lo americano, después de cuatro siglos de pugna entre España y el mundo indio, a través del puente criollo? Estamos forjando todavía la respuesta. Y aquí salta la perspicacia del argentino. Rojas no rechaza lo europeo: lo asimila; no reverencia lo americano: lo supera. Es, pues, al mismo tiempo, autonomista e integrador. No establece ruptura, sino continuidad entre razas y culturas, con hondo sentido de futuridad. Luego el poeta, tras los análisis ceñidos y geométricos, vuelve a remontarse a la esfera de su propia celestía: «Yo creo —sostiene Rojas— que la tierra y los astros son seres vivos.»

Le recuerdo como le conocí en 1939, cuando dictara su hermosa conferencia titulada «Conciencia de América», en esta misma Universidad Mayor de San Andrés, donde hoy Bolivia se inclina a su memoria. Un hombre alto, erguido, de varonil prestancia. Agudo el intelecto, sencillo el trato. Fuego en los labios. Bondad en los ojos. Y un don de irradiación espiritual que sólo a conductores fué donado.

Sostuvo el maestro que debemos amar, primero, el propio lar para luego alzarnos al amor del conjunto americano. ¿Latinoamérica, Hispanoamérica? No —decía el argentino—. Somos, simplemente, los americanos del sur. Preconizó que la formación del Estado, en nuestro continente, era obra del futuro. Defendió con buenas razones al criollo y al mestizo. Predijo la gran nacionalidad venidera de los Estados Unidos de Sud-América. Habló de Tiwanaku, de nuestro Lago, de La Paz, del hombre de la meseta andina. Dijo cosas tan finas, tan sugerentes que encantaron los oídos. Sus planteamientos, sus enfoques sociológicos, sus atisbos estéticos fluían penetrados de verdad y sentimiento. Entonces comprendimos que para salvarse de la violencia del aluvión inmigratorio, América elabora sus grandes almas con la greda de sus cántaros autóctonos y el sonido de sus quenas seculares.

¿Quién era, pues, Ricardo Rojas, en comprensión profunda del tiempo americano? Un amauta redivivo. Sacerdote, legislador, maestro y conductor de multitudes. Consejero para príncipes; soporte de buenos ciudadanos. La mitad sabio de veras, la mitad lleno de sueños. No sólo la voz del universal Buenos Aires, sino también la esencia de las provincias nutricias de la inmensa Argentina. Y algo más hondo todavía: la conciencia surgente de la nueva América que despunta en medio del dolor y el sacrificio de sus pueblos jóvenes.

Ricardo Rojas no fué a la Universidad; como en el caso de Unamuno, la Universidad vino hacia él. Fué gran rector y gran señor en la Universidad Central de Buenos Aires. Un dictador con galones lo confina a la Patagonia; el maestro contesta con el testimonio lapidario de su libro *Archipiélago*. Otro dictador con charreteras le arrebata el magisterio rectoral; Rojas no se doblega y sigue siendo un constructor civil para los argentinos. Es que en él hombre y luchador, pensador y orientador, escritor y poeta eran sublimaciones morales. La patria en el principio; la americanidad ejemplar al declinar.

«APU»: Señor del Paisaje, héroe civil de América, diré yo de Ricardo Rojas. Y pediré que el trazo de su vida y el centelleo de sus libros persistan en el asombro de nuestros gigantes de nieve: más asombrosos cuanto más lejanos.

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

Los jóvenes novelistas españoles :

Rafael Sánchez Ferlosio

POR MAURICE EDGAR COINDREAU

RAFAEL SANCHEZ FERLOSIO nació en Roma el 4 de diciembre de 1927, de padre español, Rafael Sánchez Mazas (1), y de madre italiana, doña Liliana Ferlosio de Sánchez Mazas. En 1954 escribía: «Mi vida es todavía demasiado breve y vulgar para encontrar en ella alguna cosa interesante» (2). Añadía, no obstante, que conocía a Italia, España, Francia y Marruecos; que, en 1950, había escrito *Industrias y andanzas de Alfanhuí* (obra publicada a principios de 1951), y que, tres años después, se había casado (3). Bosquejó varios proyectos de libros, y entre éstos, una tetralogía, cuyas tres primeras partes había acabado, y sólo había comenzado la cuarta, para relegarlas todas, después, al fondo de un cajón. En 10 de octubre de 1954, comenzó una larga novela, *El Jarama*, que después de varias votaciones recibió el Premio Nadal de 1955, triunfando sobre *Víbora*, de Héctor Vázquez. El laureado viajaba entonces por Andalucía, y los críticos y los periodistas privados del recurso de la entrevista, nada pudieron añadir a esta biografía de un hombre sin historia. C. Ribé, para no citar otros, dijo sencillamente : « No se trata de un autor novel. Tiene en su haber la publicación de una novela: *Industrias y andanzas de Alfanhuí*, que fué muy bien acogida por la crítica española y extranjera y es de gran originalidad y belleza de estilo. También se debe a Sánchez Ferlosio la traducción de la obra *Milagro en Milán* y algunos cuentos y narraciones de mucho interés. Parece ser que, en sus primeros años, su gran vocación era la poesía, pero renunció a esta literatura, para dedicarse ya de un modo definitivo a la novela. Sánchez Ferlosio es un hombre sencillo, enemigo de toda ostentación y amante de la vida del campo, gran aficionado al estudio de la botánica y a la caza » (4). Accediendo a mi petición, Rafael Sánchez, con extrema amabilidad, ha tenido a bien completar, en carta de 2 de abril de 1957, las pocas informaciones diseminadas hasta entonces en la prensa oficial. Después del gran esfuerzo que una novela como *El Jarama* representa, el autor recobra aliento y espera ver, sin inquietud, pero con curiosidad, lo que el porvenir le reserva : « De mis ocupaciones actuales le diré que llevo mucho tiempo sin escribir casi nada literario. Me dedico a estudiar. Escribo todos los días, y bastante, pero sólo sobre las materias que estudio. En el último año he llenado veintidós cuadernos de notas personales sobre teoría del lenguaje, lingüística, psicología, teoría del conoci-

(1) Novelista, nacido en 1892, miembro de la Academia de la Lengua, autor de *La Vida Nueva de Pedrito de Andía* (1950).

(2) Respuesta (fechada en 5 de junio de 1954) a un cuestionario que el profesor John B. Rust le había enviado.

(3) Su mujer, Carmen Martín Gaite, es también escritora. En 1954 obtuvo el premio «Café Gijón» por una colección de cuatro novelas, titulada *El Balneario* (Madrid, 1955).

(4) *Atica*, enero de 1956.

miento. El centro del interés de mis estudios es la teoría del lenguaje; las otras materias están al servicio de aquélla. Me interesa hacer resaltar el hecho de que tales estudios no se relacionan para nada con mi profesión de escritor. Al contrario: creo que la lingüística española se halla demasiado ligada a la filología y a los intereses literarios de nuestra lengua, como si el lenguaje fuese un feudo de la literatura. A mí me interesa el lenguaje en la medida en que se halla vinculado por igual a todas y a cada una de las actividades humanas, siendo la literatura solamente uno de sus empleos posibles. »

*
**

Poesía, gusto por la ciencia y por sus disciplinas de rigurosa observación — a estos tres elementos de base para un retrato intelectual de Sánchez Ferlosio, conviene añadir el don innato del dibujo y de la pintura. Al lector menos dado a la reflexión no podría dejar de impresionar la multiplicidad de colores que se encuentran en todas las páginas de *Industrias y andanzas de Alfanhuí*. Sobre ella puedo suministrar informes directos. He aquí, en efecto, algunas confidencias: «Acerca de mis relaciones con el dibujo y la pintura, le diré que no sólo por el resultado, sino también por la actitud, son algo totalmente infantil. En efecto, mis dibujos se parecen a los de un chico de catorce años, del que sus padres dicen que dibuja muy bien; y en cuanto a la actitud se parece también a la de un niño, porque no ha sido jamás deliberada- sino que, cuando no tengo nada preciso que hacer, si me cae un papel hajo las manos, empiezo a dibujar lo que me va saliendo. Algunas raras veces ese comienzo os afortunado, y sólo entonces, viendo que « puede llegar a ser bonito » lo que me salió casualmente, me pongo a dibujar con atención y con cuidado. Pero jamás me he dicho «voy a dibujar», ni frente al papel blanco «voy a dibujar tal cosa»... Hubo una temporada en que cada vez que se me presentaba la circunstancia de dibujar, pintaba un animal imaginario. Después le daba un nombre y lo escribía debajo, junto con las características que me parecía propio atribuirle; así se hizo en unos meses un pequeño zoo, con veinte o veinticinco ejemplares diversos; esto es bastante parecido al mundo de Alfanhuí, y ahora están pegados con clavitos en el cuarto de mi hija» (5).

No pasará inadvertido al lector de *Industrias y andanzas de Alfanhuí* el interés de estas inocentes confesiones. El libro fué, en efecto, concebido y escrito de la misma manera que esos dibujos improvisados. «Recuerdo (sigo citando al autor) que su origen primero fué idéntico al de uno de esos cuadritos. Me puse a inventar lo del gallo y me divertí en seguir. Solamente al tener las primeras dos o tres hojas escritas, empecé a pensar en que podría continuarlo y me configuré ese tipo de aventuras. De todos modos, los hechos concretos los discurría al escribirlos y sólo algunas veces sabía algo de lo que iba a venir en el capítulo siguiente. Lo primero de la idea estaba inspirado en unas historietas que venían en un periódico infantil italiano, cuyo protagonista era Bil-bal-bul; el esquema de estas historietas semanales era la materialización de la metáfora. Es decir, si el verso del pie decía: « Bil-bal-bul allunga l'occhio » — que en italiano es frase hecha equivalente a «mirar a los lejos» — se veía en la viñeta a Bil-bal-bul alargando su ojo, como el de un caracol. Un tipo semejante de materialización de metáforas era lo que yo quise hacer al principio; pero yo quería hacerlo con metáforas poéticas: así, si en poesía se comparaba el rojo del ocaso con la sangre, yo haría que en mi historia el ocaso fuese sangre verdadera; y así lo escribí. Luego esta primera idea no siguió adelante, y predominó la preocupación por los colores y las transmutaciones de la vida y la materia, siempre con un principio riguroso de causalidad... Ahora no voy a decir que este libro estuviese muy pensado ni que se proponga un fin moral, estético ni intelectual de ninguna clase. Este libro me lo propuse así como un juego. Proponerse un juego es inventar una regla, una condición. Eso fué lo que me propuse; primero era la materialización de la metáfora, después la ley de los colores y la química total, etc. » (6).

Cualquiera que sea la evolución del lindo juego que Rafael Sánchez Ferlosio inventó

(5) Carta del 2 de abril de 1957, antes citada.
(6) Carta citada.

RAFAEL SANCHEZ FERLOSIO

para su placer y para el nuestro, una por lo menos de estas reglas permanece constante: la presencia de la poesía que da al relato una originalidad y un relieve que sin ella no hubiera tenido. En efecto, si los primeros gérmenes de *Alfanhuí* son de origen italiano, la historia no por ello pertenece menos a la más pura tradición de la novela española que, por un lado o por otro, tiende siempre a buscar su inspiración en la robusta vena picaresca. Pero es una variedad de novela picaresca que no se había visto aún, es la novela picaresca trasladada al plano poético. La consecuencia de ello son modificaciones profundas en la factura de la narración. Como en el *Lazarillo de Tormes* y su larga descendencia, el protagonista es un niño que deja a su familia, entra al servicio de un amo, le pierde y va errante por el mundo, donde le esperan múltiples encuentros y aventuras variadas. Pero la semejanza acaba en estas grandes líneas. Alfanhuí no desciende, como el pícaro tradicional, de un padre criminal y de una madre licenciosa, e ignora en absoluto el cinismo que adquieren rápidamente sus predecesores. Es porque ha tenido la buena fortuna de encontrar, desde el principo de sus vagabundeos, a un disecador hechicero, que le enseñó el arte de transfigurar la realidad diaria. La vulgaridad, condimento acostumbrado de las novelas picarescas — escatología y otras groserías — ha sido reemplazada por deliciosas imágenes e ingeniosas fantasías de un universo encantador. En este mundo poético, Sánchez Ferlosio se codea con los escritores más inesperados y más dispares.

Para empezar, citemos a nuestro gran Rabelais, que conoció, mucho antes que Bilbal-bul, los recursos de las metáforas concretas. En el *Tercer Libro* de *Pantagruel* (capítulo seis), ¿no se lee acaso que Panurgo, cuando quería casarse para calmar sus deseos carnales (tormento que en el siglo XVI se designaba con la expresión de «tener la pulga en la oreja»), «se hizo perforar la oreja diestra, a la manera judaica, y colgó de ella un arito de oro, con trabajo de ataujía, en el que se hallaba engarzada una pulga?»

Un admirable verso de Mallarmé, *Coure le froid avec ses silences de faux*, podría servir de epígrafe al capítulo dieciocho de la primera parte: esta noche de invierno en la que, cuando el silencio reina sobre la campiña cubierta de nieve, los animales, en la cocina calentada en exceso, se inquietan y husmean los grandes cuchillos de aire frío que se deslizan por debajo de la puerta y por las ventanas mal ajustadas. El capítulo doce, de la tercera parte, verdadero poema a la gloria del color verde, nos lleva a recordar estas líneas de García Lorca, que tienen un poder tan extraño de sortilegio:

Verde que te quiero verde,
Verde viento, verdes ramas.

Al leer algunas líneas del capítulo cinco de la primera parte acude a nuestra memoria Lautréamont, pero es un Lautréamont tratable, ya que la vida del mendigo convertido en vegetal — como Maldoror, en el canto cuarto — no arriesga hacer vomitar a los cerdos. Las plantas que nacen de su carne no son «una especie de vegetación vivaz llena de innobles parásitos », sino la hierba sembrada de margaritas, de madreselva y de musgo, en la que la alondra ha hecho su nido. Imágenes llenas de una gracia tan ingenua como el episodio de la abuela que, como el tío Toine de Maupassant, añade a los huevos de gallina que está empollando, tal vez por interés, huevos de pájaros, por bondad hacia la chiquillería de la aldea.

Estas comparaciones demuestran suficientemente que las «invenciones» del creador de Alfanhuí no son tan extrañas como pudiera creerse en el primer momento. Son extraídas de la amplia reserva de metáforas y de imágenes de que se nutre hace siglos la imaginación de los poetas. Con propósito

deliberado, hablo de «comparaciones» y no de influencias. En las rutas imprevisibles por donde le lleva su fantasía, Rafael Sánchez Ferlosio se cruza con figuras que pueden sernos familiares, pero que en general él no conoce. Confiesa, en efecto, haber leído relativamente poco: «He empezado a leer muy tarde y mis lecturas son, por lo tanto, extremadamente escasas. Desconozco la inmensa mayoría de las obras consideradas importantes. Pero si tuviese que quedarme con tres libros de los leídos hasta hoy, tal vez escogería los siguientes: *El Castillo*, de Franz Kafka, *Don Quijote*, y *Moby Dick*, de Melville (sin orden de preferencia)... Kafka y F. Scott Fitzgerald me han descubierto nuevos ángulos desde los que se puede mirar la realidad y creo haberlos asimilado e incorporado. El segundo no es para mí un novelista extraordinario — sus temas no me agradan —, pero encuentro en él un encare con las cosas y con personas absolutamente nuevo y revelador; un tacto sutilísimo para palpar y delatar determinadas realidades que comúnmente pasan desapercibidas pero que no por eso intervienen en los hechos con menos fuerza y autenticidad.» Entre los autores norteamericanos de los que conoce algunas obras, figuran también «dos estupendos nietos de Herman Melville, gran padre de la novela norteamericana, según he podido entrever: John Steinbeck y Ernest Hemingway. El primero, sin ser un novelista excepcional, tiene grandes cosas en *Las uvas de la ira*, *Las praderas del cielo*, *Los arrabales de Cannery*. Del segundo no he leído más que *El viejo y el mar*, que es extraordinario. (La preponderancia de yankis en mis contestaciones es debida a que, de hecho, he leído muy poco europeo en los últimos años y no a una preferencia de aquéllos sobre éstos.) Moravia me ha interesado» (7).

*
**

«Ahora he terminado una novela bastante larga — 450 folios a máquina — y estoy en tratos para su próxima publicación. Anteayer justamente hizo un año que la empecé a escribir. Se llama *El Jarama* — es el nombre de un afluente del Tajo — y cuenta cómo los madrileños van a bañarse el domingo a este río, que pasa a dieciséis kilómetros de Madrid, y también cosas de la gente de los pueblos cercanos de la capital. La novela consiste en ese paisaje del Jarama y allí mucha gente moviéndose y hablando — siete octavas partes de ella son diálogos — de forma que no se puede decir quién es el protagonista, como no resulte que lo sea el mismo río. Así que la novela querría ser, salvando las distancias y con los debidos respetos, algo así como los cuadros de escenas populares de Goya. ¿Recuerda usted, por ejemplo, *La Pradera de San Isidro?* No es una novela costumbrista y hace referencia a cosas concretas, corridas, nombres de películas, personas que salen en los periódicos, etc., de 1953. Digo esto porque, a mi modo de ver, las novelas costumbristas exigen una vaguedad histórica mucho mayor; cuentan lo que solía pasar, y no lo que pasó tal día, tal año, de una vez para siempre. Por otra parte, y a pesar de tanta concreción histórica, la novela contiene mitos y símbolos de *Alfanhuí*, aunque se hayan vuelto un poco más obedientes a todas las leyes de la física y de la biología» (8).

La prensa española, al parecer, aprobó la elección de los siete escritores que, cada año, en la noche de Reyes, se reunen para una cena, en el Hotel Oriente, de Madrid, en el curso de la cual conceden el Goncourt español, que allí se llama «Premio Nadal». *El Jarama* fué publicado en 1956, algunos meses después de ser premiado, como es costumbre. Un año después, se le concedía un nuevo premio, el de la Crítica, otorgado en Zaragoza por un jurado compuesto de quince críticos literarios de los principales periódicos y revistas de España.

El Jarama es el mejor ejemplo que conozco de novela objetiva. Empieza con una descripción geográfica del río, del trazado de su curso, desde su nacimiento hasta el lugar de la acción, a dieciséis kilómetros de Madrid. Sólo algunas líneas, y empieza el día que verá llegar en bicicleta y en moto a la juventud de Madrid : merenderos, márgenes umbrosas propicias para los almuerzos campestres y para la siesta; después, al anochecer, el baño trágico. Se saca de las aguas el cuerpo de la joven que se

(7) Estas últimas citas se han sacado del cuestionario norteamericano mencionado.

(8) Carta dirigida, desde Madrid, a John B. Rust, el 12 de octubre de 1955.

ha ahogado; las motocicletas y las bicicletas regresan a Madrid, los merenderos cierran sus postigos. Y el río prosigue su curso hacia el mar. En cinco líneas queda desmontada la decoración: «... Entra de nuevo en terreno terciario y recibe por la izquierda el Henares, en Mejorada del Campo. En Vaciamadrid, recoge al Manzanares por la orilla derecha, por bajo del puente de Arganda; y en Titulcia al Tajuña, por la izquierda. Suministra a la grande acequia llamada Real del Jarama y ya en las vegas de Aranjuez entrega sus aguas al Tajo, que se las lleva hacia Occidente, a Portugal y al Océano Atlántico.» Así se explica el epígrafe, tomado de Leonardo de Vinci: «El agua que tocamos en los ríos es la postrera de las que se fueron y la primera de las que vendrán; así el día presente.»

Este día entre dos aguas — si puede llamarse así — lo conocemos sólo por los diálogos de los numerosos personajes. Y son diálogos admirables de verdad, en el lenguaje del pueblo de Madrid, en el año 1953, tomados de lo vivo, con todo lo que aquél tiene de pintoresco y de colorido. La presencia del autor queda tan completamente relegada al segundo término, que el lector olvida que alguien le cuenta una historia. Entra en el juego y se une a los excursionistas. Quizá encuentren algunos que este domingo es demasiado largo; pero una vez cerrado el libro, nos vemos obligados a reconocer que, después de todo, hemos pasado una tarde excelente de verano, a orillas del Jarama, y de la que no se nos ha escapado un solo detalle.

Después de este «trozo de vida» de cerca de cuatrocientas páginas, Rafael Sánchez Ferlosio no ha publicado más que dos cuentos, uno de los cuales, *Dientes, Pólvora, Febrero*, ha sido construído alrededor de la muerte de una loba. Es un relato muy breve, de sobrio realismo, en el que aparece un tipo de pastor, semejante al que, en *El Jarama*, representa la permanencia, la voz que se eleva, estática, de la tela de fondo (9).

*
**

Absorbido por el interés que dedica a las investigaciones de naturaleza científica, Sánchez Ferlosio reconoce que ignora cuál será el porvenir de su vocación de escritor. «Lo malo — o lo bueno — de estos estudios es que provocan en mis relaciones con la literatura un estado casi constante de crisis, que por ahora no me ha permitido volver a escribir. *O rinnovarsi o perire*, pero es necesaria también una cierta estabilidad y unidad durante el tiempo que permanecemos sentados frente a una novela. Veremos a ver si en la constante inestabilidad del estudio se produce pronto un descanso que me permita introducir una nueva novela, o lo que sea. La gallina necesita veintiún días de paz y de permanencia para poder incubar sus huevos. Por lo demás, he conocido en mi experiencia personal una cosa que no puede ya ser borrada de mí, y cuyas consecuencias serán ya irremediables: que la ciencia es una aventura mucho más grande, más apasionante, más absorbente que la literatura».

Sin detenerme en lo que esta declaración, caída de la pluma de un novelista, pueda tener de inquietante, prefiero servirme de ella para completar mi interpretación de las *Industrias y andanzas de Alfanhuí*. Lejos de mí el propósito de hacer de este libro una novela de tesis; pero conviene, no obstante, ver en ella un homenaje al espíritu de lógica y de reflexión. Alfanhuí logra transformar el mundo, porque es honrado, estudioso y buen hombre de ciencia, en tanto que Don Zana, que sólo era arbitrariedad y capricho, acaba en la boca de una cloaca. Estoy seguro de no desagradar a Sánchez Ferlosio al identificarle con el simpático amiguito de los animales, de las flores silvestres y de las hierbas de la montaña; con ese sabio conocedor de las formas y de los colores, con ese niño, cuyo retrato ha dibujado él mismo en la cubierta del texto original: un extraño rostro espectral, vagamente teñido de amarillo y verdoso, con unos grandes ojos dorados, alargados en forma de almendra y con una sonrisa melancólica, que debió de ser la de Alfanhuí cuando, en las brumas del río, y por encima de la isla, vió elevarse, antes de que desapareciesen, los grandes pájaros que le habían dado su nombre.

MAURICE EDGAR COINDREAU

(9) Se ha hecho una tirada aparte de cincuenta ejemplares numerados (*Papeles de Son Armadans*, nº 1, abril de 1956. — Madrid, Palma de Mallorca, 1956).

La Conferencia de Oxford sobre los problemas de la U.R.S.S.

POR LEO VALIANI

POCOS DIAS ANTES de las dramáticas revelaciones de Kruschef sobre la lucha feroz que en el seno de la «dirección colegial», proclamada con tanta solemnidad en el curso de los tres últimos años, tiene lugar entre el actual secretario general y el grupo marcado con el estigma de «antipartido», que los más fieles colaboradores de Stalin, sus lugartenientes indiscutidos durante veinte años, han constituído para oponerse a la actual política interna, económica y extranjera de la Unión Soviética, unos cincuenta historiadores especializados en las cuestiones de Rusia y del bolchevismo, procedentes de numerosas universidades o de centros de observación política y cultural de varios países europeos, americanos y hasta asiáticos, se han reunido en Oxford invitados por el St. Antony's College, que es al mismo tiempo la sede de los estudios eslavos y del Congreso por la Libertad de la Cultura. La entidad invitante les había propuesto como tema de discusión los «cambios sobrevenidos en la sociedad soviética». Aun cuando varios de los allí presentes habían estado recientemente en la U.R.S.S., y algunos de ellos habían tenido la posibilidad de conversar frecuentemente con súbditos soviéticos o de otros países comunistas, ninguno había podido adivinar lo que en aquel mismo momento estaba sucediendo en Moscú.

Si la previsión del porvenir inmediato y hasta el conocimiento de los secretos del presente resultan imposibles, esto no significa que el análisis de lo que se conoce no sea instructivo. Sin que se pueda prever nada, sin estar en el secreto de los acontecimientos, los especialistas reunidos en Oxford, por el solo hecho de haberlo intentado con seriedad científica, han demostrado la posibilidad de hacer la historia de los sucesos temporalmente contemporáneos (la «Zeitgeschichte», para decirlo con el término alemán), pasando revista, cribando con espíritu crítico y discutiendo con ardor lo que se sabe sobre la Unión Soviética.

Dos informes de carácter general han inaugurado esta «semana de estudios»: el uno, de Merle Fainsod, profesor en Harvard, sobre los cambios en la estructura del poder soviético, y el otro, de Bertram D. Wolfe, el conocido historiador del bolchevismo, sobre la durabilidad del despotismo en Rusia.

Hace cuatro años, Faínsod publicó un grueso volumen sobre el sistema de gobierno que está en vigor en la U.R.S.S. Entonces le parecía, como a la mayor parte de los especialistas occidentales, que era de su deber considerar el régimen comunista ruso, instaurado por Lenin y desarrollado por Stalin, como un modelo de totalitarismo compacto, monolítico, priva-

do de ventanas y fisuras, que no había razón para que no durase indefinidamente, y todavía se comprendía menos cómo podría cambiar de naturaleza. Aun siendo un anticomunista convencido, Fainsod, al considerar el sistema instaurado por Stalin, dotado de una férrea lógica intrínseca, como consecuencia inevitable de la victoria del partido bolchevique que Lenin había creado con espíritu autoritario, durante la revolución de 1917, no se había dado cuenta de que, a pesar de detestarla, estaba rindiendo un homenaje a la grandiosidad y a la solidez de la construcción staliniana. Cuando hace algunos meses Fainsod visitó la Unión Soviética, después del terremoto psicológico del XX Congreso, reconoció con gran valor e integridad intelectual, y lo ha explicado detalladamente en su informe, los nuevos elementos, los numerosos indicios y los importantes cambios que se han ofrecido a su observación.

Es cierto que el autoritarismo, la industrialización forzada impuesta desde arriba, la reducción del partido dominante a correa de transmisión de las órdenes de sus dirigentes, el nacionalismo dogmático, la jerarquía de los cargos y de los beneficios «representan vínculos de los que —hace observar Fainsod— los sucesores de Stalin no podrán desembarazarse nunca por completo. Pero estos hechos han dejado también una herencia de aspiraciones reprimidas. con las cuales habrán de contar los nuevos jefes». El deseo, no exento de resentimiento por los sufrimientos pasados, de mayor bienestar en los de abajo, de mayor seguridad en los de arriba, de mayor libertad (probablemente no de libertad política en el sentido occidental, sino de una vida más libre, de un pensamiento más independiente, de una literatura más variada), se ha abierto camino y ha encontrado sus expresiones más visibles en los intelectuales soviéticos de la nueva clase y en los grupos de dirigentes y técnicos de la economía. Estas clases y estos grupos, que se han desarrollado en virtud de la misma industrialización staliniana, han empezado a alimentar aspiraciones de autonomía, aun detrás de la fachada del conformismo ideológico decretado por Stalin, y como reacción ante la inseguridad para todos a que dió lugar el terrorismo policíaco.

La nueva dirección que ha sucedido a Stalin ha salido, hasta cierto punto, al encuentro de estas exigencias de la sociedad soviética, que la desaparición del jefe indiscutido y temido ha necesariamente estimulado. Las medidas de descentralización administrativa y económica, el abandono de las sanciones penales drásticas para mantener la disciplina del trabajo, la desmovilización de la mano de obra forzada constituída por las grandes masas de internados, el aumento de los salarios mínimos, la nueva ley sobre las pensiones, el incremento de la construcción de viviendas, algunas concesiones a los campesinos (en relación con los precios que se les pagan por los productos y en la cantidad de las entregas de los mismos), la abolición de los impuestos a los institutos escolásticos, el aflojamiento de la presión de la dictadura sobre las actividades literarias, artísticas y científicas, la apertura de una ventana cultural hacia el Occidente, los discursos concernientes a la posibilidad de reducir la tensión internacional y de facilitar la coexistencia, la restricción de los poderes de la policía y la promesa del respeto de la legalidad constituyen en conjunto «una modificación del sistema staliniano en varios aspectos importantes; deberíamos reconocer en estos hechos una posibilidad de cambio que ya no podrá interrumpirse fácilmente.»

Sin embargo, precisa Fainsod, la reafirmación de la prioridad de la industria pesada, la insistencia sobre la colectivización de la agricultura y sobre la importancia de las explotaciones agrícolas de Estado, el énfasis con que se trata de la dictadura del partido y de su unidad monolítica, representan la continuación de los elementos básicos de la política staliniana, a pesar del derrumbamiento del mito de Stalin practicado por Kruschef con su informe secreto. La brutal represión del movimiento húngaro confirma la continuidad fundamental del sistema forjado por Stalin. Se tiene la impresión de que, al liquidar los peores excesos policíacos de la autocracia staliniana, Kruschef se propone restablecer y revitalizar el espíritu del stalinismo de los tiempos heroicos de los dos primeros planes quinquenales, cuando la juventud seguía con entusiasmo, y no sólo por coacción, las instrucciones del partido, y la so-

ciedad soviética se desarrollaba, por lo menos en las ciudades, con movimiento ascendente. El que esto se logre más o menos, ya es otra cuestión. El tiempo ha desgastado al partido y Kruschef ha de maniobrar con las fuerzas que la historia de los dos decenios de dictadura staliniana le han legado.

Por otra parte —concluye diciendo Fainsod—, parece que basándose en los mil pequeños síntomas de una crisis del poder que se advierte en la vida soviética hoy, no se podría excluir la afirmación de otras tendencias capaces de corroer o de quebrantar el edificio. El peso enormemente creciente de las jerarquías del ejército en la persona de Jukov, la consolidación de una clase media autónoma compuesta de funcionarios administrativos, de peritos, de intelectuales, que se identifica más con el Estado que con el partido, la sacudida profunda que ha experimentado la juventud ante la revelación de los delitos de Stalin, que ha venido a herirla en lo más hondo de su fe, son factores que pueden reservar enormes sorpresas. Sin forjarse ilusiones acerca de la inminencia de un proceso de liberación, Fainsod confía, no obstante, en que a la larga la evolución se irá haciendo efectiva.

Las razones del optimismo, aunque formuladas con cautela, han sido rebatidas por Bertram Wolfe de la manera más contundente, con un recordatorio dramático de la historia secular del despotismo ruso. Estamos acostumbrados —ha advertido con gravedad— a considerar como universalmente válidas las experiencias, las nociones intelectuales que hemos recibido de nuestro pasado histórico de occidentales educados en un civismo que florece desde hace muchos siglos sobre la base de la multiplicidad y de la autonomía de los centros de vida y de fuerza. Ni siquiera los monarcas absolutos de Occidente podían quitar todas las libertades, ni la independencia a la nobleza latifundista, a los burgueses acomodados de las ciudades, a la Iglesia, a las grandes corporaciones, etc. La afirmación del liberalismo y de la democracia, que sólo estos puntos de partida han hecho realmente posible, nos parece hoy una ley del desarrollo histórico universal. Pero no sucede lo mismo en los sistemas de despotismo asiático, en Rusia, donde el Estado es desde hace siglos constantemente más fuerte (tanto desde el punto de vista económico como desde el político y el militar) que la sociedad civil, en la que la sumisión de todos los ciudadanos al Estado constituye un dato histórico permanente, y donde el jefe del Estado es también el jefe de la Iglesia, lo que le permite disfrutar de un poder teocrático. Desde hace cuatro siglos, Rusia no conoce más que un solo centro de fuerza: la autocracia estatal. El bolchevismo no ha hecho sino reforzar este estado de cosas. La oposición de Plejanov y de la izquierda revolucionaria del menchevismo a la dictadura proyectada por Lenin en nombre de la revolución, tenía como razón profunda el convencimiento, que se ha revelado como trágicamente exacto, de que sin un largo período de liberalismo democrático los súbditos de Rusia no se hallarían nunca en condiciones de aminorar su tradicional dependencia del Estado, ni se emanciparían jamás de la sujeción a éste, de suerte que la dictadura bolchevique no ha podido hacer otra cosa que aceptar, sin beneficio de inventario, los métodos, la sustancia despótica, «estadólatra» de la autocracia zarista.

Cuando el déspota muere —admite Wolfe— sobreviene un período de confusión. Pero es preciso ver quién es el que corre el riesgo de tener las ideas confusas. En las sociedades libres, o cuando menos dotadas de una pluralidad de centros de fuerza, las tiranías periódicas son disueltas con frecuencia desde el interior. No sucede lo mismo donde el Estado teocrático lo es todo y la sociedad está privada de autonomía. En dicho caso sería preciso derribar el Estado, y esto sólo podría hacerlo desde el exterior una potencia militarmente fuerte, por haberse producido en el interior un cambio fundamental. Es más verosímil, sin embargo, que después de algunos años de disturbios al déspota que tiene en sus manos la totalidad del poder, suceda otro que gobernará con los mismos métodos totalitarios. Los progresistas del extranjero, que se han dejado embaucar por la N.E.P., por la promesa del socialismo en un solo país, por el Frente Popular, por la seguridad colectiva, por la Gran Alianza y por el respeto de las zonas de influencia, corren el riesgo de dejarse engañar de nuevo por la destanilización y por la coexistencia

pacífica. En la práctica, si Kruschef no es todavía el jefe genial, ya se halla, tomando la expresión de Orwell, muy por encima de los demás en la dirección colectiva. La durabilidad intrínseca del despotismo en Rusia, reforzado por el totalitarismo de la ideología bolchevique y por los inmensos medios técnicos que la industrialización pone en manos del Estado, amenaza con seguir pesando mucho más que las esperanzas que las falsas promesas de democratización puedan haber encendido.

Las dos tesis, claramente divergentes, de Fainsod y de Wolfe, hubieran requerido una amplia discusión historiográfica, de historia del bolchevismo, la primera, y de historia general de Rusia, la segunda.

En efecto, a nuestro juicio, el partido bolchevique, el partido que fué de Lenin, espíritu indudablemente autoritario (aunque no solamente autoritario, como lo demuestra su propio testamento), pero que también fué de Bujarin, Schliapnikov, Lunacharski, Rikov y Tomski, y que se constituyó en 1917 porque supo asegurarse el concurso de Trotski, de los marinos de Kronstadt y de los campesinos y soldados, es dudoso que pueda nunca volver a ser, entre las manos de los sucesores de Stalin, el principal instrumento de gobierno que dirige el país con la propaganda, el ejemplo y la omnipresencia de sus militantes antes que con la policía, y que podría hacer concesiones a otras fuerzas sociales (la clase media técnica y administrativa, los intelectuales), como se hallaba dispuesta a hacerlo durante la N.E.P., en la medida consentida por el progreso económico. En la doctrina y en la práctica del bolchevismo está implícito el principio del stalinismo, es decir la preponderancia del aparato y la dirección autoritaria del desarrollo social y económico, mas junto con otros elementos de carácter escuetamente igualitario y revolucionario. Fué precisamente para extirpar estos elementos que hacían del partido bolchevique, a pesar de los partidarios de su aparato, un partido proletario internacionalista, por lo que Stalin mató a toda la vieja guardia leninista e hizo escribir de nuevo, con la voluntad inaudita de la falsificación, toda la historia del bolchevismo. En este estado de cosas, que el propio Fainsod ha resumido bien en su citado volumen y que no olvida de mencionar en su informe de ahora, el retorno a la dirección a medias con el partido, en lugar de la dirección a medias con la policía a la que Stalin recurrió (al principo con Yagoda, después con Chekov y finalmente con Beria), podría tener por efecto el renacimiento de la oposición proletaria, igualitaria y revolucionaria en Rusia.

Es imposible que Kruschef quiera correr tales riesgos. Ha tenido que decapitar a la policía para deshacerse de Beria y ha hecho un llamamiento al orgullo del partido humillado por Stalin, para destituir a los notables de la época staliniana, sus rivales de hoy; pero en el XX Congreso no permitió a los delegados del partido que tomasen decisión alguna distinta de la que les fué presentada desde las alturas y aprobada por unanimidad. En su informe secreto, criticó los *dos decenios*, pero no los *tres decenios* stalinianos, con lo que es evidente la voluntad de volver en cierto modo al espíritu de 1934, pero no al de los diez o quince años precedentes. Sin embargo, los que recuerdan los acontecimientos de 1934 saben que entonces el poder efectivo ya no estaba entre las manos del partido, sino entre las de Stalin y de su policía política. El partido, despertado, aunque en medida limitada, puede servir a Kruschef para tomar el puesto de Stalin; pero, para gobernar, sin desmovilizar la dictadura totalitaria misma y el sistema jerárquico que es su columna de apoyo, necesitará todavía de una fuerza que no tenga una tradición y una ideología tan acentuadamente igualitarias y subversivas como las del partido bolchevique. Es extraordinariamente instructiva la reciente severa condenación de toda la redacción de la revista histórica oficial, que en cierto modo había sobrevivido a las terribles purgas de Stalin, por haberse atrevido a presentar en los últimos meses la historia del bolchevismo en 1905, en su verdadera luz, y por lo tanto con sus verdaderos vínculos de rivalidad, pero también de unidad de frente con los mencheviques en la revolución antizarista. Si no quiere, o no puede, reconstituir la fuerza de la policía política, Kruschef habrá de recurrir, y parece que ya lo ha hecho, al ejército como fuerza de dominio. Pero continúa siendo un misterio la perspectiva de liberación que de tal actitud podría derivarse. No es que los ele-

mentos aducidos por Fainsod no existan o no tengan la tendencia objetiva que él ha trazado basándose en su prudente optimismo. Pero se trata de ver quién tendrá en sus manos la fuerza decisiva, y admitiendo que la tengan, por ejemplo, los jefes del ejército, ¿qué interpretación darán éstos de la situación que se cree y qué tendencia querrán hacer prevalecer?

Indudablemente, aplicando el razonamiento del partido al ejército, se vuelve a la tradición secular del despotismo ruso, zarista y estatólatra, que Bertram Wolfe considera intacta y predominante también en régimen comunista. La preponderancia del Estado y de sus instrumentos (Iglesia de Estado, ejército y policía) sobre la sociedad rusa, es una antigua observación de los hechos históricos o de algunas corrientes historiográficas. Basta pensar en la discusión sobre el origen espontáneo, libre o sea fiscal, militar, forzado del «mir», y en la teoría aceptada también por Trotski, del origen estatal, militar, de las ciudades rusas. Pero existe también otra interpretación más social de la historia rusa, que ha encontrado asimismo expresión en el socialismo de este país, en el revisionista Struve y en el marxista ortodoxo Pokrovski. El propio ejército ha tenido en sus oficiales zaristas momentos de estremecimiento liberal, que le llegaba de la sociedad. Piénsese en los «decabristas» o en cualquier episodio de la guerra de 1878, sin hablar de las de 1905 y de 1917. Justamente Fainsod había observado en su libro, publicado en 1953 cuando él mismo se calificaba aún de pesimista, que no se puede considerar, en modo alguno, en la historia rusa, el gran movimiento de oposición liberal y populista de fines del siglo XIX y de principios del XX, a pesar de su derrota final, como un simple fuego de paja. Como salta a la vista el descontento de los escritores soviéticos de hoy que trae forzosamente a la memoria —a la suya y a la del su público— la grandiosa literatura rusa del período en que la sociedad se movía sin querer obedecer ya al Estado.

Estas y otras observaciones críticas han sido señaladas, aun cuando la escasez de tiempo no haya permitido desarrollarlas por los que intervinieron en los debates de Oxford, desde el viejo y fogoso emigrado ruso Katkov, a los grandes cultivadores de la historia social de Rusia allí presentes, como Hugh Setton Watson, Leonhard Schapiro, Franco Venturi y algunos otros. Por otra parte, los que han estado recientemente en contacto con el mundo soviético han aportado muchos y muy detallados elementos de hecho.

Los informes y las intervenciones de Richard Pipes, el investigador de las nacionalidades no rusas del imperio soviético; de Isaías Berlín, brillante y agudo como siempre; de G. Paloczi Horvath, uno de los exponentes intelectuales de la revolución húngara de 1956; de sociólogos y especialistas en política, como R. Aron, A. Inkeles, Philip Moseley; de historiadores de la política rusa, como F. Barghoorn, M. Beloff, G. Bolsover, R. L. Wolff; las contribuciones de los eslavistas de St. Antony's College, como D. Footman, M. Hayward, G. Hudson; y las tomas de posición de hombres que, como el diputado M. Masani y el economista A. D. Gorwala, venidos de Bombay, podían informar sobre problemas menos visibles en nuestros países, han alargado notablemente el cuadro de los debates, incluyendo en él las relaciones internacionales de la Unión Soviética, la situación de su imperio, la cuestión de las naciones asiáticas neutralistas, las perspectivas de la evolución y las de la revolución: de la revolución comunista en los países democráticos, así como de la revolución democrática en los países comunistas.

La situación económica de la Unión Soviética y la política económica interna e internacional del gobierno soviético han constituído en todo momento el punto neurálgico de las discusiones. Sobre este tema, que era el fundamento de los demás, no ha sido posible llegar a conclusiones definitivas, por falta de contraposiciones tan claras como las que hubo sobre el tema general histórico-político. La riqueza de las informaciones económicas particulares que se poseen, tal como han brotado de estas jornadas de estudio, hace desear que esta cuestión vuelva a suscitarse y a discutirse, para poder llegar a visiones sintéticas. Pero, en general, puede decirse que las nociones que se tienen sobre la evolución de la economía soviética tienden a dar la razón al optimismo relativo del profesor Fainsod.

LEO VALIANI

Deambulando por Creta

POR M. G.

En general, Creta retiene tres días al al viajero que acude en busca de sus obras de arte. Dedica el primero a Knossos, el segundo a Phaistos y el tercero al Museo de Iraklion. Yo permanecí allí tres semanas y, a pesar de ello, no he visto muchos más vestigios de la antigüedad que los que ofrecen esos tres lugares. Para ser sincero diré que las excavaciones no me interesan. Y en Creta no hay ruinas de mármol blanco que se levanten sobre el cielo azul, sino *lugares de búsqueda* que, en su mayor parte, ni son encantadores ni muestran más que unos restos de muros, trincheras y escaleras derruídas, poco más o menos lo mismo que durante la última guerra quedaba en pie de una manzana de casas, después de un bombardeo perfectamente logrado.

En estos centros de ruinas pululan periódicamente las caravanas de turistas. Allí pueden verse señoras y caballeros de Bochum, de Zurich o de Milwaukee inclinados con mucho interés sobre un surco apenas perceptible, del que les han dicho que 4.200 años antes había servido de conducción de agua. Ahora bien, a mí me es del todo indiferente el sistema que empleaban los súbditos de Minos para conducir las aguas pluviales, conocer el rincón donde almacenaban los lingotes de metal o aquél en que amontanaban el grano, y si un miserable bloque de piedra calcárea ha sido un tajo de carnicero, un altar o un tocador de Pasifae. Y si además de Knossos y Phaistos, visité también Lato, la isla de Psyra y algunos otros lugares de excavación, lo hice por pura cortesía, pues los cretenses de hoy se sienten muy defraudados si uno rehusa hacer una reverencia ante los testimonios de su pasado cuatro veces milenario.

Aparte de los restos de los tiempos de Minos, hay aquí pocas cosas dignas de verse, y aun cuando el manual de viaje haga alusión de vez en cuando a una pequeña iglesia bizantina, a un bastión veneciano o a una mezquita turca, se trata de objetos que en otro lugas apenas se les dedicaría una mirada.

Incluso se busca aquí en vano esa maravillosa arquitectura profana, como la de las casas de las Cíclades, que parecían modeladas con nieve recién caída y que habíamos admirado en Siros, Mikones, Naxos y Santorin. Una aldea cretense es un conjunto fortuito de casas, cabañas y establos pobres y desprovistos de todo adorno y de todo encanto; el vestuario de sus habitantes —aparte de los viejos, que aún conservan los trajes típicos— carece de originalidad y los objetos de que se sirven son en su mayor parte de fabricación adocenada, de origen occidental. Pues Creta ha pasado, sin transición alguna, desde la Edad Media a la primera época de la baquelita o a la intermedia del nylon...

Entonces, ¿qué es lo que me ha retenido durante tres semanas en esta isla? El deseo de deambular. Tomemos dos pueblos cretenses cualesquiera, separados por tres horas de camino. Ninguno de los dos tendrá el menor encanto o interés, pero los quince kilómetros que hay entre ambos son indudablemente maravillosos. Tal vez signifiquen un caminito que sigue los meandros del valle de un río, que tan pronto pasa por unos prados cubiertos de as-

fódelos, como junto a unos despeñaderos de un amarillo brillante, donde pastan ovejas hirsutas y cabras magníticas. Tal vez es un camino de herradura que bordea lo alto de una ladera de una cordillera de la costa, desde la cual se divisa, por encima de matas de retama cubiertas de flores amarillas, el mar color de violeta con su festón de espuma blanca muy por debajo de nosotros. Tal vez, mientras uno sigue su camino entre olivos viejísimos, ha tenido la suerte de ver pasar por encima de su cabeza una bandada de grullas, no un «hervidero negruzco», como dice la poesía de Schiller, sino unos pájaros que bogan serenos en largas filas por el cielo azul.

Y cuando al fin se llega a una llanura, puede suceder que a derecha e izquierda del camino se extiendan prados, campos de alfalfa y de trigo verde, cercados por unos muritos bajos. Parece ser que cada uno de estos cultivos produce flores distintas. Recuerdo haber visto, entre Mallia y Vrakasi, una serie de estos campos diminutos. El primero mostraba, en medio de la hierba verde y fresca, un mar de gladíolos violeta; en el segundo se mezclaban las rojas amapolas con una especie de borrajas de un azul brillante; en el tercero, la cebada estaba tachonada de gladíolos y de margaritas amarillas como yema de huevo; en el cuarto, las borrajas azules se combinaban con amapolas rojas y blancas. Y así sucesivamente.

Chania, Capua de la isla

Iraklion es el punto de partida para el que quiere recorrer la isla de Creta. Sus carreteras irradian hacia el Este, el Sur y el Oeste. Al Norte, las playas arenosas alternan con los acantilados de la costa. A las colinas y las montañas puede llegarse a pie; los autobuses conducen a casi todos los puntos de la isla y todo lo que Creta puede ofrecer de confort se encuentra aquí. Pero fuera de esto, Iraklion es una ciudad más bien fea, vulgar y ruidosa. En comparación con ella, Chania, situada al Oeste de la isla, es una verdadera Capua. Tanto me gustó, que hasta me olvidé de mi vagabundeo y me entregué por completo a la ociosidad durante unos cuantos días.

La ciudad está situada en una lengua de tierra que se adentra profundamente en el mar y abarca un pequeño puerto. De los muchos alminares que la adornaban en la época de la dominación turca, sólo quedan tres en pie, y los palacios venecianos son unas ruinas que se derrumban en medio de los barrios pobres. Así pues, lo único que puede citar la «Guía azul» con respecto de esta ciudad, es « una bonita plaza sombreada».

Esta modesta maravilla es una placita rodeada de casas de estilo turco, dominadas por un alminar. Un balcón de piedra afiligranada corre alrededor de la esbelta torre, a la que ahora adorna una cruz en vez de la media luna. En mitad de la plaza se yergue un plátano viejísimo, cuyo tronco, resquebrajado desde hace tiempo, está pintado de blanco. De las ramas penden, sujetas por largos cordeles, unas jaulas en las que revolotean jilgueros. Al pie del árbol se extiende un pequeño tablado y sobre él han colocado las mesitas y las sillas de un pequeño café. La plaza está totalmente vacía. Sólo corre por ella un perro parduzco, seguido de su sombra, negra como la pez. Pero las sillas que rodean el árbol están todas ocupadas. Diríase que es una barca con vela verde excesivamente cargada, que navega por un mar rutilante de sol.

Lo más asombroso de Chania son las *Levka Ori*, las «montañas blancas», una cordillera formada por cinco picos que se levanta inmediatamente detrás de la ciudad; pero aunque sólo tiene 2.500 metros de altura, vista desde el mar parece mucho más alta. Ahora las «montañas blancas» se hallan todavía cubiertas de una espesa capa de nieve y los alminares, las palmeras y los árboles tropicales saturados de flores, destacándose de este fondo de un blanco deslumbrador, constituyen un espectáculo fantástico.

Chania es una pequeña ciudad donde se trabaja reposadamente. En las calles, siguiendo la costumbre oriental, se reunen los diferentes artesanos y en la tarde soñolienta se oye martillear, ya con sonido claro y metálico, ya con sordo retumbar. En una callejuela lateral se fabrican baúles, grandes baúles de camarote recubiertos de hojalata, en la que se han pintado con conmovedores tonos chillones manza-

nas amarillas y rosas rojas. Se puede imaginar que un baúl así, adornado de verde pistache, de azul celeste y de rojo brillante, habrá de llevar un soplo de Mediterráneo y de patria a la habitación desolada de algún emigrante en los Estados Unidos.

En la vida cretense, América desempeña un papel importante. Basta con pasar media hora en un banco para darse cuenta de ello. Los viejecillos y las viejecillas esperan formando una larga fila, para hacer efectivos los cheques que les han mandado de los Estados Unidos los hijos o los nietos. Y estas colas se encuentran un día tras otro en las taquillas de todos los bancos de Grecia, con lo cual entra en el país una dorada corriente ininterrumpida de dólares...

En realidad, la denominación de Capua me fué sugerida, no sólo por la situación incomparable entre un mar de púrpura y una cordillera nevada; no sólo por la profusión de rosas, de espadañas, de amarilis, de bolas de nieve en todos los jardines, por la vida perezosa en las calles y la alegre actividad en las tabernas del puerto, sino también y sobre todo por el restaurante «Kavouria», situado en el muelle, junto a la mezquita de seis cúpulas.

Allí el comedor, como en todas las hosterías cretenses, pasa sin transición a la cocina, y siento una enorme tentación de hacerles acudir el agua a la boca con la descripción de todo lo que se amontona sobre aquellas largas mesas: carne y pescado, gruesas langostas y gigantescos cangrejos, verduras y frutas en una pródiga variedad y abundancia. Pero prefiero comunicarles una receta que me transmitió en secreto el cocinero, en una jerga de griego, francés e inglés. Se trata de una salsa o pasta, llamada *Skordalia*, que se sirve con verduras fritas en aceite (berenjenas y calabacines) y con el pescado, pero nunca con la carne. Para hacerla se necesitan dos dientes de ajo, un puñado de almendras mondadas, un gran trozo de pan blanco, aceite de oliva y vinagre de vino.

En un almirez de piedra o de madera se machaca el ajo con la sal y las almendras. Luego se añade el pan, que se habrá dejado ablandar durante media hora en agua, y bien escurrido se machaca también. Finalmente se echan, sin dejar de mover lentamente, doce cucharaditas de las de té llenas de aceite de oliva, alternando con vinagre, a gusto del consumidor. De este modo se obtiene una masa líquida, espesa y lisa, bastante parecida a una mayonesa. «Vous m'en direz des nouvelles», como solía decir Mme Verdurin.

La patria del Greco

De vuelta a la parte oriental de la isla, decidí visitar Phodele, lugar de nacimiento de Domenico Teotocopoulos, llamado El Greco. Me parece que no es una empresa inútil o simplemente sentimental. Pues, si bien el Greco aprendió a pintar en Venecia (adonde llegó a los veinticinco años), en Phodele aprendió a ver. Y saber ver es tan importante para un artista como saber pintar.

Phodele se halla apenas a veinte kilómetros de Iraklion, pero es tan difícil llegar hasta él, que rara vez se encamina hacia allí ningún extranjero. Esta aldea está situada en el fondo de un valle estrecho y profundo, no lejos de la costa. Pero no es accesible por el mar, sino sólo por el lado de tierra, desde la carretera de montaña que va de Iraklion a Rhetymnon, avanza por una elevada ladera y de la que, poco después de pasado el pueblo de Marathos, arranca un camino carretero.

Cuando me apeé del autobús me vi rodeado de un verdadero paisaje del Greco. Desde las profundidades de un valle, al que desciende un camino en curvas cerradas en forma de hoz, se levantan unas montañas cónicas, escarpadas, cuyas cimas están completamente desnudas. Las laderas en cambio se hallan cubiertas de arbustos: retama, laurel, algarrobos y una especie de brezos, de flores blancas, más altos que un hombre.

Esta vestidura vegetal no carece de encanto ahora en primavera. Los rosales cistercienses se cubren de flores de un rosado claro u oscuro; la retama brilla como el latón; aquí y allá se levanta el asfódelo con su flor en forma de candelabro adornado de estrellas blancas. Sin embargo, este paisaje, contemplado a distancia, produce una impresión más bien triste y poco acogedora, muestra ese gris verdoso melancólico que reaparece siempre en los cuadros del Greco.

El empinado sendero parece conducir a

una sima sin fondo; nada indica que en ese desierto habiten personas y, menos aún, que allí pueda encontrarse una aldea. Al cabo de un rato se divisa el fondo del valle. Un torrente tumultuoso se precipita, por encima de una gruta abierta como una boca negra, desde su borde superior. Alamos blancos y espesos cañaverales bordean la corriente del agua, que se desliza en medio de une estrecha banda de verdes pastos. No hay ningún puente. Saltando de piedra en piedra, atravieso la rápida corriente verde. En la otra orilla, un pastor apacienta sus ovejas. Siguiendo la costumbre cretense, no lleva perro alguno y con certeras pedradas mantiene reunido el rebaño. Después de este intermedio virgiliano, el río y el sendero se juntan para atravesar un angosto cañón entre rocas. Una vez vencido este paso, se llega al paraíso directamente y sin darse cuenta.

Imaginad un estrecho y largo valle entre rocas cortadas a pico, completamente peladas, y el fondo de este valle, literalmente lleno de naranjos floridos y cargados de frutos. En cada pie de tierra, en cada fragmento de roca desmoronada, han arraigado esos arbolitos, de manera que los ramajes cubiertos de brillantes hojas de un verde oscuro, con sus blancas flores en forma de estrella y sus bolas doradas, aparecen tan pronto sobre el fondo espumante de las aguas indómitas como sobre el azul intenso del cielo. Y cuando se sabe que un solo naranjo florido esparce su perfume tan lejos que revela su posición mucho antes de que se le vea, entonces es posible imaginarse el enorme perfume irradiado por esa cantidad incalculable de árboles florídos, apretujados en esa angostura.

Enterrado en medio de este esplendor, trepando a derecha e izquierda por las empinadas laderas, se halla la aldea de Phodele. En el puente encontré al pope, un bombre solemne, todavía joven, con una abundante barba negra y el largo cabello recogido en un moño detrás de la cabeza. Llevaba el bonete sacerdotal en forma de cilindro, con el borde superior alabeado, y una larga sotana azul. Le pregunté si había por allí algún recuerdo del gran pintor. Me hizo seña de que le siguiese a la iglesia. Allí se encuentra, inmediatamente al lado del púlpito, una caja de madera cubierta con un paño, bastante parecida a un relicario.

El pope quitó el paño, abrió la doble cerradura del recipiente y sacó de él dos gruesos álbumes, encuadernados en tafilete. «A los cretenses de Phodele, regalo de la Universidad de Madrid», figura en griego y en francés en la página de guarda, y después siguen fotografías de todas las obras del Greco conservadas en España.

Hojeé los álbumes y de vez en cuando deslizaba una mirada sobre el retablo del icono, ennegrecido por el humo de los cirios. Era el mismo sobre el que los ojos de Teotocopoulos debieron de posarse innumerables veces. Y era una de las dos o tres obras de arte que el gran pintor pudo contemplar en su infancia y en su adolescencia. Las otras dos se hallan en el umbral mismo de la Casa de Dios: la clave de bóveda, encima de la puerta de la iglesia, en la que hay esculpido un racimo de uvas y por encima de éste dos machos cabríos rampantes, apoyados en un gran cáliz; después, un relieve de estilo bizantino que se encuentra junto al portal del cementerio y que representa un animal fabuloso, semejante a un león.

Un retablo con un icono, el dintel de une puerta y una quimera: ¡ este fué, pues, el estímulo artístico que sintió uno de los pintores más grandes de todos los tiempos antes de partir para Toledo y para la fama mundial, pasando por Venecia y Roma!

En Phodele no hay ningún hotel, sólo un pequeño café, en un huerto de naranjos junto a las aguas espumantes. Como era domingo, todas las mesas estaban ocupadas. Hombres y muchachos bebían aguardiente anisado y café turco. Todos, sin excepción, llevaban pantalones de montar y botas altas de cuero castaño, amarillo o rojo, vestuario que les daba un aspecto caballeresco y arrojado.

Me sirvieron pan y vino, huevos duros, pintados de rojo como la sangre, queso de oveja, y naranjas recién cogidas. Cuando pretendí pagar, el cafetero no quiso tomar el dinero. Yo había venido de tan lejos que me consideraba como su invitado —dijo—; y para despedida me llenó todos los bolsillos de naranjas.

M. G.

IMPRESIONES DE CENTROAMÉRICA

POR VICTOR ALBA

Visité Centroamérica justamente cuando dos de sus volcanes estaban en plena erupción. La gente miraba la cosa con indiferencia. En esto me pareció discernir como un símbolo de lo que es la vida misma del Istmo. Erupción frecuente — o posibilidad de erupción, por lo menos —y convicción de la gente de que, con todo, nada la amenaza realmente. Y es que Centroamérica ha vivido tan largas décadas dc dictaduras, de sobresaltos, de infiltraciones políticas, que ha llegado a adoptar, como postura de defensa, un permanente encogerse de hombros.

Sin embargo, viajando por estos países he tenido la impresión de que esta postura está a punto de cambiar. Lo difícil es predecir cuál será la que se adopte en lo futuro. Pero, en todo caso, habrá de ser mejor que la que hasta ahora predominaba.

¿Síntomas? En Honduras, por ejemplo, los militares jóvenes han desalojado del poder a los viejos políticos, secuela de una larga dictadura. Los sindicatos se organizan y luchan. En Guatemala, la prensa sostiene su libertad contra viento y marea; la juventud supera el recuerdo de la infiltración comunista; los sindicatos, por fin, vuelven a disponerse a actuar. En El Salvador se comienza a planificar, se buscan soluciones a problemas seculares. En Costa Rica se continúan experimentos sociales que serán útiles a todo el continente.

Y la lista podría prolongarse.

*
**

Son justamente los dos países más pequeños del Istmo —casi del Continente, descontando a Haití—— los que ofrecen mayor interés. Porque en ellos se lleva a cabo una labor de laboratorio social, sin audacias espectaculares, pero con una gran audacia silenciosa. Es este carácter de laboratorio lo que hace del Istmo, hoy, un lugar apasionante, a pesar de las grandes masas indígenas indiferentes, de la inmovilidad de algunos de sus países (inmovilidad desde luego forzada), de la ausencia de apremiantes problemas económicos (es decir, de crisis que amenacen en su prosperidad a los grupos dirigentes).

Ante todo, la gran experiencia colectiva de la «integración económica». Merece la pena de detenerse a reseñarla.

Es sabido que Centroamérica en más de una ocasión intentó ser una sola nación, de carácter federativo. Morazán es un nombre que queda, en la historia, ligado a este anhelo, tantas veces frustrado, tras sangre, guerras, intrigas y fracasos.

Hoy, el mismo anhelo encuentra otra expresión. No se busca realizarlo desde el comienzo por la parte más espinosa, la política, sino por la más sensible y la que puede dar resultados tangibles de modo casi inmediato: la económica.

Fueron los ministros de Economía de las cinco Repúblicas (Panamá no participa más que como observador), jóvenes y bien preparados, quienes,hace cinco años, iniciaron la experiencia. Se reunieron, decidie-

ron estudiar los medios de integrar económicamente el Istmo, y desde entonces todos los años se reunieron de nuevo. Más aún: con el consejo de la CEPAL (Comisión Económica para la América Latina, de las Naciones Unidas), pasaron ya la etapa de los simples estudios y entraron en la de las realizaciones. Parciales, todavía, como el establecimiento en Costa Rica de una Escuela Superior de Administración Pública, o la próxima creación en Honduras de una fábrica de papel y celulosa.

Pero no quedan ahí las cosas. Ahora se estudia la unificación de la nomenclatura aduanera, como primer paso para una unificción de las aduanas y, más adelante, la supresión de las aduanas interiores del Istmo, es decir, para la formación de un verdadero mercado común centroamericano. El día que se estabilizara y generalizara la democracia en estos cinco países —y esto llegará, tarde o temprano—, podrían suprimirse los pasaportes entre ellos.

Los ministros de Educación han seguido el ejemplo de sus colegas de Economía. Estudian, en reuniones anuales, la posibilidad de uniformar programas y títulos, de establecer escuelas superiores comunes, de crear industrias educativas c o m u n e s' (imprentas, fabricación de material escolar, etc). La UNESCO ha enviado a varios expertos para orientar estas tentativas todavía en pañales.

La ODECA (Organización de Estados de Centroamérica) coordina estos esfuerzos, desde su sede de San Salvador. No vaya a creerse que la unificación está muy avanzada. De momento, sólo se habla de integración. Pero todo se andará.

Pues, más importante que estas medidas oficiales, esos estudios y planes, es el estado de ánimo que los mismos reflejan y que los impulsan. En la juventud, entre los estudiantes, entre los periodistas (en esos países en los cuales el periodismo, hoy, parece ser tarea de los de menos de 30 años), entre hombres de negocios y clases medias, se va afirmando la convicción de que las viejas rivalidades «nacionales», las inquinas y resquemores, debilitan las posibilidades del futuro. «Podemos vivir en la miseria separados —me decía un profesor de Guatemala—, pero sólo unidos podemos prosperar y crear.»

El deseo de creación —no se sabe aún concretamente qué se desea crear, pero el anhelo existe, apremiante— es acaso el motor más eficaz de esta unificación.

Al lado de estos experimentos ístmicos, colectivos, hay los experimentos nacionales, los de El Salvador y Costa Rica, distintos en sus formas, pero que tienen un denominador común: son producto de las aspiraciones de la clase media. Y decir clase media aquí equivale a hablar de estudiantes, intelectuales, abogados, médicos. Por una vez —no la única— la materia gris se impone, en pleno trópico.

Y sin frondosidades tropicales, por cierto, sino con una serenidad, una parsimonia y una reflexión que más bien harían pensar que todo esto está ocurriendo, no en las cercanías del ecuador, entre cafetales y bananos, sino en las proximidades de Estocolmo, de Amsterdam o de Ginebra.

*
**

En San Salvador, en una calle céntrica, un edificio en el cual un cartel anuncia: «Comité de Recuperación de Tierras al Mar», o algo por el estilo.

Uno se queda turbado, pensando no haber leído bien. ¿Estamos en Holanda o en los trópicos americanos, donde según la leyenda, sobra tierra y falta gente?

La verdad es que estamos en El Salvador, donde este desequilibrio se invierte. Aquí falta tierra y sobra gente.

Hace unos años, por primera vez, se hizo un mapa fotográfico, desde un avión (no sé cuál es el nombre de esto). Pues bien, entonces se descubrió que El Salvador tenía varios miles de kilómetros menos de lo que se afirmaba en todos los manuales de geografía. Y, al hacerse el último censo, se encontró con que tenía un cuarto de millón de habitantes más de lo calculado.

Este es el gran problema del país, que en este hemisferio comparte únicamente con Haití y con Puerto Rico: la superpoblación.

Y sólo desde hace unos años hay quien se ocupa en él. Porque antes, la gente únicamente se inquietaba por el precio del café. Ahora, la clase media (unos millares de personas apenas, entre funcionarios, médicos, abogados, algunos ingenieros, periodistas, maestros, militares jóvenes, estudiantes), se han decidido a enfrentarse con este problema.

Porque El Salvador tuvo hace nueve años una revolución. Desde entonces es la clase media la que dirige al país, en vez de ser los militares al servicio de «la vaca lechera», de los cafetaleros. Aquí puede hablarse de las trescientas familias, que viven en Europa, que tienen administradores y la existencia de cuyos miembros consiste en seguir, día tras día, las cotizaciones del café en las bolsas mundiales de materias primas.

Por vez primera, este país —que ha visto, en su historia, un mestizaje completo, unas cuantas represiones sangrientas de protestas campesinas, un terremoto que asoló la capital, y una serie de Presidentes inmorales—, por vez primera, digo, este país intenta librarse, gradualmente, con tanteos, de la abrumadora dominación del café.

Se contrarresta el monocultivo, fomentando la creación de granjas de policultivo, de hortalizas y ganadería. Se establecen algunas industrias (hasta hace cinco años, El Salvador importaba absolutamente todos los artículos que consumía, menos el café). Se llega a acuerdos con Honduras para instalar en regiones semiselváticas a campesinos salvadoreños, de modo que se aligere algo la presión demográfica...

Todo esto se realiza sin gran ruido. No hay, en realidad, una vida política permanente, sino que sólo se hace política en vísperas de las elecciones presidenciales. Pero la libertad de expresión es total y esto, a la larga, conducirá a la formación de partidos políticos estables, no en torno a figuras, sino a ideas. Habrá programas para los problemas del país.

El alto precio del café y la lenta expansión de la clase media se traducen en cosas visibles: las casas de planchas metálicas, que se construyeron después de un terremoto devastador, hace 30 años, van siendo sustituídas por casas de piedra, de varios pisos. Todavía, en el centro de la ciudad, se ven solares: aquí estaba la Universidad, incendiada hace un año; aquí, Correos, destruído por el fuego...

Hay problema para estacionar los coches. Y los fines de semana, caravanas interminables de vehículos se dirigen hacia los bellísimos lagos...

Mirando el mapa, uno tiene la sensación de que El Salvador se encuentra en un rincón del mundo, frente al Pacífico, aislado. Viviendo aquí, en cambio, se siente uno en el mundo, interesado por lo que ocurre en las Filipinas y en Islandia.

Un amigo mío, refugiado español, me decía:

— Cuando llegué, hace diez años, tuve que ponerme a hacer cualquier oficio, para vivir. Hoy puedo ya ejercer el mío y prosperar.

Se dedica a vender artículos para imprenta.

*
**

Y esto me parece todo un síntoma.

Costa Rica —con el Uruguay—, es el único país hispanoamericano que no sufre analfabetismo. Este hecho tiene consecuencias considerables y contribuye a explicar la estabilidad democrática que ha distinguido la historia tica desde hace muchas décadas. Explica, también que haya sido precisamente en Costa Rica donde un programa de reformas audaz, imaginativo, nada fácil de comprender a primera vista —como es el de Figueres—, haya encontrado el apoyo de las masas.

Sin embargo, la cultura primaria generalizada no basta para hacer progresar a un país. Se necesita, en muchas naciones insuficientemente desarrolladas, de baja productividad, una cultura especializada. Precisan técnicos, peritos, gentes que hayan adquirido una disciplina de estudio y trabajo, que sepan organizar y dirigir. Sin esto, dice Figueres, no puede haber aumento real de la productividad y, por lo tanto, no habrá mejora del nivel de vida. Y téngase en cuenta que esto se refiere a un país que destaca actualmente entre los que poseen un nivel de vida más elevado, en este continente sin millonarios, pero también sin pobres.

Ha sido la Universidad la que se ha enfrentado con el problema que plantea esta necesidad. Comprendiendo que no hay técnico que sea realmente útil a la sociedad si se limita a poseer amplios conocimientos de su especialidad sin tener una formación humanística, un conocimiento general de las cosas esenciales del hombre (historia, filosofía, sociología, historia de la cultura, filosofía de la ciencia), es decir, si aplica su técnica sin ver las consecuencias de ello ni el sentido profundo de su propia acción, la Universidad ha hecho una reforma profunda de sus métodos y planes de enseñanza. Es una reforma que tendrá consecuencias de largo alcance y que puede servir de ejemplo a casi todas las universidades hispanoamericanas.

La Universidad está construyendo una Ciudad Universitaria, modesta, pero extraordinariamente funcional en su concepción. En esta Ciudad Universitaria se ha inaugurado un pabellón que no existe en ninguna otra universidad de este Continente: la Facultad de Ciencias y Letras.

A esta Facultad deberán asistir todos los alumnos, al entrar en la Universidad. Al salir de la facultad, al cabo de un año, empezarán la carrera. De manera que el estudiante no comienza siéndolo de medicina, o leyes, o farmacia, sino que empieza siendo, ante todo, estudiante universitario. Y es en este curso inicial donde se adquieren los fundamentos de la formación humanística. Para empezar a funcionar, esta facultad ha llamado a profesores de España, Estados Unidos, Francia, Inglaterra y Suecia. Por cierto que tanto estos profesores como los de las demás facultades cobran sueldos iguales a los de un ministro.

Esto es posible porque la Universidad, que es autónoma, tiene asegurada su existencia económica. En la Constitución actual, redactada después de la revolución de 1948, se establece que el 10 por ciento del presupuesto de educación pública debe ir automáticamente a la Universidad. Además de que la propia Universidad percibe directamente el importe de los impuestos sucesorios. Gracias a estos fondos, la casa de estudios dispone de medios no sólo para construir la Ciudad Universitaria, sino también para pagar bien a sus profesores, para instalar laboratorios, para enviar al extranjero a sus mejores alumnos.

Con este curso común, en la Facultad de Ciencias y Letras, se conseguirá que los abogados se interesen por la ciencia, que los científicos y los técnicos se interesen por la filosofía, por el arte, por las letras. De este modo, nadie olvidará, en su actividad profesional, que el progreso técnico del país es para el servicio de los hombres, para dar mayores posibilidades a su desarrollo material y, sobre todo, espiritual, y no se echará tampoco en olvido que el progreso espiritual es sólo posible gracias al progreso material. La conjugación de ambos puntos de vista, de estos dos tipos de progreso, constituye, acaso —si la reforma universitaria que explicamos tiene buen éxito—, el rasgo más importante, en la práctica, de la verdadera revolución pacífica y democrática que Costa Rica está viviendo.

VICTOR ALBA

J. M. MACHIN

¿Elecciones libres en Venezuela ?

EL 27 DE JULIO PROXIMO PASADO, el Congreso de Venezuela clausuró sus sesiones ordinarias correspondientes al presente año. Pero un día antes de su clausura, de acuerdo con lo estipulado por la Constitución Nacional que ese mismo Congreso sancionó en 1953, fijó la fecha para la celebración de las elecciones por medio de las cuales habrán de elegirse los nuevos representantes de los poderes públicos de la nación. El día 15 de diciembre fué el señalado para la elección de los hombres que habrán de regir los destinos del país en el período 1958-1963. Y como consecuencia de los regímenes presidencialistas —sistema predominante en casi todos los países del continente americano— el debate comicial ha de girar principalmente en torno a la elección del Presidente de la República.

El Presidente de Venezuela, tal como dice el precepto constitucional, será elegido por votación universal, directa y secreta. El pueblo, en principio, con plenas libertades tiene el derecho —natural y reconocido— de expresar libremente su voluntad. Enumeradas, por la propia Constitución, las garantías individuales, fácil es pensar que, legalmente, los venezolanos irían a las urnas sin trabas antidemocráticas a depositar sus votos para designar el candidato que, en la lid electoral, merezca su predilección y aprobación. Y como es principio de la democracia el reconocimiento de la soberanía popular —atributo fundamental que la forma— y puesto que ésta se ejerce por medio del sufragio —su instrumento primordial de expresión—, lógico es deducir que debe estar rodeado del mayor respeto que la doctrina y las mismas leyes le reconocen y otorgan.

Sin embargo, dadas las características del actual gobierno de Venezuela y ante el silencio que ha guardado acerca de un proceso tan fundamental en la vida pública del país, varias interrogantes se han formulado en los círculos políticos nacionales y latinoamericanos. ¿Bajo qué clima legal de garantías se desarrollarán las elecciones? ¿El Estatuto Electoral, por el cual habrán de regirse, contendrá disposiciones negativas o restrictivas?

Las interrogantes no nacen del producto de supuestas lucubraciones de los círculos nombrados. No son hijas de ese forzoso trabajar en un análisis de irreal ingenio. Tienen su base, su fundamento, en experiencias pasadas, en el estudio de la situación política venezolana. Son consecuencia, incluso, de las palabras —apenas las pocas que se han dicho— pronunciadas en el momento en que personeros del Congreso fueron a participar al primer Mandatario la clausura de sus sesiones ordinarias. Tanto el presidente del Senado como el representante escogido para hacer la participación, así como el presidente de la Cámara de Diputados, manifestaron ideas de lo que en América se conoce con el nombre de «continuismo» y que viene, generalmente, acompañado de arbitraria imposición de un gobierno y desconocimiento del sufragio universal. Dijo el último de los citados: «En el lapso final de nuestro mandato constitucional, asistiremos a acontecimientos de gran trascendencia para el futuro de la Patria y de importancia decisiva para la *prolongación* de la obra de bien que realiza el régimen del Nuevo Ideal Nacional, presidido por el General Marcos Pérez Giménez». El segundo, dirigiéndose a Pérez Giménez, expresó más: «Creemos en usted y nos honramos con su conducción de los destinos de la Patria. *Que Dios continúe iluminándolo en el cumplimiento de su gran cometido.*» Y el primero: «Estamos

así dando bases legales a la inmensa tarea cumplida por el presidente Pérez Giménez y su régimen de gobierno, al traducir en intituciones juridicas y en reformas administrativas los lineamientos fondamentales de su política y con ello estamos creando las bases permanentes para esta actitud espiritual ante la Patria, *pretendiendo de este modo asegurar, mediante reglas jurídicas, la continuidad de un pensamiento y de una acción de gobierno.*» Después de hablar de la labor de su régimen, Pérez Giménez respondió: «Manifestamos a la nación que sólo cuando la ley especifica lo autorice podrá iniciarse la actividad electoral, que habrá de efectuarse con pleno acatamiento a las normas de respeto que caracterizan desde hace años la vida nacional y que no se permitirá en ningún caso la alteración del orden, ni menos aún pretender llevar al país a la violencia o al desenfreno de la palabra o de hecho.»

*
**

En nombre del «orden perturbado» numerosas dictaduras se han implantado en América Latina. La consigna ha servido para el mantenimiento de los dictadores, cada vez que el pueblo democráticamente manifiesta su descontento y aspira a la implantación de un régimen jurídico, legalmente elegido. El pueblo venezolano, desde hace diez años, está ambicionando la implantación de un gobierno democrático. El que actualmente lo rige tiene su raiz en el «coup d'Etat» del 24 de noviembre de 1948.

Por esa fecha gobernaba el país el conocido y distinguido novelista de lengua española don Rómulo Gallegos. Elegido por una inmensa mayoría (870.000 votos de 1.200.000 inscritos, aproximadamente), su paso por el poder se notaba por el dictado de medidas sociales y económicas progresistas y por el profundo respeto de los derechos humanos. No obstante, o tal vez por eso, una conspiración fraguada en los cuarteles lo derrocó y en su lugar una Junta Militar compuesta por los entonces tenientes coroneles Delgado Chalbaud, Pérez Giménez y Llovera Páez sustituyó el régimen constitucional por un gobierno de facto, quebrando así las normas democráticas.

No habiendo todavía cumplido su segundo aniversario de mando, uno de los miembros de la Junta, Delgado Chalbaud, quien la presidía, fué asesinado en circunstancias misteriosas, y su asesino, Rafael Simón Urbina, fué ultimado a balazos en una de las prisiones de Caracas, cuando se encontraba detenido, por un guardia nacional. Los rumores de que el crimen fué preparado por las esferas gubernamentales corrieron por la ciudad, sin que, posteriormente, los tribunales de justicia pudieran aclarar los secretos del hecho. Un civil, Germán Suárez Flamerich, embajador en Lima del gobierno de facto, fué llamado y encargado de ocupar el puesto del asesinado. La mecánica del régimen en nada cambió y las libertades continuaron abolidas.

El 19 de abril de 1951 fueron, sin embargo, promulgados tres decretos convocando al país a elecciones reglamentadas para una Asamblea Constituyente, las cuales se celebraron el 30 de noviembre de 1952. En dichas elecciones sólo intervinieron la agrupación oficialista (F.E.I.) y los partidos que representaban la oposición (Unión Republicana Democrática y el socialcristiano C.O.P.E.I.). El grupo político mayoritario, el partido «Acción Democrática», bajo cuyas banderas había sido elegido en 1948 Rómulo Gallegos, sometido a la ilegalidad por decreto de la Junta Militar, dió orden, desde la clandestinidad, de votar por los candidatos oposicionistas. Y así sucedió. A pesar de la represión oficial, los escrutinios del 30 de noviembre dieron el triunfo a la oposición. Pero el coronel Pérez Giménez —quien en verdad era el «hombre fuerte» del gobierno, desde el golpe de Estado del 48— desconoció el resultado electoral, alteró los cómputos, disolvió el triunvirato y se autoproclamó «Presidente provisional» con el respaldo de los altos jefes del Ejército. *The New York Times*, el periódico más importante de los Estados Unidos, comentó el acontecimiento en un editorial intitulado «La Democracia pierde en Caracas». Uno de sus párrafos decía así: «Lo que ha sucedido en Venezuela en estos últimos días ha significado una ofensa para quienes anhelan el desarrollo de la democracia en América Latina. La ofensa en nada se aminora por el hecho de que el líder de la Junta Militar, coronel Pérez Giménez, parece haber actuado como todo el mundo lo presentía. Se tomó varios años preparando unas elecciones para la Asamblea Constituyente, y a pesar de tenerlas

prefabricadas, cuando —según las únicas cifras que pueden creerse— vió que las iba perdiendo, reaccionó a la vieja manera, reteniendo el poder por la fuerza. El y sus partidarios no explican los sucesos en esta forma. De acuerdo con ellos la fuerza electoral, que les era adversa en proporción de 2 y medio por 1, por lo menos en un tercio del total de votos, cambió repentinamente dándole al grupo del gobierno (F.E.I.) un superioridad numérica. Basándose en eso —aun cuando el total de votos, reclamados por la camarilla militar representaba menos del 30 % del electorado— Pérez Giménez, «por decisión de las Fuerzas Armadas», se proclamó Presidente provisional. No obstante que de conformidad con la ley electoral emitida por la misma Junta, a la Asamblea Constituyente le corresponde elegir Presidente provisional el 10 de enero.»

Consumado el fraude, COPEI y URD se negaron a convalidar con su presencia una Constituyente espúrea. Pero ésta funcionó con los representantes *ad hoc* escogidos por el gobierno. Y como primer acto de su labor legislativa, ratificó el nombramiento que el propio Pérez Giménez se había dado, elevándolo a la categoría de «Presidente constitucional».

*
**

Tomando como base esa realidad histórica, sectores de todos los matices venezolanos se han hecho, con razón, las preguntas a que antes hacíamos referencia. Pero al hacérselas han manifestado, igualmente, la decisión de concurrir a las elecciones fijadas. Para ello, lógicamente, demandan plenas libertades democráticas y el restablecimiento de las garantías ciudadanas, porque éstas aún no han sido restablecidas: la censura de prensa es permanente, los partidos políticos están sometidos a la inacción, las cárceles se encuentran llenas de presos políticos y en el exterior centenares de venezolanos conocen las penalidades del exilio.

La calificada estabilidad del régimen del General Pérez Giménez se había atribuído —hasta ahora— a causa del imperio de la fuerza y por la llamada bonanza económica del país. Esta bonanza, en efecto, se había logrado gracias a las medidas financieras que fueron tomadas durante el trienio democrático de 1945-1948, esto es, antes de ser derrocado el gobierno constitucional. En dicho trienio, especialmente en materia de petróleo, alrededor de la cual gira la casi totalidad de la economía venezolana, se dictaron leyes que —sin hacer más concesiones, defendiendo una política nacionalista bien entendida— permitieron a la nación percibir más por concepto de la explotación del líquido.

Pero esa riqueza —según estudios detenidos que se han hecho— no ha sido correctamente aprovechada, sanamente organizada por un definido plan administrativo. La política social y económica del gobierno de Pérez Giménez ha sido severamente criticada por numerosos sectores de la colectividad venezolana y latinoamericana. Frente a la comprobación de una situación que se hace inquieta, la Iglesia católica ha tomado últimamente parte en el asunto y, rompiendo el silencio que había observado, el Arzobispo de Caracas hizo leer en todos los púlpitos, el 1° de mayo, une letra pastoral que, entre otras consideraciones, decía: «Nuestro país se va enriqueciendo con impresionante rapidez. Según un estudio económico de las Naciones Unidas, la producción per cápita en Venezuela ha subido al índice de 540 dólares, lo cual la sitúa de primera entre sus hermanas latinoamericanas y por encima de naciones como Alemania, Holanda, Austria, Italia. Ahora bien, *nadie osará afirmar que esa riqueza se distribuye de manera que llegue a todos los venezolanos, ya que una inmensa mayoría de nuestro pueblo está viviendo en condiciones que no se pueden calificar de humanas.* El desempleo que hunde a muchos venezolanos en el desaliento y hasta en la desesperación; los salarios bajísimos con que una gran parte de nuestros obreros tiene que conformarse, mientras los capitales invertidos en la industria y el comercio, que hacen fructificar esos trabajadores, aumentan a veces de una manera inaudita; el déficit de escuelas, sobre todo profesionales, donde los hijos de los obreros puedan adquirir la cultura y la formación a que tienen derecho, para llevar una vida más humana que la que han tenido que vivir sus progenitores; la falta de prestaciones familiares con que la familia obrera pueda alcanzar un bienestar mayor; la frecuencia con que son burlados la Ley del Trabajo y los instrumentos

legales previstos para la defensa de la clase obrera; las injustas condiciones en que muchas veces se efectúa el trabajo femenino, son hechos lamentables que están *impidiendo a una gran masa de venezolanos poder aprovechar, según el plan de Dios, la hora de riqueza que vive nuestra Patria.*»

Por otra parte, el régimen se debate en un cúmulo de divergencias internas. Varias tendencias han aflorado en el seno del gobierno. Hay quienes sostienen que de ningún modo debe darse cumplimiento al proceso electoral prometido. Otros, que defienden la tesis de la «reelección» del General, sin admitir candidato opositor. Algunos piensan que, por anticipado, debe prepararse un fraude comicial. También quienes prefieren una solución moderada, ante el peligro de que sucesos dolorosos puedan posteriormente acaecer si el actual régimen se empecina en permanecer, desconociendo la libre voluntad del pueblo.

*
**

Los venezolanos, mayoritariamente, piden el acatamiento de la ley fundamental de la República, sancionada incluso por un Congreso que derivó su mandato de la soberanía popular. Exigen la oportunidad para elegir libremente al jefe de Estado y a los representantes parlamentarios.

Los partidos nacionales más importantes —Acción Democrática, COPEI y Unión Republicana Democrática— han expresado, por manifestaciones diversas de sus más autorizados dirigentes, que propician una salida pacífica, evolutiva, eleccionaria, al problema de Venezuela, y que desean en este país el establecimiento de una verdadera democracia. Desde el Carnegie Internacional Center de New York, el prestigioso líder Rómulo Betancourt —ex-Presidente de la República, jefe de la primera de las agrupaciones políticas nombradas y hoy en exilio— sostuvo claramente tales propósitos. Y en recientes declaraciones afirmó que «de lograrse un proceso electoral libre no habría dificultad en cuanto a la selección de un candidato único de oposición, ya que los tres partidos están identificados en no agitar banderas ni ambiciones individuales o de grupo». El Dr Jóvito Villalba, de U.R.D., igualmente en exilio, manifestó que «los tres partidos que dirigen la opinión venezolana, aun cuando constituyen organizaciones separadas e independientes, están de acuerdo y unidos en el propósito de obtener para Venezuela un orden político de efectiva libertad y de paz.» E idénticos puntos de vista se le atribuyen al Dr. Rafael Caldera, líder de la organización social-cristiana, quien por encontrarse en Caracas no ha podido dar declaraciones públicas. Un miembro del Comité Ejecutivo de esta organización, Luis Herrera Campins, residenciado en Italia, en un estudio que ha poco publicó, «Frente a 1958», habla del necesario entendimiento de los partidos nacionales.

Pero no sólo la coincidencia de miras se halla evidenciada en los partidos políticos. Abarca también a otras fuerzas representativas de la nación: a comerciantes, profesionales, estudiantes, maestros, etc. La Confederación General de Trabajadores Venezolanos —adscrita a la Confederación Internacional Obrera de Sindicatos Libres—, en un manifiesto firmado el 10 de junio, expresa: «Cree la C.T.V. que el problema venezolano debe ser resuelto mediante la realización de unas elecciones generales con plena participación de todas las parcialidades políticas que integran la nación. Ante la crisis política, ante la gravedad del problema económico, se hace indispensable que todos los sectores sociales, deponiendo sus intereses de clase en beneficio del país, y los partidos políticos democráticos sus divergencias ideológicas, así como personalidades independientes, propicien un frente de salvación nacional que devuelva al pueblo venezolano su tranquilidad y la rectoría de su propio destino». Y pide la poderosa central obrera el restablecimiento de «un clima de plenas garantías constitucionales que inspire al pueblo confianza en el sentido de que será respetada su voluntad ».

Y es que todos los venezolanos demócratas ansían la concordia y convivencia, la implantación de un gobierno consciente y respetuoso de su responsabilidad. Porque de no acatarse la voluntad popular, de no efectuarse en Venezuela elecciones auténticamente libres, podrán producirse acontecimientos similares a los que vivieron Argentina y Colombia, o a los que en la actualidad ensangrientan a la isla de Cuba.

J. M. MACHIN

CARLOS P. CARRANZA

Recuperación democrática en Argentina

EMPRESA NADA FACIL, para el actual gobierno argentino, ha sido llegar a la fecha del 28 de julio y celebrar las elecciones para Constituyentes. Había poderosas fuerzas, de diverso orden, resueltamente opuestas a esos comicios y no desdeñaron ningún esfuerzo para impedir su realización. Incluso lograron interesar a ciertos elementos militares y han sido demasiado frecuentes las intentonas de tal carácter para torcer el rumbo de la política gubernamental. Por su parte, los partidos políticos de la oposición pusieron en juego todos sus recursos, hasta el superlativamente absurdo de negar a un gobierno de tipo revolucionario la facultad de convocar a unas elecciones generales para que el país decida libremente si debe reformarse la Constitución y en qué forma y medida. A tal punto llegó la enemiga de la oposición a las elecciones, que cuando se convencieron de que era segura su celebración, los radicales intransigentes que siguen al doctor Frondizi anunciaron que, en el caso de conquistar la mayoría, acordarían la disolución de la Convención reformadora, para que se procediese a efectuar inmediatamente las elecciones presidenciales.

El hecho de que tantos y tan persistentes esfuerzos hayan fracasado da idea del éxito que, para el gobierno y las fuerzas políticas que le apoyan, han constituído los comicios del 28 de julio.

Por más que, en efecto, el acto electoral tuviese por objeto la reunión de una Convención encargada de reformar la Constitución de 1853, se han debatido otros problemas políticos. Más que si debe regir la Constitución de 1853 o la de 1949, si debe mantenerse intacta aquélla o ser objeto de modificaciones, lo que ha suscitado la mayor preocupación del electorado ha sido el esclarecimiento del respaldo popular con que cuenta el gobierno del general Aramburu, la determinación de la fuerza política que sostiene las aspiraciones presidenciales del doctor Frondizi y la cuantía de los adeptos que todavía siguen a Perón. En realidad, los tres son aspectos distintos del mismo problema político que tiene planteado el pueblo argentino; porque, en definitiva, de lo que se trata es de fijar el rumbo que la nación debe seguir para restaurar su economía, tan peligrosamente quebrantada desde que la tiranía entró a saco en ella, y para volver a una normalidad política que no existe desde la desdichada subversión de septiembre de 1930

La nación ha respondido plenamente a las incitaciones del gobierno. Insistentemente requerida para que emitiese su veredicto con la conciencia que reclama la gravedad del momento, la ciudadanía acudió en imponentes masas a los actos de propaganda y escuchó con visible interés los miles de discursos que pronunciaron los propagandistas de todos los partidos con una libertad imposible de superar. En suma, la ciudadanía se puso a tono con la trascendencia del acto electoral y dió prueba de la más loable preocupación por los problemas nacionales, a la par que se condujo con corrección reveladora de una avanzada educación política, ya que supo hacer uso adecuado de la completa libertad permitida y garantizada por las autoridades.

No pudo sorprender, por ello, la elevada proporción de votantes que se registró en todo el país, no obstante la inclemencia del tiempo. Puede afirmarse que no dejaron de sufragar sino quienes estuvieron materialmente impedidos para hacerlo. Así, la Argentina ha dado el primer paso por el camino de la recuperación democrática.

Se explica, pues, la ansiedad con que se

esperaron sus resultados. Respecto a éstos, incurrirá en error de bulto quien conceda a las cifras una significación estricta y directa. Pese a que la aplicación del procedimiento electoral garantizaba el aprovechamiento de todos los votos, incluso los que se emitiesen a favor de los partidos con menor caudal electoral, una crecida masa de sufragantes prescindió de sus preferencias ideológicas y otorgó su voto a candidaturas que, en circunstancias normales, no lo habrían conquistado. Tal es la explicación de que los dos partidos radicales apareciesen con tan elevadas cifras, que en el caso de que los comicios se hubiesen celebrado por el procedimiento habitual de simples mayorías y minorías, habrían dejado sin representación a los demás partidos.

Una parte del electorado ha entendido, en efecto, que para manifestar su oposición al gobierno, lo más expresivo y eficaz sería conceder el triunfo a los candidatos del radicalismo frondizista. Es opinión general que electores de tendencia peronista, comunista, nacionalista y hasta clerical votaron, por ese motivo, a los candidatos frondizistas, posiblemente en proporción que se aproxima a la mitad de los sufragios obtenidos por ellos. Por razón inversa, para sostener la política de la Revolución libertadora, otro importante sector consideró que lo fundamental era evitar el triunfo del frondizismo, y entendió que la mejor manera de lograrlo era colocando en el primer lugar a otro partido de neta significación democrática, lo que sólo era factible por parte del radicalismo del Pueblo, la nueva agrupación creada hace pocos meses por todos los radicales desafectos al frondizismo. De no haber mediado esa doble y poderosa razón que polarizó al electorado en los dos partidos radicales, éstos no habrían conquistado los cuatro millones de sufragios conseguidos entre ambos.

El principal objetivo que se había fijado el electorado fué perfectamente logrado. El veredicto de las urnas ha despejado la incógnita referente al respaldo con que cuenta el gobierno. Desde el 28 de julio, está fuera de duda que le apoya y sostiene una masa de opinión mayoritaria. Porque si bien sumados los votos frondizistas y los emitidos en blanco alcanzan al 50 por 100 de los sufragantes, no puede atribuirse a todos ellos una significación adversa al gobierno. Por el contrario, una parte de los votos frondizistas, los auténticamente radicales, son en gran parte favorables a la causa de la Revolución libertadora. Sin la inesperada y equívoca política de su jefe, supeditada a la conquista de la Presidencia por todos los medios, los sufragios del radicalismo intransigente no habrían ido mezclados con votos peronistas, comunistas y nacionalistas, por lo que no podrían revestir el carácter confuso que adquirieron ni autorizarían interpretaciones contrarias al verdadero espíritu del radicalismo intransigente. Además, una parte de los votos en blanco no son más que eso: votos en blanco sin ninguna significación, que no permiten deducciones más o menos caprichosas e interesadas. Puede calcularse que de 1.800.000 votos frondizistas, solamente la mitad pueden ser conceptuados como adversos al gobierno. Y de los 2.100.009 votos en blanco, poco más del millón y medio tuvieron esa significación. Si se les agregan algunos más, de pequeños partidos reaccionarios y prodictatoriales, como el de Unión Federal y los comunistas, el total de los votos que pueden considerarse contrarios al gobierno se cifra en unos tres millones. Frente a ellos, están los cuatro millones que sumaron los radicales del Pueblo y los demás partidos netamente democráticos, como el socialista, el demócrata cristiano, el demócrata nacional, el demócrata progresista y algunos grupos menores.

La mejor prueba de que los comicios del 28 de julio han significado la aprobación de la política gubernamental por la mayoría del país es que han tenido la virtud de despejar no pocos obstáculos y van a permitir la realización del programa trazado para llegar a la normalidad constitucional.

No es seguro que vayan a ser aprobadas cuantas reformas demanda la recuperación democrática del país; pero sí que la Constitución de 1853 será objeto de mejoras positivas para el adecuado funcionamiento de las instituciones republicanas. Una limitación de las excesivas facultades que hasta ahora ha concentrado el poder ejecutivo, una ampliación de las que competen al Parlamento, una mayor federalización, con incremento de la autonomía municipal, figuran entre las modificaciones principales que deberán introducirse en la Constitución y que probablemente encontrarán el apoyo de

la mayoría. Asimismo parece fuera de duda que también se harán consignar en ella las principales conquistas de orden social que han ido siendo reconocidas al proletariado argentino y que hoy no son discutidas ni por los sectores más plutocráticos y reaccionarios.

En resumen, si se considera que la oposición al gobierno pretendía que no se celebraran elecciones para Constituyentes, ni se reuniese la Convención de Santa Fe, ni se reformase la Constitución de 1853, y que, por el contrario, ha habido elecciones de una ejemplaridad admirable, que la Convención va a reunirse próximamente en Santa Fe y que en ella habrá una holgada mayoría para aprobar las reformas proyectadas, la conclusión evidente es que la Revolución libertadora dió, el 28 de julio, un paso decisivo hacia la normalización constitucional de la República por vías democráticas.

***

No quiere decirse, con ello, que los meses próximos, hasta las elecciones presidenciales y legislativas de febrero, vayan a estar desprovistos de problemas de índole política. Muy al contrario, en el curso de ellos se va a librar la batalla definitiva que decidirá sobre el porvenir de la democracia argentina.

El panorama político que aparece ante los ojos de los observadores, a raíz de las elecciones de julio, ha suscitado visibles y justificadas preocupaciones. Ha surgido, en primer término, el temor de que los dos partidos radicales se reconcilíen, formen una sola agrupación y copen la vida política del país. Pronto ha comenzado a desvanecerse semejante perspectiva. La unidad radical no podría realizarse sino de dos maneras; por la sumisión de todos a la omnímoda autoridad personal del doctor Frondizi, para que éste disponga del partido como cosa propia, o por la vía democrática, para que el partido decida sobre el programa y designe las autoridades partidarias. Lo primero no puede ser aceptado por los radicales del Pueblo, ya que su separación del doctor Frondizi tuvo por causa principal su repugnancia al sometimiento indicado. Lo segundo no será nunca aceptado por el doctor Frondizi, por constarle bien que, en un partido regido democráticamente, sus posibilidades para el primer puesto serían harto escasas. Precisamente por ello se le imputa la política que vino siguiendo hasta provocar la escisión. Lo confirma ahora con sus terminantes declaraciones sobre el carácter definitivo de la separación y sobre la imposibilidad de toda avenencia. Pero, aun en el caso de que fuese posible y se llegara a la unidad radical en estos meses, de ahí no podría deducirse que el radicalismo unido y enfrentado con todas las demás fuerzas políticas, fuese a conquistar una mayoría arrolladora. Porque entonces dejarían de votarle quienes, sin ser radicales, lo hicieron en julio último por lo motivos que más arriba se indicaron; y así los cuatro millones de votos que entre ambos partidos conquistaron, escasamente rebasarían los tres millones. Claro es que seguirían siendo el partido más fuerte y conquistarían la mayoría en casi todas las provincias; mas no en forma aplastante que cerrara el paso a la acción de los demás partidos.

Descartada la posibilidad de unidad radical, todo indica que la lucha por la Presidencia de la República va a polarizarse nuevamente, ahora en grado mayor, sobre los dos partidos radicales. El frondizismo tratará de atraerse las fuerzas adversas a la Revolución libertadora, para que sumadas a las suyas propias alcancen los cuatro millones de sufragios que, como mínimo, serán indispensables para conquistar la Presidencia de la República. Los radicales del Pueblo precisarán, por su parte, atraerse a los lectores que en los comicios de julio votaron a los partidos de significación inequívocamente democrática.

Esa necesidad de atraerse votos ajenos, por parte de los dos partidos radicales, motiva otro género de inquietudes. Es el temor a que los dos millones de votos en blanco se vuelquen sobre la candidatura del doctor Frondizi y faciliten su acceso a la Presidencia en condiciones alarmantes para la causa democrática. Parece un peligro bastante remoto. Y no porque no vaya a intentarlo el doctor Frondizi, sino porque, dada la psicología del tirano prófugo, éste jamás accederá a que su fuerza política sirva de escabel para encumbrar a otro hombre. Nada le importan a él su patria, su partido, ni sus adeptos, sino en el grado que sirvan los intereses de su persona. Por

ello, aunque el triunfo del frondizismo significara para el peronismo la posibilidad de reconstituirse y actuar libremente; incluso aunque facilitara el retorno del exdictador, no lo aceptará éste si ello ha de ser a costa de que la jefatura del Estado, el manejo de los asuntos públicos y la preponderancia política recaigan sobre otra persona.

Existe la posibilidad de que el frondizismo trate de entenderse directamente con los lugartenientes del extirano. Incluso se susurra que ya se han establecido los primeros contactos. El frondizismo podría ofrecer al peronismo un pacto semejante al que facilitó al actual presidente del Perú su acceso a la primera magistratura mediante el apoyo electoral del A.P.R.A. Mas parece que el precio demandado por los segundones peronistas se reputa excesivo. En todo caso, sin la orden expresa del exdictador y menos si su orden es contraría, una buena parte del electorado peronista, el más recalcitrante, no entrará en la combinación. Por añadidura, si a pesar de todo se llegara al pacto entre frondizistas y peronistas, lo probable es que el sector democrático que todavía sigue al doctor Frondizi lo abandonara para votar a otro candidato que responda mejor a sus ideales. Así, lo que el doctor Frondizi ganara por una parte podría muy bien perderlo por otra.

El peligro existe, sin embargo. Las fuerzas democráticas deberán afrontarlo con inteligencia y con energía. La responsabilidad mayor recae sobre los radicales del Pueblo. Han surgido como la fuerza política más poderosa del país. Pueden mejorar sus posiciones y su caudal electoral si extienden su organización a las provincias periféricas. Pero lo esencial es que mantengan incólume la cohesión interna, sin que la designación de la fórmula para la Presidencia y la Vicepresidencia de la República provoque disgustos, divergencias ni apartamientos de ninguno de los sectores que se concertaron para constituir esta agrupación. Será indispensable, también, que se desprendan de su condición excesivamente partidista y asuman un carácter más bien nacional, como órganos de la democracia argentina para asegurar el normal funcionamiento de las instituciones republicanas. En esa forma, no será difícil que los demás partidos democráticos se hagan cargo también de su respectiva responsabilidad y eludan la torpe actitud de acudir con candidatura propia a la lucha imposible, en la que no harían otra cosa que facilitar el triunfo a los enemigos de la democracia. De ese modo, concentradas todas las fuerzas auténticamente democráticas sobre la fórmula electoral de los radicales del Pueblo, será relativamente fácil superar los cuatro millones de votos indispensables para llegar a la Presidencia de la República. Esa tarea, la de aunar las fuerzas democráticas del país con vista a las elecciones presidenciales de febrero próximo, es el principal problema político que hoy tiene planteado el pueblo argentino. Resolverlo como conviene a los intereses nacionales no ha de ser empresa fácil; pero no está lejos de lo factible.

*
**

La mayor probabilidad de que el proceso político de la nación argentina logre un desenlace venturoso, favorable para la causa democrática, se deberá principalmente a la obra que viene realizando el gobierno del general Aramburu. No quiere decirse con ello que todo hayan sido aciertos. Por el contrario, en alguno de los aspectos, especialmente en el campo económico, han sido más los errores y, sobre todo, la inoperancia que las medidas oportunas y eficaces; pero cometeríamos la mayor de las injusticias si no apreciásemos en todo su valor y trascendencia la honda revolución operada en las costumbres políticas, con su adecentamiento a fondo, su pleno respeto a los derechos humanos y su fortalecimiento de la corriente democrática. Resulta un espectáculo tan poco frecuente como alentador contemplar cómo estos hombres, en particular el presidente Aramburu y el vicepresidente Rojas, han sabido inmunizarse contra la embriaguez del poder, han eludido toda veleidad dictatorial, han resistido digna y serenamente el alud de imputaciones calumniosas, con un espíritu civil y una honestidad de conducta realmente ejemplares.

Entre los grandes servicios que, en ese orden, están prestando al país, merece destacarse la eliminación del dañino elemento de perturbación que constituía la constan-

te ingerencia de las fuerzas armadas por medio de conspiraciones, cuarteladas y golpes de Estado, para imponer gobiernos de tipo reaccionario y dictatorial con elementos que únicamente por ese ilegal procedimiento podían tener acceso al poder. No han faltado tales intentonas en estos dos años. Han sido frecuentes y, en su mayoría, harto peligrosas. Algunas procedieron de los mismos altos mandos y hasta hubo algún ministro que las promovió o cuando menos las estimuló. Pero a todas hizo frente el gobierno con energía y logró desbaratarlas antes de que consiguieran imponerse. Al propio tiempo, ha ido depurando los mandos, hasta lograr que estén en manos de jefes con inequívoco espíritu civil y democrático, con lo que ha eliminado todo peligro de subversión militarista en el futuro. Hoy, las fuerzas armadas se han reintegrado a su tradicional conducta de respeto al poder constituído que infaustamente abandonaron en septiembre de 1930 para abrir una era política de desdichas durante un cuarto de siglo.

*
**

Lamentablemente, la efectividad de la obra restauradora en lo político ha carecido del indispensable complemento en lo económico. En septiembre de 1955, al ser derribada la dictadura peronista, era realmente desolador el estado de la economía argentina. Una precipitada industrialización sin base, una inflación monetaria desenfrenada, une descapitalización aniquiladora, una monstruosa hipertrofia de la burocracia más inepta y paralizante, unas cargas presupuestarias abrumadoras, una ausencia total de garantías para todos los derechos, incluso el de propiedad, una política social de tipo demagógico sin más norte que el caprichoso servicio del dictador, un saqueo permanente y progresivo de la riqueza nacional, todo conspiraba para la ruina económica del país, la que estaba a punto de consumarse cuando se produjo el final de aquella terrible pesadilla.

El nuevo gobierno, el presidido por el general Lonardi, provisto de poderes revolucionarios, pudo poner término al caos económico y financiero provocado por la dictadura. Malhadadamente, vino con el turbio propósito de perpetuar el mismo sistema con otros beneficiarios, algo así como un peronismo sin Perón. Se desaprovechó, por eso, la mejor oportunidad, la de las primeras semanas; y cuando se les expulsó del poder, por sus tendencias reaccionarias y peronistoides, ya no era tan factible la honda transformación que demandaba la economía nacional.

Pudo hacerse bastante, sin embargo, y la verdad es que se ha hecho demasiado poco. Carentes de principios firmes que inspirasen la nueva política económica y sometidos a consejos poco acertados e influencias a menudo contradictorias, los colaboradores del general Aramburu van a dejar poco menos que intacto el ingente problema de la economía y las finanzas argentinas.

Cierto es que se ha eliminado, cuando menos en las altas esferas, la corrupción y el peculado; que se ha frenado, si no contenido totalmente, la inflación; que se han suprimido algunos organismos tan nocivos y perturbadores como el del monopolio estatista para el comercio exterior; pero era bastante más, mucho más lo que requería la grave situación de la economía nacional. Aun cuando por su carácter provisional, el gobierno del general Aramburu no se considerase autorizado para emprender la transformación revolucionaria que demanda la economía argentina, ha podido realizar la tarea de limpieza y desescombro que necesariamente ha de preceder a la creación del nuevo sistema. Con sólo que hubiese iniciado la reducción del sofocante intervencionismo oficial en todas las esferas y abierto cauce más amplio al libre desarrollo de las actividades productoras, habría prestado un señaladísimo servicio al país, el mismo que le ha rendido en el orden político.

Poco podrá efectuar en los meses que le restan. El hecho mismo de que se haya entrado en la etapa de la reforma constitucional y se esté en vísperas de iniciar la campaña presidencial le merma fuerza ejecutiva para toda acción intensa. Habrá de ceñirse, pues, a la pasiva labor de un gobierno que tiene los días contados, y podrá darse por muy satisfecho con que, de aquí a mayo de 1958, cuando entregue sus poderes al nuevo presidente constitucional, las cosas no se hayan agravado en el campo económico y social.

CARLOS P. CARRANZA

Elemento y unidad en la pintura de Luis Fernández

POR RAMON XURIGUERA

EL FRAGMENTO no revela su íntimo sentido más que en función de la unidad. Tender del elemento al conjunto, de lo parcial a lo total, parece ser lo propio del conocimiento, de su arriesgado proceso en pos de la verdad. Pues la verdad, no siempre es clara, ni sencilla. Por quererla expresar integral, los unos la hacen descriptiva, que es como decir anecdótica; otros, confinándola a unos rasgos esenciales, la traducen incompleta. Así, la verdad plástica que se desposeyó del simbolismo medieval tras las formas del Renacimiento, que halló luego en el enciclopedismo de las ciencias razones para persistir en la complejidad de lo concreto, cae de nuevo en el símbolo y en la disgregación conceptual cuando el impresionismo introduce gérmenes de libertad en la reconstitución humanista del Renacimiento.

Este arte de lo disgregado, Fernández lo ha servido por todos sus vericuetos. Nacido en él, lo adoptó sin sorpresa. Como era común en el clima iconoclasta de Barcelona durante el período de su formación, concebía el mundo como una serie de valores aislados, buenos en sí, pero mal dispuestos y encajados. El concepto nietzcheano de la aversión por lo real, —véase el conjunto clásico— había germinado ya en Picasso, en Torres García, en Julio González, hijos del mismo ambiente inconformista también. Estaba gestando en Miró y en Fernández preparándoles a la vida de las formas desgajadas, en busca de sentidos ideales que la organización tradicional no les comunicaba. El cubismo, el superrealismo, las creaciones abstractas a los que Fernández ha consagrado gran parte de sus inquietudes de artista, constituyen un fondo rico de análisis, de exégesis del elemento, de ideas de lo fragmentario, ora como signo separado y despojado, ora considerado como parte de una unidad supuesta.

*
**

Esta unidad, Fernández debía elaborarla, pues todo en su obra de disgregación experimental parece dejarla presentir. Los lienzos de influencia cubista de los años 1928 a 1930 («Pégase», Col. Dr. Gasset, París; «Cheval dans l'écurie»; «Guerrier»; etcétera) presentan formas homogéneas, valores aproximados, en los que la exigencia de lo puro no destruye la voluntad de arquitectura de que parecen todos animados. En la producción superrealista 1936-1939 («Course de taureaux», Col. Marc Belleville, París; «Dessin», Col. Pablo Picasso; «Femme endormie», etc.), se impone la alteración ya realizada más que la mutación

ondulante, la gravedad nacida del claro-obscuro más que la representación cuajada a fin de suscitar la sorpresa, el volumen más que la representación lamida y llana. El superrealismo de Fernández tiende a la observación del sentido proteico del objeto, no a sus relaciones arbitrarias para con otros objetos. He aquí por qué, por lo común, lo separa, labrando en él, como un factor aislado, la gama de complementos que implican una unidad sintética. La totalidad asoma, más o menos revestida de deseo, en todas las fragmentaciones de Fernández. Un dibujo empezado por Picasso y terminado por Fernández concurre curiosamente a ilustrarlo. Que Picasso haya concertado esta suerte de colaboración ya es, en sí, singular, pues el sello de su arte no consiente, por lo general, otras manos que las propias. Pero ésta no es la única colaboración de Fernández con Picasso. Dos años antes, Fernández le había ya ayudado en la ejecución del telón para la obra de Romain Rolland «14 de Julio», que se rese representó en el Teatro Sara Bernhardt de París.

Las formas del mencionado dibujo de Picasso, liminares, adquieren con los trazos de Fernández rotunda corporeidad. Picasso descubre signos y apenas si los hilvana. Fernández reune, cose y ya muestra en este ensayo su tendencia a la integridad.

De los rastros que Picasso ha dejado en la obra de Fernández se destaca el deseo de dotarlos de volumen, de infundirles sesgo lógico, de comedir la violencia para ver más claro lo real («Nu de femme», 1940). Es que el germen de la articulación ya se anunciaba impaciente en esta época. Y en efecto, no tardó en fructificar.

*
**

El año 1940 es crucial en el arte de Fernández. La parte anda anhelante a la búsqueda del todo, el fragmento concurre a la unidad.

Cuanto fué experiencia separada, se funde en la expresión completa. Basta confrontar la producción de este período («Deux poissons pendus par des ficelles», Col. Alexander Iolas Gallery, de Nueva York; «Peinture à l'œuf et à l'huile »; « Peinture », Col. Alexander Iolas Gallery, etc.) para apercibirse cómo era imperioso este impulso de unidad.

Es un proceso a la inversa que Fernández inicia cuando alcanza la madurez de su vida. La óptica secesionista de los años juveniles palidece ante la reflexión de un mundo organizado. En este mundo, el objeto es el verdadero centro: un objeto en su sentido integral. Nada de prolongaciones más allá de su unidad corpórea si no es la emanación de lo ideal. En ello recuerda a Zurbarán, su voluntad de universo cerrado pero pletórico de intensidad, su severa contención aislando y corrigiendo lo difuso para mejor transcender el valor de lo real. También su exigencia formal, pues la forma es la sustancia. La densidad del mundo interior de Zurbarán, envuelto en una inmovilidad a veces escultórica, tiene que ver también con el estatismo de Fernández, donde la verdad se anuncia sin violencia, fija, tratada en profundidad.

Arte español el de Fernández, no quiere que lo real se le escape ni que se altere. Deshacerlo, sí: para sonsacar su esencia. Rehacerlo, también: para condensarlo, para despojarlo de impurezas. Pero ni desfigurarlo ni evocarlo únicamente, siquiera en la medida en que desfigurar es un remedo y evocar una asociación de datos no siempre fundamentales ni completos. El arte de Fernández no es de deformación ni de asociación, sino de construcción y de fusión exigentes. Los elementos que contiene palpitan, desprovistos de toda independencia, en la unidad que los envuelve. Y aún ocurre que se muestren, como en los retratos «Dessin» (reproducido en *Cahiers d'Art*, 1953) y «Portrait de la Vicomtesse de Noailles» (Col. Vizcondesa de Noailles, París), descubriendo así la rigurosa arquitectura a la que se someten, Pero por lo común permanecen invisibles en el seno de su unificación. (Véase, por ejemplo, «Manzanas», 1951, Museo de Arte Moderno de Río de Janeiro, y « Bujía y manzanas», 1955, Col. Alexander Iolas Gallery.)

A los fines de su integración, estos elementos adquieren una textura clásica, como es clásica la sustancia que los reviste y reune. Pues el clasicismo de Fernández es eminentemente estructural y nada en absoluto descriptivo. Ello es lo que da valor sintético a la concentración de lo dispar, pues también lo dispar es, en fin de cuentas, factor de lo verdadero. Asimismo es lo que da vida óptica al vacío circundante,

a esa desnudez que si recluye en sí mismo al objeto, lo proyecta desde su interior y le consiente que mueble el espacio estableciendo su atmósfera propia. Y este lógico confín, como un marco de valores ideales, es de puro corte clásico.

*
**

La serena limpidez de la pintura de Fernández se desprende de su simplificación. Simplificado a lo sumo es el dibujo, simplificado el color, simplificada la luz. Esta reducción de lo complejo a lo sencillo, es propia también de Gris. Más de un lazo une Gris a Zurbarán. Más de un eco de su obra late también en la pintura de Fernández. «Cráneo » (dibujo con tinta china, 1952, Col. Alexander Iolas Gallery) acusa el deseo de cimentar el todo en el justo discernimiento de las partes, tan caro al malogrado pintor cubista. La reflexión, esta vía del concepto, es tensa en ambos artistas. Por la reflexión sintetizan, que es como decir que inventan. Así, lo observado, en vez de ser descripción física, se convierte en emoción del espíritu.

Otro lazo capital une a estos dos artistas: el de la actitud del pintor ante su obra en el sentido de que lo primordial no es el artista sino el cuadro. Fernández, como Gris, pasa meses y aun años en un mismo lienzo. Es una ruda exigencia para imponer lo permanente a lo fugaz. Así llega a transmitir ese efecto intemporal que producen muy a menudo sus obras. Hasta los dibujos ejecuta al óleo —por cierto como los ejecutaba Gris también— y de un rigor parejo al de las telas.

El ansia de totalidad, de imponer la unidad al elemento, parece culminar en los paisajes recientes en los que todo se funde —cielo, tierra, mar— en una unidad cósmica.

*
**

La técnica de Fernández presenta cierto parentesco con la de los pintores de retablos medievales. Y como la de aquéllos, incluso alguna de sus obras está ejecutada al temple. Los valores son tan próximos, que al milagro de que no se confundan hay que añadir el de la fascinante sensación que dan de orden. Pues la pintura de este artista no es sombría. Va en pos de la verdad no solamente a través de la luz clara, sino sin prescindir de la armonía. Quizás debido a su formación. La armonía en la pintura española es de filiación mediterránea. Representa la sensibilidad del litoral, la idea del orden y de la claridad que se repite de Huguet a Ribalta y a Velázquez. Lo real, aún sin armonía, corresponde al pensamiento central de la península, al expresionismo de lo absoluto y del páramo que refleja Zurbarán y continúa en Solana, y de cuya dualidad Goya se establece en la frontera.

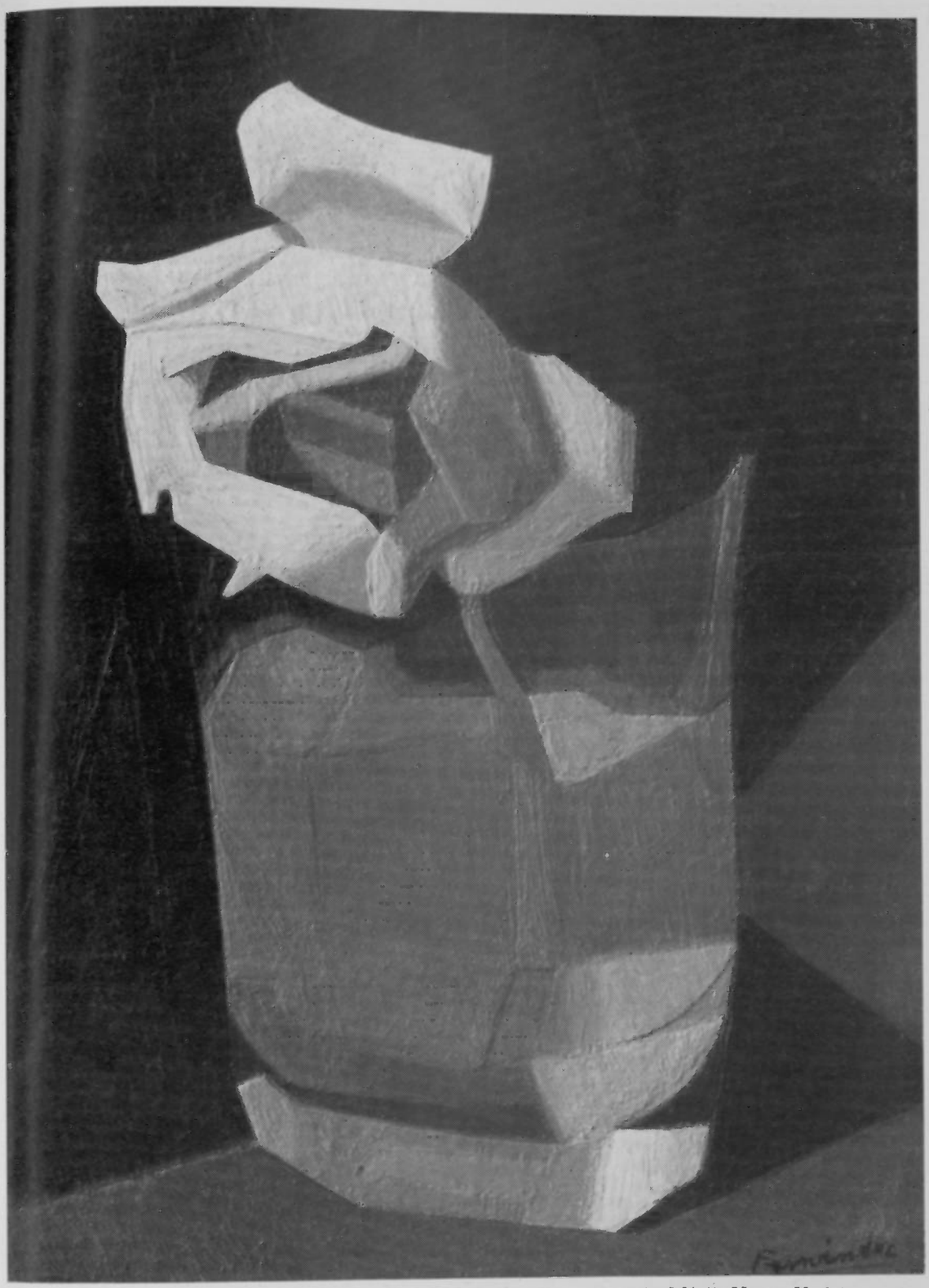
Ello quizás ayude a penetrar esta unión de reflexión y de emoción, de real y de ideal de la pintura de Fernández, este universo inmóvil, denso de interior hervor, que al fin subyuga y envuelve: como el silencio que al fin ensordece, como el hielo que acaba por quemar.

RAMON XURIGUERA

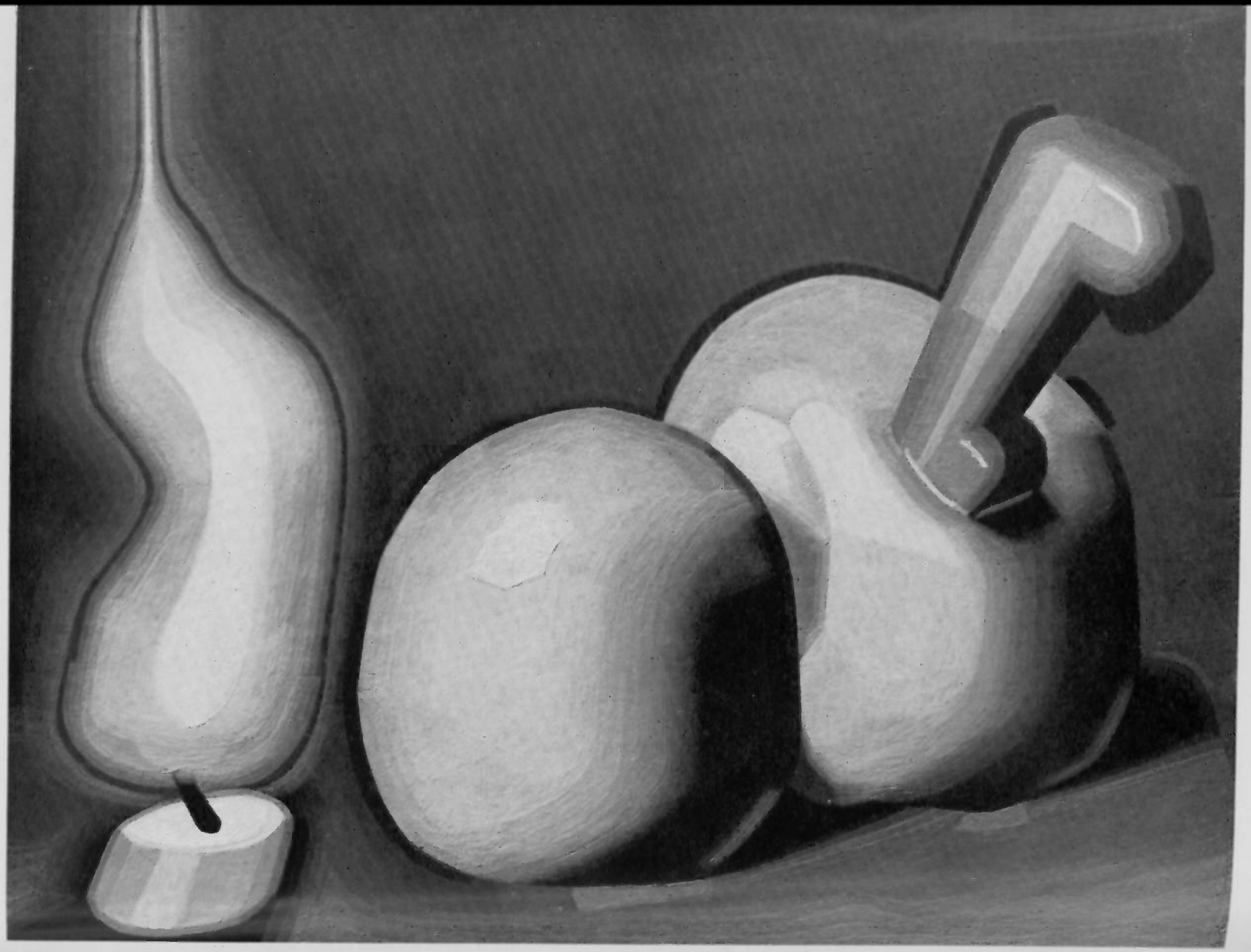
Luis Fernández nació en Oviedo (España) el 29 de abril de 1900. Se formó *en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, en la que estudió desde el año* 1912 *hasta* 1922. *Se trasladó a París en* 1924, *donde continúa residiendo.*

Fernández es un trabajador solitario y de elaboración lenta. No ha celebrado más que dos exposiciones en su vida, ambas en París: la primera en la Galería Pierre, en 1950; *la segunda en la Galería Cahiers d'Art, en* 1956.

Poseen obras suyas el Musée National d'Art Moderne de París, el Museum of Modern Art de Nueva York, el Museu de Arte Moderna de Rio de Janeiro y numerosos coleccionistas particulares.



Luis Fernandez : « Rosa en un vaso », 1952. (Colec. Dominique de Ménil, Nueva York.)



LUIS FERNANDEZ : « Bujía y manzanas », 1953. (Alexander Iolas Gallery, Nueva York.)

BIBLIOTHÈQUE DE LA GUERRE MUSÉE

Bartolí

HA PASADO MUCHO TIEMPO desde que se celebró la exposición de pinturas de Bartolí, en la Galería Proteo de México (julio último). Sin embargo no podemos dejar de señalar su importancia. Primero, por el éxito que ha tenido y después —y no es éste su menor mérito— porque esta manifestación se inscribe en la crónica del arte de nuestro tiempo destacando la personalidad del pintor. Era la tercera de las grandes exposiciones a que nos invitaba Bartolí (la primera tuvo lugar en México —Galería Prisse , en 1952; la segunda, en París, en 1954; y sus estudios nos parece que deben colocarse definitivamente entre los más originales de la pintura moderna. Si en 1952 el dibujante a lápiz incisivo, el ilustrador prestigioso, aparecían bajo el pintor, dando en sus cuadros la preponderancia al grafismo, después ha afirmado sus cualidades de ordenador de las formas en el espacio y de colorista.

Las telas de Bartolí, que representan los aspectos del mundo vistos a través de un prisma, irradian una luz interior, tibia y acariciadora, que exalta las pequeñas superficies de la composición. Lo mismo si pinta un *Condottiere*, los *Trabajos forzados*, las fachadas estrambóticas de la vieja ciudad de Amsterdam, una calle de Florencia, *El Invierno Suizo*, que eclipsa al hombre, o *Janitzio*, Bartolí, en una lenta ascensión de las profundas zonas de su ser, domina cada parte del cuadro, que vibra entero de un ritmo igual como un conjunto de creación perfectamente madura, sin falla.

¿Bajo qué cielos Bartolí, espíritu curioso, eterno vagabundo con alas en los pies, va a plantar su caballete después de haber pasado en América —Estados Unidos y México— más de un año? Sus amigos de Europa le reclaman ya, deseando ser muy pronto testigos de nuevos trabajos.

Michelle Stuart

TAMBIEN HUBIERAMOS QUERIDO ocuparnos antes de Michelle Stuart, cuya exposición en México (Galerías «Excelsior»), inmediatamente después de un importante «accrochage» en Nueva York, ha afirmado su joven talento. Sus obras recientes —pinturas al óleo, pinturas al agua y dibujos— muestran facetas todavía desconocidas de esta personalidad cuyo registro se ha enriqueciso, indudablemente, durante estos últimos meses de trabajo.

Se ha señalado ya el interés —y la sorpresa— suscitados por la madurez de sus primeros cuadros, sólidamente construídos, pintados con un pincel concienzudo y una pasta densa. Limitándose entonces a una gama extremadamente estudiada de tonos apagados, el artista, guardando una estrecha intimidad con el objeto, iba más allá de su apariencia hasta la misma esencia de la materia. Es posible que esta joven pintora penetre hoy mejor en el taller de la creación. En efecto, como resultado a la vez de una observación sostenida y de una mayor necesidad de sobrepasar los límites de lo visible, cada obra está adornada de un carácter único. Traducción más profunda de la magia de la realidad, que confiere a algunas de ellas una extraña poesía que no hiere ni a la virilidad del rasgo ni al vigor de la composición. (París : *La Villette, Barques à Orléans* (dibujos); *Portrait de Filipondio, Figure*).

Los medios técnicos se amplian paralelamente y queda uno sorprendido de la facilidad —mejor dicho, de la maestría— con que esta joven pintora de veinticinco años maneja los diversos procedimientos.

Estos asombrosos recursos, esta sensibilidad, esta profundidad de observación hacen de Michelle Stuart, decididamente, una de las figuras más atrayentes de la joven generación de pintores.

R. R.

Lowell Dunham : "Rómulo Gallegos. Vida y obra"

RARO LIBRO TAN COMPLETO. tan conciso y, desde todo punto de vista, tan interesante y analítico, como éste sobre la vida y la obra de Rómulo Gallegos, escrito por el profesor Lowel Dunham, de la Universidad de Oklahoma.

Rómulo Gallegos es una de las más grandes figuras de las letras hispanoamericanas. Es un clásico de la lengua española. Y en nuestro tiempo es considerado como el más universal de los novelistas de habla hispana. Por su potencia creadora, su riqueza de estilo, su sabia penetración psicológica y el profundo aliento social de sus obras, ha alcanzado ya, en vida, la perennidad de los inmortales.

Se ha dicho, y con sobrada razón, del insigne escritor venezolano que es un caso insólito. Y nadie niega que lo es. Todo el mundo, con honrosa distinción, lo reconoce. Porque en la síntesis de su creación literaria ha sabido dar forma —con perfección estética— a los sujetos de la imaginación y de la realidad. Artista genial que es, Rómulo Gallegos tiene el privilegio —a pocos dado— de saber describir con belleza o de poderla, verdaderamente, producir.

Pero por algo más su obra sale de lo puramente acostumbrado. Por la consubstanciación de ésta con su vida. Ambas unidas y ejemplares. Las dos formando una compacta unidad. Quizás tendrían que contarse con los dedos, porque muy pocas veces se ha dado en un escritor tan armoniosa y admirable correspondencia entre su pensamiento y su conducta, como en el caso de Rómulo Gallegos, llamado en su patria el Maestro de la juventud. El profesor Dunham, apenas comenzando su estudio, en la Introducción, señala y destaca: «La América hispana lo admirará siempre como una gran fuerza moral, enmarcada dentro de los límites de su propio patrón cultural.»

Con «amor, ciencia y conciencia, digno tributo a una de las figuras más relevantes del Nuevo Mundo», nos presenta Lowel Dunham su biografía de Gallegos. En realidad, es una de las interpretaciones más acabadas que sobre un autor pueda hacerse. Es uno de los análisis mejor concebidos. Porque a su especialidad de crítico de la literatura hispanoamericana, Dunham une sus minuciosos conocimientos de la labor —pública y literaria— del clásico venezolano. Ya él había publicado una edición escolar de *Doña Bárbara*, que se emplea como texto en las universidades norteamericanas. Y en 1954, ayudado por Ricardo Montilla —y con la colaboración de otras sobresalientes figuras del continente americano, intelectuales y políticos— había coleccionado en un libro intitulado *Una posición en la vida*, varios ensayos y discursos galleguianos de primordial importancia.

Por diferentes prismas nos hace ver el profesor de Oklahoma al creador de Santos Luzardo, Florentino y tantos otros personajes de la autenticidad latinoamericana. Lo estudia como hombre de Estado y como escritor. Y lo hace con elegancia y objetividad, aportando a cada afirmación el dato comprobado de su copiosa bibliografía. Sus contactos personales con el novelista le sirvieron, además, para profundizar en lo humano lo que había sido dedicación de varios años en el análisis de sus libros. «Es una experiencia curiosa —dice el profesor Dunham— estudiar a este hombre y sus obras, llevando a cabo este estudio desde diversos puntos de vista. Primero surgen los hechos escue-

tos y objetivos de su nacimiento, de su matrimonio, de las penalidades económicas, de su primer éxito literario, para proseguir con la consecución de la fama como autor, sus relaciones políticas, la presidencia y el destierro; después hay el hombre tal como se nos revela en sus obras; después el primer contacto personal y, por último, el trato ya más estrecho y la amistad con el autor. Desde cada punto de vista parece ocupar una esfera distinta, para destacarse como un individuo diferente y separado. Sin embargo, es en trato personal con el hombre donde aparecen la innata dignidad, la gran humildad y la convincente humanidad de Gallegos... Gallegos es hombre de gran integridad moral e intelectual.»

La biografía se divide en ocho capítulos: la tierra, la gente y la época; Gallegos, el escritor; Gallegos, el líder político; los ensayos; los cuentos; las primeras novelas; las obras maestras; las últimas novelas y los patrones. Por su simple enumeración se observa que nada o casi nada, fué olvidado para la comprensión de la vida y de la obra del ilustre venezolano. Partiendo del ambiente geográfico e histórico de Venezuela, Lowel Dunham ahonda en lo social-político: así explica la intervención de Gallegos en el campo público, su profesión de fe democrática, su actividad en el partido Acción Democrática, en el cual compartió la responsabilidad directiva con un compañero de letras, el gran poeta Andrés Eloy Blanco y con quien había sido antes su discípulo, ahora prestigioso dirigente nacional, Rómulo Betancourt, y Gonzalo Barrios, Raúl Leoni, Luis P. Prieto, etc. Y luego su ascenso a la presidencia de la República, el carácter civil de su gobierno, que quería, de acuerdo con el plan de su partido, «inaugurar una democracia». Y posteriormente, a los pocos meses, la confabulación militar que lo derrocó y exiló: «la cortina había caído sobre algo que todos los demócratas habían mirado como un buen comienzo para la infortunada Nación. La civilización estaba en retirada; la barbarie reinaba de nuevo. Doña Bárbara y ño Pernalete imperaban una vez más y Venezuela desterraba a uno de sus hijos más grandes y más nobles con la misma ingratitud que había mostrado hacia otros hombres eminentes de su historia.»

Asimismo el profesor Dunham ahonda analíticamente los diversos géneros literarios cultivados por Gallegos. Desde el ensayo hasta la novela, pasando por el cuento y haciendo mención de muchos de sus artículos y discursos. Para el catedrático de Oklahoma los primeros ensayos del escritor merecen estudiarse con atención, ya que «abundantes trabajos críticos sobre Gallegos, no mencionan ni discuten ni valoran a éste como ensayista... Sin embargo, un estudio profundo del escritor obliga al examen de sus trabajos en *La Alborada* y en *El Cojo Ilustrado*, porque allí se nos muestra el proceso de formación mental del futuro escritor de cuentos, dramaturgo, novelista, ensayista, líder político y educador. En esa etapa Gallegos presenta, bajo forma de ensayos políticos y sociales, las preocupaciones de su tiempo y algunas de las soluciones que él entrevé para los problemas que lo acucian como joven intelectual de comienzos de siglo. Esos ensayos nos revelan también algunos de los hombres que contribuyeron a formar su acervo intelectual, y quienes —lo que es más significativo todavía— le dieron las bases para su futura labor como escritor y como ciudadano activo en la vida pública de su país. Pero Dunham reconoce, no obstante, que Gallegos necesitaba un medio de expresión literaria más amplio para examinar los problemas de su país y de su pueblo y para buscarles solución. El cuento —como el ensayo— era demasiado limitado. Será en la novela donde producirá sus obras maestras. Así examina, desde la primera, *Entre las ruinas*, publicada en 1911, hasta *La brizna de paja en el viento*, editada en 1952. Y dice: «Su reputación se estableció con *Doña Bárbara*, pero con *Cantaclaro* y *Canaima* esa reputación se hace indiscutible como algo que ya no puede atribuirse a un aislado caso de suerte.»

La crítica literaria recibirá, ciertamente, el libro del Dr. Dunham como uno de los trabajos más serios y completos que se han escrito sobre Rómulo Gallegos. Fuente indispensable para los hombres de letras como para el historiador, así como para quienes se preocupan de las cuestiones sociales.

J. M. M.

Benjamín Carrión : "San Miguel de Unamuno" "Santa Gabriela Mistral"

BENJAMIN CARRION ES UN ANIMADOR, es un incitador. En su acción y en su literatura. Testimonio de lo primero es la obra que realiza al frente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, institución ejemplar, con cuyas múltiples expresiones —libros, revistas, conferencias, arte, artesanía...— Benjamín Carrión se halla tan identificado hace años que no es imaginable concebir su rumbo bajo otro capitán. El autor de *Atahualpa* ha logrado hacer de esa colmena del espíritu un caso de eponimia continental: porque —según hube de expresarlo en el mismo Quito, en la deslumbrante ciudad, gloria del barroco de Indias— nombrar hoy al Ecuador en cualquier lugar de América es tanto como decir: Casa de la Cultura.

Un espíritu parejo de generoso entusiasmo y

abierta, plural comunicatividad, es el que destilan estos dos libros en cuyas páginas Benjamín Carrión reúne temas y figuras de sus devociones: *San Miguel de Unamuno* y *Santa Gabriela Mistral*. Ambos aparecen inaugurando una serie titulada «Los santos del espíritu», a los que seguirá un *San José Carlos Mariátegui*. Entendamos esta canonización de laicos en un sentido semejante al que usó Don Quijote para calificar como «santo a la jineta» al Caballero del Verde Gabán. Benjamín Carrión, que conoció muy de cerca a Unamuno y a Gabriela Mistral, traza de ambos luminosos retratos, hechos aún más íntimos y evocadores por la transcripción de numerosas cartas. Los dos volúmenes abarcan, además, otros temas menos frecuentados, más privativos de Carrión: estudios sobre Montalvo, sobre el pintor Guayasamín, sobre la historia y la literatura ecuatoriana en sus diversos aspectos y particularmente el novelesco, ya que, como es notorio, la ficción de ese país alcanza preeminencia en América. Son páginas esclarecedoras que contribuyen con algunas otras (señalaré ciertas lecturas recientes: *La lucha por la democracia en el Ecuador*, de Alfredo Pareja Diezcanseco, *De nuestra América : Hombres y cosas del Ecuador*, por Isaac J. Barrera, sin olvidar un libro capital, el de Leopoldo Benítez Vinuesa: *Ecuador, drama y paradoja*, ni tampoco otro donde se roza lateralmente su historia: *Pasión y crónica del Amazonas*, por E. Rodríguez Fabregat) a darnos una versión humana y verídica de su país.

El escritor ecuatoriano enfoca estos motivos con un conocimiento íntimo y un contagioso entusiasmo. Despliega animados retablos, atento a la vibración del conjunto más que a la precisión del trazo. Exalta más que analiza. Sus páginas, antes que «meditaciones» —según califica las dedicadas a Gabriela Mistral— son efusiones. Así como, según Unamuno, fué la indignación lo que hizo de Montalvo un profeta encendido en quijotismo, es el entusiasmo lo que hace de Carrión un poeta encendido en criticismo poético. ¿Acaso no hay también en él cierta demasía, cierta exuberancia de colorido y follaje tropical? El mismo reconoce y no desdeña tal cualidad, en una plástica descripción de su país («ser trópico —escribe— es una fatalidad geográfica y un signo»), pero siempre que se acuerde con las características contrastadas del mismo. De ahí la temperatura cálida, unida al sabor y el ritmo de alturas que posee su prosa.

Por lo demás, ya Gabriela Mistral, hace años, en el prólogo que antepuso al primer libro de Benjamín Carrión —*Los creadores de América Latina*—, se atrevía de una vez a cantar el elogio de la tierra caliente, alabando también la inclinación de este autor a verterse generosamente hacia los demás. Soslayando posibles reparos de detalle, otra cualidad hemos de señalar finalmente en Benjamín Carrión: su americanismo cabal, su visión de América como unidad. Americanismo que, en primer término, lógicamente, empieza pero no acaba con el amor a su Ecuador; después, a diferencia de otros, no necesita respaldarse turbiamente en ningún antieuropeísmo y menos en ningún antihispanismo, con lo cual sale ganando pureza y fuerza.

GUILLERMO DE TORRE

Di Cavalcanti : "Viaje de mi vida"

Están ahora de moda en Brasil los libros de memorias. Poetas como Manuel Bandeira o Jorge de Lima (que comenzó a escribir sus memorias pocos meses antes de morir, dejando inacabado uno de los más preciosos libros de la moderna literatura del país), políticos como el general Gois Monteiro o el revolucionario Juan Alberto Lins y Barros, escritores como Oswald de Andrade y Graciliano Ramos (los tres últimos recientemente fallecidos) han publicado sus memorias y todos han tenido una gran aceptación por parte del público y de la crítica.

Tal vez sea ésta una de las explicaciones de la «onda memorialística» que corre en el Brasil, pues están anunciados otros libros cuyos autores son Mauricio de Lacerda (político), Olegario Mariano (poeta) y José Américo de Almeida (escritor), todos empeñados en trasladar al papel lo que, durante una vida de luchas y agitaciones, se ha transformado en rica materia prima para libros sabrosos e importantes al mismo tiempo.

Por ello vale la pena destacar en este dominio el primer volumen de las memorias del pintor Di Cavalcanti (*Viaje de mi vida*, I. —*El Testamento de la Alborada*, Editorial Civilización Brasileña, S.A., Río de Janeiro), interesante e importante a la vez por varias razones.

Ante todo Di Cavalcanti es uno de los mejores pintores de América, fundador del movimiento que hizo nacer el modernismo a vanguardia en el Brasil; hombre del que se cuentan mil anécdotas, incansable viajero, poeta de valor, aporta en este libro un juicio sabroso sobre el Río de Janeiro de fin de siglo, en el que el poeta alterna con el escritor y el pintor aparece en ilustraciones de gran belleza que llenan este libro, haciéndolo más precioso, pues además de la parte evocativa, tenemos la parte plástica magistralmente realizada por el propio autor.

Este primer volumen de las memorias de Di Cavalcanti abarca desde el comienzo de su vida (1897) hasta su primera estancia en París (1923), donde convivió con tantos y tantos «grandes» como Picasso, Cocteau, Eric Satie, Leon Daudet, Miguel de Unamuno, Chirico, Max Ernst, Aragón

(el de los buenos tiempos), Jules Supervielle, Juan Gris, Francis Carco, un mundo en fin que revive en estas páginas, que a pesar de su «facilidad» son un documento de los más importantes, no sólo para las letras y las artes en el Brasil, sino también para el movimiento artístico internacional.

Desde su primera exposición, realizada en el año 1916, en el Salón de los Humoristas de Río de Janeiro, hasta sus grandes exposiciones de París, Montevideo, Nueva York, Buenos Aires y Roma, se extiende un camino de rara riqueza humana, de una ternura y una fantasía que el anarquismo sentimental (pues Di Cavalcanti siempre se há autodenominado anarquista) no consigue ni cambiar, ni desbaratar.

Pintor, poeta y memorialista unidos en un solo libro, trazan el retrato de una época que, incluso si no fué de las mejores, fué al menos bastante mejor que la época de la «coexistencia pacífica» en la que estamos obligados a vivir.

Que lo diga si no Di Cavalcanti.

STEFAN BACIU

Eugen Relgis : "Diario de Otoño"

La Editorial Americalee, de Buenos Aires, ha publicado recientemente un nuevo libro del escritor rumano Eugen Relgis, que lleva como título *Diario de Otoño*.

Esta nueva obra, a pesar de su título, no es un verdadero Diario, ni tampoco un libro de Memorias, pues, como afirma el autor, cuando ya se aproxima al otoño de su vida, es demasiado tarde para escribir un Diario y demasiado pronto para escribir unas Memorias. El libro constituye más bien una recopilación de extractos y de pensamientos escritos a través de una vida de largos años dedicados a las nobles tareas del espíritu, sembrados en la obra amplísima que, como literato, humanista, pacifista, sociólogo y poeta, ha realizado Eugen Relgis. Es, como afirma en su prólogo, un «cuadernillo» terminado de escribir y cerrado en Bucarest, cuando la segunda guerra mundial se aproximaba a su fin.

A pesar de que las ideas, pensamientos y reflexiones fueron escritos en épocas distintas y hasta alejadas por el correr de los años, están recopilados ordenadamente en los cuatro capítulos que componen el libro, por conceptos y materias relacionados entre sí en íntima conexión. Son textos cortos; la mayoría expuestos en pocas líneas, y los más largos no suelen exceder de una página; pero esta concisión no impide que en ellas se reflejen, con suma claridad, los puntos de vista de su autor, en los interesantes temas allí recopilados.

Hay alguno que puede servir de enseñanza a las juventudes, como ocurre con el dedicado a *humanitarismo y política,* escrito en el año 1932, sin duda alguna, aunque el autor no lo dice, bajo la preocupación que embargaba su espíritu a causa del desarrollo que había adquirido por aquel entonces en Rumania la «Guardia de Hierro», organización de tipo fascista y totalitario, similar a otras que, con idénticos propósitos, iban surgiendo en distintos países. Su inquietud está reflejada en aquellas palabras que dirige a los humanitaristas activos al señalarles «el deber de preservar particularmente a las jóvenes generaciones de los espejismos políticos, de esas vanas pasiones fomentadas por ficciones e ideologías oscurantistas que desvían y agotan las energías creadoras, y falsifican las relaciones naturales entre los hombres». Estas relaciones —dice— solamente pueden permanecer cordiales, fraternales, provechosas para todos, si están basadas en el amor y la libertad. La política de los demagogos y de los tiranos —añade— suscita el odio, el fanatismo ciego, la violencia sanguinaria entre los individuos de varias capas sociales, entre los pueblos vecinos y entre colectividades nacionales o religiosas, en el seno del mismo pueblo y en beneficio del llamado «partido único», pero, en realidad, en beneficio de una minoría de gobernantes usurpadores.

Podemos afirmar, como resumen, que el libro de Eugen Relgis presenta un verdadero interés por las muy variadas ideas que en él se exponen, reflejo de la fuerte personalidad y la cultura de su autor.

CARLOS DE JUAN

De los poetas a la poesía

Podría hablarse, al referirse a los poetas actuales, de poetas que *se embarcan* en una solidaridad social y hasta política ; de poetas que se evaden para quemarse en una aventura personal; de poetas, en fin, que se encierran en su torre de marfil y que trabajan sus versos en altas cámaras en donde el aire se enrarece. Al lado de esas tres corrientes de poetas habría que situar la de los que, sin *embarcarse,* ni permanecer encerrados, ni quemarse en una aventura personal, se quedan como a mitad de camino, como en un claro de bosque en donde la vida discurre tranquila. A este último grupo pertenece Roberto Fernández Retamar, quien nos envía desde La Habana el libro *Alabanzas, conversaciones,* que le ha publicado el Colegio de México. ¿Acaso no dice el propio Retamar que su cuerpo se halla *más allá de la piel, tendido/ un poco hacia la la luz y el sueño?*

El libro *Alabanzas, conversaciones,* es revelador, ante todo, de un estado de ánimo. El poeta ha llegado al momento de las claras certidumbres rodeadas como por un halo de neblina.

CONTINUAN LLEGANDONOS gran cantidad de libros desde las orillas de La Plata. El de Alejandra Pizarnik titulado *La Ultima Inocencia* corresponde, en cierto modo, a una poetisa que busca a través de la evasión la aventura personal sin temor a quemarse en ella las alas. Nada de extraño si sus versos tienen algo de lo que Rilke llamaba *la actitud de quien se va.*

Puede confiarse en Alejandra Pizarnik, dotada de sentido plástico y dramático, a condición de que aproveche de vez en cuando un alto en el camino para distinguir los latidos del corazón y el ruido de las pisadas.

Entre los otros libros llegados de la Plata destaca *Distante Alamo* que ha publicado en Montevideo la conocida colección de Cuadernos de Julio Herrera y Reissig. Libro póstumo de ese hombre ejemplar que fuera Julio J. Casal, a quien se ha rendido merecido homenaje.

Conocimiento de la Alegría, editado por el Instituto de Amigos del Libro Argentino, nos muestra un poeta, Horacio Armani, que conoce a fondo el oficio. Sus versos tienen regusto de clasicismo castellano de la mejor escuela.

El *Romancero Mínimo* (*Romances para niños*) de la uruguaya Elsa Lira Gaiero, es un librito sencillo, sin pretensiones, que se lee con agrado.

La Canción de los Lagos viene a añadirse a la obra considerable de Eugenio Navas. *La Canción de los Lagos,* publicada por la editorial argentina Teatro del Pueblo, va ilustrada con numerosas fotografías de los Lagos del Sur, originales de Eugenio A. Padorno e Isidro Lichtman.

EN LAMPARAS ENTERRADAS publicada en Nueva York por Las Américas Publishing, saludamos la voz del poeta dominicano Sulpicio Antonio Reyes.

Libro desigual el suyo. Como sus versos corresponden a una época relativamente antigua de su producción, es de esperar que, en obra más reciente, Antonio Reyes haya logrado un tono de voz más dúctil a fuerza de ahondar en su soledad de hombre.

EDUARDO FELIX nos envía desde Quito *El Moscardón* (*Teatro Inmóvil*), que le ha editado en Madrid Afrodisio Aguado.

Hemos de elevarnos, una vez más, contra las notas de presentación como la que acompaña las páginas de *El Moscardón.* La poesía es tal vez la mercancía que menos se presta a presentación. A menudo la presentación logra el efecto contrario al deseado. Mientras que el poeta deja en la penumbra sus intenciones, se da margen a todas las posibilidades. Una presentación obliga al lector a tomar posición en función de lo que en ella se dice. En el libro de Eduardo Félix se indica, por ejemplo, que el poeta y su poema *traen a la lírica de expresión española un acento raro.* Esto obliga a juzgar el libro en función de lo raro de su acento. En ese caso no podemos por menos de comprobar que los versos que lo forman no tienen nada de raro. Habría que concluir afirmando que el libro es un fracaso si el autor se propuso dar impresión de cosa rara y no lo ha conseguido. Digamos, no obstante, que Eduardo Félix se halla dotado lo suficientemente bien como para no necesitar presentaciones de ningún género. Tampoco necesita, a nuestro juicio, emplear procedimientos de *teatro inmóvil* que le obligan a alargar inútilmente un mensaje esencialmente lírico y que se presta a ser más condensado.

LUIS LOPEZ ALVAREZ

Emilio Prados : "Río Natural"

LA EDITORIAL LOSADA de Buenos Aires le ha publicado a Emilio Prados, en la prestigiosa colección de poetas de España y América, su libro *Río Natural.*

Emilio Prados pertenece a ese grupo de poetas de la poesía española peregrina, que abandonaron su patria para irse a vivir a otras tierras. Cuando en su día se escriba un estudio sobre la poesía española de fuera de España figurará, sin duda, junto a los nombres de Juan Ramón, Salinas, Jorge Guillen, Alberti y León Felipe, el del propio Emilio Prados. Cada cual a su manera, se han ido depurando, ennobleciendo y superando fuera de España. Todos ellos han reforzado más y más su entronque directo con la España eterna.

En *Río Natural,* Emilio Prados se revela como un poeta que no hace concesiones y que, cumpliendo al pie de la letra la célebre divisa shakespeariana, ha permanecido ante todo fiel a sí mismo.

La poesía de Prados es poesía de soledad, a la que se llega difícilmente y que, en todo caso, raramente sale al encuentro de nuestra sensibilidad. Diríase que el poeta se ha disciplinado ante sí mismo, para sí mismo, en esfuerzo ascético no exento de estoicismo.

Al través de ese fondo de estoicismo enlaza el *Río Natural* de Prados con los ríos de Manrique. Y es precisamente ese poso de estoicismo lo que caracteriza no sólo a Emilio Prados, sino a casi todos los poetas españoles de fuera de España.

En su esfuerzo de concentración, de concreción el poeta malagueño llega a rozar, paradójicamente, los terrenos de lo abstracto. Se sirve a menudo de interrogaciones sucesivas con las que va acorralando los asuntos.

No obstante, bajo el ropaje austero de su poesía, aparece de vez en cuando la puntilla graciosa de un ritmo popular.

Existe en *Río Natural* cierto dualismo metafísico que desorienta en ocasiones, pero que sirve para crear la separación necesaria en medio de la cual habrá de surgir la chispa luminosa. Casi nos atreveríamos a decir que, así como hay quienes sufren de su dualismo y le combaten, Prados, por el contrario, dominándolo a su antojo, se sirve de él para su labor creadora.

A fuerza de bregar, Emilio Prados ha llegado a la madurez y sabe decirnos bellamente que ya no aguarda, sino que espera:

¡Callo en mi cuerpo esperando
Lo que, por serlo, no aguardo!

En esa espera Emilio Prados permanece lúcido y trata de hacer auténtica labor creadora sirviéndose para ello de su conocimiento del oficio. Algunos poemas de *Río Natural* revelan, en efecto, un esfuerzo de novedad expresiva del mayor interés.

L. L. A.

Ricardo Paseyro : "El costado del fuego"

Los epigrafes de Unamuno, Machado y Gongora que ilustran este breve libro de poemas (Editorial Índice, Madrid, 1957), nos dan la clave de las preferencias del poeta, así como de su actitud ante el mundo. Actitud de vigilia ardiente y atormentada, como la de la llama que se consume en la noche, o más bien que se devora a sí misma, corroída por su fuego interno.

Paseyro es un viajero a la usanza de los nuevos poetas hispanoamericanos, que saben que su conocimiento del hombre no sería completo sin una confrontación personal con el escenario terrestre donde de representa el drama de la existencia humana. Así, los poemas de este poeta uruguayo están fechados en Mallorca, Málaga, Buenos Aires, Madrid, París. Pero no reluce en sus estrofas el sol andaluz o balear, ni se desliza el viento aterido de la invernada parisiense o madrileña: los paisajes y las ciudades permanecen discretamente en segundo plano y se esfuman ante la presencia del poeta que monologa y muestra sus quemaduras de sobreviviente de las llamas.

Vivir en poesía es para Paseyro arder y consumirse. La poesía es un fuego que devora. El poeta entra cantando en el «cerrado círculo de fuego» como un mártir de estas modernas edades. La deslumbrante, «inasible, callada poesía» le purifica y le revela el mundo de las apariencias, donde las formas y las cosas no son más que una «errante multitud de máscaras».

Los colores son vanos, el follaje es gárrulo: todo va a parar en la muerte y en el olvido. Esta actitud elegíaca, presente en todo el libro, se afirma aún más en la última parte que lleva el título de «La Pasajera» y que se abre con un verso de Vicente Huidobro: «Este largo entierro que atraviesa todos los días mi memoria».

¡Oh, tristeza de las cosas! decía el antiguo poeta romano, en medio de un mundo en agonía ante el advenimiento de la nueva Era. El poeta actual posee análoga actitud de lamentación y siente acumularse en su interior todas las ruinas. ¿Cómo detener la muerte de las cosas y redimir al hombre de su soledad? Ricardo Paseyro, sentado en una terraza popular de Montparnasse, al atardecer, se siente solo y escribe :

Campanas enredadas
entre vuelos de pájaros y luces
sonad por mi, sonad para que muera,
sonad cuando me muera por que sea
ruina y menos que polvo y que vacío,
pero que sienta el alma de la tarde
y el rumor de las cosas que se extinguen.

A pesar del epígrafe de Huidobro, el poeta uruguayo no vierte su poesía en los moldes del Creacionismo ni de ninguna de las escuelas postmodernistas hispanoamericanas. Su forma preferida es casi siempre el verso blanco endecasílabo, de linaje latino y castellano. Huye de lo arbitrario y de lo gratuito. En cumplimiento de algo como un voto de austeridad poética no se deja seducir ni siquiera por la tentación sensual y fugaz de la imagen. De este modo su poesía se perfila descarnada y esbelta como un chopo español. Más que hijo del Nuevo Mundo, Ricardo Paseyro es hombre de una patria mental, pura como el diamante. Allí habitan las sombras de Rilke y Machado. ¿También acaso la de Juan Ramón Jiménez?

Ls tres virtudes esenciales de este poeta son una saludable economía de palabras, un gran amor por la perfección y un anhelo de exactitud. En suma, estas tres virtudes son manifestaciones de una sola pasión por la forma cabal, de justeza matemática. Este misticismo de la exactitud —si podemos llamarlo así —lleva a Paseyro a cantar al número, del que dice: *¿Qué más alto, más cercano a Dios?*

En medio de la vacuidad de un verbalismo al uso por tierras de América, Ricardo Paseyro restaura la dignidad lírica y se acoge al amparo de la esencial y verdadera poesía «lumbre de perfección, torbellino más bello que la muerte».

JORGE CARRERA ANDRADE

Isidro Conde : "Tiempo"

No parece que el empleo de cajero del Banco de España sea muy adecuado para alternar su ejercicio con el trato de las musas. Y sin embargo Isidro Conde Botas, que de-

sempeña tan honorable puesto en El Ferrol que hoy llaman del Caudillo, nos sorprende gratamente con un breve libro de poemas, *Tiempo*, fehaciente testimonio de que no sólo Conde flirtea o florea con las hijas de Júpiter y Mnemósine, sino que tiene con ellas un trato íntimo y muy afortunado. Cierto que El Ferrol es quizás el único pueblo del mundo donde sobrevive la extinguida clase de los trovadores, capaces de salir de noche por primavera a dar serenata a sus amadas o de morir de amor, cosas una y otra que ya no se estilan en el resto del planeta.

En todo caso, Isidro Conde no es de estos supervivientes. Es un poeta auténtico, de su tiempo, disciplinado, de noble inspiración y expresión limpia, que para estar *al día* hace sus concesiones a la manera moderna, sin rima, sin norma, sin preceptos, pero que está mejor, mucho mejor cuando se sujeta a las reglas clásicas y moldea su vena poética en sonetos de excelente factura. El que abre y el que cierra el libro y los que dedica a las estaciones del año son buena prueba de que el estro de Isidro Conde no ha menester de apelar a la facilidad ni al truco para vibrar con brío. Lástima que unas asonancias aleves en los cuartetos de «Otoño» lo apesadumbren con cierta monotonía. Pero esto es *peccata minuta* (indicio el señalarlo de que hemos leído los poemas con atención cuidadosa), y los otros están muy bien cincelados.

Hay en Isidro Conde la madera de un poeta y de un buen poeta, prometedor de frutos muy logrados. Si el saber que fuera de El Ferrol del Caudillo, y aun de España, se le lee con interés puede servirle de estímulo, sépalo. Esta espontánea nota bibliográfica de una obra que él no nos envió, lo acredita, y lo corrobora nuestro aplauso, no tibio ni forzado.

Muy modernas las ilustraciones de los poemas, obra de Isaac Díaz Pardo, pintor maldito en aquellas latitudes, por no sabemos qué reales o supuestas apetencias sociales.

¡Depare Dios un clima propicio a la poesía y al arte, a tantas trabas y restricciones sometidos en el Ferrol y en la España del Caudillo!...

C. A.

Martín de Ugalde: "Un real de sueño sobre un andamio"

HEMOS LEIDO CON ATENCION Y SIMPATIA, crecientes a medida que nos adentrábamos en su lectura, la breve colección de estampas literarias que bajo el título de una de ellas, laureada en un concurso celebrado en Caracas («Un real de sueño sobre un andamio»), acaba de publicar en la capital venezolana un vasco de suelta y garbosa pluma, Martín de Ugalde, emigrado en aquellas tierras, ahora, al parecer, de promisión.

Vaya por delante nuestro reconocimiento de las dotes de observación del autor, de su calor humano y de su estilo ágil, expresivo, trepidante en ciertas páginas y siempre ameno y pintoresco. Algunas de sus estampas, como la rotulada «Un día de playa», son una epopeya prosaica de la inmigración. Se resumen en ella, mejor que en uno de esos libros pedantescamente llamados de sociología, los afanes, las aspiraciones, estímulos para la lucha y efímeras ráfagas de desaliento que mueven al inmigrante en la próspera Venezuela, a ese inmigrante a cuya «ancha esperanza» dedica Ugalde su libro. Es esa una página que, pese a su prolijidad, no cansa y que retrata con exactitud realista y con agudeza psicológica un período de la vida venezolana, el contemporáneo, caracterizado por la atracción que ejerce sobre muchas gentes el auge material y económico de aquel país.

Otra estampa, «El Cacho», denuncia una perfecta identificación del escritor con el alma popular venezolana, con sus costumbres y su lenguaje. En este último aspecto el libro de Ugalde representa una rica aportación de vocablos, giros y expresiones tomadas del habla corriente, de sumo interés para el estudio de las transformaciones que los modos de decir castellanos experimentan bajo la influencia de un medio geográfico y social muy diferente del originario, de los modismos locales y de las corrientes idiomáticas que en aquellas tierras se dan cita. La figura del viejo pescador Ñelo está diseñada con vigor y de mano maestra y ella por sí sola anima este cuadro indígena tan colorista y bien logrado.

En todas estas estampas, en todas, hay una palpitación humana, una inquietud o una angustia propias de nuestro tiempo, de las que el escritor se compenetra como si para mejor diseñarlas se hiciera de ellas solidario.

Un reparo, que no afecta a su calidad literaria, hacemos al libro de Martín de Ugalde. ¿Por qué llamar «cuentos» a estas estampas, que sin duda alguna no reunen las características concretas de ese género? Acaso la única que pudiera llevar tal denominación es la titulada «Punto y aparte», que es, en efecto, un relato, algo que se puede contar —que eso es el cuento, en suma. El rótulo «cuentos», bajo el que se cobijan estas brillantes páginas no es el adecuado. Se está llamando hoy novela, novela corta o «nouvelle» —como dicen en Francia a ese término medio entre la novela y el cuento— y cuento a composiciones literarias que no lo son, porque carecen de lo esencial para serlo, que es una acción que se desenvuelve ante el lector mediante un relato o narración más o

menos afortunados. Cuando Unamuno escribió *Niebla,* que es novela, pero descarnada, a la manera unamuniana, sintió el escrúpulo de llamarle novela, dudando acaso que lo fuese, y le llamó «nivola». Habrá que buscar un nombre adecuado para estos estudios psicológicos, introspecciones, etc., más o menos amplios, para que nos entendamos y no se confundan las cosas.

Son cuentos o «nouvelles» los de Bocacio, los de Chaucer, los de Dickens y las historias extraordinarias o fantásticas de Poe —no todas— y de Hoffmann. Son cuentos, modelo en su género y de gran ejemplaridad, los del infante don Juan Manuel en el *Conde Lucanor;* son verdaderas «nouvelles» o cuentos los de Maupassant y la condesa de Pardo Bazán, por ejemplo, porque hay en ellos *materia contable o relatable.* Y donde no hay esto no hay cuento, aunque haya un estudio penetrante de un estado de alma, una bella descripción, una excelente obra en suma, digna de todo encomio, pero a la que el rótulo «cuento» se le despega. Tal es el caso de estas vivaces y lucidas páginas de Martín de Ugalde, que sinceramente elogiamos y recomendamos.

Para este nuevo género, fruto de nuestro tiempo, de las angustias de nuestra época, acaso de las exigencias del lector contemporáneo, habrá que buscar un nuevo nombre.

No he de ser yo quien se lo adjudique. Doctores tiene la santa crítica que se lo sabrán encontrar.

C. A.

Paca Navas Míranda : "Barro"

Con un retraso de varios años llega a nuestras manos la novela titulada *Barro,* escrita por la novelista hondureña Paca Navas Miranda. Es, al parecer, el segundo de los libros que tiene publicados. No conocemos el primero, *Ritmos criollos,* pero nos basta leer este segundo para darnos cuenta de las excelentes condiciones literarias de esta escritora.

Barro es una novela de auténtico criollismo, de carácter costumbrista, escrita en un estilo literario que corresponde a los modismos, refranes y vicios de lenguaje empleados en aquel país, y para dar a su libro mayor colorido, intercala escenas folklóricas de la costa hondureña y de los valles de tierra adentro.

El argumento es sencillo, pero al mismo tiempo atrayente. Consiste en la carrera que emprenden algunos habitantes de los valles del interior del país impulsados por la quimera del oro, cegados por el afán de conseguir rápidamente la fortuna con el *oro verde,* es decir, con el cultivo, explotación y exportación de la riqueza bananera en aquella «jungla» del trópico o dedicando sus actividades a útiles menesteres que se beneficiarán del derroche que los *campeños* —nombre que designa a los trabajadores de las compañías bananeras— hacen con el inagotable riego de dólares.

Todos los episodios relatados van adornados con hermosas descripciones de la selva y de la costa, así como de algunas de las supersticiones que se practican, amén de interesantes intrigas, como la del rapto de Carmela —que era una joven honesta— por un malsín con mucha labia, que algún tiempo después muere asesinado misteriosamente; cuadros de costumbres criollas; un conato de huelga; una juerga y también una boda costeñas. Los tipos están admirablemente dibujados y son reveladores del carácter y temperamento del criollo hondureño.

Podemos decir, en resumen, que *Barro* es una novela que se lee con verdadero agrado, sin que decaiga ni un solo instante el interés que su lectura produce.

C. de J.

Fernández de la Reguera : "Bienaventurados los que aman"

Con «Bienaventurados los que aman» (Editorial Planeta, de Barcelona, 1956) Ricardo Fernández de la Reguera nos ofrece su cuarta novela. Las otras tres son, por orden de publicación, *Cuando voy a morir, Cuerpo a tierra* y *Perdimos el paraíso,* todas ellas excelentes no obstante ser de clima y acento totalmente distintos.

(Digamos, puesto que la ocasión se nos presenta, que *Cuerpo a tierra* es, a nuestro juicio, una de las mejores novelas publicadas sobre la guerra civil española. El autor, que hizo esa guerra como soldado en el ejército franquista, dió de lado a los tópicos políticos o religiosos y se limitó a contarnos lisa y llanamente, sin grandilocuencia patriotera y sin odio alguno, la vida del soldado, igual o parecida en todos los frentes y en todos los ejércitos, denomínense «blancos» o «rojos». La sobriedad de su estilo evoca a ciertos novelistas norteamericanos contemporáneos. Nos sorprende de veras que *Cuerpo a tierra* no haya encontrado el eco merecido en los españoles todos, particularmente los que fuímos, en campos opuestos, protagonistas de aquel terrible drama español aún sin restañar.)

Repetimos que las tres primeras novelas de Ricardo Fernández de la Reguera nos produjeron

una grata impresión. En ellas el autor se nos presentó como un excelente narrador, que continúa —cual la mayoría de los actuales novelistas españoles, dicho sea de paso— la tradición de la novela realista clásica, aunque con menos alardes descriptivos y más apego al argumento. En cambio su última novela, *Bienaventurados los que aman,* nos ha causado una gran decepción, pues si bien en ella se confirma una vez más el talento de novelista de Fernández de la Reguera, en cambio no supone para el conjunto de su obra una aportación realmente positiva y digna de tener en cuenta. Esperamos que pronto será superada por próximas novelas.

Bienaventurados los que aman es la historia de un pobre hombre casado con una maja barriobajera que le desprecia tanto como él la ama. Ese hombre sólo desea ver feliz a su mujer, a pesar de los repetidos engaños que soporta. Y como premio a su bondad, llega al final la reconciliación total, ejemplar y definitiva. Nada, pues, de soluciones calderonianas. Digamos que el autor —Dios sabrá el porqué— se ha creído obligado a implicar el hilo argumental con la proclamación de la segunda República, hecho histórico que se nos presenta en la novela como una vulgar y repugnante bacanal, con el consiguiente desfile de plebeyos ahitos de vino y aguardiente. Pero, pasemos de largo. Lo fundamental es que los personajes principales no han logrado convencernos, pues más que a personas con vida propia semejan a títeres movidos por hilos exteriores. Además, abunda en demasía el anecdotismo, sin duda como recurso extremo para alargar la narración y hacer que lo que no debió pasar de cuento largo llegue a obtener las proporciones de una novela.

Fernández de la Reguera es un novelista del que cabe ya exigir novelas de mayor alcance y densidad que ésta que nos ocupa. Tiene talento narrativo y conoce bien su oficio. De él depende, por lo tanto, que la decepción ahora sufrida por nosotros con la lectura de *Bienaventurados los que aman,* sea sólo pasajera.

I. I.

Julio Caro Baroja : "España primitiva y romana"

La editorial Seix y Barral, de Barcelona, continúa el magnífico esfuerzo que supone la edición de su colección «Historia de la Cultura Española», de la cual ya han sido publicados varios volúmenes. El que ahora acaba de ver la luz lleva por título *España primitiva y romana* y su autor es Julio Caro Baroja.

El profesor Caro Baroja, conocido antropólogo e historiador, aborda el estudio de los primeros tiempos de la historia española —si así puede denominarse a lo que aún no era España— de un modo particular, prefiriendo considerar el género histórico como un arte. « La experiencia nos dice —afirma el autor en el prólogo— que las mejores obras de carácter histórico son siempre aquellas en que las imágenes adquieren categoría de prioridad y en que los juicios y pruebas se reducen a la mínima expresión.» Por eso, obligado a referir en poco más de un centenar de páginas lo ocurrido en la península ibérica durante la Prehistoria y la Antigüedad, Julio Caro Baroja se limita a trazar «una serie de modestos apuntes (ya que no cuadros) con bastante independencia los unos de los otros, de acuerdo con un método que fué adoptado por autores de muy diverso carácter, en países distintos, desde comienzos del siglo actual a su mitad.»

El libro está dividido en tres partes bien delimitadas. En la primera parte se trata de los períodos más remotos y de los pueblos prehistóricos; en la segunda, se ofrece una idea de las colonizaciones e invasiones, así como de los diversos pueblos que habitaban la península; y en la tercera, se traza un panorama de la conquista romana y de la consiguiente romanización. Por último, en un breve y substancioso epílogo se presentan las diversas consecuencias de este período histórico. Acompañan al texto unas cuatrocientas ilustraciones, algunas de ellas a todo color, seguidas de un precioso y utilísimo índice descriptivo de todas ellas. Así desfilan ante nuestros ojos las variadas fases de la cultura de los pueblos estudiados por el profesor Caro Baroja.

La ardua y peligrosa tarea que significa el historiar la civilización de los pueblos hispanos de la Antigüedad, desde los remotos tiempos paleolíticos hasta la desmembración del Imperio romano, ha sido llevada a cabo con todo acierto por Julio Caro Baroja en su *España primitiva y romana.* Y la editorial Seix y Barral se ha apuntado un nuevo éxito merced a la belleza tipográfica y al cuidado puesto en la edición de este nuevo volumen de su «Historia de la Cultura Española».

I. I.

Luis Alberto Sánchez : "Escritores representativos de América"

A sus numerosas obras de historia y crítica literaria, acaba de añadir una más el ilustre escritor Luis Alberto Sánchez. Se trata de *Escritores representativos de América* (dos vo-

lúmenes), editada recientemente por la Editorial Gredos de Madrid en su sección «Biblioteca Románica Hispánica».

El autor se ha propuesto presentarnos las figuras más interesantes y sobresalientes de la literatura de los diversos países de habla española. Sin embargo, consciente de las dificultades que un intento tal presenta, y queriendo sin duda parar por adelantado los golpes de tal o cual crítico harto exigente o malintencionado (su anterior obra *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana* provocó una enojosa polémica, con intervención del propio autor), Luis Alberto Sánchez hace una advertencia preliminar: «Podemos afirmar, con énfasis, de los personajes de este libro, que *son todos los que están*, aunque, ciertamente, *no estén todos los que son*. Se necesitaría un volumen de mayores dimensiones que el presente para que fuera lícito exigir lo segundo: contentémonos, pues, con lo primero.»

En *Escritores representativos de América,* Luis Alberto Sánchez ha preferido no reparar en escuelas ni en generaciones. Para la clasificación de los escritores estudiados, optó por la solución más simple: colocarlos el uno después del otro, según la fecha de nacimiento. Así, comienza con Alonso de Ercilla, nacido en 1533, y termina con Andrés Eloy Blanco, muerto en 1955. Quiere esto decir que no incluye en su obra las monografías de los escritores que aún viven, o mejor dicho, que vivían cuando terminó de escribir este libro. A estos prefiere dedicar, llegado el momento oportuno, un nuevo volumen.

Todos los escritores que integran esta obra son estudiados desde un ángulo estrictamente estético, es decir, de mayor auténtico sentido literario, incluso cuando se trata de autores cuya actividad sobresalió más en la política o la sociología que en la literatura. *Escritores representativos de América* resulta una magnífica fuente de información para todos los estudiosos interesados por la literatura de la América de habla española.

I. I.

E. Chang Rodríguez: "La literatura política..."

Henos aquí ante un libro escrito por un profesor peruano sobre tres grandes escritores políticos peruanos y que ve la luz justamente en el momento en que el Perú parece adentrarse de manera resuelta, libre de la pesadilla dictatorial que tuvo que soportar durante varios años, por la senda de la libertad preconizada en forma tan insistente como incansable por González Prada, Mariátegui y Haya de la Torre a través de toda una literatura política que nuestro autor, el Sr. Chang Rodríguez, distinguido catedrático de literatura hispanoamericana en la Universidad de Pensilvania (Estados Unidos), se ocupó en estudiar con esmerada atención.

La literatura política de González Prada, Mariátegui y Haya de la Torre (Ediciones de Andrea, México, 1957) es un documentadísimo estudio de los tres mencionados escritores peruanos, cuya influencia enorme sobre las generaciones peruanas e incluso americanas es hoy día innegable. «Los tres personajes —señala atinadamente en el prólogo nuestro admirado amigo Germán Arciniegas— encarnan un mismo espíritu, están amasados con el mismo barro, y son un proceso natural que va de la juventud a la madurez sin contradicción de generaciones. El lector tiene la impresión de estar leyendo una biografía, y nada más. Pero una biografía que es la del pensamiento revolucionario del Perú.» Y así es, en efecto. El estudio de cualquiera de ellos quedaría incompleto si no abarca asimismo la obra de los otros dos, pues los tres se complementan de manera irrecusable.

Partiendo de este hecho, el Sr. Chang Rodríguez ha aunado en su magnífico libro la vida y la obra de los tres insignes peruanos, analizando minuciosamente la labor intelectual de cada uno de ellos, así como su participación política y su contribución a la creación de un ideario indoamericano. La primera parte del libro, que lleva por título «La revolución inconclusa», es una especie de análisis histórico de la situación política, económica y social de una parte del siglo XIX peruano, o sea del período que arranca de la independencia y que llega hasta el grupo de liberales anterior a González Prada; la segunda parte se ocupa en estudiar la figura de Manuel González Prada y analizar sus ideas; la tercera y cuarta corresponden al estudio de Mariátegui y de Haya de la Torre, respectivamente. Y el libro —más de cuatrocientas páginas— se cierra con una impresionante bibliografía, en la que figuran las obras y artículos escritos por los tres prohombres peruanos, así como los estudios que se les consagraron en diversos idiomas.

La habitual brevedad de nuestras notas —que tienen más de anuncio informativo que de reseña crítica— nos impide comentar como merece este importante libro del profesor Chang Rodríguez. Digamos, no obstante, que su lectura resulta indispensable no sólo para el exacto conocimiento de González Prada, Mariátegui y Haya de la Torre, sino asimismo para el estudio del indigenismo y del aprismo, esos dos movimientos con los cuales puede estarse o no de acuerdo, pero que sería pueril ignorar, dada la influencia que han ejercido y ejercen sobre la literatura y la política de varios países hispanoamericanos.

I. I.

NOTAS CULTURALES

EL GOBIERNO DE CHILE Y EL CASO HUNGARO

Don Osvaldo Saint-Marthe, Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, le ha dirigido a Carlos de Baráibar, delegado del Congreso por la Libertad de la Cultura en dicho país, una interesante carta de la que extractamos lo siguiente:

«Estoy en condiciones de poder informarle que el Grupo Latinoamericano en las Naciones Unidas, con fecha 26 de junio último, acordó por la unanimidad de sus miembros postergar hasta principios de septiembre del año en curso la reunión de la Asamblea General para examinar el informe de la Comisión Ad-Hoc sobre el caso húngaro.

«Chile, que tiene una limpia vida democrática y una condición de libertad jamás empañada, no ha podido ser tolerante frente a una invasión de fuerzas tiránicas que, con pretextos imposibles de atender y menos de justificar, violenta la voluntad del pueblo húngaro impidiéndole darse un gobierno independiente y determinar así su propio destino.

«Por esto, en la reunión que ha de celebrarse inmediatamente antes de la iniciación del XII período de sesiones de la Asamblea General, nuestro país, junto con reiterar su condena por esta agresión armada que atenta contra la integridad territorial y la soberanía del Estado húngaro, hará cuanto está a su alcance para que dicha Asamblea adopte propuestas concretas tendientes a que Hungría recupere su condición de Estado libre y soberano.

«Por lo que hace a las medidas humanitarias en defensa de la vida de los intelectuales y obreros de Hungría, me complazco en poner en conocimiento de usted que, por despacho telegráfico de fecha 27 de junio último, instruí a nuestro embajador en la sede de las Naciones Unidas para que apoyase una propuesta del Grupo Latinoamericano destinada a solicitar la intervención del Secretario General de dicho organismo en favor de las personas que han sido víctimas de la persecución soviética. »

CAMPAÑA DE SOLIDARIDAD EN FAVOR DE HUNGRIA

El extenso resumen del informe de la Comisión de la O. N. U. sobre los acontecimientos de Hungría, publicado en suplemento a nuestro número anterior, ha sido recogido, íntegro o en parte, por numerosas publicaciones latinoamericanas. Otro tanto ha ocurrido con un excelente comentario del escritor húngaro Tibor Meray que, en forma de Boletín de Prensa, expedimos oportunamente a dichas publicaciones. Dichos textos han contribuído grandemente al esclarecimiento de la opinión pública.

Por su parte, los Comités latinoamericanos de nuestro Congreso se han movilizado durante las semanas que precedieron a la reunión de la Asamblea de la O. N. U. que ha tratado dicho problema. En Buenos Aires, en Santiago de Chile y en Lima se han celebrado importantes actos públicos en favor del pueblo húngaro. Los Comités de estas capitales y los de Montevideo, México, La Habana han expedido mensajes a la O. N. U. con numerosas firmas de intelectuales. Y todos ellos, lo mismo que nuestros colaboradores y amigos de Río de Janeiro, Quito, Bogotá, San Salvador, Panamá, Caracas y otras capitales han hecho públicos sendos comunicados de solidaridad por medio de la prensa y la radio.

MADARIAGA EN EL PERU

En nuestro número anterior dimos cuenta sucinta de la jira triunfal realizada por el ilustre escritor y polígrafo don Salvador de Madariaga por diversos países de la América del Sur. Ya dijimos que el general Aramburu, Presidente de la República Argentina, había organizado una comida en su honor. Pero omitimos consignar que el Dr. Prado, Presidente de la República del Perú, le había dado otra comida oficial.

A su regreso por México, donde se tomó unos días de descanso, nuestro gran colaborador y amigo sostuvo una conferencia de prensa, organizada por nuestra Asociación, mereciendo sus declaraciones amplias referencias en todos los periódicos e incluso algunos editoriales.

UNA DISPOSICIÓN INTOLERABLE DEL GOBIERNO FRANQUISTA

Por un decreto del Ministerio español de Información, cuyo texto publicó el Boletín Oficial del Estado del 8 de agosto último, se ha dispuesto que toda publicación —folletos, revistas, periódicos o libros— que llegue a España desde el extranjero, dirigida a un destinatario particular en cualquier punto del país, sea sometida al control de una delegación de Censura, control ejercido principalmente en las oficinas de Correos y en las Aduanas. Esta disposición trata de cubrirse, hipócritamente,

tras la represión de «los objetos obscenos e inmorales», si bien no se oculta que interesará asimismo «los objetos cuya admisión o circulación esté prohibida en el país». Los escritores, los profesores y los estudiantes, los intelectuales en general, no podrán recibir las publicaciones extranjeras de mayor interés para ellos, por no ser *ortodoxas;* los que las reciban, pueden ser fichados y perseguidos.

A este respecto nos llega de España una información que dice en substancia así: «Sé de buena fuente que se ha facilitado a las personas encargadas de la censura una especie de folleto en el que figuran, además de los títulos, los formatos corrientes y hasta las tintas usadas por las publicaciones prohibidas en España y, en particular, aquéllas cuyo envío, a conocimiento de los franquistas, se ha incrementado en estos últimos tiempos.»

La España franquista ha sido admitida en el seno de la U.N.E.S.C.O. y de la O.N.U., con el compromiso de aceptar y de aplicar sus reglamentos. ¡Bonita manera de aplicarlos! ¿No tienen nada que decir la U.N.E.S.C.O. y la O.N.U.? Por nuestra parte protestamos enérgicamente contra esta nueva medida totalitaria.

DIONISIO RIDRUEJO EN LIBERTAD PROVISIONAL

Por haber publicado una interviú en la gran revista *Bohemia,* de La Habana, fué encarcelado y sometido a proceso el poeta y ex-jefe falangista Dionisio Ridruejo. Esta detención —y la de otros muchos intelectuales españoles— dió lugar a una campaña de protestas en el mundo entero. Ridruejo ha permanecido cerca de cinco meses en la cárcel de Madrid; por fin ha sido puesto en libertad provisional mediante el depósito de una fianza de 60.000 pesetas. Esta medida ha sido decidida por la Audiencia; contra ella se ha elevado el fiscal, presionado por el Ministerio de la Gobernación. Es posible, por consiguiente, que esta orden de libertad bajo fianza sea anulada antes de la vista del proceso. Pues el proceso continúa. Los otros inculpados con Ridruejo —Baeza, Menchaca, Solana, etc.— siguen hasta estos momentos encarcelados. Quiere ello decir que la acción internacional en favor de los intelectuales procesados por el régimen franquista debe proseguir. Pueden contar, en todo caso, con nuestra solidaridad activa y vigilante.

IMPORTANTE EXPOSICIÓN PICTÓRICA EN MÉXICO

Organizada por la Asociación Mexicana por la Libertad de la Cultura, durante los días del 12 de agosto al 5 de septiembre, se ha celebrado, en las prestigiosas Galerías «Excelsior» de México, una de las más interesantes exposiciones pictóricas organizadas en los últimos tiempos en este país. Se ha celebrado esta exposición bajo el lema «Arte y Libertad» y en ella han presentado treinta y tres importantes obras los pintores siguientes: Pridget Bate Tichenor (nacida en París de origen anglo-francés), la inglesa Leonora Carrington, la francesa Alice Rahon, el catalán Bartolí, los mexicanos Echevarría y Gironella, el guatemalteco Carlos Mérida, el ruso Vlady, los mexicanos Manuel Rodríguez Lozano, Antonio Ruiz, Francisco Vega y Xochitiotzin, y el norteamericano Harold Winslow. La crítica ha saludado con elogio esta manifestación de arte internacional, que ha constituído un extraordinario éxito deste todos los puntos de vista.

LA LIBRE CIRCULACIÓN DEL LIBRO

De cuatro años a esta parte, nuestro Congreso y *Cuadernos* no han cejado en su campaña en favor de la libre circulación del libro entre todos los países latinoamericanos. Encontraba esta circulación toda suerte de barreras monetarias, aduaneras e ideológicas. Nuestras Conferencias interamericanas, celebradas en Santiago de Chile (1953) y en México (1956), votaron sendas resoluciones al respecto. El Sr. Presidente de la República mexicana, D. Adolfo Ruiz Cortines, hizo suya la última resolución. Y nuestra Asociación Mexicana no ha cesado de agitar el problema. Este ha quedado por fin favorablemente resuelto y, entre otras, todas las publicaciones argentinas tienen ya libre entrada en México y las mexicanas en la Argentina. Nos felicitamos grandemente de ello y esperamos que el convenio quede pronto generalizado en todo el continente americano.

LA ENTRADA DE «CUADERNOS» PROHIBIDA EN PORTUGAL

Coincidiendo —¡extraña coincidencia!— con las disposiciones del gobierno franquista contra la entrada de publicaciones del extranjero en España, a que nos referimos más arriba, el gobierno de Lisboa ha prohibido expresamente la entrada y la distribución de «Cuadernos» en Portugal. Los paquetes del número 26 nos han sido devueltos con la escandalosa mención oficial «prohibida la entrada»; sólo faltaba un ejemplar, que ha debido satisfacer la curiosidad —y sin duda la cultura— del señor Ministro de la Gobernación. Naturalmente, Portugal se presenta ante el mundo como un país democrático y por tal lo tienen sin duda la O.N.U. y la U.N.E.S.C.O. Pero, de acuerdo con Madrid, priva a los intelectuales portugueses de la lectura de nuestra revista. Ello dice mucho en nuestro favor y muy poco en favor de los gobernantes de Lisboa.

CONTRA LA DISCRIMINACIÓN RACIAL

El Comité «Ciencia y Libertad» organiza una Conferencia contra la segregación racial, que debe celebrarse, bajo la presidencia del Dr. J. W. Cook, de la Universidad de Exeter, en el Caxton Hall, de Westminstern, a partir del 2 de noviembre próximo. Coopera en la organización de esta Conferencia la Asociación de Profesores de Universidad y en ella presentarán ponencias el Rev. Michael Scott, de la Universidad de Oxford; el Dr. Gilmore Lee, de la Universidad de Londres, y Lord Charley, que hablará en favor de la Asociación.

Precisamente sobre este mismo problema, la Asociación Mexicana por la Libertad de la Cultura le ha dirigido, con fecha 11 de septiembre, una carta abierta al Presidente Eisenhower, manifestándole que la opinión mexicana se ha sentido altamente conmovida ante los actos de discriminación racial que se observan permanentemente en determinadas regiones de los Estados Unidos. Extractamos los siguientes párrafos de dicha carta, que hacemos nuestra:

«En tal virtud, por su respetable conducto, hacemos presente al pueblo de los Estados Unidos nuestra protesta por la actitud de algunas autoridades locales y estatales de esa República, que al amparo de las bondades del régimen federal, se aferran todavía a prejuicios raciales que deberían haber desaparecido ya en todo el orbe; pero principalmente en las naciones democráticas.

«Al manifestar a Ud. lo anterior, con la consideración propia de su alta investidura, pero con franqueza de hombres libres, nos permitimos recordarle que el mundo está pendiente del desenlace que tenga la lucha de razas que en los Estados Unidos se está librando, y que de su resultado depende que se dé o no al totalitarismo y a sus agentes una poderosa arma de propaganda.»

LOS TRABAJADORES CHILENOS Y EL CASO HUNGARO

Entre los numerosos cables enviados desde los países latinoamericanos al Secretario General de las Naciones Unidas, nos interesa destacar muy especialmente el siguiente: «Dirigentes obreros y estudiantiles chilenos, ante reunión Asamblea General O.N.U. sobre problema Hungría, piden frente atropello derechos humanos se resuelva intervenir directamente a través comisiones permanentes de observación.» Lleva firmas de los sindicatos de la construcción, de la electricidad, del Laboratorio de Chile, de la Federación Química, de la Federación de la Salud, de la Federación Telefónica, de la Federación del Cuero, del Centro de Derecho de la Universidad de Chile, de la Federación Estudiantil Chilena, de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica, de la Federación de Estudiantes de la Universidad Técnica, de la Juventud Radical, del Grupo Universitario Radical de la Escuela de Derecho, de la Facultad de Derecho, de los Universitarios Liberales y Conservadores, de la Academia Política, del Intercambio Cultural Estudiantil Americano, del Comité Juvenil del Congreso por la Libertad de la Cultura y otros muchos.

HOMENAJE A SÁNCHEZ ALBORNOZ

Más de un centenar de personalidades democráticas, principalmente argentinas y españolas, suscribieron la invitación a un homenaje, en honor del gran historiador español don Claudio Sánchez Albornoz, con motivo de la publicación de su obra monumental *España, enigma histórico*. El homenaje, celebrado en la noche del 12 de septiembre, fué un verdadero acontecimiento y ha demostrado el prestigio de que goza el ilustre profesor exilado. Don Claudio fué uno de los fundadores de la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura. El Comité Ejecutivo del Congreso y *Cuadernos* han mandado su adhesión cablegráfica al merecido homenaje.

EDICIÓN ESPAÑOLA DEL LIBRO DE MILOVAN DJILAS

En este número de *Cuadernos* publicamos un artículo de Morgan Phillips, secretario general del Partido Laborista, sobre el extraordinario libro de Milovan Djilas, *La Nueva Clase*, y un capítulo de dicha obra, cuya edición en Nueva York ha sido comentada por la prensa mundial. Este libro, de un interés quizá único, se publicará en Buenos Aires por la Editorial Sudamericana, a fines de octubre próximo. Recomendamos su lectura y su difusión a todos nuestros colaboradores y amigos. Esta obra se publicará este mismo año en una docena de idiomas.

ACTIVIDADES DEL CONGRESO EN LATINOAMÉRICA

Perú. — Inaugurado el local de la Asociación Peruana por la Libertad de la Cultura, que anima principalmente el profesor e historiador literario Luis Alberto Sánchez y que reune a no menos de sesenta figuras intelectuales de todas las ramas del saber y de todas las tendencias democráticas, ha desarrollado inmediatamente diversas actividades culturales. El Dr. Carlos Daniel Valcárcel, catedrático de la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos, ha mantenido un interesante curso sobre la Revuelta de Túpac Ama-

ru y, en general, sobre el desarrollo histórico del Perú. El profesor español Enrique Do Rego ha emprendido un curso —siete conferencias— sobre literatura española contemporánea. El profesor norteamericano Woitinsky explicó asimismo un interesante curso sobre los más importantes problemas económicos de nuestro tiempo. A partir de diciembre se desarrollará una serie de conferencias sobre la reforma constitucional, a cargo de las principales figuras de los partidos democráticos peruanos.

Argentina. — Por iniciativa de la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura se celebró en Buenos Aires un gran acto de homenaje con ocasión del centenario del natalicio del ilustre pensador y apóstol argentino Agustín Alvarez, asistiendo las más destacadas personalidades y numeroso público. La Asociación ha editado, asimismo, una tarjeta con el retrato a pluma y una nota biográfica del gran patricio. Carlos P. Carranza sigue su curso sobre Economía. Francisco Romero habló, entre otros problemas, del referente a «La ilustración en Alemania». León Dujovne trató el tema «Significación histórica del advenimiento de Israel». Juan O. Torchia Estrada disertó sobre Descartes.

Chile. — Entre otras múltiples actividades, nuestro Comité de Santiago organizó un importante acto con el fin de esclarecer la situación en Cuba, Venezuela y Colombia. El gran poeta Julio Barrenechea leyó un poema en prosa a la resurrección de Colombia; publicado en *El Tiempo*, de Bogotá, ha merecido un cable de felicitación suscrito por varios intelectuales colombianos de prestigio. En torno a la reforma electoral en Chile se desarrolla un ciclo de conferencias a cargo de las principales figuras liberales. conservadoras, socialistas, radicales y nacionales. Aprovechando su estancia en Santiago, Luis Alberto Sánchez desarrolló dos brillantes conferencias patrocinadas por nuestro Comité chileno: una sobre «El modernismo literario en el Perú», en la Universidad Autónoma y en colaboración con la Extensión Cultural Universitaria, y la segunda en la Sala de la Libertad, sobre «César Vallejo, hombre desconocido». Un Comité formado por la gran educadora Amanda Labarca, por el ex-ministro de Educación Eliodoro Domínguez y por el profesor Germán Sepúlveda prepara un ciclo de conferencias sobre el problema de la educación juvenil. Otro Comité formado por el ingeniero y escritor Arturo Aldunate Phillips, por el profesor de la Escuela de Economía y secretario general de la Sociedad Geográfica Dr. Guillermo Gandarillas y por Jorge López, miembro de nuestro Comité Juvenil, prepara otro ciclo de vulgarización de los grandes problemas científicos y técnicos contemporáneos.

México. — Además de la gran exposición de pintura a que nos referimos en otra parte, la Asociación Mexicana por la Libertad de la Cultura ha desarrollado otras múltiples actividades. Rodrigo García Treviño efectuó visitas culturales a Veracruz y a Jalapa. La Sección de Puebla prosigue su programa de «Poesía Viva» y de conferencias culturales en el gran Salón Barroco de la Universidad Autónoma.

COLABORADORES

● *JUAN RAMÓN JIMENEZ, el ilustre poeta español, último Premio Nobel de Literatura, encabeza este número de* Cuadernos, *con un breve romance en dos estrofas escrito en* 1902 *—aunque el título es indudablemente moderno— y hasta ahora inédito.*

● *ROBERT CRAFT es uno de los jóvenes directores de orquesta de mayor talento de Norteamérica. Nació en* 1923 *y reside en Hollywood, donde dirige los «Monday Evening Concerts». Ha recorrido casi toda Europa y recientemente estuvo en Inglaterra, para dirigir un concierto en St-Martin-in-the-Fields, al mismo tiempo que Stravinsky asistía en Londres a la primera audición de su* Canticum Sacrum *en honor de San Marcos.*

● *MAURICE-EDGAR COINDREAU, el gran especialista de las literaturas norteamericana y española, ya conocido de nuestros lestores (véase el nº* 24 *de* Cuadernos) *nos ha facilitado el prólogo que escribió para la edición en lengua francesa de la novela de Rafael Sánchez Ferlosio* Industrias y andanzas de Alfanhuí, *que acaba de editar la Editorial Gallimard, de París.*

● *MORGAN PHILLIPS es el secretario general del Partido Laborista, el partido que, a juzgar por los resultados de las elecciones parciales, ocupará el poder en Inglaterra en el próximo período. Conoce la Yugoeslavia de Tito y ha tratado personalmente a Milovan Djilas. Su juicio sobre éste último y sobre su interesantísimo libro,* La Nueva Clase, *tiene por eso una extraordinaria importancia.*

● *LEO VALIANI es una de las figuras más interesantes de la nueva Italia. Militante y escritor comunista, emigró a Francia en tiempos de Mussolini y evolucionó hacia posiciones disidentes. Estuvo en España durante la guerra civil y, tras de permanecer unos años en México, regresó clandestinamente a Italia en la última fase de la guerra mundial y tomó una parte activa en el movimiento de resistencia. Fué elegido después diputado. Demócrata convencido, dirige actualmente una revista en Milán y colabora en múltiples publicaciones italianas y extranjeras.*

B.D.I.C

SUR

Revista bimestral
Dirigida por
VICTORIA OCAMPO

•

Redacción y Administración :
San Martin, 689 - BUENOS AIRES

•

Argentina :

Suscripción anual § 50 arg.
Número suelto § 9 »

Otros paises :

Suscripción anual 5 dól. USA
Número suelto .0, 50 dól. USA

Ibérica

Revista mensual dedicada a España

Presidentes de Honor :
SALVADOR DE MADARIAGA
NORMAN THOMAS
Editor : VICTORIA KENT

◆

El último número contiene :

ARTICULOS
COMMENTARIOS
INFORMACIONES
y la sección permanente

SIN PERMISO DE LA CENSURA

(Noticias directas de nuestro corresponsal en España)
Editoriales y resumen de noticias

◆

Precios :

U. S. A. Suscripción anual $ 3
Europa e Hispanoamérica $ 2

◆

IBERICA PUBLISHING CO., INC.
112 East 19 Street, **New York 3,** N.Y. (U.S.A.)

QUADERNI IBERO-AMERICANI

Actualidad cultural
de la Península Ibérica
y de la América Latina

•

Publicada por la Asociación
de Relaciones Culturales
con España, Portugal y América Latina

•

Director : G. M. BERTINI,
de la Universidad de Turín

Dirección y administración :
Turín, V. Po, 19, Palacio Universitario

Suscripción a 4 fascículos $ 3

Un fascículo $ 0,75

ASOMANTE

Revista trimestral
de literatura

•

La edita la Asociación
de Graduadas de
la Universidad de Puerto Rico

•

Directora :
NILITA VIENTÓS GASTÓN

Oficinas :

De Diego y Loíza, Apartado 1142.
San Juan (Puerto Rico)

Suscripción anual : § 4,50
Ejemplar suelto : § 1,25